MISTICOS FRANCISCANOS

TOMO II

SICUT CERVUS AD FONTES

B.A.C.

Místicos Franciscanos Españoles

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—APARTADO 466

MADRID, MCMXLVIII

MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES

TOMO II

FRAY BERNARDINO DE LAREDO

Subida del monte Sión

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos

FRAY MIGUEL DE MEDINA

Infancia espiritual

BEATO NICOLAS FACTOR

Las tres vías

EDICION PREPARADA POR LOS REDACTORES DE «VERDAD Y VIDA»

INTRODUCCIONES DEL PADRE

FRAY JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID, MCMXLVIII

NIHIL OBSTAT:

Dr. Manuel Fernández Lerena,

Censor.

IMPRIMI POTEST:

Fr. Patricio Botija, O. F. M.,

Min. prov.

IMPRIMATUR:

✠ Casimiro,

Obispo aux. y Vic. gen.

Madrid, 20 de diciembre de 1948

GRÁFICAS NEBRIJA, S. A.—Ibiza, 11.—Teléf. 251101.—Madrid

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN GENERAL

Páginas

FRAY BERNARDINO DE LAREDO

SUBIDA DEL MONTE SION

Parte primera

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE, QUE TRATA DE LOS MUY ALTOS MISTERIOS DE LA HUMANIDAD DE CRISTO, EN EL NOMBRE DE JESÚS

Páginas

Páginas

PARTE TERCERA

Páginas

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

ORATORIO DE RELIGIOSOS Y EJERCICIO DE VIRTUOSOS

Páginas

Páginas

FRAY MIGUEL DE MEDINA

BEATO NICOLAS FACTOR

INTRODUCCION GENERAL

MISTICA ESPAÑOLA

TRILOGÍA IDEOLÓGICA DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA.—NOMENCLATURA MÍSTICA.—LA CIENCIA MÍSTICA, CIENCIA TRASCENDENTE.—INICIACIÓN DOCTRINAL DE FR. BERNARDINO DE LAREDO Y DE FR. ANTONIO DE GUEVARA

La ciencia mística española, brote genuino y auténtico del alma nacional, podría con brevedad encerrarse dentro de tres círculos ideológicos, trazados por las siguientes palabras: conversión del alma a sí misma, conversión del alma a Dios y conversión del alma a las criaturas. La introversión hácela psicológicamente: análisis del espíritu, de su contenido, de sus potencias, de sus anhelos y actividades, sin olvidarse jamás de que el alma anima y vive en un cuerpo humano instrumento suyo necesario. Representan esta nota con relieve singular San Ignacio de Loyola *(Ejercicios espirituales)*, Fr. Juan de los Angeles *(Conquista)* y el P. La Fuente *(Las tres vidas)*, obras que son piedras miliarias y definitivas sobre punto de tanto relieve en la ciencia mística. El saber y la experiencia juegan aquí un papel no secundario.

El ascenso a Dios, elevándose el alma a sí sobre sí, hácese cristológicamente, por entender que Cristo, en orden a lo eterno, sobrenatural y místico, *es el camino, la verdad y la vida* [1], el origen, la subida y la cumbre de la espiritualidad. Pueden señalarse, como sustentáculos de esta cúpula áurea, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y el P. Osuna, con sus obras respectivas. No hay en ellas ontología propiamente dicha, sino cristología; la ciencia no está en el lugar primero, sino la sapiencia. *Llama de amor viva, Las moradas, Tercer abecedario*. Quien no haya gustado estos tres panales de dulzura, estas tres obras magistrales, ignora qué sea la ciencia mística española y la cualidad específica de su sabor.

---

[1] Ioan. 14, 6.

La extraversión o comunicación con las creaturas hácela caritativamente por relación amistosa y dulce. Ve a Dios en todas, no panteísticamente, sino integralmente. En unas descubre su huella divina; en otras, su imagen sacra, y en todas, lo que el Padre puso del Hijo en ellas para que fuesen buenas, gratas a sus ojos y deleitosas a su corazón paternal. De aquí el desbordamiento del genio, del poderío, del saber y del amor hispánicos en orden a la santificación del mundo, a su regeneración, a su reversión a Dios; de aquí su característica misionera y su misión extranacional, connaturalizada con su espíritu. España quiere decir expansión del reino de Dios, que para España es el reino de Cristo, la idea católica. Expresión vigorosa e inconfundible de tamaño proceder y sentir la tenemos en el infatigable San Francisco Javier, cuyo corazón parecía ser más grande que todo el mundo; en el Beato Raimundo Lulio, cuyas actividades rayan en lo increíble, y en San Francisco Solano, apóstol dulcísimo y alegre del mundo nuevo.

Pero estas tres notas de la ciencia mística española, esta conversión triple del alma a sí, sobre sí y extra sí misma, constituyen un acorde perfecto, es decir, armónicamente trabado, de manera que forman e integran un solo ser, un sistema del pensar y del obrar teológico y místico. En el acorde percíbense resonancias y ecos sonoros de la voz sabia de Fr. Luis de León. Las tres notas tienen una vibración común que las enlaza, vigoriza, engrandece y hace inseparables: aludimos a la filosofía de amor, nota típica del alma nacional y presupuesto necesario de toda ciencia mística sólida y capacitada para resistir cualquier golpe extraño por duro y repetido que sea. Séneca, el gentil de alma cristiana, y la cadena de atletas del espíritu desde Osio y San Isidoro hasta el Beato Antonio María Claret y Balmes, pasando por San Pedro de Alcántara y San Vicente Ferrer, integran una falange invencible de vitalidad inmortal. El clarín de falange tan gloriosa es el venerable P. Granada, y su impulsor el Maestro Avila, forjador de santos y alma que se desvivía por la perfección y salvación de sus hermanos.

Con razón se ha escrito: «La vida mística es el ápice de los hombres enérgicos, de las razas potentes y maduras, de las almas reales, que tienen algo del águila y del león» [2]. Es el caso de cuantos españoles lo son de pura cepa: son místicos en germen o místicos de hecho, con sello inconfundible. «A los hombres flacos y a los pueblos niños les basta y les sobra con el mundo visible, que, en apariencia tan grande y espacioso, tan bello y delitable, se

---

[2] RICARDO LEÓN, *La cumbre mística*, p. 4 (Madrid 1945).

les ofrece» [3]. Ni España como nación o sociedad civil organizada ni los españoles en su calidad de hijos de España ha sido jamás pueblo niño; ni sus hombres, hombres flacos, sino ambiciosos de lo eterno, trascendiendo lo temporal. España es una cordillera de cumbres místicas, inaccesibles quizás para otros pueblos.

Pero entendámonos bien y no haya confusión verbal, y menos ideológica. Es un escritor seglar quien alza su voz clamando: «Nunca se abusó como ahora de las palabras *místico* y apóstol, y precisamente quienes más las prodigan son aquellos que renegaron de la fe.—Notable aberración de nuestro siglo, enfermo y desventurado, hijo de la negación y de la crítica, pero cada vez más ansioso de afirmar y creer: luego de negar a Dios, se dice *místico;* luego de negar el alma, se declara psicólogo» [4].

A fin, pues, de que el lector sepa a qué atenerse cuando resuene en sus oídos la palabra *mística* y no le dé un significado que no tiene en la mística cristiana ni sea con facilidad inducido a error, entresacamos del P. Francisco de Osuna las expresiones equivalentes en teología mística empleadas por nuestros escritores. Cada una de ellas tiene su matiz propio, y todas conjuntamente, con otras que se omiten, nos descubren secretos insondables de los arcanos místicos: Dícese *sabiduría* [sabrosa ciencia]; *arte de amor, profundidad, escondimiento* de Dios en lo secreto del corazón del hombre; *abstinencia* de todo amor humano y de todo pensamiento que pueda embriagar el corazón; *unión* entre Dios y el alma, haciéndose el alma una cosa con Dios «por un trocamiento de voluntades»; *allegamiento* a Dios, «para que lo toque con sus manos, haciéndole beneficios»; *encendimiento,* «con que las teas de nuestros corazones se encienden en el amor del Señor»; *recibimiento,* con que nos adelantamos «y abrimos todo el corazón y lo desembarazamos para dar a Dios»; *consentimiento,* porque se vence toda contradicción y rebeldía que en sí se siente contra Dios; *redaño y grosura,* porque «da fuerza y mejora a todos mucho»; *atraimiento,* porque vacía el corazón de las criaturas, atrae a Dios, que llena, por lo que también se denomina *henchimiento del corazón y pechos; prohijamiento,* en el que se comienzan a gozar los bienes del Padre celeste; *advenimiento del Señor al ánima, ascensión espiritual con Cristo y cautividad,* con la que «sujetamos a Cristo nuestro entendimiento»; «*alteza* que levante el ánima» y «abrimiento del corazón devoto al de Cristo»; «*cielo tercero,* donde son arrebatados los contem-

[3] Ibid.
[4] Ibid. pp. 23-24.

plativos»; *recogimiento*, «lo primero porque se recoge los hombres que lo usan, haciéndolos de un corazón y amor»; lo segundo, «porque recoge el mismo hombre a sí mismo», haciéndole uno, íntegro y dueño de sí. «Este nombre *recogimiento* incluye y abraza en sí todos los nombres que primero puse». «¿Para qué diré más? Es aqueste ejercicio un refugio do nos debemos retraer viendo las tempestades cercanas; es una continua resistencia contra los príncipes de las tinieblas, que secretamente nos combaten; es restitución que hacemos a Dios, dándole todo lo que en nosotros se halla suyo sin reservar cosa. Es una resurrección a vida espiritual, donde es dada al justo potestad en el cielo de su ánima, y en la tierra, de su cuerpo; es una reverencia que contino tenemos a Dios estando con temor delante de él; es un rosal de virtudes y es el *reino de Dios*, que por conquista hemos de ganar o por maña, pues que dentro lo tenemos; y *sacerdocio real*, con que, siendo de nosotros señores, nos ofrezcamos a Dios; es un *silencio* que en el cielo de nuestra ánima se hace, aunque breve y no tan durable como el justo desea; es un *servicio* que sólo a Dios hacemos, adorando su sola majestad; es *silla* que le tenemos aparejada para que se detenga en nuestra casa interior; es *tienda de campo* para andar por el desierto; es *torre fortísima* de nuestro amparo, dende do hemos de atalayar las cosas celestiales, y *vaso de* oro para guardar el maná en el arca de nuestro pecho; es *valle* donde abunda el trigo que tiene grosura y redaño, y es *victoria* que vence el mundo menor, sujetándolo enteramente a Dios; es *viña* que hemos de guardar con vigilancia y *sombra* del que deseamos, do gustamos de su fruto; es *unción enseñadora del Espíritu Santo y huerto* por todas partes cerrado, del que damos la llave a solo Dios, que entre cuando quisiere. ¿Para qué diré más? Pienso que he dicho algo y conozco de verdad que ha sido cuasi nada, según el merecimiento del santo ejercicio de que hablamos; el cual es de tanto precio, que apenas han podido los nombres ya dichos declarar su excelencia; que es tanta y tan necesaria a los mortales, que aunque del todo no se pueda decir, en ninguna manera se deba callar; porque los que la hallaron no sean argüidos y reprehendidos de maldad; onde, aunque la excelencia suya, por ser tanta, en alguna manera les ponga silencio, la necesidad, por ser mucha, los obliga» [5].

La conclusión que Ricardo León saca de sus lecturas y meditaciones sobre los escritores místicos de nuestra edad de oro es la siguiente: «La mística, en su sentido

[5] *Tercer abecedario*, tr. 6, 1, 2 y 4.

propio, es ciencia, pero de ángeles, no ejercicio intelectual, ni abstracción filosófica, ni instrumento alguno de profano saber, que pueda reducirse a leyes, métodos y fórmulas, sino un don particular y amorosísimo de Dios, un sobrehumano entender, un conocimiento experimental de ciertas almas por vías y modos diferentes de la razón y de la fe» [6]. Esto es hablar con claridad y no mixtificadamente; cada palabra es un rayo de luz.

Pero tenemos un magisterio superior, que los españoles aceptamos, o debemos aceptar, siquiera en principio. Adivina el lector que aludo al Doctor Místico por antonomasia, a San Juan de la Cruz, quien nos lo dice con sus versos, que no pudieron brotar de Píndaro ni de Virgilio, porque no vibraba en sus pechos la lira del Espíritu Santo, obrador de la vida sobrenatural y comunicador de los carismas místicos. El alma mística confiesa de sí (en nuestro caso, el propio San Juan de la Cruz):

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Se queda «balbuciendo»; después, con «un no entender entendiendo»; luego, «queda siempre no sabiendo»; crece más y más su ciencia, pero de modo «que no llega su saber a no entender entendiendo»; «y es de tan alta excelencia—aqueste sumo saber,—que no hay facultad ni ciencia—que le puede emprender»;

... y si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo [7].

De aquí que esta ciencia mística, por su origen, divino; por ser obra divina, obrada con el consentimiento y aceptación del alma; por su objeto, que supera todo sentido natural; por su finalidad, que es unir el alma con Dios sin medio de creatura, por tratarse de comunicaciones que sólo conoce quien las recibe, excede toda ciencia humana, aunque ni la niega ni la contradice, antes, por el contrario, armoniza con ella y puede ser vislumbrada y confirmada por ella, como la razón vislumbra y confirma la fe sobre-

[6] *La cumbre mística*, p. 20 (Madrid 1945).

[7] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras*, t. III. *Poesías*. V: *Coplas hechas sobre un éxtasis de alta contemplación*, pp. 167-68 (Toledo 1914).

natural. Hay concordia necesaria entre la ciencia y la fe, como que proceden de una misma raíz y manan de una fuente misma; y hay consonancia perfecta entre las ciencias humanas, cualesquiera que sean ellas, y la ciencia mística, cumbre altísima, ápice y conjunción de toda ciencia, de todo saber y de toda iluminación. Es lo que, a nuestro juicio, enseñó San Juan de la Cruz con palabras henchidas de sentido, de fuerza y de arcanos:

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios, arguyendo,
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo [8].

Todos los escritos del Doctor Místico son una profunda y brillante exposición de la ciencia mística trascendente, exenta de todo error y poetizada con poesía más angélica que humana.

Confirmación de cuanto venimos diciendo sobre la ciencia mística española y sobre San Juan de la Cruz en particular son los dos místicos franciscanos Fr. Bernardino de Laredo y Fr. Antonio de Guevara, con sus obras respectivas *Subida del monte Sión* y *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*. Su valor es doctrinalmente desigual, y desigual también su estilo y arte de escribir. Entrambos, cada uno en su esfera respectiva, ejercieron influjo notable en la espiritualidad española del siglo XVI, y especialmente en la sin par Santa Teresa de Jesús. Laredo es sencillo y penetrante, como quien habla más por experiencia que por ciencia; Guevara escribe con artificio natural, que tiene su gracia, porque brota de una mente clara, de un corazón experimentado y de una preocupación noble por el bien ajeno y por la salvación de las almas. Tanto el uno como el otro dejaron los palacios por los claustros y el brillo del mundo por la humildad franciscana.

Autoridad competente ha dicho sobre Guevara, enjuiciándole: «El estilo de Guevara no representa un abuso de los artificios retóricos, como muchos dicen. Es ejemplo de moderación, comparado con el uso de los sinónimos, con Pero Mejía; no va en las similicadencias más allá que los cortesanos retratados por don Luis Milán. Es el habla corriente de un orador de entonces, mezcla de sencillez y complicación, que marca en el desarrollo de la prosa lite-

[8] Ibid. p. 168.

raria un decidido paso hacia la simplicidad; es como el brillante traje de la corte imperial, mezcla de ceñida sobriedad y desbordado ornato, que prepara la austera indumentaria de la corte filipina [9]. Y añade: «Guevara escribe como entonces se conversaba; nada más lejos de su estilo que la poda, lima, brevedad y cálculo, que traen consigo la diferencia esencial entre el lenguaje escrito y el hablado» [10]. En sus libros profanos, su arte es novelístico. No desprecia la historia. Lo que hace es aprovecharse de ella, tomándola como elemento estético y moral, manejándola novelísticamente, como un moderno literato.

Las obras que se reproducen en este volumen son genuinamente españolas. La primera, *Subida del monte Sión*, es un tesoro del saber místico, lastimosamente olvidado y dignísimo de memoria perpetua; la segunda, *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*, es un tesoro del saber ascético, crisol donde tantas y tantas almas se purificaron y dispusieron para las ascensiones místicas. Forman, pues, ellas solas un sistema espiritual completo, henchido de ciencia y de experiencia y expuesto a la española.

Recordemos algunos rasgos que orientan su espiritualidad. Guevara escribió: «El oráculo de Apolo dixo a los embaxadores del pueblo romano que, si querían que estuviese el pueblo bien regido, que se conosciese cada uno a sí mismo» [11]. Rasgo de tendencia psíquica propio de la ciencia mística española, que tiene categoría en Guevara. Esta misma nota tiene profundidad y grandeza en Laredo cuando escribe sentenciosamente: «¡Quién me diese diligencia—para estar en mi presencia!» Y aquel otro axioma espiritual de tipo hipocrático: «Donde cuadra el pensamiento, —tiene el amor más asiento» [12].

Ni por su pretensión de subir y remontarse, olvídanse de lo bajo de nuestro ser, del cuerpo humano. Guevara quiere que se le conozca bien, porque «nuestro cuerpo esnos en la compañía más que vezino, y en los apetitos, más que enemigo» [13]. Y Fr. Bernardino de Laredo, que fué médico excelente y escribió de medicina, da reglas «para conocer el hombre de su primer fundamento», y desea que se conozca bien «el ser de su cuerpo» [14].

El hambre y sed de Dios, término definitivo de toda aspiración racional suprema, exprésalo Fr. Bernardino con

---

[9] Ramón Menéndez Pidal, *La lengua de Cristóbal Colón: El lenguaje del siglo XVI*, pp. 77-8, Colección Austral (Madrid 1942).
[10] Ibid. p. 76.
[11] Fr. Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte*, IV.
[12] *Subida del monte Sión*, parte 3.ª, 40.
[13] *Menosprecio de corte*, III.
[14] *Subida del monte Sión*, parte 1.ª, 12 y 13.

estas palabras anhelantes: «¡Quién me quitase de mí, —oh Dios, y me diese a ti!» [15] Y el predominio cristológico adviértese en el apotegma: «Si Cristo está en la memoria, —siempre se gana victoria» [16].

Guevara, como hombre de mundo y de sociedad, que conocía muy bien los daños del odio y los bienes de la amistad, escribe: «Uno de las grandes felicidades desta vida es tener amigos con quien nos recrear y carescer de enemigos de que nos guardar» [17], con lo que nos descubre su espíritu social, comunicativo y amable, animoso para denunciar el mal, para que se suprima, y dispuesto siempre al perdón y a la indulgencia, como se comprueba leyendo sus *Cartas*.

Uno y otro, Laredo y Guevara, tienen por nota común doctrinal el amor natural sobrenaturalizado; para Laredo, el gusto místico es gusto de amor que, además, puede gustarse en todo, porque en todo está Dios, y en todo, por tanto, se le puede gustar. El alma mística en todo saborea a Dios y le ve y le contempla. Este vivir le resulta connatural con el auxilio de la gracia divina. Por esto, dijo: «El gusto del vero amor, —en todo toma sabor» [18].

Síguese de aquí que, en siendo que sea verdadero, naturalmente recto y sobrenaturalmente actuado, tiene la virtud de ir aniquilando todo lo malo y creando y acrecentando todo lo bueno: «El amor, si bien se trata, —todos los males remata» [19], los anula, dejando al alma en plenitud de perfición. Cuando se escala esta divina cumbre, el «fuego [de amor] es perpetuo» [20] en el altar del alma.

Otra excelencia del amor laredano es su libertad de movimiento, de modo que nada le limita ni detiene: «El amor va donde quiere, —sin que nadie se lo vede» [21]. Es notable asimismo el aserto de Laredo cuando enseña que el amor lleva a Cristo: «Quien a Cristo ha de hallar, —con amor le ha de buscar» [22]. Tener amor y buscar a Cristo con amor es encontrarle y, encontrado, poseerle. Además, el amor, guiándolo Dios, o mejor, Dios mismo, nos mete o mete el alma mística «en el amor sempiterno» [23].

Otro tanto podemos afirmar de Guevara, para quien nuestro tesoro es el corazón, y en el corazón, el amor, concluyendo que el bien vivir no es otra cosa sino un bien

---

[15] Ibid. parte 3.ª, 40.
[16] Ibid.
[17] *Menosprecio de corte*, XV.
[18] *Subida del monte Sión*, parte 3.ª, 40.
[19] Ibid.
[20] Ibid. 1.
[21] Ibid.
[22] Ibid.
[23] Ibid.

amar. «La mejor pieza del cuerpo es el corazón, dijo, y la mejor alhaja del corazón es el amor; y si éste no se acierta a estar bien empleado, téngase su dueño por el hombre más desdichado del mundo; de manera que no sabe bien vivir el que no sabe bien amar» [24]. Estimula a proseguir la práctica de la virtud, augurando un premio placentero: «Los exercicios virtuosos, aunque a los principios cansan, andando el tiempo, deleitan» [25]. Advirtiendo: «Es imposible que tenga la vida quieta el que tenga la conciencia cargada» [26].

Finalmente, del antiquietismo español, genuinamente militante, Laredo nos dejó el adagio formulado por él: «¡Quién pudiese caminar—sin pararse a resollar!» [27] España, en su ímpetu auténtico, quiere caminar siempre en busca de su afán, de su Dios, sin pararse siquiera a resollar, pues no se lo impide su espíritu, hecho una llama de amor viva. Esta cualidad tiene sus desventajas humanas. pero tiene, en compensación, sus ventajas divinas, triunfadoras a la postre. España sabe esperar, porque sabe que Dios ensalza a los humildes [28].

La *Infancia espiritual*, de Fr. Miguel de Medina, el «Hércules de la Teología», constituye una revelación. Opúsculo henchido de saber y de ciencia, tiene una solidez doctrinal verdaderamente férrea, noble y bien razonada. La *infancia espiritual*, en el sentido evangélico, alcanza en él una insospechada grandeza. La *Declaración del «Pater noster»* es profunda y alta. Su autor, el P. Fr. Juan de Pineda, «archimillonario del idioma», demuéstranos aquí sus riquezas lingüísticas, las dotes extraordinarias de su magisterio, su ingenio fecundo y su sabiduría mística. Son dos joyas pequeñas de la espiritualidad española, de valor no pequeño.

Aprovechamos esta oportunidad para advertir que, cuando señalamos características de la escuela mística española, no queremos decir que sean notas exclusivas, ni pueden serlo, pues todas las escuelas tienen de todo y tienen un fondo común bíblico, interpretado de acuerdo con la idiosincrasia nacional y con el temperamento o genio del escritor espiritual o místico. Se trata, pues, de características eminentes, de preeminencias ideológicas, de orientaciones o modalidades especiales, que pueden hallarse y se hallan total o parcialmente en toda espiritualidad cris-

---

[24] Fr. Antonio de Guevara, *Epístolas familiares. Letra para una señora y sobrina del autor*. 2, 17.
[25] *Menosprecio de corte*, 4.
[26] Ibid.
[27] *Subida del monte Sión*, parte 3.ª, 40.
[28] Lc. 1, 5; Ps. 82, 10.

tiana en su madurez. Téngase en cuenta para evitar confusiones y dar a cada nación y a cada escuela lo que le pertenece, no con exclusividad, sino eminentemente, cuando esa eminencia se posea. Así, la *Infancia espiritual* es muy evangélica; sobre ella escribió Fr. Miguel de Medina, teólogo de Trento [29]; pero sólo ha conseguido desenvolvimiento sistemático y categoría universal en nuestros días por virtud y gracia de Santa Teresita del Niño Jesús, muy francesa. Ya San Francisco de Asís había seguido la *vía de la simplicidad* evangélica, según leemos en el oficio del Santo, inserto en el breviario franciscano.

Hecha esta observación, aseguramos al lector que gozará espiritual y estéticamente y sacará frutos granados y sabrosos paseando su mente y corazón por el jardín ameno y luminoso integrado por la *Subida del monte Sión* y por el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*. Hállanse intensamente perfumados por las esencias de la filosofía de amor.

FR. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

Madrid, San Francisco el Grande, día 19 de octubre, festividad de San Pedro de Alcántara, 1948.

---

[29] Se declara aquel dicho de Cristo: *Si no os volvierdes en niños, no entraréis en el reino de los cielos*, en él *Tratado de la cristiana y verdadera humildad* (Toledo 1570).

FRAY BERNARDINO DE LAREDO

SUBIDA DEL MONTE SION

Infinitamente amable es la gran bondad de dios.

Subida del mō
te sion nueuamēte re
nouada: como en
la buelta dsta ho
ja se vera.

¶ Cōtiene el conoscimiē
to nuestro: y el segui-
miēto de xpo: y el
reuerēciar a dios
ēla contēpla
ció qeta.

M.D.xxxviij.

I N T R O D U C C I O N

FRAY BERNARDINO DE LAREDO
(1482-1540)

Con fray Bernardino de Laredo, nos colocamos ante un caso excepcional de un místico español y franciscano a quien no se le ha dado, ni mucho menos, la importancia y categoría que tiene. Han pasado siglos, y su obra permanece sellada, en espera de que una mano valerosa y sabia rompa el sello y aparezcan los tesoros de ciencia y de experiencia místicas en ella contenidos y encerrados como en arca de oro. Su admirable *Subida del monte Sión* es fuente caudalosa suficiente y sobrante para regar y aun inundar muchos prados y muchas vegas espirituales. Esperamos que le llegue la hora, como le ha llegado a San Juan de la Cruz y a fray Juan de los Angeles, cumbres altísimas del magisterio espiritual hispánico.

Nacido en Sevilla (1482), ciudad opulenta en todo género de gracias, en Sevilla falleció, en el convento de San Francisco del Monte, a cuatro leguas de la urbe, separado, lejos del mundanal ruido, año 1540, coincidiendo con el año en que murió el P. Osuna y el filósofo Juan Luis Vives.

De familia ilustre, pasó su juventud florida al servicio del conde de Gelves, D. Jorge Alberto de Portugal, en calidad de paje o doncel.

Halagado por el siglo, con un porvenir sonriente, sentía un malestar inexplicable y unas ansias de perfección moral incontenibles. Desechó, pues, la vanidad de vanidades y buscó refugio y guarida entre los muros, la luz y el gozo espiritual de los claustros franciscanos. Resolvióse a ejecutar y ejecutó esta noble y generosa resolución cuando contaba veintiocho primaveras, a plena conciencia de lo que hacía y con ánimo de subir, costando lo que

costase y salvando cuanto hubiere que salvar, todos los montes que a la cima de la perfección conducen.

Virtud y ciencia eran sus dos lemas, los que siempre llevaba ante sus ojos mentales como dos luceros de resplandores inextinguibles. Uno y otro alcanzaron plena verificación en él; fué santo y sabio. El *Martyrologium franciscanum*, oficial en la Orden, dice que «en España, el siervo de Dios Bernardino de Laredo, hermano lego y confesor, insigne por su humildad, abstinencia, caridad, paciencia y oración, brilló con milagros sorprendentes y por su poderío singular contra los demonios» [1]. Doctor en Medicina, fué médico del rey D. Juan III de Portugal [2].

De re médica nos dejó dos tratados: *Metaphora medicinae*, impresa en Sevilla en 1522 y reimpresa en 1536, y *Modus faciendi cum ordine medicandi*, que vió también la luz en Sevilla, 1534 y 1542, y en Alcalá en 1627. Como frutos de su saber y de su experiencia, fueron muy útiles en su tiempo, y son hoy día importantes para la historia de la Medicina en aquellos tiempos. Téngase en cuenta que, ingresado en la Orden Franciscana, y habiendo rehusado subir al grado de sacerdote, quedó en estado de hermano lego, en calidad de enfermero de toda la Provincia franciscana de los Angeles, en la que, por esto mismo, ejerció la Medicina con gran celo, competencia y caridad suma, como testimonian los contemporáneos.

Pero la obra que inmortaliza su nombre, y que será la

---

[1] Día 16 de abril, p. 143 (Roma 1938).

—Lápida sepulcral de Fr. Bernardino de Laredo en Cantillana (Sevilla), convento de la Provincia franciscana de los Angeles, hoy en ruinas. Son azulejos sevillanos del siglo XVIII. Mide 83 × 55 centímetros en total, y dice así:

«AQUÍ YACEN LOS HUESOS | DEL V. F. BERNARDINO DE | A LAREDO, VARÓN INSIG | NE EN LETRAS, VIRTUDES, | MILAGROS Y DEVOCIÓN | A MARÍA SANTISIMA LA | PORTERA, TRASLADA | DOS CON ESTA PRODIGIOSA YMAGEN DEL CON | VENTO DE N. P. S. FRANCISCO DE EL MONTE, | A ESTE DE CANTILLANA. AÑO DE 1771».—La Virgen Portera, según afirman las personas que habitan en lo que fué convento, hállase en la iglesia parroquial.—Debemos estas noticias al P. Serafín de Ausejo, O. M. Cap., y aprovechamos esta oportunidad para agradecérselas.

[2] FORONDA (P. BERNARDINO), O. F. M., *Fray Bernardino de Laredo*, en AIA, 33, p. 213, a. 1930. Trabajo digno de mención especial y el primero acometido en serio para darnos a conocer la persona y escritos de varón tan excelente y que tanto merece ser estudiado. También le ha estudiado el P. JOAQUÍN SANCHÍS ALVENTOSA, en *La Escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del siglo de oro*, XV, 4, pp. 194-97 (Madrid 1946). Cf. FRAY JUAN DE SAN ANTONIO, *Bibliotheca Franciscana*. Al corregir estas notas, llégano s la noticia de que el P. Fidel de Ros, O. M. Cap., ha publicado un estudio extenso que lleva por título: *Un inspirateur de Sainte Thérèse. Le Frère Bernardin de Laredo*, p. 368 (París 1948). Gustosos remitimos al lector a esta obra.

sorpresa de los sabios en la ciencia mística el día que caten y saboreen sus páginas, es la *Subida del monte Sión*, toda ella luz, gracia y dulzura. Y digo *el día que sea descubierta* porque todavía es fray Bernardino un desconocido como místico y como literato, siendo, en lo uno como en lo otro, una eminencia pocas veces conseguida dentro o fuera de España [3].

Alcanzó cinco ediciones: Sevilla, 1535 y 1538 (ésta revisada por el autor y muy renovada en su tercera parte, como luego se dirá); Medina, 1542; Valencia, 1590, y Alcalá de Henares, 1617. ¿Y luego? Silencio casi inexplicable.

Vamos a copiar un párrafo, en el que, humillándose profunda y sinceramente, como varón santo, nos conduce a la fuente principal de su sabiduría mística, comunicada gratis a él por la misericordia bondadosa de Dios. Es una declaración valiosa, porque resuelve de una vez la cuestión que pudiera plantearse sobre los orígenes de su saber. Claro que no excluye de ningún modo otros orígenes, que ciertamente tuvo; pero la experiencia mística tuvo en él un papel decisivo y preponderante. He aquí sus palabras: «Quien no conoció al autor, poderle ha considerar con algún buen fundamento, por lo cual se ha de saber, a grande gloria de Dios, que le ordenó y compuso un fraile lego de pequeño entendimiento, todo tosco, todo idiota y ignorante, sin fundamento de letras, al cual *la divina Providencia, por su infinita bondad, lo quiso de balde comunicar* en esta Provincia de los Angeles, *mostrando la infinita libertad, en la cual puede*, todas las veces que él quiere, *poner en vaso de despreciado valor tesoros de gran largueza*» [4].

Mucho, muchísimo se preocupó fray Bernardino, varón prudente, de que su obra fuese muy examinada de hombres doctos y de personas de gran espíritu. Así, corrió sin tropiezo y salió ilesa en todas las tempestades ideológicas y sentimentales que se levantaron en el agitadísimo siglo XVI. Lo hace constar en la primera edición, y en la segunda y definitiva, por razón de haber introducido en la tercera parte innovaciones de tal categoría que la hacen nueva, recalca este punto de vista, a fin de que sepa el lector a qué atenerse. Dice así: «Habiendo sido mudado, como está dicho, *casi de todo en todo aqueste tercero libro, es bien que se sepa estar muy particular-*

---

[3] En la *Historia de la literatura española*, de JUAN HURTADO y ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA (Madrid 1921), muy nutrida y muy extensa, 1106 páginas de apretada lectura, no se menciona a *fray Bernardino de Laredo*.

[4] *Subida del monte Sión*, pres. 2.º.

mente mandado examinar, y aprobado por el muy reverendo señor licenciado Temiño, provisor, prior y canónigo de esta santa iglesia de Sevilla, y por el muy reverendo señor el licenciado Del Corro, canónigo y inquisidor en este arzobispado y en su partido» [5].

Confirman nuestros puntos de vista, experiencia y aseguramiento de cuanto escribe las declaraciones que copiamos, bien luminosas a nuestro propósito: «Podría aquesta parte tercera intitularse, por sí, la *cumbre* del monte Sión, así como la primera y la segunda, la *subida*. *Y es de notar que, por exceder aqueste tercero libro las fuerzas y disposición del autor, va tomado y copilado de los sentimientos y sentencias de los doctores contemplativos y vinculado a figuras de la Escritura Sagrada;* pero a gran gloria de Dios y confusión de nuestra relajada conversación y a incitamiento de los que quisieren despertarse a aprovechar, *digo que no entiendo en estas materias escribir sólo un renglón antes que tenga sabido, por la clemencia divina, que tiene entera verdad todo cuanto aquí escribiere*, y así se procede a la obra en el nombre de Jesús» [6].

En cuanto a su categoría ideológica y estética, todavía no ha sido valorada la *Subida del monte Sión*. Sentidamente dice el P. Foronda que a fray Bernardino de Laredo «ni aun le cupo la suerte de ser sacado del olvido» [7] por la péñola mágica de Menéndez y Pelayo. Así es; pero si bien no le recordó para nada en la *Historia de las ideas estéticas*, consta, para gloria del maestro vindicador de nuestros escritores, que le recordó en la *Ciencia española* [8], catalogándole entre los principales autores ascéticos y místicos franciscanos.

Sainz Rodríguez enjuicia la *Subida* de Laredo y dice: «Esta obra, como los *Abecedarios* de Osuna, es una de las claves indispensables para entender la mística española. Fray Bernardino de Laredo es un alma lírica llena de entusiasmo, y la exaltación casi panteísta (sin serlo doctrinalmente) de sus descripciones de la Naturaleza son páginas admirables, no superadas quizá por ningún prosista anterior» [9].

Lo que sí hace, caso singular, es aplicar sus conocimientos científicos, como doctor en Medicina, a los hechos o casos dificultosos que piden para su explicación

---

[5] Ibíd., p. 3.ª, c. 1.
[6] Ibíd.
[7] En AIA, *Fray Bernardino de Laredo*, p. 217.
[8] Tomo III, p. 175 (Madrid 1918).
[9] *Introducción a la historia de la literatura mística en España*, c. 5, p. 224 (Madrid 1927).

las luces de la ciencia. Así lo hace, por ejemplo, cuando trata de la copia de sangre que Jesucristo sudó en el huerto, exhortando de paso a los predicadores y maestros de espíritu a que estudien y sepan dar razón de tales fenómenos y a que los expongan a los fieles, para extirpar dudas y esclarecer dificultades [10].

Sobre el estado de ánimo que su pecho embargaba cuando escribía su obra maestra, *Subida del monte Sión*, tenemos una declaración preciosa y sumamente significativa: la escribió *con gozo infinito* [11]. Nos emociona pensar en fray Bernardino inclinado sobre humilde mesa y escribiendo *con gozo infinito* página tras página, *sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía*, según a otro propósito dijo San Juan de la Cruz con voz de fuego.

Los grandes escritores místicos de nuestra edad dorada abrillantan sus escritos con todas las galas del pensar y del hablar, pero no las poseen todas en igual grado, pues ninguno de ellos tiene el mismo corte, ni el mismo talle, ni ha pasado por el mismo troquel, sino que en el acorde sustancial de sus almas sobresale por su calidad una nota más que las otras, que distingue y califica el acorde sobre todos los restantes. Pudiéramos decir que en fray Luis de León predomina la nota del pensar; en San Juan de la Cruz, la nota del amar, y en fray Bernardino, la nota del sentir; por algo era franciscano y médico. La nota, pues, que caracteriza y singulariza la *Subida del monte Sión* es el acorde riquísimo de contenido que la obra constituye, es la hondura en el sentir, sentir que brota naturalmente de las profundidades de su espíritu y no de la sensibilidad corpórea, por lo que ni fray Bernardino fué *sentimentalista* ni tiene su obra nada de *sentimentalismo*. Sintió profundamente en puro espíritu, y supo expresar docta, sabia y literariamente su nobilísimo y cristianísimo sentir.

Para confirmación de lo dicho, traslademos una página de relieve literario, de valor estético y de notoria superioridad ideológica, pero en la que resuena, con sentida penetración y agudeza espiritual, la nota profunda del afecto compasivo que sentía el apasionado amador de Cristo Redentor y de María Corredentora, el gran contemplador de los misterios divinos fray Bernardino de Laredo. Lee y sabrás lo que es escribir con novedad y con hondura de sentimiento anímico: «*La Virgen y Cristo tuvieron un corazón*. Siendo tan gran verdad que las entrañas mestísimas de la Madre lastimada se eran una misma cosa

[10] Cf. *Subida*, 1. II, c. 17.
[11] [*Dedicatoria*] *a la Reina de las Reinas.*

con la carne macerada del mansuetísimo Cristo, ni pudo ser ni es posible que una carne misma tan cruelmente atormentada [en la cruz] padeciese en una parte sin la otra tener pasión desmedida en igualdad, pues no hay parte sin tormento en el todo atormentado. De manera que si nunca se apartó la carne del sacro cuerpo de Cristo de las entrañas de su mestísima Madre, todo en todas padeció y todas en todo el cuerpo de Cristo, pues todo una misma carne, tal que, aunque apartada en lugar, nunca partida en distancia. Y si la lanza partió dos corazones en no más que un solo pecho, confieso que los partió, pero no puedo ni quiero poder sentir que pudo en nada apartarlos, sino partidos, mas no apartados. ¡Oh si tuviese por bien el que consintió partir el corazón de su Madre dentro en su propio costado y con su misma lanzada que se pudiese romper el corazón de su pobrecillo esclavo con el clavo de sus pies! ¡Oh mi Dios, y quién tuviese espíritu de vida sin que el vivir le sirviese para más de para sentir aqueste como sentir se debía! Mas pregunto, lastimada ánima mía: si la lanza pasó juntos los dos corazones, ¿a cuál penetró primero? ¿Estaba quizá el de Cristo metido en el de su Madre, o el de la muy triste Madre muy dentro en el de su Hijo? O si los dos corazones estaban en sólo un pecho, pues que una sola lanzada tan juntos los penetró. Mas ¿qué digo, oh mi lastimado amor? Un ánima en ambos cuerpos, dos cuerpos y unas entrañas; y si son dos las entrañas y no es más de uno el corazón, un corazón en dos pechos, y en dos pechos, un costado, un corazón y una lanza, un juntamiento de amor indivisible en la vida, ni la muerte le apartó, que un solo corazón fué entre la Virgen y Cristo y una sola voluntad, con cuya perfecta conformidad decimos que la ánima de la Virgen y la ánima de Cristo, siendo dos, son sola una ánima, porque nunca el Hijo hizo lo que no quiso su Madre, ni aun morir, pues nunca la Madre quiso contra la voluntad de Cristo ni aun vivir» [12].

Cuando por vez primera leíamos la *Josefina*, de fray Bernardino, comprendimos al punto la devoción entusiasta de Santa Teresa al excelso patriarca. Luego, hemos visto que a otros les sucedió otro tanto y que las influencias de fray Bernardino sobre Santa Teresa, en este particular, están estudiadas. No podía ser menos. La *Josefina* anda impresa como apéndice a la *Subida del monte Sión*. Por cierto que en ella vemos enseñada con reflexiva reiteración la doctrina que todavía no ha penetrado en el

[12] *Subida*, p. 2.ª, c. 28.

arte, y, por consiguiente, no se ha popularizado. Se trata de una reacción vigorosa contra la idea predominante de que San José fuese hombre viejo, lo cual dice fray Bernardino que es «contra toda la verdad y sin fuerza de razón» [13]. ¡Qué gracia le haría a la gentil Santa Teresa esta innovación que rejuvenecía al patriarca San José!

No menos gracia e impresión duradera le haría la enseñanza de que el entendimiento es *súbdito y compañero* de la voluntad [14]. Tampoco echaría en olvido la doctrina sobre el don de lágrimas, con tanta generosidad concedido por el Señor a la Doctora Mística del Carmelo. Fray Bernardino rechaza y desacredita las superficiales, epidérmicas, las que proceden de sensiblería, es decir, las que llama *mujeriles*, y encomia, como es razón, las *varoniles y cordiales* [15], nacidas o procedentes del espíritu y no de la sensibilidad corporal.

Pero el caso emocionante es que la *Subida del monte Sión* sacó a Santa Teresa de una perplejidad gravísima y de una tribulación que la tenía en duro aprieto y congoja dura. He aquí sus palabras: «Como me dijo esto [que le parecía mal espíritu en algunas cosas], con el miedo que yo traía, fué grande mi aflición y lágrimas; porque cierto yo deseaba contentar a Dios, y no me podía persuadir a que fuese demonio; mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros para ver si sabía decir la oración que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte* [*Sión*], en lo que toca a unión del alma con Dios, *todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada* (que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración); señalé con unas rayas las partes que eran, y dile el libro, para que él y el otro clérigo que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen y me dijesen lo que había de hacer; y que, si les pareciese, dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros; pues, a cabo de veinte años que casi había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener» [16].

El capítulo a que alude la Santa es sin duda el 18 de la tercera parte, titulado «Qué cosa es no pensar nada en contemplación perfecta y de la autoridad y utilidad de mística teología». La peregrina enseñanza que Santa Teresa experimentaba, y que nadie le autorizaba, expónela fray Bernardino con las palabras siguientes: «Siempre sea

[13] Ibíd., c. 12: *Síguese el misterio de la humanidad santísima.*
[14] Ibíd., c. 15.
[15] Ibíd., c. 12.
[16] *Vida,* c. 13, 5.

el principio de vuestra contemplación levantar de todo cuanto no es Dios el talante de vuestra ánima, en manera que algún pensamiento no tenga cabida en vos, cuanto quiera que sea bueno. Quiere decir que vuestra contemplación, si ha de ser quieta y perfecta, no ha de saber ocuparse en más que en sólo el amor, el cual, si es amor quieto en contemplación perfecta, no ha de saber pensar nada durante aquella quietud, porque el amor de mi Dios, en el cual está el ánima ocupada, no es cogitable ni inteligible que lo pueda comprehender nuestro entendimiento, sino deseable y amable, en nada tiene lugar en el entendimiento aprehensión, sino sola la afectiva, los deseos y voluntad. Así que, si la perfección de todo contemplativo consiste en el amor de nuestro Cristo Jesús, en el cual los pensamientos impiden, necesario es que sintamos que entendió lo que decía el que dijo que es mejor en quieta contemplación no pensar nada» [17].

¿Levó San Juan de la Cruz a fray Bernardino de Laredo? No sé si consta el hecho históricamente, pero se puede presumir con sólido fundamento, pues no sería más leída la Doctora que el Doctor del Carmelo. Creemos nosotros ver patentes huellas del paso de San Juan de la Cruz por las páginas de fray Bernardino. Las vemos cuando éste trata «de la quietud intelectual» [18]. En la lectura de otros pasajes, se le recuerda involuntariamente. Veamos un par de ellos: «Ni se contradice la obscura caligen y el ver con claridad, porque no es menos cierto el negar lo que no puede que el confesar la ignorancia que conoce que en sí tiene, y el no ver a lo obscuro y el saber que está su vista estorbada de su acción, de su poder y de su comprehender todo lo que vee, si tiene ojos, a la clara» [19]. Y en otro lugar: «Volved el entendimiento a notar qué cosa es centro, y cebad la voluntad. El centro en nuestro hombre es el más oculto secreto y el más abscondido encerramiento de las entrañas del ánima racional, y éste está tan manifiesto, tan claro y tan descubierto a la divina noticia, al conocimiento eterno y sabiduría divina», etc. [20] Tengo yo a San Juan de la Cruz por uno de los hombres más geniales que ha engendrado la genial España y por uno de los más geniales que en su línea han visto la luz del sol; pero mucho bebió en las fuentes incontaminadas de sus predecesores en la ciencia mística, y una de ellas fué la *Subida del monte Sión*, del devoto y humilde lego franciscano Bernardino de Laredo.

---

[17] *Subida del monte Sión*, p. 3.ª, c. 17.
[18] Ibíd., p. 2.ª, c. 14.
[19] Ibíd., p. 2.ª, c. 38.
[20] Ibíd., cap. 39.

Influyó asimismo, cosa muy natural, en el dulcísimo fray Juan de los Angeles, como saben cuantos hayan leído a este literato sin par. Lo ha evidenciado el P. Joaquín Sanchís Alventosa en su estudio *La Escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del siglo de oro* [21]. Este influjo es glorioso para entrambos: para fray Bernardino, porque se infiltró en el espíritu refinado de un tan preclaro varón; para el P. Angeles, porque supo abrir su pecho a tan noble y sobrenatural influencia.

En los *Diálogos de la conquista*, diálogo 4.°, 3, leemos:

«DISCÍPULO.—¿Qué cosa es entendimiento *cuadrado*?

MAESTRO.—¿Adónde has leído este término *cuadrado*?

DISCÍPULO.—En un libro muy antiguo de un *religioso de nuestra Orden;* y hacía tanto caso de esta manera de entendimiento, que casi ponía en ello el todo de la contemplación.

MAESTRO.—Tiene mucha razón. Entendimiento *cuadrado* es el que no se estrecha a mirar y contemplar a Dios por una verdad sola, sino que extiende su acción a todas partes, porque Dios es inmenso, incomprehensible, infinito y eterno, y en todas partes está todo y en ninguna estrecho y con límite».

Que corresponde a lo que el venerable fray Bernardino de Laredo había escrito:

Donde cuadra el pensamiento,
tiene el amor más asiento.

Y aquello otro: «Todo edificio que asienta en *cuadrado* tiene firmeza, porque igualmente está en todas partes, y es más durable por el indiferente y igual asiento que tiene.» Y añade: «Cuando nuestro pensamiento *cuadra* en la meditación de las cosas perdurables, en tal forma que no halla más a la una parte que a la otra, hay grande aprovechamiento.» «Y cuando nuestro entendimiento discurre a partes diversas y por diversa ocasión, aunque por un mismo fin, no está quieto ni *cuadrado* ni se llega a perfición» [22].

El mismo fray Juan de los Angeles, en el diálogo 8.°, 7, de su *Conquista*, le recuerda y comenta cariñosamente. Escribió:

«MAESTRO.—El autor del libro que se intitula *Subida del monte Sión*, que fué religioso de nuestra Orden y de la Provincia de los Angeles, solía decir muchas veces esta sentencia, y la dejó escrita:

---

[21] XV, 4, pp. 194-97 (Madrid 1946).
[22] *Subida*, p. 3.ª, c. 40.

¡Quién me diese navegar
y, engolfado, no remar!

DISCÍPULO.—Parece petición fuera de propósito, porque el hombre engolfado, a remo y vela procura salir del golfo por no perderse.

MAESTRO.—No habla tan superficialmente como suenan sus palabras. Golfo llama a este sueño dulce y pausa que hace el alma en Dios, adonde los remos del entendimiento y razón antes dañan que aprovechan; porque luego que ellos comienzan a remar, se acaba aquel gusto sabrosísimo y de gran deleite que siente el alma engolfada en Dios».

La sentencia rimada, escrita, dice:

¡Quién supiese navegar
y, engolfado, no remar! [23]

No es pequeña gloria, sino grandísima, el haber influído fray Bernardino de Laredo con su obra magistral, *Subida del monte Sión*, en las tres cúspides de la ciencia mística española, en tres de los corazones más nobles y espirituales que han palpitado sobre la tierra: en Santa Teresa, en San Juan de la Cruz y en fray Juan de los Angeles, varón tan angélico como su nombre.

Concluyamos diciendo que fray Bernardino de Laredo es el Hipócrates de la espiritualidad cristiana por sus *aforismos*. Por algo fué médico. En un apartado del capítulo 40, tercera parte, leemos: «Síguense aquí, por conformidad de estos amorosos versos, estos *entrañables aforismos*, que *yo saqué para mí* en el nombre de Jesús». *Entrañables aforismos*, cánones perpetuos de la espiritualidad cristiana [24].

---

[23] Ibíd.

[24] El P. CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, en su *Compendio de ascética y mística*, p. 4.ª, III, p. 316 (Avila 1933), escribió: «No vale [como el *Tercer Abecedario*, de Osuna], la *Subida del monte Sión*, de Bernardino de Laredo († 1545) [léase 1540]. *Lego como era su autor*, este libro no podía tener ni el método ni la solidez de las obras de Osuna. No es tampoco místico en todas sus partes, aunque tiene páginas interesantísimas». Interesantísimas lo son todas las del libro, como partes o fragmentos de un libro maravilloso qu publicado en 1535 y perfeccionado definitiva y magistralmente en 1538, es *clave necesaria* para abrir y penetrar la mística española. En cuanto a que no es místico *en todas sus partes*, ¿qué libro hay que lo sea? ¿Lo son *Las Moradas*, de Santa Teresa, o el *Tercer Abecedario*, de Osuna? Juicios tan inexactos como el del P. Crisógono, dirigidos al magisterio espiritual y a la formación instructiva de la juventud, son perjudiciales. Además, se desvaloriza así la ciencia mística española, nuestra obra más genial.

SUBIDA DEL MONTE SION

(1538)

PARTE I

Al ilustrísimo príncipe de la Iglesia el reverendísimo Sr. D. Alonso Manrique, cardenal título Duódecim *Apostolorum*, arzobispo de Sevilla, inquisidor general en los reinos de España, consiliario rectísimo del Consejo Imperial, etc.

De vuestros Frailes Menores, el más indigno y menor.

La certidumbre de lo pasado (ilustrísimo señor) quita la duda en lo por venir. De aquí es que, teniendo yo memoria de la voluntad y gracia con que vuestra reverendísima señoría aceptó por servicio la intitulación de un libro que otra vez le intitulé, el cual, porque fuese estimado no como de tal autor, lo ofrecí a esa persona ilustrísima, esme ahora argumento cierto para me osar atrever a presentar de rodillas este libro nuevamente, con péndola de obediencia por amor de Dios escrito. Y porque de vuestra reverendísima señoría no quiero requerir más que favor de lo que contiene el libro, le pido le reciba y favorezca. Y la intitulación sepa que va dirigida al pie de la cruz de Cristo por haceros más servicio, pues la divina bondad hace a vuestra señoría defendedor de la cruz. Y porque en suma de cuenta de lo que ofrezco, doy noticia que todo lo que este libro contiene corresponde a la autoridad evangélica que dice: *Quien me quisiere seguir, niegue su sensualidad y traiga su cruz consigo, y véngase en pos de mí* [1]. Y como la autoridad tiene tres partes, contiene el libro otras tres: en la primera busca el propio

[1] Matth. 16, 14; Luc. 9, 23.

conocimiento de este hombre; la segunda incita al seguimiento de las pisadas de Cristo y a las reglas de la cruz; y la parte tercera llama la ánima a quietud de pura contemplación, para la cual la crió Dios.

Y porque de tres singulares teólogos ha sido muy despacio examinado, de cuyas letras y vida vuestra reverendísima señoría sé que tiene satisfacción, quise mostrar sus dichos y firmas por que dé a esos papeles más crédito. Y porque con estas tres firmas se acompañan otras dos de los reverendos inquisidor y provisor de vuestra señoría y otras dos de nuestro reverendísimo Padre, el General frater *Nicolaus Herbonius*, y del muy reverendo Padre el ministro provincial de aquesta nuestra Provincia de los Angeles, de quien vuestra señoría es propio padre y patrón, pido que aquestos papeles, con este favor y firmas, sean recebidos y aceptados. Y la divina clemencia selle esa ánima y entrañas con todos los siete dones del Espíritu Santo: con los cuales reciba tal claridad, que, como propio Pastor, cuyas son propiamente las ovejas, procure pasto para ellas. Y pues la bondad divina da en esa ánima para esto abundancia de deseos, haga que sean deseos vivos, pues que cuando no lo son serán deseos confusivos.

Y vea vuestra señoría que se escribe en el Génesis, capítulo 37 hasta el capítulo 46, que el gran patriarca Jacob no se satisfizo aunque tenía su ganado puesto en poder de sus hijos; mas en nombre suyo propio envió a su hijo José, y con muy gran costa suya, a ver qué tales estaban. Y si las ovejas y los pastores con ellas no se hubieran trasmontado en Dothain, no se perdiera José buscándolos en Sichem, ni lo topara el varón yendo perdido en el campo. Y si José no perseverara por la obediencia en buscarlos, nunca él fuera tratado con tanta crueldad de los que buscó. Y si de las persecuciones, afliciones y congojas de José no fuera Dios muy servido, no le hubiera redundado o sucedido la felicidad sobre el señorío de Egipto.

Y si la bienandanza de los que rigen muy bien no pasase en bien del pueblo de Dios, nunca se hubieran salvado tantas vidas que de hambre perecieran y tuvieron el remedio en la industria de José; y si de este bien común no fuese muy servido el verdadero Israel, no hubiera visceralmente gozado la decrépita vejez del gran patriarca Jacob con la vista de José.

Y porque aquesta figura se pueda íntimamente sentir muy dentro de las entrañas, podráse ver en el libro II, capítulos 26 y 27, casi por todo. Mas lo que quiero de aquí dar a sentir es que los pastores propios velen sus

propias personas sobre sus propias ovejas, tomen de ellas la lana para poderlas pastar, pues que los que no son tales buscan pasto a sus ovejas por poderlas trasquilar. Y aunque es así que vuestra señoría tiene puestos sus pastores, de quien se puede confiar, bien es que envíe a José, que es su propio corazón y su ánima y su presencia, y que vea cómo les va; y que os perdáis de vuestra consolación, y seáis perdido de amor hasta que, topándoos Cristo buscando vuestras ovejas y perseverando entre ellas, repase con vuestro ejemplo a los otros sus pastores, los obispos y arzobispos, los pastos donde su clemencia quiere que se impingüen, o se engruesen, o se enseben sus ovejas.

Y pues la divina Providencia se ha querido servir, y se sirve, que esa persona ilustrísima, después de sus dignidades, mediante el oficio santo de la Santa Inquisición, tenga en la Iglesia de Dios, después del Sumo Pontífice, la dignidad de Pastor de mayor sublimidad, y os dió el báculo más alto, y os dió yesca y eslabón, vele vuestra señoría y esté sobre sus ovejas, y dé esa persona ejemplo a todos sus coadjutores, pues que se acaba la vida.

Y sé decir que estuve presente muy despacio al fallecimiento del arzobispo, de buena memoria, su antecesor, y le vi asaz cercado de criados y parientes, y entendí que apenas había alguno que no fuese más solícito sobre sus maravedís que sobre haber expirado el que ayer cuasi adoraban; y estuve a su sepultura, y vi que se conmovió cuasi toda la ciudad, y vi que antes de ocho días ya no se hablaba en él si no venía sobre habla; y estas cosas, señor mío reverendísimo, cierto no son de olvidar.

Yo hablo como hijo atrevido con mi reverendísimo y visceral Padre, y como siervo, confiado en el amor amigable de su visceral señor. Y si en algo de lo que he dicho o diré buscare vuestro temporal favor, mis palabras sean confusión para mí en la vida advenidera.

Plega a la bondad divina que ponga en esas entrañas ilustrísimas el amor que puso las de Cristo en la cruz.

Antepónese en esta obra un notable y tres reglas y tres presupuestos, con los cuales pueda ser más entendido el intento del autor, y el título, y la lición, y materias de este libro.

NOTABLE

Esta obra se dice SUBIDA DEL MONTE SIÓN porque el monte Sión, ciudad del inmenso Rey, está al lado de aquilón. Distante está; apartado de las partes vacilables de esta tempestuosa vida, la cual siempre está ladeada por la parte de aquilón, que quiere decir aire frío y desecativo, el cual de su natural es impestuoso, muy agudo y penetrativo; y por estas propiedades que hay en él, se pone en comparación de las transitorias sensuales consolaciones, las cuales, pasando presto, dejan frialdad en el ánima y sequedad de conciencia.

Y porque esto es al contrario en la contemplación, dícese que el monte Sión —que es la contemplación quieta— está al lado de aquilón. Aquilón está ladeado y muy alto queda el monte, al cual nuestro título se ofrece con la subida por quieta contemplación. Y dado caso que sobre la profética autoridad que dice: *los caminos de Sión lloran,* [2] algo está declarado, entiéndase que siempre en esta dicción *Sión* podemos bien entender la contemplación quieta, o las ánimas que están puestas en atalaya sobre las altas virtudes, con las cuales van despeñando los vicios por la subida de aqueste místico monte. Estas ánimas son las hijas de Sión, a quien es hecho el convite que salgan a ver su Reina [3].

Y díceseles aquesto festejando a nuestra muy gran Señora, porque ella fué la pura criatura que más alta subió

---

[2] Sam. 1, 4.
[3] Cant. 3, 11.

en aqueste monte Sión de la contemplación quieta, en la cual en esta vida mortal siempre estuvo muy entera, siempre estuvo en atalaya, siempre sobre el monte Sión.

Salgan, pues, las ánimas cuidadosas, salgan de la natural tibieza, salgan de la flaca inclinación, salgan de las poquedades y suban al monte Sión, a la contemplación alta, y podrán mirar su Reina. Quiere decir que la vista intelectual de aquestas ánimas tales esté puesta en el dechado ejemplar de aquesta altísima Reina, y así podrán encumbrarse en aqueste monte Sión, porque sea gran gloria a Dios. Que aquestas ánimas tales son las que, estando en aquesta Babilonia desterradas, se asientan sobre los ríos de sus lágrimas, cuando con vivos deseos ponen su afición en Sión sobre los ríos de Babilonia [4].

REGLAS DEL LIBRO PRIMERO

SEMANA PRIMERA

De la aniquilación

Lunes	Quién soy.
Martes	De dónde vengo.
Miércoles	Por dónde vine.
Jueves	Dónde estoy.
Viernes	Adónde voy.
Sábado	Qué llevo.
Domingo	Quietud.

REGLAS DEL LIBRO SEGUNDO

SEMANA SEGUNDA

De los misterios de Cristo

Lunes	De Getsemaní a Caifás.
Martes	De Caifás a la columna.
Miércoles	De la columna al *Ecce homo*.
Jueves	Del *Ecce homo* a la caída con la cruz.
Viernes	De la caída a la enclavación.
Sábado	De la cruz al monumento.
Domingo	Del monumento a la resurrección.

[4] Ps. 136, 1.

Tantas veces se multiplica esta semana segunda, o digo la segunda parte de este libro, cuantos capítulos hay en él multiplicados; de manera que cada un capítulo se dé para cada un día, porque de todo el capítulo se tome un renglón, o una palabra, o más, según gusto del lector.

Hase también de notar en este libro primero y segundo—los cuales con los principiantes hablan más que el libro tercero—que aunque sea así que el lector halle poco gusto de devoción, no por esto ha de cesar el proceso del pensar, aunque sea como quien contare habas, hasta se ir ejercitando en la meditación; porque cuando a los principios hay falta de devoción y no falta el perseverar en la oración, es muy gran señal de bien, porque muestra que la vía purgativa comienza a preparar el ánima para la contemplación, y esto es señal de confianza. Cerca de lo cual, un fraile me decía ya después de sus principios que si no le hubiera avisado dende antes que comenzase que había de pasar por aquestas sequedades y que le convenía sufrir y esperar perseverando, que hubiera muy muchas veces cesado de lo que comenzó.

La falta de aqueste aviso es causa a muchos de mucho defecto en esto, porque digo la verdad que me decía el mismo fraile que después de tres meses comenzó a sentir (aunque muy de cuando en cuando) qué cosa es el gusto de la oración y que por todo el trabajo de la vida no quisiera haber dejado su perseverancia. Y cómo en este artículo me fué a mí aún más que un año, sábelo nuestro Señor. Los ángeles le den gracias.

REGLAS DEL LIBRO TERCERO

TERCERA SEMANA

A quien corresponde el libro tercero, con quieta contemplación de lo puro intelectual

Lunes .... Donde hay caridad y amor está Dios.
Martes .... Engrandeced a Dios conmigo y levantemos su nombre hasta él mismo.
Miércoles .... En el principio crió Dios el cielo y la tierra.
Jueves .... El ánima que a Dios se allega es un espíritu con él.
Viernes .... Cristo padeció. Cómo se ha esto de sentir por quietud intelectual.

Sábado .... Recibimos en medio de vuestro templo las misericordias vuestras, dice el ánima a su Dios.

Domingo .... Ninguno conoce al Padre sino el Hijo; ni al Hijo conoce otro que su Eterno Padre [5].

Hase de notar que la aniquilación tiene lugar o tiempo señalado, dende rezados maitines hasta prima.

Los misterios de Cristo, dende prima a nona; durante todo el tiempo de la misa, donde se nos representan los misterios de nuestra redención.

Lo intelectual, dende nona hasta la hora de maitines, el espacio que velamos. Notando, empero, que este aviso sirve de norte por donde se rige el ánima principiante para despertarse a andar dentro en sí; mas si alguna vez o veces se hallare en los tiempos señalados ocupada en otra cosa de lo que aquí se señala, hase de quietar en ella y tenerla por mejor, porque lo que se le ofrece, siempre le conviene más que lo que ella buscar puede con su pobre diligencia.

Y porque tenga ordinario en todo tiempo y lugar, hase de tener aviso que, en oyendo la voz del que despierta a maitines, represente en la memoria la trompeta: —Levantaos, muertos, al juicio.

Hasta que se comiencen los maitines, piense que, como aquel cuerpo se levantó ahora del sueño para emplearse en alabanzas de Dios, así aquellos mismos miembros se han de levantar de la muerte el día del juicio para recebir perdurable galardón por los que allí están atentos en el oficio divino y en el bien servir a Dios. Y nótese su contrario si faltare diligencia.

Tenga aviso cada vez que se acostare a dormir cuán presto y cierto será echarse en la sepultura.

A la prima, al punto que despertare, halle luego en la memoria aquello que dice Job, conviene a saber: *Breve es la vida del hombre, y pasa así como la sombra, y cáese como una flor, y es llena de mil miserias, y nunca permanece en un estado* [6].

Cada vez que se sentare a comer, ponga a su cuenta el escote de la comida primera que el primer hombre, nuestro padre Adán, a nuestra costa comió.

Cada vez que ha de beber, se acuerde que bebió Cristo, en la cruz, vinagre y hiel.

Cada vez que oyere el reloj, represente los golpes en

[5] Matth. 11, 27.
[6] Iob 14, 1-2.

los clavos del martillo, y así, contando las horas, cuente el ánima los golpes en el secreto interior.

Cuando tañe a las horas, recoja en el pensamiento lo que aquella hora significa, conviene a saber: la prisión, en los maitines; en la prima, el discurso entre los jueces; a la tercia, la columna; a la sexta, la corona; a la nona, la cruz; a las vísperas, el descendimiento de ella; a las completas, la sepultura o monumento.

Cada cosita que viere o cualquier cosa que sea, acuérdese que no hay más que un Criador, y aunque sea una yerbecita, o una flor, o una hormiga, le porná luego con Dios por particular noticia, como el libro le dirá. Y si esto toma en costumbre con sólo un año de aviso, de tal manera crea que se lo vestirá dentro en la capacidad, que jamás no se le caiga y que sin mirar en ello andará siempre avisado, y esto es muy grande favor.

En los viernes siempre se lea la lición que representa la dignidad de la cruz, capítulo 31 de aqueste libro; o los capítulos 28 y 29 y 30 de aqueste segundo libro, que tratan de los agudos dolores de la Virgen con la cruz.

A la triunfantísima resurrección, con todos los domingos, se ofrece el capítulo 35 hasta el capítulo 50 de este segundo libro.

A las festividades grandes corresponden puntos gozosos de general resurrección y gloria celestial. El capítulo 42 hasta el capítulo 50 del mismo libro segundo.

Al misterio de la misa y a los que han de comulgar corresponde la lición del sacramento santísimo, casi al final del tercer libro.

La devoción de las misas de la corona de Cristo, en quien se concluye el libro, corresponde a toda necesidad.

PRESUPUESTO I

En la vía contemplativa, que quiere decir en el camino de la contemplación, el que anduviere con perseverancia y trabajare con discreción lo que según sus fuerzas pudiere, este tal no tenga duda de alcanzar de la divina clemencia más bienes y más riquezas de las que sabrá desear. Hase de notar que dice *con perseverancia*, porque caen en culpable negligencia aquellos a quien va mucho en entrar en la ciudad, y caminando hasta llegar cerca de ella, cuando se hallan cansados, aflojan en el andar, o emperezan, y dan vuelta y pierden lo que han andado.

Porque así como un niño se cría y crece su corpecito perseverando en mamar, así nuestra ánima, si persevera en mamar leche a los pechos de la oración mental, se va en tal manera criando, que así como el niño va creciendo de año en año, sin que se pueda sentir el modo de su crecer, así la tal ánima se engruesa y se cría y crece en sí y se acrecienta en riquezas, sin saber el cómo crece hasta que se halla en tal manera aumentada, que, no conociendo ella del todo su crecimiento, los otros la ven crecida.

Así como un caballero, si es bueno, no conoce su grandeza, pero los que con él tratan saben que es noble varón, y el ser grande no lo dan a la persona, sino a los cuentos de renta, así el ánima que está criada en la oración es boba en su conocimiento; por reputación humilde no conoce su grandeza, pero muy muchos la tienen en mucha reputación, y los hombres que son cuerdos no atribuyen a ella misma los bienes de su grandeza, sino a los cuentos de renta, esto es, a las riquezas sin cuento que ha recebido de Dios. Es de notar que así como un niño que esté gracioso y bien criado, si cesare algunos días de mamar, se enflaquece, de manera que tarda en tornar en sí y en tomar la graciosura que por no mamar perdió, así el ánima mantenida y agraciada en la oración, el día que deja de orar, el día que no va adelante, el día que no persevera, de tal manera lo pierde, que el provecho de aquel día, tarde lo vuelve a cobrar. Notando que lo que hoy se queda por hacer no se puede hallar hecho cuando viniere mañana, y por no perseverar, muy muchas veces se pierde por un trabajo pequeño lo que se pudo apenas cobrar con trabajo de más tiempo.

De manera que es notable conclusión que el más aprovechamiento en la vía contemplativa está en más perseverar, hasta acabar con la vida la demanda comenzada en la oración, pues nuestro Cristo Jesús está de parte del ánima, y siempre la favorece y aumenta en ella mayor hambre y más amor con su más perseverancia por que sea gran gloria a Dios. Y dice el sacro Evangelio que *aquellos* se *salvarán que en el bien perseveraren hasta la fin*, esto es, hasta la fin de la vida o hasta conseguir el fin de la vida advenidera.

Hase de tener aviso que en el ejercicio que se señala por días, divididos diciendo *lunes, y martes*, etc., los nuevos no han de entender que se les dice que piensen en la oración cuanto está en aquel capítulo, mas que tomen alguna cosa que a su gusto agrade más, y en aquélla se despierte y ejercite el apetito del ánima, para que pueda comer aun lo que ella no pensaba. Como acontece al en-

fermo que le conceden cinco uvas, y le dan todo un racimo para que tome de allí las que mejor le parezcan, y, dejándose las otras, con aquéllas se despierta para que pueda comer lo que no podría sin ellas.

PRESUPUESTO II

Habiendo sido la ocasión de escribir aqueste libro el libertado querer de la muy santa obediencia, la cual nos hace poder lo que aun querer no sabíamos, quita a los lectores la causa de poder maravillarse de lo que en él se hallare que sea digno de abrazar considerando la miseria, y poquedad, y ignorancia del autor. Porque siendo así que todos los capítulos que aquí se contienen y cada uno de ellos vayan fundados sobre autoridades de la Sagrada Escritura, como el lector podrá ver, o expresas, o declaradas, o aplicadas en el secreto entender del que con sosegada quietud y deseo de aprovecharse leyere cualquiera de los capítulos de cualquiera de las partes de este libro, y viere que por excelentes teólogos está visto, examinado y firmado, quien no conoció al autor, poderle ha considerar con algún buen fundamento; por lo cual se ha de saber, a grande gloria de Dios, que le ordenó y le compuso un fraile lego de pequeño entendimiento, todo tosco, todo idiota y ignorante, sin fundamento de letras, al cual la divina Providencia, por su infinita bondad, lo quiso de balde comunicar en esta Provincia de los Angeles, mostrando la infinita libertad, con la cual puede todas las veces que él quiere poner en vaso de despreciado valor, tesoros de gran largueza.

Cerca de lo cual puede alguno preguntar qué es la causa que ha habido contemplativos notables y de muy alta oración, de los cuales hubo muchos que no escribieron doctrina de enseñamiento ni entienden en cosa tal, y levántase un idiota, muy digno de desechar, que ha poco que comenzó a entrar en contemplación y escribe muy grandes cosas aun sin saber entender cómo entiende lo que escribe.

Puédese a esto responder que la dignación divina da a sentir aquestos bienes a ánimas contemplativas en una de tres maneras: a unos les es concedida aquesta ciencia sabrosa no más que para sí solos, y éstos a solas negocian solos entre sí y su Dios, sin saber hablar en más; y aquesto es muy grande cosa y gran bienaventuranza y muy

mucho de estimar. A otros comunica Dios gracia de contemplación con gusto de grandes cosas, con gracia particular para las comunicar, y merecen mucho en ello mediante la caridad con que los tales procuran de llegar muchos a Dios, y de ser grandes obreros, y tener gran vigilancia en vida de santidad.

De los primeros, algunos conozco yo que aun viven; de los segundos, la Iglesia celebra muchos y aun agora viven algunos; mas como hemos de hablar en los terceros, a los cuales no sabemos si la gracia del escribir les es concedida sólo por el bien común, sin que a ellos les quede nada sino la voz y elocuencia, como acaece al pregonero, que con voz bien explicada hace manifiesto al pueblo lo que quiere su señor, y sin que a él le quede más: saben todos lo que ha dicho y a sí mismo no aprovecha cuasi nada; y es así como instrumento o herramienta con la cual el oficial hace su obra en perfición, y al instrumento pónelo luego al rincón, instrumento es aqueste hombre; la obra es la que hace Dios. Plega a la bondad divina, por lo que a Cristo costamos, que no sea de aquestos terceros yo, porque circunstancias hay que son causa de temor.

Y dado caso que por la divina bondad, siendo Dios mi ayudador por la clemencia de Cristo, la conciencia no me acusa, mas veo la distancia o desviamiento que hay entre mis obras y lo que escribo y sé que no sé quién soy cuanto al querer de mi Dios, y es muy justo el temor. Así que quedan de aquí dos puntos: el uno es que para hacer nuestro Señor lo que quiere toma el instrumento que a él le place, y por diversos escritores, y por diversos predicadores, y por diversos enseñadores parte el pan a sus chiquitos, hace bien a sus pequeños, y despierta a los dormidos, y a todos nos hace bien.

Los instrumentos con que obra, sólo él sabe cuáles son, y si están mal acerados y si se tuercen en la obra o si quedan muy mellados, habrán menester espacio para tornarse a afilar. Así que los que escribiendo o predicando dicen cosas de notar, si no corresponde su obra a lo que suena su voz, más les causará temor que vana reputación el fruto de su trabajo.

Lo segundo que queda de aquí es que, pues no hay quien cierto sepa si es digno de odio o de amor en la presencia de Dios nuestro Señor, no hay quien no deba estar siempre acompañado con temor reverencial de ofender a nuestro Dios, pues sabemos que está escrito que *el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor* [7] y que

[7] Ps. 110, 10; Eccli. 1, 16.

es bienaventurado el hombre que siempre está con temor; y en los que tienen multiplicadas las causas de más temer, como yo, sea testigo la razón si les conviene temer.

Así que aquesto sabido, queda entendido a la clara qué es la causa de escribir y parlar bien, teniendo poco caudal, y otros, con estar muy ricos, callan, y estánse en su casa solos con sólo su Dios, que es su bienaventuranza.

Por los méritos de Cristo no me cuente a confusión la miserable tibieza de este ser todo palabras y flojo en la operación. Y pido ser ayudado de quien tomare este libro por sólo el amor de Dios, y él sea siempre nuestro amparo.

PRESUPUESTO III

Un aviso es necesario al lector, si es codicioso de ser muy espiritual; y es que entienda que las cosas del espíritu no se pueden escribir muy a la clara. Por tanto, cuando en este libro, que lleva cosas obscuras entre muy muchas muy claras, y así también en cualesquier libros tales o en la Sagrada Escritura, topare puntos que no los entienda bien, no se congoje por esto, ni los pregunte a las *Glosas* ni a quien entienda mejor, hasta que él por sí una vez y muchas veces, aun digo un día y muchos días, las tales obscuridades rumie él solo por sí en la mental oración, en el secreto escondido del ánima dentro en sí misma, donde se suelen hallar en el libro de la vida que es Cristo y es su doctrina las ciertas declaraciones con que se sabe en el ánima entender, por mística teología, qué es a lo que sabe Dios.

Es a saber: entiende el ánima por experiencia el gusto de la divina conversación, según puede ser posible en nuestra mortalidad; y cuando el ánima ha hallado dentro en sí alguna satisfacción de lo que saber deseaba, compárelo a la doctrina de Cristo y de los santos, y pregúntelo a los sabios, y búsquelo por las *Glosas*, y entenderá la verdad y desechará lo incierto; y así se hará escientífica en lo espiritual más y más y mucho más que si luego entendiese lo que lee o preguntase las dudas que ella por sí ha de estudiar en la oración escondida y mental, en la cual ha de porfiar, aunque sienta sequedades, hasta hallar lo que busca, que cierto lo hallará. Y yo sé quien, porfiando más de un año en una autoridad de la Sagrada Escritura, halló lo que no podía por muy cuidadosas preguntas en mucho tiempo alcanzar con cierta satisfación;

y aqueste aviso y doctrina es de grande utilidad y de muy cierto provecho por gusto y por experiencia de los muy espirituales.

Y hase mucho de notar que las liciones de mística teología no se dejan entender del estudio de las letras, cuanto quiera que sean muchas, si falta oración mental frecuentada, pura, humilde, aficionada, violenta, atenta, codiciosa, cuidadosa, y ordenada, y sin tiempo y sin lugar; y con estas condiciones no hay nadie que no las entienda sin que reconozca letras de escolástica lición.

PROLOGO RESPONSORIO

A LA OBEDIENCIA POR LA CUAL EL LIBRO SE COMENZÓ E INTITULACIÓN AL PIE DE LA CRUZ DE CRISTO

No es para mí pequeña quietud y consolación querer vuestra reverencia ver estos puntos que me manda trasladar, los cuales irán sacados a la letra como yo los aprendí. Porque queriéndome consolar en verlos, no podrá dejar de alumbrarme con parecer y doctrina, la cual sabe nuestro amoroso Cristo Jesús que más que nada en esta vida deseo de quien me la pueda dar. Y como sea pura verdad que el hombre es compuesto de forma y materia, y sea la forma esta ánima racional, criada a imagen y semejanza de su inmenso Hacedor, y con tal naturaleza y tal generosidad que ni pueda ni quiera poder ni sepa mantenerse o sustentarse menos que en solo Dios, y con esto, el cuerpo, que es su materia, no se quiera mantener sino en su propio semejante, digo que en su misma materia, o digo en la composición de sus mismos elementos, los cuales no supieron dar de sí sino cosas corruptibles, tales que en su corrupción casi aniquilen su ser, necesario es que en aqueste ser, que es de cosas corruptibles y vive en corrupta sujeción y acaba en corrompimiento, se funde la fantasía de estos nuestros muladares, de este mi cuerpo bestial, de este elementado cieno, compuesto de agua y de tierra. Porque el limo, agua y tierra es; y del limo de la tierra se escribe que me formó quien dió forma generosa a tan horrible materia, y aquí está mi presunción.

Hase de notar aquí que esto que se ha de decir tiene puesto fundamento en la lición evangélica de nuestro gran Doctor Cristo Jesús sapientísimo, el cual sabemos que antes comenzó a enseñar con obras que con palabras. Pues es así que el obrar le duró toda la vida, y menos el predicar, y su obra es nuestra doctrina y ejemplo. De manera que nuestro fundamento por sagrada autoridad dice por boca de nuestro preceptor Cristo Jesús: *El que quiere venir a mí, niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame* [8]. Donde podemos notar muy con las entrañas

nuestras un requiebro en las de nuestro amor Cristo Jesús benignísimo; el cual, queriéndonos mostrar bien esta sagrada lición que aquí se ha de señalar, nos la lee por otras más amorosas palabras, tan llenas de autoridad cuanto son las primeras.

Oiga el suave corazón las palabras amorosas de nuestro suave Doctor: *Tomad mi yugo a vuestras cuestas, y aprended de mí mansedumbre y humildad de corazón, y hallaréis holganza para vuestras ánimas* [9]. Esta quiere él que busquemos, ésta quiere que hallemos y poseamos. Y como sabe bien su Majestad sapientísima que él es el descanso para nuestras ánimas, y que a él hemos de buscar por sus pisadas, y que le hemos de hallar en la contemplación quieta, la cual nos quiere mostrar, danos los medios para poder aprender, diciéndonos que primero nos fundemos en mansedumbre y pureza de corazón, y que esto aprendamos de él; y que para lo aprender, que nos carguemos de su yugo. Donde es de notar el piadosísimo intento del que tanto cuidado tiene de regalarnos, el cual, habiéndonos dicho que para poder seguirle nos carguemos nuestra cruz, vuélvenoslo a amonestar, y llámala *yugo suyo;* para darnos a entender que nuestra cruz es su yugo, y su yugo es lo que él llama *nuestra cruz*, la cual, si como nuestra tomamos con entrañable afición, como suya la llevamos con su ayuda y su favor. Porque el yugo es para dos, él lo lleva con nosotros, y nos le hace muy suave y ya no pesado, porque el peso y rigor ya todo se lo quitó él, para nos le dar untado con grosura de su amor y suave para llevar.

Y pues que tales liciones se nos leen en la cátedra imperial de nuestro preceptor Cristo, Catedrático de Prima, que no nos deja de leer y boca a boca enseñarnos la doctrina requebrada de su amor al pie de esta suave cruz, de este no pesado yugo, de esta cátedra de Cristo, pongamos nuestro caudal, y así al pie de la cruz de Cristo, de su ejemplo y de su vida ofrezco yo aquesta meaja y le intitulo este libro. Y pido a su Majestad Altísima que si alguno, pensando que hace bien, quisiere no le alabar o le quisiere morder, que él me dé venganza de tal reprehendedor limpiándole la conciencia; y abriéndole las entrañas y untándole el corazón, le traiga al pie de su cruz, por medios de derecha penitencia y santa conversación, a

[8] Matth. 16, 24; Luc. 9, 23.
[9] Matth. 11, 29.

la contemplación quieta; y éste sea su galardón de quien, como yo merezco, quisiere tratarme mal en aquesta obra no mía.

Sea Dios en nuestro favor por los méritos de Cristo; por quien con su paternal bendición pido que, pues me manda hacer esto, a que yo no me había determinado, ni osara determinar, sino por su mandamiento, que no se descuide de ayudar para el favor que suele dar la obediencia a aquellos que en sola ella, por los méritos de Cristo, pueden y deben confiar, pues que sabe la experiencia que puede bien en nosotros la obediencia, lo que en ninguna manera podríamos poder sin ella, ni hay camino que con verdad y con vida verdadera lleve el ánima a su inaccesible Dios sino Cristo ejemplar; que es nuestro dechado Cristo, y su vida, y su secuela; ni hay quien así nos enseñe a seguir la vida de nuestra vida como el conocimiento propio buscado en nosotros mismos. Y porque el principio de nuestro aprovechamiento está en nuestro conocimiento, para esto son las reglas de aquesta parte primera, y de aquí entra luego al seguimiento de Cristo y a la contemplación quieta, por que sea gran gloria a Dios.

CAPITULO I

Cuán culpable y perdidoso es el hombre negligente en procurar conocer su muy pobre estimación y la dignidad de su ánima

Nuestra ánima por aqueso es racional, porque es capaz de razón; y con la razón natural que le dió su Hacedor es hecha capaz de Dios; y todas las veces que deja de conocer y entender su dignidad, quita el conocimiento y reverencia que debe tener a Dios, y deja de conocer la corrupción y miseria de su mísera materia, y presume dentro en sí fuera de su humillación. Y puede con muy gran razón oír de la boca bien cebada del amoroso Salmista aquella cierta palabra, conviene a saber: Nuestra vana presunción no se humille a conocer y entender la honra y generosidad en la cual nos puso Dios criándonos capaces de sí y de gozarle y poseerle; y todas las veces que carece de aqueste conocimiento de Dios y de sí misma, todas merece tener tanta y tan mísera ceguedad, que presuma y quiera honrarse y dar honra y presunción a su

mísera materia, todas estas veces le es dicho con gran verdad lo que la autoridad del Salmista luego añade, conviene a saber: *Sea comparado a las bestias el hombre* [10], que, escondiendo en la tierra el marco de la razón recebido para su conocimiento, se torna, de hombre capaz de razón, hombre bruto, que, sin falta, se pueda llamar bestial cuantas veces, presumiendo de sí mismo, no reconoce su cieno, ni su ánima busca a Dios, que la crió para sí mismo sin haberla menester, mas por su sola bondad, para dársela a sí mismo con sus inmensas larguezas, y no quiere de ella más que entero conocimiento; sabiendo el último y sumo Bien que ni es posible que el mundo sea conocido sin que sea estimado en nada su miserable valor, ni es posible que el hombre conozca a sí sin que abata su miserable soberbia, ni el ánima se conozca sin que procure ir a Dios; ni es ni puede ser posible que, siendo Dios conocido, sea dejado de amar.

Y porque sólo su amor hace al ánima racional, hábil a gozar de las riquezas de Dios, para las cuales la crió, por esto le dió razón y capacidad con la cual le conociese; porque en conociéndolo no podría dejar de le amar; ni en amando, dejar de gozar de él. Y para darle este investigable gozo es para lo que la crió, y causa de querer esto, sola es su inmensa bondad.

Entiéndase ahora de aquí que ir contra el querer de Dios, que de sólo puro bueno, sabiendo que habíamos de ser los hombres quien somos, nos crió y quiere para sí (sin habernos menester, sino por sola bondad), es muy gran miseria, y poca crianza, y aborrecible maldad, digna de infernal tormento. Y a todo esto se condena nuestra vana presunción cada [vez] que se ensoberbece presumiendo de sí misma, descuidada de su Dios muy contra su divina voluntad. Y el ánima busca su mantenimiento, y no lo puede hallar sino en la contemplación; y en ésta se había de emplear siempre sin buscar lugar, ni tiempo, ni ocasiones, ni razón, sino siempre había de obrar, si no diera impedimento la mísera corrupción de esta mi astrosa materia, adquirida y dada en pena del pecado original. Y este impedimento y daño, si Dios no lo remediara con su inmensa caridad, nunca tuviera remedio; y así como sin esta necesidad gozara el ánima de la divina contemplación sin que un momento faltara, así con ella padecerá sin que un momento escapara de la pena que se debía a tal traición.

Y porque todo el remedio del ánima es los méritos de Cristo Jesús suavísimo, de él y de ellos ha de ser el fun-

[10] Ps. 48, 13. 21.

damento de nuestra contemplación, so pena de malmirados y de no amigos de crianza y enemigos de la razón; so pena de miserable arrogancia, o soberbia, o vanidad. Y ampárenos nuestro Dios por los méritos de Cristo Jesús.

CAPITULO II

Que la vida de Cristo es cruz de Cristo

Pues como la gran bondad de nuestro amoroso Dios, siendo los hombres quien somos, quiera nuestra salvación —que es quererse dar a nos para nos llevar a sí—, púsonos espejo claro y solícito adalid, que es la vida y pasión de nuestro Remediador; el cual, subiendo al patíbulo de su acerbísima cruz, quiso que a los que él quería llevar consigo a su gloria que les quedase en escrito la manera de ir allá, diciendo en el Evangelio: *Convenía que Cristo padeciese, y así entrase en su gloria*[11]. Pues querer el hombre en este duro destierro hallar gloria y entrar dentro sin la puerta de la cruz es mísero atrevimiento y digno de confusión y de ser lanzado de ella. Y la gloria de esta vida es contemplación de Dios, que es la vida advenidera.

Entiéndase ahora de aquí que el ánima, desterrada en aqueste muladar y en este valle abatida o abajada, al cual ha tantos y tantos años que no deja de hacia abajo venir por una costumbre tan larga cuán descuidada de sí misma y de su Dios, al tiempo que vuelve en sí con divina inspiración y mira su caída tan grave cuán profunda y se quiere levantar a contemplar las riquezas de su Dios, entienda que es necesario trabajo para tornarse a encumbrar en el monte tan alto cuán codicioso que por la culpa perdió, que es contemplación de Dios. El hombre que en descender a la profunda bajeza ha tardado lo mucho más de sus años, no es buen seso ni es razón que quiera subir de un salto, sin arrimarse al bordón que es la cruz de nuestro muy suave Cristo; ni que tome otro camino sino el que él nos enseñó, pues padeció por nosotros y para darnos ejemplo.

Y los que han de seguir a Cristo nuestro dechado por vía de contemplación, él les muestra la manera, diciendo que para seguirle tomen primero su cruz. Y no dice de la

[11] Luc. 24, 26.

cruz que presenta a la memoria sola, la en que él padeció, como esta que yo en la mano traigo a la contina y muestra mi confusión, que ésta cierto es que en ánima ha de andar por larga meditación, mas dice que tome su misma cruz; que es la cruz, del que es a la cruz muy fiel, crucificando su carne y siguiendo su imitación, que es la cruz en que vivió nuestra vida, que es nuestro suave Cristo Jesús mansuetísimo. Esta es la que habemos de tomar por mandamiento de Cristo. Esta es la que habemos de tener y llevarla y conservarnos en ella, y a ella conservarla en nos, pues que nos la dejó Cristo y primero la llevó, y consiste en menosprecio, y dolor, y pobreza, con humilde mansedumbre, y obediencia, y caridad. Esta es, ésta, nuestra cruz; la que habemos de tomar si queremos seguir a Cristo nuestro guiador.

A esto es a que nos convida nuestro codicioso amor en esta palabra dicha en el sacro Evangelio. Y cuando algunos años el hombre se ha ejercitado a traer los misterios de la cruz en la cual Cristo murió, entretallados en su ánima por morosa y amorosa y frecuentada meditación, y ha engerido en la misma ánima las virtudes de la cruz en la cual Cristo vivió, y trae la cruz de esta manera en su ánima y trae su cuerpo en la cruz, así que si tiene fuerzas—como a mí me las da Dios—las emplee con más rigor en lo que muestra la cruz, y si las fuerzas le faltan, conozca su poquedad, y de lo que él falta en ellas, entienda su confusión; cuando ha entendido algunos años en esto, entonces puede entender lo que a la evangélica autoridad se sigue, diciendo Cristo Jesús al que ya tomó su cruz *que le siga*, esto es, que suba a la alta contemplación de su alta Divinidad. Porque la vida de Cristo Jesús suavísimo es suficiente doctor y es perfectísima escuela que lleva el ánima, más que toda otra doctrina, a la contemplación de las cosas incorpóreas y de su Criador.

De esta fiel opinión son los muy más de los santos, y por reverencia suya, de ésta también me soy yo. Y por me satisfacer, he querido inquirir esto de los más espirituales que hay ahora sobre la tierra, según el humano parecer; y si hay otros que sean más, esto sabe sólo Dios. Y sé de algunos por comunicación presencial y de otros por muy cierta información que en los misterios de Cristo Jesús suavísimo se ha el ánima de fundar algunos años para nunca los dejar, y tomarlos por maestro de la alta y incorpórea y quieta contemplación de la celsitud eterna; y querer aqueste fin sin este medio creen y creo que sea cosa temeraria. Y en aquesta inquisición he hallado dos varones de vida loable y altos en contemplación, y eran de opinión contraria, diciendo que dende luego se debe

quietar el ánima, y que en la contemplación busque su conocimiento, y que a la vida y misterios de Cristo, nuestro favor, le den un día de la semana, y que procure virtudes, y que dé disposición, y que entienda en su quietud, y espere dones de la largueza de Dios. Y de aquéstos también digo que me parece muy bien, y que tengo por muy santa la bondad de su intención, ni querría que hubiese en el mundo nada que no me sonase bien; no, empero, me atrevería a dar a nadie consejo que se guiase por aquí, porque he visto que estos dos en muchos años sacaron sólo un discípulo, y si fueron más, quien lo sabe es sólo Dios, que puede llevar a cada uno como quiere, y donde quiere, y cuando quiere, y porque quiere; mas la doctrina que es más clara, y más diestra, y más común, comúnmente de los que somos comunes es mucho más de abrazar. Y Cristo sea nuestro amparo.

CAPITULO III

QUÉ COSA SEA NEGARNOS Y CÓMO SE HA DE INQUIRIR Y CONOCER LA HUMILDAD

También se ha de notar que, así como en la evangélica autoridad se nota, que antes que sigamos la contemplación somos con consejo amonestados *que neguemos a nos mismos*. Y esta negación está en negar a nuestro cuerpo toda petición sensual, toda vana inclinación y todo mal movimiento; finalmente, toda cosa que pueda ofender a Dios, no sólo con pecado mortal (que de aquéste se entiende en esta conversación estar ya limpio), sino de todo venial y de sus causas culpables y sin razón. Y para negar el hombre a sí mismo su propia y sensual consolación conviene que se conozca de raíz, porque se estime en el precio despreciado que merece su valor; porque como es imposible conocer a Dios sin le amar, así es imposible conocerse el hombre y desearse regalar.

Busque, pues, su propio conocimiento el hombre que desea seguir a Cristo en la cruz, y después pase a la contemplación de remansada quietud. Es, empero, de entender que se compadece bien la cruz y el propio conocimiento juntamente en los principios, con tanto que comience de sí siempre; mas el tercero escalón no oso decir que se junte luego con los dos, mas como se mostrará adelante, administrándolo Dios por su largueza y bondad.

Y no basta conocernos con la manera ordinaria, que se remata en decir que soy malo y que no conozco a Dios ni merezco el pan que como, y lo demás que aquí se suele decir, con tanto que no me lo digan otros ni piensen esto de mí; no así, no así; que aquesto es casi fingido y no basta para nuestra humillación. Porque para conversar con Cristo, que es suma sabiduría y espejo de humildad, más fundamento requiere que por cierta cuenta y reglas venga a conocimiento de quién es, hasta haber asco de sí; y sepa que tiene pocas palabras para poder intimar lo vero de su vileza, y que lo que él siente de sí y sabe, eso desearía que todos supiesen, si sin ofensa de Dios lo pudiesen saber.

Mas porque, si los hombres me conociesen como me conozco yo, sé que me aborrecerían, y irían contra lo que manda Dios; que como a sí, amen al prójimo; y sería ofensa muy cierta de quien deseamos servir; por sólo esto no quiero ser conocido, mas si en la calle hallare quien me diga que tal soy, que no tome otra pasión sino del daño de aquél, esto es, del castigo que merece el que me juzga, pues sabe que tengo juez, a quien hace aquella ofensa queriendo hacerla a mí. Y en cuanto a lo que me toca, más me conviene pensar que se me hace justicia que agravio y que mis merecimientos tienen aquel alguacil, y que le dió Dios licencia porque yo no olvide quién soy y que mire sobre mí; y que muchas veces haga aquesta provisión el que se desea humillar como si le aconteciese. Y cada vez cobrará nuevos alientos y nuevo merecimiento, y en poco años se podrá hallar tan maestro, que obre con poca dificultad, sin provisión y sin aviso de tiempo y con muy gran galardón.

Esto sé por cosa cierta de los muy ejercitados, y yo lo deseo tomar, pues Cristo es nuestro favor. Y es de ver con grande aviso que el daño o provecho radical de este negocio, más está en lo que el ánima entiende que en las muestras exteriores; mas cuando derechamente se corresponde el interior y lo de fuera es el provecho o el daño; porque acaece que sin provisión de interior consentimiento se ofrecen algunas muestras de humildad o ajenas de ella de poco daño o provecho. Mas si el ánima las mira y consiente o desecha, allí está el merecimiento o la causa de la pena, porque una cosa es sentir y desechar y otra cosa es sentir y consentir. Quiéroos esto declarar por un ejemplo.

No habrá treinta días que acaso hice yo cierta cosilla que tenía color de bien, y hablando delante de mí ciertas personas en aquella obra bien hecha, conocí que la atribuían a otro y no miraban en mí; si hubiera humildad

fundada, holgárame mucho de ello, mas no lo supe sufrir ni lo quise consentir, sino por ciertas palabras di a entender lo que quería, y aun con palabras cubiertas, no mostrando mi intención. De manera que sentí la ocasión que allí se me ofrecía de me humillar cuando lo que decían sonó en mis oídos, y consentí la vanidad cuando no la quise resistir, y obréla cuando mostraron mis palabras el concepto que tenía mi corazón, que quiere decir lo que el corazón sentía. De manera que si hubiera sentimiento sin consentimiento, cierto era el merecimiento y no pudiera haber obra que acrecentara a la culpa, mas sintiendo consentí, y consintiendo efectué lo consentido, y así todo se borró. Y pudiera ser que luego que lo oí respondiera mi intento sin provisión y sin pensar ni entender tanto en ello, y no fuera tanta culpa; y pudiera ser que en sintiendo, consintiera a la humildad, y fuera merecimiento; y nunca en estos nuestros sospechosos asnillos nos debemos descuidar, mayormente de estas cosas delicadas que a veces han pasado adentro del paladar cuando caemos bien en ellas.

Y hase aquí de echar el ojo a la gran bondad de Dios, tan cuidadoso de nuestros bienes y de nos enriquecer y de siempre levantarnos de donde nos dejamos caer, que de las flaquezas culpables que cometemos aun nos saca grandes bienes y nos hace gracia de ellos. Así, con tales tropiezos que poco menos son caídas, y aun lo son, y no pequeñas, para ánimas que desean hilar delgado, hace su divina Majestad que haya tal conocimiento, dando él tal inspiración, que no solamente en breve se suelde la quebradura pasada, mas que haya tanto aviso en lo presente y tal provisión en lo porvenir, que clara y manifiesta se nos muestre su bondad y que el caído quede tan desconfiado de sí, que el acordarse quién es no se le pueda olvidar.

Conforme a este parecer, vi en un nuevo tratado de un viejo contemplativo encumbrado que decía que no debe ser en el ánima puesto algo de mucha preciosidad antes que con los principios, que son su conocimiento y los misterios de Cristo, sea muy bien aparejada; y llama de mucha preciosidad las excelencias divinas. También se nota esto mismo del Ricardo en su *Arca mística*, donde dice: «Si el hombre ha bien entendido y conocido quién es, y sabe apreciar su estima o valor desestimado, y ha subido a la altura de la cumbre del monte Tabor con San Pedro, con San Juan y Santiago, que son la pureza, y el rigor, y el amor, en celo bien ordenado que de su conocimiento y del remedar (en lo que es posible) a Cristo ha cobrado, ya puede bien ver la gloria de la transfiguración»;

esto es, quietarse en contemplación de la inmensidad divina con reverencial temor y con tremor de sí mismo. Y antes de aquestos principios, digo que nos guarde Dios de este tal atrevimiento.

CAPITULO IV

QUE LA HUMILDAD HACE HÁBIL A QUIEN LA TIENE PARA SE LLEGAR A DIOS

Fundados en la humildad, que es la llave de este juego (y sin ella todo es nada), todos osemos entrar al desierto del monte de la alta contemplación por las pisadas que nos mostró nuestro humilde Doctor Cristo. Y aquí no se saca estado, pues que de todos es Dios, por los méritos de Cristo; mas el fraile, como fraile, y el casado sea casado y viva como casado en las reglas de casado, que en ellas hallará a Dios, si le busca con verdad, como él quiere, y en espíritu con humildad ser buscado; salva siempre con aquesto la reverenda abstinencia matrimonial de la providencia simple, limpia y sin doblez que deben a su conciencia, mayormente en los tiempos de la sacra comunión; en lo demás, conozcan y guarden su estado.

Pues siendo nuestro Jesús de esto servido, habrá para todos reglas tales, como de su mano; a las cuales seguirá el modo que al alma enseñe la manera que ha de tener en seguir con las entrañas lo que nos enseña Cristo, ordenado por sus días y por sus semanas. Item, para más consolación y más aprovechamiento, me quiero más declarar diciendo que así es mi intento amonestar a mí mismo y a todos los principiantes que en el año primero y segundo no tengan atrevimiento de soltar su entendimiento a las cosas esenciales de la alta Divinidad, en cuya pronunciación habían de tremer los cielos, que no excuso, antes deseo y amonesto que aprendan a entrar en sí y a saber estar en sí mismos.

Y para esto, es gran provecho el presentarse a sí y su conocimiento y el reconocer a Dios siempre en todas las criaturas, comenzando a los principios de las que son más pequeñas, de una lanteja, o hormiga, o de un palo, o un ladrillo, sabiendo que no hay cosita, por más mínima que sea, que no nos llame a ir a Dios y a nuestro conocimiento; y será ésta la manera: luego que veis un ladrillo, sabéis que es su fundamento de tierra y agua,

y de esto mismo sois vos. Lodo sois ambos a dos, y aun es el vuestro más vil y de más vil corrupción; y si se coció con el fuego, elemento es también vuestro, y tiene hoy una ventaja, que aunque se quiebre permanece en la substancia, que muestra hasta que se esconda su ser, y tú, al tiempo que te quiebras, pasas en tal corrupción, que no hay nadie que te quiera; si no, mira a la experiencia. ¿Ves como hallas a ti en tu aniquilación? Pues dé vuelta la razón, y véase que es sólo Dios el que crió el agua y la tierra. De manera que el ladrillo nunca tuvo ser ni tiene sin que tuviese criador, el cual él te representa. Lo mismo en una hormiga o en una mínima yerba; luego que la ve la vista de los corporales ojos, la presente a la interior, y verá que no es posible lo que pueden los hombres, aunque se juntasen todos los que viven, a poder criar ni aun una sola lanteja; cuanto más una hormiga, que tiene espíritu de vida; pues cierto, tiene Criador. Luego, conoces que es Dios, y ya estás en su presencia; y si piensas cómo la crió, no la sabes entender, y sabes que no lo entiende ni aun la esciencia angelical, y esto es confesar el ánima dentro en sí la sabiduría infinita. Y luego que aquesto piensa, está en presencia de Dios; y del no entender, se huelga y se engrandece en su Dios, y tiene a Dios en sí por particular noticia, sabiendo que su infinita presencia, por su infinita potencia, está en todo cuanto crió con su investigable esencia, a cuyo angelical conocimiento va el ánima por aquí.

Notando que por los años primeros de buena solicitud no ha en aquesto de ahondar, y después con reverencial temor, si quiere ganar gran tierra. Mas en la vida y sacra pasión de nuestro amoroso Cristo Jesús, mucho más se ha de ejercitar, captivando en su servicio nuestro pobre entendimiento; mas en la aniquilación y propio conocimiento, nunca se ha de contentar, sino siempre buscar más y más vileza; que más y más hallará si buscare con suficiente fervor. Y ampárenos nuestro Dios por los méritos de Cristo.

CAPITULO V

NÓTANSE DIECISIETE PUNTOS NECESARIOS A LA GUARDA Y RECATAMIENTO DEL NUEVO CONTEMPLATIVO

Una escalera de diecisiete escalones tiene el ánima, por la cual subiendo hallará la felicidad temporal suya, y acabada de subir, en el último escalón, se hallará en la felicidad eterna. Cinco escalones primeros pertenecen a la guarda de la lengua, cinco pertenecen a la guarda de todo el hombre, los cuatro a sola el ánima; los tres, el uno al hombre, el otro a la humanidad de Cristo, el último a la inacesible Divinidad, que es la eterna felicidad del ánima.

En los cinco primeros está la entrada; y es el primero nunca hablar palabra que no sea entera verdad. El segundo, nunca hablar palabra que no sea toda limpia. El tercero, nunca hablar en nadie sino para decir algún bien. El cuarto, cortar las palabras ociosas. Lo quinto, no hablar sin provecho, notando que algunas veces las palabras ociosas tienen lugar, y las que suenan sin provecho, a veces son provechosas, pero siempre éstas son pocas, y pocas veces. Los otros cinco escalones que tocan a todo el hombre son: cortar las ocupaciones sin defecto de obediencia, quitar comunicaciones sin falta de caridad, tener delante los ojos nuestra nonada, poder buscar los lugares solos, no tener más de un amor.

Los cuatro escalones que tocan a sola el ánima son éstos: conciencia apurada, libre de toda ocasión de culpa; ánima desocupada de todo lo temporal, en cuanto es posible; entendimiento ordenado y captivo en el seguimiento de Cristo y en cadenas de fe; voluntad determinada de nunca se contentar con nada que no sea Dios. Los tres escalones últimos son: el primero, mi propio conocimiento, con propia persecución. El segundo, el seguimiento de Cristo, con rigor y imitación. El tercero, levantar siempre el espíritu con cuidadosa afición.

Presupuestos los diecisiete escalones notados, puédense notar tres puntos siguientes: el primero, entrarse en su corazón por quieto recogimiento. El segundo, subirse sobre su corazón, pidiendo de su ejercicio sola la gloria de Dios, estando con cuidado atento a él y por él. El tercero es presentarse a su Señor, respondiendo a aquella pala-

bra: *Entra en el gozo de tu Señor con temor y con alegría y tremor: Servite Domino in timore et exultate ei cum tremore*[12]. Recatándose con avisado examen si en la subida de los escalones todos se ha habido lícita y derechamente. Por cuya cautela se noten aquestos puntos: el primero, que subiendo y habiendo subido halle en sí el conocimiento de su propia estimación, no solamente queriéndolo para sí, mas aun deseando que los otros le tuviesen por quien en la verdad es, en cuanto sin ofensa de Dios pudiese ser de los hombres conocido, atribuyendo a la misericordia divina solamente el bien que conoce en sí. El punto segundo es que el subir y haber subido le convide a deseos vivos y obra, con ejecución cuidadosa y rigurosa de las pisadas de nuestro dechado, Cristo Jesús, y si las fuerzas faltaren, que sobren vivos deseos. El tercero punto es que el subir y haber subido le haya aficionado y aficione a cortar de sí los vicios y las ocaciones de ellos hasta arrancar las raíces delgadas, y con esto conozca el aumento en las virtudes que se dan a conocer, así como la abstinencia, la paciencia, la pobreza y la más pronta obediencia; y en lo demás, glorifique a Dios, que obra con su gracia preveniente en la voluntad, pues ve que hoy quiere, auxiliado de Dios, lo que no quería ayer siendo amigo de sí mismo. Y desee, por la gloria de Dios, el querer ser consolado, porque su consolación lo aviva a viva afición de querer ser desechado de todo lo que no es Dios por quedarse sólo en él demandando de todo cuanto está criado no más de lo que con tasa cierta y experimentada le basta para poder sustentar este asnillo. Mirando que teniendo con qué le cobrir, para que no haya frío y calor, y con qué le mantener sin regalo, se debe contentar con el consejero amoroso y riguroso San Pablo[13].

Presupuesto todo lo que queda dicho, parece tener lugar un consejo de San Buenaventura en su *Soliloquio*, que dice: «El ánima que a Dios busca quite de sí todas las cogitaciones inútiles y escientíficas y regidas por naturales razones, y de la afición quite no solamente las culpas, mas sus causas o ocasiones; levante la razón y ensanche y extienda los aficionados deseos; y hecho esto (y antes no), hallará la habilidad para responder a aquel precioso convite evangelical que dice: *Entra en el gozo de tu Señor* por quieta contemplación». Y sea Cristo nuestro amparo.

---

12 Ps. 2, 11; Matth. 25, 21. 23.
13 I Tim. 6, 8.

CAPITULO VI

QUÉ INTENTO HA DE LLEVAR EL ÁNIMA A LA ORACIÓN

El intento que ha de llevar el ánima a la oración ha de ser lo que a ella en esta vida más le cumple, que es buscar el conocimiento de Dios inmenso para le reverenciar y el suyo propio para tenerse en el despreciado precio que merece su valor, y deseándose hallar a sí, quiérase con trabajos y miserias, pues que entre tantos está. Y así como ella no se puede esconder de ellos para no los padecer, así ellos no pueden de ella esconderse, porque los pueda entender. Y buscando a sí misma, hallará la verdad que han de buscar en sí los que han de adorar en espíritu, y buscando a su amoroso Señor, quiéralo hallar con suavidad y dulcedumbre, pues no es posible ser hallado sin ella, pues siempre con él está; mirando, empero, con ojos abiertos, que el que busca el panal y le halla, en él tiene cera y miel, mas no todas veces le puede gustar; y no es falta del panal, que su dulcedumbre tiene; eslo del que lo buscó, y allí ve su poquedad. Mas trabaje de tenerle y tocarle muchas veces, y no se le esconderá; y si no del todo, como los que a su sabor lo poseen, a lo menos en las puntas de los dedos con que el panal es tocado podrá consolar su gusto.

Y puntas del dedo del ánima son la viveza de sus deseos, y Cristo panal se llama, y panal es cera y miel; y la cera bien alumbra si es la mecha de algodón, de espíritu blanco y blando, amigo de suavidad; aun no deja de lucir aunque es la cera sin miel, que la miel cosa es por sí. Y dos bienes son miel y cera, y no los poseen juntos todos cuantos lo quieren, sino algunos, y los menos. Baste al que se conoce que sepa que es gran verdad no merecer uno ni otro. Y si se halló en verdad dentro en su propio conocimiento a Dios, dulcedumbre inmensa, búsquele en espíritu; y cuando él se diere dulce, los ángeles le bendigan, que me da a entender quién es y me muestra su bondad; cuando me priva de dulcedumbre, glorifíquenle los cielos y los cielos de los cielos, porque me muestra quién soy y mi no nada poder.

Y búsquese en la oración el orar por gloria suya y por hacer lo que él quiere, que es quererme aprovechar. Y por esto, él me manda que le demande, y le llame, y

le busque, y promete de se dar; y muestra que ha de ser buscado orando en espíritu y verdad. Mas no deja de ser lícito al ánima que le busca desearle hallar con su suave dulcedumbre, no mirando tanto su propia consolación como la experiencia que en el suave gusto tiene de buscarle, tanto con más inextinguible hambre cuanto halló y siente más su sabor.

Y con este presupuesto, el ánima que la suavidad de espíritu reconoce en la oración entiende que en el gusto dulce de ese espíritu no tiene nada su triste sensualidad, no menos engañadora que entremetida aun donde no es razón que entre. Sea Dios nuestro ayudador.

CAPITULO VII

Por una distinta comparación, da a conocer nuestra estima natural

Para mejor entender nuestra anonadada poquedad, antes de las particulares reglas que ha de haber, se vean dos o tres notas, para que se pueda sentir ser posible haber alguna vez más elección en no nada que en nuestro algo anonadado. Y al propósito, pregunto: ¿Quién es el que no sabe que el plomo y latón son dos metales de precio harto abatido, y que un vaso muy bien hecho de ellos dos que será poco preciado? Sé que aquesto claro está; pues yo conozco un orífice o platero el cual sabe todas las veces que él quiere asentar sobre el tal vaso oro de muy subidos quilates, y plata de muy clara refulgencia, y muchas piedras preciosas con obra de muy hermosos esmaltes; tanto que los que ya ven el vaso no se acuerdan que tenga su fundamento puesto en plomo y latón, antes juzgan las riquezas que en él ven, olvidando lo demás; y los hombres desvariados no refieren las riquezas al platero, cuyas en la verdad son. Mas pregunto: Si el vaso tuviese espíritu de vida, ¿alegrarse hía vanamente del oro de la viva caridad que el platero le infundió, o gozarse ha sin concierto de la plata de la clara castidad que le firmó, o tomarle ha vanagloria por las piedras muy preciosas de muy diversas virtudes en que le estableció? Por ventura, si le tomara soberbia por la obra hermoseada de esmaltes de las muy buenas costumbres de que todo está cercado, ¿olvidarse ha por ventura que, sobre el plomo y latón, todo lo ha habido de

balde, sin algún merecimiento? ¿Qué puede merecer la plancha del basto plomo, sino estar muy en el suelo, pues es su propio lugar? O el latón, que el retinte no tiene del todo bueno, ¿qué merecerá por sí? Mayormente estando junto con el tan pesado plomo, que ni le deja sonar ni levantarse de tierra. Y si el platero quitare lo que ha querido poner por su largueza y bondad, ¿cuál parecerá el vaso? Sé que el plomo quedarse ha como quien es, y conocerlo ha por tal, y al latón le quedará solamente su sonido; con lo cual lo deja el Apóstol si falta la caridad.

Sé que aquesto claro va; y ello se va en sí entendido ser el orífice Dios inmenso; el vaso, el hombre; el plomo, esta aplomada carne; el latón, el ánima racional después de contaminada de la original culpa. Y por ventura, ¿sabe el vaso la voluntad del platero, si le ha de querer quitar lo que de balde le dió, tan sin su merecimiento, o si lo querrá poner donde sea estimado en más, dejando al plomo desnudo a solas con su latón? ¿Por ventura sabe si tiene determinado de siempre se lo dejar, o si verná en más aumento o crecerá en más valor? Cierto es que no sabe aquesto otro que sólo el platero.

Pues tema, tema el vaso, pues que está claro que tiene más ocasión de temor que de alegría mal mirada; mas alégrese en su Dios y ponga su asiento firme entre el temor amoroso y el reverenciado amor. Y sea Cristo nuestro amparo.

CAPITULO VIII

Que para entrar en el amor es propia puerta la cruz y para tomar la cruz es propia fuerza el amor

Para aprovecharse este nuestro hombre de sí en la vía de la oración no tiene otra tal manera como irse a Dios por amor; pues para amarle hay más ocasiones que maneras y más maneras que amadores. Y que para entrar en este amor no hay tal entrada como por la puerta que es la cruz de Jesucristo dulcísimo, la cual conviene que ande en el ánima, y el cuerpo ande puesto en ella, si dan las fuerzas lugar. Y el ánima que desea entrar derechamente por esta puerta ha de procurar de perderse de su cuerpo cuanto a su sensualidad; porque quien aquí perdiere a su ánima, hallarla ha en la vida eterna, que está a los primeros pasos en entrando por esta puerta;

porque si vida eterna es Cristo, él es portero de aquesta puerta, y antes de la entrada está, y llaves tiene en las manos, y de hierro duro son.

Y pues la puerta es la cruz para entrar en el amor y es el amor el portero, cierto está junto el favor; porque amor de Dios es Cristo, y de Cristo es amor Dios; y el amor de Dios y Dios es un solo inmenso Dios a quien va el contemplativo, y entra por la humanidad, por la puerta de madera, cuando le quiere hallar. Aquesto quédese aquí, que no me daré a entender, pues que no lo sé sentir. Mas poderosa es la cruz en Cristo crucificado, en quien está mi remedio; y en presencia estoy de Dios inmenso, que sabe los pensamientos que pone en el corazón de su esclavo fugitivo dentro en las venas de las entrañas del ánima.

Cierto es que el ánima que procura entrar en sí ha de hallar a su Dios en secreto encerramiento, y puede, si quiere estarse queda con él; mas para gozar de Dios ha de osar saber decir que desbaraten el templo, y lo tornará a edificar en tres días [14]; y para le deshacer, ha menester seis obreros que caven hasta ahondar bien las zanjas; moviendo y desbaratando toda movediza tierra, para no fundar sobre ella, porque no pierda el trabajo antes de perficionar la forma del edificio, como se ve que lo pierden los que sin hacer cimiento quieren levantar paredes; las cuales tanto son más peligrosas cuanto más altas las presumen levantar.

Y abierta la zanja en propio conoscimiento de esta movediza tierra, ordénase el edificio cómo se acabe en tres días. En el primero día se asiente una piedra firme, en que comience el cimiento, porque sobre firme piedra se ha de edificar el templo.

Cuando el ánima busca las escotaduras a su tristísimo cuerpo y le hace ver quién es, y de dónde y por dónde vino, y qué lleva y dónde va, y adónde está y quién le ha traído, entonces el ánima, como muy diestro albañil, abre zanja a su edificio con aquestos seis obreros, o seis consideraciones. Y cuando tiene abierta la zanja del propio conocimiento, ya puede tomar la cruz de su dulcísimo Cristo y ponerla sobre sí: y ésta es la muy firme piedra en este nuestro edificio. Y cuando la cruz de Cristo anda en el ánima, forzoso es que el cuerpo procure andar en la cruz; en el ánima, por meditación, y el cuerpo en ella, por rigurosa vida; y éste será el día segundo de los tres que señalé en quien se hace el cimiento de aqueste nuestro edificio sobre aquesta firme piedra. No-

---

[14] Ioan. 2, 19.

tando que el cimiento ha de ser de cal y arena, que es de vida rigurosa y de continua aspereza cuando no faltan las fuerzas, como a mí me las da Dios y son a mí confusión; y débesele mezclar el agua lamentable más cordial que de los ojos, que se sacó de la zanja de nuestro conocimiento si de veras se ahondó; y así, en la zanja y cimiento se señalan los dos días del edificio, para que en el día tercero sea bien puesta por clave la piedra que reprobó cuando no miraba en ella.

Esto hace el ánima cuando afija sus entrañas en el amor de su Dios con intento entero y determinado (puesto en la confianza de la gran bondad de Dios) de cien mil veces morir antes que apartarse de él; hallándose lastimada del tiempo que se pasó sin mirar la perfición de esta piedra que perficiona su templo para que pueda gozar en él con su dulcísimo amor. Así, se edifican los muros de Jerusalén cuando el Señor hace su benigna voluntad en el ánima, que es *Sión* [15], y es templo bien ordenado, y en aqueste templo vivo se acoge, huelga y abriga el pueblo del gran Señor, conviene a saber: las santas meditaciones, la fe viva, la esperanza, y la viva caridad, y la hartura hambrienta de los continos deseos; este es pueblo del Señor.

En este templo tiene Dios puesto su altar, donde se le ofrecen vítulos de gemibundos sospiros con clamorosa afición; y aquí acepta los sacrificios de la penitencia, y las oblaciones de los comunicables ejemplos, y el holocausto de los regalados requiebros del ánima aficionada. Y así, cuando el ánima entra en aqueste edificio que ha obrado su Dios y ve el concierto que Dios vivo ha puesto en ella, es convidada a cantar con gozo inefable, diciendo: *Verdaderumente Dios está en este lugar y yo no miraba en ello* [16]; hallándose lastimada que no conocía a su Dios hasta que él, por su bondad, le mandó ahondar la zanja, hizo firme su cimiento y la obra perficionó, en la cual piensa vivir (confiando siempre en su Dios) en quietísimo descanso, temiendo su poquedad y alegrándose con reverencial temor; porque sabe que aqueste tal edificio es tabernáculo del Señor de las virtudes, en cuyo deseo con gran razón se dice desfallecer el ánima del amoroso Salmista [17], el cual de verdad servía al suavísimo Señor, como él convida a los otros que le sirvan. Y Cristo Jesús suavísimo sea nuestro Remediador.

---

[15] Ps. 50, 20.
[16] Gen. 28, 16.
[17] Ps. 83, 3.

CAPITULO IX

QUÉ HA EL ÁNIMA DE HACER PARA ESTAR SIEMPRE, POR PARTICULAR NOTICIA, EN LA PRESENCIA DE DIOS

Porque las reglas que aquí se han de escribir tienen puesto su fin en desear y buscar maneras de amar a Dios sin manera, y sin tiempo, y sin lugar; y el medio para poder haber esto es quietísima oración, en la cual, y no sin ella, se sabe a qué sabe la conversación de Cristo Jesús suavísimo; por la cual conversación entra el ánima a la divina presencia y permanece en quietud con su amantísimo Dios, en cuya presencia no puede dejar de amar, ni el amor no deja de demandar, ni la demanda amorosa cesará de recibir, ni lo que el amor recibe lo sabe querer soltar, antes pide muy perpetua posesión; la cual es el verdadero fin de la contemplación quieta, y la contemplación quieta es el fin de Cristo Jesús suavísimo, y el principio para ir a Cristo Jesús es propio conocimiento y pronta reputación.

Es así que para alcanzar el fin que aquí está notado, siendo el medio y medianero nuestro amoroso Cristo Jesús, es el principio nuestro conocimiento, y en éste comienza el libro en esta parte primera y va por el medio al fin. Y porque es cosa común a las ánimas que comienzan a sentir los bienes que hay en conversar con su Dios desear poder orar siempre [18], por nunca apartarse de él, por su satisfacción quiero declarar aquí, como lo quiere nuestro amoroso Jesús, cómo se debe entender aquella palabra que a los romanos es dicha que oraba sin intervalo por ellos el cuidadoso San Pablo [19], o la otra que sin intermisión la Iglesia por San Pedro preso hacía oración siempre a Dios [20], o la que a los frailes dice que siempre deben orar.

Cómo ha lugar esta palabra *sin intermisión y siempre.* Esto debe ser no solamente posible, mas sin gran dificultad al ánima ejercitada. Y por tener cierta y suave posibilidad, nos lo amonesta el que lo hace posible, diciendo en el Evangelio que *conviene siempre orar.* La ánima fiel que anda siempre dentro en sí, en sí misma tiene a Dios, y

[18] Luc. 18, 1.
[19] Rom. 1, 9.
[20] Act. 12, 5.

siempre se está con él, y con quieta voluntad le presenta la oración que ordenó el entendimiento, sin que aquese entendimiento obre ya en aquesta oración de la voluntad con nuevo acto suyo, porque muy más puede que él la muy quieta voluntad, pues es quien a él le movió lo que ella mandarle quiso. Y la ánima que primero quiso y propuso firmemente orar por tal cosa o tal propósito no tiene necesidad de pensar ya en lo particular de ello; mas la pronta voluntad, como sin pensarlo, lo presenta siempre a Dios, en cuya presencia está, libre de su entendimiento y sin excluirle de sí. Y no es posible que el ánima esté dentro de sí recogida sin que esté ciertamente con su dulcísimo Dios, ni es posible estar el ánima con Dios de la manera ya dicha antes que esté en sí misma recogida, ni puede ser que esté el ánima recogida con su Dios sin estar orando por todo cuanto deseó alcanzar, y aquello con más afecto que con más hambre deseó; ni hay razón que pensar deba que puede el ánima orar sino cuando está con Dios (digo de oración perfecta).

Pues de esto, claro parece que el ánima recogida está delante de Dios, y tanto más delante de él cuanto más recogida en sí está; y si siempre en sí está recogida, siempre está en la presencia de su dulcísimo Dios por particular noticia, y estando siempre delante de él, diráse que siempre ora, y decirse ha gran verdad. Y así, decir que conviene siempre orar es amonestar al ánima que ande siempre recogida en sí por amor de Dios; y si comiere o durmiere por se recoger y orar, ni comiendo ni durmiendo nunca cesa la oración por la gran bondad de Dios. Y sea nuestro favor Cristo.

CAPITULO X

Que es cosa muy fácilmente posible andar fuera de toda criatura el ánima que va por quietud a Dios

La ánima que ha de andar metida en sí es menester que ande fuera de todas las criaturas, y andar fuera de ellas no es querer de ellas todas más de lo que no podemos dejar; y tomar esto con discreta tasación no es andar metido en ellas. Y aun tanto puede entender con todas sin tener parte con ellas, cuanto suelen demandar la caridad y obediencia, sin tenerles afición, y aun obrando en ellas se puede andar fuera de ellas; pues su querer

no las quiere sino porque quiere Dios que aquel espacio las quiera; y así, siempre puede orar, pues siempre puede andar estando quedo y obrando dentro en sí y delante de Dios; y esto sabe la experiencia en el ánima en deseos activos de amar y servir a Dios ejercitada.

Mas para venir aquí y descansar con sólo su dulce Dios, ha menester tres camas, o tres lugares en que pueda reposar. La una, de polvo, que le convide a sacudirse de sí misma, y ésta es nuestra propia estimación. La segunda, de espinas, que le mueva a esforzarse con rigor, y esto es el seguir a Cristo. Y la tercera, de rosas, en la cual huelgue y descanse libre de necesidad, donde se le significa la quietud en la celsitud divina. La primera es el comienzo del libro; lo segundo muestra la parte segunda; y lo último se entenderá en la tercera. En la primera se ha de echar consigo misma el ánima. En la segunda ha de estar en pie con Cristo. En la tercera, reposarse con su dulcísimo Dios. A la primera ha de bajar por seis gradas no menos; a la segunda ha de entrar por una puerta no más; en la tercera se hallará reposada si con avisado esfuerzo ha pasado la segunda sin olvidar la primera, porque en los *Morales* dice San Gregorio que puede muy bien el ánima limpia conservarse en su limpieza si no olvida qué tal estaba sin ella. Y en persona de Cristo, dice el ánima agraciada: «Si no quieres que yo destruya en ti lo que edifiqué, no olvides qué tal estabas cuando te alimpié, no te olvides dónde te hallé, y pornás cuando segura dónde te puse».

El ánima que se desposa con Cristo, tres cosas le da su Dios, en cuya propiedad y posesión está el *ser pobre de espíritu*. La primera es conocimiento de sí misma. La segunda hácele donación del cielo y de cuanto está debajo de él. Y la tercera dale a sí mismo en eterna posesión.

La ánima desposada debe a su esposo otras tres, que son: *gratificación*, porque le dió conocimiento de sí misma; la segunda, *satisfacción*, porque le dió cuanto crió; la tercera, *dilección*, porque a sí mismo le dió. ¿Pues qué manera debe el ánima tener para entrar en la oración? Si el ánima está aprovechada como se presume que ha de estar, ¿a quién pueden enderezarse las reglas que se pornán? Pienso yo que ha de entrar pocas veces en la oración, porque pocas veces saldrá de ella. Y el ánima aprovechada, en pocos años acierta el lugar de la oración y pocas veces le pierde de vista; y como cama portátil, la lleva de camino y la asienta adondequiera que le vaga reposar. Pero los que de nuevo comienzan, paréceme a mí que les daría la manera que yo tuve en

mi principio, como me la dió mi Dios de balde cuando quiso su bondad; y es aquesta la manera: todas las veces que a la oración se llegare, pida a Dios con afición que tenga por bien de le dar lumbre con que se conozca; por que, teniéndose en el menosprecio que merece su valor, le sirva con temor reverencial; y que le esclarezca el entendimiento, para que, en lo que a la criatura es posible, le conozca, por que trema en su presencia y le sirva con amor. Y pronuncie el que ora aquesta protestación: ¡Oh muy soberano Rey, incomprehensible Dios y universal Señor nuestro, ante cuya Majestad se abrasan en amor los serafines y tremen los poderíos de los cielos, y os sirven y os reverencian los que gobiernan la tierra, y el principado infernal se aflige y se contremece en vuestra nominación! Yo, pecador miserable, tal cual vos, Señor mío, me conocéis, os confieso ser mi Dios, y protesto en aquesta confesión y en cuanto tiene nuestra madre santa Iglesia emplearme toda la vida; y protesto firmemente vivir y morir en ella teniendo vuestro favor; el cual os pido, mi Dios, que como Señor me deis, y que abriguéis mi pobreza, y socorráis mi orfandad, y me admitáis esta hora a los tesoros altísimos, que enseñáis a quien vos tenéis por bien en la secreta oración; para que os conozca en ellos y os pueda reverenciar y conozca quién soy y me humille en la presencia de vuestra benignidad. Esto os pido por quien sois, y invoco para alcanzar lo que pido los altos merecimientos de la Madre siempre Virgen, y de la Iglesia triunfante, y los tesoros de la Iglesia militante, pues lo uno y lo otro procede de las entrañas de Cristo Señor nuestro y nuestro Dios, una substancia esencial y simplicísima con vos nuestro Eterno Padre y con el Espíritu Santo, altísima Trinidad; amparo de cuanto es criado y vida de nuestra vida, nuestro verdadero Dios.

Y luego, dentro de sí, dé el ánima una gran voz, tal que penetre los cielos y no se sienta en la tierra, y diga así: —¡Ah hombre!, ¿quién eres? —Soy tierra, y aun bien astrosa. —¿De dónde vienes? —Responda: De la tierra arenosa. —¿Por dónde has venido? —Por la tierra bien fragosa. —¿En dónde estás? —En la tierra peligrosa. —¿Adónde vas? —A la tierra temerosa. —¿Qué llevas? —Una gran carga de tierra cenagosa. —Y diga a sí mismo el hombre: Pues ponte del lodo, que tierra tienes harta.

Y estas seis respuestas y seis preguntas son los seis obreros que se ha dicho que han de ahondar la zanja en el templo que a Dios se ha de edificar; y son las seis gradas por donde se dijo que ha de descender el ánima

para entrar en su cama primera, que es de polvo; y son seis consideraciones para cada día de esta semana una. Y sea nuestro favor Cristo.

CAPITULO XI

De las reglas del primero día de la semana primera para conocerse el hombre considerando quién es, de su primer fundamento

¿Quién soy? Tierra, y harto astrosa. Sé que mi madre la Iglesia aquesto me representa diciéndome que *soy polvo y he de volver en ceniza*. Y tomando esto por pieza, es; polvo pura tierra es; la sequedad de la tierra, junta a la humidad del agua, da fundamento a mi cuerpo, y agua mezclada con tierra, lodo es, o puédese llamar *limo;* y aquéste es mi fundamento, porque del limo de la tierra me crió Dios en nuestro padre primero. Así lo debía sentir aquel amigo de Job que le decía: *Yo del mismo lodo soy que tú eres* [21]. Y esto también digo yo de mí mismo. Y si al agua se le mezcla alguna tierra muy ruin, aun es *lodo* casi cieno, y aquéste es mi fundamento. Porque ¿cuál cieno es más vil que el de un putrefacto cuerpo? Item, en mi fundamento, el aire y el povo están juntos, y el aire hace al polvo que vuelva a ser casi nada, y aquéste es mi fundamento. Y el polvo de la ceniza es más menudo y más seco, y así es más hábil para que sea ventilado con los aires alterables de esta tempestuosa vida; y aun la ceniza hace lodo más sin provecho que el lodo de la tierra, y por darme a entender que soy nada, y que soy hecho de nada, y que he de volver a nada, se me dice *que soy polvo;* y *que volveré en ceniza* me anonestan por mostrarme la vuelta en precio menor y muy más menospreciado; pero aun vengamos a más. Antes que Dios criase tierra, de la cual me formó a mí, ¿dónde estaba este esforzado y presuntuoso varón o en qué columnas se sustentaban sus fuerzas? Cierto es que no tenía ser quien de nada comenzó, porque aun la tierra me lleva a mí la ventaja en el ser antes que yo; y aquesto debía sentir el profeta, que en voces claras decía que *era hecho de nada y sus obras comenzaron de lo que no tenía ser.*

---

[21] Iob 33, 6.

Pues véase qué tiene este hombre que no lo haya recebido, y mire cómo lo tiene por tiempo sin certidumbre, y cómo lo ha de dejar sin saber cómo ni cuándo, pero que presto será; examine lo que tiene de dónde pueda gloriarse, y haya de sí confusión. Y pregunto: ¿Quién es el hombre, que es ensalzado por Dios con tan grandes beneficios? ¿O quién el hijo del hombre, tan visitado de Dios? ¿Por ventura, no es tierra, pues que le despertó de ella Dios? ¿No es un miserable estiércol, del cual levantó Dios su pobreza? Sé que sí. Y si le levantó para ensalzarle con los príncipes de su pueblo, es por su sola bondad; aun es cosa asaz conforme a justicia que en esta certificación de nuestro propio ser nada, cobremos nueva alegría, pues que cuanto soy yo menos es más honrado mi Dios, que en un tan desestimado obra tanto su bondad, y muy mi honra es mi no nada, pues redunda en gloria de mi Señor.

De manera que está dicho y claro está que soy tierra, y la tierra en principio la crió Dios; luego yo criatura soy. Cierto está; y mi Dios es mi Criador, y no fuera yo criatura si no tuviera Criador, ni aun fuera mi Dios Criador si no tuviera criaturas. Y para que pudiese por este conocimiento raciocinando entender quién yo soy y cúyo y qué tengo y cúyo es, y de aquí me despierte a dar gloria a mi Hacedor, me dió mi Dios esta natural razón sobre todas las criaturas y todas las sojuzgó a la razón y su imperio. Así que en buscar primero a mí, me hallo a mí y a mi Dios, y cosa es más aprovechada en los principios o principiantes buscarme primero a mí que no comenzar especulando las maravillas de Dios. Sea Cristo nuestro favor.

CAPITULO XII

CÓMO EN EL DÍA SEGUNDO DE LA SEMANA PRIMERA SE HA DE CONOCER EL HOMBRE CONSIDERANDO DE QUIÉN Y CÓMO RECIBIÓ EL SER DE AQUESTE SU CUERPO

¿De quién vengo? De la tierra arenosa y seca; de padres otros tales como yo; y cual el árbol, tal el fruto. De padres que ya pasaron por la temporal sentencia, y si son libres de la eterna, sábelo quien los libró y puede librarme a mí. (Aquí se ofrece ocasión de encomendarlos a Dios.) Item, de padres que antes me dieron a la

muerte perdurable, preparado con la culpa original, que en la vida temporal nacido. Y aun pregunto: ¿Qué es lo que aquestos mis padres me dieron a mí de sí? ¿Por ventura la materia de nuestra propagación o engendramiento, que es lo que prestaron ellos? ¿No es la más horrible y detestable miseria que procede de aquestos míseros cuerpos y, aun para mejor decir, de estos nuestros muladares? Sé que sí; y si no es la más vil cuanto a su ser natural, es miserable y vilísima cuanto a su proceder accidental; no entendiendo mi intención en acto matrimonial, que es cuando lo manda Dios, porque entonces no es pecado, mas puede ser con muy gran merecimiento enderezando la intención a querer lo que Dios quiere para servicio de Dios. Y en lo demás, si tal mísera materia no es horrible en los ojos de los que como detestables puercos se deleitan en el cieno, es asaz aborrescible en el pensamiento de los que buscan la limpieza angelical.

Así que mi fundamento, cuanto a mí, es pura miseria, y de parte de mis padres, aborrescible materia (salvo la santa intención matrimonial, como ya queda notado); pero aun vengamos a más. Cierto es que esta miserable cosa que mis padres repasaron de sí a mí es mínima en cantidad y es aborrescible en calidad; y si mi Dios inmenso, con su infinita bondad, no proveyera de infundir en ella el espíritu de vida con el calor natural, siendo mis padres ministros para en mayor putrefacción y más horribilidad; y la materia, que en su más sublimada manera es tan horrible, si muy más se corrompiera, fuera más aborrescible.

Pues sepa este zagal presuntuoso que esta mísera materia (desnuda de espíritu de vida) es lo que tiene de sí, y allí está su presunción, porque el calor natural, de mi Dios lo recibió, y nada tiene en él, pues no sabe cuándo se lo quitará, y volverá a la misma corrupción y a la forma cenagosa aborrecible que tuviera si en su ser no recibiera de Dios el bien que le dió de balde con el calor natural y el espíritu vital que le dió con perfición, siendo ministros mis padres. Pues comencemos a confesar nuestra mísera nada por muy nuestra, y confesemos los bienes que recebimos, pues sabemos que son del inmenso Dios; y aun si escarbáremos más, hallarse ha en nos mucho menos que escoger que si no fuésemos nada.

Porque pregunto: Si en dos vasos de vidrio diesen a alguno a escoger, ambos estando vecinos y de un tamaño y valor, ninguno tiene ventaja ni me sé determinar a cuál daría mi afición; pero hinchendo el uno de muy cenagoso lodo, el que es vacío vale más, y el lleno es asaz

abominable y por sí es menos que nada; y cual cenagoso cieno, tiene tan mísero ser cuanto la materia mísera de nuestra propagación si estuviese putrefacta o antes de cobrar la vida que de balde le da Dios, o después que se la quita cuando lo tiene por bien su infinita libertad.

Pues este vaso que es lleno es aqueste fundamento en honra de este varón; sé que aquí bien claro está que con todos los sentidos, si conociesen aqueste mísero vaso, le querrían abominar y aun negar sus acciones mismas por no le comprender; cierto es que ni los oídos a oír tratar tal miseria se han de querer inclinar, ni el anhélito ni el viso no lo querrán ver ni oler; pues los otros dos sentidos aun revuelven el estómago si los quieren ocupar. Y cierto es cosa muy justa que el que bien se considera haya tanto asco de sí, que se vuelva la cabeza y que no se ose mirar del todo ni todas veces; ni sé que haya otra vileza (fuera del pecado) de quien tanto asco deba representarse al que bien se considera como de pensar en esta propagación o engendramiento natural, cuanto a nuestro fundamento en tan mísera materia, la cual a solas es mía y de mi labranza y crianza; y cuanto tengo sobre ella, lo dió de balde mi Dios. Y gozarme vanamente de lo mío, si es detestable, es terrible vanidad, y gozarme vanamente de lo que me dió mi Dios es vía de condenación; y aquí no ahondemos más; bástele al día su maldad [22].

Mirar esto con cuidadosa y quieta diligencia parece ser suficiente manera para conocerse el hombre y perder toda vana presunción. ¿Pero cómo podemos entre tanta bajeza alzarnos a nuestro Dios, pues es el dueño cuyo es todo el bien que deshace nuestro mal, pues todo lo que tenemos debe gloria a nuestro Dios y Señor? Pienso que es nuestro San Buenaventura el que dice que el ánima que se quiera aprovechar ha de comenzar de las cosas exteriores. Estas paréceme a mí que son todo el ser de nuestro ser corporal, digo cuanto a su ser pertenece, y que de las exteriores se pase a las interiores, y estas cosas interiores pienso yo que pueden ser las que al ánima se ofrecen dentro en sí cuando está en sí recogida; y que en aqueste propósito, ni en el cuerpo se halla cosa interior comparada a las del ánima, ni en el ánima cosa se halla exterior comparada a las del cuerpo.

De manera que de las cosas que ha recebido este cuerpo pasemos a recogernos en las íntimas del ánima, y será pasar de las exteriores a las interiores, porque de

[22] Matth. 6, 34.

aquestas de dentro suba el ánima a la parte superior, que es gozarse en su inmenso Señor Dios; porque si desmayare su ser en la consideración de la notada miseria despreciándose de sí, se comience a levantar en los favores que el ánima recogida comienza a alcanzar de Dios; de manera que como ya desestimando su cuerpo, se va sublimando el ánima. Pues vea este hombre qué ha recebido de Dios, y por aquí tocará el entrada del ánima y el subirse sobre sí, que es contemplar sola a solas a su Dios.

Visto está ya el fundamento de aquesta nuestra miseria y que lo que le ha añadido la inmensa bondad de Dios es el calor, por cuyo medio le dió espíritu de vida: y éste es su primero don sobre este mi fundamento. Y sobre esto escrito está que ha formado huesos y nervios, y que de carne y de piel los cubrió y les dió vida y misericordia, y que su visitación guardó el ánima que quiso criar sobre aquesto. Cierto es que estas cosas todas son de él recebidas, y cierto es que suyas son; y si todas salen buenas es por su sola bondad; y la honra del bien que aquestas cosas suyas obran pertenecen a sólo él, pues que solas suyas son; y querer el hombre honrarse con bienes ajenos es entera vanidad, y tomar la honra no suya es soberbio atrevimiento, y gozarse vanamente alguno de lo que el otro hace bien significa poco seso; y esto muestra la razón, y éstas son las cosillas exteriores por do podemos entrar.

Mas como obre en nosotros (principalmente lo que es bueno) nuestro amantísimo Dios, pura infinita bondad, obra él con la esciencia suya y con los instrumentos nuestros, que son estas partes y este todo que nos dió, y quiere de puro bueno que sea nuestro el galardón, y dalo él; y aun consiente su bondad que nombren las obras nuestras, siendo suyas, y que honren a aquellas criaturas que con lo suyo obran bien. La tierra, la mar y cielos y los cielos de los cielos le den perdurable honor. ¿Quién es el que no entra en sí a pensar con San Gregorio cómo ha criado Dios los huesos de la criatura en el seno maternal? ¿Quién no piensa tal diversidad y tal armonía de miembros, por que por aquí se levante a contemplar la potencia de su Dios? ¿Y quién es el que deja de, encerrándose a sí en sí, mirar con qué orden los concierta y los sustenta a cada uno en su oficio y su lugar, por que de aquí se levante a contemplar el infinito saber de nuestro fabricador? Cierto es que el oficio de cada uno de los miembros de este cuerpo es muy distinto y por sí y que todos son diversos; pero en tal conformidad, que si se toma por partes, parece que nuestro muy gran Señor ha

ordenado nueva casa, y que de todo servicio y diversos oficiales demande del hombre honor, por engrandecer al hombre con favores amorosos sacados del mismo don o servicio que el hombre pobre le hace con lo que de él recibió; ni aquí me puedo alargar.

De aquí queden al hombre dos cosas. La una es que conozca su nada y la gran bondad de Dios. La otra es que, si siempre obrare bien, obra por obligación, y esto saca de sí mismo; y de esto, a lo cual es obligado, le da Dios gran galardón; y esto saca de la infinita bondad. Y por aquí se va a Dios, mirando que para sufrir los trabajos corporales le da Dios para sustentar este pobre hombre exterior todo cuanto exterior crió visible, y todo se lo entregó, pues que todo se lo puso debajo los pies de la razón. Y le dió cinco sentidos, con los cuales todo lo puede gozar, pues sabemos que nada (corporal) crió que cada uno o ellos cinco no lo pueda en sí tomar, y esto todo es un pan puro corporal para, refocilando o esforzando aquestos miembros, agradar a sólo el hombre exterior. Y así, aqueste exterior hombre vese que puede vivir de sólo pan; pero como todo lo corporal está dado a aqueste cuerpo, siéntase que el cuerpo y ello es al ánima ordenado. Y el ánima es el hombre interior, y todo el hombre es el ánima y cuerpo; y del cuerpo es el pan, que es todo lo sobre la tierra criado. Pero el ánima, hombre interior, *no vive de sólo pan, sino de toda palabra que ha procedido de Dios* [23]. Y la palabra de la boca de Dios, dígase *Verbo de Dios*, y el Verbo divino y Dios es un solo inmenso Dios, en quien y por quien y de quien se sustenta y vive el ánima, por cuya casa y para cuyo aposento crió un cuerpo tan sobre nada fundado, en tanta sublimidad.

De manera que el cuerpo debe el servir y honrar a Dios, y visto está que no le quedaría nada, pues es más su obligación; pero todo se lo da quien ha nada menester, y dalo por su bondad, y al ánima dale a sí; y de ella y de su obligación, aquí no se toca nada; tocarse ha en el capítulo 28, lo que administrare Dios. Basta que estos cuerpos no son nuestros, y a cuyos son y los ordena y sustenta debrían siempre bien servir, y el faltar del buen servicio les es muy gran confusión, y el gloriarse de sí mismos los llama a condenación eterna; y el ánima, por derecho y buena crianza, debría siempre ser pronta delante su inmenso Dios.

Y pues de la una parte faltamos en el corporal servir y de la otra faltamos en lo interior, gocémonos vanamente

[23] Matth. 4, 4; Luc. 4, 4; Deut. 8, 3.

y esperemos esforzados sobre nuestra vanidad; mas a quien da Dios más lumbre, téngase por más deudor. Los cielos den gloria a Dios, con todo lo que está encima y debajo de ellos, y ampárenos su bondad.

CAPITULO XIII

Qué tal inquisición se ha de hacer de la vida pasada para el propio conocimiento el miércoles de la primera semana

¿Por dónde he venido? Por la tierra bien fragosa. Manifiesto está el peligro de los que corren la posta por tierra muy barrancosa y sin concierto de pasos y sin camino sabido; y está cierto que cuantas veces entré miserablemente en un pecado mortal, tantas anduve y pasé por la tierra fragosa, desierta de todo bien, sin camino de virtud, sin agua del contrito corazón [24]. Y si por un pecado mortal está claro que merescí justamente la eterna condenación, ¿qué es lo que se debrá a dos pecados mortales? ¿Y qué a ciento? ¿O qué a mil? Pues como sea cosa llana de seguridad, para guardarse en justicia el pobrete pecador no olvidarse cuál estaba cuando seguía la maldad, es cosa justa reducir a la memoria la justa donación, de la cual nos libró sola la bondad de Dios.

Y aun las ánimas que comienzan a desear entrando en sí aprovecharse, aun deben esto continuar por artículos distintos por veces de su ordinario, salteando con cauteloso recatamiento algunos barrancosos pasos tocantes la castidad, que, pasándolos despacio, a los poco recatados pueden de nuevo dañar. Y aun yo me acuerdo que más que el año primero de esta nueva conversión, cada semana una vez me hallaba aparejado a poderme confesar generalmente; y me confesaba en la presencia de Dios [25], haciendo una conjugación de cómo pasé la vida dende la razón primera hasta que la merced larga de Dios me llamó a la Religión; y aquésta por *lego, legis,* que corresponde a gramática. Y dice del *lego, legis,* porque quebranté la ley que me había puesto mi Dios, y hallaba aquí dos cosas: que humillado el corazón, sobrevenía el ser contrito; y tomaba gran confianza, que el corazón que está tal, nunca lo desprecia Dios [26].

[24] Ps. 62, 3.
[25] Ps. 50, 19.
[26] Ibid.

Y otra conjugación segunda hacía dende el día que vine a la Orden, y aunque hallaba que la gran bondad de Dios (los ángeles le den gracias) ha guardado en mi pobreza lo que me hizo su bondad que prometiese (digo cuanto a la guarda esencial), no por esto me han faltado de mi parte muchas y muy muchas poquedades y flaquezas, llenas de una vida descuidada y de una relajación que no sabía interpolar. Y aunque esta conjugación segunda iba a ser por *amo, amas*, mirando tanta largueza de la fuente del amor, continuo me lastimaba viendo el tiempo que perdí en tantos años que pudiera aprovechar si respondiera con obra al llamamiento de la santa inspiración, con la cual Dios, por su inmensa bondad, muchas veces me llamó. Y siempre me hallé bien de gastar algunos años en esto, mayormente en el año primero y segundo de mi noviciado en la nueva Religión, en la cual me ha metido Dios y he entrado por su largueza y bondad.

Y hablando acerca de este propósito, me decía un muy notable señor con semblante lastimado que él tenía nuevamente tomado este cuidado, y que comenzando por el estado primero que había tenido, discurría hasta el que posee ahora; en cada uno especulando en qué había el tiempo expendido, qué criados había tenido, cómo los había pagado, y así iba por sus vasallos y por bienes eclesiásticos—que era sobre ellos su estado—, y que así topaba con muchas deudas antiguas, y luego ponía la mano en hacellas restituir; y con este concierto y otros tales que le daba la mano larga de Dios estaba muy consolado y con pensamientos llenos y deseos de aprovechar; y claramente se veía que ponía a la obra las manos.

De manera que le está bien al pecador, cuando Dios inmenso le justifica, acordarse cuál estuvo cuando estaba en el pecado, y así, en los pasos que ha pasado con peligro, buscar la seguridad en la bondad de su Dios; y mirando cuántas veces su gran miseria cayó, entienda en la gran largueza con que su Dios le esperó, la libertad que le dió por su infinita bondad. Y nuestro suave Jesús esté siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XIV

QUE EL JUEVES DE LA SEMANA PRIMERA REPRESENTA LA MISERIA DE ESTE DESTIERRO

¿En dónde estoy? En la tierra peligrosa. ¿Qué tierra hay más peligrosa que esta nuestra carne, no honesta y desmesurada, mayormente teniendo compañía tan conforme contra el ánima con el mundo y el demonio? La pregunta es *dónde estoy;* y es la respuesta *en el mundo;* y escrito está que este mundo, aunque es engendrador de estos cuerpos y en él se mantienen, no se le puede negar ser cárcel del propio espíritu, y del ánima un destierro asaz durísimo. Cierto es que es lugar de incertidumbre y miseria, de enfermedad y pobreza; de vejez, de flaqueza, y de otras cien mil miserias; y quien en él está sin sobresalto, al fin le halla más falto; y a sus amadores falta y menosprecia y los lanza con confusión fuera de sí, y los que le son más leales, medran muy menos con él. ¿Y quién hay que quiera estar en tierra tan temerosa? Donde los que parecían corderos, y en algún tiempo lo fueron, acabaron en ser lobos; donde se ven abajados los cedros del monte Líbano y que el ciprés y laurel aun han producido espinas. ¿Quién se puede alegrar entre tantas inconstancias? Cierto me parece a mí, que no he gana de mentir; mas que el hombre que en este mundo se ríe, sino de su vanidad, como escarneciendo de él, que tiene falta de seso cuanto a su consideración.

¿Cuál es el tal loco ciudadano que se ve de su ciudad desterrado, y apartado de la presencia del rey, y privado de la familiaridad de los buenos ciudadanos, y se puede en sí alegrar vana o alivianadamente? Y si su destierro es una isla desagraciada, estéril y sin concierto, y es en ella aprisionado, y sabe ser sentenciado a la muerte sin saber el cómo, cuándo, y ve delante de sí con aviso en su reguarda tres homicidas sayones con espadas en las manos, y que no hay alguno en ellos que no le desee matar, y si la bondad del rey no le hubiera socorrido con un galán de su cámara para de éstos le librar, le habrían mil veces muerto; ¿y en sí se puede con vanidad alegrar? Cosa es para escarnecer de la tal.

Pues yo soy el ciudadano desterrado en esta miserable isla de la presencia de mi rey y gran señor, privado de

la compañía de los justos, que me esperan hasta que mi Dios me vuelva allá libre de aquesta custodia o de aqueste muladar de mi miserable cuerpo. La cárcel, esta carne es, ya sentenciada a la muerte; los enemigos sayones, ella y el mundo y el detestable adversario; las espadas son sus amonestaciones falsas y desmesuradas, y el galán es el ángel de mi guarda de la cámara del rey, pues que siempre ve su cara; y de esto me he de alegrar en la virtud de mi Dios, mi remedio y mi esperanza; y de lo demás, temer, pues hay tantas causas de mi parte de tener siempre temor.

Ofrécense aquí dos cosas que preguntar: la una, el ánima que Dios por su bondad infinita trajo a la Religión y le da perseverancia, y que esa misma benignidad y clemencia le ha aumentado más claro conocimiento, y hoy le hace querer el bien que no había querido ayer, esta tal, ¿vive en tierra tan peligrosa como la que anda toda engolfada en la poquedad del siglo? Está claro que el que mucho más rescibe de quien no le debe nada, que es de mucho más deudor y se ha de tener por tal. Y la diferencia de estos dos figúraseme que es tal, como de uno que anda en el coso puesto a las vueltas del toro y otro que está subido en la talanquera. Cierto está que aquél tiene más libertad y corre por donde quiere, y extiéndese en la plaza ancha, pero su mayor peligro no es menos manifiesto que su vana libertad. El segundo, que está sobre la barrera, vese que está compremido, más con más seguridad, pero si se tiene bien, porque muchas veces se ve que suele llegar el toro al pie de la talanquera, y que así, como fiero león, anda bramando en muchedumbre de vueltas, buscando a quien tragar pueda [27]; y si el que está alto se descuida y se deja caer, es el peligro mayor que el de aquel que corriendo cayó en el coso, pues de más alto es la caída.

Judas en la talanquera estuvo, y en lo más alto subió, no por su merescimiento, sino por su dignidad; pero por tenerse mal cayó en los cuernos del toro, y de los golpes primeros le echó las entrañas fuera. Así que el que está más alto, téngase con más aviso [28]; siempre esté más recatado y tenga de sí temor; pues no es esciencia de algún hombre (siguiendo vía natural) saber si es digno de ser amado o aborrecido; y aun demás de esto, me parece que el hombre que milita entre sus sensuales concupiscencias está todo junto en este mundo, no menos engañador que a los sensuales sensual; mas el que está en

---

[27] I Petr. 5, 8.
[28] I Cor. 10, 12.

perfecta Religión (entiéndase el que desea ser religioso perfecto, procurándolo con obras), este tal está en el mundo con el pie izquierdo, que es con el cuerpo sólo para que se le mantenga, y con el pie derecho está firme en los propósitos santos con perseverancia avisada y cuidadosa, porque el bien perseverar es pie derecho bien asentado del ánima. Este pie entiendo yo que es el que el profeta [29] decía no ser dado en movimiento si vela el que es custodio del ánima; y porque el ángel vele, que es el cierto guardador, necesario es que la conciencia apurada ni se dormite por descuido ni se duerma por falta de riguroso fervor, pues que está Dios de su parte y es quien en todo le ayuda; y desconfiando de sí toda en todo, su confianza pone sola en sólo Dios, que obra los bienes en ella, y ella ningún bien puede por sí, y sin Dios no puede nada [30]; Cristo es el que la conforta, y todo bien obra por sola bondad en ella, y ella dice que todo lo puede en él. Y si en sólo Dios confía, será como el monte Sión, que nunca será movido para siempre si habita en Jerusalén [31], esto es, que esté siempre dentro en sí, pues que en ella y dentro en ella hace su habitación Dios.

Por lo cual es de entender qué tal sea la diferencia que puede considerarse entre el espíritu y el ánima (porque arriba queda dicho que el mundo es cárcel del espíritu y destierro del ánima) y qué medio hay entre estos dos. El ánima criada a la imagen de Dios, cierto es que es sustancia pura y con potencias distintas; esto no pase de aquí. Mas esta sola sustancia tiene tres nombres distintos, según que se considera en diversa operación. Ejemplo: que es sola la justicia en el príncipe, y cuando tiene el concierto popular, llámase justicia *Ordinaria;* y cuando asaetea al ladrón es la justicia *Hermandad;* y si quema a los herejes, la llaman *Inquisición;* y una justicia es no más en una persona y sola. Y bien: así, esta substancia esencial a imagen de su Criador, cuando se considera vivificar el ánima racional, llámase *ánima;* y cuando vuela a su Dios, llámase *espíritu;* y cuando se quieta y reposa en él en pura y quietísima contemplación, entonces se llama *mens*.

Y estos tres puntos no dan pequeña consolación al ánima en su oficio ocupada; la cual, cuando obra varonilmente, se dice *ánima animosa;* y a veces la llaman *ánimo* cuando en el obrar es esforzada fuertemente con rigurosa afición. Y Cristo sea nuestro amparo.

---

29 Ps. 120, 3.
30 Ioan. 15, 5.
31 Ps. 124, 1-2.

CAPITULO XV

Que el viernes de la semana primera representa la muerte de estos cuerpos, y el fin de los sensuales deleites, y la terrible miseria de las ánimas sin Dios

¿Dónde voy? A la tierra cenagosa. Dice un filósofo: «Cuantos años ha que nací, tantos ha que corro la posta a priesa». Todos la corremos, y no sabe alguno dónde le mandará parar; y así como es cierto que he de morir, así es muy incierto el cuándo, y el cómo, y dónde; porque la muerte en todo lugar está esperando, y dicen que el hombre cuerdo en todo lugar la espera. Así que pregunto: ¿Adónde voy? A dar caballeriza a esta bestia, para que con menos que dos pasadas en largo y que una vara en ancho de tierra le dé más entero cumplimiento muriendo que le dió el cielo, y la mar, y tierra viviendo.

Y porque bien se entienda, pues es en lo que ha de parar, es bien notar un dicho de Santo Agustín que no se debía olvidar. Fingiendo Santo Agustín que había visto el cuerpo muerto de César emperador, que viviendo mandó el mundo, dice así: «Quise ver el sepulcro de César emperador poco después de finado, y vi aquel cuerpo imperial con un color amarillo, cercado de podredumbre tal, que tomando de un miembro se salía de su juntura; tenía sin cabello la cabeza y descubiertos los dientes, por ser comidos los labios, y consumida o quitada o comida la nariz; las entrañas, descubiertas, por estar rasgado el vientre; muchedumbre de gusanos se meneaban por todo él, entrábansele en la boca, y en el cóncavo, en cada uno de los ojos, se aposentaba un corpulento gusano, y era horrible su hedor; y preguntando, le dije: ¡Oh desventurado César, que sin previsión de tan detestables males pasaste la engañosa brevedad del mundo tan miserable! ¿Cómo me podrás decir qué se han hecho la muchedumbre de las damas y doncellas que servían en el trono de tu estado? ¿Qué es de la sobreabundancia de tesoros y riquezas? ¿Qué es de los diversos deleites? ¿Dónde se te han ido las compañías de generosos varones que servían y acompañaban tu detestable persona? ¿Dónde has dejado las batallas de los varones de guerra que tenías a tu mandado? ¿Dónde están los perros de montería? ¿Dónde tienes las aves de cetrería y la gran diversidad de los li-

geros caballos? ¿Quién tiene en guarda polida la diversidad de ropas con que cada un día mudabas? ¿Dónde está la variedad de manjares, la diferencia de vinos, las músicas y truhanes, la suavidad diversa de los fumos aromáticos? ¿Qué es de las salas doradas y con pinturas diversas? ¿Adónde tienes guardadas las armaduras de las camas de marfil, con sus mutanzas de ropas sensuales y delicadas? Poco ha que eras tan admirable señor en la presencia del mundo tu engañador, que los príncipes te tenían en reverencia y te servían o te honraban los que mandaban la tierra, puestos en tu sujeción. ¿Qué es esto, oh desventurado César? ¿Dónde se te ha ido tanta y tan grande potencia y tan admirable magnificencia? ¿Qué responderás a aquesto? Todas estas cosas y más, las que no se pueden numerar, me faltaron en el punto que se me acabó la mi detestable vida, y hanme dejado en este sepulcro solo, cercado de la podredumbre aborrecible de esta abominable carne. Y este mal que oyes y ves es el menor de mis males, porque la ánima desventurada que gozando bestialmente de las cosas temporales y empleándose toda en ellas no miraba en sus engaños ni se acordaba de Dios, para siempre ha en el infierno de arder».

Y queriendo el Apóstol que sintamos esto bien, decía *ser el tiempo breve;* por lo cual se ha de ver presto que aquellos que habrán gozado la posesión de las cosas de este mundo, cuya figura perece, serán tales como si no hubiesen tenido, ni gozado, ni poseído; y, por consiguiente, los que han domado sus cuerpos y padecido por Cristo verán sus trabajos acabados. Por lo cual, él da consejo a los hombres que el que no tiene mujer, no la tome, ni la doncella marido; mas si lo tiene, lo tenga con bendición [32], pues que en casarse no yerran; mas dice que a los casados acompaña la afición, y no son así solícitos en las cosas de su Dios como si fuesen solteros, y esto por necesidad.

De manera que se entienda que quiere dar a sentir lo que debe ser sentido, conviene a saber, que los que gozan del mundo, presto dejan de gozar, pues su figura perece; y los que por Dios trabajan, pasarán presto su trabajo, pues dice que el tiempo es breve, correspondiendo a la sentencia muy cierta del experimentado Job, el cual dice que es abreviada la vida del hombre que ha nacido de mujer, y que en esta brevedad son muy copiosas miserias, porque nunca permanece en un ser sin gran mutabilidad, y se compara a la flor, que se levanta graciosa, y se marcesce o mortigua, y cae quebrantada en tierra y en breve

[32] I Cor. 7, 29-31.

no tiene ser [33]. Así que perece la figura de este mundo, y el día que yo me muriere, aquel día se acaba todo lo que el mundo tiene; aquel día se concluye toda la concupiscencia de aquesta sensualidad [34].

Estas cosas son de muy grande substancia en nuestro conocimiento por lo que contienen ellas y por quien las escribió y porque las tiene en sí recebidas nuestra madre santa Iglesia, que para nuestra doctrina tiene cuanto ha sido escrito. Ciertamente, la verdad y la firmeza que contienen en nuestro conocimiento aquestas tales sentencias es un sello más que de oro perfectísimo que se imprime muy dentro en el corazón, que se ablanda como cera al resplandor y calor de la oración mental; por cuya falta no se nos imprime bien la imagen de aqueste sello. Y así, por no conocer en nuestra propia nada la brevedad de estas cosas que entre las manos tenemos, cuya figura perece el día que mi vida en este mundo se acaba, no sabemos entender qué es aquesta vida breve hasta que su brevedad entre las manos se acaba.

Quédanos ahora de aquí cuánto aviso y sobresalto deben los hombres tener en mundo tan vacilable, y en tan desvariada vida, y en tan tasado vivir, no menos de los sensuales que de los que viven; pues que nos dice San Pablo y nos muestra la experiencia que el tiempo y la vida es breve y la figura del mundo ha presto de perecer. Demás de lo que está dicho, es muy bueno de entender que si el sello que señala a los humildes en propio conocimiento de aqueste mundo y de sí no imprime bien en los hombres que no se dan a oración, ¿cómo se han de conocer a sí mismos ni a su desventura los mundanos y captivos en el pecado mortal, cuyas culpas son un tejimiento espeso puesto delante los ojos de su entendimiento, con el cual oyen y entienden las cosas de aqueste mundo, cuyos hijos ellos son, y son en ellas más sabios que los hijos de la luz? [35]. No, empero, con el velamen que les estorba la vista pueden ver lo que para siempre pierden en aquesta brevedad, donde el cuerpo vuelve en cieno y el ánima miserable va para siempre a penar.

Cerca del apartamiento entre nuestra ánima y cuerpo, puedo dos cosas notar: la una es que yo pregunté a un religioso viejo, estando en vigilia de la muerte, si era el trabajo que entonces sentía mayor que todos los trabajos juntos que había en la vida pasado, y respondióme con gran aflición que era aquél mucho mayor. Lo otro es que supe de un religioso que estando durmiendo soñaba

[33] Iob 14, 1-2.
[34] I Ioan. 2, 17.
[35] Luc. 16, 8.

no sé qué cerca de este apartamiento, y como quien sale súbito de alguna casa y halla a la puerta una gran controversia sin poder haber remedio, se le ofreció con aquel sueño un temor muy ajeno de los temores que en esta vida se podrían ofrecer, no sólo al acto, mas ni aun a la imaginativa, sino de aquel que lo experimentó; y decía que si los trabajos de toda la vida no sirvieran para más que para escapar de trance tan espantable, aun le parescían bien empleados, y que luego se ofreció el decir dentro de sí: Desventurada del ánima que está sin Dios, muerta en pecado mortal, y meresce ser desamparada; que esto es lo que le está aparejado cuando sale de la casa de su miserable cuerpo. Mas si toda la vista en su súbita salida es tan abominable, ¿qué será desque sea puesta en poder de bestias tan espantables y llevada a donde ha de permanecer en daños mucho más abominables? Y decía que todas las veces que de allí adelante esto ocurría a su memoria, se renovaba en su ánima nueva hambre de poner espuelas al camino, conviene a saber, acrescentar el cuidado de rigor de penitencia y riendas al caminante—entiéndase más cuidado en refrenar los apetitos sensuales—, y que tenía este espantable ofrecimiento por don especial de Dios.

Porque aunque este temor paresce ser servil y es vil, pues no funda sobre amor, algunas veces paresce tenerlo asentado en las entrañas, envuelto en una cobertura admirable, que le guarda del frío los espacios que hay helada; quiere decir, que le despertaba al cuidado de oración. Los espacios que hay helada son los tiempos o intervalos en los cuales el ánima halla en sí poco aparejo para la contemplación. Supe esto del mismo a quien acaeció y dió testimonio de ello, y afirmó con certidumbre ser mayor la diferencia entre la visión que de los demonios se pinta y la que él en un instante notó, que entre un espantable fuego de muy terrible alquitrán y entre estopa que esté ardiendo pintada en una pared; y la misma diferencia pone entre el temor humano y el temor que conosció en el espantable paso. Por todo sea gloria a Dios y nuestro amparo sea Cristo.

CAPITULO XVI

Que en este primero viernes, correspondiendo al capítulo pasado, entiende en la subtileza de nuestro dejar de ser

Declarando la autoridad que nos trae a la memoria que al presente somos polvo y en él hemos de volver, diciendo que *tenga el hombre memoria que es polvo y ha de volver en ceniza* [36], procediendo, dice así: Cosa manifiesta es que el polvo es tierra menuda, y la tierra es elemento; también es cosa patente que la ceniza es un polvo muy subtil y desecado, hábil para ir donde el aire lo llevare; y decirme *que soy polvo*, claro está que es por traerme a la memoria lo muy poco que ahora soy, y lo muy nada que era cuando no había tierra criada, y lo que volveré a ser cuando me envolviere en ella. Pero el decirme *que he de volver en ceniza* es tanto como mostrarme en su subtil menudeza esta vuelta, aun muy más subtil que ella, que han de dar aquestos cuerpos a las mismas cualidades de las cuales hobieron su fundamento; porque tanto son las cualidades de nuestro fundamento más subtiles que el polvo de la muy subtil ceniza, cuanto es más subtil el espíritu que el cuerpo, aunque no cuadra del todo la comparación.

Pues aquellas cualidades, cierto sabemos qué son, mas los corporales ojos son bastos para las ver, y ven muy bien la ceniza muy subtil, la cual no es más cierta que ellas, y aun ellas primero fueron; ni ella fuera si no antevinieran ellas con su certísimo ser. Y si en nuestro volver a estas nuestras cualidades se les da comparación en ceniza, es porque su menuda subtileza corresponde a comparación subtil con mi elementación y porque su despreciado valor le conforma a lo que vale esta atasajada carne, estos miembros y este cuerpo, que en tanto precio (con cierto engaño) tenemos.

De manera que decirme: *Acuérdate que eres polvo y has de volver en ceniza*, es tanto como decirme que reduzga a la memoria que estos miembros regalados son un cuerpo elementado recebido de la tierra y que en ella se ha cierto de convertir. Porque así como aquesos elemen-

[36] Gen. 3, 16; Eccl. 12, 7.

tos, informados del que da forma y materia a cuanto hay que tenga ser corporal, me dieron las cualidades en mi principio y criación, así es de saber por cierto que me las dieron prestadas, y se las he de volver cuando acabare la vida, para que ellos me las vuelvan en el postrimero día, porque en ellas y con ellas tenga la gloria o la pena que con ellas merescí cuando con ellas vivía. Siendo así que como los elementos no pudieron ser antes que sus cualidades, tampoco pudieron ser aquestos miembros y cuerpos, ni aun por un solo momento, antes que fuesen elementados.

Por lo cual se ha de notar que un ahogado en la mar, cuya carne es cierto que ha de resucitar, si la comen veinte peces, no se ha de demandar de ellos, como ni de los brutos que la comen en los montes; tampoco como de los gusanos que la devoran en las entrañas de la tierra, mas de la misma tierra y de sus mismas cualidades, de las cuales fué aquel cuerpo elementado en su primera criación; porque en tierra se pasó cuando dejó de ser carne y de ella se ha de de recobrar cuando la volviere a ser. Ni será mayor la obra que hará el que en todo es poderoso cuando a su mandamiento resucitaren los muertos en el mismo ser que fueron que la que hizo cuando con su propia voluntad crió la tierra de nada y los otros elementos, y de ella crió los elementados cuerpos que esperan resurrección, de lo que restituyeron a los elementos mismos de los cuales comenzaron en su primera criación.

De manera que el hombre cuando muere da a la tierra lo que de ella recebió, para ser lo que prestado tomó para hasta que de ser dejase, y dalo porque el ser que era deja, y tórnalo a recebir para nunca más dejarlo, cuando el ser que antes tenía ha de ser el mismo ser que antes era, ya perpetuo, no mudado ni mudable en los justos ni en los malaventurados.

Ni será la obra mayor ni habrá más dificultad en resucitando Adán después de tantos mil años que el que ha poco que murió, ni será más pronta la obediencia que los elementos ternán a su Hacedor que la que tuvieron dando las aguas lugar que anduviese sobre ellas, y que pasasen sus cualidades a ser verdadero vino, y el aire, por una sola yusión o mandamiento, a dejar su tempestad, o el fuego a no quemar los mozos en el fornaz, que la obediencia que habrán menester para en un solo momento obedecer al Criador. ¿No está claro y a fe manifiesto que estos cuerpos han de resucitar y que estos elementos han de ser purificados? Sé que sí; pues cierto está que quedará mucho renovada, clara y purificada la tierra cuan-

do haya dado de sí todos los cuerpos que guarda para el horrible infierno, con los cuales tiene, sin perjuicio de los elementos, tantas maneras de injusticias horrendas y abominables cuantas maldades cometieron los que por ellas han de arder en el perdurable infierno; sé que aquesto que retienen por obediencia de su Criador, por la cual lo dieron con sola contaminación original, y por la cual lo volvieron a recebir, pero con mil contaminaciones detestables, que cuando lo volvieren por esa misma obediencia, sea pura y limpiada de su purificador y Señor nuestro con el fuego de la conflagración, que quiere decir *abrasamiento final* o del último juicio. De manera que los mismos cuerpos que vivieron y murieron son los que han de volver a ser quien fueron en el juicio final, porque sus mismos merecimientos los han de acompañar por un tiempo sempiterno.

Y no es esto inconveniente para poder entender que las maldades que perpetraron o cometieron los apóstatas de Cristo no ardan con sus ánimas en el infierno dende el punto que allá fueron, que esto claro está; pero que los malaventurados cuerpos que las tales ánimas detestables dejaron, con su inmundicia se están, porque en tal manera el ánima lleve sus merescimientos, que al cuerpo desventurado no le prive de los suyos, pues tan aumentados tormentos ha de rescebir con él cuando le torne a tomar. Porque los cuerpos que virtualmente están en los elementos de los cuales su principio fué tomado serán restituídos de ellos en el día del final juicio presencialmente, porque puedan espantar terriblemente las ánimas que con ellos en sus males acabaron, y potencialmente, porque puedan con sus ánimas padecer perpetuamente, o para siempre gozar, según acá trabajaron. Así, en esta restitución, los elementos serán muy purificados habiéndolos ya purgado el fuego final—que ya antevenido habrá—de las otras muy menores impurezas que ahora tienen y hasta entonces ternán. ¿Luego seguirse ha de aquí que todo lo elementado, cuando dejare de ser, dará vuelta a los elementos propios de los cuales fué elementado, así en las criaturas sin razón sensitivas como en muchas vegetables?

Así pienso que será, mas no han de volver ya otra vez segunda los elementos a dar lo que una vez dieron y otra la vuelven a recebir, antes lo ternán en sí tan sin aumento y sin perjuicio cuanto lo dieron sin serles causa de diminución; de lo que estos tales volvimientos son causa de impuridad a los elementos, purgarlos ha el final fuego, que todo lo abrasará. Pero de otra manera será en otras cosas que cotidianamente pasan su misma virtud en otra que procede de la suya; porque si de una cosa elementa-

da procede otra, y esta segunda que de la primera procedió deja de ser para ser otra cosa ya tercera, no da vuelta entonces al elemento ni al ser de quien procedió, antes pasará a conservarse en la cosa que es tercera.

Ejemplo: una mata de romero, o de lo que más mandáredes, es criatura elementada; de la cual procede otra cosa, que es su flor, elementada como él; las abejas toman lo más puro de esta flor; las cualidades de aquella parte virtual que realmente estaban en la tal flor, cuando en el ser flor faltaron, no volvieron al elemento ni a la mata del romero, antes pasaron a conservarse en la cosa ya tercera, que es la miel. Pues pregunto: la miel que yo comí, y luego que fué comida dejó de ser miel, ¿qué fué de sus cualidades? Cierto es que no volvieron al elemento o elementos de su primera criación, ni a la flor que ya no es, ni a la mata de quien procedió, antes las cualidades de esta miel, como de las otras comestibles y potables, pasan a conservar su ser en las cualidades mías, buscando más perfecta y más durable conservación.

Y así, su calor y sequedad se da al de mi humor colérico, correspondiendo al elemento del fuego; su frialdad y humidad, al humor mío flemático, correspondiendo al elemento del agua; como al humor sanguíneo su calor y su humidad, correspondiendo al elemento del aire; a nuestro humor melancólico, la frialdad y sequedad, que tiene correspondencia al elemento de la tierra. Mas aquestos elementos todos cuatro, uno con otro están en sí elementados, y sus cualidades son ya mías en mis humores, los cuales, venidos en húmido radical, aun dejan de ser humores y pasan en miembros particulares, para en ellos siempre mejor se conservar buscando perpetuidad. De manera que ya que dejen de ser las cosas elementadas, no perecen las cualidades que hubieron de los elementos, antes de más en más conservación pasan, hasta que, convertidas en estos nuestros cuerpos, para quien Dios las crió todas, conservan así su ser, que no paran hasta ser nuestra carne, nuestros miembros, y así en nuestros mismos cuerpos, y así hallan perpetuidad; que han de gozar de la gloria perdurable o del sempiterno infierno, ya no como cualidades de elementos; mas como cuerpos que fueron elementados y cualitativos, en sus elementos estuvieron represados después que dejaron de ser cuerpos, hasta la resurrección general, que lo tornarán a ser, según sus merescimientos, para la gloria o infierno.

Y aunque las cosas comestibles repasan sus cualidades en los cuerpos que las comen y les son causa de cremento o crecimiento, ellas no lo reciben en sí. Así que ellas no crecen en nos, mas nosotros crescemos en ellas. ¿Lue-

go ni los elementos crecen con todo lo que resciben de los que dejan de ser? Cierto es que no; ni se disminuyen con todo lo que ellos dan, como ni tampoco el sol nunca quita de sí nada para extender sus rayos sobre los malos y buenos y sobre bienes y males; ni cuando no los extiende porque las nubes lo impiden, no está más rico que cuando a todos se da; pues para darse no quita nada de sí, y en sí no rescibe nada cuando cesa de se dar. Y muy mejor decir es que cesamos de rescebirle por nuestros impedimentos, que no que él deje de darse, pues continuamente está con los brazos abiertos, levantando la razón al sol vivo de justicia. Y aun puédese bien pensar que en la mar, aunque todos los ríos entren juntos y muy más que llenos todos en un mesmo tiempo, no hacen que la mar crezca [37], porque el agua que todos le traen, ella se lo dió primero y de ella la rescibieron, y lo que es suyo le vuelven, sin le aumentar su riqueza.

Item, si estos mismos ríos, entrando todos muy llenos, no la hicieron crescer, ni cuando no traían agua la vieron algo menguar—porque lo que no le dan ella se lo tiene en sí—, y si ellos no traen mucha agua, de ella no la recibieron; y así, ni la enriquecen ni crece con el agua que rescibe, pues suya es y ella la dió; ni tampoco se empobrece ni se le conoce mengua cuando de ellos no rescibe lo que de sí, para darles, no quitó.

Y lo mismo que se contempla cuanto al crecer y menguar entre los ríos y la mar, se puede considerar entre los cuatro elementos y todo lo elementado. Y así, poniendo en la memoria nuestro cuasi nada ser y conversión computada al precio de la ceniza, hallamos una almoneda tan ajena de algún precio que algo sea, que es muy cerca de nada y no se puede esconder nuestra miseria; y lo que es más de intimar y de estimar en esta orden de meditar es que con una estación se ganan dos indulgencias, hallando tantas salidas para poder entrar el ánima inquisidora a buscar dentro de sí y muy dentro de su cuerpo las muy altas perficiones, potencia y sabiduría, y bondad de su Criador; así que en una inquisición misma hállase a sí para se humillar y halla a su Dios para reverenciarle. Ampárenos su bondad.

---

[37] Eccl. 1, 7.

Notable de uno de los correctores teólogos sobre este capítulo

Este capítulo pasado lleva mucha subtileza en lo del polvo y ceniza, y lo que hallo en la materia de filosofía y teología diré. Y lo primero, cerca de aquella cuestión tan ventilada si los elementos queden y permanezcan real y substancialmente en los cuerpos humanos, la opinión de Escoto y de Ocam es: que ni los elementos ni sus formas quedan en sus cuerpos mixtas actual y substancialmente, pero quedan las cualidades semejables, cuanto a la especie, a las cualidades de los elementos o de algunos de ellos; como parece que en los huesos hay sequedad semejable a la de la tierra.

Pero hemos de tener, según muestra Ricardo (en el IV, dist. 47, art. 2, q. 1.ª), que ninguno de los elementos hay puro que no sea elementado, a lo menos en aquella parte de que la vida del hombre de ellos se sirve, sólo el fuego, que con el cóncavo de la luna está vecino, es elemento puro, porque el fuego que acá tenemos, elementado es, y por eso, con el fuego de la conflagración ha de ser consumido, sin quedar nada de él, lo cual no haría si fuese elemento, porque los elementos han de permanecer. Por eso, al tema volviendo, el polvo, tierra es, y la tierra no es elemento puro—ésta de que nosotros usamos, de la cual nuestros cuerpos fueron formados—, mas es elementada, y lo mismo de las aguas, no solamente dulces, pero aun saladas del mar y el aire también, a lo menos hasta aquel intersticio, o término, o altura adonde las aguas del diluvio llegaron. Y por eso, el fuego de la final conflagración los abrasará a estos tres elementados que tienen nombre de *elementos*.

De manera que los elementos, según San Agustín, quedarán en sus esencias, después de la conflagración o abrasamiento del fuego final, con sus cualidades naturales, porque son sus propias pasiones; pero de tal manera, que ninguno de los elementos con ellas terná actividad para hacer en otros elementos ni padecer en sí mesmos; porque el hacer y padecer de los elementos con ellas, es a saber, con sus cualidades, hanle tenido y ternán hasta entonces, por razón del estado corruptible del hombre.

Esto presupuesto, poniendo Ocam en la cuestión IV del 3.º colibeto la diferencia de entre polvo y ceniza, dice que la ceniza que queda del madero quemado no se llama ni es tierra, mas antes difiere de la tierra, pero antes en tierra que en ninguno de los otros elementos se puede

convertir, por la mayor participación que con la tierra tiene; y lo mismo el Gabriel, en la XV dist. del 2, dub. 1.ª Pues volviendo al tema, él habla del polvo, y así habló del polvo Dios cuando penitenció al hombre, y dijo estas palabras (Gen. 3): *Eres polvo, y en polvo te has de volver.* Y este polvo es *tierra,* no elemento, mas elementada, cual cuando dijo Dios estas palabras estaba; y por eso hemos de tener que el hombre no de la tierra puro elemento fué formado cuanto al cuerpo, mas de la tierra elementada, en la cual hay mixtura de las cualidades de los otros elementos. Y esto muy bien y patentemente lo apuntáis cuando en el capítulo 28 de la tercera parte de este libro platicáis la composición de cuatro cualidades que a los elementos cuatro les caben de dos en dos, donde se entiende la composición que un elemento tiene con otro para ser elementado; y así parece en el texto que dice: *Del limo de la tierra crió Dios el hombre. Limus terrae* es cieno, que es polvo con agua amasado; pues cuando muere el hombre, vuelve el cuerpo a la tierra de que fué formado, que era elementado, y no vuelve a cada uno de los elementos la cualidad que a la de cada uno de ellos semejable tenía. De manera que el cuerpo no será resoluto en las cuatro primeras cualidades que en sí tomó ni tiene, mas tiene cualidades semejables a las de los cuatro elementos, cuales las tenía el limo de la tierra de que el cuerpo fué formado, y por eso dijo Dios (Gen. 3): *En el sudor tuyo comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste formado.*

Donde se sigue que el cuerpo lo hemos de volver a quien nos lo dió, como decís, emprestado, y purificada la tierra por el fuego de la conflagración, nos volverá nuestros mismos cuerpos, renovados con mejoría de incorrupción, con sus cualidades mejoradas, para según conviene a cuerpos que han de ser glorificados y para según conviene a cuerpos que para siempre han de ser dañados. De manera que la mejoría será disposición más convenible en los dañados para eternalmente, mejor y más sensiblemente padecer tormentos; y a los salvos, más convenible para rescebir en sí los dotes de cuerpos gloriosos.

Síguese también que así como la tierra por el fuego de la conflagración no ha de ser quemada, mas purificada y purgada, así nó se volverá en ceniza, mas quedará en muy más noble ser que ahora tiene; y los polvos en que nuestros cuerpos fueren resolutos no serán tampoco en ceniza vueltos, tomando ceniza, como dijimos, por cosa diferente de la tierra por diferencia específica. Y las autoridades de la sagrada Escritura que dicen se volverá en *ceniza,* se entiende en *polvo,* porque ceniza toma allí por

tierra menuda, que es *polvo;* y dicen en *ceniza*, pudiendo decir en *polvo*, para nos dar a entender la nada de que somos y para que conozcamos y consideremos cuán nada es aquello de que son nuestros cuerpos formados, a quien nosotros con cierto engaño tanto regalamos, según que subtil y vivamente explicáis en lo pasado.—Por todo sea gloria a Dios.

CAPITULO XVII

Cómo el sábado de la primera semana hemos de conoscer las costumbres que tenemos

¿Qué llevo? Una gran carga de tierra para hacer de esta mi casa un terrado muy bien del todo enterrado, pues que tengo tanta tierra. Es la pregunta qué llevo; y no es menester decirlo, pues que es muy mejor dejarlo y no lo querer llevar por pasar más, sin embargo, siendo tantas negligencias, y tan muchas poquedades, y tan muy flojo vivir, lleno de tantas tibiezas.

Cierto está que los que corren la posta menester es descargarse de cuanto no han menester; cuánto más de las cosas que le son grande impedimento con su demasiado cargo. ¿Quién no sabe que a los que la posta corren no les conviene llevar guisados hechos de carne, los cuales los convidan no solamente a pararse a los comer, mas aun después de comidos les suelen mucho dañar, y aun les hacen caer en penosa enfermedad y perderse en su camino? Visto está que el caminante soy yo; todo guisado de carne serán mis vanos deseos, míseras concupiscencias, sensuales inclinaciones, aficiones no ordenadas y toda sensualidad, que hace aflojar y aun parar a los que a las derechas caminarían sin ello, y aun hartas veces los enferman, y derriban, y estorban el derecho caminar. Así que si han de dejar todas las cosas que dan alas a la carne y crían la sensualidad, será menester mirar lo que se ha de llevar, y no tan sucintamente como lo que ha de dejar y es bien quede por dejado, porque en lo uno y en lo otro se entienda aún en arrancar las raicitas de los vicios y en conocer y plantar en su lugar las virtudes. Y la razón y experiencia de los que corren la posta por tan sospechosa tierra les ha mostrado a llevar para su mantenimiento más ordinario y común pasas, que pueden ir en el seno y comerse sin parar y siempre hacen buen cuer-

po, y algunos tragones de agua pura, porque las pasas tienen gusto que a las veces causan sed.

Las *pasas* en mi propósito son un nunca caerse del seno del corazón nuestras miserias pasadas, las cuales, si se traen con aviso un año o dos, después se quedan en hábito y no ocupan tiempo, así que no anda sin ellas y no le ocupan lugar, mas tópalas luego cuando las ha menester; ni le impiden lo mejor a donde él quiere pasar con el gusto de ellas, el cual gusto llama a sí la contrición, y la contrición trae el agua lacrimal, y las lágrimas son mensajeros de gracia: la gracia lleva el caminante a Dios, y allí se quiere parar.

De manera que este caminante se provea de pasas y agua en los primeros dos años, si quiere bien caminar. Hase, empero, de notar que cuando aquí o en otra parte señalo tiempo tasado, diciendo un año o dos años, es porque pongo mi intento sobre nuestra poquedad yendo por vía natural; no, empero, se ha de entender que ose yo querer decir que en todos sea esto así menester, porque las obras de Dios no se han de tasar con tiempo, como en un solo momento nos haga él aprovechar lo que nuestra poquedad aun no podría en muchos años. Cerca de lo cual sabemos que en la historia de Judit, siendo ella una mujercita, reprehendió a los sabios ciudadanos porque señalaban tiempo a las obras del Señor [38] habiendo ellos ordenado que esperasen cinco días el cerco de su ciudad, antes de los cuales, por modo maravilloso, su ciudad se descercó. Y cierto es que las pasas y agua son de poca substancia, y no es manjar suficiente a pasar todo el camino; por lo cual algunas veces pan y vino ha de tomar, porque esto le es mejor y aquello lo más continuo. Porque con lo primero responde el hombre al consejo de San Pablo, *probándose a sí mismo*, porque después de probado pueda comer de aquel pan [39]. Este pan está cierto que no es lo que el Evangelio dice que el hombre no vive de sólo ello [40], más antes éste es pan mostrado en toda palabra que procede de la boca de Dios, y todo el hombre vive de él, pues tiene doble substancia para dar mantenimiento a todo el hombre. Sé que este pan de trigo es sembrado y mortificado, y Dios es el labrador, que el Padre, agrícola es [41]; y el trigo, substancia es del labrador, y el labrador y su substancia es un solo y puro espíritu, y el Espíritu Santo es agricultor que ha sembrado aqueste trigo; el cual, cayendo en la

[38] Iudith 8, 13.
[39] I Cor. 11, 28.
[40] Matth. 4, 4; Luc. 4, 4.
[41] Ioan. 15, 1.

tierra virginal, tomó la substancia que no tenía y a la que tenía la juntó, y así, con substancia ya doblada, puede solo aqueste pan dar la vida a todo el hombre, y sustentarle todo en la vida temporal, y a todo darle la eterna; pues la vida está en sólo él y él mismo es la vida eterna.

Así que este caminante, aunque lleva pasas y agua, éstas son para probarse y comer de aqueste pan de trigo, sembrado en el campo nazareno en la tierra virginal; trigo nascido en Belén, casa abundante de pan, al frío mortificado con pobreza y humildad; trigo mil veces regado con la leche celestial; trigo muy multiplicado y granado en más inmensas virtudes que se puede cogitar; trigo harto sazonado en perfición de su edad; marcescido y asoleado, desecado con crueldad; con su sangre rociado para poderse segar; trigo en el huerto segado y aun arrancado de raíz por las barbas y cabellos, con sangre se ha de llorar; llevado al rastrojo en la presencia de Anás, ligado en la cárcel de Caifás, repasado a Herodes, maltratado sin compás; trigo en la era de la columna trillado con cinco mil azotes y aun con cuatrocientos más, envuelto en las espinas de su cruel coronación; trigo repasado o vuelto en la era al *Ecce homo* de Pilatos, abominable sayón; a voz común desechado, trocado por un ladrón; trigo en su costal lanzado en su propia vestidura para cargarle en la cruz de nuestra reparación; trigo a los pies de su dueño—nuestra Madre—derramado cuando con ella cayó yendo con grande afición; trigo cogido a almozadas y puñados sin haberle compasión; trigo con grande ímpetu llevado al molino del Calvario, lugar de gran confusión; trigo maquilado en renovación de llagas en su última expoliación; trigo ayuntado en la tolva de la tierra sobre el harnal de desmedida afición; trigo medio molido entre dos piedras—sean el madero y los clavos de dolorosa tensión—; trigo últimamente molido entre dos piedras más duras; la primera sea su Madre, más que muerta sin morir, y en su presencia; la superior sea la sentencia del Padre contra él por nuestra ocasión.

Item, harina cernida con el cedazo de mi ventilable vida, meneando el cuerpo temblando al levantar de la cruz; harina amasada con el licor de su sangre y la sal de nuestro amor; masa leudada en el aire entre tanto disfavor; pan cocido entre las flamas de muy encendido fuego de su inmensa caridad; pan mejorado con el hierro de la lanza para más nos animar; pan sacado en el tablero de los brazos maternales; pan por mil partes partido sin haber donde parar; pan reposado en el sepulcro triduano para se nos sazonar; pan para los pobres guardado en el seno paternal; pan para siempre alabado de

jerarquía angelical, pues que es pan angélico; pan al cual somos por él convidados en la casa de su Iglesia a la mesa del altar; pan que descendió del cielo para, en prenda de sí mismo, quererse comunicar; pan nuestro cotidiano, que él nos manda demandar, que a sus grandes comedores pone deleitable hambre con consolable hartura que nunca se ha de acabar; pan que partido en mil partes, la una sola a todas juntas se puede bien comparar; pan que no se disminuye sin haber en qué dudar; pan que es vida de los vivos que procuran descansar; pan que, matando la muerte, quita la muerte a los muertos; pan que no sabe faltar; pan que, partiéndolo Cristo, nos mostró en ello su cuerpo para todo se nos dar

¿Veis cuán bueno es este pan y que sin él no puede el hombre vivir? Ni es posible sustentarse ni poderse hombre valer, porque es *ádipe de trigo*, del cual nos convida a ser hartos por podernos sustentar. Pues el vino que se ha de beber con él ha de ser de vid verdadera, y Cristo es; sus sarmientos dice él que son sus discípulos [42], y los racimos de aquéllos diremos ser sus doctrinas y sus historias y Epístolas, y las uvas del racimo, cada palabra por sí, del cual hemos de tomar no más de las bien maduras, más apacibles al gusto, esto es, aquellas que dan más satisfacción. Y estas uvas aun tienen más suave gusto si se toman del racimo que se dice en los Cantares; el cual, puesto en el lagar del pecho, y desgranado con las manos del entendimiento, y apremiado con la viga de la pronta y reposada voluntad, da de buena gana el mosto, el cual, pasado por el coladero de la aficionada razón, y reposado y cocido en la tinaja de la memoria, y puesto en el vaso y cáliz del corazón, hace buen gusto, dado con el pan de trigo en nuestra sustentación. Sé que el vino de las uvas excede a todos los vinos, mayormente si son de cepa criada con perfecta agricultura, porque el sarmiento que planta el buen labrador, cuando se dice estar preso, no se acostumbra a decir que la tierra le tomó, mas que él tomó bien la tierra: y el que se dice verdadera vid, dice que es su Padre labrador, el cual le plantó en la tierra virginal, y él no se convirtió en ella, mas levantó a sí nuestra humanidad.

Item, cuando el pámpano produce, cúbrenle con chicos ramos, y queda al sol y al sereno; y en pobres paños envolvió la Virgen nuestro sarmiento y del aire frío gozó. Item, le cortan alguna parte del sarmiento que nació porque fructifique más, y esto fué en nuestro sarmiento pues-

---

[42] Ioan. 15, 5.

to en la circuncisión; y excavan la tierra, porque se ahonden las raíces, y déjanle descubierto; y esto con murmuraciones, asechanzas, lástimas y detracciones fué hecho en nuestro sarmiento en el tiempo que cresció como escarnio de los hombres y menosprecio del pueblo.

Item, tórnanle a cavar, y cércanle con la tierra, y pónenle un arrimo a que se sustente, y éste la columna fué, y el cerco fueron sayones, y su sangre le cubrió. Y pódanle los sarmientos cuando nadie le quedó que consolarle quisiese, y podado, dobla y sobredobla el fruto; y así, este nuestro sarmiento es cepa verdadera, cuyo vino muy cordial letifica el corazón compasivo, y es nuestro sustentamiento con el verdadero pan, y nos hace sustentar los trabajos de ésta tan prolija posta.—Susténtenos la benignidad de Dios con los méritos de Cristo.

CAPITULO XVIII

Que el domingo de la semana primera toca algunas autoridades de la sagrada Escritura

Es el domingo por sí después de todos seis días de la criación. Y en esta aniquilación, aun lo criado se descría, procurando de entender que el hombre es polvo y ceniza, y que el mundo y su figura y el hombre que en él confía sea estimado en casi nada; no porque deje de ser, mas porque conozca de dónde tiene el ser con la consideración de estos cuerpos que parescen poco y paran en ser casi nada. Mas como en día festival, se dé descanso y de comer a este asnillo en señal de recreación, porque quien en bestia camina necesario es que le dé paja y cebada; y estos cuerpos, bestias son las veces que a Dios ofenden, y aun las ánimas lo son si viven desenfrenadas y se pierden en el campo del desenfrenado uso de su libertad, y ternán comparación con las asnas de su padre de Saúl, buscadas con diligencia del que fué ungido por rey y rescibió cetro real y era legítimo hijo de su dueño de las asnas. Y aquesto quédese aquí, porque para lo entender converná que sea leído y entendido el capítulo nono del primero libro de los Reyes. Basta que es vuelto como jumento el hombre que ofende a Dios, y cuanto hay sobre la tierra es para él paja y cebada no cogida con sazón, antes convertida en heno, y no en heno sazonado, mas

como el heno o la yerba que nace por los tejados [43], que antes se seca que crezca en su perfición.

Sé que cuanto hay en la tierra es tres maneras de heno: uno, que en naciendo se consume, y deseca, y desaparece; otro, que alcanza a echar flor, y en un punto se marcesce y cae de su misma rama; otro, que llega a espigar y no alcanza a tener grano. Entre niños y mancebos es esta comparación, tomando también los viejos y cuanto la tierra cría, porque todo lo que tiene lo presenta a aquestos cuerpos en una de tres maneras, que me satisfacen poco si se me cuentan a mí. Porque o dió lo que para dar tenía en tiempo antes que yo fuese, y poco me aprovechó, o lo da cuando yo soy y presto me dejará o yo a ello le faltaré, o darlo ha después de yo ido, y otro lo verná a gozar, también por tiempo tasado. Por modo que como heno es cogido sin sazón lo que la tierra nos da; y cosa es muy justa que de aqueste heno tal no quieren henchir su mano los que siegan, ni su seno los que sus manojos cogen [44].

Los que cogen sus manojos son los que, buscando a sí mismos, hallan consigo a su Dios, y juntan los bienes que Dios les dió, y guárdanlos en su seno, y retiénenlos en sí, gozando de ellos como suyos y conocen cuyos son; y hacen otros manojos de todas sus poquedades, y conócenlas por suyas y procuran de pasar sin hacer haces de heno más que lo que han menester, procurando de tasar lo que les es necesario.

Los que *meten* son los que juntan sus deseos, afición y pensamientos, y procuran, como a corderos, meterlos a apascentar en lo interior del desierto, junto con los tabernáculos de los pastores [45]; ni aquéstos hinchen su mano de heno ni curan de flor de heno, y lo interior del desierto es entrarse en sí y en Dios.

Sé que desierto es el recogimiento, y de pocos habitado; y los pastores, los santos y sus doctrinas, y tabernáculo es el espíritu de la oración, donde se han de apacentar los cabritos, que son los agudos actos del bien libre entendimiento, y con ellos los corderos, que son actos de quieta voluntad y de la viva afición. Sé que el tabernáculo es la casa o cabaña donde reposa el pastor, huelga y duerme algunos ratos, y toma su refección, sus migas de pan con agua, y su gordura de sebo, pan de vida, agua de lágrimas, grosura de devoción; y cerca de esta cabaña de quieta contemplación, comúnmente hay yerbas frescas y florecitas, que huelen en muy diversas

[43] Ps. 128, 6.
[44] Ps. 128, 7.
[45] Cant. 1, 7.

maneras: son gustos de devoción; y estas florecitas tales están muy poco pisadas, porque pocos dan en ellas; y el que las busca, las topa y dalas a sus corderos, cabritos, y engruésalos, de manera que nunca se olvida de ellas.

Y así, el caminante sabe que todo es manjar para este asnillo que lleva, o sea mulo o ruin rocín, según tiene la obediencia doméstica al caballero, pues porque lo lleve bien se le da, con cuanto tiene, la tierra, el aire, y el mar para su sustentamiento; y al ánima, sólo su Dios en lo interior del desierto, que es en la pronta oración, porque ella es hija del rey, y el rey es toda su gloria, y está cierto que toda la gloria de aquésta está en el interior desierto. Esto es estarse dentro de sí, desierta de las criaturas, y sin querer de ellas más de lo que dejar no puede; y aunque siente tocamientos de su astrosa conversación, no consienten sus deseos ni tampoco su aficionada razón, y así pasa libre de ellas aunque conversa con ellas. Y como fimbrias o trepas y sayas o bordaduras de ropas, las trae alrededor de los pies; pero aun son fimbrias doradas [46], porque de ellas pasa a sí misma, y de sí misma a su Dios, que de balde se le dió, cercado de tanta diversidad de variedades cuanta diversidad de ocasiones tiene en todas las criaturas para alabar a su Dios.

Así que toda la gloria de aquesta doncella real, hija del celestial rey, es el escondido encerramiento del ánima en sí misma, pues dentro en sí tiene a Dios.

Y no dejando el propósito del descanso que en este día festival se da a estos asnillos sardescos de estos nuestros corpezuelos o corpazo acemilar, se debe aquí preguntar: ¿Quién es aquel que no entiende que el jumento de este mi cuerpo, en quien mi ánima pasa esta prolija posta, participa con tres linajes de bestias y él mismo se prescia de ello? Claro se muestra a quien mirarlo quisiere que al tiempo del trabajar quiere parescer asnillo, y al comer, mulo o acémila, y en el pompearse, caballo. Y no basta al que ha de pasar esta posta tan larga y tan no sabida que provea el mantenimiento que es ya visto estar proveído, mas también ha menester (so pena de caminar con peligro y gran trabajo) proveerse de freno y silla y lo que al camino descansado está visto que conviene. Y provéase en siete días, repartidos en la segunda semana. El lunes se provea el freno. El martes, dos riendas. El miércoles, una silla. El jueves, dos corazas: una que sea guardapolvo. y otra es coraza interior y es retoba levadiza. que, siendo la silla buena, si es silla para caballo, la ha por fuerza de tener. El viernes, dos acciones. El sábado,

---

[46] Ps. 44, 14.

dos estribos. El domingo, dos espuelas; y estará todo proveído y conoscerá virtudes el que quiere destruir vicios. Y así, esta segunda semana se coapta con la primera, pues todo es en el entero propósito de nuestra aniquilación; pues que el mostrarnos quién somos, y cuáles vicios nos sobran, y qué virtudes queremos, todo va por esta posta; y todo nos lleve a Dios por su gran misericordia.

CAPITULO XIX

Que el lunes de la semana segunda muestra cinco condiciones en la guarda de la lengua

Está muy claro que el freno muestra guarda de la lengua, la cual en este camino y modo de caminar saben bien los caminantes expertos que estorba mucho el pasar y que no les sería daño poder caminar sin ella. Porque el faltarle a Zacarías antes que San Juan nasciese, pudo ser y fué partido para con más libertad glorificar a su Dios después que San Juan nasció [47].

Y así, el ánima que está esperando que nazca en ella San Juan por gracia de devoción, ser muda le es necesario, porque después de nascido pueda—ordenándolo Dios—magnificarle, porque visitó su pueblo, que es el ánima y sus cosas, y hizo la redención de ella, que a perescer iba.

En cinco cosas se dijo que se ha de guardar la lengua: la primera, en nunca hablar palabra que no sea entera verdad, porque media verdad es cuando el que es de algo preguntado responde en su intención con verdad, y en [la] del que le pregunta, con disimulación, sin que pronuncie mentira; y aunque esto no sea en el común culpa, no lo dejará de ser en ánima particular que quiere hilar delgado para esperar con pureza visitaciones de Dios. Y San Gregorio, en los *Morales*, dice: «Las mentiras fundadas con caridad, por hacer bien a otro alguno, ellas se traen el remedio de su culpa y la deshacen; entendiendo simplemente de mentiras livianas sin afirmación ni fuerza de juramento». Pero al ánima que va a la contemplación, le serán muy culpables, cuanto quiera que sean mentiras livianas, o sean graciosas, o ociosas,

[47] Luc. 1, 20 ss.

sin daño particular de prójimo y sin algún propio provecho del que la mentira dice; porque la ánima contemplativa ha de andar purificada, y la palabra no cierta no hace buen atavío en la ánima que va a Dios. Y yo me acuerdo haber visto una carta que escribió una persona la más espiritual que agora es conocida en la tierra, y dice: Ya sabéis que no os tengo de mentir, ni en este deudo se puede sufrir mentira, ni Dios me la deje decir ni aun hablando con el Turco.—Y esto mismo debría decir cualquiera ánima que quiere estar sobre aviso y limpia delante su alimpiador.

Lo segundo de que la lengua se ha de guardar es de las palabras no limpias, y éstas no hay alguna condición que las excuse, sino que siempre son muy dañosas y malas, y, por tanto, son culpables, ni tienen remedio alguno para poderse soldar, y siempre son mal habladas.

Lo tercero y abominable en la lengua del fraile que desea ser recogido es palabra ni palabrita que toque en murmuración de ninguno y que nunca hable en otro sin decir de él algún bien. Porque consejo es de San Gregorio en los *Morales* que cuando de alguno hablamos o oímos algunas cosas culpables, pongamos los ojos en algunos bienes de aquél; los cuales, si del todo son ningunos, ocurramos luego a los juicios de Dios, que puede mudar a aquél y darle los mismos bienes que a mí me ha dado de balde, y aquél me podrá en los mismos bienes llegar y írseme adelante, y da ejemplo San Gregorio en el Apóstol y en Judas. Así que las palabras detractivas en todos son muy culpables, mas en el ánima que a Dios contemplando busca, le serán adulterinas, malignas y abominables.

La cuarta, quien quiere preciarse de hilar aun más delgado, es cortar todas palabras ociosas, de las cuales se dice que ha de dar cuenta cada uno el día del juicio. Y si esto se dice a los mozos de soldada, ¿los hijos qué han de entender? Los cuales han de andar con más polido atavío.

Lo quinto, que sea subtileza más en los más aprovechados, es no hablar lo que no aprovecha; que así lo escribe Isaías—capítulo nono—amonestando virtudes. Hase, empero, de notar que algunas veces acaesce no ser palabras perdidas, mas de algún merescimiento, las que suenan ser sin provecho y ociosas, si son para consolar alguno que lo ha mucho menester o para disimular lo que conviene asconder; que alguno habrá o algunos que algunas veces se ríen con gran deseo de llorar; y con este freno tal va segura la jornada, porque la asegura Dios con su infinita bondad.

CAPITULO XX

QUE EL MARTES SEGUNDO TRATA DE LA CARIDAD Y AMOR QUE DIOS VIVO CRÍA EN EL ÁNIMA Y PASA EN EL PRÓJIMO

Cierto está que el que camina la posta en desenfrenada bestia como esta que llevo yo no debría ir sin buenas riendas, pues no ha de pasar sin freno. Las riendas son dos; y con un ñudo, ambas se juntan en una, y en una mano se llevan y guían a sólo un camino, y así siguen sólo un fin.

Riendas en nuestro propósito son *amor* y *caridad*, y la caridad y amor, una misma cosa son, y con un ñudo se juntan y en sola una mano van; el ñudo es el afición; la mano, la intención derecha, y por un camino guían, que es, pasado el hombre por sí mismo, no parar hasta su Dios, que es caridad increada, que aquéste es sólo su fin, que no se le ha de acabar; porque caridad en Dios es aquese mismo Dios, y así Dios es caridad [48], y así permanesce en Dios el que tiene caridad creada, y la caridad en Dios, y Dios y el amor de Dios, esa misma cosa es; y así está Dios donde hay caridad y amor, que no puede apartarse ni aun en la meditación, pues que es una sola substancia esencial.

Cierto está que la gran bondad de Dios es causa que se ame Dios a sí mismo y que le ame cuanto crió; pero si se dice causa, siéntase que no es causa antecedente en Dios, pues que nunca antevino, mas que su infinidad demanda infinito amor, y el amor infinito requiere inmenso conoscimiento, y aquestas inmensidades es sola una inmensidad que requiere en sí infinita potencia para efectuar esto que en sí conosce infinitamente y quiere en sí infinitamente amar. Y aqueste querer [con] que Dios vivo quiere amarse, porque es causa su bondad, siente el ánima en quieta contemplación, que es la caridad de Dios en Dios; y el efecto del querer Dios amar, siente que es amor de Dios en Dios; y así dice la tal ánima que el amado y el amor y el amador en Dios que se es una cosa misma purísima, y no son más; y que la causa y el efecto, que sea en un mismo tiempo sin tiempo, pues que al efecto no le antevino la causa, ni a la causa le sucedió

48 Ioan. 4, 16.

el efecto; y la caridad que se conosce y se requiere en los hombres no es suya, que escrito está que Cristo la da graciosa y salutíferamente; mas que cuando Dios inmenso la infunde en los corazones por su gran benignidad, que los enciende con ella, porque es encendido fuego vivo, y que de este encendimiento—o dígase inflamación—saltan tan vivas centellas, que se encienden donde dan, y si dan en el desnudo, siéntense en el corazón del fuego que de él destella, y así lo desea vestir como si a sí mismo fuese, porque lo añuda en sí mismo el ñudo de las dos riendas, que el que posee el amor ya tiene la caridad, ni la caridad terná sino con el mismo amor, pues que una cosa son, añudada en solo un ñudo, y juntas en una rienda que guía sin poder faltar.

Así es que cuando el que posee a Dios ve al prójimo atribulado, que aquella tribulación siente en sí, y así se le compadece como si realmente la poseyese sólo él, y siente en el prójimo y en su dulce Jesucristo lo que sentiría en sí mismo, porque el fuego que enciende Cristo en sus entrañas es el que envía las centellas en el prójimo apremiado, y con el fuego del amor de Cristo siente en sí cuando tocan las centellas del fuego que encendió Cristo, y el amor de Cristo y la caridad de Cristo hacen que aquello sienta el hombre en sí mismo [49], en su misma carne, que es la carne de su prójimo. Así que con el ñudo de estas dos riendas se añuda en un corazón el prójimo y Jesucristo, que esta caridad y amor en Cristo y de Jesucristo una misma cosa son; y si a esto sirven las riendas, muy derecho va el camino. Si el ánima lleva en la mano este ñudo y se guía con estas riendas, no tropezará o temerá la furia de la bestia acemilar en que va, ni al mundo ni al demonio. Al demonio y al mundo bien los puede escarnecer y dejarse olvidar de ellos, mas de este asnillo en que va, siempre ha de estar sobre aviso y a recaudo, ni se debe de él confiar aunque le parezca a veces que anda ya bien enfrenado. Y para que estas riendas y su ñudo puedan andar en el ánima es menester que sus venas estén muy llenas de Dios, pues que es caridad y amor; y para que las venas del ánima anden llenas conviene que las del cuerpo ni tengan de dentro sangre ni se junten con su carne aun a la parte de fuera; ¿entendéis aquesto bien? Evacuad la afición de todo amor demasiado aunque pueda ser honesto y la comunicación de toda familiaridad que pueda ser excusada, puesto que parezca buena, y veréis qué os hallaréis; sintiendo que en este intento por venas del ánima se en-

[49] Phil. 2, 7.

tienda la afición y los deseos, y por venas del cuerpo, la concupiscencia y sensualidad.

¡Oh si tuviese Dios por bien de volverme en amargura cuanta amarga dulcedumbre tiene el mundo para dar, y en tristísima tristeza todas sus consolaciones! Luego, yo conoscería cuanto desea conocer esta flaca, y delicada, y enferma posibilidad. Mas poderoso es mi Dios, y bien ve el desamparo de este esclavo fugitivo, que así comunica a sus hermanos aquesto como a él se lo quiso dar, sin algún merescimiento, la benignidad de Dios, que es quien da bienes de balde y tiene de sus tesoros llenos los cielos y tierra, sin quitar nada de sí.

Diólo en más breve instante que abrir y cerrar el ojo, y dió en el entendimiento una cruz, que dende el pie hasta el brazo da siete repartimientos a siete días feriales, y dende el pie al brazo iban ciertas líneas interpuestas; de manera que más de aquella vez que un papel se señalaron, de presto no se pudieron en otro papel sacar, y aquél vivió algunos años aunque era un papel muy viejo. Y en el brazo de esta cruz había en cada parte un triángulo, y en cada ángulo, una letra; y el ánima entendió luego que las letras del uno le mostraban tres cosas que Dios le dió, conviene a saber: a sí mismo con su cuerpo, y a todas las cosas criadas, y a sí mismo con toda su gran bondad. Y en las otras tres letras entendió que ella debía a él otras tres, conviene a saber: gratificación, satisfación y dilección o amor, que es todo uno. La letra primera es una M, en la cual se entiende que me dió mi Dios a mí mismo con mi natural razón para que me consciese, y de esta letra ha salido en esta aniquilación todo lo que aquí se ha dicho, y más y mucho más que se deja de decir, y cada vez que se busca se halla de nuevo más. Y las otras cinco letras, todas quedan con su todo; ni pienso que hay suficiencia en el tiempo, aunque se alargue el destierro, para darles conclusión, mayormente que por la gran bondad de Dios ya es más necesario en ellas ensanchar la voluntad que alargar entendimiento. Y porque se han de callar los bienes que hace Dios tan de balde, ni lo sé ni aun sé si querría saberlo; mas el que los tiene, los posea por cuyos son con confusión, temor y habiendo de sí vergüenza, si se conosce quién es en esta aniquilación con gran verdad reputada. ¿Y qué sabe el que posee si el que con clemencia se lo dió sin merescerlo se lo quitará con justicia, pues no lo meresce? Ni se le puede negar la vergüenza y el temor, pues no sabe el querer de su señor, ni puede gozar de sí por sí, ni puede tener en menos a los que menos que él tienen, pues podrán venir a más y él también volver a menos, pues otro es el regidor que lo

ordena como quiere, cuando quiere y porque quiere, según su inmensa presencia o sabiduría infinita, en su predestinación.

Y tiene predestinados a la salvación eterna dende antes que criase el mundo a aquellos que él escogió y quiso que salvos fuesen [50], sabiendo su sabiduría infinita cuántos se habían de salvar y por cuáles buenas obras, en los méritos de Cristo antes vistos, de manera que todos los que se salvan son escogidos de Dios, y todos los condenados son reprobados de Cristo y son desechados de él; y los unos y los otros son conoscidos por Dios y tenidos por quién y por cuáles son; y por tales son los unos desechados, y los otros elegidos; los escogidos se salvan por lo que obró en ellos Dios, y a quien corresponden con todas sus fuerzas ellos, y los otros se condenan por su ingratitud y maldad, con la cual no corresponden ni consienten lo que les inspira Dios, el cual *ab aeterno* sabe y conosce la obediencia de éstos y la apostasía de aquéllos, con la cual sabiduría escoge los unos y menosprecia a los otros con rectísima justicia.

¿Queréis un ejemplo de esto? Pongamos que un ollero muy rico hace hacer once vasos de un tamaño y una forma, y cocidos en un horno, y todos de un mismo barro; y puestos en perfición dice que tomen aquellos seis, y sea aquél y aquél, y manda que aquéllos se vendan, y así salen de su casa. Y en los cinco que le quedan echa en el uno perlas, en otro piezas de oro, en otro reales de plata, en otro cuartos y ardites, y en otro otra más baja moneda. Agora aquí se ofrecen dos cosas que preguntar: la una, pues los vasos no tenían más unos que otros, ¿porqué permitió que los seis saliesen de su casa señalando aquél y aquél, pues eran como los otros? La respuesta es: porque eran suyos y halló en ellos ingratitud, y, por tanto, los permitió echar de casa. ¿Pues por qué en aquéllos más que en los otros, pues eran todos parejos? Porque quisieron ellos ser ingratos. Pues pregunto: ¿Qué es la causa de este querer que aquéllos fuesen, y no otros? Pudo y quiso porque quiso y ellos lo habían de merescer, y antes que fuesen hechos, fueron conoscidos de aquel a quien todo le es presente *ab aeterno*, o dende siempre.

Empero, la causa por que echó ardites en el uno, y en el otro perlas y oro, y hizo a éste valer muy gran precio más que al otro por lo mucho y muy precioso que quiso poner en él, fué su santa voluntad; mas si los manda vaciar, quedarse han parejos en el valor, todos llenos de nada, que es lo que tienen de suyo, pues todo aquello es

---

[50] Rom. 8, 29.

ajeno, ni saben si lo querrá quitar quien queriendo, cuando quiso y porque quiso, se lo dió. Donde es de notar con entrañas regaladas que nuestro Dios y Señor, cuantos crió, quiere amparar; y a los muy crueles y detestables infieles rescibe, si se quieren volver a él, y a nadie echa de su casa.

Todas las ánimas cría en igual perfición cuanto al puro ser del ánima, dejado aparte el aumento de las gracias que en los vasos que le place, en las ánimas que él quiere, cuando quiere y como quiere aumenta cuantos bienes a él le place de querer; sin agravio de los otros a quien no enriquece tanto, mas no los echa de sí, sino ellos, por juicio oculto a los hombres, merescen ser desechados, y son apóstatas de él, y rescíbelos si vuelven. ¿Veis aquesta conclusión? Notad bien la libertad y la gran bondad de Dios. Los ángeles le den gloria.

La pregunta segunda es si se vanaglorian los que quedan en casa burlando de los que lanzaron fuera, y los que tienen el oro y perlas, de los que tienen más baja moneda. ¿Qué saben si trocarán con los que tienen lo menos, o si querrá cuyos son rescatar los que quiso que vendiesen y echar en ellos lo que había echado en los otros, y que los que estaban ricos se queden en su natural pobreza? ¿Entendéis esto? Pues entendedlo mejor, y mirad que es más riquísimo ollero el que nos hizo de barro, y el barro, de nada lo crió; los vasos, los hombres somos, que cuanto al ser naturales, todos corremos parejo; los seis echados de casa, todos los infieles son, que son más que los fieles, como son más seis que cinco, en mayor comparación. Los cinco somos los fieles, con cinco llagas comprados, y todos somos parejos, y Dios escoge a quien quiere, y en él pone las virtudes que le place, y no sabemos si lo ha puesto para siempre o si lo hemos de dejar, porque algunos hemos visto ataviados encima de sus caballos y venir a dos muletas y a no tener qué comer; y otros en lo extremo de la pobreza, hemos conoscido dar vuelta en ser muy ricos, y aun en riqueza espiritual se entienda, y de riqueza, a pobreza. ¿Veis aquesto? Pues teman los que tienen más, y vayan con más temor, si se conoscen a sí y si no ignoran a Dios; y él nos quiera por su clemencia amparar.

Aquí nasce otra pregunta a este propósito mismo. ¿Cómo podrá el que se desea humillar y se ve favorescido de la largueza de Dios reputarse por más miserable y vil que el que ve que vive mal, envuelto en muchos y aun detestables y muy públicas maldades? Llamándoos favorescido de la largueza de Dios, os mostráis ser satisfecho.

Mas porque entendáis esa pregunta mejor, y es digna

de ser sabida, notad un dicho de San Gregorio en los *Morales*, que dice así: «El que desea ser humilde, no se ha de contentar con las virtudes que tiene, pues aquéllas las ha dado Dios de balde, mas cuál estaría sin ellas, o cuál estaba antes que las rescibiese, o cuál era en su engendramiento cuando ningún bien tenía sino culpa original». De esta arte y manera me parece a mí que debe considerar al otro que vive mal, y verá que son iguales en lo puro natural; y que la ventaja que hay es porque el padre de las compañas, cuando salió a sembrar buena simiente [51], en su campo la sembró, y un mismo campo y tierra es este y aquel corazón; mas el enemigo del hombre sembró cizaña en aquél y no osó llegar a aquéste, porque así lo quiso Dios; y si yo respondí más al llamamiento de Dios es por su inmensa bondad.

No solamente debo a Dios los bienes que a mí me ha hecho, mas soy deudor de las veces tan muchas que me guardó para que no cometiese esto que cometió aquél y todos los males que más se pueden pensar, y debo tener temor que no sé qué será, si trocaré con aquél y si verné a ser más malo y él mucho mejor que yo. Y si queréis decir que ya no podréis trocar, porque él muere por justicia y así acaban sus maldades, es porque el señor de las mieses ha enviado sus operarios, que son miembros de justicia, a que arranquen la cizaña, porque quede limpio el pan, y así la hacen manojos y la lanzan en el fuego, o la ponen en la horca, o la asaetean en un palo, y quedáis más limpio vos de la compañía de la cizaña, que no había querido nuestro Padre que arrancasen porque pudiese enmendarse y porque su compañía os causase bien a todos los que él guardó. Y así, sólo él es la gloria de los bienes que en vos tiene, y a vos sólo es temerosa confusión, pues al puro natural sois otro tal como aquél, y quien más ha rescebido, guárdelo con más temor, y con ello se abaje y esté abatido, como quien tiene más carga de la que puede sufrir, que le hace abajar la cerviz; y entre lo muy más delgado de lo que ya queda dicho y lo que se ha de decir está un muy fuerte adarve, no menos ancho que luengo, fundado sobre la sangre del Cordero de Dios, Cristo, y habéisle de penetrar para pasar adelante; y menos diferencia hay entre el cordel y los hilos de la tela del araña que entre lo delgado de aquesto que queda dicho y lo que no es más delgado de aquello que se podrá, ayudado de Dios, decir.

Porque no hay controversia que al ánima pueda impedir el camino de su Dios; porque el efecto de las po-

[51] Matth. 13, 24 ss.

tencias del ánima la lleve donde se va, y cuando quiera que en Dios piensa, o de él se acuerda, o allegarse a él desea con afición, ya está con su Dios y en él, y esto cuantas veces quiere y aunque esté conpremido, aprisionado o en cualquier tribulación. ¿Queréislo a la clara entender? Mirad que aunque estéis encerrado en una torre cuan alta y ancha la quisiéredes imaginar, no tenéis impedimento de acordaros y pensar donde tuviéredes por bien, porque vuestro entendimiento, y memoria, y voluntad no se estorban con paredes, antes penetran acero, y los cielos, y la tierra, y donde quieren se van, y son potencias del ánima que donde se van la llevan y donde se quiere está, pues que más se dice estar donde habita por contemplación que donde anima por creación. Sea Cristo nuestro amparo.

CAPITULO XXI

Que muestra el miércoles segundo que la oración debe ser con reposo frecuentada

Cosa es clara que la bestia, que para caminar ha de llevar freno y riendas, que no ha de pasar sin silla, porque el que camina en ella por jornada tan desierta pase con menor trabajo.

El ánima es caminante, y jumento es esta bestia de mi carne, y freno requiere y riendas, y no conviene osarla llevar sin silla; y la silla con su nombre muestra su significado. La silla es para sentar y asentar; y no basta estar sentado, sino estar asentado; y otro segundo romance tiene esta dición, que es estar *posado*, y no basta estar posado, sino que esté *reposado*. En nuestro propósito, es la silla el reposo en la oración, y en esta silla se posa y toma reposo el ánima que es desposada con Cristo, su dulce esposo, así como desposada quietísima y reposada, la cual oye de su esposo aquella palabra dulce: *Asiéntate a la mi diestra* [52]; porque a la diestra está asentada la ánima que está en presencia de Dios, y así como no es posible que el ánima que está quieta en la oración no esté en presencia de Dios, así es imposible estar sentado con Dios y no estar siempre en la diestra, pues que la siniestra falta a quien se reposa en Dios.

[52] Ps. 109, 1.

Ni es cosa que puede ser que el ánima que se asienta a la diestra de Dios deje de tener a todos sus enemigos por asiento de sus pies, porque el ánima que como en torre de Sión tiene en sí su alcaide Cristo, el cual envía las virtudes como vara de virtud para que sus enemigos sean todos amedrentados, hace que se enseñoree en medio de todos ellos aunque los viese a su lado, pues es Cristo defensor, y sabe que está con ella y en ella si está quieta, asentada, posada y reposada en la oración.

Y yo oí a un fraile deseoso de llegarse a la oración que alguna vez, y aun veces, le acontesció estar en algún lugar, algún espacio a la larga, que le causaba temor; y decía dentro de sí: Si viniese aquí a mi presencia en este punto todo el principado infernal, no solamente no le ternía algún temor en esta hora, mas aun querría que aquí paresciesen por escupir en sus caras. Y que como esto decía su corazón, así lo deseaba su ánima, y así no temía donde no había razón de tener temor. Y el asiento reposado en esta preciosa silla aficiona al que porfía estar sentado a no osarse levantar por no perder el asiento.

Y yo supe de uno que porfiando comenzó, y le acontesció en un año hartas veces, reposar en la oración hasta tres horas y más, sin sentir en todas ellas no solamente quilate de devoción, mas aun pasarlas todas en fatigosa porfía contra su sensualidad, y que de cuando en cuando, algún rato se ofrescía que soldaba lo pasado y por venir. Y así se crió dos años y algo más, y agora por un solo momento no querría estar de esta silla levantado, según se extiende a dar la larga mano de nuestro muy dulce Dios; y dice que algunos años no quería de su trabajo ni pedía otro galardón sino que Dios se quisiese servir de consentir estar allí en su presencia, porque viéndole, muchas veces se compadeciese de él mirando su desamparo, y que allí le sucedió que no tiene menos lástima de los que no hacen esto que mancilla del tiempo que a él se le pasó sin procurar de saberlo.

Débese aquí preguntar si a los que agora comienzan si puestos en esta silla, se requiere algún aviso o cautela; donde se ha de responder: que aun a los aprovechados les es mucho menester saber que en este asiento se hallan tres maneras de oración. La una es de la sensualidad propia despertada, la otra es de los demonios incitada, la otra es de sólo Dios inspirada; y cada cual se conosce en su vestigio y librea.

La primera, luego se quiere sentar, mas no quiere asentarse; pósase, mas no sabe reposar; antes o lo carga el bazo, o ha menester echarse sobre los brazos por no poderse dormir, o le vaguea la cabeza y no se osa levantar.

o se arrima por no fatigar los miembros, y está esperando a que suene la señal del fin de la oración. El castigo de aquesto es constreñirse a estar en pie o de rodillas hasta que el ánima se repose, pues que está asentado el cuerpo, y estando ella reposada, estése él como mejor le estuviere, que como quiera está bien.

La oración segunda es incitada del demonio; porque acaece algunas veces, puesto el fraile en la oración, sobre un pensamiento bueno ofrecerse otros diez, uno bueno, otro mejor; y ándase de uno a otro, saltando como urraca que no sabe pararse con la memoria, mandar con el entendimiento ni quietar la voluntad; mas salta, y no tiene paso, y está asentado, y no tiene asiento, o posado, y sin reposo. El remedio de esto está en dejar los pensamientos no solamente que sobrevinieron, mas también el que él tomó, y negar todo el pensar y quietarse dentro en sí, diciendo: Sé que está aquí mi Dios y que estoy en su presencia, y que está más dentro en mi mismo corazón que yo mismo dentro en mí. Pues quiérome yo entrar con él y ocuparme en sólo verle; mostrando no osar hablar con el pensamiento, porque me derramé con el entendimiento en pensamientos diversos, cuando yo pudiera estar en su presencia en quietud.—Y si le preguntare su misma cogitación: ¿Qué quieres? ¿Por qué no hablas? Diga: No quiero sino mirar, y yo no os pregunto nada. En aquesta tal quietud, no solamente hay remedio del defecto antenotado, mas atiende perfición.

La oración tercera, enteramente es de Dios, y por suya se conosce; y es del todo, desde luego, santa y buena, y trae consigo su asiento y reposo, y quiétase luego en Dios; no discurre a lo diverso, quiere una cosa y no más, pues que no es más necesario. Y aquí nada hay que enmendar ni qué decir; mas pienso que habrá tanto que sentir, que no se sabrá desear quede a los ejercitados, y Dios me lo dé a gustar, y aun a todos los que viven, pues vivir sin Dios es burla, para lo cual es menester siempre aviso.

Y si el caballo o bestia en que camina nuestra ánima, que es aqueste nuestro cuerpo, aun tiene maneras de mulo y se retrae de la silla de la oración, o si se aparta del caballero, para entonces son las riendas que le hagan aproximar [53], pues Cristo es auxiliador. Aun os digo que el maestro de esta doctrina, así como águila, revuela sobre sus hijos que aun no han salido del nido, y los incita a volar, porque suban y desciendan a inquirir su mantenimiento, y más que se vayan y vuelvan y no se desabra-

[53] Ps. 31, 9.

cen del nido hasta que tengan las plumas suficientemente recias. Así es que nuestra águila caudal, que muy más que halcón sacre se ceba en el corazón, volante sobre sus agraciados hijos que aún perseveran en el nido del propio conoscimiento de sí mismos, y de allí los levanta porque vayan a buscar dende sí a su inmenso Hacedor, para que en sólo él tomen su mantenimiento; mas que suban y desciendan y siempre den vuelta al nido hasta que las plumas con que se van y dan vuelta, que son santos pensamientos, hayan hecho hábito de la frecuentación de las veces que han comenzado a volar por mental contemplación; porque así, yendo y volviendo dende el nido a su Factor, y de su Dios a sí mismos, sigan el ejemplo delicado de los santos animales, que iban y daban la vuelta [54], porque así lo ha de hacer el diestro contemplativo, irse mil veces a Dios y otras mil volverse a sí a ver su reputación, qué tanto es lo que aprovecha y en qué tanto desfallece. Así que águila es mi Dios, que aveza a volar sus hijos [55] y a mirar al claro sol de justicia que es nuestro dechado, Cristo; y los hijicos de esta águila son las ánimas contemplativas, cuyos cuerpos son sus nidos, los cuales nunca las ánimas tales han de dejar, sino en cuotidiano examen traerlos a justicia y juicio, cuanto al servicio de Dios y al reconoscerse a sí. Y podrá ser entendida en este nuestro propósito esta viva autoridad de los santos animales reverenciando las glosas que han declarado los santos. Y procediendo, aun se ofrescen muchas cosas muchas veces en aquesta inquisición que busca el hombre a sí mismo, que para poderlas comunicar convenía una de dos cosas: o que el corazón, el cual producen los rayos del vivo sol, tuviese una lengua que pudiese pronunciar lo producido, o que la lengua tuviese un corazón que no produciese más que lo que ella pronunciase. Nuestro amparo sea JESÚS, por los méritos de Cristo.

---

[54] Ez. 1, 17.
[55] Deut. 32, 11.

CAPITULO XXII

QUE EL JUEVES DE LA SEMANA SEGUNDA NOTA EL RECOGIMIENTO INTERIOR Y EXTERIOR EN LA ORACIÓN

Visto está que nuestra silla es asiento reposado en la oración y que es silla de caballero, porque aquesta silla tal se suele llamar *jineta*, y el caballero, *jinete*, porque en ella ha de correr esta posta y alcanzar el jinete al Unigénito. Así es que esta silla ha de tener dos corazas, que son *interior recogimiento* y *concierto en lo exterior;* y la coraza exterior contúrbase en muchas cosas, porque le da el agua y el polvo y la tocan muchas manos; y de esta causa ha menester ser sacudida; pero cuando es de buen cuero, suélese doblar muy bien, y así es siempre con muy mejor tratamiento puesta en su silla y guardada. Aquésta, en nuestro propósito, muestra el concierto del cuerpo, su subjeción y obediencia, su pobreza y menosprecio, su caridad y humildad; y en los tales ejercicios, siendo el camino terroso, muchas veces se levantan en él polvillos de vanidad, mas puédese sacudir; y si agua de negligencia, también se puede enjugar, y estar la coraza limpia, que sea buena de doblar cada vez que la sacuden con cualquier persecución, o se sacude ella misma de toda conversación que así la pueda estorbar, y enójase de sí misma y de sus faltas, y aírase sin pecar y torna a guardar su silla, y llámase guardapolvo de la coraza interior.

Aquesta interior coraza se llama por común nombre *retoba levadiza*. Y así es que en este nuestro propósito, puesta en su recogimiento, pasa muy grandes levadas, y si es así que nuestra silla es reposada oración, esta su interior coraza se dice ser *levadiza*. Dígase que *laeva ejus* es la ordenada razón que demanda la vida bien concertada, y esta razón ordenada dice el ánima recogida que está debajo de su cabeza [56], y la cabeza del ánima es el espíritu de la suave devoción, que en su reposo se llama *mens*, que está sobre la vida ordenada y es siempre muy cierto en ella, y no habrá vida ordenada en los que viven sin el que ordena la vida, Dios, que la vida ordenada es la vida de la vida, y en la oración reposada es donde el

---

[56] Cant. 2, 6.

ánima le alcanza, y allí dice que su diestra—que es su gracia—le abrazará.

Así que la coraza interior se dice ser levadiza, y [la] hace ánima elevada, y cierto está que esta nuestra levadiza, es a saber, la ánima en la oración mental elevada, es la cosa que es muy necesaria, y puédese muy bien poseer de quien quisiere buscarla y continuo la tener. Tener continuo recogimiento es estar siempre el ánima dentro en sí. Y dicho está que estar el ánima dentro en sí es estar fuera de toda criatura, y estar fuera de las criaturas es estar en el Criador; y esto es estar el ánima encerrada en libertad recogida; y si este encerramiento siendo continuo es posible, posible es siempre orar [57], y si orar siempre puede en esta tierra ser posible, ya se declaró en el capítulo nono. Mas cuando nuestro Seráfico Padre puso en la *Regla* de la vida de sus hijos [58] que debían continuo orar y con limpio corazón, experimentado tenía que bien se podía hacer y que ni hay oración sin corazón limpio, ni corazón que esté limpio y que le falte oración; porque el decir puro y limpio, todas las cosas alanza de sí, y quédase en su pureza con su Purificador, ni admite cosa sin él, porque no es puro del todo el vino que tiene una gota de agua; porque el decir que lo poco es casi nada no cabe en esta intención, que la pajita pequeña en el ojo del ánima que va a ser contemplativa es embargo mayor que la viga en el ánima descuidada. Ni quiero, ni puedo, ni aun querría poder sentir que el intento de nuestro glorioso Padre en decir que en tal manera trabajen que no amaten el espíritu de la santa oración y devoción haya sido querernos significar que no se cansen los miembros trabajando, porque no estando cansados se puedan llegar a la oración, porque un Padre tan perfecto, a toda perfecta reparación había de llamar a sus hijos para tenerlos en Dios.

Lo que yo puedo sentir aquí es que nos quiso decir que en tal manera trabaje el guardián y el hortelano, y así el mayor y el menor, que nunca entre sus trabajos se aparte de Dios su espíritu, porque el que amata la candela quítale toda la lumbre, y el ánima está sin lumbre cuando está sin oración, sin tocar en la lumbre de la fe, porque a quien esto se comunica desea hilar más delgado que los del hilo común, y cuantos andan en luz, tienen luz y son hijos de la luz; mas hay mucha diferencia de luz común a la luz de la eterna claridad que las ánimas reciben de Dios para conoscer a Dios. Y no llamo *luz* a

---

[57] Luc. 18, 1.
[58] *Regula Fratrum Minorum*, c. 10.

la que presenta el día, sino a la que todos los fieles que son fieles a derechas enseña la verdadera Verdad.

De manera que no amatar el espíritu de la devoción es nunca apartarse de él, sino salir las veces que es menester a trabajar cada uno en su llamamiento, y el lego no sea guardián, y el guardián no se excuse a las veces de ser lego; y saliendo de la silla con la coraza exterior, trabaje en tal manera teniendo en sí tal aviso, que el interior regimiento que en la silla se tenían no se les pueda caer, mas que traigan siempre puesta su interior coraza que se dijo *levadiza*, y los lleve trabajando siempre a Dios, en manera que su espíritu llame al fraile; que en pudiéndose soltar acabada la operación exterior, luego se torne a la silla y le lleve su coraza levadiza, y puesto a donde estaba primero, se halle en lo que primero estaba sin irlo a buscar de nuevo.

Debajo de este tal entendimiento puédase sentir también el no haberse de cansar, que buen entendimiento es para ir al paso común; pero los que se adelantan—que los adelanta Dios—, mayor paso han de llevar y han de hilar más delgado, dejando el seso que es grueso, o bastardo, o robusto, o corpulento, y rebrazar entendimiento subtil, pues que los unos entienden en no amatar el espíritu de la refeción, y los otros han de entender en no amatar el espíritu de la oración, porque a aquél sirven los más, pero a éste todas las cosas—según nos ha dicho nuestro Seráfico Padre—le deben servir [59].

CAPITULO XXIII

QUE EL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA MUESTRA QUE SE DEBEN PREFERIR Y ANTEPONER LA OBEDIENCIA Y CARIDAD A LA ORACIÓN

Las acciones en la silla son dos muy firmes correas, de quien penden dos estribos, que afirman el caballero; y en la jineta no son más cumplidos en longura de lo que basta para que el caballero pueda doblar las rodillas, porque sobre ellas se afirma toda la fuerza del buen jinete, cuanto al tenerse con firmeza en la silla, y nuestra mística silla dicho está que es jineta, porque sigue al Unigénito: y si jineta se dice porque redobla las genuas, que

[59] Ibid., c. 5.

quiere decir *rodillas*, suceda lo que se sigue y dígase *levate*, y que lo entienda el espíritu que se ha de *levar* a Dios de la mano de ese Dios, y que así se ha de elevar, y levadiza se ha dicho ser la retoba o la coraza interior de aquesta jineta silla que es reposada oración; y las acciones en ella nos significan dos cosas que siempre están en acción o en acto, y siempre se han de cumplir enteramente, so pena de no tener en la oración más que el cuerpo sin espíritu de Dios el hombre que orando es negligente en aquéstas.

Y bien se dicen acciones, porque bien se han de hacer, y son obediencia y caridad, las cuales a cada una de ellas ha de sacar al fraile de la oración—digo de exterior recogimiento—, porque para el interior, muchas más veces ayudan que no son impedimento, mayormente a los que ya en la oración andan más ejercitados.

Cuál ha de ser la obediencia y qué tal la caridad, hartos hay que nos lo muestren; el haberme bien en ellas es lo que deseo aprender, y no sé que haya otro más hábil doctor de quien se pueda tomar que de la pronta oración; ni será pronta oración el día que fuere sin ellas, ni me da Dios oración que me estorbe la obediencia, pues que no será obediencia si impide la caridad, pues la pronta caridad despierta pronta obediencia, y si en las riendas del martes se dijo ser la una la caridad, así es que allí yo entiendo que es la caridad que Dios infunde en las entrañas del ánima, y es el fuego que Cristo trujo a la tierra y quiere que arda en ella; y aquesta tierra vos sois también, como lo soy yo; mas en aquestas acciones entiendo la caridad que se comunica a la miseria del prójimo que tiene necesidad; y en el martes de esta segunda semana se ha dicho que la caridad que al prójimo se le da es centella o centellas que saltan del fuego que está inflamado con el aire que da Dios [60]; y aquellas centellas saltan donde hay la necesidad, y así prenden como de eslabón a yesca; y el fuego que está inflamado a donde Dios lo encendió vase vivo en su centella y el mismo se es donde da, que era donde comenzó, y así quiere que se encienda el que se quema en su prójimo como está encendido en él; y como sea un mismo fuego, hace una misma operación y deséase para el prójimo lo mismo que para sí. Y teniendo caridad—que es este fuego de Dios—, es no más dificultoso de cumplir que de entender el segundo mandamiento, y el que no lo cumple bien no está pronto en oración ni aun sabe qué cosa es. Y si este fuego arde en el ánima, más tiene que los que esperan y tienen fe, porque

---

[60] Luc. 12, 49.

mayor que ambas es aquesta caridad, y si no la resciben de Dios algunos es por no la querer, o porque no esperan en Dios, o porque a Dios no conoscen, que los que le conoscieron dicen que esperan en él, porque nunca él desampara a los que le buscan [61].

No puede decirse desamparado el que tiene caridad, tampoco como el que está sin ella no puede ser amparado hasta tanto que la tenga, y no la puede tener hasta que amparado sea. Y por eso, los que dieren sus bienes a los pobres y hicieren penitencia, y tuvieren oración y hicieren todo linaje de bien, si no tienen caridad que hayan tomado de Dios, con la cual amen a Dios por sólo Dios y al prójimo por sólo el mismo Dios, no es más que sonido de campana, que no tiene más valor que retinte del latón, que, en dejando de sonar, luego no le queda nada, como no le quedó nada más de lo que resonó a aquel que por jactancia decía que ayunaba dos veces en la semana y que cumplía lo demás. Y cierto, la caridad, si viva es, nunca está sin oración, pues que continuo obra bien, y asimismo, la oración no es viva sin caridad. Así que la caridad muestra a tener oración y se aprende en la oración, y por consolar al que ha menester consuelo, la oración se ha de dejar, y será como el que da dineros a logro, que quita de su dinero y siempre se aumenta más, pero no sea la comparación en cuál es mejor ganancia.

Escrito está en el libro de las *Conformidades* que un fraile, siendo en quietísima oración, le apareció y consoló nuestra universal Señora, y que estando en su presencia oyó que se quejaba con aflición un enfermo, y súbitamente saltó y se fué para él y le satisfizo y consoló, y volvióse a su lugar, donde halló el dechado de la viva caridad, y le dijo: «Porque con tanta aflición me dejaste por socorrer a tu hermano, por eso te esperé aquí, que cuando tú te me fuiste, ya yo te quería dejar», y le consoló con muy grande suavidad. Y así, aumentó su oración, porque de ella le sacó la más pronta caridad, y la pronta caridad puso aumento a la oración; y así también la obediencia es cebo de la oración, y la más viva oración mantiene la caridad, y caridad y obediencia se aprenden en la oración. Y la oración que no es maestra de estas dos diestras doncellas de mi suavísimo Cristo, más es burla que oración.

De la obediencia dice San Gregorio en los *Morales* que «por eso es más acepta que el sacrificio, porque en el sacrificio ofrece el hombre algo suyo o algo que quita

---

[61] Ps. 9, 11.

de sí, mas en la obediencia sacrifícase a sí mismo, y cierto es que el sacrificio ofrécese a sólo Dios por Dios, mas la obediencia—o dígase el obediente—, a los hombres se sujeta por hacer placer a Dios». Así que estas dos acciones sustentan el buen jinete en nuestra mística silla, y apréndense en la oración, y la oración se hace firme con ellas.—Sea glorificado Dios.

CAPITULO XXIV

Que el segundo sábado muestra aprender paciencia y a reconocer la pronta aniquilación

Pues es así que la silla de nuestra caballería es reposada oración, y los estribos representan en su nombre aquello para que son, que es para estribar toda la fuerza sobre ellos por poder tirar la lanza; será así que estribos en esta silla son *paciencia y humildad*, y el bien estribar en éstos se muestra el buen caballero; el cual, si pierde el estribo, pone en ventura la vida, y en guardar muy bien aquesto va la vida a la oración, porque la experiencia ha mostrado, aun hartas veces a mí, que cuando no estribo bien me hallo burlado, y nunca hay en el ánima movimiento de impaciencia, cuanto quiera sea subtil, que no haga muy gran daño en estorbo a la oración.

Cuál ha de ser la humildad es todo lo que nos muestra aquesta aniquilación, mayormente en la adición del martes de esta semana segunda y por toda la primera. Mas de un fraile supe yo que, estando en quieta oración, descuidado de los puntos de su consideración, porque estaba el espíritu ocupado en otra cosa, se sintió súbitamente, sin alguna provisión, privado de toda la libertad del espíritu, como si todo su hombre fuera sola y pura carne, y tal carne, que en verla la aborresció, y quisiera, como a una muy vil peltraza, arrojarla a una pared, y le paresció que hizo más impresión esto en su conocimiento que cuanto él había trabajado en sentir su poquedad, y que muchos días había que deseaba tener su conoscimiento, y lo demandaba a Dios con toda la eficacia interior y exterior que el Señor le administraba. Y otras veces probó a buscar y a entrar en aquel modo, y nunca más lo acertó para se hallar en él como entonces se halló siendo de ello descuidado; y yo preguntéle que si esto que me decía lo tiene visto por vía de revelación, y él respondió que no,

ni aun sabía qué cosa es, sino en la oración mental siendo recogida y quieta, y que no sabía manera por dónde pueda dejar de humillarse el que lo demanda a Dios y trabaja entrar en sí por consideración propia, aunque hay tanto que buscar, que no basta nuestro saber hallarnos.

Qué conviene a la paciencia y cuánta y cuál debe ser, en muchos libros lo vemos; cómo la hemos de buscar y lo que conviene ver, preguntando esto uno a otro, yo vi que le respondió: Más querría aprender aqueso que dar a ello parescer; pero pues me lo mandáis, lo que me paresce a mí es que el que desea aprender paciencia conozca que no la tiene, y si la puede algunas veces tener es porque Dios se la da sin merescerla, como las otras virtudes; y sabiendo que ni la tiene de suyo ni es capaz por sí para la poder tener, que se provea antes que al caso se ofrezca la ocasión de perderla; y que yendo a hablar o tractar con alguno que a perderla le podría dar ocasión, piense primero lo que aquél le podrá decir y aún más, y proponga firmemente de sufrir cuanto viniere por hacer placer a su pacífico Rey. Y si fuere con el menor o igual, que disimule con risa, y si con otro mayor, que calle y muestre humildad, que Dios volverá por él, y que mire en el espejo purísimo y sin mancilla donde esto se aprende bien, pues que Cristo nos convida para que aprendamos de él mansedumbre y humildad.

El luego repitió: —¿Pues qué será si aquél se queda favorescido con que ha dicho lo que quiso, y dice que se ha lavado los pies en sus desmedidas palabras, y aun se alaba que le envía bien jabonado, y le queda atrevimiento para hacerlo otra vez? ¿No será mejor darle a conocer su yerro? Respondió: —No; mas mejor será callar, y si él se lava muchas veces con aquella agua los pies, yo soy cierto que no falte quien le lave a él no solamente los pies, mas aun las manos y la cabeza, como San Pedro lo dijo [62], y aun con lejía sin jabón, y que después de lavado no se cuente con todos los que son limpios, y aquél os vengará a vos. Mas no habéis de desear esto, sino encomendarlo a Dios con cuidado particular en la oración, que le muestre a conocer la verdad.

Y si el ánima se aveza a estribar sobre aquestos dos estribos de paciencia y humildad, mil veces podrá, como caballero diestro, lanzar a su enemigo la lanza, esto es, lanzar de sí su inclinación natural, que es de responder por sí; y el callar en tales tiempos es, cierto, a nuestro adversario el demonio gran lanzada, la cual muy lejos le alanza. Y sobre aquestos estribos de paciencia y humil-

[62] Ioan. 13, 9.

dad contra las persecutivas palabras quiso nuestro Seráfico Padre San Francisco que estribasen sus hijos, pues que se lo consejó en palabras señaladas, esto es, en haber humildad y paciencia [63]; donde también les añade que han de hacer oración por los que los reprehenden y los persiguen y acusan, para lo cual es asaz bien menester la humildad y la paciencia, y estribar bien sobre ellas, y así se puede alcanzar estado de perfición, pues el maestro de ella es Cristo, de quien la hemos de aprender, pues Jesús nos lo amonesta. Y de este santo consejo, el original es Cristo, por cuyo amor y por le hacer placer lo debemos procurar, que él es nuestro ayudador, y siempre es bueno en el mal tiempo callar, y al día su maldad le baste. Y cierto está que el que calla en la presencia de su vano acusador, que sin causa le conturba y le maltrata, que hace como armado y bien diestro caballero, que no solamente vence a su contrario, mas él gana y toma en sí todo el despojo que aquel su contrario con su poca humildad y con su impaciencia pierde, y él lo lleva para sí.

Y yo oí que un fraile decía a otro, comunicándose con él, que le daba muchas veces cierta cosa turbación, mas que tenía determinado de callar, y como por gracia decía: «Digan», «Digan» y «Digamos», y el otro le respondió: «Antes me paresce a mí que será mucho mejor que *digan y callemos,* si queremos ganar más y librar mucho mejor; porque palabras mal medidas en el desmedido tiempo, mal se vencen con palabras.

Es, empero, gran verdad que la muy propia lición y de más viva eficacia para aprender la paciencia el que la desea tener es estudiar cada día un rato y pasar una lición en el libro de la vida de Cristo, nuestro ejemplar y verdadero dechado; y no digo yo que solamente se lea en papel, sino que en el corazón se reciba y se retenga; donde nunca se leerá una lición sola, porque nunca su paciencia se verá sin humilde mansedumbre; que *es manso y humilde de corazón,* nos dice él, y es lición suya, como ya queda notado. Y como nunca su pobreza se halla ajena de sí ni un momento en su muy sagrada vida, en la cual se ve que no le faltó menosprecios y dolor con muy viva caridad y con perfecta obediencia hasta morir en la cruz, dado en perfecta lición de estas sagradas liciones.

Ni hay maestro, ni doctor, ni otras comunicaciones que tanto enseñen al ánima a buscar, y hallar, y a tener, y conservar estas tan altas liciones como leerlas en el

[63] *Regula Fratrum Minorum,* c. 10.

libro de la vida, que es la cruz de Jesucristo, de pobreza, y dolor, y obediencia, y menosprecio. Y Cristo crucificado sea siempre en el corazón de todos cuantos Dios crió.

CAPITULO XXV

QUE EL DOMINGO DE LA SEGUNDA SEMANA MUESTRA A ENTENDER CÓMO EL AMOR LANZA AL TEMOR

El caballero, que a las veces ha de vencer a sus enemigos con fuerza y a las veces ha de huir, y siempre ha de ir en alcance de Cristo, su Capitán, nunca debe ir sin espuelas; porque el que sin ellas camina, o da licencia que le tengan por caminante descuidado, que no tiene en más ir tarde que casi nunca llegar, o muestra tener temor a la asperura de la bestia en que camina, la cual no consienta espuelas, y consentirle él aquesto es muy grande poquedad. Espuelas en nuestro interior son: la una, el *amor filial*, y la otra, el *reverencial temor;* que así aguijan la jornada del que es diestro caminante, que siempre se halla en ellas, y con ellas, y por ellas alegría de corazón, como lo halló el Salmista [64], que sacaba el alegría del servicio celebrado en temor y con tremor. ¿Cómo donde hay temor y tremor puede haber muy verdadera alegría de corazón? Sé que sí, y con mucha conveniencia.

Ejemplo: Yo oí decir que un muy pobre labrador ni tenía qué comer ni era para lo ganar; y así se andaba como el pollo de los cuervos, que, estando blanco, es en la verdad muy prieto y hace el papo de viento.—Sé que aquesto escrito está de los cuervos y sus hijos.—Oyó el labrador decir que en una ciudad cercana estaba un muy gran señor rey de la misma ciudad, y que era su bondad tanta y con tanta caridad, que no iba a él pobre alguno que no lo rescibiese en su casa a su servicio sin haberle menester, sino que de todo bueno los quería sacar a todos cuantos se socorren de él de toda necesidad; y con sólo oír su bondad concibió algún amor, y luego se quiso ir a él por salir de su miseria. Mas como a la ciudad llegase y la viese hermosísima, y cercada, y con torres rutilantes, y con muy real guarnición, comenzó a entender

64 Ps. 2, 11.

que el señor de ella era mayor que lo que él había entendido, y mirando su pobreza comenzaba su corazón a tremer, y temiendo la entrada de la ciudad, mirando su poquedad, temblaba y no osaba entrar y entre sí solo decía: ¿Quién me guiará para entrar en ciudad tan fuerte y tan abastada? [65] Y animado de los que estaban en la cerca y guarnición porque sin temor entrase, manifestándole la benignidad del rey, iba en él tomando aumento el amor; y como llegando a la casa real hallase gente ultimadamente ataviada y todos muy de estimar, pensaba cuál debría ser el señor a quien tantos señores servían, y crecía la reverencia en él y el reverencial tremor. Y por esta orden pasó por ciertas salas, aumentando en sí el amor con la familiaridad que para pasar hallaba sabiendo que todos le daban lugar porque era bueno el señor, y viéndose a sí tan pobre con gente tan estimada, aumentaba en sí siempre el reverencial tremor. Y como llegase ya a la última sala, vido el estrado y silla real, ante la cual había muy gran muchedumbre de caballeros, todos con collares de oro y capellares de grana, y estaban todos en pie y todos mirando al rey, y todos con jocundísimo gesto, y estaban todos tremiendo, y el pobre del labrador, tremiendo casi, cayó, mas ellos lo levantaron y animaron a pasar y hasta el rey lo llevaron. Este ya no temía ser alanzado fuera estimando el daño que a él podía venir, sino el temor era en él de ofender tan vil pobreza a tan grande majestad, y acordaba dentro en sí que había mandado lanzar en la tiniebla exterior el que se sentó a la mesa sin vestidura de bodas. Así que de su parte temía y también tenía tremor, y el amor ya era filial, y santo era aquel tremor. Fué a la presencia del rey, y luego le rescibió con tanta benignidad, que en tanto cresció el amor con la paternal confianza, que la dulcedumbre de él se entró muy dentro en las venas de las entrañas de su ánima.

Y para caber en ella la inmensidad del amor, el amor mismo que entraba lanzó todo el temor fuera, y quedóse todo muy lleno de amor lo que el temor ocupaba, y alegraba el corazón, y aquella misma alegría era causa del tremor. Y recibido al servicio del gran rey con los que antes le servían, él también reverenciaba con temor en grande amor convertido, con tremor y alegría de corazón. Y como se viese ya de pobre hecho tan rico, y acordaba siempre en sí cuál estaba antes que al rey conosciese, y quién era cuando no le servía, y qué era lo que él tenía antes que le diesen nada, y esto siempre le aumentaba

[65] Ps. 59, 11.

el amor en su señor; y no temiendo a todo el mundo, aun de sí mismo temía; mas el amor la vida le sustentaba. ¿Habéis notado de aquí cómo se sirve el Señor con temor y con tremor y alegría, cómo el amor alanza el temor fuera y cómo el temor de nuestra poquedad y falta no se debe en esta vida dejar? [66] Para lo cual es menester tener siempre en la memoria, con San Gregorio, cuál estaba el hombre antes que le socorriese Dios con su gracia.

Pues el pobre labrador ya está claro que sois vos como soy yo; el rey es el soberano; y la ciudad celestial y la cerca son virtudes; quien las tiene se le acerca; la guarnición es la gracia. ¿Y cómo no temerá entrar el que está desagraciado? Y sospirando dirá que quién le ha de guiar a ciudad tan torreada. La gente del atavío son los ángeles y los santos, que nos animan a entrar y aun nos llevan de la mano; los caballeros de capellares de grana son los abrasados serafines, que, con los tronos y potestades, tremen todos hechos una viva brasa en el brasero de amor; el tremor está potente, y allí no habrá ya temor, que ya será echado fuera. La alegría nunca se podrá acabar si en aqueste caminar nunca vamos sin espuelas; la del lado diestro, amor, y temor la del siniestro; porque como aquí no haya parte siniestra, todo será lado diestro.—Sea glorificado Dios.

CAPITULO XXVI

Muestra cômo la justicia da cada cosa a cuya es

Resta que este caminante no es bien vaya sin guía, que le lleve por jornadas conocidas hasta llegar a Dios; pues que ha de correr la posta por partes tan no sabidas, y guiarle ha bien la justicia, si va delante de sí; y llevándola hala de llevar con vara, que da fuerza judicial; y sea la vara que floresció en Nazaret del amígdalo de Aarón, conviene a saber, la Virgen nuestra Señora. Y lleve en sí su jocundísima flor, que es nuestro suavísimo Cristo Jesús, y al olor de su fragancia podrá correr por su posta muy mejor, mirando que la vara y su justicia da cada cosa a cuya es. Y él dé al mundo todo cuanto tiene suyo, como se le mostró a dar el jueves de la primera semana,

[66] Ps. 2, 11.

y sus cosas téngalas en su valor, como en el sábado de la semana primera se notó. Al demonio, visto está qué se le debe en el martes de la segunda semana. A esta vida, paciencia, pues es cierta la esperanza que se ha presto de dejar como quien es. A la muerte, deseo, pues que es la confianza Cristo Jesús, para poderla esperar con más deseo que temor. A la perdurable vida, vivos deseos con sospirable afición, pues nos esperan los santos y nos la promete Dios por su infinita bondad y Cristo nos la ganó. Al ánima darle la cruz, para que se ande con ella. A la cruz, darle el cuerpo, que ande siempre tan con ella como en ella. Al prójimo, lo que se le muestra dar el martes de la segunda semana y el viernes de ella. A nuestro Dios y Señor, el servicio con temor filial, y temor reverencial, y alegría de corazón, como en este último sábado está notado.

Y así se descargará y dará cada cosa a quien conviene, que esto hace la justicia, la cual guiará su camino [67] hasta presentarse a Dios, que es el fin de su jornada. Y en todo su camino se podrá decir que es justo cuando todo aquesto haga obrándolo en perfición, la cual, si en sus obras falta, fáltale el título justo, y si lo alcanza a tener, puédese alegrar el justo en la virtud de Dios [68], y en esta misma alegría podrá confundirse a sí, so pena de no ser justo. Mira que si justo es, tome la primera piedra [69], que es la vida de Jesucristo, y arrójela a la mujer que es tomada en adulterio, es a su sensualidad adúltera, tantas veces cuantas resistió a su espíritu, y todas sus injusticias huyan con los fariseos, no parezcan más ante él, pues juzga según justicia con las palabras de Jesucristo, que son obras en el ánima que con el dedo de Dios escribe en sí sus deseos y los hace ejecutar en la tierra de su cuerpo.

Item, se puede notar que la tibieza cordial es bien propiamente piedra de escándalo a los celosos deseos; piedra de ofensión es al espíritu amoroso.

Item, el justo tome la primera piedra, y sea también la vida ejemplar del cordero Jesucristo; piedra cuadrada que con cada ángulo asienta, y échele a la mujer que es tomada en adulterio, esto es, a su ánima, tantas veces adúltera cuantas se apartó del cuadrado de esta piedra. Y aun si es ánima visitada con las mercedes particulares de Jesucristo, tantas veces adúltera a su amantísimo esposo cuantas respondió con fervor disimulado al espíritu cada [vez] que le amonesta con nuevas inspiraciones. Es, empero, también de notar que antes que el justo tome la

[67] Ps. 84, 14.
[68] Ps. 20, 2.
[69] Ioan. 8, 7.

piedra ha de leer las letras que hace Cristo con el dedo de su poderosa mano en la tierra de este nuestro entendimiento, y aun las que escribió en la mundísima tierra de su inocentísimo cuerpo, como en piel de pergamino bien estirado, en el arco de la cruz, y con rubio bermellón y con péndolas de hierro engrasando el pergamino, porque pueda ser escrito con la grasa graciosísima de su gratísimo amor. Y así, el ánima que está justa está delante de Cristo con reverencial temor y dice: Nadie me acusa [70], que limpia está y con quietud mi conciencia delante mi alimpiador; porque ya se fueron, avergonzados y tratados con desdén y menosprecio, los fariseos que acusaban, conviene saber, los deseos vanos y inclinaciones sensuales y amigas de vanidad. Y la tal ánima oirá de Cristo aquella palabra dulce: *Ni yo te condeno*. Con la cual se le concede su muy cierta salvación y le dice: *Vete en paz*.

De manera que ella es justa, y Cristo le da la paz. Resta que la justicia y la paz son juntas en esta ánima que así justifica Dios. Y el beso con que el Salmista junta la justicia y paz [71] es el ñudo intelectual de las dos místicas riendas. El cual ñudo, andando siempre en la mano de la discreta razón, hace de dos riendas una y abraza justicia y paz; y la justicia, con Marta, demanda ser ayudada, y la paz, con Magdalena, una cosa nos dice ser necesaria [72]. Esto es tener hambre de justicia en posesión de la tierra, y con ella ser pacífico, llamado hijo de Dios; y con estas tales riendas, a cualquier parte se vuelva este nuestro palafrén, siempre va a la parte diestra, y en seguro camino sin volver a la siniestra.—Sea glorificado Dios.

CAPITULO XXVII

QUE APLICANDO AL ÁNIMA LA DECLARACIÓN DE ALGUNAS AUTORIDADES TOMA GRAN SATISFACIÓN

Cuando, obrando la benignidad de Cristo Jesús, el ánima se recoge en el secreto de su mismo encerramiento a leer en el libro de la vida, cuyo texto es nuestro muy dulce Jesús, él mismo se da a entender. Y cuanto más ha

[70] Ioan. 8, 6-10.
[71] Ps. 84, 11.
[72] Luc. 10, 42.

entendido el lector en entenderse a sí mismo primero que venga allí, tanto más entiende a Dios, obrándolo su largueza. Y como el espíritu del texto es espíritu de Cristo, y el doctor que al ánima enseña cómo ha de entender a Cristo es el Paráclito Espíritu, y es espíritu de Dios, y el espíritu de Cristo y el espíritu Paráclito es todo uno y perfectísimo Espíritu, y el ánima es puro espíritu criada a imagen y semejanza de Dios, y como se encierra a oír de él, y su lición es puro espíritu, dásele a entender bien por su largueza y bondad.

Y yo de aquesto no sé decir otra cosa que en esta manera de declarar estos puntos el ánima paresce que rescibe entera satisfación; pero aun como ella misma no entiende en qué manera se entiende, siempre se acoge casi tremiendo a decir que se remite y se abraza a la santa madre Iglesia y que no se tiene a nada, sino a lo que le tiene ella. Mas San Gregorio, en la lición de sus *Morales*, dice: «Muy mejor entiende el ánima la declaración de las palabras de la Escritura Sagrada cuando la aplica a sí misma». Y esto paresce que es razón que sea así, porque como el ánima sea espíritu, y la sentencia de la sagrada lición esté tan llena de espíritu, un espíritu con otro tiene en sí satisfación y recíbese mejor que si es carne y espíritu. Y así es de entender que no sienten el espíritu los que en más tienen la recreación de su carne que el quererle entender, porque de aquí se deben haber levantado las falsedades y herejías, como en los abominables que, caresciendo ellos de seso, dan seso con sólo el cuerpo a la Sagrada Escritura, que no se da a conoscer sino al solo y puro espíritu, y así se abraza con él (si es la junta por amor) que pueda a veces decir que en su verdadera unión no es posible haber divorcio, o apartamiento, o división, porque un espíritu es el que entiende pasado de todo en todo en el que se da a ser entendido en la Sagrada Escritura, como es una misma cosa el que ama y su mismo amor que es a quien ama; o el amigo y el que es de su amor amado, porque [en] el purísimo espíritu no puede haber división.

Una cosa oso decir: que en el conocerse el ánima a sí y a su mismo cuerpo y en conformarse con Cristo Jesús está toda la verdad que al verdadero adorador le es dicho que ha de tener; y el adorar a Dios en espíritu está en no solamente contemplarle puro espíritu como es, mas para le contemplar el vero contemplativo, dejarse de toda carne y de entendimiento de carne: ni con carne, ni de carne, ni por carne; mas que el ánima puro espíritu, desnuda de todo cuanto en la tierra Dios crió, entienda en un solo Dios, desnudo de cuanto crió en el cielo y en la

tierra; sino una sola a un solo, y que ella esté despojada aun de sí misma, y él, desnudo de todo cuanto crió.

Así han de adorar los veros adoradores, y no sobre el monte de Samaria, donde se ignoran a sí y no conoscen a Dios. Ni aun en el público templo, donde se estiman a sí y niegan a Jesucristo; los unos en vanidad, sin verdad y sin espíritu; los otros en hinchazón y soberbia, y todos en gloria vana. Sé que aquésta es la lición que el Doctor de la verdad nos leyó a todos nosotros en sola una mujercita junto al pozo de Samaria. Por manera que el ánima es espíritu, y aplicando a sí los santísimos sentidos en la Sagrada Escritura, es hecha más espiritual, y conociendo a sí y a su dulcísimo Cristo Jesús, ora en espíritu y en verdad [73]. Y sea nuestro amparo nuestro dulcísimo Dios.

CAPITULO XXVIII

Tocando la creación de Adán y el pecado original, muestra la fealdad del ánima en el pecado mortal

Cuando nuestro gran Dios y Señor universal crió a nuestro primero padre, la tierra de la cual su divina Majestad le plasmó era en gran pureza criada, tal cual convenía que fuese la obra del que es perfecto obrador; la cual ni sabe engendrar espina ofensiva ni otra cosa que fuese áspera, y su ánima crióla en pureza perfecta y en entera libertad, para que ni sólo un momento pudiese estar sino contemplando en Dios, y que así gozase de él poco menos que los ángeles. Así, en el cuerpo y ánima fué de todo en todo perfecto, y que aquella libertada perfición pasase a todos cuantos descendiesen de él con entero privilegio de perfecta hidalguía, porque él y toda su genealogía (que quiere decir cuantos descendiesen de él) pudiesen servir, conocer y honrar al rey, porque de estas obras suyas les redundase ocasión para del rey recebir eternos bienes que él tenía y tiene para darles. Y en aquesta libertad se quedaran y permanescieran cuantos descendieran de él, si en ella se conservara. Pero al punto que ofendió, perdió cuanto poseía; y tan sin ello quedó como aquel que teniendo lo que no tenía, ganado, por su falta lo perdió hasta la postrera meaja.

Como de su hidalguía gozaran todos sus hijos, bien

[73] Ioan. 4, 23.

así por la su traición quedaron todos con él de la su hidalguía privados, que esta ley aun agora permanesce a los que ofenden y hacen traición al rey; de manera que los hijos de padre esclavo, que sean esclavos como él.

Agora vengamos a lo que queréis de aquí; cierto está que el todo, de todo Adán cometió la culpa de su transgresión, porque todos sus corporales sentidos la sintieron, su razón natural la conosció, consintióla toda su ánima y el cuerpo la puso en obra; y así, todo y con todo ofendió al que es en todas las cosas infinitamente todo, y así hizo su culpa toda infinita y obligó todo su ser a la perdurable pena. Cierto está que la persona de Adán es sólo una levadura, y todo el linaje humano, todo ha descendido de él y todo es sola una masa, que pasó de ser leudada y del todo se acedó tomando desde sus primeros hijos hasta vos y hasta yo; y después, los que vernán, todos tienen no más de una carne sola, toda triste y lastimada. Ni hay quien se saque de aquí sino sola la que es pura y singular, conviene a saber, la siempre Virgen purísima, la cual quedó encerrada, y recogida, y guardada en medio de las entrañas de la inmensa voluntad del que puede cuanto quiere; y quiso, vendiendo cuanto tenía en la tierra, dejar sola esta heredad virginal para sí, porque con el fruto de ella, conviene saber, con los méritos de Cristo, comprase y cobrase todo cuanto habíamos perdido por sola su gran bondad. Hase de notar que así como todos los que han sido, y son, y serán bienaventurados lo son en los méritos de Cristo, así la preservación de la Madre siempre Virgen fué en virtud de la pasión de su suavísimo Hijo, Señor nuestro, nuestro Dios; y esto así se ha de afirmar, porque en su oficio se canta en la oración que da la Iglesia romana a la Concepción Purísima, donde dice a nuestro inmenso Señor que «así como preservó de toda lástima o de toda mácula o mancilla de pecado a la Madre siempre Virgen por la muerte de su Hijo, antes de los siglos vista, así por intercesión de la Virgen sin mancilla nos conceda nuestro Dios ir limpios a su presencia».

De manera que así como se entiende que cuantos se salvaron antes de la encarnación fueron salvos en los merescimientos de Cristo, así en la preservación de la Virgen sacratísima antevino el merescimiento de la sagrada pasión y muerte de nuestro Remediador. De manera que por la muerte de Cristo, antes de los siglos vista de la sabiduría eterna, fué la Virgen sacratísima de toda mácula de pecado preservada, y por merescimientos de la Madre siempre Virgen somos de Cristo, remedio nuestro, favorescidos, para que con más pureza y limpieza de concien-

cia lleguemos en la contemplación quieta a la presencia de Dios, nuestro Padre y Señor nuestro.

Volviendo a nuestro primero intento, a la transgresión de Adán, le sobrevino la pena a que se obligó, y su cuerpo vivió en sudores y trabajos cuando estuvo sobre la tierra, y su ánima continuó su destierro hasta que el fruto de la heredad preservada le libró. Y sus sentidos corrompidos, y su infuscado seso y razón natural contaminada, y su maculado cuerpo es éste que tengo yo, y son todos los demás, si no es el que está sacado para siempre virginal.

Mi ánima, en su creación, tan limpia es criada como la de Adán lo fué (dejada la gracia aparte), la cual mi ánima perdió cuando se juntó a esta carne maculada, que era sin mácula en él, pues que limpia fué criada y él después la amancilló. Y como entra el ánima en el cenagoso lodo, que es la carne lastimada y maculada, toma lo que tomaría un vaso de lucido oro si luego que sale de las manos del platero cayese en un vil cieno, y aun el vaso no se macularía más que en sola su superficie, que con su parte interior no tocaría nada el lodo; pero el ánima toda en todo se enlodó, que no tiene superficie ni en ella hay parte exterior, antes interior es toda; y por esto se le dice que es toda su gloria dentro en sí misma, esto es, si es hija del rey; que si lo deja de ser, es luego toda exterior, contra su ser natural. Y como el ánima, luego que toma su cuerpo, lo anima en todas partes, y el cuerpo no tiene parte que no esté contaminada, luego participa del daño del padre y contrae su mismo mal en aquel instante mismo de su unión, porque entonces comienza a ser hombre y hijo de Adán desahidalgado. Este daño que aquí toma, pienso yo que debe ser el pecado original, origen de nuestros daños, origen primero de todos otros pecados, porque la primera ofensa fué que a Dios se hizo en la tierra del origen de los hombres, que fué nuestro padre Adán. De manera que el ánima que crió Dios limpia está ya toda enlodada con la compañía del cieno, que habéis visto que tenéis de vuestra propia cosecha, de vuestra labranza y crianza; así que míos propios son estos males de mi cuerpo y de mi alma.

Y porque dende el punto que el ánima toma el cuerpo contrae toda su traición, dende aquese mismo punto es hábil para el infierno; no que se entienda que el ánima es maculada por juntarse con el cuerpo, mas que en aquel juntamiento toma en sí la mancilla original por constitución divina. Como diríamos que porque el papa ordenó que fuese bígamo el que casase con viuda, y que aquesta bigamia o impedimento, para no ser de orden sa-

cro, aunque volviese a enviudar, la tome o la comprenda al punto que dice *sí* en el casamiento; bien de esta manera, la mácula original se contrae al punto que el ánima criada limpia se ayunta a la mujer viuda, que es el cuerpo. Es, empero, de notar que el papa hizo la ley de la bigamia, y dispensa con los bígamos cuando él lo tiene por bien; y así es la dispensación divina, que alimpia en el baptismo las ánimas de la culpa original y hace al cuerpo ser limpio. Mas éste, que en el baptismo fué limpio y se conservó en bondad, nunca pudo engendrar hijos que fuesen libres de la culpa original por la ordenación divina; así como el grano del trigo, que nasció con paja y raspa y fué muy limpiado en la era, y volvióse a sembrar limpio y engendró grano con raspa, que tuvo necesidad de purificarse en la era.

Entenderemos aquí que mis padres solamente son formadores de mi cuerpo, que de mi ánima es mi padre sólo Dios, mi gran Señor, cuya bondad tiene aparejada al ánima para el instante que nasce el socorro del baptismo, en que la torna a lavar, y a mayor pureza que cuando la crió, y el que obra perfectamente, lava el cuerpo y limpia el ánima, y luego es tornada tal como el vaso bien lavado del lodo donde cayó. ¿Veis que de parte nuestros padres en estos nuestros (muy menos que limpios) cuerpos se hacen no limpias nuestras ánimas, que lo eran de parte de nuestro Dios, y el ánima que él alimpia hace también al fin limpio al cuerpo que no lo era? Pues ábransenos los ojos y conozcamos nuestros males, y sepamos que son nuestros; y confesemos a voces nuestros bienes, pues que son todos de Dios.

¿Queréis más? Daros he otro mal mayor. Cierto está que de parte de justicia y de toda buena crianza, y so pena del infierno, es obligado de siempre servir a Dios el que en el santo baptismo ha sido resucitado, pues sabe que muerto estaba, y espera a le servir, o de verdad Dios le espera para el tiempo que sea capaz de razón; y como en llegando allí había de comenzarle a servir, procura de apostar y de no acordarse de él y de lo que ha rescebido, y entra en las culpas mortales, y con la más menor de ellas queda tal cual quedaría el vaso de oro que fué sacado del lodo y después de estar muy limpio se cae en una muy aborrecible privada, y queda para ser del todo aborrecido, que ni aun le habían de querer mirar. Y como el que es muy privado del rey, si le ofende, le ofende muy gravemente y está en desgracia con él, y los amigos del rey justamente lo aborrecen, así al ofensor de Dios no le habían de querer ver todos los que son con él. Mas como la bondad de Dios no quiere que muera el que es

digno de la muerte, mas que viva y se convierta, disimula sus ofensas; y ándale el pecador ofendiendo, y él dándole de comer y haciéndole regalos hasta que le torna a sí, y todos le favorecen, y le sirven las criaturas viendo la bondad del rey, que no trata a su ofensor como su ofensa meresce.

¿Qué os diré? Mejor será acabar lo que acabar no se puede. ¿Habéis mirado cuán dentro nos andamos en nuestro intento primero, digo en la aniquilación de nuestro conocimiento? Aquesto pienso yo que es lo que nos aconseja nuestro dulcísimo Cristo cuando dice que *neguemos a nos mismos* [74], negando con este conocimiento lo que pensábamos que éramos cuando no nos conocíamos; porque después que de esto nos ahorremos, tengamos habilidad para ir con él con la cruz; y pienso que es vana cosa quererse el ánima levantar a contemplar las grandezas de la inmensidad de Dios antes que busque la luz del propio conocimiento, y se puede levantar después que se haya asentado a considerarse a sí. ¿No veis que, si se conoce lo que es dicho propio suyo, que no podrá dejar de comer pan de dolor y de dolerse de sí? Después que se asentare y lo comiere, da licencia el Salmista [75] que se pueda levantar para contemplar a Dios, diciendo: Los que os habéis ocupado en comer pan de dolor, es a saber, en la consideración de vuestras culpas pasadas y en la reputación de vuestros merecimientos, levantaos a quieta contemplación; casi como si dijese: Levantad el espíritu a la contemplación quieta cuando os hayáis humillado en propia reputación.

Yo he visto confesar a personas recogidas que el no caer en esta cuenta y el no saberse buscar primero que comenzasen les fué muchas veces causa que se quedasen atrás, aun pensando ir delante, sin faltarles diligencias y deseos, y que entrando en esta cuenta, hallaron junto el remedio.—Sea glorificado Dios.

---

74 Matth. 16, 24; Luc. 9, 23.
75 Ps. 126, 2.

CAPITULO XXIX

Muestra lo que a Dios debemos y su largueza y bondad

Dos puntos propios en este propósito de nuestra aniquilación podemos aquí notar: el uno es querer sentir, en lo que sentir se puede, cuánto es lo que a Dios debemos; y en el segundo punto, qué o cuánto es lo que podemos pagar. Está cierto que es tan poco lo que yo puedo por mí decir, cuanto es cierto ser nada todo aquello que podemos muy a solas por nosotros de la deuda que tenemos a nuestro gran Dios pagar. Mas confiando en Cristo Jesús nuestra verdadera paga, nuestro amparo y nuestro Dios, porné dos comparaciones, cuales él las querrá dar; y en la primera, muy en parte podremos conocer lo que el hombre debe a Dios, y en la segunda, lo poco que pagar puede, y siempre se adeuda más, aun al tiempo que más paga, si paga decirse puede.

Por lo cual se ha de notar aquí esta comparación: una mujercilla vil parió un niño de adulterio y echóle en un muladar; y ella no fué conoscida, porque no curó más de él. Y el mísero mochachito iba para perescer, y fué hallado de un rey que iba a caza con un muy real halcón sacre, y mandó tomar al niño y quitarle del muladar y limpiarle del estiércol [76], y hízole colocar con los príncipes de su pueblo, esto es, con sus hijos, en su casa, donde lo mandó criar a las amas que los criaban, y que así fuese vestido y mantenido como ellos, y mandó que le mostrasen las ciencias que les mostraban. Y viéndole el rey algún tanto ya crescido, tomó gran contento de él, porque parescía a sus hijos, y mandó que todos le obedesciesen y que le fuesen sujetos, como a sus hijos legítimos, cuantos servían en su casa, y quiso que sus hijos le sentasen a su mesa, y que fuese sustentado con el pan y con la carne y el vino del unigénito hijo que es el príncipe heredero, y que fuese reputado no como hijo de *ancilla*, mas de libre [77]. Y a él decíanle que era hijo adoptivo, mas él no curaba de eso por lo que reconoscía en las entrañas del rey, y él llamóle a su presencia y díjole: «Ya yo sé que has entendido que no eres hijo legítimo, y

---

[76] Ps. 112, 7.
[77] Gal. 4, 31.

bien es que así lo sientas, porque te acuerdes de ti y estimes más mis larguezas; mas yo no te estimo así, mas como a uno de mis hijos legítimos herederos, te quiero y me huelgo en ti y te entiendo dar mi reino, y no quiero más de ti, salvo que conozcas esto y me quieras, pues te quiero; y me muestres este amor en estar siempre pronto delante de mí ataviado de mi riqueza y tesoro, de cualquier seda o brocado que te quisieres vestir, y dejes la compañía que no viste esta librea, y cuantas consolaciones tú quisieres para ti no te ha de faltar ninguna, antes yo te daré algunas que no las sepas querer, ni darte a manos con ellas, si no te apartas de mí».

Agora: esta triste adúltera mujercilla es toda naturaleza, adúltera a su Criador dende el pecado de Adán; el miserable niñito, yo triste adúltero soy. El muladar es este mísero mundo, asaz lleno de inmundicias, porque como en muladar, se echan todas cuantas cosas se desechan de todos los elementos de los cielos y planetas. ¿No son de este muladar las tempestades y corrupciones del aire, y muchas enfermedades, y vejeces, y miserias, cien mil maneras de males, mil cuentos de desvaríos y cosas desestimables? Cierto es que es todo basura cuanto en este mundo está, y siendo basura todo el lugar donde es echada, buen nombre le es *muladar;* y de este estiércol tal levantó Dios la pobreza de este miserable niño [78] dende el punto que se lo dió a conoscer por tal, y como a tal lo desechó y levantó a Dios su espíritu, o Dios se lo levantó.

El rey cazador de las ánimas que crió y se remontaron de él, nuestro inaccesible Dios es; su halcón sacre con el cual todo lo caza es nuestro dulcísimo Cristo; la casa donde le mandó llevar, su Iglesia nuestra madre es; los príncipes de su pueblo son los verdaderos fieles; las amas que crían los hijos de este señor son los que enseñan cómo se guarden los preceptos de su ley, que son las ciencias que a los príncipes enseñan; cuando en el que es enseñado se conoce mucho aprovechamiento y firmeza, entonces contenta al rey y lo mira como verdadero hijo. A este tal hijo obediente quiere que le obedezcan y que le sean muy sujetos cuantos sirven en su casa, y las ovejas, y bueyes, y las bestias de los campos y cuanto en la tierra crió [79]. Y aun a mí los sojuzgó, siendo yo hijo adoptivo, y sé que no es esto nada, porque más es ser refecionado a la mesa de mi rey y comer del pan angélico y de la carne del Unigénito, y de la sangre de su

[78] Ps. 112, 7-8.
[79] Ps. 8, 8.

suavísimo cuerpo henchir plenísimamente todas las venas de las entrañas de mi alma, y dármela en puro vino para que pueda embriagarme. ¿No veis esto? ¿Con qué le podrá pagar el muchacho envilecido que estaba en el muladar? Cierto es que estas cosas no se dan a los esclavos no hijos, mas a los libres legítimos, que esperan ser herederos. Y cierto es que a mí me dicen, y débolo conocer de mis obras y de mis flacos deseos, que no soy hijo legítimo, mas ya no me curo de eso (algunos espacios), porque otra cosa conozco en las entrañas benignas de mi dulcísimo Rey. Mas él, por me querer dar más y mayores mercedes, quiere que yo mismo conozca esto, porque, teniéndome en menos, tenga sus dones en más, y lo que quiere de mí es que ande a su voluntad, que esto es estar en su presencia. Y las sedas y brocados de que me manda ataviar son las diversas virtudes, las muy vivas afeciones, los abrasados deseos, que hacen al hombre andar ataviado y embriagado en sólo buscar a Dios; y mándame acompañar con los que andan de esta librea libertados, y no quiere más de mí por todo cuanto me ha dado, dando también a sí mismo: por lo cual se abran las cataratas del cielo y mis ojos lluevan sangre, porque la paga de todo esto fué muy torpe apostasía, tan contra su voluntad, cuan conforme a quien yo soy, porque, cuando le había de comenzar a servir, caí en un pecado mortal, por el cual merescí el infierno, cayendo aún en muchos más. ¿Habéis visto esta tal paga sobre tan grande bondad? ¿Pudo ser traición tamaña? ¿Hay tan grande desvergüenza y mala crianza? ¿Hay tan torpe poquedad? ¡Oh si tuviese Dios por bien de criar en mí un corazón con que se sintiese no mi daño, mas su ofensa, y se rompiese mil veces y llorase sin cesar!

¿Habemos de decir más para conocer más deuda y para más confusión? Cierto está que toda mi compañía, dende el día que apostaté y me hice fugitivo de la presencia de Dios al punto que le ofendí en un pecado mortal, fué con tales como yo y no con quien Dios quería: y andándole yo ofendiendo y no acordándome de él ni de lo que en mí había obrado, él me andaba manteniendo y aparejando cuanto me era menester, no solamente en lo puro necesario, mas con regalos, y frutas, y comeres, y beberes y cuanto quería querer y me merescía faltar. ¿Y qué más hacía mi Rey? Enviábame a amonestar y a requerirme y rogarme que quisiese volverme a él, y que quería perdonarme y tornarme a remediar, y que le haría placer. Y después que me llamó muchas y muy muchas veces con santas inspiraciones, y ni quise volverme a él ni a nada dar convenible respuesta, él mismo vino

por mí. Y mirando a su bondad, conocíme quien yo fuí —no en pequeña confusión de mi pobreza de seso, y de mi poquita crianza, y de mi muy gran miseria—y toda mi maldad; y él no quiso más de mí; mas volviéndome a su casa, del todo me perdonó y hízome despojar de la fealdad de los sacos, y mandóme reparar y dar la primera estola y vestidura de boda, y puso anillo en mi mano [80], y mandóme descansar de mis míseros trabajos.

¿Y qué os he de decir más? Cuando de hijo adoptivo me hice mísero esclavo, enfermé míseramente, y de miserable lepra, y en el tiempo que volví a casa de mi Señor fué consejo del gran médico que para poder sanar fuese lavado con muy ferventada sangre, y para me remediar, él extendió ambos los brazos y consintió se sangrar hasta quedar desangrado, y expiró y dióme la vida, y muriendo él vivo yo [81]; y como resucitó hizo perpetua mi vida. ¿Veis bien esto? ¿No os parece que está claro y se está de sí aplicada aquesta comparación? ¿Pues qué os parece que debe un muy tristísimo niño tan mísero como yo a un tan poderoso Rey, tan largo, tan lleno de caridad y tan manso y tan benigno? ¡Oh, maldito sea el que es niño de cien años [82] y gasta toda la vida en míseras niñerías, sin querer ni procurar alcanzar a hacer como varón! [83] Porque al tal, ni le queda que esperar ni entiende qué cosa sea confortar su corazón; mas a los tales se dice: ¡Oh pequeños en virtud! ¿Hasta cuándo habéis de amar vuestra vida amochachada? ¿Queréis que aquí diga más? Cierto, sería más razón que llorásemos lo que de esta nuestra deuda merescemos padescer y no sentir que lo poco que podemos con palabras explicar, porque las faltas aun se esfuerzan a pasar todos los largos cien años, y la cobardía de niño no la procura perder, y él se es coco para con que suelen espantar los muy apocados niños. Ni sé si lo sé decir ni si sé darme a entender; mas mostróme la experiencia cómo lo debía sentir cuando el aire me espantaba, y guardábame de caer, sin mirar que, estando caído, no me podía ni quería de la tierra levantar hasta que él me dió la mano.—Los ángeles le den gracias.

---

[80] Luc. 15, 22.
[81] Gal. 2, 20.
[82] Is. 65, 20.
[83] Ps. 26, 14.

CAPITULO XXX

NOS DA A ENTENDER LO POQUITO QUE PODEMOS DE NUESTRAS DEUDAS PAGAR

Un muy pobre labrador debía a un rico mercader mil ducados; y no era menor la pobreza de aquél que la impotencia para poder pagar ciento, ni tampoco diez. El mercader a quien debe no es menos franco que bueno y es tan bueno como rico, y sus riquezas no se pueden ponderar ni pueden entrar en algún número o cuenta. Pues, movido a compasión de la pobreza del mísero labrador, llámale a su presencia y dícele: «Vení acá; yo veo la buena voluntad que tenéis para pagar; quiero, por os hacer bien, haceros suelta de los novecientos y noventa; no me debáis más de diez, de los cuales cada un día seáis obligado a pagar no más de un maravedí; no porque como os suelto lo mucho no pudiera también dejaros lo poco, pues que lo que pagáis me es tan poco necesario; pero porque cada día, cada noche y cada rato veáis la buena obra que os hago y siempre os conozcáis ser deudor, con cuidado de pagar sólo un maravedí, conosciendo ser verdad averiguada que no podéis pagar más ni sois para mayor paga».

Cuanto el pobre conosce más su pobreza, tanto es convidado a amar su enriquecedor; por lo cual comienza a producir despiertos actos de amor en quien tanto amor le muestra y procura ser solícito en la paga pequeña de un maravedí, dándolo de mano a mano con alegría y reverencia. El piadoso mercader ve su buena voluntad; y cuando le ha el pobre llevado cinco o seis maravedís, dale él seis o siete reales y dícele: «No os doy esto para que me lo debáis ni porque de ello paguéis, sino téngooos voluntad; quiero que viváis holgado y que comáis, y bebáis, y descanséis, pero no olvidéis la paga y sabed que sois deudor». Así se aviva el pobre a la pobre paga y a más despertado amor, y el que le dió siete reales, dale después diez ducados, los cuales, tomados con reverencia amorosa, son guardados con amoroso temor, y muchas veces los mira, los cuenta y tiene consigo, no tanto por su valor ni por su propio provecho como por ser cuyos son, porque siempre reconosce que son del que se los dió y que él los tiene sin haberlos merescido, antes teme

merescer que le puedan ser quitados, y acrecentando su paga, avívase en más fervor.

El muy sabio mercader cesa algunos días de dar, ni aun muestra su usada familiaridad, no porque no quiera darle lo que suele, y más y más, pero por más despertarle para que merezca y reciba muy mucho más con la más viva afición despertada, porque cuando el pobre caresce de las mercedes que le tienen tan cebado, de una parte le fatiga la sospecha de sí mismo y de sus desmerecimientos, y de otra le da congoja la falta de su ganancia, que piensa que es menorada, y no lo es; y lo que más le fatiga es pensar si ha ofendido a quien es en tanto cargo y debe tanto amor; por lo cual vuelve y revuelve en sí mismo sus palabras y pensamientos buscando en lo que ofendió, y córtalo como a vicio, procurando arrancar aun las muy subtiles raíces, aunque sean como cabello, sin mirar en nada a sí, sino en sólo contentar a su tan buen bienhechor. Y él, viendo su perseverancia y el cuidado en el pagar, no menos cuando cesa de le dar que cuando mucho le daba, dale con más crecimiento aún más que él puede tomar. De manera que, no obstante la suelta de casi toda la deuda, cuando acaba de pagar lo poco que pagar puede, tiene tomados de gracia muy más que otros más de mil, y aunque se los dan graciosos, él conózcase deudor.

¿Entendéis aqueste ejemplo? ¿Veis esta comparación? Así es lo que podemos nosotros pagar a nuestro muy gran Señor, que por un maravedí recebimos cien ducados, y aquel que paga mejor, se hace deudor de más, siendo así que nada puede pagar si no le da con que pague su Dios, de quien es deudo, mirando con atención recogida, que el muy pobre labrador soy yo, a quien en Adán fué dicho que en trabajo ha de pasar toda la vida, y con él comer su pan [84]; y como al labrador no le falta todo el año qué hacer, así ni al ánima codiciosa no le falta toda la vida otra cosa sino tiempo para entender su labor. Mil ducados son nuestras copiosas deudas, de las cuales nada podemos por nos pagar; el maravedí es el cuidado que el ánima trae de aprovechar y recogerse a la oración; dalo mano a mano, porque es oración mental, que sólo habla a Dios sin tercera persona, ni hay en la tierra quien tenga este privilegio sino ella sola. Los reales son las consolaciones que rescibe el que comienza a pagar, y los ducados, el gusto del que aprovecha en esta mental ocupación. La dilación o el cesamiento de las consolaciones, claro se ve ser para acrescentar más dones y más deseos;

[84] Gen. 3, 17.

el aumento de lo que es acrescentado debe ser lo que habrán experimentado los que van a perfición, los cuales pienso yo que en el dar y en el recebir vienen a tal familiaridad, que ni para la paga hayan menester cuidado que les dé pena, ni en el ánima hay temor que más se lo pedirán, mas sólo temen de sí si faltarán por ventura a quien no querrían faltar, y desea de corazón que antes le falten los ojos que el faltar él a su Dios. ¿Veis bien esto? Jesucristo es el que tiene propiedades de muy rico mercader, y grandes, porque de los mercaderes codiciosos es dejar sus propias ciudades, y dejarse desterrar navegando, y pasar a donde puedan comprar lo que tienen en codicia. Vista la mercaduría y el precio que ha de costar, dan luego señal por ella, obligándose a pagar todo el resto, en cierto tiempo, en tres pagas y en señalado lugar; perficionada su última paga, toman su mercaduría y vuélvense a su lugar con muy triunfante descanso, y con tal son recebidos y gozan sin trabajar.

Y estas tales propiedades, propias son del muy gran mercader Cristo, el cual, codicioso de comprar los ya perdidos esclavos para que fuesen sus hijos, no advenedizos o huéspedes, mas ciudadanos del cielo y domésticos de Dios [85], partióse de su ciudad, desterrándose a estas islas sin apartarse de allá; toma nave virginal en Nazaret; navegó del primer viaje en la montaña de Judea y desembarcó en Belén, pero no dejó la nave; vió su mercaduría con sus humanos sentidos en aquesta humanidad, y lo que había de costar conosció que era su vida, que había por nos de dejar. Dió dende a ocho días señal en su lastimada circuncisión; obligóse a tres pagas cuasi juntas, hechas en Jerusalén, a pagar en la moneda misma que había dado la señal; dió la primera paga en la *columna,* notando que el mercader da y rescibe, y Jesucristo dió y rescibió; y la segunda, en la *silla;* y la tercera, en la *cruz.*

En la *columna* dió su carne, y rescibió más que cinco mil azotes. En la *silla* dió su cabeza, y rescibió la corona de lastimada afición. En la *cruz* dió su sangre, y rescibió tres clavos. Cuando no le quedaba de todo el tesoro que había con grandes trabajos allegado en tantos años mas de algunas preciosas piezas del inefable tesoro de su muy preciosa sangre, que guardó en el cofre de su pecho, para conservar el resto que quedaba para vivir en la cruz, hasta el punto que expiró consintió que aquel cofre fuese abierto con la llave de la lanza, y le tomasen lo que de

---

[85] Eph. 2, 19.

voluntad dió hasta el último quilate, pues que ni gota de sangre en todo el cuerpo quedó.

Acabada así aquesta terrible paga, tomó su mercaduría despojando todo el limbo, y volvió muy triunfantemente a su ciudad celestial en su sagrada ascensión, donde en la igualdad de su Eterno Padre vive y reina y reinará para siempre, y reinaremos con él, pues somos mercaduría que tan cara le costó; y por su inmensa clemencia no nos deje relajar ni olvidar tan gran Señor, ni caiga de la memoria tanta largueza y bondad y paga tan no debida.—Y sea grande gloria a Dios.

CAPÍTULO XXXI

Muestra el parescer convenible en las partes de corporal aspereza cuanto al comer, y beber, y velar; y en lo demás

Como este negocio por la parte superior—que es lo que el ánima siente—sea ajeno, no tenemos en él más de lo que su dueño quiere, y como en la inferior parte —que es en la obra puesta en acto—tenga tantos dificultadores, paresce que trae consigo rigor; y con esto tiene tanta majestad, que yo digo la verdad que no lo pienso escrebir sino con mi confusión, porque como con el riguroso estilo que este negocio requiere tenga yo tan poco conoscimiento, cuantas veces he pensado escrebir de esto, tantas se me representa gran vergüenza y confusión, según lo que yo podría si me esforzase a querer lo que demanda el deseo por la divina bondad, por cuyo amor y con cuyo favor me atrevo a comenzarlo a ordenar; plega a Dios que él nos ordene.

Hay muy diversas maneras de aspereza corporal, y todas son *penitencia*, con la cual sabemos que es satisfecho y aplacado Cristo nuestro benigno Jesús, ofendido de la culpa de nuestro desmiramiento. ¡Oh Dios nuestro, el cual así eres satisfecho con la penitencia como habías sido ofendido con la culpa!, dice a nuestro Eterno Padre nuestra madre la Iglesia. Y en otra parte le dice que con el corporal ayuno destruye, disipa y comprime nuestros vicios de quien ha sido ofendido; de manera que casi se corresponden estas dos palabras. Así que las culpas con que allí fué ofendido y los vicios que aquí son comprimidos tienen igual consonancia; la penitencia con que

allí es aplicado, y aquí el corporal ayuno con que el vicio es disipado, traen igual correspondencia. De manera que se les tape a piedra lodo la boca a los dificultadores que dicen que la aspereza corporal no ha de ser por sí abrazada, y callando los provechos que con ella aquí se relatarán, ponen delante los daños y enfermedades que fingen que andan con ella. Y quebradas sean las fuerzas que en el fraile se han de conservar sin ella, medida con discreción y tenida por corteza, sin la cual lo que es medula interior se suele mal conservar. Yo no hablo con los cuerpos algo flacos, sino con los muy robustos, como Dios ha hecho el mío por su gran benignidad; y como yo correspondo con mi mucha confusión, ni hablo con los que tienen el apetito tan flaco que no les bastan los cebos de la oración para les hacer dejar lo que el gusto sensual quiere. ¿Y qué ha de esperar la carne, en carne y vino cebada, y la sangre, embriagada en juventud? ¿Qué se ha de demandar o qué se ha de esperar de ella, siendo convidada de las maldades presentes que ella se trae dentro en sí, teniendo paz con el mundo, y siendo su conquista con el perverso adversario, cuyas armas mi carne y mi sangre son, esforzadas y afiladas de mí mismo contra mí? Mejor le paresce al fraile la corporal aspereza que el penacho al justador. ¿Y qué tiene que perder en la vía de penitencia el fraile mancebo y recio, sino parte de las fuerzas corporales, que le sería muy gran bien si estuviesen disminuídas, guardada la discreción que es regla de no errar? ¿Qué otra cosa es la corporal abstinencia, sino una fuerza del ánima con la cual quita a su adversario el demonio las armas con que le ofende, y de aquesas mismas armas que antes le han sido ofensivas hace para sí defensión firme, fuerte y poderosa por la gran bondad de Dios?

Y cierto es que, entre todos los linajes de corporal penitencia, la abstinencia del demasiado manjar es de reverenciar más; y más que ella, las verdaderas vigilias, como adelante [se] dirá administrándolo Dios. Porque el ayuno de Cristo consagró el ayuno y abstinencia, y los santos la tuvieron. Y la experiencia bien muestra que la abstinencia discreta, demás de ser favorable a la salud corporal, haciendo el estómago libre de cualquiera indigestión, y siendo tanto amigable a la ánima, que por la recrear le sabe destruir los vicios, es muy fiel disposición, con la cual y por la cual nuestro benigno Señor levanta a sí nuestro espíritu.

Y cierto es que ayudar a lo interior con aquestas pocas y pequeñas cosas exteriores quita la pesadumbre de estos aplomados cuerpos, y así los dispone más y hace que im-

pidan menos a la mente para que pueda volar; y cortando los impedimentos de estos nuestros muladares o de estos corchos de estiércol, echa de ellos la vergonzosa fealdad, con la cual los espíritus infernales trabajan de nos afear en presencia de los ángeles de Cristo con nuestra menor limpieza y con nuestra confusión faltando nuestra abstinencia en la joven mocedad, diciendo que cincuenta años no están fuera del propósito de corporal penitencia, cuanto a la natural fuerza; pues los veinte y veinte y cinco, o los de menos o más, ¿por qué se han de descuidar? Y como nuestra santa madre la sacratísima Iglesia ponga en nos todo su intento para llevarnos a Dios, no solamente ofresciéndonos los medios y remedios para ir (dándonos el ayuno, consagrado con el ayuno de Cristo y el ejemplo de los santos) se satisface, pero aun por nos más aficionar, conosciendo que es nuestra sensualidad contraria a nuestra razón, dícenos en la autoridad tocada que el ayuno corporal no solamente nos dispone para comprimir nuestro Dios en nosotros nuestros vicios, pero encarécelo más: que levanta nuestra mente, que es la parte levantada del ánima intelectual; o digo, que es la parte intelectual del ánima que en espíritu sola a su Dios y a sus solas se levanta, y para cebarnos más nos dice que por este ayuno corporal nos da Dios muchas virtudes, permitiendo su divina providencia que el hombre que contradice su misma sensualidad sea hecho así señor de ella que puedan algunos decir ser tornada en dulcedumbre del ánima y del cuerpo la abstinencia que antes le solía agraviar y serle amarga, y que supeditando la carne, con ella le sea dada en castidad quien solía ser deshonesta, en humildad la que solía ser soberbia, en miedo en buena confianza, en pronto y filial temor, y en gran pobreza de espíritu, y en más viva caridad.

Esto es, esto lo que suena aquesta sola palabra en aquesta autoridad de nuestro sagrado ayuno y corporal abstinencia, hecha a derechas por Dios. De manera que nuestro benigno Bien quiere tanto a nuestros bienes, que por un servicio solo nos concede muchas grandes mercedes; consagrónos el ayuno corporal, y él nos da gracia para le querer y fuerzas para abrazarle, y páganosle mejor que si a solas de nosotros solos fuese, diciéndonos nuestra santa madre Iglesia que aqueste solo servicio ha inclinado a nuestro piadoso Padre a disipar nuestros vicios, y a alzar nuestro entendimiento, y a darnos grande virtud: y todo esto es menos que lo que él nos quiere dar. Donde es de notar que así como disipando nuestros vicios nos dispone a ser vasos de virtud estando en esta patria mortal, así, elevando nuestra mente y levantándola

a las cosas más altas y intelectuales, la comienza aquí a cebar en los galardones sempiternos, con los cuales, por su infinita clemencia, ha al ánima de premiar; y como este premio no puede en esta montuosa tierra ser comenzado a sentir, quiere nuestro premiador que a comenzarlo a gozar sea elevada a la altura nuestra mente. Y como para esto las virtudes y los virtuosos deseos sean alas con las cuales ha de volar para poder elevarse, concédelas nuestro universal Señor; y como las virtudes no se puedan en la ánima sustentar acompañadas con vicios, comprímenoslos, y los disipa y destruye. Y porque la rectísima justicia dispuso por nuestro bien que nuestra disposición, o nuestro libre arbitrio, o nuestro libre querer antevenga a nuestros bienes y su gracia preveniente nunca pueda ser a nuestros bienes exclusa, mas que ella antevenga siempre, quiere que nos dispongamos—aun disponiéndonos él—para el corporal ayuno, con el cual aquestos pesados cuerpos, descargándose a sí mismos, a sus ánimas descargan y disponen a volar y a comenzar a gustar, dende este valle de lágrimas, a qué sabe el premio eterno que les quiere dar su Dios si supeditan sus cuerpos y los traen a servidumbre. De manera que así como nuestro corporal ayuno corresponde a nuestras culpas, así la compresión, o compremimiento, o quebrantamiento, o disipación de nuestros vicios corresponde a nuestra corporal penitencia; y el ganar de las virtudes y el levantar de la mente es ganancia temporal o de este tiempo presente, y el que quiere, mediante aquestos medios, darnos vida sempiterna, significánosla en esta palabra que dice la autoridad, es a saber: *darnos premio*, que se entiende sempiterno, y cuyo entendimiento a solas es de la elevada mente, la cual sola entiende a solas que en su quieta elevación hay tales repausaciones, que, deseándose apartar de todo lo que no es de Dios, sin poner el ojo en sí, querría quedarse quieta en Dios por comenzar con ignorancia a sentir qué es el premio y galardón el cual Dios quiere dar. Y digo con ignorancia, porque el ánima a las cosas celestiales elevada conosce qué cosa sea en las cosas temporales estar del todo abobada; así que, ignorando lo inferior y sin entenderse a sí, es del todo satisfecha con el no comprehender lo sublime y superior, conociendo que en su Dios, en quien se quieta, no hay cosa comprehensible ni quiere nada querer, sino a sus solas amar, correspondiendo al premio que se le ofrece del ayuno corporal.

Ofreciendo esto la Iglesia a todos los fieles el tiempo de la Cuaresma, es gran justicia y razón que los frailes y las monjas de cualquiera aprobada Religión dedicada a penitencia entiendan que aquesto que a todos en la Cuares-

ma se dice, a ellos ha de estar por dicho de su misma profesión durante toda su vida, cuando no impide la edad o flaca disposición, o tales ocupaciones de caridad y obediencia; que a tiempos, y no continuo, deba tomar religiosa recreación. Así que los que servimos el cuerpo de la reverenciable comunidad en los oficios servibles y los que no más que al coro junto con el pie del altar se extiende su fortaleza, bien les está la abstinencia, tomada con discreción, cada uno según su oficio y edad, sabiendo que nadie a nadie, sino cada uno a sí mismo, es quien le puede tasar, porque con lo que uno se ahíta, otro se agravia con hambre, y hace más penitencia aquél con entera refección, que aquéste con el pan y agua. Mas nunca en comunidad debría haber novedades ni otra modificación sino la que nos mostraron nuestros primitivos Padres, los cuales fundaron la Religión con trabajos y en ayunos y asperezas, no en comeres y beberes ni en otra relajación.

¡Ea! Mirad a nuestros gloriosos Padres San Francisco, San Bruno, fundador de los cartujos, y Santo Domingo; San Jerónimo y San Agustín; San Benito, Santa Clara y Santa Paula, y así de todos los otros que fundaron religiones aprobadas, y sabemos que viviendo en medio de ellas, dentro en sus comunidades no tomaban aun hartura de pan y agua. ¿No sabemos que San Bernardo, viviendo en comunidad, muchas y muy muchas veces traía temblando su cuerpo por la abstinencia? De San Antonio de Padua está claro en su *Leyenda* que, viviendo entre los frailes y andando en comunidad, se iba cayendo de hambre cuando iba a colación. ¿No habéis visto por todo el octavo fruto de nuestro *Libro de las Conformidades,* en el cual apenas hallaréis fraile extremado en bondad y en oración sin extremada abstinencia? Y digo *apenas,* porque leyéndolo todo hallaréis sólo uno o dos a los cuales les impedía la abstinencia la oración, y entonces no es de haber cuidado de ella si no es obligatoria. Pues notad que comer en el refectorio muchas y muy muchas veces pan y agua, y pan, y cocina, y yerbas, y poca fruta, antigualla es de mis padres; lo demás es novedad de aquestos tiempos relajados y modernos. Mejor es que tengáis conformidad con los rigurosos padres que con los flacos hermanos, y los que estuvieron recios, confórmense ellos con vos, vos no os conforméis con ellos, pues que se os concede más para más merescimiento.

Mas mirad que la discreta abstinencia tanto tiempo se puede llamar discreta cuanto, no impidiendo las obras de caridad y obediencia, ayuda a vacar a la oración, y cuando impide algo de aquesto, luego se debe aflojar y tomar lo necesario, y en teniéndolo tomado, volver luego a lo

dejar, que éste es modo de durar entre esta nuestra flaqueza, porque como el Ricardo lo muestra en los capítulos 69, y 70, y 71, en el *Libro de los doce patriarcas*, si a alguna de las virtudes le faltare medida de discreción, presto se despojará del nombre de virtud, porque, presente la discreción, nunca querrá la abstinencia esforzarse más de aquello que buenamente pudiere, ni lo que hoy puede hacer dejará para otro día. Y ninguna otra virtud declinará a la diestra más de lo que debe presumiéndose esforzarse más que las fuerzas del que es virtuoso requieren, ni tampoco se acostará a la siniestra dejando de hacer nada de lo que pudiere, porque a la discreción conviene medir la habilidad de cada una de las virtudes y tasar sus obras y le pertenesce examinar cuánto aprocha nuestro hombre o en qué cosas desfallece. Y suyo es de ordenar no solamente lo que se ha de hacer, mas el cómo y cuándo se ha de tomar y dejar.

Por lo cual habéis de tener aviso que, cuando os halláredes con algún nuevo fervor acerca de la abstinencia o cualquiera otra virtud, no os determinéis luego a ello, sino dadle algún espacio, y (porque os señale tiempo) dadle una hora de oración, en la cual haced a la discreción juez, y examine aquella cosa, y ordene el cómo ha de ser, y el tiempo, y qué se seguirá de ello, y después dadle lugar. Y habéis os de avisar que si la virtud que busca vuestro deseo es limpieza o aumento de castidad, la obra de la discreción es hallarse luego allí con una espada en la mano y cortar por todas partes; ni haya tiempo ni lugar, sino que absolutamente, como quien se arroja al agua, se engolfe el cuerpo y el ánima, como en piélago o en mar, en los deseos y en las obras de pureza, sin que el pensamiento entienda poco ni mucho en cosa que sea contra ella so color de evitar nada que contrario le sea.

Esta es, ésta la manera que nos conviene tener en cualesquiera obras buenas, porque así como por autoridad de San Agustín sabemos que la buena obra hecha con intención vana, o por alguna jactancia o por otra liviandad, no solamente la tal obra pierde luego de ser buena, mas porque es hipocresía llámase *maldad doblada*. De aquesta misma manera se puede intimar aquí la virtud sin discreción, pues que sabemos muy bien que las muy grandes virtudes, si les falta la medida de discreción ordenada, se vuelven en vicios grandes. Bien vemos que la muy grande esperanza que tienen muchos pecadores grandes, por falta de discreción, se les convertirá en mal, y el que hace caridad con algún intento malo es hombre sin caridad, y el que se esfuerza a dar de sí buen ejemplo por ser de otros alabado es enemigo de aquella virtud en que se

ejercita por falta de discreción, y el que hace abstinencia por deseo de ser notado es mártir de Satanás. Así que os quede de aquí que la discreción rige a todas las virtudes, y la oración examina las obras de discreción y las cuadra con cualesquiera virtudes; pero débese notar que si alguna obra buena se comenzó con flaca intención, no se ha la obra de dejar, sino mudar la intención, lo cual nos muestra el Ricardo en el libro alegado, capítulos 53, 54 y 55.—Y a todos ampare Dios.

CAPITULO XXXII

Cómo habemos de entender andando en comunidad la autoridad evangélica que dice: «Tened aviso que vuestras obras buenas no las hagáis delante de los hombres por ser vistos de ellos»

No se os dice que os guardéis de hacer las obras de justicia, que son las que justamente pueden y deben ser hechas delante de los hombres, sino díceos *que no las hagáis delante de ellos porque os vean* y alaben lo que hacéis, que aquesto es modo descomulgado; mas cuando vos delante de los hombres hacéis obras lícitas y buenas sólo por amor de Dios, y las haríades así si en el desierto estuviésedes como las hacéis allí; ni es otra vuestra intención que puramente por Dios, y deseáis que en vuestras obras sea glorificado Dios [86].

Ni sé ni querría saber cómo el que hace alguna aspereza, ni cualquiera otra obra buena o corporal penitencia, se ha de esconder de los hombres a hacerla, si el tal conosce que todo lo que obra bien es porque en él obra la bondad de Dios; cuyos son todos los bienes que los hombres obran bien; y si el hombre piensa que son bienes propios suyos, sepa que ya no son bienes, antes tan afeados males, que ha de haber vergüenza de ellos. Mas el hombre que conosce que ni el poder, ni el querer, ni el obrar son bienes suyos, y que son bienes de Dios, y que se los da de balde por su infinita bondad, y que no obra por ser visto de los hombres, sino por la honra de Dios, luzca, luzca la buena obra que Dios obra en el tal hombre delante de los hombres, y glorifiquen a Dios. Y si hay quien del bien obrar y del obrador murmure, aquesto es

[86] Matth. 6, 5 ss.

lo que me debo querer, si fuese posible, que murmurasen de mí, sin que ofendiesen a Dios. Yo he visto algunos que han de estas cosas juzgado según diversas maneras, y sé que mi juez es Dios, y bástame esto, y no quiero querer más.

Digo, empero, que esconder el hombre las buenas obras que hace porque no las vean los hombres, que es poco conocimiento y no se llame virtud, y es de ánima temerosa, y es de hombre amigo de sí mismo, y es de flaco corazón, y es impureza de espíritu, y es no obrar con pureza de verdad, y la razón de esto es ésta: cierto es que a la verdad del contemplativo pertenesce el conoscer su nada y acordarse de la palabra de mi suavísimo Cristo Jesús, que dice: *Sin mí, ninguna cosa podéis hacer* [87]. Nada podemos sin que él obre; yo soy instrumento suyo, y lo que puedo hacer es estar afilado y presto para corresponder a lo que él quiere que haga, y aquesto aun no sin su gracia preveniente. Item, al que ora en verdad, con este conocimiento de su nada poder, le conviene orar también en espíritu, conociendo quién es Dios, y qué es lo que obra en mí, y qué le puedo deber, y qué es lo que pagar puedo. Y si todos los bienes que obraron todos los hombres fuesen todos puros bienes, y que fuesen todos míos, y mías fuesen para mí todas las asperezas y penitencia de todos, todo no me bastaría a satisfacer a mi Dios con igual equivalencia por solo el beneficio de la criación, considerándome ser criatura tan generosa y capaz de todo bien; pues soy capaz de mi Dios por su infinita bondad, que de nada me crió. Ni tampoco sería todo suficiente a poder pagar a Cristo la obra de la redención, ni aun una sola gota de su sanguíneo sudor, con igual equivalencia.

Pues criándome él tan capaz, negué mi naturaleza y me comparé a las bestias con muy cierta autoridad; ni hay manera para que pensarse pueda que todas mis penitencias y asperezas corporales, cuanto quiera que sean rectas, basten por sí—en cuanto mías—para pagar a mi suavísimo Dios de los beneficios sin cuenta que me hace cada día, muchos y muchos visibles y muy muchos muy secretos. Agora, pues, conociendo tan y tanta obligación y deudas tan descubiertas, ¿por qué no han de ver los hombres el deseo que Dios mi Señor me da para obrar bien? Y digo ver el deseo, entiendo y quiero decir que conozcan los deseos y vean al ojo las obras, y conozcan que obra Dios, y que consiento con él y siento mi obligación, y glorifiquen a Dios, porque alumbra a su criatura, y confundan la criatura, porque con tanta tibieza respon-

---

[87] Ioan. 15, 5.

de a tan buen Señor. Por modo que el que se esconde al obrar bien, teme no ser murmurado de los que imputen a sí y a su miseria su escándalo farisaico; no muestre tener tibieza y poco celo de Dios, que, si alguno murmurare, otro se remorderá.

Yo he visto despiertos remedadores que quizá se dormitaran si no vieran y creyeran; de manera que todo hombre que obra por amor de Dios—no a ser visto de los hombres—encienda su lumbre y luzca delante de ellos, y glorifiquen a Dios [88]. Bien sabemos que San Pablo no se escondía a bien obrar, mas sabía sentir y decir que los bienes que hacía eran por gracia de Dios, de la cual se alaba a voces diciendo que no le fué dada en vano [89], mas que, guardando la fe que era obligado a guardar al que le daba la gracia, había bien acabado su curso y sabía que le estaba cierta la corona que da Dios a todos los que le guardan la fe con verdadera lealtad, y gracias a nuestro piadoso Dios, que es el que nos da victoria por Jesucristo nuestro Señor.

Y si el que obra y es penitente tiene fe, sabe que es gran verdad el texto de la Sagrada Escritura, que nos muestra que hemos de tener aviso que no diga el corazón que mi esfuerzo o fortaleza obra en mí la virtud con que hago la obra buena. San Gregorio dice en los *Morales* que esto es lo que en el Apocalipsis se ha de entender cuando los que adoraban al Cordero [90] lanzaban a sus pies las coronas de sus cabezas; esto es, que la corona del vencimiento de las temporales pasiones atribuían a la gracia recebida de la mano de su Dios. Y los que entienden aquesto no han de esconder la obra que Dios obra en ellos, por las causas y razones que para esto aquí están puestas; mas el que piensa que conosce a sí mismo, piensa en los bienes que tiene sin los haber recebido, y si los ha habido del que de balde los da, mire si de los bienes ajenos se debe en vano o vanamente gloriar. Y si entiende aquesto bien, obre bien delante de los hombres, y den gloria al Padre Eterno, que conocen que obra bien. Una mujercita era Santa Marta, y después que vivió en comunidad de muchas monjas, se lee de ella que ni carne ni pescado comía, ni leche ni huevos; ni bebía gota de vino, ni dejaba de ayunar sino solos los domingos. ¿Qué queréis de aquestos hombres barbados, de estos cuerpos varoniles, deputados al rigor que las mujeres nos muestran para nuestra confusión? ¿Habéis leído a Santa Clara, nuestra Angela de Fulgino, Santa Catalina de Sena, Santa Pau-

[88] Matth. 5, 16.
[89] I Cor. 15, 10.
[90] Apoc. 5, 14.

la y las demás? Pues volved el ojo a la vejez de San Pedro, que se dice en su *Leyenda* que su continuo comer estaba en pan y aceitunas, con algunas veces yerbas.

Queda que querría saber sentir, y que lo sintiesen todos los que hacen penitencia y aspereza—de la cual carezco yo—, que está más merescimiento, más virtud y mayor fuerza en sufrir las condiciones contrarias a la mía, aunque sean mejores que ella—cuánto más si tienen color de astrosas—, que en todas las asperezas en el vestir y ayunar; y aun digo que en lo demás y lo que me falta en esto me hace tener en poco estotro; quiero decir que aunque yo fuese buen penitente, si con mis penitencias no conosciere humildad, y sufrimiento, y paciencia, es razón que tenga en pequeña estima la aspereza corporal, porque muestra muy a la clara la experiencia que, por pequeños y breves que sean los ásperos movimientos de impaciencia o falta de sufrimiento, siempre es grande impedimento a la quietud y oración, a la cual se enderezan las corporales asperezas, y si la impiden, son de gran reprehensión; y la impaciencia, aunque sea justa, impide mucho; cuánto más la turbada y sin razón; y esto es mucho de mirar. Mas de lo uno y otro es madre y muy convenible maestra la frecuentada oración; la cual nos conceda nuestro amoroso Jesús.

Los conceptos interiores—que quiere decir los sentimientos del ánima—, éstos se deben con pocos comunicar, salvo por pronto provecho. ¿Y para qué diré más, para más mi confusión, pues que no podrá acabar? Quedémonos, con San Pablo, en hambre y sed y en muchedumbre de ayunos, padesciendo frío y calor y otros trabajos muy muchos por poner, en servidumbre del espíritu orador [91], aqueste orgulloso cuerpo. Y notad que un himno de Santa Clara dice que las viles vestiduras o asperezas en el vestir, y el padescer hambre y sed, con otras necesidades, y el continuado ayunar, es auxilio a la oración. Debía tener notado lo que arriba queda dicho, es a saber, que el ayuno corporal destruye los vicios, planta las virtudes, levanta el entendimiento, y Dios comunica el premio que tiene para nos dar. Por alcanzar estas cosas muchos desean ser contemplativos; mas—como dice el Gersón—pocos buscan para sí las condiciones que para ello se requieren, las cuales, como está dicho, son el seguir la cruz de Cristo, que consiste en padescer por su amor pobreza, y dolor, y menosprecio, y linajes de aspereza con rigurosos deseos, los cuales pagan por obra en el que faltan las fuerzas.—Sea glorificado Dios.

---

[91] I Cor. 9, 24.

CAPITULO XXXIII

Continúa la materia de la abstinencia en comunidad

Más estudiosa cautela le es al hombre menester y más cuidadoso esfuerzo para guardarse de sí que para se combatir con todos sus enemigos, porque sobre lo que es casi nada presume de se querer levantar; y de aquí es lo que vos queréis decir que acontece algunas veces: haciendo el hombre aun menos que es obligado, se presume gloriar de ello; pero aquesto, por lo más, es en los no ejercitados, en los cuales, como de su parte falta cautela, y al demonio no le sobre en aquesto la experiencia a que terná cuando alguna y muchas veces haya sido en tales trances escarnecido y burlado, es necesario pasar por aquestos dos contrastes. No, empero, estos tales pensamientos vienen con necesidad de merescer ser culpado el que sin quererlos los padesce, antes, si se les da el sentimiento que no les puede negar y se les niega el consentimiento que no se les debe dar, es una sensual batalla despertada del demonio en nuestra sensualidad, y de nuestro Dios vencida en nosotros y con nuestra razón misma, siendo él nuestro ayudador.

Y cuando el que en la comunidad y fuera de ella se puede más esforzar para más se conformar a lo que obliga su estado, éste más es deudor que todos los otros juntos, y ya es obligado a corrér con más rigor, pues para más le dan fuerzas, y le esfuerza Cristo nuestro esforzador a saber agradescer y pagar con humildad y oración aquesto que Dios le da. Ya puede ser que los otros tengan más merescimiento comiendo que yo ayunando, y porque el secreto de mi conciencia—que yo del todo no entiendo—tiene más necesidad en la presencia de Dios que todos los con quien trato, la divina Providencia, por su gran benignidad, dame algo en que más merezca, porque soy de más deudor. Y así quito yo de mi propia voluntad lo que con toda justicia me había de quitar mi Dios, ordenándolo él así queriéndome remediar; y tiene su muy gran bondad por bien que aquello que sería poco aun para pagar mi deuda sea—mediante la voluntad que él me da ante él—tan multiplicado, que sobre gran galardón, siendo pagada la deuda mía por nuestro pagador Cristo.

De manera que sea ésta la conclusión, como ya quedó notado: que, habiendo comenzado puramente por Dios alguna obra buena, nunca se debe dejar por astucia del demonio ni por nadie de los hombres, pues no va a ellos la intención. Y si acaso la buena obra comenzó sin fundamento de bien, y aun sea por mala intención, la obra no se ha de dejar, sino mudar la intención, y va escarnecido el demonio; y si otros pensamientos delicados se entremeten, sabed que no os place de ellos, ni les dais consentimiento, ni los querríades tener, y luego no os harán daño, que no hay mácula en el hombre si no consiente el ánima en la culpa que se ofresce; y seguid vuestra abstinencia, no dejéis vuestro rigor todo el tiempo que os sintiéredes ser auxilio a la oración; y en sintiendo falta en esto, haced falta en el rigor, porque este bien tienen de su parte en la abstinencia los que son amigos de ella, que en sintiéndose con necesidad de comer más, en queriéndolo, lo toman, y en tomándolo suplen su necesidad, y en supliéndola algunos pocos de días, vuelven sobre su rigor y pueden perseverar mucha parte de la vida, y esta arte se ha de tener en todos los modos que sirven a la penitencia.

El sacro Evangelio dice que me es lícito comer de todo lo comestible [92]; yo también lo digo así, porque lo crió Dios para aplacer estos cuerpos porque ellos sirvan al ánima, la cual vaque a sólo Dios, y que tomando este nuestro exterior hombre más que su necesidad, allí donde la tomare tenga para levantarse a Dios el ánima tan diversas ocasiones cuantas es la diversidad de los diversos sabores que en un solo paladar, en unos sentidos solos, le presentan las formas, los colores y aromáticos olores de toda la variedad de los manjares y frutas que a le mantener se ofrescen. Pero así como en darnos la gran largueza de Dios tan cumplida libertad habemos de conoscer su desmedida bondad, su sabiduría y potencia, así es justicia y razón que tengamos con tal Señor buena crianza y que no queramos más, de lo mucho que él nos da, de sólo lo que nos basta, y que lo que podemos tomar sin culpa lo podamos dejar con gran merescimiento, a ejemplo de nuestros padres, que les era tanto lícito comer de todo lo comestible como a nosotros nos es, y muéstrannos sus *Leyendas* que muchas veces se tasaban en pan y agua. Esto comía San Benito de tercero en tercero día; y al santo Tobías, mancebo, al tálamo de sus bodas, le incitó al muy santo ayuno el ángel su compañero. El demonio, nuestro mísero adversario, sabe bien

---

92 Luc. 10, 8.

que está escrito que el ayuno nos abre las puertas del cielo, que están cerradas a él y nunca se le abrirán, y como es pozo de envidia, no querría que el hombre humillado con el ayuno ganase lo que él, cruel desventurado, por su soberbia perdió; y así, con todas sus artes se trabaja de estorbar, y los que son ordenados abstinentes favorescen la oración y envíanle descalabrado.

La abstinencia que es cubierta, que toma cuanto le dan y de todo come poco, cierto es que es mucho de loar, porque se hace más fuerza, y disimula mejor, y aun tiene haz y envés, porque si ha de durar mucho, aún más patente se muestra, como sea así que, callando el abstinente lo que le ponen delante y el no comerlo, muestra pública abstinencia; y no es modo para todos, porque los que somos comedores y los que son más mancebos, no teniéndolo delante, porfiamos mucho mejor contra la sensualidad sin peligro de abstinencia, el cual habría algunas veces teniendo a mi libertad con el olor, el sabor; y aun es poco de estimar este inconveniente si no hubiese otro mayor, que es la falta de pobreza, porque consentir comprar una ración de pescado o carne y cada día se la den al que no entiende comerla, abstinencia es que repugna a otra mayor perfición, donde es voto de la Regla. Así que es mi parescer que el que ayuna y el que come se muevan por sólo Dios, y no cure nadie de entremeterse, y que vean las obras buenas que obra Dios en la criatura y glorifiquen en vos y en las obras vuestras a vuestro celestial Padre, porque las obras a las cuales tenemos obligación, en público se han de obrar, y cuando obráremos más que somos nosotros obligados, entonces es bien que escondamos nuestras obras de los ojos de los hombres, porque no vea nuestra siniestra intención la obra buena que hace nuestra diestra conciencia; y notad que no hay hombre alguno, si tiene fe y discreción, que no sepa que por mucho que hagáis sois obligado a más por lo mucho que debéis, y en lo que podéis errar es si obráis sin discreción allende de vuestras fuerzas; pero si aquésta guardáis y conocéis vuestra deuda, no dejéis el bien obrar y esforzaros a la lición de la cruz dondequiera que os halláredes, y sabed que son flojos amadores los que de ser murmurados han temor, ni tenéis obligación a quitarles la ocasión del murmurar, mas tenéisla y oblígaos la caridad a rogar muy mucho a nuestro Señor que alumbre la ánima de aquél a conoscer la divina voluntad y a sentir vuestra intención y le dé deseos de Dios para que pueda entender cómo en su amor se ha de emplear.

Mas si quisiéredes saber por qué os da Dios más

fuerzas y más esfuerzo que a los otros, entended y sabedlo muy de cierto que la gran bondad de Dios obra en vos más que en algunos de los que con vos conversan, porque sois más pecador que alguno de todos ellos, y la divina piedad no quiere que os tome la muerte en las vuestras negligencias, mas quiere que convertido viváis. Y así, porque hagáis más penitencia, porque sois de más deudor, comunícaos más fervor, y porque el que conosce todas las cosas cómo son, y han sido, y han de ser conosce que no terníades remedio si él por su benignidad no os despertase a le amar y gustar cuál es su divina conversación, mediante el cual gusto os aficiona a esa obra, favoréceos, y despiértaos, y daos deseos y favor, y previéneos con su gracia para que queráis obrar, y daos fuerzas con que obréis; y vos, si tenéis buen seso, en cada una de estas gracias y mercedes os habéis más de humillar; porque con cada gracia y merced que recibís se acrescienta vuestra deuda y sois obligado a más.

De manera que tengáis por entera conclusión que todo el bien que obrar pudiéredes, y pudieren, y pudiéremos, todo es por obligación; ni sois obligado a obrarlo en secreto, sino que todos cuantos saben que sois deudor a Dios, sepan que por su bondad os da gracia para desearle algún quilate pagar, y vean vuestra paga y obras buenas y glorifiquen a Dios. Y cuando en vuestra natural flaqueza y poquedad sintiéredes algún polvo de intención vana, flaca o menos avisada y apetito de ser visto, o que sea la obra vuestra algo estimada, entonces os esconded y añadid algo a la abstinencia o a cualesquier obras buenas, y veréis que os hallaréis si sabéis granjear en vuestro ejercicio; y de todo lo demás, que se os pene dar nada. Mas cuando os topáredes con algún contemplativo muy ejercitado, comunicaos y tomad consejo con humilde voluntad, y siempre aprovecharéis, y tened cierta confianza oue aquél os aconsejará lo que en las cosas que tenéis alguna duda deseáis saber.

Esta confianza que aquí digo que tengáis, fundadla sobre dos cosas: la una, que es tan grande sin medida la inmensa bondad de Dios, que aunque aquel a quien preguntáis con humildad no haya sabido aquello, lo rescebirá en aquel punto de la divina bondad para os poder responder, si convenís vos y él en la humildad que se requiere preguntando y respondiendo. El segundo fundamento que os da aquesta certidumbre es que aquel a quien preguntáis, sabéis que es contemplativo, porque cierto he oído decir que saben muy grandes cosas, y muchas y de grande utilidad, los que en la quieta oración están muy ejercitados; y pues que a los que conocéis

que no lo están no habéis de comunicar vuestros secretos, no esperaréis su consejo. Mas si el que os da el consejo es perlado, y cual Dios quiere que sea (como lo son los muy más), quietaos en su parescer, confiad muy mucho en lo que le paresciere, porque nunca os faltará lo que puede la obediencia, que es madre de la oración, y es tanto su familiar compañera, que si están juntas las dos, nada hay que no sea posible al hombre que tiene fe.—Y ampárenos nuestro Dios por su infinita bondad.

CAPITULO XXXIV

Cómo debemos habernos con el vino y del grande acatamiento y profunda reverencia que se debe a las vigilias

Del vino no os podré yo aquí decir lo que cerca de mi intento querría poder responder; porque si no hubiese en la Escritura otra palabra contra ello sino aquella de David que en persona de Cristo nuestro bien dice que le escarnecerían los bebedores de vino [93], por sólo este fundamento lo debrían aborrecer los amigos de abstinencia, pues de nuestros propios padres hallamos su amistad; ni San Pablo había por su ejemplo mostrado a Timoteo a ser aficionado a ello, pues que por su enfermedad le aconseja que beba alguna vez algún poco; y de otros muchos lugares y de otros muy muchos santos también, como San Jerónimo, se conosce esta lición; y así como son mucho alabados los abstinentes del vino, así, y con mucha razón, deben ser vilipendiados los que allende la razón se hacen amigos de él; y nunca vi alguna cosa en mis obras varonil sino en dejar el vino (porque obrando el que a todos nos conforta, en quien todas las cosas podemos), dende el día primero que lo dejé, no lo volví a beber más, ni aun una sola vez, ni estando sano ni enfermo, ni andando cientos de leguas, ni en otros breves caminos; verdad es que, habiendo ya escrito aquesto, sobrevino alguna necesidad, donde lo volví a beber por cumplir con mi conciencia. Y aunque los dos años primeros me dió hartos ratos malos contra la sensualidad, así venció mi Señor a toda mi poquedad; que, hablando a gloria suya, digo que no me da más ver el vino en la taza que pintado en la pared; ni tornándolo a dejar me

[93] Ps. 68, 13.

dió ni poca ni mucha pena; por lo cual sea gloria a Dios. Y así, sin miedo, le dejen los que le quieren dejar, que el dejarlo los mancebos nunca deja de ser bien. Y no me acuerdo haber oído que alguno haya fallescido por le haber faltado el vino, mas es bueno de saber que nos dice la Escritura que muy muchos perescieron por demasía de comer y beber [94].

Cuanto al intento segundo de este capítulo, ninguna parte ni miembro hay en toda la abstinencia corporal a la cual con tanta razón se deba tamaña estima ni tan grande reverencia como a las sacras vigilias. Ni hay alguna penitencia que tanto dome y sojuzgue estos diligentes cuerpos ni los traiga a servidumbre de espíritu como las vigilias que son prontas y prolijas, no allende de discreción. Porque ellas saben hallar en su quietud y poseer lo que todas otras penitencias corporales requieren con distración. Y para que perseveren requieren a los principios más varonil afición, y a los medios, constante perseverancia, y en los más aprovechados piden mayor discreción, porque quieren a veces ser dejadas, sin que dejen. Las vigilias pueden negociar por sí si tienen mediana edad, y ellas solas, sin las otras corporales maneras de penitencia, son como rico vaso de oro; y acompañadas con ellas, son oro muy esmaltado con muchas piedras preciosas. Todas las otras maneras de corporal penitencia, si son solas y huérfanas de las sagradas vigilias, son de bien pequeña estima y de no mucho provecho y de poca perfición. Las verdaderas vigilias contino conoscen tiempo; en la Pascua, y en las fiestas, y en los más feriales días, aunque su alta dignidad en las noches más se enseña, en cualesquier de los tiempos y dentro en todas las horas, sin que requieran manera, andan con su libertad.

Y yo digo la verdad, que es para mí muy gran vergüenza hablar en esta materia, pero dígoos que está escrito que es cosa de gran provecho traer en continua memoria haber prometido nuestro gran Dios y Señor corona a los veladores cuidadosos de la oración y vigilias. Y si hay algo que no entiendan los en esta edad mancebos, trabajen de hacerse viejos en ella, y entenderán mucho más. La oración es ama que da leche a las vigilias, y las vigilias son madre de la oración, y el velar sin oración nunca tiene consonancia con las sagradas vigilias, y cumple velar y orar y no entrar en tentación.

---

[94] Eccli. 37, 34.

CAPITULO XXXV

Declarando la autoridad que Abrahán tuvo dos hijos, dice la causa por qué a veces la loable penitencia es de algunos murmurada y cómo en los trances tales se ha el abstinente de haber

Está escrito que Abrahán tuvo dos hijos [95], uno de su sierva y otro de su mujer; y que el hijo de la sierva fué habido según la carne y que nació según ella, y que el otro era según el espíritu, del cual espíritu era tan amigo, que por ser de todo en todo conforme con el querer de su padre, llevaba a cuestas la leña de su mismo sacrificio; y escríbese que el hijo que era carnal y propio hijo de carne perseguía y trataba mal al que era según espíritu; y así dice en aquesta autoridad que así como entonces era aquél perseguido de éste, así es también ahora. De manera que notada esta autoridad auténtica, está buena de entender la duda de esta pregunta, porque así como no se extreman en penitencia y aspereza concertada y discreta y de alabar sino aquellos a quien el espíritu ceba a despreciar los apetitos sensuales y de la carne que aun sin culpa podrían a veces tomar, bien así el que acierta a ser flojo en las cosas del espíritu no tiene a quien agradar sino a la sensualidad, y a los deseos más sensuales. Y como dentro en lo vivo de su conciencia no se deje sentir y conoscer por astroso lo que es malo, muchas veces descontêntanse de sí; mas porque ponen su estudio en ver cómo recrearán a su cuerpo mal empleado [96], aun viendo que no hacen mal, no se amaña a consentir, con parescerle que es bueno lo que el que come cabe él hace tan diferenciado, cuanto lo suyo no bueno, no juzga el otro por malo, y él lo del otro muy bueno no lo sabe tolerar, porque tiene parescer contrario de la razón.

Lo que se le debe responder a éste es aquesto: Si os sentís que tenéis fuerzas para conformaros más a vuestro estado, esforzaos algunos años, y tendréis de esto experiencia, con la cual será razón de admitir vuestro consejo; pero agora bien veis que no traéis razón, pues que sin

---

[95] Gal. 4, 22.
[96] Phil. 3, 19.

ser preguntado habláis lo que no sabéis por experiencia. Si tenéis necesidad, hacéis muy bien de tomarla, pero es muy culpable mal que no os parezca bien en otro lo que no pudiéredes vos, sabiendo que está muy bien y más conforme a su estado, al cual vos tenéis como él tan entera obligación. Y si no bastase aquesto, entonces, por buen remedio, acudir a otra palabra de esta misma autoridad, donde dice la Escritura: *Eche de casa la sierva* [97], que es la sensualidad, y envíe con ella su hijo, que es la floja inclinación; de manera que dejarle y reírse de su flojo parescer y hacer por él oración es lo que se ha de hacer.—Y sea Cristo nuestro amparo.

CAPITULO XXXVI

Declara la causa por qué los que más aprovechan, menos curan de sí mismos cuando en la oración se ceban

Muchas veces se ve que los que de nuevo despiertan al conoscimiento de Dios, cuanto más van aprovechando, más van persiguiendo a sí, aplicándose a aspereza y penitencia.

Crió Dios este hombre, compuesto de ánima y cuerpo; y siendo así que esta mi ánima fué criada en pura limpieza como la de Adán lo fué, no tocando en mayor o menos gracia, hízola tan generosa, que no sepa contentarse con satisfación entera con todo cuanto no es Dios; y crióla en disposición y con tanta habilidad, que teniendo su querer libre pudiese siempre ocuparse en la divina oración con el intento mental, para que en este destierro aun comenzara a gozar del olor de la bienaventuranza, para la cual Dios la crió.

Al cuerpo, porque bien sirviese al ánima, dióle muy graciosamente todo cuanto más sobre la tierra crió, y porque más a su voluntad y satisfación pudiese gozar de todo, crióle con cinco sentidos, en tan grande habilidad, que no solamente le fuesen sujetos los géneros y especies de lo criado en la tierra y de la tierra, mas que aun de los accidentes de las tales cosas criadas, conviene a saber, del color, del olor y del sabor, pudiese muy bien gozar. De manera que cebando los ojos en toda la hermosura y color, a los oídos fuese derechamente sujeta la sonable

[97] Gal. 4, 30.

melodía, al anhélito sojuzgó todo aromático, todo lo suave al tacto, y al gusto de un paladar todo universal sabor. Y como las obras de nuestro benigno Dios sean en sí todas perfectas, en aquestos accidentes de los géneros y especies puso tanta suavidad y en los sentidos del hombre dió tan grande habilidad, que, doquiera que se topan el hombre y aquestas cosas gustables o suaves a lo sensual, se tratan con tanto amor, que así como las cosas se dan todas a los hombres, así los hombres que son desmirados y sensuales se dan todos con su todo al querer de lo sensual.

Y así como el ánima dada a la divina contemplación priva con lo más lo que es menos, así el cuerpo que es del todo aficionado a gozar de lo sensual merece muy justamente que le sea quitado el todo, conviene a saber, todo el gusto espiritual. Y este su contentamiento, con el ver y con el oír las cosas que son sensuales, le es entero impedimento para que, viendo éstas con toda su voluntad, le sean quitadas aquéllas y toda la libertad que Dios le da y él desecha, y de éstos se escribe bien: Porque no vean con ojos interiores las cosas intelectuales aquellos que de todo en todo se emplean en querer ver y gozar solas las cosas visibles con los ojos corporales [98].

Pues como estas ánimas, con toda su habilidad, sean empozadas en estos míseros cuerpos, aun lo que ellos han en la tierra de ver ha de ser con corporales sentidos; los cuales están en el gusto y sentimiento tan sensualmente cebados, que toda su recreación está en mostrar afición sólo a la sensualidad. Y el ánima está encerrada donde aun no puede hablar para mostrarse agraviada, y tanto dura este agravio, que ella misma se descuida y olvida o se pierde; y en olvidándose de esto, no le queda qué buscar, y así es sensual con su cuerpo, y descuidada del señorío natural de su generoso estado, vase por donde le llevan y donde quieren está.

Agora habemos de notar que cuando la benignidad de nuestro Remediador despierta y trae para sí al hombre que de su Dios y de sí había estado descuidado, aquella misma bondad de Dios que le despertó le despabila los ojos del dormido entendimiento porque puedan aclararse y reconocer a Dios. Y como aqueste divino conoscimiento se entregue a la voluntad, luego aquesta voluntad entrega todo su amor a aquel bien que conosció, y como comienza a amar muy luego a aquel mismo amor, reconosce lo que halla y siente lo que antes había perdido; y por no ocupar el tiempo para no dejar de amar, ya que reco-

---

[98] Luc. 8, 10.

nosce a Dios, repasa al entendimiento aquello que no sin él conosció; pues como el entendimiento sea a la voluntad sujeto y conozca él que es su siervo y que a todo lo que le mandare debe obedescer, hácesele tan conforme, que acontece convertirse a inteligencia; y casi disimulando no se cura de entender lo que ve que ama ella mucho, y con muy grande razón. Pues como entendiendo comprenda lo que hasta allí ha perdido, y comprendiendo entienda las causas que de tal pérdida le han sido ocasión, y de todo en todo vea que ha sido el gusto de los sensuales sentidos, declara a la voluntad todo aquello que ha sabido y ella quiere castigar al que es digno de castigo; y como el imperio del libre querer esté en el hombre sujeto a la razón, de esta causa, el hombre que ya tiene captiva la voluntad y el querer y entendimiento en el amor de su Dios es pronto para quererse vengar de todo el exterior hombre, y de sus vanos sentidos, y de su sensualidad, por cuyo contentamiento ha perdido lo que pudiera tan largamente ganar. Y así, comenzando a reconoscer a Dios, le comienza luego a amar; y porque a la pronta voluntad le conviene no tener más que un amor, plácele de desamar lo sensual que antes amaba y amar su dulce amador, conosciendo que antes en todo erraba. Y así comienza a quitar las recreaciones al cuerpo, por las repasar al ánima, habiendo tanta razón cuanta al ánima quitó la consolación para ponerla en el cuerpo; y porque el gusto de los sentidos corporales le ha sido causa de todo el perder, tiene muy por bien y quiere que, por la privación de ellos y de su delicadeza, se pueda esto remediar. Y de aquí es que el Apóstol, despertado de Dios, volvió sobre sí luego que le conosció, y comenzándole a amar comienza a tratar ásperamente los sentidos de su cuerpo, y luego pudo decir: *Castigo mi cuerpo, y hágole ser sujeto* [99], y que se avece a servir; y dice que, teniendo tasado mantenimiento y con qué poder cubrirse con entera honestidad, es del todo satisfecho.

Así ha de hacer nuestro hombre, sabiendo que aquel que ama más a Dios terná muy menor cuidado de entender en el socorro de aquesta sensualidad, la cual sabe que fué la que le estorbó el conoscer y el amar cuando le andaba aguardando, y porque ya no le estorbe procúrale perseguir, y así castigan sus cuerpos todos los que tienen fuerzas cuando se vuelven a Dios; y así, como más va amando a Dios, va desamando a quien le estorbaba su amor, y como la continuación larga de la costumbre sensual pudo hacer hábito en el alma y hacerla

---

[99] I Cor. 9, 27.

descuidar y conformarse con él, así, v con mucha más razón, lo que el ánima acostumbra, a la larga hace conformar al cuerpo y casi convierte en hábito los muchos actos que a la larga frecuenta, hasta tornársele dulce lo que le solía amargar; y cuanto va tomando de aquello que no tenía, es a saber, del conoscimiento y amor de su Dios, tanto va dejando de aquesto que antes quería, que era su sensual recreación, hasta venir a pureza de pan y agua, y casi a dormir en tierra, y a todo lo que a esto ayuda, sin saberse contentar y descuidándose de sí; y cuando hay falta en las fuerzas, si no hay falta en el amor, no se le da tres cornados por todas las asperezas, ni tiene en nada el dejarlas, ni se le hace de pena el tornarlas a tomar.

Así que sea conclusión sentir, con San Gregorio, que así como la carne se sustenta deleitablemente con las cosas delicadas, así el ánima se fortalesce y se esfuerza con las duras y ásperas, porque las cosas blandas recrean la carne, y las duras ejercitan el espíritu; y así como las cosas trabajosas y ásperas afligen la carne, así las deleitables disipan el espíritu, y ciertamente es verdad que de allí muere el ánima para siempre de donde la carne vive en deleites temporales y brevemente. De manera que los estrechos ayunos y concertada abstinencia, y el cilicio y aspereza en el dormir y vestir, la frecuencia en las vigilias y la continua oración, con discreción ordenando lo uno y lo otro, es lo que al ánima engruesa de grosura perpetua con trabajo corporal, el cual muy de voluntad desea y le busca con codicia y abraza con afición, la cual la oración despierta; y como el que a la oración se da más, aquél gusta más los requiebros del amor, y el que más ama a su Dios siente más lo que perdió el tiempo que no le amaba con afición, y conosce que aquel no amarle era porque él se ocupaba en recrear aqueste cuerpo y sus sensuales sentidos más de lo que era razón. Ahora que en amar se ocupa, siente más lo que perdió, y está recatado de sí mismo y de su cuerpo sensual, y procura castigarlo con San Pablo y volverlo a servidumbre; y sea Dios en nuestro amparo y no nos deje olvidar aquesta aniquilación, para que con humildad le sirvamos y le amemos con profunda reverencia.—Amenle cuantos crió.

ES ENTERA CONCLUSIÓN DE ESTA PARTE PRIMERA DE NUESTRA ANIQUILACIÓN Y PROPIO CONOCIMIENTO, POR DONDE HA DE COMENZAR EL NUEVO CONTEMPLATIVO.—SEA GLORIFICADO DIOS

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE

QUE TRATA DE LOS MUY ALTOS MISTERIOS DE LA HUMANIDAD DE CRISTO, EN EL NOMBRE DE JESÚS

PROEMIO DE LA PARTE II

En los días pasados escrebí la causa por la cual en los papeles que me mandó que escribiese de nuestra aniquilación o modo de conocernos no toqué nada tocante a la humanidad sagrada de nuestro muy dulce Jesús. Quise agora, por conformidad del tiempo y porque sé estar ese gusto aparejado, darle estos siguientes puntos, cuyas puntas se me antoja que podrán penetrar las entrañas lastimadas. Pero, porque pocas veces podremos hablar en esto, parescióme tomar algo de algunos pasos y hacer de todos una recapitulación breve, en la cual puede esa ánima entender la orden que en el proceder en esto deseo llevar.

Y si tuviese Dios por bien que hubiese tantas ánimas que en pronto supiesen, y pudiesen, y quisiesen sentir y seguir la vida ejemplar de nuestro verdadero dechado maestro Cristo Jesús, nuestro abrigo y amparo, cuantas lenguas hay que quieran y pueden hablar libremente de ella, gran consolación sería a las entrañas más blandas que le procuran seguir. Y porque me falta la obra, aunque está vivo el deseo, que lo da de balde por sola su bondad Dios, confieso, en la presencia de los ángeles de Cristo Jesús y delante de los hombres, ser vergüenza y confusión osar yo hablar en esto con tan flaco fundamento y tan bronco corazón. Mas por despertarme a mí y darle satisfación por cuyo amor la pide, porné los siguientes pasos, sin tocar en lo demás, los cuales puedan darle noticia cómo los deseo sentir, si los supiese buscar. Y solamente diré algún tanto de la oración, y agonía, y sudor de sangre, y de la presencia de Herodes y discurso entre los malvados jueces;

un poco de la columna y el *Ecce homo* de Pilatos, y de la conclavación, con algo de las palabras que Cristo Jesús habló en la sagrada cruz, y del descendimiento de ella a los brazos lastimados de su mestísima Madre ; y todo con brevedad, mediante la infinita caridad de Cristo crucificado.

Y porque todo lleve orden, antes que a estos puntos lacrimables se proceda, represento a las entrañas de esa ánima esa altísima materia de la sacra encarnación, con algunos puntos o pasos o apuntamientos de la *Calenda* y de la *Natividad;* lo uno y lo otro, puesto por más alto estilo que requiere la miseria de este idiota fraile lego. Y sea conoscido Dios, que, sin aceptar personas, repone en vaso tan digno de confusión, tan abundante en tibieza y tan falto de virtud tesoro de tanta estima, o dígase inestimable, y tantas preciosas piedras, tan entrañables riquezas, con tanta magnificencia y tan a mi confusión ; porque no estoy sin sospecha si estas cosas me las da para los otros, y quedaré vacío de ellas, pues que así soy vaciadizo, como el que es predicador de sólo púlpito y lengua, a quien aquesta sospecha se debe, así como a mí, que salgo en tinta y papel en abundantes palabras, y no sé si algo me queda, y veo mi relajación y temo. Porque si en la sagrada Escritura los que oyen la palabra y no la ponen en obra son comparados al que se mira al espejo y luego se olvida qué tal es su mismo gesto [1], ¿cuánto más, y con muy mayor razón, temerán ser olvidados, y confusos, y dejados del espejo de la clarísima luz aquellos que escribiendo y enseñando entienden lo que no quieren obrar?

A todos ampare Dios, que en él sólo es el remedio, de la su inmensa largueza, por Cristo Jesús, bien nuestro.

---

[1] Iac. 1, 22; Matth. 7, 24.

CAPITULO I

Pone el modo de contemplar el altísimo misterio de la sacra encarnación por vía de fundamentos de fe. Y contiene once capítulos: los cinco son propios del altísimo misterio; los cuatro son apropiados al altísimo misterio; el penúltimo da manera para ir el ánima a Dios; el último corresponde a este penúltimo

Para venir el ánima en conoscimiento de la inmensidad de este inaccesible misterio según la posibilidad con que el mínimo gusano puede comprender alguna delicada parte de la felicidad para la cual Dios nos crió, así se podrá extender. Notando que no digo que aquí busque el cómo fué, porque esto ni aun los cielos de los cielos ni los serafines no es posible que lo alcancen de sí mismos, mas lo que el ánima busca es esto que sabe por doctrina y ve por fe, cómo se podrá admirar con muy inmensa alegría y hacimiento de gracias. Y lo que busca de aquí es querer ver, según su posibilidad, que el que no cabe en los cielos pudo y supo y quiso caber en el vientre virginal. Y procediendo va así:

Una es la persona del Padre Eterno, otra es la persona de su Eterno Hijo y otra es la eterna persona del Espíritu Santo. Mas sola una es la divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; sola una igualdad de gloria y de majestad eterna.

Del escondimiento oculto del secreto inaccesible de esta inmensa y coeterna Majestad nasce *ab aeterno* una fuente de agua viva, la cual sale del paraíso y siempre está dentro en él, o el paraíso es dentro en ella o ella en sí se es paraíso, y riega el huerto de todas las plantaciones. Establécese en tres ríos de eterna divinidad: el primero es de infinita potencia; el segundo, de sabiduría infinita; el tercero es un todo en bondad inmensa. En persona del primero dice San Pablo [2]: *yo planté;* conviene a saber, criando. Y en persona del segundo dice que *Apolo regó,* sustentando. Y en persona del tercero dice que *el Señor da el crescimiento,* aprovechando cuanto la potencia crió y la sabiduría graciosamente sustentando gobierna. De manera que uno mismo es el que plantó el huerto de su Iglesia

---

[2] I Cor. 3, 6.

y aun enjirió en él frutales de suave olor y sabor (que San Pablo injerto fué en peral suave y fecundo, sé que antes guadapero silvestre era). Y enjirió a San Agustín de espino en fruta de suave gusto, o en oliva de muy suave untuosidad, y él mismo es el que su huerto siempre con su gracia riega, y él mismo le da el cresmento, despertando de las piedras o corazones lapídeos prontos hijos para Abraham, que es él mismo para sí [3].

Estos tres divinos ríos se establecen en un piélago; notando que yo no he dicho que la fuente establece de sí tres ríos, sino que ella se establece en tres ríos; porque no es una cosa la fuente y otra los ríos, antes los ríos y la fuente son una substancia misma. Y así, ni tampoco digo que los ríos establecen de sí el piélago, mas que se establecen en él; porque los tres ríos y el piélago se son una esencia misma; ni la fuente tiene principio, ni tienen medio sus ríos, ni el piélago tiene fin. Ni la fuente mana más de lo caben sus ríos, ni los ríos tienen menos de lo que mana la fuente; y el piélago aqueso tiene que los tres ríos o la fuente. De manera que una es la fuente potentísima en manar, y no otra cosa el río fecundísimo en correr con quietísima igualdad, ni otra el piélago profundísimo de infinita inmensidad. Mirando que no se sient[e] que hay fuente y piélago, sino fuente o piélago; porque el piélago y la fuente, esa misma cosa se es, y esa misma son los tres ríos, como arriba queda dicho. Y si decimos que es fuente, no tiene circunferencia, ni el entendimiento humano la puede jamás hallar, mas puede engolfarse en ella. Y si piélago decimos, no tiene profundidad determinada, ca a los abismos excede, ni sus príncipes la alcanzan a penetrar. Ni los ríos tienen ribera ni se pueden vadear, porque levantan sus ondas más altas que el alto cielo, muy más que él dista a la tierra, ni aun los cielos de los cielos pueden tan alto encumbrarse. Y los ríos distintos son todos tres, ni es el uno más que el otro ni menos que todos tres.

Mas el uno una vez salió de madre, sin sobrepujar los dos en grandeza y sin su diminución, y es porque había entrado en madre sin dividirse los tres, siendo distintos. El río se dice ir en madre cuando va por la canal que suele ir; y cuando por su gran llenedumbre toma más de lo que antes ocupaba, quedando llena la madre, se dice *salir de madre*. Declárome así: el nacer del Verbo divino de la fontal fecundidad del Padre Eterno por vía de divino entendimiento llamo *canal natural;* la cual siempre va llena y siempre corre sin intervalo, porque el Hijo siempre nas-

---

[3] Matth. 3, 9; Luc. 3, 8.

ce y el Padre siempre engendra a su solo Hijo; y cuando este río que es el Hijo, por la gran llenedumbre de su inmensa caridad, tomó naturaleza humana en unión personal, digo que ocupó más de lo que antes tenía, sin dejar de siempre nascer del Padre. Y este humanarse o encarnar llamo *salir de madre,* quedando la madre llena y sin dejarla. Otro fué su temporal *salir de madre,* que no fué sino salir del vientre virginal por nacimiento natural, dejando llena la Madre de gracia y integridad virginal; pues salió de madre temporal este río y regó toda la tierra rociándola con la pluvia de la fe.

De estos tres ríos sólo el segundo es el que salió de madre eternal y temporalmente; y si no saliera de madre temporalmente, es a saber, si no encarnara, nasciera y regara con su gracia, no hubiera quien el continuo y eterno salir de madre entendiera ni creyera; pues, salido la segunda vez de madre, declaró su salida primera y segunda diciendo: *Salí del Padre* [4], y sin apartarme de él (esto declara la primera y eterna salida), *y vine en el mundo* (esto dice de la segunda y temporal salida de madre virgen). Estas dos salidas de madre, aunque fueron dos nacimientos, pero no de dos personas ni de dos ríos, mas un solo río y una sola persona, fué la que dos veces nasció. De las cuales dos veces o dos nacimientos, siendo la una sempiterna, siéntase que siempre y perpetuamente nasce, y aunque en el segundo nacimiento se le añadió naturaleza humana que antes no tenía, pero no se le añadió persona; mas antes de ambas naturalezas divina y humana resultó una persona sola, que es Cristo, así como de dos naturalezas, corporal y espiritual, en el hombre resulta una persona humana y no dos.

Volviendo sobre nuestro fundamento, si la fuente sentimos ser la infinita inmensidad, el piélago sentiremos que aquesa inmensidad infinita también es, porque el ánima no siente que hay fuente y piélago en el simplicísimo intento, mas sólo fuente o piélago en substancia simplicísima. Porque si fuente es, en los tres ríos se establece, y el ánima engólfase en la purísima fuente y ensánchase en los tres ríos en distinta Trinidad. Mas los ríos aun no dice que procedan de la fuente con una simple igualdad, sino que el un río, la misma fuente lo engendra. Así que se sienta que el Padre Eterno, que es primero en los tres ríos (y aquí entendemos que es fuente), engendra perpetuamente el segundo río de estos tres ríos caudalísimos y es una substancia misma, y son ya dos distintos ríos, de los cuales procede muy igualmente otro río de infinidad,

[4] Ioan. 16, 28.

es a saber, el Espíritu Santo, que es tercero río distinto, y que es otro sin ser otro en perfecta Trinidad. Y sin salir de la fuente de la divina unidad se ensancha el ánima en todos tres ríos, es a saber: en la Trinidad sacratísima y distinta; de manera que comienza a contemplar la inmensidad de la Unidad simplicísima y pasa a la contemplación de la Trinidad distinta sacratísima, y como es una sola y purísima substancia simplicísima, va diciendo que en los ríos no halla más de lo que tenía en la fuente, así como si confesando la fe dijese: la Unidad y Trinidad es una sola substancia simplicísima.

Porque siempre habemos de honrar, reverenciar y adorar la Trinidad de las divinas personas en unidad de substancia eterna, y la eterna Unidad en Trinidad personal, en tres personas distintas, que es solo y un Dios vivo, eterno y verdadero. Entendiendo que no mana más la fuente de la Unidad de lo que se halla en los tres ríos que entiendo la Trinidad, y como la fuente se estableció en los tres ríos, así los tres ríos en piélago se establecen con el golfo de la fe. Y en lo que aquí el ánima se puede diferenciar es que cuando ella con quieta simplicidad llega a beber a la fuente, ve la fe, la esperanza y caridad que Dios inmenso le dió gozarse sobre los ríos. Pásase de la fuente única y simple a la inmensa Trinidad, y estando toda engolfada, deja allí la fe, la esperanza y caridad, y sin apartarse de ellas entra en el golfo infinito, piélago de inmensidad, y ve que en este capítulo por fuente o piélago ha de entender la divina esencia en unidad simplicísima, y por tres ríos entiende aquí aquesa divina esencia en Trinidad perfectísima; y contemplando procede de un intento otro, y entiendo que dos intentos son uno solo y no más, y quiétase en sólo Dios, y de sólo él pide amparo por los méritos del Verbo divino encarnado, nuestro suavísimo Cristo.

CAPITULO II

Muestra que alguna vez en esta materia entiende por piélago la divinidad, así como se ha sentido en el capítulo pasado; y que en este capítulo se entienda por río la humanidad asumpta, y por fuente, la serenísima Madre siempre virgen. Y que no hay otro camino que la humanidad de Cristo para la divinidad

De manera que la contemplación alta, las veces que es más purísima, o comienza en la Unidad infinita, y purísima, y perfectísima, y puede pasar y se pasa a la inmensa y perfecta Trinidad; o comienza en la Trinidad perfectísima y distinta, y pásase a la Unidad inaccesible y simplicísima; y en esta reciprocación o vuelta o repasamiento desea reparar la vida. Mas si queremos pensar que sea el piélago infinito la inmensidad de mi Dios, el río sentiremos que sea su sagrada humanidad, y la fuente de la gracia, las entrañas purísimas de la Madre virginal; aun mucho levantará en el vuelo el pronto espíritu si quiere mirar que el piélago sin medida recibió en sí el río medido, es a saber, la divina substancia recibió substancia humana, y que el piélago infinito, y el río medido, y toda la inmensidad supo y quiso encerrarse y se encerró en la fuente pequeñita, a saber es, en las entrañas de la Virgen se encerró el Verbo divino, y en ellas y de ellas tomó la sagrada humanidad.

Y si el piélago y el río procedieron de la fuente, quedando siempre entera en toda su integridad, aun ayudará al espíritu si para considerarlo se suelta de las prisiones y pesadumbre del suelo; mas si la pequeñez del río puede encubrir la inmensidad infinita del inmensurable piélago sin perjuicio de toda la inmensidad, ¿qué será sino volar, pues hay tan altas anchuras? Si el ánima se quisiere ir a engolfar en el piélago infinito que es sin fin y sin principio, y es su principio y su fin, ¿qué le converná hacer, sino entrarse por el río [de] su sagrada humanidad? Pues que es cierto que no hay más pronto camino para la mar que es el río, ni para la inmensidad no lo hay otro sino Cristo, ni a la ánima criada para se engolfar en la inmensidad de Dios hay viaje que le convenga sino el que Cristo llevó queriendo enseñarla allá, pues para esto se hizo hombre y para esto padeció.

Y aquí se debe notar con aficionado intento, como ya queda apuntado, que cuando *piélago* digo, y así cuando digo *fuente*, algunas veces entiendo por la substancia eternal o por la esencia divina, substancialmente uno, y cuando digo *tres ríos*, esa misma esencia entiendo personalmente trino; alguna vez por piélago entiendo la *persona paternal*, de la cual nasce eternalmente el Verbo Eterno divino, que él no cesa de engendrar, que es segundo en los tres ríos; alguna otra vez entiendo por piélago la *divinidad*, y por río, la *humanidad asumpta;* por fuente, las *entrañas virginales*, así como diciendo que el piélago sin medida y el río medido cupo en la fuente o procedió de la fuente; mas es mucho de notar que diciendo el piélago sin medida cupo en la fuente no quiere dar a entender que el Padre encarnó, sino que el Hijo engendrado y el Padre que le engendró, engendra y engendrará son una sola substancia misma, y para encarnar el Verbo divino no se apartó de la igualdad paternal.

Todo entendimiento y toda naturaleza no puede aquesto caber, mas cabe en la simple fe de cada uno de los fieles; y lo que al natural seso le causa maravillarse, a la fe que es viva y simple da alegría y admiración no dudosa. Porque la fe no halla de qué se maraville con duda, porque ve que puede grandes cosas el que sabe ella muy cierto que es del todo poderoso para poder mucho más; ni se ha de maravillar que sepa regir el mundo el que sabe ella muy bien que puede regir cien mil y sobrar sabiduría; ni menos se maraville de mirar grandes bondades en aquel que ella conosce que es de todo en todo bueno, y sin él no hay ningún bien. Mas viene en admiración cuando contempla en su Dios potencia infinita, tan desmedida bondad, y tanta sabiduría, que entienda y pueda entender que no quiere más que puede, mas que el poder y el querer se son una misma cosa, y eso se es el infinito saber, y es una simplicidad, y es una sola unidad, y es trinidad perfectamente distinta.

Y cuanto estas admirables perficiones se ensanchan en la fe viva del ánima que está del todo vivificada en su vivificador, tanto tiene más lugar para ensanchar y gozarse sola en sí estando sola en su Dios y admirarse y no se maravillar; porque una cosa es muy distinta extenderse en maravilla o gozar de admiración. Mas el seso natural no es así como la fe, antes sin saber de sí rescibe por maravilla lo que no sabe entender, y en su desfallecimiento ha socorrido la Iglesia con decirnos a los simples que con limpio corazón nos basta sola la fe. ¿No nos suena en las orejas que nuestra madre la Iglesia, requebrando sus amorosas entrañas con nuestra muy gran Señora, le

canta en voz descubierta que engendró a su Engendrador? Sé que sí; pues si ésta es admiración, puédese quietar en ella; mas si entendéis maravillarse, ¿por qué es esta maravilla, sino porque no ha sabido toda la naturaleza entender la viva fe en este altísimo punto, la cual todo el tiempo que está viva no sabe maravillarse con duda, más goza de admiración?—Y ampárenos nuestro Dios.

CAPITULO III

Que mostrando la eficacia de las palabras de la Virgen y la perfecta y momentánea obra de la sacra encarnación, dice que así como permanesce Dios en toda la humanidad asumpta y en cada partecica de la carne de Cristo, así en la hostia consagrada y en cada cual de sus partes; y qué cosa es conmixtión

¡Oh alteza de riquezas de la sabiduría [5], potencia y bondad de Dios, no alcanzada de los hombres y escondida a la esciencia angelical!, que el piélago que es de grandeza infinita se supo y pudo encerrar en la fuente pequeñita sin perjuicio de la grande inmensidad y sin en nada ensanchar los términos naturales de aquella fuente benigna fecundísima, sin esto nadie entender. El ánima libertada levántese a recobrar delicada admiración, contemplando que el querer Dios encarnar fué la perfectísima causa de la sacra encarnación, pues su saber y querer fué sin tiempo, y su potencia. Sintiendo también que cuando la serenísima Virgen pronunció la primera de sus palabras, esto es: *He aquí la sierva del Señor* [6], aun no estaba comenzado alguno de los sagrados misterios, y cuando acabó de pronunciar la segunda, conviene saber: *según tu palabra sea hecha en mí la voluntad de mi Dios, pues que soy yo su sierva*, ya era perfectamente preñada de Dios y hombre verdadero, con segura certidumbre de la perpetua permanencia de la integridad de su sello virginal.

Ni fué algún punto antes acabada de pronunciar su palabra que de perficionar su preñez, mas en el mismo instante que la pronunció fué en sus íntegras entrañas dis-

---

[5] Rom. 11, 33.
[6] Luc. 1, 38.

tinta la sacratísima carne de nuestro Remediador, y en el instante mismo fué criada su felicísima ánima, y no fué primero la carne y el ánima que hubiese perfecta unión, ni la hubo primero que fuese perfectísimo varón, suficientísimo en cuanto hombre para regir todo el mundo en tan alta perfición como cuando fué perficionada su edad. Ni fué antes hombre que hombre y Dios, mas en el instante mismo fué la sagrada ánima y felicísima carne levantada o ensalzada en todo Dios con perfectísima unión, sin que hubiese conmixtión; porque conmixtión hace de dos cosas distintas una que no se pueda distinguir, como la conmixtión que hace el vino en el agua, o el agua que se le infunde la sal, que siendo juntos los dos se quedan indivisibles ni hay querer que los divida, y el querer libertadísimo siempre está en su libertad en el gran querer de Dios, porque su querer y poder nunca se apartan, como pueda cuanto quiere, y quiso por su perfecta bondad tomar nuestra humanidad sin perjuicio de su perpetuo libre querer, sin padescer conmixtión; porque nuestra humanidad, que perfectamente unió a sí, cuando quiera que él quisiese, la podría muy bien dejar.

Esto nunca lo querrá, porque sus obras perfectísimas son siempre, y como en el instante que su carne sacratísima tuvo ser en el vientre virginal, en aquel instante mismo, sin punto de distinción, tuvo ánima racional altamente perfectísima, y en aquel instante mismo fué tan perfectísimamente toda el ánima en cada partecica de su carne sacratísima como en toda; y en aquese mismo instante fué Dios tan enteramente todo en cada partecica de aquella sagrada carne como en todo el sacratísimo cuerpo y felicísima ánima, y tanto en todo y tanto en cada parte cuanto todo en su eterna esencia, porque Dios inmenso puédese dar a partes, mas no se dará en parte, sino siempre se da todo, que es substancia inseparable. De manera que la parte continente, partecita puede ser, mas el contenido es todo, y en el simplemente todo, nunca se divide parte.

Y si el cuerpo sacratísimo de Cristo fuera partido en mil partes cuando fué crucificado, permitiéndole así Dios, y cada parte apartada más que cien mil leguas de otra, fuera necesario creer que en cada una de las partes permaneciera así indivisible Dios en su purísimo todo cuanto estuvo en el vientre virginal y proceso de la vida, y cuanto estuvo en la cruz con el cuerpo lastimado, y cuanto estuvo en el limbo con la ánima felicísima dando gloria a los que de él la esperaban, y con tanta integridad y tan inmensa grandeza, y tan alto señorío y tan inmensa potencia, y con tal sabiduría y no con menos bondad que

estuvo *ab aeterno*, y ahora está y estará siempre, en su esencia divinal. De esta misma manera y con toda perfición y integridad permanesce tanto en la hostia consagrada estando entera cuanto en cada partecita, si fuere en partes partida y a mil lugares llevada.

Porque así como en el instante primero del altísimo misterio de la sacra encarnación rescibió así cada partecica de la sacratísima carne como toda y permaneció con perpetuidad en ella, y esa misma carne en quien permanesce Dios es la hostia consagrada, es necesario que así como está dicho y se ha de creer lo que del cuerpo de Cristo pudiera ser en mil partes partido cuando fué crucificado, que aqueso mismo se crea de la hostia felicísima siendo en mil partes partida después que está consagrada, pues que ella es el continente que se puede dividir, y Dios humanado es el contenido en la hostia consagrada, indivisible en substancia; mas los accidentes de ella, que son la forma, el tamaño y el color, etc., bien se pueden dividir,

Y si el ánima, contemplando lo que queda dicho arriba, preguntare a sí misma con excusada curiosidad cómo no habiendo conmixtión está y permanesce Dios en la parte o partecita de la carne sacratísima que de la Virgen tomó, la respuesta está no menos clara que presta y satisfactoria, y es ésta: de Dios es toda potencia, del ánima es la fortalecida fe, simple si ha de ser perfecta; del corazón es una muy pura firmeza, mas del seso, sentido y naturaleza es muy cierta enfermedad; pues todos estos enfermos sean lanzados luego fuera, y enciérrense o sean encerrados en su desfallecimiento y entiendan su poquedad; y quédese en su pureza afirmado el corazón, y al ánima bástele la sola fe. Y quietándose, goce sola en la virtud de Dios, donde se alegran los justos [7], y vea que tiene licencia de las grandezas de nuestro Dios para contemplar que el piélago que es más ancho que la mar, y más largo que la tierra, y más profundo que el abismo, y que sus olas levanta muy más altas que los cielos, lo tiene todo cercado en la fuente purísima y felicísimo venero que es la reina virginal.

De manera que antes no hallaba en el piélago ribera, y ahora la fuente es ribera por donde puede llegar a engolfarse donde antes le convenía ser del todo desechado con justa severidad. Mas como se le concede con entrañable afición al ánima aficionada contemplar la alteza de este misterio, así le es de todo en todo entredicho querer en nada ahondar el secreto inaccesible en el cómo, pues la Virgen lo ignoró, y lo preguntó al ángel como quien no

---

7 Ps. 20, 2.

lo sabía [8]; ni el ángel se lo aclaró, pues se ve que después de sus sacros coloquios cerró la puerta a todo entendimiento, concluyendo que no hay cosa imposible a sólo el querer de Dios. Ni a la sapientísima Virgen le quedó que preguntar, mas con dos palabras cercó los cielos y tierra. Porque ¿qué otra cosa hizo diciendo *he aquí la sierva del Señor*, sino abrazar y abajar toda la tierra, y diciendo luego: *haga en mí su voluntad según tu palabra*, alzó aquesa misma tierra que la Virgen en su persona abajó hasta más alto que el cielo, y tanto más alta que él cuanto su inmenso Criador era muy más alto que ella? De manera que donde conosció a sí misma por sierva del universal Señor, de allí se dió a conoscer, y de allí la conoscemos y tenemos por universal Señora de todo cuanto no es Dios. Y de aquí también sabemos que tanto cuanto alguno es de Dios más sujeto siervo, tanto es más Señor del mundo y de cuanto en su ser es, el cual mundo tanto es más sujeto al hombre cuanto de aquese hombre el mundo es tenido en menos, mas por poco en que lo tengo, es muy menos su valor.

El ánima cuidadosa deléitese en la ribera y procúrese engolfar en el piélago infinito de la inmensidad de Dios, que sin poderse vadear se ha consentido cercar de nuestra fuente extrema en fecundidad, porque está escrito que *la mujer cercó al varón*.—Sea Cristo nuestro favor.

CAPITULO IV

QUE DECLARA AQUELLA PALABRA ALTÍSIMA: «QUI CONCEPTUS EST DE SPIRITU SANCTO», CON OTROS PUNTOS MUY DIGNOS DE ADMIRACIÓN

Pues al piélago infinito hemos hallado ribera tan segura y tan cierta, tan jocunda y deleitable y de tanta suavidad, que es nuestra muy gran Señora, muy gran cobardía será no desearnos engolfar, tomando con ambas a dos las manos del ánima, que son la memoria y voluntad, la llave que nos abrió la puerta de nuestra reparación. ¿Y por ventura hay a quien no conste que es aquella felicísima palabra con que la serenísima Virgen se sublimó muy más que los serafines y aun se mostró ser su universal Señora, y con ella reparó a todos los agraviados abriendo la puer-

[8] Luc. 1, 37.

ta del sagrario virginal, sin perjuicio de la perfición de su sello, a nuestro Dios y Señor cuando, respondiendo al ángel, acabe de pronunciar: *Sea hecha en mí según tu palabra* la voluntad de mi Dios? [9] Porque no acabó primero que le pudiese la Iglesia cantar, haciendo relación del Verbo Eterno, esta canción: *Qui conceptus est de Spiritu Sancto ex Maria virgine;* la cual palabra admirable, que contremesce al infierno y al cielo hace gozar, asegurando la tierra, pudo sin medio sonar con verdad felicísima *inmediate* a la que ya queda dicha que la Virgen pronunció, porque nunca fué antes dicha que hubiese Dios ensalzado y tuviese recebida nuestra pobre humanidad.

Notando que Dios Padre es purísima substancia, como el Verbo divino es simplicísima esencia, y que el Espíritu Santo así es substancia purísima como esencia simplicísima; y el Padre Eterno y el divino Verbo no tienen más que un espíritu, que procede igualmente de los dos, y con ser los tres distintos, es indivisible Unidad. El Padre Eterno es espíritu purísimo y simplicísimo, y el Verbo divino es espíritu purísimo y simplicísimo, y el Espíritu Santo es espíritu purísimo y simplicísimo; y decir que el Verbo divino es en las entrañas virginales concebido de Espíritu Santo significa en las venas de las entrañas del ánima que toda la Trinidad no es más que un perfectísimo espíritu, y toda la Trinidad indivisible se entiende y debe entender en esta sola palabra, conviene saber: *es concebido de Espíritu Santo*. No que se pueda entender que encarnó sino sola la persona segunda de la inaccesible Trinidad, la cual *ab aeterno* y para siempre se engendró, engendra y engendrará de la persona primera, esto es, del Padre Eterno, por vía de divino entendimiento de su alta divinidad: pero que en esta palabra, *que es concebido de Espíritu Santo*, se entienda y deba entender que el Padre y el Verbo divino tienen no más que un espíritu, que, sin diferencia alguna y con inmensa igualdad, procede de ambos a dos dende siempre y para siempre, y es la persona distinta tercera en la Trinidad; y en pureza de substancia, digo en substancia purísima, no es más que una misma cosa con el Padre Eterno y con el divino Hijo.

Y decir *que es concebido de Espíritu Santo* da en el ánima a sentir que toda la inaccesible Trinidad obró esta incomprehensible obra y sólo el Verbo encarnó, y como dende siempre sea Dios, antes que fuese Dios y hombre, no fué posible, ni aun un instante, ser hombre antes que fuese hombre y Dios.

De manera que se sienta, en medio del escondido se-

---

[9] Luc. 1, 38.

creto del corazón de la fe, que en el instante que fué distinta en las entrañas purísimas de la Madre siempre virgen la sacratísima carne que con la racional ánima felicísima fué y es la asumpta humanidad, en la muy perfecta unión de aquella ánima y su carne se entrepuso y fué enjerido el Verbo eterno divino, y fué hombre y Dios verdadero; sin poder ser cosa creíble que ni por un instante de tiempo haya sido posible poder decir que fuese hombre puro, sino que en el punto que se humanó, en el punto que ensalzó la humanidad, en el punto que encarnó en las entrañas purísimas de su Madre siempre virgen, en aquel mismo instante y punto fué verdadero hombre y Dios, no hombre puro, porque *inmediate*, sin algún espacio o medio, Dios obró aquellas tres obras sin que anteviniese la una, conviene saber: criar la carne felicísima y la muy sagrada ánima y enjerir el Verbo eterno.

Y para entender por un muy gracioso y gustable ejemplo la manera de sentir esta autoridad de Santiago que amonesta a recebir aqueste divino injerto [10], téngase recurso al párrafo octavo de la *Josefina* *, que toca la altísima encarnación. Y este injerto sacratísimo es cierto el que Santiago nos conseja que reciba nuestra fe para podernos salvar. El pie de aqueste divino injerto fué la asumpta humanidad, y la espiga sacratísima fué el divino Verbo eterno, inmensa sabiduría, y quien lo pudo enjerir fué la divina potencia de su Padre celestial, y quien obró y dió la perfecta manera fué su infinita bondad, que es el santísimo Espíritu, que sin diferencia alguna procede de ambos a dos, conviene saber, del Padre eterno y de su divino Hijo, entendiendo que el Verbo divino es potencia infinita, y es sabiduría infinita, y es bondad infinita; y que el Padre eterno es infinita sabiduría, es infinita potencia, es infinita bondad; y que el Espíritu Santo, sin alguna diferencia, es infinita bondad, es sabiduría infinita y es infinita potencia. Hase, empero, de atribuir la potencia al Padre, la sabiduría al Hijo y la bondad al Espíritu Santo, porque la potencia, y sabiduría, y bondad son atributos distintos de las personas distintas de la inacesible Trinidad.

Así que ni encarnando sólo, el Verbo se apartó ni un solo instante de la igualdad paternal, ni en la obra de la paternal potencia pudo faltar ni faltó la sabiduría del Verbo eterno divino, con la cual potencia y sabiduría, muy sin diferencia alguna, el Espíritu Santo obró, que es espíritu de los dos, y con ellos es personalmente tres y substancialmente uno, y tres son un solo espíritu, es una

[10] Ioc. 1, 21.
* Obrita notable del autor sobre San José.

substancia misma, tan pura cuan simplicísima. De manera que si dicen las entrañas del ánima que el Padre Eterno es esencia substancial, siente lo que sintiera si dijese que es substancia esencial, simplicísima y purísima. Y sintiendo esto en el Eterno Padre, aqueso mismo, sin alguna diferencia, siente en el Verbo divino, y lo que en el Padre Eterno y en el divino Verbo entiende la felicísima fe, sin alguna diferencia lo siente y entiende en el Espíritu del Padre Eterno y del Verbo divino.

De manera que diciendo pura y simplicísima substancia, o pura y simplicísima esencia, o puro y simplicísimo Espíritu Santo, en cualesquiera de las tres felicísimas diciones entiende cuanto entiende en todas tres, y en todas tres no entiende más que en cada una, y en cada una y todas tres entiende purísima y simplicísimamente la perfectísima y distinta Trinidad y unidad indivisible, inmensa esencia divina que sola una pureza es, tan sola cuan simplicísima substancia esencial, tan simple como purísima esencia substancial que por todas partes, y en todas partes, y de todas partes de lo criado excede a todo ello; hecho un todo, porque el que es todo en todas las cosas y es sin divisibles partes no es posible que quepa en todas las partes, porque el todo es infinito, y la parte y las partes son finitas; de manera que no cabe proporción, porque al Criador de todas las cosas no pueden dar henchimiento todas las cosas que crió, pues que a todo lo criado sobra infinitamente. Y todo junto, su todo supo y bien pudo caber en las entrañas purísimas de nuestra muy gran Señora, sin saber entender esto ni aun todas las jerarquías del espíritu angelical, sino sólo el que es quien es, el cual a solas se conosce y sólo a solas se entiende; como no conozca al Hijo eterno sino su divino Padre, ni conozca al Padre Eterno otro que el divino Verbo, y *a quien él lo quisiere revelar* [11]. Y ampárenos su bondad.

[11] Matth. 11, 27; Ioan. 10, 15.

CAPITULO V

MUESTRA QUE ALGUNA VEZ POR «FUENTE» ENTIENDE LA DIVINIDAD DE CRISTO, Y POR «RÍO», SU HUMANIDAD; Y QUE ESTA FUENTE Y RÍO SE PUDO Y SUPO ENCERRAR Y CABER EN OTRA FUENTE VIRGÍNEA

Tornándose a engolfar la ánima contemplativa en la fuente de aguas vivas que el ángel mostró a San Juan en el Apocalipsis diciéndole: *Aquí adora a Dios* [12], entienda en este lugar por aqueste nombre «fuente» la inmensa divinidad de nuestro amoroso Cristo, en cuyo nombre entiende el ánima quieta la palabra de San Juan en el mismo Apocalipsis cuando dice: *Daré a beber a las ánimas sedientas de la fuente de agua viva, y darlo he sin algún precio* [13]. Esta fuente de incomparable grandeza se debe reconoscer del ánima y adorarla cerrada y contenida en el vientre virginal, que es fuente en este otro intento, y siendo fuente es venero continente la fuente de aguas vivas que es en ella contenida.

Esta es la fuente que da de sí el agua viva, de quien hace relación cabe el pozo de Samaria el larguísimo [dador], que convidó a una sola mujercita con el agua de esta fuente, que salta y hace saltar las ánimas con quietud hasta la gloria infinita [14]. ¿Y qué impedimento habrá que pueda impedir al ánima cuidadòsa que pueda también sentir en este paso o lugar, que el río de quien hace relación el regalado Salmista diciendo que *el ímpetu de sus ondas alegra la ciudad*, entendiendo en este lugar por río la humanidad asumpta en nuestro Redentor Cristo? Sé que *la ciudad de Dios* bien se sentirá que sea la Virgén, fortalecida con la gracia de su Dios, y débese contemplar el ímpetu de este río en muy inmensa quietud.

De manera que sea el vientre virginal, en el cual Dios se encerró con sus inmensas grandezas, fuente de fecundidad y ciudad letificada. Cierto es cosa indubitable que en esta alegre ciudad santificó nuestro altísimo Dios su tabernáculo, en el cual reposó por nueve meses enteros el Verbo eterno, y en la fe y en la creencia de esta santificación, digo de Cristo encarnado, han sido santificados

[12] Apoc. 19, 10.
[13] Apoc. 21, 6.
[14] Ps. 45, 5.

todos cuantos santos son, y han sido, y después serán, aun antes y después de ella, digo de la sacra encarnación, que es perfectísimo objeto de la más perfecta fe, la cual se mantiene en él; quiero decir que las fuerzas, y la victoria, y felicidad de nuestra santa fe católica se sustenta en la creencia o credulidad o en creer la sacratísima encarnación y misterios de la humanidad de nuestro Redentor Cristo.

Y si es verdadera y viva la fe, aun su objeto le es sujeto, y su sujeto la sojuzga, y ella es tanto más sujeta de él cuanto ella es por él más encumbrada y sola sabe alcanzar lo que los sesos no alcanzan, y así, cuando faltan ellos, afirmando el corazón con pureza, bástanos sola la fe, diciendo o dando a entender que los misterios de Cristo que son objeto de la fe son sujetos a la fe, porque ella obra creyendo, y los misterios padecen siendo creídos, pero su sujeto la sojuzga, porque la fe, de todo en todo, se somete al querer de Jesucristo bendito. Y decir que la encarnación es objeto de la fe es así como decir que el color es la cosa en quien se determina la vista, porque así como la vista de nuestros ojos se emplea y se satisface [y] determina en las colores y cosas corpóreas, bien así la vista de nuestra fe ve, y se emplea, y se determina en la creencia de las cosas invisibles intelectuales; de manera que decimos los colores ser objeto de la vista, y los sabores objeto del gusto. Y de esta manera se dice que las cosas que creemos como la encarnación y misterios de Cristo son [o]bjeto de la fe, porque a esta dición *objeto* no se le puede dar más claro romance que por estos circunloquios o palabras rodeadas. ¿Quién podrá, sino sola la fe, no el seso, ni la razón natural, ni el humano entendimiento, de todo en todo saber, como quien muy bien lo ve, que el cielo que es sobre el cielo quepa y pueda caber en sola una partecita que, siendo perfecta tierra, es muy del todo apartada de condiciones de tierra? Porque ¿en qué seso cabrá que una hanega de trigo se pueda toda encerrar en una media naranja? Más terná por imposible en cáscara de una nuez encerrar una ciudad, y más juzgará imposible en una sola avellana encerrar cuanto Dios crió.

Pues viniendo discurriendo, por estas imposibilidades procede comparando la primera a la segunda y tercera, y ningún medio hallará, y pásese a compararlas todas tres a otra primera, que es más imposibilidad; porque menos es la persona de nuestra muy gran Señora, en comparación de la grandeza de Dios, que la avellana pequeña comparada a todo cuanto Dios no es; y mayor, por consiguiente, es Dios, grandeza sin cantidad, comparada a la

virginal Señora, que la grandeza de los cielos, con cuanto es encima y debajo de ellos, comparado al avellana o a la mínima lanteja.

Y la infinita grandeza no solamente se encerró en su libertad en la muy sagrada Virgen, mas aun cupo en sus entrañas, que aun es menor corpulencia, y no solamente en las entrañas, sino en lo más puro de ellas, en la parte que de ellas solas tomó, y pues no bastan las intelectuales fuerzas, sola nos basta la fe con admiración, gozando de tan gran sabiduría, tanta bondad y potencia, sin querer más ahondar, y entienda el ánima en producir mil actos de viva fe, y pidiendo a Dios socorro, todos juntos los convierta en muy abrasado amor; y no tiene que temer si se guardare de sí misma y de su cuerpo, pues no tiene otro contrario que le sea más cruel traidor, contra el cual pida favor a nuestra muy gran Señora, presentando a la mente en la memoria lo que ella aquí recibió diciendo: Gócese el cielo y la tierra con inmensa admiración y con deseos impacientes de servir tan gran Señora y tan inmenso Señor, y los cielos de los cielos le den perdurable alabanza, y todos los hombres le amen con libertada alegría, y los infiernos, con temor y servidumbre, ejecuten su justicia, y en el nombre de Jesús, consagrado en el vientre virginal, se doble toda rodilla, y confiese toda lengua [15] que nuestro dulce Jesús así fué en el vientre de la Virgen, nuestra universal Señora, perfectamente Dios y hombre como es y para siempre será en la gloria de Dios Padre; a la cual su inmensa bondad nos guíe por los méritos de Cristo y intercesión de la Virgen sacratísima.

CAPITULO VI

Muestra a entender aquel altísimo verso que dice: Así como el ánima racional y la carne es un hombre, así Dios y hombre es un Cristo Jesús

Está muy bien al propósito de lo que habemos tratado tocante a la sacra encarnación, y lo que yo pensar puedo de este no estimable verso es que debría estar escrito en medio del corazón de cualquier ánima fiel con tan grandes letras de oro, que el corazón con el verso fuese grande como el cielo; no, empero, pienso que se ha de entender

[15] Phil. 2, 10.

por vía de total similitud. De manera que sienta que quiere decir y diga que así como es esto, de aquesa misma manera es estotro que se sigue, porque esto no cabe así, más es que finita la diferencia que el ánima ha de sentir en lo que aquí paresce igualdad. Mas el ánima debe entender que por una gran verdad le quieren mostrar otra como a criatura bozal que por las cosas que mira le muestran a poder creer otras que no entiende, así como mediante las criaturas que conoscemos, y tratamos, y entendemos son arrebatadas nuestras ánimas al amor de lo invisible que deseamos, esperamos y creemos; bien así como cierta persona tuviese en la una mano una tal piedra preciosa, que pudiese bien valer aún más que cien mil ducados y la quisiese enseñar a los que no la conoscen ni saben qué cosa se es ni entienden en su valor, mas sabe que pueden creer; y como tiene en la una mano esta piedra, tiene en la otra un huevo, que todos cuantos lo ven saben que vale una blanca, a los cuales muestra el huevo, diciendo: ¿Tenéis por cierto que este huevo está en mi mano? Pues tan cierto habéis de creer lo que os digo y no lo veis, y es que en esta otra mi mano tengo una piedra preciosa de mucha estima y valor; y como conocen todos aquesto que les ha dicho, creen por estotro que ven; por el huevo visible creen la estima de la piedra que no ven, y alargándoseles más para más los ensanchar en lo largo de la fe, díceles: Bien sabéis que este huevo vale muy bien una blanca, pues así habéis de saber que aquesta piedra preciosa vale más que mil ducados y mucho más que cien mil.

Este tal, a los que enseña que puedan entender el precio de aquesta piedra, no les da comparación con total igualdad entre la piedra y el huevo, porque bien veis que es muy grande esta disimilitud; éste, aunque habla comparando, no, empero, pone ninguna igualdad entre la comparación. Ni el que dice: Así como el ánima racional y la carne es un hombre (que éste es huevo y puédese a dedo mostrar), así Dios (que es piedra más que preciosa y no se puede alcanzar) y el hombre es un solo Jesucristo [16]. Así creed esto que no veis en aquesta inmensidad, como estotro que habéis visto que a la vista se os enseña; mas ni el huevo ni la piedra pueden abrazar comparación, sino en sola la certidumbre y verdad. Ni en ser Dios y hombre Cristo puede haber comparación en igualdad como el ánima racional y la humana carne hacen hombre natural; mas por aquesta verdad que entendemos, se nos muestra la verdadera certidumbre que creemos que nues-

[16] *Symbolum Athanasianum*, 35.

tro verdadero Dios tomó nuestra humanidad y que nuestro Dios inmenso, después que la rescibió, tiene lo que no tenía, es verdadero Dios y hombre, y es nuestro muy dulce Cristo Jesús en unidad de persona; bien así como el ánima racional y la carne humana constituyen un hombre solo en unidad de persona y son dos naturalezas, divina y humana, pero una sola persona, así Dios y hombre una sola persona en Cristo Jesús.—Los ángeles y los cielos de los cielos le den gloria.

CAPITULO VII

Que declara subtil y graciosamente qué es lo que quiere decir este término: substancia simplicísima

Substancia es toda cosa que da ayuda a otra substancia a poderse conservar. Ejemplo: substancia es la tierra, y da substancia a la yerba para que se conserve; y substancia es la yerba, y da substancia al carnero y le sustenta; substancia es el carnero, y da substancia al hombre exterior para que sustente; y ninguna de estas substancias, ni otra criatura ninguna, no se puede conservar sin ser unas de otras auxiliadas por la gran bondad de Dios.

Todas estas substancias criadas son compuestas de distintas substancias y de contrarias calidades; y así como el ser que tiene es substancia por sí, bien así la composición elemental y cuantitativa que tienen les hace ser substancias compuestas y les quita el título de la simplicidad, porque sólo aquello se puede decir *simple* que nunca rescibió alguna composición, y aun decirse ha *simplicísimo*, porque ni la rescibió ni la puede rescebir. Aquesta prerrogativa pertenesce a sólo el Criador de toda substancia, que es substancia simplicísima, de quien, y en quien, y por quien se sustenta el ánima racional. Y como cuanto Dios debajo del cielo crió es compuesto, como es dicho, de calidades contrarias, y aquesta composición les hace que no sean substancias simples, resta que donde pueda haber substancia sin composición, la cual pueda sustentarse sin compañía de otra substancia, que esta tal será *substancia simple*, sin composición; y será *simplicísima*, porque no ha menester que otra substancia se le junte para su conservación; y como esto sólo quepa en la substancia divina, a sólo ella pertenesce el ditado singular de llamarse *simplicísima*, y como nuestro

muy dulce Cristo Jesús diga: *El Padre y yo somos una cosa* [17], síguese que la misma simplicidad que contemplamos en la persona paternal contemplamos en el Divino Verbo, en el cual y del cual se sustentan cuantas substancias Dios crió.

Y porque él solo es el que todo lo sustenta, sólo él es *verbo substantivo*, sustentador de todo cuanto no es Dios. Y si las angelicales jerarquías y los cielos de los cielos son substancias que ayudan a sustentar las substancias inferiores, no son substancias simplicísimas, porque no se sustentan en sí mismas, sino en sólo su Criador, que es una substancia misma con el verbo substantivo, sustentador de todo cuanto no es Dios. Y si las angelicales jerarquías y los cielos de los cielos son substancias que ayudan a sustentar las substancias inferiores, no son substancias simplicísimas, porque no se sustentan en sí mismas, sino en sólo su Criador, que es una substancia misma con el verbo substantivo.

Cierto es que la cosa que es suficientísima a dar sustentamiento a otra es más poderosa que ella, y es mayor, y para más; y así se concluye de aquí que es mayor que todo el cielo y que todo cuanto está criado encima y debajo de él, él, que todo lo sustenta. Y si queréis decir que al hombre sustenta el pan, y el vino, y la carne, y que todo es menos que él, a esto está clara la respuesta: que no vive el hombre de sólo pan, ni es suficiente todo cuanto Dios crió para sustentar a todo hombre, porque todo ello es para sustentar aun menos que el medio hombre, pues sustenta sólo el cuerpo, y al ánima nunca le basta cosa alguna sino Dios, su verdadera substancia. ¿Habéis entendido qué significa *simplicísima*, y que en sólo el *verbo substantivo* puede sustentar el ánima racional, y que sin él no se puede sustentar este cuerpo ni otra alguna substancia? Porque sea gran gloria a Dios, que es substancia simplicísima.

---

[17] Ioan. 10, 30.

CAPITULO VIII

DECLARA ESTE TÉRMINO «ESENCIA», Y DA A ENTENDER CÓMO ESTÁ DIOS EN TODAS LAS COSAS Y CÓMO LE HEMOS DE CONSIDERAR EN ELLAS

Toda cosa tiene ser porque es esencia, porque aquello que decimos ser es la *esencia* de aquella cosa que es; mas aunque este su ser sea su esencia, no se dirá *esencia pura,* porque de cosas contrarias ha sido junto su ser, así como está apuntado. Y porque sólo una esencia es purísima, no solamente en su ser, mas en dar ser esencial a cuanto hay que tenga ser, y ésta es la esencia divina, sola ella es substancia simplicísima, o esencia purísima, o substancia esencial, o esencia substancial, añadiendo siempre la simplicísima pureza o pureza simplicísima que eso mismo significa. Y porque todo ser o toda esencia criada es temporal al principio o en su principio y su fin, no es esencia substancial, porque ha de perder su substancia o la comenzó a tener, y sólo Dios es el que sólo pudo decir y pudo al profeta responder: *Yo soy el que soy* [18]; porque a toda cosa que Dios no es sólo Dios le ha dado el ser. Así que sólo Dios es quien es, quien nunca comenzó a ser y quien no lo ha de dejar, y porque él solo es pureza simplicísima. Y esta perfectísima substancia que decimos y contemplamos purísimamente esencial, muy bien puede estar y está continuamente en vos y en mí y en todo cuanto crió, pues todo lo abraza en sí y no cabe en ello todo, y cupo en el vientre virginal, que es nuestro primero intento.

¿No habéis oído muy muchas veces decir que está Dios en sus criaturas por potencia, por presencia y por esencia? Pues así habéis de entender que esencialmente está con vos con su ser divino eterno, y que sin poder ser tenido está siempre en todas partes, y está en vos presencialmente, y los ángeles le ven [19], porque está en todas partes, y ellos no pueden estar donde él no esté, aunque estén en nuestra guarda donde nosotros estamos; por eso se dice, y es perfectísima verdad, aquello que escrito está: *Los ángeles que son guarda de los hombres, siempre y en to-*

---

[18] Ex. 3, 14.
[19] Matth. 18, 10.

das partes están en la presencia y vista clara de Dios. Así se entiende que está por presencia y por esencia; y porque toda la potencia que tiene en su eternidad tiene aquí estando con vos, con la cual os crió y conserva, se dice y ha de decir por *presencia,* por *esencia* y por *potencia* Dios está en todo lugar, sin ser de nosotros visto; porque aquesta obscuridad, que los ciegos llaman *clara* o *claridad* y los muertos llaman *vida,* que es esta mortalidad, nos impide la vista de nuestro Dios, estando siempre con él. Porque pregunto: ¿Quién de los que tienen vista interior o intelectual no ve bien que esta claridad presente, en quien se ceba la vista corporal, es caliginosa niebla o tenebrosa caliginosidad o obscuridad apartada, en la cual, porque el hombre está cebado y descuidado de Dios, lo obscuro piensa que es claro? Sé que aquesta claridad que la vista corporal nos enseña es propiamente las tinieblas, de quien nos dice San Juan que *luce en ellas la luz* [20] y que las tinieblas no la comprehendieron. Porque estando en este obscuro desierto las ánimas a su Dios aficionadas, luce en ellas, en medio de estas tinieblas, la divina claridad con que su Dios las alumbra, la cual claridad o luz en ninguna manera puede ser comprehendida del corazón que está obscuro puesto en pecado mortal, que es verdadera tiniebla. Así que porque Dios está en todo lugar esencial, presencial y potencialmente, por eso luce en medio de estas tinieblas; y como él es verdadera luz y éstas son verdaderas tinieblas, digamos que en las tinieblas se muestra clara la luz con la doctrina de Cristo y santas inspiraciones, las cuales ni entienden ni comprenden las ánimas obscuras y tenebrosas, a las cuales su maldad impide y a los justos estorba esta obscuridad la vista de nuestro Dios, siendo muy gran certidumbre que estamos en su presencia potencial y esencialmente, como es dicho; por cuyo más claro entendimiento se vea el capítulo 11 antes del fin. ¿No entendéis que puede estar un hombre con su poder, y saber, y con su propia presencia delante de otro hombre ciego, y que el ciego no le ve por defecto de su vista, y que el no poderle ver no estorba ser gran verdad que aquel hombre está con él, con cuanto tiene su ser, y cuanto puede poder, y con su misma presencia? Sé que aquesto claro está, y no son partes pequeñas aquestas declaraciones para poder engrandecer nuestra pequeña medida en reverenciar a Dios.

¿Habéis visto cómo con pocas palabras se abraza muy gran sentencia, y que es cosa temeraria hablar en aquesto un hombre tal como yo, tal cual me conosce Dios, que

[20] Ioan. 1, 5.

me puede remediar? Muy grandes atrevimientos y muy grande libertad tiene el ánima encerrada dentro en sí cuando la recoge su benignísimo Dios, el cual, dándole osadía, también la hace excusada, lanzando de ella el temor cuando por su gran bondad la incita con mil requiebros y despierta en sus entrañas nuevos retoques de amor, que lanzan el temor fuera y, dándole lengua nueva, la incita a no ser bozal. Y el hombre que recibe esto de Dios, cuando más mira por sí, hállase muy más confuso, conóscese más deudor, ve que no puede pagar y acógese a su nonada, y cuanto de sí se aparta, tanto más se allega a Dios, a quien los ángeles den perdurables alabanzas.

De estos dos puntos aun nos podemos cebar en mayor comprehensión, notando que en el primero se ha dicho que una yerba es substancia y que ayuda a sustentar; así que, en viendo una yerba, sabes que tiene substancia con que sustente al carnero, para que os sustentéis vos, y en él se os cría cuero y lana, y dáseos graciosamente porque regracies a Dios. Y tomamos todo aquello y esto, que es el fin porque todo se nos da; dejándonos olvidar, casi no miramos en ello, no sin muy gran confusión de tan grande ingratitud.

Item, queda dicho que en toda parte está Dios, y está en todas sus criaturas, y criatura es una yerba, y una yerba cuando la veis os presenta la potencia de su Dios, criador suyo y criador vuestro; pues conocéis que todo el poder humano ni nadie que no sea Dios no puede ser poderoso para criar una flor de una lanteja.

Item, la manera, la forma, y la compostura, y el vigor de cada yerba os muestra la sabiduría con la cual Dios la sustenta, y el provecho que consideráis en ella os levanta la memoria a la divina bondad. De manera que en cada cual yerbecita y flor y en todo lo demás está la divina potencia criando, y la sabiduría eterna sustentando, y la bondad infinita aprovechando todo en nuestra libertad. Y la potencia de Dios, y la sabiduría de Dios, y la bondad de Dios, y la esencia de Dios, y la presencia de Dios, todo es entera y perfectamente y sin diferencia Dios, que está en todas sus criaturas; en el cielo, y en la estrella, y en la tierra, y en la yerba, y en cuantas cositas crió, en todas y sobre todas preside principalmente potencial y esencialmente, y es infinita verdad y infinita realidad. De manera que comprendáis de aquí que no hay ninguna criatura por la cual el ánima cuidadosa no pueda levantar su afecto a Dios, y luego que ve la yerba o la flor, o cualquier cosa, y piensa algún punto de éstos, luego se presenta a Dios con muy gran merecimiento: porque esto es lo que Dios quiere y por sólo esto las crió, dánoslas para

que con la substancia de ellas sustentemos nuestros cuerpos y con la presencia de ellas incitemos nuestras ánimas, y cierto es gran flojedad el descuido que tenemos.—Ampárenos nuestro Dios.

CAPITULO IX

Declara que sólo Dios, sin toda naturaleza, crió el ánima racional a imagen y semejanza suya

Yo conozco un platero tan rico, y tan abundante, y tan en perfición sabio, que no ha a nadie menester; ni aun entender en su oficio, porque no le falta nada, antes tiene para dar; pero por sola bondad quiere que se comuniquen sus riquezas y que sepan quién él es, porque de su saber y potencia se admiren los que quieren gozar de él, queriéndoles dar de balde las obras de sus larguezas. Aqueste platero tal, continuo tiene en su casa harta gente de servicio y cuatro oficiales tales, los cuales, obrando, hacen cuanto saben que quiere él, mas no sin que él los informe. Y así, de la plata y oro labran muy diversas piezas y con diversos esmaltes para diversos servicios y en muy diversas maneras, unas por diverso *ornatu*, otras que sirvan la mesa, y aun de otros metales bajos hacen muy diversos vasos por muy distintas maneras y no de igual intención para servicio diverso y aun digno de menosprecio [21]. Mas el valor, que es más bajo en estos bajos metales, ni la estima, que es menor en el servicio de la obra menospreciable, no menosprecia el poder ni el saber del oficial que lo hace, pues se ve que sabe cuando le cumple, y cuanto quiere hacer, puede con libre manera.

Ahora claro está en esta comparación que el orífice o platero es nuestro artífice inmenso, y que sus cuatro oficiales que son los cuatro elementos, los cuales, como cuatro mayordomos de un alto rey o señor, tienen en sí cuatro llaves, con las cuales abren la arca del tesoro de su rey, y sacan lo que el rey quiere, cuando quiere y como quiere. El arca es toda naturaleza, en la cual ni abre ni puede nada uno de los mayordomos, digo de los elementos, ni los dos, ni menos tres; ni aprovechan las tres llaves, sino todas cuatro juntas, que así lo ha ordenado el rey; ni tienen todos cuatro poder, querer ni saber sino cuando

[21] Rom. 9, 21.

el rey lo quiere, y así son cuatro oficiales, como lo quiere el platero cuyos oficiales son, su artífice y nuestro artífice.

Item, la gente de servicio en su casa es el cielo, y sus movimientos, los climas y sus planetas, el zodíaco y sus signos, y toda naturaleza; así que los oficiales cuatro, y la gente de servicio, y el arca, y los mayordomos, y llaves, y lo demás en casa de nuestro platero, todo tiene una sentencia y todo es naturaleza regida por el divino querer. Item, los vasos del honorable ornamento es toda la humanidad, entendiendo de sola la carne humana, porque el ánima racional es una propia medalla que es imagen esculpida al natural, la cual el orífice o artífice quiso hacer por su mano por sola su voluntad, sin querer admitir a ella oficiales ni servicio, en la cual medalla quiso él y supo imprimir su imagen y semejanza, por tenerla en más estima que juntas todas las piezas. Item, las otras particulares piezas hechas de bajos metales es todo lo vegetable y cuanto tuviere ser, el cual ser, cuanto quiera que parezca al hombre en parte no necesario, esle todo menester y muy mucho provechoso si se quiere aprovechar. ¿Quién dirá que son menester raposas, pues que comen las gallinas y nos hacen ruines obras? Mas cierto es que, si se mira bien, se verá que para nos amonestar a guardar nuestra conciencia aun de los menudos pensamientos e inclinaciones no buenas, las cuales, destruyendo la heredad, echan a perder la viña de la recoligida ánima, por remedio de lo cual se nos había de avisar aquella viva palabra de subtil entendimiento que se dice en la Escritura, conviene a saber: *Prendednos las pequeñas raposillas, que nos roen y maltratan las heredades y viñas* [22]; así como si la esposa en los Cantares, conviene a saber, la ánima contemplativa, avisando a su aficionada razón, le dijese que con muy grande cuidado se ponga por atalaya de la conciencia y disipe, y desbarate, y eche de sí los movimientos e inclinaciones y concupiscencias, o apetitos, o deseos de nuestra sensualidad, los cuales hacen inquieto y a las veces desbaratan el espíritu de la contemplación. Y porque por ejemplo de su astuciosa malicia nos guardemos de la nuestra fué menester haber zorras, y que entre nosotros fuesen, porque fuese mayor el provecho que los hombres recibiesen del recato de su malicioso aviso que el daño que ellas nos pueden hacer.

Y otro provecho mayor nos viene de haber en aqueste mundo cosas que nos contradigan y malos que nos persigan y traten astrosamente, porque no nos olvidemos que vivimos desterrados en tierra de tanta aflción y ajena, y por

---

[22] Cant. 2, 15.

la persecución de nuestros perseguidores y de adversas sabandijas apetezcamos o deseemos dejar esto que tanto queremos siendo engañados con ello; y pues que, siendo tan perseguidos, olvidamos el deseo de irnos a nuestra ciudad, ¿qué haría si aquí no hubiese tan grande contradición de tan lastimada vida? De manera que no hay en toda naturaleza ninguna cosa tan mala que no se nos dé en provecho. Y si daños hemos de ellas, pena es de nuestra maldad, pues, cuando no éramos malos, todas nos eran muy buenas; ni es vilipendio, antes honra al oficial muy honorable y muy sabio querer y saber hacer su obra en diversas maneras.

Así es honra del riquísimo platero querer que sus oficiales en su poderosa casa no solamente hagan piezas de muy gran valor y honor, mas también otras que tales no sean, servibles en menosprecio, y así es honra de mi Dios que haya en la naturaleza tantas y tan muchas cosas tan dignas de aborrecer y tantas y en tan encumbrado precio, y todo en honra y provecho del mísero pecador, si quisiésemos ser buenos, a los cuales aun los malos no les son dados en balde, como no lo fué Goliat, pues que descubrió a David, ni fué nada el oprobio que su maldad detestable traía al pueblo de Israel, si se compara al provecho que de matarle David a todos nos redundó, siendo en Cristo esta figura, y Goliat en el demonio.

Y conviene que haya malos para ejercitar los buenos, pues no es tanto de estima el mal de todos los malos como el bien de un solo bueno; pues los malos, como nada, se han de dejar olvidar, y siempre vivirá el bueno en la presencia de Cristo. Y ojalá se convirtiesen a Dios los malos, para que se ejercitasen con aquellos a quien ellos habían hecho ejercitar, porque a los buenos aun esles bueno el infierno, del cual sacan la justicia de su Dios con tan inmensa igualdad como su misericordia.

Mas, volviendo a proceder en nuestra comparación, bien se ve que la medalla es tanto más de estimar que todas las otras piezas cuanto más paresce en ella la imagen de su factor, y así en ella tiene puestos los ojos de su largueza y piedad. Pues si, teniendo ya la medalla en su casa o en su tienda entre las piezas diversas, se despertó algún ladrón o ladrones para quererla robar, y la sacó de la tienda, ¿qué será? La medalla dicho está que es la ánima racional, sea de nuestro padre Adán; el ladrón será la serpiente antigua, es nuestro contrariador; y la tienda, el paraíso terrenal, o la muy pura conciencia. Las piezas son cuanto Dios crió en toda la mar y tierra, mas el orífice que es de la medalla artífice tornarla quiso a cobrar para remediar la imagen que a su semejanza crió.

Y aquí es de abrir los ojos de las piadosas entrañas porque mejor puedan ver que en todo lo que han mirado su inmensa sabiduría y su infinita potencia y desmedida bondad. ¿No veis si esto tiene pie, o si se podrá vadear aqueste infinito piélago, o si tiene vado este nuestro fluvio o río, o si esta fecunda fuente podrá mitigar la sed de todos los que convida para darles a beber sin precio? ¿No habéis oído a Cristo cuando os convida, diciendo por Isaías [23]: *Sin precio de oro ni de plata venid, y os daré a beber a todos cuantos tenéis sed.* Como si más claramente dijese: todas las ánimas que sois codiciosas de amor y ser amada, las cuales menospreciáis las temporales satisfaciones, allegaos a mi presencia por quieta contemplación, y recibiréis devotas y benignas influencias de verdadera satisfación, sin precio de iguales merecimientos, sino por sola piedad, y los que no tenéis precio, aun bebed con alegría. Sé que aquesto escrito está, pues, del agua de la fuente que en el proceso está dicha, o del río o del piélago infinito nos es hecho este convite. ¿No está en otra parte escrito que, estando nuestro bien, Cristo Jesús, en pie, decía en público clamor: *Si alguno ha sed, venga a mí, beba* [24]. Sé que sí, pues a fuente fecundísima o copioso río conviene esta condición: convidar de sí a beber a cuantos están sedientos.

Item, dando vuelta a nuestro ejemplo: ¿no se manifestará la esciencia del orífice si le viéremos hacer un vasico de oro fino puro y, siendo pequeño el vaso, saberse encerrar en él? Sé que esta ciencia más alto levanta el vuelo que puede nadie volar, y si estando en el vaso que para encerrarse hizo encierra el vaso y a sí en otro vaso de plata, ¿qué será, sino que el piélago que es grande sin cantidad puede encerrarse en el río cantitativo, y que el piélago, y el río, y el orífice, y el vaso de oro pueda todo bien caber en la fuente fecundísima de las muy puras entrañas de la Madre virginal, que son el vaso de plata? ¿Miráis esta semejanza cual va por la encarnación en sabiduría infinita? Y si el piélago, estando todo en el río; el orífice, en el vaso, todo está en su casa y tienda, que es la igualdad paternal, ¿qué será sino que los ladrones que hurtaron la medalla no entiendan que él los aguarda, ni ellos sepan guardar hasta que el orífice que se encerró en el pedacito de oro, conviene a saber, en la humanidad que tomó, consienta que el vaso quiebren en la cruz, y salgan súbitamente, y salteando los ladrones les quite lo que robaron y les quebrante las fuerzas quitando su libertad,

[23] Is. 55, 1.
[24] Ioan. 7, 37.

pues por cobrar la medalla los infiernos quebrantó y se la llevó a su casa en su admirable ascensión? [25] ¿No os admira tal potencia, tal sabiduría y bondad? Lícita es admiración sin conocer maravilla. Pues viendo la vive fe tan encumbrada verdad, sabe qué es y no lo entiende; y esle también manifiesto que los ángeles lo ignoran y lo sabe sólo Dios, y ésta le es admirable libertad; no, empero, se maravilla, porque sabe que este orífice nuestro, universal artífice, todo lo sabe y lo puede, y siempre sobra sabiduría y poder, como sobra su bondad.

Canten los ángeles gloria y bendíganle los cielos pidiendo su bendición; pues en el vaso en que se metió sólo él obró tan admirable misterio, maravillándose o tomando admiración toda la naturaleza; por los hombres se hizo hombre, tomó lo que no tenía, lo que no era recibió a su ser sin falta de su eterno señorío, quien era permaneció, y sólo es quien es, y siempre fué quien fué y es. Y el vaso que para sí él solo hizo y crió en secreto escondimiento, quiso y su bondad sufrió juntar tantos, tan diversos y tan públicos transgresores, que lo pudiesen quebrar para quitarle la vida temporal en la sagrada pasión, por hacer, recobrando su medalla, que yo pudiese, ya que era muerto, vivir, recobrando la vida en la fuente de la vida, piélago de infinidad.

¿Habéis visto entrar la mar en el río, conviene saber, la inmensa divinidad en la humanidad asumpta, y el río y la mar habéislos visto en la fuente, conviene a saber, a Dios y hombre en el vientre de la Virgen? El río tiene en sí la mar, y la mar recibe al río, y la fuente recibió y tuvo en sí el río y la mar, y la mar es contenida y la fuente es continente, permaneciendo la mar en su poder y grandeza y en toda su inmensidad, y de todo es continente nuestra fuente fecundísima, nuestra Madre virginal, y de todo cuanto no es Dios no es suficiente a poder comprender el cómo, mas sabemos el porqué, pues es por nos reparar.—Gloria sea a Dios.

---

[25] Eph. 4, 8.

CAPITULO X

Con un ejemplo inteligible muestra la orden que el ánima cuidadosa ha de llevar yendo a Dios

En el correr de los ríos está un muy provechoso ejemplo, que muestra el modo que ha de llevar el ánima que corre a Dios, y pues es lo que buscamos, no se nos debe olvidar. Cierto está que ninguna orden de caminar puede el ánima llevar por vía de ejemplificación que así le muestre el camino hasta la engolfar en Dios como si bien mira el modo que en correr llevan los ríos hasta engolfarse en la mar, que es su principio, donde hubieron el agua que tienen, y es su fin, donde la vuelven a llevar. No se ve que dende el punto que el río parta de su fuente en naciendo no deja de caminar a la mar, recibiendo en su compañía cuantos se juntan para querer ir con él; así ha de hacer el ánima que va a su Dios dende el punto que parte de la edad de discreción. Y si al río le ponen delante algún impedimento que le detenga, allega su agua, y hácese fuerte, y crece hasta tanto que o rompe el impedimento o pasa por cima de él, y cuando sale de allí toma nuevo ímpetu que paresce querer cobrar lo que se detuvo.

Pues así el ánima que camina para su Dios ha de pasar por todo fuego y por agua, avivando sus deseos contra los impedimentos con los cuales el demonio, mundo y carne presumen de le estorbar. Y el río, cuando pasa sobre barrancos o piedras, paresce que el agua se ríe casi como haciendo burla de quien la quiso estorbar, y así, riendo, se va y deja el impedimento como estaba, y a veces lo desbarata y lo derriba de allí; y así el ánima se ha de reír y hacer burla de quien la quiere estorbar el viaje de la virtud, y pasar dejando la sensualidad, con todo lo que está en ella, y aun disiparla, si para todo trae fuerzas. El río, si le ponen por impedimento las vajillas y tesoros de los reyes, así se pasa riendo como pasó por las peñas, y el ánima así ha de pasar, burlando de la próspera fortuna como burló de la adversa, pues burla lo uno y otro, y por tal debe pasar. Si por la una parte del río van diez reyes y grandes señores alabando su correr, y por la otra parte van otros tantos pobres hombres despreciando su poder, tampoco deja de andar adelante por los que le dan honra como por los que le vilipendian, o le escarnecen, o le

afrentan; ni se da más detenencia con los que grandes parescen que con los que pobres son, ni el ánima cuidadosa se ha de saber más parar ni cesar de su descuido porque se le ofrezcan honras que si la menospreciaren de quien se pensaba honrar.

Si al río quieren estorbar su pasada hombres armados y fuertes, no hace más caso de ellos que de quien en ninguna cosa le puede contrastar, ni hay alguna fortaleza que al ánima pueda estorbar el pasaje de su libre voluntad; por esta comparación: si pudiese ser posible haber en medio del mundo criada una plancha de plomo, así como hay grandes peñas, y que fuese aquella plancha tan grande que en cuadrado tomase toda una legua, así que en ancho y en largo fuese tan grande y tan alta o de tan gruesa manera como la cantidad que he señalado, o cuanto más queramos imaginar; si en el centro de esta plancha tuviese Dios por bien que hubiese una pequeñita oquedad, en la cual la potencia infinita se quisiese servir de crear una ánima racional con el libre albedrío y con las potencias y libertad que crió esta ánima mía, pregunto: si cuando aquella ánima quisiese penetrar la dureza, y la grandeza, y la pesadumbre de la grande y pesada plancha de plomo, y penetrándolo todo irse libremente a Dios por contemplación, ¿se le impediría el plomo o su pesadumbre? Cierto no, antes en el mismo instante que tuviere voluntad y deseare irse a su Dios pasará su memoria, su querer, su entendimiento y deseos a los cielos, y al abismo, y a donde tenga por bien, y en todas partes se hallará con su Dios y gran Señor, que la crió con tan gran libertad. De manera que se entienda que es más duro, y más poderoso, y de más entendimiento este cuerpo acemilar que la tal plancha de plomo; remédielo la benignidad de Dios y volvamos al propósito.

Cuando el río llega a algunos remansos, así parece que está en quietud que se ve ser como quietísima leche, y no deja de correr, lo cual paresce en el hilo que encima entra y sale continuo dél. Así, el ánima, cuando se quieta en el viaje remansado de la sola voluntad, así se está, como quien no hace nada, y no deja de ganar, lo cual se muestra en el hilo de los deseos aumentados que le entran y de las loables costumbres por donde es vista correr. Cuando el río llega a la mar, así es recibido de ella, que el río se pierde de sí, sin le quedar ni aun el nombre, mas engólfase en la mar; y el ánima que por tales pasos camina para su Dios créese que podrá llegar y hallarse en tiempo que engolfándose en él la trate de tal manera, que no se sepa nombrar a sí misma, sino que toda esté en Dios.

Estos y otros tales se llaman vivos ejemplos, que, co-

rriendo con el ánima, la llevan a meter en las pisadas de Cristo, el cual no suele dejar a quien no quiere dejarle hasta entregarse en la heredad de aquel de quien los tales son hijos, y sonlo de nuestro Dios y Señor, y si hijos, herederos son de aquese mismo Dios [26]. ¿Y qué ha de hacer el ánima muy dichosa que así llegare a la mar, sino entrarse en la nave o navío de firme esperanza, sin parar hasta la proa de la fe, y encastillarse en la gavia de la caridad, y cortar la jarcia de los corporales sentidos, tendiendo las velas de la afición, y despertando los vientos vivos de los muy suaves deseos, y mandar quebrar los remos del seso y entendimiento, y cortar las áncoras de la fuerza natural, y recibir navegantes de santas inclinaciones y mandarles que estorben el tropel de los gatos y ratones de diversos vacilables pensamientos, y despedir el contramaestre que no quepa en esta nave, y el maestro será nuestro maestro, Cristo, y el piloto que nos guíe, sus pisadas lo serán, y así navegue con seguridad hasta el puerto del amor, y allí se puede quedar sin temer necesidad? ¿Veis qué buen aliño de nave? Pues es menester ser tal, porque el mar donde navegamos es muy grande y espacioso, o que tiene largo espacio o que se tarda en pasar, y hay tantas reptilias, tantas bestias ponzoñosas, que casi no tienen número [27], por lo cual es menester nao tan bien aparejada, pues la habemos de pasar, y es nuestro piloto y maestro nuestro suave Jesucristo, que suele imperar los vientos y hacer tranquilidad en los golfos tempestivos [28]. Sé que aquesto escrito está, y por medio de esta mar, por sus sendas y caminos, navegó sin contramaestre nuestro maestro Jesucristo; y porque navegó en nao bien jarceada, el rastro de su camino por en medio de las aguas luego se tornó a cerrar, ni será más conocido, que no paresceá más.

Pues la mar fué el tempestivo y trabajoso destierro; y el camino, el natural de muy verdadero hombre, siendo verdadero Dios; y las muchas aguas, las muchas tribulaciones de los trances de su vida y acerbísima pasión, cuyos vestigios no han querido conocer los presuntuosos infieles. Mas los verdaderos fieles casi por ellas navegan entrando en esta tal nave de aflictas tribulaciones, en la cual él navegó, aunque no vemos el rastro, porque las aguas son muchas; la nave quedó tan diestra, que es imposible dejar siempre de acertar en el verdadero puerto los que navegan en ella.—Sea glorificado Dios.

---

26 Gal. 4, 7.
27 Ps. 76, 6; 103, 25.
28 Marc. 4, 39-40.

CAPITULO XI

Por conformidad del capítulo pasado, muestra las condiciones que el ánima contemplativa ha de tener por comparación de aquella fuerte mujer que relata la Escritura

Volviendo sobre la navegación de las aguas relatadas, pregunto si esta nave, que queda mostrada en el capítulo pasado, si es por ventura aquella del mercader que trae de lejos su pan, del cual son sustentados los domésticos de aquella fuerte mujer, que sin dificultad la halla el que con dificultad perseverante la busca. ¿Por ventura mujer fuerte no se entiende por el ánima fortalecida por la gran bondad de Dios? Sé que sí. ¿Ca quién es más fuerte que ella? Y la nave con que trata, ¿no es pura contemplación, que de los muy altos cielos trae el pan de los ángeles a sí y hace que sea pan suyo? Y que trae su pan de muy lejos se dice de este navío. Nave es el ánima que cuando navega meditando por este mar océano, o falsamente lozano, discurre entre las fluctuantes olas; pero cuando toma puerto contemplando, persevera con gran quietud, sin trabajo y con provecho, y éntrase en su misma tierra, en su pecho; porque dentro en sí y en lo oculto de la tierra de su cuerpo persevera en gran quietud, aunque la mar en sí hierva y se esté en su tempestad. ¿Mas quién es el que hallará aquesta fuerte mujer, pues *su precio es en los fines de la tierra*? [29] Cierto es que el precio de la tal ánima es el precio de todo lo racional, pues sólo Cristo es su precio, y de todos los fines de la tierra, que Cristo quiso comprar por precio de su sagrada pasión.

Esta es, ésta la mujer que dió el cinto de limpieza a su cuerpo cananeo, que de muy hambriento can le volvió como cordero. Esta es también aquella fuerte mujer cuyos domésticos deseos son de redobladas virtudes; aquésta, buscando lino de perseverancia y lana del vellocino enjuto del Gedeón, que es limpieza, y castidad, y pureza de conciencia muy discreta y delicada, y tomando en los dedos de su solicitud el huso de la derecha conversación, hiló hilos más delgados que el muy delgado cendal, así que aun los otros que los miran apenas los pueden ver. Esta es la mujer que tejió la sábana, que no es en menos

[29] Prov. 31, 10 ss.

luenga que ancha, con que cubre toda su familia y casa, porque como sea cuadrada de esperanza, y de fe, y perseverancia, y de viva caridad, todo lo cubre y abraza; y dice que la vendió porque la dió y traspasó en todos cuantos, queriendo seguir su ejemplo, se esfuerzan a querer ir por sus laudables pisadas; y estos a quien dió o vendió esta sábana que hizo son los que llama hijos suyos, diciendo: levantáronse sus hijos; los cuales entonces se levantan cuando de las poquedades de nuestra natural inclinación se alzaron al robusto y esforzado seguimiento de aquella ánima que leen, oyen o saben haber sido esforzada y fuerte en el amor de su Dios, la cual le esfuerzan a seguir como hijos a su madre, y de aquí se llaman hijos de San Francisco, de San Jerónimo y Santo Domingo y de los demás que fundaron Religiones, los que esforzadamente siguen los ejemplos y pisadas de sus patrones, que en oración y abstinencia fundaron la Religión. Y estos hijos dice que la predicaron ser santísima; porque, con voces más claras, alaba la perfición de su madre la Religión el hijo que con todo rigor discreto sigue las loables pisadas del Padre que la Religión formó, que todos cuantos con voces públicas de garganta que suenan sólo en el aire subliman mucho su estado si no se conforman a él.

A esta ánima tal, que ya se puede llamar mujer fuerte por la conforme fortaleza, que esforzadamente sigue, dice: *y su marido la alabó* [30]. Porque así como en el principio de su limpia conversión y pura conversación se llamó esposa de Cristo, así ahora, cuando ya robustamente se esfuerza, se dirá esposa velada, y su esposo es ya marido, y alaba su esforzada conversación cuando, aceptando sus obras, le da nueva hambre para pasar a otras que nuevamente desea, y por esto dice: a cosas más fuertes extiende la mano de su afición. Y esto la ánima hambrienta de Dios casi nunca deja de hacer, porque cuanto más puede esforzarse, tanto a más desea pasar y piensa nunca se cansar; y dice que todo lo puede en aquel que le conforta, pues sabe de cierta esciencia que tiene en sí fortaleza contra sí, porque la fuerza a quien nadie hace fuerza es el que la fortalece.

Y dice que se levanta de noche a dar de comer a sus criadas, que son sus corpóreas necesidades, las cuales, como siervas no rebeldes, le obedecen y se contentan con que se les dé tasadamente lo que les puede bastar y no le demanda más, y si a veces lo demandan, no se agravian de no alcanzar lo que quieren. Y osa ya el hombre todo decir con el Seráfico nuestro Padre San Francisco que lo

---

[30] Prov. 31, 28.

que antes le parecía ser amargo, se le tornó en dulcedumbre, no solamente del ánima, mas aun del cuerpo [31], pues ya conozco que se han como siervo y su señora. Las hijas de este siervo del ánima, o de aqueste nuestro cuerpo, que son sus tasadas necesidades, son las siervas a quien la mujer fuerte o ánima fortalecida se levanta a dar de comer; y dice muy bien que se levanta, porque está acostada siempre a la parte de su Dios y dentro en sí en su quietud. Y dice de noche porque, dándoles lo que no les puede quitar, echa cuenta consigo misma y, quejándose de su destierro, dice muchas veces: ¡Oh mi Dios, qué lastimada cosa es ver un tiempo tan tasado para gustar sólo en vos, y verme constreñida a partirlo en partes tan apartadas, y que la mayor parte del día se va en mantener las cosas de aqueste asnillo, y gran parte de la noche le hemos de dejar dormir! Pase por que lo queréis hasta que tengáis por bien que pueda gozar vuestra esclava de vos sin aquestos entremeses, donde no os pierda de vista; mas en tanto, ¡oh dulcedumbre de aquestas entrañas tibias!, libradme de tantas necesidades, porque, dado que son todas mías, veo que algunas son fingidas.

Y como esta fortalecida mujer da a sus criadas el mantenimiento con aquesta tasación y pesadumbre, dice que de noche se levanta, porque el verdadero día le es cuando está acostada en su quietud, y noche obscura y pesada le es el levantarse de ella; y no puede ver las tinieblas de la noche sin hambre de la luz de la mañana, esto es, que cuando cumple con las necesidades del cuerpo, se da priesa por volverse a las del ánima, porque sabe que está escrito que la luz da claridad en medio de las tinieblas; entendiendo que es cosa de inefable admiración lucir y dar resplandor una clarísima lumbre en medio de la caliginosidad de las obscuras tinieblas sin algún impedimento de la densa o apretada obscuridad, como sea cosa común que la luz desbarate las tinieblas corpóreas; mas lucir en medio de ellas y guardar su obscuridad tanto más, y más, y más cuanto la luz es más clara, esto es inefable cosa, tan manifiesta al ánima ejercitada cuan escondida a sentidos corporales, y al seso, y a la razón, y a todo lo natural; sea glorificado Dios, que, siendo luz eterna y clarísima, recibió nuestra humanidad, y así resplandeció en ella, que, siendo el divino Verbo resplandor de eterna luz, en comparación suya era caliginosa tiniebla esta nuestra humanidad, y luciendo en medio de ella fué todo cercado de ella, mas no fué comprehendida de las tinieblas la luz, porque los presuntuosos infieles ocultos y manifiestos, no

[31] *Testamentum Sancti Francisci.*

recibiendo la luz, no la entendieron, y alumbró a todo hombre que pudo ser alumbrado en este mundo. Por manera que sin perjuicio de las tinieblas, que son estas que llamamos luz, podemos decir y entender que luce la luz en ellas, porque a nuestra increada luz no la impiden ni la comprehenden las tinieblas; mas siendo las tinieblas de la luz, ante la cual todo lo criado es patente luz, y con su resplandor en los corazones claros que están en estas tinieblas; mas los turbios corazones, que son tinieblas obscuras, no comprehenden ni quieren comprehender, o dígase que ni entienden ni quieren entender la luz.

Y por más declaración véase aquesta autoridad en el capítulo 8, casi al medio del capítulo. Y ampárenos Cristo Jesús, nuestro abrigo, y así es toda conclusión en la materia altísima de la sacra encarnación y de sus correlativos, o digo de los capítulos que se han coaptado con ella.

CAPITULO XII

QUE MUESTRA, POR VÍA DE SERMÓN PREDICABLE EN LA CALENDA, MUCHOS PUNTOS MEDITABLES; PORQUE, CUADRÁNDOSE EL ÁNIMA EN ALGUNO QUE A SU GUSTO SEA TOMABLE, SE PUEDA QUIETAR EN ÉL EN ESTA FESTIVIDAD. Y DEBAJO DE ESTE CAPÍTULO 12 SE PONE TAMBIÉN EL ALTÍSIMO MISTERIO DE LA SACRATÍSIMA NATIVIDAD

Pro fundamento:

Hodie scietis quia Dominus veniet, et mane videbitis gloriam Dei [32]

SALUTACION

Nuestra madre la sapientísima Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo en sus más notables operaciones, comienza siempre demandando el divino socorro, como vemos que en el comienzo de cada una de las horas canónicas comienza diciendo: *Deus in adjutorium,* etc. Y de aquí es que los predicadores, así como bien doctrinados hijos de tal Madre, siguen su enseñamiento y doctrina, y así, comenzando sus sermones, usan de aqueste loable principio.

---

[32] *Invitatorium Vigiliae Nativitatis.*

Y mirando la propia inhabilidad que de nuestra cosecha tenemos, y la necesidad con que pedimos, y cuánta justicia hay para que por nuestros merescimientos debamos no ser oídos, comienzan invocando de la Inventora de gracia el agraciado socorro con el cual merezcan ser socorridos; y así, presentando a nuestra muy gran Señora la angelical salutación, acaben diciendo: *Ora pro nobis*, etc., que es tanto como decir *in adjutorium meum intende.*

Pues como hoy esta fuente de las gracias está tan llena y tan sobreabundante que casi está para por cima de todo el cielo brotar a nuestra madre la Iglesia, queriendo agraciar sus hijos, nos avise con la palabra primera nuestro tema, diciendo: *Hodie scietis quia veniet Dominus,* deseándonos abrevar en esta fuente perenalísima; y que vamos a beber aun sin oro y sin argento, añade lo que en el tema se sigue: *Et mane videbitis gloriam Dei,* conviene saber, su sagrada humanidad; mediante la cual, pasando con aviso el hoy de aquesta vida mortal, podamos venir a la verdadera gloria que esta otra palabra, conviene saber, *mañana,* nos promete en la vida advenidera, la cual hemos de alcanzar por el medio de nuestra gratísima agraciadora.

Y porque hoy se ve más gran Señora de lo que puede alcanzar todo entendimiento humano y tan profundamente humilde que no hay quien la haga par, para lo primero le presentemos la salutación [con] que el ángel la venció, siendo él vencido en pureza; y no contentos con hincar ambas las rodillas en tierra, las entrañas de estas ánimas pongamos cabe sus muy santos pies para recibir en ellas la gloria que de las divinas suyas a las pobrecitas nuestras se les promete desde hoy para que la vean mañana; pues digamos mente pía, sin cesar toda la vida, de decir *Ave María.*

Ave María, de gracia excelente,
plena de bienes, contigo Dios es;
entre mujeres bendita y sapiente,
bendito es el fruto de tu santo vientre,
Cristo Jesús, tu Hijo que es.
Madre de Dios, Virgen María,
de los pecadores consuelo y gran bien;
ora pro nobis de noche y de día
que seamos juntos a la compañía
de todos los santos en la gloria. Amén.

INTRODUCCION

Esta dición *hodie* o *hoy* tiene mucha preeminencia, en cuanto es más presente y más potente y en nuestra vida más cierto que todos los otros días futuros o por venir, y aun es más aventajado, porque en él podemos aprovechar más en todos los días pretéritos o pasados; de manera que este día de hoy a los pasados se aventaja y a los futuros se certifica, porque como el ánima, creada para siempre fruir o gozar de Dios, esté en continua disposición para siempre recibir una gracia y grandes gracias, y la largueza de Dios esté en perpetua y activa potencia de hacer muchas y grandes mercedes y siempre infunda en el ánima divinas inspiraciones, con las cuales nos despierta y nos agracia para llevarnos a sí para que gocemos de él, es posible y puede ser que en este presente día acreciente las mercedes sobre los días que han pasado y verificarse ha bien la ventaja que el día de hoy tiene a los ya pasados. Y puesto que los días futuros de nuestra vida sean ciertos, pues los hemos de vivir, no lo son en cuanto la capacidad nuestra es incierta para ellos y la bondad de ellos dudosa para nosotros, *quoniam dies mali sunt* [33].

De manera que está clara la preeminencia presente del día de hoy, del *hodie* de nuestro tema, en el cual, sobre todas las mercedes ya recibidas de Dios, se nos ofrecen las nuevas de la vista de su gloria con la festival venida de nuestro Remediador; y en señalarse con certidumbre este día diciendo *hodie* o *hoy* tiene tanta ventaja a todos los días pasados y a todos los por venir cuanta tiene en las leyes de gramática el género masculino al femenino y al neutro, diciendo: *atque dies mediusque dies pro tempore certo*, donde es de ver que no sin mucho misterio aqueste día se señala y certifica diciendo *hodie*. Para cuya validez, firmeza y confirmación habéis de notar que estos dos términos *hodie* y *mane*, entendidos moralmente, el primero significa el término de nuestra vida mortal, o más propiamente, término de nuestra muerte, y el segundo significa la vida perdurable advenidera, donde nuestro inmenso Dios nos ha de mostrar su gloria, para la cual él nos crió. Y hoy nos hace saber esto en este presente día o proceso de esta vida para que con más cuidado nos dispongamos a poderle ver mañana, que es la advenidera vida, que consiste en su presencia, que es su gloria y gloria nuestra y es objeto perfectísimo de nuestra buena con-

---

[33] Eph. 5, 16.

ciencia, la cual es reposo propio de la presencia de Dios, y él es nuestra gloria toda. De manera que se diga con San Pablo que consiste nuestra gloria en el testimonio de nuestra buena conciencia [34], alcanzada por la recatada guarda y aparejo de esta vida, significada por aquesta dición *hoy*, para poder alcanzar la vida verdadera, que es ver la gloria de Dios, a la cual somos convidados no más lejos que a mañana, notando la brevedad de esta vida.

La letra, empero, particularmente enseña que hoy, en este propio día, dispongamos las conciencias con pureza y con verdad, despojándolas de toda ocasión de culpa y alzando el entendimiento a tan gran bondad de Dios. Y los que hoy quisiéredes saber que viene a vosotros nuestro benigno Jesús, nuestro bien y Padre nuestro, si le quisiéredes obviar con la pureza, y la paz, y caridad, y pobreza, y obediencia, y humildad que él del ánima requiere, lo cual él venía a enseñar, los que *hodie* supiéredes esto, *mane videbitis gloriam ejus* en vuestras propias conciencias y en el gremio virginal.

DIVISION

Dos puntos hay que declarar en este fundamento, en cuya distinción consiste todo lo que aquí se ha de decir. El punto primero es ver en qué consiste la gloria de Dios, a cuya vista somos convidados, y lo segundo, cómo le habemos de ver al propósito del tema. Donde es de notar que en Dios no hay cosa que no sea entera, y perfecta, y substancialmente esencia purísima, o puramente esencia substancialísima; pues como aquí no se entienda que aqueste término gloria se tome accidentalmente, sino esencialísimamente, por cuanto expresamente dice *gloriam Dei*, gloria de Dios, y la gloria de Dios y Dios sea y es una sola, y pura, y singular substancia misma, resta que, siendo convidados a ver la gloria de Dios, lo somos propia y singularmente a ver la esencia de Dios, la cual se declara que en tres maneras se ve, es a saber: *in patria, et per speculum creaturarum, et per speculum sine macula*.

Pues como nuestro inmenso Dios sea entera y perfectísimamente *esencialiter* uno y *personaliter* trino, y en la distinción de las divinas personas se den atributos distintos, atribuyendo la potencia infinita al Padre Eterno, la eterna sabiduría al divino Verbo y la infinita bondad al inmenso Espíritu Santo, así hemos de ver estos tres distintos

[34] II Cor. 1, 12.

atributos en la unidad substancial, como hemos de ver cada uno de ellos en la distinción realísima que es *personaliter* trino. Y por mejor declaración digo: que así se atribuye al Padre la potencia infinita, que en aquesta infinidad se comprende la sabiduría y bondad del Hijo y Espíritu Santo, y diciendo que el Hijo es infinitamente sabio, se confiesa tener la potencia del Padre y bondad del Espíritu Santo, y diciendo que el Espíritu Santo es infinitamente bueno y perfectísimo, se expresa tener la potencia del Padre y sabiduría del Hijo, y lo mismo se confiesa diciendo que es una pura y simplicísima substancia en las divinas personas de la inmensa Trinidad. Así que el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo es sabiduría infinita, y es potencia eterna, y es bondad incomprensible. De manera que todas tres personas divinas y cada una de todas tres tienen y tiene distinta y perfectamente cada uno de todos tres atributos eternos, y entera y perfectamente, *sine differentia,* los tiene todos tres cada una de las divinas personas. *Quia qualis Pater, talis Filius, talis Spiritus Sanctus.* Hase de tomar de aquí que la gloria de Dios, que habemos de ver *in patria,* es la divina esencia, que es aquese mismo Dios, y es Padre, Hijo y Espíritu Santo, *et hi tres unum sunt, sc. personaliter trinum et substantialiter unum, sc. unum Deum in trinitate et trinitatem in unitate* [35].

Así que en lo que está dicho tenemos y confesamos a Dios y que en Dios no hay cosa que no sea entera y perfectamente Dios, de donde se entiende que ver la gloria de Dios es ver a ese mismo Dios, y este Dios es quien nos dice nuestro tema, que mañana le veréis, *et mane videbitis gloriam Dei,* entendiendo por mañana la vida advenidera, antes de la cual todo es noche obscura. La gloria de Dios es Dios, Dios y su sabiduría aquesa misma gloria es, la sabiduría de Dios es el Verbo divino eterno, por el cual hizo y crió Dios todas las cosas, *per quem omnia facta sunt, quia per Verbum fecit Deus omnia, et Verbo Domini coeli firmati sunt* [36]. Y tanto es decir que Dios hizo todas las cosas por su Hijo o por su divino Verbo, como decir que las hizo por su divina e infinita sabiduría, porque la sabiduría de Dios, y el Verbo de Dios, y el Hijo de Dios es Dios substancial y esencialmente, y es gloria de Dios, y es Verbo encarnado enjerido en la asumpta humanidad, con cuyo velamen y cobertura nos es dado del Padre Eterno, y hoy nos da noticia de ello, porque, naciendo mañana de la Madre inmaculada, se presenta a vuestra vista y veáis la gloria de Dios, para que podáis de-

---

[35] *Symbolum Athan.,* 25.
[36] Ioan. 1, 10; Ps. 32, 6; Augustinus, in *Homilia.*

cir: *Vidimus gloriam eius, gloriam quasi Unigeniti a Patre* [37].

Y para conseguir el fin de nuestro propósito, mejor es de ver que este término *verbo* se entiende en cuatro maneras, es a saber: verbo engendrado, verbo ordenado, verbo pronunciado y verbo oído, y de esta manera, todos podemos bien entender lo que va aquí declarado. Así que cuando yo en el pecho, dentro en las entrañas de mi ánima, entiendo mi conciencia y la conozco en todos sus movimientos y estimulaciones, es verbo en mis entrañas engendrado de la substancia de mi entendimiento. Y cuando pienso y ordeno las palabras con las cuales he de manifestar al confesor mi conciencia, entonces es verbo ordenado. Y cuando digo mis culpas como dentro las conozco y las siento y entiendo, entonces es verbo pronunciado; y cuando las oye el confesor a quien yo las digo es verbo oído, porque oye el confesor lo que mis mismas entrañas habían en sí concebido; así que es verbo mío y óyelo él.

¿Entendéis qué cosa es verbo en vuestro mismo pecho? Pues por aquí levantar el entendimiento a conocer que la sabiduría de Dios eterno, la divina esciencia, con la cual y por la cual *ab aeterno* sabe todas las cosas, y no de futuro ni pretérito, mas de presente, todas y de todo en todo las entiende y comprende esta eterna sabiduría de Dios; es el verbo de Dios, por la cual o con la cual la divina sabiduría, o eterna esciencia, o divino Verbo crió Dios todas las cosas de *nihilo*. Y porque dende siempre la sabiduría divina tuvo eterna integridad y siempre, y dende siempre, y para siempre se entiende y sólo se comprehende, está bien dicho y con la fe fiel entendido que es dende siempre engendrado y que siempre el Padre eterno engendra, no de nuevo, sino de perpetua e igual continuidad; y así, siempre engendrado y nunca hecho, *genitus, non factus;* porque no hay cosa hecha sin tiempo determinado, y nunca pudo haber tiempo en la divina generación. No, empero, se aplique aquí el decir que pueda ser aqueste verbo ordenado, pues en él, y de él, y en él tienen orden todas las cosas que son criadas y hechas por él. Y como primero dijimos verbo pronunciado, diremos ahora verbo encarnado y visto en su asumpta humanidad en el día de su beatísima natividad, la cual está tan propincua, que se os pueda decir hoy que mañana le veréis, pues es la gloria de Dios; *et mane videbitis gloriam ejus,* cuanto a la parte primera.

Cuanto a la segunda parte, habéis de notar que en una de tres maneras puede ser vista la gloria de Dios: o

[37] Ioan. 1, 14.

en la vida advenidera, dando místico entendimiento a la palabra del tema que dice *mane videbitis,* y allí ven los bienaventurados a Dios en su misma esencia según diversos merecimientos, o en el segundo modo, en la continuidad de esta desconsolada vida, vemos a Dios mediante el espejo que en las criaturas tenemos. Porque viendo un árbol criado, y sabiendo que todo el poder de todos los que más pueden no es suficiente a criar una hormiga, reconocemos el infinito poder de Dios. Y viendo el árbol ordenado, y ordenado de hojas, ramas y flor, y conociendo que todo el saber geométrico y escientífico de todos los que más saben no lo pueden entender, conocemos, y creemos, y confesamos la sabiduría de Dios. Y viendo la fruta sazonada y aprovechada en nosotros, miramos la desmedida bondad en el que nos cría, y nos regala, y nos tiene tanto amor, y a quien tanto deservimos. Y así, por estos espejos criados se alzan los entendimientos a contemplar en la bondad de su Dios, y así desean ver su gloria, es a saber, verle servido y glorificado de cuantas criaturas crió. En la tercera diferencia que puede ser visto Dios en esta vida es en el espejo sin mácula [38] que es en el divino Verbo, cubierto del velamento de su asumpta humanidad, que es lo que nuestro fundamento promete para mañana a los que supiéredes hoy que viene, a los que quieren ser sabios examinadores de sus conciencias y purificadores de ellas, pues que aqueste testimonio nos dice San Pablo que es nuestra gloria [39], y teniendo esta gloria nuestra dende hoy, seremos certificados que mañana hemos de ver la gloria de Dios en el gremio virginal, y también en la hostia viva, pan vivo que nos es dado del cielo, que es gloria de nuestra vida y es nuestra sustentación, y es nuestro pan cotidiano, y es espejo *sine macula,* y es Verbo eterno encarnado, y es gloria de nuestras ánimas, y es gloria de nuestro Dios ofrecida a nuestra vista si estuviere viva y clara, la cual en esta festividad tiene habilidad doblada, es a saber, corpórea e intelectual.

Porque así como los ojos corporales ven el diversorio pobrecito y despreciado, así los intelectuales ojos le conocen templo grande y suntuosísimo, digno de ser de los ángeles reverenciado y honrado. Los corporales ojos ven la pobreza extremada y la humildad abatida; los intelectuales ven la caridad infinita, y la sabiduría eterna, y la bondad extremada; los corporales ven al hombre, y confiésanlo ser Dios; los intelectuales ven a Dios, y confiésanle ser verdadero hombre, no puro, mas hombre y Dios,

---

[38] Sap. 7, 26.
[39] II Cor. 1, 12.

Cristo Jesús, nuestro bien y Padre nuestro. Los corporales ojos vieron la Madre preñada, los intelectuales conocen a la parida enteramente purísima en su sello virginal. Los corporales ojos miran a San José padre justo y putativo, los ojos intelectuales reconócenle, entre todos los que fueron y serán, digno de ser de Dios Padre elegido, señalado y escogido para que por dignos merecimientos le pudiese la santa Iglesia en voz entera decir: *Qui pater Domini nostri Iesu Christi in terra vocari dignus inventus est.* Pues si este admirable patriarca fué en la tierra hallado ser digno de ser llamado padre de nuestro amoroso Cristo Jesús y felicísimo custodio y esposo de la Madre siempre Virgen, ¿cuán grandes prerrogativas se le han de considerar en la patria celestial, en la gloria que esperamos? A la cual por su clemencia nos lleve el que con el Padre y Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Quien del santísimo José quisiere más entender, lea un tratadito suyo que al fin del libro porné, mediante nuestro Señor.

SÍGUESE EL MISTERIO ALTÍSIMO DE LA NATIVIDAD SACRATÍSIMA, PUESTO DEBAJO DEL TÍTULO DE ESTE CAPÍTULO 12 POR CONFORMIDAD DE LA MATERIA

Para que del misterio altísimo de la natividad pueda el ánima en su contemplación satisfacerse, no pienso tocar alguna cosa historial, pues nos es suficientísima la historia del santísimo Evangelio. Y así, solamente se extiende aquí mi deseo en querer dar a entender y a sentir con la afición algún entrañable aviso que en esta contemplación sea parte muy esencial para cebar lo vivo de nuestras ánimas. Esto me mueve a desear ver que leyendo, enseñando y aun a veces predicando, así pasa por estas tales materias el decidor, que se contenta que les queden a los oidores algunas tan resbaladizas lágrimas, que tardan muy poco más a mostrarse en las mejillas que en caerse del corazón, sin dejar ni aun un vestigio de amor.

Esto es digno de llorar en cosas tan entrañables, y tan para retener y no las querer soltar hasta que de ellas se quede en el ánima que las tiene alguna señal de amor. Esto se ha de conocer cuando de estos sentimientos, sin lágrimas o con ellas, queda hambre en las virtudes, y rigor contra los vicios, y más deseo de oración; y así el hombre reconoce en su interior alguna renovación en la humildad, porque ésta es la que más se ha de procurar aprender en las liciones que se leen en esta escuela.

Cosa es muchos enseñadores muy común querer atraer a los oidores en este misterio altísimo a gusto de compasión, considerando una doncella santísima y de grande honestidad, de altos merecimientos y de delicadas fuerzas, puesta en trabajoso camino, y en muy estrecha pobreza, y en un tiempo que es muy frío, en toda necesidad o en el destierro de Egipto, o en los pasos que como éstos se pueden imaginar, considerando el santísimo patriarca con fuerzas de un hombre viejo, contra toda la verdad y sin fuerza de razón, y con esto imaginan poquedades, que es cosa de escarnecer, en tan diversas maneras cuanta es la diversidad de los muchos en este modo cebados; los cuales, si con esto se contentan mejor, se podrán llamar imaginativos que contemplativos, y más se inclinarán los tales a compasión sensitiva y sensual que radical entrañable.

No así, hermanos míos, no así; sino, como árboles plantados al tránsito de las aguas [40], echen las ánimas raíces en lo más alto o más escondido, y tierno, y vivo de las entrañas. ¡Oh si consintiese Dios que supiese yo sentir lo que aquí decir deseo y que me diese a entender en lo que quiero decir! No digo que estas cositas que en los que somos tan flacos despiertan a devoción sean dejadas; mas deseo dar a sentir que no paremos en tomar contentamiento en la ternura sensual de unas mujeriles lágrimas que por modo natural suelen redundar de allí, sino lágrimas cordiales, que aun sin salir a los ojos regalan el corazón.

Y si con radical, profunda y durable meditación hay lágrimas en los ojos, éstas serán varoniles y muy mucho de estimar; pero todas las que vienen sin aqueste fundamento, ya está dicho cuáles son, y recíbanse por tales. Y pues nuestro maestro es Cristo, y su Madre nuestra escuela, y somos hombres capaces para poder aprender si nos hiciéremos fuerza, tengamos esta manera en el nombre de Jesús; considerando en la Reina de las vírgenes todas las más y más perfectas virtudes que podáis amontonar; habéis siempre de añadir ser su ánima inocentísima la más excelente y noble de todas cuantas Dios crió después de la de su Hijo; y su santísimo cuerpo, el más puro, y más perfecto, y de más sublimidad que sea posible alcanzar por entendimiento humano. De esta ánima excelentísima y de este cuerpo santísimo y purísimo redundó la persona de la Virgen, singular criada antes de los siglos en la mente divina para que se honrase Dios, porque esta honra que las criaturas

[40] Ps. 1, 3.

le diesen fuese gloria de las ánimas que quisiesen llegarse a él. Su infinita bondad crió tan graciosa esta Virgen y en tan alta perfición, que le pueda la Iglesia cantar que sobra su santidad a todos los muy bienaventurados y que su esclarecida pureza vence a natura angélica. Y habéisla de contemplar madre de nuestra pobreza, maestra de nuestros evangelistas, doctrina apostolical, dechado de las vírgenes, y fortaleza de mártires, y esfuerzo de confesores, y cuanto quisiéredes más. Todo lo dicho es poquito comparado a otro ditado mayor que excede a todos ditados; derriba al entendimiento y quebranta la razón, y en quien se da por vencido tiene mayor preeminencia, esto es, que la contemplemos del Hijo de Dios Madre suya, como Orígenes encarece esta dición, cuya madre, ¿madre de quién? Madre de tal Hijo, que antes que ella le engendrase en sus entrañas purísimas él la crió antes de los tiempos, como arriba queda dicho, y la preservó purísima, tal que por sola esta dignidad de ser purísima Madre conocemos ser dignísima de ser servida de las jerarquías angelicales y de ser reverenciada de toda la humanidad, sin sacar sino a su Hijo, y del servicio prontísimo de cuantas cosas Dios crió.

Agora, pues, cuando sobre tantas perficiones y sobre tal dignidad os mováis con entrañas regaladas a compasión reverenda o reverenciable sobre la necesidad en que contempláis que está puesta, en aquesta compasiva reverencia se gocen vuestras entrañas con el verdadero amor que se va engendrando en ellas. Pues como se entran las raíces de la contemplación quieta de aqueste misterio altísimo en lo más vivo del ánima enamorada, así prenden dentro en ella, o digo que así la prenden, que ni se quiere soltar; ni quiere más libertad, que está de continuo presa; y cuando en ella hay olvido, el gusto de la prisión se hace acordarse en sí. ¿Veis bien aquesta manera? Así, se ha de meditar con la vista intelectual esta nuestra gran Señora, este misterio altísimo y profundísimo, para que el ánima sepa sin descuido extenderse que piensa más que en mujer; porque la natural inclinación hace que se compadezca este linaje de Adán de cualesquiera afliciones que considera en sí mismo o en su prójimo si recogen las entrañas a estado de caridad. Y de esta misma manera, por esta vía natural tienen muchos compasión de la Virgen y de Cristo, y aunque esto es merescimiento, pueden merescer muy más si supieren distinguir (según justicia y razón) altezas de perficiones en la Santísima Virgen, así como queda dicho.

Y porque se entienda mejor la diferencia entre compasión natural y entrañable, notad esta figura de la Es-

critura sagrada: entended que iba Abraham a sacrificar a Isaac, hijo suyo íntimamente amantísimo [41]; mirad con los ojos de la consideración cómo iban; y el mozo llevaba a sus cuestas la leña, y el padre llevaba el fuego y el cuchillo; el mancebito va preguntando a su padre qué animal han de matar; sabe el padre que ha de matar con su mano a su amantísimo hijo, al cual, disimulando, responde que el Señor les proveerá del animal que sacrifiquen. Ahora considerad cuáles irían las entrañas del muy amoroso padre aparejando el cuchillo para degollar a su hijo y cuáles estaban cuando, atando las manos del amor que tanto amaba, le tendió sobre el altar que para sacrificarle había con sus manos hecho. ¿Veis la obediencia que tiene Abraham a Dios, y la humildad, y paciencia, y obediencia que resplandece en su hijo?

En estas meditaciones se nos mueve el corazón a compasión natural y compasivas lágrimas, y todo esto meritorio, porque os movéis con amor; es, empero, tan poco el merescimiento por sólo ser natural, que se vuelve a casi nada; porque aquesta compasión, que no es más que natural, también la tienen los infieles, y la hay en algunos de los animales brutos. Por lo cual hemos de tener aviso que así como sentimos que nos vamos moviendo a compasión, se vuelva nuestra consideración a sentir que Abraham es figura de Dios Padre, y el fuego del sacrificio es el amor, con el cual, por redimir al siervo, no perdonó a su propio hijo, que Isaac es figura de Cristo, la leña que va a sus cuestas es figura de la cruz. Y como vais sintiendo esto habéisos volviendo a Dios Padre por vía de amor, y a Cristo por vía compasiva, y las vuestras lágrimas y vuestro amor compasivo hacéislo muy alto en merescimiento; y de aquesta compasión a la natural primera casi no habrá proporción.

Pues por este mismo estilo deben los enseñadores, tratando en los muy altos misterios de nuestro muy suave Cristo Jesús, nunca pasar sin declarar a los oidores algo de lo que es posible que se pueda declarar de este misterio santísimo. Porque, puesto caso que aquesta festividad contremece a los infiernos, da en los cielos alegría y reverencia en la tierra, así es que muchos de los fieles populares no entienden más que en solamente tener la firmeza de la fe que en el bautismo recibieron de la santa madre Iglesia; y esto muy cierto les basta con las obras de cristianos para ir a la vida eterna, mas serles ha muy gran bien y ganancia muy notable mostrarles qué es lo

[41] Gen. 22, 2 ss.

que se ha sentir en las entrañas del ánima cuando nombramos en sus sagrados misterios a Cristo Jesús suavísimo. porque puedan los oidores con muy mayor libertad sentir en el entendimiento y cebar la voluntad en aquello que sin saber otra cosa confiesan con firme fe. Y para esto no se debe contentar el diestro predicador con decir que nuestro niño Jesús era y es Hijo de Dios y lo que suelen decir recta y católicamente; mas que siempre predicando de la alta natividad u otros misterios altísimos se estudien de declarar algún verso o versos del Símbolo de Atanasio. Porque verdaderamente es justa cosa sentir que los predicadores y los contemplativos, muy más que los otros fieles, habían de traer con vivo fuego esculpido muy dentro en el corazón este santísimo Símbolo, y rumiarle en la oración, y darlo a entender al pueblo, pues que sin intrincaciones muestra a conocer a Dios altísimo, increado y humanado, y tiene en sí un no sé qué entretallado en sus versos, que, si toma hábito en las entrañas del ánima, ya no ha menester pensar en él para traerle a la continua con su firmeza enjerido fuertemente en las entrañas; y porque esta doctrina es de los predicadores, a ellos queda remitida.

Lo que a mí me conviene y a mi poquito saber es como mejor pudiere, en lo que toca a este libro, dar a entender cómo se ha sentir y gustar en estos altos misterios cuando hablamos en nuestro inefable Cristo Jesús, bien suavísimo, para lo cual en el nombre de Jesús pongo aquí este fundamento.

Dicen que es muy averiguada verdad entre teólogos que cuando Dios cría alguna criatura para obrar en ella más altos misterios, tanto su eterna sabiduría le hace y cría más capaz, y de mayor dignidad, y de más merescimiento. Ahora, de esta verdad infiéranse dos inefables verdades. La primera, que así como nuestro inmenso Dios crió la Virgen de las vírgenes gran Señora universal para obrar en ella el misterio de la sacra encarnación, cuya cumbre ni alcanza el humano entendimiento, la esciencia angelical la comprende por sí, así se entienda por verdad averiguada que la hizo y la crió tal, que no basten estas dos inteligencias, «humana» y «angélica», a poder por sí alabar, reverenciar, ni servir con entera equivalencia los altos merescimientos de esta nuestra gran Señora, en cuanto es Madre de Dios. Entienda el ánima aquí que el cuerpo santísimo y ánima felicísima de aquesta imperial persona de la Madre siempre Virgen ni pudo pensar pecado. por modo que le empeciese, ni conoció original, ni corteza de venial la pudo comprehender. Sé que aquesto claro está y verdad es inefable, envestida en la razón de

este fundamento puesto, porque la preservó quien la hizo engrandecida [42].

La otra inefable verdad es que tanto cuanto Dios crió la ánima de nuestro amoroso Cristo Jesús y su carne sacratísima para obrar misterios más altos y más dignísimos que en la Virgen singular, tanto más encumbró la humanidad de su Hijo en más alta dignidad. Entiéndase ahora de aquí que si para servir y reverenciar los altos merescimientos de la Madre siempre Virgen desfallescemos los hombres y los ángeles no bastan, ¿qué se podrá contemplar que meresce el niño que es hijo de aquesta Virgen y es sabiduría de Dios, cuyo merescimiento, en todas maneras y por todas maneras, difiere y sobra infinitamente los altos merescimientos de la Madre siempre Virgen? Esto entenderéis muy bien si con entrañas de amor procuráderes contemplar que en las entrañas de la Virgen y en su vientre virginal, siendo ella ya de quince años, se encerró el Verbo divino, la eterna sabiduría, que substancialmente es Dios. Y aqueste su encerramiento en el vientre virginal fué por tiempo tan tasado, que se cumplió en nueve meses, de los cuales a la Virgen le quedó la altísima dignidad de ser Madre de su Dios; mas en la ánima felicísima y en el cuerpo sacratísimo que el Verbo eterno tomó en la humanidad asumpta dende el instante primero de su divina creación, sin antevenir espacio y sin antes ni después, se humanó el Hijo de Dios, levantando a sí en sí aquella santísima humanidad; sabiendo el ánima que en el capítulo 4 en la sacra encarnación se declaró si ni aun un instante fué hombre Cristo antes [que] fuese hombre y Dios. Y cuadra aquesta verdad en medio de las entrañas de la fe que tenemos y nos tiene y nos sustenta. Pues como hayáis entendido que la dignidad altísima de la Madre siempre Virgen fué tomar de ella carne humana el alto Hijo de Dios y encerrarse en sus entrañas por un tiempo tan tasado, entended qué tan mayor dignidad será en la humanidad asumpta que, sin dar espacio al tiempo criándola, la recibió y la ensalzó sobre el cielo y la unió a su alta divinidad en entera perfición, y nunca la dejará por su gran benignidad, porque siempre y para siempre él permanecerá en ella y ella en él a la diestra de su Padre celestial, esto es, en su perfecta igualdad.

De manera que si la dignidad de la Virgen sacratísima nos fuerza desfallescer en sus dignas alabanzas y servicio, ¿qué podremos alabar, o qué podremos servir, o que es de la reverencia con que habemos de tratar de este nuestro niño altísimo, cuya mayor dignidad excede infinitamen-

[42] Luc. 1, 49.

te, así como queda dicho? Cierto y verdaderamente, no tenemos otro remedio sino con San Agustín llamar a cuantos Dios crió que le vengan a alabar, diciendo: Cuantas ánimas Dios crió, todas os juntad conmigo, y engrandezcamos y acrecentemos las alabanzas de Dios, y la gloria de su nombre levantemos hasta él mismo. Pues sublimando el intento principal, que es enjerir en las entrañas del ánima del lector la reverencial memoria de Cristo Jesús, bien nuestro, sépase bien entender que su humanidad altísima por sí es de inmensa dignidad sobre la dignidad inefable de su Madre felicísima; y pues en esta ánima altísima de Cristo y su santísimo cuerpo injirió Dios el Verbo eterno divino obrando el Espíritu Santo, es bien que en este divino ejercicio se note la autoridad de Santiago en el capítulo 4 de aqueste segundo libro.

Ahora, pues dicho está que del ánima de Cristo y carne inocentísima recibida de la Virgen Reina nuestra consta y redunda su persona excelentísima, dígase y entiéndase bien que así como el ánima racional y la carne humana es un hombre, así Dios y hombre es un solo Jesús. Y para bien entender aquesta comparación de aqueste verso del Símbolo, habéis menester mirar todo el capítulo 6 en la altísima materia de la sacra encarnación.

¿Veis que os vais engrandeciendo en más claro entendimiento oyendo hablar, o predicar, o leyendo en los misterios altísimos de Cristo, Redentor nuestro? Pues habéis ahora de añadir otro verso del Símbolo de Atanasio, conviene saber: cual es el Padre, es el Hijo. De manera que sintáis en esta inmensa verdad ser una substancia misma, una esencia substancial y simplicísima, la del Padre celestial y del niño Jesucristo, porque el Padre y yo somos sola una substancia, dice la misma Verdad; y para entender, según que es posible, estos términos, substancia y esencia, procurad leer y sentir en la materia de la altísima encarnación los capítulos 7 y 8, donde esto se da a entender, a grande gloria de Dios.

Sea, pues, el fin de mi intento dar a sentir a mí mismo y a cuantos quisieren creerme que siempre pensando el altísimo misterio del investigable parto de la Madre siempre Virgen proceda la pronta meditación sublimando sus altos merecimientos con toda posibilidad; mas ha de ser sin violencia; y que también contemplando en nuestro altísimo niño procede siempre la mente sublimando su infinita celsitud hasta encima de los cielos. Así que siempre que meditare mi entendimiento que es niñito en los brazos de la Virgen o reclinado en el heno, se entregue la voluntad en reconoscer y retener y con quietud contemplar que este niño soberano es Padre nuestro infinito y es nuestro infi-

nito Dios [43], sabiendo que, en cuanto hijo de virgen, nos relata el Evangelio cuál es su genealogía, y en cuanto Hijo de Dios, dice con admiración alguno de los profetas: *¿Quién contará su generación?* [44]; por lo primero, aqueste niño infinito se dice por San Mateo que sea hijo de David. Por lo segundo, dice David que este soberano niño es señor suyo e hijo de su señor [45]. Así que, en viendo nuestra vista intelectual el humildísimo niño, penetre luego la muy pronta voluntad en las entrañas del ánima, y entienda, y tome, y retenga el alto Verbo divino, no parando sino en él. Y téngase por muy cierto que cuando el ánima en los misterios de Cristo nuestro soberano bien se acostumbra en este estilo, viene a vestirse de un hábito que jamás se le despoja, con el cual ya no ha menester traer en la memoria aviso, porque, en nombrando u oyendo nombrar el alto nombre suavísimo, en ese instante, sin medio y sin tomar nuevo aviso, luego está ocupada en Dios por particular y bienaventurada noticia, sin tener necesidad de repetir dentro en sí.

Porque en la misma manera que acaesce que en dándole alguno el sol, en tocándole, le enviste, y sin espacio, y sin tiempo, y sin en ello pensar se halla envestido en él, bien así, y más sin comparación, el ánima cebada en Dios, luego que el nombre de Cristo suena dentro en sus orejas, antes que lo acabe de oír, lo siente entrañablemente muy dentro en el corazón, que es grande bienaventuranza por la clemencia de Dios.

De aquesto dan testimonio los en ello ejercitados, y la divina clemencia permite que haya quien en esto decir ose que el testimonio de aquéllos es mucho cierto y sin falta y que tiene gran verdad. Grandísima cosa es ésta e inestimable riqueza y muy gran felicidad; pero a tan grandes riquezas, a galardones tamaños, a tanta solemnidad, no es razón poder venir sino por dificultosos trabajos, y acrescentadas violencias o hacimientos de fuerza, esto es, por los prontos negamientos de nuestra sensualidad, por la tasación discreta de nuestras necesidades, por la excitación atenta de una avivada afección, por oración frecuentada, y por puro corazón, y por serena conciencia.

Ni esto se tome en vía de dificultad, antes tenga por muy cierto el negociador solícito y cuidadoso que si un año se estudiare entrar en este negocio con determinación pronta de siempre perseverar, presumiendo del divino socorro que, habiendo entrado en el juego, ni le podrán echar fuera todas las adversidades que el mundo con sus

43 Ps. 109, 1.
44 Is. 53, 8; Act. 8, 33.
45 Matth. 1, 1 ss.

engaños le pueda representar, si él por su propio descuido no se apartare de Dios mediante culpas notables o por propia presunción, la cual en este negocio es muy fiera pestilencia; y contra ella es triaca muy aprobada el propio conocimiento y propia reputación, la cual por diversos modos se ha mostrado a distinguir en muchas partes de aqueste tratado nuevo, máxime en todo el primer libro; sea por todo gloria a Dios, humanado en el vientre virginal y nacido de la Madre siempre Virgen, y en el gremio virginal, en los ternecitos miembros perfectamente de la Virgen adorado, conociéndole por su verdadero hijo y verdadero Criador.

¿No os admira, ánima mía, la altísima celsitud de este admirable misterio? ¿No miráis que la Virgen tiene hijo y que tiene Madre Dios? ¿No gozáis del cumplimiento de tan muchas y tan claras profecías? ¿No entendéis que es esta Virgen purísima, velando sobre su admirable niño, la vara que Jeremías vió velando [46], sobre la cual Dios testificó que él velaba? Sé que sí; ésta es, ésta la vara de rectitud que vela sobre nosotros velando sobre su niño, y como muy recta vara, nos tiene en rectitud de justicia; y es la vara de Jesé, y la flor [47] que ha producido es nuestro niño Cristo, nuestro verdadero Dios; ésta es vara del amígdalo de Aarón [48], cuyo fruto no es más que una sola almendra, cuya inmensa suavidad quitó y quita el escándalo del mundo. ¿No habéis oído cantar a nuestra madre la Iglesia, en relación de aquesta mi gran Señora, que es el almendro de Aarón, destruidora del escándalo del mundo? Sé que sí; pues también habéis leído que en voz descubierta canta: floreció la vara de Jesé en figura que la purísima Virgen había en sus entrañas de engendrar a Dios hombre.

Pues si los ojos de vuestra ánima, muy en descubierto ven que la Virgen es esta vara florida, y la flor es el niño, y que el niño es hombre y Dios, ¿qué os queda sino gozar de lo que habéis entendido y cantarle aquestas coplas sin palabras, sin sílabas, sin sonido, sino que dentro en el ánima se vea qué quieren decir:

Madre virgen y parida,
parece que trae espanto,
virga de Jesé florida,
sola para esto nacida,
preservada y escogida,
por gracia de Espíritu Santo.

46 Ier. 1, 11.
47 Is. 11, 1.
48 Num. 17, 8.

Parida como es verdad,
quedando pura y entera,
porque la gran claridad
muy bien puede penetrar,
sin en nada lastimar,
la muy pura vidriera.

Parida como está visto,
quedando entero su sello,
parida de Jesucristo.
¡Oh, qué parto tan bien quisto:
el Paráclito, ministro,
y la puérpera, en cabello! *

CAPITULO XIII

DA AVISO DEL MODO QUE HA DE TENER EL ÁNIMA EN LA MEDITACIÓN DE LA PASIÓN PARA PRESTAMENTE APROVECHAR

Un aviso es menester contemplando los misterios altísimos de Cristo, mi bien suavísimo, y es que siempre le dé el corazón y alma lugar dentro en sí, de manera que nunca se halle ausente de aquel misterio que piensa. Y aquesto se entienda así: que no vaya el ánima a ver aquestos misterios al lugar adonde acaescieron, mas que el lugar y el misterio lo atraiga y lo meta en sí misma, recogiéndose toda dentro en sí, porque en su mismo corazón tiene anchuras y lugar para cuanto tiene en él, digo para cuanto quiere.

De manera que quiero decir aquí que si piensas en los azotes de Cristo Jesús, mi cordero inocentísimo y ánima de mis entrañas, no menos duras que frías, pues no se abrasan en tan encendido amor que, pensando en sus azotes, sea tu corazón columna; de manera que de golpe o recudida no pueda sentir ni pensar en algún azote o golpe que no toque en tu columna, y porque es de piedra dura insensible, no se sabe deshacer en tan digna compasión. Item, si piensas en la coronación, sea tu corazón la silla, o sea la púrpura, y no haya alguna espina que no toque, o lastime, o te ensangriente los ojos, pues que la sangre sagrada aun por ellos y la boca reventaba y por el rostro corría. Y si piensas en la cruz, sea tu corazón la piedra en que fué hincada, y aun lo más tierno y interior sea el agujero de ella, de manera que la sangre que corría por el madero lave tu dura substancia y se entre en el cordial

* Con la cabellera suelta y desplegada.

agujero y nunca salga de allí, y así en todos los misterios. Y no ha lugar el decir que es estrecho el corazón, porque más puede caber en él y en el largo entendimiento, pues sabéis por experiencia y sabemos que cabe un juego de cañas y caben dos mil trapazas y cuatro mil burlerías, que se topan y dan lugar unas a otras, y a ti te lanzan de ti, y te quitas y apartas de tu mismo corazón para dar lugar a quien te aparta de ti.

¿Y por qué ha de dar su corazón Cristo, que son sus misterios y su gracia, a quien del suyo se aparta, que es de su recogimiento? Véase si esto está en razón, y vuelve y éntrate en ti, y a ti traerás los misterios, y todos cabrán en ti, y tú serás Tierra Santa si te sabes encerrar y gozar, como avariento que da con dificultad y está a la continua presto para recibir, y cuanto recibe guarda. Y piensa esta ánima pobrecilla que está aquí muy gran ganancia; Cristo Jesús quiera dárnoslo a sentir por su gracia y gran bondad; porque, dado caso que el aprovechamiento nuestro y toda la felicidad de estas desterradas ánimas consiste o está en nuestra quietud, esto es, en contemplar nuestro inaccesible Dios sin los entremeses, revueltas y casi juego del gusto de aquestos nuestros sentidos, y aun de su interior sentimiento, negándose todo el hombre de todo lo que no es Dios, viendo que es no inteligible y que lo que el hombre puede obrar en su inquisición es en verdad casi nada por sí; es, empero, grande provecho y es necesario que la ánima esté dispuesta y purificada en todo lo que es en sí, y aquesta disposición le ha de venir de los méritos de Cristo, cuya vida, cuyo seguimiento, cuya pronta imitación, cuya meditación propia con tasa de entendimiento es quien más puede ayudar en esta negociación; digo con tasado entendimiento, porque se entienda que nunca ha de discurrir, sino que con toda moderación y sin ruido y sin discurso busque y halle la verdad, y se quiete y esté en ella pronto, y solo, y quieto; rememorando que se ha dicho en la parte primera que ha de haber conciencia limpia, y ánima desocupada, y entendimiento ordenado, y voluntad determinada, y así se ha de esperar la divina dignación, teniendo siempre aviso de no ir fuera de misma la ánima a buscar misterios, pues que ella los terná en sí si se tuviere a sí en ellos.

Demás de esto, habéis también de entender que, mirando al crucifijo, o a la cruz, o alguna imagen, habéis de tener aviso que no os detengáis allí, mas que paséis adelante, así como si miramos a un viril, que en viéndole le penetra nuestra vista, y ve lo que está después o de la otra parte de él; cuando leemos con antojos, que muestran la letra mucho más clara y más grande que si mirá-

semos o leyésemos sin ellos con nuestra más flaca vista. Pues así como viril o antojos nos ha de ser cualquiera imagen que vemos, a la cual, en llegando nuestra vista corporal, ha de pasar la intelectual vista nuestra a lo que nos representa esto que vemos pintado, o esculpido, o entallado. No que nos derramemos a ir a los lugares santos, ni aun al cielo, sino que, en mirando la imagen pintada, nos retraigamos a entrar dentro de nosotros mismos, dentro en nuestro corazón, y que en él nos encerremos, y dentro en él hallaremos nuestro muy benigno Dios, espejo clarísimo, en el cual veremos a todo nuestro querer todo cuanto ver quisiéremos; y ésta es arte para presto aprovechar mucho más y con más recogimiento.

Cierto es bueno de pensar y fácil es de creer que estaba bien dentro en sí mismo el que sin salir de sí miraba en el crucifijo, y hablaba no a él, antes al crucificado que tenía en su abrasado crucifijo corazón, y decía en su primera conversión cabe la ciudad de Asís esta notable oración, que, cierto, se la enseñaba el Espíritu Santo, pues que tres veces la pronunció, y otras tres le respondió Cristo dende el crucifijo. Ni sé que en tan abreviadas palabras sea tan copiosa sentencia en otra alguna oración, salvo la que nos dió nuestro maestro y padre Cristo; y débese bien notar esta primera oración del abrasado y Seráfico Padre nuestro San Francisco y comenzar siempre en ella nuestra mental oración, y dice en esta manera, mirando en el crucifijo y de rodillas ante él: *¡Oh alto y glorioso Dios! Alumbra las tinieblas de mi corazón y dame fe derecha, esperanza cierta, y caridad perfecta, y conocimiento de ti, Señor, así que yo haga el tu santo y verdadero mandamiento. Amén.* Y glósela el discreto y tasado entendimiento y recójase a gustar la piadosa voluntad; notando que pide nuestro Seráfico Padre en esta oración a Dios, Señor suyo y nuestro, que le dé conocimiento de sí mismo, y muéstrale la razón porque desea conocerle, que es para le obedecer, y dice: *Así que yo haga el tu santo y verdadero mandamiento*. Donde es aquí de notar que el conocimiento es medida del amor, así que para amar nos conviene conocer; y el Seráfico Padre nuestro, cuyas entrañas estaban esclarecidas por el Espíritu Santo, que ordenaba dentro en ellas la orden de su petición, no demandaba que le diese Dios amor, mas pedía conocimiento de lo que deseaba amar, por poner firme cimiento al edificio que la sabiduría eterna en su ánima comenzaba, y decía: *Dame conocimiento de ti, Señor*, y entendía en sola esta petición demandar también amor, porque pedirle a Dios conocimiento de sí es pedirle sin tasa y sin condición, sabiendo que quien conoce lo que no puede medir ha de

amar sin condición ni medida y sin tiempo señalado y sin señalar lugar. Este debe ser el modo sin modo que el ánima enamorada ha de tener en amar la infinidad de su inmensurable amor. Dice el Seráfico Padre que el deseo de conocer quiere para cumplir el mandamiento de Dios, y el divino mandamiento que toma y abraza en sí todo otro mandamiento, y coge toda la Ley, y abraza en sí los Profetas es amar a nuestro Dios con todo cuanto es el hombre.

De manera que pedir nuestro Padre San Francisco conocimiento de Dios y decir que quería este conocimiento para poder cumplir el mandamiento de Dios, tanto era como pedir gracia de poder amar con su corazón y entrañas y con las fuerzas de su ánima a su incomprensible amor. Y poned estudio en que la oración mental tenga en vos seis condiciones que está escrito que orando hemos de tener, es a saber: que sea la oración devota y pura, humilde, violenta, atenta y continuada. Devota, cuanto al propósito de orar; pura, no admitiendo pensamiento, aunque sea bueno, si no es del mismo propósito; humilde, cuanto a la propia estimación de nuestro nada poder, ni aun sustentar un buen pensamiento; violenta, cuanto a la contradición de nuestra sensualidad, que quiere ir no muchas veces y estar sentada y sin asiento, conforme a lo que está dicho. Lo quinto ha de ser atenta, cuanto a la guarda y quietud, y afición, y talante, y atención cordial o del corazón; y ha de ser continuada, cuanto al intento de orar en todo tiempo y lugar según todo su poder.

De manera que así como para el conocimiento de vuestra aniquilación tuvistes en el principio seis obreros, así para la oración mental estudiéis aquestas seis condiciones.—Cristo Jesús sea siempre en nuestro favor.

CAPITULO XIV

Del aviso y diferencia que se ha de tener en la meditación de nuestra miseria y de la humanidad de Cristo; y de la quietud intelectual

Hase de sentir de aquí que, así como los altísimos misterios y vida de nuestro amoroso Cristo son medio entre los extremos de este propósito, conviene a saber, entre la meditación de nuestra miseria y la contemplación quieta de las altezas de Dios incomprehensible, así la manera es media, y los extremos se tienen su división.

Quiero decir que la meditación de nuestra aniquilación es por vía de inquisición y discurso de entendimiento; y la contemplación de los misterios de Cristo, entrañas suavísimas del ánima desterrada son, y han de ser por inquisición de entendimiento y recepción de voluntad. Así que lo primero se ha de buscar en lo exterior, que es en las cosas de fuera, pensando quién hemos sido y quién somos, y ha de permanecer fuera, porque no nos hemos de parar ni encerrarnos en la tal inquisición; y lo segundo se ha de buscar también en lo exterior, y ha de permanecer dentro.

Mas el punto tercero, que es en quieta contemplación de las cosas incorpóreas, puro espíritu y del altísimo Dios, esto ha de ser totalmente por modo de recepción, sin presumir de atraer, ni lo atraído retener por alguna propia industria, sino al querer del dador, que viene cuando le place y cuando quiere se va, y sólo se nos debe a nos quietud y disposición sin impedimento en todo cuanto es en nos. No, empero, se niega su oficio al entendimiento, aunque con mucha templanza, y con tasa, y aviso, que en sintiéndose que va a ser inteligencia, en topando la verdad de lo que busca, se pare sin acertarse a menear, que no haya más que entender sino estarse, y esperar, y recibir, y guardar sin industria, y atraer y retener sin violencia y gozar; y todo esto como quien no hace nada, sino en toda quietud y grande disimulación, porque ésta es muy gran ventaja; y si no se entiende bien, pregúntese a la experiencia, que es quien lo sabe mostrar sin duda del que lo estudia. Mas para dar a entender la ventaja que hay en contemplar por vía inquisitoria o por vía de recepción puede ponerse este ejemplo.—Y sea grande gloria a Dios.

CAPITULO XV

De tres inteligibles ejemplos para conocer la diferencia de los actos del entendimiento y voluntad en la meditación

Dos mercaderes conformes tienen un mismo trato y una misma compañía; y el uno, que es más mancebo, negocia en las ferias y en los pueblos y ciudades; y entiende con los deudores en constreñir a pagar y en adquirir sus ganancias, que esto es todo menester y no se puede excusar en sus tratos y ejercicio. Y éste es el entendimiento

que discurre y hace bien, y es su oficio hasta hallar la verdad, sin la cual no ha de quietarse; mas el otro compañero, que entre los dos es mayor, y más anciano, y más noble, en su casa se está quedo a la mesa de sus cuentas, y allí vienen a pagarle sus dineros, y allí cobra, toma y guarda sus ganancias y riquezas, ni se quiere levantar, ni aun hace caso de mostrar más afición de la que basta a cobrar lo que a la mano le dan. Y esto es nuestra generosa voluntad, que no va a buscar lo que a ella le es menester, mas envía al entendimiento, su súbdito y compañero, y ella toma lo que él trae; no, empero, se satisface con menos que con bondad; y como Dios sólo es bueno, nunca quiere menos que a él.

¿Veis cuán grande es la ventaja de gozar por recepción o por discurso inquirir? O nótese la ventaja que hay entre el mayordomo mayor de cualquier gran señor, que a la mano, y a su silla, y a su mesa le traen las pagas sus deudores, y entre el alguacil de las rentas, que discurre a revolver y apremiando constriñe porque vayan a pagar. El gran señor es el ánima, el mayordomo mayor es la diestra voluntad generosa y sosegada, el discurso del subtil entendimiento es el fiscal o alguacil, y la ventaja está clara.

Y por más entendimiento de esta vía de recepción que alabamos en el ánima puede esto entenderse así: una piel de pergamino, cuando está muy bien raspada y raída de toda ruga y de todo impedimento y está muy bien engrasada y virgulada, está pronto y en toda disposición para poder recibir cualquier letra o cualquier figura que con péndola o pincel quiera ponerle el pintor, y el pergamino por sí no tiene disposición para saber desear nada, sino para lo tomar y recibir y tener. Esta es pura recepción, y tal ha de estar el ánima que ya ha sido ejercitada, y sabe por experiencia la quietud que se requiere para esperar el querer del pincel de su pintor. De manera que sepa que lo que de su parte le pertenece proveer es estar raída de todo deseo sensual y aun raspada de toda tibia inclinación, y sin rugas de temporal afición que por Dios no sea ordenada, y engrasada en la caridad de Dios por amor de Dios, y del prójimo por Dios, y virgulada con los misterios de Cristo Jesús; y quieta, sin pedir nada, espere la péndola o el pincel de su pintor, que son las visitaciones suaves, con las cuales sabe Dios dibujar cuanto él se quiere en el ánima preparada, la cual lo que así recibe es por vía de recepción de sola la voluntad, que es anciano mercader, y es mayordomo mayor, y es piel muy bien preparada. En esta manera tal no hay para qué quiera ni haya menester nada del entendimiento ni de su solicitud. Dénoslo Cristo a entender por su infinita bondad.

CAPITULO XVI

De cinco grados de la escala de la contemplación, en quien se conoce el medio que el ánima ha de buscar para ir a la perfición

Y por más consolación del ánima inquisidora, se note que tiene cinco términos esta nuestra facultad, conviene a saber: lición, oración, meditación, contemplación y espiritualidad. Con la lición busca el ánima lo que quiere; con la oración lo demanda, la meditación lo recibe, y en la contemplación lo posee y goza de toda quietud y paz; y en la espiritualidad pura, y simple, y verdadera, conoce a su Hacedor, que demanda ser buscado en espíritu y verdad [49].

De manera que se entienda en esta escala que en tanto que el ánima en su contemplación, cuanto quiera que sea quieta, no se alza a la comunicación de las cosas intelectuales incorpóreas o sin cuerpo, que no puedan ser habidas con sentidos corporales, y aun podría ser apretar más porque se entendiese menos. Como sola la experiencia es quien esto da a entender no se ha de satisfacer, porque en lo puro espiritual consiste la perfición, y antes no; dénoslo Dios a gustar. Ni se llama espiritual el que no levanta su espíritu a las cosas incorpóreas que se alcanzan por los medios ya notados, es a saber, por nuestro conocimiento y conformidad con la vida de Cristo. Y los que las han tenido, hombres eran como nos, y lo son los que las tienen ahora; ni se esconde a mujercitas, para mayor confusión de tan barbados varones, tan tibios, tan temerosos, tan flojos y tan dignos de digna reprensión.

Porque el que no comienza a buscar de raíz su conocimiento con deseo de se estimar en su mísero valor, no verná en el sentimiento de los misterios de Cristo, para los poder imitar y meditar con amoroso rigor; ni por aquí pasará a la contemplación quieta, en quien se halla la paz; ni a la pureza de espíritu, donde se conoce en espíritu y verdad la conversación divina de nuestro fin, para donde nos crió Dios por su largueza y bondad. Pues los que han ya comenzado, vayan con mayor fervor, y los que estaban dormidos en descuidada tibieza, miren que se da de bal

---

[49] Ioan. 4, 23.

de a cuantos le quieren Dios. Y los unos y los otros porfiemos a caminar, que, si entramos en camino, la vista de nuestra patria nos mostrará un tal atajo, que ya no sea en las manos de nuestra sensualidad querernos volver atrás. Y si me dais alguno o muchos que una vez entren bien en el camino, yo me obligaré a su no querer tornar si no tuvieren descuido en guardar el corazón y limpieza de conciencia, la cual nos conceda Dios por los méritos de Cristo Jesús suavísimo.

CAPITULO XVII

De la oración, agonía y sudor del Cordero de Dios, Cristo; y declara la razón por la cual el evangelista no dice absolutamente sangre, sino casi gotas de sangre

Orando en Getsemaní el día antes de su pasión Cristo Jesús, nuestro bien, fueron juntos y [a] su humanidad presentes los instrumentos terribles con los cuales su desmedida caridad había de obrar el espantoso edificio de nuestra reparación. Y como, por parte de su eterna sabiduría, la afligida santísima humanidad reconociese la soga que había de atar su delicada garganta, y la vestidura blanca que le habían de escarnecer, y los flagelos con que había de recibir cinco mil y cuatrocientos y tantos azotes de desmedida crueldad, y la púrpura de su mayor vilipendio, y la venda que había de tapar sus ojos, y la caña con la que le habían de dar en el escarnecimiento, y la corona de espinas, que había de penetrar su delicada cabeza con sentimiento acutísimo, y los diversos escarnios, y los clavos, y la cruz, de desmedida crueldad. Pues como le fuesen juntos todos manifiestos los sensitivos tormentos que con ellos y cada uno había de padecer, y con esto se le añadiese el reconocer la lanza, que había de partir por medio el muy vivo y sentible corazón de su mestísima Madre dentro en su crucificado pecho después de haber expirado, y junto a esto el desamparo de su querido Colegio y muy amados discípulos, fué tan crecido el tormento, fué tan terrible la pena y pujó tanto el dolor, que absorbió en sí todo el hombre en lo interior y exterior.

Y como la caridad de aquel hombre verdadero, que era verdadero Dios, excediese en altísima manera al humano entendimiento, fué tanta la compasión que su ánima recibió de sus crucificadores, que no se habían de salvar, que este dolor compasivo prevaleció en tanto grado en

medio de las entrañas que abrasaba el fuego vivo, que muy luego y muy en parte creció sobre todos los dolores que se han dicho sensitivos. Y la fuerza terribilísima de este ardentísimo dolor fué el cáliz de amargura, que la humanidad, encendida en el divino amor de la inmensa caridad, demandaba al Padre Eterno que pasase de su gusto, esto es, que queriendo él padecer por nosotros los tormentos que esperaba, no se perdiesen aquellos que él quería que se salvasen y ellos la crucificaban, y su perdición le era más amargo cáliz que el rigor de su afición; y esto es lo que rehusaba, no de sufrir la pasión. Y porque su desmedida piedad tiene igual permanencia con su infinita justicia, decía: *si posible es* [50]. Casi como si dijera que la humanidad, que se abrasaba en el vivísimo fuego de su inmensa caridad, presta estaba a padecer, aunque la carne es, en cuanto carne, enferma, y que el espíritu pronto desea que estos sus crucifixores no perezcan, si aquesto hubiese lugar ante la justicia eterna. Pues como en esta última y congojosa oración se ofreciesen juntamente tantas tan intensas y tan extensas causas de orar con inflamado fervor, fué necesario multiplicar el espacio, alargando la oración y haciéndola prolija.

E como orando se inflamase más y más el [inocente] del amor, abrasó así sus muy divinas entrañas, y movió así todo su vital espíritu, y excitó allí todo el calor natural de su humanidad sagrada, que se entreabrieron sus poros, y fué puesto en agonía, y sudó copiosamente sudor de sangre finísima [51]. Donde es de notar que dice el evangelista en este paso casi gotas de sangre, y esta dición «quasi» referimos a las gotas de manera que entendamos querer decir cuasi gotas; podémoslo así sentir, que aun es conforme a la letra; pero si decimos gotas cuasi de sangre, o de cuasi sangre, aun terná más consonancia, en compasiva piedad, como sea verdad; no porque diga casi se ha de dejar de entender y creer verdaderamente que sudó sangre muy fina.

Porque sangre, debajo de este propio nombre, no la hay fuera de las venas sino sólo en el corazón del animal; y la sangre, cuando está dentro en las venas, no está tan purificada, tan pura ni tan digesta como ya salida de ellas por vía de porosa resudación, y extendida por los miembros y por cada parte de ellos, muy junta a todos los poros y muy presta a movimiento, tanto que los doctores médicos la comparan al rocío que está en las hojas de los árboles, muy presto para saltar con cualquiera movimien-

[50] Matth. 26, 39.
[51] Luc. 22, 44.

to, por muy pequeño que sea. Y porque esta sangre que está ya fuera de las venas y va a convertirse en carne es más fina y apurada y tiene más perfición, no está ya bajo del nombre sangre, como lo estaba en las venas, antes se llama rorida humidad luego que ha salido de ellas, entendiéndose por debajo de los poros de este nuestro humano cuerpo; y cuando se espesa más llámase gluten, y cuando ya ha de pasar a lo natural de carne, llámase cambio; y todas estas tres humidades, una menos y otra más, se llama muy propiamente húmido radical.

A nuestro propósito, el sudor de nuestro suavísimo Jesús no fué de sangre de venas, sino de la muy más fina de la rorida humidad; sangre más pura y más viva, la cual en el hombre está desembrada en cualquiera de sus miembros debajo de cualesquier de sus poros y presta para salir cuando quiera que le sea dado lugar o con puntura de aguja o de muy subtil espina que no pueda romper vena o por cualquier abrimiento de algún poro. Pues como en mi suavísimo Cristo fuese el trabajo y congoja tan intenso que le puso en agonía, que es llegar poco menos que a expirar quien un poco antes había dicho que estaba su ánima triste hasta el punto de la muerte, y fuese tan extenso aquel rigor que, tomando muy junta la integridad de su ánima felicísima, se extendió a cada parte del muy afligido cuerpo y en todo él obró el calor natural, agitado con el fuego del incendio de la viva caridad, todos los poros por todo el cuerpo se abrieron, y por todos resudó sangre finísima, más pura que la sangre de las venas. Y este decir casi sangre denota en este lugar sangre más fina que la sangre que anda dentro de las venas. Donde se debe notar que por eso no hubo quien sudase sangre antes de Cristo ni después de él, porque no hubo ni habrá quien tanto rigor sufriese, ni con tanta caridad, porque si haberle fuese posible, posible le sería y natural el sudor también de sangre. Esto se debe notar con compasivas entrañas, y aun es paso predicable y puédelo rebrazar cualquier predicador, porque cualquiera buen médico lo podrá sustentar bien con toda facilidad. Y también está entendido que es paso en el cual no miran muchos letrados muy buenos predicando este misterio; los cuales, si son de este sudor preguntados, aunque dan buenas razones, carecen de la propia anatomía, la cual no es necesaria a las letras de la Escritura sagrada, mas sin ella no se puede rebrazar la ocasión de tal sudor ni de húmido radical para ser esta causa conocida. Y en medio de las entrañas nos la mande sentir bien Cristo Jesús, nuestro Dios.

CAPITULO XVIII

Del discurso ante los cuatro jueces, donde con brevedad es puesta el ánima compasiva en la entrada del amor; y procede interrogando

¡Cordero mansuetísimo! ¿Dónde dejáis vuestra oveja? ¡Oh oveja desamparada! ¿Y qué es de vuestro pastor? ¿O por dónde van los lobos que os llevan vuestro cordero? ¡Oh Dios mío! ¿Y quién no se abrasa en muy compasivo amor mirando un cordero tan manso cuan inocente, puesto en dientes de cuatro osos tan torpes como feroces, y con cada uno mil lobos, tan hambrientos cuan rabiosos, no menos fieros que crueles? Por ventura, ¿no eran osos devorantes, destruidores y rabiosos los cuatro malvados jueces: a un cabo, Anás y Caifás, y a otro, Pilatos y Herodes? Y los miembros infernales luciferinos sayones, ¿no eran cruelísimos lobos? Sé que sí; mas ¿cómo os llamamos jueces, oh enemigos de justicia? ¿No fué quizá entre vosotros nuestro Cordero inocentísimo juzgado, contra justicia y sin juicio de razón? Sé que no podéis negar, ¡oh cruelísimos malvados!, que el uno le abofeteó porque el otro le encarcelase; el otro le blasfemó con escarnecible furia, y el otro le despojó, azotó y crucificó porque se vengase el pueblo. ¡Y qué acerado corazón tenía el sataniego Pilatos, que en su malvada presencia, y por su muy cruel mandado, veía despojar y abofetear con malvada desvergüenza el honestísimo cuerpo del mansuetísimo Cristo! El cual aun la Virgen no había visto descubierto desde su tierna puericia, y ahora está en la cruel presencia del desventurado pueblo, con no más del cubrimiento que le dió naturaleza en el vientre virginal, siendo, por mandamiento del desventurado juez, muy sin piedad despojado para quererle crudamente atormentar. Y él así como mansuetísimo cordero que, siendo puesto en manos de su ofendedor, siendo despojado de su lana, y llagado, y maltratado, está sin abrir la boca [52], sufriendo cualquier agravio y sin saberse quejar; mas por sola su bondad, por su piedad desmedida, se ofreció nuestro Cordero de Dios a los tormentos y muerte por su propia libertada voluntad. Busque el piadoso entendimiento lo que hay aquí que buscar, y sea su maestro

[52] Is. 53,7

el amor, y la compasión, su escuela; las lágrimas, su lición; los sospiros, su descanso, y gozo, la voluntad, y entréguese la afición.—Y sea Cristo nuestro amparo.

CAPITULO XIX

Que en la columna, todo el cuerpo fué hecho una llaga y le vió la Virgen Madre con lastimadas entrañas; y procede en manera de pregunta

Cuando Cristo fué quitado de la columna, ¿si estaba llagado en partes o si era todo una llaga? Y dice: Yo días ha, por la gran bondad de Dios, que cuando llego a este paso no puedo acabar conmigo poder ni querer pensar que en un cuerpo tan pequeño y de tan acabada complexión que no se pueda pensar que alguna vez ni ninguna hubiese podido haber en él repugnancia de elemental accidente, antes fué su complexión perfectamente templada, lo cual muestra perfición, y a ser llagada, preparación muy tierna; pues repartidos en un cuerpo tal como éste cinco mil y tantos golpes de azotes, yo no sé cómo se pueda pensar, sino que de diez en diez, y aún más que de ciento en ciento, fuesen los golpes sobrepuestos, impresos y entretallados en la delicada carne; ni sé cómo se piensen en él algunas partes sin llagas, ni aun digo con cardenales, sino todo en una llaga más cruel y mayor en partes. Y si cardenales hay y golpes averdugados, no a lo menos estarían sin alcanzar a las llagas sobre llagas y al rubricado cruor de la sangre quebrantada. Y aun pregunto si sería en este lugar donde le vió el profeta, tantos años antes que encarnase Cristo, cuando le preguntaba: ¿Qué es la causa de estar tan rubicundo en color vuestro vestido? [53] ¡Oh Dios mío! Así como si este profeta dijera hablando a Cristo: ¿Cuál fué la fuerza de amor, ¡oh caridad encendida!, que os forzó a ser tan cruelmente tratado y atormentado que os veo tan carnificado, que vuestra carne sagrada parece no tener más velamento, o cubrimiento, o vestido que vuestra sangre sagrada? Pues que aquí le venía bien ser de aquesto preguntado, estando hecho una llaga, y si era en este lugar la lamentable respuesta: *Yo solo pisé el lagar* [54]. Porque si la cruz es el lagar cuan-

[53] Is. 63, 2.
[54] Is. 63, 3.

do estaba puesto en ella, los pies tenía muy levantados del suelo, y en la columna los vemos muy metidos en el mosto, que del racimo corría tan cruelmente desangrado. Y del mismo mosto vemos las piernas y todo el cuerpo estar en sí barnizado, y en este solo lugar sea torcular la columna, pues hay tanta conveniencia.

Y aun pregunto, ¡oh ánima mía!, si era en aqueste lugar donde Cristo se quejó diciendo: No quedó hombre en mi presencia o conmigo [55]. Porque si esto se considera en la cruz, su Madre estaba con él, y también la Magdalena; y si Cristo no se queja de mujeres, sino de no haber varón, que todos le habían dejado, aun estaba allí San Juan; pero estando a la columna, ni había varón ni mujer que a su parte paresciese ni a la diestra ni siniestra. Porque, si hubiéredes de ver que llegó su triste Madre, también habéis de saber que no entró dentro en el atrio, por ser casa de gentil que no le dieron lugar, y si entró, que la echaron luego fuera, y sólo quedó el solitario Jesús, todo el cuerpo muy llagado, muy cercado de sayones llenos de ferocidad y cubierto con su sangre. De manera que se pueda con toda piedad pensar que convenga en la columna la pregunta que aquí dice, y la respuesta, que sólo pisó el lagar, porque cuando subía de Edón ya había pasado de aquí y de todo lo demás, y así, puesto en la columna, se me quede el corazón.

Pues llegando nuestra lastimada Madre a la casa de Pilatos, aun se puede contemplar que San Pedro la topó a la entrada de la puerta, considerándose allí la postrera negación si de día fuera, mas no le pudo hablar de pasión, y compasión, y lastimada vergüenza, y así se salió a llorar. Mas le mestísima Madre siéntase qué sentiría, y acercóse con San Juan a una ventana de rejas, donde muchos le miraban, quedando fuera por dispensación divina las Marías y Magdalena. Y como la Virgen viese a su lastimado amor no menos todo llagado que cubierto de su sangre, casi muerta, cayó en tierra en presencia de su compasivo Cristo, cuyas entrañas, partidas de compasión de su lastimada Madre, no estaban menos llagadas que todo el cuerpo de fuera. Mas aquellos miembros crueles hermanos de Satanás, a vista del afligido Señor, con crueldad no comparable, tomaron y echaron fuera a la Madre casi muerta o en lo íntimo lastimada. Entonces la recibió con los amorosos brazos la afligida Magdalena y las otras dos Marías, que para esto quiso Dios que hubiesen quedado apartadas más afuera, puesto que no lo sabían cuando dejaron de entrar, mas quedaron con temor y por no ser conocidas.

---

[55] Deut. 32, 39.

El tormento del afligido Señor en tanto se continuó hasta que por más le atormentar acordaron de dejarle de azotar, y el cruel que allí presidía luego le mandó quitar; y cuando le desataban los cordeles, soga y lías, unos contra él murmuraban y otros recio pronunciaban: «¡Traidor, haz lo que solías! Las maldades que contra nos cometías muestra tu disposición que van perdiendo sazón». Y así lo tenían quitado de la columna con la soga a la garganta y atadas juntas las manos, y no del todo desnudo, mas con su sangre cubierto y con muy gran confusión. ¿Y qué hay que pueda estorbar que, considerando la ferocidad de aquellos sayones satanistas, no se piense que desatado de la columna el inocente Cordero, y estando ya algo resfriado el ensangrentado cuerpo, le diesen otro algún golpe de nuevo con los horribles azotes, que aun se estaban en las cruelísimas manos al tiempo que querían irse con el Cardero de allí? Cierto está que cuanta crueldad y malicia se les pudiere aplicar tiene en su maldad lugar. Y aun el sayón en cuyas manos estaba la soga de la garganta, ¿quién no piensa que tiró cuando se quería mover hacia sí con más crueldad, y que si otro sayón cruel no se arrimara a Jesús, y para que no cayese sobre el delicado rostro le ayudara con las manos puestas sobre los cabellos, quién duda que no cayera la humanidad fatigada? Mas ¡oh ánima mía lastimada! ¿Y no merecieras ir con tu amoroso Jesús desnudo, con ultraje avergonzado, atado e inclinado todo el muy llagado cuerpo? ¿Y no merecieras ir con tu muy llagado Cristo entre gente tan desmedida y profana? ¡Oh mi dulcísimo amor, y quién me diera la parte de las salivas, los silbos y bofetadas y el tumultuoso rigor con que pasastes aquella breve jornada de la columna hasta vuestras vestiduras! ¡Quién os viera quereros vestir temblando y con espantosa furia tornaros a desnudar; quién os quitara la púrpura de vuestro ultrajable escarnio; quién os tomara la venda de los delicados ojos; quién os tomara la silla, y la caña, y los pujeses, las salivas, los golpes y bofetadas! ¡Oh si viera las espinas en mi alma penetradas y la sangre que corría por la frente, y por el rostro, por el cabello y garganta! ¡Oh mi Dios, y quién la cogiera en el pobre lastimado y abrasado corazón! ¡Oh, quién la viera apuntar a los lacrimables ojos o reventar por los oídos, por las narices y boca, en lo último atormentada; y quién subiera con vos al *Ecce homo* de Pilatos, a la presencia del pueblo y gente desesperada! Mas ¡Dios mío!, ¿quién me dirá si mi lastimada Madre, nuestra universal Señora, si había ya tornado en sí, y si tuvo ojos con que os viese escarnecido y penado o si oía aquella cruel voz: *Crucifige, crucifige*? ¿Quién sabrá si esta cruel voz de la sinagoga adúltera tuvo

algún tiempo figura en la adúltera mujer que delante Salomón, sin vergüenza, demandaba que el hijo que no era suyo fuese con cuchillo cruel por medio despedazado? ¿No decía *dividatur*, mostrando la voz de aquellos *crucifige, crucifige*, porque se divida el ánima en lo último lastimada? ¿Y las entrañas de la madre, movidas sobre el hijo que parió, no pudieron ser figura de las entrañas rompidas de la Madre lastimada sobre el Hijo inocentísimo que en su presencia murió? Sé que sí; ¿no está escrito: *Las entrañas de la madre se movieron sobre su hijo a piedad?* [56] Sé que aquesto claro está y a propósito nos viene a llagarnos las entrañas.

Mas ¡oh mi muy dulce amor!, que allí entregaron su hijo a la madre que vivo lo demandaba, y en presencia de la Madre lo dan aquí a los sayones que lo han de crucificar. De allí fué la madre alegre, y la nuestra queda aquí menos viva que finada, y su Hijo, sin derecho y sin justicia, muy arrebatadamente lo llevaron a lo bajo de la casa, donde le tenían aparejada la cruz. Y quitándole la púrpura de los escarnios pasados, le tornaron a adornar con su propia vestidura, renovándose las llagas para recibir la cruz, la cual él por su clemencia nos ponga en el ánima y entrañas y sea nuestro cuerpo en ella y ella sea nuestro favor.

CAPITULO XX

DE CÓMO LE VOLVIERON SU VESTIDURA LLEVÁNDOLE A CRUCIFICAR Y LE CRUCIFICARON; DONDE SE NOTAN ALGUNOS PUNTOS DIGNOS DE GRAN COMPASIÓN

Mas ¡oh lastimado amor de las entrañas de mi ánima! ¿Cómo se podrá sentir que entre tan fieras crueldades se entreponga esta piedad, que os vuelvan vuestra propia vestidura, quitándoos la del escarnio de la cruel coronación, el triste manteo de púrpura? ¿Había entre aquellos detestables algún corazón o entrañas que se inclinase a piedad sobre vuestro desamparo? Sé que no, que miembros luciferinos eran todos, y cruelísimos sayones y miembros de Satanás; y daros la vestidura honorable que vuestra Madre tejió y la hizo sin costura, fué maliciosa maldad e intención descomulgada.

---

[56] III Reg. 4, 26.

Dícese, y escrito está en el libro *De natura angelica*, que en este aflito espectáculo había ciento y ochenta mil ánimas de muy diversas provincias, y porque muy mucha gente os había de ver de lejos, porque todos conociesen a quien querían ultrajar y todos le maldijesen, enseñándole unos a otros en la propia vestidura que le habían visto todo el tiempo conversar, porque la púrpura los muy menos la habían visto, pues que no salió con ella de la casa de Pilatos más de a ser mostrado al pueblo en el *Ecce homo* llagado. Y aun demás de esto, Dios mío, visto está que el manteo de la escarnecible púrpura por encima de los hombros os lo podían bien quitar, mas la sacra vestidura tenía entrada a la cabeza y garganta, y no la podían poner sin quitaros la corona, para de nuevo os llagar con tornárosla a poner, salvo si con mucha premia comprimiesen, y meneasen, y rompiesen en las llagas las espinas, con tormento muy mayor. Y aun la soga que quedaba entre la carne y la saya sacaron con impaciencia por el cuello o cabeza con la sangre barnizada.

Esta es, Dios mío, la piedad que a vuestros crucifixores movió que entre tan cruel desamparo os mudasen la librea, poniéndoos luego la cruz sobre el hombro lastimado, cuyo peso os hizo inclinar el cuerpo. Y puesto entre dos ladrones, os sacaron a la presencia del pueblo, que esperaba vuestra vista con una grita y rigor nunca oída ni pensada. Mas la Madre afligida, que había ya sacado fuerzas sacadas de su aflición, siendo más que muerta en vida, ¡oh mi Dios!, ¿qué sentiría cuando así os viese salir? No os la dejaron mirar más que a verla caer en tierra. Mas ¿quién me podría decir, ¡oh muy lastimado Cristo!, cuál era más aflición, el cansancio de la cruz en la humanidad cansada, o el tropel de los caballos, o el tumulto de la gente, o el sonido de las armas, el desmayo de la sangre derramada, o el rigor de los sayones, o golpes en los tableros y puertas, o los silbos del común, o risas de las ventanas, o la voz del pregonero, alta y muy desvergonzada? ¿O era más la compasión de las matronas mujeres hijas de Hierusalem que lamentando os seguían, o los apóstoles huídos, o la Madre desmayada, que ya había ido adelante y os esperaba en un cantón, pensando de os ayudar? Mas cayó en llegando a vos, y vos caístes con la cruz. A mi Cristo levantaron por las barbas y cabellos, y a su Madre apuntillaron, y otra vez los apartaron, sin haber compasión de ellos. Y quitáronle el madero, no porque fuese ayudado, y alquilaron por dinero al Cireneo caminero, y a llevarle fué forzado, siguiéndole el que lo eligió por nos con extremada aflición y furor acelerado, hasta llegar al lugar de la crucificación, donde fué la última vez de su

ropa despojado, refrescándole las llagas en la cruel expoliación; y quitada la corona y con rigor retornada, le deseaban acabar.

¡Oh, quién os viera, mi Dios, porque a vuestros pies muriera, siendo recién despojado y bañado en vuestra sangre, junto a la cruz barrenada, donde os tienden en el suelo con riguroso y [grave] clamor! Y siendo la diestra mano enclavada con dolor desmedido, ¡quién viera muy dentro en vos todas las cuerdas y nervios contraerse al desamparo y dolor de aquella parte enclavada, por lo cual la otra mano no llegó a la parte barrenada! Pero bien se remediaron; supiéronse haber con él, y a la muñeca le ataron un cordel, y de él tiraron con fuerza feroz y cruel; y enclavaron la segunda con tan cruel ferocidad como la mano primera. Y por esta forma misma ataron también los pies, y estribando los crueles en el madero, las piernas descoyuntaron, sustentando con la soga por debajo de los brazos por no desgarrar las manos, y así enclavaron los pies, entre los cuales su desmedida clemencia enclave este duro corazón por su infinita bondad.

CAPITULO XXI

Del enclavar de los pies, donde se tocarán pasos que pasen el corazón

¿Quién no ve que cada uno de los pies es en sí más corpulento que la palma de la mano? ¿Y que el clavo que los había ambos juntos de pasar y el madero de la cruz, y aun quedarse algún tanto por hincar, que había de ser excesivo en corpulencia y longura, aún más que los otros dos? Item, ¿quién no considera que los huesos de los pies son más muchos y más densos o apretados, o acompañados con más niervos y más venas, que en las palmas de las manos? Pues infiérese de aquí que para ser ambos los pies de tal clavo penetrados, que demandarían más intensos, más recios y más sentibles los retoques del martillo. ¿A quién se absconderá la ferocidad de los carniceros crueles, los cuales pienso que podrían quebrar y requebrar algún tanto la punta del fiero clavo, porque con mayor dificultad penetrase, tan rasgando cuan estirando y contrayendo los muy lastimados niervos? Porque el niervo contraído puede extender su dolor a todas partes del cuerpo, pues todo está en coligancia o atamiento de uno

y de todos los niervos, y así pudo este espantoso dolor durar y prevalecer en intensión y extensión aún más que en ambas las manos y en la descoyuntación; porque un niervo contraído con desmedida crueldad, todos los puede contraer de todas partes del cuerpo, y aun de las venas y huesos, con desmedido dolor.

Mas la Madre, que quedó desamparada, sin moverse, pero no sin sentir, en la tristísima calle donde cayó casi muerta ella y Cristo en la cruz, ¿qué sintió al tiempo que volvió a considerar en sí y se vido tan sola y tan lastimada, con sola la Magdalena y el lastimado San Juan? Cierto es que mi gran Señora, en el punto que cobró el sentir, que no había perdido, antes todos sus sentidos, aunque enjeridos en muerte, estaban todos tan vivos, que con inmensa tensión sentían los crueles tormentos como estaban en el cuerpo de mi suavísimo Cristo; y esta nuestra gran Señora, bandera de desmedida aflición, al punto que cobró las fuerzas que ella sacó de dentro de su flaqueza, luego al instante juntó una real capitanía de mil cuentos de dolores y desmedida aflición, la cual luego repartió a cinco cabos de escuadra, que eran sus cinco sentidos, hecha su ánima mestísima capitán muy general. A San Juan hizo adalid de dolor; a la Magdalena, arnés penetrado de aflición, y así siguió el triste alcance de la humanidad cansada del muy lastimado amor de las entrañas de su ánima, su dulce Cristo Jesús, cuyos pies, en lo último atormentados, vido acabar y enclavar; los crueles golpes oyó, el tristísimo sonido del pecho ya levantado del que muriendo mataba la muerte de nuestra vida.

¡Oh mi mansuetísimo amor! ¿Y quién me hará sentir si tomó el clavo entre los dos pies las entrañas maternales o si las pasó primero? ¿O cuál haría más lastimada impresión en los oídos de la mestísima Madre, el sonido de los golpes del martillo o el tristísimo oresmón que es el pecho levantado, tácito y enronquecido del que acababa la vida, mi dulcísimo Jesús? ¡Oh Madre de mi Señor y Señora universal de todo cuanto no es Dios! ¿Y qué se podrá sentir de la aflición que sentistes viendo en el suelo la cruz, y a Cristo enclavado en ella, y el tumultuo de los crueles carniceros blasfemar, y estar riendo, y estarse burlando de ella y del que estaba enclavado? Vuestra ánima, ¿qué sentía?, ¡oh dechado de piedad!, viendo que aquellos sayones ponían con gran desvergüenza sus abominables pies sobre los miembros llagados? ¿Qué sentiría del barniz que parescían las muy horribles salivas entre la sangre sagrada? ¡Oh mestísima bandera de confusa sin razón! ¿Y cómo estáis levantada? ¡Oh sabiduría de Dios, a los hombres escondida! ¡Oh inmensa potencia eterna!

¡Cómo estáis disimulada, sin que se pueda encubrir en vos, Dios mío, la bondad, que siempre está muy patente a cuantos quisieren con piedad viva mirarla! ¡Seáis para siempre bendito, mi dulcísimo Señor, y los cielos de los cielos os den perpetua alabanza por tanta benignidad!

CAPITULO XXII

De la soga de la garganta y del levantar la cruz de tierra; donde se notan muy lastimadas preguntas que enternecen las entrañas

Estando el cuerpo enclavado y la cruz tendida en tierra, tiene muy justo lugar en viva meditación que le quitaron la soga que había estado a la garganta dende el primero recuentro que en el huerto ejercitaron hasta que estaba enclavado. Considerando esta soga ser reliquia tan de estimar, que no tocando la cruz, se piense ser más preciada que ninguna otra reliquia, porque a Cristo acompañó, sin ser de él desamparada, después que la rescibió al tiempo de su prisión. Cierto está que con ella le prendieron y llevaron atado a la presencia de Anás; y con ella le siguieron, hirieron y persiguieron en presencia de Caifás, con ella le encarcelaron, le ataron y le llevaron a presentarlo a Pilatos, con ella le presentaron en la presencia de Herodes, con ella le escarnecieron en la vestidura blanca y con ella le volvieron a donde fué despojado. En la columna, su misma soga sirvió para que fuese ligado y en gran parte rescibió los desgarros y las gotas de la sangre que sacudían los azotes siendo cruelmente azotado; y con ella le llevaron, temblando y avergonzado, a tomar la purpúrea vestidura; con ella tomó la cruz y por ella lo llevaron, y teniéndola cayó, y con ella lo levantaron, y siempre se la llevó hasta el lugar señalado, donde la cruz, con que había caído, tomó y fué con ella enclavado.

Y esta soga le ayudó en su descoyuntación, y ahora se la desataron estando en tierra la cruz, Cristo recién enclavado. Y un sayón la cogió en vueltas sobre la mano derecha, con crueldad la sacudió sobre el cuerpo lastimado y con desdén la arrojó de su cruel mano en la tierra, y luego la rescibió con muy pronta reverencia una de las dos Marías, y con ella se quedó. Y esta soga recibió lágrimas muy lastimadas de nuestra muy gran Se-

ñora y su santa compañía, con las cuales y la sangre del Cordero de Dios, Cristo, y los tocados misterios ved si es bien que sea estimada.

Y quisieron levantar muy luego la cruz de tierra, y vinieron rebudiando cuantos llegarse pudieron, y como iban levantando la cruz y el cuerpo temblando, un grande alarido dieron. Mas pregunto, ¡oh muy triste ánima mía!: ¿qué piensas que sentiría el corazón maternal, que en lo más tierno de las entrañas de la ánima virginal estaba por mil partes penetrado del afilado cuchillo del desmedido dolor, cuando vido levantar con gran violencia la cruz y el Hijo de Dios y suyo tan atormentado en ella? ¿O qué piensas que sintieron los oídos de sus entrañas cuando oyeron una grita universal, que pasó de unos en otros y ocupó todo el campo que henchían ciento y ochenta mil almas escarneciendo la cruz y el crucificado en ella? ¿Quién causó más aflición en la ánima virginal: esta grita cruel que oyó o los ojos que miraron cómo con un cruel vaivén pudieron hincar la cruz en la piedra horadada que aparejada tenían? Y la cruz permanesció con el macerado cuerpo del crucifixo Jesús.

¡Oh mi dulcísimo Dios! ¿Quién os pudiera mirar ser tendido todo el poderoso cuerpo con la fuerza de dos clavos, en cada cual de los cuales se engrandescía el agujero de la mano penetrada? ¿Quién viera el llagado cuerpo cargar sobre un solo clavo, que penetraba ambos pies y engrandescía su fixura y enramaba su dolor los nervios de todo el cuerpo, y el ánima de la Virgen muy dentro de sus íntimas entrañas? ¡Oh lastimada Señora! ¡Oh bandera de aflición! ¡Oh Madre desamparada! ¿Había en este trance vida para poder bien mirar a vuestro amor en la cruz, algo dobladas las genùas o hinojos o rodillas con el ponderoso peso? ¿O estaban descoyuntadas de sus propias espinillas, o lo uno y otro tenían? ¿Pues cuál os afligía más? ¿Cuál os lastimaba el alma: ver extendidos los brazos o divididos los huesos, o los estirados nervios, o las venas evacuadas? Yo bien sé, ¡oh Madre desamparada!, que os duraban los sentidos; mas pregunto: ¿si estando muy casi muerta, se sentía más tiernamente en todas las tres potencias de esa ánima lastimada? Esto debía ser más cierto y es de mayor aflición y a más compasión nos lleva. Cierto está que la carne de la Virgen, en Cristo estaba en la cruz, pues que la carne de Cristo era cierto rescebida de sus muy puras entrañas y el ánima de la Virgen no del todo dividida de su carne virginal ni fuera de sus entrañas todo estuvo en la cruz junto, y tuvo aquesta ventaja; Cristo dió a la cruz sólo su sagrado cuerpo, pero siempre acompañado con la triunfatísima divini-

dad; mas la Virgen, cuerpo y ánima tuvo enclavada en la cruz, con su tierno corazón y con todas sus entrañas. A Cristo, la crueldad de sus crucificadores, y su fiera ingratitud, y su manifiesta perdición es quien le crucificó, mas a mi muy gran Señora éstos la crucificaron en Cristo, cuya carne sacratísima era sus mismas entrañas crucificadas en él, y no con menor tormento de corazón compasivo que el que su Cristo sufría, considerando, empero, la diferencia y sublimidad altísima entre la Virgen y Cristo.

Y esto, luego lo mostró en la palabra primera que habló a su triste Madre luego que le levantaron atormentado en la cruz. Y levantando el pendón de nuestra triunfal victoria, sonó una voz de pregón: éste es el fuerte Sansón y los triunfos de su gloria. ¡Oh mi Dios! ¡Y no meresciera el pobrete pecador que fueran preciosos vasos las pupilas de los ojos de las venas que están dentro en las entrañas de mi alma, en las cùales se cogiera la sacratísima sangre que corría por el sagrado madero sin parar hasta la tierra dende el clavo de los pies de mi amoroso Señor...! ¡Oh mi lastimado bien! Y las lágrimas de los mestísimos ojos de la lastimada Madre, ¿pudiéralas yo coger y guardar con vuestra sangre sagrada? Mas el vaso que las lágrimas y la sangre cupiera, ¿qué precio podía tener? ¿O en qué tal vaso cupiera? Pues cierto es que cupo todo, ¡oh lastimada Señora!, en vuestro real corazón, pero dándose lugar, pues cuando la sangre entraba salían las lágrimas fuera. ¡Oh Madre de mi orfanidad! Si la sangre que corría de los enclavados pies se os entraba al corazón, ¿cómo aquesa misma sangre se extendía por el sagrado madero? ¿Habéisme de responder haber sido aquesto así porque vuestro corazón se estaba en vuestras entrañas? Aquesto yo me lo sé; mas diréis que las entrañas vuestras y su corazón estaban crucificadas, tendidas y derramadas en aquella misma cruz; y estando ellas con los clavos en el madero extendidas, que lo estuviese la sangre que en ella se rescibía habiendo salido de ellas no muestra contradición, antes bien se da a entender al ánima lastimada que con ellas se enclava en la misma cruz; ¿y quién es el que esto siente y no lastima su vida sino yo y los como yo? Y mi remedio es mi Dios, y él sea siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XXIII

De cómo encomendó la Madre al discípulo; y repite dulcemente la evangélica palabra que dice: «Mira a tu hijo, mujer»

Mas la Madre lastimada, que veía al pie de la cruz, era quien más le agraviaba su benigno corazón. Cierto es que, estando puesto en la cruz, encomendó su Madre, virgen purísima, a su discípulo virgen, pues vemos que, estando la Virgen junta a San Juan ambos al pie de la cruz, le decía el crucificado cuando ya quería expirar: *Cata ahí a tu hijo, mujer* [57]. Como si más claramente le dijera: el mayor de mis tormentos es veros en mi presencia, porque vuestro desamparo, ¡oh Madre desamparada!, más me fatiga que el mío, y, por tanto, tomad por ayudador en tan trabajosos trances al puro, y virgen, y tierno en amor y consanguíneo discípulo. Mas esta palabra: *Mujer, cata ahí a tu hijo*, volviéndole el romance dirá: Mira, mujer, a tu hijo, puede el ánima piadosa hacella más delicada imputándola a sí mismo, como aquí se sentirá. Notando que no la llamó por el nombre tierno *Madre* porque no le reventase el aflicto corazón en las rompidas entrañas. Y aun la oveja lastimada bien conocía el balido delicado del afligido cordero, que con su voz la llamaba en el campo de la cruz, estando cerca del pasto del vinagre y de la hiel. Y está claro y es cosa muy manifiesta que, puesto que allí estuvieran muchas y muchas mujeres, sola la Madre entendiera cuando la llamó mujer, porque con aqüeste nombre la acostumbraba a llamar en los muy grandes misterios. ¿No habéis leído que cuando el vino faltó respondió Cristo a su Madre: Mujer, ¿qué va en esto a ti ni a mí? [58] Y ahora le dice: Mira a tu hijo, mujer.

Y aun sabemos que a las otras mujeres, en aquestos trances tales, no las llamaba él así; ¿nunca oístes que, puesta en su hombro la cruz, a las mujeres llamó hijas de Jerusalén? Y estando ya en ella, dice a su Madre: ¿Mujer, mira ahí a tu hijo? Casi como si dijera: mira a tu hijo puesto en la cruz; mírale enclavado en ella; mírale descoyuntado; mírale hecho una llaga y con tormen-

---

[57] Ioan. 19, 26-27.
[58] Ioan. 2, 4.

tos sin cuenta; pon los ojos en el rigor de la cruz, ¡oh mujer desconsolada!, y ve tu hijo expirar, y entre todo desamparo extiende en ti sus entrañas, diciéndote esta palabra: Mira a tu hijo, mujer. ¿Y qué os podré yo decir que os suene en más lastimada compasión que en preguntar: ¿qué os va en esto? ¿O qué se os da de todo esto? ¿Qué os va a vos, o qué se os da de ver morir vuestro hijo entre tan crueles tormentos, tan cercado de dolores, en tan extrema pobreza y con tanto menosprecio? ¿Qué se os da que falte el vino? ¿O qué os va, ¡oh Madre muy lastimada!, que tome por mí la muerte el Hacedor de la vida? ¿Qué se os da que os llame Madre, ¡oh amarguísima mujer? ¡Oh dulcedumbre amarguísima del ánima desterrada que aquesto desea sentir! Digo dulce poseyendo estos deseos, y amarguísima viendo mis tristes merescimientos. ¡Oh benignidad de Dios! ¿Quién tuviera unas muy vivas entrañas, y estas criadas muy de nuevo con un espíritu muy recto, y las pusiera en resecho de los vapores del fuego del divino amor que abrasaba el sagrado Corazón, puesto entre tantos tormentos? Casi olvidado de sí, ponía toda su afición en el triste desconsuelo del ánima maternal, sin poder ser ayudada de su humanidad mortal, porque la divinidad en esto no dispensaba. Y queriéndole dejar auxilio en su desamparo, encomendóla a San Juan, diciendo: Serás hijo de mi Madre; tú recíbela por tuya. Y a vos, fuente de piedad: Ese es tu hijo, mujer. ¿Y qué diremos aquí, ¡oh lastimada Señora!, que os pueda sonar mejor ni os pueda lastimar más que repetiros: ¿qué se os da de ver morir tan cruelmente al Hijo de Dios y vuestro, pues que os dan en su lugar un pobre hijo adoptivo e hijo del Zebedeo? ¿Qué se os da de ver morir al Hacedor de la vida, dándoos por hijo a San Juan, que era sombra de la muerte? ¿No es buen cambio la deidad del vivo eterno Dios por el muy pobre aunque muy justo mancebo? ¿Y qué te va en esto a ti, ¡oh mujer muy lastimada? Mira a tu hijo en la cruz.

¿Qué se os da, Madre, de trocar la vida de vuestra vida por quien presto ha de morir? ¡Oh, quién viera con el ojo intelectual las vivísimas centellas que del brasero de amor que se abrasaba en la cruz saltaban y se emprendían en la ánima virginal e invisiblemente ardían y tornaban a saltar al brasero que abrasaba cuanto tenía delante de sí! Sé que sus crucifixores a las espaldas estaban, pues que no lo conocían, ni le creían, ni le querían; mas las muy vivas centellas del encendido brasero a todas partes saltaban, y en aquéllos también daban, tocaban y retocaban; pero nunca se emprendían. ¿No eran centellas de vivo amor entre tan crueles tormentos

la encendida caridad de Cristo, hombre verdadero y vivo y eterno Dios, hacer al Padre oración por sus atormentadores? Sé que aquesto claro está que la humanidad oraba por sus crucificadores; ¿y qué caridad es ésta, ¡oh amantísimo Señor? Escarneciendo de Dios y meneando las cabezas, os piden con furioso reclamor que descendáis de la cruz, con palabras de mísera desvergüenza y con obras de desmedida crueldad, y hace oración por ellos vuestra viva caridad, tan intensa cuan inmensa, diciendo la palabra segunda de las siete de la cruz.—Y ampárenos nuestro Dios.

CAPITULO XXIV

CÓMO ROGÓ POR LOS QUE LE CRUCIFICABAN Y SALVÓ AL LADRÓN; Y REPITE LA ORACIÓN QUE ESTE SANTO LADRÓN HIZO

Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen [59]. ¿Cómo, bien mío, no os conocen los crueles abominables por heredero de Dios? Sé que sí; que escrito está que dijeron: Aquéste es el heredero, persigámosle y matémosle, y tomemos su heredad. Mas cierto es muy gran verdad que su muy ciega crueldá no supo lo que hacía, ni su muy cruel ceguedad excusaba su detestable malicia, mas todo lo posponía vuestra inmensa caridad, pues que más os afligía su mísera perdición que los terribles tormentos que el sacro cuerpo sufría estando puesto en la cruz. ¿Mas qué diréis que aquesto, ¡oh dulcedumbre de amor? ¿Estáis rogando por éstos, y vuestras santas palabras reconocen superior, y atraviésase el ladrón a pedir misericordia, y prometéisle paraíso, como Señor universal? ¿Y qué es aquesto, bien mío? ¿Como hombre, tenéis a quien demandar, y como Dios, prometéis a quien os pudo os demandar? ¡Oh dulcedumbre de Cristo, que se arde en fuego de amor! La divinidad es lumbre, y leña la humanidad, y es el brasero la cruz; las vivas centellas son las sacras inspiraciones que saltan en la Madre siempre virgen, y enciéndense como yesca y se convierten en fuego de vivo amor.

Y aquestas mismas centellas que saltaban del abrasado brasero, también se extendían y daban en los muertos y acerados corazones de los carniceros fieros, y así en-

---

[59] Luc. 23, 34.

cendían en ellos como en mal vinagre y sal, que estaban todos los crueles sequísimos, desventurados y acedos. Y aquesas mismas centellas del fuego de nuestro divino amor también saltaron, y dieron en las piadosas entrañas del humilde corazón del ladrón puesto a la diestra, y encenderse fué diestro, e hizo confesión breve con muy poquitas palabras y compendiosa sentencia. ¿Y queréislas bien notar? Repartámoslas por piezas y por sentencia distinta. Reprehende el que en sus adversidades había sido su compañero, y agora óyele blasfemar y dícele: ¿Aún tú no temes a Dios? [60] En esta sola palabra reprehende su maldad; y añade que estás en esta damnación. En aquesto le confiesa con fe de muy gran firmeza, pues viendo morir al hombre, confiesa ser vivo Dios, y dice: Nosotros justamente padecemos; en esto reconoce su maldad ser digna de penitencia. Mas éste nunca pecó; manifiesta la inocencia, y la confiesa de nuestro Cristo Jesús. *Domine;* aquí le llama Señor con intención absoluta, sin de otro querer favor. Añadiendo: Acuérdate de mí. Con tan entera confianza demandó esta misericordia, que luego la recibió. ¿Y qué más? Cuando fueres en tu reino. Aquí le confesó Rey de los reyes y de la gloria del cielo. Y hoy serás en el paraíso conmigo, meresció ser su respuesta.

¡Oh muy bendito ladrón, bienaventurado y diestro, que en lo público del día robáis la gloria del cielo y el despojo que perdió el desvergonzado pueblo, aun no digno de la tierra! ¡Oh dulcedumbre! ¡Oh bien mío! ¡Oh mi dulcísimo Cristo!, maestro de doctrina viva en la cátedra terrible levantada de la cruz. ¡Oh mi amoroso Señor! Manda vuestra Majestad que aprenda esta confesión de este dichoso ladrón mi lastimada conciencia y en la cátedra donde la leístes la sienta; y esto os demando por vos, ¡oh Maestro de viva esciencia!, que boca a boca lanzáis en el corazón la sabiduría sabrosa que sola sabe aprender la purísima conciencia. ¡Oh benignidad de Dios! ¡Oh dulcedumbre de amor! Que pueda el hombre saber (merecedor del infierno) con una esciencia sabrosa qué es a lo que sabe el gusto que infunde nuestro amoroso Señor. Mas ¿qué es esto, ¡oh mi dulcísimo Dios? ¿Quién entenderá estas sendas? En dar a quien os demanda, mostráis grandeza de Dios; y como hombre, óigoos clamar con afición extremada; la cual, por vuestra bondad, sea siempre en el corazón de este fugitivo esclavo de vuestra benignidad.

---

[60] Luc. 23, 40-42.

CAPITULO XXV

Cómo se querella al Padre y de la sed, con entrañables interrogantes

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me desamparaste? [61] ¡Oh Dios vivo, amparo de cuantos viven!, y ¿quién os desamparó? ¿O quién os entristeció, gozo de los serafines, sino mis obras y yo? ¿O entristéceos, por ventura, vuestra lastimada Madre, que tenéis atravesada en medio de las entrañas del divino corazón? ¿O entristéceos, dulcísimo bien mío, el desamparo del pueblo desesperado, que queréis vos amparar, y ellos quitan os la vida? ¿Cuál os entristece más o cuál os da en este paso más tristísima aflición? ¡Oh amparo y amparador! ¿Cómo sois desamparado? ¿Qué quiere decir aquesto? ¿Quién entiende este clamor? ¿O, por ventura, es aquesto que imputáis el desamparo de vuestros crucifixores por desamparo de vos como miembros secos y desamparados o que ellos se desamparan de su amigable cabeza? Sé que aquestos miembros son de quien es viva cabeza vuestra sacra humanidad, y ellos quítanle la vida, y que vida de vida y ellos miembros todos muertos, disipables y podridos, quitados de los otros miembros, por quien se entiende el clamor de vuestra terrible sed, que fué con hiel socorrida; y distes fin a la muerte y vida a la vida de mi vida con el *consummatum est* [62], que fué la sexta palabra que hablastes en la cruz; y aquí todo se acabó cuanto era de vos escrito y cesó toda causa de aflición en vuestro sagrado cuerpo.

Y en la Virgen comenzaron los tormentos a producir nueva y tristísima flor y a tomar fuerzas de nuevo, mayormente cuando en su presencia oyó dar al Padre celestial el Sacratísimo Espíritu con muy terrible clamor aun sobre naturaleza en tanta necesidad, y fué la palabra séptima [63]. Y sea continuo dolor en las entrañas de esta ánima por vuestra benignidad.

---

[61] Matth. 27, 46; Marc. 15, 34.
[62] Ioan. 19, 30.
[63] Luc. 23, 46.

CAPITULO XXVI

CÓMO EXPIRA Y ENCOMIENDA EL ESPÍRITU; CON LA INTERPRETACIÓN DE UNA LASTIMADA AUTORIDAD DE LA SAGRADA ESCRITURA

La cabeza inclinó hacia la parte maternal; el espíritu, al Padre dió; y el cuerpo así paresció como sin lumbre lanterina. ¡Oh divinidad eterna! ¿Quién os puso en sujeción de tan cruel generación? Mas ¡oh mi manso Jesús, lumbre clarísima que dais claridad y luz a todo hombre [y] veniente en aqueste mundo! ¿Y qué conveniencia pudo ser entre aquesta obscuridad, que muestra vuestra lanterna que es vuestra cuerpo santísimo, y la claridad eterna, que en ella se disimula? Sé que muy cierta cosa es, ¡oh mi amantísimo amor!, que vuestra divinidad, toda en vos inacesible, nunca de vos se apartó dende que tomó esa santísima carne, que entre tantos carniceros está tan carnificada hasta el tiempo sempiterno que ni ha sido ni será. ¿Pues qué obscuridad es ésta, ¡oh muy suave claridad de las entrañas de esta ánima lastimada? ¿Qué es esto, ¡oh mi suave suavidad? ¿Es posible o puede ser que la divina potencia se pueda quizá absconder entre lastimadas llagas? ¿O si podrá pensar que la sabiduría eterna se sepa disimular entre tan crueles escarnios y entre tantos menosprecios? Sé que sí; mas vuestra inmensa bondad no se nos puede encubrir, pues la descubren las entrañas por nosotros descubiertas.

¿Sois, por ventura, ¡oh mansuetísimo joven!, el mancebo inocentísimo que su cuidadoso padre envió a buscar sus hermanos a los campos de Sichem y lo encontró el varón siendo perdido en el campo? Sé que sí; muéstralo vuestra amorosa palabra, que dice: Vengo a buscar mis hermanos [64]. Pues andad, amoroso amor, que bien se os puede decir que se apartarán de vuestra fidelidad; no los dejéis de buscar, que ellos os abrigarán con daros muerte, y venderos, y poneros donde estáis.

Mas la lumbre que en esa vuestra lanterna se pensaron rematar, a sus ojos deshonestos y no dignos se abscondió, mas dió eterna claridad a todo hombre que quiere ser alumbrado. Mas pregunto, ¡oh triunfante vencedor!: esa túnica inconsútil tramada de toda la Trinidad con la virgi-

[64] Gen. 37, 16.

nal urdimbre, ¿quién os la pudo rasgar con tanta ferocidad? Por ventura, ¿no estaba allí vuestra Madre lastimada, la Magdalena y San Juan, que echarán suertes sobre ella? ¿O si la conocerá por túnica de su hijo (viéndola despedazada) la Madre, que la tejió dentro en sus mismas entrañas? Y esa sangre de rubicunda tintura, ¿es del Cordero de Dios, o es de sus mismas entrañas, o es quizá de ambos a dos, o de un mismo corazón de una ánima asosegada? Mas bien sé, mi dulce amor, que quien la ha de conocer es verdadero Jacob o el verdadero Israel, padre de vuestra inocencia, aunque la tintura dió el corazón de la Madre que la vido derramar.

Cierto que esta tan rasgada túnica era tan puro hilado y de tan sutiles hilos, que la vista intelectual, ni el entendimiento angélico, ni los cielos de los cielos, ni aun los altos serafines bastan a comprender la inmensidad del misterio. Y pudiéronla romper, pero no se descosió, porque no tuvo costura, compostura ni doblez, mas pura simplicidad. Sólo el Padre dió la trama; tejióla el Espíritu Santo; sólo el Verbo la vistió, y no se excluyen los dos cuando dice sólo el uno, mas entienden en tres distintas personas, sola una simplicidad en una sola substancia, o digo una esencia sola.

Y la túnica inconsútil que la Virgen le tejió en la infancia de su inmensa Majestad es sobre la que sortearon los carniceros sayones, que rompieron la sacra túnica mística, que se ha de entender del sacratísimo cuerpo de esta divina bondad; porque el cuerpo sacratísimo crucificado en la cruz es la túnica del Verbo Eterno divino, y en ella es el rompimiento de quien es la relación que nos da aqueste capítulo.—Y con todos sea Jesús.

CAPITULO XXVII

Muestra que la cruz es el campo donde se perdió José en busca de sus hermanos; donde se tocan suaves requiebros del ánima aficionada

Mas pregunto, ¡oh joven rutilantísimo!, si este campo que aquí dice, si es vuestra sagrada cruz campo místico y mestísimo, ¿por qué no se llama monte, pues tiene alta y fragosa la subida? Sé que aquí se ha de entender que deseaba vuestro vivo amor subir cuando con viva afición, yendo a buscarle, decía: Todo me lo ganaré si yo me vie-

re en la cruz [65]. Sé que aquesto claro está que aquí lo ganastes todo, pues que todo se perdiera si no os viérades así, donde no se os perdió nadie de cuantos el Padre os dió, que si algunos se perdieron, escondiéronse de vos, porque ellos en sí se estaban pésimamente perdidos, que ni Dios Padre os los dió ni vos Dios los recibistes, porque ellos fueron indignos y no se dieron a vos.

¿Y qué os preguntaré más? ¿Cómo, amor caritativo, y en un campo tan estrecho, buscáis tanta compañía, tan de ser hallada indigna? Más bien sé, mi Dios, que sí, porque a nadie aborrecéis, y aun acostumbráis buscar a los que huyen de vos. Mas en campo tan estrecho, ¿cómo os pudisteis perder, pues que en todo lo ancho dél no os caben ambos los pies? ¿Por ventura no sois vos la eterna sabiduría? ¿No sabéis vos dende siempre los muy ocultos caminos de todos los corazones? Sé que sí; ¿pues qué quiere esto decir, que os topó en este campo un varón y que andábades perdido? [66] ¿Es por ventura el varón toda afición compasiva, que, si os busca en este campo, siempre os halla en él perdido de toda consolación, y aun perdido de la vida? Ya veo yo que vais perdido de amor, olvidada la maldad e ingratitud de vuestros falsos hermanos, pues que os están esperando para quitaros la vida. Y si en este campo místico buscáis a vuestros discípulos, bien podéis mirar de la diestra a la siniestra y decir que no hay varón que permanezca con vos. Y si sólo uno se halla cabe la cruz, aun éste perseveró, porque en la cena pasada le pusisteis vos la mesa [cerca] en vuestro divino pecho y le disteis a beber del antiquísimo vino de vuestra divinidad (aquesto quiere decir que le disteis a sentir secretos inacesibles) con el espléndido vaso de vuestro real corazón, y le embriagó de manera que no tornó más en sí, sino siempre estuvo en vos. ¿Y qué hay más que preguntar? Si la altura de este campo le hace llamarse monte, ¿si será el monte Tabor? Mas está claro que no, porque allí la claridad dió de sí tal resplandor, que la lanterna encubrió con la reverberación; mas aquí la lumbre toda se esconde, y sólo queda a la vista la amortiguada lanterna, sin faltarle claridad, quiero decir, el cuerpo crucificado sin apartarse de la triunfantísima divinidad. O si aqueste monte místico, ¿si será el monte de Oreb, que es propio monte de Dios? Pienso que aquéste debe ser, pues sois verdadero Elías y sois pan subcinericio, y junípero la cruz, y a su sombra, el profundísimo sueño en aqueste campo fué.

Y en la firme fortaleza del subcinericio cibo pasamos

[65] Ioan. 12, 32.
[66] Gen. 37, 15.

la breve prolijidad de aquesta muerte prolija que los muertos llaman vida, sin querer recibir luz de la mística lanterna de vuestro sagrado cuerpo y altísima humanidad, ¡oh mi suavísimo Cristo, mi dulcísimo Jesús!

CAPITULO XXVIII

Meditación de los agudos dolores de la Virgen en la cruz y lanza; donde se muestran las entrañas de la Virgen ser crucificadas con el cuerpo de nuestro Cristo Jesús

Estando en los lastimados brazos de la mestísima Madre el cuerpo hecho pedazos del hijo de Dios y suyo, ¿cuál dolor esforzaba a privar más su sentido con más intensa aflición, ver la sagrada cabeza muy penetrada de espinas, la frente tensa extendida ensangrentada, o los ojos ya sumersos y sin luz, o la nariz afilada, o los labios amarillos, o el palato de la hiel atormentado, o la boca un poco abierta, como quien perdió la vida, o la barba más que medio repelada? ¿O si era más compasiva aflición ver la garganta ser de la soga gravemente lastimada? ¿O ver los brazos caídos, los huesos descoyuntados, ver evacuadas las venas, o los nervios contraídos, o las manos enclavadas, o trasfixados los pechos, o partido el corazón, o rompidas las entrañas, o el cuerpo todo llagado, o si era todo una llaga? ¿Qué aflición era mirar las descoyuntadas piernas o ambos los pies de un tal clavo penetrados que entrase en el corazón de esta ánima desterrada? Cierto está que de la planta del pie hasta sobre la cabeza no había alguna cosa sana [67]. Pues si no había sanidad en toda la carne y cuerpo del desollado cordero, ¿podríala haber por ventura en las entrañas de su oveja lastimada? Sé que no; porque la inocentísima carne del mansuetísimo Cristo, parte era no apartada de las muy puras entrañas de su amantísima Madre, y aun de lo más puro de ellas; y si más pura, más tierna; y cuan tierna, tan sensible; y cuan sensible, tan cruelmente lastimada en última extremidad.

Pues siendo tan gran verdad que las entrañas mestísimas de la Madre lastimada se eran una misma cosa con la carne macerada del mansuetísimo Cristo, ni pudo ser ni es posible que una carne misma tan cruelmente ator-

[67] Is. 1, 6.

mentada padeciese en una parte sin la otra tener pasión desmedida en igualdad, pues no hay parte sin tormento en el todo atormentado. De manera que si nunca se apartó la carne del sacro cuerpo de Cristo de las entrañas de su mestísima Madre, todo en todas padeció y todas en todo. Quiero decir, todo el cuerpo de Cristo en todas las entrañas de su Madre, y todas las maternales entrañas en todo el cuerpo de Cristo, pues todo [era] una misma carne; tal, que aunque apartada en lugar, nunca partida en distancia.

Y si la lanza partió dos corazones en no más que un solo pecho, confieso que los partió, pero no puedo ni quiero poder sentir que pudo en nada apartarlos, sino partidos, en nada apartados. ¡Oh si tuviese por bien el que consintió partir el corazón de su Madre dentro en su propio costado y con su misma lanzada que se pudiese romper el corazón de su pobrecillo esclavo con el clavo de sus pies! ¡Oh mi Dios! ¿Y quién tuviese espíritu de vida, sin que el vivir le sirviese para más de para sentir aquesto como sentir se debría? Mas pregunto, lastimada ánima mía: si la lanza pasó juntos los dos corazones, ¿a cuál penetró primero? ¿Estaba quizá el de Cristo metido en el de su Madre? ¿O el de la muy triste Madre muy dentro en el de su Hijo? ¿O si los dos corazones estaban en solo un pecho, pues que una sola lanzada tan juntos los penetró? Mas ¿qué digo, ¡oh mi lastimado amor? Una ánima en ambos cuerpos, dos cuerpos y unas entrañas, y si son dos las entrañas, ¿no es más de uno el corazón? Un corazón en dos pechos, y en dos pechos, un costado, un corazón y una lanza, un juntamiento de amor indivisible en la vida ni la muerte le apartó, que un solo corazón fué entre la Virgen y Cristo y una sola voluntad; con cuya perfecta conformidad decimos que la ánima de la Virgen y la ánima de Cristo, siendo dos, son sola una ánima, porque nunca el Hijo hizo lo que no quiso su Madre, ni aun morir, pues nunca la Madre quiso contra voluntad de Cristo ni aun vivir.

Y de esta conformidad de la Virgen con su Dios fué fabricada la nave en la cual pudo pasar el muy tempestuoso mar de la terrible pasión de su amantísimo Hijo; pues que es cosa averiguada en el piadoso pensar que si en tal mar navegara en gran carraca de amor, que mil veces naufragara, no por falta de las tristísimas aguas, que bien pudiera nadar, pues había tanta abundancia, pero por las muchas rocas que escondía cada dolor. ¿Quién hay que pueda pensar que si con la proa de la carraca de amor, sin la lastimada nave de aquella conformidad, pudiera dar o topar en las muy terribles rocas de la colum-

na o la cruz si quedara la proa o la popa sana? ¿O si hubiera calafate (que quiere decir carpintero u oficial de adobar navíos) que la pudiera soldar? Sé que no; que la madera de amor no sabe hender ni rajar, antes se suele acostar a la parte a la cual va más cargada; ni se sabe sumergir, antes sobrepuja las tempestades y el agua. Seáis para siempre bendito, mi dulcísimo Señor.

Mas ¡muy gran Señora mía!, ¿cuál fué más grave o más intenso dolor? ¿El que en vos muy más duró o el de nuestro dulce Cristo? Porque los suyos sabemos que se acabaron cuando en la cruz expiró, y los vuestros comenzaron a tomar nuevo favor, y siendo todos tan grandes, nunca pudieron matar la vida que en vos moría. Si la extensión de los dolores fué en vos, Señora, mayor, pues que más tiempo duró, la intensión no es ni pudo ser menor, pues que la carne de Cristo era la de esas entrañas. Pero distintas las capacidades de los sujetos receptivos del dolor, distínguense los dolores en unas mismas entrañas y en un mismo corazón. Dolor extenso quiere decir extendido o que dura largo espacio, e intenso quiere decir grave o recio o terrible de sufrir.—Y ampárenos nuestro amoroso Jesús.

CAPITULO XXIX

Continúa la meditación de los agudos dolores de la Virgen, con viva recordación del ánima enamorada

¡Mestísima Señora!: ¿y quién pudiese sentir (porque sintiendo supiese qué cosa es poder viviendo morir) qué tales son los dolores de las heridas de amor? ¿Quién pudo sentir en Cristo averdugados livores entre llagas sobre llagas que no os los halle tan crueles, tan tiernos y tan sentibles (según la medida de vuestra capacidad) en vuestras mismas entrañas, tan con furia lastimadas? ¿Hay respuesta para aquesto, ¡oh muy triste ánima mía? ¿Y quién ha de responder? ¿Hay vida que quede viva? Sé que no la tenéis vos tal que nos podáis hablar sino por muy tristes señas para que con vos muramos; tuviéselo Dios por bien. ¿O respondernos ha Cristo? Sé que ya murió su carne por dar a esta ánima vida, pues muriendo dió remate a mi muerte perdurable junto a su temporal vida; y a vos la vida os quedó, que siempre fué vida viva; nunca culpa la mató.

Y si en la muerte de mi amoroso Señor quedastes viva sin vida, púdoos matar el amor, mas no acabaros la vida, antes él os la guardó para os más enamorar en vida de nuestra vida. ¿Hemos quizá de acabar? Sé que no; primero se acabará esta que llamamos vida. Mas, ¡bien mío!, dadme a sentir lo que digo que siento que no lo siento, porque no lo sé sentir, pues que no me quita la vida para me hacer vivir. ¡Oh lastimada Señora! Si estábades casi muerta teniendo en los desmayados brazos tan llagado vuestro amor, ¿cómo podían destilar vuestros lamentables ojos tantas y tan tristes lágrimas sobre el abierto costado con tan inmensa aflición? O si os duraba la vida, ¿cómo podíades vivir? Y si salían vuestras lágrimas de lo más tierno del lloroso corazón, ¿cómo tornaban a entrar en vuestras propias entrañas por la puerta que en el costado de Cristo abrió la llave de la lanza? ¿Hay que respondáis de aquesto a vuestro tan triste esclavo? Y si no tenéis ya lengua, manden vuestras tristes señas que responda el nuevo hijo San Juan. Mas no le podréis mirar por el recambio tristísimo con que por hijo os lo dió vuestro verdadero Hijo, mi muy lastimado amor. ¿O podremos acudir a la triste Magdalena, por llorar sobre los pies que sus ojos han lavado? ¿O qué será, Madre Virgen? ¿Moriré de esta lanzada? ¡Oh si lo quisiese Dios! Mas viva cuanto quisiere el Hacedor de la vida; pues la verdadera muerte es sofrir aquesta arte de vivir en esta mortalidad.

¡Oh Madre muy lastimada! ¿Y a quién hemos de acudir, estando vos, vida mía, mucho más que casi muerta? ¡Oh las otras dos Marías! ¡Oh Virgen!, vuestras hermanas, ¿podrán quizá responder, o están muy embarazadas con las sagradas reliquias, con la soga y la corona que vos les distes en guarda? ¿Tienen por ventura lágrimas que laven la viva sangre que hobieron de la columna y la cruel coronación? Mas a esto, ¿quién bastará?—Ampárenos nuestro amoroso Jesús.

CAPITULO XXX

Meditación si la lanza fué el cuchillo de dolor que profetizó Simeón a la beatísima Virgen

¡Señora de los ángeles, Madre de mi Dios y mía! ¡Oh, más pura que los cielos! ¡Oh Madre, más lastimada que todos los de la tierra! ¿No diréis a vuestro tan triste es-

clavo si es el hierro de la lanza el cuchillo de dolor que os profetizó Simeón que os pasaría las entrañas? [68] Vuestra ánima, ¡oh Virgen!, no menos pura que en vida crucificada, ¿por ventura no es la carne inocentísima de vuestro amoroso Hijo, o tenéis quizá dos ánimas? Y si dos, ¿cómo las llagó tan juntas no más que una misma llaga? El cuchillo un filo tiene y no más y con la una parte corta; mas la lanza penetrando corta así por ambas partes, que diversa cortadura hace ser no más que una ampliada llaga.

Pues mirad, Señora mía, la forma que aquesta llaga tomó, y si os abrió el corazón por todas partes, si os penetró las entrañas, si en lo último os lastimó, aunque se llame cuchillo, sabed, Señora, que es lanza. ¡Ea!, mirad hacia los pies de vuestra ánima llagada; veréis si hay más que una sola llaga hasta la conclavación, o sepamos si hay algún rayo de vuestro sol de justicia donde podáis descansar sin sombra muy asombrada; o mirad bien a la cara marcecida con el sangriento color, barnizado en vuestras lágrimas y de las torpes salivas. O mirad si conocéis siquiera sólo el semblante de cara tan lastimada, o si podrá lavar su barniz con vuestras lágrimas, o veamos cuántos tenéis que os ayuden a llorar, o cotejemos las lágrimas de San Juan con las de la Magdalena. ¿O mediremos las lágrimas de estos dos con las sin medida vuestras? Sé que ésas medida tienen en el abierto costado; mas ¿quién las ha de medir, pues se entran al corazón de Cristo, que vos tenéis encerrado en vuestras propias entrañas? Pluguiese a mi dulce Dios que este duro corazón diese lágrimas de sangre durante toda la vida; porque, pues medir no pudo, no dejase de sentir tan desmedida medida con tan desmedido amor que no bastase la vida para poderlo medir hasta dar fin a esta muerte, la vida de nuestra vida. ¿Y José y Nicodemus, en este triste lugar, cuántas lágrimas ternían, pues que no podían hablar? Sé que esto de pensar es, pues que tenían tan presente el crucificado amor que tan tiernamente amaban. Pues si mirasen el sacro cuerpo de Cristo, ¿qué harían sino muy tristemente llorar? Y la compasiva Madre les partiría el corazón, pues tenía el suyo partido y puesto en un mismo amor; en el cual sea puesto el nuestro por su gran benignidad.

---

[68] Luc. 2, 35.

CAPITULO XXXI

QUE REPRESENTANDO LA DIGNIDAD INEFABLE DE LA CRUZ, DA LA MANERA QUE DEBEMOS TENER EN ADORAR Y REVERENCIAR LA CRUZ

Así como no hay otro nombre sino el de Jesús en el cual nos convenga ser salvos [69], así no hay alguna cosa en la tierra que así nos llegue a Jesús como las armas de Cristo, digo la sagrada cruz. Y así como la mayor prenda que Cristo nos pudo dar de amor fué quedarse con nosotros hasta que nos lleve a sí, donde no le perdamos de vista, bien así no nos dió ni quiso dar alguna señal o señas que más mostrase nuestra altísima victoria que la señal de la cruz. Ni siente mi ánima que algún día de todo el año con tan patente razón se deba la reverencia del ayuno a pan y agua como a solas las vigilias de las fiestas de la cruz, pues que por su acatamiento se le debe al Viernes Santo, cuyo título mayor es llamarse de la cruz.

Item, así como los domingos de todo el año nos muestran reverenciar el de la Resurrección, donde fué reparada nuestra vida, así todos los viernes nos muestran reverenciar la cruz, donde fué desbaratada y destruída nuestra muerte. Y así como el nombre de Jesús, oído con solos los oídos, nos presenta a los sentidos del cuerpo no más que sonido y letras, y nos asienta en el ánima su inmenso significado nuestro dulce Jesucristo, bien así una cruz o muchas cruces nos presentan al sentido su figura y arrebata[n] nuestro intento a sola la cruz de Cristo, y así levanta el espíritu hasta ir a Cristo, a la cruz.

Item, cada vez que inclinamos la cabeza a reverenciar la cruz había de producir el ánima dentro en sí aquella tierna palabra, esto es: *inclinada la cabeza, dió su espíritu* [70]; y enviar el nuestro empós de él. Y cada vez que inclinamos las rodillas y con adoración pronta reverenciamos la cruz, significamos con patente confesión no haber debajo de Cristo, ni en los cielos ni en la tierra, a quien tanto acatamiento ni tan pronta obediencia ni reverencia se deba como es a la cruz de Cristo por amor de Jesucristo. Y pues que la cruz más se honra del corazón sin la

[69] Act. 4 12.
[70] Ioan. 19, 30.

lengua que de la lengua sin el corazón, la lengua por continua reverencia y patente confesión no se aparte de la cruz; y el que se viste el arnés, mejor le dicen los encuentros y los golpes que el blasón, y el que trae puesta delante de sí la cruz, parecerle ha mejor el conformarse al rigor que ella le muestra que el traerla siempre en la mano sin querer ver cuánto pesa.

Aquesto entiéndanlo bien los que la traen en el seno o en la mano a la continua, así como hago yo, para mi gran confusión. Y pues está cierto que el que ha de seguir a Cristo no se ha de echar a dormir, vea el seguidor de la cruz que así como le conviene traer en su ánima la cruz y sus misterios por morosa y amorosa memoria y meditación, así también le conviene que ande su cuerpo en la cruz por continua penitencia con rigor, pues se lo muestra la cruz. De manera que la cruz de Cristo en el ánima del amigo de la cruz y el cuerpo del devoto de la cruz ándese en la cruz con Cristo. El seguidor de la cruz sea contado por traidor si a la cruz niega las fuerzas que Cristo en la cruz le dió, y el que a la cruz no las vuelve, cierto le hace traición, pues anda a la sombra de ella. Y como dice San Bernardo: los miembros delicados no se asientan bien debajo del árbol que produce espinas, y yo oso decir, y por mi confusión digo, que los años delicados no adornan la Religión aunque se gasten en ella, cuya más relajación les enflaquece la vista y entendimiento, y así no entienden la cruz.

Pues lleven la cruz a cuestas cuantos quieren ir tras ella, y ose mi ánima decir que el que más se la cargare, aquél podrá correr más, aquél irá más ligero y llevará menos pena. Sé que leve es, muy suave es el yugo de nuestro suave Jesús, es a saber: el madero en que murió por nosotros y el dolor, la pobreza, y menosprecio en que vivió entre nosotros; gran laberinto es aquéste; por tanto, quédese aquí.

Mas en la una de estas cruces ande el cuerpo del seguidor de la cruz y traiga en su ánima la otra, y cámbielas cuando quisiere, viendo que la penitencia es quien más honra a la cruz y los continuos ayunos le dan muy gran reverencia. Y piensa mi ánima que el sentir esto que he dicho con toda la perfición que alguno pudo sentirlo fué la causa que movió al muy esforzado alférez de la cruz del gran Rey Cristo, nuestro muy glorioso Padre San Francisco, para que en su muy levantada bandera, esto es, en su evangelical Regla, pusiese aquella seña broslada con su doctrina, no menos estrecha en obligación que larga en galardón de obligados y amigos de obligación, que nos mandó ayunar todos los viernes por el viernes de la

cruz, y por la cruz, y por Cristo, queriendo que el libre espíritu en cada uno de sus hijos con maceración del cuerpo reverenciase la cruz. Y puesto que sea verdad que la cruz de Jesucristo es de todos los verdaderos cristianos, más debría pertenecer, y más la había de tener, y muy más preciarse de ella el fraile de San Francisco. Siéntalo así quien quisiere, que yo así quiero sentirlo por mi muy gran confusión.

En presencia de la cruz, ni están ni pueden estar las potestades adversas, y aunque sean los demonios todos sus crueles perseguidores, no tiene por qué temer el que está abrazado en ella, si trae en la cruz sus miembros y sus deseos en la cruz, y en la cruz pone sus fuerzas, y en la cruz afija su corazón, por muy señalada gracia del que por nos la llevó, y en la cruz pasó esta vida, y dió el espíritu en la cruz; y por su benignidad nos la dé y no nos deje dejar los rigores de la cruz con su pobreza y dolor, siguiendo su menosprecio. ¿Quién es que pueda negar que son tres brazos de cruz que no faltaron a Cristo ni aun un rato en esta vida? Sé que manifiesto está que, más que mil años antes que al mundo viniese, le había el mundo aparejado lo que en nasciendo le dió, y él dejólo con la vida. ¿No está escrito que alguno de sus profetas predicó que su dolor estaría en su acatamiento siempre y que era pobre en trabajos desde su juventud, y que era gusano y no hombre, y confusión de los hombres, y menosprecio del pueblo? Sé que sí; pues tres brazos son de cruz, y quedémonos en ellos con las entrañas de Cristo abrasados; en la cruz se me enclave el corazón con los clavos del amor del crucificado Cristo, mi suavísimo Jesús.

CAPITULO XXXII

RECITA CIERTA RESPUESTA DE UNA PERSONA DE LAS MÁS ESPIRITUALES QUE SE CONOCEN AHORA EN LA TIERRA SOBRE CIERTOS PUNTOS QUE OTRA RELIGIOSA PERSONA LE PREGUNTÓ POR CARTA

Lo que yo para mí tengo y mi memoria contempla del cuerpo de Cristo a la columna no hallo en él cosa sana desde los pies hasta la cabeza; porque me paresce que aun los pies de aquellos sayones rabiosos no dejaban de patear los delicados de las lumbres de los ojos de mi alma. En lo del cuerpo, parésceme a mí que le darían muchos

golpes en un lugar, y de recudida, lastimaría a todos los miembros, como debajo de los brazos y en las juntas de los miembros. Allí estaban los cardenales y los verdugados livores en las otras partes más tiesas, como espaldas y los lados benditos de mi alma; pienso que no dejaron cuero, y así sería una o casi una la llaga. Ya daba en la viva carne, y se pegaban en ella los azotes como en cera blanda con la mucha sangre, y aún más: que los golpes sin parar no la dejaban correr; ya los azotes de la sangre, con el aire del dar, se secaban en ellos, y cortaban como cuchillos en la viva carne del amor de mi ánima y entrañas mías y Redentor nuestro. De creer es que por el cubrir del rostro de tal noche que no le conocería otro que las entrañas de su Madre, que recibían los mismos golpes y estaban dentro partidas y lastimadas, y los que le amaban y sabían que él padecía por todos, y por el aire de su cuerpo y aspecto de rostro y lo que sentiría de dentro de las entrañas.

¡Oh Jesús, y quién osase o quién pudiese hablar! A mí así me parece; que en el lugar donde el Redentor nuestro estuvo más solo y sin ver ninguno que le quisiese bien fué en la columna y en el lugar donde le pelaron las barbas y cabellos todo lo que pudieron. Porque, aunque quisiesen estar a participar del trabajo, no los dejaban hasta el lugar donde lo pusieron para que todos lo viesen en la cruz; todos los otros que le vieron, sus amigos, serían lanzados fuera con crueldad de los sayones. ¡Oh Jesús mío! No mereciera yo tanto bien que al pie de la columna muriera yo contigo y con que, siquiera hasta aquel lugar, te sirviera de limpiar alguna sangre de la que corría por tu cuerpo sacratísimo.

No oso hablar ni puedo en la desamparada Madre; que no puedo pensar en este dolor que le acabe sin que me falte el sentido. En lo de la lanza, así como lo pasa en su sentimiento, en el mío; porque a mi parésceme que nunca el Hijo de la Virgen recibió golpe ni palmada en su cuerpo que su Madre no la recibiese juntamente en sus entrañas y corazón así como todo uno. Y si me decís que diferenciaba en el de Cristo de querer padecer por todos, así tenía hecho uno el de su Madre con el suyo, que todo lo que quería el Hijo quería la Madre y todo lo que padecía el Hijo padecía la Madre. En lo que me mandáis no descuidar de vuestra parte, yo soy tanto de vos como de mi ánima misma en las entrañas de Cristo, y por solo Jesucristo, así como señaláis y de tinta está escrito y mano, que no lo pueda borrar todo el resto del mundo hasta que nos veamos con él en la verdadera pascua. Dios os las dé buenas tanto como yo deseo.

Y con esto se da entera conclusión en los misterios altísimos de la indecible pasión de nuestro Redentor Cristo, cuanto a la tasada brevedad de nuestra paupércula meditación.

CAPITULO XXXIII

Muestra qué manera se ha de tener en meditar el espacio de los tres días que el ánima gloriosísima de Cristo estuvo en el limbo y el cuerpo en el sepulcro, para siempre estar con Dios dende que Cristo expiró hasta su resurrección

Queriendo aprovechar el pensamiento en los misterios de la resurrección, se reparten seis tiempos, que llamo seis estaciones. Y para venir a mi intento comienza dende que Cristo expiró el viernes a hora de nona, y hacen al pie de la cruz un tiempo, hasta las completas. Y de allí hasta la prima del sábado, en los brazos maternales quitando el cuerpo de la cruz, hace la estación segunda. Y desde allí hasta nona celebra en el monumento, y dice estación tercera. Y desde nona a completas se halla al pie de la sola cruz con la Virgen, volviendo al cenáculo, que será la estación cuarta. Desde el sábado a completas hasta maitines se está solo con la Virgen solitaria, muy sola en su encerramiento, y aquí es la quinta estación. Y el sexto punto o estación sexta se comienza desde el domingo antes que amanezca, y dura hasta la domínica *in albis*, aun sin querer recibir otra consideración.

Por los cinco primeros puntos me paso sucintamente, pues para cada uno de ellos sería menester papel, y saldría del propósito que el sexto punto y el tiempo nos representa. Por tanto, los cinco no servirán para más que para llevar el ánima por pasos contados hasta ponerla, con Cristo resucitado, dentro en la sexta estación. En las cinco primeras estaciones verá el atormentado cuerpo, en el cual está la divinidad tanto cuanto está en el limbo en la ánima felicísima, aquí escondida entre llagas, y allí, en gloria manifiesta. Y así, el ánima del pobre, lastimada en el Calvario con el lastimado cuerpo, viéndose desfallecer con la Virgen y su aflicta compañía, podrá repasarse al limbo y refocilar su vida con más de cien mil retoques de victorioso favor. Y como sea facilísima verdad que es verdadero hombre Cristo, y consta de humana carne y de

ánima racional, y la carne sacratísima en esta estación primera o se contempla en la cruz, o en los brazos maternales, o en el sacro monumento. En aquestos tres lugares cierto es que ha de lastimar a quien mirarla quisiere, pues está tan lastimada; y el ánima felicísima, triunfantísima, nos muda a infinita alegría viéndola en tan victorioso triunfo, dando gloria y libertad a los que carescían de ella. Y la misma felicísima verdad que da a Cristo el ser hombre verdadero, esa misma nos le muestra nuestro verdadero Dios. No, empero, puede decirse hombre puro, sino hombre y Dios.

Pues reciprocando, o volviendo, o reposando en ánima dende el Calvario al limbo, ni se aparta de la inmensidad de Dios ni la humanidad le falta, pues que en entera y perfectísima integridad el Verbo divino tiene lo que una vez recibió, para nunca le dejar en el cuerpo macerado y en el ánima libertada en su gloria universal. Y así, Cristo, verdadero Dios en todas partes, es nuestro y quiere que seamos suyos, pues para sí nos crió. Ni se aparte el ánima en aquestos dos lugares de estar toda con su Dios, pues que toda la demanda quien toda la redimió. Y los días que está dividido el cuerpo crucificado del ánima gloriosa, en él y en ella está Dios sin alguna distinción, pues la ánima que a su Dios indivisible se da no ha de ser en sí divisa, mas toda en todo y sola a solo, desamparada de sí misma y entera en su amparador. Y pues que sin ocupar algún lugar o parte puede estar toda en su todo, toda se esté con su Dios en el macerado cuerpo y acompañe su tristeza a la lastimada Madre y su triste compañía; y cuando desfallesciere, pase a confortarse al limbo mirando la libertad del pueblo que había estado aprisionado con la ánima triunfantísima, en la cual tanto está Dios cuanto en el llagado cuerpo, y si hace quietas pausas, Dios sabe qué hallará.—Y él sea siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XXXIV

Meditación compasiva entre la admirable Virgen y el limbo

Reciprocar es pasar y repasar el amor de una ánima a otra. Así como reciproca o pasa sin pararse una pelota que pasa de mano a mano estando casi juntas o muy cerca

las manos que la repasan, como quien está pasando tiempo o jugando. ¿Y quién ha de osar dudar que el ánima cuidadosa, guarnecida de su no nada poder y arrimada a su humilde demandar con toda importunidad, sino que en tiempo tan lastimado, tan lleno de libertad, la libertará su Dios en puntos nunca pensados? ¿Esto quién lo dudará mirando con atención el captiverio de aquellos captivos reyes detenidos y profetas, en tantos cuentos sin cuento, que en más que en cinco mil años habían sido allí ayuntados, cuya mayor afición era verse carescer de la presencia de quien su deseo, muy tan lejos deseado, continuo los fatigaba sin alguna intermisión? ¿Y quién hay que pueda considerar alegría tan libertada como la que en un instante, con la presencia de la triunfantísima ánima refulgentísima en Dios, recibieron y cobraron con perfecta integridad y certidumbre perpetua que nunca les faltará lo en tantos tiempos deseado? Y dé el ánima la vuelta a visitar la triunfantísima cruz, con los cruores barnizada; hable con tristísimos sollozos, con gemibundos sospiros, a la mestísima Madre, que aun se está desamparada; vea su triste compañía, la afición de las Marías, los fugitivos temores del inconstante Colegio, reposo en la combustión de los deseos encendidos, y de la esperanza firme, y de la fe fertilísima, entre los cuales nuestra Madre siempre virgen, que es nuestra muy gran Señora, está del todo cercada. Y vuelva a reciprocar entre la libertad en el limbo del glorioso San José, puesto en su felicidad, y la afición de la Virgen fatigada; ella, lastimada en Cristo, y él, regocijado en Cristo. ¡Ea!, mirad la diferencia del discípulo amado, acompañando la cruz con la Madre lastimada, y comparadlo a la gloria del gran bautista San Juan, ya libre entre los ya libertados. Ved los lloros de San Pedro y felicidad de Adán; el temor del despojado Colegio, y comparadlo con el seguro favor del gran pueblo libertado. El gozo de las matronas captivas, la congojosa afición de la discípula apostólica y de las otras Marías.

Sé que bueno está de ver que dende el punto primero que Cristo expiró en la cruz podréis gozar en el limbo con el ánima gloriosa y los que glorificó, y padescer en la cruz con los que en ella padescen. Y aunque sea muy gran verdad que es gran justicia y razón no desamparar la mestísima tristeza de madre tan lastimada, cierto está que, si el ánima mirare con quietísima atención, bien verá y podrá entender que la alegría libertada que se antepone a pensar del tan libertado pueblo, añade en la compasión que a la Virgen se ha de dar en lo último lastimada. ¿Quién es el que ve libertado todo un reino y

todo regocijado con la presencia del rey que lo libertó, y ve sola la reina con su pequeña familia, sus hijos y paniaguados tristemente carescer del gozo que poseen todos; quién no se reparará en mayor y más triste compasión, mayormente si mirare que la reina era tanto más digna de consolación que el pueblo cuanto es más generosa que todo lo popular, pues de todos es señora y su gran felicidad tienen por sólo su medio? Y quien la viera angustiada y no se coangustiara, sea juez la libertada razón, y clara está la sentencia.

Para esta reciprocación no ha menester el ánima dividirse, ni tiene partes que se puedan apartar, ni ha menester desposeerse de la tristeza que con los tristes se debe por gozarse con los que ya están gozosos, pues hay razón inferior y superior, y es todo una razón sola, que puede en un mismo tiempo padescer, compadecerse y gozar. Sé que razón inferior fué la que pudo en el ánima de Cristo ser triste hasta la muerte, sin que la superior razón se apartase de gozar libremente de los gozos de su Dios; y razón inferior es la que me hace temer, y esa misma es superior cuando me hace gozar. La una me entristece cuando me contemplo a mí, la otra refocila mi alegría cuando contempla a su Dios, y es una razón no más, en dos partes repartida, sin tener repartimiento, aun sin poderse apartar y sin dividir el tiempo. Sé que el ánima bien puede estar toda en todo en el que es todo en todas las cosas y en cada una cosa es todo y a su imagen la crió e hizo a su semejanza; y es substancia esencial e indivisible y sin cantidad distinta, por lo cual puede hallarse en el limbo con su Dios y sin apartarse de estar triste con los tristes hasta la resurrección, que se junte el alegría para nunca se apartar.

Mas en tanto, puédese reciprocar a diversas estaciones, según el trazado tiempo de estos lastimados días, como a[l] principio se apuntó entremetiendo el recuentro de la Virgen con los tristes fugitivos, los cuales aun no había visto desde el día antes que de Betania salieron, y si a San Pedro topó después de su apostasía fué para mayor dolor. Y estos que topó la Virgen eran diez, los cuales a los virginales pies sobre sus caras cayeron, porque San Juan ya era hijo rescebido, y con la Virgen venía y siempre perseveró con la Virgen y su Hijo en toda persecución. Y si el cuerpo traía algunas veces con no más que sólo el uno, el ánima siempre andaba toda junta con los dos, y así eran once con él. El doceno que faltaba ya tenía las entrañas cenagosas derramadas en la tierra y el ánima sataniega enterrada en el infierno.

Pues pasando de este punto con vicisitud al limbo.

cierta es su consolación. Vicisitud es obrar con intervalo, como si yo tuviese en la mano una candela y a veces cubriese la lumbre de ella y otras veces alumbrase; aquel sí y no que hay entre claridad y claridad, o aquella vuelta que da y deja de dar lumbre, se llama vicisitud. Y el ángel decía a la Virgen que le había de hacer sombra la virtud de Dios altísimo y que sobrevernía en ella el Espíritu Santo. Donde es de notar que para hacer sombra es menester que haya sol, y que el tal sol dé en algún cuerpo formado, para que de la delicadez de la claridad y de la cantidad del cuerpo donde da el sol se forme y redunde sombra, y así vemos hacer sombra cualquier árbol u otro cuerpo a nuestra persona misma.

Ahora, pues, el espacio o intervalo que hay entre haber sombra y no la haber, o la vuelta de la sombra que vuelve si vuelve el sol, decimos que es intervalo de tiempo, y aqueste intervalo que ahora es y deja de ser y vuelve otra vez o veces llamamos vicisitud, y así se puede decir en esta nuestra materia que con vicisitud esté mi ánima o la vuestra en el limbo refocilada con la porción superior a la sombra de la claridad eterna, y con la inferior porción está con vicisitud asombrada, absorbida, embriagada en el barniz de la cruz, que será sangre de Cristo; de manera que en el limbo le hace sombra la claridad eterna y aquí le hace sombra la cruz; vengo a decir que allí cuanto hay es espíritu, y aquí la cruz, puro cuerpo; de donde se infiera que reverberando aquella claridad, aquel resplandor eterno en el cuerpo de esta cruz, necesario es que de aquel sol y este cuerpo redunde una sombra tal, que el ánima puesta en ella tenga sin vicisitud lo que con ella alcanzó. No que en esta mortalidad sea posible a la pobreza del mísero caminante el poseer sin intervalo, pero que el tal intervalo tenga tal conformidad con el que le hace sombra, que no deje de gozar de querer lo que quiere él.

Dándome más a entender, llamo aquí vicisitud no la división o vuelta que da el ánima entre aquestos dos misterios, sino digo que es vicisitud la disposición del ánima entre ellos. ¿Queréis mayor claridad? Si el ánima contempla el limbo, no estará sin alegría, y si contempla la cruz, hallarse ha con aflición y con compasivas lágrimas. Pues cuando ha habido alegría y la deja de haber, o ha habido lágrimas y cesan y después vuelven, aquella vuelta de cualquiera de estos accidentes o el miedo que se da entre ellos se llama vicisitud; y así, se diga en nuestro propósito que puede nuestra ánima con vicisitud gozarse con Cristo glorificado y padescer con Cristo cru-

cificado, y esto sin se dividir, pues no tiene división; y si aquesto no entendéis, preguntadlo a la experiencia.

Resta que hemos de entender y creerlo muy firmemente que cuando el sol de justicia tomó cuerpo en el vientre virginal, de su clarísimo resplandor y del cuerpo que tomó en la humanidad asumpta redundó el hacer sombra a la Virgen, tal que nunca algún temporal calor la pudiese ni un instante lastimar, y esto es lo que dijo el ángel que le había de hacer sombra la virtud de Dios altísimo. ¿Qué quiero yo aquí decir? Que mi ánima pueda estar y está a la sombra, pero con vicisitud, porque no es capaz de más; mas la Virgen sacratísima, después que le hizo sombra la divina dignación, después que la preservó de la culpa original, después que la infundió en el abismo y plenitud de las gracias, nunca hubo ni pudo haber punto de vicisitud; siempre fué continuidad que nunca se acabará; antes de esta sombra que le hace nuestro Dios redunda muy cierto abrigo a cuantos con su abrigo se quisieren amparar con debida vigilancia. Así que, en nuestro propósito, es en libertad del ánima en aqueste tiempo tal gozar y compadecerse, aunque con vicisitud; y decimos, y creemos, y confesamos que en nuestro Dios y Señor ni puede haber mutanza alguna, porque es permanencia de quietísima y perpetua igualdad; y no puede rescebir acrescentamiento de gloria, o alegría, o consolación con cuantos servicios le pueden hacer todas sus criaturas; ni en grandes fiestas no es posible en Dios mayor ni menor contentamiento que en los más comunes días; ni con nuestros deservicios, u ofensas, o maleficios nunca puede ser posible haber alguna vicisitud, o vuelta, o desigualdad de su infinito contentamiento y quietud [71]; de manera que la ánima de todo en todo entienda ser Dios o en Dios perpetua igualdad en todo tiempo, ni en un momento más que en otro; así que no hay vicisitud, o entreponimiento, o mutanza en estarnos nuestro Dios siempre amparando. Siempre estamos a la sombra de su amparo, y si un momento faltase de ampararnos esta sombra, luego seríamos quemados, consumidos y gastados de los calores de nuestra sensualidad; y es claramente ciego el que no siente la experiencia de este amparo dentro en sí, porque sea gloria a Dios.

Pues volviendo a nuestro propósito, en aquesta operación de la ánima no hay diversidad de tiempo, pues que no lo ha menester el Hacedor de los tiempos, quien a todos nos los dió, como sea íntegra verdad que en aquel instante mismo que Cristo expiró en la cruz descendió su

[71] Iob. 1, 17.

ánima al limbo, sin dar tal espacio al tiempo que se pueda computar; y aunque en el expirar e irse tenga antes y después, no en la verdadera oración y obra de su gran potencia, antes en un mismo instante entró en la cárcel, desterró los carceleros, y quebrantó las prisiones, y los presos libertó, cercándolos de su gloria. Y si hasta la resurrección del triunfantísimo cuerpo se estuvo en el limbo el ánima felicísima, no fué para dar tiempo a su obra, pues que la perfición desde el instante primero, antes aquellos tres días que en el Calvario fueron llenos de tristeza, en el limbo, cierto, fueron muy particular paraíso lleno de gloria de Dios desde aquel primero instante que entró el ánima de Cristo; y así, tanto paraíso y tal gloria tuvieron en su presencia todos cuantos libertó, cuanto poseyó el ladrón al cual le fué prometido, y sin falta se le dió perfectamente en el limbo, la cual gloria su clemencia nos conceda por su muy gran benignidad.

CAPITULO XXXV

Meditación del gozo de la triunfante resurrección, con muchas hermosas figuras de la Escritura sagrada. Va el ánima por materias regocijadas tocando la gloria de los bienaventurados, la final resurrección, la fábrica del paraíso y los tesoros de Dios. Y corren estas materias hasta el capítulo 52

¡Oh mi dulcísimo Dios! ¡Y quien fuese como hombre negociador, que supiese bien vender todo lo que tiene en todo su entendimiento, por sólo poder mercar una margarita [72] de refulgente afición, porque no se les pasase el tiempo en gastar papel, quien se ha de dar a manos en un tiempo tan tasado, teniendo tales manjares, tantos y tan bien guisados, siendo flaco comedor! Compadézcanse de mí todos los pocos que piensan que me conocen, y miren mi confusión, y sepan darme a mí auxilio, y sea gloria a sólo Dios, el cual consienta por su bondad que pasen en afición los retoques que toca el entendimiento.

Y repartidos los tiempos por las estaciones dadas, queda junta el alegría en la resurrección, con la patente presencia de quien toda la quitó en la pasión. Aquesta sexta estación viene al comienzo del alba del día que hizo el

[72] Matth. 13, 46.

Señor, y las ánimas que saben sentir y pueden, si se les preguntara cómo o cuál se apareció el resucitado Cristo a su amantísima Madre, con inmensa refulgencia, cercado de serafines y del pueblo libertado; habiéndose ya la tal ánima hallado a la salida del limbo y también a la recepción sagrada del sacratísimo cuerpo, ¿cómo y qué tal quedaría el limbo cuando salió el Señor de él? ¿O qué es lo que sentirían todos los que él libertó cuando viesen al victorioso David haber vencido a Goliat, cuando viesen a Daniel salir de entre tantos leones, cuando viesen a José venir en gracia del rey y ser ya señor del reino, habiendo salido de aquella cisterna vieja donde entró por obra de sus hermanos, y cómo, salido de ella, a todos les dió la vida, y si no fuera por él, con su hambre perescieran; cuando viesen a Moisén sacar el captivo pueblo por caminos desecados, ir seguros por las llagas desecadas en la mar de la pasión, que es asaz bien mar bermejo, en el cual se determina lo escrito en esta figura? ¿Qué sería cuando viesen a Josué entrarse en la cierta promisión de la tierra fertilísima? ¿Qué sentirían cuando viesen a Noé salir del arca con toda la familia que él quiso poner en ella, y todos libres por él, los que sin él perescieran, y el arca quedarse ya despoblada y muy desierta?

Porque así, solo y desierto, sabemos que quedó el limbo, pues que ya pasó el invierno, ya quedan atrás las aguas del universal diluvio, ya no hay tiempo de temer, ya la paloma sin hiel, que es la ánima sacratísima, es enviada del arca del sacro cuerpo, naufragado en las montuosas rocas del destentado diluvio de la terrible pasión, y trae el ramo de la oliva; ya Cristo mostró la cruz y a sí mismo mostró en ella; ya nos dió seguridad que es el diluvio pasado, ya los frutos de la oliva dan de sí untuosidad; ya van todos fuera del limbo los que en más que cinco mil años, con diversidad de tiempo y merescimientos, fueron muy encarcelados, y se ven libres en un pequeño momento, con seguridad perpetua, puesta en su asegurador, la cual tuvieron continua desde el instante primero que Cristo los visitó, cuando de su resplandor reverberante, en el limbo y en cuantos en él estaban, fueron todos los santos inefables resplandores en un solo resplandor [73], y fué el día de la virtud del Verbo eterno divino, que es principio sin comienzo. Y muestra este día de su virtud que está su Padre con él, como nunca le dejó, mas siempre se estuvo en él antes de todo principio, pues es su propia substancia, que eternalmente engendró antes que criase el lucero, antes de la criada luz, quien ni le crió ni le hizo, que Dios

[73] Ps. 109, 3.

a Dios engendró, y el día que expiró en la cruz manifestó su virtud, confesada por los elementos y por las otras criaturas en el lugar donde fué crucificado, digo en toda la tierra; y en el limbo la mostró y manifestó en el resplandor que recibieron los santos del ánima sacratísima, que en el limbo les mostró la gloria de Dios en Dios.

Cierto es que es Cristo la vida y virtud del alma, y Cristo es esplendor del Padre, y tanto me da decir resplandor de eterna luz, porque el resplandor del Padre una cosa es con el Hijo, y eso se es la luz eterna, y Cristo es su resplandor y un solo inmenso Dios es. Y este eterno resplandor que es la claridad eterna, recogida en la virginal linterna, cubierta con el manteo de nuestro propio sayal, quedó en la cruz disimulado entre tantos mil azotes y escondido su poder en la fuerza de tres clavos, disimulada su sabiduría en muchedumbre de escarnios. Pero nunca su eterna bondad la pudieron encubrir la crueldad, ni los tormentos ni sus atormentadores, antes, cuando más disimulaba, se nos hacía muy más manifiesta. De manera que tanto Dios en el Calvario, en la cruz, entre los crueles tormentos, cuanto Dios en el limbo, en los infiernos y cielos; mas quien se disimuló y en el cuerpo abscondió su claridad, en el limbo la mostró, manifestaba en el ánima con todo su resplandor como luz inacesible, la cual luego desterró la obscuridad, y tinieblas, y tenebrosos espíritus, así como claro sol que, entrando en la obscura casa, no da espacio ni lugar para desterrar lo escuro y esclarece lo escondido. Y aquel solo resplandor simplicísimo, que en sí es un resplandor solo reverberando en las ánimas dichosas, fué en ellas tan diversos resplandores cuantos y cuales eran los merescimientos, con los cuales, en los cuales y por los cuales les era comunicado el eterno resplandor. Y así, en Dios sólo es un solo resplandor; y Dios y su resplandor, una cosa es y sólo es un solo Dios.

Y en los santos, ese solo resplandor, según sus merecimientos, es diversos resplandores, como si el sol se mostrase sobre cinco mil escudos, cada uno de su valor, donde un puro y solo sol mostraría su refulgencia según diversos metales, según diversos esmaltes, según diversas virtudes, según diverso valor, y todo es un solo sol, extendido en un amor en el día de la virtud, con el cual y en el cual sé mostró Dios muy más que se había mostrado; y siempre estuvo con él antes que todo el principio, pues muy antes le engendró. Y continuando este punto, sienta el ánima que en aquel mismo momento que fué despoblado el limbo fué toda su población y todos los serafines junto al sacro monumento, acompañando muy reverencialmente la ánima sacratísima de Cristo con todo el

poder y sabiduría de Dios, pues todo Dios es en ella, y ella toda en todo Dios. Y en aquel mismo momento, no considerando tiempo que se pueda limitar, recibió el triunfantísimo cuerpo toda libertad que ahora tiene en el cielo, con la claridad eterna que se mostró en el Tabor, cuando es comparada al sol su muy clara refulgencia y a la nieve su candor. No porque haya proporción entre Dios y sus criaturas, mas porque no hay otras señas con quien nos enseñe más lo criado que no sabemos. ¿Y quién investigará el grande aumento de gloria no esencial de aquellos muy más que cien mil millares de cuentos de serafines con la vista rutilante, gloriosa y refulgentísima de aquella carne sagrada, que con tanta costa suya, con inmensa caridad, les restauró sus sillas; y los que no tienen algún cuento los millares de sus cuentos, las ánimas que con tanta libertad cesaban de estar captivas, qué gloria se les podrá contemplar cuando, puestas en el campo donde se dió la batalla victorial, se viesen enseñorear al despojo y viesen su capitán vestirse el arnés tranzado, es a saber, su sacratísimo cuerpo, con el cual arnés los libertó, y en el cual recibió los recuentros y retoques de la terrible conquista que por ellos eligió, y viesen a cada uno de los golpes con tan mayor refulgencia cuanto de los adversarios recibió mayor crueldad, y viesen todo el arnés, conviene saber, el resucitado cuerpo, tan esmaltado de fulgentísimas perlas cuan lastimado fué por libertar todos los que ya libró?

Y para cerrar la puerta al entendimiento humano, se contemple el cuerpo de Cristo más ufano, rutilante y más glorioso que el pueblo triunfante y todos los serafines le pudiesen en perfición alcanzar. ¿Y no era, por ventura, arnés tranzado el cuerpo de Cristo, y la ánima gloriosísima no era capitán generalísimo? Cuando se lo desnudó, ¿no peleaba por la obediencia del rey? ¿No venció en su nombre? ¿No quedó gloriosa en él? ¿No quedó el arnés glorioso? Sé que sí, porque Dios se quedó en él y en ella; su gloria es y gloria nuestra; sé que nuestra es la victoria, pues es nuestro el vencedor, ni queda por qué temer. ¿Y qué gloria tan gloriosa se podrá bien contemplar en el libertado pueblo cuando viesen el ánima que los libertó, y el cuerpo con que fueron libertados, y Dios, que los crió, ser sólo un Redentor, Cristo, cuya lumbre y refulgencia no bastan a contemplar todas las criaturas todas en solo un Criador? ¿Qué abrasado acatamiento podrían dar los serafines cuando viesen el encendido brasero del que en sí los abrasó y en cuya flama arden siempre? ¿Quién podrá contemplar la gloria y arcos triunfantes que la Madre sacratísima recibió en un solo instante con la presen-

cia de Dios en su muy triunfante Cristo con todos los libertados, y a la ciudad celestial? Ya aquí no hay que discutir; ya la balbuciente lengua no es razón que ose hablar y su enronquecido modo no se debe ya sufrir, mas cese con los sentidos, y sólo tengan lugar los ojos intelectuales, pues esto es obra de espíritu, y sólo él se ha de que ya aquí no hay otra carne sino entrañas de la Virgen en cuerpo glorificado del sacratísimo Cristo.

Los demás son serafines, y las otras jerarquías, y el pueblo glorificado; ya está puro en puro espíritu, transformado en Criador, Señor suyo y Señor nuestro y de cuantos más crió, y donde no hay carne ni otra substancia corpórea no es menester que haya tiempo; mas mirad que en el momento, en aquel instante solo que el sacro cuerpo fué recibido de su ánima triunfantísima, ella en Dios y el cuerpo en Dios, y Dios en la ánima y cuerpo, es glorificado Cristo. Y como al piadoso creer es del todo manifiesto que más glorioso le vieron los más gloriosos que los otros que tenían menores merecimientos, así es cosa manifiesta que tanto con más autoridad felicísima, y con más felicidad, y más le gozó que todos nuestra Madre sacratísima, notando la diferencia de los estados, cuanto a todos sobrepuja en más pureza y piedad. Sé que en pureza los ángeles no la alcanzan y vence a todos los santos en perfición de piedad. Sé que aquesto claro está, porque si la piedad es un reverenciar a Dios, cierto es que quien a Dios muy más conoce le ha de ser muy más humilde, y quien fuere más humilde, le ha más de reverenciar. Y no hay quien pueda pensar qué santo conoció a Dios más que la que en sí lo tuvo y siempre se tuvo en él; y si más le conoció, más se humilló en su presencia la ancila de nuestro Dios y Señor; y si más humilde fué y dió a Dios más reverencia, venciéndolos en aquesto, bien los venció en la piedad, que esa misma cosa se es, y así ella lo gozó más, pues que más lo mereció. ¿Y qué espíritu aurá entre los que están aislados en esta terrestridad que pueda ser suficiente contemplando alcanzar la felicidad de aquel pueblo libertado en presencia de nuestra muy gran Señora, estando siempre presentes a su gran libertador? ¿Quién hay que pueda alcanzar el bien de que está cercado cada uno de ellos en sí? ¿Y quién el bien que poseen todos, y quién en el contentamiento común y particular?

Cierto es que poseen grados de gloria cada uno del bien del otro, y todos de cada cual. Sé que ya están en la gloria glorificados en Cristo, y en ella han estado siempre dende aquel punto primero que quebró las fuerzas del limbo, luego que en él descendió. Sé que no vieron primero el ánima felicísima de Cristo que conociesen en ella

la inmensa esencia de Dios, y a ella en la divina esencia, en cuya visión está la esencial gloria de los bienaventurados. Y todos éstos lo fueron, como otras veces se ha dicho, dende el instante primero que Cristo los visitó. Cierto está que les aumentó gran gloria la vista del resucitado cuerpo, pero no gloria esencial, que aquésta ya la poseían según la diversidad de propios merescimientos; porque, puesto que en la carne victoriosa vieron la esencia de Dios, lo que habían ya visto vieron tan sin aumento como sin disminución, pues que no la puede haber en la divina substancia. Mas la vista del arnés de su gloriosa victoria tanto glorificó a todos cuanto más cada uno de ellos, según sus merescimientos, le vido con más claridad, sin ser todos suficientes para le comprehender; pues que aquellos ya gloriosos espíritus aun no bastan en sí mismos a poderse dar a manos en los grados de su gloria común y particular, cierto es que no han de bastar a poderla contemplar los que aun siguen su destierro, y, quitada la suficiencia para poder lo que es menos, cierto está que está quitada para entender lo que es más.

¿Y qué será de la gloria de nuestra muy gran Señora en sí misma y en aquéllos y en la presencia de Cristo? ¿Y qué será de su gloria en las entrañas de Cristo, que se son las suyas mismas, su Hijo e Hijo de Dios, Señor y Redentor nuestro? ¿Esto quién lo entenderá? Cierto está que, faltando la suficiencia, como cierto no la habrá en este duro destierro para contemplar la lumbre de lo que es dicho, no la aurá para poder alcanzar todo el pueblo desterrado la gloria de Cristo en Cristo, de Cristo hombre en Cristo Dios. Sé que esta inmensa victoria sola es de la que sola, sin otri, la meresció, que es nuestra muy gran Señora, y en ella sola la gozó en más celsitud y cumbre que los que más la gozaron. ¡Oh, quién supiese hablar! Mas ya está dicho otra vez que aquí no es menester lengua ni la vista corporal, que conturbe en colores. Sea Cristo nuestro favor y nos dé ojos con que veamos el camino para ir a él por su infinita bondad.

CAPITULO XXXVI

QUE MUESTRA LA HABILIDAD Y PREMINENCIA DE LA VISTA INTELECTUAL Y DECLARA CÓMO HA EL ÁNIMA DE VER CON ANTOJOS; Y SIGUE EL INTENTO ANTES NOTADO

La vista mental no hay quien le sea impedimento, mas penetra la pared, y los cielos, y el infierno y en todas partes ve a Dios si tiene buenos antojos, sin los cuales no le es posible ver bien. Sé que aquesto todo cae en esta festividad que este día hizo el Señor, y nuestra muy gran Señora con claros antojos veía, cuya lumbre y claridad siempre estaba hacia el sol, en el cual y del cual sol la refulgencia de aquellos vivos antojos rutilaba o resplandecía como en mil escudos de oro. Y los antojos de la vista intelectual son los muy vivos y clarísimos deseos de la libre voluntad, los cuales en nuestra muy gran Señora tenían tan gran resplandor, que abrasaban sus entrañas puestos hacia el claro sol de su Cristo, que esperaba su puntual resurrección, cuyo resplandor rutilaba en dos escudos dorados, firme esperanza y fiel fe, siempre sin disminución, y en ella fué visitada del resucitado Cristo.

Pues sea así que, tratando estos misterios, ni quiera el ánima cuerpo, ni huerto, ni monumento, ni cosa que cuerpo tenga, y si quisiere mirar mil veces el monumento y verle siempre vacío, mire y sepa entender que es sepulcro del espíritu la desterrada estrechura de este no menos pequeño que muy estrechado mundo. Y cierto, este monumento de aqueste apretado mundo, quien lo quisiere bien ver, ha de mirar dende fuera, y verle ha siempre vacío y no tiene nada en sí, y fuera de él busque a Cristo. Y la piedra del monumento, que se escribe que era grande, sea fertilísima fe, notando que no se lee estar la piedra quitada, sino estar rodeada o vuelta, y las muy discretas vueltas con que se rodea la fe traen el ánima a fe viva. Y los lienzos bien doblados sean los doblados deseos, doblados y redoblados por la industria angelical, los cuales vivos deseos siempre demandan a Dios. Y en este día ni en su octava no hay tiempo que se le dé ni al camino de Emaús ni al huerto de Magdalena, mas perdonen por ahora los caminantes; pues la discípula apostólica ha también de perdonar, porque es el tiempo tan corto y hay tan mucho en qué entender; y pues que ella no quiso satisfacerse

ni pararse con los ángeles, ni mi ánima se ha de querer contentar ni con ellos ni con ella, pues que busco a quien ella ya halló y ella posee y yo deseo ; sea glorificado Dios.

Y si huerto se quisiere rescebir, sea verdura de esperanza de alcanzar lo que con hambre desea, y árboles de certidumbre y frutos de posesión, y la muy viva afición será María Magdalena. Hortelano sea quien se es, con mil sospiros buscado, y hallarse ha en esta huerta, y no aurá más que buscar. Y si se han de acompañar los discípulos de Cristo, sea la liberal memoria y el discreto entendimiento, que saben bien caminar y siempre traten en Cristo ; el caminar sea la cuidadosa vida, y las muy puras entrañas sean camino de Emaús, donde Cristo sea hospedado, porque se dé a conocer en el partirles el pan, esto es, en la largueza de sus mercedes. Y con tal conocimiento se levanten los discípulos a estado más remirado de lo que antes habían visto, y así tornen sobre sí por aquel mismo camino hasta que hallen a Dios, y él por su sola bondad se nos consienta hallar.

Y concluyendo, digo que me parece que para entender bien este lenguaje había menester tener la viveza de San Juan, con que conoció al Señor, y la abonada diligencia de San Pedro, que para echarse a la mar se proveyó de más ropa, y tomó la vestidura embarazado en amor, sin entender nada en sí ni mirar si el agua podía mojarle ni si estaba en mar o en tierra. Porque bueno es de pensar que cuando el buen viejo se vestía su vestidura para echarse a la mar, que ya su espíritu estaba todo no en la mar, mas en su Maestro ; con él estaba y en él ya salido a la ribera, y el corazón mandaba las carnes que se fuesen tras su espíritu ; no, empero, sabrá decirles cómo o por dónde habían de ir, porque todas tres potencias estaban fuera de allí donde habían ido y estaban muy más que donde animaban.

No, empero, de aquí se excluye o se aparta el intento reverente de parescer en la presencia de su amantísimo amor más reverenciadamente yendo su cuerpo cubierto que como estaba pescando, con poquita vestidura, como requiere el pescar. La persona de San Pedro, tanto me da que se vista como que se eche a nadar, o siquiera se esté allí ; mas lo que nos pertenece es mirar atentamente con la vista intelectual la obra de su bienaventurado espíritu, y enviar el nuestro empós de él, que vaya como a rescecho de la nave, para mirar cómo le va en la ribera con su Maestro, cómo a su Maestro con él. Y no sé si hay alguna escriptura que tan bien dé a entender esto como escribirlo con sólo un *cétera*, que ni significa cuerpo ni tiempo ni se sabe tasar, y con su sola brevedad tiene muy mayor

significado que lo que antes queda escripto, y aun, si bien se considera, no tiene donde acabar, ni hay alguno que lo sepa, sino el que al *cétera* da el ser; así que espíritu de letra y su conformidad puede ayudarnos aquí *etcétera*, y debajo de ella queda muy más de lo que está dicho, y cuando todo se acabe, sean grandes gracias a Dios.

CAPITULO XXXVII

DONDE SE COMIENZA A DECLARAR UNA AUTORIDAD DE LA SAGRADA ESCRITURA

Dice el Profeta en el psalmo 130: *Hace Dios ángeles a sus espíritus, y a sus ministros hace flama de fuego abrasante* [74]. Esta autoridad se declara y concluye suavemente en el capítulo 51, hasta el cual capítulo se entrepone la declaración de otras autoridades que al propósito se ofrecen en la orden del proceder, y habéis de entender así en el nombre de Jesús.

Yo he dicho que el ánima se llama ánima en cuanto da vida al animal en estos terrenos cuerpos, y ella misma, cuando en la contemplación se levanta a las cosas invisibles y a contemplar en su Dios, llámase espíritu o ánima espiritual; y las ánimas ocupadas en quieta contemplación llámanse espíritus de Dios, porque todas se dan a él, sin otra cosa querer de cuanto pueden dejar. Las tales ánimas, que estando en este destierro son espíritus de su Dios, al punto que son libres de estos miserables cuerpos y puestas en la divina presencia, en aqueste mismo instante que veen a Dios entienden su dignidad ser inmensamente bueno, y le codician amar, y desean que todo espíritu lo conozca, le ame, y sirva, y alabe y que todos gocen de tan infinito bien. En aquel instante que concibe este deseo, en aquel mismo conoce el complimiento perfecto de todo su querer; de manera que a sí misma se entiende ocupada en el amor de su Dios con conoscimiento entero de seguridad perpetua que nunca le ha de faltar. Esto conoce y entiende que tiene, así como él, cada uno de todos los ciudadanos que allí están en inumerables cuentos, y que nunca para siempre será posible faltar tan gran bienaventuranza conociendo que quiere él lo que quieren todos, y todos lo que quieren él, y él y todos quieren lo que

[74] Ps. 103, 4.

quiere Dios, y Dios lo que todos ellos quieren. Y como la felicidad o bienaventuranza nuestra esté en el cumplimiento entero de todo nuestro querer, y allí sea entero y eterno, luego el ánima es gloriosa y goza a Dios y tiene y contempla a Dios cara a cara; en aqueste gozar, contemplar o fruir de Dios es la gloria que los ángeles poseen. Y así como ángeles son las ánimas que entre ellos, y con ellos, y como ellos gozan sin tiempo de la verdadera gloria, que es la divina visión, pero no sin medida, la cual medida les da la diversidad de merescimientos para que gocen de Dios. Y para este bien investigable y perpetuo crió nuestro Dios nuestras desterradas ánimas, y estando en este destierro, si procuran volar al Criador suyo por quieta contemplación, llámanse espíritus suyos, porque él los rige y posee, y salidos de estos carcelosos cuerpos y presentados ante él, ya son ángeles y espíritus o espíritus angelicales, cuanto a la fruencia, o gozo, o posesión de Dios.

Y como esta obra sea perfectamente buena, resta que se ha de imputar al que es perfecto obrador, y se diga con verísima verdad que es obra de solo Cristo hacer de sus espíritus ángeles que eternalmente sean suyos y que gocen siempre de él. Así que Cristo Jesús hace a sus espíritus ángeles; sus espíritus temporales hácelos que sean ángeles eternos. Temporales, que comenzaron a ser; eternos, que nunca se acabarán. Temporales, por el tasado destierro que tuvieron en los cuerpos; eternos, por seguridad perpetua que siempre les durará.

De manera que está claro que cuantas ánimas estuvieron en el limbo eran espíritus, y viendo a Dios, fueron ángeles, sin dejar de ser espíritus, y así no mudan la substancia de ánimas en substancia de ángeles, mas alcanzan dignidad. De manera que ángel de Dios es, cuanto al gozo o la fruición, cualquiera espíritu que de estos nuestros corpúsculos va a la divina presencia; estando acá es espíritu, y yendo allá es ángel, sin dejar de ser espíritu, o es espíritu angelical, como otra vez queda dicho, y es cumplida en él esta dicha autoridad.

Y como quiera que estas declaraciones sean a las ánimas contemplativas tan lícitas cuan gustables y satisfactorias, siempre, empero, las tales ánimas han de tener en reverencia y acatamiento las declaraciones que los santos Doctores sobre estas cosas hicieron; de manera que, gustando la declaración que el ánima siente en sí y teniéndola por aprovechada y muy cierta de quien sabe distinguir, diga que siempre se abraza a la doctrina firmísima de nuestra madre la Iglesia, y esto así lo afirmo yo en este paso y en todo lo que está dicho y diré, siendo Dios mi ayudador.

Síguese: *Y a sus ministros hace que sean fuego abrasante y consumiente* [75]. Esto se ha así de entender: como Cristo nuestro bien haya dicho que donde él está están también sus ministros [76], y como sea cierto así que con los espíritus que ya Dios ha hecho ángeles suyos hayan de ser glorificados en la general resurrección los cuerpos que con ellos se emplearon en servir o ministrar a su Dios en cuantos modos pudieron buscar para llegar a él sus prójimos con doctrina, y con vida, y con ejemplo, obrando misericordia, y virtud, y caridad, y todo cuanto pudieron y supieron, todo lo dieron al servicio de su Dios. Digo que estos tales cuerpos, estos ministros de Dios, que aquí fueron inflamados en fuego de caridad, que éstos son los verdaderos ministros, los cuales, cuando sean glorificados de su Glorificador, juntados con los espíritus con los cuales acá administraron bien, los cuales ya son y han sido con los ángeles contados, entonces se dirá y podrá decir que el que hizo a sus ángeles espíritus hace flama de fuego de vivo amor los cuerpos de estos espíritus, por quien entiendo ministros de mi Señor en el servicio que acá las ánimas hicieron obedeciéndolas en todos trabajos. Y aun todos los que alcanzaron las flamas de caridad en flamas de vivo amor y en contemplación muy alta, aun éstos se han de inflamar con los altos serafines; y así, ángeles, y espíritus, y ministros, y encendidos en las flamas del brasero que abrasa los serafines, muy veros ministros son; y aun para más fundamento, notad esta autoridad del capítulo siguiente; y a todos ampare Dios.

CAPITULO XXXVIII

Declarando graciosamente otras dos autoridades de la Escritura sagrada, continúa lo declarado

Aquella palabra que está escrita, conviene a saber: *que los bienaventurados gozan de Dios cara a cara* [77], yo así la entiendo, como si dijese que contemplan a Dios siempre sin algún impedimento y sin adalid ni espejo de cosa criada, sino pura y absolutamente en Dios, cuanto a la criatura felicísima es posible, según diverso grado de dignos merescimientos administrados de Cristo. Así que el

[75] Ps. 103, 4.
[76] Ioan. 12, 28.
[77] I Cor. 13, 12.

espíritu que ya es dicho ángel de Dios, con los ángeles y como ángel goza de la divina contemplación; ya no como solía, en obscuridad o figura, sino sin impedimento y sin miedo y condición. Así, desde el instante que los bienaventurados son presentados en la divina presencia, entienden, y conoscen, y alcanzan fruición y gozan sin algún impedimento, según sus diversos merescimientos, la inmensa bondad de Dios y conoscen cuanto desearon conoscer, y así, conoscen a Dios como son de él conocidos; porque, deseando San Pablo venir a la posesión de aqueste conocimiento, cierto y con seguridad decía con amoroso sospiro: ¡Oh si conociese a Dios como soy de él conoscido![78] Y es muy cierto que él sabía bien entender que en el ánima muy poco que conocer [hay] y cerca de casi nada habido respecto a la infinita noticia, en cuyo conocimiento nada hay que no sea presente ni en San Pablo ni en alguna otra criatura. Y también él no ignoraba que, en comparación de la inmensa infinidad, aun los altos serafines no alcanzan tanto la alteza de la inmensidad de Dios, que no queda más y más, y que aun ellos le conocen como criaturas en parte no divisible del todo, y él a ellos en todo los conoce, y él no tiene ni conoce a nadie en parte, antes a todos en todo. Y aun bien entendía San Pablo que lo que en este destierro pedía alcanzar del conocimiento de Dios era en una obscura calígine ver con toda claridad que era imposible al hombre nada comprender; y negar todo lo que puede alcanzar conociendo y conocer que no alcanza lo infinito es una confesión misma que afirma ser lo que no alcanza infinito, e infinito lo que tiene. Esto no es dos infinitos, pues que no se compadescen, sino sólo un infinito, porque lo que niega poder comprehender entendiendo y lo que confiesa tener creyendo, una cosa y no más es.

Ni se contradice la obscura caligen y el ver con claridad, porque no es menos cierto el negar lo que no puede que el confesar la ignorancia que conosce que en sí tiene, y el no ver a lo escuro y el saber que está su vista estorbada de su acción, de su poder y de su comprehender; todo lo ve si tiene ojos a la clara. Verdad es que ni estas palabras las sabe hablar la lengua ni las oyen como quieren las orejas, mas entiéndelas el ánima ejercitada, que conosce su interior. Esto que aquí pone para más declaración le es a ella muy mayor obscuridad, porque entiende lo que entiende, y de no saber decir cómo es aquello que entiende, a ella no se le da nada, antes tiene por material el entender por medio que se pueda declarar con aug-

[78] Ibid.

mento de palabras, las cuales para nada le aprovechan sino para el buen ejemplo en confesando la fe y para emplearlas en alabanzas de Dios. Así que sabía entender San Pablo que el hombre en este destierro que conoce más a Dios es el que alcanza a entender que no es nada lo que puede acaudalar en este conocimiento; ni definiendo, pues que no hay definición; ni entendiendo, pues no hay entendimiento comprehensorio en este fragoso puerto que pueda así conocer a Dios que no conozca primero su apocada habilidad ser menos que casi nada. Y cierto es que entendía San Pablo que la inmensidad de Dios, en presencia del conocimiento humano, toda es pura y perfectamente centro, pues sabía que falta circumferencia, y entendía que toda criatura en presencia del conocimiento de su Criador es circumferencia sin centro. De manera que ni puede la circumferencia comprehender el centro ni al centro se le puede absconder la circumferencia. ¿Entendéis este lenguaje? Yo os lo quiero declarar materialmente, pues que somos materiales, y sea grande gloria a Dios, con cuyo favor confiad que entenderéis claramente en aqueste otro capítulo lo que preguntáis en éste de aqueste conocimiento que deseaba tener el santo apóstol San Pablo.—Y a todos ampare Dios.

CAPITULO XXXIX

Declara qué cosa es centro sin circumferencia y qué es circumferencia sin centro, siguiendo el propósito notado y autoridad de San Pablo. Y va ejemplificando así:

En una naranja es el centro el punto que es más en el medio de ella, de manera que, si la partís por medio y le pusiéredes un compás que dé vuelta igual, el punto que el compás toma en medio de la más interior parte de ella es el centro, y todo lo que cerca la vuelta de la otra punta del compás hacia la parte de fuera es circumferencia. Y si la naranja fuera impartible, no se pudiera alcanzar a ver el centro de ella, como no se puede ver sin que se parta por medio, pero su circumferencia patente es y manifiesta, porque es a partes de fuera y no se puede encubrir, y el centro, a partes de dentro y no se puede ver.

De manera que entendáis ahora de aquí que mi Dios, inmenso incomprehensible, es perfectísimo centro y nadie le vió como es, y él solo es el que conoce a sí mismo, porque como él es tan indivisible como invisible y tan invisi-

ble cuan incomprehensible, no con el entendimiento humano se puede comprehender, sino con sola la voluntad le gozamos con fruición y con el entendimiento de beatífica visión, porque es todo amable, todo deseable y todo elegible; y como en su acatamiento estén, dende antes que nos criase, patentes todos nuestros interiores movimientos tan de manifiesto como nuestra obra exterior, resta que ni en la criatura hay centro abscondido ni interior, ni en Dios hay circumferencia que alcance a comprehender la criatura; porque si los serafines le conocen infinito, infinito es lo que hay más que conocer. ¿Pues cómo se ha de entender este deseo y petición de San Pablo? Cortando todas palabras. Aquesto entiendo yo así: que diciendo el Apóstol que desea conocer a Dios así como es conocido de Dios, es tanto como decir: ¡oh si tuviese Dios por bien que así como él me conoce a mí sin algún impedimento, así, sin impedimento alguno, pudiese yo contemplarle; y como mi conocimiento en su presencia no falta un solo instante, así desea mi ánima no faltar de contemplarle ni aun por un solo momento! Y porque esta libertad sólo es de los bienaventurados, que ya con seguridad tienen la contemplación tan sin tiempo que no les falta un momento, y tan clara que no desean otro espejo, y tan siempre que no les ha de faltar, decía este apóstol [79] codicioso: desea mi ánima salir ya de este destierro, por tener seguridad de gozar ya siempre de Cristo en su bienaventuranza, donde todo mi deseo se cumplirá en perfición. Así que como él me conoce siempre y dende siempre, así le contemplo yo siempre y para siempre, y como él me conoce sin impedimento, le contemplo yo sin ser de nada impedido. Esto es lo que siento de esto y es lo que deseo sentir; sea Cristo mi ayudador.

Ni implica contradición, antes regalo y dulzura, hablar aquí, por modo deseable dado, que la auctoridad hable por modo enseñable, pues aquí el modo de desear paresce más entrañable.

Volved el entendimiento a notar qué cosa es centro, y cebad la voluntad. El centro en nuestro hombre es el más oculto secreto y el más abscondido encerramiento de las entrañas del ánima racional; y éste está tan manifiesto, tan claro y tan descubierto a la divina noticia, al conocimiento eterno y sabiduría divina, que si quisiese decir, por vía de comparación, la manifestación clara que la vista corporal tiene sobre algún distinto color, sería grueso comparar y dar muy obscuro ejemplo. Y el centro de Dios, que es Dios, tanto excede en altura al cielo empíreo cuan-

[79] Ioan. 1, 18.

to en su profundidad excede a todo el abismo, y tanto en largura a la tierra como en anchura a la mar, de manera que su encumbrada inmensidad no en entera perfición la alcanzan los serafines, ni los espíritus agudos comprehenden la inmensa profundidad del abismo de sus juicios. ¿Pues cómo el hombre, que es tierra en pequeña partecita, comprehenderá la largura, que excede tanto en largor como en anchor, o el anchura, que excede tanto en ancho como en largura, y a la largura y anchura no excede lo profundo ni la altura? Porque como todo centro en la criatura se considere puntual, en el Criador, Dios inmenso inacesible, se ha de contemplar cuadrado, que no hay más que contemplar en lo profundo que en lo alto, ni en lo ancho que en la longura, porque es una simplicísima igualdad.

Y San Pablo esto sentía cuando, convidando a sus amigos a vacar a Dios, decía: porque podáis comprehender con todos los santos cuál sea el anchura y la longura, la alteza y profundidad [80]. No que lo comprehendáis en entera perfición, que aquesto no puede ser más que en aquella parte que los santos, según sus diversos merescimientos, lo comprehenden con tal seguridad, que lo que una vez entienden, jamás no lo ignorarán; para que en aquella compañía gocéis de aquella seguridad, os ruego que os esforcéis a lo que los santos se esforzaron, porque comprehendiendo lo que comprehenden, gocéis de la seguridad que gozan. Habéis aquí de entender más el espíritu de la letra que su sonido, y cuando dice que el divino centro se ha de contemplar cuadrado, entended que el ánima contemplativa es quien se ha de cuadrar contemplando a Dios en purísima igualdad; todo igual en todas partes. De manera que nuestra comprehensión a cualquier parte que vaya se ha de cuadrar igualmente, mas lo que en Dios el ánima, según su medida, entiende, siempre sea como siempre es, en una sola substancia verdadera Trinidad.—Y sea Cristo nuestro amparo.

[80] Eph. 3, 18.

CAPITULO XL

QUE DECLARA MUY CONSOLABLEMENTE LA PALABRA PRIMERA DEL «PATER NOSTER» Y OTRA DEL SALMISTA, Y CORRESPONDE A LO NOTADO QUE HA DICHO QUE EL DIVINO CENTRO ES A TODA PARTE IGUAL

Pues si igualmente está en todas partes Dios, ¿cómo se escribe que está en el cielo, diciendo en la oración dominical: Padre nuestro, que estás en los cielos. Y en el sagrado Evangelio, dice la boca de la Verdad que aquel que en la tierra le confesare, él le confesará en presencia de su Padre, que en el cielo está [81]; y comúnmente decimos nuestro Padre celestial; y el Profeta dice en el salmo: A ti levanté mis ojos, Dios, que estás en los cielos [82]; de manera que se ve hacer mención especial del cielo, no tocando en alguna otra rigión, como sea muy gran verdad estar Dios en todo cuanto él crió por presencia, y por potencia, y por esencia, que quiere decir que en todas partes está presente como es. Por lo cual se ha de notar que para el cielo nos crió Dios, y enseñónos a demandar lo que nos conviene más, que es gozar con todos los santos y de él; y para este gozo de sus bienaventurados crió y diputó el cielo empíreo; y porque allí deseamos ir donde está, dando gloria a sus escogidos, demandámosle diciendo que está en el cielo, con codicia de ir allá. Mas por eso no negamos que esté también en la tierra y en la mar, sustentando lo que su potencia crió, y también en el infierno, castigando lo que su justa justicia reprobó; pero porque deseamos no perseverar en la tierra, no le llamamos para que nos tenga en ella, mas llamámosle de ella para que nos libre de ella. Y porque deseamos escapar con su ayuda de las penas del infierno, no pedimos su justicia, que está ejecutando en él no sin su misericordia, mas demandámosle el cielo, y llamámosle de allá donde está con su infinita clemencia dando gloria a sus bienaventurados con justísima justicia.

Y también como esta tierra donde estamos desterrados y enterrados no es nuestra patria, no es nuestra heredad o ciudad permaneciente, mas estando en ésta buscamos

[81] Matth. 10, 32.
[82] Ps. 122, 1.

la venidera y perpetua, que es el cielo, y lo nuestro demandamos con la afición que a lo que es nuestro tenemos.

Y como sea nuestro verdadero Padre el que nos lo puede dar, casi pidiéndole el cielo, pues que nos crió para allá, siempre le representemos el cielo diciendo que, pues está en nuestra propia ciudad, que él nos la crió para nos y nosotros la perdimos y Cristo nos la cobró, que nos lleve allá a permanecer en su suave compañía. Y aunque sabemos que está en la tierra, donde estamos, sabemos que no nos ha de durar, y ojalá fuese acabada, si ya lo quisiese Dios; tanto, que a gran gloria suya o se acabase mañana o dure muy muchos años, todo como él lo quiera disponer, puesto que con el santo Profeta digamos en el salmo 119: ¡Desventurado de mí, que se me alarga el destierro! [83] Porque aunque abundase esta vida de salud y de descanso y no tuviese vejez, ni dolor, ni enfermedad, ni necesidad de nada, de todo cuanto próspero se puede en ella hallar, basta para ser intolerable destierro que en ella no se ve Dios sino con obscuras figuras y semejanzas muy de lejos y apartadas, y en el cielo, cara a cara con todo contentamiento.

Tan grande y tan poderoso, tan sabio y tan gran Señor, tan inmenso y tan glorioso está acá como en el cielo; más tanto cuanto sabemos que estamos delante de él y no le podemos ver, tanto nos da más fatiga nuestra propia ceguedad, y deseando tener ya clara la vista para le poder mirar y sabiendo la gran claridad del cielo, llamámosle dende aquí, diciéndole que está allá y que nos alce el destierro y nos lleve para sí, pues para el cielo nos crió, pues nos están esperando cuantos ciudadanos tiene, porque vamos a ayudarles a gozar de tanto gozo, que no bastan todos ellos a poderse dar a manos a amar a tan digno amor de ser de todos amado. De manera que la cobdicia, tan natural cuan lícita y meritoria, de su benigna visión, y el deseo de conversar con los propios ciudadanos, y el temor de lo perder por nuestra fragilidad nos hace de este profundo clamar y llevar a ti los ojos de la pronta voluntad. Porque como acá os goce sólo la fe, y todo lo demás se consuma en esperanza, deséase perficionar en la caridad, cuya entera perfición en el cielo sólo está en posesión pacífica de las dichosas criaturas. Y las ánimas sin fe en aqueste muladar serán ánimas sin Dios, que ni le gozan con el velo del destierro ni le han de gozar con claridad, y ya tienen aquí infierno, sin saber mirar en él para se les escapar. Así que está Dios en todas partes siempre con real igualdad, mas nosotros le queremos don-

[83] Ps. 119, 5.

de se nos deje ver, y dase a ver en el cielo, y decimos: Padre nuestro, que estás en el cielo [84], y en él te das, en pacífica y manifiesta visión, a cuantos tienes en él; llévanos allá con ellos, porque podamos siempre con ellos gozar de alabar perpetua y perfectamente tan infinita bondad, pues la gran benignidad vuestra nos quiere para esto, y el hombre que no tiene esta cobdicia no estima su divinidad y vive a modo de bestia, de lo cual nos libre Dios.

CAPITULO XLI

Que la esperanza de los justos en la tierra es con aflición, y la de los ciudadanos es con gloria

La esperanza que los mortales tenemos tiene muy gran diferencia de lo que esperan los justos que están ya en seguridad, y para entender aquesto, notad esta comparación:

Un hombre tiene un hermano que está captivo en Turquía; y tiénele tanto amor, que siempre tiene en él puesta toda su afición, deseando su libertad; y por ciertas circunstancias tiene muy cierta esperanza que se podrá rescatar y que le verá en su casa. La esperanza que éste tiene le es muy gran consolación, mas las veces que se acuerda que está preso entre tan astrosa gente y que para volver a la patria natural ha de pasar muy muchas fragosas sierras y grandes golfos de mar, estas consideraciones hacen que el gozo con que éste espera a su hermano sea muy cercado de pena. Pues tal es la esperanza que en el destierro tenemos, que, esperando ser libres del captiverio presente, nos acompaña el temor que de nosotros tenemos y del tempestuoso mar que en tantos golfos pasamos. Mas cuando el que esperaba a su hermano le ve ya y se está con él y tiene toda confiada esperanza que nunca le ha de dejar, ya la esperanza de aquéste es con gran consolación, que ni tiene que temer ni por qué se congojar, porque como lo desea y espera ve cumplirse su esperanza.

Pues así y mucho más, la esperanza con que los justos esperan vestidos de caridad a los ciudadanos ciertos, no sólo es imposible que les cause alguna falta de gozo, mas es aumento de gloria, porque lo quiere así la benignidad de Dios. Por cuyo fundamento hemos de conside-

[84] Matth. 6, 9.

rar que los bienaventurados ven lo que quieren saber, por muy distinta visión, en el Espejo sin mácula [85] de infinita claridad; y saben, revelándoselo Dios para augmento de su gloria accidental, que se han muchos de salvar, y que les han de ayudar a gozar, y engrandecer, y dar gloria a su Glorificador. Pues como todos estén en flamas de caridad encendidos, desean que toda criatura, criada a la imagen de Dios, les fuese a ayudar a amar a Dios, pues es dignísimo amor. Y como saben que muchos se han de salvar, espéranlos y desean la libertad de los que aun no son libres, y mediante la caridad con que desean a los desterrados pobres verlos en tal libertad y el amor abrasado con que amando a su amador desean que sea de todos infinitamente amado, esles augmento de gloria, aumentando siempre su afición en el deseo y esperanza del rescate y libertad de los pobres captivos y desterrados.

Y así como los miembros luciferinos, hermanos de Satanás, esperan mayores penas y siempre les crescen más con los más que se condenan y hasta el juicio final contino cresce su mal, porque entonces más y más se aumentará, siendo en un silo encerrados con su padre Satanás en las penas perdurables, donde los unos serán leña de los otros, y serán obscuro fuego y muy terrible alquitrán, y padecerán sin esperanza de fin, así los muy bienaventurados crescen en número cada día, y crescen y crescerán hasta el día del final juicio, donde, estando todos juntos con su fiel congregador, no ternán más que esperar, sino siempre gozarán de gloria perficionada, la cual con tal perfición pasará de unos en otros, que ni el ojo vió, ni la oreja oyó, ni entró en corazón humano la multiplicación de los grados de la gloria accidental que es en ellos accesoria. ¿Pues qué es lo que se pensará de la gloria principal que esencialmente ternán de la divina visión? Cierto está que todos gozan en grados particulares del gozo de cada cual, y cada cual del de todos, con tanto que no olvidemos que nos esperan los santos, que les vamos a ayudar a gozar de tanta gloria y amar al que es infinito amor e infinitamente amable. Y pues que ellos nos esperan, muy gran delito será no quererles responder con la obra que se requiere para ir donde ellos están esperando que subamos con su viva caridad.

Y si esto no fuese así que nos esperan los justos porque gocemos de Dios, no hauría clamado y demandado el Salmista pidiendo merced a Dios, ni hauría dicho con encendida afición: Saca, Señor, de la cárcel de este cuerpo

---

[85] Sap. 7, 26.

esta pobre ánima mía [86]; pues que los justos, para que con ellos confiese las alabanzas de tu santo nombre, me esperan hasta que me des los bienes que tienes aparejados por tu infinita piedad. De manera que los bienaventurados esperan con afición a todos los desterrados que acá tienen purgatorio por tiempo determinado. Desean nuestra libertad; deséannos ver remediados; deséannos seguridad; deséannos gozar de Dios y que sea Dios, de cuantos él crió, alabado. Aquesto les durará hasta el juicio final, donde todos los corderos puestos a la mano diestra reciban la bendición, siendo todos congregados con perpetuo galardón en los méritos de Cristo, para que gocen de Dios por los siglos de los siglos.—Sea siempre glorificado.

CAPITULO XLII

Que el ánima bienaventurada, volviendo a tomar su cuerpo, perficionará su gloria accidental

Este es el hombre de mi paz, el cual comía conmigo mi pan; al cual hasta agora esperaba, dirá el ánima gloriosa cuando en el juicio final volviere a tomar su cuerpo. Esta palabra, conviene a saber: «catad aquí el hombre», fué dicha en diversos tiempos, por diversas personas y a diversos fines, porque quien primero la pudo decir fué nuestra muy gran Señora, cuando en la presentación de su dulcísimo niño, mi Cristo Jesús suavísimo, lo ofreció a su Padre Eterno, diciendo: Este es el hombre de nuestra paz [87]; recibidle, Padre Eterno, con la pacificación que él benignamente hace entre Dios y vuestro pueblo. Este es el hombre pacífico—dice nuestra Señora—, pacificador de su pueblo, por él reconciliado; pacificador de su pacificada Madre, siendo por ella a Dios Padre, en pacífico sacrificio, ofrecido y presentado, diciendo: Este niño es el hombre de nuestra paz. Palabra de nuestra muy gran Señora ofreciéndole a su Padre. Palabra de Dios Eterno aceptando el sacrificio ofrecido de la siempre Virgen Madre. Palabra del reconciliado y pacificado pueblo, libre por aquella ofrenda de la muerte perdurable.

También perficionada la edad de mi pacífico bien y

[86] Ps. 141, 8.
[87] Ps. 40, 10.

vida de las entrañas de mi alma, presentándole Pilato al desesperado pueblo, dijo esta misma palabra: Mirad a este hombre [88], mas no añadió lo demás, porque su maligna paz era más cruel que cruel guerra. ¿Mas quién tuviese palabras para poder explicar, o ánima que lo pudiese sentir, o entrañas tan lastimadas que supiesen llorar la diferencia que había pronunciando esta palabra la Virgen al tiempo que queda dicho o en pronunciarla Pilato al tiempo que ahora se dice? Cierto está que ella le presentó abrigado entre limpísimos paños, y él le enseñó barnizado entre su inocentísima sangre y en la púrpura ultrajado. La serenísima Madre le presentó ceñido con una estrechita faja y de ella todo ligado, y Pilato le mostró por la garganta con una cruel soga atado. La Virgen ofreciólo al Padre Eterno, del cual fué luego aceptado; Pilato, al desesperado pueblo, de quien fué con detestable malicia reprobado. Y aquí, ¿quién acabará? ¡Pluguiese a Dios que lo supiese sentir y sin poderlo hablar! Mas volvamos al propósito ordenado.

Cuando nuestro amoroso Jesús, nuestro bienhechor pacífico, quiso concluir su benigno destierro, dijo a todos sus discípulos, y en ellos a todos los vivos fieles: A todos os doy mi paz y os dejo herederos de ella [89]. Pues cuando quiera que su Majestad rescibe en su gloria alguna ánima, véela que va sellada con el sello de la paz que él le dejó; y siendo el ánima suya y la paz que la llevó a aquel pacífico reino suyo que él se la dejó para que atinase allá siendo por ella guiada, está muy bien que diga el gran Rey pacífico que aquella ánima dichosa es a quien dejó su paz, pues que la guardó también hasta la llevar allá para siempre la tener. Mas la ánima dichosa que en la gloria conoce su Redentor, Cristo Jesús, bien pacífico, bien podrá también decir que es el hombre, que es su verdadera paz. Pero cuando el día final del juicio fueren los cuerpos bienaventurados restituídos a sus ya gloriosas ánimas, bien podrá cada una de ellas conociéndole decir: Este es mi hombre exterior, que pacíficamente y con un mismo querer me fué conforme en la obra de nuestro Dios. Este es el hombre, que me fué pacífico secutor con su obra a los deseos que a mí me inspiró mi Dios; es el hombre de mi paz, con cuyos miembros, como con instrumentos aparejados y diestros, obré, ayudándome mi Dios, las obras de caridad, ejecuté mi justicia y me ocupé en la obediencia y en cuanto Cristo mandó, y aun en cumplir sus santísimos consejos. *Este es hombre de mi paz*,

[88] Ioan. 19, 5.
[89] Ioan. 14, 27.

que comía mi pan conmigo [90], podrá el ánima decir. ¿Y cuáles panes son estos que el ánima dió a su cuerpo? Quien lo quisiere entender, levántese a contemplar en las grandezas de Dios después que hobiere estado asentado sobre su propio conoscimiento.

En aquel asentamiento, en su propia estimación, coma pan de contrición, pan cuyo mantenimiento causó dolor entrañable y lágrimas de aflición, y entenderá la lición del Salmista, que en el salmo 126 dice: Levantaos, después que hayáis estado asentados, los que coméis pan de dolor [91]. Y la otra palabra que dice: De día y de noche me sean mis lágrimas pan.

Pues cuando el ánima gloriosa viere en el juicio final su cuerpo, el cual pacíficamente y de igual consentimiento comió con ella los panes de la aflición, y aquellos miembros con los cuales ministró a sus prójimos y a sí misma topó a voluntad de su Dios, bien dirá y podrá decir: Este es el hombre de mi paz, al cual hasta ahora he esperado, pues hasta tornarle a vestir ha estado esperando la perfición de su gloria. Y como el ánima, estando en este destierro, era espíritu racional, y cobrando aquella gloria es espíritu angelical, cuanto a gozar o fruir de la divina visión, así esta cenicienta carne, estando aquí, es ceniza y estando allá es flama viva encendida. Por lo cual se ha de entender que el ánima que en este destierro está viva en caridad, brasa es viva, pero está cubierta del polvo de esta ceniza. Mas cuando pasare el soplo de aquesta vida, el polvo desaparecerá y la brasa colocarse ha en el brasero cuyo fuego la encendió y enciende los serafines, y quédase viva en él [92]. Mas cuando en el día del juicio volviere a vestir su cuerpo, dentro en el cual otro tiempo se escondía, será la brasa tan viva, tan encendida, terná tanto resplandor, reverberará con tanta y tal claridad y no medida viveza, que lo que le era ceniza que la escondía le sea fuego así inflamado, que muestre su resplandor, y el cual su espíritu hizo ángel suyo, hará entonces flama de vivo fuego el cuerpo que fué ministro fiel de tal espíritu y fiel ministro de Dios y de cuanto él le mandó. Y como Cristo haya dicho que donde él está allí han de estar sus ministros [93], permanecerá con el ánima ya hecha ángel el cuerpo inflamado en el brasero que inflama los serafines, sin nunca el fuego faltar ni aun un instante de tiempo en todo el siglo sin tiempos.

De esta tal ánima se dirá con gran verdad que es reina

[90] Ps. 40, 10.
[91] Ps. 126, 2.
[92] Ps. 103, 4.
[93] Ioan. 12, 26.

y que está a la diestra del rey con vestido dorado con su bienaventurada vestidura, con su cuerpo ya inflamado en reverberancia del resplandor de la ánima angelical, cercada de variedad, esto es, de gloria y merescimiento en diversos grados de las ánimas gloriosas y de sus muy santos cuerpos; y cuando Dios tenga sus espíritus hechos ángeles suyos y sus ministros inflamados ya con ellos, se verificará la autoridad del Salmista en el salmo 103, que dice: Hace Dios a sus espíritus ángeles, y a sus ministros hácelos fuego abrasante [94]. Y entonces y dende entonces para siempre serán compañeros en las consolaciones venideras los cuerpos que lo fueron de sus ánimas en las pasiones presentes, y será interior toda la gloria de la hija del rey, que es el ánima, y tendrá fimbrias doradas, que será su resplandeciente cuerpo, que es ministro de Cristo, y Cristo le ha convertido en flama de vivo fuego abrasado y abrasante; y porque el cuerpo sacratísimo de la Madre siempre virgen fué el más fiel y más perfecto ministro que en la tierra tuvo Cristo, a solas pudo la Virgen decir como perfecto ministro: Yo fuí y administré en presencia de mi Dios en la santa habitación, porque dondequiera que estuvo fué santa su habitación. Este cuerpo sacratísimo, que a toda carne excedió en ser ministro de Cristo, excede con gran razón y con alta perfición en ser convertido con su ánima inocentísima en vivas flamas de amor, sin esperar a la gloria que recibirán los cuerpos el último día del juicio. De manera que la Virgen, que en ministrar o servir fué singular, lo es también en su cuerpo y en ánima, gloriosamente inflamada en los fuegos abrasados de su amor. Resta que, tomando el consejo de San Pablo, vivamos de manera que los hombres nos estimen como a ministros de Cristo [95], porque, pasada la brevedad de este destierro prolijo, Cristo Jesús, nuestro bien, haga ángeles estos espíritus suyos siempre ocupados en él, y de estos cuerpos estimados como ministros de Cristo se diga y se verifique: a sus ministros hace fuego vivo. Sea Dios en nuestro favor.

En los capítulos siguientes toca algunos apuntamientos para introducir al ánima a la meditación de las riquezas indeficientes de los tesoros de Dios y de la gloria de los bienaventurados; y de la resurrección de los cuerpos, que con sus ánimas santas han de ser glorificados; y de los altos tesoros del sacramento santísimo de la hostia viva que es Dios; y hase de mirar que los capítulos van unos

---

94 Ps. 103, 4.
95 I Cor. 4, 1.

de otros pendiendo y corren estas materias, distinguiendo sus capítulos hasta el entero fin de aqueste libro segundo, por consolación del ánima y a grande gloria de Dios.

CAPITULO XLIII

ANTEPONE EN NOTABLE DIFERENCIA TRES TESOROS: UNO DE RIQUEZAS TEMPORALES, OTRO ESPIRITUAL, DE VIRTUDES; OTRO INFINITO, QUE ES DIOS Y LOS BIENES DE SU GLORIA; Y DIOS ES PRINCIPIO Y FIN, SIN TENER FIN NI PRINCIPIO

Los tesoros y riquezas temporales tienen esta propiedad: que cuanto se extienden y comunican a más, tanto son menos en sí, y tienen principio y fin en los corporales sentidos, porque con ellos se tratan, y o los sentidos fenescen, se disminuyen y acaban, o los tesoros se gastan, o se acaban, o descrecen, y así lo uno y lo otro es casi nada; y el hombre que esto no siente es no capaz de razón. Los tesoros espirituales no son de esta calidad, y tanto son más multiplicados en sí, cuanto son con más comunicados en Cristo y por Cristo. ¿Veis aquestos dos tesoros? Mirad bien que es grande su diferencia, y notad que los primeros comienzan tarde y acábanse en brevedad; mas los segundos comienzan a ser en el ánima agraciada cuando la tal ánima va a ser libre de pobreza, conviene saber, de culpa; y cuando ella no los deja, ellos nunca se le acaban, mas multiplícanse en ella, o para decir mejor, multiplícase ella en ellos cuanto ella con claridad los quiere multiplicar con doctrina y con ejemplo en las ánimas capaces deseosas de aprovechar.

Entendéis que estas riquezas que aquí llamo espirituales entiendo por las virtudes, que enriquecen el ánima, es a saber: la pobreza del espíritu, la humildad, la obediencia, la limpieza, la caridad y la compasión del prójimo, su amor y el amor de Dios, que son riquezas y tesoros que en el ánima dichosa cría la caridad increada. El tesoro que decís difiere tanto de aquéste, que no hay tanta diferencia entre todo el cielo empíreo y una mínima lanteja, porque el cielo y la lanteja conviene[n] en ser criaturas. Mas los tesoros de Dios y las riquezas de Dios, en Dios son el mismo Dios; y las riquezas notadas, que son las virtudes que llamo tesoro espiritual, este Dios vivo las cría en el ánima, que es por él mismo, por su bondad, agraciada con la preveniente gracia; con la cual él la dis-

pone y la hace ser capaz con el querer que ella pone de su libre voluntad, con la cual cobra de Dios por sola bondad de Dios aquellas virtudes criadas en ella por él.

Vengamos de aquí a entender que si los tesoros que el Tesoro infinito cría, infunde, sustenta y guarda en el ánima no se pueden entender, ¿cómo compiehenderemos los tesoros infinitos que son riquezas increadas que enriquecen en la gloria las ánimas que Dios crió para que gozasen de él por su gran benignidad, sin las haber menester tampoco como a los ángeles? Porque del divino ser, de la esencia divina es no haber menester a nadie, ni tener necesidad, ni en sí poderla tener. De manera que los tesoros de Dios no se pueden conocer en aqueste muladar hasta que su Majestad inmensa, alzándonos este destierro penoso, nos quite de entre los siervos y entre los hijos nos ponga en su benigna presencia, donde no hay más que querer.

Mas cuanto a la indeficiencia, cuanto a la indiminución, cuanto al nunca se gastar las infinitas riquezas, que no reconocen principio ni tienen fin, ejemplos se pueden dar, cuya moralidad prosigue hasta venirse a concluir en el capítulo 52. Y la riquezas de Dios son principio y no conocen principio, pues de todos es principio y él no comenzó a ser. El tesoro de este principio sin fin que es el infinito ser es el fin de todo cuanto él quiso que tuviese ser; y siendo de todos fin, es él sin fin y infinito y es un ser con su principio, y el principio, un mismo ser con su fin, y es una misma substancia, Alfa et Omega, principio y fin [96]; de manera que el tesoro que no tiene fin ni principio es principio y fin de todo. Y a todos ampare Dios.

CAPITULO XLIV

QUE MUESTRA QUE LA NOTICIA QUE DE DIOS POR LAS CRIATURAS PODEMOS ALCANZAR ES MUY POQUITA; Y DEPENDE DEL CAPÍTULO PASADO

De manera que el infinito tesoro entiéndelo el Tesorero infinito; y de todos los hombres, aquel entiende muy menos que más se esfuerza a entender de la divina noticia. Ni hay cuando el ánima esté más cercada de mayor comprehensión que cuando su entendimiento así se da por

[96] Apoc. 1, 8.

vencido, que entiende que en esta comprehensión todo es nada su poder y su saber, teniendo por imposible el poder nada entender. Y en esto que él conoce que es imposible poder todo humano entendimiento, en esta imposibilidad, digo con ella y en ella está más cerca de Dios y de su conocimiento que en todo cuanto se esfuerza a conocer discurriendo, y disputando, e inquiriendo. Porque cuanto él más se presume allegar comparando a lo que es criado, tanto más, y más, y más se destierra de su Dios; con el cual más negociará haciendo del bobo y callando, estando quedo, que con tiempo, ni con fuerzas, ni con seso o discreción, el cual, cuando a esto se esfuerza, se puede llamar amencia, que tanto es como ajenamiento de seso, porque en la divina esencia, con sola la voluntad, sin admitir entendimiento, debe el ánima obrar amando y deseando, etc. Porque no hay comprehensión, figura, ni semejanza, ni cosa que ayudar pueda. Mas salidos de la substancia esencial, lícito es el discurrir, y entender, y comparar, para por las cosas criadas entender en parte las invisibles, a grande gloria de Dios.

CAPITULO XLV

Muestra cómo, por comparación de las criaturas, es alumbrada el ánima a conocimiento de las cosas espirituales e incorpóreas; y procede del capítulo pasado

Cierto está que si, por las cosas que tratamos y tenemos, no pudiésemos venir a alcanzar comprehensión de las cosas que esperamos y creemos, no estaría escripta aquella auctoridad que nos dice que las cosas que están criadas, con su ejemplificación, con su modo y semejanza nos ayudan a entender, a alcanzar y a poder comprehender las intelectuales, espirituales e invisibles [97]. Y aun esta verdad está vigorada, porque el Salmista, hablando en persona de su hombre interior, dice del exterior hombre suyo: Tú eres el hombre que con igual voluntad y conformidad continua me fuiste amigo, y conocido, y guiador; y en la casa del Señor andovimos juntos con sólo un consentimiento, y juntamente conmigo comías mis dulces manjares [98]; porque con una conforme voluntad es

[97] Rom. 1, 20.
[98] Ps. 54, 14-15.

auxiliador del espíritu y le reconosce con conforme obediencia y sujeción, llámale su conocido. Y porque con los corporales sentidos le es adalid y va delante y le guía mostrándole las cosas criadas, para que por su comparación y ejemplificable semejanza se levante a contemplar, comprehender y entender las cosas invisibles, llámale mi guiador.

Y porque sin contradición el cuerpo bien domado se conforme al querer del ánima ejercitada, ella le dice que con una voluntad está conforme con ella y que en nada le es contrario. Y le dice que en una misma compañía y en un mismo consentimiento andaban los dos, ánima y cuerpo, en la casa del Señor, y le dice que igualmente con ella comía cibos bien guisados, manjares de sabor dulce y de suave recreación. Cuando el ánima está compasiva de los misterios de Cristo o está lastimada de haber ofendido a Dios y el cuerpo no acude con lágrimas lastimadas, entonces el ánima a solas y por sí come sus manjares; mas cuando hay lágrimas y lastimados sospiros, no tanto en los ojos como en las entrañas, entonces juntamente con ella come el cuerpo. Y cuando las lágrimas son como deseos de su Dios, porque son con suavidad no dicible, llama dulces los manjares de este su mantenimiento.

De manera que cuando el cuerpo con sus sentidos es guía y adalid del ánima dándole las cosas criadas, con ellas le presenta a la memoria las invisibles increadas y excita el entendimiento a que busque la verdad, de donde viene a quietarse la voluntad en la más pura bondad. Y es así que cuando de un consentimiento, juntos de una voluntad andan el alma y el cuerpo, lo que solía ser amargo aun se torna en suavidad juntamente de los dos, y no hay ojo que ver quiera ni oreja que quiera oír sino lo que le conviene, y así el gusto y el oler, porque todo anda coactado con una conformidad. Y el sentido que tropieza en cualquier cosa culpable sale de la conforme razón y halla delante de sí su culpa, en testigo y confusión y en castigo de sí mismo. Y aquello que cometió y le solía ser muy dulce le vuelve en amargura. Y aquello que no comete, conviene saber, la culpa, y le solía a él abstenerse amargar, ya le es dulce suavidad y del ánima y del cuerpo. Así que las cosas criadas corpóreas son dadas a los sentidos, y los sentidos las dan a las potencias del ánima; y el ánima por aquestas cosas que recibe y por su comparación se levanta a las increadas.—Y sea nuestro amparo Dios.

CAPITULO XLVI

QUE PONE LA FÁBRICA DE LA CIUDAD DE DIOS POR TALES COMPARACIONES, QUE ALZAN EL ENTENDIMIENTO Y ALEGRAN EL CORAZÓN

Presupuesto el fundamento dado en los dos capítulos antes de éste, tome el entendimiento un campo de igual llaneza y de toda graciosura; y tal que, puesta el ánima en medio de él, pueda verle del todo en todas sus partes en muy cuadrada igualdad; y procure de cercarle todo de un fino cristal, que es piedra clara y preciosa. Y en cada uno de los paños o piezas de aquel cuadrado se han de levantar tres torres labradas en preciosa pedrería, digo de gemmas preciosas; así que aquesta cerca torreada haga cercada ciudad, y que sea *civitas sancta*, Jerusalem celestial, cuyos muros está escrito que son de piedras preciosas [99]. De manera que si los paños son cuatro y las torres cada tres, serán estas torres doce (después se declararán). De lo alto de aquestas torres, digo de cada una de ellas, han de pender cuatro escudos de fino oro. De manera que el muro es un cristal admirablemente claro, y las torres, de todas gemmas preciosas, y los escudos son de oro. (Esto se queda ahora aquí.) En el medio de este ya cercado campo, que está en un cuadrado igual, se considere estar encendido un rico cirio pascual, cuya cera es limpidísima, cuyo pabilo es purísimo, obrado en tal perfición, hecho de maestro tan sabio, que así está el cirio encendido, que en algún espacio o tiempo es imposible acabarse, o diminuirse, o faltar su claridad (levántese la razón). Ya que está encendido el cirio, la cera es el sacratísimo cuerpo de Cristo; el pabilo, su ánima felicísima; y de su lumbre perfectamente encendida podéis y todos podemos alzar el entendimiento a la santa Trinidad en una sola y purísima substancia. De manera que en la esencia de la lumbre se contempla la Persona paternal; por el resplandor levantad la ánima al Hijo, y por la luz, que es claridad, podéis llevar el espíritu al Espíritu Paráclito, y no es más que una substancia tan sola cuando es purísima en aquel fuego encendido, que ni puede ser partido, ni apartado, ni diviso; porque donde está la lumbre está su

[99] Apoc. 21, 18.

resplandor, y donde está el resplandor no puede faltar la lumbre; y [d]el resplandor engendrado de la lumbre y la lumbre que engendró, engendra y engendrará el resplandor de los dos con igualdad indivisa, procede la claridad; y un solo fuego es no más, muy trino y sin división.

Pues vuelva el ánima al campo, y sirva la imaginativa al entendimiento; y el entendimiento servirá a la voluntad, para que la voluntad se pueda quietar en Dios. Encendido consideramos el cirio; cuya pureza, cuya perfición y grandeza da de sí tan grande lumbre y tanta claridad, que quiere pasar el muro y se lanza en el cristal, y del todo lo penetra. Y las torres, fabricadas de diversidad de las muy preciosas piedras, así las penetra todas, que las hace piedras vivas, y el muy vivo resplandor, que ya está dentro y fuera de cada una de las piedras, reciproca y pásase en el jocundo cristal, y reverbera la claridad del cristal en cada una de las piedras, y las piedras y el cristal, en los escudos lanzan su reverberanza; y los escudos en el cristal, y las gemmas dan su reverberación, y así cada una de las piedras participa la claridad de las otras, y todas las de cada una; y del cristal y del oro; y el oro, de las piedras y cristal recibe refulgente resplandor, y ni por sólo un momento cesan de reciprocar, que es pasar de unas en otras y tornar a repasar ese mismo resplandor. Y cuanto más repasan y reciprocan, tanto más se multiplica en todas el resplandor, o para decir mejor y con mejor propiedad: el resplandor los multiplica en sí y él no se puede aumentar; que sólo un resplandor es y de sólo un cirio viene, conviene saber: del Cordero que el Apocalipsis dice que alumbra nuestra celestial ciudad; lumbre de vivo resplandor, Cordero de Dios nuestro y nuestro cirio pascual. (Levántese la atención a las cosas invisibles.) Así que cirio pascual y nuestro muy suave Cristo, en aqueste nuestro intento una misma cosa son; una lumbre inextinguible; una vera carne humana en una cera mostrada; una ánima racional mostrada en puro pabilo; un solo cirio pascual, que significa nuestro verdadero Dios y su asumpta humanidad. Y en esta santa ciudad nunca es necesario sol ni luna, como lo dice San Juan, porque la claridad de Dios la esclarece, y su lumbre es el Cordero [100]; el cual Cordero de Dios es aquí significado en nuestro cirio pascual, que esclarece la ciudad celestial fabricada en el ánima; la cual ánima alcanza comprehensión de cosas intelectuales por las que conoce criadas. De manera que todos los resplandores del cristal, y de las gemmas, y del oro, y lo demás es de un solo resplandor.

---

[100] Apoc. 21, 23.

¿Veis aquesto? De la claridad del cirio tienen tanta claridad el oro, cristal y gemmas y los muros y las torres, y el cirio tan lleno está como antes que hobiese cristal, ni hobiese torres ni cera a quien se comunicar; que es el tesoro de Dios el fuego de aqueste cirio. ¿Habéis entendido bien? Es el muro cristalino la clara virginidad que esclarece la ciudad; las diversas gemmas o preciosas piedras son la grande diversidad de los bienaventurados; doce torres, doce apóstoles; cuatro escudos son los cuatro evangelistas; digo en cada paño cuatro, porque a cada parte cuadran los sagrados Evangelios, no siendo en número más que cuatro los santos evangelistas. Los muchos clípeos dorados [101] son los altos merescimientos de estas torres apostólicas que fortalecen la Iglesia, y así adornan la ciudad, que en su firme fortaleza se afirma la firmeza de la nuestra. Repasa la claridad y resplandor reverberante en las gemmas, y en el oro, y lo demás, porque así se comunican los bienes de nuestro Dios en los bienaventurados, que el apóstol con el mártir, y el mártir con el que es virgen, y el virgen con el que es confesor, y éste solo a todos éstos, y todos éstos a cada uno se querría del todo dar. Y el que en sí tiene lo uno y otro, digo el apóstol que es mártir y confesor, no tiene en menos al otro que no tiene sino lo uno, ni el otro querría tener para sí la muchedumbre del otro. El contento de cada uno le hace participar en sola la caridad todos los bienes de todos.

Y aun tenemos otra torre que es castillo, es fortaleza, casa fuerte, casa real, es aposento del rey, alcázar de la ciudad, está más cerca del cirio, es homenaje de Dios y excede a las otras torres en tan cumplida eminencia, que este entendimiento flaco no puede el cuánto alcanzar. Es fabricada por la mano de Dios Padre y es esposa de Dios Hijo, por obra perficionada de Dios Espíritu Santo. Y es fundada sobre un muy fino cristal tan fuerte como diamante, que no se puede quebrar, y de mil piedras preciosas está cercado su muro, y de safiro y esmaragdo son sus puertas fabricadas [102]. Donde es de notar que la sagrada Escritura señala estas dos piedras preciosas o preciosísimas gemmas, es a saber, safiro y esmaragdo, porque allende de su estima sublimada cuanto a su preciosidad, es la una muy propia a color celestial, y la otra, intensa en verdor, que significa esperanza, y la una y otra han virtud de castidad y curar enfermedades cordiales y han otras muchas virtudes. Y dícese que el safiro dispone al

---

[101] Cant. 4, 4.
[102] Tob. 13, 21.

que le trae para que se llegue a Dios, y como estas condiciones nos llaman a la ciudad para la cual Dios nos crió, dícese que las puertas de la ciudad celestial son edificadas de safiro y esmaragdo.

La puerta por donde entramos a Dios, nuestra muy gran Señora es. ¿No habéis leído [103]: Vi estar cerrada la puerta de nuestro Dios y Señor, y nadie entraba por ella sino Cristo entró y salió, y quedó siempre sellada, mas su sello nos abrió la puerta del paraíso? De manera que esta torre de Sión, este homenaje de Dios, esta nuestra fortaleza, esta mi muy gran Señora, nuestra reina universal de todo cuanto no es Dios, es la torre principal de la ciudad soberana, muy más cercana a mi Dios y en gloria más sublimada. Porque cuanto es piedra más preciosa y de mayor claridad y está al cirio más cercana, tanto resplandece más y tanto más reverbera con muy mayor claridad que todos los ciudadanos cuanto es más rica que todos en la ciudad celestial. Y la gloria que ella tiene y toda su claridad, toda su reverberancia y todo su resplandor, todo lo toma del cirio de donde lo toman todos, y él está en su integridad. Y esta torre, este homenaje, este nuestro alcázar real, es consagrado en Iglesia; cierto es que es templo de Dios y es ciudad santificada; y tan firme y poderosa, que las fuerzas de su fuerza es toda en Hierusalem, como se canta de aquesta misma ciudad. Cierto es que ésta es la ciudad de Dios, de la cual son dichas cosas gloriosas [104]; ¿y qué cosa de mayor admiración hay que se pueda decir que nascer en esta ciudad el hombre que la forma antes que en ella nasciese, como en el salmo 86 lo dice el santo David? Sé que la natividad del hombre que la formó, dentro de los tiempos fué, y la ciudad él la crió antes de todos los tiempos.

De manera que es nuestra gran fortaleza y nuestra muy gran ciudad y es puerta por donde cuantos han entrado han ido a gozar de Dios; todos han por ella entrado por su medio y con su amparo. Es safiro y esmaragdo y es diamante fertilísimo, que son piedras preciosísimas que en limpieza y claridad y en valor y en propiedad exceden y en resplandor a muy muchas otras piedras; por tanto, se pone en ella ejemplo en la edificación de la ciudad celestial, fundada de piedras vivas, tan preciosas, tan costosas, de tanto precio y valor, que costaron la sangre del Fundador en los méritos de Cristo; y no hay cosa más propia en todas las corpulentas con quien se den a entender, por vía de comparación, las cosas intelectuales a estos hombres

[103] Apoc. 21, 27.
[104] Ps. 86, 3.

corpulentos que en las muy preciosas piedras. ¿Queréis que esto aclare más? Nuestra claridad es Dios, es Cristo Jesús bendito; es aquel cirio pascual, en cuyo pabilo y cera entendéis y habéis notado el ánima racional y carne humana de mi suavísimo Cristo; y en la esencia, resplandor y claridad de su lumbre, la inmensa divinidad, y que todo lo abrazáis, y recibís, y tenéis en el cirio pascual místico; y a todos alumbra su abrasada claridad, sabiendo que tanto importa decir que en nuestra ciudad celestial hay doce torres fortísimas, declaradas como es dicho, cuanto importaría el saber que está escrito que hay en aquesta ciudad doce puertas graciosísimas, como en el Apocalipsis está escrito por San Juan. Y el capítulo 49 corresponderá en el cirio pascual patente y graciosamente lo que en este capítulo queda notado.

CAPITULO XLVII

Muestra el exceso de la gloria de la Virgen nuestra Señora sobre la gloria de todos los bienaventurados, demás de lo que está dicho en el capítulo pasado

Una estrella sola en sí tiene más claridad y más comunicativa virtud, extiéndese a mucho más, que cuantas piedras preciosas hay en el mar y en la tierra, y si todas fuesen juntas, no daría el resplandor que daría una sola estrella, la menor que hoy en el cielo, estando cerca como ellas. Pues si tanta diferencia hay entre todas las gemmas y una estrella, ¿qué será dando la comparación sobre todas las estrellas, la cuenta de cuyos cuentos no se puede numerar del humano entendimiento? Pues la estrella matutina que es lucero lucidísimo del alba, ¿qué tal claridad terná? ¿Cómo se distinguirá de las menores estrellas, y cómo de las medianas, y cómo de las demás? Porque a todas las excede en tanta sobrada manera en pureza y en bondad, pues que le canta la Iglesia, haciendo relación de ella, que vence los ángeles en pureza y sobrepuja a los santos en piedad. ¿Y qué diferencia habrá entre todas las estrellas y entre el sol, que a todas da claridad, sin quitar nada de sí, antes está tan perfectamente entero en toda su claridad dando a todas las estrellas y a cada una cuenta lumbre es bastante a recibir, como si a ninguna diese parte de su claridad? Y más: que a cada una se da todo en entera integridad y a cada una

hinche su medida a toda su voluntad, según la capacidad de su diversa manera.

¿Veis que es grande diferencia de las gemmas a una estrella, y a todas muy mucho más, y más a la matutina, y que es mayor diferencia del sol a ellas, y que a todas enriquece, sin quitar nada de sí? Pues pensad que si de estrellas o en estrellas se diese la comparación de los edificios reales de la ciudad celestial, que ternía más consonancia, mas las gemmas son estimadas en más de nuestra avara codicia, y para más nos cebar es comparación en ellas. ¿Entendéis esta materia? Pues vengamos a más al capítulo siguiente, donde ternéis que notar; sea gloria a Cristo Jesús, porque en él toméis declaración de lo que queda notado en este capítulo y en otros dos antes de él, si afiláis bien el sentido en mística teología, porque el ánima se cebe en el gusto de la gloria de los bienaventurados, para donde Dios la crió.

CAPITULO XLVIII

Prosigue declarando la gloria esencial y accidental de los santos

¿Veis cuán grande diferencia podemos entender que es entre las preciosas piedras, haciendo relación de todas y de una estrella no más? Pues mayor diferencia hay entre sólo una ánima gloriosa que entre todas las estrellas. Porque si las estrellas todas reciben del sol toda su claridad, la ánima gloriosa que resplandeciere siete veces más que ahora resplandece el sol, ¿cuánta ventaja terná sobre todas las estrellas, teniéndola sobre el sol? ¿Pues qué se ha de comparar a la ánima felicísima de la Reina universal, que excederá a todas en sobrada cantidad, pero no computativa? Levántese la razón a poder comprender qué tal será una ciudad mayor que toda la tierra, vista toda enteramente de cuantos en ella están, llena de tantas piedras preciosas, digo de tantas estrellas, o digo de tantas ánimas gloriosas, más claras que el claro sol, y que en sus cuentos sin cuento no les sobran las estrellas, y que todas reconocen una sola claridad y una sola voluntad, nunca dividida en ellas? ¿Qué tal será esta ciudad? Verdadera y ciertamente, ni la entiende el humano y vanamente ocupado corazón, ni la oyen las entendidas orejas, ni la pueden ver los ojos, dados a la vanidad. ¡Dios mío!,

¿quién entenderá esta soberana esciencia? ¿Quién es el que subirá en este monte de Dios? ¿O quién es el que estará en el su santo lugar? Aquel sólo subirá en el monte del Señor, esto es, en la altura de la contemplación quieta, y estará en el su santo lugar, que es perseverancia en aquella tal quietud, que fuere hombre sin doblez, sin tener manos dañosas, y sin engaño del prójimo, y de limpio corazón, y es cuidadoso de su ánima, que ni la recibió en vano, como lo dice el Salmista [105], ni cesa de la encaminar al bien; este tal recibirá de su Dios misericordia y divina bendición.

¿Entendéis aquesta esciencia? ¿Sentís bien esta lición? Yo os lo quiero declarar. Aquel recibió su ánima en vano que no la guía a la ciudad celestial, para donde Dios la crió, no siendo inocente en sus manos, que entiendo todas sus obras inocentes, o nocivas, o dañosas con inmundo corazón, el cual, ofendiendo a Dios, es al prójimo dañoso. Y jura contra él mentira cuando le quita el amor, que es mandamiento de Dios que ha jurado de guardar; y quebranta el mandamiento, y niega la caridad; manifiesta su no limpio corazón, y sus obras o sus manos no inocentes, mas nocivas; y muestra su vanidad estar vana su conciencia, y que en vano recibió su ánima, pues que no se llega a Dios. De manera que el tal ni entiende aquesta lectura, ni tiene ojo a la ciudad celestial, ni coge aquesta lición.

Y quien esto tiene al contrario es el que la entenderá, porque ésta es la bendición que Dios da a las ánimas dichosas y cuidadosas que en este destierro, con bien dispuestas y solícitas conciencias, se estudian vacar a Dios, y reciben misericordia de su Dios, dándoles misericordiosamente en su conocimiento más que saben demandar y más claro entendimiento para que sepan sentir lo que no saben desear. Y aquello que entendido satisface, sin saber cómo se entiende lo que entiende, no lo sabe pronunciar, como ella sea puro espíritu; y en su lenguaje y pureza no se puede entremeter la bastardísima lengua; y en no saberse entender ni declarar lo que entiende sublima muy más su ciencia y se satisface más. Y así, cuando se ponen los pies de la razón sobre las piedras preciosas, que son todo lo que en la tierra tiene precio de ella misma, echa las manos del entendimiento a las estrellas, que son las inspiraciones claras que da el larguísimo Dador. Así van los ojos de los deseos a las ánimas gloriosas y a la ciudad celestial y se levanta el rostro de la afición al sol claro de justicia, de quien las vivas estrellas las ánimas gloriosas

---

[105] Ps. 23, 3-5.

reciben la claridad, y viéndolas de sólo el sol enriquecidas, ven la indeficiente integridad que los gloriosos poseen, la cual, con tal resplandor y con tanta refulgencia recíproca, que quiere decir repasa de uno en otro una sola voluntad sin apartarse de todos, que esta reciprocación, o vuelta, o reverberancia que sin discurso discurre es comparada a centellas vivas en cañaveral; es así y escrito está: Resplandecerán los justos más que las vivas centellas [106], las cuales en muy vivo encendimiento serán entrepuestas a otras; y dice: Serán como centellas en cañaveral; por significar la reciprocación, y vuelta, y reverberancia repasante de unos a otros el muy vivo resplandor de los bienaventurados y la comunicación entre sí de los grados de la gloria que ternán. Juzgarán las naciones: ¿qué naciones juzgarán? A aquellos que no conociendo a Dios, entre sus juicios perversos a los justos condenaron, y dirán cuando sean juzgados de aquellos que reprobaron: Conociendo su locura, confesarán muriendo perpetuamente lo que viviendo por poquitos días negaron.

Y porque del justo Juez serán definitivamente y para siempre condenados, será su condenación justamente de los justos con el justo Juez aprobada, y serán, como unos jueces, cada uno y todos honrados; queriendo darles esta honra el que a sus siervos e hijos prometió por galardón que ellos habían de juzgar las doce tribus de Israel. Así, serán los muy bienaventurados veros y muy fieles jueces y juzgarán las naciones desconocidas de Dios, y ellos serán de ellas computados entre los hijos de Dios y entre sí mismos dirán: ¡Desventurados de nosotros, miserables y sin seso; que teníamos por locura la vida menospreciada de estos bienaventurados, y vémoslos ahora ser entre los hijos de Dios contados y reputados [107]. Y dice la autoridad: Enseñorearse han a los pueblos. ¿Y cuáles son estos pueblos que a los bienaventurados han de ser siempre sujetos? ¿Si es por ventura aquel pueblo de quien se querelló Cristo que habiéndole sacado de Egipto, de los pecados, y habiéndole sustentado en el desierto, que es este mísero mundo, con maná o pan celestial de santas inspiraciones y sacramental, y habiéndole sido guía con la columna de fuego, que es su amor y su vida, y habiéndole pasado con libertad por el muy bermejo mar, que las llagas suyas son y son la sangre de Cristo, en fin, sin apartarse de él y aun con todo menosprecio? Sé que aquéste debe ser; pues que de este pueblo tal y de cada un falso fiel se ha de entender, y se entiende, que es la queja que

---

106 Sap. 3, 7.
107 Sap. 5, 4-5.

da de los tales Cristo, diciendo por el profeta Micheas hablando al pueblo de los judíos [108]: ¡Oh pueblo mío! ¿Qué te he hecho? Dime: ¿en qué te he entristecido? ¿Por qué te apartas de mí? Sé que aquéstos son los pueblos a quien se han de enseñorear las ánimas de los justos cuando su Justificador a los tales condenare, y los justos, comprobando, aprobarán la sentencia de aquel Juez, que ya no los llama siervos, mas hijos y amigos, como lo dice San Juan en el capítulo 15 de su Evangelio; y los hace que sean jueces y tengan honra en el juicio y se enseñoreen a cada uno de todos los que en este destierro presumieron de sobre ellos tener falso señorío, siendo ellos mismos el mundo de quien hace relación el predicador del mundo, compadeciéndose de los justos, sojuzgados, perseguidos, maltratados y afligidos, de los cuales este mundo no era digno. Estos son los que serán perpetuamente abatidos [109] de aquellos que breve tiempo agraviaron, de estos pueblos ha de ser el señorío de los bienaventurados. Sé que éstas son las naciones de las cuales serán muchos desechados en aquel juicio final, en el cual se escribe que Cristo ha de quebrantar las cabezas de muy muchos y han de ser llenos de perpetua confusión. Sé que del juicio universal se escribe que juzgará las naciones, y de sus hijos y amigos se escriben casi las palabras mismas, conviene a saber, juzgarán a las naciones y enseñorearse han a los pueblos.

De manera que los bienaventurados serán jueces con el Juez, y con él y por él se enseñorearán a los pueblos sojuzgados, los cuales serán del Padre Eterno malditos, y del Hijo condenados, desamparados del todo de su Paráclito Espíritu; y de sus muy fieles hijos y verdaderos amigos, juzgados y señoreados a gloria particular de los bienaventurados, los cuales, como verdaderos hijos en el reino de su Padre, reinarán con perpetuo señorío y sojuzgarán a los pueblos condenados. Mas aqueste señorío y aqueste su Judicator y todo su resplandor y cuanto se nota aquí, todo es gloria accidental, que si fuere comparada a la más substancial gloria, es poquito de estimar, porque toda es adefuera, fimbrias son y son doradas de aquellas hijas del Rey.

Mas la gloria que es esencial toda interior, ¿quién podrá de ella hablar sino quien supiere callar? ¿Quién la podrá demostrar sino aquel que se escondiere? ¿Quién la significará sino quien no la entendiere y se diere a la buscar, queriendo ser extrañado de todo cuanto no es

[108] Mich. 6, 3.
[109] Ps. 109, 6.

Dios? Pero nuestra autoridad aun nos muestra esta escondida celada cuando, habiendo dicho lo que quedó señalado, encareciendo más y más y mucho más la gloria que han de tener los justos, añade en la autoridad: Y reinará para siempre el Señor de todos ellos. Más serán que las estrellas los muy bienaventurados, y como ellas reciben del sol la luz, y el sol no quita nada de sí, así todos los gloriosos reciben gloria de Dios, y él siempre se es y será tan inmenso, tan eterno y tan glorioso en su infinito tesoro, que nunca les faltará, mas siempre estará todo en su todo.

Pues como los justos verán cara a cara a Dios y como ya no tendrán nada que puedan desear conociendo la precipua dignidad de su Rey y gran Señor, conocerán que por siempre ha de reinar en ellos y ellos en él y que ni un solo momento, por los siglos de los siglos, le han de dejar de alabar y de gozar o fruir de él. Y como cada uno esto conociere en sí, así lo conocerá en todos, como lo conocerán todos los otros en él. Y será gloria esencial; cara a cara verá a Dios, y saber su voluntad, y verse conformes a él, así que su querer todo y una voluntad en todos es aquel mismo querer y voluntad de su Dios. Y si aquí en este destierro se dice por nuestra Madre la Iglesia: ¡Oh Señor Dios, que maravillosamente has dado a todos los tus verdaderos fieles una sola voluntad! En la patria celestial, todos sus habitadores nunca cesan de entender qué es lo que quiere decir: ¡Padre Eterno, sea hecha tu voluntad! Y como esta voluntad en todos sea no más que una, y ésta sea la de su Dios, Señor inmenso de todos, y tengan muy entera certidumbre que han por siempre con su Señor de reinar, serles ha gloria esencial la clara visión de Dios y la eterna certidumbre que ha por siempre de reinar en todos ellos, y todos juntos en él, con él y por él han por siempre de reinar.

Y para entender aquesto no eran menester palabras, que son grande impedimento; mas si hobiese Dios por bien que este pece embarbascado dejase el agua salada y fuese puesto en las brasas a la orilla de la mar, entendería esto mejor. ¡Oh si esta avecita pobre que nació para volar y está presa en esta jaula le soltasen ya las alas! Quizá se levantaría sobre aqueste muladar y podría entender mejor esta autoridad subtil, que queda por entender hasta que este caballero deje esta bestia desenfrenada en que va y tome el fin de la posta al cabo de la jornada. Ave, y pece, y caballo es la ánima en este intento; bestia desenfrenada es este cuerpo, fin de la posta es la muerte. ¿Qué queréis que os diga más? ¿Habéis entendido bien la gloria de los gloriosos? ¿Habéis visto que

los tesoros de Dios se pueden dar a muy muchos? Y no se pueden gastar ni se disminuyen nada. Por otro ejemplo más claro y más material y muy mejor de entender os quiero aquesto mostrar por vuestra consolación, a honra y gloria de mi Dios.

CAPITULO XLIX

De la estancia de la gloria, declarada por el cirio pascual con nueve mil candelas; correspondiendo a la fábrica de la ciudad celestial del capítulo 46

El cirio pascual que antes vistes, en el capítulo 46, en el gran campo encendido, habéisle de ver aquí con el ojo intelectual en el campo como primero se estaba; considerad en su cera la carne humana de Cristo, Jesús suavísimo, y su muy suave pabilo, el ánima racional suya, y en su vivo encendimiento, su inmensa divinidad, como allí quedó notado. Fabricad nueve candelas de tamaño desigual, así que la primera sea de cuarto de arroba; la segunda, de a media arroba; la tercera, de una arroba; la cuarta, de una y media; la quinta, de dos arrobas; la sexta, de dos y media; la séptima sea de tres; la octava, de tres y media; la novena, de cuatro arrobas, o un quintal, que eso se es. Ahora tenemos nueve candelas; hagámoslas nueve mil, o sean nueve mil millares, o serán nueve mil cuentos, o cuantas mandáredes más, con tanto que siempre sea en el número de nueve y en tamaño desigual, como ya queda notado. Entendiendo que esta distinción o desigualdad del tamaño de este número noveno de todas estas candelas es para darnos a entender la diferencia de la dignidad de los nueve coros de ángeles; y porque todos nueve coros se distinguen, o se dividen o parten o se reparten en solas tres jerarquías, como se dirá adelante, para esto se pone aquí esta orden, o modo de distinción, o aquesta diversidad de tamaño en las candelas y cantidad de la cera; diciendo las tres mayores denotan la jerarquía de los tres más altos coros de ángeles, y así los otros seis coros en otras dos jerarquías, como adelante se dirá, Dios nuestro Señor mediante.

Ahora, pues, toda aquesta muchedumbre de candelas se encienden muy juntamente en el cirio, y no cada una por sí, pues tiene lumbre y grandeza para las encender todas, y muy sin dificultad. Ahora, todas encendidas, pón-

ganse ordenadamente en el campo y cabe el cirio; de manera que las candelas mayores, es a saber, las de quintal de tres arrobas y media y de tres arrobas, estén más cerca del cirio, y las menores, conviene a saber, de arroba, y de media arroba, y de cuarto, sean las que se aparten más, y las otras tres, que son de a dos arrobas y media, y de dos, y de arroba y media, tengan el medio lugar. Ya están todas encendidas. Pregunto: ¿han quitado algo del cirio que a todas las encendió? Sé que no; estáse en su integridad, como antes que nada diese de lo que antes se tenía y ahora tiene y tendrá, pues que es lumbre indeficiente. Pregunto: las candelas más pequeñas, ¿querrían más de lo que tienen, por tener muy mucho más las que le son muy mayores? Cierto no, porque pudieron tomar todo lo que ellas quisieron y pudieron; cuanto cupo su medida, según su capacidad en su creación recibida, y saben que se hincheron como en fuente perennal, y quedó la fuente llena; y pudieron tomar más si en su medida cupiera. Y las mayores candelas, ¿querrán ensalzarse más por su más encendimiento y principal preeminencia? Sé que no. Arderán más porque las hizo mayores el maestro que las formó, por lo cual le deben gracias más vivas con más fervor, y así siempre las darán, y ternán contento igual las grandes y las menores. Al cirio que todas las encendió, ¿viene algún provecho de ellas? Sé que no, que no las ha menester, que su vivo entendimiento no se le puede aumentar, mas arden en honra suya, son muestra de su largueza, y ellas, con la inflamación que tomaron de su cirio, no cesan de le alabar, inflamadas en los fuegos de aquel abrasado amor.

Levántese la razón, álcese el entendimiento, quiétese la inteligencia y gócese la voluntad. Ya el cirio se sabe que es la inmensa divinidad y la humanidad asumpta, así que es Cristo Jesús, es nuestro Dios y Señor, y que el campo es nuestra ciudad celestial. Y las candelas ser en número noveno, repartidas por tres ternos, muestra clara relación de los coros de los ángeles, puestos en tres jerarquías, La primera y principal, y que está más cerca al cirio pascual, son los altos serafines, los querubines y tronos; la tercera, y que está más apartada y menor, son las virtudes y los arcángeles y ángeles. La segunda jerarquía, que está en medio de las dos, son las potestades y los principados y dominaciones. Todos tienen un contento y un querer y una sola voluntad, con que alaban y bendicen siempre a Dios, que los crió a todos muy según su voluntad y los enriqueció tanto cuanto pudieron ser ricos, y están llenos de favor y de conforme contento. Y dije nueve

mil cuentos, y es casi nada de decir, según se debe pensar, porque el número mayor muestra infinita potencia con muy mayor libertad contemplando en su creación; y muy más y más largueza de la infinita bondad pensando de las riquezas que con su gracia graciosa a todos los confirmó, digo a todos los que fueron confirmados, sacándolos de la ruina que el justo Juez condenó, en los cuales se conoce ser el número sin cuento de los que fueron criados, porque se escribe que cayó la tercera parte de todas tres jerarquías, cuyas sillas han de ser restauradas, bastecidas y pobladas de esta nuestra humanidad, para sólo aquesto criada, porque siendo honrado Dios, aquella honra con que le honran, le reverencian y sirven sea gloria de nuestras ánimas.

Y pues que en tantos millares de años no han bastado los millares de millares que han subido a las poblar, cuyos cuentos son sin cuento, como en el Apocalipsis dice: que vido San Juan tal y tan grande compañía, que nadie la ha de poder numerar [110], manifiéstase ser innumerables las que deben ser pobladas que los ángeles perdieron cuando ellos fueron perdidos. Pues si de la tercia parte hay tanto que restaurar, ¿cuánta sería la inefable cantidad, de nadie cantitativa sino de aquel que las crió de todas tres jerarquías? Grandísimo es el poder de nuestro Dios y Señor y muy recta es su justicia, alta es su sabiduría y llena de profundidad; su bondad es infinita. Extended esa voluntad; sea magnificado Dios de cuantas criaturas crió. ¿Queréis otro fundamento puesto en la sacra Escriptura para poder entender ser número sin cantidad el de aquestas jerarquías?

CAPITULO L

Que muestra el número de los bienaventurados ser inumerable por la promesa hecha a Abraham, y sin cuento el de los ángeles; y trata de su creación, muy perfecta, sin número y momentánea, y de su confirmación, y la ruina de los malos

Bien sabéis que escrito está que Dios prometió a Abraham que multiplicará su simiente sobre el número de las arenas del mar y de las estrellas del cielo, que por su

[110] Apoc. 7, 9.

gran muchedumbre no se puede numerar [111], y sabéis que su simiente se ha extendido hasta cuantos fieles son, y también a los infieles. Y como todos tengan ánima racional, así como vos y yo, criada a la imagen de nuestro Dios y Señor, cada uno tiene un ángel para su guarda dende que el ánima es criada hasta que deja el destierro. Porque si no fuese así que el ánima del infiel fuese por el ángel defendida de la crueldad del demonio, así sería de él tragada y desbaratada de toda su libertad, que ninguno de los infieles podría volver a ser fiel, y conviértense muy muchos por la gran bondad de Dios; y aunque sea muy gran verdad que nuestro Dios y Señor, el cual puede cuanto quiere, los podría a todos volver a sí y a su conocimiento divino cuando por bien lo tuviere, quiere, empero, que haya para esto instrumentos, con los cuales se incite la voluntad del infiel y de los no buenos fieles. Y los muy buenos se aviven; y estos tales instrumentos de mi Dios para esta obra tan subida, sus santos ángeles son, incitadores de todos bienes, a cuya inspiración, o incitación, o amonestamiento responde con libertad el libre albitrio del hombre como él lo tiene por bien. Pues como tantas naciones, tantas generaciones, tanta muchedumbre y tal sea ésta y tan nunca numerable, y cada uno tiene un ángel y siempre son más los ángeles, resta poder entender que es número inumerable. Mayormente que los ángeles de nuestra guarda común son todos o los muy más de la primera y más baja jerarquía.

Pues esta jerarquía primera y las otras dos, ¿qué tal número tendrán si es ésta muy de cierto inumerable? Si tuviese por bien nuestro Dios y gran Señor que los huesos de las entrañas de esta ánima desterrada se entuetanasen de grosura tomada del corazón de lo puro del espíritu, podría más comprehender de aquesta cuenta escondida; sea glorificado Dios. He dicho que las candelas y toda su muchedumbre se encendiesen todas juntas en el cirio y no cada una por sí para significar que en mórula muy pequeña y sin vicisitud; conviene saber, con una igualdad de tiempo, sin alguna prioridad del mayor ni del más bajo, crió Dios la natura angelical con un solo, espontáneo y momentáneo querer. No antes con algún tiempo querido que en todo perficionado, pero de siempre sabido, sino que lo quiso y fué, y que así como los crió, tuvieron sus perficiones, no cuanto a la gracia, pero cuanto a la razón cognitiva, elegible y desechable. Y les fué dada otra mórula, que es subtil brevedad de espacio de tiempo en que empleasen su razón, y en un tiempo,

[111] Gen. 22, 17.

o digo que en un instante, fué el castigo, que es la caída de los malos y soberbios, muy desconformes en todo del querer de su Criador, firmes y determinados en su soberbia maldad; y en ese instante, sin tiempo determinable, fué la gracia confirmada en los ángeles electos. Donde se ha aquí de notar que la causa eficientísima por la cual Dios inmenso crió angeles que le amasen fué su infinita voluntad; y aquesta causa infinita demandó ser desmedido y sin número el efecto, conviene saber, la muchedumbre de los ángeles sin cuento. Esta es la razón más evidente y más firme auctoridad para fundar lo que antes queda notado en los cuentos de los ángeles criados sin algún número o cuento del cual pueda ser capaz todo entendimiento humano. De manera que la gran bondad de Dios fué causa de la creación, queriendo que fuese amado el su inmensurable amor; sabiendo que su amor mismo era el más inmenso tesoro con que podía enriquecer los espíritus que él quería hacer bienaventurados. Ahora, pues, la bondad de Dios inmenso fué la causa de la creación de los ángeles y del ánima racional.

La razón bien ordenada fué y es causa de conocer los ángeles y tener reverencia al querer de su inmenso Señor. Aqueste conocimiento es quien los metió al amor y los inflamó y vivamente encendió en intensísima fuerza de perfecta caridad y los perficionó en gracia su inmensísimo Criador. Y esto todo en un instante de tiempo, en el cual en aquesa misma gracia los confirmó para siempre su inefable agraciador, dando a su fuego tal flama, que nunca fuese extinguible ni les pudiese faltar, con hacerlos sabidores de esta su felicidad y conocedores de ella en entera perfición. Así que en un instante mismo entendieron la voluntad de su Dios, y fueron determinados nunca de ella se apartar, y fueron de él confirmados en su determinación, y fueron certificados que después de confirmados que nunca podrían errar, y fueron glorificados con la gran conformidad de su glorificador. Donde es aquí de notar que aquesta conformidad de los ángeles electos con su inmenso Hacedor fué el fortísimo estoque con que San Miguel peleó con Lucifer y toda su hueste extraña [112]. El cual dragón no tuvo armas defensivas, que las perdió desechando la razón, ni pudo de sí hacer sino dar obra a su detestable caída mediante la violentísima fuerza que le hizo San Miguel con sola la voluntad del potentísimo Dios, que le ayudó con suficientísima gracia, merecida después por la sangre de Cristo y antes de la creación, prevista y aceptada por Dios, que en su brazo,

112 Apoc. 12, 7.

conviene saber, su arcángel, dió su poder bastante en su sentencia justísima para que la ejecutase. Pues como la benignidad de Dios viese las sillas que en presencia tenía ordenadas, las cuales la malicia de los perdidos perdió, acordóse de sus misericordias, quiere decir, que le venció su clemencia y crió nuestra humanidad para que las restaurase.

¡Oh benignísimo Dios! ¡Oh piélago de bondad! ¡Oh fuente de vivo amor! ¡Ya tuviésedes por bien de hacer que esta ánima empobrecida fuese fuente en quien manase agua viva, y ambos mis ojos, veneros corrientes a la continua de entrañable compasión, de bondad, a tantos comunicada y de tan pocos querida! ¿Quién no llora la respuesta que dió aquesta humanidad a bondad tan desmedida? ¿Quién no rompe las entrañas viendo cómo ahora os responde nuestra ingrata falsedad? Y pues no tengo virtud que lo merezca sentir, razón es que haya vergüenza de osarme en esto alargar; por tanto, se quede aquí, pues que no es de esta materia.

Esta admirable victoria se intitula a no más que a San Miguel, como a capitán general; porque aunque todos los buenos fueron en la pelea y vencieron, atribúyese la victoria al capitán por costumbre común y porque sólo uno bastara para alcanzar la victoria, porque un ángel es suficiente y bastante a poder ejecutar la voluntad de su Dios en cuantas criaturas crió. Mas para aquesta victoria fué el arcángel San Miguel, por su mayor dignidad príncipe de los arcángeles, correspondiendo a la excelencia del Juez y al malvado Lucifer, que, siendo como lo fué lucero tan principal, despreció su claridad, y todo se escureció por todo siempre sin fin. Y los bienaventurados, confirmados en la gracia que para siempre tendrán, arden en fuego de amor, y están todos encendidos, y lucidos, y inflamados en la lumbre, que es la verdadera lumbre, que engendra de sí a la sempiterna lumbre, de quien se dice lumbre de lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero; que es nuestro cirio pascual, que, encendiendo a todos los que en él y por él arden, él se está y siempre estará en su entera integridad. ¿Habéis entendido bien? ¿Veis que el fin de esta materia es daros aquí a entender que de una sola candela se encienden muchas candelas, y su flama queda entera y tan sin disminución como si a ninguna diera nada de su resplandor de su fuego y claridad? Pues así por este ejemplo habéis de considerar que se pueden abrasar en el divino brasero cuantos ángeles y cuantas ánimas crió, y él quedarse siempre entero en su encendimiento.

Es, empero, de notar que son impropios ejemplos,

porque comparar los ángeles a las candelas de cera no puede tener lugar, que ni ellos tienen carne humana que se compare con ella ni hay en ellos ánima racional que al pabilo pueda dar correspondencia, sino que del todo son un puro fuego encendido; mas como estemos en estos cuerpos, cebados en las cosas corpulentas, levantámonos por ellas a poder como de lejos e impropiamente contemplar las cosas intelectuales, pero espíritu y más perfectas.—Y nuestro amparo sea Cristo, que es nuestro cirio pascual.

CAPITULO LI

Muestra cómo los santos serán entre los ángeles en sus coros colocados y qué es menester hacer para pasar de acá allá

Volveos al cirio encendido y a las velas o candelas que se encendieron en el ejemplo del campo; poned en el entendimiento otras pocas de candelas, o sean muchas, o muy muchas, cuantas quisierdes formar, y en su grandeza y tamaño guarden la correspondencia de las nueve diferencias. Encendedlas en el cirio y no en las otras candelas, y sean puestas con las que están encendidas en igual correspondencia. Quiero decir que las mayores se pongan con las primeras o entre ellas, pues para todo hay lugar en aquel campo larguísimo. Así habéis de discurrir en encendiendo y colocando aquellas candelas todas, respondiendo a los tamaños con toda conformidad. Pongamos que todas son encendidas; cierto esto está y manifiesto que se queda y permanesce en su entero encendimiento el vivo cirio pascual que a todas las encendió y que nada le acrescientan, porque no puede crescer su encendida claridad; ni las había menester, mas arden en honra suya, y tanto cuanto son más, tanto más muestran la grandeza de aquel que las encendió, y no quitó de sí nada encendiéndolas de sí. Sea muy grande gloria a Dios, que aquestas candelas de cera muy apurada que tienen pabilo igual y que de presto se inflama, las ánimas justas son que van derechas al cielo, del purgatorio y de aquí, las cuales, encendidas en los fuegos del amor, se abrasan en el Señor; y son colocadas, según la diversidad de ciertos merescimientos, con los antes abrasados de todas tres jerarquías del espíritu angelical. Y los poquitos que alcanzan las si-

llas de lo más alto, con los altos serafines, es causa de dilación del cumplir todo aquel número de las despobladas sillas.

Mas ¡Dios mío! ¿Quién se inflamará en tan encendidos fuegos de los que estamos ahora en tan lastimosos yelos? ¿Cuándo habrá un seráfico pilar de la Iglesia, San Francisco, tan humilde como aquel que meresció la silla de Lucifer, tan soberbio, por su mayor humildad? Que esto revelado fué y escrito y testado está. ¿Cuándo habrá un San Agustín o un admirable y muy santo glorioso Santo Domingo? ¿O un admirable Hierónimo, o un otro tal San Gregorio, o San Isidoro, o algún baptista San Juan, o patriarca San José? ¿Cuándo habrá algún varón verdadero y vivo apostolical, o cuándo otra Magdalena, Santa Clara, Santa Inés? ¿Cuándo un coro virginal o algún vivo confesor? ¿Cuándo veréis el martirio que algún justo recibió por vuestro amoroso amor? Sé que éstos son los caminos por donde suben a vos los que en vos se han de inflamar. ¿Mas qué se podrá decir de la vela excelentísima, más que todas singular, de mejor pabilo listo y de muy más pura cera, nuestra Madre virginal? Cuya colocación sube más alto de todos los serafines, cuya lumbre luce tanto, que sus aclarados rayos alumbran la obscura sierra de esta montuosa miseria y aclaran el corazón que procura de ser claro. ¿Quién dirá con el Papa San León la excelencia sublimada de esta encendida candela? Ciertamente, ya no cerca del pesebre con la luz disimulada, antes reinando en la claridad perpetua con el sempiterno Rey en gloria tan sublimado, que sólo su inefable resplandor, sola su reverberancia, basta para inebriar y dar gloria a cuantos con ella, inferiores de ella, están así encendidos y ardiendo en el cirio y en el fuego del amor, que no bastara razón ni hay entendimiento claro que aquesto pueda alcanzar; y el fuego que los enciende siempre permanesce entero y permanescerá siempre, aunque hobiese cien mil mundos a quien diese claridad, tal que a todos del todo los encendiese, porque es fuego inextinguible, es tesoro indeficiente que ni se puede acabar ni tener diminución. ¿Habéis entendido bien? Podéis querer ya desearos todo encender en aquel cirio pascual, en aquel fuego de amor.

Ciertamente, cuando se oyen o se entienden estas cosas, la ánima se regala, deseándose ya hallar donde espera que tendrá gloria sin fin; mas a la salud eterna no puede nadie pasar de aqueste enfermizo valle sino por grandes trabajos, que purgarse ha menester, y quitarse las ventosas, y tomar cosas cordiales, y sufrir bien el sudor, que estas tales medicinas consumen malos hu-

mores; y así, quitando los fríos de las cotidianas fiebres, adquieren la sanidad, a la cual nos traiga sanos el amor de nuestro amor por amor de su bondad el médico universal, que sanó y quiere sanar cuantos se curan con él y a nadie desahució ni enfermedad contagiosa ni diuturna enfermedad. ¿Entendéis esta lición o queréis que os diga más? Ampárenos nuestro alto médico Cristo, y el capítulo siguiente os aclarará esta cura y medicinas que en aquéste os queda dicho.

CAPITULO LII

Que muestra la desventura y el remedio de los que están en pecado mortal y la conversión de los infieles, prosiguiendo la indeficiencia de los tesoros de Dios

Formad en el entendimiento otras tantas candelas, y vengan delante del cirio que las otras ha encendido; y éstas sean de cera mal apurada y de no limpio pabilo, mojado en vinagre y sal. Pregunto: aquestas tales candelas, ¿podránse quizá encender? Cierto no; antes no solamente no se podrán inflamar, mas saltarán rechinando, y lastimarán los ojos de quien las quiera llegar a la flama y al calor. Mas el encendido cirio, nada hay que pueda perder, porque aquéstas permanezcan siempre muertas, que no las ha menester; mas si ellas se dispusieren, también las inflamará, y arderán a gloria del fuego vivo que también las encendió, sin quitar nada de sí; y de esto le servirán, siéndoles aquel servicio perpetuo enriquecimiento para perpetuo favor, para gloria sempiterna y por sempiterno incendio. Mas ¿cómo se han de preparar, estando tan lientas en la frialdad del vinagre y bronquedad de la sal, que repugna al vivo fuego?

Estas candelas que he dicho son las ánimas miserables, que están frías, acedas y desecadas en el pecado mortal, con el cual están tan broncas, que no sólo no pueden ser encendidas, mas aun con buen consejo, con lícita corrección, cuanto quiera que se fraterna, les quisieren auxiliar; rechilvando o murmurando, saltan a los ojos, despreciando, aborreciendo y a las veces maltratando a quien les quiere ayudar. ¿Veis aquesta confusión? Más aún puédense encender, que el cirio nuestro pascual nunca a ninguno desprecia. Que se convierta el

pecador del pecado; esto es lo que quiere Cristo [113], y viva en este mundo, porque haga penitencia, para que viva en el otro con gloria sempiterna encendido en los fuegos de su amor. Aquesto en estas tales tan miserables y no dispuestas candelas así se debe ordenar, si quieren que levemente con gran libertad se enciendan. Entendido tenéis ya que por el pabilo el ánima, y la carne por la cera, se ejemplifica en las velas o candelas; habéis ahora de entender que si todo lo mojado del pabilo se cortare con navaja o con cuchillo, esto es, con la confesión, y se le diere un cauterio que algo derrita la cera, esto es, que con penitencia, aunque el cuerpo se enflaquezca algún tanto, y desechando de sí las ventosas, esto es, las ventilables y vanas cogitaciones, o toda reputación, o toda estimación propia; y si tomare algunas cosas cordiales con consejo, y con lición, y oración, podrán bien estas místicas candelas encenderse y estar vivas y para siempre vivir; y si todas se encendieren en el rutilante cirio, él siempre se quedará entero y muy encendido como antes que a nadie diese nada de su resplandor. ¿Veis aquesto? ¿Queréis que digamos más? Ya sabéis que queda dicho en el capítulo 46, al principio, que nuestro amplísimo campo es cercado con un muro de un clarísimo cristal, y que de piedras preciosas es su cerca edificada, que es la ciudad celestial y es la Iglesia triunfantísima; esto entendido lo habéis.

Habéis ahora de entender que en aquesto que se sigue, aquesta nuestra ciudad es la Iglesia militante, cercada de claridad de las muy preciosas piedras, los ejemplos de los muy buenos militantes; y fortalecida con las firmísimas torres de los altos, largos y anchos Evangelios. Dado aqueste fundamento, formad otra grande muchedumbre de candelas de mal apurada cera y que no tenga pabilo; claro está y está muy cierto que éstas no se han de encender, salvo si fueren desechadas y, poniéndoles pabilo, las tornaran a hacer.

Pues no hay provecho en ellas en cuanto a su salvación y hasta que sean reformadas, conviene que se desechen, y que salgan de la cerca, y que fuera del muro de la ciudad sean derramadas por tierra y sirvan de antemuralla, pues son en gran muchedumbre.

Ahora cierto está que porque todas se pierden y permanezcan por tierra y que ninguna se encienda, el cirio rutilantísimo nunca podrá perder nada, mas muéstrase su largueza, porque aun las encenderá si se alzaren de la tierra a capaces de pabilo, y cuantas más y más son las can-

[113] Ez. 18, 23.

delas desechadas, tanto muestran la largueza del cirio, que para las entender tiene continuo su largueza aparejada. ¿Habéisme bien entendido? Aun me quiero declarar. Estas míseras candelas todos los infieles son, los cuales, teniendo sus pabilos o sus ánimas, son vistos carecer de ellas, porque son de quien se escribe en el Psalmo 23 que en vano recibieron sus ánimas [114], pues las apartaron de Dios; y éstos son gran muchedumbre. Mas ojalá fueran más, porque muy más se mostraran las grandezas de mi Dios; porque si todos fueran fieles y muy buenos no había nada en qué parar, antes, con gran justicia y razón, a los que temen a Dios no les ha de faltar nada. Mas desque vemos que nuestro inmenso Señor, dando bienes perdurables a los buenos, aun a los malos espera, y si se convierten a él le hallan tan a la mano como los fieles y buenos, es muy más su bondad magnificada. Y está dicho que estas míseras candelas están fuera de la cerca de la santa madre Iglesia, desechadas de las fortísimas torres de los sacros Evangelios, y están echadas por tierra, porque en sola ella y sus cosas tienen puesta su afición. El cirio no pierde nada aunque ninguna de ellas se encienda, porque mi Cristo Jesús a nadie ha menester. Mas si todas se quisiesen encender, la lumbre está aparejada y a todas se quiere dar. ¿Veis esta comparación, esta figura o este ejemplo? Pues pregunto: ¿qué es lo que han de hacer para poderse inflamar? Purificar el pabilo y tornarse a reformar y tornar a renacer en el sagrado bautismo [115].

Pongamos que todos son reformados, ya todas estas candelas tienen ya muy bien pabilo; a la hora que lo tuvieren, se levantarán de tierra y entrarán en la ciudad, en lo interior de la cerca, y encenderse han en el cirio del cual han sido encendidos todos los que dentro están, cuyos cuentos son sin cuento. Y siendo todos colocados con los que antes se encendieron, todos juntos arderán a honra y gloria del cirio que a todos los encendió sin quitar nada de sí, mas estáse su integridad cual se estaba antes que a nadie encendiese. ¿Habéis entendido bien y por muy claros ejemplos que los tesoros de Dios, cuanto quiera que se den a todos cuantos crió, siempre se estarán en su entera integridad? Pues notad que cuantos más y más son los fieles, tanto más y más se multiplican y engrandecen en el divino tesoro, sin se multiplicar él; y cuantos más y más son los infieles, tanto más, y más, y más muestran la bondad de Dios y su infinita potencia,

---

114 Ps. 23, 4.
115 Ioan. 3, 5.

su sabiduría y largueza, con que siendo muertos los sustenta y viviendo los enriquece. ¿Y qué os he de decir más? Cuando aquí os he dicho fieles no entiendo todos los bautizados, sino de los buenos fieles, que nunca son sin obras, mirando que los demás, puesto que sean bautizados, se cuentan con los infieles; nuestro fiel amparo Cristo sea siempre nuestro favor por el suavísimo nombre de nuestro dulce Jesús.

Y es fin de las materias de la gloriosísima resurrección de Cristo, y de la celestial gloria de los bienaventurados, y del tesoro infinito de las riquezas de Dios, y de la final resurrección de los cuerpos que con sus ánimas siempre han de gozar de Dios, en cuanto tuvo por bien la divina dignación que en aquestos puntos tales fuese posible que este hombre osase hablar.—Sea por todo gloria a Dios.

CAPITULO LIII

QUE DISTINGUE ENTRE LA CARIDAD Y AMOR QUE HEMOS DE TENER CON NUESTRO DIOS, Y CON NOSOTROS MISMOS, Y CON NUESTROS PRÓJIMOS, SOBRE LAS AUTORIDADES DE SAN PABLO

Dice el Apóstol que entre la fe, y esperanza, y caridad, la caridad es mayor. Y dice [116] que si hablare con las lenguas de los hombres y de los ángeles, si hiciere diversidad de limosnas y muy grande penitencia, y si tuviere espíritu de profecía y si conociere la alteza de los misterios y faltare caridad, todo afirma no ser nada. Porque es cosa muy común amonestar unos a otros que tengamos caridad, pregunto: ¿Qué cosa es o en qué consiste este tener caridad, sin la cual todo lo demás es nada? Consiste en amar a Dios. ¿Qué cosa es amar a Dios? Es desamar a cuanto crió por amarle mejor a él, porque él pide ser amado sobre todo cuanto crió, esto es, con todas entrañas y con toda voluntad, con ánima y con corazón. ¿Pues como nos manda Dios que nos amemos unos a otros y dice que en este amarnos seremos conocidos por sus siervos? Luego no nos conviene desamar todo lo criado, pues nos habemos de amar.

El amarnos unos a otros no tiene contradición para amar a sólo Dios, cuando quiera que a él le amamos por

[116] I Cor. 13, 1-3.

sí mismo y a nosotros nos amamos por su amor; y porque no le habemos a la mano para conocer nosotros el amor que le tenemos, danos su divina Majestad su imagen en nuestros prójimos, en la cual imagen nos miremos y pongamos los ojos de nuestro amor, para que nos incitemos a mayor fuerza de amar, porque una cosa es el amor que unos a otros nos tenemos y otra cosa es el movimiento entrañable con el cual por sólo Dios nos movemos y despertamos a amar. Este movimiento que en la ánima incita Dios, aquésta es la caridad, que Dios cría en nuestras entrañas. Este obrar por sólo Dios, esto es tener caridad, y cuanto se incita el ánima a obrar con mayor favor, tanto muestra y tiene en sí más viva la caridad. Pues que aquesta caridad ha de ser criada de Dios dentro en mi ánima y entrañas, cierto está que no puedo yo tenerla sino cuando la criare él. Vos decís muy gran verdad. ¿Pues que me queréis decir cuando vos me amonestáis que tenga yo caridad, sin la cual es todo nada? Que ordenéis bien vuestra vida y que salgáis del pecado mortal, si sois seglar; y que si sois religioso, que tengáis gran vigilancia contra las culpas veniales y contra las causas de ellas, y que no ocupéis el ánima en fantasías vacilables, porque así estéis preparado y más dispuesto para recibir de Dios en lo íntimo de nuestra ánima la caridad que él quiere criar siempre en ella, la cual verdaderamente es gracia que él nos da graciosamente por hacer nuestras ánimas graciosas para le recibir a él, que es la caridad increada. De manera que esta gracia que llamamos caridad creada, porque Dios la cría en vuestra ánima, es mayor que la esperanza y la fe, las cuales podéis tener sin orden de discreción; y estarán sin caridad, y serán bondades falsas y casi como fingidas, y serán desagradecidas, casi de ningún valor; mas la caridad que cría Dios en las entrañas no es posible que esté sin fe ni esperanza. De manera que ellas dos bien podrán estar sin estar y ternán poco valor; mas donde aquesta estuviere, ellas la han de acompañar, han de ser por ella perficionadas. Así que entre aquestas tres virtudes teologales precede la caridad, la caridad es mayor. Y aun también sé decir ser mayor la caridad por la perpetuidad de la vida sempiterna, en la cual los bienaventurados ternán caridad perfecta sin esperanza y sin fe, que ya se habrán acabado con esta vida mortal.

De manera que habéis entendido aquí que esta caridad consiste en vuestras entrañas en el movimiento caritativo con que se mueve vuestra ánima a obrar por amor de Dios y porque ésta es caridad creada en vuestra ánima; por eso dice San Máximo en el sermón de un mártir

que la caridad del hombre no es suya, sino que saludable y graciosamente es dada de Cristo. Luego dos maneras distintas dais aquí de caridad, según lo que queda dicho. Antes habéis de entender tres distintas diferencias; porque una cosa es tener caridad con vos, disponiéndoos para recibir la gracia, y otra cosa es tener caridad con vuestro prójimo, encaminándole, con todo cuanto podéis, para que se llegue a Dios, y otra cosa es tener caridad con Dios, empleándoos todo en su amor por servir a la gran bondad de Dios y por hacerle placer, porque es infinitamente bueno; y quiere que le améis con caridad, porque de este vuestro amor os venga infinito bien; y aquestas tres diferencias son según menos o más, pero todo es caridad: mas acordaos que habéis leído que la caridad perfecta ha de comenzar de sí, porque os habéis de disponer con continua vigilancia para recibir la gracia de caridad que Dios quiere que en vuestra ánima sea criada, porque si la recibís, ella os enseñará el cómo debéis amar, cuándo y en cuánta manera. Luego amor y caridad, dos cosas distintas son. En vos, sí; porque caridad en vos es la rectitud de la intención, con la cual vuestra ánima se mueve a obrar lo que quiere Dios mediante la gracia que Dios cría en ella con la disposición que para ser agraciada tiene su buena conciencia. De manera que deseáis amar a Dios por su infinita bondad y por hacerle placer este deseo e intención, esto es en vos caridad. Y cuando os empleáis en la obra caritativa de aquello que con caridad deseáis, esta obra de vuestra ánima y entrañas, este obrar, es el amor en vuestra ánima; y porque ni la caridad está sin amor ni el amor sin caridad, diréis y podréis decir: el que está en caridad está en Dios, y Dios en él. Entendido tenéis bien que ha de amarse a Dios con todo lo que es el hombre, porque es Dios infinitamente amable; y el prójimo se ha de amar, porque representa a Dios, que es criado a su semejanza; y para que amase fué criado y fué redimido por la gran bondad de Dios, porque de aqueste su amor fuese el ánima agraciada, enriquecida y perpetuamente honrada. Donde es de tener aviso que cuando amamos a quien nos demanda naturalmente el amor, tanto cuanto más nos fuerza naturaleza a le amar, tanto más amando hemos de ser recatados, porque merezcamos más.

Ejemplo: la naturaleza os llama a amar a vuestros hermanos, vuestros hijos y mujer, y es muy bien que los améis; que tenéis mucha razón y es muy gran merescimiento; mas que vuestra ánima sepa que los ama porque lo quiere así Dios, no por sólo el incitamiento natural, el cual basta para emplearse en el amor aun los animales

brutos, y sean comparados a ellos los hombres que se olvidan de amar a su amoroso Dios por embarazarse todos en amar, sin aviso de razón, sus padres, o sus hermanos, o sus hijos, o mujer; y porque aman sin aviso son dignos de confusión. De estos tales dice Cristo que no serán dignos de él [117], lo cual podrán conocer cuando, amando a sus mujeres e hijos, no se acuerdan de su Dios y cuando ellos piensan que aman a Dios no se olvidan de sus mujeres e hijos. Esto manifiesto está y muéstralo la razón; pero aquí deseo saber cuán más culpable será el que pasa todo el día sin acordarse de Dios, por emplearse en el amor de los bienes temporales y por andar todo envuelto en revueltas y trapazas. Por texto del Evangelio entendéis no ser digno de Dios el que ama a sus hermanos o hijos más que a él; cierto está que el que no es digno de Dios, fuera está de caridad y cierto es que en culpa está. De aquí tomad argumento cuán más culpables serán los que aman como habéis dicho; de aquí vendréis a entender más distinta y claramente cuán dignos son del infierno los que, amando los pecados, nunca se acuerdan de Dios. ¿Habéis entendido bien cómo han de ser amadas todas las cosas por Dios, cada una según tiene más bondad, según que más ama a Dios o os llama más a su amor?

Pues habéis también de entender que si alguna ánima estuviese tan dispuesta en su conciencia que recibiese de Dios tanta gracia y caridad que amase a sólo su Dios sin alguna otra criatura, mas que todo su amor lo emplease en sólo su agraciador, esta tal ánima amaría en más perfición, porque en su Dios ama muy enteramente todo lo que debe amar en todo cuanto hay que merezca ser amado. Y aun si alguno amase a Dios tanto, y con tan alta afición, y con tan pronto cuidado que, embarazado en su amor, aun se desamase a sí, no curando de sí mismo más de aquello que no es lícito excusar, este tal amaría más altamente y con mayor caridad; porque sabemos que la caridad mayor que en alguno puede haber está en deponer, dejar o quitar de sí el cuidado de conservar su propia vida, mas de aquello que demanda la razón, no admitiendo punto de sensualidad por amor de sólo Dios, es lícito quitar yo algo de mi vida corporal por el amor de mi Dios.

Dios no quiere la muerte del pecador, mas que se convierta a él y que haga penitencia y persevere en la vida [118]; y dice San Juan que si dijéremos que no tene-

---

[117] Matth. 10, 3-7.
[118] Ez. 18, 23.

mos pecado, no diremos la verdad [119]. De donde podéis coger que, pues que sois pecador, es mucho bien que viváis porque hagáis penitencia; y porque quiere Dios que viváis os place a vos de vivir, y no es lícito que por hacer penitencia quitéis nada a vuestra vida, porque en vía de penitencia no es bien poner la vida en peligro, que aquesto no es caridad, aunque enderecéis la intención; y por esto os amonesta San Pablo en el capítulo 12, escribiendo a los romanos [120], que vuestro servicio sea conforme a la razón; pero si no tuviere yo intento a quitarme un día de vida, sino que quiero vivir cien años, si quiere Dios que los viva, y si con este intento tal, por amor de mi Dios, me descuidare de mí, y mediante este descuido puramente por su amor me faltare algunas veces, y por causa de estas faltas que cometo contra mí por no faltar a mi Dios, siendo mi intención muy recta, fuese causa de tener más corta vida, sabría qué es lo que quiere decir no haber mayor caridad que poner en aventura la vida de aquesta sensualidad por mi verdadero amigo, como en el capítulo 15 de su Evangelio nos lo amonesta San Juan [121], así como entendería más pronta y absolutamente esta autoridad si derramase mi sangre por confesión de la fe de nuestro amoroso Cristo.

De manera que es aquí la conclusión que tiene más caridad aquel que ama más a Dios, y el que más le ha de amar ha de recibir más gracia, para que sea más capaz, porque en su más dispuesta capacidad y en sus más puras entrañas y ánima más agradecida infunde y cría más amor la divina dignación. Aquesta operación que vos dais dentro en vuestra ánima, aquesta disposición que vos procuráis tener para recibir de Dios la gracia que os quiere dar, esto es tener caridad, porque enderezáis vuestro intento, vuestros deseos y afición a recibir el amor que os quiere dar vuestro Dios para poderle amar más, porque el fin y la perfición de la caridad vuestra consiste en transformarse esa ánima por amor en la caridad increada, y tendréis más caridad cuanto con mayor fervor deseáredes y obráredes esto.

Mas para sentir mejor, perseverad en oración, presupuesta gran pureza de conciencia, quitando de vos las ocasiones de culpas según tenéis el estado; guardad mucho el corazón, ordenad el entendimiento, y determinad a la voluntad de no tener más de un amor, y desocupad el ánima de todo lo que sale de este intento, y amad a vuestro hermanos, y huíd su conversación sino cuando

[119] I Joan. 1, 10.
[120] Rom. 12, 1.
[121] Ioan. 15, 13.

es necesario, antepuestas las obras de caridad, porque en ella y en la obediencia está todo el caudal del contemplativo; y mediante aquestos tales avisos estaréis presto sin impedimento para recibir la gracia que mi Dios os quiere dar mediante la gracia con que os tiene prevenido, y con estas cositas que ponéis de vuestra parte, y serán cosas muy grandes, porque son obras de Dios, tendrá caridad vuestra ánima, y Dios criará en vos amor, con el cual améis a Dios con el amor que para le amar él pone en vuestras entrañas por hacer rica vuestra ánima; y las riquezas del ánima consisten en el amor.

De manera que es conclusión de este intento que aquel ama más a Dios que con más caridad; y con más caridad ama aquel que con fe y con obras entiende, y cree, y confiesa, en todo cuanto es posible, la infinita dignidad de nuestro Dios y Señor, y con estas tales obras siempre se dispone más, siempre recibe más gracia, siempre cresce en caridad, porque siempre se conforma en los deseos y en las obras con el querer de su Dios. Y el que sin esta conformidad, con la voluntad divina o con su buena conciencia y con los deseos de Dios hiciere milagros, y diere limosnas, y entendiere lenguajes, e hiciere penitencia, y tuviere fe sin obras, con esperanza indiscreta, este tal sonará como campana o retinte de latón; y su obra es casi nada si no vela sobre sí para recibir la gracia, con la cual ame a su Dios, que aquesto es la caridad, amar a Dios por sólo él y a mi prójimo por Dios; y el que amando a sus hijos y mujer, y a sus hermanos y padres, y a sus temporales bienes no tiene este fundamento, este tal no es digno de mí, dice el Redentor del mundo en el sagrado Evangelio [122]; porque bueno está de ver que el que ordena sus amores, sino por amor de Dios, es mísero enamorado, es confusísimo obrero, y hallará en galardón de su temporal y desventurado amor los tormentos perdurables, o las penas del infierno; y por escaparnos de esto nos dice el caritativo Apóstol que tengamos caridad. Y sea por todo gloria a Dios.

---

[122] Matth. 10, 37.

PARTE III

PROEMIO Y RELACION DE AQUESTE TERCERO LIBRO

Iesus Christus vivit; Iesus Christus imperat; per infinita saeculorum saecula.

Comienza la parte tercera, la cual llama el ánima a se encerrar dentro en sí a la contemplación quieta

Los labradores sabios tienen conocidos los tiempos y lo que en las diferencias de ellos deben hacer; y así, con los fríos y lluvias del invierno siembran, con la esperanza de coger alegremente al verano. Y de aquí es que porque los labradores espirituales saben que está escrito que los que siembran en lágrimas siegan y cogen en alegría, esfuérzanse a traer la tierra de estos sus cuerpos en trabajosa labor, y arándola, la revuelven con ásperas penitencias y pronta examinación, y arrancan de la tal tierra los cardos de la conversación bronca y las espinas de inclinaciones viciosas, cortan las raíces de la presunción y culpas; y así crescen y florescen y dan fruto las virtudes por la gran bondad de Dios. Y porque la orden de esta sementera en sus principios es penosa, dícese ser en el frío del invierno. Y porque muchas y muy muchas veces en tal sementera hay lágrimas, por esto dice que siembran en tiempo de lluvias, y porque con estas lágrimas así toma sazón nuestra sementera que fructifica muy mucho, dice que si en lágrimas sembrastes, en lágrimas cogeréis [1].

Es, empero, de saber que antes que el labrador se encierre con su trigo en su perfecta satisfacción, se requiere haber segado y trillado y haber macerado el trigo para poderlo alimpiar. Aquesto quiere decir que el espiritual labrador, cuidadoso de dar rejas a su cuerpo, si se acuer-

---

[1] Ps. 125, 4.

da que está escrito que ha de ser muy limpio el trigo y apartado de la paja para el aholí del Rey, nunca cesa de alimpiar muy bien su simiente purificando su intento y enderezando su intención. Habéis aquí de entender que vos sois el labrador, y la tierra es vuestro cuerpo; el invierno, el tiempo de los trabajos. Los fríos os muestran las sequedades y falta de devoción; las lágrimas ya está dicho que son las lluvias; el revolver de la tierra es vuestra aniquilación.

Pues si estó habéis hecho bien, conforme al libro primero, y si tenéis, según el libro segundo, bien trillado vuestro trigo en la escuela de Cristo e imitación de su cruz, sabed que la lición de aqueste libro tercero os representa el aholí del gran Rey, donde es puesto el grano puro y alimpiado de la paja. Y así, en la quietud y alegría de vuestro espíritu cogeréis en este tercero libro lo que en el primero y segundo pudisteis sembrar con lágrimas; mas mucho habéis de notar que, puesto caso que os parezca que muchos capítulos de este libro tercero os conviden a reposada quietud, y aunque os acordéis que en el primero y segundo labraste bien vuestra tierra, no por eso os habéis de descuidar de darle más y más rejas, porque cuanto más la labráredes, tanto más fruto os dará, y si tuvierdes descuido, donde vos cogisteis trigo, ella os producirá espinas, porque ésta es su condición. ¿Habéis entendido bien?

Conclúyase ahora de aquí que, cuanto quiera que el ánima sea puesta en quieta contemplación, en tanto que está en la tierra de este cuerpo, nunca se debe olvidar del conocimiento propio y seguir la cruz de Cristo, porque éste es principio y medio para venir a este fin. Y si la felicidad del ánima está más en su quietud, la entrada de aquesta felicidad requiere aquestos principios. Y si aquello es principal, aquesto es lo más común y lo que se ha de enseñar. Hase de tener aviso en esta parte tercera a que las materias van de poco en poco y por espacios subiendo; y cuando en algunos capítulos paresce dar obra al entendimiento, entiéndase que es dar reglas y maneras a los poco ejercitados para adquirir la quietud.—Y Dios sea en nuestro favor.

CAPITULO I

DE LA SUBSTANCIA Y AUTORIDAD DE AQUESTE TERCERO LIBRO

Va mudado casi aqueste libro tercero de la substancia que tuvo en la primera impresión; porque como la parte primera procede por nuestro conocimiento, subiendo a la segunda parte, del seguimiento de Cristo. Es así que la primera es como vía purgativa, y la segunda corresponde a la vía iluminativa; de manera que por estas dos vías digamos que sube el ánima a la vía unitiva. Pues como sea así que la unión o juntamiento del ánima con su Dios haya de ser por atadura de amor, paresció ser cosa muy convenible mudar aqueste tercero libro en más amorosos enseñamientos; porque como las dos partes pasadas tienen consonancia al título, SUBIDA DEL MONTE SIÓN, por ir, como dicho está, subiendo, purgando el ánima, e iluminando el espíritu, así esta parte tercera no significa subir, mas haber subido y estar ya en lo alto de quieta contemplación, mediante el juntamiento de amor, que se llama vía unitiva.

Por esto podría aquesta parte tercera intitularse por sí la *cumbre del monte Sión*, así como la primera y la segunda se intitulan la *subida*. Y es de notar que, por exceder aqueste tercero libro las fuerzas y disposición del autor, va tomado y copilado de los sentimientos y sentencias de los Doctores contemplativos, y vinculado a figuras de la Escritura sagrada; pero a gran gloria de Dios y confusión de nuestra relajada conversación y a incitamiento de los que quisieren despertarse a aprovechar, digo que no entiendo en estas materias escribir sólo un renglón antes que tenga sabido, por la clemencia divina, que tiene entera verdad todo cuanto aquí escribiere; y así, se procede a la obra en el nombre de Jesús.

Habiendo sido mudado, como está dicho, casi de todo en todo aqueste tercero libro, es bien que se sepa estar muy particularmente mandado examinar y aprobado por el muy reverendo señor el licenciado Tremiño, provisor, prior y canónigo de esta santa Iglesia de Sevilla, y por el muy reverendo señor licenciado Del Corro, canónigo e inquisidor en este arzobispado y en su partido.

Declarando la excelencia del título, «Monte Sión», muestra la sublimidad de la contemplación quieta

Como la contemplación que en este nombre *Sión* se significa excede a todas las otras operaciones, por testimonio de la verdad, que a la Magdalena favorece diciendo que escogió la mejor parte [2]. Así, la sublimidad del monte Sión excede a todos los montes, porque de él dijo Isaías en el capítulo 2 que había de ser preparado de Dios sobre el alteza de todos los montes y que sobrepujaría a todos los collados [3]. Así es que escogió Dios este monte para obrar en él los altos misterios que obró en la tierra, y para memoria de todas sus maravillas, y para le sublimar sobre cuanta tierra crió.

Donde es de saber que en este monte ofreció Melquisedech pan y vino en sacrificio y en él edificó Abraham el altar de su obediencia, para en él sacrificar a Isaac, su hijo amantísimo. En aquel mismo lugar se durmió Jacob y vido la escala que llegaba al cielo y descendían y subían los ángeles por ella. Allí se ofreció a sí mismo, debajo de las especies de pan y vino, el pan vivo, aquel sacerdote altísimo según la orden de Melquisedech. Allí edificó el altar de la cruz y se ofreció de su propia voluntad nuestro suavísimo Cristo, figurado por Isaac. Allí se durmió la humanidad de mi Dios, figurado por Jacob, y por la escala, la cruz. Allí, y en aquel circuito y dentro del mismo monte, obró Cristo Jesús todos los misterios altísimos de su sagrada pasión, y en él, y muy dentro de él, se visitan todos los lugares santos y sagradas estaciones que se pueden numerar desde la cena de Cristo hasta su resurrección. Porque es de saber que toma tanto circuito este monte de Sión, que no solamente tiene en sí toda la ciudad de Jerusalén, ahora que hay en ella cuatro mil vecinos, mas aun la cercaba muy dentro en sí cuando en los antiguos tiempos tenía ciento y cincuenta mil moradores. Así que contiene en sí la dignidad, en la cual la estableció Dios con la sangre de Cristo y lágrimas de la Virgen, y con todos los misterios que no se pueden pensar. Y para comprehender qué cosa es, cuanto a su significado, este monte de Sión, se entienda que antes de Abraham se llamaba monte Moria, que quiere decir *tierra alta*, por la alteza de la dignidad que le estaba aparejada; y después de Abraham se llamó el monte del Señor veerá.

---

[2] Luc. 10, 42.
[3] Is. 2, 3.

Y porque en la una parte de este monte fué después edificada una muy suntuosa y muy señalada torre, llamáronla en lengua hebraica *Sión*, que en nuestra lengua quiere decir *atalaya;* y de la suntuosidad de la torre, y de la suavidad del nombre, y de la dignidad del significado quedóse todo el monte con el nombre *monte Sión*. Y así, la misma ciudad de Jerusalén se llama *Sión*. Y tanto vale decir salid, ved vuestro Rey, *hijas de Sión* [4], como decir *hijas de Jerusalén;* y tanto es decir que lloran las *vías de Sión* como los *caminos de Jerusalén*, o decir los hebreos, que en los ríos de Babilonia se sentaban a llorar acordándose de Sión [5]; como si dijeran que lloraban por la memoria de su ciudad, donde fueron cativados. Así que la subida del monte Sión tanto es como subida de Jerusalén.

Y esta temporal Jerusalén nos significa la eterna y soberana ciudad, para donde nos crió Dios, a la cual no iremos si no subimos del conocimiento nuestro al seguimiento de Cristo. Este modo de subir nos ha mostrado la parte primera y segunda de este libro, que está leída hasta aquí, porque entendamos que aquesta tercera parte nos muestra irnos llegando por la vía de perfición a la alteza de este monte, para reposar en él, en quietud de vivo amor por la contemplación quieta. Y si es mi confusión lo que he escrito y lo que escribo, confío en la bondad de Dios, que me puede remediar. Los ángeles le den gloria.

CAPITULO II

Que la contemplación pura es más alta perfición y por qué se llama oración mental y qué significa Sión

En el capítulo 6 del Levítico se escribe que mandó nuestro inmenso Dios que en el altar de su sacrificio estuviese vivo fuego, y encaresce tanto aquesto, que en este mismo capítulo lo repite tres veces, acrecentando cada una vez la manera del mandar. Dice la primera vez: *El fuego será en este altar*, etc. La segunda vez dice: *El fuego, en el altar arde siempre*. En la tercera vez dice: *Este fuego sea perpetuo y nunca falte* [6]. En muy grande estima tiene este fuego nuestro Dios, pues que tanto le encaresce con tanta repetición; por lo cual conviene considerar profunda y ra-

[4] Is. 62, 11.
[5] Ps. 136, 1.
[6] Lev. 6, 9. 12. 13.

dicalmente la inmensa bondad de Dios, que tan afectuosamente se aficiona a nuestros bienes, dándonos tantas y tales maneras, que nos vamos a él sin habernos menester; tampoco como a las más bajas criaturas ni más altos serafines, porque de la perfición infinita de su divina esencia es no haber menester a nadie. ¿Quién no entiende que este fuego es el que el Espíritu Santo hace que arda en el altar del humano corazón, cuyas llamas se levantan al brasero sempiterno mediante nuestra afectiva por la vía de aspiración?

Y es de notar que con tres acrecentamientos, así como está mostrado, dice que arda aqueste fuego en su altar, porque entendamos bien tres distintas diferencias de contemplación, es a saber, principiantes, en cuyo corazón ha de estar este fuego; no, empero, arde todas veces, porque no siempre le ceban. La diferencia segunda muestra los aprovechantes, en los cuales se acrescienta la dición, añadiendo que arde siempre; esto es, que siempre se cebe con los deseos del amor y que siempre se acresciente dándole siempre que queme, cebándole el sacerdote de Dios, que es la pronta voluntad, que se ocupa siempre en él y en sólo su amor. La tercera distinción habla con los más perfectos, en los cuales dice que es este fuego perpetuo y que nunca desfallece en el altar. Donde habemos de entender que corresponde la diferencia primera a nuestro conocimiento, en el cual consiste la manera más segura y muy mejor de los que comienzan a amar. La diferencia segunda de aqueste fuego de amor se determina en los que contemplan en los misterios altísimos de nuestro remediador, los cuales también, por las perficiones que en las criaturas conocen, se incitan en amor de su infinito Criador. De aquestas dos diferencias es cuanto habéis leído en la parte primera y segunda. Mas la distinción tercera de aqueste fuego divino que la divina bondad enciende en su altar, conviene a saber, el amor que su clemencia infinita aviva en el corazón de las entrañas de las ánimas que le aman, éste es el fuego que nunca faltó o que nunca desfallece y es perpetuo.

Para que podamos entender que cuando aquí, mediante quieta y perfecta contemplación, en la cual y no sin ella puede continuarse el incendio de este enamorado fuego, él mismo hace al ánima camino, por el cual la lleva hasta meterla en el centro sempiterno, de donde procedió el fuego. Así que hemos de saber que el escuela de este amor y el brasero de aquel fuego es quieta contemplación, y el fin de donde este amor se determina es el amor sempiterno. Por manera que comienza este fuego a encenderse en esta vida por quieta contemplación, y nunca cesa de

arder hasta ir a la vida eterna, donde es el amor perpetuo, como a la letra lo dice la autoridad. De aquí es también que el profeta Isaías en las últimas palabras del capítulo 31 [7]. En Sión, que es la Iglesia militante, está el fuego del Señor, y el cumplimiento de su incendio en Jesusalén, que es la Iglesia triunfante; así como si muy a la clara dijese: En la contemplación quieta y perfecta es donde el ánima se apacienta en el amor; con el cual y por el cual no cesa de caminar hasta la ciudad de Jesusalén, que es la patria celestial, donde es el fin perdurable del amor.

Hemos aquí de saber que aquesta palabra *Sión* es equívoca a diversas determinaciones, quiero decir, que se entienden por ella diversas cosas, todas, empero, al propósito de contemplación o especulación. Y dice el Ricardo en el quinto libro *De arca mystica*, capítulo 15, estas palabras: No embargante que la escritura a las veces entre aquestas dos diciones, conviene a saber, especulación y contemplación, hace poca diferencia, y toma la una por la otra. Empero, muy mas propia y ciertamente se entiende por especulación cuando vemos por espejo; esto es querer darnos a sentir que cuando meditando en las criaturas nos despertamos por lo que vemos en ellas al amor del Señor nuestro; entonces diremos que especulamos o miramos en espejo, porque espejo es la criatura cuando en ella miramos nuestro Criador. Y la contemplación, dice él, entendida en puro significado es cuando estas ánimas se levantan en el amor de nuestro Dios y Señor pura y absolutamente, sin algún envolvimiento, o nublado, u obscuridad, o espejo de cualesquiera criaturas, mayormente de las que son inferiores al ánima racional, mas que absoluta, pura y momentáneamente se quiete el ánima en Dios por puro y desnudo amor. Pues, como esto nos convenga conocer que tiene más perfición, es necesario saber verdaderamente que esto es lo más elegible o lo que hemos de escoger, porque nos conviene más. Y como no podamos perfectamente alcanzarlo fuera de quieta contemplación absoluta por vía de aspiración y alcanzamiento de afectiva, no hay quien deba ni pueda negar ser la contemplación pura la más alta perfición que es posible que se alcance en esta mortalidad. Ahora, pues, dice Isaías, el fuego del Señor es en Sión, es a saber, en las ánimas dadas a la contemplación quieta, en la cual el Espíritu Santo las inflama en vivo amor.

Y porque tanto cuanto es la contemplación más pura, tanto más propiamente se llama *Sión*, entended que cuan-

---

[7] Is. 39, 9.

to más el contemplativo se va cebando en quietud por la vía de aspiración, tanto más conoce el ánima ir aprovechando en los incendios del amor que inflama su corazón de aquel fuego que Dios quiere que arda siempre y no falte y sea perpetuo en su altar, así como en la autoridad del Levítico se ha dicho. De manera que decir el profeta que está en Sión el fuego del Señor y decir la autoridad del Levítico que este fuego sea perpetuo en el altar, tanto es como si dijese en la ánima contemplativa es donde más permanecen las flamas del vivo fuego del divino amor. Y es de notar que aquesta perpetuidad que dice la autoridad del Levítico que ha de tener el fuego del sacrificio que ha de arder en el altar tiene gran conformidad aquí con lo que ha dicho Isaías diciendo ser su cumplimiento en Jerusalén, que es la ciudad celestial, así como que ha dicho donde nunca tiene fin el fuego que se comienza a encender en los altares de Dios, que son estas nuestras ánimas; en las cuales se conserva el incendio del amor en tanto que están en Sión, que es la contemplación quieta, la cual comienza en aquesta vida y tiene la perfición en la vida advenidera.

Así que el fuego del Señor está en Sión, porque las ánimas contemplativas lo poseen en esta vida, y, finalmente, se perficionan en Jerusalén, porque aquestas tales ánimas, que aquí comienzan amar con perseverancia, caminando el curso de este destierro, van cresciendo en el amor, hasta que este amor mismo, por el camino ancho, y llano, y alegrísimo de la contemplación quieta, los mete en la ciudad celestial, en la alta Jerusalén, en la cual aquel fuego comenzado en este nuestro destierro arde indificientemente. Y porque no tendrá fin en los siglos de los siglos ni cesaremos de amar por un punto ni un cuadrante a nuestro amor verdadero, por esto dice la autoridad del Levítico que el fuego que ha de arder en el altar ha de ser fuego perpetuo. Y es así que, según dicen los que en este vivo amor están muy ejercitados, los cuales, por la divina bondad, son algunos, y por la miseria nuestra pocos en comparación de los, que no le alcanzamos, es posible y puede ser cierto, y verdaderamente ser así, durable el fuego que enciende el Espíritu Santo en el altar del humano corazón, que, después que está en él vivificado el amor, no se disminuye y se va siempre inflamando.

Y lo que es más de estimar: que si el incendio del amor es vivamente inflamado tanto cuanto caen sobre él tempestades y aguas de contradiciones, tanto es el fuego mayor; ni se deja de aumentar tanto en las tribulaciones cuanto en la prosperidad, hasta que en las mismas flamas

en los incendios y viveza del amor son levantadas las ánimas a la gloria celestial.

De este alcanzamiento de las ánimas en el amor a su Dios está una figura tan pronta cuanto graciosa en el capítulo 13 del libro de los Jueces, donde se lee que, como el ángel del Señor apareciese dos veces a la madre de Sansón antes que le concibiese, acaesció que como Manuel, su padre, por consejo angélico ofreciese sacrificio a Dios, siendo encendido el sacrificio sobre una piedra, el fuego del sacrificio aceptable subió al cielo, y en la misma llama se metió el ángel, y así en medio de ella se alzó y se subió a la presencia de Dios incorporado en el fuego [8]. Veis cuán graciosa y cuán propria nos cae esta sagrada figura, que entenderemos que quiere significar que los padres de Sansón ofrecieron sacrificio. Ciertamente, muestran las ánimas justas, sacrificadas a Dios con la tolerancia de aquesta mortalidad, entre los vivos deseos que la levantan a amar, mediante los cuales deseos sabe decir con San Pablo que es crucificado al mundo sufriéndole con trabajo y queriéndole con muy pronta voluntad, por sólo el amor de Dios; y dice también que el mundo le sufre a él así como crucifijo, entendiendo que le tiene con trabajo y que le sustenta en sí, deseándole desechar. Porque aquestas tales ánimas traen puesto todo su estudio en menospreciar el mundo, y el mundo menospreciado siempre desea echar de sí a su menospreciador. Que cosa es levantarse de la piedra el fuego del sacrificio, salvo alzarse el amor que en las ánimas cría Dios, y que este alzamiento suyo es de la piedra angular, Cristo Jesús, nuestro pedernal vivísimo, el cual nunca es tocado con el eslabón espiritual, que es la muy viva afición, sin que dé fuego de sí; en él, cual en la vivísima flama, se metió y se alzó el ángel del Señor y subió al cielo; porque en el fuego del amor que Dios vivo cría en el ánima agraciada es levantado el espíritu y es presentado a su Dios.

Y es de notar que la misma ánima en quien es criado o es infundido el amor. cuando con la flama y viveza de aquel fuego que la inflama vuela así como ángel, para quietarse en su Dios, volando se llama *espíritu*. Y el mismo espíritu que ha volado, cuando se reposa en quieta contemplación, llámase *mente*. Y de aquí viene que la contemplación quietísima, y reposada, y muy pura llámase *oración mental*, que quiere decir oración de sola el ánima en su pura substancia esencial, ajena de sus potencias inferiores. Donde es de saber que oración mental absoluta y puramente, muy solamente es aquella en la cual el

[8] Iud. 13, 20.

ánima, encerrada en su quietud, no entiende en lo que contempla. Y porque contempla en Dios solo, y Dios es bondad incomprehensible; y así, cuando el ánima, puesta en su estrecha quietud, está empleada en sólo amor, no sabe entender en aquel su esencial encerramiento otra cosa sino amar. Y es menester que sepamos que en aqueste recogimiento del ánima que contempla consiste la mayor satisfación, y mayor contentamiento, y más gran felicidad que cualquier contemplativo puede tener en esta vida.

Y porque a una sola ánima, según diversas operaciones, convienen estos tres nombres, es a saber, *ánima, espíritu* y *mente*, por eso nuestra muy gran Señora, en su cántico suavísimo de *Magnificat*, hace memoria de estas tres distintas diciones, diciendo en el primer verso: *Mi ánima engrandece al Señor; y en mi Dios, salvación mía, es muy alegre mi espíritu.* Y después dice: *De la mente del corazón alcanzó a los soberbios, y levantados en la mente de su corazón*[9]. Así que su divina ánima engrandecida, y su espíritu santísimo levantado en alegría, y la mente felicísima que desecha los soberbios, esto es, que no los recibe en su sosiego y quietud, todos aquestos tres nombres significan sola una ánima, la cual también nos ha mostrado Isaías en aqueste nombre Sión, siendo ánima contemplativa; y lo mismo nos figura la autoridad del Levítico en el fuego del altar del sacrificio de Dios. Y de esta ánima entendemos la figura angelical que se alzó en flama de fuego. Y el fuego del altar, y el fuego de Isaías, y el fuego del sacrificio de aquestas autoridades, todo nos muestra el amor que nuestro Dios y Señor cría y acrescienta, y hace que sea perpetuo en aquestas nuestras ánimas y sea siempre en nuestro amparo por su infinita bondad.

CAPITULO III

De los crecimientos espirituales hasta edad de perfición

Así como en el proceso del tiempo que vivimos pasa cada uno por cuatro edades antes que sea perfecto varón, bien así, para venir a la edad espiritual que llega a la perfición, ha cada uno de pasar por cuatro distintos tiempos,

---

[9] Luc. 1, 46. 47. 51.

cresciendo en aprovechar. Las cuatro edades del tiempo son: *infancia,* que llega hasta siete años, y *puericia,* que cresce siete sobre ellos; de manera que serán dos veces siete. La tercera edad decimos *adolescencia:* cresce otras dos veces siete, así que llega a veinte y ocho, y de allí comienza la *juventud,* y pasa más que a cuarenta, y es edad en perfición. Ahora, pues, en el espiritual intento diremos que alguno está en la infancia cuando en su conocimiento y en su propia humillación emplea su aprovechamiento. Donde se note que así como aquesta primera edad en lo material es comienzo de aquestas otras edades, o si ésta falta o se acaba antes de su henchimiento no es posible que preceda a las otras edades, así se entienda ser cierto que, si la edad espiritual no se funda en nuestro conocimiento y humillación, no será cosa durable, antes será edificar sin cimiento. Y como la edad segunda, que es puericia, tiene ya más gracia y disposición y razón más ordenada, bien así la segunda edad del espíritu aprovechado será cuando aquel que ha entendido en conocerse se ocupa en los misterios altísimos de nuestro Redentor, Cristo, también en su imitación como en su meditación, como quiera que se entienda que estas dos distintas edades espirituales pueden tomar junto el tiempo. Quiero decir que, sin inconveniente y sin impedimento, puede alguno ocuparse en un día mismo y en el proceso de un tiempo en el conocerse a sí y en seguir los misterios altísimos imitando y meditando.

Item, como la edad de la adolescencia tiene ya manera de hombre dispuesto para más aprovechar en cualesquiera ejercicio, así los que pasan a esta edad espiritual, de más aprovechamiento, se extienden y alargan más a mirar en cualquier criaturas las excelencias de nuestro Dios y Señor, discurriendo discreta y tasadamente con razón y entendimiento, hasta que muy muchas veces la meditación se les convierte en quieta contemplación. Porque así como a veces los tales se allegan por las criaturas al amor de su hacedor, así a veces del mismo amor sacan gozo para emplear en las criaturas, como en cosas que son criadas por su Dios; por manera que aquel que por las criaturas venía en conocimiento del criador de todas ellas, viene ya de la fe de su criador a conocerlas. Así que primero comenzaba en ellas y levantaba el espíritu incitado; y agora, ya que está más aprovechado, súbitamente se alza por sola afectiva al amor del hacedor de cualesquier cosas criadas; y cuando desciende el rayo contemplativo a ver esto que parece, ámalo, en cuanto es obra de la mano de su amor; y vuélvese a alzar de lo criado a su mismo amor, y en lo demás, pequeña afición le tiene. Esto es ya

crescer en adolescencia y allegarse a la edad de perfición; mas sabe que aun no está en ella.

Pues como la cuarta edad de este cuerpo es juventud, es edad perfecta y llena de cualquier varón, así la cuarta edad de los espirituales constituye mansedumbre de sosegada quietud en quieta contemplación de la inacesible e incomprehensible divinidad, en cuya nominación habían de tremer los cielos. Y en aquesta mansedumbre y quietud consiste el fin y la perfición de la edad espiritual. Y a esta edad llama sobrenatural el autor, de venerable memoria, del libro que se llama *Vía o camino del espíritu*, donde es de saber que cuando se escribe en el Génesis, capítulo 29 [10], que Jacob sirvió a Labán siete años, por la paga de los cuales le dió por mujer a Lía, que no era hermosa, quiso mostrar esta edad de nuestra infancia en la vía espiritual, la cual se humilla en el conocimiento de nuestra vida no limpia y de nuestra flojedad. Y cuando en el mismo capítulo hallamos que otros siete años sirvió por casar con Raquel, que era mujer muy hermosa, significa aquesta segunda edad de los siete años doblados, que es ya hermosa en los misterios de Cristo.

Item, en el capítulo 31 [11] del mismo Génesis se lee que en el servir y trabajar en las fiestas y en los fríos y el velar con grande solicitud de este patriarca Jacob se extendió hasta veinte años, siete y siete por las hijas, y otros seis para cobrar los ganados. Por manera que se entienda que acrescentó en virtudes y en hacienda, con la cual y sus mujeres e hijos se volvió a su tierra por divina inspiración. De aquí habemos de entender que sirvió siete y siete años por casar con Raquel, que es figura de contemplación derecha, o para más propriamente hablar, es figura de perfecta meditación, porque la contemplación perfecta tiene más profundidad, como se paresceá. Los catorce años del servicio de Jacob por alcanzar lo que su ánima deseó pocos son, y los veinte años que cumplió de buen servicio para cobrar la abundancia de las suntuosas riquezas no son muchos.

De manera que entendamos que la edad de nuestra infancia y puericia, que son los siete y siete años, no los queráis para más de vuestro conocimiento y la imitación de nuestro Redentor, Cristo, cuyo servir es reinar. Ahora, pues, decimos que en los catorce años del servicio de Jacob, partidos de siete en siete, entendemos la distinción de dos edades del aprovechado espíritu, es a saber: principiantes, en nuestra aniquilación, de los cuales se dice

---

[10] Gen. 29, 25.
[11] Gen. 31, 38-41.

ser figura Lía, primera mujer de Jacob, cobrada por los siete años primeros que sirvió. La segunda edad que aquí entendéis del espíritu es de los aprovechantes, conviene a saber, de los que aprovechan mucho en el seguimiento de nuestro Redentor por ferviente imitación y cuidadosa meditación. En los seis años que sirvió sobre catorce Jacob para cobrar la abundancia de riquezas se significa (como ya queda apuntado) la edad tercera de cualquier contemplativo, que ya por larga costumbre se allega a la perfición, la cual es ya cuarta edad, que consiste en tener la posesión con sosegada quietud de cuanto antes trabajó; y esta cuarta edad y perfecta de quietos contemplativos se muestra o se significa en que poseyó Jacob, después de los muchos años de su trabajo y servicio, con entero señorío, todo aquello que como es dicho ganó.

Y es de notar que ya el patriarca Jacob estaba en la cuarta edad de sus materiales años, que se llama juventud, y pasa de cuarenta años o llega a los cincuenta; por lo cual se note con muy entera atención que dice el Enrique Herp, contemplativo quietísimo, que nuestra natural inclinación, comúnmente o por la mayor parte o casi de todo en todo, hasta llegar a la edad de cuarenta años, es avarienta y codiciosa de sus propias ganancias y apenas sabe servir sin codicia de interese, aunque este codiciar en los mancebos contemplativos es tan delgado, que apenas se sabe determinar. Aquesto quiere decir: que los que no somos viejos, tengamos muy grande recatamiento de servir a nuestro Dios por más que por solo amor, porque es infinitamente bueno, y con tanta libertad se ha de servir, que el incendio del amor con que servimos corresponda al servicio de Jacob, el cual dice que el amor que había tomado a Raquel le hacía que los años del servicio le paresciesen tiempo abreviado. Y es de notar que los siete años primeros, por los cuales recibió a Lía, él los sirvió por Raquel, y casi como engañado recibió muy menos que codiciaba; mas no dejó de perseverar, sirviendo con la lealtad y fervor otra vez doblados años, y cobró lo que quería y más lo que le habían dado, y aun lo que no supo querer.

Pues como cuanto está escrito es para nuestra doctrina, dícenos claro aquí que hay muchos que, oyendo decir los bienes acrescentados que hay en la contemplación, se enamoraron y vienen en su codicia a manera de Jacob codicioso de Raquel; mas si estos supiesen cuando comienzan que han de ser engañados con Lía, conviene a saber, que no han de cobrar en breve y con menores trabajos consolaciones y libertades de espíritu, que es lo que los más desean en sus principios, aun menos comenzarían.

Pero es de notar que Jacob aceptó con alegre voluntad el servir otros siete años por cobrar lo que quería. Esto es, que los que comienzan a servir al Señor nuestro por codicia de sus provechos, así como van sirviendo, van cobrando más fervor para servir, hasta que vienen a tanto conocimiento de la perfecta bondad y de la gran libertad de la contemplación quieta, que todo lo trabajado y cuanto hay que trabajar les parece ser descanso y brevedad. Mas, aun en los catorce años, no alcanzó el santo patriarca con su servicio y trabajo a tener posesión de su hacienda, sino hijos y mujer, porque en la edad de adolescencia no alcanza el contemplativo a la perfición de sosegada quietud, y por esto no se dice que Jacob cobró siervos y ganados y acrescentada hacienda hasta que llegó su servicio a los veinte años, para mostrarnos en el contemplativo que persevera cuánto le dura la vida en la lealtad del servir a su Dios por puro amor; viene a poseer, por matrimonio de verdadera quietud, el sosiego por mujer en la contemplación quieta, y muy más que Raquel hermosa, y que cobra tantos hijos cuantos por su buen ejemplo se han allegado a la virtud, y tiene tanta hacienda en el mundo cuanta en él tiene menospreciada, por la fuerza del amor, que ocupa su afición toda.

Porque en la verdad, no hay quien sea absoluto poseedor de todo el mundo tanto ni en tanta manera cuanto aquel que lo menosprecia todo por sólo el amor de Dios, el cual dice con el apóstol San Pablo en la primera Epístola a Timoteo, en el capítulo 6: *Si tuviéremos con qué cubrir estos cuerpos y con qué los mantener, con esto somos contentos* [12]; y cierto es que lo demás no es menester, siendo así que nos baste esto. Y debe cualquiera contemplativo tener tanta discreción, que de esta tasada necesidad nada deje de tomar; y por puro amor de Dios, que quiere que esto tomemos, todo lo demás dejarlo por puro amor. Estos son de quien el mismo San Pablo dice en la segunda Epístola a los Corintios, capítulo 6: *Que son poseedores de todas las cosas, como si ninguna tuviesen* [13].

Esta es muy gran libertad, en la cual enteramente consiste la más alta perfición de los más pobres de espíritu, la cual, con aquesta condición, muy cierto podrán poseer esta bienaventuranza de esta pobreza de espíritu, aun los que poseen hacienda: y más y más propiamente aquellos que por gozar de esta evangelical bienaventuranza dejaren lo que tuvieren y lo dieren a los pobres, haciéndose pobres de espíritu por sólo el amor de Dios; a los cuales,

---

[12] I Tim. 6, 8.
[13] II Cor. 6, 10.

no solamente se les toma en cuenta de su alto merescimiento aquello que dejaron, mas aun en cuanto en este mundo les fué posible desear. De manera que osen aquéstos, con el apóstol San Pedro, decir en el Evangelio a nuestro Redentor, Cristo Jesús, con una fiuza grandísima, nacida de un vivo amor: ¡Oh muy dulce Señor nuestro!, y ¿qué es lo que habéis de dar a los que por vuestro amor y por seguiros con libertad dejamos todas las cosas, como se escribe por San Mateo a los 19 capítulos de su Evangelio [14], que aquesto dijo San Pedro, el cual (sabemos) que dejó poquitas cosas, porque muy pocas tenía; pero porque con gran voluntad y con muy viva afición tenía en todo menosprecio todo cuanto está en el mundo que sea heredad temporal, decía él haberlo dejado todo para ser pobre de espíritu y recibir tan gran remuneración como Cristo en su Evangelio a los tales les promete. Y procede la materia de la autoridad tocada.—Sea por todo gloria a Dios.

CAPITULO IV

Procediendo las edades del espíritu, dice en qué consiste orar en espíritu y ser el ánima criada a semejanza de Dios

Dicho se ha que cuando Jacob tuvo su aventajada hacienda con entera voluntad, con divina inspiración se fué con todo a su tierra. Porque cuando el contemplativo diestro, muy cebado en el amor, con aquel cebo pasa la brevedad de esta prolija vida, y con él se va a la presencia de Dios, a la vida advenidera, donde es nuestra propria tierra o nuestra patria o ciudad. De manera que queda entendido en el capítulo pasado que por estas cuatro edades de nuestro espíritu viene el hombre a la edad perfecta de quieta contemplación. Siendo la primera edad de nuestro conocimiento, que es edad de principiante; y la segunda, en la imitación y meditación de los misterios altísimos de nuestro Cristo Jesús, nuestro benignísimo espejo, diciendo que esta segunda es edad de aprovechantes; y así la tercera edad, dende cualesquier criaturas se levantan libremente al amor de su criador, y cuando ha crescido más por la fe, reconoce las criaturas y las ama por sólo aquel

[14] Matth. 19, 27-28.

que las crió; y aquesta tercera edad es de los que ya se acercan muy más a la perfición, pero que aun no están en ella, porque pertenescen a la cuarta edad, en la cual ya el ánima libremente se levanta por la vía de aspiración con la muy pronta afectiva, y para servir a su Dios cuantas veces le pluguiere ya no ha menester criaturas ni cosa que no sea Dios, porque sólo el amor demanda levantarse a ser unido al amado, del cual procede; y aquesta ciencia se aprende por mística teología en esta cuarta edad de los espirituales.

Así que la primera de aquestas cuatro edades corresponde a la infancia del material crescimiento de estos abreviados cuerpos; la segunda, a la puericia; la tercera, a la adolescencia; la cuarta, a la juventud, cresciendo cada vez más, hasta venir al fin de esta cuarta edad, donde es la perfición llena en esto material, porque dende allí estos cuerpos comienzan a descrecer, como sea así que dende la edad primera hasta aquesta perfición cada vez crescieron más. Y desde este perficionado crescimiento comienza la senectud, y va hasta ser decrépito, y cuanto se va alargando descrecen estos cuerpos y con trabajo y dolor, como lo dice David en el salmo 89 [15]. Pero en esta cuarta edad, en aquesta edad perfecta del espíritu, no es así; no comienza a descrecer, mas ya se perficionando contino, y cada vez más, hasta que llegan a tan alta perfición como es la que se alcanza en la gloria, que cresciendo hasta allí, ya no puede más crescer.

Esto está muy bien, graciosa y delicadamente figurado en el capítulo 47 del profeta Ezequiel, el cual, estando delante de muchas aguas, vido un ángel con una cuerda en la mano, con la cual midió mil codos, que serán como mil pasos, por aquel agua adelante, y llevó al profeta porque lo tenía medido, y dice que el agua le daba no más que a los calcañares. Midió otros mil, y llevó al profeta por ellos, y estaba crecida el agua, y dábale a las rodillas. Y otros mil codos midió, y llevó por ellos al profeta, y el agua habíase más levantado, y llegábale a los renes o a los riñones o lomos. Otros mil codos midió, y fué tan crecida y tan aumentada el agua, que no se pudo vadear, y así se paró en la ribera por no poderle pasar [16]. Ahora, pues, queda dicho en el capítulo antes de éste que los años repartidos que sirvió Jacob a Labán significan cuatro edades de los más contemplativos que alcanzan la perfición. Los años primeros, ya queda bien entendido que muestran el conocimiento de nuestra aniquilación. Aques-

[15] Ps. 89, 10.
[16] Es. 47, 3-5.

ta primera edad responde derechamente a estos mil pasos primeros, porque así como el agua nadaba en ellos más alta que a los calcaños, aqueste conocimiento nuestro poco se alza de la tierra, pues está fundado en ella; y del lodo somos criados, en tierra vamos a ser, y aun tal, que sea nuestro amparo Dios.

Mas porque no conviene al que desea aprovechar parar en este conocimiento, dice ahora la autoridad que luego midió otros mil, por los cuales llevó al profeta. El agua de esta segunda medida dice que le daba a las rodillas para mostrar que el ánima va cresciendo en la edad espiritual. El ánima que los mil codos primeros no pasaba del propio conocimiento, ahora ya está acrecentada en la imitación y meditación de Cristo y de sus altos misterios. Donde es de notar que a estas aguas de Ezequiel que daban a las rodillas corresponden las palabras de San Pablo, el cual, en el capítulo 2 a los Filipenses dice: *En el nombre de Jesús se doble toda rodilla* [17], etc. Así que darle a las rodillas el agua de la segunda medida y los segundos siete años del servicio que dió Jacob a Labán para casar con Raquel, lo uno y lo otro nos significa y figura la crescida, y hermosa, y aumentada edad segunda, que sobre nuestra humillación se alza a la imitación y meditación de los misterios de Cristo Jesús, en cuyo nombre se hinque toda rodilla, así como queda dicho. Pero por qué no es la perfición de los contemplativos en las cosas que se alcanzan en esta segunda edad, en la autoridad se sigue. Y el ángel midió otros mil, y por ellos llevó al profeta, y síguese: el agua ya le daba a las renes, ya se acercaba a edad de entero varón, conocida en el genuir o engendrar, y por eso se ve en la autoridad del patriarca Jacob que tenía mujer e hijos, porque ya era casi perfecto varón o muy mucho se acercaba a la edad de perfición.

Y porque más conviene que pasen los que han más de aprovechar, por esto no les conviene pasar en la meditación e imitación de los misterios, porque, cuanto quiera que son de grandes merescimientos, no está allí la perfición del amor, lo cual en el sagrado Evangelio mostró el suavísimo Jesús a sus amados discípulos, poniéndoles argumento de poca fuerza de amor diciendo en el capítulo 14 de San Juan: *Si me amásedes, en verdad os gozaríades, porque voy al Padre eterno* [18]; como si dijera: La perfición del amor no busca lo que al amador conviene; y porque os gozáis en ver esta divina presencia, no querríades carescer de aqueste provecho propio de vuestra

[17] Phil, 2, 10.
[18] Ioan. 14, 28.

consolación. Por lo cual es necesario saber que al amador verdadero no le basta amar y orar en verdad; mas si habéis de perficionar vuestro amor, en espíritu habéis de amar, esto es, en espíritu y en verdad. En sola verdad amáis con vuestra meditación cuando sólo os ocupáis en cosas que tienen cuerpo; quiero decir, cuando ocupáis vuestro amor en los misterios altísimos de sola la humanidad y como personas cebadas en sola esta divina presencia; porque me parto de vos, por aqueso os mostráis tristes.

Mas acrecentad el amor, y pase de la perfecta verdad que tenéis en los misterios de la humanidad sagrada a la bondad perfecta de la divinidad increada, y entonces amaréis con voluntad quietísima y sosegada en espíritu lo que ahora amáis con inquieto entendimiento en verdad. Así que la verdadera oración y adoración consiste en adorar en espíritu y en verdad. Y la perfición y la fuerza del amor consiste en toda la voluntad empleada en sólo el espíritu, porque como San Juan en el cuarto capítulo de su Evangelio lo dice: *El Padre espíritu es* [19], y tales quiere sus adoradores; es a saber, quiere que le conozcáis en mí (porque quien me ha visto a mí, a mi Padre eterno ha visto [20]), le poseáis y le gocéis en espíritu increado y inacesible. De manera que hemos entendido aquí que el amar en perfición no está en la meditación de la sagrada humanidad, antes consiste en la quieta y perficionada contemplación de la inaccesible divinidad. Y así, nuestro suavísimo amor a su Colegio decía: *Gozaríades os por cierto, porque voy al Padre eterno* [21], porque necesario os es para vuestra perfición carecer de mi corporal presencia, para que más se levante y avive vuestra afeción.

Muy bien corresponde a aquesto lo que San Jerónimo dice en la homilía sobre el capítulo 16 de San Mateo cerca de aquella palabra que a Cristo Jesús, bien nuestro, respondió el glorioso San Pedro siendo preguntado de él, es a saber: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo* [22], etc., donde dice: Los que hablan en el Hijo de la Virgen hombres son; mas los que contemplan en su divinidad, no hombres, mas dioses se han de llamar; correspondiendo San Jerónimo en aquesto al profeta David, el cual, en el salmo 81, dice [23]: *Yo dije que sois dioses y hijos de nuestro altísimo Dios.* Cerca de lo cual se ha de entender que estas ánimas crió Dios a su semejanza; y consiste este serle

[19] Ioan. 4. 24.
[20] Ioan. 14, 9.
[21] Ioan. 14, 28.
[22] Matth. 16, 16.
[23] Ps. 81, 6.

semejantes en tener mi voluntad puesta en la suya y no más; por lo cual, cierto, entended que tanto le es más semejante alguna ánima cuanto más viva, y más pura, y más simplemente le ama, porque como él es infinito amor e infinitamente amable, infinitamente se ama. Así que el ánima que en esta obra felicísima fuere más continua, y más pura, y más viva, le será más semejable. Y el amor increado que crió el ánima tal que siempre pudiese amar, siempre le dará abundancia de amor criado; quiero decir que infundirá o criará amor vivo en las entrañas del ánima, porque no deje de amar, si siempre se dispusiere a recebir el amor, haciendo de parte suya todo lo que fuere en sí.

Y notad que si dijéremos que no podemos ayunar y hacer otras cosas como ésta, es justo que seamos creídos; pero si dijéremos que no podemos amar de todo en todo, no seremos creídos. Dicho es de San Agustín en un sermón de muchos mártires. Y tiene muy gran razón; porque siendo Dios infinitamente amable, y siendo el ánima criada a semejanza de amor (si siempre se dispusiere), cierto podrá siempre amar. Y porque la perfición de nuestra ley sin mancilla nos está puesta en el primero de los diez mandamientos, que es amar a sólo Dios, porque este amor es la propia operación que le pertenesce al ánima y porque amándonos Cristo puso la vida por nosotros sin alguna condición, bien así nos pide la fuerza del vivo amor que estemos aparejados para morir por quien tanto nos amó; porque dice el infalible Evangelio por San Juan, capítulo 15 [24]: *Ninguno tiene mayor caridad que poner su ánima,* conviene a saber, su vida, por amar a tan verdadero amor.

Y otra vez dice por San Mateo, capítulo 16 [25]: El que perdiere la vida por su amor, hallarla ha en la patria celestial. Ahora, pues, los que aman de esta manera tienen verdadero y vivo amor, y para conservarle en sus entrañas y por conservarse en él hacen cuanto puede ser posible a su poquito poder; y la gran bondad de Dios háceles que puedan mucho, porque le sean semejantes en esta obra perfecta, que es amar en cuanto les es posible, y con gran perseverancia, y vivísima afición al que es piélago de amor infinitamente amable. De manera que entenderemos de aquí que estos que aman de esta manera sin alguna condición a nuestro Dios incomprehensible son a los que David dice en la autoridad tocada: *Yo os he dicho que sois dioses* [26]. Así como si dijese: Sois criados

[24] Ioan. 15, 13.
[25] Matth. 16, 25.
[26] Ps. 81, 6.

a imagen y semejanza de nuestro Dios y Señor, y empleáis os en el amor para el cual os quiere Dios y tenéis con su querer no más que una voluntad.

CAPITULO V

DE LA ALTA DIGNIDAD DE LA CONTEMPLACIÓN QUE ES PURA, SIMPLE Y QUIETÍSIMA

Dice San Jerónimo en la homilía señalada que no se han de llamar hombres, sino dioses, los que contemplan en la inacesible divinidad, porque los quietos contemplativos, perficionados en la sublimidad del sosiego de pura contemplación, no entienden en cosa criada; más aún, ni entienden en sí los tiempos de verdadera quietud. Y entended que en esto que digo no entienden en sí, os quiero significar que, aunque entienden, no pueden saber decir cómo es aquello que entienden, mas es satisfecha el ánima con mucha sublimidad. Y porque la quieta contemplación comprehende tocando y no penetra entendiendo, por ser incomprehensible el perfectísimo objeto de su santa operación. Por esto dijo el glorioso San Jerónimo, como quien bien lo entendía, no hombres, sino dioses, se llaman los que contemplan pura y absolutamente en la incomprehensible divinidad, así como si dijese: En aquestos tales perfectos contemplativos, en los cuales no obra ya el entendimiento ni la razón natural, es menester que entendamos que obra en ellos sólo Dios, por la cual obra perfecta el obrador perfectísimo da este inefable favor a los más perfectos contemplativos.

Y volviendo nuestro intento a la autoridad que tratamos de Ezequiel, notarse ha que darle a las renes el agua de la medida tercera es pasar la edad y aprovechamiento de cualquiera espiritual hasta cerca de la edad de contemplación perfecta. Mas, porque está dicho que la mayor perfición de cualquier varón perfecto se acaba en la cuarta edad, midió el ángel la cuarta vez otros mil codos y llevó al profeta por ellos; y estaba un arroyo tal y tanto crescimiento y de tanta elevación, que no se pudo vadear. Porque entendamos que, llegadas las contemplativas ánimas a la perfecta quietud, en la cual y no sin ella llega a la perfecta edad el ánima que contempla, no hay ya más que trabajar, ni hay discurso ni vivez de entendimiento, ni se funda sobre natural razón. No hay más aguas

por donde pase el profeta. Y ya pacíficamente, sin trabajo y con gran felicidad, por divina inspiración, se llega hacia su tierra, y posee todos sus bienes el gran patriarca Jacob, el cual (como dicho está) pasó por grandes trabajos y por mucho frío y calor en servicio de veinte años.

Donde es de notar particularmente que él dice: Muchas veces de mis ojos huyó el sueño durante estos veinte años; porque entendamos que en este propósito de la alta contemplación, se han muy mucho de estimar las prontísimas vigilias, que es el dejar de dormir medidas con discreción, porque así como es necesario no dar a estos nuestros corpezuelos más de lo que han de menester, negándoles lo que les es demasiado por solo el amor de Dios, así por sólo este amor no les hemos de quitar aquello que han menester, porque nos puedan llevar por el camino del amor. Así que dice Ezequiel: Las aguas del arroyo no se pudieron vadear, porque como dice San Gregorio en la exposición moral sobre el 31 capítulo de Job: La misma sabiduría que levanta el ánima a su conocimiento, niega al entendimiento su comprehensión; porque tocando la sabiduría la guste; con condición que, pasándola, no la penetre. De manera que entendamos que es incomprehensible y incogitable y inaccesible nuestro investigable Dios; por lo cual la más alta perfición de los más contemplativos, puede tocar de la sabiduría eterna aquello que la dignación divina quiere servirse que gusten las tales ánimas, con condición que en la más sublimada perfición hallen tan altas las aguas, que no las puedan vadear; y a todos ampare Dios.

CAPITULO VI

De dos diferentes crecimientos de contemplación perfecta

Así que los acrescentamientos de los años del servicio del patriarca se doblan de siete en siete, porque es número perfecto. Y crescen de mil en mil las medidas del profeta porque cualquier número aumentado puede llegar hasta allí, porque en los siete doblados entendamos la virtud del crescer de las edades que se van criando en la vía contemplativa. Y porque este crescimiento es subido en mucho grado, figúrase en el número de mil, y dóblase cuatro veces por los cuatro crescimientos de cualquier con-

templativo que alcanza a la perfición, así como queda dicho. Y es de saber que ningún contemplativo viene a la sublimidad de sosegada quietud en contemplación perfecta sin que pase por la orden de estas edades y por distancia del tiempo, criándose así como niño, y hallándose crecido sin verse su crescimiento, por la orden que aquéstos vemos en el crescer natural. De manera que, comiendo cada día, vanse aumentando estos cuerpos y no los vemos crescer, mas vémoslos que han crescido.

Bien así, si aquestas ánimas se les da continuo mantenimiento, crescen de bien en virtud y de mejor en mejor; y la humildad en las tales no puede verlas crescer, pero hállanse crescidas y pasan de edad a edad, y llegan a perfición siguiendo su vía. Digo así porque no siempre va por una medida esto, como sea cosa muy cierta que las obras de nuestro Dios y Señor nunca se tasan con medida de algún tiempo, y quien pone tasa en ellas será muy reprehensible. Esto está vivamente figurado en el capítulo 8 de Judith, donde se lee que los moradores de una ciudad de Israel, molestados de Holofernes, concertaron entre sí de entregarle la ciudad si pasasen cinco días sin que Dios los socorriese. Por lo cual despertó Dios el espíritu vivificado de Judith, mujercica delicada, la cual con ánimo varonil llamó a aquellos hombres barbados y les dijo: Vosotros, ¿quién sois, que osastes tentar al Señor?; vuestro concierto no es hábil para provocar misericordia, mas para despertar ira; y para mostrarles la culpa de su manifiesto hierro, les dijo: Pusistes vosotros tiempo tasado, según el arbitrio vuestro, a las misericordias de Dios, y señalástesle día en el cual pudiese obrar lo que vosotros queríades, y esto es grave confusión. De manera que a nuestro propósito diremos que aquesta santa mujer Judith es figura de cualquiera ánima fortalecida de fe, porque su interpretación quiere decir la que confía y glorifica; lo cual más cierta y derechamente tiene la ánima que aquí queda señalada reprehendedora del pueblo o del ayuntamiento de nuestras inferiores y flacas concupiscencias y flojas inclinaciones y poquedad natural; la cual no sabe entender más que lo que le representan los sentidos corporales cercados de nuestra sensualidad, que es figura del caudillo de Holofernes, avivada del demonio, que derechamente aqueste Holofernes es. Por lo cual se entienda de aquí que decir en estas tales materias es totalmente necesario que pasen por tiempo de este crescimiento cualquier aprovechados en vía de contemplación, sería tasar tiempo y como señalar día a las obras potentísimas de nuestro Dios y Señor, el cual hace cuanto, y como, y cuando quiere porque sea glorificado.

Mas esto que queda dicho es por la vía más común y camino ordinario, y en la teología escolástica, que en vía de contemplación es la ciencia que los hombres unos a otros podemos comunicar; no, empero, es la sabiduría o ciencia sabrosa o mística teología, que enseña Dios en el ánima con la brevedad que quiere y la levanta en instante por la vía de aspiración. Y cerca de este obrar Dios, diré aquí dos o tres cosas para le glorificar. La una es que conozco una ánima, que aun se está en esta vida, la cual, siendo en edad muy delicada, de la más tierna niñez, obró nuestro Dios en ella tres o cuatro maravillas, que no caben en papel, y cuando era de menos que de cinco años tenía grande amor a Dios, y sin saber entender qué es aquello que quería. Y tenía por costumbre de rezar tres avemarías, y ofrecerlas a una imagen que estaba en una pared, la cual tenía en los brazos su ñiñico, y no podía ella pensar que había otra Santa María sino que aquélla, ni otro Dios sino aquel niño, e hincada de rodillas hacía sola esta oración: Tomad, Señora, estas avemarías, y dadlas a vuestro Hijo, porque cuando ya sea grande me haga buena mujer; y en esto se remataba toda su devoción.

Mas en su tierna niñez fué arrebatada en espíritu, y supo aquesta verdad con otras muchas verdades. Y después han pasado sobre esta ánima aun más que los cincuenta años, en los cuales Dios ha obrado tantos y tantos misterios, que sea gloria a su bondad. En esta ánima no obraban los crescimientos del tiempo para ir a la perfición, como habemos dicho aquí; mas la gran bondad de Dios, muy sobre naturaleza. Item, conozco otra religiosa que, siendo muy mochachita, pobrecita y despreciada e hija de un labrador que era abundante en pobreza, deseaba servir a Dios, y sin conocer quién era, e incitada de un fervor por la niñez no entendido, los viernes se salía de su casa al campo, que era casi todo junto, porque esto era en una aldea, y cogía cogollicos de retama y sacaba zumo de ellos como ella mejor podía y bebíalo antes que comiese nada, y escondíase y se azotaba, todo por amor de Dios y sin más le conocer. Fué cresciendo la mochacha, y crescieron en ella tantas y tantas virtudes y la gran bondad de Dios trájola a tanta abundancia, que venida a la vejez está tan enriquecida, que lo sabe sólo Dios, porque sea él glorificado. En éstas diferentemente consideramos las obras de nuestro Dios, porque a la primera luego dende su niñez la puso en la perfición. En la segunda mostróse ser sólo el Maestro y incitó a aquellas entrañas, y por vía de crescimientos la trajo a la perfición, que posee con tan gran sublimidad, que lo sé y no lo acierto a

decir. Veis las obras diferentes de nuestro Dios y Señor; ni en la una ni en la otra vía no se da tasa de tiempo a lo que él quiere hacer, porque así como todo lo que quiso hizo [27], así no hay nada imposible a su divino querer, que obra como quiere y cuando quiere, y con tiempos y sin tiempos, y con edad y sin ella, como él lo tiene por bien; los ángeles le den gloria.—Amén.

CAPITULO VII

Cómo se busca la perfición con menosprecio de consolaciones falsas y encerramiento del ánima

Es una autoridad de San Ambrosio, la cual, hablando con los aprovechados en la contemplación, para animarlos a más encumbrados provechos y a perfición más subida, les dice: Cometamos una sagrada ambición, esto es, procuremos pasar a mayor ganancia no nos contentando con el modo de ganar que hemos hasta ahora llevado, porque, aunque lo pasado sea muy mucho de estimar, quiere este bienaventurado contemplativo darnos a entender que, pues nos hizo nuestro Señor capaces de otra mayor perfición, la debamos procurar. Donde en la autoridad dice: No nos contentemos con las cosas bajas. Como si dijese: dejemos todas las cosas que se alcanzan con nuestro entendimiento y natural razón, todo lo que por industria y diligencia humana no es posible alcanzar; y dice: Pasemos carleando; como si dijese: avivando la afectiva y la hambre del amor. Y añade: *anhelando;* quiere decir, dando obra a los deseos encendidos del amor del sumo bien; y concluye diciendo: Hasta alcanzar las cosas últimas y soberanas; que quiere decir: hasta alcanzar los retoques del amor de la alta dignidad, a los cuales es imposible llegar por alguna industria o humana solicitud. Por lo cual no basta en este perfectivo modo de contemplación sola la obra del entendimiento, ni auxilio de memoria, ni la razón natural; y, finalmente, todo lo que el hombre suele y puede poner de su parte para se dar a la oración.

Mas habiendo pasado por la vía purgativa del primero libro, y habiendo dado tiempo a la vía iluminativa, según el segundo libro, y habiéndonos criado algún espacio en

[27] Ps. 113, 3.

aquesto conociendo nuestra estima y nuestro nada poder, habiéndonos bien mirado en el espejo clarísimo de los misterios de Cristo Jesús y su vida, y habiendo mirado a nuestro Dios y Señor en los espejos obscuros de cualquier visibles criaturas, osemos cometer con San Ambrosio esta sagrada ambición, a la cual él nos llama y nos convida. Esto se hace negando todas las operaciones dichas cerca de lo exterior y quedándonos a solas dentro en nos con la tácita afectiva, despertada de sola la amorosa voluntad, aun sin poder entender que aquella voluntad obra. Entiende, empero, que no hay en este modo quietísimo de obrar más que sólo un obrador, y éste es sola la divina dignación.

Entiende también que en esta obra no hay más que sólo un paciente, que es la ánima que contempla sin auxilio natural, sin poner de su parte más que un querer a sólo Dios, ayudada con su gracia. Y este querer, muy vivo, y en lo demás nada quiere de lo que le pueden dar que no es Dios, aun de los divinos dones; porque todo lo demás, no solamente le conviene no quererlo, mas aun lo ha con vehemencia de desechar muy voluntariosamente. Y este tal desechamiento hase de notar que en el tiempo de quietud ha de ser de todas las cosas criadas, sin poderse osar menear ni un punto del entendimiento ni la razón natural, y en los otros intervalos o espacios que pasan sin serenidad de esta escondida quietud hase de tomar el consejo del Salmista, que nos dice en el salmo 76 [28]: Que despreció y no quiso consolar su ánima en alguna cosa criada, y dice: *Acordéme de mi Dios, y deleitéme en él, y ejercitéme en su amor, y desfallesció mi espíritu.* Donde se ve querer mostrar el amoroso Salmista en el desfallescimiento de su espíritu el tácito y secretísimo encerramiento de su ánima dentro en sí misma. Este su deleite fué causa del desfallescimiento de su espíritu, y el deleite le causó la memoria de su Dios. Y esta tácita y entrañable dulcedumbre de memoria le muestran haber sido la causa del menosprecio de toda humana consolación. De manera que se entienda que en el desfallescimiento de su espíritu nos muestra la operación quietísima de la más alta perfición de su suave voluntad.

Quédanos de aquí visto que mucha perfición del contemplativo está en el más estrecho encerramiento del ánima dentro en sí mesma. Y el mayor encerramiento demanda que le antevenga en todo tiempo menosprecio de humanas consolaciones, sin las cuales podrá pasar, y en tiempo de su quietud, menospreciar cualquier movimiento

---

[28] Ps. 76, 4.

de la potencia intelectiva y operación natural: porque lo que allí se le da por la dignación divina sobrepuja a la razón natural y a lo que el puede entender; lo cual nos muestra el Salmista en la autoridad pasada, que en su ejercicio desfallesció su espíritu, porque la preparación que él tenía puesta en el menosprecio de humanas consolaciones recibió lo que no pudo su espíritu sentir sin desfallescer, y a todos ampare Dios.

CAPITULO VIII

Cuán grandes bienes están en el sosiego del ánima con silencio de potencias

Es de entender que en este libro tercero se entiende en la vía unitiva, la cual, por fuerza de suave amor, junta el ánima con Dios. Y es de ver que el discurso de las potencias del ánima significa imperfición. No digo yo que se entienda absolutamente que carezca la obra del entendimiento en la meditación de bondad y de alto merescimiento; querría, empero, sentir y dar a entender que comparado a la quietud del ánima en su escondido sosiego, tiene tanta diferencia como lo poco perfecto a la mayor perfición. Y así, en la subida del monte, es a saber, en el primero y segundo libro que habéis leído hasta aquí, se significa el caminar discurriendo. Esta parte tercera se entiende en hallarse ya subido en la cumbre o altura del monte y sosegar y quietarse el ánima en escondido silencio, y, callando, vigilar y gozar de lo que Cristo por su clemencia suele al ánima dar en su estrecha soledad, en el secreto silencio. Cerca de lo cual dice el glorioso San Agustín que es bienaventurado el varón que está solo y callando, puesta guarda sobre sí con cuidado día y noche, porque el tal, aun viviendo en el vaso quebradizo de este flaco corpezuelo, puede gustar dulcedumbre, recibida de su Dios en prenda, o en señal, o arras de la dulcedumbre eterna que Dios tiene aparejada a las cuidadosas ánimas.

Donde es de notar que en la autoridad se tocan puntos que al ánima recogida dan no pequeño favor, porque diciendo *varón* significa que con varonil esfuerzo se ha de procurar esta soledad y silencio del ánima con la vigilancia y guarda que ha de tener sobre sí para poder desechar el sentimiento sensual y para no se curar de la razón natural ni de los discursos del entendimiento; el cual no me-

nos impide en la vía de perfición y sosegado silencio que ayuda en los que comienzan y aprovechan. Y es de notar que en la soledad y silencio consiste esta bienaventuranza, porque dice: Bienaventurado es el varón que está solo y callando [29]. ¿Quién es el que no sabe que el que está solo, si habla da licencia, que le juzguen de poca capacidad o de flaqueza de seso? Y al que sabe entender esto parécele ha demasiado ser alabado el silencio del que está encerrado en estrecha soledad, donde es cierto el no hablar; por lo cual se ha de notar que esta soledad significa desechamiento de todo lo que no es Dios y sosiego del ánima sola en él, así como si no hubiese cosa criada más que sola aquella ánima que contempla en sólo Dios, no teniendo otra cosa en qué ocuparse sino sólo en él. Porque esta su ocupación ha de ser tan tácita y sosegada, tan sola y tan ascondida, que aun de sus mismas potencias no se sabe ni se quiere aquel tiempo de quietud acompañar. De manera que se entienda que de esta tal soledad del ánima sosegada es de quien se ha de entender la bienaventuranza que se ha tocado. ¿Quién, pues, entenderá ser aquella soledad tal, y no verá cuál deba ser el silencio que ha de andar junto con ella, diciendo la autoridad que ha de estar sola y callando la ánima contemplativa de quien hace relación?

Cierto está y muy manifiesto que aquí se deba entender no silencio de palabras, sino callar de entendimiento, serenidad de memoria y quietud de voluntad, sin admitir en el tal tiempo ni un punto de pensamiento de cosa alguna que sea, ni haya otra cosa que se entienda tenerse, ni operación, sino sola la afectiva, empleada en amor, porque no sería silencio de perfecta soledad si algo bullese en el ánima; mas que sola, desnuda de sus potencias, se embarace en amor, sin distinción de alguna obra. Por lo cual se ha de notar que la potencia de nuestra libre voluntad en este modo de pura contemplación no cesa un punto de obrar empleándose en el amor; pero en esta su obra no se entiende ni se siente ni un quilate de bullicio, ni hay en qué se conozca la perfición de esta su obra, salvo en la satisfacción del ánima, transformada en su amado por vínculo de amor. Cierto y verdaderamente se puede bien afirmar ser el amor tanto más intenso cuanto el que ama está más solo de todo cuanto no le incita a amar. Ahora, pues, dícenos la autoridad de San Agustín que este tal varón, es a saber, esta ánima varonil que sabe estar sola encerrada dentro en sí, y sabe y puede callar no solamente de todo bullicio que es a parte de fuera, mas aun sabe tener estre-

---

[29] Sam. 3, 28.

chísimo silencio en todo interior meneamiento de alguna de las potencias, podrá aún esta ánima tal estando en el muladar de este nuestro corpezuelo comenzar a tener gusto de la divina conversación.

Donde es mucho de notar que aquesta bienaventurada conversación del ánima con su Dios es imposible alcanzarla sin que se sepa con San Dionisio entender por mística teología qué es lo que quiere decir sabiduría escondida, con la cual es hecha el ánima sabia. Esta ciencia es secretísima, y el Maestro que a las ánimas las enseña es la sabiduría increada. Esta lición suya no la manifiesta en público ni en ánima derramada, no encerrada dentro en sí misma ni entremetida en quietud de palabras interiores, esto es, en movimientos de naturales razones ni en obra de entendimiento; porque esta ciencia escondida que Dios infunde en el ánima encerrada en su quietud sobrepuja a toda obra natural, por lo cual todo lo que podemos en este tiempo por nuestra industria ayudarnos se nos convierte en muy cierto impedimento.

De manera que es aquí la conclusión que, por ser la soledad escondimiento del ánima y guarda de su acallado silencio, es escuela de esta bienaventurada sabiduría, mediante la cual el ánima dichosa sabe allegarse a su inacesible Dios por vínculo de muy sosegado amor, sin medio de algún pensamiento que antevenga en esta unión, presupuestas las vías purgativas e iluminativas, que enseñan la lición de las partes primera y segunda de este libro, y pureza de conciencia. Y por esta preeminencia que tiene el silencio y soledad dice el bienaventurado Agustino ser bienaventurada el ánima que varonilmente vela sobre la guarda de su quietud interior, porque podrá la tal ánima gustar la dulcedumbre con que nos visita nuestro inacesible Dios; él sea en amparo de todos por su infinita bondad.—Amén.

CAPITULO IX

QUE LA QUIETUD FRECUENTADA MUESTRA LEVANTAR EL ÁNIMA CON LAS ALAS DEL AMOR

Cuantas veces en este tercero libro se dijere ciencia infusa o sabiduría escondida o secreta o mística teología o ejercicio de aspiración, hase de entender que significa un súbito y momentáneo levantamiento mental, en el cual el

ánima por divino enseñamiento es alzada súbitamente a se ayuntar por puro amor, por vía de sola afectiva, a su amantísimo Dios, sin que antevenga medio de algún pensamiento, ni de obra intelectual o del entendimiento, ni de natural razón. Notando, como otra vez se apuntó, que esta obra sobrepuja a la razón y al entendimiento humano, así como decimos, con gran verdad, que los misterios de nuestra fe católica y sin mancilla, ni se fundan sobre razón natural ni admiten comprehensión; así como el misterio altísimo de la encarnación del Verbo divino y del santísimo Sacramento del Altar, y así de muchos misterios. Así, habemos de entender que excede la razón y entendimiento esta operación divina, con la cual momentáneamente el ánima es levantada con las alas del amor y ayuntada con su Dios, sin medio de pensamiento de cualquiera cosa criada, cuantas veces place a la dignación divina. Y puesto que esta soberana operación, de parte nuestra, tiene en sí dificultad a los principios, pero perseverando esforzadamente en este levantamiento de la afectiva viene a tal facilidad, que digan los altos contemplativos que casi cuantas veces al ánima bien amaestrada le pluguiere, tantas se podrá alzar momentáneamente a su Dios y ayuntarse a él por amor. Y cerca de esto, dice San Dionisio, y lo afirman los altos contemplativos Herp y Enrique de Balma, que esto se hace en la ánima ejercitada cuan a menudo le place y con tal facilidad, que no saben señalarla.

Y es de notar que el ánima en esta unión, en este alzarse a su Dios, no pone de parte suya más que su libre querer, porque el que obra es nuestro Dios, y obrando frecuentemente con este querer que puede poner el ánima y con alzar la afectiva avivada con el amor, con el cual la aviva Dios, viene a la felicidad, que, cierto, permite nuestro Señor que aun en estos tiempos haya quien pueda decir y presentar más testigos que es muy gran verdad aquésta. Es de ver con regaladas entrañas que la facilidad de este bienaventurado alzamiento no viene por la frecuencia y solicitud del ánima, mas por la continuación de las veces que es visitada de su amantísimo Dios, disponiéndose con limpia disposición; porque cuanto más veces es el ánima visitada de su vivificador, tanto es más agravada para más veces poder demandar y recebir el amor. Por modo que tantas veces visita nuestro Señor y médico amoroso la ánima que está enferma de su amor, que hace que venga el ánima a tiempo que no quiera ni sepa escaparse de los dardos del amor; por no carescer del médico, que con mirarla la sana tan perfectamente, que tantas cuantas veces se queja súbitamente de su viva enfermedad, tantas tenga tan presto y tan pronto el remedio y visitación de

su enamorado médico, que no acabe de sentirse lastimada del amor, antes que el que la lastima la tenga ya remediada.

Y cerca de esto, es de ver que no ha de haber ni nunca hubo algún rey tan poderoso que, por fuerte batería ni por mucha munición, pudiese vencer otro rey; no otro señor con tanta felicidad, cuanto el ánima enamorada puede con el solo amor vencer, tomar y tener a su amoso Señor. La causa de esto es aquésta. Como su clemencia le tenga vencido, y sobre este vencimiento venga el combate del ánima enamorada y sean los golpes del amor, necesario es que quien combate sea presa y que en esta su prisión tome preso el combatido; y él sea siempre en nuestro amparo; y procede la sentencia a lo siguiente.

CAPITULO X

De cuán bienaventuradamente prevalece el amor en contemplación perfecta

San Dionisio dice en los *Nombres divinos* que se llama Dios amor; por lo cual es de notar que como el amor increado sea combatido con el amor que en las ánimas cría, es necesario que, en topándose estos dos amores, se junten en un amor, y que siempre el amor que busca halle y que el hallado sea entendido del amor que le halló, y en entendiéndose sean ambos amores presos, y en prendiéndose el uno al otro, se tengan, y no se quiera el amor criado soltar del amor increado. No quiere el amor increado soltar ni ser suelto del amor criado, porque el combate del ánima enamorada le vino sobre el vencimiento que causó en él su clemencia. Así lo representa nuestra madre santa Iglesia en voz de los que le ofendimos, y le dice: Tomastes, Señor Dios nuestro, los trabajos debidos a nuestras culpas, porque os venció la clemencia a padescer muerte cruel por librarnos del perdurable morir. Así que es la conclusión que la divina clemencia y el combate del amor, por la frecuencia de los golpes, y entiendo de los retoques entre nuestro amoroso Señor y el ánima que está enferma de su amor, hacen en que a la muy larga frecuencia se siga fervor muy largo, el cual despierte súbitamente la afectiva cuantas veces le pluguiere levantarse amorosamente a Dios, y que luego, en alzándose, sea presa y prenda al que la prendió. Por

modo que los dos presos, es a saber, el amor increado y el ánima, en la cual él cría el amor, tenga sola una atadura, vinculada en una unión o juntamiento de amor. Sabiendo que el amor nunca busca sin hallar, nunca halla sin prender, nunca prende sin poseer, nunca posee sin gozar. Mas ¡oh dulcedumbre de las ánimas enfermas de vuestro amor, y quién me dará a sentir si el deseo vivo de la afición levantada y la fuerza del amor con el cual sois del ánima buscado, si aquella fuerza lleva aquel ánima a vos, o si vos, amor increado, os venís al ánima enamorada por curar lo tierno de sus entrañas enfermas con vuestro amor!

Cierto está que el amor que se levanta del ánima enamorada no va a vos apartándose de la tal ánima a quien vos dais el amor; mas llévala a donde va y con ella permanesce, siendo así que donde habita el ánima por amor, allí está más que donde anima la corpulencia de aquesta mortalidad; mas bien sabemos, ¡oh amor de las entrañas que os aman!, que nos habéis prometido por el vuestro evangelista San Juan, en el capítulo 14 [30], que vernéis a las ánimas que os aman y que os estaréis con ellas vuestro Eterno Padre y vos, que sois sola una substancia esencial. Pues como Dios es amor, cuando quiera que visita la ánima que está de su amor llagada, y de llagas tan sensibles que, como es el sentimiento en lo interior y muy tierno de las entrañas, es necesario que cuantas veces la tal ánima siente la visitación del amor que la llagó, tantas se alce el sentimiento en el talante y afectiva del ánima enamorada, para se unir al amor que fué causa y es remedio de sus llagas.

Y dice el alto contemplativo Enrique de Balma que en el secretísimo juntamiento inmediato del ánima con su Dios por el vínculo de amor es hecha más capaz para más recebir y más perspicaz o transcendiente para entender, y más momentánea para volar con solas alas de amor, sin ayuda de pensamiento alguno y sin provisión alguna, sino con sólo querer, siendo ánima bien maestrada por larga continuación; porque, como queda dicho, la visitación divina, por divina dignación, la hace cada vez llena de mayor capacidad. Y es de notar que por ser ésta ciencia secreta no se alcanza con las temporales letras ni la entienden los sentidos dados a lo temporal; y por esto, escribiendo San Dionisio a Timoteo sobre esta escondida ciencia, le dice con toda amonestación: Mira bien que aquestas cosas no las digas a alguno de los no enseñados. De más de esto, al fin del capítulo de su *Mística teoló-*

---

[30] Ioan. 14, 23.

gica, dice San Dionisio: «En cada tocamiento que es hecho al ánima del amor increado es alumbrado el entendimiento tan maravillosamente, que comprehende y penetra las cosas mucho secretas y los verdaderos sentidos de las Escrituras; porque, como el amor sea quien levanta el ánima y aquel mismo amor la ajunta al amor increado, en aquel juntamiento es el ánima ilustrada o esclarecida y vivificada tanto, que pueda entender que el amor que le tocó, y el amor que le esclarece la vista, y el amor que en sí la tiene que sea todo un solo amor increado».

Entiende también que aquel mismo increado amor infunde en ella el amor, que es las alas con que vuele todas cuantas veces quiera en un instante irse a su amoroso Dios. Entiende también que el mismo amor que la levanta es también atadura o engrudo, con el cual, al punto que es levantada, es unida o junta con el amor increado, que ha criado en ella el amor con que voló. Así que el amor suyo y sus alas, y atadura, y firmeza, todo le sea un mismo amor en ella infundido o criado; y que el amor que la tocó, y la levanta, y la recibe, y le da satisfacción, y le esclarece la vista, y le declara lo que entender no podría, sea un mismo amor increado, que es quien enseña aquesta escondida ciencia o sabiduría y teología celestial. En este alzamiento súbito de la afectiva, en esta secreta sabiduría o teología celestial, que sabe llevar las ánimas a ajuntarlas en un instante a su Dios, tienen los ejercitados muy experimentado que así como con este ejercicio de aspiración más presto y más veces es levantado el espíritu, así es el modo más presto y más cierto para congregar luego los dispersos de Israel [31], quiero decir que más súbitamente se recogen y deshacen los derramamientos de nuestra incauta conversación y todas las fantasías e imaginaciones que impiden el recogimiento interior. Donde se ha de notar que tantas cuantas más veces se alza el talante del ánima, tanto más se eslabonan o encadenan las virtudes, y se enfrenan los sentidos, y se enflaquesce la natural corrupción de estos nuestros muladares; en los cuales el ángel de Satanás se presume afear la limpieza de las cuidadosas ánimas y el sufrimiento de la deshonestidad de sentimientos bestiales.

Así que aquí se concluya que cuantas más veces y más frecuentadamente se levanta la afectiva y va el espíritu a Dios, tanto más se va deseando, gastándose y consumiendo la bestial inclinación de estos miserables cuerpos; de los cuales nos saque en paz nuestro Dios, a quien alaben siempre cuantas ánimas crió.

---

[31] Ps. 146, 2.

CAPITULO XI

QUE NO ES CONTEMPLACIÓN PURA SIN SALIR DE LAS CRIATURAS Y DE TODA CORPULENCIA

De aquesta sabiduría ascondida y celestial dice San Dionisio en el libro de los *Nombres divinos,* en el capítulo 7: «La sabiduría de quien hablamos es un conocimiento muy alto de Dios, el cual es conocido por modo de no saber, según el ajuntamiento de la voluntad, siendo apartada de todas las cosas criadas y allegándose a los rayos resplandecientes por manera muy profunda y muy incomprehensible». Item, que aquesta sabiduría ascondida alza la voluntad a Dios sin medianería de entendimiento, ni de razón, ni de ningún pensamiento, así como se ha tocado; por manera que se entienda que en este ejercicio de aspiración, en el cual la afectiva, que es el talante del ánima, súbitamente se levanta a Dios, nunca ha de haber poco ni más pensamiento de cosa criada; y aún más se podría estrechar el entendimiento de esta sentencia si hubiese muchos que por plática y experiencia lo pudiesen entender.

Donde es de notar que San Dionisio en este lugar dice que por esta sabiduría secreta es conocido Dios por modo de no saber; lo cual se entenderá en dos maneras. La primera es porque en aquel espacio que el ánima está encerrada en su quietud, en ninguna cosa entiende de todo cuando no es Dios. La segunda manera de este entendimiento, en el secreto de esta sabiduría, sabe el ánima estar unida a la divina conversación con acatamiento de amor por la dignación divina; pero con todo, su saber es tal, que aquello que ella entiende no entiende cómo lo entiende; sábelo sin saber cómo lo sabe; sabe que conoce a Dios, pero porque aquel que conoce es incomprehensible no sabe conocer comprehendiendo. Y su satisfación en no entender está entera, porque no sabe querer otra cosa sino amar; y aun amando, no sabe entender cómo ama. Y si fuere preguntada, sabe decir a quien lo sepa entender: En este negocio no hay otra cosa que amor. Donde es de notar que esta manera de proceder no es de muchos entendida, porque pocos se disponen a apartar de su contemplación todo cuanto tiene ser rescebido, especialmente toda cosa corporal; y por eso es di-

cho ser sabiduría escondida o no hallada de los que buscan a Dios sin verdad de puro espíritu.

Sepan, empero, los contemplativos, los cuales no saben salir de cosas que tienen cuerpo, que no les faltará muy grande merescimiento, pero tampoco ternán dignidad de hombres espirituales pura y absolutamente. Cerca de esto, dice el teólogo excelente y esclarecido en pura contemplación, es a saber, Enrique de Herp *: Dos maneras hay de contemplación: una mediante las cosas criadas, por operación del entendimiento, y ésta es con grande trabajo de las potencias y con espacio de tiempo, y dado caso que su ganancia es mucha, empero, cuando no sale de aquí, nunca alcanza a perfición. La segunda manera, dice él que es muy sin trabajo; con poca cosa de tiempo y con merecimiento alto, va siempre a perfición. Es, empero, de saber, como este teólogo dice, que ésta es manera escondida y topan pocos con ella. Y cuando dice pocos, entiende en comparación de los muchos que se contentan con no salir de las cosas corpulentas; y esta manera escondida es por vía de aspiración o mística teología, de la cual queda algo dicho, y mucho más se dirá siendo voluntad de Cristo Jesús; él sea siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XII

De dos ojos del ánima y en qué difiere su vista, y qué cosa es afectiva

Escribiendo San Dionisio a Timoteo sobre la práctica de esta ciencia celestial, le amonesta que con grande contrición, conviene a saber, con grande esfuerzo y quebrantamiento de su inclinación natural, se esfuerce en apartar de sí toda obra derramada de entendimiento, todo lo sensible, y todas las cosas que son y no son, y toda operación que se pueda entender o fundar sobre razón. Y dice el mismo San Dionisio: Después de esto, levántate subtilmente al conocimiento de aquel que es sobre toda substancia. Por lo cual es de notar que aqueste levantamiento mediante la afición no es otra cosa sino moverse sin movimiento nuestra voluntad por orden de sólo amor; mas se ha de entender que los ojos de nuestra ánima son la

* En la edición de 1617 se dice *Balma.*

voluntad y entendimiento. Con el entendimiento mira el ánima como por espejo, y ve en las criaturas al criador de todas ellas. Este ojo ha de estar de todo en todo cerrado en aquesta especulación mediante las criaturas. El segundo ojo, con el cual el ánima mira a Dios sin ver cosa alguna criada, es la fuerza noble del ánima, conviene a saber, la voluntad; y este ojo nunca mira atentamente a su amado sin penetrar el corazón con el rayo del amor que sale de resplandor interior.

Y es de saber y sentir con ánima regalada que cuando en los Cánticos dice el Esposo de las amorosas ánimas al ánima requebrada: *Llagaste mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos* [32], siempre se ha de entender del ojo amoroso de la voluntad del ánima enamorada y de la pupila de este ojo resplandeciente que es la afectiva o talante de lo más alto y más principal del ánima. Donde es de notar que esta vivacidad de la afectiva que siempre demanda ser levantada a su Dios es una centella vivísima, y es lo que llaman los teólogos *sindéresis* o *sintéresis;* que quiere decir atención viva, entera y levantada al soberano bien por largo uso acostumbrada. Esta conocen en sí y la entienden y saben cuando la tienen los quietos y ejercitados contemplativos.

Hase también de notar que entre los que somos flacos y poco ejercitados, muchas veces nos es necesario abrir el ojo del entendimiento y mirar con él las cosas criadas, y levantar la vista al criador de todas mediante lo que le mostró el entendimiento; y esto no más veces que aquellas que la afectiva se hallare rebotada. Cerca de lo cual se note que el alto contemplativo Enrique Herp, en su *Directorio áureo,* dice que la ánima ha de usar de sus potencias así como la colmena usa de sus abejas. De manera que cuando es menester, se vea que las abejas salidas de sus colmenas revuelan sobre diversas flores y, tocándolas, se cargan de lo muy más puro de ellas, y, enriquecidas con su carga, entran dentro en su colmena y entienden en su labor; y la carga que trajeron conviértenla en cera y miel. Así ha de hacer el ánima cuando no se halla dispuesta para poder súbitamente levantarse en solo amor, que debe enviar su entendimiento para que, tasada y discretamente, tome de las criaturas como de flores la potencia, y sabiduría, y bondad de su criador, y en hallando algún poquito de gusto, vuélvase a entrar a la substancia de su ánima por vía de entera quietud; y en claridad de cera y dulcedumbre de miel convertirá la maestra de las abejas, es a saber, la voluntad, lo que le presenta-

[32] Cant. 4, 9.

ron sus abejas, es a saber, memoria y entendimiento, y por vía de puro amor será un precioso panal aquello que sus abejas trajeron.

Y es de saber que los que aprovechan en la contemplación meditando en las criaturas conocen a quien las crió, y es pequeña perfición; muy mayor perfición es por el Criador de todas las cosas conocer a sus criaturas. De manera que la fuerza de la fe tiene muy bien conocida la sabiduría, y bondad, y potencia de su Dios sin que hubiese criado nada, y cuando ve las criaturas, dice regaladamente: Todo aquesto crió mi Dios, y no tiene necesidad de verlas para conocerle. Donde una vez sube el entendimiento de las criaturas a su Dios, y conócele por ellas; esto es dignidad pequeña, porque de esta manera, aun los filósofos infieles le conocieron; pero no tuvieron en este conocimiento la inclinación amorosa que da nuestro Señor a las sus ánimas fieles, con la cual inclinación reciben de las criaturas un gusto de suavidad que las levanta amorosamente a Dios. En la segunda manera viene el ánima del criador a las criaturas, conociéndole a él primero con vista de viva fe y por manera de amor y que por él las quiera a ellas y las conozca por él, y ésta es manera más allegada a perfición; no, empero, es contemplación pura, mas es verdadera meditación; no es éste el ocio de Magdalena, sino el negocio de Marta.

Donde es de ver que en otras dos maneras nuestra ánima conoce a Dios levantándose por vía del entendimiento convertido en inteligencia pura, y ésta es ya contemplación en sola la voluntad, alzada como está dicho por la medianería del entendimiento. Esta manera de contemplación compara el Ricardo, en su *Libro de doce patriarcas,* a Raquel, que quiere decir *graciosa visión.* Y como dice la sagrada Escritura en los capítulos 29 y 31 del Génesis: por alcanzar Jabor a casarse con esta visión graciosa sirvió dos veces siete años; de lo cual querría poder entender y saber darlo a sentir que los que buscan a Dios, que es inefable visión, no deben tener por mucho en buscarle y le servir emplear estas dos veces siete años, que significan número de perfición. Y al ánima contemplativa de cualquiera principiante le amonesta esta lición que persevere en servir, para casar con Raquel, cuantos años de la vida le pidiere de servicio el verdadero Labán, que fué padre de Raquel, que, como ya queda dicho, se entiende *visión graciosa,* y se ha de entender aquí por viva contemplación; no, empero, por contemplación perfecta, como luego se dirá; y a todos ampare Dios.

CAPITULO XIII

De la manera que la alta contemplación se ha de tener con los misterios de Cristo y con nuestra gran Señora

La segunda manera que tiene la voluntad de levantarse en quieta contemplación por sola la afectiva, sin medio de entendimiento, ni pensamiento, ni de otra ocasión alguna, es alzarse súbitamente por vía de abrasante amor a se ayuntar con su Dios por tomar mayor amor de la fuente y propio venero de donde manó el amor, con el cual se levantó. Esta manera de pura contemplación es ya quieta, y es contemplación perfecta si tuviere las señales que adelante se forman.

Esta contemplación compara Enrique de Balma (en su libro que él intituló *Sol de contemplativos)* a la Magdalena: y aun dice que es tanta diferencia entre esta contemplación amorosa y la que antes queda dicha, como de los querubines, que son encendidos en claridad, a los serafines, que son inflamados en mayor fuego de amor y en muy mayor dignidad. Y es aquí de ver que así como se lee en los capítulos 29 y 31 del Génesis, Jacob sirvió a Labán catorce años por casar con su hija Raquel, que, como es dicho, quiere decir *graciosa visión*, así se entienda que es poco otros tantos años para llegar los contemplativos cerca de la perfición. Y se vea que la misma Magdalena, que es figura de contemplación perfecta, por gozar de la perfición más alta de la contemplación quieta, sirvió a nuestro Dios treinta años, sin los primeros, en muy extremo desierto, menospreciada y dejada o desechada toda cosa consolable temporal, avisando a los que aprovechan y van a la perfición cuánto es menester apartarse de todas las cosas que les son impedimento y de todo cuanto no les ayuda para llegarse al más quieto encerramiento de la contemplación quieta, donde más se halla Dios. Donde es de ver que treinta años no son muchos para emplear en el amor, pues que los que habrán entrado a su conversación perseverando fielmente no han de tornar a salir en los tiempos de los tiempos.

Y porque los misterios de Cristo Jesús, Redentor y Señor nuestro, no los deben los perfectos olvidar, hase de tener aviso cuando pasaren por ellos que lleven luego quietud. Y para esto no se ha de pensar en ello ni en el

modo de proceder en su consideración cosa que tenga cuerpo. Por lo cual se ha el ánima de infundir en sólo aquel incendio de amor, aquella caridad viva, aquel fuego que en el amor de las ánimas le abrasaba sus divinas entrañas, tal que se pueda entender que si por cobrar una sola ánima de sus crucificadores le conviniera estar hasta la fin del mundo en la cruz con aquel rigor que estuvo enclavado en ella, no es duda que lo hiciera su infinita caridad.

Y de esta misma manera se contempla el vivo amor. con el cual su inmensa bondad, su sabiduría y potencia quiso estarse con los hombres en el santo Sacramento hasta el fin de aquestos siglos, por tenerlos él en sí por los siglos que nunca han de tener fin. También de aquesta manera. cuando nuestro entendimiento se volviere a la fuente de piedad por quien Dios nos redimió, conviene a saber, a la universal Señora de todo cuanto no es Dios, no ha de pensar en alguna corpulencia, sino cuadrarse la inteligencia sobre un abismo de gracias, un imperio de virtudes, un piélago de bondad. Y de todo esto considérese un juntamiento de amor antes de todos los siglos puesto en la mente divina, como de nuestra gran Señora se dice en el libro de la Sabiduría, en el Eclesiastés, capítulo 24 [53]: Antes de los siglos soy en la mente divina criada por mi eterno Dios.

Así que de aquí se entiende la manera que en vía de contemplación perfecta se ha de tener cuando por necesidad nuestro entendimiento se vuelve a las cosas criadas, para que luego se vuelva inteligencia pura y se convierta al amor; sin el cual, cualquiera contemplación no se ha de tener en nada. Y es de saber que cuando nuestro entendimiento cesa de discurrir meditando en cualquiera pensamiento justo y santo y se para y goza en quietud de aquello que meditaba, se llama *inteligencia*, y cuando en aquella su quietud no se mezcla ni se bulle cosa criada, llámase *pura inteligencia*, y ya le conviene alguna reprehensión intelectual ajena de corpulencia y se allega a pura contemplación; y ampárenos Dios a todos.

[53] Eccli. 24, 14.

CAPITULO XIV

CUÁN INESTIMABLE ES LA SABIDURÍA DEL ESPÍRITU Y VIVO DESEO DE DIOS

Hase dicho en el capítulo 9 que, diciendo mística teología, o ejercicio de aspiración, o ciencia infusa, o sabiduría escondida, o secreta sabiduría, quiero dar a entender lo que en el secreto de las entrañas del ánima obra la sabiduría increada. A esta ciencia llama muchas veces San Dionisio *sabiduría espiritual*, o porque enseña al espíritu juntarse con su Dios o porque esta sabiduría descienda del Padre de las lumbres, como don perfecto, así como en su Canónica lo dice Santiago en el capítulo 1 [34]. Alguna otra vez dice el mismo San Dionisio que aquesta sabiduría es sobre razón y seso, porque sobrepuja a todo seso y razón, por lo cual dice otra vez: «Esta sabiduría que decimos ser sin seso, decimos también ser principio de toda prudencia y de toda discreción». Por cuya declaración se ha de notar que en el capítulo 2 del libro de la Sabiduría [35] se dice en voz de cualquiera ánima justa: *Tuve deseos, y fuéme dado entendimiento, y porque lo demandé, me dió la bondad de Dios espíritu de sabiduría*, que es tanto como decir sabiduría espiritual o sabiduría de espíritu. Dióme Dios sabiduría, que es don del Espíritu Santo; la cual me enseñó a menospreciar todas las honras y riquezas del mundo, y a estimar el oro y la plata como arena y como lodo, y a entender que no son nada todas las piedras preciosas, porque la mística teología, que esta sabiduría viva enseña en el secreto del ánima, hace que se tenga en nada cuanto no la allega a Dios.

Pues como las riquezas transitorias y los descansos fingidos y miserables deleites que puede dar este mundo sea todo a partes de fuera, sea todo fimbrias doradas, sea compostura exterior, sea impedimento del quietísimo silencio que enseña la perfición, necesario es que el ánima que recibe esta sabiduría tenga en todo menosprecio cuanto no la allega a Dios. Y, por tanto, dice en esta autoridad en cuánto se ha de estimar todo el oro y lo demás, porque la ánima que una vez gusta la sabiduría interior

[34] Iac. 1, 17.
[35] Sap. 7, 7.

aprende a quitar de sí toda exterior satisfacción; de tal manera, que se diga en la misma autoridad que la ánima que esta sabiduría suave quiere y se abraza con ella, si por amor suyo le es necesario perder la salud del cuerpo y la graciosura y fuerza, lo tiene todo pospuesto por saber vacar a Dios. Y porque la claridad que con esta bienaventurada sabiduría es recibida en el ánima le enseña a conocer a su Dios más que el entendimiento puede enseñar y sobre toda razón, dice en esta autoridad esta ánima agradecida: Determinado he de tener siempre por lumbre esta sabiduría, porque tengo conocido ser inextinguible su claridad, sabiendo que es imposible tenerla sin tener con ella los bienes que no se pueden pensar.

De manera que la misma ánima dice: *Junto con esta sabiduría me fué dado todo bien,* y antes no sabía que esta sapiencia era madre de todos los bienes o custodia o relicario de gran copia de virtudes, las cuales conosce el ánima en sí que le vinieron con ella; porque (como ya se ha dicho) esta sabiduría es don perfecto y desciende del Padre de las lumbres. Donde es de notar que estos divinos enseñamientos reciben de Dios las ánimas cuidadosas por respuesta de frecuentados deseos; para cuya verificación se traiga a la memoria que en el capítulo 9 de Daniel [36] se escribe que el ángel le dijo: *El Señor me envía a enseñarte, porque eres varón de deseos.* Como si dijera: porque eres hombre que perseveras en varoniles deseos de saber la manera de cumplir la divina voluntad, por eso soy enviado a te enseñar. De aquí debemos saber cuánto es necesario tener limpio el corazón y andar siempre embarazado en vivos deseos de Dios y saber que a estos deseos no les basta enseñamiento por la gran bondad de Dios.

De manera que se entienda que en la autoridad dice el ánima agraciada que porque lo deseó y con deseos lo pidió, le fué dado espíritu de sabiduría; con el cual, y no sin él, puede el ánima saber a qué sabe el gusto de la divina conversación; con el cual viene en quietud y contemplación simplicísima y perfecta y en entero menosprecio en todo cuanto no es Dios; y él sea siempre en nuestro amparo.

[36] Dan. 9, 23.

CAPITULO XV

MUESTRA LA FACILIDAD DE LAS ÁNIMAS CEBADAS EN SE LEVANTAR A DIOS Y LA DIGNIDAD DE MÍSTICA TEOLOGÍA

San Dionisio, escribiendo a Timoteo, le dice por vía de amonestación: «Tus sobrepujamientos sean sobre todo embargo, por modo que seas alzado limpiamente al rayo de las cosas divinales, que es sobre toda substancia»; así como si dijera: Necesario es que tu contemplación sea tan sosegada y tan escondida y quieta en amar a aquel bien que por ser infinitamente bueno es infinitamente amable. La operación de tu amorosa voluntad sobrepuja a toda operación, quiere decir San Dionisio en esta sobrepujanza. De tal manera debe ser en quietísimo sosiego la obra de la voluntad amando, que no solamente aniquile la obra del entendimiento y de la natural razón en aquello que por sí no puede alcanzar, pero aun sobrepuje y se enseñoree a todo cuanto no es Dios: porque pueda, como dice el mismo santo, levantarse sin embargo y limpiamente, dejando todo lo que es tomable y meditable, que, como es dicho, será todo lo que no es Dios, porque en su comparación no hay nada que tenga ser. Esto es lo que quiere dar a entender diciendo que nos alcemos no sabiamente; esto es, no sabiendo entender cosa alguna comunicable aun de aquellos que contemplamos, no entendiendo en más que amor. Y tanto más se ayunta libremente la anamorada voluntad a su amantísimo amor cuanto menos en la operación amable se entremete ni un punto intelectual.

Y para que libremente y a menudo pueda el ánima con esta pureza quietarse en contemplación, sobrepujando a todo lo inteligible, es necesario que haya pasado espacio de tiempo y trabajo en retraer, y refrenar, y quebrantar cualesquiera pensamientos y obras del entendimiento. A este trabajo y a este luengo resistir y esta ocupación del ánima dejando el entendimiento es lo que San Dionisio llamó *grande contrición*. Y es de notar que dice Enrique de Balma, como muy experimentado, y los que ahora se ejercitan con un poquito de esfuerzo y van sobre algunos años siendo ayudados de Dios, saben que dice verdad; que los tales vienen o, para mejor decir, son traídos de la voluntad divina a conoscer y entender por experien-

cia que así como para resollar no es menester provisión de pensamientos, ni fundamentos de razón, ni obra del entendimiento, ni querer dar el resuello, ni pensar de le tornar, bien así el ánima largamente ejercitada es traída por la divina bondad a tal tiempo, que no tenga necesidad de andar sobre aviso a querer levantarse a su quietud; porque su mismo uso la pone en tal libre estado, que él mismo la anda avisando con el hábito que por la frecuencia de los actos ha cobrado. Y así como al vivir temporal le es natural el resollar sin provisión de razón, bien así le ha de entender que a la vida espiritual de ánima cuidadosa en adquirir perfición le es posible levantar el espíritu cuantas veces le pluguiere. Y tanto tiene esto más posibilidad, cuanto los levantamientos de la tal ánima son fundados sobre más quieto sosiego. Por lo cual dice Enrique Herp: «Así, es natural al ánima que está en quietud bien amaestrada levantarse a se allegar a su Dios cuanto es natural al fuego alzar arriba su llama».

Y porque esto se entienda sin vía de dificultad, yo sé que conozco un fraile viejo, que no es lego como yo, el cual, pasados hartos años en este ejercicio de aspiración, ha sido traído de la divina bondad a tal estado, que tiene necesidad de hacerse fuerza y andar sobre el aviso por no recogerse tanto, porque no basta su flaca disposición a poderse tolerar en continua quietud, principalmente por amor del celebrar y por no dejar el púlpito, que es predicador notable y muy señalado en teología mística; la cual sólo nuestro Dios muestra en secreto a las ánimas inflamadas en su amor, y tienen esta ciencia en tanto que cuál y cuál de sus siervos pueda en ella hablar, y aun casi tartamudeando; pero leerla en las entrañas y darla a sentir en el ánima, plantarla en el corazón, sólo es de su Majestad inmensa. Magisterio es reservado a solo él. Y hase de notar que no hay ningún pobrecito, ni varón, ni mujercita, si quisiere ser su discípulo, que no la pueda aprender, por la gran bondad de Dios; él sea siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XVI

QUE EL MÁS FRECUENTADO AMOR PURIFICA MÁS EL ÁNIMA Y LA TRAE A PERFICIÓN

No digo yo en lo que queda notado que se entienda que en esta mortalidad sea posible, aun a los muy más perfectos, dejar de sentir intervalos de quietud, porque entera continuación no es costumbre de esta tierra; sé, empero, que en ella hay ánimas, y algunas conozco yo, que por estar muy cebadas en amor, aun los tiempos que por nuestras ocasiones no se quietan, no están del todo apartadas de una mediana quietud. Y conozco alguna ánima que no bastan las tempestades del mundo ni malicias del demonio a poderla desquiciar del sosegado silencio en los tiempos que está en él por la divina bondad. Es, empero, de saber que estas ánimas, que puedo aquí señalar, hay alguna de ellas que ha más de treinta años que usa la contemplación, y alguna más que cuarenta; otras menos, otras más; y que la bondad de Dios las ha traído por tanta frecuencia de actos, quiero decir, por tan frecuentada contemplación a tanta prontitud de hábito en levantar el espíritu por vía de sola afectiva con las alas del amor, que casi cada vez que le pluguiere y dondequiera que estuviere, leyendo y escribiendo, se levante libremente en aquesta unión divina.

Esto sélo yo de algunas de aquestas ánimas con tan grande certidumbre, que ni debo, ni puedo, ni quiero osarlo dudar. He dicho esto por dos cosas: la primera, porque los que somos nuevos y deseamos perfición sin tenerla, sepamos que está en la perseverancia, con la cual no es duda que alcanzaremos los bienes que han alcanzado con ella cuantos bien perseveraron, por la gran bondad de Dios. Y también se verifique esta confianza con saber que los que se van poco a poco levantando o cresciendo en esta edad de quieta contemplación, cuanto gustan más, tanto más van oliendo, y barruntando, y sintiendo la grande posibilidad de alcanzar lo que tienen los primeros; y así como las cosas corpulentas y que nascen en la tierra y todo aquello que gusta a la sensual inclinación es impedimento muy grande de la afectiva, porque no la deja volar bien, así y muy mucho más la frecuencia de su vuelo, y su conservarse en gracia, y sus continuos deseos, y el

mucho llegarse a Dios limpiando y purgando y purificando sus amorosos intentos, la llega a la perfición que por esta misma vía ha llevado nuestro Dios a los que han ido primero siguiendo el olor de los ungüentos de su favorable amor.

Es muy mucho de mirar que así como en este modo de obrar no es posible ser el hombre levantado por industria ni costumbre sin divina dignación, así es imposible que al que bien perseverare le falte el divino favor; porque así como el entendimiento nuestro sabe entender cuanto alcanza, así nuestra voluntad sabe amar cuanto halla ser amable. Y porque nada hay bueno sino Dios, no hay más que amar que sólo él, porque, siendo amado él solo, se emplea el ánima en su obra más natural. Y es cierto que tanto cuanto ama más pura y más frecuentamente, tanto más se abrasa en las flamas de amor, en las cuales se consume cuanto le impide el amor. Y porque el mayor y más frecuentado amor la purifica, muy más necesario es que se entienda que, cuanto la tal ánima está más purificada, tanto más se perficiona en el conocimiento de ser amable el amor que en amor suyo la inflama. Queda de aquí entendido por comprehensión llana que la oración más quieta y más frecuentada purifica más el ánima; y la mayor purificación o la pureza mayor llama a más conocimiento de nuestro infinito amor; y aqueste amor infinito pone en necesidad a quien le conosce más que le ame, y quien más le ama, sube a mayor perfición.

De manera que los que poco a poquito, como niños balbucientes, le comenzamos a reconoscer y a amar y vamos sintiendo los provechos del amor, necesario es que entendamos que los que aman mucho más y han gastado muchos años en emplearse en el amor hayan alcanzado y tengan las preeminencias notadas de levantarse en quietud, no solamente cuantas veces les pluguiere de quererse levantar, mas que, aun sin provisión, se levanten incitados del amor que Dios ponga en cuantas ánimas crió; y sea él siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XVII

QUE LA ÁNIMA QUE TIENE MÁS ESPERANZA Y MÁS PERSEVERA AMANDO, ALCANZA MÁS FAVORABLE AMOR

En el capítulo 40 dice el profeta Isaías [37]: *Los que esperan en Dios, se mudan a fortaleza y reciben plumas de águilas y vuelan sin se cansar.* Tanto como si dijera por más clara distinción: Aquellas ánimas que por conversación quieta crescen en conocimiento de la gran bondad de Dios es necesario que crezcan también en amor, con el cual crescen en mayor favor; y cuanto más favorecidas, tanto más acrescientan en más y mayor confianza o esperanza de aquel por cuyo conocimiento saben que son levantadas. Ahora, pues, esta confianza que va cresciendo en el ánima la va mudando, y el mudar es de un esfuerzo en otro esfuerzo y de virtud en virtud; y aquésta es la fortaleza que dice la autoridad que mudan los más amigos de Dios. Dice también que toman plumas de águilas, donde es de notar que este nombre de *águila* viene de la agudeza vivísima de su vida y de su vuelo, y vase bien aplicando al momentáneo levantamiento del espíritu a su Dios. Y porque, tanto cuanto más el vuelo de nuestro espíritu es momentáneo y en quietud, muy más fundado, tanto más vuela sin dificultad, y no solamente sin cansancio, más el mayor y más frecuentado vuelo la muda a más fortaleza y a muy más veces volar. Donde es de notar que en el capítulo 32 del libro Deuteronomio se escribe de nuestro amor intensísimo que es nuestro benigno Dios; después de haber relatado sus muy grandes beneficios en las ánimas que le aman, dice así: *Es como águila que, para incitar a levantarse sus hijos, vuela y revuela sobre ellos, extiende sus alas y los alza sustentándolos, y llévalos sobre sus mismos hombros* [38].

¡Oh benignísimo amor de las entrañas, que os aman con el amor que, Dios mío, ponéis en ellas! ¿Y quién es el que no ve el acutísimo vuelo con que bajaste al cebo del amor, que os puso vuestra clemencia en vuestras pobres criaturas? ¿Quién no vido vuestras alas extendidas por amor de vuestros hijos en la cruz, que por ellos re-

---

[37] Is. 40, 31.
[38] Deut. 32, 11.

cibistes? ¿Y cuál corazón no siente el incitamiento con que levantáis a vos el vuelo de los voladores flacos, los cuales, si en vuestras mismas alas no fuésemos sustentados, no nos podríamos alzar para llegarnos a vos? ¿Quién no ve que este vuelo incitativo los levanta a vuelo extático, que es más súbito y quietísimo, al cual el vuelo aguileño corresponde con graciosa semejanza?

Y cierto es que, si las ánimas contemplativas en sosegada quietud y en más alta perfición no tuviesen en el águila muy apropiada figura, no hubiera dicho Ezequiel en su capítulo 1 [39] que el glorioso evangelista San Juan entre los cuatro animales tenía semejanza de águila. Y si esta similitud no mostrara la más alta perfición de la contemplación más súbita, más perfecta y más quietísima, no estuviera en el proceso de la misma autoridad tan expresamente dicho que la ánima amorosa y amantísima del glorioso evangelista, figurada en el rostro del águila, estaba levantanda no solamente sobre los otros tres animales, figura de los tres evangelistas; más aún dice: que aqueste rostro del águila, esta ánima del amoroso San Juan, estaba en contemplación subida aun sobre sí misma. Porque dice: *El rostro del águila estaba más alto que todos cuatro; y era el de los cuatro, el uno.* Así que quiera decir que había subido a más alta perfición que cuanto puede alcanzar la naturaleza por razón y entendimiento y por toda industria humana. De manera que abrir la águila las alas para levantar el vuelo de sus hijos no es otra cosa que extender o alargar nuestro amantísimo Dios la gracia y amorosos tocamientos en las regaladas ánimas, figuradas en los hijicos del águila. ¿Y qué otra cosa es ser sustentados, levantados y llevados sobre las alas del águila, salvo darnos a entender que la gracia y las virtudes que la dignación divina acrescienta en tales ánimas las levanta y las quieta en momentánea contemplación de la Majestad divina, para nos dar a entender que en esta ciencia de mística teología o sabiduría sabrosa, con la cual se quieta en su Dios el ánima enamorada, no basta la razón ni entendimiento, ni otra alguna humana industria, antes todo conviene que sea dejado en este modo quietísimo de pura contemplación cuantas veces, por la gran bondad de Dios, el ánima es por la vía de aspiración y momentánea afectiva levantada con las alas del amor?

Donde es de notar que sobre la autoridad del libro Deuteronomio dice la *Glosa:* «La águila vuelve a los rayos del sol los ojos de sus hijicos, y aquel tiene por más

[39] Ez. 1, 10.

propio, más semejante y legítimo y de aquel cura mejor que más pura y prontamente, y con más perseverancia, y con menos pestañear tiene reposada la vista en la claridad del sol». Donde se entiende que si los hijos del águila tienen aquí figura de ánimas contemplativas, podremos muy fácilmente entender que, siendo Cristo Jesús el águila que las incita a se alzar, les pone perfecta vista, e incitándolas, las pone al rayo del vivo sol para que miren la intensísima claridad de la substancia infinita, que, sin ser de ella alumbradas, es imposible por humana vía mirar con vista perseverante quietísima y unitiva. ¿Y qué otra cosa es perseverar la vista de los hijicos del águila en la claridad del sol, salvo estar el ánima de todo en todo quieta y sosegada e inmovible el espacio que contempla en la inacesible divinidad? ¿Y qué es no menear los ojos ni cansarse de mirar sin pestañear, salvo no torcer la vista de la propia voluntad ni el aficionado amor a cosa que no sea Dios ni aun al ceto [coro] angelical? Donde es de ver que el águila reconoce más por hijo y le cura muy mejor aquel que más prontamente ve perseverar con vista quieta en el sol. Así es que las tales ánimas son sustentadas por Cristo tanto más cuanto en mirar más al sol y con más perseverancia tienen su vista fijada en el amor de su Dios por quieta contemplación.

Y es de notar que aquestas tales ánimas, más cebadas en la contemplación quieta, son más prontas y más prestas para cobrar la quietud muchas veces dondequiera y cuando quiera que la tal quietud les falta; cualquiera de aquestas ánimas es aquella partecica de la heredad del Señor, la cual, debajo de título de funículo, se escribe en la autoridad del libro Deuteronomio que queda mostrada aquí. Donde es de ver que en el salmo 126 [40] se dice de nuestra madre la Iglesia *ser heredad del Señor*, y en la autoridad escrita se dice de cualquiera ánima justa ser *funículo;* que quiere decir partecica de la heredad del Señor. Y para que sepamos cuánto ama este Señor nuestro y en cuán gran estima tiene la parte de su heredad, dícenos la autoridad que la guarda como a la pupila o la niñeta del ojo [41], que es encarescer su guarda cuanto se puede intimar.

Por manera que entendáis que aquesta guarda es sustentar la ánima en gracia y hacerla así agraciada que cuantas veces quisiere en todo tiempo y lugar se levante su afectiva, por la divina clemencia, con las alas del amor a la contemplación quieta [42]. Y tanto más fácilmente cuanto

[40] Ps. 126, 3.
[41] Ps. 16, 8.
[42] II Cor. 10, 5.

estuviere más limpia y más pronta y por más tiempo amaestrada en pura contemplación, para la cual, como es dicho, con nuestra perseverancia es menester contradecir todo nuestro entendimiento y no curar de sentidos ni admitir fundamentos de razón natural, porque esta obra se encumbra y señorea sobre razón natural; y todo su fundamento tiene puesto en la dignación divina, por la gran bondad de Dios; él sea siempre en nuestro amparo.

CAPITULO XVIII

Que el crescimiento de la intelectual comprehensión se figura en la claridad del alba

Según queda señalado de autoridad de Isaías [43], el ánima que ha mudado fortaleza de un bien grande a otro mayor y cobrando plumas de águila y volando sin cansar, cuando le falta este su extático vuelo, bien dirá con el Salmista [44]: Si yo tomase mis plumas de mañana, volaría hasta pasar los extremos de la mar de esta tempestuosa vida o de esta muerte prolija. Donde es de saber que el Ricardo, en su libro *De arca mystica,* dice: «Los extremos o el extremo de la mar se dice en aqueste paso ser el fin de aquesta mortalidad o el término de la vida de estos cuerpos, el cual fin ha de desear la ánima contemplativa con las condiciones que San Pablo lo deseaba cuando en el capítulo 1 a los Filipenses [45] decía: Deseo tengo de acabar aquesta vida, o dejar este cuerpo, o de tener suelta el ánima por estar con Jesucristo en contemplación perfecta. Entendiendo esta tal extremidad o el extremo de estar en modo más delicado de quieta contemplación podráse sentir así; ha dicho la autoridad: *Si yo tomare plumas de mañana,* etc.

Ya se sabe que los deseos y el incendio del amor son los vuelos de estas ánimas, los cuales entonces se toman muy de mañana cuando las ánimas muy diestras en quieta contemplación son de Dios tan amaestradas, que, en queriendo alzarse por la vía de aspiración, en un momento son levantadas con las plumas del amor y se juntan con su Dios, traspasando en un momento los extremos de toda imaginativa y de todo entendimiento y de razón na-

[43] Is. 40, 31.
[44] Ps. 138, 9.
[45] Phil. 1, 23.

tural. Y entienden aquestas ánimas que la dignación divina, por la gran bondad de Dios, las levanta en este extático vuelo. Y así dice cualquiera de aquestas ánimas: Si estas mis plumas tomare yo de mañana, o en el alba, o al dilúculo, volaré a los extremos de la mar.

Donde es de saber que el alto y quieto contemplativo Herp, en el *Directorio áureo*, dice así hablando en la aurora o dilúculo, no al propósito de esta nuestra autoridad. *Dilúculo* es comenzar a reír el alba, y tiene tres diferencias, bien prontas a diestra contemplación. Es así que al principio del alba se comienza a esclarescer con viva serenidad la parte oriental, que es a donde sale el sol, y entrando más la mañana, cresce en mayor claridad, y sobreviniendo el sol, tanto se aumenta lo claro, que lo primero y segundo paresce que no fué nada, porque todo es convertido en la perfición del día. Así es en la contemplación diestra, que comienza el ánima a recibir claridad, con la cual se comienza a satisfacer en clara comprehensión de cosas que no alcanzaba, y sosegándose más, viene a tal comprehensión, que ella misma no se alcanza. Y como las obras de nuestro altísimo Dios, de cuya diestra son estas tales mudanzas, son perfectas, da él en la tal ánima mayor aumento de gracia y múdala de un bien grande a otro mayor, poniéndola en pura quietud de contemplación perfecta.

Este sosiego o quietud de pura contemplación es el verdadero extremo de este tempestuoso mar, el cual deseaba pasar el Salmista. Notando que las mudanzas que están dichas de la aurora, pasándole de estar clara a muy mayor claridad y a perfecto resplandor, responden a estas otras mudanzas dichas, las cuales la diestra de nuestro altísimo Dios hace aumentando la gracia en las ánimas milifluas quietas en contemplación. Aquesto es la fortaleza que mudarán como águilas (de autoridad de Isaías) las que confiaren en Dios, y quietándose en sólo él, se ceban sólo en su amor, por el cual no quieren y menosprecian cuanto no las llega a Dios; él sea siempre nuestro amparo.

CAPITULO XIX

QUE EL SUEÑO DE LAS POTENCIAS DEL ÁNIMA HACE DESPIERTO EL ESPÍRITU AL VUELO DE VIVO AMOR

En el capítulo 2 del libro de los Cánticos [46] dice el Esposo de la Iglesia, Cristo Jesús, nuestro amor, esta palabra miliflua, conviene a saber: *Mi paloma, una sola es,* etcétera. En otro lugar la llama *paloma mía,* demandándole que le abra. Pues como esté declarado en el capítulo 17 ser la Iglesia heredad de Jesucristo, y cualquiera ánima justa ser parte de esta heredad, y a esta su Iglesia llama nuestro Dios *paloma,* resta que como el ánima conoce a la santa Iglesia (cuya parte es), desear recibir de esta admirable paloma plumas de vivos deseos, despertados por su perfecta doctrina, porque con las tales plumas pueda levantar vuelo amoroso a su amantísimo Dios, en quien está su verdadero consuelo. Y por esto ha dicho la autoridad del Salmista en persona de la ánima enamorada: *¿Quién me dará plumas de paloma?*, es a saber, ¿quién podrá poner en mí los deseos y la afición que tiene la santa Iglesia para buscar a mi Dios en contemplación perfecta? Y porque perseverando en esta mortalidad no es al ánima posible el verdadero descanso sin grande interpolación, entienda un consejo que a cualesquier ánimas justas da el Salmista en el salmo 67 [47], teniendo figura de la santa madre Iglesia, heredad de nuestro Dios. Esposa de Jesucristo, paloma nuestra sin hiel, la cual, queriendo criar sus plumas en sus hijos y de Dios, les dice de esta manera: Si durmiésedes en medio de dos términos o lugares o heredades; o según dice la *Glosa,* en la autoridad de dos Testamentos: Seríades como paloma que tiene plumas de plata, o si es paloma de plata, así lo serán sus plumas, y las espaldas de esta paloma serán tales como el oro que es de pálido color. Dice, pues, *si durmiésedes,* etc. El sueño sobre cosas temporales significa tener pequeño cuidado de ellas.

Ahora, pues, del descuido que tiene el ánima justa de todo lo que no es Dios, viene el sueño espiritual, en el cual, adormidas las potencias de estas ánimas, se infun-

---

[46] Cant. 2..
[47] Ps. 67, 14.

den y se transforman en el amor de su Dios en pureza de substancia; en tal manera, que el ánima en tal modo de dormir en su quietud interior no recibe operación de alguna de sus potencias ni en su comprehensión toca alguna cosa criada; y así, es todo espiritual. A este sueño descansado, a este dormir las potencias, a este reposo del ánima, a este vuelo de espíritu en la contemplación quieta, a esta vía de aspiración es el sueño al cual convida el Profeta; y para poder volar en esta aspiración desea en las ánimas plumas. Y dice que sean plumas de paloma, porque así es ave amorosa, que, figurando la Iglesia, nos figura el mismo amor en el santísimo Espíritu. Pues dice la autoridad: *Si durmiésedes*, etc. Donde es de ver que aqueste sueño pacífico, este bendito dormir que junta el ánima a Dios, había gustado David cuando en el salmo 4 [48] decía así: En la sosegada pacificación del secreto escondimiento, en el cual se halla Dios dentro en lo interior del ánima, dormiré y tendré descanso en la paz de aquese mismo Señor. Síguese en la autoridad: *Entre dos términos* o *entre dos fuertes*. Donde se debe notar que el ánima que está diestra en quieta contemplación, así duerme a las cosas temporales y así se descuida de ellas por llegarse más a Dios, que también por amor suyo no se sabe descuidar de las cosas que le obliga la caridad y obediencia y el cumplir tasadamente con su propia poquedad cuanto a sus no fingidas necesidades.

Ahora, pues, el descuido de estas cosas variables la aparta de todo lo transitorio, cuanto toca a su afición, y los deseos encendidos de los bienes sempiternos la levantan al siglo que ha de durar para siempre. De manera que el descuido de lo presente y el deseo de lo futuro hace al ánima estar como amortiguada, como dormida y suspensa en medio de dos fuertes; conviene a saber, de aquesta muerte presente y la vida advenidera. Así que el sueño es aquí la suspensión y el tácito callamiento. Y los *dos términos* son este siglo transitorio y aquel siglo sempiterno. Síguese en la autoridad: *Plumas de paloma de plata;* es a saber, ternéis plumas de paloma, etc. *Plata*, en la sagrada Escritura, se entiende por las palabras sagradas, por la doctrina de Dios, con las cuales se sustentan nuestras ánimas; así se ve que en el salmo 11 [49], el profeta David dice: *Las palabras del Señor son plata examinada.* De manera que es *paloma* la Iglesia y es *paloma* toda ánima enamorada, y sus plumas son deseos y afición viva en su Dios.

---

[48] Ps. 4, 9.
[49] Ps. 11, 7.

Ahora, pues, cuando cualquier ánima justa se abraza con las palabras divinas, con la doctrina de Cristo, y saca de ellas impulsión o incitamiento para volar con deseos de amor y por sabiduría escondida, que es mística teología, se llega a juntarse con su Dios por la dignación divina, entonces será la tal ánima *paloma*, por la enamorada significación y por el vuelo muy derecho e impetuoso de las plumas, que son los deseos que la alzan por puro amor. Y aquesta paloma tal será paloma de plata, porque está siempre abrazada a la voluntad divina y a la doctrina de Cristo; así como queda dicho. Síguese en la autoridad [50]: *Las espaldas de esta paloma tienen color de oro, no afinado, mas de pálido color;* que es color como amarillo botado, que declina a un parescer de rubor, que es un color alterado, por lo cual se entienda que en el Levítico, capítulo 14 [51], siendo avisado Moisés del conocimiento que le convenía tener de las cosas inficionadas de lepra, le es dicho: Cuando vieres en las paredes casi unas máculas deformes, amarillas y alteradas como putrefación, etcétera. Donde la *Glosa* dice que estas máculas pálidas son señal de corrupción. Por manera que se entienda que color pálido es color amarillo alterado, aun casi verde, que llama a putrefación, tal cual suele ser en los cuerpos o en los miembros que van a se corromper. Así que es de notar que, siendo paloma el ánima, este cuerpo es sus espaldas y cuanto está criado en la tierra para él.

Ahora, pues, la ánima contemplativa no cura más de su cuerpo de aquello que es obligada, y esto por amor de Dios, porque lo quiere y por le hacer placer. Y este mundo, con sus cosas transitorias y con sus consolaciones momentáneas, tiénele así a espaldas, que se cura poco de él; mas de aquello que le pide la pura necesidad, y la caridad del prójimo, y obediencia del mayor; y en lo demás, cuando mira bien el mundo, es para le escarnecer, y súfrele con paciencia hasta que remedie Dios. De manera que este mundo y este cuerpo son las espaldas del ánima que vivamente ama a Dios y va a su conversación por las alas del amor a la contemplación quieta. Ahora, pues, cierto está que cuanto los justos obran, les es convertido en bien por el que es bondad perfecta. Pues como todas las obras buenas que hace aquesta tal ánima, así en sustentar su cuerpo como en todo lo demás, todo es por amor de Dios, por el cual sufre al mundo y esta vida con paciencia, empleándose toda en el amor de sus prójimos por el amor de su Dios.

---

[50] Ps. 67, 14.
[51] Lev. 14, 37.

Resta que cuantas obras esta tal ánima hace y cuantas palabras habla y toda conversación, todo tiene color de oro y prevalece muy mucho más en valor. Mas, porque la pesadumbre de aquesta mortalidad contamina e impide y rebota la perfición del color de este tal oro y le quita el resplandor, porque todas nuestras obras no alcanzan a ser perfectas, siempre llevan torcimientos, dícese que el color de aqueste oro es sin resplandor y pálido. Por arte que podamos entender que todas las buenas obras de las ánimas devotas, las cuales obras son a la parte de fuera, han de andar a las espaldas de la paloma de plata, que es el ánima que por doctrina de Cristo anda empleada en el amor. Y dice que este *pálido color* es color de oro; por tanto, que aunque sea color botado o alterado, como es dicho, es, empero, de gran precio y tiene escondido en sí un tácito encubierto resplandor; porque todas las obras exteriores que hace el ánima justa las tiene ella en poco caso cuanto a su reputación, y son pálidas o deformes de la perfición de su intento, porque siempre desea hacer más obras y muy mejores de las que puede; así que son pálidas en su reputación propia, mas son más preciosas que oro por la viva caridad; por la cual las ejercita en sus prójimos, por sólo el amor de Dios, que las hace ser preciosas.

Este puede ser el seso o entendimiento que se dé a esta autoridad, reverenciando humildemente las glosas que sobre aquesto los santos Doctores tienen; y a todos ampare Dios.

CAPITULO XX

CÓMO HAN DE COBRAR LAS POTENCIAS CUANDO FALTA LA QUIETUD Y EN QUÉ CONOCER CUÁN VIVO ESTOY EN EL AMOR

Ya está notado que esta vía de contemplación quieta en esta teología mística, en la cual todo el talante del ánima se ha de levantar amorosa y súbitamente a Dios, conviene que cese la obra del entendimiento; pero es de entender que en diversos pasos, donde se declaran algunas autoridades, para darlas a entender, y a veces para entenderlas, es necesario discurso de entendimiento, el cual derechamente mucho impide la quietud. Es por esto de notar que en el capítulo 12 se ha dicho que las potencias del ánima han de salir de ella a veces así como las abe-

jas de su colmena y, cargadas de las flores, volverse a encerrar en ella. Esto ha de hacer el ánima las veces que para levantar su vuelo le falta disposición, porque, como somos hombres, no siempre estamos prontos los menos ejercitados a levantar la afectiva a la perfecta quietud. Ahora, pues, en las ánimas muy ejercitadas en quieta contemplación, de las veces que se quietan les queda tal claridad de potencias, que, cuando han menester ocuparlas, las halla como enseñadas y prontas para su modo de obrar.

Por manera que más pronta y más provechosamente pueda sentir y dar a entender algunas dificultades de la Escritura santa una ánima cebada en mística teología sin saber letra escolástica, que algún teólogo escolástico, cuanto quiera sea notable, si le falta espiritual sabiduría; mas teniendo lo uno y lo otro, es muy grande dignidad. Pues cuando la ánima contemplativa no entra luego en su escondida quietud, ha de obrar con las potencias, las cuales han de salir como abejas que discurren por la flor, esto es, por el sentido de la autoridad que el ánima entender quiere; y así, en teniendo el entendimiento hallada la verdad, vuelve luego a su colmena, esto es, a se recoger en la substancia del ánima. En aqueste su recogimiento entiende sin ruido lo que cogió, y aquello que comprehendiendo entiende, tómalo la voluntad, y así como en un panal, lo coge y lo sella y en la memoria lo guarda. Y cuando cesa aquella quietud con la cual obró dentro en su misma substancia, como abeja que obra dentro en su colmena, vuelve el mismo entendimiento y desenvuelve el panal que antes guardó; quiere decir, desmenuza en partes la autoridad; y así, del panal que es la memoria, donde guardó la verdad que había entendido, saca cera; esto es, aclara y da a sentir aquello que comprehende: y porque la voluntad obra amando, saca de allí también miel, es a saber, suavidad en lo que entiende.

De aquí viene que, si el que escribe gusta bien lo que escribió, da a sentir con más gusto la lición a quien la oyere, con tanto que tenga conformidad de limpieza de conciencia el que escribió y el que lee; y también se conformen en desprecio de todo lo temporal que pueda ser excusado, lo cual, enfriando la voluntad, embota el entendimiento. Item, si aquél escribió sacando miel de la piedra y olió del muy duro pedernal, como se escribe capítulo 32 del Deuteronomio [52]; esto es, apartando la medula del amor de la corteza de la letra y sacando la suavidad interior, con la cual guste el amor que sacó; y en tal manera

[52] Deut. 32, 13.

gustado, que en la dureza de cualquiera adversidad y en la aspereza de toda contradición se vea tan aparejada, y tan presta, y tan contenta el ánima cuanto podría ser hallada en toda prosperidad y con tamaño fervor, estando sin devoción, como cuando abunda en ella. Esto es sacar olio, según esta autoridad, del pedernal, que es durísimo. Ahora, pues, si cuando aquél escribía tuvo aquestas condiciones y vos leyendo las tenéis, entenderéis el intento con que aquél escribió. Y si, teniendo vos esto, no gustáis lo que leyéredes, podréis conocer que el que escribió se aprovechó más del entendimiento vivo que de la viva afición. Y así es que cualquier contemplativo ejercitado siente con poca dificultad con qué espíritu escribió el que le dió la lición que lee.

Cerca de lo cual es de notar que, cuando se comunican dos contemplativos, muchas veces acontece que, comenzando el uno a hablar, antes que aquél se declare le tiene el otro entendido.

Es aquí la conclusión que, siendo menester que el contemplativo quieto se vaya con discreto entendimiento fuera de la quietud que suele y entonces no puede tener, es bien que algunas veces se extienda a la Escritura sagrada, porque es mesa puesta más abundante en manjares que en comedores, y que se mantenga allí y se levante a gozar lo que en la mesa le dieren. Esto es, que de lo mismo que entiende discurriendo en los manjares de esta mesa que es la Escritura sagrada, se alce a su quietud, por la vía de la afectiva, a gustar lo que entendió, y teniéndolo gustado, lo podrá dar a sentir. Y es de ver que este tal discurso de entendimiento y operación de memoria no contradicen el quieto aprovechamiento por la vía de aspiración, porque entendiendo se levanta fácilmente el que muchas veces se halla indispuesto a volar con impetuosa afectiva. Y si no saliese en los tales tiempos a entender, muchas veces se tardaría en se coger y volar.

Es, empero, de notar que se ha de tener aviso que de aquello que se entiende se saque quietud; y también se entienda que nunca de la quietud vamos al entendimiento, y que de lo uno y de lo otro se despierte siempre amor, sin el cual cualquiera contemplación sea tenida casi en nada. Y porque aquesto se entienda y se sepa conocer por satisfación del ánima, se pase y se tenga por muy cierto que cuando de vuestra contemplación y operación de vuestras potencias, como ya queda apuntado, sacáis un cuidadoso fervor, tal que no está menos vivo para buscar mil maneras de hacer placer a Dios; cuando se siente indevoto y sin regalo de espíritu, o cuando se siente prosperado en devoción, o cuando es tenido en algo mucho menos-

preciado, cuanto menos se halla pronto en aquesto, tanto entienda más o menos que está pronto en el amor; y a todos ampare Dios.—Amén.

CAPITULO XXI

Cuánta conformidad tiene la contemplación perfecta con la voluntad de Dios en cualquier adversidad y cuán diversas maneras de merescer permite Dios a sus siervos

Es bien que se traiga a la memoria que aqueste tercero libro se extiende a la perfición, y presupone haberse ya ejercitado en las dos partes pasadas, sobre quien se funda aquesta parte tercera. Por lo cual se ha de notar que, en la vía de perfición, los contemplativos quietos deben velar plenísimamente en renunciar su querer en la voluntad de nuestro Dios y Señor; también en el quitamiento del deseo de las influencias, gracias e inspiraciones divinas, como de toda consolación, deseando a sólo Dios y queriendo lo que él quiere en todas las cosas. Hase mucho de mirar que el Enrique Herp, contemplativo quietísimo, escribe en su *Directorio áureo* que sin esta negación de vuestra voluntad en la voluntad de Dios es imposible alcanzar perfición entera; aunque recibáis las penas de los mártires y aunque hagáis las buenas obras de todos los penitentes, no seréis perfecto obrador de aquestas cosas hasta que sepáis que el amor de Dios que os mueve a obrar todo esto es desnudo de todo vuestro interese. De manera que, queriendo él que tengáis gloria, ésta es la que queráis vos; y si para siempre os quisiere privar de ella, os place de la dejar por conformaros con él, con tanto que siempre os tenga él atado a su voluntad. De manera que os será a vos gran descanso padescer cualquier trabajo que os viniere por la voluntad de Dios.

Así que entendáis que los perfectos tomarán con igualdad sequedad de devoción o regalo de espíritu, honra o cualquier menosprecio, mucho descanso o grande afición, salud o enfermedad, o la vida de cien años o de sólo un día vivir. Esto es amar a Dios perfectamente de amor desnudo de todo interese. Notando que, si los juicios de Dios tenéis fe que son perfectísimos, tened sabido también que, por sola su bondad para acrescentar los bienes de las ánimas que le aman, les permite padescer tan grandes tribulaciones y menosprecios del mundo y persecuciones pro-

curadas del demonio; tales y en tanta manera, que solos las saben los que las sufren, y sólo él es quien suele, y puede, y quiere remediarlas. Y es de notar que estas cosas vienen en esta manera en personas muy justas a perfición, las cuales, cebadas en la conformidad de la voluntad de Dios, lo reciben y padescen, y no lo desean dejar hasta que quiera quitarlo el que quiere que lo tenga. E dice el glorioso San Pablo en la primera Epístola a los Corintios, capítulo 10 [53]: *No permite el fidelísimo Señor, Dios nuestro, que seamos tentados más de aquello y en aquello que podamos tolerar*; y en tal tiempo lo permite, que podamos conocer de cúya mano nos viene, y para qué nos lo da, y el provecho que hay en ello.

Cerca de lo cual oí yo decir a un contemplativo, el cual padecía una muy grande aflición, y pensaba él muchas veces entre sí que si aquello le viniera ocho o diez años primero, le parescía que le pusiera en peligro de desesperación, y que no deseaba ni en la oración pedía a Dios que se la quitase; mas que solamente pedía seguridad que no se ofendiese Dios, porque la cosa era tan delicada, que había ocasión de temer siendo ánima recatada, la cual mil veces desea morir antes que en nada ofender. Decíame éste que si Dios le quitase aquella aflición, lo ternía por gran merced y le placería muy mucho: mas, porque él tenía tan llena confianza en la gran bondad de Dios que, poniendo él de su parte entrañable vigilancia, no había nuestro fiel Señor de permitir que ofendiese el que deseaba servir, pasaba los años de su tormento con toda satisfación. De manera que se ha de entender de aquí que estos afectivos trances permite nuestro Señor que acaezcan a aquellos que están tan unidos y conformes con el querer de su Dios, que acepta con tan alegre hacimiento de gracias cualquier trabajos como las consolaciones; porque saben que toda consolación viene de la mano divina, y toda tribulación es permitida por divina voluntad. Y como todo lo consideran manar de la fuente del amor, todo lo toman amando, teniendo sabido que cuando nos regala, nos trata como padre, y cuando nos castiga, nos corrige como a hijos; y en todo nos hace bien el que es perfecta bondad.

Y véese por cierta y muy cumplida experiencia que aquel a quien permite nuestro Señor sobre muy limpia conciencia más y mayores trabajos, le suelen sobrevenir nuevas gracias y aumento de claro conocimiento en la vía contemplativa aun en el tiempo presente, porque reciban señal de la paga advenidera. Donde queriendo la

[53] I Cor. 10, 13.

muy gran bondad de Dios dar a las ánimas que le aman más y mayores bienes de los que es ella capaz para poder recebir, permítele maneras de engrandecer su medida, porque pueda caber más. Cerca de lo cual dice el Herpio que nunca hubo, ni hay, ni habrá en este mundo algún pintor que así tenga vistos, pueda ni quiera ordenar lineamientos, y compases, y medidas con las cuales traiga su obra a perfición cuanto nuestro amantísimo Señor tiene desde siempre visto con cuáles sufrimientos de trabajos y cuántos merescimientos quiere, por su gran bondad, acrescentar tesoros de mayor gloria a las ánimas que le aman. Y porque aquel que más legítimamente peleare ha de ser más perfectamente coronado (según San Pablo nos dice en la Epístola segunda a Timoteo, capítulo 2 [54]), es menester que haya despiertos contrarios; y por esto permite nuestro fidelísimo Señor y premiador amoroso que se despierten estos mismos adversarios y que ordenen mil maneras de trabajos, los cuales den de golpe en el muy perfecto Job y vuelvan, de recudida, sobre el glorioso San Pablo y en otros muy muchos y grandes santos. Esto ordenó así nuestro Señor sapientísimo porque los que somos flacos tuviésemos grande esfuerzo en el ejemplo de lo que ellos padescieron. Veis bien que están grandes bienes en el padescer por Dios y en la gran conformidad con su divino querer. Pues sepa quien más padesce con mayor conformidad que está puesto en la vigilia de recebir nuevas mercedes de nuestro amercendeador.

Y notad que en los *Morales* dice San Gregorio en el capítulo 5 del libro XX: «Los becerros que han de ser muertos, siempre son dejados en pastos abundosos»; esto quiere decir que los muchos descansos, acompañados con el pecado mortal, siempre serán sospechosos; y, por consiguiente, dice: «Los becerros que han de ser dejados para la vida son puestos debajo de los trabajos y servidumbre del yugo». Así que a las ánimas, a las cuales nuestro amoroso Señor quiere dar en la vida advenidera aumento de grandes bienes constitúyelas debajo del yugo de grandes persecuciones, hasta privarlas de toda consolación del espíritu y ser afligidas hasta ser menospreciadas de quien más las solía amar, y a quien más pelea permite, si está más perfecto en gracia, le muestra mayor favor. Y dice el Herpio, hablando en esta materia:

«Cuando nuestro Señor permite que alguno sea gravemente afligido y aquél no quiere recibir temporal consolación, y el piadoso Señor nuestro le niega la unción entrañable que le suele dar, éste tal, dice, que padesce y su-

[54] II Tim. 2, 5.

fre hambre asentado entre dos mesas, porque a la mesa de los manjares mutables, o falsas consolaciones, él no se quiere llegar, y a la mesa de los divinos manjares no le consienten aún tener la mano cerca; por lo cual está su mantenimiento en tomar lo que le dieren, aunque sea vinagre y hiel, porque está su voluntad resignada muy del todo en el querer de su Dios». Y quien de esta divina permisión en el padescer los justos diversas tentaciones y desmedida aflición quisiere enteramente saber, lea con entera atención desde el comienzo del capítulo 12 hasta el fin del capítulo 15 del libro XXIV de los *Morales*, de San Gregorio.

Hase de saber, por declaración de lo que padescen algunos justos varones, que hay en nuestra ánima fuerza concupiscible, con la cual escoge lo que bien le parece; y hay también fuerza irascible, con la cual, airándose justamente, desecha de sí lo que no quiere, y de esta irascible fuerza y de su obra es de quien en el salmo 4 [55] se dice: *Tomad ira sin pecar.* Habéis ahora de entender que, dado caso que el ánima sienta cosas que no le convienen, puédeselas sentir y no consentirlas, obrando con la fuerza irascible, con la cual desecha lo que no quiere; y así, con la concupiscencia desea descanso y quietud, y con la irascible desecha y persigue lo que desplace a Dios, y puede con la razón superior estarse llegada a Dios por amor, y la sensualidad en este mismo espacio procura de idolatrar y ofender a Dios, gozando de su deshonesta conversación.

Y porque aquesto entendamos con muy mayor fundamento y con más facilidad, traigamos a la memoria una figura muy propio de la sagrada Escritura. En el capítulo 32 del Exodo [56] se escribe que, descendiendo Moisés del monte, siendo informado de Dios que quería destruir su pueblo que él había traído de Egipto por la idolatría que cometió, así importunó a Dios Moisés porque perdonase el pueblo, que alcanzó lo que pidió su oración. Mas, llegado a donde la gente estaba, airóse contra los ofendedores; y de tal ira, aquellos por los cuales había orado en la presencia de Dios, así los metió a cuchillo, que luego aquel mismo día perescieron a su mano y de los que le seguían casi veinte y tres mil de aquellos por quien rogó. Ahora, pues, con la concupiscible fuerza de su ánima oró por la gente indigna, y con muy gran vehemencia, porque tocaba mucho a la honra de Dios, como lo dice en el texto. Y con la fuerza irascible hizo ven-

---

[55] Ps. 4. 5.
[56] Ex. 32, 7 ss.

ganza en aquéllos, cuya abominable malicia no era de disimular. Entendéis ahora de aquí cómo las fuerzas concupiscible e irascible de nuestras ánimas pueden juntamente y en un mismo tiempo obrar; pues todo esto que está dicho es por darnos a entender que cualquier ánima justa de cualquier siervo de Dios puede en un mismo tiempo padescer cualesquier tribulaciones o deshonestos estímulos, o otra cualquier tentación; y sentirla y sufrirla una vez y muchas veces sin quererla; y en aqueste mismo tiempo que obra aqueste no querer, nuestra virtud irascible puede no dejar de obrar la fuerza concupiscible en el amor de mi Dios, incitando los deseos porque vuele la afectiva por la vía de aspiración. Veis que las pasiones naturales y las otras tentaciones que permite nuestro Dios, siempre nos son provechosas si nos sabemos haber con ellas.

Hemos también de saber que acontesce algunas veces perseverando en quieta contemplación, sin perjuicio de quietud, haber flaqueza del desmesurado cuerpo, y aquesto en un mismo tiempo. Y porque esto no se da bien a entender a los poco ejercitados, caeremos mejor en ello si decimos una figura del Exodo, en el capítulo mismo, donde se lee que estaba Moisés sobre la altura del monte recibiendo de nuestro Dios y Señor en contemplación perfecta muy inefables mercedes, y en tanto que él contemplaba, idolatraba su pueblo. ¿Entendéis esto? Moisés tiene aquí figura de cualquier ánima cebada en contemplación; y el pueblo suyo, que idolatraba, tiene figura de nuestra sensualidad, de esta carne sin mesura, y de sus inclinaciones, y de su poca vergüenza, y de toda mi miseria, y de cuanta poquedad tenéis de vuestra cosecha. La ánima, con el imperio de su libre voluntad, vase a Dios; y el cuerpo corre a su putrefación, por la cual el profeta Isaías dice en el capítulo 40: *Toda carne es heno* [57]. Aquí añadimos: Ahora toda carne es cieno. *Heno*, porque se marcesce o se seca presto. *Cieno*, porque en tanto que no cae, casi siempre está inclinada a su miserable putrefación.

Cerca de lo cual dice el Ricardo, en el capítulo 17 del segundo *De arca mystica*, que en estos cuerpos nuestros hay una parte la cual el imperio del ánima no basta a la templar; y todo lo demás, en lo interior o exterior lo enseñorea la razón. Bien saben entender esto cuantos viven en la muerte de aquesta conversación. Así que de aquí se concluye que el padescer tentaciones, cuanto que sean graves o ajenas de honestidad, en los muy siervos

---

[57] Is. 40, 6.

de Dios no enflaquescen la esperanza de la patria celestial; la cual Cristo Jesús, nuestro amor, conserve en cuantas ánimas por su gran bondad compró.

CAPITULO XXII

Del modo que se ha de haber en recoger las potencias y alzar el ánima a Dios

Diversas veces se ha dicho que en este modo quietísimo de pura contemplación se levanta la afectiva, o que aspira nuestro espíritu, o que vuelan los deseos para levantarse a Dios. Porque cada una de estas maneras de decir parece que significa movimiento, con el cual el ánima haya de ir fuera de sí misma para buscar a su Dios; aquesto se sienta así. Muy cierto es que está nuestro Dios dentro en vuestra ánima, y que para le buscar os conviene entraros dentro de vos; y que cuando estáis por particular noticia allegada a nuestro Dios, estando dentro en vos misma, estáis más alta que el cielo, así por la dignidad que tenéis por estar en su presencia como porque toda la alteza y toda sublimidad no está tan alta como él, en donde quiera que vos os consideréis estar recogida en su presencia o con él. De manera que diciéndoos que levantéis la afectiva, digo que la levantéis de todo lo que no es Dios. Lo mismo si os dicen que se alcen vuestros deseos, o que aspire vuestro espíritu, o que os entréis a estudiar en mística teología. Todo esto habéis de entender que nos llama a lo interior de nuestras ánimas mismas porque gocemos de Dios, que está, cierto, dentro en ellas. De manera que levantar la afectiva es alzar todo el talante del ánima de todo cuanto no es Dios, y alzarse sobre todo ello, y recogerse dentro en sí mesma.

Por lo cual se ha de notar que en este recogimiento o recoleción de nuestras ánimas mismas conviene que se haga reflexión de cualquier pensamientos y de la operación toda de nuestras mismas potencias. Por manera que en quieta contemplación o en mística teología no se admita alguna cosa más que la esencial substancia del ánima, porque solo ella se emplee en puro, y desnudo, y unitivo amor, y no en amor operable; estas diferencias de amor, luego las entenderéis si las procuráis usar; declararse han adelante en el capítulo 26. Ahora tenéis entendido que para la aspiración o vuelo de los deseos o

alteza de la afectiva, y así para lo demás que se requiere para la contemplación quieta, habéis de hacer reflexión de cualquier dispersiones o derramamientos y obras del entendimiento, como entendido tenéis, y vuestras mismas potencias se han de encoger y cogerse dentro en vuestra ánima misma. Por cuyo más claro entendimiento habéis de saber que hacer alguna cosa reflexión es, habiendo salido, volverse a retraer al lugar donde salió, para que deje de obrar lo que estando fuera derramadamente obraba y vuelva su obra a su secreto interior.

Esto entenderemos mejor si se trae a la memoria que Ezequiel, en el capítulo 40 [58], dice que los rostros, o los cantos, o el gordor de ciertas mesas de que trata han de ser reflejadas hacia la parte de dentro. Esta reflexión dice San Gregorio que se ha de entender así: «Cuando alguno, predicando o enseñando, dice por palabras algunas cosas de mucha solemnidad y después se recoge dentro en sí y aquello que echó fuera por palabras lo vuelve a meter en sí para que en obras lo enseñe, esto es cierta reflexión. De manera que si abrís aquí los ojos, veréis que lo que aquél dijo predicando o enseñando fué obrando con sus potencias hacia la parte de fuera; mas cuando se recogió, hizo reflexión a lo interior de sí mismo de aquellas mismas potencias, para que obrasen en su escondido secreto lo que a la parte de fuera a los otros enseñó». Bien está al propósito de nuestro recogimiento o de nuestra aspiración; de donde nos da San Gregorio aquí a entender que las obras del quieto contemplativo siempre han de ser tales, que obren en cuantos la ven ejemplificando, y muy más dentro en su mismo secreto en reflexión tácita de la obra de aquellos bienes que a los otros enseñó o ellos aprendieron de él o de su ejemplo cogeron. Donde se ha aquí de notar que el quieto contemplativo ha de tener cuidado de dar de sí buen ejemplo y no se ha de descuidar que sus obras y palabras continuamente sean tales, que quienquiera que las vea se mueva a alabar a Dios y a desearlas remedar. De manera que obre él y pierda el cuidado en lo demás; que Dios abrirá los ojos y hará que se aprovechen de las obras que en él vieren.

Item, entenderemos mejor esta orden de reflexión si la tomamos por modo más material los que somos materiales. Cada [vez] que crece la mar, alarga y extiende su agua, e hinche muchos esteros y grandes concavidades, y, cuanto vuelve a menguar, aquella agua que extendió recógela hacia sí. Aquella vuelta del agua al lugar

[58] Ez. 40, 43.

donde salió, aquello es la reflexión. Bien así es en nuestras ánimas cuando extienden sus potencias a cualquier cosas criadas; y esas mismas potencias hacen reflexión cuando por la vía de aspiración se recogen dentro en lo interior del ánima. Donde en tácito silencio, y en mansedumbre, y quietud obran en pura contemplación; solamente se reconosce la operación de sola la voluntad empleada toda en amor. ¿Queréis más ejemplos que éstos sobre aquesta reflexión? Un erizo, o una tortuga, o galápago son animales que se encierran dentro en sí y cuando están encerrados obran guardando su vida en muy callada quietud, y nadie los ve en lo interior, ni ellos estando encerrados ven casi nada a la parte de fuera; cuando son constreñidos a salir a lo de fuera, sacan la cabeza y pies, y a cualquier impedimento o que quiera que los toca se vuelven luego a coger y a se encerrar a sí mismos. Esta vuelta hacia sí, este volverse a sí mismos, esto es hacer reflexión: ¿Veis cómo estos pequeñitos animales dan lición a nuestras ánimas cómo se han de recoger y encerrarse dentro en sí?

Cierto está que el ánima recogida y que ha hecho reflexión de sus potencias a sí misma, su obra en la contemplación tiene perfecta quietud; en la cual quietud o secreto encerramiento nada mira en lo de fuera, ni conosce en lo de dentro otra cosa sino amor; ni nadie ve ni entiende la manera de su obra si no es otra tal como ella. ¿Veis cómo la reflexión es causa de quietud, así como la quietud de contemplación perfecta? Y sabed que un caracol sale de su zurroncillo y va donde ha menester, y lleva su casa a cuestas, y saca de su cabeza unos como cornecicos, con que se guía a donde va; y si le tocan, por subtilmente que sea, luego hacen reflexión y se entran en la cabeza, sin que los podáis más ver; y si sienten impedimento, todo el cuerpo se refleja y se mete dentro en sí y nada paresce fuera. Esta es clara reflexión, y mínima y material, y aun correspóndenos más; porque la casa del caracol es como este nuestro cuerpo; su substancia muestra el ánima; los cornezuelos significan las potencias voluntad y entendimiento; la reflexión de todo él va a vuestro recogimiento, y dice que cualquier contemplativo ha de traer su casa a cuestas, despojada de cuanto no ha menester, porque, libre de cualquier impedimento, pueda por aspiración alzarse del todo para se ayuntar a Dios por vínculo de amor desnudo; el cual la clemencia divina conceda a todas las ánimas que a su semejanza crió, las cuales acallan, y recogen, y amortiguan sus potencias con aquesta reflexión, que enseña a

traerlas, y recogerlas y a mortificar su operación, y sin esto no es quieta contemplación. Y Cristo Jesús sea en nuestro amparo.

CAPITULO XXIII

De la amorosa diferencia entre conoscer a Dios por sus criaturas o a ellas poseerlas en Él

Bien está dado a sentir que toda obra intelectual ha de ser amortiguada en la contemplación quieta, y no se ha dado a entender cómo se ha de ordenar esto hasta el capítulo pasado. Por lo cual se note que en esta vía de quietud, tanto significa hacer las potencias reflexión y volverse al centro donde salieron, cuanto significa decir: las potencias cesen de su operación a las cosas exteriores y obre el ánima. Por cuya declaración es bien que sepamos que las tres potencias nuestras, es a saber, la voluntad, memoria y entendimiento, penden de nuestra ánima y por impartible contigüidad están en ella, así como los rayos solares penden por impartible contigüidad de la substancia del sol. Ahora, pues, cuando estas potencias nuestras, bien como rayos de sol, se extienden sobre la tierra, esto es, sobre cualesquier cosas que queremos rememorar o entenderlas, buscando en ellas la verdad para contemplar en ella y convertirnos al amor del que tantas cosas crió, entonces en esta manera obra nuestra ánima mediante nuestras potencias y con gran merescimiento, porque ésta es la arte de los contemplativos, que, sin conocer quietud de contemplación perfecta, buscan al Criador en las criaturas. Mas una cosa es buscar al Criador en las criaturas y otra cosa es poseer y enseñorear las criaturas en el amor del Criador de todas ellas. Lo primero pertenesce a la escolástica contemplación, y lo segundo, a la contemplación mística. La primera manera pueden mostrarla los hombres y la industria natural, siendo ayudados de Dios. De la manera segunda es el maestro sólo Dios, por la dignación divina, como se mostró en el capítulo 15 en la dignidad de mística teología. Nota ahora, pues: tanto cuanto más estas potencias se extienden, tanto más nuestra ánima obra derramadamente; pero cuando se recogen hacen reflexión a la ánima, y diremos que su substancia, es a saber, la esencia del ánima, queda muy pura y redonda, como

una piedra preciosa, para poderla poner en relicario cuadrado, es a saber, en el amor de su Dios.

Vengamos ahora a entender que haber en el capítulo antes de éste dado ejemplos con los cuales se entienda qué cosa es poder hacer reflexión las potencias a la substancias del ánima no es otra cosa salvo querer mostrar la orden para excusarlas de obrar. Así que el entendimiento excuse del todo su discurrir y tenga serenidad la memoria; de manera que la imaginativa refrene su fantasear en cualquier pensamientos y en toda imaginación cuanto quiera que sea buena. Y porque estas cosas dan muy grande impedimento en la contemplación quieta, es de notar que, en tanto que de vuestra contemplación no quitáis total y perfectamente todo lo que dicho está y todas cuantas cosas tienen cuerpo y cualquier pensamientos, no será contemplación quieta, ni contemplación perfecta, ni mística teología, ni es obra de aspiración. Habéis de notar que, puesto que todas estas cosas convengan y sean de mucho provecho para los aprovechantes (si fueren con discreción a sus tiempos ordenadas), no, empero, dejarán de impedir mucho en la vía de perfición. Y como a los principiantes y aprovechantes en la escolástica contemplación se les ha dado todo el libro I y II, bien así, a los muy aprovechados se les da este añadimiento, que es la cumbre o el altura de aquel monte que subían. Así que habéis entendido que habemos de desechar de la contemplación quieta cuantas cosas tienen cuerpo y se pueden entender.

Quédaos ahora de saber, para más satisfación, que el alto y quieto contemplativo Ricardo dice en el primer capítulo del libro primero *De arca mystica* esta palabra o sentencia: «Cuando quiera que en este nuestro propósito oímos o leemos este nombre *arca de santificación*, siempre habemos de entender de aquestas ánimas nuestras, puestas en gracia de contemplación». Y es necesario saber que el propiciatorio de aquesta mística arca será contemplación quieta. Por lo cual en el capítulo I del libro III de *Arca mystica* dice: «Verdaderamente, cuanto más perfectamente olvidáremos todas fantasías y cosas corporales, tanto más profunda y liberalmente nos quietaremos en contemplación perfecta». Dice también en el mismo capítulo: «Nuestro propiciatorio debe ser hecho de oro purísimo». Tanto como si dijese: Nuestra contemplación, si ha de ser perfecta, apurada ha de ser de toda inquietud; de puro oro se ha de hacer; es a saber, de apurada y encendida caridad, convertida en amor puro. Y dice al entendimiento: ¿Tú, qué tienes que ha-

cer en esta obra no tuya? Toma lo que es tuyo y vete. Así que en toda quietud nos ampare nuestro Dios, por su infinita bondad.

CAPITULO XXIV

Cuán grandes dones de Dios recibe la vera contemplación y que se le han de atribuir

Tanto es perfecta la contemplación cuanto con más medida o regla de discreción se ordena el contemplativo. Porque los que van aprovechando y no han llegado a la cumbre de la contemplación quieta, muchas veces han menester dar suelta tasadamente al entendimiento, para que halle en las criaturas por meditación lo que ya tiene hallado en el criador de todas las cosas por fortaleza de fe. Y también puedo pensar que habrá pocos de los más altos contemplativos que son ahora que a veces no les convenga salirse de la quietud interior, para con más libertad tornarse a meter en ella. Dado que los más ejercitados se quietan muchas veces y con gran facilidad, y a veces sin procurarlo, casi sin pensar en ello; porque está pronto en los tales el amor y tienen libre el querer estando desocupados de todo lo que no es Dios; y si aquesto no entendéis, procurad de lo saber, que la maestra es la experiencia. Lo que aquí se da a entender es que cualquier contemplativo se ha de saber ordenar, y ha de ser así como un oficial que sabe muchos oficios, y el uno es tan principal, y de tamaña ganancia, y de tan poco trabajo y de tamaño favor, que se ocupa lo muy más del tiempo en él; pero, porque se ofrecen por veces diversos impedimentos por falta de materiales o flaqueza de oficial, es necesario que salga a otras menores ganancias que pertenescen también en el principal oficio.

Tomad un ejemplo de esto para que entendáis mejor. Un platero es gran maestro en su oficio y, asentado a su labor, sabe hacer muchas piezas de muy gran sublimidad, que admiran a cuantos las ven; también sabe esmaltar y asentar piedras preciosas y otras de esta condición. Pero, porque no siempre puede estar quieto en la tienda ni se sufre estar sentado en esta obra preciosa sin que se entreponga tiempo, sabe también negociar. Sale a veces de la tienda y va a la contratación, donde hay tanta plata y oro, que se anima, con lo que de allí re-

cobra, a se tornar a sentar a su principal oficio. Esto da a entender ser el ánima el platero; sus obras, contemplación, y los esmaltes, quietud; y el salirse de la tienda es por el entendimiento, que va a la contratación meditando en cosas criadas, donde halla tanta copia de cosas de admiración en cualesquiera criaturas, que le acontesce de aquellas mismas cosas sobre las cuales se salió de su quietud tomar nueva aspiración; y sale de todas ellas con muy grande libertad. Habéis de notar aquí que lo que sabe el platero, nunca bastarán los hombres a podérselo enseñar, si la divina bondad no abriera en su inteligencia y la hiciera capaz para poderlo entender. Por lo cual, cualquier oficial perfecto ha de referir a Dios todas las habilidades que él tiene en su facultad. Y cuanto es mayor esta habilidad u oficio en que os ocupáis, o letras que vos tenéis, o sabiduría escondida, o cuanto quisiéredes más, tanto sois más obligado a referiros a la gran bondad de Dios, que os hace capaz de todo cuanto sabéis.

Esto podremos sentir con mayor autoridad si ocurrimos a una figura de la sagrada Escritura, la cual paresce que aquesto nos da a sentir, donde en el capítulo 31 del Exodo [59] dice nuestro Señor Dios: Yo llamé a Beseleel, y le di complimiento de dones espirituales; sapiencia, inteligencia y ciencia, para que sepa entender y obrar cuantas cosas se pueden hacer de oro, y de plata, y de latón, y de mármol, y de gemmas, y de la diversidad de cualesquiera maderas. Beseleel se interpreta o quiere decir *sombra de Dios*, y es figura del ánima contemplativa, la cual está cogida y recogida a la sombra de Dios, es a saber, al amparo de Cristo; y a esta tal ánima dice el arcángel San Gabriel en nuestra muy gran Señora por San Lucas, en el capítulo 1 [60]: *La virtud del muy alto te hará sombra.* De manera que Beseleel es sombra de Dios, es ánima a quien recoge la virtud del Altísimo a la sombra o al amparo de su gran benignidad.

Ahora, pues, ¿qué otra cosa es llamar nuestro Señor por nombre a Beseleel, salvo atraer a sí el ánima contemplativa, a la cual tantas veces llama Dios cuantas con divinos y secretos tocamientos entrañables la despierta a entrarse dentro en sí misma? Donde muestra el suavísimo Señor a las ánimas que se le dan por amor cuanto es menester que sepan. ¿Qué cosa es dar Dios a Beseleel cumplimiento de dones espirituales, salvo a dar a la tal ánima libertad o enseñamiento, mediante teología mística,

[59] Ex. 31, 2-3.
[60] Luc. 1, 35.

para poder aspirar a juntarse con su Dios por ejercicio de amor? ¿Y qué es darle inteligencia, salvo abrir su entendimiento para que pueda comprehender entendiendo los secretos del espíritu de la letra, quitándole la corteza, y todo lo que entendiere convertirlo en puro amor? ¿Qué cosa es que diga la autoridad que le dió sabiduría, salvo que le dió saber por gusto sabroso para ocuparse en quieto recogimiento en los retoques de amor en la contemplación quieta? Ciencia dice también que le dió, con la cual saben las contemplativas ánimas dar a entender a los otros que procuran con espíritu de verdad los retoques de espíritu, pudiéndolos imponer en vía de contemplación y declarar a los tales algunos puntos secretos, los cuales entienden las tales ánimas con esta ciencia. Donde acontesce ser preguntado un contemplativo y hacerle la pregunta quien tiene menos experiencia que él, y, comenzando aquel en las palabras primeras, tenerle entendido ya y saberle responder así como le conviene. Yo sé esto por experiencia, por las veces que he preguntado mis dudas a los más experimentados.

Es de notar que dice la autoridad que le dió a Beseleel el cumplimiento de espíritu de Dios, donde la *Glosa* interlineal dice: «Dones espirituales». Cerca de lo cual hemos de saber que todos los dones y gracias que estas ánimas reciben son dones espirituales; y para que diga así, son dones del Espíritu Santo; los cuales, dado que sean gran muchedumbre, se cogen en el número de siete, porque es número que presenta perfición. Ahora, pues, ha dicho que Dios dió a Beseleel, que es la contemplativa ánima, espíritu de inteligencia, y de sabiduría, y de ciencia; tres dones son de los siete principales; todos, por su gran clemencia, nos los dé nuestro Señor. Y procede la materia.

CAPITULO XXV

Cuánto difiere la contemplación común de la que es pura y perfecta

Dió Dios a Beseleel complimiento de dones espirituales, etc., como queda declarado. Y dice que se los dió para que sepa ordenar las cosas que de oro, y plata, y latón, mármol, y gemmas se debe y puede hacer. Y es de notar que de aquestas mismas cosas dejó ordenado

David, ante su fallescimiento, que su hijo Salomón hiciese el templo de Dios. Según parece en el primero Paralipómenon, capítulo 29 [61], y de los mismos materiales hizo con copia grandísima aqueste templo de Dios el mismo Salomón, como también se recuenta en el capítulo 2 del segundo Paralipómenon [62], donde el rey Irán, escribiendo a Salomón, le dice que le envía un oficial sapientísimo que sabe obrar y ordenar cuanto se debe hacer de oro, y plata, y latón, y de mármol, y de gemmas, etc. En la nuestra autoridad del capítulo antes de éste se ha dicho que Beseleel era oficial de esta misma operación y de estos metales mismos. Aquél era sapientísimo por gracia infusa, como allí lo dice Dios, que le dió cumplimiento de inteligencia. Este otro fué sapientísimo por gracia adquisita, porque de hombre lo aprendió. Declarado queda con muy cierto fundamento que Beseleel es figura, por su interpretación, del ánima contemplativa. Hemos ahora de notar que Salomón hizo de estos materiales y otros muchos el templo de Dios. Ahora, pues, dice el apóstol San Pablo en la primera a los Corintios, capítulo 3 [63]: Cualquier ánima justa es templo vivo de Dios. Así que la una y la otra figura de la Escritura sagrada que quedan en estos dos capítulos notadas se conforman en ser figura del ánima.

Habéis ahora de saber que cualquier ánima contemplativa, por la mayor parte en los principios y aprovechamiento de su contemplación, comienza y procede con gracia adquisitiva, quiero decir, que recibe de Dios gracia para poderse disponer y ordenar a tener las condiciones que se requieren en el ánima que ha de venir a la contemplación quieta. Por manera que esta disposición que el ánima pone en sí siendo sus obras derechas, esto se llama *adquirir*, como el que se dispone a trabajar por adquirir hacienda, y las virtudes que por aquí se alcanzan se llaman virtudes *adquiridas;* las cuales se aprenden de los hombres mediante los ejemplos que tomamos de los buenos y nos dejaron los santos. Aquestos contemplativos comparan al oficial que se ha dicho mucho sabio que al templo de Salomón envió el rey Irán.

Item, los contemplativos quietos que habrán mucho aprovechado mediante lo que adquirieron con la ayuda de Dios tienen figura en el otro oficial mucho más sabio que aquéste, conviene a saber, Beseleel, el cual no tuvo gracia adquirida por espacios, sino infundida de Dios. Pues si cada uno de estos oficiales y ambos a dos

[61] I Paral. 29, 1-9.
[62] II Paral. 2, 13.
[63] I Cor. 3, 16.

y el templo de Salomón figuran el ánima contemplativa, está bueno de entender que las ánimas que se quietan en contemplación perfecta, en la cual no se conoce otra cosa sino puro y unitivo amor, estas tales no hacen su obra, ni conservan su quietud, ni se derriten en los fuegos del amor por vía de gracia adquisitiva o adquirida por humana diligencia, sino por gracia infundida, porque ésta es Beseleel, que quiere decir *ánima puesta a la sombra de Dios;* a la cual dice él en la autoridad que dió cumplimiento de espíritu suyo.

Ahora queda que podamos entender por qué orden o en qué manera ha de obrar Beseleel el oro, plata y latón, y el mármol, gemmas y madera que dice la autoridad. Cierto es que el oro es tan precioso metal, que quien alcanza de él más, obra con mayor caudal y más sin reprehensión si su obra va siempre a bien. *Oro* en la sagrada Escritura significa fortaleza, y aquella ánima que más fortaleza tiene, muéstrala en mejor obrar, y con más perseverancia, y más sin reprehensión. Entonces sabe el ánima recogida cuánto ha de hacer del oro, cuando persevera con esfuerzo varonil, y con tan grande cuidado y con tamaño fervor en allegarse a su Dios entre mil persecuciones y entre todo disfavor, cuanto se halla esforzada, y ferviente, y fortalecida en cualquier prosperidad. Así que el oro muestra aquí fortaleza, que Dios infunde en las ánimas que le aman, y es uno de los siete dones del Espíritu Santo. Y es de saber que si por el oro no hubiésemos de entender la fortaleza, no nos hubiera dicho el santo Job en el capítulo 31, justificando sus obras para alabanza de Dios, esta siguiente sentencia: *Si estimé el oro, por mi fortaleza* [64]. *Plata* nos quiere significar elocuencia o buena gracia en palabras, así como la *Glosa* interlineal lo muestra en la autoridad notada del Deuteronomio, y también en el salmo 11 lo mismo se da a entender; porque diciendo allí las palabras del Señor son *plata examinada,* y aquí la *plata es elocuencia,* junta una conformidad de ambas autoridades. Por manera que entonces Beseleel sabe obrar bien cuanto ha de hacer de plata; cuando la ánima contemplativa así ordena sus palabras, que ceben a sí y a quien las oyere con la doctrina de Cristo, aprendida en la escuela del amor.

Item, entonces saben estas tales ánimas hacer obras de latón, cuando así miden su manera de hablar, que si no son preguntadas o por tal necesidad, casi están siempre calladas, sabiendo bien que el latón tiene el sonido algo bueno y es de pequeño valor, y significa el tono de

[64] Iob 31, 24.

las palabras que son muy ordenadas; las cuales, cuanto quiera que sean buenas y tengan cuan buen sonido, quisiéredes en cualquiera enseñador; si al valor, que son las obras, no se conforman, retinte o sonido de latón es. Y si esto no fuera así, no hubiera dicho San Pablo en la primera a los Corintios, capítulo 13 [65]: *Si alguno hiciere muy grandes obras sin tener caridad, como golpe es de campana o sonido de latón. Mármol* todos tenemos, que es la base o fundamento sobre quien se funda la fuerza del edificio, y entonces Beseleel sabe en los mármoles labrar u obrar, cuando el ánima contemplativa está fundada en quietud y en sustentar la fuerza del edificio de todo su fundamento en la perseverancia de su encerramiento y en no dejarse mover, siendo ayudada de Dios. Y por esto Salomón, en la autoridad notada, y también Beseleel admiten *mármol* cada uno en su operación. Beseleel, que está a la sombra de Dios, sabe obrar sobre el asiento del mármol; Salomón, que edifica el templo a Dios, manda traer mármol para el edificio.

Ahora queda de decir que sabe entender obrar en muy diversas *maderas*. Donde es de poner en la memoria que la madera de quien los muy buenos oficiales se pueden aprovechar en su obra, si ha de ser buena, ha de ser madera seca; y las más de las maderas nos muestran imperfición, porque, si tienen en sí torcimientos siendo secas, no se pueden enderezar, y a las veces se carcomen o hay en ellas hendimientos, y al fin faltan con el tiempo. Ahora, pues, tanto me da decir que Beseleel recibió inteligencia para saber obrar en diversidad de madera, cuanto si dijese la ánima contemplativa recibe gracia de nuestro Señor en la contemplación quieta para saber ordenar su vida; y conversación ajena de torcimientos, cuanto a su muy buen ejemplo; y guardada de carcoma, cuanto a su quieta conciencia y libre de toda discreta estimulación; tal que en nada le pueda desasosegar, y sin hendedura alguna, que le impida la caridad ni que estorbe la obediencia. Y porque ningún contemplativo sin aquestas condiciones puede ir a la perfición y porque en cualquier religioso la falta de estos avisos es muy mucho de culpar, por esto, es a saber, por aquestos torcimientos, carcomas y lo demás que son faltas de madera, el profeta Isaías en su capítulo 19 [66] dice: *Sean confusos los hombres que fundaren sus obras sobre madera.*

Será, pues, la conclusión que cualquier contemplativo conviene que sepa obrar con regla de discreción; cuan-

[65] I Cor. 13, 1.
[66] Is. 19, 9.

do pudiere, en quietud, y en tasado entendimiento cuando hay necesidad; Cristo Jesús sea en el amparo de todos y nos enseñe cómo nos convenga obrar.

CAPITULO XXVI

De cuatro diferencias de amor, y de su significado, y de su transformación

La justicia, en substancia, una es no más, y, según diversa operación, tiene diversos nombres, como justicia ordinaria, Hermandad y Inquisición, etc. Lo mismo es en el amor que nuestro Dios y Señor cría en las ánimas que se aman, el cual, cuando nos hace andar cuidadosos y sirvientes por llegar a la virtud, y desechar nuestros vicios, y tener vida ordenada, se llama *amor operativo;* y si deja de obrar luego, no se llama amor. Item, cuando este amor cresce y nos hace andar cuidadosos de servir a nuestro Dios y de quietarnos en él, apartando de nosotros todo lo que no nos es favorable en este intento, y no tenemos cuidado de ningún provecho nuestro y amamos a Dios por sólo amigable amor, llámase éste *amor desnudo*, porque tiene desnudez de todo nuestro interese. Item, si cresce este amor hasta irse derecho a Dios sin medio de las criaturas ni por vía de las potencias, sino por aspiración de afectiva, la cual súbito recoge el ánima en unidad de substancia, se llama *amor esencial;* porque en la substancia eterna o esencia divina es toda su ocupación aquellos espacios que ama de amor esencial, entiendo que el amor suyo en su Dios es como una gota de agua infundida en un desmedido mar. Item, cresciendo más este amor por la mayor desnudez de todo cuanto no es Dios y por más disposición del ánima enamorada, la dignación divina recibe este amor, que en nuestras ánimas cría y ayunta nuestro amor criado en su amor infinito, llámase *amor unitivo*, porque ya está unido a Dios por la divina clemencia.

De manera que tenéis vistas aquí cuatro diferencias de amor. La primera conviene a los principiantes, que se despiertan a amar. La segunda a los que han aprovechado en la contemplación. La tercera, ya es de los que van llegando cerca de la perfición. La cuarta diferencia es ya de los más perfectos en contemplación quieta, y de estos tales se entiende la autoridad de San Pablo, que dice en

la primera a los Corintios, capítulo 6 [67]: *Las ánimas que a Dios se allegan, un espíritu son con él.* Habéis aquí de notar que hasta presentarse este amor nuestro a la presencia divina, siendo ayudado de Dios, aprovecha nuestra industria, mediante la aspiración, sobre la pura conciencia; pero en la unión del amor nuestro con el amor infinito, obra es de sola la divina dignación, por la clemencia divina.

Es de notar que cada vez que nombramos este nombre, *amor,* mostramos virtud unitiva, que hace juntamiento del que ama y del que es amado y hace uno de los dos con verdadero atamiento de gracia; mas entended que esta unión o este atamiento, tanto es más propio y más verdadero cuanto el amor se ha acrescentado en el ánima según las cuatro diferencias que de amar quedan mostradas. Donde es de notar que el ánima que desea infundirse y transformarse en el abismo y infinito amor increado es menester ser trasmudada en amor y que este amor vaya al centro donde salió, es a saber, a su Dios; por manera que sea la ánima como una piedra preciosa tan redonda, que no tenga entrada ni salida, la cual sea puesta en un relicario no menos ancho que altísimo, como otra vez se apuntó, donde la piedra se queda en relicario, sin que se pueda hacer caso de su cantidad. La piedra es nuestro amor criado. El relicario es el amor infinito. Ahora, aquesta pedrecita no se pierde de su ser, pero, por comparación del relicario en el cual está infundida, no queda que pensar de ella, sino en sólo el relicario que la rescibió y la tiene. Y puesto que son impropias aquestas comparaciones, nos abren algo los ojos para poder entender los menos ejercitados lo que tienen entendido los que se dan a quieta contemplación.

Mas aun para declarar este infundirse el ánima en el amor, podráse sentir así como se apuntó en el amor esencial. El amor que tiene esa ánima es una gota pequeña rescebida del abismo de las aguas de nuestro infinito amor; el cual, si por ellas no se pudiera entender, no hubiera dicho el Salmista, en persona de Cristo Jesús, en el salmo 21 [68]: *Derramado me han como agua.* Así como si dijera: Aquesta temporal vida de mi humanidad sagrada, como si agua derramaran, me consentí derramar en el infinito amor con que obré la redención de toda la humanidad. De manera que como agua derramé toda mi sangre con el infinito amor que tengo con mis criaturas. Así que la humanidad sacratísima de nuestro remediador

[67] I Cor. 6, 17.
[68] Ps. 21, 15.

es como una gota de agua en comparación de su inacesible divinidad, y porque esta gota de agua infundida en aquella infinidad es infusión verdadera de amor, en amor puede aquí cebar nuestras ánimas; a las cuales, porque entiendan más en claro este modo de infundirse o de venirse amorosamente a Dios y porque sepan que las aguas en este lugar son figura del amor, el cual bien, como agua, debe ser derramado en el amor como una gota pequeña en un infinito mar; por esta causa, y animándonos para esta en el capítulo 2 de los Trenos [69], dice Jeremías: *Derrama tu corazón en el amor de tu Dios así como quien vierte agua.*

De manera que está la facilidad de la contemplación quieta en amar sin condición y en infundirse nuestro amor en el infinito; quiere decir, que el amado así se pierde de sí, que no queda nada de él por la infinidad del amor en quien hace su infusión. Y por esto dice el Herp «que el espíritu en este espacio cesa de vivir a sí mismo, porque todo vive a Dios». Hase, empero, de notar que aun nos pueden algún tanto aclarar más este venirnos al amor de nuestro Dios si vemos algún ejemplo que nos muestre la manera de transformarnos en él, así como hemos tomado la manera de infundirnos. Y así, podemos decir que el amor de nuestro Dios infunde en sí nuestras ánimas como el sol en el cristal, que lo esclaresce y penetra y se muestra dentro en él; y nos transforma en su amor, como muda el hierro en fuego. Y se muestra su grandeza sobre nuestra poquedad como un espejo muy grande ante otro espejo chequito. Y si tomáis un espejo tan pequeño que no sea mayor que un real y lo metéis en una vasija de agua y lo ponéis hacia el sol, veréis en aquella partecica del espejo encerrada y recogida toda la rueda del sol, mayor que toda la tierra. Entenderéis por aquí que el sol vivo de Justicia, que es Cristo nuestro Señor con su infinita grandeza o en su esencia divina, se recoge y se encierra en lo interior del espejo de vuestra ánima aun estando sumergido en las aguas de esta nuestra honduosa vida.

De manera que sea aquí la conclusión que para infundiros en el amor infinito, para transformaros como hierro en el infinito fuego o para que el sol clarísimo se infunda en nuestro cristal, no tenéis necesidad más que de entraros en vos, pues tenéis sabido que en el espejo chequito de vuestra recogida ánima hallaréis a vuestro infinito Dios. De manera que si os dicen que vuelen vuestros deseos, entended vos sobre toda cosa criada; y si os dicen que

[69] Lam. 2, 19.

levantéis la afectiva o que alcéis la aspiración, dicen os que dejéis abajo de vos a todo cuanto no es Dios y que os levantéis de todo hasta entraros en vos mismo. Y entended que estando dentro en vos, sin que os acordéis del cielo ni del ceto o compañía angelical, estáis muy más alto que él, pues que sois templo de Dios y Dios está dentro en vos y vos os estáis con él, quitado de cuanto crió. Y cuando decía San Pablo [70] que nuestra conversación es en los cielos, allá creed que estaba ya en la presencia de Dios por su gran recogimiento dentro de su hombre interior, que es el verdadero cielo donde estáis siempre con Dios, si os conserváredes en él con la gracia de su amor.—Los ángeles le den gracias.

CAPITULO XXVII

Qué cosa es no pensar nada en contemplación perfecta y de la autoridad y utilidad de mística teología

Ya tenéis tomado aviso que en el estudio secreto de aquesta negociación no se admiten en contemplación perfecta en la vía de la quietud pensamientos, cuanto quier que sean buenos. Cerca de lo cual habéis de notar que Enrique Carlaal, contemplativo muy quieto, dice así hablando consigo mismo acerca de aquesta materia: «¡Oh ánima mía!, mucho trabajas, porque piensas muchas cosas; piensa no más de una, y trabajarás menos, con mayor ganancia; y aun te digo que, si puedes, y sabes, y quieres, no pienses nada, y sin algún trabajo ganarás más». Entienda quien tiene orejas y sepa que en este no pensar nada se comprehende un gran mundo, en el cual la contemplación perfecta comprehende y tiene en sí todo cuanto hay que merezca ser querido; y como éste es sólo Dios, resta que en presencia suya todo lo demás es nada; y como tal no se ha de pensar en ello.

La quieta contemplación ocúpase en sólo Dios (entended en sólo amor suyo); esta ánima que contempla no reconoce en sí misma otra cosa sino sola la centella del amor, que está vivísima en ella; la cual, comparándola al incendio del amor en el cual está ocupada, es como una gota de agua en el golfo de la mar, como ya queda notado. Ahora, pues, una ánima que es una cosa tan mí-

70 Phil. 3, 20.

nima, en presencia de aquel amor infiito, estando ocupada en él, ¿qué es lo que podrá pensar? Ciertamente incomprehensible es Dios, y los muchos pensamientos y el muy vivo entendimiento ni alguna cosa comprehensiva, ¿es posible que pueda nada en la comprehensión suya? Donde si bien lo miráis, los contemplativos quietos, en la vía de contemplación perfecta tendrán por tiempo perdido ocuparse en pensar en cosas particulares; porque tienen bien sabido que el ánima que tiene hábito de amor, cuando no aparta su vista de aquel amor infinito, tiene en él bien conocido cuanto conviene entender; y la ánima que tiene y puede poseer todos los bienes juntos, ¿quién dirá que sea buen seso pensar en particular cualesquier bienes pequeños? Entendiendo San Agustín qué quiere decir aquesto, decía él: «Cuando tengo a solo Dios, tengo en él todo lo que hay que tener, y cuando tengo con él todas cuantas cosas crió, no tengo más que si sólo lo tuviese». Y que quiere decir esto: Cierto y verdaderamente, en presencia de nuestro Dios y Señor, todo lo criado es nada. Pues el ánima que por amor unitivo en la contemplación quieta está ocupada en su Dios, bien se dirá con verdad que no debe pensar nada, pues que en este pensar nada, tiene cuanto hay que pensar.

Es aquí de ver que aqueste Enrique Carlaal, cuyas son las dos palabras que arriba quedan notadas, es a saber, *¡Oh ánima mía!*, etc., fué un teólogo parisiense y fué monje cartujano, y en la sacra Religión de los cartujos tienen muy mucho en costumbre cantar en los maitines aquel verso de los Trenos de Jeremías [71] que en el capítulo antes de éste queda autorizado, es a saber: *Derrcma tu corazón en la presencia de Dios como quien derrama alguna vasija de agua*. Y el corazón, por quien se ha aquí de entender el incendio del amor que ha de estar vivo en el ánima de cualquier contemplativo, así se ha de derramar muy junto y súbitamente en el amor infinito como un vaso boca abajo derrama muy junta su agua. Aquesto quiere decir que el amor que recebimos de nuestro amoroso Dios, junto se lo hemos de dar y sin alguna excepción. Y entonces sabréis que muy junto se lo dais cuando en vuestra contemplación sabéis que no pensáis nada de todo cuanto es Dios. Y en todos los entrevalos, conoced si amáis enteramente a mi Dios, que tanto os ama, cuando entendiéredes qué es lo que quiere decir el contemplativo quieto Ricardo de Sancto Víctor en el libro IV *De arca mystica*, donde en el capítulo 16 dice lo que ahora se sigue: «Ciertamente, cuando en alguna cosa que no

[71] Lam. 2, 19.

nos allegue a Dios podemos recibir algún consuelo o placer, no me atrevería a decir que tenemos señal de amar con vivo y despierto amor a nuestro Dios amantísimo»; y reduciendo el intento a la autoridad de Jeremías en los Trenos, como es dicho, dice dos palabras antes: *Levántate, ánima, y alaba a tu Dios de noche en el principio de las vigilias.* Así como si dijese: Levántese la afectiva por la vía de aspiración, álcese el ánima a Dios en un instante de tiempo. Y dice en el principio de las vigilias así como si dijese en el primer espacio de vuestra contemplación, etc. Porque tener vigilia o velar en oración no es otra cosa sino estar el ánima pronta a levantar la afectiva para quietarse en su Dios. Donde en tanto se puede decir que el ánima se conserva en las vigilias en cuanto vela sobre sí mesma a estar pronta para llegarse a su Dios.

Dice, pues, la autoridad: *Al principio de las vigilias,* así como si dijese: Siempre sea el principio de vuestra contemplación levantar de todo cuanto no es Dios el talante de vuestra ánima, en manera que algún pensamiento no tenga cabida en vos, cuanto quiera que sea bueno. Quiere decir que vuestra contemplación, si ha de ser quieta y perfecta, no ha de saber ocuparse en más que sólo el amor; el cual, si es amor quieto en contemplación perfecta, no ha de saber pensar nada durante aquella quietud, porque el amor de mi Dios, en el cual está el ánima ocupada, no es cogitable ni intelegible que lo pueda comprehender nuestro entendimiento, sino deseable y amable; en nada tiene lugar en el entendimiento aprehénsión, sino sola la afectiva, los deseos y voluntad.

Así que si la perfición de todo contemplativo consiste en el amor de nuestro Cristo Jesús, en el cual los pensamientos impiden, necesario es que sintamos que entendió lo que decía el que dijo que es mejor en quieta contemplación no pensar nada. Y por esto dice la autoridad: *Que se levante nuestro corazón de noche,* porque así como la noche quita de nuestra vista corporal todo lo que con la claridad podemos ver, bien así el muy súbito alzamiento de nuestra afectiva esconde de la vista intelectual todo lo que Dios crió, y quédase sólo en él. De manera que dice la autoridad repartida en estos dos capítulos lo siguiente: Levantaos y alabad a Dios de noche al principio de las vigilias y derramad junto vuestro corazón en presencia del Señor; así como quien vierte agua. Donde se note que en esto que dice que de noche os levantéis, corresponde al Salmista, que en el salmo 138 [72] dice:

[72] Ps. 138, 12.

La noche, es a saber, el escondimiento de la contemplación quieta, alumbra la ánima contemplativa así como lo muy más claro del día, es a saber, de cualquier comprehensión intelectiva. Porque las tinieblas, es a saber, el silencio secretísimo de la contemplación quieta, así dan clara satisfación al ánima en cualquier quitamiento de entrañable devoción como en la luz que más regala el espíritu; porque en lo uno y en lo otro tiene conformidad con el querer de su Dios.

Es aquí la conclusión decir que es imperfición de las ánimas largo tiempo ejercitadas pensar en particulares bienes de cualquier criaturas, queriendo buscar en ellas causas para amar al que es piélago de amor infinitamente amable. Mas, sobrepujando lo criado y alzándose de todo ello, se vaya el ánima a Dios por súbito y momentáneo levantamiento de espíritu, que no tarde en este camino tanto como el párpado del ojo puede tardarse en menear o pestañear. Mas que, a manera del rayo del sol, el cual en el instante que nace en Oriente no tardan tanto sus rayos en llegar hasta Occidente como vos en pestañear. Así ha de ser el ánima, que en un instante ha de levantar su espíritu por la vía de aspiración; la cual es más ligera y momentánea que el mismo rayo del sol. Y entre las grandes ventajas que hay en la teología mística por la vía de aspiración sobre cualquier ejercicio intelectual, ésta es mucho de estimar, conviene a saber: que si una vez toma hábito este ejercicio en el ánima, tarde se le puede caer, y comiendo, y andando, y obrando, y aun leyendo, y escribiendo puede aun no dejar de obrar, se yendo ayudado de Dios.

Y si, porque somos hombres cargados de impedimentos, a veces nos descuidamos, el mismo ejercicio tiene puesta en las entrañas la aspiración o afectiva, la cual sirve de una aldaba, y, al punto que os descuidáis, da un golpe reprehensivo con dulcedumbre en el ánima; al cual, sin algún medio, en un instante, acudís respondiendo, y la respuesta que dais es obrar aspirando a vuestro amor, donde va vuestra afectiva, y esto es mucho de estimar. Habéis de notar aquí que es cosa posible y cierta que muchos de los lectores, por falta de la experiencia, quedarán sin entender muchos puntos que son muy inteligibles a los más ejercitados; pero el no entender de los tales no da ocasión de dudar la certidumbre de este ejercicio divino, el cual San Pablo enseñó a Dionisio, discípulo suyo; el cual prevaleció en contemplación perfecta y quietísima a cuantos le han sucedido, y en comprehensión de los divinos secretos grandes cosas alcanzó y las

dejó escritas, y él escribió a Timoteo muchos y muy delicados puntos de la contemplación quieta.

Item, el Ricardo, y Enrique de Balma, y Enrique Herp, y San Bruno, y San Gregorio, con otros muy muchos santos y con muchos que aun ahora viven, en lo que éstos escribieron, y el Gersón y los demás se verifica la verdad de aquesta ciencia escondida de mística teología. Donde es así que sobre este fundamento fundaron las Religiones los santos qus fueron principio de ellas, y es muy entera verdad que, si en la quieta oración no aprendieran esta ciencia perfecta, no pusieran con tanta felicidad sus hijos en la vía de perfición; la cual, por la divina clemencia, nos conceda a todos nuestra amantísimo Dios.

CAPITULO XXVIII

Cuándo convienen al contemplativo quieto las oraciones vocales y obras del entendimiento

Cualquiera obra de virtud y toda meditación de cualquiera cosa criada y cosa que tenga cuerpo y en la vida y los misterios de nuestro Cristo Jesús tiene muy grande merescimiento; y cualquier que lo posee sobre muy limpia conciencia recibe de nuestro Dios grandes gracias y mercedes, mayormente en la alta meditación de los misterios y de la vida y pasión del Señor nuestro; los cuales merescimientos, en la ánima que los posee como debe, sobrepujan a cuanto hay en esta vida que se pueda merescer, sacando la perfición de la contemplación quieta, la cual se alcanza con ellos, digo, con estos merescimientos; porque, en la verdad, no hay ningún camino abierto ni alguna entrada tan cierta para la contemplación quietísima de la incogitable y inacesible divinidad como la meditación de los misterios de nuestro Cristo Jesús fundada sobre la pronta humildad, tomada del conocimiento propio de nuestra aniquilación.

Mas hase aquí de notar un dicho de Enrique Herp en el *Directorio áureo*, el cual enseña a sentir que toda meditación en cosa que tenga cuerpo y toda obra de virtud pertenesce a vida activa espiritual. Dice activa por la obra inquieta del entendimiento en las cosas corpulentas, habida comparación a la operación perfecta de la quieta voluntad; la cual obra es sólo amor. Y dice activa espiritual, diferenciando de las obras activas que obramos con

estos miembros y cuerpo. De manera que entenderemos de aquí que decir hombres espirituales o contemplativos quietos o contemplación perfecta no se entenderá de aquellos contemplativos que no saben levantarse de todo lo corpulento, y de todas las criaturas, y de todo lo que no es Dios. ¿Quién no ve, si tiene vista interior, que toda meditación por vía de entendimiento con cualesquiera criaturas va paso a paso y por espacio de tiempo buscando el amor, que es fin de toda contemplación? ¿Y quién no entiende que, andado nuestro entendimiento meditando en las cosas corpulentas, cuanto quiera que sean buenas, se envuelve la nuestra imaginativa en los cuerpos en quien piensa, lo cual no es pequeño impedimento en los muy prontos ni hace pequeño daño a veces, si hay poco aviso?

Ahora, pues, si este inconveniente no se le puede denegar a cualquier meditación que discurre en las criaturas, ¿quién habrá entre los más recogidos que no entienda que, si obra la voluntad por la vía de aspiración, no solamente va caminando a su Dios, pero en un súbito vuelo se levanta la afectiva, y cobra en un pronto instante lo que por otro camino no se alcanza en mucho tiempo?

Porque esto se entienda con mayor facilidad, porné aquí casi a la letra un verbigracia o ejemplo que pone acerca de este propósito el quieto contemplativo Herp, cuya doctrina en contemplación perfecta es muy mucho de estimar; hace esta distinción: un hombre en la vida activa espiritual tiene intención derecha. Otro hombre en la vida contemplativa quieta y perfecta tiene intención simple. Estos dos ruegan por toda la Iglesia, y por vivos y difuntos, y por todos sus amigos, y toda necesidad. El que está en la vida activa hace oración meditando por obra del entendimiento, con el cual pasa por la corpulencia de aquello que recomienda, y algunas veces rezando hace la tal oración; este tal, de todo punto no podrá librarse de algunas representaciones y imaginación de aquellos por quien ruega y de sus necesidades; este impedimento, muy grande es a cualquier ánima que desea encerrarse en sí y contemplar con quietud, porque mucho la distrae. El segundo, que se ha dicho que está en la vía contemplativa con simple intención, trae por vista intelectual quieta y amorosamente a su presencia los amigos y parientes, y el purgatorio y cuantas necesidades hay en la santa madre Iglesia, y la conversión de los infieles, y todo lo comprehende con sosegada y viva fe; así como si quisiese con un mirar comprehender muy muchos millares de hombres. Este tal, cuanto está necesitado en el

mundo, todo lo ve sin se distraer en pensamiento de nada; éste por eso se dice tener simple la intención, porque no pone la vista de sus entrañas en otra cosa que en Dios, en quien ve todo lo que podría querer ver en cuanto hay necesitado; y con aquella quietud y con la fe que lo ve lo presenta a su Dios, y le demanda merced tácita y secretamente por todo aquello que necesitado ve.

Esta manera de orar es perfecta y copiosísima, porque ningún medio pone entre su Dios y entre sí la tal ánima; porque su fe comprehende y ve muy claro su Dios, en cuya presencia está, cuanto de aquestas necesidades pudo esta ánima en cualquier tiempo desear; y así como esta fe viva le enseña que la sapiencia divina entiende cuanto ella desea y ha deseado demandar, así también entiende que la bondad infinita ha por bien de concederle, de todo cuanto desea, lo que conviene alcanzar; y así, con una sola y simple intención, obra más en un instante encerrada en su quietud que la otra intención derecha envuelta en el entendimiento podrá en largos espacios con más trabajos alcanzar. Y nunca podrá pedir tanto particularizando con el discurso, cuanto podrá abrazar sin gastar en ello tiempo encerrada en su quietud. Y de aquí es que dice el Enrique Herp que las meditaciones derramadas, las cuales se acompañan a las veces con oraciones vocales no necesarias, tanto tiempo las debe el contemplativo usar cuanto no se halla pronto a quietud y simple contemplación, excepto lo que es obligado a rezar vocalmente, como la misa y el otro oficio divino v horas canónicas, el que tiene obligación a ello. Y las tales oraciones no las debe el contemplativo quieto querer para más que para dar buen ejemplo en confesar y alabar en sus palabras a la gran bondad de Dios y por despertarse así los espacios que la discreción lo muestra, hasta que el fuego de amor comience a levantar su afectiva. Entonces se han de dejar las oraciones vocales y obra del entendimiento, salvo en el caso dicho, cuando lo vocal es de obligación; las cuales, como está dicho, impiden en gran manera la quietud del poderoso sosiego, en el cual y en el amor que está en él se halla la perfición de la contemplación simple, y pronta, y verdadera.

Cerca de lo cual dice el mismo Herp que así como el trigo siendo trillado es limpiado de la paja, la cual se da a las bestias, encerrando y guardando bien el trigo, así son las oraciones vocales comparadas a la paja, y la encerrada quietud será comparada al trigo. Dice, pues, que tanto espacio se ha de trillar y tanto se ha de querer y tratar con el entendimiento hasta que el trigo de la quietud sea hallado entre la paja y sea limpiado de ella, y

entonces las palabras y vocales oraciones y toda obra derramada se ha de dejar, como paja, para mantenimiento de nuestras menores fuerzas animales, que son las concupiscencias inferiores; las cuales entienden siempre en los provechos del cuerpo y en las obras de la tierra; y, por tanto, el Herp en este lugar las compara con las bestias, habida comparación a las fuerzas superiores de nuestras ánimas; las cuales por sólo amor se procuran levantar a las cosas superiores. Hanos de quedar de aquí que la oración más perfecta y que comprehende más y que alcanza más de Dios es aquella que es más quieta, porque en aquesta quietud está más más pronta la atención, mediante la cual alcanza el ánima orando las cosas que pide con toda humildad a nuestro benigno Dios.

Cerca de lo cual se escribe en el libro II del Paralipómenon, en el capítulo 33 [73], que, habiendo el rey Manasés sido ofendedor de Dios y adorador de los ídolos y muy pronto en extremada maldad, fué convertido a nuestro Dios y Señor por la clemencia divina; y conociendo su grande abominación, demandó misericordia, y oyóle nuestro Señor y recibió su oración, porque oró atentamente. Y es de ver que está concluído que la más pronta atención consiste en la más pronta quietud y en la oración que es más simple. Ahora, pues, Manasés quiere decir *olvidado* o *descuidado*, y es figura de las ánimas encarnadas en el mundo y descuidadas de Dios; las cuales tantas veces idolatran cuantas ponen su afición en miserias transitorias; las cuales, así las llevan tras sí, que se olvidan de su Dios y de guardar sus mandamientos. Y porque este Manasés reinó cincuenta y cinco años y durante los más de ellos perseveró en su olvido y en las ofensas de nuestro Dios y Señor, muéstrase que las descuidadas ánimas de quien aquéste fué figura, todo el tiempo que el mundo les es amigo y les da prosperidad perseveran en su olvido. Y porque el rey Manasés entre aquestos largos años fué privado de su reino por divina permisión y llevado a Babilonia y puesto en prisión estrecha y en miserable conflicto, dentro en el cual volvió en sí e hizo la oración dicha y alcanzó misericordia de nuestro Dios y Señor; el cual le remedió el ánima y lo libertó en su reino. Enséñanos claramente que a las descuidadas ánimas, la prosperidad del mundo no les es buena señal, y los divinos castigos las hacen volver a Dios, porque San Gregorio dice: «El castigo que recibe por la culpa el que ofendió, le abre los ojos del conocimiento para que entienda lo que en la culpa ignoraba»; y dice

[73] Paral. 33, 12.

en otro lugar: «La misma maldad que cometió el pecador se le pone por velamento delante de la vista interior para que no vea lo que pierde el que por su voluntad y su descuido y miseria apartó el conocimiento de lo que podía ganar».

Por manera que cuando los probables pecadores, digo, el pecador conocido, persevera en las maldades de su transgresión o que se conoce él en la tal perseverancia, aunque los nombres le ignoren, si al tal le es próspera la fortuna, es señal que se le pagan algunos bienes pequeños, porque de los perdurables no le quede que esperar. Así que, dando la vuelta sobre nuestra autoridad, sintamos que Manasés, siendo muchos años rey puesto en su prosperidad, fué miserable cativo de Satanás; el cual, siendo después cativo, y aprisionado, y perseguido, y menospreciado de los hombres, entre tantas aficiones y en fortuna tan adversa, tornó en sí, y demandó a Dios perdón, y recibió libertad de la adversidad presente y cautiverio pasado. Es ahora la conclusión que recibió todo aquesto porque, volviéndose a Dios, tuvo tanta contrición e hizo tal penitencia y oró con tanta atención cuanto muestran las entrañables y memorables palabras de su amorosa oración; la cual, por su gran sublimidad, está en la sagrada Escritura puesta al fin del segundo libro del Paralipómenon.

Ahora, pues, vemos sus palabras, y conocemos en ellas discurso de entendimiento, con el cual examinaba la distinción de su vida, de donde sacaba la contrición y las entrañables lágrimas, con las cuales lavó su ánima. Sabemos también por las palabras del texto que oró con grande atención, y aquesta intención muy pronta pertenesce a la encerrada quietud y a voluntad amorosa muy más que al entendimiento. Venimos de aquí a entender que las vocales oraciones y palabras entrañables, mediante el entendimiento, mucho aprovechan a despertar la afición; mas no a afijar la atención. Incitan el ánimo, pero no quietan el ánima; por lo cual con discreción se toma en los tiempos que para el tal despertamiento son menester; y, en hallando la quietud, ha de descuidarse el ánima y dejar todo discurso, y orar con la atención que aquí nos ha presentado la sagrada autoridad; y a todos ampare Dios.

CAPITULO XXIX

Cuanto es más pronta y pura la quieta contemplación, tanto es con más transcendencia

Cualquier contemplativo muy sublimado en quietud tiene, o es muy bien que tenga, alguna particular señalada devoción de nuestra muy gran Señora y de la sagrada cruz o de las llagas de Cristo; la cual devoción particular le presente cada día mediante breve y ordenada oración vocal, tal que en menos que media hora la pueda representar en tiempo que para esto tendrá señalado. Digo en menos que media hora porque en menos espacio se quietará algunas veces, y no solamente hará el provecho que rezando más hiciera, mas aun en pequeño espacio cobrará del intento, porque reza más que supo o pudo desear. Hase aquí de notar que cualquier contemplativo quieto tiene otra arte de rezar que los no contemplativos, porque su mismo hábito o costumbre que tiene de recogimiento interior le avisa, sin que piense en ello, a rezar sumisa voz cuando reza por sí solo; mayormente si aquello que está rezando no es oficio obligatorio, o digo oficio divino. Tanto o en tanta manera rezan éstos con quietud, que muchas y muchas veces su habla es dentro en su pecho. Rezan en su corazón, y aunque los labios menean y él entiende dentro en sí mismo sus entrañables palabras, no, empero, aunque estéis con atención escuchando, se entiende alguna palabra.

Esta manera de orar tiene muy grande eficacia, porque en breve se convierte en verdadera quietud; y porque esto se entienda con radical fundamento traigamos a la memoria una autoridad de la Escritura sagrada, tan propia en este propósito, que aun a la letra paresce que se escribió para darnos a entender los bienes y gran ventaja de esta manera de orar. En el capítulo I del libro I de los Reyes [74] se escribe que aquella honrada matrona Ana, madre de Samuel, hacía oración en el templo; y dice que hablaba en su corazón, y que solamente se veían mover sus labios, pero que en ninguna manera se entendía ni se oía alguna palabra, ni sonido, ni meneamiento de voz; por lo cual el gran sacerdote Helí, con mucha atención, miraba

[74] I Reg. 1, 12-13.

cuándo oiría palabra de su oración o cesarían sus labios de se menear. Ahora, pues, Ana quiere decir *gracia,* y Samuel se interpreta *demandado a Dios;* por manera que, juntando estos dos nombres, será su interpretación *gracia demandada a Dios* y representarnos a cualquier ánima agraciada. Y está bueno de saber que aquella ánima recibe de Dios más gracia que es más allegada a la divina conversación, y quien con Dios más conversa es quien más le reverencia y con mayor humildad. Y aquel es más humilde en su presencia que alcanza de su incomprehensibilidad más conocimiento, según que aquesto es posible durante este destierro. Esta posibilidad no hay acá dónde se alcance, ni dónde pueda aprehenderse aquesta sabrosa ciencia, salvo en la oración mental, la cual tanto tiene más ventaja en aquesta facultad cuanto tiene más quietud y mayor encerramiento.

Ahora, pues, entonces ora en el templo Ana, madre de Samuel: cuando la ánima agraciada que demanda gracia a Dios se encierra dentro de sí mesma a orar. Entonces habla esta tal ánima dentro en su corazón; cuando todos sus coloquios son tácitos dentro en sí. Entonces mueve sus labios; cuando la afectiva se levanta por vía de aspiración, y la voluntad, amando, casi se menea sin movimiento, empleándose solamente en el amor. Donde en esto que decimos que la voluntad ama paresce que significa quietísimo movimiento, y corresponde al movimiento del labio o labios, aunque, muy en la verdad, nuestra voluntad, amando en pura quietud, más propiamente paresce lo que obra en ella nuestro amoroso Señor; por lo cual con impropiedad se dice que hace ni por vía de movimiento ni otra manera de obrar. Por manera que en la contemplación quieta, pasiva se considere y no activa nuestra amativa virtud, es a saber, la muy pronta voluntad que está quietada en amor.

Mas, no embargante esta pasiva consideración, podemos aquí entender que esta amativa virtud y la afectiva reciben en figura de los labios que dice la autoridad. Síguese: *En alguna manera no sonaba poco, ni más sonido de voz,* ni manera de palabra en esta tal oración; en lo cual se muestra que en la quietud verdadera de la perfecta contemplación, aun la misma ánima que contempla, ni oye, ni siente en sí ni movimiento interior, ni habla de entendimiento, ni inquietud de alguna incapacidad; por lo cual se ha de entender que cuando quiera y cuantas veces es pura y perfecta la nuestra contemplación, tantas el ánima que contempla se halla perspicaz y transcendiente a penetrar entendiendo los secretos que se le escondan primero. Porque cuanto en la perseverancia de la quietud

más se va criando, tanto su vista interior se va más clarificando. Y puesto caso que sus potencias, siendo ilustradas, se menean sin movimiento a entender aquello que no entendían, no, empero, en aquel tal movimiento se oye sonido de voz, porque nadie comprehende la interior operación de la tal ánima si no es sólo Dios. Mas los labios se menean solamente en la oración a vista del gran sacerdote Helí, que los está mirando, porque la obra que está escondida dentro en la quietud del ánima siempre es manifiesta a la vista perdurable de Dios. Y aun los labios se menean a vista de quien los mira, porque conocen los hombres los efectos de virtud que las ánimas cebadas en la perfecta oración cobran en el secreto de su encerrada quietud.

Síguese en la autoridad: *Helí mirábale a la boca con atención;* y siendo así que la letra en este paso no dice más, salvo que Helí miraba a la boca de Ana, dice la *Glosa,* empero, que estaba atento por ver si pronunciaría palabras o si cesarían los labios de se menear, porque (como queda dicho), en su oración, Ana meneaba los labios y no pronunciaba voz. Es ahora aquí de notar que Helí se interpreta *deidad mía,* o quiere decir, *Dios mío;* y por ser sumo sacerdote en el templo representaba su oficio la interpretación de su nombre. De manera que Ana, como queda dicho, quiere decir *gracia,* porque entendamos que la ánima a Dios graciosa, o diga *ánima agraciada;* la cual, en contemplación quietísima, se ocupa en sólo el amor de la incomprehensible deidad; esta tal ánima habla de sí misma dentro en su corazón con sola lengua de amor, porque es la habla con sólo su Dios, mas véense menear sus labios, porque el efecto de su quietud se conoce en lo exterior; no entiende nadie palabra, porque nadie comprehende los incendios del amor que la tienen dentro en sí toda ocupada. Mas los labios se menean, porque el mismo amor no la deja estar parada, porque siempre vaya amando a más amar. Así que Helí la miraba, porque las graciosas ánimas, cuidadosas del servicio de su Dios, siempre son de él tan miradas y con tan grande afición, que en alguna manera les paresce algunas veces casi como si el Señor estuviese tan en pronto en su guarda, que en la guarda de los otros se pudiese por sola ella descuidar; pero sabe muy bien que la proteción divina está siempre sobre cuantas cosas crió, y en el ánima graciosa, por singular privilegio, le está aumentando la gracia.

Dice, pues, la autoridad las palabras que Helí dijo a esta matrona que oraba, y véese que suenan reprehensión, y está notado que Helí se interpreta *Dios mío.* Ahora, pues, en estas reprehensivas palabras que decimos que

Helí pronunció sobre el ánima agraciada puesta en devota oración somos enseñados que a las veces nuestro amantísimo Dios, por mayor merescimiento de las ánimas que le aman, les permite adversidades, y diversas afliciones, y aun disfavor de los hombres, y cuanto mandardes más. Por lo cual se ha de notar que a las palabras reprehensivas de Helí respondió la que estaba en oración con tanta benignidad y con humildad tan grande, que nos enseñó a la clara la respuesta que suelen y deben dar los quietos contemplativos cuando por dispensación divina son fatigados con cualquier tribulación, recogiendo en la memoria aquello que en el capítulo 2 dió por respuesta el santo profeta Job [75], diciendo en cualquier trabajo: *Si recibimos los bienes con alegría de la mano del Señor, ¿por qué no toleraremos alegremente cualquiera controversia por su amor?* Y hase de notar aquí que a la reprehensión de Helí mostró Ana la ocasión de la aflición porque oraba, y con humildad profunda le rogó que la recibiesen en gracia, diciendo: *¡Ojalá, Señor mío, hallase esta vuestra sierva gracia delante de vos!;* porque aquestas tales ánimas, cuando son más fatigadas por dispensación divina de cualquier tribulación, tanto más y más se humillan y tanto más traen continua vigilancia con amoroso cuidado de pedir socorro a Dios.

Síguese: *Tengo derramada mi ánima en presencia del Señor.* Dos cosas se pueden notar aquí: la una, dícenos la autoridad que aquesta ánima agraciada hablaba en su corazón, y ella dice de sí misma: *Tengo derramada mi ánima en presencia de mi Dios.* Donde habemos de notar que para poder ser derramada alguna cosa en un solo lugar requiere dos condiciones: una, que sea primero cogido lo que ha de ser derramado; y lo segundo, que esto que queremos derramar no tenga substancia dura, mas líquida o regalada. Y por esto, cuando el profeta Jeremías da consejo a cualquier ánima justa en el capítulo 2 de los Trenos [76] *que derrame el corazón en presencia de nuestro Dios y Señor*, la avisa distintamente que lo derrame como agua, porque es líquida, y se vierte toda junta, si se da a toda lugar para que sea derramada.

Ahora, pues, cuando esta santa matrona hablaba dentro de su corazón, sola estaba con su Dios en lo interior y más tierno de sus líquidas entrañas; y este coloquio interior, por ser con sólo su Dios, no se entendía en lo exterior sonido de aquella habla. De manera que ahora entendamos de aquí que aquella ánima que oraba encerrada y

[75] Iob 2, 10.
[76] Lam. 2, 19.

con quietud dentro en sí, así estaba recogida de todo cuanto no es Dios y en su amor tan líquida o regalada, que se pudo juntamente delante de su Señor derramar. De manera que decir cualquiera contemplativo quieto que tiene el ánima derramada en presencia de su Dios es tanto como decir que en el amor de su amantísimo amado tiene abiertas y extendidas las entrañas. Y no podrá esto decir aun cualquier ánima justa, salvo en los espacios de su entrañable quietud, cuando se ve recogida de todo cuanto no es Dios; él sea siempre nuestro amparo.

CAPITULO XXX

Que nuestra industria incita nuestra afectiva, y cómo cresce el amor con el más conocimiento

Bien está dado a entender que todo nuestro propósito es aquí dar a sentir, con reglas autorizadas, la manera para poder hacer oración atenta; porque en la más pronta y más durable atención consiste la mayor conformidad con los bienaventurados, cuya contemplación es en perdurable quietud. Y cuanto a su manera nos conformáremos más, tanto estaremos más cerca de la perfición, así en vía de contemplación quieta como en vía de caridad. Entendiendo aquí esto así, queda entendida a la clara la notable diferencia que hay entre el meditar por la vía de entendimiento y por orden de razón fundada en el modo natural a la obra de la quieta voluntad, la cual sobrepuja a la naturaleza siendo fundada en amor por sólo amor. No digo yo que no les sea muy natural a las agraciadas ánimas el amar, porque para esto las crió el que es infinito amor: para le amar; mas digo piadosamente que lo que en la quietud del amor obra el amoroso Señor en las ánimas que le aman, esto es sobrenatural, pujante en todas y por todas maneras a todo el poder humano.

Quedarnos ha ahora de aquí noticia un poco más clara para poder entender que, mediante nuestra cuidadosa industria, sobre apurada conciencia, y sobre todo descuido de cuanto a Dios no nos llega, y sobre vivos deseos de siempre nos le allegar, y sobre los negamientos de nuestra sensual inclinación y de nuestra voluntad en la voluntad ajena, y sobre un pacífico descuido de poquedades ajenas; las cuales no nos pertenesce remediar, y es cierto que son de estar nuestra apocada inclinación tan continas compañeras, que casi no se le apartan; y tan comunes le

son, que puedo creer que son más las que los otros notan y sufren en mí que las que les sufro yo. Podemos sobre esta disposición nosotros, por parte nuestra, siendo ayudados de Dios, incitar nuestra afectiva, y alzar nuestra aspiración, y ordenar de nuestra parte nuestra súbita quietud.

Pero la perfición de esta obra, cierto y verdaderamente pertenesce a la dignación divina, la cual nos está tan cierta sobre la disposición que a nuestra parte es posible, que si la fe está viva o un poco despierta, ve y conoce este querer Dios obrar amorosamente en la unión del infinito amor suyo y el amor que él cría o infunde en estas tales ánimas; porque el que obra perfectamente quiere y puede hacer que las ánimas que crió para que le amasen, le amen con gran perfición; tiene su dulcedumbre por bien si ellas dan disposición de siempre perficionarlas. Mas ¡oh amor investigable, oh Dios nuestro, oh amor de cuantos os aman!, ¿cuándo sabrán vuestras ánimas llagadas con saetas de vuestro amor que muy vivamente os aman? Cierto está, Señor Dios nuestro, que aqueste conocimiento no consiste en sola prosperidad, ni en dulcedumbre de espíritu, ni en gusto de devoción, mas en la conformidad que tiene aqueste amor criado con este amor que le crió; la cual conocen en sí cualesquier ánimas justas cuando se vean tan alegres y tan solícitas cuando son con afliciones tentadas por divina dispensación como cuando son consoladas con gusto de devoción. Porque en la verdad, muy dulce Señor Dios nuestro, padescer lo que permitís no da al ánima que os ama menos satisfación que abrazar con suavidad la dulcedumbre que en la devoción le dais. Porque la felicidad de las ánimas que os aman, ellas saben que consiste en querer lo que queréis.

Y lo que dice el Ricardo, que el no gustaros con dulcedumbre de devoción no es señal que os ama perfectamente ni es enteramente amada, es así en mi entendimiento: que nunca cesa de gustar la suavidad de la unión de vuestra benignidad el ánima que tiene puestas las fuerzas de su bienaventuranza en querer lo que queréis y en tomar lo que le dais y siempre se contentar, diciendo con el Enrique de Balma, contemplativo muy diestro: Vive Dios que, si él me quitare justamente cuanto me ha dado con benignidad, yo no me apartaré de él. Este tal conforme estaba con San Pablo, que en el capítulo 8, a los Romanos [77] decía: *Ninguna tribulación, ni alguna hambre, ni algún peligro, ni angustia, ni alguna persecución se ofrescerá en esta vida tal, que nos pueda apartar de la caridad*

[77] Rom. 8, 38.

de Cristo. Ciertamente, Señor nuestro, aquesto mismo dirá el ánima que no os ama por lo que le habéis de dar; la cual ni ama vuestros dones sino porque le son dados de vuestra benignidad. Este tal no os faltará aunque le falten las gracias que antes tenía, porque San Pablo decía de aquéstos en el capítulo 13 a los Corintios, en la Epístola primera [78], que en los tales no se enflaquesce la caridad o el amor que tienen a nuestro Dios aunque les falten las gracias que habían recebido de él.

Mas ¡qué será, Señor mío, si los flacos, que no conocen vuestra meliflua y vital conversación, tomaren en vía de dificultad la guarda de tantas cosas y cautela de la vida del que ha de llegarse a vos!; bien sé que en los tales suele decir la acostumbrada tibieza que es mayor seguridad andar al paso común y no curarse de más; los cuales, por sentencia del muy sabio Salomón a los dieciocho capítulos de los Proverbios [79], deben ser en todo tiempo desechados, reprehendidos y vituperados, porque buscan sin ocasión ocasiones para se apartar de la amistad verdadera de nuestro amor amantísimo. Mas ¡oh suave dulcedumbre de cuantos se van a vos! Y si hobiésedes por bien de despertar los dormidos y de hacer deshelar a los que están sin calor, untándoles algún tanto lo tierno de las entrañas con el suavísimo ungüento de vuestra visitación, porque pudiesen y quisiesen correr al olor de tal fragancia para se allegar a vos, vida de cuantos quieren tener vuestra vidable amistad; porque los que olieren la suavidad del barrunto o sentimiento de la unción de vuestro amor, ya los tales procurarán el gusto de la quietud; y dirán que así como doncellas os aman, porque han sido introducidas a lo interior de vuestra celda vinaria [80], esto es, al silencio secretísimo de la contemplación pura, donde se embriagan las ánimas con la inmensidad de amor; porque la tal embriaguez las haga desatinadas, o olvidadas, o eximidas de todo cuanto no las llega a vos, porque puedan con mayor simplicidad y más desnuda pureza cuadrarse en quieta contemplación, donde la perseverancia les mostrará a conocer lo que no saben desear. Y no piensan los que son sin experiencia que los más ejercitados tienen por alguna carga el cuidado o aviso que han menester los seguidores de Cristo, porque aquesto es grande engaño y convida a temor, y no hay causa de temer.

Mas sepan que es gran verdad que el mismo recogimiento, el cual tiene dado al ánima el modo de aprovechar, aquel mismo modo de aprovechamiento le quita todo

[78] I Cor. 13, 8.
[79] Prov. 18, 1.
[80] Cant. 2, 4.

el trabajo que en aquesto podría haber, y sabe bien la experiencia en muchos contemplativos aprovechados que sin traer ellos cuidado particular sobre su recatamiento se hallan apercebidos cada que lo han menester; y que no se bulle ni aun un solo impedimento, ni en lo interior ni exterior, el cual no sea sentido, conocido y resistido del ánima en el primer movimiento. Y aquello que a los faltos de experiencia se les figura trabajoso y tener dificultad, a los muy ejercitados les es gran consolación. Ni hay cosa en que se satisfagan más que en verse andar recatados, y que el tal recatamiento, ni les impide quietud, ni les gasta del tiempo, ni hay muy pequeño espacio.

Bien sé que habrá quien sepa decir que primero que éste allegue a esta tal disposición y a alcanzar tal libertad habrá pasado costa de tiempo y cuidadoso trabajo. Yo os digo que es gran verdad, porque no hay ni una facultad de ciencia y ejercicio corporal que no tenga dificultosos principios, con los cuales el que aprende ha menester desvelarse y trabajar y traer consigo cuidado, lo cual pueden hacer los mochachos por decorar y tener las reglas de la gramática. Y cierto es gran confusión ver los mancebicos tiernos trabajar varonilmente por aprender sus reglas o casi nada y mirar los hombres a mochachados que hayan miedo de ser iguales a otros que no han sido otra cosa que son ellos, y con pequeño trabajo han venido a lo que pueden venir, si se quieren esforzar; y dejar de fingir seguridad en manifiesto peligro, lo cual hacen los que dicen ser más seguro andarse al paso común que traer vida recatada para ser contemplativos.

No quiero dar a entender tener vida peligrosa en cuanto a su salvación los que no son recogidos, porque les baste la fe, si corresponden las obras, y a cualesquier religiosos les basta su profesión bien guardada para esperar salvación con altos merescimientos. Pero digo fielmente que es muy gran lástima y cosa muy de llorar que en las escuelas de Cristo no se estudie con muy grande vigilancia cómo y por cuáles maneras conoceremos a nuestro Dios y Señor por amorosa y particular noticia, la cual no aprende ninguno sin que el mismo Señor nuestro se la enseñe por mística teología, la cual se aprende en la contemplación para que pueda quedarse y perseverar afijada en las más puras, más interiores y más delicadas partes de nuestras entrañas; porque siempre el corazón tome de allí sentimientos que continuo le despierten a andar vivo en el amor; en el cual, quien más se ceba, más persevera en amar y en dar tiempo a la oración, y el que ama más tiernamente, da señal más manifiesta que conoce más a Dios y le reverencia más, y andará muy más humilde en su di-

vina presencia. Esto es cierto y verdaderamente en lo que consiste la seguridad de las ánimas humildes y cuidadosas de Dios; las cuales, por diversas vías, se ceban en el amor; y no consiste la seguridad de los hombrazos barbados en decir que es más seguro andarse al paso común; y prosigue la materia, y a todos ampare Dios.—Amén.

CAPITULO XXXI

La contemplación perfecta trae consigo la piedad y la caridad y amor

Es de entender que cuando el contemplativo se allega a la perfición, poco tiene puesto el ojo en su ganancia, o devoción, o provecho, porque todo su estudio es en tener conformidad desnuda simple y entera con la voluntad de Dios; y aquesta conformidad gran merescimiento tiene, y es de muy mucho provecho en sólo el deseo de padescer cualquiera cosa que venga con deliberada determinación por amor de Jesucristo, cuya vida inocentísima tiene puesta en su ánima por espejo de todos sus interiores y exteriores movimientos. Es, empero, de notar que nunca el merescimiento de cualquiera buen deseo se allega a la perfición hasta que sea deseo vivo. Quiero decir que, si proponéis paciencia o cualquier otra virtud, mucho merescimiento es; pero cuando se os ofrece grande ocasión de perderla y veis vos que la tenéis y perseveráis en ella, entonces conocéis bien que está vivo aquel deseo que el ánima concibió.

Yo no digo que vos dejéis de sentir controversia dentro en vos; porque cuando no se siente, y esto es por vía natural, poco es el merescimiento, y no es menester aviso virtuoso para la tal resistencia; mas cuando vuestro prójimo o sus cosas, con razón o sin ella, os lastima las entrañas y os da torcimientos dentro en vuestro corazón, y miráis en el espejo que en vuestra ánima tenéis y halláis en él a vuestro dechado Cristo, que es todo manso y humilde, y os le conformáis por sólo amor de su amor, recibiendo de su mano cuanto el mundo os ofreciere en lo próspero y adverso, ésta es ya muy próspera perfición. Y es necesario que para perficionar esta alta perfición, siempre ha de estar desterrado cualquier propio provecho, como queda ya notado. Y cierto está que el ánima que desea recibir con alegría y por amor de Cristo Jesús cual-

quier trabajo o trabajos tiene muy grande ventaja a quien deseare el contrario en cualquier prosperidad, porque aquél hallará lo que desea adondequiera que fuere, y éste, que busca lo próspero, con trabajo lo hallará, y guardarlo ha con sospecha y durarle ha poco espacio.

Queda entendida de aquí la sentencia del capítulo pasado que dice: La recatada vida del contemplativo discreto será muy gran descanso y padescer trabajos por amor de Jesucristo, cuantos el mundo ofreciere, le serán consolación. Y si a veces, porque somos hombres, algún descuido se ofresce, o retoque de desconsolación, o resistencia de sensualidad, la misma conformidad que anda vestida en la ánima la reduce y vuelve en sí. De manera que nunca se le ofresce algo al contrario que le pueda por media hora ni aun dos credos contristar, siendo Dios su ayudador. Y es de notar, que el ánima que así tiene el mundo y sus ofrecimientos puestos debajo de ambos los pies de la razón y afición no hay de que pueda temer, porque nada le es contrario, todo está a su voluntad, pues no sabe escoger nada, mas recibe cuanto viene como de mano de Dios o permitido por él; teme, empero, en él la pronta humildad las faltas que hacer puede en el servicio y amor de su amantísimo bien; este tal se llama temor de hijos, y lanza siempre de sí y de su ejercicio cualquier temor de siervos, es a saber, de los que sirven, porque no sean castigados. Así es que el amor en éstos priva, desbarata y aniquila el temor de la muerte, y del juicio, y del purgatorio, y infierno y de cuantas contrariedades se pueden imaginar. Y es de ver que, naturalmente y muy conforme a razón, se ha de temer de los justos el infierno, pero su temor no ha de ser por la penalidad de los tormentos, ni en los muy contemplativos es por esto, mas porque los atormentados no tienen conformidad con la voluntad de Dios, antes están pertinaces en su maldad. De manera que, por esta pertinacia, por este no conformarse con el querer de mi Dios los que están en el infierno, por esto le han los justos de temer.

Mas porque el amor que los tales tienen (por la gran bondad de Dios) en el amor infinito les quita todo el temor y les da seguridad y verdadera esperanza en la inmensa caridad, que nunca se han de apartar de querer lo que Dios quiere, no les queda qué temer. Porque la muerte y la vida, la enfermedad y la salud, las consolaciones prósperas, todo está puesto en la mano de aquel querer infinito que siempre nos vaya bien. De manera que aquesta fidelidad que el ánima enamorada tiene con su amantísimo amor y la verdadera fe con su infinita bondad del Señor le es pronta y verdadera ocasión para que todo reto-

que de cualquier penalidad que apunte por dondequiera, todo lo convierta en dulcedumbre de amor. Y es cierto que si aquesta ánima tal tuviese seguridad de nunca ofender en este destierro a su amantísimo Dios, tomaría de buena gana hasta cien años de vida; mas, porque permite nuestro Señor, por juicio de su eterna sabiduría y por disposición de su infinita bondad, que las ánimas muy cebadas en su amor algunas veces tengan muy mucha razón de pensar si podrá ofenderse Dios con cosas que les ofrecen estos nuestros muladares de estos miserables cuerpos y esta atasajada carne, no pueden, viviendo en esta prolija muerte, dejar de decir con el profeta David en el salmo 119 [81]: *Desventurado de mí, que se alarga mi destierro, y tengo de conversar con los que ofenden a Dios.*

Y así, dicen las tales ánimas con el apóstol San Pablo en el primer capítulo a los Filipenses [82]: *Deseo tengo de salir de aquesta carne, por estar con Jesucristo, donde haya seguridad de nunca me apartar de él, pero más me conviene perseverar con vosotros por vuestro propio provecho y porque es voluntad de mi Dios.* Bien tenía este santísimo apóstol deseo de acabar aquesta vida; pero porque el ardentísimo amor que le infundía el fuego infinito en las entrañas le hacía disponer de su bienaventuranza por conformarle con el querer de su Dios y por poder llegar sus prójimos a la bienaventuranza, que consiste en conocer, y amar, y reverenciar a Dios. Y verdaderamente, si es así que la piedad es memoria y reverencia que ofrescen estas criaturas a nuestro Dios y Señor, está muy clarificado que el mayor servicio suyo, por parte de su infinita bondad, es cobrarle algunas ánimas; y volviendo esta piedad desde mi Dios a mis prójimos, está bueno de entender que así como es el mayor servicio que podéis hacer a Dios, así es la mayor buena obra que podéis a los prójimos hacer procurar de encaminarlos al conocimiento y gusto de aquel infinito amor.

Y es de saber que la piedad en estos términos es uno de los dones del Espíritu Santo que en los siete principales se señala; el cual da en el ánima una afición que casi no se le acaba de alzarse siempre a su Dios, deseando llevar consigo cuantos puedan ir allá; y porque habéis entendido que la piedad está fundada en amor o que nasce del amor en quien se ha cebado el amor, habéis ahora de entender que esta piedad que ha nacido de este amor, si es verdadera piedad, nunca cesa de estar siempre enamorada. Pues como este amor que la gran bondad de Dios ha

[81] Ps. 119, 5.
[82] Phil. 1, 23.

acrescentado en esta ánima conozca haber procedido de aquel infinito amor, procura siempre estarse y permanescer en su original, que es aquel amor infinito. Porque siempre procura alzarse de todo cuanto no es Dios, por allegarse a sólo él, es necesario que entendáis que esta piedad que procede de esta caridad y amor que Dios vivo cría en el ánima se anda siempre dentro en él. Irse este amor a su Dios es muy pronta caridad; y procurar que vayan con él cuantas ánimas Dios crió es verdadera piedad.

Pues como el amor que es más puro y más perfecto se cobre, o se alcance, o se reciba en la más pura contemplación, la cual es escuela donde Cristo muestra por mística teología la sabiduría escondida a las ánimas que le aman, podremos bien entender que aquella ánima es más viva en el amor y más pronta en la piedad que con más solicitud frecuenta más la quieta contemplación. De manera que entendamos que tanto más pronta y más perfectamente y con mayor caridad se va este amor criado al increado amor de donde procede, cuanto más puramente, y más en pronto, y con más perseverancia tiene el mundo y sus deleites muy debajo de los pies, y por sus prosperidades no daría el valor de un alfiler.

Y cerca de aqueste no tener al mundo en nada se ha de notar que se lee del filósofo Diógenes que como por su sabiduría y honestidad le visitase personalmente el emperador, no se levantó a él, por lo cual se volvió, menospreciando, el filósofo. Pues como le fuese dicho que no lo había hecho bien en tener tal desacato a la persona imperial viniéndole a visitar a su tan pobre casilla, respondió Diógenes: «No conviene a mi dignidad hacer yo reverencia al que es siervo de mi siervo; porque es cierto que este mundo es siervo mío, pues estoy sobre él tan enseñoreado, que a él y a todo lo que tiene no lo tengo en una blanca; y el emperador es siervo que siempre sirve a este mundo siervo mío, y, por tanto, yo hice lo que debía en no hacer de él más cuenta, pues que a él ni al mundo, cuyo siervo es, no lo he en nada menester». Este decía, por sólo celo de virtud y sin caridad, que se ha de estimar el mundo y sus deleites en nada; y enseña a los que buscan a Dios por la vía de amor desmedido y entrañas caritativas en qué se ha de reputar este mundo y sus cosillas.

Ahora, pues, el quieto contemplativo, que para carescer del gusto de estas cosas temporales, quiero decir, de cuantas prosperidades momentáneas, miserables y engañosas tiene el mundo para dar, entienda que tanto cuanto le falta de esta determinación, tanto está menos cerca de la perfición de amor. Este tal, cuantas miserias, trabajos y tentaciones y cualesquiera afliciones que pueda el mundo

ofrecerle, no les tiene ni una blanca de temor, porque el amor de su amoroso Señor y la verdadera fe que tiene con su infinita bondad le enseña a querer prontamente recibir con igualdad todo cuanto Dios le diere, así en la prosperidad como en las adversidades. Y es de notar que estos dos términos, es a saber, prosperidad y adversidad, en la vía de perfición están trocados y fuera de su lugar, porque cuando hablando en contemplación se dice prosperidad, hase sólo de entender prosperidad del espíritu y gusto de devoción.

Y cualquier adversidad se tomará en dos maneras: en la una y más principal se llamará adversidad cualesquier prosperidades del mundo, si descuidan o impiden la quietud de la oración; y en la segunda manera se dirán adversidades cualesquiera tentaciones, o menosprecios del mundo, o enfermedades, o cuanto más mandardes, las cuales, en cuanto afligen y algo impiden la quietud, se llaman las adversidades impropiamente en la vía de perfición; mas prosperidades son si se tiene puesto el ojo en el provecho que hacen cada vez que son recibidas como de mano de quien siempre hace bien; sea glorificado Dios y él sea siempre en nuestro amparo.

Porque todo el intento de este tercer libro es juntar el ánima a su Dios por vía de amor unitivo, y la más perfecta unión que es posible o puede ser en este duro destierro consiste en la agraciada comunión del sacramento santísimo; por esto y por recreación de las más cebadas ánimas, se entrepone esta materia en el nombre de Jesús.

CAPITULO XXXII

Del amor que nos muestra Dios en el sacramento altísimo, y los más contemplativos le frecuentan mucho más

Como de los misterios altísimos de nuestro Redentor Cristo nos hayan venido cuantos bienes tenemos en la Iglesia militante y cuanta gloria nos espera y esperamos en la Iglesia triunfante, que es la vida venidera; y como en este amoroso beneficio de la sacra comunión tengamos a nuestro Dios increado y humanado con más señales del incendio del amor, con el cual tomó nuestra humanidad, que es posible que se puedan contemplar; y como en la contemplación pura se nos dé su comunicación meliflua, y en la hostia viva se nos comunique en toda manera infinita-

mente amable; y como en la contemplación aun los más altos contemplativos le gusten a tiempos y cuando pueden, y en la comunión realísima aun a los no contemplativos se les da y le reciben casi cuantas veces quieren, necesario es que cualquier contemplativo cebado en la divina conversación sea forzado a se esforzar para recibirle cuantas veces él pudiere, porque el amor que gusta en la contemplación quieta le llama y fuerza a le desear recibir por la más alta manera que esto se puede alcanzar.

Y como los contemplativos diestros tengan siempre por muy pesada carga el sufrir las miserias de este prolijo destierro, y los tales oyan a Cristo Jesús, nuestro amoroso remedio, llamar con el convite de su inefable largueza y decir por San Mateo en el capítulo 11 de su evangelio [83]: *Veníos a mí los que trabajáis y estáis cargados, porque yo os quiero consolar* y esforzaros con mi suave refeción. Cuando estas ánimas justas sienten dentro en las entrañas este inefable convite de infinita suavidad, no sabiendo dónde o cómo se ha de ir a él, que dice *Veníos a mí,* pues como desean llegar por el camino más cierto, cada vez y cuantas veces sienten en sí la afición de la carga intolerable de esta miserable vida les conviene socorrerse a la recepción altísima de la hostia viva, que es Dios. Y de aquí es que los más contemplativos son más frecuentes o más continuos en celebrar; los cuales a las veces se sienten como agraviados en lo interior de sus más tiernas entrañas cuando, acabando de celebrar, miran con los rayos del amor la tardanza que hay hasta otro día que vuelva a la sacra comunión. Esto les causa la suave y viva conversación de este sacramento altísimo.

Y como quiera que los tales no se allegan a este altísimo misterio por gusto o por espiritual sabor de aquella actual suavidad que recibiéndole sienten, mas por sólo amor de Dios, y por el bien de la Iglesia, y para gloria de la gran magnificencia del que los llama y convida y trae a sí; no, empero, carescen en muy muchas veces de una viva incitación, con más aumentado amor, y más pronta reverencia, y más profunda humildad, porque este sacramento altísimo excede en todas maneras a toda humana razón y a todo otro sacramento, como sea la mayor señal con que nuestro suavísimo Cristo Jesús nos mostró, y siempre nos muestra, la suavidad de su amor. Siendo así que este sacramento altísimo hace maravillosa impresión en la ánima, aun antes que se reciba, cuando ha de ser recibido, como quien quiere mostrarnos no bastar lo que podemos de nuestra parte poner por nuestro aparejo. Por lo cual su

83 Matth. 11, 28.

bondad sin medida cumple aquello que no alcanza la humana posibilidad, y así su clemencia da en aquel tiempo al ánima (que ha hecho lo que en sí es) una disposición nueva que ella no puede alcanzar; y así infunde en lo más vivo, más puro y más tierno de las entrañas una prontísima y nueva y viva ciudad, según yo he oído decir aquí; en esto sabía bien, por que sea gran gloria a Dios.

Y dado caso que en los más y las más veces no se muestre manifiesto sentimiento de aqueste aumento suavísimo de nuevas y vivas gracias, no, empero, se ha de pensar poder ser ni ser posible faltar de la recibir con cada una agraciada comunión, aun cuando al hilo común; porque las ánimas recogidas, las cuales tienen continuo aparejo, así emplean toda la vida y el tiempo, que casi no se descuidan y nunca faltan en nada que al momento no le sienten. Aquestas ánimas tales, en alguna manera saben y pueden decir que no tienen más en que se aparejar el día que han de celebrar que cualquier otros días, y saben por experiencia la ordinaria renovación que las ánimas reciben cada vez que dicen misa y entienden qué es lo que quiere decir la sentencia del Apóstol, que, en la Epístola primera a los de Corintio, en el capítulo 11 [84], dice: *Los que indignamente reciben el sacramento santísimo reciben para sí juicio de condenación, porque no disjuzgan,* no distinguen o no apartan o dividen o no hacen distinción *entre el cuerpo del Señor y algún manjar corporal, y se llegan a recibirle sin hacer más provisión.*

Donde es de notar que esta distinción no solamente pertenesce al entendimiento, al cual conviene entender la verdad de este misterio considerando la fuerza de la caridad y amor, con la cual nuestro suavísimo Cristo Jesús nos da a sí mismo con toda su inmensidad, y que el fin de este su amoroso don es querer mudarnos en sí y dársenos por prenda y por arras de la gloria, para la cual nos crió. Mas aun es necesario que este disjudicar o diferenciar que nos conviene hacer entre este divino recebimiento y alguna otra cosa corporal ha de ser entendiendo que así como para comer y beber nos dispone o apareja el apetito o hambre natural, con fin o con intento de conservarnos en esta temporal vida, así, al recibimiento del sacramento santísimo, nos ha de incitar el tener hambre de Dios y de su conocimiento, para reverenciar y hacerse su voluntad, por fin de nos disponer a podernos conservar para ir a la vida eterna con la mayor perfición de la más pura conciencia, cobrada y multiplicada con la multiplicación de la conversación divina del altísimo Sacramento del Altar.

---

[84] I Cor. 11, 29.

Y hase de notar que obrándolo su inmensa bondad, tantas cuantas más veces dignamente es recibido, tanto hace más dispuesto a volverle a recibir el que así lo recibió. Porque la divina dignación, por la clemencia de aquel sacramento altísimo, dispone y enseña los tales recibidores para que sepan entrañable y vivamente hacer la tal distinción, así en el mental aparejo como en la conversación de su persona exterior. Item, este distinguir o disjudicar que el Apóstol nos dice conviene que sea notado en el uso o costumbre que tenemos; porque así como para nos llegar a la mesa corporal nos despierta la misma naturaleza, así habemos de entender que a la mesa del altar no habemos de ser llevados por la costumbre cotidiana que tienen los que celebran cada o casi cada día; mas que seamos los no sacerdotes movidos a la sacra comunión las veces que comulgamos y los sacerdotes (sin notable impedimento) a celebrar cada día por sólo el querer y voluntad de nuestro Cristo Jesús, el cual por su bondad sola nos manda hacer aquesto en memoria singular suya. Y para que entendiésemos que esta memoria particular nos ha de ser vivo aparejo cada vez y cuantas veces a su mesa nos llegamos, dícenos expresamente y en palabras muy patentes: *Cuantas veces hicierdes esto*, conviene a saber, celebrardes o comulgardes *hacedlo en memoria mía* [85]. Esto es, teniendo entrañable recordación de la viva caridad con que me doy a vosotros, con la señal de más familiar amor que fué posible poderos mostrar.

Mas los hombres brutales reciben el sacramento suavísimo sin limpieza de conciencia, y los tales entenderán en el tiempo venidero la sentencia de San Pablo, es a saber: *Juicio toman para sí los que indignamente* celebran o comulgan, *no distinguiendo* o disjudicando el *cuerpo de nuestro Dios y Señor de otra cosa corporal* que quisiesen recibir; de lo cual nos guarde Dios por su infinita bondad. Amén.

[85] I Cor. 11, 24.

CAPITULO XXXIII

Que se ha de probar cada uno en amor y en humildad y en la memoria de Cristo para llegarse a la sacra comunión

En el capítulo 11 de la primera Epístola a los de Corinto amonesta el Apóstol que para se allegar al sacramento santísimo pruebe cada uno a sí mismo. Mas, Dios mío, ¿qué es lo que puedo probar yo en mí, más que lo que está probado en mi tibieza continua y flojas inclinaciones y en mi descuidada vida? ¿Qué hay en que sea probado un hombre cual vos, Dios mío, conocéis, tal que por vuestra piedad no me tenéis reprobado? Pruébese este hombre para comer de este pan angelical; pruébese bien si conoce quién es, porque en su conocimiento tenga muy pronta humildad, con la cual, y no sin ella, reciba aquel pan sagrado. Y porque aquesta tal probación no se puede perfectamente alcanzar sino a fuerza de recogimiento de quieta contemplación, tanto cuanto algún contemplativo conociere más quietud y encerramiento en sí mismo por menos conversación (salva siempre la obediencia y caridad), tanto más muestra señales de su amorosa humildad. Cerca de lo cual, el delicado contemplativo Ricardo, en el IV *De arca mystica*, en el capítulo 15, dice: «Porque el singular amor es amigo de buscar la soledad, es necesario que el que en amor está cebado quite de sí todas aficiones y deseche todas las cogitaciones y se esconda de las comunicaciones, porque más libre y alegre y más bienaventuradamente pueda allegarse y se abrazar a su verdadero amor. Este es el pronto y verdadero y vivo aparejo que el ánima que es más pronta en caridad y en amor ha de hacer todo el tiempo de la vida para poder recibir el sacramento santísimo, preparado de su parte lo que puede ser en sí allende de la confesión, siendo ayudado de Dios». Esto es en lo que hemos de probar las entrañas, y el ánima, y la conciencia. Y cuantos nos halláremos en esto, es a saber, en tener el corazón limpio, y fe viva, y esperanza no dudosa, y caridad con los prójimos, y deseos vivos de Dios; y que si sois religioso procuréis oración quieta; y que cualesquier estados guarden bien su profesión, el casado en las leyes de casado, y el fraile, en su encerramiento; digo, en andar dentro en sí. En esto es en lo que hemos de entender lo que San Pablo nos amonesta en esta su autoridad, que pro-

bemos a nos mesmos. Es a saber: que haya examinación dentro de nuestras conciencias; porque cuanto nos halláremos más prontos, y más limpios, y más vivos, tanto con mayor confianza y con más felicidad nos lleguemos al sacramento santísimo.

Ahora, pues, a este aparejo prontísimo y probación de nos mismos no podemos perfectamente venir si, como ya está apuntado, no procuráis conocer vuestra flaca estimación y seguir la imitación y meditación de Cristo, porque por allí os entréis al claro conocimiento del inacesible Dios. Y la verdadera y perfecta humildad no se alcanza sin verdadera y perfecta contemplación; porque es así que en vuestra consideración procuráis de conoceros y os comenzáis a humillar; y en la meditación de los misterios de Cristo y en su extremo menosprecio va cresciendo la humildad y haciéndose pronta en vos; más en la contemplación quieta de la inacesible divinidad, tanto cuanto más vais perseverando, tanto más se os va esclareciendo el ánima y tanto más va cresciendo en conocimiento vivo; el cual vivo conocimiento de la inmensidad increada hace que reputéis a vos mismo hasta venir en su presencia a ser nada. Y tanto más prontamente y con más felicidad vernéis a esta humildad perfecta cuanto por el principio de vuestra propria estimación vinistes al medio, que es la meditación e imitación de nuestro Redentor, Cristo, y cuando por este medio más prontamente y con más perseverancia habéis llegado a este fin. En esto se ha de probar el hombre que es codicioso de Dios, y de servirle, y quererle, y recibirle por fuerza de sólo amor y sin interese de alguna consolación. Y con esta probación llegue cualquiera persona a recebir este pan angelical por consejo del Apóstol; y a todos ampare Dios. Amén.

CAPITULO XXXIV

De una autoridad de la Escritura sagrada que fué figura de nuestra preparación

En el capítulo 29 del Paralipómenon, libro I [86], se escribe que el glorioso rey David, disponiendo sus entrañas a cierta obra del servicio de su Dios y Señor nuestro, pronunció aquestas palabras: *Cierto es admirable esta obra,*

[86] I Paral. 29, 1.

porque a sólo Dios se apareja la morada, y no al hombre. Bien corresponde aquí esta obra y su aparejo a nuestra disposición; quiero decir, a la preparación de estos nuestros corazones para recibir la sagrada comunión, por tal que cualquier ánima justa, prontamente aparejada, es hecha templo de Dios; el cual templo fué figurado en la casa del Señor que aparejaba David o el templo de nuestro Dios que hizo el rey Salomón. Ahora, pues, decir el santo David con prontísima humildad que en esta obra se apareja la morada para Dios y no para el hombre, no fué otra cosa salvo despertar en los hombres la humildad que se requiera para aparejar el templo vivo de Dios (que son estas nuestras ánimas) a la sacra comunión y traerles a la memoria cómo el huésped que se ha de aposentar en este templo es Dios. Mas, porque de parte nuestra hagamos cuanto podemos, síguese en la autoridad: *Mas yo con todas mis fuerzas aparejaré las costas de cuanto sea menester para la obra de esta casa de mi Dios y Señor* [87]. Las costas dice David que con cuantas fuerzas tiene ha de poner de su parte, porque entendamos que han de ser cosas costosas a la inclinación sensual las que el hombre de su parte ha de poner, esto es, de todo el tiempo de su vida ha de proveer para esta preparación, desechando concupiscencias sensuales y todas inclinaciones contrarias a la razón y todas contrariedades.

Y es de notar que, incitado David de la viva caridad que abrasaba sus entrañas, se dice en la autoridad que a todo el pueblo decía con un vivo fervor: *Si alguno quiere de su propia voluntad ofrecer algo al Señor, hincha hoy su mano y ofrezca cuanto quisiere* [88]. Así como si dijera distinta y más claramente: Quien incitado por sólo el amor de Dios, sin mirar propio interese, se quisiere ofrecer en sacrificio pacífico a nuestro altísimo Dios en la sacra comunión, hincha hoy sus manos (que quiere decir sus obras) y ofrezca cuanto quisiere, sabiendo que el puro y desnudo amor de Dios es el fin de toda preparación para celebrar o comulgar. Y dice la autoridad *hoy*, porque entendamos que este día de la sacra comunión, esto es, las veces que celebráis o comulgamos, es el tiempo que excede a todos los tiempos para presentar a nuestro Señor cuanto ha menester su pueblo y es tiempo más propio y de más amor para poderlo alcanzar. Y también para mostrarnos que habemos con caritativas entrañas de desear y procurar que todos busquen a Dios, por esto convida el santo rey y profeta que vengan todos a ofrecer cuanto pudieren y trai-

[87] I Paral. 29, 2.
[88] I Paral. 29, 5.

gan las manos llenas o que vengan con las obras muy llenas de caridad.

Síguese la autoridad: *Los príncipes de las familias,* etcétera. Y dieron para la obra de la casa del Señor tantos mil talentos de oro y de plata tantos mil. Y dice que aquesta oferta hicieron los hombres más poderosos y principales del pueblo porque entendamos que las potencias del ánima y su concupiscencia y la razón natural se sacrifican a Dios con oro de fortaleza y de viva y espléndida caridad, y con plata de vivo ejemplo y resplandecientes obras y provechosas palabras, y de clara castidad, y del limpio corazón. Dice también el texto que *de latón* y *de hierro* ofrecieron gran cantidad, para nos significar en el *latón* el sonido de la vana presunción de nuestra poca humildad, y en el *hierro,* la frialdad y la dureza de este humano corazón. En decir que estos metales en muy gran cantidad se ofrecieron, nos muestran con cuán pronto menosprecio se ha de desechar de los que en lo pronto se aparejan la dureza y vanidad y la estima de toda honra del mundo, la cual en aquestos tiempos está puesta en los talentos de los dichos metales que se dice en aquesta autoridad que los hombres poderosos ofrecieron; porque, en la verdad, no hay otros más poderosos que aquellos que menosprecian cuanto no los llega a Dios por llegarse prontos a él.

Y dice la autoridad: *Alegróse todo el pueblo con el voto voluntario que prometieron a Dios, en el cual ofrecieron todo aquello que pudieron* [89]. Esto nos quiere mostrar que más pura y más pronta conciencia, la cual se halla libre de todo interese, ofrecida y ocupada en el servicio y en el amor de su Dios, está muy más descansada, y con mayor alegría, y con más consolación. Síguese en la autoridad: *El rey David alegróse en gran manera en ver que todo su pueblo con sola una voluntad hizo tal oferta a Dios* [90]. Para mostrarnos en esto que el corazón encendido en caridad, el cual en el amor es David, y es rey en el señorío que tiene muy libertado sobre cuanto Dios crió. Aqueste corazón tal tiene perfecta alegría, cuanto todo lo interior y exterior de estos racionales hombres, todo se emplea en todo tiempo y lugar en el querer de nuestro Dios y Señor; él sea siempre en nuestro amparo.

---

89 I Paral. 29, 9.
90 Ibid.

CAPITULO XXXV

De los bienes inefables que en el sacramento altísimo tenemos en nuestro Dios y de la gracia del ánima que le recibe fielmente

Cerca de aquesta materia altísima debemos aquí notar un razonamiento del *Horologios de la Sabiduría eterna* con el ánima que recibe el sacramento santísimo, y es muy mucho de notar. Dice el *Anima:* —Señor, ¿qué es lo que das con tu inefable presencia a las ánimas que devotamente reciben en el Sacramento del Altar?

Sabiduría. —Yo te ruego que me digas de dónde procede esta tu pregunta. Por ventura, ¿eres amador verdadero o mercenario? ¿Piensas, quizá, ser convenible esta pregunta tuya? El que ama con corazón amoroso, teniendo lo que ama, muy poco cura de las otras cosas. Porque si verdaderamente desea llegarse a su amado, teniéndole, cualquier otro bien, por mucho que pueda ser provechoso, pasa con disimulación. Dime: ¿Buscas a tu amado porque le tienes amor o porque te pague aquello que le amas? ¿Qué cosa mejor ni más provechosa te puede dar que a sí mismo? El que tiene esto, dime: ¿Qué le falta o qué debe desear? El que se dió todo a sí mismo a su amigo, ¿qué hay que le pueda negar? Mira cómo en este sacramento me di a ti y te convierto en mí, dice la eterna Sabiduría. Pero como no eres perfecto en el amor, no te contentas con el amado, y por eso deseas otra merced o galardón en dulcedumbre de espíritu o en consolación sensible. Mas dime: ¿Qué es lo que da el rayo del sol al aire cuando con toda su virtud y sin impedimento de alguna nube lo penetra y resplandesce a la hora del medio día? ¿O qué es lo que las resplandecientes estrellas o el muy claro lucero dan a la noche obscura, que tal es la hermosura que da la serenidad del verano a la tierra, encogida y apretada con el hielo del invierno?

Anima.—No hay duda sino que cada una de estas cosas traerá consigo muy mucho fruto y gran hermosura.

Sapiencia.—Grandes cosas se parecen ser éstas, pero verdaderamente los dones espirituales que en este santo sacramento son dados son, sin comparación alguna, muy mayores, porque la menor gracia que meresce recibir el que devotamente recibe el sacramento santísimo clarifica

mucho más el espíritu en el siglo advenidero que lo que puede alumbrar al aire puro el rayo del sol.

Estas cosas no pueden ser entendidas sino en las solas entrañas de los que el sacramento reciben con aparejo debido según que les es posible, y solas aquellas veces que la dignación divina aquesto tiene por bien. Y cierto, aquesta tal gracia será en este destierro principio de mayor alumbramiento y en el siglo advenidero, que si todas las constelaciones clarísimas celestiales fuesen puestas en vecindad de la tierra y con toda su virtud y claridad la alumbrasen. Item, guardada fielmente, muy mayor claridad y espiritual hermosura dará al ánima en el siglo advenidero que la lluvia o el rocío puede dar de hermosura en algún tiempo a la tierra, con la cual engrendre todas las cosas que la suele hermosear. Y si queréis más ciertamente entender aquestas cosas, contemplad las condiciones del sacramento santísimo, porque sin duda, el rayo de la divinidad escondido en el santo sacramento, pero claro y manifiesto en la patria celestial, más excelente es para clarificar la ánima que lo es este sol visible para alumbrar la esfera de todo el aire. ¡Oh, cuánta será la gloria y inefable caridad cuando el ánima, toda puesta sobre sí, fuere transformada y unida por fuerza de puro amor con su inacesible Dios, donde el mismo amor reconoce la divinidad en el sacramento altísimo y se infunde toda en el amor infinito como una gota en el mar!

Item, el cuerpo glorificado recibido en el sacramento altísimo da al ánima que pronta y justamente comulga más y mayor hermosura que el curso de las estrellas y variedad de los tiempos pueden causar en la tierra. Item, la ánima sacratísima, verdaderamente unida al Verbo divino en el santo sacramento contenida, es de mayor hermosura, y de más alumbramiento, y de más felicidad para el siglo advenidero a cualquier ánima justa de lo que puede pensar que den todas las estrellas y luceros matutinos a esta patria de aqueste nuestro destierro. Y todas estas cosas serán dadas en el siglo advenidero a cualquier ánima fiel por cada vez que reciba el divino sacramento. Y tanto y en tal manera se acrescientan estos bienes, allende de otras virtudes y gracias sin cuento, que nunca ha de ser posible que se puedan numerar con algún entendimiento criado.

Anima.—¡Oh mi Dios!, pues que con tan innumerables maravillas y tan espirituales efectos tuviste por bien de adornar el sacramento santísimo, no solamente en el siglo advenidero, mas aun en el presente, ruego a vuestra infinita bondad que me diga por qué nos son aquestos divinos bienes tan ascondidos que no se pueden comprehen-

der ni alcanzar. Bien sé yo, inefable Señor nuestro, que las ánimas que os aman y os reciben con fervor y con debido aparejo os abrazan y gozan de vuestra presencia en sola fuerza de amor, en el cual manifestáis lo que se me esconde a mi; mas ¿por qué, Dios nuestro, no son todos estos bienes a los hombres manifiestos?

Sapiencia.—¿Por ventura tienes olvidado que andas en fe y no en experiencia? ¿No sabes tú que lo que el sentido enseña y la experiencia lo aprueba no es posible que le quede en la fe merescimiento?

Ciertamente sería necesario que la fe desfalleciese donde la experiencia pudiese tener lugar. Y asimismo, el merescimiento de la fe perescería si esto que tú dices se sintiese. Y, por tanto, si a la experiencia deseas el conocimiento de estos misterios altísimos, necesario te es quitar de en medio la fe y el merescimiento de ello, y entonces quedarás tál, que no debas ser contado entre los recibidores del sacramento santísimo. ¿Veis cómo ha proveído aquesto la sabiduría infinita por muy mayores provechos? Pues cuando no sentís estos divinos efectos y falta el entendimiento, sepa cualquier escogido que basta solo la fe para todo lo poseer; y sea siempre en nuestro amparo Cristo Jesús.

CAPITULO XXXVI

Con la vista de la fe ve el ánima en la hostia viva a mi Dios, y sola su gracia es pronta preparación

Anima.—¿Qué será si alguno de los escogidos siente algunos pensamientos no lícitos o no limpios y contra su voluntad, empero no los consiente?

Sapiencia.—Ciertamente, el tal será coronado si legítimamente peleare. Ruégote que abras el libro de tu corazón y mires cómo es dado a conocer por sólo suavísimo sentimiento el misterio altísimo de este santo sacramento en el corazón de algunos escogidos, en los cuales, por gracia y espiritual privilegio, es concedido que en alguna manera sienta el ánima en aquella santísima recepción tan claro conocimiento, aunque escondido en sí misma, que ninguna ciencia humana ni algún sentido pueda comprehender certidumbre de cualquiera cosa criada con tan gran satisfación y claridad tan entera cuanto se da a conocer en esta ánima agraciada la inefable autoridad de la gracia re-

cibida en la sacra comunión. Estas cosas se deben siempre entender no según curso común, porque este conocimiento experimental y en el ánima escondido excede a toda razón y al humano entendimiento, porque ésta es ciencia sabrosa y es mística teología, que muestra el Espíritu Santo muy dentro de las entrañas del más limpio corazón, y aun en aquéstos es a veces y no siempre, proveyéndolo así Dios por su infinita bondad, porque las ánimas engrandecidas en aquesta dignidad se humillen dentro en sí mismas cuando carescieren de ella, y esta humildad las haga ser más dispuestas para otra vez recibir aquello que les faltó. Pues que así es, entended que este santo sacramento y sus efectos altísimos es y son no inteligibles de algún seso ni razón humana; porque, ciertamente, la divina presencia que en el sacramento está se ve solamente con los ojos de la fe, y el ánima la conoce cuando quita aquella divina luz las tinieblas del humano entendimiento por la divina clemencia.

Anima.—¡Oh, cuán pocos son en este mundo que con pronta solicitud procuren la preciosa utilidad que alcanza el ánima justa en la sacra comunión, mayormente los sacerdotes, cuyo oficio es estarse siempre allegados a su Dios! Mas ¡ay, dulcedumbre de las entrañas cebadas en vuestro amor!, si habrá algunos que vayan a celebrar por sola una costumbre común, sin más pronta y viva preparación, ni piensan qué es lo que se gana y pierde entre la conciencia pura que os recibe y el ánima que recibiéndoos no es limpia cerca del dicho de San Pablo, es a saber [91]: *Juicio recibe para el perdurable infierno quien comulga indignamente.* ¿Quién hay en aqueste mundo con tan limpia conciencia que sea ministro o recibidor idóneo o convenible por igualdad de limpieza para poder justamente recibir este sacramento altísimo? ¡Oh Dios nuestro! ¿Y quién presumirá de sí y de su preparación, cuando San Pedro, príncipe de los apóstoles, dijo a mi Cristo Jesús: *Señor, apártate de mí, pues soy hombre pecador?* [92]

Sapiencia.—Entre los nacidos de las mujeres no hubo alguno que por sola su virtud pueda suficientemente disponerse a tan alta dignidad, porque, puesto que pudiese ser que un hombre tuviese la pureza de los ángeles, y la limpieza de los que están ya en la gloria, y los merescimientos de los que ahora viven bien en la alteza de toda la perfición, aun todo no bastaría para que recibiesen por aquestas obras suyas la sagrada comunión.

Anima.—¡Oh eterno e inefable Señor nuestro, y cuán

[91] I Cor. 11, 29.
[92] Luc. 5, 8.

terrible cosa es para mí y mis semejantes oír este razonamiento! ¡Oh amor de cuantos os quieren, y cómo se disforma un hombre tal como yo, si los hombres de perfectas obras no os merescen recebir! Y si los cielos en vuestra presencia eterna no tienen convenible equivalencia, ¿qué podrá ser de los tibios miserables, que aún estamos entre tantas impurezas y en tanta indisposición?

Sapiencia.—Una cosa de muy gran sublimidad tenéis aquí cuantos pecadores sois; la cual así os debe consolar que os quite toda duda y aflición y os convide a mil veces os llegar a la sacra comunión, conviene a saber, que este sacramento altísimo es de infinita piedad establecido en remedio de cuantos viven, y sin él no podrían tener remedio; y, por tanto, cuando quiera que el hombre en se disponer hiciere lo que es en sí para recibir la gracia, con la cual es el ánima agraciada, basta a cualquier que quiera llegarse a Dios; el cual no demanda al hombre lo que le es imposible, mas la divina piedad suple aquello que sin ella no tiene posibilidad; y, por tanto, igualadas las conciencias de dos hombres, esto es, que ambos están en gracia y se disponen según su posibilidad, mucho más acertará el uno de ellos en celebrar o comulgar muchas veces esforzándose en la divina bondad y confiando de su gracia que el otro hombre que se retrae, o se aparta, o celebra pocas veces, o se llega muy de raro a comulgar por la consideración de la natural flaqueza y flaca preparación; todo, empero, es a veces de alabar por la piadosa intención. Mas yo os vuelvo a amonestar que a cuantos estáis enfermos, si tenéis buen regimiento, os vais mil veces al médico, y los hombres que sois pobres, que os lleguéis con humildad a la puerta del que es piadoso y rico, sabiendo que con su presencia se sanan vuestras heridas y se quita la tristeza y deshiela la tibieza del enfermo corazón. Y quien espera a mañana para mejor aparejo y deja de llegarse hoy teniendo buena conciencia, este tal el día siguiente tendrá por la mayor parte acrescentada flaqueza.

Pues luego, ¿quién será tan sin consejo que ose impedir al enfermo espiritual de llegar a este Dios nuestro, que es piélago de remedios y es un abismo de amor? Y para corroborar esta razón, mirad aquella mujer no limpia que llegó y con tocarle fué sana; y véase la Magdalena, que, puesta a los pies de este suavísimo médico, fué puramente alimpiada; y también la cananea, siguiéndole, fué ayudada; y asimismo diez leprosos, con llegarse a él, fueron sanos. Y cuantas monstruosidades hubo en la naturaleza tuvieron remedio en él. Y dice el sagrado Evangelio que salía tal virtud de él, que sanaba a todos. Porque el que vino a llamar los pecadores y quiere hacerlos justos, no

menospreció los convites del Zaqueo, ni del leproso Simeón, ni de muchos como aquéstos. Y así como su admirable encarnación fué salvación de los pecadores que quieren de él gozar bien, así esta hostia salutífera es dada a todos los fieles por remedio de cualquier enfermedad que quieran que sea curada; porque, ciertamente, la sabiduría de Dios en la institución de este santo sacramento os ha dicho: *Este es mi cuerpo, el cual será traído por vosotros a la muerte* [93], etc. Por lo cual, si el hombre hiciere lo que es en sí para su preparación, llegue seguro y no dude en cosa alguna, y tenga fe y caridad; la cual a todos dé Dios; y él sea siempre en nuestro amparo. Amén.

CAPITULO XXXVII

QUE LA FRECUENCIA AGRACIADA ES GRANDE PREPARACIÓN Y QUÉ COSA ES LA DEVOCIÓN GUSTABLE QUE LAS ÁNIMAS RECIBEN

Anima.—¡Oh dulcedumbre amigable de cuantos se van a vos, y quién bastara a dar gracias por tan grande dignidad que un pecador como yo, sabedor de mis maldades, ose llegarme y recebir en mi pecho al Señor de la eterna Majestad y halle en él tan grande benignidad, que con infinito amor ponga en mí otro amor criado con el cual me mude en sí!

Sapiencia.—Así es que este santo y inefable sacramento que por amor infinito con los hombre se quedó, todo es para su remedio. Y porque es la divina voluntad que todos sean remediados tantas cuantas más veces le recibe el siervo fiel, conoce que con su recibimiento cresce en él la devoción y la pronta reverencia tantas cuantas se dispone más para más agradar a la gran bondad de Dios, que quiere ser recibido por el humano provecho.

Anima.—¡Señor mío!, cuando siento sequedad por falta de devoción o tales disposiciones que no es en mano del hombre todas veces remediarlas, ¿será mejor que me abstenga o me allegue a celebrar?

Sapiencia.—Cuando quiera que el que desea recebir el sacramento inefable halla que no fué ocasión sensible de las tales sequedades y hace lo que es en sí para disponerse para este misterio altísimo y, por permisión divina, siente aquesa sequedad, con la cual por mil maneras acostum-

[93] Matth. 26, 26; Marc. 14, 22; Luc. 22, 19.

bra probar sus escogidos el inacesible Dios, para que se funden en más profunda humildad y entiendan la soledad que tienen cuando están sin devoción y se socorran a Dios y teman si alzare de ellos la mano; y cuando la devoción les volviere la guarden con más viva caridad y más profunda humildad y crezcan en más fervor, por aquesto, en la sacra comunión y en la contemplación cierta y perfecta, muchas veces permite la bondad divina que falte la devoción, con la cual, si no falta el cuidadoso fervor, siempre se acrescienta ganancia. Ahora, pues, sea respuesta de lo que habéis preguntado que aquesa tal sequedad o falta devoción no debe ser causa por la cual ninguna conciencia limpia se aparte de celebrar, abrazada con la fe, que es la fuerza verdadera que con viva caridad hace cierta la esperanza de las mercedes que en el santo sacramento el ánima conservada en gran limpieza recibe de la infinita bondad. Una cosa muy notable deben notar todos cuantos se allegan a celebrar y cuantos contemplativos son en la Iglesia de Dios; y es que este sabor espiritual o gusto de devoción que sienten y en sí conocen las ánimas cuando se allegan al sacramento santísimo, o se dan a la oración, o hacen cualesquier bienes no es efecto debido a la fe ni cosa de aqueste presente tiempo; mas es una manera de arras que enseña Dios misericordiosamente en esta vida a las ánimas, porque se esfuercen con más y más afición a la bienaventuranza, en la cual tiene toda perfición aquel gusto que, como una picadita de un gavilán delicado, pone cebo al corazón.

Ahora, pues, habéis aquí de notar que, si el ánima está bien criada en la fe, bien se podrá mantener sin comer de estas frutas delicadas, que la divina piedad da por cebo regalando a las ánimas. Y es de notar que a las más tiernas acostumbra a dar más cebo, para que entiendan las ánimas varoniles que cuando aquesto les falta, pueden sin ello pasar con su muy mayor provecho, si están, cuales quiere Dios, en pureza de conciencia y viva conformidad. De manera que cuando os halláis con devoción, deis grandes gracias a Dios y tengáis contentamiento; y cuando os halléis sin ella, ofrezcáis las mismas gracias y con el mismo contento; y que con ella y sin ella no dejéis de celebrar si tenéis pura conciencia, haciendo aquello que es en vos; porque os conviene saber que aquel infinito bien es tan fructuoso, que cuanto más es recebido, tanto aquel que dignamente le recibe cresce en mayor dignidad de tornarlo a recebir; recíbanos su bondad y él sea en nuestro amparo.

CAPITULO XXXVIII

De la amorosa diferencia de los que comulgan real y verdaderamente o solamente en manera espiritual

Anima.—Deseo saber si recibe mayor gracia el que comulga realmente recibiendo en su pecho la hostia viva que el que la recibe espiritualmente, con sola viva afición; porque muchos hay que tienen vivos deseos de comulgar muchas veces, y falta disposición; y [de] estos tales está escrito que comulgan, pues creen.

Sapiencia.—Los altísimos efectos del sacramento santísimo, muy más propia, y más pronta, y más viva, más verdaderamente los recibe el que comulga realmente, porque aquéste tiene lo que tiene el otro en la caridad, y en la esperanza y la fe; y sobre aquesta igualdad recibe realmente aquel inefable don, y al dador recibe en él. Mas el otro, que no le falta afición y es igual en la bondad y no puede alcanzar lo que su ánima desea, cuanto a la fe, y a la esperanza, y a la viva caridad con que está dispuesta su ánima, tiene gran merescimiento en cada una comunión espiritual que desea y no alcanza, porque la bondad divina mira la afición y fervor, y si no podemos más, suple él cuanto nos falta.

Anima.—¡Oh Dios nuestro! Y ¿qué gracias podrá dignamente dar un tan pobre como yo a tan inefable magnificencia? O ¿qué manera podrá este pobre tener para disponerse algún tanto dignamente a la recepción del inefable sacramento, correspondiendo a vuestro infinito amor? Ciertamente, Señor nuestro, lo que yo puedo hacer es decir con el sabio Salomón en el capítulo 2 del II de los Paralipómenon [94]. Verdaderamente grande es el Señor, Dios nuestro sobre todos los dioses; y ¿quién podrá prevalecer a aparejarle digno aposento, si los cielos de los cielos no os pueden caber? ¿Qué soy yo (dijo aquel tan sabio rey) para que pueda edificar casa a tan inmenso Señor? Mas ¿qué es lo que luego se sigue en la autoridad? Solamente para esto es mi intento edificarle esta casa; *para que puedan ofrecerle en ella incienso*. Así, Dios mío, digo yo: porque esta pobrecita ánima pueda ofrecer a vuestra inmensa bondad incienso de buen olor, es a saber, sacrificio de ala-

---

[94] II Paral. 2, 56.

banza, para esto, y por gloria vuestra y porque vos lo queréis, haré yo cuanto pudiere (siempre con ayuda vuestra) en preparar esta pobrecita casa para la alta recepción del sacramento inefable de infinita caridad; en memoria y reverencia de vuestra sacratísima pasión, como vos nuestro Dios suavemente amonestáis. Siendo así que este sacramento altísimo sea un memorial abreviado de todas las maravillas que con estas nuestras ánimas habéis dende siempre obrado, dándoles mantenimiento que las pueda conservar para que perpetuamente tengan vida eterna en vos, como vos, muy amoroso Dios nuestro, vivís en el Padre Eterno, que os envió, y él es vida eterna en sí mismo; y quien fielmente os recibe, tiene vida eterna en vos, como en el capítulo 6, por San Juan [95], nos lo decís; y sed siempre en nuestro amparo, por vuestra bondad.

CAPITULO XXXIX

Pone una oración preparativa a la sacra comunión, harto más copiosa en sentencia que en palabras

¡Oh inefable sacramento, fuente de entera bondad, bien que sois a solas vuestro y bien de cuantos os quieren, remedio de mi orfandad, sustentador de los cielos, gobernador de la mar, mantenedor de la tierra, brasero de vivo amor, Verbo eterno y substantivo, que, siendo oración perfecta, no sois parte de oración! ¡Oh pan vivo angelical, mantenedor de los fieles, que perescerían sin vos! ¡Oh sabiduría de Dios, que sin caber en los cielos os cubrís y os encubrís con un tan pequeño velo, que sola la viva fe os pueda determinar determinándose en vos! ¡Oh potencia, que podéis dar poder a todos los que algo pueden y os podéis disimular para que puedan poderse venir a vos todos los que consideran la desmedida bondad con que a nadie desecháis, mas a todos los queréis! ¡Oh vivo bien infinito!, vuestro esclavo fugitivo se desea volver a esa divina presencia; plégaos de le recibir, porque si le desecháis, tan cierto está el perescer como el no poder valerse sin vuestra conversación, tan llena de suavidad. ¡Oh benignísimo amor, oh pan vivo angelical, oh sabiduría de Dios!, vuestro pobrecillo siervo, que es tan indigno de vos cuanto vos le conocéis y le podéis remediar, que-

[95] Ioan. 6, 58.

rría poder deshelarse; por tanto, viene el calor del seráfico brasero; plégaos de comunicarle alguna viva centella, la que es posible que alcance tan pequeñita criatura, que le encienda las entrañas y le abrase el corazón, porque pueda conocer lo que es posible que el hombre pueda alcanzar para emplearse en vuestro amor sin otra cosa (de las que criastes) querer sino sólo por vos, pues todo lo que no es vos le pone en necesidad. Vuestra clemencia me admita sin acordarse quién soy y me dé el conocimiento que a los suyos suele dar, para que yo me conozca y desprecie lo que es mío y que los hombres conozcan que lo bueno es todo vuestro, y den la honra a sólo vos, menospreciándome a mí, siempre sin ofensa vuestra; que esto es lo que vuestro siervo querría poder alcanzar, y por esto viene a vos, porque vos queréis que venga a comer en vuestra mesa y de vuestro vivo pan, que es vuestro todo y mi parte; y ni la puedo soltar ni vos consintáis que pueda, porque el siervo no perezca. Esto os demando por vos y por el benigno nombre de mi suavísimo Cristo, Jesús clementísimo; y para esto invoco en vuestra presencia a la Reina universal, que sola es Madre siempre virgen y purísima, y a la Iglesia militante, y a la corte celestial; porque entre tantos favores se pierda el temor servil y cobre el amor filial que suelen cierto tener los que conversan secretamente (digo dentro en sí) con vos. Y sea con nos vuestro amparo, por la bondad infinita que os hizo quedar con nos, vivo Dios en la hostia viva, que es nuestro sustentamiento, nuestro bien; y es amor nuestro, nuestro amparo y nuestro Dios.

CAPITULO XL

DE LA DECLARACIÓN DE LOS VERSOS DEL AMOR QUE FUERON PUESTOS EN EL CAPÍTULO 21 DE AQUESTA TERCERA PARTE EN LA PRIMERA IMPRESIÓN, PORQUE ESTA DECLARACIÓN ME HA SIDO MUY DEMANDADA EN EL NOMBRE DE JESÚS

1.—El que con amor trabaja, —holgando gana ventaja.
2.—Si quiere siempre holgar, —nunca deje de ganar.
3.—El gusto del vero amor, —en todo toma sabor.
4.—El que es bien enamorado, —nunca halla río sin vado.
5.—Cuanto topa, tanto traza, —y así nada le embaraza.
6.—El amor va donde quiere, —sin que nadie se lo viede.
7.—Si el amor mucho se trata, —todos los males remata.

8.—Si cesa de se tratar, —otro nombre ha de tomar.
9.—El amor, si mucho dura, —él solo en sí se asegura.
10.—Y no sabe asegurar —sino en un solo lugar.
11.—Es como un cordero manso, —y en Dios sólo es su descanso.
12.—En el inmenso secreto —sólo está su propio objeto.
13.—El que es más enamorado —es de sí más descuidado.
14.—La mansedumbre más quieta —es en amor más perfecta.
15.—Y muy gran señal de amor —es padescer con fervor.
16.—Quien no cesa de desear —no puede cesar de amar.
17.—La afición, con el deseo, —da indulgencia y jubileo.
18.—Y conócese el amor —en macilencia y rigor.
19.—El ánima enamorada, —siempre está necesitada.
20.—Donde más veces pensamos, —es señal que más amamos.
21.—Donde cuadra el pensamiento, —tiene el amor más asiento.
22.—Y si asienta la memoria, —es señal de más victoria.
23.—Y donde está más estable, —es el amor más durable.
24.—El amor no tiene fin —sin alas de querubín.

VERSO 1

El que con amor trabaja,
holgando gana ventaja.

Tiene el amor esta propiedad: que al trabajo quita el nombre y el efecto, porque la mayor satisfacción, y más cierta, y más propia, y más pronta que tiene el ánima enamorada es sufrir dificultades por el amor de aquel que ama. Y es así que a cualquier ejercicio que se ha de hacer mañana le es muy grande auxilio comenzarlo desde hoy; porque aquello que está hecho da descanso y más aliento a lo que se ha de hacer, y es ventaja para que haya más descanso y huelgue más trabajando que holgaría cesando de trabajar, por ser algo descuidado. Por lo cual se dice bien que aventajadamente huelga más el que trabaja con amor y por amor que el que sin él se descuida de quererse en virtud ejercitar; y síguese:

VERSO 2

Si quiere siempre holgar,
nunca deje de ganar.

Las más encumbradas ganancias de aquesta nuestra mortalidad consisten o están en los virtuosos ejercicios hechos amorosamente y por sólo amor de Dios. Y siendo así que está dicho que el amor quita al trabajo el efecto y el ditado, quitado esto, ya no puede ser trabajo lo que lo sería sin ello, es a saber, sin amor. Sea, pues, así: que el ánima que es codiciosa de crescer continuamente en grandes merescimientos, no cese de ser solícita en cebar-

se en el amor con todo cuanto hiciere. De manera que en comer y dormir y en las otras recreaciones de aquestos astrosos cuerpos, si se guarda una amorosa intención de comer por disponerlos para que sirvan mejor, será más merescimiento que sin esta amorosa incitación podría merecer en muy grandes ejercicios, por más que pudiesen ser inclinados a bondad. Y pues que el amoroso trabajo es descanso que se ha mucho de estimar, aquel descansará más que con más amor cesare menos de virtuosamente obrar hasta alcanzar el amor; por lo cual se sigue luego:

VERSO 3

El gusto del vero amor,
en todo toma sabor.

No hay más de un solo amor que se conforme a este verso en ser amor verdadero, y de éste dice San Dionisio en el libro de los *Nombres divinos:* «Uno de los divinos nombres es llamarse Dios *amor.* Y así como con el gusto corporal se toma el sabor de las cosas materiales, así con las más vivas entrañas gusta el ánima el suavísimo sabor; el cual, después de gustado, hace que tengan sabor suave las cosas que eran amargas. De este gusto, dice N. S. P. San Francisco haberle vuelto en dulcedumbre del ánima y del cuerpo lo que solía ser amargo». De manera que los que habemos poco gustado este gusto entendamos con palabras lo que entienden con experiencia los que están ejercitados, los cuales saben certificar que el ánima que bien gusta por mística teología la suavidad del amor no halla algún sinsabor en cuantos desabrimientos le puede el mundo ofrecer. Y por esto, este gusto es de tanta suavidad, que no puede ser por palabra explicado; el amoroso David nos dice que para sentirle procuremos de gustarle, porque veamos que es muy suave el amor de nuestro Dios; y aquesto nos amonesta con suavidad de palabras en el salmo 33 [96], donde se nos da a entender que sólo el gusto del ánima es quien ha esto de entender. Así que el amor que es verdadero es amor de nuestro Dios, y quien le gusta pierde del todo el disgusto de cualquier contradición, disfavor o adversidad que pueda el mundo ofrecer. Así que en todo toma sabor. Síguese:

VERSO 4

El que es bien enamorado,
nunca halla río sin vado.

[96] Ps. 33, 9.

Ninguna cosa es difícil al amor, si es verdadero, antes puede lo que sería imposible sin amor, y así pasa sin dificultad por la mar y por las aguas, como si le fuese guiando aquel de quien dice el salmo 76 [97]: *En la mar son tus caminos, y tus sendas entre muchedumbre de aguas.* Así como si, hablando con Cristo Jesús, más claramente le dijera: Todo el curso del camino de vuestra sagrada vida, ¡oh amantísimo amor nuestro!, ha de ser por el mar tempestuosísimo de toda contradición, y todas las obras vuestras han de ser piedra de escándalo y han de pasar por las aguas de mucha tribulación; mas así como el inefable amor que Cristo Jesús nos tuvo le pasó, sin alguna excusación, sobre todas estas aguas, así como por un común vado, así, los enamorados seguidores de aquel verdadero amor nunca entran en el lugar tan apretado que no puedan muy libremente pasar. Ni topan con tantas aguas que no las puedan vadear aunque sean tantas y en tan grande cantidad, que, con el salmo 68 [98], puedan decir: *Las aguas han entrado hasta lo interior de mi ánima.* Porque las tales, pidiendo socorro a Dios, las presumen bien pasar. Y así, cualquier tempestad les es suavísimo vado, y por salida y entrada se puede muy suavemente pasar, diciendo:

VERSO 5

Cuanto topa, tanto traza,
y así, nada le embaraza.

En dos maneras trazamos alguna cosa, porque ordenamos el cómo y por cuáles lineamentos o con qué intención y por cuál fin hacemos, o decimos, o pensamos cualquier cosa en que entendemos. Y la traza en este modo es de muy gran provecho; porque, trazando de esta manera, nada le impedirá la orden de su aprovechar; y dice: *Cuanto topa,* conviene a saber, cuanto piensa, o hace, o dice, *tanto traza, y así, nada le embaraza.* Porque si conoce en la traza impedimento, excúsase de la ejecución de aquello que algo le puede ahora o después estorbar. En la segunda manera decimos trazar alguna cosa cuando, conociendo no convenir a nuestro propósito, luego y del todo la cortamos y la quitamos de nuestra intención, así como de nuestra obra queremos que sea quitada. Y lo así trazado o cortado no nos puede embarazar la nuestra libre pasada o proceder libertado por el propósito de nuestra intención. Y no trazando

[97] Ps. 76, 20.
[98] Ps. 68, 2.

nuestras cosas en esta manera, es necesario ser muchas veces embargados de aquello en lo cual por eso nos detuvimos, porque no lo trazamos con tiempo y con impetuosa determinación; y luego dice:

VERSO 6

El amor va donde quiere,
sin que nadie se lo viede.

Nuestro inacesible Dios es indificiente amor, porque es amor infinito; y así es objeto propio de la virtud amativa del ánima racional, la cual amativa virtud consiste en la voluntad, porque más que las otras potencias, es a saber, más que la memoria y más que el entendimiento, tiene libertad de traer, y pasar, y traspasar todo lo criado y dejarlo atrás así como si no fuese; y, entrándose dentro en sí, empléase en sólo Dios, porque él es su objeto propio, así como está apuntado. Pues como Dios nuestro Señor esté dentro de todas las cosas, porque todo cuanto crió le es clarísimo y patente, tanto que más que yo mismo me conoce a mí mi Dios. Y, por tanto, cuando quiera que el ánima enamorada se entrare dentro en sí mesma, en este tal entramiento se hallará con su Dios, sin que haya prosperidad ni adversidad que estorbe aquel emplearse en amar aquel infinito amor que le es amable infinito. Pues como es amor increado está más dentro de cuanto crió que las mismas cosas criadas pueden estar en sí mismas, y también está fuera de todas las mismas cosas dentro en las cuales verdaderamente está. Podremos bien entender que, si queremos buscar nuestro amantísimo Dios dentro de nosotros mismos, tenemos gran libertad para poderlo hacer, y si queremos amarle en cuantas criaturas son, que lo podemos hacer con entera libertad. Y si en mayor perfición queremos amarle en sí mesmo desechando cuanto crió y olvidándome de mí, ocupado sólo en él, esnos cosa ciertamente natural, dado caso que resista esta pobreza exterior.

Es aquí la conclusión que nuestra voluntad tiene tanta libertad, que en lo criado no hay quien la pueda impedir que no lo penetre todo cuantas veces le pluguiere, no parando hasta nuestro inmenso amor increado; porque como el amor criado se vaya a su increado amor o el amor que en las ánimas Dios cría sea cierto y naturalmente regalado, dale aquel que le regala todo cuanto por bien tiene. Y como a cualquier parte que vaya es llevado por el infinito amor, al cual nadie puede resistir, resta que entendáis que el amor criado va a donde el

amor increado le hace ir y quiere lo que quiere él. Y así, nada hay que pueda contradecir todo el cumplimiento de aquel que amorosamente quiere todo cuanto quiere Dios. Así que el amor, es a saber, el ánima enamorada, va a donde quiere, por querer lo que quiere aquel en cuyo querer nunca hubo contradición; y dice:

VERSO 7

El amor, si bien se trata,
todos los males remata.

Entonces tratamos bien alguna cosa cuando ocupamos en la ejecución de su obra todo el tiempo que su dignidad requiere. Pues como la cosa muy digna y de gran merescimiento entre todas las cosas que Dios crió en puras criaturas es la virtud amativa de la pronta voluntad del ánima enamorada de su verdadero amor, necesario será, si ha de ser tratada bien, así como ella meresce, que se le dé todo el tiempo y que en cualquier lugar tenga la su obra sazón para que sea bien tratada; porque se pueda decir que *si el amor bien se trata*, etc. Y añade: *todos los males remata*. Porque así como las tinieblas se rematan, o se acaban, o fenescen sobreviniendo la luz, así todas las dificultades de nuestra conversación y temores temporales y cuantas cosas se le pueden ofrecer al ánima que está ceba en amor, todas y cuantas pensar se pueden, cesan de poderse llamar males, porque todas se le convierten en bien al ánima que con el muy santo Job dice en el capítulo 2 [99]: *Si los bienes tomamos alegremente de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de sufrir los males?* Porque entendáis que cualesquier afliciones que se puedan llamar males de aquellos que por falta de amor no los conocen será necesario que a los muy enamorados les parezcan que son bienes; porque el gusto del amor así los tiene cebados, que ya no puedan sentir por vía de agravio alguna controversia que se pueda llamar mal.

Así que se diga y se entienda que el ánima muy cebada en el amor, aquel cebo, cuanto más en ella es tratado, tanto más le va quitando el disgusto de cualquier contrariedad; hasta tanto que, si bien se trata, quiero decir, si el trato y frecuentación de este gusto del amor es largo tiempo y con ferviente perseverancia ejercitado, hace que nada haya que le sea dificultoso a aquel que verdadera y desnudamente ama. Y entonces son rema-

[99] Iob 2, 10.

tadas y acabadas todas las dificultades y cualesquiera trabajos que se puedan llamar males cuando aquel a quien se ofrecen no los tienen en el valor de un quilate; antes los toma con gusto, porque ha gustado con larga perseverancia el gusto del ferventísimo amor; el cual, por su bien tratamiento o que ha sido bien tratado, ha puesto fin y remate a todo trabajo y mal. Así que todo trabajo no es trabajo en presencia del amor. Cerca de lo cual se note que en el Génesis, capítulo 41 [100], se escribe que cuando al patriarca José le nació Manasés, su primogénito hijo, con el amor que conoció encendido en sus entrañas y gozo que hubo con él, pronunció aquestas palabras, es a saber: Mi Dios me ha hecho olvidar todos mis trabajos. Este glorioso patriarca había padecido muy grandes dificultades con gran perseverancia y grande incendio de amor, y él había tratado el amor, y el amor le trataba a él también; y con tales circunstancias, que, rematadas todas sus dificultades, fué figura del amor, y dió a las ánimas devotas a conocer con verdad que en él y con el amor, todo trabajo se acaba; y así, dice procediendo:

VERSO 8

Si cesa de se tratar,
otro nombre ha de tomar.

Toda la ganancia de algún oficial consiste en tratarse bien su oficio o mercadería. Y la ganancia y felicidad de todo contemplativo consiste en frecuentar el amor y en hacer que sea continuo su trato o tratamiento en el ánima; porque del amor está escrito que obra grandes cosas. Porque se escribe que, si cesa de obrar o menosprecia el favor de su obra, no es amor, pues le falta lo que al amor es imposible faltar si él mismo no se enflaquesce en el ánima. Así que es la conclusión que el amor no cesa de obrar por cosa que ofrecerse pueda; y si cosa se le ofreciere que impida su operación, luego no se llama amor; porque como sea en todo tiempo y lugar libre la voluntad de estas ánimas, nada hay que baste a poderla impedir si ella quiere irse a su Dios. Y porque, si es estorbada, eslo porque ella consiente en el tal impedimento; por este consentimiento es con razón castigada en quitarle la sublimidad del ditado de su propia operación, que es continuamente amar. Ni hay tan gran dificultad que, si es amor, no pase por ella sin mirar ni conocer

[100] Gen. 41, 51.

que en su pasada pueda haber impedimento. Así que el amor tanto le dura el nombre cuanto persevera obrando; y dice:

VERSO 9

El amor, si mucho dura,
él solo en sí se asegura.

Aquél sirve amorosa y seguramente que no tiene temor indiscreto de alguna cosa que por vía contradictoria se le pudiere ofrecer. Y con este quietísimo sosiego y sin contradición de algún desconvenible temor deseaba servir aquel profeta que hacía oración a Dios diciendo: Porque os sirvamos, Señor nuestro, con seguridad y sosegada quietud, hacednos libres de cualesquiera ocasiones de temor de los enemigos nuestros [101], conviene a saber, del demonio, y de la carne, y del mundo. De manera que para que nuestras ánimas tengan seguridad (libres de toda inquietud) en la contemplación es necesario que el amor en ellas lance el temor fuera y ocupe todo el lugar que en el ánima enamorada solía ocupar el temor antes que en el tal amor estuviese tan cebada. Y para que el amante llegue a amar en perfición, y seguridad, y quietud al amado conviene que el tal amor sea fiel y perseverante y dure toda la vida, por que se diga aquí con verdad que *si el amor mucho dura*, etc.; y síguese: *El solo en sí se asegura*. Porque de su continuación se engendra el hábito de su indificultad, y de esta continuación nace una familiaridad entre el que ama y el amado; en la cual saben los experimentados que hay una seguridad doblada, porque, por una parte, ama con toda quietud, y de la otra, ama con tanta confianza, que puede y sabe decir que aquel amor que ha permanecido en ella por la gran bondad de Dios le ha quitado todo temor servil o temor de siervo y le ha así asegurado, que se ocupa ya en amar casi sin contradición. Así que duró mucho el amor y causó seguridad, porque si el que ama permanesce con fidelidad, no tiene a quién ni de quién tener temor. Así que, *si mucho dura, él solo en sí se asegura.*

VERSO 10

Y no sabe aseguarar
sino en un solo lugar.

No hay más de sólo un amor increado, en el cual se determina al fin de todo amor criado, y porque se entien-

[101] Luc. 1, 74.

da mejor, diga así: Dios es infinito amor e infinitamente amable en su infinita bondad, y a sólo él hemos de amar más que a cuantas cosas crió. Y porque el amor es acto de la voluntad, y la voluntad no sabe satisfacerse sino en la infinita bondad, nunca el ánima sabe ni puede quietarse sino en un solo lugar, fuera de cualesquier cosas criadas. Y dado caso que el amor no ocupe ningún lugar, dice que en sólo un lugar se asegura, como quien quiere dar a entender a estos hombres materiales lo invisible intelectual por diciones y maneras materiales para más facilidad. Así que el amor no se sabe contentar o asegurar en cosa que no sea Dios; y si es verdadero amor, alcanzado por frecuente y perseverante contemplación quieta, fácilmente se asegura y se sosiega en levantándose a su amantísimo Dios, sin el cual, como está dicho, no se sabe asegurar.

VERSO 11

Es como un cordero manso,
y en Dios sólo es su descanso.

No se da a entender aquí que el amor sea a proporción de cordero, mas que la mansedumbre y la alegría del cordero muestre en alguna manera la condición del amor. Y si la mansedumbre del cordero no respondiera al amor, no hubiera dicho el profeta Isaías en el capítulo 53 [102], hablando de nuestro amoroso Cristo, que así como cordero que entre las manos del que le quita la lana, no abrió la boca a se quejar de los que le atormentaban. Item, si el alegría del cordero no nos mostrase la operación sin mancilla, y sin doblez, y sin tristeza del amor, no se cantara en el salmo 113 [103], hablando de las ánimas enamoradas debajo de semejanza de montes: *Los montes se alegraron como carneros, y los collados, así como corderos de ovejas se gozaron;* porque se ve que los corderos entre su mansedumbre, regocijándose, se levantan sobre el suelo; así que algún brevecito espacio se vean levantados en el aire; porque las ánimas enamoradas, en la mansedumbre del amor, se levantan sobre la tierra de todo lo en ella criado; y en alguna manera se suspenden en el aire, conviene a saber, en el Espíritu Santo, con tal y tan quieta mansedumbre en el sosiego de pura contemplación; en la cual el ánima enamorada se infunde así en el amor, que con buena semejanza se diga que tiene man-

[102] Is. 53, 7.
[103] Ps. 113, 4.

sedumbre de cordero. Así que pueda decir: *Es como un cordero manso*, etc.

Síguese: *y en Dios sólo es su descanso*. Porque, como el abisal centro del amor, del cual procede que las enamoradas ánimas aman al amor increado, sea aqueste mismo Dios que cría en las ánimas amor, es necesario que aqueste amor, con el cual aquestas ánimas piden aquel abisal centro que les da amor, con el cual sea el espíritu enamorado, si es su intención apurada en quieto y desnudo amor; así como, descuidado de todo lo que no es Dios, no descansa sino a solas, cuando se quieta en sólo él. Así que dice que *en Dios sólo es su descanso*. Síguese:

VERSO 12

En el inmenso secreto
sólo está su propio objeto.

Objeto de alguno de los sentidos del cuerpo o de alguna potencia del ánima es aquella cosa en la cual se emplea y se determina la operación suya. Y así decimos que del sentido de la vista es objeto el color o cualquier cosa que vemos, porque allí se emplea y se determina la operación de nuestros ojos. Y así diremos que aquella cosa en que pensamos atenta y concertadamente es objeto de nuestro entendimiento y que sola la verdad le pertenesce para perficionar su operación, porque en sola ella está su perfecta satisfación. Y así vernemos a entender que el amor perficionado en bondad es objeto de la virtud amativa del ánima, que es la voluntad. Pues como Dios sea infinito bien e infinitamente amable, diremos con gran verdad ser Dios propio y verdadero objeto del amor.

Y porque Dios es inmenso, incomprehensible y tan secretísimo que, como sea todo infinitamente centro y que ninguna criatura le conoce así como es, diremos que la perfición de la obra de la voluntad enamorada, la cual se emplea en puro y desnudo amor, está en toda perfición ocupada en sólo Dios, que es secreto tan inmenso, que sólo él es suficiente para poderse entender, y sus criaturas lo son para desearle y le amar con el pequeño poder que es posible alcanzarse para tan grande dignidad. Y porque el amor perfecto nunca ama con condición, ni busca tiempo, ni sabe escoger lugar, dice que *ha de estar solo*, es a saber, que solo y desnudo amor, apartado de toda obra, se ha de emplear en sólo Dios sin alguna condición, quiero decir que (como dice San Dionisio escribiendo a Timoteo) la obra del amor no acate a cosas criadas ni a cosas increadas. Por cosas criadas entiende toda cosa que no

es Dios, y por cosas increadas entiende la potencia y la sabiduría increada y la distinción de las divinas personas de la altísima Trinidad. No que esta contemplación deje de ser muy alta y de dignidad desmedida; mas quiere dar a sentir que hay mayor perfición cuando sólo el desnudo amor se emplea en manera simplicísima en la divina substancia, sin entender ni saber actualmente otra cosa salvo amar en tan grande soledad, que esté satisfecha que ama sin entender el amor.

Así que pueda decir que su objeto, es a saber, que su operación, está pura y prontamente ocupada en el inmenso secreto que es la divina esencia, sin alguna condición, ni distinción, ni actual consideración de atributos o potencias. Porque esta manera de pura contemplación no se entiende con palabras ni con letras, sino por sola experiencia; y porque aqueste secreto modo de amar es sólo de la substancia del ánima enamorada, por eso Isaías, en el capítulo 24 [104], dice: *Mi secreto es para mí*. Así como si dijese: Ni quiero ni debo con palabras ni con letras enseñar la alteza de aquesta tal perfición, salvo a solas las ánimas que aquesto entienden sin sílabas ni palabras, por muy frecuente experiencia, despojadas de toda humana afición que pueda y deba ser excusada.

De manera que diciendo las palabras de este verso se entienda que se extiende su sentencia a más alta y absoluta perfición que todos estos otros versos; porque da toda su operación a la inmensidad con soledad y secreto de todo lo que no es Dios. Y el secreto es inmenso porque entendáis en sólo él que los versos pasados nos significan las condiciones del amor, por la orden que él se va en el ánima criando hasta llegar a la perfición de su crescimiento, diciendo que en la inmensidad del secretísimo amor increado está el descanso del amor criado, etc. Y los siguientes versos muestran las señales y conocimiento del que ama, diciendo:

VERSO 13

El que es más enamorado,
es de sí más descuidado.

Hablando de las ánimas amochachadas, que de la sombra se espantan y no se osan esforzar, temiendo desaplacer a su hombre exterior, es a saber, a la sensual recreación, dice [David]: *Tuvieron temor donde no había que*

---

[104] Is. 24, 16.

temer[105], etc. Por lo cual se ha de notar que el temor de padescer alguna controversia o falta o contradición nos hace que tengamos cuidado y solicitud de buscar maneras para cumplir con nuestra sensualidad debajo de color de discreción. Así, buscamos no solamente lo que nos pueda sustentar, mas aun maneras cómo nos podamos con el tal sustentamiento recrear. Pues como el amor lanza el temor fuera del ánima enamorada, es así que cuando alguna ánima más se va acrescentando en el amor de su Dios, más va lanzando de sí el temor, no solamente de lo que le podrá dejar de recrear, pero aun el cuidado de las cosas, sin las cuales aquesta naturaleza no se puede pasar. Y así tiene cuidado de su mantenimiento, que casi no piensa en ello, salvo a las horas y tiempo que lo ha menester tomar; y entonces sin tener algún respeto a alguna particular recreación. Mas dice con el Apóstol en la Epístola II a Timoteo, capítulo 6[106]: *Teniendo tasado mantenimiento y con que cubrir el cuerpo para entera honestidad, con esto solo es contento*, teniendo descuido sobre todo lo demás. Y tanto más (como he dicho) cuanto más se va cebando en amor; porque sepa y pueda decir que el que cresce en el amor, cresce en descuidarse de sí y de sus necesidades; y dice:

VERSO 14

La mansedumbre más quieta,
es en amor más perfecta.

Por sentencia del infalible Evangelio sabemos que las ánimas más humildes y más mansas son más bienaventuradas, pues que *de las tales es el reino de los cielos*[107]. Y allende que los tales vencen con el bien el mal, así como su humildad se da a conocer en cualesquier prosperidades, las cuales ellos desestiman, así su mansedumbre se manifiesta más en las adversidades, en las cuales no se turban ni se mudan. Y porque la mayor perfición del amor consiste o está en la más perfecta contemplación, y esta mayor perfición trae consigo más quietud y más pura soledad en sosegado secreto, hase de entender de aquí que esta quietísima y pura contemplación tanto más se perficiona en amor cuanto más le es durable la mansedumbre y quietud. De manera que el amor cresce con el crescimiento de ellas; y ellas s. [cilicet], la quietud y mansedumbre, crescen cresciendo el amor. Y así tiene gran

105 Ps. 13, 5.
106 I Tim. 6, 8.
107 Matth. 5, 4.

verdad ser más perfecto amor el que es más quieto, y más pronto, y más durable en quieta contemplación. Así que *es en amor más perfecta, la contemplación más quieta*, porque tiene más mansedumbre, con la cual se esfuerza el ánima en el amor; y dice:

VERSO 15

Y muy gran señal de amor
es padescer con fervor.

Entenderemos mejor este verso y su sentencia si traemos a la memoria con qué tal fervor amaba la ferventísima amadora; la cual, buscando el preciosísimo cuerpo de Cristo Jesús, su amor, decía: *Señor, si vos le tomastes, decid dónde lo posistes, que yo me le llevaré* [108]. Padecía esta bienaventurada Magdalena grande y congojoso agravio no hallando el cuerpo que tan vivamente amaba, y perseveraba buscando lo que deseaba hallar. Y traía tanto y tan vivo fervor, que no hallaba dificultad para ella poder tomarle y llevársele en sus brazos, sin pensar el peso del cuerpo que consideraba muerto, ni en las fuerzas de mujer con que le había de llevar, ni en el lugar despoblado, ni en la hora dificultosa del rompimiento del alba; ni había otro algún impedimento que estorbase los efectos del fervor, con el cual perseveró y halló con muy gran gloria lo que buscaba con desmedida afición. De manera que su afición y su fervor le avivaba y esforzaba, y el efecto que siguió a estos vivos acidentes mostró a la clara el amor; que así la absorbía, que toda la transformaba en sí mismo.

Es aquí la conclusión que nada es dificultoso al que ama por sólo amor; y tanto cuanto el amador padesce mayores dificultades, y cualesquier menosprecios, soledad, reprehensiones y toda necesidad, y no cesa su fervor ni en el rigor de la vida, ni en no admitir consolaciones extrañas de lo que le allega a Dios, ni en levantar la afectiva, que es el talante amoroso del ánima enamorada; tanto muestra más patentes las señales del amor. Y sin él es imposible que se padezcan trabajos con alegre y ferviente voluntad; ni con amor es imposible dejarlas de padecer con aquestas condiciones, si es verdadero el amor. Síguese:

---

[108] Ioan. 20, 15.

VERSO 16

Quien no cesa de desear
no puede cesar de amar.

Las ánimas que tienen vivos deseos de juntarse con su Dios por vínculo de puro y desnudo amor, tanto cuanto más se ceban en amar, tanto más se incitan a continuamente desear. Dije vivos deseos porque hay muchos que son muertos, que nunca saben obrar. Y los deseos que han de ser vivos procuran con afición poner en ejecución los medios que se requieren para aquel fin que desean; y las ánimas que obran deseando y desean obrando lo que es en ellas tienen muy cierto el socorro y enseñamiento del Espíritu Santo hasta mayor perfición. Y cuánta preeminencia tengan los vivos y frecuentados deseos en el cebo del amor, muéstralo Daniel profeta, al cual un ángel apareció y le dijo en su capítulo 9 [109]: *Porque eres hombre de deseos, por eso me envía el Señor a ti para que seas enseñado.*

Es aquí la conclusión que los continuados deseos llevan el ánima a Dios, porque son alas del espíritu enamorado. Y la ánima que conversa por vivos deseos con Dios viene en su conocimiento cada vez más con mayor crescimiento, y quien más conoce a Dios, más le ama, y quien más le ama, más le desea, y son dos correlativos que el uno al otro dan continuo crescimiento. Y así está verificado que es imposible cesar de amar quien trae continuo deseo de estar vivo en el amor; y dice:

VERSO 17

La afición, con el deseo,
da indulgencia y jubileo.

Afición es un talante amoroso, y ferviente, y cuidadoso del ánima, el cual desecha de sí el querer de todo lo criado, en cuanto es lícito discretamente el tal desechamiento, para que más en pronto pueda el ánima irse a su Dios. Es esta diferencia entre afición y afectiva en vía de contemplación que la afición se acompaña a los deseos y vuela con ellos y gasta tiempo en volar; mas la afectiva considerámosla con un súbito o momentáneo levantamiento a se ayuntar con su Dios sin medio de cosa criada ni de ningún pensamiento, y aun no digo sin algún deseo que pueda determinar en la cosa que es deseada; porque, en que-

[109] Dan. 9, 23.

riéndose alzar, se alza a lo que antes ha deseado, y a las veces posee lo que deseó antes que entienda que lo deseaba. Dice, pues, nuestro verso: *La afición, con el deseo,* etc.

Síguese: *Da indulgencia y jubileo.* Indulgencia es perdón, y jubileo es plenaria absolución con libertad de alegría, porque jubileo viene de este nombre *júbilo,* que es regocijada alegría de corazón. Y así, dice en este verso: *La afición, con el deseo,* etc. Como si más claramente dijese: El ánima que tiene vivos deseos de servir y amar a Dios, en el cual y en aplacerle tiene toda su afición, esta tal, el mismo amor en quien anda aficionado la alimpia de lo presente y la guarda de lo venidero, perdonando lo pasado. Y su misma afición le da tal confianza en la gran bondad de Dios, que con el testimonio de su guardada conciencia anda casi en continuo júbilo o alegre consolación, con la cual reconoce el beneficio que le concede el perdón; y el amor que la perdona la acrescienta en tan gran consolación, que del consuelo le nace júbilo, y, conociendo el perdón, dice que le es jubileo; porque no hay cosa en que tanto agrade al amor increado como amarle desnuda y alegremente y con viva afición el amor criado, al cual da indulgencia y jubileo el amor increado, porque más aína se consumen las cotidianas y veniales culpas cuando son consumidas con el fuego del amor que cuando con las diligencias nuestras queremos desbaratarlas. De manera que el amor que las consume da indulgencia, su alegría le da jubileo y jubileo da su apurada conciencia, verificándose el verso. Síguese:

VERSO 18

Y muy gran señal de amor
es macilencia y rigor.

El Ricardo, en el lib. II *De arca mystica,* capítulo 17, sobre aquel verso del salmo 54 [110], que dice: *Catad aquí el hombre mi conocido y guiador, el cual juntamente conmigo comía dulces manjares,* dice: «Maravillosamente se compadescen o gozan el espíritu y el cuerpo de cualquier daño o provecho que alguno de ellos padesce. Y es de notar que los ansiosos deseos del ánima nunca son sin afición. Y siendo así cosa cierta que el cuerpo se compadesce de lo que el ánima sufre, es necesario entender que los prolijos deseos de cosa tan estimada, cuanto se dilatan más, tanto cresce en más fatiga. Y porque está dicho

[110] Ps. 54, 14-15.

que el deseo no puede dejar de amar, es así que cuanto más ama, más conoce la razón que hay para amar y crescer en mayor codicia con menos satisfación; porque el mayor conocimiento del sumo bien causa mayor hambre de su posesión, la cual no se acaba comiendo, digo alcanzando aquel amor que, alcanzado, acrescienta la codicia de aquel que le recibió. Esta codicia no cesa de dar al ánima una bendita aflición, la cual tanto cresce en ella cuanto se alarga el destierro, porque en él no se alcanza en perfición el fin de aquel su deseo.

Pues como el ánima procede en esta santa y deleitable aflición, la codicia, que en ella se multiplica con el más conocimiento, va en la misma ánima olvidando las necesidades de su cuerpo. Pues como el cuerpo, por natural conveniencia, se haya de compadecer de los agravios de su ánima, cierto es que esta compasión le aflige y, por otra parte, disminúyenle la corporal refeción; por lo cual le sobreviene flaqueza; y esta flaqueza de miembros se llama aquí *macilencia*, y así dice: *En macilencia* se conoce el amor. Síguese: *y en rigor*. Las codicias del ánima crescen con las necesidades del cuerpo, de tal manera que tanto cuanto más le va faltando, tanto menos echa menos su falta, por la fuerza de los deseos del amor. Pues como en el salmo 41 [111] diga el profeta que *las lágrimas le eran pan de día y de noche*, y arriba se ha dicho que el cuerpo come con el ánima sus panes, resta que estos panes con que mantienen sus cuerpos las ánimas muy cebadas en amor son *lágrimas*. Y dijo que de una voluntad comía con ella su cuerpo manjares dulces, porque dicen los que de éstos tienen experiencia que no hay lágrimas tan suaves como aquellas que procedan de cobdicia del amor que es conocido dignísimo de ser desmedidamente amado. De manera que las lágrimas amorosas son suaves panes con quien mucho engruesa el ánima, y lo mismo que la engruesa, hace macilento el cuerpo. Y tiene tanto contento, que la misma macilencia acrescienta en más rigor y es señal de más amor, y así verifica el verso.

Hase, empero, de notar que hay algunos que son gruesos y graciosos de habitudo natural, y en los tales no se da el amor a conocer por estos tales efectos, aunque sean muy vivos en el amor, como muy muchos lo son. De manera que cuando vierdes a alguno muy codicioso en amor y magro en la corpulencia, entended que le embarazan los regalos de amistad; y si le vierdes gracioso, creed que su limpia conciencia y su entrañable bondad le traen en

[111] Ps. 41, 4.

tan libertado contentamiento, que le es causa de engordar. Y síguese otro verso.

VERSO 19

El ánima enamorada,
siempre está necesitada.

Muy común es del amor poner en necesidad a los muy enamorados, y tanto mayor cuanto crescen en amar; porque, como dicho está, con el más amar cresce el conocimiento de la dignidad de la cosa que es amada, así como este tal conocimiento acrescentado en el ánima le es causa de más y mayor amor. Por manera que el mismo amor que va cresciendo en el ánima la va poniendo en nueva necesidad y la hace estar enferma de amor y que no pueda encubrir esta tal necesidad. De aquí es que la esposa en los Cantares, en el capítulo 5 [112], dice a sus vivos deseos y a su encendida afición debajo de título: *Hijas de Jerusalén, yo os conjuro que, si vierdes a mi amado, le digáis que estoy enferma de amor.* No demanda ser curada de esta tal enfermedad, porque sabe que cuanto la cura le fuere mayor, tanto más la ha de enfermar más; solamente demanda que sepa su enfermedad.

Esto es, que le haga saber a ella misma que está enferma y acresciente sus deseos, cebando más su afición dándosele a conocer; porque aquella necesidad que cresce con el amor es necesidad de amar, y cuanto cresce en efecto, es a saber, en ser más enamorada, tanto cresce en más amor; y aquella necesidad, como va siendo mayor, es de más satisfacción y más bienaventurada; y desea esta ánima tal no estar ni sólo un momento sin estar necesitada, y tiene el verso verdad. Síguese:

VERSO 20

Donde más veces pensamos,
es señal que más amamos.

En dos solas diferencias se distinguen en nuestro propósito todos nuestros pensamientos, porque o pensamos, contra nuestra voluntad, algún pensamiento malo por nuestro descuido e industria del adversario; y, resistiendo por todo nuestro poder, merecemos con los tales pensamientos, si fielmente batallamos. En la diferencia segunda son pensamientos meritorios, y nos guardamos en

[112] Cant. 5, 8.

ellos muy de nuestra voluntad. En los primeros hay sentimiento sin consentimiento, y aquí es batalla y merescimiento; esta primera distinción no hace ahora a este propósito. En la segunda diferencia hay sentimiento y consentimiento, y no hay batalla y hay muy gran merescimiento; y porque los procuramos para guardarnos en ellos es menester que en conservarlos velemos. De estos tales pensamientos dice este verso que pensamos las más veces en lo que queremos más. De aquí es que el profeta, en el salmo 119 [113], dice a nuestro amoroso Dios: *Como yo amé vuestra ley, Señor, Dios nuestro, todo el día me ocupé en ella.* Casi como si dijera: Son las leyes del amor de nuestro Dios tan dignas de ser amadas y captiva tanto mi ánima su inmensa bondad, que es mi pensamiento en ellas todo el día, esto es, tan a la continua, que, si pienso en otra cosa, no puedo nada durar en los otros pensamientos.

Es, empero, de notar que no es posible que el hombre sea durable en pensamientos provechosos si primero no ha sido muy cuidadoso y perseverante en desechar los pensamientos dañosos y los que son sin provecho; de los cuales dice en el salmo 18 [114]: *Si no se me enseñorearen mis maldades, seré limpio; y serán apacibles a mi Dios las palabras de mi boca y en su presencia estará el pensamiento de mi corazón.* Por eso decía el Salmista que su pensamiento era en presencia de Dios, porque tenía bien conocido que estaba todo su amor en aquel en quien él quería pensar. Y ni el pensamiento es posible que sea estable en cosa que no sea amada, ni la cosa que es amada se puede del pensamiento por mucho espacio apartar, por causa que el mismo amor y las causas para amar incitan a ser pensadas.

De manera que el tesoro de cada uno de los hombres más precioso es aquello que aman más con más patente corazón. Así que, si os pregunto dónde está el corazón vuestro, me diréis que está donde le llevó vuestro pronto pensamiento; y hanos dicho San Mateo en el capítulo 6 que *tenéis el corazón puesto en el tesoro vuestro* [115], porque la memoria vuestra sigue a vuestros pensamientos, y los mismos pensamientos se incitan con la memoria, y ellos y ella se ocupan en su tesoro. Así que donde está vuestro tesoro, sabed que está vuestro amor y allí va vuestra afición; y tiene verdad el verso; y dice:

---

113 Ps. 119, 97.
114 Ps. 18, 14.
115 Matth. 6, 21.

VERSO 21

Donde cuadra el pensamiento,
tiene el amor más asiento.

Todo edificio que asienta en cuadrado tiene más firmeza, porque igualmente está en todas partes y es más durable por el indiferente y igual asiento que tiene. De aquí es que se lee en el capítulo 21 del Apocalipsis [116] que la ciudad celestial que a San Juan le fué enseñada tenía doce puertas. De manera que estaba de tres en tres, para darnos a entender que asentaban en *cuadrado*, lo cual expresa luego diciendo: *Fué medida la ciudad, y estaba puesta en cuadro*. Pues como sea esta ciudad perpetua, síguese que aquesta forma cuadrada muestra perdurable perfición. De donde se ha de notar que cuando nuestro pensamiento cuadra en la meditación de las cosas perdurables en tal forma que no halla más a la una parte que a la otra, hay grande aprovechamiento. Por esto el Apóstol deseaba que los de Efeso fuesen muy arraigados en amor y caridad, y en el capítulo 3 aquesto les amonesta, diciéndoles: Porque podáis comprehender con todos los santos qué tal es la altura, y lo profundo, y lo largo, y la anchura; así como si más claro les dijera: Porque vuestra intelectual comprehensión no decline a alguna parte, pues que igualmente está en todas partes Dios. Y cuando nuestro entendimiento discurre a partes diversas y por diversa ocasión, aunque por un mismo fin, no está quieto ni en cuadrado ni se llega a perfición. Pero cuando nuestra voluntad tiene quietud, diremos que el pensamiento del humano corazón está asentado, porque no hay en él bullicio de entendimiento; y diremos que su asiento es en cuadrado, porque tanta igualdad tiene en lo alto como en lo bajo y no sabe a algún cabo declinar. Así que pueda entender que se dice con verdad: y si *cuadra el pensamiento*, etc.

Síguese: *tiene el amor más asiento*. Porque tanto más se muestra la perfición del amor, cuanto la quietud, y sosiego, y encerrado asentamiento tiene por más igualdad cualquier contemplativo en su oración mental. Y la contemplación nunca alcanza a ser perfecta hasta que cuadra en sosegada quietud; porque se note que la igualdad del amor, el cual a toda parte cuadra, causa el asiento en quietud y perfición, que es más durable sosiego. Y así, tiene gran verdad tener más asiento o ser más perseverante el amor si el amante no derrama en nada su entendimiento; y esto es lo que dice el verso. Síguese:

---

[116] Apoc. 21, 12.

VERSO 22

Y si asienta la memoria,
es señal de más victoria.

Está dicho ser la memoria una de las tres potencias del ánima, la cual en la vida advenidera terná por premio tención de gloria; quiere decir, terná asiento sosegado en quietísima serenidad. Por manera que estará la memoria perpetuamente asentada en tal quietud, que no se acuerde de más que de sola una cosa tensa o firmemente asentada en la gloria de su amantísimo Dios. Ahora, pues, cuanto nos conformáremos más a la bienaventuranza durante aqueste destierro, tanto más ternemos seguridad de aquella perpetuidad, donde es tanta la victoria cuanta es la memoria de los que estarán allá. De manera que la memoria terná posesión en perdurable asiento, y cuanto aquí se comenzare a sentar, tanto más se va acercando a aquella eterna victoria; y tiene verdad el verso. Y es de notar que se escribe en el salmo 111 [117] que *ha de haber memoria eterna de cada uno de los justos*. Y aquella memoria perpetua ha de corresponder a la memoria que tuvo aquí más quietud en su amantísimo Dios; para que se entienda que aquella quietud o asiento fué señal de más victoria; y tuvo verdad el verso, diciendo:

VERSO 23

Y donde está más estable,
es el amor más durable.

Este verso pende del que está notado, de manera que afirma que la perseverancia del amor procede de la continuidad del sosiego y estabilidad del ánima; para darnos a entender que para adquirir este sosiego y estabilidad es menester dar cuanto espacio sea posible a la oración mental; porque estando la memoria más estable en su quietud, tanto durará más el amor cuanto la estabilidad dura más en la oración. Y notado que tiene muy gran verdad el decir que la obediencia del mayor y la caridad del igual se han de anteponer a la quietud de la contemplación; pero entended que ha de ser con condición que no os dejéis olvidar el sosiego de vuestra ánima durante la obra exterior; y cuanto más en aquesto se guardase, tanto más estará estable y terná el verso verdad, durante más el amor; y, concluyendo, se sigue:

---

[117] Ps. 111, 7.

VERSO 24

Nunca el amor tiene fin
sin alas de querubín.

Dios inmenso es amor increado y es el verdadero fin del amor, que él, por su bondad sin medida, cría en el ánima agraciada encendida en caridad. Pues como el proceso de cuantos viven corra en pos de su propio fin, y el ánima cuya vida es más perfecta, siguiendo su perfición, no para hasta su fin, que es el perdurable amor. Necesario es que para alcanzar a tal bienaventuranza así procure volar con alas de querubín, que no pare hasta ser presente a su perdurable amor. Por lo cual se ha de notar que San Dionisio, en el *Libro de la angelicia jerarquía*, en el capítulo 7, dice: «La orden de los querubines es más viva, y más conociente, y más pura, y más simple, y más perfecta que todos los otros ángeles, sacando los serafines, contemplan la primera obradora virtud, que es Dios, y en ellos es cumplida entera y perfectamente la iluminación del divino conocimiento; y así, con la lumbre de la divina Sabiduría contemplan pura y simplemente la Sabiduría divina sin alguna semejanza o figura, mas en sí misma y por sí misma». No que se pueda entender que basten las angélicas criaturas a contemplar entera y perfectamente así como es la divina esencia, comprehendiéndola perfectamente tanto cuanto ella es conoscible; porque sólo Dios inmenso conoce a sí mismo, comprehendiéndose perfectamente por autoridad firmísima del inefable Evangelio.

Y es de notar que tener alas de querubines es estar desocupado de cualquier impedimento; con el cual, por vía intelectual o obra de entendimiento, mira el ánima a nuestro Dios y Señor mediante algún pensamiento o por medio de semejanzas o figuras de cualesquiera criaturas; mas que en sola la contemplación que es pura, y quietísima, y perfecta, en la cual el solo amor esencial, sola la esencia del ánima, sin procurar entender, sea ocupada a solas en sólo amor, para lo cual quiere las alas seráficas; porque con las alas de querubín alcance al verdadero fin de las ánimas. Para cuya declaración es de saber que en el capítulo 25 del Exodo [118] se escribe que mandó a Moisés Dios nuestro Señor que sobre el propiciatorio del *arca foederis* pusiese dos querubines, y que toviesen tendidas las alas por tal, que de cada parte abrazasen y cubriesen el propiciatorio.

Cerca de lo cual se note que, habiendo el Ricardo, en

[118] Ex. 25, 18.

el IV *De arca mystica,* capítulo 5 dicho: «Querubín quiere decir *henchimiento de gracia*»; y habiendo primero dicho en otros capítulos: «Por propiciatorio entendemos gracia de contemplación», y la autoridad del Exodo dice que a este tal propiciatorio le han de abrazar y cubrir las alas del querubín; dice ahora el Ricardo, en el capítulo 10 del libro IV *De arca mystica*, las palabras que se siguen: «Tener el querubín tendidas las alas no es otra cosa salvo estar el ánima, en todo el tiempo y lugar, llegada a la divina contemplación y insistir siempre en este estudio con vivos deseos, los cuales siempre estén prontos a volar». En esto consiste el tener alas seráficas cualquiera ánima agraciada, la cual continuo desea volar al fin del amor; porque, como dice el mismo Ricardo en este mismo capítulo, las aves, cuando quieren volar, tienden las alas. Bien así está nuestra ánima, que es ave y nació para volar; tanto alzará más su vuelo cuanto más procurare tener seráficas alas, las cuales cubran su propiciatorio y abracen la gracia de su contemplación, porque el vuelo de estas alas seráficas, o digo de querubín, la levanten de todo cuanto no es Dios, porque quede sola en el que es su verdadero fin, y tendrá el verso verdad; y a todos ampare Dios y él nos levante a su amor por su infinita bondad.

SÍGUESE AQUÍ, POR CONFORMIDAD DE ESTOS AMOROSOS VERSOS, ESTOS ENTRAÑABLES AFORISMOS, QUE YO SAQUÉ PARA MÍ EN EL NOMBRE DE JESÚS

¡Oh, quién me diese a saber —cuanto puedo no poder!
¡Quién me hiciese olvidar —cuanto yo puedo acordar!
¡Quién me quitase de mí, —oh Dios mío, y me diese a ti!
¡Oh, quién lo perdiese todo —por buscar a Dios sin modo!
¡Quién me diese discreción —para seguir la razón!
¡Quién tuviese fortaleza —y menosprecio y pobreza!
¡Oh, quién pudiese sentir —lo que no sabe decir!
¡Quién pudiese no perder —lo que no puede tener!
¡Quién supiese estar bienquisto —con lo que no tiene visto!
¡Quién supiese navegar —y, engolfado, no remar!
¡Oh, quién pudiese sin fe —gozar de *ave* sin *ve!*
¡Quién pudiese andar vestido —en el mundo de su olvido!
¡Quién pudiese descansar —sin descanso y sin parar!
¿Quién dirá que no es muy bueno —estar continuo al sereno?
¡Quién me diese diligencia —para estar en mi presencia!
¡Oh, quién hiciese ser fuerte —aquesta sombra de muerte!
¡Oh, quién supiese sentir —cuánto conviene sufrir!
¡Oh, quién lo dejase todo —por ir todo al todo en todo!
¡Quién dejase de querer —esto que parece ser!
¡Quién siguiese sin revés —lo que no parece y es!

¡Quién pudiese caminar —sin pararse a resollar!
¡Quién pudiese sin enojo —no abrir ni cerrar el ojo!
¡Oh, quién tuviese a la mano —fruta de invierno y verano!
Si no hay sonido de alambre, —quien más come, ha mayor hambre.
Quién es hartura hambrienta, —siéntalo quien lo experimenta.
Quien da hambrienta hartura, —dicen que es substancia pura.
Y quien es pura substancia —requiere gran vigilancia.
Quien a Cristo ha de seguir —no se ha de echar a dormir.
Quien ha de seguir a Cristo —ha de andar justo y bien listo.
Ha de ir por sendas estrechas —y ha de andar muy a derechas.
Quien a Cristo ha de hallar, —con amor le ha de buscar.
Si ha de ser hallado Cristo, —el amor es su registro.
El registro del amor —es menosprecio y dolor.
Quien aquí no le buscare, —calle si no le hallare.
Pues que aquí no le buscó —nadie que no le halló.
De sí se debe quejar —quien no le puede hallar.
Cierto es que quien no le halla, —su poquedad le avasalla.
Quien a sólo Dios se abriga, —no tiene quien le persiga.
El que no teme adversario —quiere el mundo por contrario.
Cuando alguno lo persigue —es darle lo que le pide.
Tiene a la persecución —manifiesta devoción.
Porque no pone en olvido —que fué Cristo perseguido.
No hay sensualidad que crea —que es esto lo que él desea.
Piensa ser sólo su abrigo —Cristo, que es juez y testigo.
Si Cristo está en la memoria, —siempre se gana victoria.
La consolación humana —es como avellana vana.
Quien en su vista confía, —presto pierde el alegría.
Lo poco que el mundo dura, —muestra que es todo basura.
Y por tal se ha de tener, —pues en él no hay que perder.
Vida que se acaba en muerte —es lacerada su suerte.
¿Y por qué se llama vida, —pues tan corta es su medida?
Muy lejos está el morir, —si hay aviso en el vivir.
Quien viviendo es avisado, —con la muerte es consolado.
Este mundo y su consuelo, —ave es que pasa de vuelo.
Que si el viento la conquista, —presto se pierde de vista.
El mundo tiene sazón, —como rueda de pavón.
Que al tiempo que más aplace, —en el aire la deshace.
El mundo es puente de viento, —quien vive pase con tiento.
A aquellos que más agrada, —presto los deja sin nada.
¡Oh, cuántas vacilaciones —estriban en mis acciones!
¿Dónde está la perfición, —que estriba en sola una acción?
Al deseo y a la afición, —nunca les falta oración.

CAPITULO XLI

Muestra cómo viene el ánima a entrarse dentro de sí y a subir sobre sí misma, y al fin toca en los arrobamientos

Cuando el ánima procura tomar su pasto en la lición de los prados fertilísimos de la sagrada Escritura o en algún renglón o paso de las inmensas perficiones que del inmenso Dios nuestro se han escrito aquí o en otras liciones tales o en otras tan sin número que no se pueden decir, y, después de se haber apacentado, vuelve con gran quietud rumiando (como animal muy limpio) a digerir y gustar lo que ha tomado del pasto, para de ello se nutrir, engrosarse y se ensebar, hinchiéndose de medula los huesos de las entrañas de la ánima apacentada con el tasado discurso del discreto y ordenado entendimiento; cuando así rumiando y meditando camina, se va por pasos contados acercándose a sí misma para entrarse dentro en sí. Y cuando en su tasado discurso desfallece en entender, y se cae de sí misma, y se convierte de entendimiento en ser pura inteligencia, ya está bien dentro en sí misma la tal ánima; la cual nunca en sí se encierra muy perfectamente sin cerrar tras sí la puerta a todo cuanto no es Dios. Y cuando, estando así quieta y encerrada, ni sabe, ni quiere, ni puede nada desear ni querer demandar nada a Dios por modo particular, porque sabe su fe que su Dios, con quien encerrada está, sabe cuánto el ánima ha menester y ve todos sus deseos y cuanto pudo desear primero que se encerrase con él; y se lo quiere muy llanamente cumplir con más que podría desear.

Entonces está la tal ánima subida sobre sí misma; y dícese *sobre sí* porque excede y pasa los términos naturales que puede poder por sí; y todo lo que allí alcanza es muy sobrenatural, de sola la benigna dignación del inmenso ordenador de toda naturaleza. Y aquello que al ánima le conviene en este tiempo saber es solamente saber ser boba y no saberse entender ni querer poder saber más; antes reciba cuanto viniere sin echar el ojo a nada, mas por vía de recepción, como ya queda mostrado en el capítulo 15 de la segunda parte de este libro. Así que llegarse el ánima a sí mesma es retraerse de las vacilaciones y derramamientos de la imaginativa, la cual casi siempre obra vagueando o pensando sin provecho. Entrarse el

ánima en sí misma es no se contentando de estar recogida, y sin vagos pensamientos procurar de acallar el entendimiento, excusándole de pensar cosas diversas, cuanto quiera que sean buenas; mas que se afije y esté quedo en una sola verdad y se convierta en inteligencia; porque esto es pasar el ánima de bien en mejor; y habiéndose recogido y llegándose a sí misma, entrarse dentro de sí y quietarse con su Dios hasta sobirse sobre sí misma. Subir el ánima sobre sí es sobrepujar y subir sobre toda la potencia natural; en tal manera, que se encumbra y se sublima sobre todo lo que es criado y, saliendo de todo ello, quiétase en sólo su Dios, bien infinito y increado; porque en sola esta quietud y no sin ella consigue el ánima el fin y la perfición de la contemplación, que con este nuestro destierro puede ser más sublimada.

De manera que entonces está el ánima sobre sí misma cuando entiende que no entiende en cosa criada, y entiende con gran satisfación suya. Mas, si fuere preguntada, no le es posible acertar a declarar por palabras ni por señas en qué manera lo entiende, ni qué es aquello que entiende; mas sabe muy bien decir que la dignación divina es sola quien obra en ella sin poner nada de sí misma, y que la divina esencia, como es infinita, es incogitable y que desfallesce el ánima y sus potencias; y que lo que este tiempo debe el ánima hacer es sólo saber no obrar, porque sus mismas potencias están debajo de sí, y ella está puesta sobre ellas y responde: «Mi secreto solamente es para mí; y de las obras de Dios, no se otra cosa decir». Así que queda de aquí que subirse sobre sí la ánima contemplativa es quietarse en sólo su Dios, sin poder tener memoria de cosa que Dios no sea, aunque tenga en tal tiempo enteros los sentidos y potencias. Dase en aquesto a entender que así como es una cosa llegarse a sí misma y otra cosa es entrarse dentro de sí, de aquesta misma manera se entienda que puede estar el ánima sobre sí misma y sin salirse de sí; y los que no entienden esto, pregúntenlo a la experiencia, porque yo he oído decir que en ella se aprende bien. De manera que se sienta que para acercarse el ánima a sí misma y entrarse dentro de sí puede ella, con el favor de su Dios, socorrerse y se ayudar de la industria natural de sus deseos y afición y de su buena conciencia.

Mas si estando dentro en sí se ha de subir sobre sí, Dios sólo ha de obrar en ella por su benigna bondad, sin ella ayudarse nada; porque así como nuestro Dios en la creación de estos cuerpos admite causa segunda, como son los elementos y toda naturaleza informada de sólo él, que es siempre causa primera, así, para que el ánima se

guarde en su mismo corazón y se meta dentro en él y se procure subir sobre él y sobre sí misma, permite su gran bondad que las ánimas se ayuden a entrar en sí con su industria natural. Y así como nuestro Dios crió el ánima racional, sólo él, por su bondad infinita, sin admitir calidades, ni accidentes, ni elementos, ni cosa que les parezca, bien así para subirla sobre lo alto de sí misma y para la unir a sí en lo sobrenatural, no admite la industria de la tal ánima, sino sola la divina dignación. Esto parece que quiso Ezequiel [119] profetizar cuando, haciendo relación de los cuatro evangelistas por similitud de cuatro animales, nos dice que *las caras de los tres estaban a la diestra y siniestra de todos cuatro*.

Y reverenciando yo (ambas rodillas en tierra) lo que glosan los Doctores en nuestra madre la Iglesia, paresce que oso sentir que por la *diestra y siniestra* se entienda, en este propósito, la operación que es y puede ser posible a la industria natural. Porque como quisiese el santo profeta mostrar lo muy sobrenatural que obra a solas nuestro Dios, dice que el rostro del águila estaba no solamente a la *diestra* y a la *siniestra,* mas que sobre todos cuatro. Y así, dice: *El rostro del águila estaba encima de todos cuatro;* de los cuatro, él era el uno; pues decir *sobre todos ellos cuatro* muy claramente muestra que estaba muy sobre sí misma su ánima. Claro está, y los Doctores lo muestran, que las plumas de estos cuatro significan el vuelo de sus espíritus, del cual vuelo no se excluye en este propósito la industria natural. Mas las caras de estos cuatro, la comprehensión divina nos quiere dar a entender, en la cual no se reciben obras de naturaleza. Pues si los tres evangelistas, teniendo puestas las caras de su alta comprehensión sobre la vía natural, se dice estar a la *diestra* y *siniestra* de todos cuatro; esto es, teniendo de cada parte cercados con su doctrina los ángulos todos cuatro de la santa madre Iglesia. Cierto es que está bueno de entender que el que su comprehensión por la divina clemencia tenía puesta sobre todos cuatro que subía muy sobre sí sin industria natural; la cual se puede admitir en la *siniestra,* que es llegarse junto a sí; y en la *diestra,* que es entrarse dentro en sí, pero no subirse sobre sí; y no se da esto a entender a las letras cuanto quiera que puedan ser extremadas, ni se niega a la experiencia de los que aun sin letras son ejercitados; y yo diré lo que cerca de esto vi para confirmación de ello.

A mí se me ofreció necesidad de satisfacerme de ciertas dudas, sobre las cuales hablé a un aventajado teólogo

---

[119] Ez. 1, 10.

muy amigo de virtud y en la lición de sus letras tan justamente ocupado por caridad y obediencia, que le hacía esto excusado de quieta contemplación. Y habiéndome muy bien satisfecho de algunas dudas que por vía de letras se me podían responder, ofrecióseme cierta pregunta cerca de un movimiento interior donde habían de faltar letras, y él me dijo con toda sinceridad: «Eso que decís es un licuor suave que se levanta de cerca del corazón y cunde hasta que llega a él, y hace ese movimiento alegre; y muévese otro humor en el bazo y cunde por todo el cuerpo, y hace esotro movimiento al contrario; y dígoos que oí esto en París a mi maestro que nos leía, y parecióme muy bien y nunca se me olvidó; y tiene buena razón, porque esto es anatomía natural». Oyendo yo esta respuesta, pasé por ella callando con mi disimulación; y aconteció dende algunos días que, hablando yo con una mujercita que yo conocía, a la cual muchas veces sé que falta una sardina para comer con el pan; y como algunas cosas hablásemos, llegando a estos encerramientos que aquí del ánima he dicho, díjome la muy rica pobrecita por términos a las letras escondidas: «En este tiempo halla el ánima conocimiento de lo que no entiende y entiende lo que no conoce». Y añadió: «A mí me ha acontecido, habiendo pasado este tal escondimiento, quedar con muy grande lástima de casi todos los estados y pareciéndome que todos están en mucha parte muy flacos en el servicio de nuestro Señor; y entonces me parecía que podría yo, siendo quien soy, darles a todos manera de vivir tan bien a los letrados como a los simples, y a los viudos, y casados, etc. De manera que se cogerá de aquí que las letras con flaqueza del espíritu poco pueden atinar al entendimiento claro de las letras interiores, las cuales declaran bien los muy simples pobrecitos cebados en la experiencia de mística teología, donde bien se verifica la autoridad evangélica que muestra que a los pequeños revela nuestro Señor lo que a los sabios muy muchas veces se esconde. Mas ya otra vez tengo dicho que si con el pronto espíritu se acompañaren las letras de la sacra teología, muy gran ventaja será.

Y verdaderamente que tiene muy gran verdad el decir que en el pronto encerramiento se hallan tales secretos, que no se saben saber. Porque yo oí decir que un hombre muy casi mudo entró en casa de un gran señor con intento de ver su rica tapicería, que era mucho de mirar; y, como entró en una sala, vido un grande aparador con tantas y tales piezas de oro y de piedras preciosas y de tan finos esmaltes y de tal argentería, que en viéndolos se admiró, aun sin saber entender qué tal era lo que veía; porque

así estaba ocupado en todo el aparador, que no se determinaba a nada particular; porque tanto y en tanto grado excedía la admiración a lo que comprehendía, que nada sabía entender; y a los que le preguntaban respondía con voz callada: «No quiero sino mirar». Mas los que estaban allí le decían: «¿Y de aquesto os espantáis?; pues procuraos disponer para subir a otra sala donde está el señor de casa; y cierto que hallaréis lo que los ojos no vieron ni cabe en el corazón».

Habéis de entender de aquí por esta comparación que algunas veces piensa el ánima entrarse dentro en sí misma a gustar lo que otra vez halló, y ofrécese tanto más, que no puede darse a manos y, sin saberse entender, halla muy gran libertad en sólo saber ser boba; y de la ventaja que entonces conoce comprende que, si adelante pasare, no se ha de poder valer por manera natural. Donde es aquí de mirar con entrañas regaladas que el ánima a quien el soberano Señor se comunica por vía sobrenatural comprende tanto de él cuanto su benigna gracia le quiere comunicar, nunca podiendo ella nada, mas poniendo su querer. Y cuando esta ánima tal llega a la última jornada, que es hasta llegar al monte del subirse sobre sí, donde, como está notado, ve en el aparador lo que no pensaba ver, lo que no supo desear, lo que no acertó a querer, llega a ser casi alienada; pero no sale de sí, sino sube sobre sí. Mas si pasare adelante, como se ha dicho, a otra sala donde hay más, y más, y más, no podrá ser otra cosa que, perdido el sentido y movimiento, quede del todo ajenada, quede puesta en éxtasis, quede en exceso de la mente, o diga que está arrobada. Y porque sabe mi Dios que yo no querría mentir ni vender lo que no es mío, yo confieso en su presencia que sé que digo verdad; pero torno a confesar que lo sé sin experiencia, ni sin saber qué cosa es experiencia en esta práctica en cosa de alienación o arrobamiento. Sé, empero, que pasando el ánima más adelante de sí, no hay en donde pueda estar sino fuera de sí misma y muy dentro en el amor que la tiene enamorada; y sé que puedo decir que cuando por estos términos rectísimos y derechos se arroban algunas ánimas en aquel otro arrobamiento, les infunde Dios más gracia y les hace saber más en pequeñitos espacios que sin él en largos tiempos.

Y para entender la verdad de esto mejor, yo me acuerdo que hablé muy largamente a quien lo sabía muy bien, a quien por la gracia soberana tiene en esto más experiencia más larga y más aprobada que en aquestos nuestros tiempos se piensa que hay ahora sobre la tierra, y Dios inmenso ha mostrado, viviendo, grandes milagros por el ánima que

digo. Pues teniendo yo con esta ánima una plática que duró por cinco días, de los cuales dos o tres fueron muy casi de sol a sol, plugo a la bondad de Dios que supe muy muchas cosas que yo deseaba saber y me eran muy necesarias, y a vueltas, muy muchas otras que yo no supe desear; y sé bien que algunas veces me hablaba grandes ratos, aun sin poderse excusar; y las dos o las tres veces fueron estando arrobada aquella ánima de quien hago relación, donde supe algunas cosas que no pensaba saber, ni aquí caben en papel.

Pero, para verificar lo que arriba queda dicho, digo que una vez me dijo que había bien veinticinco años que no habían pasado entre todos ni diez noches que no estuviese su ánima arrobada. Y que en las alienaciones verdaderas había tal satisfación, que sola una era harto suficiente a ser paga muy sobrada de toda tribulación ofrecida en larga vida y padecida por Dios. Y para que sea Dios glorificado, supe entonces que en un su arrobamiento supo que un hombre que había sido amigo y siervo de Dios estaba a aquella sazón en un puerto de mar lejos de allí, y que esperaba la partida de un navío para se ir a tornar moro, y le fueron enseñados los pensamientos de aquel triste corazón y la manera que había de tener para cobrarle, y que, aunque él huía huyendo de Dios, la inmensa benignidad siempre quería remediarle. Pues como esta ánima contemplativa le hiciese un mensajero contándole sus maldades y lo que él tenía pensado (sin pensar que nadie podía alcanzar lo que él solo en sí pensaba), supo ser cosa de Dios. Pero como hombre apartado de razón y del demonio engañado, escribióle y dióle gracias; pero no quiso volver, respondiendo que sabía ser diputado al infierno; y pues que no tenía más vida de la de este mundo, quería pasarla a su placer. Por lo cual la ánima contemplativa recibió grande aflición y importunó mucho a Dios que le diese aquella ánima. Y como el Eterno Padre, lleno de benignidad, no quería que peresciese, permitió que no partiese y lo pudiesen prender y lo traiesen a presencia de quien tanto le deseaba; por cuya industria fué preso y traído, sin que saber se pudiese el cómo esto se ordenó; lo cual supe yo también allí. Y como muy lastimadamente le reprehendiese y por muchas vías le trajese a conocer la benignidad de Dios, plugo a la eterna bondad que luego así le mudó, que se dió a manos atadas y, viviendo cuatro años en estrecha penitencia, de tal manera pasó a la gloria soberana, que a nadie quedó duda, de los que le conocieron, de su cierta salvación.

He dicho esto por dos cosas. La una, para que nos captivemos en la gran bondad de Dios y en mirar cuánto nos

ama. La otra, para confirmación de los bienes encerrados en los raptos y ciertos arrobamientos de las ánimas bien criadas ; en contrario de las cuales yo sé que no falta quien entiende y lo porfía ; que así como carescen de movimiento y sentido, carescen de comprehensión ; y no hay allí más provecho ; lo cual es opinión falsa, probada por lo que he dicho en el misterio pasado, por la gran bondad de Dios. Bien sé yo, y aun en los años primeros lo supe por experiencia, que hay unos medio arrobamientos, que, cuando son entendidos, es cosa para escarnecer y reír de ellos, porque las ánimas amochachadas, vezadas a no conocer la conversación sabrosa de la contemplación quieta, cuando alguna centellica no acostumbrada se emprende en la yesca de su no acostumbrado entender, piensan que la han de encender soplando con sus pobres diligencias. Y así, quieren esforzarse estribando sobre sí que, a su pobre parecer, les paresce que se alienan; y estos tales arrobados son como arrobas de vino que, viéndose casi llenas, en un punto son vacías, y no sólo no cobran más, mas aun pierden lo que tenían por la nescia alteración de la indiscreta manera. De esto daré yo más señas, que lo sé por mi experiencia y por otra información ; para los nuevos sea aviso.

Sé también que algunas veces se ofrecen algunas disposiciones que por letra ni palabra no pueden darse a entender, de tal manera que se siente en las entrañas y pecho una violencia y tal fuerza, que, con ser ansiosa (o que trae consigo una no sé si sea fatigosa pena), querría el ánima que le durase toda la vida. Y yo vi una persona que muchas veces le acaescía con tales alteraciones hacerse fuerza para no ser sentido ; y todas las veces que esto pasaba echaba aquel día o el siguiente algunos desgarramientos de sangre por la boca hasta veinte o treinta o menos o más veces. La cual sangre luego cesaba, sin haber de ella más memoria hasta que otra vez se le ofrecía tal interior ocasión. Y estando yo presente vi preguntar qué cosa sería esto, y respondió uno muy espiritual, a quien era hecha la pregunta, que esto él lo tenía bien sabido, y que muchas veces se temía osarse descuidar a la contemplación por la mucha sangre que por la boca echaba después de algún tal sentimiento ; tanta, que le enflaquecía y le impedía la quieta contemplación y aun le estorbaba el celebrar algún día.

Y yo mismo pregunté esto a otra persona muy mucho aventajada en las cosas espirituales, y me dijo que algunas veces se le ofrecía en estos tales puntos padecer tanta violencia, que le parecía apartársele unas de otras las costillas y que creía ser aquello ; porque hay tiempos en los cuales todo el cielo se le haría al ánima lugar estrecho para la

poder caber, y querría ensanchar los límites de su encerramiento. Y si entonces estuviese en un desierto donde pudiese dar tres o cuatro clamores o suspiros, esto le daría un poco de remedio; y por la fuerza que a disimular se hace no es mucho que escupa sangre aun en mucha cantidad. Digo esto porque algunas veces no podían disimular aun los santos, que salían en públicos y clamorosos suspiros; en los cuales hallaban cierto remedio, como acontesce algunas veces a los caminantes flacos, que no pueden yendo a su paso alcanzar al que va más adelante, al cual, si quieren llamar, acontesce, y yo lo he visto, que antes que mi voz acabe de salir de mi garganta, aquel a quien llamo me ha oído, y aun yo me estoy procediendo en dar la voz, y ya él tiene vuelta la cabeza y está parado esperando. Así acaesce muchas veces a los flacos caminantes deseosos de ir a su Dios: por no poderle alcanzar, sospiran por su presencia, y nunca el sospiro sale antes de las entrañas que sea oído de la gran bondad del benignísimo Dios, por quien el ánima sospira.

Y acaesce muy muchas veces que antes que acabe de despedirse el sospiro del deseoso corazón, ya el ánima siente que su Dios ha recibido el clamor que aun no ha ella acabado de dar, aunque sospire sólo el deseo del corazón sin estruendo y sin sonido, por el deseo de comunicar con su amantísimo Dios, deseoso que le llamemos para tener ocasión de responder y esperar; porque cierto, es codicioso de esta nuestra compañía, y él dice que sus deleites son andarse en compañía de los hijos de los hombres. Mas en cuanto sea posible, hanse de disimular los públicos movimientos, aunque sea con mucha costa, hurtando el cuerpo al espíritu y no dándole lugar de notable o pública alteración, cuando es en la mano del hombre el poder tener aviso; porque acontesce hartas veces haber dado algún sospiro o gemido antes que el que lo dió sepa que lo había de dar; mas si le siente, hale de quebrar con alguna recia y disimulada tose. Porque quien por amor de Dios se excusa algunas veces se allegar a Dios, él tiene esta condición, que si una puerta le cierran, éntrase por otra y otras; y él sea siempre nuestro amparo.

CAPITULO XLII

Muestra a conocer con muy recta distinción la diferencia entre espíritu de verdad, y su contrario; y declara a la evangélica palabra: «A fructibus eorum cognoscetis eos»

Si el espíritu que habla dictando, que quiere decir poniendo en el entendimiento los conceptos o aspiraciones de lo que se ha de decir o escribir, sea espíritu de maldad y mentiroso, o espíritu bueno y verdadero, afirmar cualquiera de estas cosas sin tener el don de discreción de espíritu de que el Apóstol habla, sería errar sentencia con temeridad de peligrosa caída; por lo cual es menester para no errar probar o examinar cuál de los dos espíritus sea, según lo exhorta en su Canónica San Juan, diciendo [120]: *No creáis a todo espíritu hasta que probéis si es espíritu de Dios* o *no*. La posibilidad de ambos los espíritus no es dificultosa de mostrar; que ambos, así el malo como el bueno, hablen bien y católicamente. Del bueno paresce en todos los evangelistas y profetas. Que el malo hable bien, parece en Caifás y Balaán. Pero que el espíritu malo en el hombre justo y santo hable bien, parece dificultoso; mas muéstralo ser posible San Gregorio sobre Ezequiel, y que hable falsedad y mentira y sin pecado de en quien habla (pero en tal manera que su falsedad sea oculta y no parezca a la experiencia) parece ser verdad en Santa Isabel de Hungría y en Santa Brígida, ambas santas y canonizadas y de Dios en revelaciones y visiones visitadas; hallamos que la una dice la Madre del Cordero haberle revelado haber sido en el vientre de Santa Ana sin original pecado concebida; la otra, con original concebida. Espíritus diversos y contrarios hablan en ambas; el uno, mal y mentiroso, y el otro, bueno y verdadero y sin culpa de ellas. Ambas las cosas es imposible ser verdaderas, porque son contradictorias, y por entonces cuál de ellas era la verdad, era oculto, porque la Iglesia no lo había determinado; parece la posibilidad.

La dificultad del conocer los espíritus no está cuando hay alguna falsedad clara, que entonces claro es que es el espíritu malo y mentiroso; pero cuando ambos hablan verdad, entonces, ¿quién lo dicernirá sin el don de discre-

[120] I Ioan. 4, 1.

ción? Y mirando la regla del Maestro de la verdad que para lo saber dicernir nos pone, aun se nos muestra más la dificultad, porque dice: Por el fruto de sus obras habéis de conocer [121], y ambos hablando verdad, ambos juzgaríamos ser buenos, tomando por fruto la verdad que ambos dicen. Mas por que no nos quede libre facultad en este paso de errar, y errando ser engañados, hemos de notar que el hablar verdad no se llama aquí fruto ni lo es; mas fruto es aquello que de la verdad que dice entiende entonces o adelante sacar el espíritu que la dice. Ejemplo: el espíritu bueno entiende traer aquel por cuya boca habla y aquellos que con razón, según debe lo hablado, es comunicado a mayor aprovechamiento de virtudes o a más entero destierro de algunos vicios; y en lo uno y en lo otro, con más conocimiento magnificar a Dios. Este es el fruto que de la verdad que habla entiende sacar el espíritu de verdad, y por el cual, según la regla sobredicha de nuestro Maestro Jesucristo, ha de ser conocido.

Item, el espíritu malo y mentiroso espera o entiende traer aquel por cuya boca habla lo bueno, y a los que fuere aquello que comunicado, a que le crean y tengan por espíritu de verdad, para alguna vez enjerir algún error o falsedad en la fe o en las costumbres en lo que dice; por que, incitándolos con alguna incierta inspiración presente o futura, los atraiga a estribar sobre su reputación con algunos movimientos presuntuosos interiores; de manera que aquel por cuya boca habla verdad o a los que siguieren la verdad que aquel habló, traiga alguna estimación de sí mismo; lo cual no es pequeño daño en los que buscan a Dios por contemplación. Este es el fruto que el espíritu malo y mentiroso entiende sacar, y por el cual, según la regla propuesta, nos muestra Cristo conocerle.

Pero ¿quién sin espíritu de discreción podrá discernir al malo cuando habla verdad y persuade bien y paresce inflamar el espíritu humano en amor divino y le levanta tan alto el entendimiento sobre todo lo criado a contemplar secretos divinos y misterios altísimos con tan sensible suavidad de espíritu, que le paresce al ánima en quien esto obra por la suavidad que siente gustar algunas reliquias de la gloria, tales cuales en este valle de miseria se compadecen? Porque aun en todo esto, el fruto malo que entiende sacar de cosas tan fingidas no paresce ni la ponzoña asoma, a lo menos para que descubiertamente le podamos alcanzar a conocer. Y porque, permitiéndolo nuestro Señor, esto y otras muy más altas cosas puede el espíritu malo en el ánima del bueno obrar para de su obra sacar algunos de

---

121 Matth. 7, 20.

los frutos malos sobredichos, o mentira o falsedad o cualesquiera presunción, habemos de notar que aquel solo afirma el Espíritu Santo [122] navegar seguro entre tan subtiles engaños que teme siempre poder ofender a Dios pudiendo ser engañado; de lo cual, por su bondad infinita, nos guarde Cristo Jesús.

[122] Prov. 28. 14.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

ORATORIO DE RELIGIOSOS Y EJERCICIO DE VIRTUOSOS



¶ Oratorio de religiosos y exercicio de virtuosos: compuesto por el illustre señor don Antonio de Gueuara, obispo de Mondoñedo, predicador, chronista, y del consejo del Emperador y rey nuestro señor.

¶ Tienen esta obra grandes doctrinas para religiosos, muchos auisos para virtuosos, notables consejos para mundanos, elegantes razones para curiosos, y muy subtiles dichos para hombres sabios.

¶ Exponen se grandes figuras dela biblia, declaran se muchas auctoridades dela escriptura sacra, alegan se dichos de muchos sanctos, y explican se exemplos delos padres antiguos.

¶ Es obra en que el auctor mas tiempo ha gastado, mas libros ha rebuelto, mas meses ha passado, mas sueño ha perdido, y la q̄ el en mas alto estilo ha compuesto.

¶ El predicador que es amigo de cosas curiosas predicar, y el religioso que es amigo de religiosamente biuir, y el seglar que tiene gana de los bullicios del mundo salir, lea con atencion esta obra, que para otro genero de gentes no vale cosa.

¶ Es obra para q̄ los religiosos la leā en los refictorios: y pa q̄ los virtuosos la trayā en las manos.

M.D.xlij.



Con preuilegio imperial.

I N T R O D U C C I O N

FRAY ANTONIO DE GUEVARA
(1480-1545)

Escríbele a doña María de Padilla, comunera, y dícele: «Yo, señora, soy: en profesión, cristiano; en hábito, religioso; en doctrina, teólogo; en linaje, de Guevara; en oficio, predicador, y en opinión caballero y no comunero» [1]. El P. Guevara, por estirpe, por temperamento, por educación y por intervención activa, era imperial, opuesto polo de los comuneros. No tenía ni un pelo secesionista.

Martín de Riquer pone en duda que naciese en Treceño [2]; pero el P. Juan de San Antonio lo dice sin dubitación ninguna: *In Trecensi Valle, apud Burgensem Archiepiscopatum natus* [3].

A los veinticuatro años era «en el cuerpo, largo, alto, seco y muy derecho» [4], y dió entonces el salto heroico: de la corte al claustro franciscano. Posteriormente, volvió a saltar del claustro a la corte, pero llevándose consigo el claustro: «Estando yo, dice, en mi monasterio, asaz descuidado de tornar más al mundo, sacóme de allí, para su predicador y cronista, el emperador don Carlos, mi señor y amo, en la corte del cual he andado dieciocho años, sirviéndole de lo que él quería, aunque no como yo debía» [5]. En el convento, dice: «Estuve muchos años criado en mucha aspereza y sin saber qué cosa eran liviandades» [6]. No se libró de una enfermedad común entonces a mu-

---

1 *Epístolas familiares*, I, 47.

2 *Prólogo* a *Prosa escogida de Fr. Antonio de Guevara*, paginas 11-12 (Barcelona 1943.)

3 *Bibliotheca Franciscana: Antonius Guevara.*

4 *Epístolas*, I, 6.

5 *Menosprecio de corte, Comienza el prólogo.*

6 Ibíd., XXX.

chos grandes: «Soy en las manos gotoso», escribió [7]. Fué amigo predilecto del Gran Capitán y su consejero, puesto que le escribe: «Paréceme, señor, que, conforme a lo que habemos dicho, no ha querido vuestra señoría tomar consejo con otros hombres sino conmigo, que soy el menor de vuestros amigos» [8]. Falleció en Valladolid, y púsosele este epitafio:

Carolo V Hispaniarum Rege imperante, | Illustris. D. D. Fr. Antonius de Guevara | Fide Christianus, natione Hispanus, | Patria Alavensis, génere de Guevara, | Religione S. Francisci, hábitu huius Conventus, | Professione Theologus, | Officio Praedicator et Chronista Caesaris, | Dignitate Episcopus Mindoniensis | Fecit anno Dom. MDXL. | Posui finem curis, spes, et fortuna valete. | Obiit Anno MDXLIV. X Aprilis | Ipso Coenae Domini die, | Et sepultus est apud franciscanos in suo | Episcopatu [9].

El P. Guevara tiene un estilo muy propio, tanto que por él se le distingue con facilidad. Es grandioso y vivo, pero demasiado medido y amanerado para el gusto moderno. Su finalidad fué literaria y moral, sacrificando a estos dos fines los demás. De ahí que no reparase en atribuir sentencias, dichos y hechos a quien primero le pasaba por la fantasía, quizás con el intento de acreditarlos. Escribía como quien inventaba, no como quien historiaba. Entendido su artificio, no tenía por qué alarmarse Pedro de Rhua, que perdió un tiempo precioso corrigiendo fechas y nombres que Guevara inventaba a placer, a modo de novelista. Que tal o cual sentencia fuera de Platón o fuese de Aristóteles, al P. Guevara le tenía muy sin cuidado; pretendía, eso sí, adornar con ella sus escritos en gracia de los lectores. Si la sentencia era suya, hacía otro tanto: colgábasela bonitamente a uno de los grandes pensadores, para que con más facilidad fuese aceptada por el lector ingenuo o que busca la verdad y la bondad. Explícase así que Guevara no le agradeciese a Rhua ni los consejos, que no tomó, ni el trabajo en ilustrar sus escritos, trabajo que consideró inútil. Todavía existen muchos Rhuas empeñados en tildar al P. Guevara [10]; pero el P. Guevara sigue su ruta invariable, sin dignarse volver la vista atrás, como en vida lo hizo con el bachiller Rhua.

---

[7] Ibíd.

[8] *Epístolas*, I, 9.

[9] Lo trae Fr. Juan de San Antonio en su *Bibliotheca Franciscana: Antonius Guevara*. Obsérvese que aquí se le supone fallecido el año 1544 y no el 45, según la opinión seguida. También se hace constar que falleció el día 10 de abril y no el 3.

[10] Cf. *Guevara, auteur ascètique*, en *Archivo Ibero-Americano*. 404-440, año 6, 1946, núms. 22-23. Y Martín de Riquer, *Prólogo* a *Prosa escogida de Fr. Antonio de Guevara*.

Con razón muy justificada le han ensalzado otros que no miran con microscopio lo pequeño para aumentarlo, sino con telescopio para reducirlo a tamaño visible y para tener los astros más cercanos. He aquí un testimonio, que trascribimos por ser bastante desconocido y no citado: *Multa scripsit patrio ac cultissimo quidem et sublimi sermone, qua de causa,, et ob variam gratamque per omnia opera, sparsam eruditionem, in omnes ferme Europae Gentis, lingua translata sunt* [11]. En efecto, así fué: escribió en lengua patria cultísima, con estilo sublime, y por su gracia erudita fueron sus obras vertidas a casi todas las lenguas europeas.

Autoridad competente ha juzgado el estilo del P. Guevara, dejándole en el lugar prestigioso que le corresponde. Ha tenido la fortuna de caer en buenas manos, en pluma erudita y juiciosa, que ha escrito, entre otras cosas, lo siguiente: «Aun el estilo que más nos puede parecer artificioso, el de fray Antonio de Guevara, es, sin duda, el de la lengua hablada entonces, la hablada por un cortesano de extrema facilidad verbal, y dirigida a oyentes en reposo, que renuncian a toda reacción mental, suavemente aprisionados por aquella irrestañable y envolvente fluidez de palabras vivas y coloreadas, por aquel desarrollar hasta el agotamiento las ideas y las imágenes. En los momentos más vibrantes, el predicador de Carlos V alardea de su oratoria» [12]. Y sigue así el crítico autorizado.

Escribió sobre asuntos profanos y religiosos: *Reloj de príncipes* (1529), *Cartas familiares* (1539), *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539), *Monte Calvario* (1542) y *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos* (1542), con otras obras.

El *Oratorio y ejercicio* es una obra orientada a la instrucción de religiosos y seglares que desean vivir santamente. Fué muy leída y estimada en el siglo XVI. Fué muchas veces impresa (1542, 1570, 1574; en Italia, 1567 y 1605; en Francia, 1578). Fué recomendada por Santa Teresa y quiso que no faltase en sus conventos para bien espiritual de sus religiosas. En las *Constituciones* se lee: «Tenga en cuenta la priora con que haya buenos libros; en especial *Cartujanos*, *Flos Sanctorum*, *Contemptus Mundi*, *Oratorio de religiosos*, los de fray Luis de Granada y los del P. Fr. Pedro de Alcántara» [12].

---

[11] JUAN DE SAN ANTONIO (P.), *Bibliotheca Franciscana: Antonius Guevara.*

[12] MENÉNDEZ PIDAL, *La lengua de Cristóbal Colón*, pp. 75-78. Colección Austral (Madrid 1942).

[13] SAINZ RODRÍGUEZ (PEDRO), cf. *Introducción* a la *Historia de la literatura mística española.*

ORATORIO DE RELIGIOSOS Y EJERCICIO DE VIRTUOSOS

PROLOGO

Pone me ut signaculum super cor tuum (Cant., c. 8) [1], dice la esposa hablando con el esposo; como si dijera: ¡Oh tú, que saliste del mundo y veniste a servirme en el monesterio!, ante todas cosas te conviene ponerme por hito o ponerme por blanco sobre el terrero de tu corazón, adonde asesten las saetas de tus pensamientos. Todos los que en el mundo corren sortija o juegan a la ballesta, su principal intento es enderezar las lanzas, y encaminar las saetas a dar en el blanco que tiran, y a embocar en la sortija que juegan, porque de otra manera perderían la honra que pretendían alcanzar y no alcanzarían la presea que querían ganar. Aquel hace de su corazón terrero y pone a Dios sobre él por blanco que todo lo que hace lo hace por sólo su servicio y no por otro interese alguno, de manera que antes el tal perdería la vida que contra su Dios cometiese una ofensa. San Agustín, sobre San Juan, dice: Sabed, hermanos míos, que el mal o el bien de nuestra salvación no consiste tanto en las obras que hacemos cuanto en el porqué las hacemos, de lo cual se sigue que, si el porqué fuere bueno, todo lo que hiciéremos será bueno; y si el porqué fuere malo, todo lo que hiciéremos será malo. Y por que no parezca que hablamos de gracia, probarse ha todo esto con ejemplos de la sagrada Escritura.

A todos es notorio que el gran capitán Joab mató a dos caballeros del pueblo israelítico que se llamaban Abner y Amasa, y, por otra parte, San Pedro mató a Ananías y a Safira, su mujer, de las cuales muertes resultó que Joab fué por aquel homicidio muerto, y San Pedro fué por lo que hizo loado, porque la intención del uno fué tomar de

[1] Vers. 6.

sus enemigos venganza, y la intención del otro fué desarraigar de la Iglesia la avaricia. Cuando Dios prometió al viejo Abraham que le daría en su vejez un tan esclarecido hijo que descendiese de él el Redentor del mundo, rióse el viejo mucho de aquella promesa, y rióse también allá su mujer Sara, y lo que se siguió de allí fué que la risa de Abraham fué por Dios aprobada, porque creyó lo que le prometía; mas la risa de Sara fué condenada, porque burlaba de la tal promesa.

A todos es muy notorio cuán gran pecador fué el rey Saúl y cuán muy mayor pecador que no él fué el rey Manesés, los cuales dos príncipes no sólo de sus yerros se arrepintieron, mas aun todos sus pecados públicamente confesaron; mas al fin de la jornada admitió Dios la confesión de Manesés, porque fué verdadera, y reprobó la de Saúl, porque fué fingida. El infelice de Judas y el glorioso de San Pedro, ambos tuvieron a Cristo por Perlado y ambos fueron colegiales en su sagrado Colegio, y aun ambos fueron pecadores y a su Señor traidores, pues el uno le vendió y el otro le negó; mas delante el acatamiento de Dios, porque San Pedro se arrepintió y lloró su culpa, fué perdonado, mas Judas, porque desesperó de la misericordia de Dios, fué condenado. De estos tan altos ejemplos podemos coligir que de ningún mérito son todas nuestras obras, si con alguna intención santa no están aforradas, porque no es otra cosa la buena intención sino un tenedor con que toma el Señor la fructa que le ofrescemos y una sabrosa salsa con que come lo que le damos. Sobre aquella palabra del Salmo: *Anima mea in manibus meis semper* [2], dice San Jerónimo: Decir el Salmista que puso Dios mi alma en mi palma, es decir que no por más dió al hombre la libertad del libre albedrío de para que le sirviesen con él de grado, porque es el Señor tan enemigo de tiranía y tan ajeno de hacer a nadie fuerza, que quiere más carescer de nuestro servicio, que no que le sirva nadie forzado. *Vere haec vidua paupercula plus quam omnes in gazophilatio misit*, dijo Cristo (Lucas, cap. 21) [3]; como si dijera: En verdad os digo, amigos, que han sido a Dios más aceptos dos cornados solos que echó en el cepo de la limosna aquella pobre vieja, que cuantos reales ni ducados han ofrescido los príncipes de la sinagoga. San Jerónimo, sobre estas palabras, dice: «Mucho es aquí de ponderar que no reprendió el Señor a los que daban al templo mucha limosna, sino que entre todos ellos loó a esta pobre, y la causa de ello fué porque los otros ricos ofrecían de lo

[2] Ps. 118, 109.
[3] Luc. 21, 3; Marc. 12, 43.

mucho que les sobraba; mas la pobre vieja daba de lo poco que tenía, y más falta hacían a ella dos cornados que a cualquiera de los otros dos ducados. Hilario, a este propósito, dice: En la pobre ofrenda de esta viuda, nos muestra el Señor muy a la clara cuánto más caudal hace él de la buena o mala intención que tenemos, que no de cuantas obras por él hacemos, pues la fría intención de los ricos hizo que sus ducados no valiesen delante de Dios sino por cornados, y la buena intención de la vieja hizo que sus pobres cornados valiesen delante de Dios por ducados. Crisóstomo también dice: Aunque ofrezcas a Dios tu ánima, y tu cuerpo, y tu vida, y tu hacienda, ¿qué es todo ello, y tú con ello, sino unas meajas hendidas y unos cornados quebrados? Ya que no tenemos otra cosa que ofrescer sino meajas hendidas y cornados quebrados, es necesario los ofrezcamos de buena gana, para que sean aceptos delante la misericordia divina, porque no habrá en Dios provechosa aceptación si no hay en nosotros santa intención. Cuando el ángel tuvo al patriarca Abraham del brazo para que no degollase a su hijo, y que en su lugar degolló el carnero, ni más ni menos le agradeció Dios el desenvainar de la espada como si a su hijo cortara la cabeza, no porque en efecto lo hizo, sino porque de hecho lo quería hacer. Un mancebo que dijo a Cristo que le quería servir y aun seguir, como viese el buen Señor que la intención que traía de entrar en su santo Colegio no era tanto para querer ser bien doctrinado cuanto para holgarse y comer de las limosnas que daban a Cristo, no sólo no le admitió a su santa compañía, mas aun le dió una desabrida respuesta.

Aplicando, pues, lo dicho a nuestro propósito, decimos que ante todas cosas debe mirar y tantear consigo el siervo del Señor qué fué su primero fin de dejar el mundo y qué intención le trujo a ser religioso; porque si no fué para ser mejor cristiano y para servir más libremente a Cristo, él entró en mal punto en monesterio. San Bernardo, a Guillermo, monje, dice: Si tú, hermano fray Guillermo, dejaste el mundo y entraste en el monesterio, no por más de por comer los sudores de San Benito y vivir como vives, más regalado y menos sin cuidado, no te llamaremos, por cierto, monje bendito, sino discípulo de Epicuro, pues engañaste la Religión que tomaste y quebrantaste la profesion que hiciste. San Buenaventura, en su *Doctrina,* dice: Como la intención que tenemos sea el agua bendita con que nos santiguamos, y sea la marca con que todas nuestras obras marcamos, y aun sea el nombre que a todas ellas ponemos, si el fin por que tú, hermano novicio, vienes al monesterio es por más servir a Dios, llamarte hemos hijo de Dios; mas si es por otro algún respecto, llamarte hemos hijo del de-

monio. Hijo es del demonio el que no viene a la Orden con intención de servir a sólo Cristo; porque es de tan buen contentamiento el demonio, que se contenta con sólo que le sirvan, sin tener intención de le servir; mas el bendito Jesús primero acepta la voluntad con que le servimos que no las obras que por él hacemos. Cuando el Señor dice: *Pone me, ut signaculum super cor tuum* es avisarnos que el fin de entrar nosotros en los monesterios ha de ser principalmente por guardar los mandamientos y después por cumplir los consejos evangélicos, porque nadie puede en la Religión ser buen religioso si primero no se esfuerza a ser buen cristiano. Ejemplo tenemos de todo esto en el décimo capítulo de San Lucas [4], a do como un mancebo preguntase a Cristo que qué haría para se salvar, y Cristo le respondiese que guardase los mandamientos, y el mancebo le respondiese que desde su mocedad los había guardado, añadió Cristo y dijo: Una cosa te falta, y es que vendas todas tus cosas y las des a los pobres, y te vengas en pos de mí y me sigas, de lo cual se te seguirá que como de antes estabas puesto en la lista de los ricos, asentarte han en el catálogo de los virtuosos. Tres evangelistas relatan esta historia, y todos tres ponen cómo Cristo mandó guardar primero los mandamientos que no los consejos, lo cual paresce claro en que si aquel mancebo no dijera que guardaba muy bien la ley mosaica, nunca de él se confiaran los consejos de la ley evangélica. Deben, pues, los perlados avisar a sus súbditos, y los maestros enseñar a sus discípulos, a que guarden primero los mandamientos de Dios que no los consejos evangélicos, pues, voto por voto, más fuerza tiene el voto de ser uno cristiano que no el voto de ser religioso. San Bernardo, escribiendo al abad Donato, dice: Aconséjote, padre abad, como amigo y mándote como perlado que no seas con los monjes muy ceremoniático y que de cosas ligeras no hagas gran caso, y que sobre todo hagas guardar primero el Evangelio y después lo que manda San Benito, porque ser uno monje es de voluntad, mas ser cristiano es de necesidad.

Mandebant cortice arborum [5], decía el santo Job; como si dijera: A tanta demencia y locura vinieron estos malos, que dejaban de comer las frutas maduras y comían las cortezas duras; entonces el religioso roe el hueso y deja la caña, amasa el salvado y deja la harina, encierra el orujo y derrama el vino, y aun come la corteza y guarda la fruta cuando hace más caso de las constituciones que su Orden ordenó en los capítulos que no de lo que Cristo mandó en

[4] Luc. 18, 22.
[5] Iob 30, 4.

sus Evangelios. Pedro Biesense, escribiendo a un monje, dice: Has de mirar, hermano, que primero dijo Cristo al mancebo que con él hablaba: *Serva mandata,* que no que le dijese: *Vende omnia quae habes,* para darnos a entender que, ante todas cosas, nos conviene estar en la fe confirmados, si queremos en alguna Religión ser religiosos, porque habiéndose las Religiones instituído por varones santos y para religiosos perfectos, no podrían permanescer en ella sino los que fueren grandes cristianos. San Basilio, en su *Regla,* dice: A ti, monje, que dejaste al mundo y veniste al yermo, aviso y digo que no has de emplear tanto tus fuerzas en la observancia de los consejos como en la guarda de los mandamientos, porque el día del tremendo juicio, primero te pedirán cuenta si fuiste buen cristiano, y después te preguntarán si fuiste honesto religioso. *Ibunt de virtute in virtutem, et videbitur Deus deorum in Sion* [6], decía el profeta David; y es como si dijera: Si queréis ver al Dios de los dioses, y si quieres gozar del Santo de los Santos y os dé virtud en virtud y caminar paso a paso por las obras virtuosas hasta llegar al cabo con ellas, pues no consiste la perfección del monje en bien comenzar, sino en santamente acabar. Aquel va de virtud en virtud que después de ser bautizado se va al monesterio, y puesto en el monesterio, se aveza a ser recogido, y de recogido alcanza a ser devoto, y de devoto merece ser caritativo, y de caritativo sube a ser contemplativo, y de contemplativo para en ser varón perfecto: de manera que la orden de ser perfecto tuvo principio de ser cristiano. Casiodoro, sobre los Salmos, dice: No vaca de misterio no decir el profeta que irán de unas virtudes en otras virtudes, sino de una virtud en otra virtud, para darnos a entender que el hombre que deja al mundo y se retrae a venir en el monesterio no ha de pensar que en breves días ha de ser muy virtuoso y que en poco tiempo puede ser perfecto, porque mucho más tiempo es necesario para despegar de nosotros los vicios que para avezarnos a ser virtuosos. La diferencia que va del vicio a la virtud es que la virtud naturalmente es dificultosa de aprender y muy fácil de olvidar, mas el traidor del vicio es muy aplacible para tomar y muy dificultoso para dejar, porque esta nuestra carne está tan mal avezada y es de su natural tan mal inclinada, que ni sufre trabajo ni desecha regalo. Entonces va el siervo del Señor de virtud en virtud, cuando deja atrás la soberbia y va en pos de la humildad, olvida la ira y se abraza con la paciencia, menosprecia la riqueza y ama la pobreza, y aun niega a la gula y procura la abstinencia; de manera que cada día se

[6] Ps. 83, 8.

va desempeorando y cada hora mejorando. *Sicut adipe et pingüedine repleatur anima mea* [7], decía el Salmista; y es como si dijera: ¡Oh gran Dios de Israel!, yo te ruego y suplico que con el sebo que está en la asadura y con la manteca que está cabe mi carne flaca engordes y untes a mi triste ánima, la cual de flaca no puede arribar y con sus grandes males se quiere morir. Es aquí de notar que el ádipe de quien habla el profeta es lo que en el animal llamamos la riñonada, y el pingüédine es a lo que llamamos unto o manteca, y pedir estas dos grosuras para engrasar su ánima es pedir al Señor ayuda y favor para guardar los mandamientos y para cumplir los consejos, con las cuales dos cosas es el ánima engrosada y con su Dios reconciliada.

¡Oh cuán bienaventurada es el ánima que con estos dos untos es untada y con esta manteca es enlardada!, porque la guarda de los mandamientos es obligatoria a todos, mas el cumplimiento de los consejos pertenesce a solos los perfectos. Por ser cristiano te pertenesce el ádipe, y por ser religioso te pertenesce el pingüédine, de manera que para aprovechar en la Religión y para subir a la cumbre de la perfección no sólo has de procurar el ádipe, que es lo que Cristo manda, más aun el pingüédine, que es lo que él aconseja. Damasceno, sobre estas palabras: No vaca de alto misterio que no pide el profeta a Dios el ádipe sin el pingüédine, ni el pingüédine sin el ádipe, para darnos a entender que ni ha de estar el amor de Dios sin el del prójimo, ni el del prójimo sin el de Dios, porque sobre estos dos profundos cimientos están edificados los celestiales palacios. Auréolo, sobre los Salmos, dice: Pedir el profeta a Dios que le dé la riñonada y que juntamente le dé con ella la manteca, es pedir la gracia de tener santos deseos, y junto con ello tener santas obras, porque muy poco vale el ádipe del desear si no está con el pingüédine del bien obrar. La guarda de los mandamientos, y consejos, y el amor de Dios y del prójimo, y los buenos deseos, y las buenas obras fueron significados en el espíritu doblado que pidió Eliseo a Elías, y en las dos tablas en que estaba escrita la Ley, y en los dos palominos del sacrificio, y en las dos vacas que llevaban el arca, y en los dos querubines del tabernáculo, y en los dos cornados que ofreció la vieja, y en el ádipe y pingüédine de que habla aquí el profeta. *Reliquiae cogitationum diem festum agent tibi,* dice el Salmista [8]; y es como si dijera: Eres tú tan bueno y conténtaste con tan poco, ¡oh gran Dios de Israel!, que con solas reliquias de buenos deseos te

[7] Ps. 62, 6.
[8] Ps. 75, 11.

hacen gran fiesta todos los santos. No dice el profeta que los santos hacen fiesta a Dios con solos los pensamientos, sino con las reliquias que quedan de aquellos pensamientos, para darnos a entender que no abasta traer a la Religión muchos propósitos santos si después no nos esforzamos a ser virtuosos, porque en el Apocalipsi no dice San Juan [9], hablando de buenos y malos: *Cogitationes eorum*, sino *opera eorum sequuntur illos*. Huélgase el Señor con nuestros buenos deseos como con un día entre semana, mas con las riquezas de las buenas obras se huelga como en día de Pascua: y de aquí es que el bendito Jesús sólo tres años predicó y treinta y tres obró. Casiodoro, sobre los Salmos, dice: Entonces ofreces al Señor las riquezas de tus pensamientos, cuando tus pensamientos paran en ejercicios santos, pues del bien pensar viene el bien obrar y del bien obrar sucede el bien acabar, de manera que de nuestras primeras cogitaciones hemos de atesorar para el Señor cada día reliquias. En el *Libro de la vida solitaria* dice así: Entonces el monje hace fiesta al Señor con las reliquias de sus pensamientos, cuando todo lo que el Espíritu Santo en su corazón espira, él lo pone de hecho por obra, en que si le toca el espíritu de abstinencia, luego ayuna, y si de la penitencia, luego se disciplina, y si el del silencio, luego calla y si el de la pobreza, luego se desapropia, y si el de la paciencia, luego perdona; de manera que no tiene más querer ni no querer de aquello que el Espíritu divino le quiere mandar.

San Bernardo, *Ad fratres de Monte Dei*, dice: Así como del mal monje dice el Apóstol [10] que *thesaurizat sibi iram in die irae*, así del buen monje dice el Salmista [11]: *Quod reliquiæ cogitationum diem festum agent tibi*, lo cual él hace y cumple cuando cada día y cada noche atesora reliquias de buenas y santas obras, abrazándose más con la humildad, ejercitándose más en la caridad, no quebrantando la abstinencia ni perdiendo la paciencia y dejándose todo a la obediencia. En las *Colaciones* de los Padres dijo el abad Sifov: Las riquezas de sus pensamientos ofresce el monje al Señor cuando se acuerda de los grandes propósitos que a la Religión trujo y de la estrecha profesión que en manos del perlado hizo, de manera que siempre tiene en pie el hervor que trujo y siempre tiene cuenta con la profesión que hizo. *Colligite fragmenta, ne pereant, et collegerunt reliquias fragmentorum*, dijo Cristo [12] a sus discípulos; como si dijera: Yo he hecho lo

[9] Apoc. 14, 13.
[10] Rom. 2, 5.
[11] Ps. 75, 11.
[12] Ioan. 6, 12.

que es en mi mano, es a saber, que he bendecido los peces, he multiplicado los panes y he hartado a todos estos pueblos; resta agora que vosotros cojáis todos estos pedazos que han sobrado y recojáis las migajas que se han caído, porque más valen los regojos que sobran a mi mesa que cuanto el mundo tiene en su casa. Mucho es aquí de ponderar el cuidado que tiene el Señor de que le cojan los mendrugos que sobraron y de que no se le pierdan las migajas que se cayeron, teniendo tanto pan perdido y tanto trigo podrido, es a saber, tantos pueblos en manos de tiranos, y tantos reinos en poder de turcos, tanta hacienda en manos de avaros y aun tantas dignidades en poder de hombres perdidos. Muy bien ve Cristo que le tienen los malos mucho robado y que le tiene el demonio mucho ocupado, y que es tan poco lo que él tiene, que de un cahiz apenas le cabe una hanega, y de la hanega, apenas le dan un celemín, y del celemín, apenas le dan un pan, y de un pan no le cabe sino un regojo, y de aquel regojo se le caen aun algunas migajas, las cuales él quiere que con gran solicitud se cojan y entre las reliquias de sus tesoros se guarden. Cuando el buen Jesús [13] dijo: *Ego sum panis vivus*, ¿qué otra cosa quiso decir sino que él era el pan vivo, él era el Pan verdadero y que él era el Pan eterno? Los pedazos de este pan fueron los varones religiosos que instituyeron Religiones aprobadas, y las migajas de estos panes son todos los religiosos perfectos, los cuales fueron escogidos de entre todos los mundanos y puestos en los monesterios como en unos canastillos, porque no fuesen de los malos atropellados, ni de los vicios vencidos. San Benito, San Basilio, San Agustín, San Jerónimo, San Bruno, San Francisco, y Santo Domingo y San Bernardo, ¿qué otra cosa son sino unos pedazos de pan que Cristo bendijo? ¿Y qué son todos sus monjes sino unas migajas de aquel pan desmoronadas y en los canastillos de la Religión guardadas? Así como anduvieron los apóstoles cogiendo una migaja de aquí y otra de allí hasta henchir sus canastillos, así anda el Señor agora entresacándonos de todos los estados hasta que pueble los monesterios, para que mejor allí le sirvamos y que con más facilidad nos salvemos. *Memento unde excideris*, dijo Dios en el Apocalipsis [14]; como si dijera: Acuérdate, hermano religioso, que te sacó Dios del mundo, que te trajo al monesterio, que eres ramo de su árbol, que eres fruta de su huerta, que eres flor de su ha-

[13] Ioan. 6, 41.
[14] Apoc. 2, 5.

rina, que eres migaja de su mesa, con las cuales migajas se pueblan las sillas de su gloria. *Ad quam nos perducat* CHRISTUS JESUS. AMEN.

CAPITULO I

DE CUÁN GRAN MERCED HACE EL SEÑOR AL QUE SACA DE LOS BULLICIOS DEL MUNDO Y LE TRAE A LA RELIGIÓN PARA SERVIRSE DE ÉL EN EL MONESTERIO

Unam petii a Domino, et hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae, decía el santo rey David [1]; y es como si dijera: Una cosa sola a ti, ¡oh gran Dios de Israel!, te he pedido y sobre ella muchas veces te he importunado: y es que todos los días de mi vida me los dejes morar en tu casa. El serenísimo rey David, por ser en la contemplación tan alto y ser en las injurias tan sufrido, dijo Dios de él hablando con el gran profeta Samuel [2]: *Inveni virum secundum cor meum;* y es como si dijera: Por la desobediencia que me tuvo he desechado al rey Saúl a que no reine más en mi república, y en su lugar he tomado a David, que es tal cual mi corazón deseaba. Muchas cosas tenía Dios que poder dar al rey David y muchas cosas podía pedir David a Dios, y no le querer rogar ni tampoco pedir sino una cosa; de creer es que debía ser ella muy grande y muy buena, porque Dios nuestro Señor ni sabe dar poco ni aunque le pidan poco. Pues el corazón de David está concertado con el corazón de Dios, y el corazón de Dios está concertado con el de David; si atinamos a lo que el uno pide y a lo que el otro concede, por allí podremos atinar qué es lo que hemos a Dios de pedir y qué es lo que él nos querrá fácilmente conceder.

A este propósito, dijo Dios a Marta [3]: *Turbaris erga plurima, porro unum est necessarium;* y es como si dijera: Si tú, ¡oh Marta!, puedes alcanzar a saber qué es lo que más conviene a tu ánima y lo que yo doy de mejor gana, sola una cosa me pedirías y con sola ella te contentarías, porque el desear, como deseas, muchas cosas te causan andar turbada y te traen muy cansada; pues el rey David no pide a Dios más de una cosa y Cristo nues-

[1] Ps. 26, 4.
[2] I Reg. 13, 14.
[3] Luc. 10, 41.

tro Dios no aconseja a Marta que procure sino sola una cosa, justa cosa es recojamos todas nuestras peticiones a una, pues de ella depende todo el bien de nuestra vida. Mucho es de notar que no pide David a Dios que le dé riquezas, aunque estaba pobre; ni le pide honras, aunque andaba abatido; ni le pide descanso, aunque estaba desterrado; ni le pide el reino, aunque se le tenía Saúl, sino que solamente pide le deje morar en su santa casa, a do con más quietud y reposo le sirva. ¡Oh demanda gloriosa! ¡Oh petición bienaventurada la que el rey David pedía!, pues que, siendo rey de Israel electo por Dios, ungido por Samuel, rescebido por el pueblo y temido de todo el mundo, huelga de lo dejar y para siempre lo renunciar, con tal que le dé el Señor un rincón de su casa adonde mejor le pueda servir y de las ocasiones del mundo se pueda apartar. La casa que él pedía y el rincón porque él sospiraba no era la casa de Aminadab, a do estaba el arca santa; ni era la de Jericó, que estaba descomulgada, sino la casa de Orden y Religión, a do suele el Señor a los sus escogidos tener y a los sus muy regalados depositar; así como en el arca de Noé había mansiones que eran cámaras anchas y había mansiúnculas que eran cámaras estrechas, así en la Iglesia de Dios hay mansiones muchas, que es el estado del pueblo, y hay también mansiúnculas, que es el estado religioso y recogido, y en este tal absconde Dios a los varones de mucha perfección y a los de alta contemplación. En las *Vidas de los Padres* dijo un monje al abad Panucio: ¿Qué haré, padre santo, que no me puedo valer con el mundo que me halaga, y con la carne que me tienta, con el demonio que me engaña y con el yermo que me espanta? A esto le respondió el santo viejo: Así como el hombre rico echa el dinero que es de bajo precio en lo ancho de la bolsa y lo que es de oro fino lo guarda en el bolsico estrecho, así nuestro Señor a los que son flacos y imperfectos los deja en el mundo, y a los que son perfectos y virtuosos los trae a la aspereza del yermo; de manera que por el estado en que Dios nos pone podemos conoscer el poco o mucho amor que nos tiene. San Basilio, en su antigua *Regla*, decía: Es el Señor tan amigo de los que quieren su amistad, que desde el principio del mundo acostumbra a sacar a los suyos del mundo, así como a Abraham, que le sacó de Caldea; a Jacob, de Siria; a Ruth, de Moab; a Moisés, de Egipto; a David, de Babilonia; a Elías, de Samaria, y aun al gran Bautista, de Judea.

¿Qué otra cosa, pues, es traer Dios a la Religión a uno si no sacarle de los peligros en que podía ofenderle y darle su gracia para servirle? Dime, yo te ruego, ¿cuán-

do viste tú que hiciese Dios merced a alguno de algún notable beneficio que primero no le apartase de los bullicios del mundo o que no le llevase al yermo o le metiese religioso? Diez días antes de Pentecostés hizo Cristo a sus discípulos estar a manera de religiosos retraídos en un lugar alto, solo y cerrado orando y ayunando y esperando lo que les había prometido; de manera que primero los metió frailes en el alto cenáculo, que enviase sobre ellos el Espíritu Santo. Desde la hora que Cristo recibió apóstoles y discípulos, siempre andaban con él juntos, dormían juntos, comían juntos y moraban juntos; de manera que ver a Cristo con sus santos apóstoles era ver a un abad con sus monjes o un prior con sus frailes. Luego que murió Cristo deputaron los apóstoles en Jerusalén un lugar apartado, a manera de monesterio, a do todos los fieles se juntaron a rescebir los sacramentos y a hacer los oficios divinos; y allí era do en secreto se bautizaban y a los pies los apóstoles todo cuanto tenían ofrescían.

Poco después que los apóstoles murieron, se levantó la Orden del gran Basilio, obispo que fué después de Cesarea, el cual edificó en Escitia un gran monesterio, y fué el primero que de monjes hubo en el mundo, en el cual puso tres mil monjes que morasen y les dió *Regla* que guardasen. En aquella Orden de San Basilio fué monje el gran Orígenes, y Cromacio, y Pánfilo, y Arsenio, y Panucio, los cuales todos fueron muy ilustres en las letras y muy aprobados en las vidas.

Ya que la Orden de San Basilio se iba resfriando, vino el glorioso San Benito, e instituyó otra Orden monacal de nuevo, en la que fueron monjes el glorioso Gregorio y el santo San Mauro, y con ellos otros varones santos, por cuyos consejos se gobernó la Iglesia de Dios grandes tiempos. Dende a poco tiempo vino el glorioso Agustino, e instituyó una nueva Orden en el desierto de Africa, no lejos de la ciudad de Bona, a do él con ellos y ellos con él guardaban la regla apostólica, dando todo lo que tenían a los pobres y siendo entre ellos las cosas comunes. En esta edad y tempestad se levantó en los desiertos de Egipto el glorioso Jerónimo, el cual en el sepulcro santo hizo un monesterio a do con sus monjes hacía tan áspera y tan estrecha vida, que parescía más angélica que humana. Después de esto, en el año del Señor de 1084, se levantó el santo varón Bruno, maestro en Teología y natural de Colonia, el cual instituyó la Orden que se llama de la Cartuja, la cual en el recogimiento y abstinencia tiene el principado entre todas las de la Iglesia católica. En lo postrero ya de la postrera edad levantó Dios a los

dos muy gloriosos santos San Francisco y Santo Domingo, los cuales, a manera de dos lumbreras del cielo y de dos columnas del templo, la Iglesia de Dios sustentan y con sus doctrinas alumbran. También en la vieja ley tuvieron una manera de Religión que llamaban Nazareos, los cuales no se cortaban los cabellos, no bebían vino, prometían ciertos votos y ofrecían particulares sacrificios, por manera que a los que nosotros llamamos agora religiosos llamaban ellos nazareos. Del Mesías prometido en la Ley, que fué Cristo nuestro Dios, dijo el profeta [4]: *Quoniam Nazaraeus vocabitur;* como quien dice, llamarle han *religioso*.

Cuando Moisés recibió la ley, y cuando David fué en rey ungido, y cuando Elías fué del ángel recreado, y cuando Eliseo recibió el espíritu doblado y cuando San Juan mostró a Cristo con el dedo, ¿por ventura no moraban todos éstos en desiertos apartados a manera de religiosos santísimos? La virtuosa viuda Judith, a manera de una monja muy recogida, estaba abscondida en lo más secreto de su casa, cuando el Señor le dió su gracia y después cortó a Holofernes la cabeza. A la sagrada Virgen sin mancilla, ¿no halló por ventura el ángel encerrada en su casilla cuando para Madre de Dios fué elegida? Santa Isabel, madre del gran Bautista, ¿no estaba por ventura en la alta montaña de Judea apartada cuando de la Madre de Dios fué visitada y saludada? Ana, profetisa, ¿no estaba por ventura en el templo sola y orando cuando meresció ver cómo ofrescían a Cristo? *Ducam illam in solitudinem, et loquar ad cor eius,* decía Dios por Oseas [5] profeta en el segundo capítulo; y es como si dijera: Al ánima que tengo yo predestinada para mi gloria y que tengo voluntad de comunicarle mi gracia, lo primero que haré será sacarle de las ocasiones del mundo y llevarla a un lugar muy solitario, a do solos y a solas revelaré lo secreto de mi corazón a sólo su corazón. San Bernardo, sobre estas palabras, dice: Por señas y por palabras habla Dios a muchos, mas a lo íntimo del corazón habla Dios con muy pocos, porque para mí tengo creído que no habla Dios de corazón sino a los que le aman de corazón. ¡Oh bienaventurada ánima, la cual llama Dios al desierto de la Religión y a la cumbre de la perfección, porque allí es, ¡oh buen Jesús!, a do tú depositas a los tus escogidos, para que con devoción te sigan y con todo su corazón te sirvan!

San Jerónimo, sobre Oseas profeta, dice: Poco apro-

---

[4] Matth. 2, 23.
[5] Os. 2, 14.

vecha, hermanos míos, que nos hable Dios a la oreja para oírle, ni a los pies para seguirle, ni a los ojos para mirarle, ni aun a la boca para loarle si no nos habla al corazón para amarle, porque jamás amará a Dios de corazón el que no le tiene en su corazón. Entonces habla Dios al corazón del buen religioso, cuando le saca de las tempestades del mundo y le da gracia para que persevere en el monesterio, porque allí, más que no en otra parte, puede guardar su cuerpo en limpieza y conservar su corazón en pureza.

San Anselmo también dice: Hágote saber, hermano mío monje, que aprovecha muy poco habernos traído Dios al desierto del monesterio si primero no dejamos muy de corazón todas las cosas del mundo, porque ya habrás visto por experiencia que más daña que aprovecha el consentirnos sacar alguna muela si dentro de las encías dejamos abscondida alguna raíz podrida. Aquel deja en las encías alguna raíz podrida que aun no ha de sí desarraigado toda la codicia humana, sino que cada día está llorando el captiverio que eligió y suspira por la libertad que perdió, diciendo que no es para él tan estrecha vida, y que, si tal pensara, nunca monje fuera. Al monje que le pesa de haberle traído el Señor a la Religión no es de creer que con el tal habla el Señor de corazón, porque la soledad que siente y la tristeza que padece no se la causa el hábito religioso que trae, sino la poca devoción que tiene. El monje que dejó el mundo de corazón y está en la Religión de corazón y obedece a sus mayores de corazón, a éste y no a otro habla el Señor de todo su corazón; que a los otros que son absolutos en lo que dicen y disolutos en lo que hacen, ni de corazón el Señor los habla ni aun con buenos ojos los mira. Tornando, pues, al primero tema cuando David [6] decía: *Unam petii a Domino*, ésta es la casa en que deseaba morar y ésta es la merced que él deseaba alcanzar, porque no es pequeño don de Dios ponernos él en compañía de santos religiosos y que seamos del número de sus escogidos. Gran consolación es para el siervo del Señor haber él dicho y jurado que a do estuviese dos buenos justos, él sería el tercero, y do estuviesen tres, él sería el cuarto, de lo cual podemos inferir que mora Dios en los monesterios bien ordenados, pues allí moran y sirven al Señor muchos religiosos perfectos. No vaca de alto misterio que no se obligó Cristo de residir con todos los que estaban juntos, sino con los que en su nombre estaban allegados, pues dice: *Congre-*

[6] Ps. 26, 4.

gati in nomine meo [7]; para darnos a entender que a do el perlado es desbaratado y a do el monesterio está mal ordenado, no mora en la tal congregación Cristo. Ni por esto que aquí decimos te debes cansar de no ser bueno y virtuoso, diciendo que te cupo en suerte morar en un monesterio desbaratado, porque no hay en el mundo monesterio tan desconcertado que no tenga el Señor allí puesto algún religioso celoso y virtuoso, al cual tú debes seguir y sus pisadas imitar, porque la manera del bien vivir de uno solo se puede tomar. En el *Libro de la vida solitaria* es aconsejado al siervo del Señor que todas las veces que se levantare y acostare diga: Inmensas gracias te hago, ¡oh buen Jesús!, porque me criaste, porque me redimiste y porque al estado de la Religión me trujiste, dejando como dejaste a muchos en el mundo, los cuales por ventura te sirvieran mucho mejor que no yo te sirvo en el monesterio.

Del glorioso abad Arsenio se dice en las *Vidas de los Padres* que cada año celebraba el día que el Señor le sacó del mundo y tomó el hábito en el yermo, y la fiesta que celebraba era comulgar aquel día, dar a tres pobres limosna, comer alguna legumbre cocida y consentir que entrasen todos los monjes en su celda. Si los hijos de Israel celebraban el día que Dios los sacó de Egipto, ¿por qué tú, hermano, no celebrarás el día que te sacó del mundo, pues es muy mayor beneficio haberte el Señor traído a la Religión que no haberlos llevado a ellos a la tierra de promisión? Séneca, a este propósito, dice: La cosa que más ha de procurar el hombre sabio es un lugar recogido y una familia honesta, a do nadie le dé enojo y a do viva con reposo, porque, a mi parescer, no tiene ya más que desear en esta vida el que meresció hallar compañía virtuosa. En las *Colaciones de los Padres* decía el abad Panucio: Tres cosas tengo siempre en mi memoria y de que hago conmemoración cada día, es a saber: del bautismo que tomé como cristiano, y de la profesión que hice como religioso, y del *discedite a me, maledicti* [8], que dirá Dios en el juicio, a do me pedirán cuenta, no sólo de los males que hice, mas aun de los bienes que dejé de hacer.

---

[7] Matth. 18, 20.
[8] Matth. 25, 41.

CAPITULO II

De cómo los varones perfectos es de creer que son de Dios escogidos, y que acerca del Señor es muy gran pecado no le agradescer haberle hecho religioso

Videte ne in vacuum gratia Dei recipiatis, decía el Apóstol escribiendo a los Corintios en el capítulo 6 [1]; y es como si dijera: Mirad, hermanos míos, que no recibáis la gracia de Dios en vano, porque sería caer en uno de los mayores pecados que se podía cometer en este mundo. Como sea verdad que, cuando Dios nos da su gracia, nos da el mayor don que nos puede dar en esta vida. Entonces, pues, recibe el hombre la gracia de Dios en vano, cuando no le hace gracias por tan alto beneficio. Aquel rescibe también en vano la gracia que no la emplea a voluntad del que le hizo la merced de ello, porque las gracias y mercedes que el Señor nos da, más valdría no las rescebir que dejarlas después enmohecer y perescer. Aquel deja la gracia de Dios enmohecer y perescer que ni sabe con ella al Señor servir ni quiere a sus hermanos con ella aprovechar, sino que es como el caballo hermoso que se manca o como el árbol que carga de flores y después no da fruta. San Bernardo, a los monjes de Monte Dei, dice: Entonces el monje recibe la gracia de Dios en vano que no se acuerda en cómo le sacó Dios de los peligros del mundo y le trujo para servirse de él en algún monesterio, porque es este beneficio tan alto y tan meritorio, en que así como en el agua de cristianos nos bautizamos, así en la profesión de religiosos nos regeneramos. Entonces el monje rescibe la gracia de Dios en vano, cuando quiere así vivir en el monesterio como vivía allá en el mundo, y las libertades que tenía allá las quiere tener acá, y de tal y contra el tal dice el Señor que se guarde de hacer su casa de oración casa de contratación.

Debe, pues, el siervo del Señor mirar mucho lo que toma antes que lo tome y mirar si viene a la Orden por voluntad o por necesidad; porque todas las Religiones del mundo, como fueron instituídas por varones santos, no son sino para personas santas. El monje que osare vivir en la Orden como profano y que todavía tiene resabio de co-

[1] II Cor. 6. 1.

sas del mundo, téngase el tal por dicho que, si no se quiere ir a la mano, le verán al fin apostatar del monesterio. Querer alguno en la Orden ser más exento y privilegiado que los otros, así en comer otros manjares como en nunca entrar en comunidades, aunque lo puede por algún tiempo hacer, no lo ha al fin la Religión de comportar, porque si la mar no puede sufrir cuerpos muertos, mucho menos sufrirá la Orden a hombres desordenados. La vida de los siervos del Señor por eso se llama Orden, porque han de estar allí todas las cosas bien ordenadas, y por esto se llaman religiosos, para que estén en sus monesterios religados, porque a vivir de otra manera no será orden, sino desorden. ni será monesterio de Religión, sino casa de confusión. Preguntado por Dios el profeta Jeremías en el capítulo 24 [2] qué era lo que veía, respondió: *Video ficus bonas, bonas valde, et ficus malas, malas valde;* y es como si dijera: Veo, Señor, dos espuertas de higos que están a la puerta del templo, y a la hora que las gusté, hallé por experiencia que los buenos higos eran tan dulces, que no me podía de ellos hartar, y los otros eran tan amargos, que aun no los osaba probar, de manera que todos tenían un color, mas no todos un sabor.

De esta tan alta figura se puede colegir que no hay cosa mejor que es el monje que guarda su Religión, ni hay cosa en el mundo tan mala como el que niega a su profesión, porque el monje desbaratado y renegado, discípulo es del demonio y no de Cristo. Aquel niega su Religión y reniega de su profesión que, habiendo tomado algún santo hábito, retiene todavía en sí algunos resabios del mundo y algunas particularidades de liviano, de manera que por una parte se precia y autoriza del hábito religioso, y de la otra vive como un profano.

Dime, yo te ruego, ¿por qué los seglares, de que nos topan, se encomiendan en nuestras oraciones, nos quitan los bonetes, nos besan las manos y nos hacen tantos acatamientos, sino porque piensan que somos unos santos y que, mediante nuestros méritos, esperan ellos ser salvos? Si los del mundo viesen cuán distraídos traemos los pensamientos y cuán vagamundos nos andamos por los monesterios, ¿crees tú, hermano, que nos darían lo que nos dan y nos tendrían en lo que nos tienen? Guardarse debe, pues, el siervo del Señor de no ser de los higos malos que vió Jeremías, los cuales tenían el parescer bueno y el gusto tenían amargo, porque en caso de ser el monje recogido y virtuoso, más vale serlo y no parescerlo que parescerlo y no serlo. Mucho es de ponderar que todas las

[2] Ier. 24, 3.

que vió Jeremías eran uvas, todas parescían encanastadas y todas estaban a la puerta del templo, mas no todas tenían un gusto, de lo cual podemos inferir que no consiste la perfección del monje en llamarse religioso, ni en residir en el monesterio, ni aun en el hábito negro o pardillo que trae, sino en la vida buena o mala que hace. No vaca tampoco de misterio que no se contenta Jeremías con decir que las uvas que probó eran malas, sino que dice ser *valde malas*, es a saber: además, muy malas, para darnos a entender que el monje que una vez se determina de perder la vergüenza y posponer la conciencia, no hay en el mundo maldad y traición que no haga. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi alma!, plega a tu suma bondad y clemencia que, pues tuviste por bien de encanastarme en la sera de la Religión, que no sea yo uva podrida, sino sana; no amarga, sino dulce, no para echar al muladar, sino para llevar a tu lagar, a do, apartado del hollejo, me rescibas en tu gloria por vino puro.

Como en las *Vidas de los Padres* estuviese un monje con muy gran calentura y le viese un viejo pedir un jarro de agua fría, díjole estas palabras: Ni porque estés, hijo, enfermo y flaco es justo que nos profanes, ni relajes el rigor del yermo pidiendo que te pongan a la sombra y que te den el agua fría, porque, para decirte la verdad, la doctrina del Evangelio y las libertades del mundo nunca juntas se hallaron ni en ningún monje se compadescieron. San Bernardo, escribiendo a un monje que estaba desconsolado, dice: No me maravillo, hermano Giliberto, de que estás desconsolado, sino de cómo no estás desesperado, pues me dicen que no haces sino suspirar por las cosas que dejaste en el siglo y que no tienes envidia sino a los que están en el mundo, lo cual te imputo a gran vanidad, y aína diría que a mucha liviandad; porque de buena razón, la envidia que teníamos en el mundo a los más poderosos, ésta hemos acá de tener a los malos virtuosos. Tú, y otros como tú, vivís muy engañados si pensáis que, por ser en la edad viejos y en la Religión ancianos, andáis ya seguros y podéis enseñar la Religión a otros, porque la alteza de la perfección y la pureza de la Religión alcánzanla muy pocos y cómprase con muy grandes trabajos.

No es culpa del Señor estar nosotros necesitados ni el andar atribulados, pues él tiene capitulado con sus siervos de oírlos, si le llaman, y de socorrerlos, si se lo ruegan, y lo que más de todo es: que siempre guarda su gran caridad para nuestra mayor necesidad. Cata, Giliberto, que las cosas mundanas, las consolaciones livianas, no sólo les es prohibido el procurarlas, mas aun el desearlas, porque

entre los varones de alta profesión, como tú eres, a las veces peca más el corazón en lo que desea, que no peca la mano en lo que toca. Los bienes de Jericó fueron a los hebreos prohibidos y aun descomulgados, y al triste de Achior, hijo de Carmi, porque se atrevió a tomar una ropa buena y cierta maldita pecunia, fué luego a muerte condenado y de todo el pueblo apedreado. Guarte, pues, hermano Giliberto, de los bienes de Jericó, es a saber: guardando algunos hábitos para tus regalos o algunos dineros para tus apetitos, porque en tan enorme caso, si no fueres con Achior apedreado, serás con Judas condenado. Lo de suso es de San Bernardo. *Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris,* decía Cristo a sus discípulos (Lucas 22)[3]; y es como si les dijera: Si queréis, discípulos míos, seguirme y servirme, conviene que os ciñáis muy justo y que tengáis una candela encendida en cada mano, como los que esperan a su Señor que vendrá de súbito. Conforme a este consejo, Elías en el desierto, San Pedro en la cárcel, San Pablo en Efeso y Cristo en el cenáculo, aunque estaban mal vestidos, andaban bien ceñidos, para darnos a entender, que los verdaderos siervos de Dios, por afrentas que les hagan ni trabajos que les vengan, nunca han de aflojar en lo que empezaron ni se resfriar en lo que tomaron. ¿Qué otra cosa es mandarnos el Señor que andemos arropados y ceñidos sino que en las cosas de su servicio no seamos flojos ni tibios? La ropa que anda bien ceñida y apretada es provechosa y no airosa, quiero decir, que el novicio que viene a servir al Señor debe en los principios mucho encogerse y mucho recogerse, porque entonces diremos con verdad que se ciñe justo, cuando procura de ser justo.

San Anselmo, sobre estas palabras, dice: La ropa que está bien ceñida y bien apretada, ni estorba el andar ni ocupa tanto lugar. Quiero por lo dicho decir que debe ser el siervo del Señor tan honesto en lo que hace y tan sincero en lo que dice, que ni se arrepientan los que dieron el hábito y loen todos a Dios de cómo vive en el monesterio. No vaca de misterio el no mandarnos Cristo ceñir los pies ni la cabeza, que son las extremidades del cuerpo, sino solamente las renes, que están sitas en el medio, para darnos a entender que ni en el comer, ni en el vestir, ni en conversar no seamos extremados, sino que tomemos en todas las cosas los medios, porque de monje extremado no se puede tener buen concepto.

Sobre estas palabras de *sint lumbi vestri praecincti,* dice San Gregorio; ¿Qué otra cosa quiso el Señor man-

[3] Luc. 12, 35.

dar en mandarnos que ciñésemos los lomos sino que de pies a cabeza fuésemos limpios y castos? Para comer el cordero pascual se ceñían los hebreos los lomos; mas tú, hermano, para llegarte al altar no te has de ceñir sino los pensamientos, porque tan limpio y tan casto ha de vivir el siervo del Señor, que ni de su boca se oiga torpedad ni de su corazón se piense maldad.

San Agustín, a este propósito, dice: Aquel con verdad tiene ceñidas las renes que de conversación de mujeres quita las ocasiones; porque de mí confieso y digo que, en caso de castidad, nunca más virtud en mí hallé de cuanto de las ocasiones me aparté. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi alma! Si San Agustín confiesa no poder ser casto sino cuando se veía apartado y desocasionado, ¿qué haré yo, triste de mí? ¿Y cómo seré yo limpio, metido y cahondado en todas las ocasiones del mundo? Debe, pues, el siervo del Señor guardarse mucho de no andar desabrochado y desceñido, es a saber: flojo, y desapercibido, y descuidado en lo que toca a ser limpio y casto, porque, en caso de castidad, no menos ha de estar de sí mismo sospechoso que vivir del demonio recatado. Conviénenos estar ceñidos y receñidos, cogidos y aun recogidos, para ser verdaderamente castos y limpios, pues para cada vicio no hay más que un tentador solo, mas para el de la castidad son todos los tentadores a una, porque los ojos *peccant visu*, la lengua *locutione*, el demonio *cogitatione*, el corazón *consensu*, y la carne, *delectatione et opere*.

No vaca tampoco de misterio el habernos primero de ceñir las ropas que no tomar en las manos las candelas encendidas, en lo cual se nos da a entender que de tal manera dejemos atadas y aun anudadas las riquezas y vanidades del mundo, que ni ellas nos puedan en la orden seguir ni nosotros las tornemos al mundo a buscar. ¿Qué otra cosa son las candelas encendidas en las manos sino las obras santas y virtuosas que hacemos? Así como es uno el que tiene la candela y otro el que con ella se alumbra, así es una cosa la persona religiosa y otra la buena obra, la cual no sólo aprovecha al que la hace, mas edifica al que la mira. San Crisóstomo, a este propósito, dice: Así como no caresce de pecado el que es ocasión que otro peque, así no caresce de mérito el que es causa que otro merezca, porque, conforme a lo que dice el Salmista [4]: *Particeps sum omnium timentium te*, muy gran parte tenemos en el bien que se hace cuando nosotros somos ocasión que el tal bien se haga. San Fulgencio, sobre estas palabras, dice: Mandarte Cristo que pri-

[4] Ps. 118, 63.

mero ciñas los lomos y que después enciendas las candelas es decir clara y abiertamente que primero te apartes del mal y que después pongas por obra el bien, porque, según la experiencia nos enseña, ninguna tierrra o campo quiere dar fruto si primero de la grana y ortigas no está alimpiado. San Agustín dice: Nunca Dios nos da sus grandes bienes hasta que de raíz arranque nuestros males, y ni crescen más sus mercedes de cuanto se van disminuyendo nuestras poquedades, de manera que nunca aquéllos se acaban hasta que éstos del todo fenezcan.

También es de advertir en que no dice Cristo que tengamos en las manos una sola candela, sino muchas candelas; para avisar y aconsejar al verdadero monje y siervo del Señor que, pues son inmensos los beneficios que de mano del Señor resciben, sean también muchos y muy muchos los servicios que le hagan. No caresce también de misterio el mandarnos Cristo que nosotros tengamos las candelas en nuestras propias manos encendidas y que ni las pongamos en candeleros y que ni las tengan otros por nosotros, para darnos a entender que más nos valiera no haber venido al monesterio, si en él no nos enmendamos y obras de buenos monjes no hacemos. Del glorioso Bautista dice la Escritura sacra [5] que era candela que siempre ardía y que siempre alumbraba; para darnos a entender que tal y tan bueno ha de ser el varón religioso y virtuoso, que ni le falte cera de buena vida para arder ni hallen en él pabilo de pecado que despabilar. No es candela encendida, sino muerta, el monje que no tiene otra cosa de monje sino el escapulario, y la cogulla, y el hábito, y la cuerda, de lo cual no se debe nadie preciar, ni menos vanagloriar, porque delante del Señor tiénese en poco el no ser más de monje y tiénese en mucho el ser buen monje. La condición de la candela muerta es que se pierde el pabilo de que se hizo, ocupa el lugar donde está puesta, no alumbra a los que la miran y hienden las manos del que la tocan; de manera que cuanto la candela estando encendida alegra, tanto de que está muerta es asquerosa. Todas las condiciones del cirio muerto tiene en sí el monje indevoto y vagamundo, el cual come lo que los otros ganan, ocupa el lugar de un bueno, es pecadó a todo el convento, no hace cosa de buen religioso y anda como asombrado por el monesterio, de manera que va el tal a trabajar a las once y quiere ser de los primeros en la paga.

San Anselmo, en una homilía, dice: Las vírgenes que no tenían las lámparas encendidas no merescieron entrar

[5] Ioan. 5, 35.

con el esposo en las bodas; y así, el hombre que no hace lo que debe como cristiano o que no cumple lo que prometió como religioso, se debe el tal tener por dicho que en la hora postrera no se hallará entre los que fueron convidados, sino entre los que se quedaron burlados. ¡Oh cuánta merced hace el Señor al que de su mano le sacó del mundo y le dió gracia para ser religioso!, porque en el estado religioso vive el monje más seguro, anda en todo más contento, cae mucho más raro, levántase muy más temprano y aun arrepiéntese más presto. Sea, pues, la conclusión de todo que al que debajo del hábito religioso viéremos ser soberbio, ambicioso, carnal y malicioso, podemos con verdad de él decir que es Satán entre los hijos de Dios, Dathán entre los israelíticos, Saúl entre los profetas y aun Judas entre los apóstoles.

CAPITULO III

De cómo el siervo del Señor entonces va por el camino que debe, cuando no hace lo que quiere, y de cómo en tal caso el errar es el verdadero acertar

Cum non facis vias tuas, et non invenitur voluntas tua, tunc delectaberis coram Domino, dijo Dios por Esaías en el capítulo 58 [1]. Cuando tú, ¡oh Israel!, no haces lo que querrías hacer ni vas por el camino que tú querrías ir, entonces irás por carreras seguras y delante de Dios serán tus obras aceptas. Tres caminos hay que son reales y generales: el primero es de Dios, que va derecho al cielo; el segundo es el del demonio, y éste va al infierno; el tercero es el del hombre, y éste va al mundo, y del mundo al pecado, y del pecado al infierno; de manera que es muy gran indicio de ir un hombre perdido cuando le vemos caminar por su querer propio.

El camino de Cristo es caridad; el del demonio es malignidad; el del mundo es vanidad, y el de la carne es torpedad: por eso ve tú, hermano, cuál de estos caminos quieres eligir y por cuál de ellos quieres caminar, porque tal cual fuere el camino que llevares en la vida, tal será la posada a do parares en la muerte. Séneca, en el *Libro de ira*, dice: Cuatro cosas hay que al corazón del hombre son muy dulces para amar y trabajosas para dejar; es a sa-

[1] Is. 58, 13-14.

ber: la tierra a do es criado, la riqueza que ha allegado, la honra que ha alcanzado y el amigo que ha tenido. Cosa es trabajosa dejar hombre su tierra propia e irse a morar a tierra extraña, mas este trabajo sufrióle el patriarca Abraham y su nieto Jacob; el viejo por voluntad y el mozo por necesidad. Trabajosa cosa es dejar el hombre el estado que tiene y caer de la honra que mantiene, mas este trabajo y desconsuelo sufriólo el cónsul Cincinato y el gran emperador Diocleciano, el uno de los cuales dejó el consulado y el otro renunció al imperio. También es cosa penosa dejar hombre la riqueza que allegó y la hacienda que heredó, mas este trabajo y desconsuelo sufrióle Sócrates en Atenas y Demóstenes en Trinacria, el uno de los cuales dió cuanto tenía a un templo y el otro lo echó en la mar todo. Aplicando lo dicho a lo que queremos decir, es el caso que el trabajo verdadero y esencial del religioso no consiste en alejarse de su tierra, ni en dejar su riqueza, ni aun en apartarse de su compañía, porque al fin al fin cada una de estas cosas la costumbre las olvida y el tiempo largo las cura. El intolerable, y continuo, y espantoso trabajo del monje es el negar cada hora a sí mismo y el no poder hacer él su querer propio.

San Gregorio, sobre el Ezequiel, dice: Entre todas las lágrimas que lloramos y entre todos los sacrificios que ofrecemos, no hay a Dios sacrificio tan acepto como es el del que sacrifica su corazón propio, lo cual él hace y cumple cuando niega a la sensualidad lo que le pide y sigue a la razón en lo que le demanda. *Solve calceamentum de pedibus tuis, terra enim in qua stas, sancta est,* dijo Dios a Moisén (Ex. 3)[2]; y es como si dijera: Si has ganas de me oír y tienes voluntad de me hablar, deja ahí los zapatos y llégate acá con los pies desnudos, porque hombre que está calzado no puede hablar conmigo. A la sazón que dijo Dios esto a Moisén estaba metido en una zarza, y la zarza, hasta más no poder, ardía; de manera que, en quitándose los zapatos, se había Moisén en el fuego de quemar o en las espinas se lastimar. San Agustín dice: ¿Qué otra cosa son los zapatos, que se hacen de algún animal muerto, sino nuestro bestial apetito y el nuestro querer propio? Aquel tiene los pies calzados que se va en pos de sus apetitos, y aquel los tiene descalzos que los tiene a la sazón sujetos, y de aquí es que nadie podrá verse con Dios en la zarza si primero no se descalza su voluntad propia. ¿Qué otra cosa es la zarza llena de espinas y abrojos sino la Religión y monesterio, cargado de penas y de trabajos? ¿Qué otra cosa son en la Orden

[2] Ex. 3, 5.

las disciplinas que nos dan, el recogimiento que tenemos, el silencio que guardamos, la abstinencia que hacemos y las tentaciones que padecemos sino unas zarzas que nos rasgan las entrañas y unas espinas que nos pungen las carnes? ¡Oh tú que vienes a la Religión! Has de pensar, hermano mío, que no vienes a vestirte ropa blanda, ni a sentarte a mesa puesta, ni a dormir en cama muelle, ni aun a morar en casa alegre, sino que veniste a vivir y a aun a morir en el zarzal del monesterio, a do no te puedes bullir ni osar de allí salir. No vaca de alto misterio que por entrincada, por cerrada y por lastimosa que era aquella zarza, vió el buen Moisén a Dios en ella, para darnos a entender que cuando el demonio nos espantare en la Religión con decirnos que es una zarza áspera, le respondamos que no hay lugar a do el Señor mejor se halla que es debajo de aquella aspereza. Créeme, hermano mío, y no dubdes, que así como debajo del hueso está la caña, debajo de la cáscara está el nuclio, y que debajo de la corteza está la fruta, así debajo de la zarza y aspereza está la perfección de la vida monástica, porque en la celda del monje regalado tarde o nunca toparás a Cristo.

No halló Abraham al ariete sino entre las espinas, ni vió Moisén a Dios sino entre las espinas, ni murió Cristo en la cruz sino entre las espinas, ¿y quieres tú, hermano, traer en la Religión ropas delicadas y comer cosas regaladas? San Basilio, y San Benito, y San Agustín, y San Jerónimo, y San Francisco, y Santo Domingo, ¿no se criaron por ventura entre estas zarzas y espinas como unas rosas preciosas y odoríferas? San Bernardo, en sus *Meditaciones,* dice: ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi ánima!, ¿y cuántas veces yo te busqué en la celda, y en el claustro, y en la huerta, y aun en el coro; y después de muy buscado, te hallaba en el monte tras un tomillo o tras un cardillo? Quien te quisiere, pues, hallar y gozar, búsquete so la yedra con Jonás, cabe el junípero con Elías, entre las zarzas con Moisén y entre las espinas con Abraham, porque tu morada es en el lugar solitario y tus placeres son con el corazón lloroso y atribulado. No vaca tampoco de misterio que el zarzal en que Moisén vió a Dios y Dios vió a Moisén, aunque en vivas llamas ardía, no por eso hoja ni espina de él se quemaba, para darnos a entender que el siervo del Señor, que tiene en sí algún fuego de devoción o algún ardor de contemplación, ni traerá el cuerpo cansado ni aun el corazón atribulado.

Así como a Moisén no le espantó la soledad del desierto, ni la braveza del fuego, ni la aspereza del espino, sino que en llamándole Dios se descalzó y se fué para allá derecho, así a ti, hermano, no te debe espantar el ri-

gor del monesterio, ni la obediencia del perlado ni la soledad del recogimiento, pues allende de hallar allí a Cristo, allí te enseñarán cómo has de salir de Egipto y venir en el desierto. También has de mirar, hermano, que sólo y descalzo llegó Moisén a hablar con Dios en el zarzal o espino, para darte a entender que, si quieres hallar en la Religión a Cristo, has de venir sólo de las cosas del mundo y has de andar descalzo de tu querer propio. Hugo, *De arra animae*, dice: Trabajo es dejar las cosas del mundo, mas muy mayor trabajo es irse hombre a la mano en el monesterio, porque es el hombre tan amigo de hacer lo que quiere y de probar lo que puede, en que si son los ojos difíciles de cerrar, es el corazón muy más difícil de encerrar. ¡Oh tú, que vienes a la Religión!, debes contigo pensar que debes vivir en ella muy honesto, muy reformado y muy guardado, porque en las Religiones bien ordenadas, bien se sufre que entren en ella grandes pecadores, mas no se permite cometer allí grandes pecados.

Muy grandes pecados comete el que no se acuerda para qué a la Religión fué llamado y ni hace caso de lo que tiene a Dios prometido, sino que tan sin cuidado y tan aflojado se anda por el monesterio como se anda un hombre mundano en las plazas del mundo. Dime, yo te ruego: si cuando veniste del siglo al monesterio no sabías lo que tomabas, ¿para qué lo tomabas? Si supiste lo que tomabas y sentiste lo que prometías, di, fementido, ¿por qué no lo guardas? No te corras, hermano monje, por llamarte fementido, pues tú no tuviste conciencia de quebrantar lo que a Dios habías jurado, porque en las divinas letras, cual es la vida que cada uno hace, tal es el nombre que le ponen. En el *Libro de la vida solitaria* dice así: ¿Qué otra cosa es mandar Dios apedrear al que cogió unas cerojas el día de fiesta en tierra de promisión sino el monje que peca en su monesterio y casa, que es tierra santa y a Dios consagrada, lo que era venial allá en el mundo, se le ha de contar por sacrilegio en el monesterio? Si vienes, pues, hermano mío, a la Religión para te enmendar y para te reformar, conviénete lo primero negar y aun renegar de tu voluntad propia, porque en la Orden no se puede llamar monje perdido sino el que se rige por su seso propio. San Jerónimo, sobre aquellas palabras de *si quis vult post me venire* [3], dice: Si queremos entender bien estas palabras, hallaremos por verdad que para seguir a Cristo hemos de perseguir a nosotros, y para acertar su camino hemos de errar el nuestro, y para llamarnos suyos hemos de dejar de ser nuestros, y aun para haber a Cristo de amar hemos a nos-

[3] Matth. 16, 24; Luc. 9, 23.

otros de aborrescer. Agustino, en sus *Meditaciones*, dice: ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi ánima!, si no me das primero gracia para aborrescerme, nunca yo sabré amarte, porque si el amor comienza en mí, siempre para en aborrescerte a ti; mas cuando el amor comienza en ti, siempre para en aborrescerme a mí; de manera que el fundamento de tu amor no es otro sino el mi desamor.

Y dice más adelante: Bien sabes tú, ¡oh mi buen Jesús!, que nunca te busqué sino cuando de mí me desterré, ni nunca te hallé sino después que de mí me partí; nunca te amé sino cuando a mí me aborrescí, ni nunca en ti pensé sino cuando a mí me olvidé, ni nunca tuve parte en ti sino cuando ninguna tuve en mí. *Iacta cogitatum tuum in Domino, et ipse te enutriet*, decía el Salmista [4]; y es como si dijera: Si quieres servir a Dios, déjate al parescer de Dios, pues así lo haciendo, él tendrá cuidado de te mantener y aun te defender.

Entonces pone el monje en Dios su pensamiento, cuando del todo se deja al parescer de su perlado, y entonces le pone en el mundo, cuando se rige por su querer propio, cae el demonio nuestro adversario por que no acertemos en lo que debemos, huelga que hagamos todo lo que queremos. En la *Vida de los Padres* dice un monje al abad Simeón: Dime, padre bendito, ¿osaré decir algunas cosas que no son conformes a la Religión que tomamos y a la profesión que tenemos? A esto le respondió el viejo: El monje perfecto y varón religioso no tiene licencia de examinar en el monesterio cuál es lo malo ni cuál es lo bueno, porque éste es el oficio del perlado y no del súbdito, y puede ser que peque él más en lo murmurar que pecó el monje en lo cometer. Si quieres, pues, hijo, conservarte en la Religión y si pretendes llegar a la cumbre de la perfección, atapa tus orejas, calla tu lengua, cierra tus ojos, recoge tus pensamientos, obedesce a tus perlados y no cures de entender en las vidas de tus hermanos, porque si haces lo que te mandan, no puedes errar, y si haces lo que quieres, en nada puedes acertar. Mucho es de ponderar que no dice el profeta: *Iacta opera tua*, sino *Iacta cogitatum tuum in Domino*: es a saber: que no nos manda dar Dios la hacienda, ni los ojos, ni los pies, ni las manos, sino solamente los pensamientos, para darnos a entender que no hace el Señor tanto caso de que tales nosotros somos sino de cuales querríamos si pudiésemos ser. Tampoco dice el Salmista: *Iacta cogitationes tuas*, sino *Iacta cogitatum tuum in Domino*, para darnos a entender que en el corazón del siervo del Señor no ha de haber más de un

[4] Ps. 54, 23.

pensamiento ni ha de reinar en él más de un deseo, y éste ha de ser de amar y servir a sólo Jesucristo, porque debajo de ley de amor no cabe haber más en el amor de un corazón para amar a otro corazón.

Dime, yo te ruego, las vacas que llevaban el arca del testamento santo, aunque iban atapados los ojos, ¿no atinaron por ventura a tierra de los hebreos? Podemos de esta figura coligir que si el siervo del Señor consiente que le carguen el arca de la Regla, y le unzan al carro de la Orden, y le atapen los ojos de sus deseos, y que sobre todo se deja guiar de sus perlados, por imposible tengo que el tal se pierda y que no acierte el camino que lleva. San Crisóstomo dice: ¿Qué otra cosa es mandar el santo Evangelio que ame a Cristo, que ame al prójimo, que ame al enemigo y que desame y aborrezca a mí mismo sino darnos a entender que no tiene el cristiano otro peor enemigo que es a su parescer propio? En el discurso de esta vida, de ninguna cosa ha de tener el hombre menos confianza que es del deseo de su mesma persona, porque no es de creer que mandara Dios aborrescerme si yo supiera bien amarme. Si yo me supiese bien amar, es cierto que no osaría jamás pecar: mas como soy el que a mí mesmo me amo, casi yo soy el que más continuo contra mí peco: *Iacta*, hermano mío; *Iacta cogitatum tuum in Domino*, que, para decir la verdad, toda la vida monástica consiste en que nadie pruebe lo que puede ni nadie haga lo que quiere, porque si Cristo no quiere dar licencia para yo mismo me amar, menos me la dará para por mi seso propio me regir. *Ego sum via, veritas et vita*, decía Cristo en el Evangelio [5]: yo soy el camino por do caminéis, yo soy la verdad con que habléis y yo soy la vida con que viváis, de manera que, si queréis amar, íos conmigo, y si queréis saber verdad, hablad conmigo, y si queréis vivir, vivid conmigo. Sobre estas palabras, dice Cipriano: El camino del mundo, sábelo el mundano: el camino del vicio, sábelo el vicioso; el camino del infierno, sábelo el demonio, mas el camino del cielo sábelo sólo Cristo, y por eso es mucha razón que hagamos lo que él nos manda y nos vamos por do él nos enseña.

Casiodoro, sobre los Salmos, dice: ¿Agora tenéis que saber, cristianos, que el camino del cielo es claro para andar, es alto para subir, es estrecho para pasar, es escabroso para acertar y aun es poco asenderado para le atinar?

Muy sano consejo nos será preguntar por este camino al que lo sabe y irnos en pos de aquel que lo anda, pues son muy pocos los que lo saben, y muy menos los que le

[5] Ioan. 14, 6.

aciertan, y muy poquitos los que allá aportan. Decir Cristo *Ego sum via, veritas et vita,* es decirnos que no podemos decir verdad si no es hablando con él, ni podemos vivir si no es en él, ni podemos caminar si no es con él, ni tenemos cosa buena si no es de él, ni aun valdríamos cosa alguna si no fuese por él. Pues si es verdad que no valemos nada si no es en Cristo, o con Cristo, o por Cristo, dime, yo te ruego: ¿qué vale la libertad que tenemos ni la habilidad de que nos presciamos? San Agustín, sobre San Juan, dice: Pues Cristo nuestro Dios es la vida con que hemos de vivir, y es la verdad que nos ha de valer, y es el camino por do hemos de ir, ruégale de rodillas que te adiestre y pídele con lágrimas que te encamine, porque si él no te lleva de la mano, sé, y cierto, que el mundo te hará caer, la carne te hará tropezar y el demonio será en te descalabrar.

CAPITULO IV

De los grandes engaños que hay en el mundo y de lo que la Escritura divina y humana siente de su perdición y daño. Y nótese bien este capítulo

Ego Dominus qui eduxi te de terra chaldeorum, dijo Dios al patriarca Abraham [1]; y es como si dijera: Yo soy el Dios y Señor que te saqué de la tierra de los caldeos, en la cual tierra érades idólatras todos. No vaca de alto misterio querer Dios traer a la memoria de Abraham el haberle sacado de Caldea y traídole a tierra de Judea, que era sacarle de la tierra de perdición y traerle a la tierra de promisión, porque el fundamento de todas las mercedes y beneficios es sacarnos Dios de entre los malos y traernos entre compañía de buenos.

La más eficacísima ocasión para pecar es morar hombre entre los hombres pecadores; y de aquí es que Dios nuestro Señor, aun a sus particulares amigos, no quiere hacer particulares beneficios mientras moran en compañía de malos. Al gran patriarca Abraham, hasta que salió de Caldea, no le mostró Dios ninguna revelación divina, ni quiso oír a la honrada cananea hasta que salió de su tierra propia, ni tampoco quiso consentir que Santo Tomé metiese la mano en su pecho hasta que se halló en compañía

[1] Gen. 15, 7.

de los de su santo Colegio. *Obsecro, ut facias mecum misericordiam, ut non sepelias me in Aegypto*, dijo Jacob a su hijo Joseph (Gén., c. 47)[2]; y es como si dijera: En pago de que te engendré, y te crié, y aun te lloré, no te ruego otra cosa ninguna sino que no me entierres en esta tierra. Egipto y Babilonia siempre son tomadas en mala parte en la sagrada Escritura, y de aquí es que como Jacob rogó a su hijo que le sacase los huesos de Egipto, hemos nosotros de rogar al Señor nos saque de los peligros del mundo, a do no podemos dejar de pecar, como en Egipto de idolatrar. Mucho es de ponderar que el patriarca Jacob no rehusó de en Egipto se sepultar, para darnos a entender que no está el daño en que vivamos en el mundo como huéspedes, sino en eligir en él sepulturas como naturales, porque el buen cristiano, tan de camino ha de vivir y tan de prestado ha de tomar las cosas del mundo, como el que llega a la venta ya de noche y se ha de partir antes que amanezca. Sepultado está en Egipto el que todavía tiene resabios del mundo, y allá tiene también los huesos el que de las vanidades mundanas no tiene sus deseos despegados; por manera que con más razón podríamos al tal llamarle egipciano que no cristiano. Y porque las salidas que hicieron Abraham de Caldea y Jacob de Egipto, el uno en vida y el otro en muerte, significan la salida que hemos de salir del mundo para seguir y imitar a Cristo, razón es de saber y examinar aquí quién es este mundo, de do hemos de salir, y qué males hay en él, por qué le hemos de dejar. Platón y Aristóteles, y Demócrito y Empédocles, sobre escribir el mundo y sus principios, tuvieron entre sí tanta porfía y contienda, que por sustentar cada uno su opinión y que valiese más su razón se hicieron tanta guerra con sus peñulas como César y Pompeyo con las lanzas. Pitágoras quiere probar que el universo es uno y el mundo es otro. Thales defiende que no hay más de un centro, y un norte, y un mundo; y Metodoro, por el contrario, afirma que hay dos nortes, dos centros y dos mundos; Aristóteles siente ser el mundo eterno; Platón dice que no es eterno, sino que tuvo principio; Sócrates dijo que después de treinta y siete mil años tornarían todas las cosas como de primero habían sido, es a saber, que él tornaría allí a leer, y Dionisio a ser tirano en Sicilia, y Julio César a enseñorear a Roma, y Aníbal a conquistar Italia, y Escipión a tomar a Cartago, y así de todas las otras cosas del mundo. En estas y otras semejantes vanidades y curiosidades ocuparon muchos tiempos y aun escribieron muchos libros, y al fin, las verdades que

[2] Gen. 47, 29.

hallaron fueron pocas y las bobedades que dijeron fueron muchas, porque la menor parte de lo que ignoraron fué muy mayor que todo lo que supieron.

El mundo de quien los filósofos hablaron y disputaron es la tierra, y el aire, y el fuego, y el agua, y tomando de esta manera al mundo, no hay razón que de él nos podamos quejar, pues sin él no podemos corporalmente vivir. Cuando Cristo reprehendía al mundo, no reprehendía al agua que se dejó de él acocear, ni al aire que le obedesció en la mar, ni a la tierra que en su muerte se puso a temblar, ni a la luz que cesó de alumbrar, ni a las piedras que se quisieron quebrantar, ni a los árboles que se dejaron secar, ni aun a los monumentos que se permitieron abrir. A muchos, muchas veces oímos decir: ¡oh triste mundo!, ¡oh mal mundo!, ¡oh engañoso mundo! Y ¡oh inefable mundo!, de manera que por una parte se dejan de él engañar y por otro no cesan de él se quejar. El mundo do nacimos y a do vivimos, muy diferente es del mundo de quien nos quejamos y contra quien peleamos, porque sin el uno no podemos vivir y con el otro no nos podemos apoderar. Viniendo al caso, no es otra cosa este mal mundo sino la vida que hacen los mundanos que están en pecados, a do la tierra es la avaricia, el fuego, la cobdicia; el agua, la inconstancia; el aire, la locura; las piedras, la soberbia; el sol, la prosperidad, y la luna, la mutabilidad: *Venit enim Princeps mundi huius, et in me non habet quicquam,* dijo Cristo por San Juan [3]; como si dijera: Cuando viniere el Príncipe de este mundo a hacer cuenta con los suyos no tendrá parte en mí ni en ninguno de los míos. ¡Oh palabras tristes!, ¡oh palabras lastimosas!, por las cuales paresce apartar de sí Cristo a este mundo malo y darles por señor al que es Señor del infierno, pues dice y afirma que ni ellos tendrán parte en él ni él tendrá parte en ellos.

San Agustín, sobre estas palabras, dice: A la hora que a los mundanos y a sus mundanas vidas llama Cristo mundo y vecinos del mundo, a la hora los llama siervos del pecado y les da por su señor al demonio. ¿Quién piensa que son los vecinos de este mundo sino la soberbia, la avaricia, la ira, la envidia, la blasfemia, la glotonía, y la vanidad y locura? ¿Y tú no sabes que en este mal mundo es a do los que son buenos y virtuosos traen so los pies a los vicios y a do solos los vicios son señores de los viciosos? San Anselmo dice: Si cotejamos los trabajos que pasamos con los elementos y los que padescemos con los vicios, hallaremos por verdad que no hay igual trabajo en

[3] Ioan. 14, 30.

ma y lo más deseado nunca llega; de manera que en cien años de vida no tenemos contento una hora. Con razón te llama el Apóstol malo y perverso, pues prendes y no sueltas, atas y no aflojas, lastimas y no consuelas, robas y no restituyes, alteras y no pacificas, deshonras y no halagas; y lo que es peor de todo, que nos matas sin nos oír y nos sepultas sin nos morir. Lo de suso es de Agustino.

Hugo, *De arra animae*, dice: Déjame y dejarte he, ¡oh mundo!, pues en ti, ni por ti, ni cabe ti no hay gozo sin sobresalto, no hay paz sin discordia, no hay amor sin sospecha, no hay reposo sin bullicio, no hay abundancia sin pobreza, no hay honra sin mácula, no hay hacienda sin contienda, ni aun hay estado sin queja, ni amistad sin malicia. San Jerónimo, sobre el Apóstol, dice: No inmérito llama el Apóstol al mundo mundo malo, pues en su casa prometen para no dar, sirven a no pagar, convidan para engañar, subliman para abatir, trabajan hasta morir, toman para no dar, prestan a no tornar; y lo que es peor de todo, que honran para infamar y castigan sin perdonar. Prósper, en sus *Sentencias*, dice: Las codicias del mundo son que en su casa y compañía abaten a los sublimados y subliman a los abatidos, pagan a los traidores y arrinconan a los leales, honran a los infames y infaman a los famosos, inquietan a los pacíficos y pacifican a los bulliciosos, sueltan a los maliciosos y condenan a los ignorantes, despiden a los sabios y dan salario a los necios, de lo cual todo se sigue hacer allí todos lo que quieren y muy pocos lo que deben. San Bernardo, en el libro *De consideratione*, dice: Una de las grandes maldades que hay en el mundo es que al temerario llaman esforzado, y al cobarde, recogido; al importuno, diligente; al perezoso, pacífico; al escaso, modesto; al pródigo, magnánimo; al hablador, elocuente; al necio, callado; al disoluto, enamorado; al honesto, tibio; al apocado, sufrido; al malicioso, simple, y al simple, necio. San Crisóstomo, en el libro *De mysterio crucis*, dice: El que en ti, ¡oh mundo!, acierta, aquél va más perdido; el que te halla es el peor librado, el que te bandea es más afrentado, el que te sirve es peor pagado, el que te contenta está más descontento, el que más contigo priva es el más desprivado y el que más en ti confía, aquél está más desconfiado.

San Gregorio, sobre el Ezequiel, dice: La rueda dentro de otra rueda que vió el profeta es un engaño dentro de otro engaño que tiene en sí el mundo, porque es en sí tan malo y con los que trata tan engañoso, que ni aprovechan dones que le den, servicios que le hagan, lisonjas que le digan, regalos que le prometan, caminos que

la sigan, fidelidad que le guarden ni aun amistad que le tengan. Como en las *Vidas de los Padres* dijese un monje a un viejo que se quería tornar al mundo a deprender algo de lo qué sabían los otros, respondió el viejo: Mira, hijo, que es tentación del demonio quererte tornar a estudiar al mundo, porque la doctrina que allí enseñan es hablar hasta mentir, perseguir hasta matar, amar hasta desesperar, comer hasta regoldar, beber hasta rebosar, tratar hasta robar, recuestar hasta engañar, porfiar hasta reñir y aun pecar hasta morir. Preguntado Chilo el filósofo si había en el mundo algún hombre contento, respondió: Ni lo he visto ni lo he oído vivir en este mundo nadie contento; porque, si es pobre, querría tener; si es rico, querría valer; si es abatido, querría subir; si es olvidado, querría medrar; si es flaco, querría arreciar; si está afrentado, querríase vengar; si es ambicioso, querríase estimar; si es vicioso, querríase holgar. Eurípides el filósofo, preguntado por el rey Demetrio que qué le parecía de la flaqueza humana y de la brevedad de la vida, respondió: Parésceme, ¡oh rey Demetrio!, que no hay cosa en esta vida segura, pues todas padecen eclipse cada día. A esto le respondió el rey: ¡Oh cuán bien habías dicho, Eurípides, si como dijiste que todas las cosas se mudan cada día, dijeras cada hora, pues no hay cosa en este mundo más cierta que ser todas las cosas inciertas!

Como Alcibíades el griego se jactase un día que eran tan grandes sus hazañas, que daban a los muertos que desear y a los vivos que contar, díjole Aristarco, filósofo: Cata, Alcibíades, que en las más profundas mares peligran las naos, en los muy altos montes hieren los rayos, en los más verdes ramos se enligan los pájaros, en los más celados anzuelos caen los peces y a los superbos árboles combaten más los vientos; quiero decir que a nadie la fortuna da de mano para derrocar sino aquel a quien primero dió el pie para subir.

CAPITULO V

De muchas maneras de yugos que se ponen en la Escritura sacra, y que sólo el yugo de Cristo es más ligero, y menos penoso, y más meritorio

Grave iugum positum est super filios Adae a die nativitatis, usque ad diem sepulturae, dice el Eclesiástico en el capítulo 40 [1]; y es como si dijese: Muy grave y muy enojoso es el yugo que traen sobre sí todos los hijos de Adán desde el día que de sus madres nascen hasta el día que en la sepultura los meten. No vaca aquí de misterio en que llevando, como suelen llevar, dos animales un yugo, dice aquí la Escritura que el yugo de que ella habla no es más de uno, y que siendo no más de uno, tiene que llevar en él todo el mundo; de lo cual se infiere que debe de ser este yugo muy penoso de cargar y muy peligroso de llevar. Razón es ahora de saber aquí quién es este yugo y a do se fabricó este yugo, y aun saber quiénes se cargan primero este yugo, pues es tan grave y tan pesado, que tiene que llevar en él todo el mundo y que ninguno es exento de no estar a él uncido. No osaremos decir que este yugo es el del matrimonio, pues no son todos casados; ni es el de la Religión, pues no son todos frailes; ni es el de navegar, pues muchos no navegan; ni es el de pelear, pues muchos no pelean; ni es el del labrador, pues muchos huelgan; de lo cual se infiere que debe ser este yugo muy más grave que todos, pues comprehende a todos. Conviénenos, pues, buscar un yugo debajo del cual aren los reyes con sus coronas, los príncipes con sus cetros, los capitanes con sus banderas, los religiosos con sus hábitos, los mareantes con sus remos, los labradores con sus arados y aun las mujeres con sus ruecas.

Declarándonos, pues, decimos que este yugo es el de la servidumbre que sobre nosotros tenemos y cómo unos a otros estamos subjetos: y que por preceptos de perlados y por mandamientos de reyes somos regidos, del cual yugo y trabajo ninguno hasta hoy fué exento desde que Adán cometió el pecado. Siempre fué y siempre será haber en el mundo quien mande y sea mandado, rija y sea

[1] Eccl. 40, 1.

regido, gobierne y sea gobernado; y lo que más de maravillar es que de este tributo y servicio a nadie vemos ser previlegiado, pues nadie en el mundo ha sido tan poderoso que so las coyundas de este yugo no haya arado y sudado. De ponderar es que no dice la Escritura simplemente *iugum*, sino *grave iugum;* y la causa de ello es porque en el principio del mundo fuimos nosotros criados libres de servicio, exentos de pechar y privilegiados de pagar, sino que por razón de haber el hombre pecado fué introducida la servidumbre en el mundo. *Grave iugum* es por cierto, pues si mi padre Adán no pecara, a nadie yo sirviera, a nadie me sujetara, ni aun necesidad de nadie tuviera; mas como mi primero padre Adán comió de lo vedado y traspasó lo que le fué mandado, a él echaron del paraíso y aun condenaron por esclavo. *Grave iugum* es el yugo de la servidumbre, pues debajo de él es gobernado el pacífico del bullicioso, el humilde del soberbio, el justo del tirano, el piadoso del cruel, el animoso del cobarde y el sabio del ignorante; la cual desventura nunca por nosotros viniera si pecado y pecadores no hubiera. A este propósito dice el glorioso y bienaventurado San Agustín: Por eso el pobre hombre es a tantas cosas sujeto, porque él se quiso sujetar al pecado, y por ello reconoce señorío a tantos señores, porque no quiso reconocerle a uno solo; y por eso guarda tantos mandamientos, porque no quiso guardar uno solo; de manera que por querer seguir su voluntad perdió su libertad. El glorioso bienaventurado San Bernardo también dice: ¡Oh cuán gran compasión es de ver al hombre!; es a saber: quién fué en el paraíso, quién pudiera ser en el cielo, quién es agora en el mundo y qué será después de muerto, porque en el paraíso fué inocente, y en el cielo fuera bienaventurado; en el mundo es agora esclavo, y en el sepulcro será de gusanos comido. Esclavo es el hombre de mil necesidades que le cercan, sujeto a mil infortunios que le siguen, siervo es de mil cuidados que le matan, captivo es de mil enemigos que le persiguen y vasallo es de mil gusanos que le esperan; de manera que es entre todas las criaturas, el más sujeto, y entre todos los animales, el menos libertado. *Grave iugum* es el que tiene el hombre sobre sí, que lo que puso Dios so sus pies, se le pone sobre la cabeza, y lo que se hizo para él, se levanta contra él; de manera que teme y no es temido, sirve y no es servido, habla y no es oído, trabaja y no es galardonado, y aun se queja y no es creído. *Grave iugum* es el de la servidumbre, pues por ella, si entro en el agua, me ahogo; si toco el fuego, me quema; si amenazo al perro, me muerde; si sigo al oso, me mata; si trabajo mucho,

CAPITULO V

De muchas maneras de yugos que se ponen en la Escritura sacra, y que sólo el yugo de Cristo es más ligero, y menos penoso, y más meritorio

Grave iugum positum est super filios Adae a die nativitatis, usque ad diem sepulturae, dice el Eclesiástico en el capítulo 40 [1]; y es como si dijese: Muy grave y muy enojoso es el yugo que traen sobre sí todos los hijos de Adán desde el día que de sus madres nascen hasta el día que en la sepultura los meten. No vaca aquí de misterio en que llevando, como suelen llevar, dos animales un yugo, dice aquí la Escritura que el yugo de que ella habla no es más de uno, y que siendo no más de uno, tiene que llevar en él todo el mundo; de lo cual se infiere que debe de ser este yugo muy penoso de cargar y muy peligroso de llevar. Razón es ahora de saber aquí quién es este yugo y a do se fabricó este yugo, y aun saber quiénes se cargan primero este yugo, pues es tan grave y tan pesado, que tiene que llevar en él todo el mundo y que ninguno es exento de no estar a él uncido. No osaremos decir que este yugo es el del matrimonio, pues no son todos casados; ni es el de la Religión, pues no son todos frailes; ni es el de navegar, pues muchos no navegan; ni es el de pelear, pues muchos no pelean; ni es el del labrador, pues muchos huelgan; de lo cual se infiere que debe ser este yugo muy más grave que todos, pues comprehende a todos. Conviénenos, pues, buscar un yugo debajo del cual aren los reyes con sus coronas, los príncipes con sus cetros, los capitanes con sus banderas, los religiosos con sus hábitos, los mareantes con sus remos, los labradores con sus arados y aun las mujeres con sus ruecas.

Declarándonos, pues, decimos que este yugo es el de la servidumbre que sobre nosotros tenemos y cómo unos a otros estamos subjetos: y que por preceptos de perlados y por mandamientos de reyes somos regidos, del cual yugo y trabajo ninguno hasta hoy fué exento desde que Adán cometió el pecado. Siempre fué y siempre será haber en el mundo quien mande y sea mandado, rija y sea

[1] Eccl. 40, 1.

regido, gobierne y sea gobernado; y lo que más de maravillar es que de este tributo y servicio a nadie vemos ser previlegiado, pues nadie en el mundo ha sido tan poderoso que so las coyundas de este yugo no haya arado y sudado. De ponderar es que no dice la Escritura simplemente *iugum,* sino *grave iugum;* y la causa de ello es porque en el principio del mundo fuimos nosotros criados libres de servicio, exentos de pechar y privilegiados de pagar, sino que por razón de haber el hombre pecado fué introducida la servidumbre en el mundo. *Grave iugum* es por cierto, pues si mi padre Adán no pecara, a nadie yo sirviera, a nadie me sujetara, ni aun necesidad de nadie tuviera; mas como mi primero padre Adán comió de lo vedado y traspasó lo que le fué mandado, a él echaron del paraíso y aun condenaron por esclavo. *Grave iugum* es el yugo de la servidumbre, pues debajo de él es gobernado el pacífico del bullicioso, el humilde del soberbio, el justo del tirano, el piadoso del cruel, el animoso del cobarde y el sabio del ignorante; la cual desventura nunca por nosotros viniera si pecado y pecadores no hubiera. A este propósito dice el glorioso y bienaventurado San Agustín: Por eso el pobre hombre es a tantas cosas sujeto, porque él se quiso sujetar al pecado, y por ello reconoce señorío a tantos señores, porque no quiso reconocerle a uno solo; y por eso guarda tantos mandamientos, porque no quiso guardar uno solo; de manera que por querer seguir su voluntad perdió su libertad. El glorioso bienaventurado San Bernardo también dice: ¡Oh cuán gran compasión es de ver al hombre!; es a saber: quién fué en el paraíso, quién pudiera ser en el cielo, quién es agora en el mundo y qué será después de muerto, porque en el paraíso fué inocente, y en el cielo fuera bienaventurado; en el mundo es agora esclavo, y en el sepulcro será de gusanos comido. Esclavo es el hombre de mil necesidades que le cercan, sujeto a mil infortunios que le siguen, siervo es de mil cuidados que le matan, cautivo es de mil enemigos que le persiguen y vasallo es de mil gusanos que le esperan; de manera que es entre todas las criaturas, el más sujeto, y entre todos los animales, el menos libertado. *Grave iugum* es el que tiene el hombre sobre sí, que lo que puso Dios so sus pies, se le pone sobre la cabeza, y lo que se hizo para él, se levanta contra él; de manera que teme y no es temido, sirve y no es servido, habla y no es oído, trabaja y no es galardonado, y aun se queja y no es creído. *Grave iugum* es el de la servidumbre, pues por ella, si entro en el agua, me ahogo; si toco el fuego, me quema; si amenazo al perro, me muerde; si sigo al oso, me mata; si trabajo mucho,

me canso, y si huelgo demasiado, me entorpezco; de manera que como a hombre de capa caída no hay cosa que no se me atreva.

Dime, yo te ruego: ¿qué cosa hay en el mundo que tenga temor al hombre y qué hay en el mundo de que no se tema el hombre? El hombre teme a la mosca que le importuna, teme al mosquito que le pica, teme la chinche que le roncha, teme a la pulga que le muerde y teme al arador que le escuece; y quien de tan pequeñas cosas es ofendido, ¿no estará por ventura de las grandes sospechoso? En esto, pues, se conocerán los que Dios tiene por suyos, y que, llamados de su gracia, vinieron a los monesterios: en que de tal manera los trae del brazo y los tiene de su mano, que, si los deja caer en alguna flaqueza, es porque le conozcan, mas no los consiente caer en alguna enorme culpa para que le ofendan.

Onus Babilonis, onus Moab, onus in Arabia, onus Egipti, onus Damasci, onus deserti maris, onus Tiri, decía el profeta Jeremías en sus visiones; y es como si dijera: Vi a Babilonia con yugo cargada, vi a Moab cargada, a Egipto cargada, a Arabia cargada, a Damasco cargada y a Tiro cargada. Finalmente, digo que vi a todos los reinos del mundo cargados y debajo de un yugo cruel uncidos. El santo profeta David también se queja diciendo: *Sicut onus gravae gravatum est super me;* y es como si dijera: Aunque soy rey por Dios elegido, y por el pueblo recibido, y por las leyes exento, y por mi tribu de Judá libertado, han echado sobre mis cuestas un tributo y sobre mis entrañas un pecho que ni puedo llevarle ni aun de mí echarle. El yugo de que arriba Salomón hablaba no es el de que aquí Isaías y David hablan, porque éste es el de la servidumbre que en la vieja ley tenían y de los rigurosos preceptos que en ella guardaban, los cuales, si son ahora penosos de contar, ¿cuánto más lo debían ser entonces de guardar? Antes que Cristo viniese al mundo, toda la ley vieja era penosa, y era enojosa, y traía los suyos cargados y aun penados, porque era muy rigurosa con los que la quebrantaban y no agradescida con los que la guardaban. En pago de los preceptos morales que guardaban, y de los legales que cumplían, y de los ceremoniales que reverenciaban, y de los sacrificios que ofrescían solamente les daba Dios victoria de sus enemigos para sus repúblicas, salud a las personas y hacienda para sus casas. Yugo era muy áspero de la vieja ley, pues el que quebrantaba lo que estaba ordenado se iba luego al infierno, y para el que lo guardaba no había paraíso. La vaca bermeja que mandaba Dios ofrescer en el décimo-

nono de los Números [2], y la becerra propiciatoria que sacrificaban en el vigésimoprimo del Deuteronomio [3], y las dos vacas paridas que llevaban el arca (I Reg., c. 6) [4], ¿qué otra cosa era mandar Dios que no trujesen yugo ni tuviesen arado, si las había de ofrescer en su templo, sino que ninguno de los que trujesen el yugo de Moisén podía ir al cielo, sino solamente al limbo? No vaca de alto misterio prohibir Dios en la ley vieja que no le ofreciesen animales que hubiesen traído yugo y hubiesen arado, para darnos a entender que otro era el yugo que habíamos de traer y otra era la ley que habíamos de guardar, mediante el cual yugo nos habemos de salvar y de todos los otros yugos librar.

* * *

Expónese por muy alto estilo esta autoridad; léase con atención

Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos; iugum enim meum suave est, et onus meum leve, decía Cristo un día predicando (Matth. 11) [5]; y es como si dijera: Venid a mí todos los que trabajáis, que yo os pagaré; venid a mí todos los que estáis cargados, que yo os descargaré; venid a mí todos los necesitados, que yo os remediaré; venid a mí todos los sin dueño, que yo os rescebiré; y el yugo que en mi casa os echare, sabed que es muy ligero, y la carga que os cargare es muy flaca. ¡Oh convite nunca visto!, ¡oh palabra nunca oída!, ¡oh promesa nunca hecha!, ¡oh pregón nunca oído, cual es el que hoy da Cristo por todo el mundo! Porque son tan dulces las palabras que nos dice y son tan altos los prometimientos que nos hace, que, si otro los dijese, no era de creer y, aun por más que lo jurase, no lo podrían cumplir. *Venite ad me,* dice el mundo, y cargaros he de locuras; *Venite ad me,* dice la carne, y cargaros he de inmundicias; *Venite ad me,* dice el demonio, y cargaros he de malicias; *Venite ad me,* dice Cristo, y descagaros he de todas estas cargas, porque si tú, ¡oh buen Jesús!, no te encargases de nos descargar, cargas son éstas para con ellas caer y aun muy bastantes para nos condenar.

El primero que en el mundo pregonó descanso, el primero que se obligó a desagraviar el agravio y el primero

[2] Num. 19, 2.
[3] Deut. 21, 3.
[4] I Reg. 6, 7.
[5] Matth. 11, 28-30.

que juró de no se apartar del atribulado fué el Hijo de Dios bendito; y lo que más de todo es: que todo lo que descarga de mí, carga el buen Jesús sobre sí; *Venite ad me* todos los que estáis no ociosos, sino trabajados; no vagabundos, sino ocupados; no descargados, sino cargados; no libres, sino sujetos, porque yo no me encargo de los que procuran la libertad, sino de los que se prescian de la virtud; *Venite post me,* dijo nuestro Señor Jesucristo a los apóstoles; *Ite vos in vineam meam* [6], dijo Dios a los jornaleros; *Discedite a me* [7], dirá a los dañados; *Venite ad me,* dice a los sus escogidos [8]; de manera que tenemos licencia de entrar por sus puertas sin llamar, de aparecer en su presencia sin temer y de pedirle mercedes sin dudar, y aun de llamarnos suyos sin mentir. Mucho y muy mucho es de ponderar que en la probática piscina no alimpió a más de uno; en casa de Simón leproso, no perdonó más de a una; de todas las adúlteras, no defendió a más de una; de todos los ladrones, no reconcilió a más de a uno; de todos los ricos, no aprobó a más de a uno; mas en esta palabra, *Venite ad me omnes,* a todos llama, a todos convida y a ninguno desecha. El bienaventurado San Bernardo, a este propósito, dice: *Venite ad me omnes,* oigo que pregonas por tu boca, ¡oh buen Jesús!, y pues llamas a los que están cargados, y la carga es de pecados, yo, Señor, estoy más cargado que todos, y cuando estoy más cargado, he menester más tu socorro, porque no hay en el mundo carga tan pesada como es la carga de la mala conciencia.

También es de notar que no llama Cristo a los que trabajaron o han de trabajar, sino a los que de hecho trabajan, pues dice [9]: *Venite ad me omnes qui laboratis,* en lo cual se nos da a entender que en las cosas que tocan al Señor no abasta haberle servido en el tiempo pasado y desearle servir en el tiempo advenidero, sino que también le hemos de servir en el tiempo presente, pues él no dilata el llamarnos ni prolonga el remediarnos. No vaca de alto misterio el no decir Cristo todo yugo es suave, sino que solamente dice que su yugo era suave, porque si así no se limitara, ni supiéramos de qué yugo hablaba ni aun so qué ley nos sojuzgaba. *Iugum meum suave est, et onus meum leve,* dice Cristo [10]; y así es la verdad por cierto, porque en decir que su yugo es suave nos da a entender que todos los otros yugos son amargos; y en decir que

6 Matth. 20, 4. 7.
7 Matth. 25, 41.
8 Matth. 25, 34.
9 Matth. 11, 28.
10 Matth. 11, 30.

su carga era ligera, nos da a entender que las otras son pesadas, y la causa de esto es porque nos alivia cuando nos carga y nos liberta cuando nos unce. *Iugum meum suave est*, dice que es suave y no dice que sus yugos son suaves; de manera que loa uno y no admite muchos; porque en la casa de Dios, ni quiere que con muchos yugos aren ni aun consiente que peligrosas cargas tomen. El demonio es el que nos persuade a muchos vicios, el mundo es el que nos engolfa en grandes negocios y la carne es la que nos pide muchos regalos, que Cristo nuestro redentor a sólo el yugo de amor nos obliga y de la carga de aborrescer nos descarga. El yugo del mundo no es suave, sino penoso, pues manda a los injuriados que se venguen, a los enemistados que desamen, a los afrentados que maten y a los ofendidos que no perdonen, y lo peor de todo es que así como entre los buenos es gran clemencia el perdonar, así entre los malos es muy grande afrenta el no se vengar. *Iugum meum suave est*, dice Cristo, pues que él no nos manda a nadie matar, ni aborrescer, ni perseguir, ni descalabrar, ni afrentar, sino que solamente nos manda al prójimo amar y a él sólo servir, el cual oficio es para el ánima muy provechoso y es para el cuerpo poco penoso.

Iugum meum suave est, pues es yugo de amor y no de temor; y la propriedad del amor es que lo áspero torna llano, lo cruel manso, lo acedo dulce, lo insípido sabroso, lo enojoso apacible, lo malicioso sincero, lo torpe avisado y aun lo pesado ligero. *Iugum meum suave est* para el que de corazón me ama, pues el que ama no sabe murmurar de lo que le enojan, ni negar lo que le piden, ni resistir a lo que le toman, ni responder a lo que le riñen, ni vengarse aunque le afrenten, ni aun se ir si le despiden. ¿Dime, yo te ruego: ¿qué no sabe el que amar bien sabe? ¿Qué deja de hacer el que no deja de amar? ¿De qué se queja el que siempre ama? Si el que ama tiene alguna queja, no se ha de quejar de lo que ama, sino de sólo sí mismo, que en el amor hizo algún yerro, el cual yerro le pudo venir ora de ser descuidado, ora de ser importuno. *Iugum meum suave est;* si como te alabas de ser cristiano te presciases de ser mi enamorado, ni vivirías penado ni aun andarías pensativo, porque propriedad es del corazón enamorado no huir de los peligros ni desmayar en los trabajos. No vaca de misterio que todo yugo, cuando es nuevo, es de suyo muy pesado; mas cuando es ya algo traído, es más blando de sufrir y es más ligero de traer; y la causa de esto es porque el animal que lo trae está al yugo más hecho y el madero está más seco. ¡Oh suma bondad de ti, Dios mío!, pues no quisiste en nas-

ciendo cargar sobre nosotros el yugo de tu ley, sino tú mismo sobre ti mismo le cargaste y treinta años primero sobre ti le trujiste; de manera que sobre tus hombros le enjugaste, y le aliviaste, y aun le desbriznaste. ¿Qué yugo nos echó el Hijo de Dios a cuestas que primero él no le trujese sobre sus hombros?

Iugum meum suave est, dice Cristo; porque si nos manda ayunar, él ayunó; si orar, él oró; si perdonar, él perdonó; si morir, él murió, y si amar, él amó; de manera que si nos manda tomar alguna medicina, primero hizo en sí la experiencia. Mucho es de ponderar que no comparó Cristo su bendita ley al madero, ni a la piedra, ni a las plantas, ni al hierro, sino solamente al yugo; y la causa de esto es porque a todas estas cosas las puede llevar uno, mas al que llamamos yugo no le pueden llevar sino dos. A este propósito, dijo Cristo: *Iugum meum suave est*, porque al punto y hora que el siervo del Señor abaja la cabeza debajo del yugo para llevarle, luego se pone Cristo de la otra parte para ayudarle. ¿Quién hasta hoy comenzó a hacer alguna buena obra que no se hallase Cristo en ella?

Iugum meum suave est, pues nadie me llama que no le responda, nadie me habla que no le escuche, nadie se me encomienda que no le socorra, nadie me sirve que no le pague, ni aun nadie trabaja a quien yo no ayude. *Iugum meum suave est*, pues la ley que yo doy a mis escogidos y el yugo que yo echo a mis regalados, más perdona que castiga, más disimula que acusa, más espanta que cansa y más alivia que carga; porque si yo le mando cargar, yo le ayudo a llevar. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi alma!, con adalid tan cierto, ¿quién temerá perder el camino? Siendo tú el piloto del navío, ¿quién temerá pasar el golfo? Llevando tú la bandera, ¿quién dudará de la victoria? ¿Cómo es posible que tu yugo sea trabajoso yendo tú conmigo atado y no contigo uncido? ¡Oh ley suave, oh yugo bienaventurado, oh trabajo bien empleado, oh sudor bien agradescido el que por ti pasamos, oh buen Cristo, pues no sólo te prescias de hallarte en mis trabajos, mas aun nos aseguras de no dejarnos solos! Quien en el huerto de Getsemaní salió a rescebir a los que iban a prenderle, ¿no crees tú que saldrá a abrazar a los que van a servirle? El yugo de los malos es pesado que el yugo de los buenos no es sino ligero, porque allá en el mundo aun no pagan los servicios que con muchos sudores hacemos; mas en la casa de Dios no sólo pagan las buenas obras que hacemos, mas aun los pensamientos santos que tenemos. No puede decir *iugum meum suave est* Moisén, que dió la ley a los hebreos; ni Solón, que la

dió a los griegos; ni Joroneo, que la dió a los egipcios; ni Numa Pompilio, que la dió a los romanos, porque muchas cosas pusieron ellos en sus leyes escandalosas de hacer y indignas de escrebir. ¿Qué podía valer el yugo de Moisén, so el cual se permitía dar usura al extraño y dar libelo de repudio? ¿Qué valía el yugo de Joroneo, pues permitía a los egipcios haber entre ellos latrocinios? ¿Qué valía el yugo de Ligurguio, so el cual se permitía el homicidio? ¿Qué valía el yugo de Solón solonino, so el cual se distimulaba el adulterio? ¿Qué valía el yugo de Numa Pompilio, so el cual les era lícito tomar cuanto pudiesen conquistar? Yugos eran éstos por cierto muy graves y leyes eran éstas muy perniciosas, pues en ellas se disimulaban vicios y so su sombra se permitían hombres viciosos. La sagrada ley de Cristo es tan recta en lo que admite y tan limpia en lo que permite, que ningún vicio sufre ni con ningún vicioso se compadesce, *quia lex Domini inmaculata* [11]. Los hebreos y paganos que a nuestra ley infaman y de ser áspera la acusan, ni tienen ocasión ni menos razón, porque el defecto que ella tiene no es por falta de no ser buena, sino por falta de no ser bien guardada. A los que quieren ser virtuosos, nunca los preceptos de Cristo se les hacen ásperos, porque el yugo de Cristo no es para los que se rigen por su opinión, sino para los que viven conforme a razón.

CAPITULO VI

De cómo deben ser muy examinados los que del mundo vienen a tomar el hábito en los monesterios y de cómo los apartamientos que hizo Noé en su arca fueron figura de las Religiones en la Iglesia

Fac tibi arcam de lignis, et mansiunculas facies in ea: et bitumine linies eam intrinsecus et extrinsecus (Genesis 6) [1], dijo Dios a Noé estas palabras; y es como si le dijera: Sabe, si no lo sabes, ¡oh amigo mío Noé!, que estoy tan harto de los males que los malos hacen y estoy tan enojado de ver que jamás ninguno de ellos se enmienda, que quiero enviar sobre todo el mundo un general diluvio, del cual no escape ningún malo, en el cual

[11] Ps. 18, 8.

[1] Gen. 6, 14.

no peligre ningún bueno. Y porque es estilo de mi casa, que de nadie se haga justicia sin que vaya mezclada con ella alguna misericordia, ante todas cosas quiero que hagas una muy grandísima arca a manera de carraca, en la cual se salven tú y los otros buenos que en mí habéis creído y escapen algunos animales de los que yo he criado. Has de hacer esta arca no sólo como yo te mandare, mas aun de lo que yo ordenare, y será de unas maderas muy finas que no se puedan podrescer y de unas tablas tan ligeras que se pueda sobre ellas navegar, y tardarás en labrarla ciento y veinte años enteros, para ver entre tanto si hay en los malos alguna enmienda, mediante la cual haya yo de ellos misericordia. También te aviso, amigo mío Noé, que en la arca que labrares hagas unas moradas algo anchas y otras mansiúnculas a manera de celdas muy estrechas, las cuales todas aforrarás y abetunarás por de dentro y por de fuera con un betún que sea recio y muy bien confeccionado; de manera que tú ni los otros mis escogidos no sólo no os podáis anegar, mas aun ni mojar.

Veniendo, pues, al propósito, amados hermanos, en esta figura se nos da a entender en cuánto peligro viven los que andan por el mundo y cuánta merced Dios hace a los que de él saca y trae a servirse de ellos en el monesterio, en el cual, como a otro patriarca Noé, nos quiere salvar como los buenos y no nos quiere ahogar en el mundo con los malos. ¿Qué otra cosa es el arca en que se salvó el santo Noé y su familia sino la Religión santa y bendita a do cada uno viene a salvar su ánima? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé que el arca se haga de tablas ligeras para navegar y de maderas recias que no se puedan podrescer sino que los novicios de que se ha de componer la Religión, ante todas cosas, han de ser unos muy macizos cristianos y de servir a Dios muy deseosos? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé que las moradas y celdas del arca fuesen bajas y angostas sino que se ha de tener por dicho al que viene a ser religioso y a morar en el monesterio que no ha de pedir allí muchas delicadezas, ni se le han de permitir muchas libertades? ¿Qué otra cosa es mandar el Señor que la arca de Noé fuese de dentro y de fuera muy bien betunada sino que el buen religioso ha de arder de dentro de caridad y relucir de fuera con humildad? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé que en su arca no hubiese más de sola una puerta, y que aquélla fuese baja y muy pequeña, sino que en toda la congregación y monesterio no ha de haber más de un querer solo, y éste ha de ser el querer de nuestro perlado? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé que el que

no se hallase en el arca se ahogaría y el que de allí saliese se perdería sino que el religioso que por su apetito se sale del monesterio y se anda vagamundo permite Dios que el tal caiga en los peligros del mundo y que no se pueda valer con las tentaciones del demonio? Si fué grande el beneficio que Dios hizo a Noé en no quererle ahogar con los malos, ¿por ventura no es tan grande y aun mayor el que hace Dios al religioso que saca del mundo a salvarse con los buenos? En remuneración de aquel notable beneficio del diluvio edificó Noé a Dios un altar de piedras, adonde le ofrescía de todos los animales, para darnos a entender que pues el Señor nos escapó del diluvio del mundo, le ofrezcamos en el arca de la Religión no sólo el corazón, con que le amemos, mas aun los miembros, con que le sirvamos.

Débese mucho aquí notar en que no de cualesquier maderas mandó Dios hacer el arca de Noé, sino de solas las que él señaló, en lo cual se nos da a entender que no de cualesquier persona se han de henchir las Religiones ni poblar los monesterios, sino que han de ser personas sin carcoma y hombres sin malicia, de los cuales se presuma que los escoge el Señor para más de ellos se servir, y no el demonio, para más de ellos se aprovechar. Entonces se hace el arca de la Religión de maderas sanas y no podridas, cuando los que vienen a ella son en la fe católicos; en el corazón, limpios; en los miembros, recios, y en el seso, sano; de manera que la recepción de los tales al mundo edifique y a la Religión aproveche. Tan hijo de Adán fué Caín como Abel, y también estuvo en la cruz el mal ladrón como el bueno, y también estuvo en el apostolado Judas como el apóstol San Pedro, mas vemos y sabemos que los unos fueron santos y los otros fueron demonios; de lo cual podemos inferir que no todos los que piden el hábito son dignos de le rescebir, ni todos los que quieren ser religiosos son para en la Religión entrar. Nadie edifica casa si no es de buena madera, ni hace cuchillo si no es de buen acero, ni pone árbol si no es de buen viduño, ni planta huerto si no es de buenos árboles, ni aun fía su nao si no es de buenos pilotos, porque de otra manera, ni sabrían navegar ni en la tormenta se valer. El que quiere levantar algún edificio generoso y superbo, lo primero que hace es sacar los cimientos muy hondos y henchirlos de piedras muy recias, porque a no lo hacer así podría ser que al mejor tiempo de su labor se le cayese en el suelo la casa y aun perdiese él allí con ella la vida.

Todo esto decimos, hermanos muy amados, para avisar a los abades y advertir a los priores y perlados de los

monesterios a que tengan muy grande advertencia en la recepción de los novicios antes que los incorporen con los otros religiosos, pues todo el bien de la Religión consiste en que se reciban varones espirituales que la sustenten y no mancebos disolutos que la derramen. Un huevo huero estraga una tortilla, un poco de mala levadura corrompe toda una masa, una uva podrida pudre todo un racimo, una cabra sarnosa inficiona un rebaño, y un novicio malo abasta para estragar todo un monesterio. Después que el malvado Judas apostató del apostolado, no osaron los apóstoles dar el hábito apostólico ni meter en su Colegio a ningún otro novicio hasta que el glorioso San Matías fué de ellos escoigdo y de Dios confirmado.

En el capítulo 6 de los Actos de los Apóstoles [2] se lee que para rescebir los apóstoles a su monesterio y Colegio a unos siete novicios, que fueron los siete diáconos, no sólo tomaron los votos de todos los otros discípulos, mas aun se pusieron en oración los unos y los otros para que el Señor les revelase si sería de admitirlos servido y si sería por ellos su apostolado más honrado. En el capítulo 7 del libro de los Jueces [3] se lee que de treinta mil hombres que vinieron a Gedeón para ir con él a la guerra de los gabaonitas, solos trescientos de ellos fueron por Dios escogidos y de Gedeón admitidos, y éstos fueron no los que bebieron el agua de rodillas en el suelo, sino los que la gustaron en pie con la mano. Sobre seiscientas mil ánimas sacó Dios de Egipto y las puso en salvo de la otra parte del mar Bermejo; mas de todas ellas, a solos Josué y Caleph dió licencia el Señor que el río Jordán pasasen y la tierra de promisión poseyesen. De estos tan notables ejemplos podemos coligir que no todos los que vienen a ser monjes deben ser luego todos admitidos y a la hora rescebidos. porque la alteza de la perfección y la aspereza de la Religión muchos son los que se ofrescen a guardarla y muy pocos los que después vemos ser perfectos en ella. Si en el mundo y para cosas del mundo nadie quiere comprar caballo sin que primero le corra, ni vino sin que lo pruebe, ni paño sin que lo tiente, ni joyas sin que las vea, ni arómatas sin que las huela, ¿por qué el perlado osa rescebir algún novicio sin que primero tenga de él entero conoscimiento? No quiere el perlado admitir a su celda ni tomar en su servicio sino al monje que él conoce ser religioso y laborioso; y por otra parte, ¿osa rescebir para el servicio del Señor a los que él no ha probado para lo que son ni aun está informado de dónde son? El perlado que inconsi-

[2] Act. 6, 3 ss.
[3] Iud. 7, 3 ss.

deradamente recibe luego a los que vienen del siglo, engaña a sí mismo, pues yerra en su oficio y afrenta al novicio, pues no es para el monesterio y escandaliza a sus monjes, pues les da mala compañía y aun ofende a su Religión, pues la planta de tan mala fruta. Miento si no vi en un lugar a unos pacíficos vecinos pagar una casa que se alquilaba de vacío no por más de porque no entrase a morar entre ellos un vecino malo, diciendo que querían más sentir la pérdida de la hacienda que admitir en su vecindad a quien los pusiese en discordia.

El glorioso San Basilio dice en su *Regla* estas palabras: No queremos que sin parescer de todo nuestro claustro sea osado el abad de rescebir algún novicio; y si después de examinado y aprobado acordaren de rescebirle en el monesterio, ponerse han todos en oración delante del Señor, para que el tal novicio persevere en lo que toma y guarde lo que promete. Muy gran razón tenía el buen Basilio de encomendar la recepción de los novicios a sus perlados tanto, pues el mayor mal que el perlado puede hacer a su monesterio es dar a sus monjes mala compañía y traer a la Religión hombre que la pierda.

* * *

Capítulo que para servir al Señor en los monesterios no se han de tornar los que en el mundo son más desechados *

Debe pensar el perlado avisado y cuerdo que no todos los que vienen a tomar el hábito vienen guiados del Espíritu Santo, pues vemos que vienen algunos porque les hicieron en el mundo alguna afrenta, otros porque les falta allá la moneda, otros porque cometieron alguna travesura, otros porque eran mansos de sus miembros, y aun otros porque eran para el mundo tontos y bobos. A éstos y a otros semejantes no podemos decir que los trae la caridad, sino que vienen constreñidos de nescesidad, pues no ellos al mundo, sino el mundo a ellos desechó. El perlado que está en el lugar del Señor no ha de permitir que la Religión sea muladar del mundo, habiendo de ser el mundo muladar de la Religión, lo cual él hace cuando rescibe en

* El P. Guevara, como hemos visto en el capítulo anterior, interpola digresiones al final de algunos capítulos. Como la digresión de este capítulo 6 comienza con la palabra *capítulo*, dió motivo a los editores de Madrid, 1667, a que lo tomasen por verdadero *capítulo*, siguiendo, por tanto, desde aquí una numeración alterada. El 7 es continuación del 6, el 8 es realmente el 7, así de los demás, hasta el cap. 9, en que de nuevo coinciden.

el monesterio a los que no eran para el mundo, habiendo él de remitir al mundo los que no son para el monesterio.

Los que en la vieja ley habían de recibir para servicio del templo no los admitían ni rescebían si eran tuertos, o gibosos, o cojos, o lagañosos; de lo cual podemos coligir que los novicios que vienen del mundo a la Religión deben ser muy examinados y mirados, así de las fuerzas que tienen como del fervor que traen, pues el servicio del Señor no se ha de dar al que le quiere probar, sino al que piensa que ha de perseverar. Muchos padres por sus hijos y muchas madres para sus hijas importunan a los perlados que se los resciban en los monesterios, ora porque no los pueden casar, ora porque no los pueden mantener; de manera que las Religiones que para salvar las ánimas plantó la Iglesia han tomado ya los del mundo por granjería. El perlado que esto sintiese y lugar a ello diese no sería padre, sino padrastro; no reformador, sino disipador, pues osa meter en la casa de la Religión no a los que el Señor escoge, sino a los que el mundo le presenta.

Con gran sagacidad debe el perlado inquirir y examinar la habilidad que tienen los que vienen del mundo a tomar el hábito religioso, en especial si traen algún espíritu para orar y si tienen algunas fuerzas para trabajar, porque después que entran en la Religión, si no son devotos, paran en disolutos, y si son flacos para los trabajos, son después a la Orden muy penosos. Ora movidos de piedad, ora constreñidos de importunidad, muchas veces los perlados resciben a la Religión algunos novicios, los cuales ni tienen ciencia para predicar, ni devoción para orar, ni fuerzas para trabajar, ni aun seso para se gobernar, de la cual recepción se les siguen después a ellos muchos enojos y en los monesterios se engendran grandes escándalos. El curioso sastre primero señala con el jabón el paño y aun mide a palmos la ropa que ose cortar, ni meter en ella la tijera, del cual ejemplo pueden los perlados coligir que a los que vienen del mundo a tomar el hábito en el monesterio los examinen y tienten si vienen de Dios llamados o si vienen del mundo desechados; porque en tal caso no sería justo tomasen en los monesterios los salvados y se quedase para el mundo la harina. El abad Casiano dice que los monjes del yermo de Escithia no daban luego el hábito al que venía del siglo, sino que le tenían muchos días a la puerta del monesterio, a do los monjes le decían palabras injuriosas y le hacían tratamientos rigurosos, no más de para ver si podrían sentir de él, si traía espíritu de perseverar y si tenía fuerzas para trabajar. En las *Colaciones de los Padres* decía el abad Panucio hablando en la recepción de los novicios: Guárdense mucho los abades de rescebir luego a los que vienen a los

monesterios sin que primero les digan cosas ásperas y los ocupen en ejercicios penosos, mediante los cuales conozcan de ellos si serán adelante tales sus obras cuales entonces lo son sus palabras. En el *Libro de la vida solitaria* se lee que era costumbre entre los monjes palestinos tener al que venía del mundo un año a la puerta del monesterio y tenerle después tres años en el hábito de novicio, para que en estos cuatro años tuviese espacio el novicio de probar si podía aquella vida llevar y viesen también los monjes si les convenía en su compañía le rescebir. De dos maneras de gentes debe el perlado poblar su monesterio; es a saber: de hombres doctos y avisados y de hombres simples y recios, de los cuales tomarán los que son doctos para regir la Orden y encomendarán a los simples los trabajos de ella. Cuando decimos que en la Religión reciban hombres idiotas y simples, hase de entender que su simplicidad sea mansa, y discreta, y columbina; de manera que sepan lo que prometen y cumplan lo que les mandan; y guárdense mucho los perlados de no admitir a la Orden al que, so color de simplicidad y sinceridad, suple con malicia lo que le falta de discreción. De culpar es el perlado que rescibe en la Orden al que notablemente es bobo y tonto, el cual por ventura llevaron sus parientes al monesterio no a fin que pudiese allí mejor al Señor servir, sino por de él ahorrar y de sí le descargar.

Muy mucho viven engañados los que pueblan los monesterios de frailes tontos y bobos, pues han de saber, si no lo saben, que son tan recias de sufrir las asperezas del monesterio y son allí tan espesas las tentaciones del demonio, que a poder de devoción se han de tolerar y a pura discreción se han de llevar. El monje que no es devoto o no es discreto no puede mucho en el monesterio perseverar, y si perseverare, será para la Orden revólver, porque no hay para las Religiones cosa más perniciosa que cuando el nescio se afora de malicia. También son de culpar los religiosos súbditos que con inmensa importunidad importunan a sus perlados por la recepción de algunos novicios sus deudos y sobrinos, los cuales quieren ellos a la Religión traer no con celo de los salvar, sino por de ellos mejor se servir y de su mano allí los tener. *Vae qui aedificatis in sanguine,* decía Dios por el profeta [4]; y es como si dijera: ¡Ay de vosotros los pastores que gobernáis mis ovejas y greyes, los cuales queréis plantar la viña de mi Iglesia no de los que son por mí escogidos, sino de los que son vuestros parientes y deudos! Muy grande yerro hace y en mucho trabajo se mete el perlado que osa dar el hábito de la

[4] Hab. 2, 12.

Religión al que es hijo de su amigo o que es sobrino de algún monje que está en el monesterio, porque después al tiempo de su profesión, si por ventura el novicio ha salido avieso y travieso, no deja de admitirle a la Orden, posponiendo antes su conciencia que no su vergüenza. No es por cierto de las pequeñas tentaciones del demonio procurar el religioso de tener algún pariente o sobrino en el monesterio consigo, porque por defender sus liviandades o por procurarle algunas libertades dará que decir a todo el monesterio y aun se tomará muchas veces con su perlado.

CAPITULO VII

De las condiciones que han de tener los que en la Religion a otros han de doctrinar

Fecit Ioas rectum coram Domino, cunctis diebus quibus docuit eum Ioiada Sacerdos, qui regnavit quadraginta annis in Hierusalem. En el cuarto libro de los Reyes [1] estaban escritas estas palabras, las cuales quieren decir: El rey Joás, hijo que fué de la reina Seboa, reinó en Jerusalén por espacio de cuarenta años, de los cuales todos solamente fué rey bueno todo el tiempo que fué el profeta Jójada, su maestro y ayo. Quinto Curcio dice que cuando la reina Olimpias parió al magno Alejandro, luego a la hora escribió su padre el rey Felipo al filósofo Aristóteles una carta que decía así: Felipo, rey de la gran Grecia y señor de toda el Asia, a ti, el filósofo Aristóteles, maestro de la filosofía, salud y consolación en los dioses consoladores. Olimpias, mi mujer y tu señora, escapó del parto buena y parió el príncipe que Asia deseaba, y si doy a los inmortales dioses gracias, es no tanto porque me dieron hijo cuanto por habérmele dado en tiempo de ti, ¡oh gran filósofo!, porque tengo para mí creído que más gloria se le seguirá a él de tener a ti por ayo que no de llamarse mi hijo. En los Actos de los Apóstoles [2] se jacta el apóstol San Pablo de ser de linaje de hebreos, de haber nacido en Tarso de Silicia, de haberse criado en Jerusalén y de haber tenido por maestro al gran rabí Gamaliel, varón que en su ley era muy docto y en sus costumbres muy corregido. En el prólogo de la Biblia loa el glorioso San Jerónimo al filó-

[1] IV Reg. 12, 2.
[2] Act. 22, 3.

sofo Pitágoras de haberse ido al Estudio y Academia de la antiquísima ciudad de Menfis, y allí ser discípulo y tener por preceptores y maestros a los menfíticos vates, a do el buen Pitágoras aprendía el arte de orar y la manera de filosofar. En el mismo prólogo loa San Jerónimo al muy estimado y divino Platón, el cual peregrinó por varias tierras y por mares muy peligrosas desde que partió de Grecia hasta que vino a Cecilia, a do quiso ser más discípulo del filósofo Archita que no ser maestro en su academia propia. La misma alabanza da San Jerónimo a Apolonio Thianeo, el cual peregrinó por todos los reinos de Asia hasta llegar a la última y mayor India, y esto no por más de por verse discípulo del muy nombrado filósofo Hiarcas, al cual halló en un trono de oro asentado, disputando con sus discípulos de los movimientos del cielo. Athaocles, rey que fué de los sicionios, de tres cosas daba gracias a sus dioses; es a saber: porque le hicieron hombre, y porque le hicieron sabio, y porque le dieron por maestro al filósofo Chilo, el cual le dió tantos y tan buenos consejos, que en cuanto le trujo a su lado, nunca perdió batalla ni le desobedeció república.

Viniendo, pues, ya al propósito, hemos querido, amados hermanos, traeros a la memoria todos estos ejemplos y avisos, para que por ellos conozcáis y conozcamos cuánta necesidad tenéis de buscar buenos y virtuosos maestros, los cuales enseñan a los novicios y mancebos la estrecha Regla que a Dios han de prometer y las cerimonias de la Orden que han de guardar. El filósofo que iba de Roma a Asia y de Asia a la gran India iba no más de por aprender a filosofar; mas el novicio que viene del mundo a la Religión viene por se salvar y no por filosofar, a cuya causa es cosa justa y razonable le den suficiente maestro y ayo que sepa muy bien el camino con que se ha de salvar y le avise de los grandes trabajos en que se ha de ver. Los que vienen del mundo a la Religión no son más que una tabla rasa y un poco de cera blanda, y por si caso el maestro que ha de pintar la tabla y ha de imprimir la cera no es bien diestro en saber pintar y no tiene buen sello para bien imprimir, borrará la pintura y echará a perder la cera.

Queremos, pues, con estas comparaciones decir que no puede ser de los novicios maestro el que no fué de otro buen maestro primero discípulo, porque las cosas de perfección y la costumbre de la Religión no las ha de enseñar el que las oyó o leyó, sino el que en sí mismo las experimentó. Si en el monesterio hay un animal que sea cojo o manco, ¿ponerle ha por ventura el perlado en manos de algún albéitar que no sea en el oficio muy diestro? Si esto es verdad, como es verdad, ¿con qué cara ni aun con qué

conciencia osa el perlado fiar al inocente novicio de un maestro inexperto, no osando confiar su animal sino de maestro aprobado? Si nadie quiere fiar su paño, ni consiente que metan la tijera en su ropa si no está muy cierto que el sastre sabe bien cortarla y hacerla, ¿por qué osas tú, perlado, poner al novicio que viene del mundo en manos del monje más sobresalido y que en el monesterio vive más exento? El que tiene casa vieja y llovediza no busca maestro que le quiebre las tejas, sino quien le quite las goteras, en lo cual se nos da a entender que tal y tan bueno ha de ser el monje que a los otros ha de doctrinar, que se tenga un poco lo que les enseña con las palabras a respeto de lo que los edifica con las obras. Cuando el patriarca José llevó al santo Jacob, su padre, y a sus once hermanos a tierras de Egipto, como les preguntase el rey Faraón que qué oficio sabían, y ellos le respondiesen que no sabían sino guardar ganados y morar en los campos, dijo el rey a José [3]: *Si nosti in eis viros industrios, constitue illos magistros pecorum meorum;* y es como si más claro dijera: Yo tengo en mis dehesas muy grandes cabañas de vacas, y muchos rebaños de ovejas, y no pequeñas manadas de cabras; mira bien, José, si hay entre esos tus hermanos algunos de ellos que sean industriosos y asenderados en guardar ganados; querría que les encomendases la guarda de los míos.

Mucho es aquí de notar y no poco de ponderar que no mandó el rey Faraón al santo José que fiase sus ganados de cualesquier de sus hermanos, sino solamente de los que sabía que eran pastores expertos. Del cual ejemplo podemos inferir que el oficio de criar mancebos en la Religión no se ha de encomendar sino a los que de su natural son honestos y que en la Religión son ancianos. No quiere el rey Faraón encomendar sus ovejas y cabras sino a pastores que sean sabios y laboriosos; y ¿osas tú, perlado, fiar la crianza de tus novicios a los que en el monesterio son menos ancianos y por ventura más atrevidos? No vaca tampoco de misterio que el rey Faraón no les encomendó la guarda de su ganados porque eran hijos de Jacob ni porque eran hermanos de José, su gran servidor y amigo, sino porque tenían para aquel oficio muy grande humildad y aun gran habilidad, en lo que se puede tomar ejemplo que el buen perlado no debe poner por maestro de mancebos al monje que es más su devoto, sino al que viere en su monesterio ser más recogido y honesto. El no dar a personas dignas los oficios del monesterio no negamos que es pecado, mas junto con esto decimos y afirmamos que elegir al

[3] Gen. 47, 6.

que es indigno en perlado o en maestro, que no sólo es pecado, mas aun sacrilegio, porque los otros oficiales del monesterio no tienen más cargo de guardar llaves y puertas, mas el oficio del perlado y del maestro es de regir ánimas.

En el capítulo 2 de Daniel se cuenta muy por extenso de cómo el rey Faraón soñó una noche un sueño muy terrible, el cual ninguno supo interpretar ni entender si no fué el profeta Daniel, y en remuneración de aquel tan gran servicio constituyóle el rev por gobernador de todas las provincias y por maestro de todos los sabios. Es aquí mucho de notar que la gracia que el Señor dió al profeta Daniel fué porque, criándose él en el palacio real, acontescíale muchas veces que al tiempo que los otros pajes comían gallinas y capones comía él acelgas y lentejas; y cuando los otros bebían vino, bebía él agua; de manera que por ser más abstinente que todos vino a ser maestro de los maestros. De este tan notable ejemplo deben tomar todos los perlados ejemplo, para que no den cargo de criar novicios en el monesterio si no fuere al que en su congregación es hombre de buena vida y aun alabado de particular abstinencia.

El glorioso San Basilio, en su antigua *Regla*, decía estas palabras: A los discípulos de los discípulos de Cristo oímos decir que tal y tan bueno debe ser el monje que ha de criar y doctrinar a los que de nuevo vienen a tomar el hábito monacal, que, en saliendo de abad, le elijan por maestro, y al que fuere maestro elijan en abad. Hablando en este mesmo caso, dice en el *Libro de la vida solitaria* estas palabras: Entonces diremos que está el monesterio bien ordenado, cuando eligen en él por abad al monje más cuerdo y en maestro de mancebos al más recogido; y para la puerta, al más manso; y para salir fuera, al más honesto, y para servir a los enfermos, al más caritativo. El abad Juan Clímaco dice que en las congregaciones de los monjes de Egipto, al más principal monje hacían maestro de novicios, y al segundo después de él hacían abad de los monjes, y al tercero ponían a la puerta del monesterio, y al que era más honesto encomendaban los negocios del siglo.

El glorioso San Jerónimo, escribiendo a un monje llamado Rústico, le dice así: Si quieres saber quién fué maestro mío y de los otros monjes que estábamos en el yermo, sabe que fué el abad Rogelio, varón por cierto que en la condición era manso: en aconsejar, sabio; en edad, anciano; en el comer, sobrio; en el dormir, desvelado; en el hablar, callado; en la oración, devoto; en la disciplina, riguroso; en la obediencia, pronto, y en la caridad, continuo. Conforme a los consejos de estos santos, conviene

mucho al maestro de novicios que sea hombre recogido y aun encogido, porque muy mal parescía reprehender él a su discípulo de disoluto, y, por otra parte, le viesen a él andar por el monesterio derramado. Las madres, cuando enseñan a sus chiquitos a andar, ni los pierden de los ojos ni los sueltan de las manos, para darnos a entender que es oficio de los buenos y solícitos maestros hallarse siempre en todas las cosas con sus discípulos, así en las celdas cuando leen como en los oficios cuando trabajan. No inconsideradamente dijimos que convenía fuese el maestro de los novicios no sólo recogido, mas aun encogido, y contemplativo, porque siendo, como es en la Religión, tan necesaria la devoción y oración, si el maestro es devoto, criará a los discípulos devotos; si el tal es relajado, criarlos ha relajados. En el *Libro de la vida solitaria* se lee del santo abad Serapión que en cuarenta y seis años que tuvo cargo de doctrinar en la Religión mancebos, nunca monje novicio fué a su celda que no hallase al buen viejo sino haciendo espuertas, o derramando de sus ojos lágrimas, o leyendo en las divinas letras. El monje que tal ejemplo como este viejo diese y que en tales y con tan santos ejercicios se ocupase, no sólo era digno de enseñar a los novicios y mancebos, mas aun merescía ser maestro de todos los hombres santos, porque perseverar tan largo tiempo en darse a la lección y continuar la oración y no relajarse en el trabajo no podía proceder sino de corazón muy heroico y de varón muy aprobado.

* * *

De las cosas que los maestros han de enseñar a sus discípulos, lo cual se prueba con figuras muy notables

Conviene también que el maestro de los mancebos sea hombre reposado y religioso muy callado, porque en los estudios y academias de Atenas enseñaban los filósofos a sus discípulos a bien hablar y a sutilmente disputar; mas en las escuelas y monesterios de Cristo no los han de enseñar a disputar, sino a bien obrar; ni aun a hablar, sino a callar. El primero Maestro y los primeros discípulos que hubo en la religión cristiana fueron Cristo y sus apóstoles, del cual buen Maestro se dice que primero comenzó a obrar que no a enseñar, porque los corazones flacos y humanos mucho más se persuaden con las buenas obras que ven que no con las dulces palabras que oyen. El religioso que en la Religión dice uno y hace otro no es predicador, sino prevaricador; no enseña, sino que descamina; no ejem-

plifica, sino escandaliza; no planta, sino que descepa; ni aun edifica, sino que derrueca. Como la ociosidad sea la mayor enemiga que tiene el ánima y la que entre religiosos no había de tener ninguna cabida, de creer es que de muy mala gana se aplicará ningún mancebo al trabajo viendo a su maestro andarse por el monesterio holgando; mayormente que de nuestros preceptores más somos obligados a imitar lo que hacen que a deprender lo que dicen. Debe también el maestro de novicios ser cuidadoso de hacerles proveer de las cosas necesarias: es a saber, haciéndolos vestir, si están desnudos, y dar de comer, si están desmayados; y, sobre todo, curarlos, si están enfermos, porque pedirlo ellos sería gran deshonestidad, y el no dárselo, muy gran crueldad.

El devoto San Buenaventura dice en el libro del *Enseñamiento de los novicios* que se debe haber el su maestro con ellos como padre en criarlos, como madre en regalarlos, como hermano en esforzarlos, como maestro en enseñarlos, como rector en corregirlos, como adalid en guiarlos y como ayo en ampararlos. En el libro de *Doctrina de religiosos* se dice y afirma ser obligado el maestro del monesterio a enseñar a su discípulo que en el coro esté atento; en el altar, devoto; en el oratorio, contemplativo; en el refitorio, honesto; entre los compañeros, callado; en los trabajos, el primero; en la celda, ocupado; con los enfermos, caritativo, y por casa, mortificado. En la *Vida de los Padres* se lee que como el abad Arsenio diese cargo a un monje de un novicio y el monje le preguntase qué mandaba que hiciese de él, respondió el santo viejo: El cuidado que tiene el capitán de su ejército, y el piloto de su nao, y el ayo de su pupilo, y el adalid de enseñar el camino, ése has de tener tú de este mozo que viene ahora del mundo, mostrándole las cerimonias, consolándole en los trabajos, esforzándole en las tentaciones, corrigiéndole de los excesos; y, sobre todo, que mire a lo que se obliga y no haga cuenta de lo que deja. ¡Oh cuán bienaventurado sería el maestro que pudiese decir con el profeta [4]: *Particeps sum omnium timentium te!*; es a saber: Tengo, Señor, parte en todos los que en la Religión te hice servir y en todos los que por mi doctrina te quieren seguir, lo cual será así verdad si él hizo con ellos todo lo que debía hacer y ellos salieron cuales debían salir. Lo contrario de todo esto acontecerá al maestro que por su descuido o por su mal ejemplo se salió algún novicio del monesterio, o que también le crió para la Orden absoluto o disoluto, de la perdición del cual

[4] Ps. 118, 63.

dará él a Dios muy estrecha cuenta en el día que nos tomaren a todos cuenta.

No abasta que los maestros de mancebos tengan con ellos gravedad, sino que también tengan con sus monesterios muy grande fidelidad: es a saber, declarando a sus perlados la condición y inclinación que siente en sus novicios, para que, conforme a su parescer y voto, determine entre sí si será lícito admitirlos o si les conviene expelirlos. Avisamos y mucho avisamos a los tales maestros que al tiempo de examinar sus discípulos no se muestren apasionados ni sientan de ellos estar aficionados, sino que, poniendo a Dios delante los ojos, digan lo que sienten según buena razón y no lo que ellos querrían según su opinión. Desalmado y alevoso y aun traidor pueden llamar al maestro de los novicios que por algún nuevo amor que al mancebo ha tomado o por alguna desgracia que con él ha tenido le acusa de disoluto, siendo recogido, o le alaba de virtuoso, no viendo en él ningún buen respeto. *Vae qui dicitis bonum malum, et malum bonum*, decía Dios por Isaías [5]; y es como si dijera: ¡Ay de vosotros los maestros y religiosos que aprobáis lo malo por bueno y condenáis lo bueno por malo, dando como dais vuestros votos no a do la razón os convida, sino a do la afección o pasión os lleva! Lo que decimos a los maestros, avisamos también a todos los otros religiosos, para que con mucho acuerdo y sobre muy maduro consejo den o quiten al novicio el voto; porque si el tal es malo, cometen traición a la Orden en rescibirle, y si por ventura es bueno, cometen gran pecado en echarle. Novicio y muy mal novicio era el malvado de Judas, que no había aún hecho profesión en el monesterio y Colegio de Cristo; mas el sumo Criador y dulce Redentor, poco a poco le fué tolerando y de día en día le iba esperando, por ver si mudara la condición y meresciera la profesión; mas el triste y malaventurado de él, sin que nadie le alanzase, apostató, y sin que nadie le enojase, se desesperó.

En el primer año del reinado y noviciazgo del rey Saúl, como el profeta Samuel llorase por él a causa que era su amigo y le había él en rey ungido, díjole el Señor casi medio enojado: *Usquequo tú luges, Saul? cum ego proiecerim eum, ne regnet super Israel?* [6]; y es como si dijera: ¿Por qué tú, Samuel, lloras y plañes tanto el mandar yo quitar el hábito y echar de mi monesterio a tu discílo Saúl, pues él no ha querido hacer lo que yo le mandaba ni creer los consejos que tú le dabas? ¿Agora tienes

[5] Is. 5, 20.
[6] I Reg. 16, 1.

tú por saber, ¡oh Samuel!, que no hay cosa sana sino la que yo curo; ni hay cosa escogida sino la que yo señalo; ni hay cosa justa sino la que yo apruebo; ni hay cosa perpetua sino en la que yo pongo la mano? Si tú quieres llorar por tu discípulo Saúl, no llores al ver que yo le despido, sino saber que él lo meresce, porque en las desgracias que acontescen a los hombres no se ha de llorar el bien que pierden, sino la culpa porque le pierden. Lo contrario de todo esto acontesció en la conversión y elección del apóstol San Pablo, y fué el caso en que como mandase el Señor al discípulo Ananías que fuese a dar el hábito de cristiano a Saulo, que después se llamó Paulo, respondió él al Señor: *Domine, audivi à multis de viro hoc, quanta mala fecerit Sanctis tuis in Hierusalem* [7]; y es como si dijera: Señor Dios de Israel, entiende bien lo que provees y mira con atención lo que mandas, pues me mandas que resciba a Saulo en novicio y que le dé el hábito de cristiano, porque te hago saber que ha sacado provisiones reales de la corte de Jerusalén para prender y maltratar a todos los que invocan el nombre de cristiano y vienen a tomar el santo bautismo, a cuya causa andan muchos discípulos huídos y aun son en la sinagoga muy castigados. A esta respuesta de Ananías le respondió el Señor: *Vade, quia vas electionis est mihi* [8]; y es como si dijera: Ni porque sea hebreo ni porque tú le tengas por enemigo has de quitar al novicio Paulo el voto para que sea cristiano y resida en el monesterio apostólico; mayormente que entre todos mis electos, él es el vaso más escogido, a do yo tengo de confiar todos los secretos del cielo.

He aquí, pues, hermanos míos muy amados, dos muy notables ejemplos, de los cuales se deben siempre acordar todos los buenos religiosos al tiempo que examinen en sus Congregaciones los novicios, para que rueguen al Señor los quiera alumbrar y encaminar a que no defiendan a Saúl con Samuel ni alancen a San Pablo con Ananías. No dejaremos de decir la culpa que tienen los monesterios y aun los maestros en las Ordenes monacales, los cuales así se aficionan o apasionan con el novicio que les dan a cargo, que, si no les cae en gracia, luego mueren por echarle, y si le toman afección, se desvelan por sustentarle; de manera que no es más bueno o malo el novicio de cuanto le quiere bien o mal su maestro. No menos son de culpar en este caso los perlados que encomiendan la crianza de los mancebos a otros monjes mancebos

[7] Act. 9, 13.
[8] Act. 9, 15.

como ellos, los cuales así se ríen y burlan con sus novicios como si fuesen niños chiquitos; y aun lo que es peor de todo, que no los enseñan como maestros, sino que se sirven de ellos como de criados.

Sea, pues, la conclusión de todo que al religioso maestro no le han de ver reír, sino llorar; no holgar, sino trabajar; no parlar, sino callar; no vagamundo, sino recogido; no brioso, sino manso; no vorace, sino abstinente; no mordace, sino caritativo; ni relajado, sino devoto.

CAPITULO VIII

De cuán gran ánimo han menester los que quieren al Señor servir, y pruébase muy bien esto con una figura del Levítico

Homo qui offert vitulum coram Domino sacerdotes effundant sanguinem iuxta aliare, et detracta pelle, artus in frustra concidant. Estas palabras son palabras de Dios y dichas al santo Moisén en el monte Raphín y escritas en el principio del Levítico [1]; y es como si dijera: Si algún hombre israelítico quisiere ofrescer algún becerro o ternera al Señor, degollarle han los sacerdotes a la puerta del templo y derramarán la sangre cabe el altar, y desollarle han todo el cuero, y harán muchos pedazos la carne, y puestos sobre un haz de leña, quemarla han allí toda. Si bien queremos mirar el misterio, muchas cosas mandaba Dios que se hiciesen en el sacrificio para que el sacrificio le fuese acepto, es a saber: que fuese buen becerro, que fuese sano, que no fuese manchado, que fuese degollado y, a la fin, que fuese todo quemado. Ante todas cosas es aquí de saber: que se ternía por gran locura si navegase el piloto sin saber para qué puerto, si hiciese el capitán ejército sin saber contra quién, si peregrinase el romero sin saber adónde y si mudase uno estado y tomase otro el hábito sin saber para qué deja el mundo y se mete religioso, porque el mérito o demérito de nuestra vida no está en las obras que hacemos, sino en el fin para que las guiamos.

No en vano dice David [2]: *Utinam dirigantur viae.* Y no sin misterio nos aconseja Isaías que no vamos por nues-

[1] Lev. 1, 2. 5.
[2] Ps. 118, 5.

tros caminos, pues es imposible que en ellos no nos perdamos y que al fin no nos condenemos, pues tantos cuantos son los vicios, tantos y no menos son los caminos. Séneca, en una epístola, dice: No te fíes, no te fíes, amigo mío Lucilo, del mundo, el cual es tan mal acondicionado, que, si nos deja dormir un sueño con lo que tenemos allegado, nos despierta con otro nuevo cuidado, dando lo que nos ha dado a otro nuevo dueño. Como el emperador Trajano preguntase a su gran maestro y filósofo Plutarco qué era la causa por qué había más malos que buenos en el mundo, respondióle: Has de saber, serenísimo príncipe, que allende que nuestra natural inclinación es más pronta para seguir el mal que el bien, todo el daño de esto está en que se va gente tras gente y no razón en pos de razón. ¡Oh tú, que vienes del mundo!, ¡oh tú, que vienes al monesterio!, ¿para qué quieres mudar el hábito, si no sabes qué cosa es ser religioso? Si no sabes lo que tomas, ¿para qué lo tomas? Y si sabes lo que dejas, ¿para qué lo dejas? ¿Piensas que la perfección de la Religión consiste en que, como traías de antes sayo, traigas ahora el hábito? ¿En que como te llamaban de antes hombre te llaman ahora monje? ¿Y en que como morabas en una casa, mores ahora en el monesterio? ¿Y en que como allá llamabas al que servías *señor* llames al que acá en la Religión te manda abad o prior?

Muy fuera vas de camino si vienes a la Orden con este pensamiento, porque el bien de tu salvación consiste no en el nombre que mudas ni en las ropas viejas que dejas, sino en las nuevas costumbres que tomas. El llamarte religioso, el encerrarte en el monesterio, el traer hábito negro o blanco y el no salir ya por el mundo quitarte han las ocasiones de ser malo, mas no son suficientes para hacerte santo y perfecto; porque si junto con esto no tienes humildad con el prójimo, obediencia al perlado, paciencia en el trabajo, disciplina en el cuerpo, recogimiento en el monesterio, devoción en el oratorio y caridad con tu hermano; dime, yo te ruego: ¿para qué veniste acá del mundo? ¡Oh tú, que vienes a la Religión!, has de pensar, hermano mío, que veniste a ofrescer y a sacrificar al Señor no sólo la hacienda, mas aun el ánima; no sólo el ánima, mas aun el cuerpo; no sólo el cuerpo, mas aun la vida, y no sólo la vida, mas aun la honra; de manera que digas con el Apóstol [3]: Vivo yo, mas ya no yo; vive en mí aquel que murió por mí.

Allá en el mundo, el mayor sacrificio que hacíamos a nuestro Dios era irnos a la iglesia, santiguarnos en entran-

[3] Gal. 2, 20.

do, hincar luego las rodillas, tomar un poco de agua bendita y dar una blanca de limosna; mas acá en la Religión has de ofrescer, hermano mío, a tu Dios las manos para trabajar, los ojos para llorar, el cuerpo para ayunar, la boca para rezar y el corazón para le amar. Allá en el mundo ofrescías a Dios los diezmos, las primicias y las obladas y otras semejantes ofrendas; mas acá en la Religión ofresces a ti mismo, que vale más que todas ellas, porque no puede el hombre hacer a Dios otro mayor sacrificio que sacrificarle a su corazón propio. Viniendo, pues, al caso, manda Dios en la figura arriba tocada que el animal que le hubiesen de sacrificar fuese becerro y no becerra, y el que le sacrificase fuese hombre y no niño, y el tal animal que fuese sano y no manco; en lo cual se nos da a entender que no ha menester la Religión hombres afeminados ni regalados que entren en ella, sino varones que sean hombres para soportar los trabajos del monesterio y tengan esfuerzo para sufrir las tentaciones del demonio.

Si para doctrinar eligen al mejor maestro, y para navegar al mejor piloto, y para pelear el más esforzado caballero, y para caminar al más ligero correo, ¿por qué han de querer para el monesterio al más inhábil y manco? Para alcanzar la alteza de la perfección y para tolerar los trabajos de la Religión hay gran nescesidad de tener el cuerpo muy fornido y el corazón muy esforzado; de lo cual podemos inferir que, aunque todos los del mundo tienen habilidad para ser cristianos, muy poquitos son los que la tienen para ser religiosos. Si bien lo queremos entender, no es otra cosa mandar Dios que le ofrezcamos animal recio y grande sino que el novicio que hubiere de entrar en la Religión sea ya del todo hombre, porque de otra manera, si el tal es niño o muy muchacho, el tiempo que había de gastar su maestro en doctrinarle habrá de expender en criarle. Guardar los ayunos, levantarse a maitines, madrugar a prima, barrer la casa, hacer la cocina, servir en la enfermería y cumplir con la obediencia, ¿por ventura son estos trabajos para niños y mozuelos, y no para monjes recios y muy sanos? Lo contrario de esto que aquí decimos suelen hacer en algunos monesterios no bien disciplinados, en los cuales resciben y admiten a unos que son niños, a otros que son viejos y a otros que son flacos, de lo cual suele suceder que, después de rescebidos, todo lo más del tiempo gastan en criar a los muchachos, y en curar a los enfermos, y en regalar a los viejos. Los monjes que en la Orden se envejescieron y los religiosos que en la Religión enfermaron, justa y justísima cosa es que sean los unos curados y los otros sobre-

llevados; mas pues de éstos hay más que tierra en los monesterios, ¿para qué quieren los perlados encargarse de mozuelos que críen y de hombres flacos que soporten? Cristo, nuestro Dios y Señor, cuyas pisadas hemos de seguir y cuyas obras hemos de imitar, no tomó para poblar su monesterio y Colegio sacro a mozuelos pequeños ni a hombres viejos y flacos, sino a los que tenían fuerzas para andar descalzos y tenían estómago para comer espigas por los campos, de lo cual podemos coligir que de tal edad ha de entrar el monje o monja en la Religión que sepa muy bien lo que deja y tenga fuerzas para guardar lo que toma.

Entonces se ofresce a Dios animal grande y sano, cuando el que viene a la Religión es hombre y no mozo, y es recio y no flaco, porque de otra manera, mucho más los tales estorbarían que ayudarían, pues con los mozuelos no haríamos sino burlar, y con los enfermos, todo el día parlar. El abad Casiano dice que los monjes de Egipto a nadie rescibían en sus monesterios que por lo menos abajase de veinte años abajo, y a lo mas, subiese de los cuarenta arriba, porque les parescía a ellos que en aquellas dos edades ni podía el mozo alegar ignorancia ni podía el viejo eximirse por flaqueza. En rescebir niños o niñas en la Orden hay otro inconveniente muy grande, y es que en la hora que los toman sus maestros o maestras a cargo trabajan mucho de los regalar y aun de los trabajos del monesterio los exentan; y lo que es peor de todo, que piden de comer para ellos como para hombres y, por otra parte, quieren que estén exentos como niños. Hay otro inconveniente en rescebir mozuelos en la Orden, y es que si por caso hacen algún descuido en el coro, o intentan alguna golosina en el refitorio, o dicen alguna descortesía al que es viejo o inventan alguna travesura en el monesterio, si por caso les quiere poner la mano y castigar el perlado a la hora, lo resiste y torna por él su maestro, diciendo que todo aquello es niñería y que la edad tierna lo demanda.

Hay otros inconvenientes en este caso, y es que muchas veces, como son tan tiernos para sufrir los trabajos del monesterio, es necesario que los despida el perlado o se tornen ellos al mundo, y tornados allá, cuentan a sus deudos y padres no las muchas bondades que vieron en los buenos, sino algunas flaquezas que notaron en los flacos. También hay otro descuido en este caso, y es que tienen ya por estilo en algunos monesterios de rescebir algunas mozuelas o mozuelos depositados, y esto no para que sean allí religiosos, sino para que estén allí guardados y sean criados, de lo cual se sigue que como los vie-

nen a visitar muchas veces sus parientes y padres, disuélvense mucho los monesterios con las pláticas de los padres y con las burlas y niñerías de los hijos. El perlado que por interese de dinero o por amistad de algún amigo permite que con los tales mozuelos sea profanada la Religión, tan justamente merece ser alanzado del monesterio como lo fueron por Cristo los que vendían y compraban en el templo; porque mucho más peca el que ahora peca contra la Iglesia que no el que pecaba entonces contra la Sinagoga. Lo segundo que mandaba Dios en su Ley era que el animal que le hubiese de ofrescer fuese no sólo másculo y sano, mas aun fuese de una color todo; y la causa de esto era porque los egipcios, como eran idólatras, adoraban por su dios único a un buey que llamaban Isis, criado en las riberas de Nilo y que era de varios colores todo. Querer Dios que le ofrezcan animal que no tenga más de una color, es darnos a entender que no ha de entrar nadie en el monesterio si no fuere con un solo propósito, y éste ha de ser con todas sus fuerzas al Señor servir y su ánima salvar, porque si vienen a ella con otros siniestros propósitos, o él se saldrá en breve del monesterio o la Religión le echará de sí como un cuerpo muerto. Entonces es el monje de una color sola, cuando no tiene más de una fe, no cree más de en una Iglesia, no guarda más de una ley, no tiene más de un buen propósito, no quiere más de a sólo Cristo y no tiene cuenta sino con su perlado.

Dime, yo te ruego: si no vienes por sólo servir a Cristo, ¿por qué dejaste al mundo y te encerraste en el monesterio? Los que entran en la Religión diciendo que quieren hacer penitencia, y ellos no vienen sino por tener la vida más segura y por escapar de la infame pobreza, discípulos son los tales del demonio, el cual fué a buscar a Cristo al desierto, no para le servir, sino para le tentar. Entonces es el sacrificio a nuestro Señor acepto, cuando todos los religiosos se visten de un paño, comen en un refitorio, se asosiegan en un monesterio, obedescen a un perlado, concurren todos al coro, se juntan en el oratorio y son de un parescer en capítulo. Según lo que leemos y según lo que ahora vemos, ya se pasó el tiempo santo, ya se acabó la edad dorada, en la cual todos los heroicos religiosos y todos los varones aprobados no tenían más de un ser, un querer, un deseo, un propósito, una caridad y una conformidad; por manera que nadie de ellos quería tanto a sí mismo cuanto procuraba la consolación de su prójimo. ¡Oh cuán pocos animales se ofrescen hoy al Señor que sean de una color sola!; es a saber: que muy pocos son los monesterios a do siguen lo

que manda Cristo y hacen lo que quiere su perlado, sino que hay entre ellos más variedad de pareceres y más disonancia de voluntades que en las plumas de los jergueritos hay colores. De varias y diversas colores es el animal del sacrificio cuando en un mismo monesterio andan unos bien vestidos, y otros rotos; unos no salen fuera, y otros no entran en casa; unos están exentos, y otros hacen los oficios; unos son regalados, y otros aun no curados; finalmente, digo que unos obedescen al perlado y otros no quieren aun mirarle el rostro. De muchas colores es el animal del sacrificio cuando los monjes debaten entre sí sobre quién será mayor abad, quién llevará el principal priorazgo, con quién quedará el más rico monesterio, sobre a quién se dará la mejor celda y sobre quién se asentará en el mejor asiento de la mesa.

Dejar al mundo y venir a la Religión a desear estas dignidades y mandos y a procurar estas liviandades, ¿no te paresce, hermano, que es con sobra de desvergüenza y por falta de conciencia? Preguntado el abad Archimio que cuál era el mayor trabajo que padecía el monje, respondió: El mayor trabajo que los monjes tenemos es no la soledad que poseemos, no el yermo a do estamos, no la hambre que padescemos, no las disciplinas que hacemos, ni aun las tentaciones que sufrimos, sino los muchos apetitos que tenemos y la poca resistencia que les hacemos, por cuya ocasión no sólo somos a la Religión penosos, mas aun de nosotros mismos andamos descontentos. *Unam petii a Domino, et hanc requiram*, decía el profeta David [4]; y es como si dijera: Sola una cosa, Señor, te pido y por una sola te ruego y no más de una te demando, y es que me tengas con tu gracia para que no pueda caer; y si cayere, me des tu bendita mano para levantarme, porque ya sabes tú, ¡oh buen Jesús!, que no sé tenerme si a ti no me arrimo, ni puedo levantarme si no me das tú la mano.

---

[4] Ps. 26, 4.

CAPITULO IX*

De cómo el siervo del Señor debe negar su propia voluntad, y para esto probar, se prosigue la figura arriba tocada

Lo tercero que mandaba Dios en la Ley era que al tal animal no se le sacrificase si primero no le degollase, en lo cual nos daba a entender que el mancebo que deja el mundo y viene al monesterio a tomar el hábito, lo primero que ha de hacer es del su propio querer y parescer se desangrar y por Cristo y con Cristo se morir. No querer Dios que le ofrezcan sacrificio que vaya vivo, sino que esté degollado, es darnos a entender que, si queremos ser buenos cristianos y perfectos religiosos, nos conviene ante todas cosas romper nuestras propias entrañas y abrirnos todas las venas, ofresciendo al Señor no la sangre con que vivimos, sino la propia voluntad que tenemos. ¡Oh tú, que veniste a la Religión a buscar la perfección!, lo primero que en ti ha de hacer el perlado es degollarte sin ninguna piedad, sacándote la sangre de los ojos para que ya no veas cosas vanas; la sangre de los pies, para que no andes en cosas livianas; la sangre de la lengua, para que no hables cosas viciosas, y la sangre del corazón, para que no ames cosas deshonestas. ¿Y tú no sabes que de la hora que pusiste los pies en el monesterio y renunciaste las liviandades del mundo, el corazón ofreciste a Cristo y el cuerpo entregaste al perlado? Pues diste el tu querer a Cristo y te dejaste en manos de tu perlado, ¿por qué procuras de morar a do quieres, y por qué tienes lo que a ti te aplace, y por qué haces lo que a ti se te antoja? ¿No sabes que estás degollado, no sabes que eres ya muerto, no sabes que no eres ya tuyo ni tienes que ver contigo? Al monje que no hace sino lo que quiere en el monesterio, muy justamente le pueden llamar ladrón cosario, pues hurta el corazón que había ofrescido de su grado a Cristo y se alza con la propia voluntad que había ya dado al perlado. *Manus habent, et non palpabunt, pedes habent, et non ambulabunt, non clamabunt in gutture suo, et ideo speret Israel in Domino,* decía el santo rey

---

* Aquí vuelven a coincidir las numeraciones capitulares de la edición de 1667 con la de 1542, que seguimos.

David [1]; y es como si dijera: En la casa y monesterio a do los monjes y monjas tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen pies y no andan, tienen lengua y no hablan, tienen manos y no dañan y tienen corazón y no le desmandan, seguramente pueden creer que es perfecta su Religión y van camino de salvación.

Mucho y muy mucho es de ponderar que primero dijo el profeta que no tenían pies ni manos, que no que los monjes eran buenos y perfectos, en lo cual nos dió a entender que el cegar los ojos, el cortar los pies, el atar las manos, el cerrar la boca, el encarcelar el cuerpo, el irnos a la mano y el no esperar en otro que en Cristo nos hace ser religiosos y nos da esperanzas de ser salvos. El cirujano, el médico del cuerpo, si en el enfermo siente que está la sangre dañada, luego le manda sangrar a la hora; y lo mismo debe hacer el perlado con su súbdito, en que, si siente de él que es algo temoso y voluntarioso, le vaya mucho a la mano y no le deje salir del monesterio, porque a nadie hace tanto daño la sangre podrida cuanto hace en la Religión la voluntad propia. Creedme, padre, y no dudéis que, si os queréis salvar y por el camino de la perfección ir, que os han de atar, que os han de sangrar y que os han de degollar, lo cual se cumplirá cuando os dejardes enterrar en una celda estrecha y os consintierdes amortajar con una Regla áspera. *Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo*, decía el Apóstol [2]; y es como si dijera: No os contristéis, hermanos míos, porque si os paresce que estáis muertos al mundo, sabed que vuestra vida os la tiene guardada Cristo, de manera que cuando no catáredes, a los mundanos se les acabará la vida y les vendrá la muerte, y a vosotros, cuando no pensáredes, se os acabará la muerte y os tornarán la vida. Si eres verdadero cristiano, no te ha de espantar tanto el decirte el Apóstol que eres muerto cuanto te ha de alegrar el certificarte que tu vida te tiene guardada Cristo, porque fielmente puedes confiar del buen Jesús tu vida, pues él por ella puso la suya.

Conforme a lo que dice el santo profeta real David [3]: Si el Señor no guardase el homenaje de nuestra ánima, dime, ¿qué sería de ella? Si el Señor no nos mitigase la carne, y no nos apartase del mundo, y no nos defendiese del demonio, los cuales andan rabiosos por nos engañar y solícitos por nos matar, ¿no habría ya días que nuestra vida fuese acabada y nuestra ánima condenada? A ti, hermano, que vienes a la Religión aconsejo y amonesto

[1] Ps. 113, 7.
[2] Col. 3, 3.
[3] Ps. 126, 1.

que a la hora que te degollare tu perlado quitándote el tu querer propio, secretes y escondas tu vida en el regazo de Cristo, porque muy mejor está ella en él secrestada que estaba en ti empleada. Dime, yo te ruego, si el día que entraste en la Religión renunciaste en manos de tu perlado y echaste en el regazo de Cristo todo lo que sabías, todo lo que podías, todo lo que valías, todo lo que tenías y todo lo que querías, ¿qué puedes de todo esto perder, pues al doblo te lo ha él de tornar? Mira que no dice el Apóstol que nuestra vida nos la tiene Cristo robada, ni tomada, ni saqueada, sino que está en él abscondida y depositada; y si está depositada, ¿por ventura no nos la tornará cuando le fuere pedida?

Prosiguiendo, pues, nuestro primero intento, no querer el buen Señor que le ofrezcan animal vivo, sino degollado, es decirnos que el perfecto religioso se debría tener por muerto y hacer cuenta que está ya sepultado, lo cual él hará cuando no tuviere réplica a lo que el abad le quisiere mandar ni mostrare resistencia a lo que de él quisiere hacer. El monje que con su perlado se pone en altercar sobre si es lícito o no es lícito lo que por él le es mandado, el tal no sólo no está muerto, mas aun ni bien degollado, y en el tal caso no sería malo que le pusiesen a la garganta otra vez el cuchillo y le sangrasen de la vena del corazón un poco, dándole con la disciplina a entender que en la Religión bien ordenada no hay nescesidad de hombres que disputen, sino de monjes que obedezcan. *Vivo ego, iam non ego*, decía el Apóstol [4]; como si más claro dijera: Vivo yo, mas ya no yo, porque las adversidades que padezco de los enemigos y las tentaciones que sufro de los demonios, unas sufro como cristiano y otras disimulo como discreto. Vivo yo cuando mis miembros mando, vive en mí Cristo cuando los empleo en su servicio; vivo yo cuando peco, y vive en mí Cristo cuando le sirvo; vivo, si soy rebelde, y vive en mí Cristo cuando obedezco; vivo yo cuando me amo, y vive en mí Cristo si me aborrezco; por manera que entonces tengo más segura vida, cuando no tengo ninguna parte en ella. ¡Oh cuán bienaventurado será el que con el Apóstol dijere: vivo yo, mas ya no yo; es a saber, vivo yo cuando he hambre, no vivo yo, pues ayuno; vivo yo cuando he sueño, no vivo yo, pues velo; vivo yo cuando he frío, no vivo yo, pues ando descalzo; vivo yo cuando voy al mundo, no vivo yo cuando estoy encerrado; finalmente, digo que vivo yo cuando hago lo que quiero, vive otro en mí cuando me van a la mano.

[4] Gal. 2, 20.

En el mundo, al resollar llaman vivir y al no resollar llaman morir; no es por cierto así entre los siervos de Dios, los cuales tienen por cierto que no vive el que bien no vive y ni llaman vivir si no al bien vivir; de manera que no hemos de llorar por los que acaban su vida bien, sino por los que emplean su vida mal. Déjate, pues, hermano mío, degollar, deja a la voluntad del perlado todo su querer, porque siendo como es teniente de Cristo, si eres remiso, él te despertará; si eres flaco, él te esforzará; si eres avieso, él te corregirá, y aun si eres bueno, él te honrará. Otras y otras mil veces te aconsejo, amigo mío, te consientas degollar y te dejes el ajeno parescer y querer, porque el día del juicio al perlado pedirán cuenta si supo mandar, y a ti pedirán cuenta si le quisiste obedescer. ¿Por ventura en aquella postrera hora no holgarás tú que de aquella estrecha cuenta dé por ti otro cuenta? Es también aquí de notar que la sangre que sacaban del animal no la podían echar a los perros ni llevarla a su casa, ni aun derramarla en la plaza pública, sino que la guardaban y ofrescían en el templo de la sinagoga; por manera que si los sacerdotes llevaban la carne para sí, se quedaba la sangre para Dios. Dásenos en este misterio a entender que no hay cosa a Dios tan acepta como es nuestra voluntad propia, lo cual podemos muy bien creer en que, si le era grata la sangre que sacaban al animal de las venas, mucho más le será acepta la que sale de nuestras propias entrañas. ¿Qué igual presente puedo yo presentar al que es Dios de mis entrañas si no son mis propias entrañas? Dime, yo te ruego; ¿qué sería de nosotros, míseros, si el Señor no hiciese cuenta de nuestras voluntades, sino que nos pidiese siempre buenas obras? Ellas, por cierto, son tan pocas en número y tan sin tomo en mérito, que no sólo no las querría aceptar, mas aun ni mirar, porque si nos acordamos de él en alguna hora del día, le estamos ofendiendo toda nuestra vida. Dime cristiano, dime religioso: ¿qué le ofresces, si tu voluntad no le ofresces? Si le ofreces el cuerpo, no es tuyo, sino de los gusanos; si la honra, tampoco es tuya, sino de los mundanos; si la hacienda, ésta es de tus deudos; si la vida, ésta la muerte te la quitará hoy o mañana. No tienes, pues, que darle si no son algunos pocos servicios envueltos en algunos santos deseos.

Factus est sudor eius, sicut guttae sanguinis decurrentis in terram, dice San Lucas [5] de Cristo; y es como si dijera: Estando el bendito Jesús postrado en el huerto, fué tan inmensa la caridad con que al Padre oraba y tan

[5] Luc. 22, 44.

grande el temor que a la muerte su humanidad tenía, que sudaba sangre por los poros y saltan arroyos de agua por los ojos. ¿Qué es esto, oh buen Jesús?, ¿qué es esto? ¡Oh amores de mi alma antes!, que los hebreos pongan pleito delante Pilato a tu sangre. ¿Sudas tú en el huerto sangre? Guárdala, ¡oh buen Jesús!, guárdala, que, según la poca que tienen tus carnes delicadas y según las muchas heridas que han de dar en ellas, mucha más has menester, si con todos has de cumplir. En aquella triste hora, muy grande fué tu agonía, ¡oh Redentor de mi alma!, pues tus ojos lloraban lágrimas, tu cuerpo sudaba sangre, tu corazón se entristecía, tus discípulos se dormían, Judas te espiaba, la gente ya se allegaba, y todo por culpa mía, que no cierto por la tuya. Bien dice el Apóstol en decir que fuimos comprados con gran precio, pues el tesoro de su sangre le formó el Espíritu Santo, le crió la Virgen, le sudó el cuerpo, nos le dió su corazón, le acusó la Sinagoga, le condenó Pilato, le derramaron los gentiles y le cogieron y guardaron para sí los cristianos. Querer primero Cristo sudar y ofrescer al Padre la sangre de su corazón en el huerto antes que la de sus venas en la cruz, es darnos a entender que el verdadero y perfecto monje, primero debe echar de su corazón la propia voluntad que trae del mundo, que no tomar el hábito monacal en el monesterio, porque la perfección que él viene a buscar no consiste en el hábito que se viste, sino en la voluntad de que se despoja. ¡Oh cuánto es bienaventurado el que la sangre de su voluntad y apetito pone en las manos de su perlado!, porque no hay en el hombre otro mayor sacrificio que sacrificarle a Dios a sí mismo. Mandaba también Dios en la ley que el animal que le hubiesen de ofrescer en el templo no sólo fuese degollado, sino que fuese también desollado, y esto sin que le quedase en el cuerpo ninguna señal de cuero o pellejo. En las divinas letras, algunas veces se toma el cuero o la piel por la vida que tenemos o por la salud que deseamos, y a este propósito dijo el demonio a Dios hablándole del santo Job[6]: *Cuncta pro pelle dabit homo;* y es como, si más claro, dijera: Yo he saqueado la casa de tu amigo Job, en que hice quemar sus ovejas, prender sus bueyes, cautivar sus pastores, robar sus camellos y matar a sus hijos; mas como no me has dado licencia para que le toque en el cuero de su carne, es a saber, en la vida y salud de su persona, no tiene a mí ni a todas las otras tentaciones en nada. Otras veces se toma el cuero o piel por los bienes y riquezas de esta vida, así como cuando

---

[6] Iob 2, 4.

Adán y Eva pecaron, que luego a la hora tomó el Señor unas pellejas de animales, con que les albergó las carnes y cubrió sus vergüenzas; de lo cual podemos colegir que no es otra cosa tener necesidad de los bienes temporales sino una general penitencia por ser pecadores. Ora se tome por la vida que vivimos, ora se tome por los bienes que tenemos, téngase por dicho el que viene del siglo al monesterio que ante todas cosas le han de degollar y le han de desollar; es a saber: vistiéndole de un hábito viejo y desapropiándole de lo que traía del mundo. El bendito Jesús, sudado el corazón, abiertos los poros, molidos los huesos, rompidas las venas, desolladas las carnes y despojadas las ropas, subió al ara de la cruz, para darnos a entender que, antes que entremos en la cruz de la Religión, nos conviene ir sin pellejos de dineros y sin carga de pecados. Al que viene del mundo a la Orden, no abasta que le degüellen y saquen la voluntad propia, sino que también es necesario le desuellen y quiten la hacienda que traía, porque repugna al estado de perfición pensar el monje poder al Señor servir, si primero no se quiere desapropiar.

Non potestis servire Deo, et mammonae, decía Cristo [7]; y es como si dijese: Como los bienes temporales sean amorosos para tener, sabrosos para gustar, dificultosos para dejar y enojosos para repartir, no puede el corazón del varón perfecto cumplir con lo que Dios le manda y con lo que las riquezas quieren. Dime, yo te ruego, siendo como eres bursario y propietario: ¿cómo tienes cara para pedir alguna cosa a Cristo? Cuando te pones a orar delante un crucifijo, si estás tú vestido, ¿qué pides al que está allí desnudo? Estando tú libre y exento, ¿qué pides al que está allí enclavado? Tú que estás sano y gordo, ¿qué quieres del que ves allí despedazado? Estando tú harto y contento, ¿qué pides al hambriento y que de pura sed dice *sitio*? Teniendo hábito, y túnica, y bolsa, ¿qué le pides al que no tiene sobre sus carnes ni sólo un hilo de ropa? En el mundo, el que es rico hace limosna al pobre, ¿y quieres tú en la Religión que el pobre crucificado haga limosna a ti, que eres rico? Déjate, pues, hermano mío, despojar, déjate desapropiar, déjate desollar y déjate de lo que tienes desnudar, porque siendo, como es, el camino de la Religión tan áspero y el camino del cielo tan estrecho, si quieres ir por ellos cargado, sé, y cierto, que ni por el uno podrás andar ni por el otro tampoco caber. Si te quieres salvar y quisieres perfecto monje ser, has de seguir desollado al desollado, pobre al pobre,

[7] Matth. 6, 24; Luc. 16, 13.

desnudo al desnudo y crucificado al crucificado; porque si en la vieja ley no aceptaba Dios los animales que no iban desollados, menos le será acepto el monje que está cargado de apetitos. Mandar Dios en su ley que desollasen el animal de pies a cabeza es avisarnos que nadie se encone en tener alguna niñería o bujería, porque es el demonio tan sutil y malicioso, que muchas veces hace al religioso poner más afección en un cuchillo o en un libro que ponía en el mundo en traer una cadena de oro.

Debe, pues, el maestro de mancebos desollar de pies a cabeza a sus novicios y discípulos, es a saber: que no sólo no les consienta tener cosas que sean superfluas, mas aun les cercene algo de las que son necesarias, porque el monje que pretende ser perfecto no abasta que se abstenga de lo que no puede tener, sino que ha de quitar de lo que ha menester. Entonces está en ella el monje desollado y va camino de ser perfecto, cuando no tuviere en celda cosa superflua, ni en sus arcas cosa abscondida, ni sobre su persona cosa curiosa, porque en el mundo alábase el mundano de lo que le sobra, mas el religioso en la Religión hase de presciar de lo que le falta.

CAPITULO X

De cómo los varones más perfectos son a más cosas de virtuosos obligados; pruébase esto con figuras y autoridades

Vir, sive mulier, qui voluerint se Domino consecrare, a vino, et omni quod inebriare potest, se abstinebunt. Palabras son éstas divinas y dichas por boca divina al santo profeta Moisén, y están escritas en el libro de los Números, en el capítulo 6[1], en las cuales quiso Dios tanto decir como si dijera: El hombre y la mujer israelitas que quisieren apartarse del mundo y ofrescer a sí y a lo que tienen en el templo, haslos de avisar y decir que no han de comer allí más de lo que yo les mandare y que se han de abstener de todo lo que yo les vedare; porque si pretendes de alcanzar este nombre de nazareos santos, hales de costar muchos y diversos trabajos. Y díjole más a Dios: No han de beber vino, no han de gustar vinagre,

[1] Num. 6, 2-3.

no han de probar uvas, no han de comer pasas, no han de tocar al agraz, y, finalmente, les prohibo todo aquello que les puede embriagar, y perturbar el juicio, y estragar y acedar el estómago.

Para entender esta figura es aquí de saber que a los que agora llamamos religiosos en la religión cristiana solían llamar santos nazareos en la Sinagoga, los cuales, por evitar los trabajos domésticos de su casa y los grandes bullicios de la república, se apartaban a hacer una vida monástica asaz ejemplar y religiosa. A ser nazareo o religioso nadie en la vieja ley era convidado, ni menos forzado; mas después que tomaba aquella tan santa manera de vivir, quisiese o no quisiese, se la hacían guardar. Es agora aquí de ponderar que allende de los preceptos comunes que daba Dios a la gente común, daba también otros particulares preceptos a sus particulares amigos, en lo cual se nos da a entender que el cristiano y siervo de Dios que quisiere algún don singular del Señor recaudar, sepa que particular y singularmente le ha de servir. Generalmente mandaba Dios a los israelitas que no fuesen voraces ni comiesen cosas inmundas, mas a los que se llamaban nazareos y se tenían por religiosos, no sólo les vedaron las cosas inmundas, mas aun les prohibían las que eran delicadas, dándonos en esto a entender que el varón santo y virtuoso no debe pensar que está la perfección en traer la ropa corta, sino en hacer la vida estrecha. A más humildad, y a más caridad, y a más honestidad eran obligados los nazareos consagrados que no todos los otros plebeyos, y vedar a ellos solos el vino y todo aquello con que uno se torna borracho es darnos a entender que muchas cosas hay que son lícitas y honestas a los que llamamos mundanos, las cuales son entredichas a nosotros los religiosos.

Mihi licent multa, sed non expediunt omnia, decía el Apóstol [2]; y es como si dijera: Muchas cosas podría yo hacer como uno de los del pueblo israelítico, las cuales no me conviene hacer en cuanto soy varón apostólico, porque a la vida apostólica pertenesce no sólo cumplir los mandamientos de Cristo, mas aun guardar los consejos del santo Evangelio. En cuanto hombre, bien me podría hartar; mas de que me veo apostólico, no oso sino ayunar. En cuanto hombre, podría descansar y holgar; mas de que me veo apóstol, ocúpome en orar y predicar. En cuanto hombre, podría responder a los que me injurian; mas de que me veo apóstol, aun no oso resistir a los que me azotan. Por ser hombre, podría estarme en un

[2] I Cor. 6, 12; 10, 22.

lugar quieto; mas, de que me veo apóstol, ando por todo el mundo baptizando. Finalmente, digo que, si no mirase más de que soy hombre, yo podría comer, y beber, y holgar; mas de que me veo apóstol, no oso aun lo muy necesario para el cuerpo tomar, porque no se puede llamar vida apostólica sino la vida que es muy estrecha. De estas tan altas palabras del Apóstol podemos coligir cuánta diferencia va de la vida del que está en el monesterio a la que hacen los que están en el siglo, pues en ellos no es imperfección si algo les sobra, mas en nosotros los religiosos es necesario que siempre nos falte. *Nisi abundaverit iustitia vestra plus quam scribarum, et phariseorum, non intrabitis in regnum caelorum* [3], decía Cristo a los monjes de su Colegio Apostólico; y es como si les dijese: Pues estáis en el hábito de Religión y pretendéis alcanzar la perfección, teneos por dicho, amigos míos, que si vuestra vida, vuestra obediencia y vuestra abstinencia no fuere más cogolmada que no la de los mundanos, que viven en la república, ni acá os llamarán religiosos ni allá entraréis en los reinos de los cielos.

Decir Cristo que la justicia del varón apostólico ha de ser mayor que no la del que se quedó allá en el siglo, es avisarnos y amonestarnos que no hemos de ser buenos a respeto de los que allá son malos, sino que hemos de ser aún mejores que no los que en el mundo tienen por buenos, porque en caso de perfección, si el monje no lo pudiere ser, a lo menos es obligado a lo parescer. Dime, yo te ruego, si no pensabas ser mejor que todos los que eran mejores en el mundo: ¿para qué tomabas trabajo de encerrarte en el monesterio? Si para guardar simplemente los mandamientos de Dios y para creer los artículos de la fe venías a ser religioso, ¿agora sabes tú que podías excusar ese trabajo, pues los guardan y los creen allá en el mundo muchos de los mundanos como acá los religiosos? ¿Y tú no sabes que el vivir de acá es muy diferente del vivir de allá, pues para ser tú buen monje ni has de saber de ti, ni tener parte en ti, ni aun mirar por ti, sino que haga de ti el perlado lo que suele hacer de un muerto? ¿Y tú no sabes que Cristo, nuestro Dios, a los de su sacro Colegio les reveló cosas más altas, les mandó cosas más ásperas, les dió reprehensiones más duras y les permitió tentaciones más espesas que no a todos los otros plebeyos, en señal que eran más perfectos que no ellos? En los tiempos que el Hijo de Dios predicaba, los más sabios eran los escribanos, y los más honestos eran los fariseos; y con todo esto, dice Cristo que ha de ser muy mejor nuestra vida

---

[3] Matth. 5, 20.

que no fué la suya, en lo cual nos da a entender que tal y tan buena ha de ser nuestra vida, que todos la loen y algunos la imiten. Entonces es mayor mi justicia que no la del fariseo, cuando yo fuere más justo y honesto que no lo es el del mundo; mas, ¡ay dolor!, que ya los fariseos son tornados religiosos y los religiosos son tornados fariseos, pues hay muchos seglares en el mundo la buena vida de los cuales confunde a los que están en los monesterios.

Sapientiam loquimur inter perfectos, decía el apóstol San Pablo [4]; y es como si dijese: La sabiduría divina, que es alta de entender, y la contemplación celestial, que es dificultosa de alcanzar, y la caridad santísima, que es meritoria de obrar, y la abstinencia perfecta, de que pocos suelen usar, no las solemos predicar, ni menos encomendar, sino a varones muy perfectos y a religiosos muy escogidos. ¡Oh, cuán bien decía el Apóstol en decir que los misterios divinos no los comunicaba sino a hombres muy heroicos!, porque siendo, como son, las consolaciones divinas un principio de paga de las obras meritorias, no las merescen gozar los que no quieren trabajar. Los misterios altos y los gustos que da Dios a los sus regalados, no sólo no quiere el Apóstol comunicarlos, mas aun ni hablarlos con los que no son santos y perfectos, de lo cual podemos coligir que muchas cosas pasan entre Dios y sus escogidos, la menor de las cuales no alcanzan los que son imperfectos. No vaca de misterio el quererse mostrar el Apóstol tan zahareño y tan escaso de palabras altas con las personas que son bajas y imperfectas, porque hablar al que es apóstata del mérito de la obediencia, y al que es vorace del bien de la abstinencia, y al que es furioso del bien de la paciencia, y al que es disoluto del fruto del recogimiento es para burlar de lo que le dicen y para mofar del que se lo dice.

Cristo nuestro Dios y todo nuestro bien, en lo más profundo de la mar mandó a San Pedro que echasen las redes para pescar, y a Moisén, en el monte más alto le mandó subir para le hablar y su ley le comunicar, en lo cual nos dió a entender que, si queremos pescar la salvación y subir a la cumbre de la perfección, hemos de extrañarnos de las cosas del mundo y hemos de entrar a somorgujo por lo que toca a su servicio. Aquel pesca con San Pedro en el mar más hondo y sube con Moisén en el monte más alto que no ama sino a Dios, ni quiere sino a Dios, ni busca sino a Dios, ni aun se contenta sino con Dios, y para tan gran Señor servir, ni los halagos del mundo le engañan ni los trabajos de la Religión le espantan,

[4] I Cor. 2, 6.

CAPITULO XI

A DO SE COMIENZA A TRATAR DE LA VIRTUD DE LA ABSTINENCIA, Y PARA MOSTRAR SU GRANDEZA, SE TRAEN GRANDES FIGURAS DE LA ESCRITURA SACRA

Hablando más en particular, uno de los más seguros fundamentos que podemos echar y uno de los más derechos caminos que podemos tomar para llegar a la perfección y conservarnos en la Religión es avezar al cuerpo a que trabaje mucho y acostumbrar el estómago a que coma poco.

Cinerem tanquam panem manducabam, et potum meum cum fletu miscebam, decía el santo rey David [1]; y es como si dijera: Nunca comí manjar que no le polvorizase con ceniza, ni nunca bebí gota en que no cayese alguna lágrima. Aquel con verdad amasa el pan con ceniza y agua, el vino con lágrimas, que, acordándose que es pecador, y por amor de su Redentor, se va a la mano en lo que podría hacer y se abstiene de lo que podía comer, porque no hay género de más alta abstinencia que refrenar la gula en una opulenta comida. Entonces el monje come pan con ceniza, cuando ruega a Dios por los bienhechores que están ya hechos ceniza, los cuales fundaron y dotaron el monesterio a do él es religioso, y en tal caso, y por tal cargo, no sólo es obligado por ellos rogar, mas aun llorar y se disciplinar. Aquel come pan ceniciento y bebe el vino que ha llorado que no contento de afligirse por su mala vida, se aflige también por los malos de su república, lo cual si no hace es obligado a hacer, porque por eso nos dan el pan de sus sudores, para que con él comamos la ceniza de sus pecados. Aquel come pan con ceniza y no bebe más de lo que llora que los manjares que come son poco costosos, y de gusto, mal sabrosos, y en cantidad, muy pocos, y en el aderezo, mal sazonados, y en el servicio, mal ministrados. Aquel come pan con ceniza y no bebe gota sino la que llora que da muchas gracias al Señor cuando el manjar le sobra y no murmura del perlado cuando algo le falta, porque el monje bien disciplinado no come más de para vivir, mas el que es glotón no vive sino para comer. Aquel come pan con ceniza que el

[1] Ps. 101, 10.

manjar que ha de comer no pone mucho estudio en lo buscar, ni gran solicitud en lo aderezar, ni aun mucha priesa en lo tragar, porque el verdadero siervo de Dios ha de comer de burla y orar de veras. Aquel come pan con ceniza que deja de la ropa por haber frío, que se levanta de la cama con sueño, que sale del refitorio con hambre y que se alza de la mesa con sed, porque el verdadero siervo del Señor ha de pensar que no le falta cosa si tiene caridad para servir y paciencia para sufrir. Si lo que el rey David dice, y que yo te aconsejo, te paresce áspero, dime, yo te ruego, pues nascimos de ceniza, somos ceniza y nos hemos de tornar ceniza, ¿es mucho que comamos ceniza?

Pues nacemos llorando, nos criamos llorando, vivimos llorando y morimos llorando, ¿es mucho que comamos y bebamos llorando? Si por caso no pudieres comer ceniza ni fuere en tu mano de llorar alguna lágrima, no queremos más de ti sino que refrenes un poco la gula y te aveces a hacer abstinencia, porque es de tal calidad el calor de nuestro estómago, que si te pide mucho cuando estás comiendo, después se huelga de haber comido poco. Es tan antigua, es tan honrada y es tan estimada la virtud de la abstinencia, que sola ella y no otra con ella fué en el primero estado de gracia dada y en el paraíso terrenal canonizada, porque a nuestros primeros padres, si les dieron árboles de que comiesen, también se les vedó uno de que no gustasen. ¡Oh tristes de nosotros!, pues fué tan triste su fortuna y fué tan mala nuestra dicha, que no leemos haber ellos gustado de la fruta que les fué concedida, sino que solamente comieron de una que les fué vedada; por manera que si guardaran el precepto de la abstinencia, ni ellos osaran gustar la fruta ni durara en nosotros hasta hoy la dentera.

El buen varón de Moisén no sólo salió de Egipto, pasó el mar Bermejo, atravesó el desierto, se apartó del pueblo y se subió al monte santo, mas aun allí ayunó un ayuno que fué meritorio y prolijo, derramando lágrimas de sus ojos y rompiendo los cielos con suspiros. De este tan noble ejemplo podemos coligir que no por más de por haber dado Moisén a su cuerpo ley de abstinencia meresció que por sus manos diese Dios su ley a la gran Sinagoga. En el treceno capítulo del libro de los Jueces [2] se lee en cómo el ángel del Señor aparesció a un hebreo llamado Manue y a su mujer también, a los cuales mandó de parte del Señor que, si no bebiesen vino, ni probasen sidra, ni comiesen cosa sucia ni prohibida, les nacería un hijo santificado en el ánima y fortísimo en el cuerpo que hubiese nombre

[2] Iud. 13, 2 ss.

Sansón, por cuyas manos fuese el pueblo hebreo librado y todo su linaje honrado. En el mismo libro se lee que, habiendo sido vencidos todos los once tribus, de sólo el tribu de Benjamín acordaron los capitanes que tenían de irse a orar al tabernáculo y darse todos al ayuno santo, lo cual ellos hicieron en tan buen punto y en tan buena hora, que las dos batallas que de antes habían perdido con las armas recuperaron después con las lágrimas. En el cuarto capítulo del libro de Judith [3] se lee que, teniendo Holofernes cercada la ciudad de Betulia, como fuese mayor su potencia que no las fuerzas de la Sinagoga, acordaron todos los del pueblo de irse al templo, vestirse de sacos, echarse en oración, cubrirse de ceniza, darse al ayuno y abstenerse de beber vino, por méritos de la cual penitencia y abstinencia alcanzaron del Señor no sólo que su ciudad fuese descercada, mas aun que al superbo Holofernes cortase la cabeza. Cuando la buena reina Esther hubo de hablar y aplacar a su marido el rey Asuero de la ira que tenía contra el pueblo israelítico, por consejo de Amán, su privado, mandó a todos los de la ciudad de Susis que en tres días continuos no comiesen pan, ni bebiesen vino, ni se acostasen en cama, ni se levantasen del suelo, y así fué que antes que la abstinencia fuese acabada, fué la buena reina oída y fué la ira del rey aplacada, y aun fué el mal fin de Amán puesto en una horca. Después que la reina Jezabel mandó apedrear al inocente Naboth, por tomarle una viña para hacer una real huerta, como vió el rey Achab el pecado que su mujer había cometido y las amenazas que Dios le había hecho, vistióse de un cilicio, cubrióse de polvo, abstúvose de comer y comenzó fuertemente a llorar, mediante la cual abstinencia y penitencia mereció luego alcanzar perdón de su culpa y sobreseerse la sentencia que contra él estaba dada. Jeremías, en el capítulo 35, cuenta la gran observancia y abstinencia de unos hebreos que llamaban los recaritas, los cuales no bebían vino, no edificaban casas, no plantaban viñas, no labraban tierras, no tomaban dineros ni comían manjares delicados, de cuya vida y honestidad se enamoró el Señor tanto, que les prometió y dió su divina palabra que jamás en su sangre y casa faltaría una santa persona. El santo profeta Ezequiel no comió en trescientos y noventa días sino trescientos y noventa panes a secas, los cuales eran no de trigo y centeno, sino de habas y lentejas y millo, y porque fuesen más desaborados a la garganta, cocíanselos so la ceniza, y su beber era solas seis onzas de agua al día, en mérito de la cual abstinencia meresció alcanzar todo el discurso de

[3] Iudith. 4, 9 ss.

la Sinagoga y grandes secretos de la Iglesia. Del gran San Juan Bautista leemos que desde muy niño se fué al desierto, andaba en él solitario, vestíase pellejos de camellos, comía langostas silvestres, bebía agua salobre, dormía en los zarzales y acompañábase de animales salvajes, mediante la cual abstinencia meresció ver a Cristo con sus ojos, mostrarle con sus dedos y bautizarle con sus manos. Del mismo Hijo de Dios se lee también que a la hora que tomó el bautismo y apareció sobre él el Espíritu Santo, luego se subió en un monte muy apartado, no a más de a orar y ayunar y penitencia por nuestros pecados hacer; de manera que así como el primero Adán plantó la Sinagoga sobre la gula, así el segundo Adán fundó su Iglesia sobre abstinencia.

He aquí, pues, declarado cuán loada, cuán estimada y cuán celebrada es la bendita abstinencia en toda la Escritura sacra, la morada de la cual es en los corazones santos que se guardan de pecar y en los cuerpos virtuosos que se abstienen de comer, refrenar el corazón de que no ame los vicios y abstener el cuerpo de manjares delicados, aunque a todos los del mundo sea cosa necesaria, mucho más lo es a los de la vida monástica, porque no es otra cosa la vida religiosa sino una penitencia continua y una abstinencia voluntaria. Los que están sobre algún castillo fuerte o ponen cerco a una ciudad muy murada, ante todas cosas trabajan de quebrar los caños por do les viene el agua y atajarles los pasos por do les vienen los mantenimientos, porque a los enemigos que están dentro rebelados y protervos, la falta de la vitualla los constriña a dar la obediencia. No hay cosa en esta vida que nos dé tantos trabajos ni que nos pida tantos regalos como es nuestra propia carne, con la cual es imposible del todo cumplir ni menos a sus apetitos satisfacer, porque para contentarla es muy antojadiza y para servirla es muy ingrata. Jamás cesa de importunar, jamás se harta de pedir, ni aun jamás se cansa de se quejar esta nuestra carne, lo cual paresce claro en que por beneficios que le hacemos ni por flaqueza que le sufrimos, más sañuda está por sólo un apetito que le negamos que contenta por cuantos vicios le consentimos.

Como la carne y el demonio estén contra nosotros amotinados y para nuestro mal confederados, muchas veces nos persuaden a que nos demos un hartazgo de vicios, con decir que luego nos tornaremos a ser virtuosos, en lo cual ellos mienten y notoriamente nos engañan, porque es de tan mal viduño la planta de nuestra carne, que si hoy le consentimos un vicio, luego otro día se quiere tornar al regosto. ¿No sabes, hermano, que si a la carne das una bue-

na comida que no te perdonará la cena? ¿Ahora sabes que ni porque duermas ocho horas de noche que también quiere ella reposar una hora de día? ¿Ahora tienes por saber que si la consientes avezarse a adulterar, primero serás tú muerto que pierda ella el apetito? ¿Y tú no sabes que muchas veces te importuna por manjares tan exquisitos y por apetitos tan extraños que ni la hacienda lo sufre ni aun el estómago lo quiere? De tal enemigo no es de fiar, contra tal enemigo razón es de pelear, con tal enemigo no es de conversar, y aun a tal enemigo razón es de castigar, que pues ella nos descamina del camino del cielo, justa cosa es que le vamos nosotros siempre a la mano.

En esta opinión y de este parecer era el Apóstol cuando decía: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo* [4]; y es como si dijera: De tal manera me he yo con mi cuerpo, que no le consiento comer, sino ayunar; no dormir, sino velar; no holgar, sino sudar, y si por caso en alguna cosa se me desmanda, luego es con él la disciplina; por manera que le trato como a esclavo, y él a mí como a señor. Como hay en el mundo pocos apóstoles y muchos apóstatas, no saben los hombres ya otra cosa sino cargar a la triste ánima de pecados y bañar al cuerpo con regalos. ¡Oh no una ni dos, sino mil y diez mil veces bienaventurado el que a su corazón tiene limpio y a su cuerpo amedrentado!, porque jamás el espíritu se verá en libertad si primero el cuerpo no está en sujeción. ¿Cómo dirás con el Apóstol: *Castigo corpus meum*, pues en habiendo hambre, le das de comer; y en habiendo sed, le das de beber; y en habiendo frío, le calzas, y en habiendo sueño te acuestas? ¿Cómo dirá con el Apóstol: *Castigo corpus meum*, el que jamás consiente que su cuerpo se canse, ni permite que se le moje, ni aun sufre que se le enlode? ¿Cómo castiga a su cuerpo el que se pone a murmurar porque no le dan a comer manjares costosos y no le dan a beber vinos preciosos? No diremos por cierto del tal que a su cuerpo castiga, sino que le cría; no que le disciplina, sino que le regala; no que le torna siervo, sino que le hace señor, pues por consentirle lo que quiere y darle lo que le pide padesce su hacienda necesidades y su cuerpo enfermedades. Si el apóstol San Pablo, siendo trono de sabiduría y que estaba confirmado ya en gracia, no había empacho de llorar y de a su cuerpo castigar, ¿qué será de ti y de mí, que no estamos en gracia, sino en desgracia, y que delante de la Justicia divina está corriendo sangre nuestra culpa? Mucho es de ponderar que no dice el buen Apóstol: Castigo en el cuerpo de mi vecino, sino so

[4] I Cor. 9, 27.

lamente dice que castiga su propio cuerpo, en lo cual nos da a entender que hartos vicios y pecados hay que castiguemos en nosotros, sin que nos encarguemos de castigar pecados ajenos. ¡Oh, con cuánta facilidad se suelen encargar muchos hombres de castigar y corregir culpas ajenas, y aun a vueltas de ellas meten la mano en sus propias honras, los cuales, si considerasen cuánto son mayores los males que a ellos disimulan que no las culpas que a los otros acusan, soy cierto que para juzgar a sus prójimos serían piadosos, y para contra sí mismos muy crueles verdugos.

No vaca tampoco de misterio que no dice el Apóstol que trata a su cuerpo como a hijo, ni como a hermano, ni como a amigo, ni aun como a vecino, sino como a siervo, y aun siervo muy azotado, para darnos a entender que, si queremos ahorrar muchos enojos y ser de nuestro cuerpo bien servidos, ni le consintamos vicios que tuviere ni le perdonemos culpa que cometiere. «Deus qui culpa offenderis poenitentia placaris», dice San Gregorio en una oración hablando con Dios; y es como si dijese: ¡Oh sumo y eterno Dios!, cuya es tan grande la clemencia y tan inmensa la bondad, que tan fácilmente te aplacas con la penitencia como te ofendiste con la culpa; humildemente te rogamos y con muchas lágrimas te pedimos tengas, Señor, por bien que nuestra flaca abstinencia temple tu recia ira. El glorioso San Ambrosio dice también en el *Prefacio:* «Qui corporali ieiunio vicia comprimis, mentes elevas, virtutem largiris, et præmia, per Christum Dominum nostrum»; y es como si más claro dijese: Eres tú, Dios, tan bueno y conténtaste con tan poco servicio, que, en remuneración de un simple ayuno que te ayunamos, nos debilitas los vicios, nos levantas los corazones, nos enriqueces las virtudes y nos prometes grandes mercedes.

Si en la corporal abstinencia y en el refrenamiento de la gula no hubiese mucho mérito, y no esperásemos por ello gran premio, ¿osaría, por ventura, la Iglesia tanto loarla y los santos tan de corazón abrazarla? La lengua que pone lengua y la boca que se desmanda a decir mal de la santa abstinencia, a piedra lodo había de ser cerrada y la lengua a raíz cortada, porque de virtud tan necesaria y que de tantos santos está aprobada, nadie puede decir mal de ella, si no fuere el que es poco disciplinado y muy mucho regalado. Dime, yo te ruego, pues en esta vida mortal no tiene el hombre a otro peor enemigo que es a su mismo cuerpo, ¿no sería, por ventura, loco y muy loco el que a este enemigo regalase y contra sí mismo armas le diese? Dejar a mis ojos que vean lo que desean, y que mis orejas oyan lo que les aplace, y que mi lengua parle

lo que se le antoja, y que mi corazón piense en lo que se deleita, y que mi cuerpo tenga con que se regale, ¿por ventura no salen estas armas de mí mismo para contra mí mismo, y no para contra otro alguno? El santo rey David, cuando hizo campo con el gigante Goliat, como le derrocase de una pedrada y no de cuchillada, fué el caso que con el mismo cuchillo que llevaba el gigante en la cinta le cortó David la cabeza. Es aquí, pues, ahora de notar que si el triste de Goliat viniera a pelear a pedradas y no a cuchilladas, como vino, escapara él descalabrado, mas no quedara allí muerto; de lo cual podemos inferir que el mundo y la carne y demonio pueden con sus tentaciones lastimarnos: mas si no les damos armas, no pueden derrocarnos. Tantas armas damos al demonio con que nos combata cuantos manjares consentimos al cuerpo que coma, porque esta nuestra carne mortal y bestial, después que se ve harta y se siente contenta, dime, yo te ruego: ¿no tiene por ventura más habilidad para vocezar que no para rezar? El glorioso San Bernardo, en un sermón que predicó a sus monjes, dice: Absteneos mucho, hermanos míos, de comer y templaos en el beber, pues sabéis y sabemos que el cuerpo, después que está harto, y el estómago, después que está repleto, no quiere sino dormir, no sabe sino vocezar, no descansa sino en se esperezar, y no se querría aun mover; las cuales cosas todas son en los del mundo pecado, y en los religiosos sacrilegio.

Impinguatus, incrasatus, recalcitravit dilectus, Deuter. (c. 32)[5]; y es como si dijese: No pensando lo que hacía ni el mal que a mí me venía, permití a mi cuerpo que engordase y dile lugar a que se regalase, y ahora, en pago de aquellos regalos, ni le puedo contentar y mucho menos domeñar. La queja que da aquí contra su perlado el santo Profeta, muchos la podrían dar de sí mismo hoy día, los cuales ni se acuestan a la noche ni se levantan a la mañana, sino con decir qué es lo que comerán y beberán aquel día. El que se obliga a regalar su cuerpo, se obliga a un gran trabajo y echa sobre sí un terrible censo, porque después que le tenga cebado y le haya mucho regalado, si le manda algo, dirá que no quiere, y si se lo ruega, responderá que no puede. La licencia que tiene el Profeta de reprehender al hombre que es graso, lucio y gordo y regalado tenemos también nosotros de alabar al que es flaco, abstinente y amarillo, porque, entre otros, este bien tiene la moderada abstinencia, que para el alma es muy meritoria y para el cuerpo muy gran medicina. ¿Qué otra cosa es decirnos el Profeta que el cuerpo regalado y vi-

[5] Deut. 32, 15.

cioso tira coces sino que el pago que nos dá es darnos de coces? Entonces nos trae nuestro cuerpo so los pies acoceados, cuando todo lo que ganamos es para le servir y todo lo que sudamos es para le sustentar: y de aquí es que hay muchos hombres tan dados a la gula y tan enemigos de la abstinencia, que no tienen cosa por bien gastada si no es la que se come a su mesa y se desperdicia en su casa.

Hablando más en particular, dado caso que en todos los estados sea vituperada la gula, mucho más lo es en los religiosos que profesaron vida monástica, a los cuales pertenesce en igual grado tener enemistad con los regalos como la tienen con los demonios, porque hasta hoy, por ver tengo a ningún monje que fuese muy amigo del refitorio que no fuese enemigo del oratorio. Créeme, hermano, y no dudes que la gula y la abstinencia, el velar y el dormir, el holgar y el trabajar y el comer y el orar, si en todas partes son enemigos, mucho más lo son en los monesterios, porque en las casas de los siervos de Dios, jamás por jamás vicio se admite ni virtud se despide. El que de nuevo viene a ser religioso y que pretende ser perfecto, ante todas cosas se debe guardar de la gula y avezarse a hacer abstinencia, porque se ha de tener por dicho que con los manjares que engorda el cuerpo se enflaquece el espíritu, y con los que engorda el espíritu se enflaquece el cuerpo. ¡Oh tú, que veniste del siglo al monesterio!, si vienes con intención de salvarte y no de regalarte, debes te de acostumbrar a comer poco, a beber poco, a dormir poco y a trabajar mucho, porque si desde el año de tu noviciazgo no impones a tu cuerpo a se abstener y aun a se disciplinar, andarás toda tu vida desesperado y no será mucho que al fin apostates del monesterio.

Mira tú también por ti y no te engañe el demonio en decir que, si estás sano, y recio, y gordo, podrás mejor llevar los trabajos del monesterio y hacer lo que te mandare el perlado, la cual tentación no debes admitir ni en ella consentir, porque el verdadero hijo de Dios, habiendo de hacer armas con el demonio, no tomó otras ningunas armas si no fué el ayuno de cuarenta días. No quiere Cristo lidiar con el demonio sino ayuno; ¿y osas tú esperarle estando harto? Las aves que tienen poca pluma y gruesa carne vuelan poco, y las que tienen mucha pluma y poca carne vuelan mucho, de lo cual podemos coligir que los buenos religiosos, más necesidad tienen de tener a sus carnes bien disciplinadas que no muy gruesas y muy regaladas, porque en los grados de perfección nadie llegó a ser contemplativo si no fué por el camino de la abstinencia y ayuno.

CAPITULO XII

De cómo el siervo del Señor tiene más obligación de ser muy bueno que no todos los mundanos que quedaron allá en el mundo

Separavi vos a caeteris gentibus; separate et vos mundum ab immundo, dijo Dios a los hijos de Israel en el capítulo 20 del Levítico [1]; y es como si dijera: Pues yo os escogí de entre los gentiles para que fuésedes hebreos, y os saqué de Egipto para que morásedes en el desierto, y os aparté del error de los ídolos para que adorásedes un Dios sólo, y aun os saqué de cautiverio y os puse en libertad, razón será que también vosotros os apartéis de lo que es inmundo y malo y que no hagáis cosa en mi deservicio. Si profundamente queremos entender estas palabras, hallaremos por verdad que a los religiosos, más que no a otros, son dirigidas, a los cuales, como Dios por su misericordia los haya sacado del mundo y de sus peligros, quiere que vivan muy limpios y perfectos en sus monesterios. Por muy gran merced cuenta Dios el haber sacado a los hebreos de Egipto, mas por mayor ha de tener el monje el haberle sacado el Señor del mundo, porque muchos más se salvan de los que guardan su profesión que no de los que entraron en la tierra de promisión. En recompensa, pues, de tan alto beneficio solamente nos pide el Señor que apartemos lo limpio de lo no limpio, es a saber: lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo profano de lo santo, lo aprobado de lo condenado, lo corregido de lo disoluto y lo virtuoso de lo vicioso. Entonces el monje aparta lo mundo de lo inmundo, cuando deja en el mundo la soberbia y trae consigo la humildad, deja la ira y trae la paciencia, deja la gula y trae la abstinencia, deja la envidia y trae la caridad, deja la avaricia y trae la pobreza; de manera que no posee del mundo cosa que le perjudique ni tiene en el monesterio cosa que le dañe.

Cum Gedeon purgaret frumenta in torculari, ait ei Angelus: Dominus tecum virorum fortissime, dice la sagrada Escritura en el capítulo 6 del libro de los Jueces [2]; y es como si dijera: Estando aechando un poco de trigo dentro

[1] Lev. 20, 24-25.
[2] Iud. 6, 11-12.

de un lagar el famoso capitán Gedeón, díjole el ángel del Señor: ¡Oh más fuerte que todos los varones fuertes del pueblo!, alégrate, que el Señor es contigo. No vaca de alto misterio que no aparesció el ángel a Gedeón estando comiendo, ni durmiendo, ni holgando, ni negociando, sino aechando, para darnos a entender que, si primero no apartamos de nuestra conciencia el polvo y la paja de la culpa, nunca el Señor nos visitará con su santa gracia. Conviénete, hermano mío, purgar y aechar de tu conciencia el polvo de la avaricia, la neguilla de la lascivia, las piedras de la soberbia y las pajas de la vanagloria; porque si tú no quieres comer sino de trigo aechado, tampoco quiere el Señor conversar sino con corazón muy limpio. Entonces el monje purga y aecha su conciencia, cuando cada noche hace cuenta con su persona del estado en que está su vida y lo que en sí halla sospechoso evítalo; lo que halla malo, enmiéndalo; lo que halla flaco, esfuérzalo, y lo que halla bueno, confírmalo. No se contentó el Salmista [3] con decir: *Declina a malo*, sino que también dijo: *Fac bonum*, para darnos a entender que no cumple el varón perfecto y religioso con no hallar en sí alguna notable culpa, sino que también es obligado a hacer alguna obra meritoria, porque, en el camino de la perfección, al no aprovechar llaman desaprovechar. Debes también advertir en que va muy mucho del aechar al cribar, porque en el harnero cae el polvo y queda el grano, y en la criba cae el grano y queda la paja; quiero por lo dicho decir que entonces el monje se pone a cribar y no aechar su conciencia, cuando procura para sí lo que le es aplacible y deleitoso y carga sobre otros los trabajos del monesterio.

Simon, ecce Satanas expetivit vos, ut cribaret sicut triticum [4], dijo Cristo a San Pedro en la noche de la pasión; y es como si dijera: Despierta, Pedro, despierta, porque Satanás ha pedido a mi Padre facultad y licencia para ti y a tus compañeros cribaros en una criba. Sobre estas palabras dice Crisóstomo: El oficio de Dios es aechar, y el oficio del demonio es cribar; es a saber, ayudarnos a retener la paja de los vicios y sacudirnos para que echemos de nosotros el trigo de las virtudes; por manera que en la vida que hace cada uno se conoscerá si le aechó Cristo o si le cribó el demonio. ¡Oh tú, que veniste al monesterio a ser religioso!, mira que no te aprovecha cosa alguna el haber renunciado al mundo si junto con esto no aechas a ti mismo echando de tu corazón la paja de tu parescer propio, porque la vida monástica y religiosa no

[3] Ps. 36, 27.
[4] Luc. 22, 31.

consiste tanto en dejar lo que tenemos cuanto en no hacer lo que queremos. Como un monje dijese al glorioso abad Arsenio que quería irse a espaciar un poco por el campo, respondióle el santo varón: Descomulgada palabra es en la boca del monje el osar decir *quiero* o *no quiero*, pláceme o no me place, porque el religioso que osa hacer lo que quiere, tarde o nunca hace lo que debe.

Mutatus est in virum alterum [5] el rey Saúl después que le llamó Dios a ser rey; del cual ejemplo podemos colegir que, desde la hora que entráremos en el monesterio, hemos de ser otros, parescer otros y no vivir como vivíamos, porque no consiste la Religión en dejar las ropas que en el mundo traíamos, sino en olvidar las costumbres que allá teníamos. Mucho va de la manera que vivíamos en el mundo a la que hemos de tener en el monesterio, porque allá valen más los ricos, y acá los pobres; allá los generosos, y acá los virtuosos; allá los elocuentes, y acá los callados, y allá los agudos, y acá los recogidos. De manera que lo que en el siglo tenían por envés, tenemos acá por revés. A los hijos de Israel no los dejó Dios vivir en el desierto, como de primero vivían en Egipto, porque, salidos de allí, luego les dió otra ley que guardasen, otro sacrificio que ofresciesen, otros sacerdotes a quien creyesen, otras cerimonias que tuviesen y aun otros capitanes a quien siguiesen. Bien pudiera Cristo morir vestido y calzado, y no quiso sino morir descalzo y desnudo, en lo cual nos dió a entender que antes de entrar en la cruz de la Religión nos conviene dejar no sólo las seculares ropas, mas aun las voluntades propias, porque el monje verdadero no ha de saber más de sí en el monesterio que sabe de sí el que está muerto en el sepulcro. Así como es uso y costumbre que todos en la guerra sigan al capitán, y en el camino al que guía, y en la mar al piloto, y en la escuela al maestro, así es necesario que en la Orden sigan todos a su perlado, porque el estado de la Religión es muy áspero de sufrir y muy dificultoso de entender. Por haber estado en la Orden diez años ni veinte, no piense nadie que por eso se puede ya regir por su seso y fiarse de su parescer propio; porque es de tal calidad la Religión, que nadie podrá en ella mejorarse, ni mucho menos salvarse, si no se deja al parescer ajeno y de su seso propio no viviere recatado. ¡Oh, cuán malaventurado es al que, como al ciego de Hiericó, dice Cristo: *Quid vis ut faciam tibi?* [6] Y ¡oh cuán bienaventurado es el que con San Pablo dice a Cristo: *Domine quid me vis facere?* [7];

[5] I Reg. 10, 6.
[6] Marc. 10, 51; Luc. 18, 41.
[7] Act. 9, 6.

porque el juego de nuestra salvación está no en que nos diga Dios: ¿Qué queréis?, sino en que digamos nosotros a Dios: Señor, ¿qué es lo que mandáis? Cuando al enfermo dejan comer de todo lo que se le antoja, señal es que le han desahuciado la vida. quiero decir, que no hay más cierta señal que vamos del todo perdidos que cuando el Señor nos deja hacer todo lo que queremos, porque a todos sus amigos y escogidos no sólo los tiene él de su mano, mas aun les va a la mano. A este propósito, el glorioso Augustino, en sus *Confesiones*, dice: ¡Oh buen Jesús, oh descanso de mi alma!, no sé de cuál te haga primero gracias; es a saber: por los grandes beneficios que me has hecho o por los muchos males de que me has guardado, porque tanto te debo, ¡oh buen Jesús!, por no me haber dejado caer como por me haber ayudado a levantar.

La petición de *Fiat voluntas tua,* imposible es que nadie la cumpla si primero no niega a su voluntad propia, porque no hay tanto trecho del cielo a la tierra cuanta diferencia hay de lo que Dios nos manda a lo que nuestra sensualidad querría. Cuando el bendito Señor daba las reglas de perfección a sus discípulos, primero sé que dijo la palabra de *abneget semeptisum* [8] que no la otra de *sequatur me;* para darnos a entender que del abnegamiento de mi sensualidad depende el cumplir yo su voluntad. El siervo del Señor que no hace su voluntad propia, aquel y no otro puede decir el *Fiat voluntas tua,* porque de otra manera, ni le aprovecharía al tal el *Pater noster* que él rezase ni aun el *Credo* que cantase. En las *Vidas de los Padres* dijo un monje al abad Serapio: ¿Qué haré, padre bendito, que cuando voy a orar me siento tibio y cuando quiero trabajar me hallo cansado? A esto le respondió el viejo: Ni dejes de orar aunque estés tibio ni dejes de trabajar aunque estés flaco, porque has de saber, hijo, que no mira Dios qué tales somos, sino qué tales deseamos ser, ni mira lo que hacemos, sino las entrañas con que lo hacemos; de manera que tenemos Dios y Señor que también se contenta con buenos deseos, como se contentan otros con muchos dineros. La sagrada Escritura dice que en el campo del rey David, igualmente ganaban sueldo los que quedaban a guardar los bastimentos como los que iban a pelear con los enemigos; quiere decir que igualmente merescen los flacos que hacen todo lo que pueden como los recios que hacen lo que deben, porque más mira el Señor la fuerza que hacemos a nuestros apetitos que cuantos trabajos padescemos en los monesterios.

Nil ardet in inferno, nisi propria voluntas, dice San Ber-

[8] Matth. 16, 24; Luc. 9, 23.

nardo; y es como si dijese: No arden en el infierno los vicios que se cometieron, sino la voluntad con que se cometieron. ¡Oh cuán gran verdad dice este santo!, porque, si cristianamente lo queremos mirar, la culpa por que penan los dañados en el infierno no está en el cuerpo que la comete, sino en la voluntad con que se comete. Si con estar Cristo orando y llorando en el huerto de Getsemaní dice: *Non mea, sed tua voluntas* [9], ¿cuál es el monje que osa hacer lo que quiere en el monesterio ni osa tener réplica a lo que le manda su perlado? En el libro de la *Vida solitaria* se dice así: El monje que mora a do él quiere, y tiene lo que quiere, y no hace nada de lo que debe, no diremos del tal que ora con Cristo en el huerto, sino que ora en el infierno con el demonio, porque Cristo quiere que hagamos lo que debemos, y el demonio todo lo que queremos. *Descenderunt in infernum cum armis suis,* dijo Cristo por Ezequiel en el capítulo 32 [10]; y es como si dijera: Asur y Moab, Gebal y Amón, que intentaron de asolar las fuerzas de mis repúblicas, yo los enviaré al infierno con sus propias armas. A tomar nos incita el Apóstol, diciendo: *Induite vos armaturam Dei* [11]; y en otra dice: *Assumentes scutum fidei* [12]; y en otra parte dice: *Arma militae nostrae, non carnalia, sed spiritualia* [13]; de manera que, pues tantas veces el divino Apóstol nos toca al arma, señal es que debemos estar metidos en alguna peligrosa guerra. Muy peligrosa y aun muy prolija guerra tenemos, pues con la carne, y con el mundo, y con el demonio cada día peleamos y nos asimos, y lo que más de espantar es: que nadie es bastante para poner entre nos paz, o siquiera tregua, si no es la muerte y sepultura. Las armas, pues, que hemos de tomar son la humildad contra la soberbia, la caridad contra la envidia, la paciencia contra la ira, la abstinencia contra la gula; de manera que tantas son las armas cuantas son las virtudes y tantos son los enemigos cuantos son los vicios. Como Cristo tiene armas para los que le sirven, también tiene el demonio armas para los que le siguen, y éstas son la soberbia, con que arma a los ambiciosos; la envidia, con que arma a los maliciosos; la gula, con que arma a los golosos, y la blasfemia, con que arma a los deslenguados; de manera que muy bien nos conoscerán en las armas que traemos debajo de qué capitán andamos. Cuando el Ezequiel dice: *Descenderunt in infernum cum armis suis,* de estas inicuas

[9] Luc. 22, 42.
[10] Ez. 32, 27.
[11] Eph. 6, 11.
[12] Eph. 6, 16.
[13] II Cor. 10, 4.

armas habla y por la gente vana y mundana lo dice, los males todos, conforme a las armas que de acá llevan, es el galardón que allá reciben.

Hablando más en particular, no ha de pensar el siervo del Señor que sus principales armas son el hábito y la cuerda, y la cogulla, sino la humildad, y la caridad, y la paciencia, con las cuales ha de pelear y en su Religión se sustentar. ¿Tú no sabes, hermano mío, que el hábito, y la cuerda, y la cogulla no te acompañan más de hasta la sepultura; mas la humildad, y la caridad, y la paciencia no te dejarán hasta ponerte en la gloria? De los monjes mal disciplinados, y ambiciosos, y voluntariosos, y propietarios, de éstos dice el profeta: *Quod descenderunt in infernum cum armis suis*, porque no puede ser en esta vida cosa más justa y aun justísima que los que acá se armaron con armas de culpa sean allá aposentados en la casa de la pena. En la casa de la pena será aposentado el que al mandamiento de su perlado responde no quiero o no puedo, porque el verdadero siervo del Señor, si lo que le mandan no puede hacer, débelo a lo menos probar. San Bernardo, a este propósito, dice: El abad Ignacio, mi maestro, me dijo una vez, siendo yo novicio, que si yo respondía al demonio cuando me tentaba *Nolo*, y respondía al perlado cuando algo me mandaba *Volo*, y tenía siempre en mi memoria el *Discedite a me* y cumplía el dicho de Cristo de *Venite post me*, que el Señor me daría su gracia para vivir en la Orden como religioso y me alumbraría en la muerte a morir como cristiano.

Visitabo omnes, qui induti fuerint veste peregrina, dijo Dios por el profeta Sofonías en el capítulo 1 [14]; y es como si dijese: Yo castigaré a todos los que en mi pueblo introdujeren alguna costumbre nueva o se vistieren alguna vestidura peregrina. Aquel en la Iglesia de Dios se viste de vestidura peregrina que introduce en ella alguna maldita secta o alguna descomulgada herejía, y lo que dice el Señor que al tal ha de visitar, es decir, que le ha de castigar y asolar, porque jamás hubo hereje ni herejía del cual no dé fin la Iglesia católica. Entonces el monje se viste de vestidura peregrina, cuando hace en el monesterio su voluntad propia, porque en el siervo del Señor por cosa monstruosa y peregrina se ha de tener el hacer su querer, y por cosa propia y natural el obedescer. También se viste el monje de vestidura peregrina cuando se viste de ropa más fina, y tiene la celda muy curiosa, y procura libertad de andar siempre fuera, y que siempre tiene la mesa muy abastada, y que en ninguna cosa quiere sufrir pobreza;

[14] Soph. 1, 8.

de manera que es entre todos los monjes bien conoscido, no por la penitencia que hace, sino en la vida relajada que tiene. En las *Vidas de los Padres* dijo un monje al abad Sisoy: Dime, padre bendito: de tres enemigos que tenemos, es a saber, la carne, y el demonio, y el mundo, ¿cuál de estos tres tendré por mayor enemigo? A esto le respondió el viejo: Hágote saber, hijo, que la más peligrosa guerra que tiene el siervo del Señor es no la carne, no el mundo, no el demonio, sino él mismo consigo mismo; porque la razón convídanos a trabajar, y la sensualidad no quiere sino holgar; de manera que nadie le hace tanto daño como él se hace, ni de nadie debe vivir tan recatado como de sí mismo. Hugo, *De arra animae,* dice: Bien sabes tú, hermano, que la carne no empesce si la castigan, y el demonio a nadie engaña si no le cree, y el mundo a nadie pierde si no le sigue; sola la traidora de la nuestra propia voluntad es la que nos quebranta el cuerpo con trabajos y nos martiriza el corazón con cuidados. Séneca, escribiendo a Lucilo, dice: Séte decir, amigo mío Lucilo, que en este año quinto de Claudio he tenido en Roma muchas contradiciones y he perdido en Capua muchas de mis huertas: mas al fin al fin, aunque es cosa trabajosa perder hombre lo que tiene, mucho mayor trabajo es no hacer hombre lo que quiere.

Resumiendo, pues, todo lo dicho, decimos que mucho da el que a sí mismo da y mucho sacrifica el que a sí mismo sacrifica, porque es tan generoso el corazón del hombre, que a nadie querría tener sujeción ni que le hiciese contradición.

CAPITULO XIII

DE CUATRO MUY NOTABLES FIGURAS DE LA ESCRITURA SACRA CON LAS CUALES SE PRUEBA EL PELIGRO DE LA INOBEDIENCIA Y DEL PROVECHO DE LA OBEDIENCIA

Nunquid vult Dominus holocausta, aut victimas, et non potius, ut obediant ei? [1] Palabras son éstas del santo profeta Samuel dichas al desdichado del rey Saúl cuando en el reino de Amalec mató los ganados sarnosos y flacos y guardó para sacrificar los gruesos y hermosos, y quísole Samuel tanto decir: ¿Piensas tú, ¡oh rey Saúl!, que tie-

[1] I Reg. 15, 22.

ne el Señor necesidad de holocaustos odoríferos o de sacrificios abundosos porque le sirvamos con ellos cuando está aplacado o para aplacarle con ellos si está enojado? No es de ésos el Dios de Israel, no es de ésos, porque has de saber, ¡oh gran rey y señor!, que lo que más a él le place y de lo que más él se sirve es que como a señor le acaten reverencia y como a gobernador le tengan obediencia. No vaca de misterio que no se lee de Saúl haber caído en soberbia, ni en ira, ni en lujuria, ni en gula, ni aun en ninguna otra tiranía, sino que no quiso a los moabitas matar y guardó los ganados gruesos para sacrificar; y a hacer esto le movió más la clemencia que no la codicia, y con todo esto, Dios se enojó y gravemente le castigó. Débenos este ejemplo espantar y débenos mover a obesdecer, pues siendo, como fué Saúl, el rey de Israel primero y que fué de la mano de Dios escogido, y junto con esto que era esforzado, era animoso y era piadoso, no por más de por el pecado de la inobediencia le quitó Dios la gobernación de su república. Pensaba el rey Saúl que delante la divina Majestad valía más la clemencia que no la obediencia; queriendo el Señor a él avisar y a nosotros desengañar, dijo: *Melior est obedientia, quam sacrificia*, y es como si dijera: No me pesa a mí que los hombres sean clementes; empero, más quiero yo que me sean obedientes; ni me pesa que sean devotos y me ofrezcan sacrificios; empero, mucho más quiero yo que obedezcan y guarden mis preceptos, porque en el sacrificio ofrescen animales muertos, mas en la obediencia ofrescen a sus corazones propios.

Sobre esta palabra de *melior est obedientia* dice la *Glosa* de Aimón: Bien huelga el Señor de ser servido y ser temido, ser honrado y ser sacrificado; empero, sobre todo quiere ser obedescido, y de aquí es que en todas las divinas letras apenas se hallará lugar a do se queje el Señor de que no le ofrescen sacrificios, y quéjase a cada paso de que no le son obedientes. Por más que sea uno devoto, piadoso, limosnero, abstinente y continente, no se debe del gremio de la Iglesia apartar ni contra su perlado amotinar, porque por esta sentencia de *melior est obedientia, quam sacrificia* está determinado y concluso que ninguna obra será delante de Dios meritoria si no fuere con la obediencia acompañada. *Vir Dei, qui inobediens fuit ori Domini, tradidit eum Dominus leoni*, dice la sacra Escritura en el tercero libro de los Reyes [2], en el capítulo 13; y es como si dijese: Mandó el Señor a un profeta y varón santo que fuese a profetizar a Jerusalén el nacimiento del rey

[2] III Reg. 13, 26.

Josías y la muerte del rey Jeroboán, y que esto hecho, se tornase a su casa por otro camino, sin que en la corte del rey hubiese dormido sueño ni comido bocado; y la causa por que esto le vedaba sólo aquel que lo mandó lo alcanza. Fué, pues, el caso que, habiendo ya profetizado, y tornándose por otro camino, salió a él otro profeta amigo suyo y engañóle a que tornase a Jerusalén a comer y a su casa a dormir, lo cual hecho y cumplido, en pena de su descuido, le despedazó un león en el camino.

No menos es este ejemplo de notar y aun para espan tar que el del rey Saúl, pues dice la Escritura que era éste el profeta verdadero, y que era varón santo y que profe tizó todo lo que le fué mandado, que no comió en Jerusalén bocado y que se tornaba a su casa por otro camino, sino que no por más meresció ser de león muerto de porque condescendió al ruego de su amigo y no hizo lo que Dios por su obediencia le había mandado. Dime, yo te ruego: ¿qué le aprovechó a este buen hombre su santidad, ni su abstinencia, ni su profecía, pues su inobediencia le quitó la vida? ¿Crees tú que el varón de Dios muriera ni que el león le despedazara si, como se aprovechó de la profecía, se aprovechara de la obediencia? Balán, y Saúl, y Caifás, aunque tuvieron el espíritu de profecía, porque carescieron de la virtud de la obediencia, tenemos por más cierta su damnación que su salvación, de lo cual podemos inferir que vale más el obedescer que no el profetizar. Razón también es de advertir en que, habiendo el varón de Dios escapado de las manos del rey Jeroboán, contra quien había profetizado, y de la ira del pueblo israelítico, que se había alterado, vino a morir no por industria de algún su enemigo, sino por el consejo de un profeta su amigo; de manera que la amistad muy estrecha es algunas veces muy perniciosa. Como ambos eran profetas, ambos eran amigos y aun eran muy conoscidos, rogóle mucho el profeta que estaba en Jerusalén se tornase a reposar a su casa y a ver a su mujer y familia, a lo cual el varón de Dios condescendió y para ello se convenció, atreviéndose más a su conciencia propia que no a quebrantar la amistad antigua.

San Hilario dice a este propósito: Tener el hombre amigo y hacer obras de amigo no lo prohibe el derecho divino, ni aun lo veda el humano; mas junto con esto, digo que no se debe conservar ninguna amistad que nos acarrea alguna fealdad, porque no se puede llamar amicicia la que sobre bondad no está fundada. *Filius, qui contempserit imperium patris, ad portam civitatis lapidibus obruatur*, dijo Dios a Moisén en el capítulo 21 del Deute-

ronomio [3]; y es como si dijera: Yo te mando, Moisén, que si algún padre quisiere castigar a su hijo por ser travieso y protervo, y el hijo no se dejare castigar ni se quisiere enmendar, quiero que al tal le saquen fuera del pueblo y que allí muera apedreado, porque sea a él castigo y en él tomen otros mancebos ejemplo. Mucho es aquí de ponderar que en la vieja ley podía un padre perdonar a su hijo aunque fuese ladrón y goloso y tahur y revoltoso, mas no le podía perdonar si era superbo y desacatado, porque en tal caso, aunque el padre lo quisiese disimular, era obligado el pueblo a lo apedrear. La Escritura sacra no pudo más encarescer la maldad de la inobediencia que fué mandar el padre que, por sola ella, quitase a su hijo la vida, de lo cual podemos inferir que debe este delito encerrar en sí alguna muy grave culpa, pues se mandaba castigar con tan gravísima pena.

Cosa parece nueva y aun parece cosa inhumana mandar la ley vieja que el mismo padre propio fuese verdugo de su mismo hijo; mas como toda ley divina tenga más de piedad que de rigurosidad, hemos fielmente de creer que, según es aborrescible a Dios el pecado de la inobediencia, debe aún ser poca la pena de quitar el padre a su hijo la vida. Dime, yo te ruego: ¿no meresce, por ventura, más Dios nuestro Señor, que de no nada me cría, que no mi padre, que de otra materia me engendra? Pues si meresce pena de muerte el que a su padre desobedesce, ¿qué merescerá el que contra su Criador se alza? Tantas veces contra Dios te alzas cuantas veces contra él pecas, y tantas veces contra él pecas cuantas sus mandamientos no guardas; de lo cual se sigue que, si no fueres aquí apedreado como hebreo, serás en el otro mundo condenado como malo.

De este ejemplo deben tomar ejemplo los padres con sus hijos y los maestros con sus discípulos de criarlos muy obedientes y de no consentirles ser incorregibles, porque si los mozos no son desde niños domados, tienen gran trabajo después sus padres con ellos. Cuando Jonatás comió del panal de la miel contra el mandamiento de su padre Saúl, luego allí le quiso el padre cortar la cabeza, si no le fueran a la mano todos los de la Sinagoga, porque si por una parte había el mandamiento del padre quebrantado, por otra había por su lanza al pueblo librado. *Praevaluerunt sermones Ionadab, qui praecepit filiis suis, ut non biberent vinum, nec aedificarent domos*, dijo Dios por el profeta Jeremías en el capítulo 35 [4]; y es como si dijera: Has

[3] Deut. 21, **18-21.**
[4] Ier. 35, 14.

de saber, Jeremías, que el viejo de Jonadab mandó a sus hijos y sucesores que no plantasen viñas, ni bebiesen vino, ni sembrasen tierras, ni edificasen casas, ni residiesen dentro de las repúblicas, sino que morasen fuera en unos tendejones o cuevas, como hombres que hacían poca cuenta de sus vidas y se burlaban de las riquezas. Muy grandes tiempos ha que Jonadab dió a los de su linaje este precepto, y jamás hasta hoy ninguno de ellos lo ha quebrantado; y de lo que yo me quejo a ti, Jeremías, es que tiene en tu pueblo más fuerza lo que Jonadab por su testamento encomienda que no lo que vuestro Dios en su ley vos manda. Y dijo más Dios a Jeremías: Pues en Israel tienen más reverencia a Jonadab que no a mí temor ni amor, yo enviaré sobre los inobedientes israelitas a sus enemigos que los castiguen y haré con sus amigos que no los socorran, pues saben ellos que los llamé y no me quisieron oír, y los hablé y no me quisieron creer, en lo cual yo mostré mi clemencia y ellos declararon su pertinacia. Lo contrario de esto acontescerá a los hijos de Jonadab, a los cuales, por haber tenido a su padre obediencia y no haber traspasado de lo que les mandó ni una palabra, no vendrán en manos de sus enemigos ni les faltarán en sus trabajos sus amigos; y más y allende de esto: no permitiré que su linaje perezca y siempre los conservaré a que estén en mi gracia. Estas palabras que Dios a Jeremías dijo y estas promesas que a los hijos de Jonadab Dios hizo, muy gran espanto deben poner a los rebeldes y muy gran consolación deben acarrear a los obedientes, pues a los buenos toma de nuevo por amigos y a los inobedientes declara por sus enemigos. Con los hijos de Israel será maldito el que fuere desobediente a su perlado, y con los hijos de Jonadab será bendito el que permanesciere en la obediencia de su monesterio, porque Dios nuestro Señor dió por particular privilegio a los que guardan la obediencia que no caigan jamás de su gracia.

Gran confusión es para los cristianos, y mucho más para los religiosos, la obediencia que los hijos de Jonadab tuvieron y la vida áspera que hicieron; es a saber: vivir siempre como peregrinos y carescer de hacienda y dineros; y lo que más de espantar es, que esto no se lo había Dios mandado ni el Evangelio aconsejado, sino que sólo su padre se lo había prohibido. Aun si hubiese precedido aquella palabra: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum* [5], paresce que no era tan meritoria su obediencia ni era de tener en tanto su pobreza, pues a trueque de ella les daba Dios su bienaventuranza; mas de-

[5] Matth. 5, 3.

jar con tanta liberalidad los hijos la hacienda, sin prometerles el padre remuneración por ella ni aun darles razón por qué se la quitaba, cosa es tan alta, que la loarán muchos y la imitarán muy pocos.

Mira la alteza de la Escritura y cómo va también ordenada. Jonadab tomó cargo de mandar, y los hijos se ofrescieron a obedescer y Dios se encarga de los pagar, y la paga que les promete es darles su gracia y que no carescerán de su vista. ¡Oh, quién fuera hijo de Jonadab!; ¡oh, quién se hallara en su pobreza!, y ¡oh, quién cumpliera su obediencia!, porque a hacer lo que ellos hicieron y cumplir lo que ellos cumplieron me rescibiera Dios en su casa y me dotara de su gracia bendita. Esfuérzate, pues, hermano mío, a siempre obedescer y la voluntad de tus mayores seguir, porque ya ves en cómo Dios lo promete, y Jeremías lo afirma, y en los hijos de Jonadab se experimenta que, adoquiera que estuviere la virtud de la obediencia, allí se halla Dios con su gracia.

CAPITULO XIV

De cómo el siervo del Señor todas las cosas ha de posponer por obedescer, lo cual se prueba con excelentes figuras de la Escritura

Non obedio praecepto Regis, sed legis [1], dijo uno de los siete hermanos Macabeos que mandó matar el rey Antíoco porque no querían comer carne de puerco; y es como si dijera: ¿Piensas tú, ¡oh rey Antíoco!, que tengo yo de comer del puerco que tiene nuestro Dios vedado no por más de por tu mandamiento? Sé, y cierto, que me dejaré antes matar que no contra la ley de Moisén ir, porque entre los buenos hebreos, más fuerza tiene la ley que no el mandamiento del rey. Para más encarescernos la sagrada Escritura esta tan heroica obra y esta tan alta obediencia, dice que el Macabeo con quien el rey Antíoco esto pasaba era entre los siete hermanos el más mozo en edad y el más flaco en fuerzas, lo cual hizo de mucha industria el tirano, teniendo para sí creído que por ser como era el más muchacho sería más aína convencido.

Mucho es aquí de ponderar que si mandara el rey Antíoco a aquel mozo ofrescer incienso, ir al templo cada

[1] II Mach. 7, 30.

año, pagar muy bien el diezmo y no dar ni tomar con hombre extraño, aun paresce que tenía ocasión de cualquier trabajo sufrir antes que en tantos trabajos se poner; mas no mandarle sino que comiese de un pernil de tocino un torrezno, el cual es manjar muy apetitoso, cosa es para espantar dejarse por tal cosa morir. No se dejó aquel muchacho matar y despedazar porque el tocino le hacía daño ni porque no holgara él comer del pernil un buen torrezno, sino que, como él era tan virtuoso y de su ley tan celoso, quiso el glorioso mozo antes perder la vida que no quebrantar la obediencia. Gran ejemplo es éste para animar a los mozos obedientes y para confundir a los viejos rebeldes y indómitos, porque a un viejo, la edad que por él ha pasado y la experiencia que tiene ya de los engaños del mundo le fuerza a estar ya quedo y que no se amotine contra su perlado; mas el mozo que es bullicioso y que le es a par de muerte estar recogido, a este tal es de agradescer el irse a la mano y querer guardar lo que tiene a Dios prometido.

No vaca de alto misterio que el precepto de comer o no comer tocino no era ninguno de los diez preceptos del catálogo, sino que era un precepto legal y aun pared y medio del cerimonial, y esto no obstante, quisieron ellos antes morir que de aquel tocino comer, de lo cual podemos inferir que el verdadero siervo del Señor igualmente guarda lo que Dios le da por consejo como lo que le pone por precepto. De creer es que así como los de Nínive se levantaron en el juicio postrero contra los que no hicieron penitencia, así se levantarán los Macabeos contra los que quebrantaron la obediencia, y aún más estrecha cuenta será pedida a los rebeldes que no a los impenitentes, porque de dos pecados, menos mal es no ser penitente que ser inobediente. No hablamos aquí de la final penitencia, sin la cual nadie puede salvar su ánima, sino de la penitencia ordinaria que más o menos hace cada persona, y de esta tal más se sufre el aflojar en la penitencia que no el menospreciar la obediencia. No es por cierto de creer que osara cometer un fornicio, hacer un hurto, levantar un falso testimonio, ni perpetrar algún homicidio el que no osó comer de un torrezno, porque, según dice San Gregorio, privilegio de buenas conciencias es tener escrúpulo aun de lo en que no hay peligro. ¡Oh cuán menos mal era para el hebreo el comer tocino que no es para el cristiano el quebrantar el Evangelio! Mas ¡ay de él y ay de mí!, que el muchacho macabeo fué muerto porque quebrantase su ley, y no la quebrantó, yo soy amenazado si quebranto el Evangelio, y luego le quebranto; de manera que tan poco obra en mí el amor de Cristo como obró en el Macabeo el

temor del tirano. ¡Oh cuántos hay en el mundo que aun por menos de un torrezno traspasan el Evangelio y quebrantan lo que a Dios han prometido!, lo cual paresce claro en que a cada paso juran falso, engañan al prójimo, mienten en público, murmuran de lo bueno, tiénense a un bando, revuelven a todo un pueblo y, lo que es peor de todo, que pecan sin ser de nadie convidados ni del rey Antíoco atormentados.

Cuando mandó Dios al viejo Abraham que degollase a su hijo y mandó también al viejo de San Pedro que dejase las redes y el barco, no hubo menester rogárselo, ni aun dos veces mandárselo, sino que a la hora que se lo mandaron, luego a la hora cumplieron, aunque era cosa asaz penosísima lo que les mandaba la obediencia; es a saber: que el uno degollase a su hijo y el otro dejase su patrimonio. No es nada mandarle Dios a Abraham que degollase a su hijo, sino las condiciones que concurrían en el mozo; es a saber: que era hijo, y hijo primogénito, y hijo unigénito, y hijo muy querido, y aun hijo muy deseado y que a poder de lágrimas en la vejez le había habido; y esto no obstante, a la hora que llegó a sus orejas el mandato de la obediencia, puso al mozo el cuchillo a la garganta. Mandar Dios a Abraham que degollase a su hijo era mandarle degollar a su corazón propio, y mandar a San Pedro que dejase sus redes y barco era quitarle cuanto bien tenía en este mundo; de manera que probó Dios la obediencia de aquellos dos santos viejos en desarraigarlos del amor de los hijos y en quitarles la codicia de los dineros.

Entonces nos manda el perlado que dejemos las redes del barco, cuando nos va a la mano a que no nos enredemos en negocios del mundo, porque muy peores son las redes con que el mundo caza que no las redes con que San Pedro pesca, pues en las unas caza peces y en las otras se enmallan hombres. Entonces con Abraham degollamos al hijo muy querido, cuando forzamos nuestro corazón a que no se rija por su querer propio, que, para decir verdad, si fué mucho degollar Abraham a su querido hijo, no es menos consentir el monje que le vaya su perlado a la mano. El viejo Abraham, de sola una vez pasó el triste trago de degollar a su hijo; mas el buen monje, tantas veces degüella a su corazón propio cuantas el perlado no condesciende a lo que quiere su apetito; y de aquí es lo que dice San Bernardo que cada día se sacrifica el que simplemente hace lo que su perlado le manda. Mandó Rebeca a su hijo Jacob que de presto tomase la ballesta y fuese a matar alguna caza, lo cual, como él hiciese y con brevedad cumpliese, meresció por la obediencia que tuvo a la madre alcanzar la bendición del padre. El após-

tol San Pablo, al punto que del caballo le derrocaron en tierra, luego allí hizo a Dios voto de obediencia, diciendo: *Domine, quid me vis facere?* [2]; es a saber: haz de mí, Señor, lo que fueres servido, que yo me ofrezco a ti por súbdito verdadero para siempre te tener y nunca te desobedescer.

Fili hominis, ad gentes apostatrices mitto te, quita praevaricatae sunt pactum meum, dijo Dios al profeta Ezequiel en el capítulo 2 [3]; y es como si dijera: Yo te envío a predicar, ¡oh Ezequiel!, a unas gentes indómitas y apóstatas, las cuales han quebrantado lo que conmigo capitularon y no han guardado lo que me prometieron. Es aquí ahora de ponderar que en la Sinagoga llamaban apóstata al que se apartaba de la ley, y en la Iglesia llaman apóstata al que se aparta del Evangelio, y en la Religión llaman apóstata al que desampara su monesterio; de manera que no es otra cosa este nombre de apóstata y de apostasía sino apartarse de lo que la Iglesia le manda o ir contra lo que la conciencia le dicta. La Sinagoga tenía por apóstatas a los fariseos hipócritas, la Iglesia tiene por apóstatas a los herejes malditos; en la Religión tienen por apóstatas a los monjes inobedientes; y de aquí es que el idolatrar, y el hereticar, y el inobedescer, todo ello es apostatar.

San Bernardo, escribiendo a un monje que contra su voluntad se iba a otro monesterio, dice: Para quedarte aquí tú, Claraval, conmigo, ni han aprovechado los ruegos que te he hecho, ni los inconvenientes que te he puesto, ni aun las lágrimas que contigo he llorado, lo cual todo yo he hecho más por caridad que no por necesidad, porque conozco de tu corazón y complexión que, si el demonio y no Cristo te lleva al yermo, es no para más orar, sino para menos trabajar. Bien me acuerdo que me dijiste cuando te partiste que ibas con buena conciencia, pues ibas con licencia, a lo cual te respondiendo, digo que si te la di fué por tu importunidad y no por mi voluntad, y en tal caso no solemos a la tal llamarla licencia, sino violencia. Género es de apostasía sacar del perlado alguna licencia por fuerza, porque no está la perfección de la obediencia en lo que el perlado quiere, sino en lo que él querría si le valiese. Muchos monjes hay que no osan apostatar de vergüenza, y por otra parte apostatan en la conciencia, la cual apostasía engendra en la Orden la pereza, sacando al monje del coro y apartándole del oratorio, resistiendo al perlado, vagueando por el monesterio y parlando

[2] Act. 8, 6.
[3] Ez. 2, 3.

con los que están en casa y aun murmurando de los que andan fuera.

Dime, yo te ruego: ¿cuál es peor apóstata, el que salta las paredes del monesterio o el que tiene no más del cuerpo en el coro y, por otra parte, tiene el corazón en el mundo? Apóstata es el que salta las paredes de noche, mas muy peor apóstata es el que aborresce las virtudes de día, porque a estar encerrado no me obliga sino el voto, mas a ser buen cristiano oblígame el Evangelio. Cuando el santo rey David decía a Dios (2 Reg., c. 70): *Invenit cor suum servus tuus,* es a saber: *Hallado ha su corazón este tu siervo*, señal es que andaba de antes apóstata y perdido, pues le da inmensas gracias por le haber hallado. El traidor y descomulgado de Judas, aunque había cometido traición contra su Señor y Maestro, nunca por eso se salió de su casa, ni se ausentó de su mesa, ni se apartó de su presencia, ni aun huyó de su compañía; mas esto no obstante, ¿quién no le condenara por apóstata y descomulgado, pues dió el corazón al demonio y a Cristo no más del cuerpo? Créeme, hermano, y no dudes que, si en el corazón de Judas el demonio primero no entrara, nunca Judas a su Señor y Maestro vendiera, de lo cual podemos inferir que más peligrosa apostasía es dejar en el corazón al demonio que no salirse el monje del monesterio.

No está la perfección del monje en tener el cuerpo cercado de paredes, sino en tener el ánima acompañada de virtudes, porque si la perfección estuviese no más de en el encerramiento, y no estuviese, como está, en el contentamiento, mucho más merescerían los que están en las cárceles encerrados que no los monjes que están en sus monesterios reclusos. Entre los hijos de Israel no había hombres que trujesen hábitos, ni había monesterios encerrados, ni había religiosos profesos; mas esto no obstante, los llama Dios por Ezequiel gentes apostatrices, gentes desconcertadas y gentes descomulgadas, porque residían en la Sinagoga y suspiraban por Babilonia. ¡Oh cuántos religiosos se prescian en decir que ellos no se han salido del monesterio ni han dejado el hábito, sino que siempre han dado en la Religión buen ejemplo, y, por otra parte, son en su comer voraces, son en vestir curiosos, son en su hablar maliciosos y aun en sus opiniones apasionados, y de los tales podríamos decir que es menos mal haber una vez apostatado que estar siempre apasionados!

CAPITULO XV

A DO SE COMIENZA A HABLAR DE LA DIGNIDAD DE LA PERLACÍA Y CUÁN APARTADO HA DE ESTAR DE LAS COSAS DEL MUNDO EL QUE QUIERE SER PERLADO. TÓCASE AQUÍ LA PERLACÍA DE SAN PEDRO Y DEL REY SAÚL

Diligis me, Simon, plus his? Estas palabras dijo el Hijo de Dios al apóstol San Pedro (Ioan. 21)[1]; y es como si le dijera: Ya sabes, Pedro hermano, cómo yo fuí muerto, y cómo he resuscitado, y cómo estoy de camino para el cielo y aun como queda este mi Colegio sin perlado; y porque querría probarte en este oficio de mi Vicario, querría saber de ti que, pues has de ser Pastor de todos, si me amas más que todos. Esta pregunta de Cristo es muy misteriosa y la respuesta de San Pedro es a maravilla muy alta, porque Cristo habla como hombre que no sabe si le ama, y San Pedro respóndele como a Dios que sabe muy bien de quien es amado; de manera que San Pedro conosció de Cristo lo que le amaba, y Cristo conosció de San Pedro la fe que de él tenía. Preguntar Cristo a San Pedro si le amaba más que todos era preguntarle si creía en él más que los otros, de lo cual podemos coligir que ante todas cosas debe ser examinado el perlado si cree fielmente la santa fe católica y si tiene por justos los preceptos de la Iglesia, porque a sentir del que no es macizo cristiano han de huir de él como del demonio. Decir San Pedro a Cristo: Tú, Señor, sabes si te amo o no te amo, fué respuesta de muy gran cristiano y de muy verdadero enamorado, porque así como muy más entero y más perfecto soy yo en Dios que no en mí, así, por semejante, sabe Dios muy mejor lo que yo amo que yo mismo que lo amo. El amor que yo tengo en mi corazón propio remitir a que lo diga el corazón ajeno, no se puede en el mundo hacer del amor mayor prueba ni tomar del que ama más alta experiencia, porque, en caso de amor, a las veces es más cierto lo que el corazón del amado sospecha que no lo que la lengua del que ama le dice. Otra vez tornamos a decir que fué respuesta muy católica y palabra muy enamorada fiar San Pedro más del corazón de Cristo que no de su corazón propio; porque, caso que sepa y conozca uno al

[1] Ioan. 21, 15.

que ama, no puede saber ni atinar qué tanto es lo que ama.

Es también aquí de ponderar que antes que Cristo hiciese a San Pedro Vicario le preguntó de la fe, le examinó de la vida y le probó de paciencia; de manera que como le había de encomendar gobernación de ánimas, quísole primero probar en cosas muy recias. Probó Cristo a San Pedro en el menosprecio del mundo, pues le mandó salir de la mar; probóle en el amor de las riquezas, pues le mandó dejar las redes; probóle en el negar su voluntad, pues le mandó seguirle; probóle en la paciencia, pues le dijo: *Vade retro, Sathana* [2]; probóle en la oración, pues le mandó orar; probóle en la flaqueza, pues le dejó caer, y probóle en la contrición, pues le vió llorar; de manera que como a hombre muy experto le eligió por su Vicario. Conforme a lo que Dionisio dice, cuanto en las divinas letras es una cosa más encarecida, tanto es mucho más misteriosa: y argúyese de aquí que debe ser muy grande el oficio de la perlacía, pues Cristo a San Pedro con tanto examen se la encomienda. Desde que Cristo trujo a su Colegio a San Pedro puso los ojos en él para hacerle su Vicario, y porque no paresciese que la tal elección era de hecho, sino conforme a derecho, poníale en mayores trabajos, encomendábale más cosas y hacíale más altas preguntas, para que conosciesen todos a la clara cuán bien merescía aquella perlacía. San Agustín, a este propósito, dice: No sacó Cristo a San Pedro de la mar para que en la tierra holgase, sino para que más trabajase; porque si le quitó de ser pescador, curtióle para pastor. ¿Qué otra cosa es sacar Cristo a San Pedro del mar tempestuoso antes que le haga su Vicario sino que no debe tener ningún resabio de cosas del mundo el que quisiere ser perlado? ¿Para qué quiere ser perlado en monesterio retraído el que está notado de mundano y no está aún descargado de los bullicios del mundo? Hasta que Abraham salió de los confines de su tierra, nunca le prometió Dios el señorío de la tierra santa, y al gran sacerdote Aarón nunca le encomendó la Sinagoga hasta que salió de la tierra egipciana; ni al glorioso San Pedro hizo perlado de su Iglesia hasta que le sacó de la mar tempestuosa; en lo cual se nos da a entender que no sin gran escrúpulo procura ser perlado el que nunca visita su obispado y el que nunca está quedo en su monesterio.

San Bernardo, escribiendo al Papa Eugenio, dice: Aunque no hicieses más bien, harías harto bien si residieses siempre en Roma y te estuvieses quedo en tu Cátedra, por-

[2] Matth. 16, 23.

que es tan delicado el oficio de la perlacía, que entre todos los oficios del mundo es el en que más diligencia se requiere y el en que menos ausencia se sufre. A la hora que el santo Moisén se subió al monte a orar, luego comenzaron sus súbditos a idolatrar; de manera que nunca la Sinagoga idolatrara si su perlado no se ausentara. Cuando el súbdito viere a su perlado ser bullicioso y en las cosas mundanas andar entremetido, debe el tal, por una parte, obedescerle y, por otra, guardarse de imitarle, porque muy gran indicio es de dar al través el navío cuando el piloto no tiene en sus manos el remo. Lo de suso es de Bernardo.

Mandó Cristo también a San Pedro que no sólo saliese del mar en que estaba; más aún, que dejase las redes y el barco que tenía; acerca de lo cual es de creer que quien andaba con tanto peligro a pescar peces en la mar no debería tener muchas viñas y casas en la tierra; de manera que en dejar las redes y el barco dejaba todo cuanto tenía en el mundo. No es otra cosa mandar Cristo a San Pedro que primero dejase las redes que no se encargase de la gobernación de las ánimas, sino que nadie debe osar ser en la Iglesia de Dios perlado si no se aparta primero de las codicias y avaricias del mundo, porque no puede ser cosa más escandalosa ni aun vergonzosa que tener las arcas llenas, y las ovejas que anden flacas. Mandar Cristo a San Pedro que deje las redes con que pescaba en el mar tempestuoso es mandarle dejar los negocios y tráfagos que tenía allá en el mundo; y de aquí es que el perlado que se encarga de más negocios de los que tocan a su obispado o tocan a la abadía de su monesterio, no diremos del tal que es pastor que guarda su grey, sino prevaricador que quebranta su ley. Su ley traspasa y su juramento quebranta el que con la mujer de Loth vuelve atrás la cara y que en negocios no lícitos se enreda, porque por muy pequeña que sea la Iglesia de que es pastor y por muy pobre que sea el monesterio de que es administrador, tendrá tanto que hacer en sus negocios propios, que no le quede una hora para entender en los ajenos. Mucho, y muy mucho, tiene en que entender el que en la guarda de sus ovejas se quiere ocupar; mas, ¡ay dolor!, que muchos hoy en la Iglesia de Dios toman cargo de guardar ovejas ajenas y encomiendan a mercenarios las suyas propias; de manera que pecan en encargarse de lo que se habían de descargar y pecan en descargarse de lo que se habían de encargar. Dime, yo te ruego, hermano: cuando Cristo mandaba a San Pedro que dejase las redes suyas propias, ¿crees tú que le daba licencia para encargarse de otras redes ajenas?

San Crisóstomo, a este propósito, dice: Mandar Cristo

a San Pedro que deje las redes propias es mandarle dejar sus negocios propios, porque libremente entienda en la gobernación de sus súbditos, porque entonces tiene el perlado verdadero cuidado de mí, cuando él no tuviere ningún cuidado de sí. San Jerónimo dice: No quiere Cristo que tenga el perlado barco con que a sus súbditos engolfe, ni tenga mar a do los ahogue, ni tenga redes con que los enrede; es a saber: que no tenga negocios con que los olvide, porque so la gobernación del perlado bullicioso, mal podría el súbdito vivir asosegado.

También es de ponderar que no se contentó Cristo con que San Pedro saliese del barco, dejase las redes y se apartase de la mar, sino que también le mandó se fuese en pos de él a le seguir y a tomar otra manera de vivir, de lo cual podemos inferir que en la casa del Señor, si nos manda mudar la complexión, mándanos que dejemos la condición. *Saul, cum regnare coepisset, mutatus est in virum alterum,* dice la sagrada Escritura en el primero libro de los Reyes [3]; y es como si más claramente dijese: Desde la hora que fué el rey Saul en rey del reino electo, paresció otro y se mudó en otro; de manera que después de rey, ni hacía lo que solía hacer ni parescía el que solía ser. Gran mudanza fué la del rey Saul, pues de labrador se tornó señor, de saber arar aprendió a pelear, de cobarde se hizo animoso, de cruel se volvió piadoso, de rústico se tornó agudo y de impaciente se hizo muy sufrido, porque dice allí de él el texto que las injurias que le decían no sólo no las castigaba, mas aun fingía que no las oía: *Haec mutatio dexterae excelsi est,* porque no vengar uno su injuria es cosa santa y perdonarla es cosa angélica; mas no responder a ella paresce cosa divina; porque, según dice el divino Platón, muy mayor trabajo pasa el corazón en refrenar la lengua que no en enmendar la vida. Ejemplo por cierto es éste para los perlados asaz digno de saber y muy provechoso de imitar, para que después de tomados los oficios parezcan otros de los que eran y sean otros de los que parescían; porque el súbdito cumple con guardar los mandamientos, mas el perlado debe guardar los mandamientos y esforzarse a los consejos: *Mutatus est in virum alterum* el perlado cuando él anda roto, y los otros vestidos; él anda hambriento, y los otros hartos; él anda descalzo, y los otros calzados; él desvelado, y los otros satisfechos; él pensativo, y los otros descuidados; porque oficio del buen perlado es tener el cuerpo quebrantado de trabajos y tener el corazón cargado de cuidados: *Mutatus est in virum alterum* el perlado cuando no le hallaren sino

[3] I Reg. 10, 6.

en el coro cantando, o en el oratorio orando, o en la enfermería visitando, o en la celda leyendo, o en la portería negociando, o con algún monje tentado le consolando; porque el que es verdadero Padre y Pastor, muy mayor cuidado ha de tener de solo un monje que esté tentado que de todas las necesidades que se padescen en el monesterio. *Mutatus est in virum alterum* el perlado cuando no se ocupa en otra cosa sino en consolar a los novicios, corregir a los mancebos, visitar a los oficiales, apiadarse de los flacos y aconsejarse de los viejos; porque ningún daño igual puede venir a un monesterio como osarle regir el perlado por su parescer propio. ¡Ojalá, y pluguiese al Señor, estas palabras se averiguasen del que es perlado bueno y se averiguasen también del perlado que es malo, el cual entonces *mutatus est in virum alterum* cuando de humilde se torna soberbio; de caritativo, malicioso; de paciente, furioso; de abstinente, goloso; de casto, disoluto, y de callado, parlero!

A este propósito, dice San Bernardo escribiendo al abad Rogerio: Lo que dice Platón: «Quod potentatus ostendit virtum», bien se averigua en ti, padre abad Rogerio, pues haces cosas que no solías y eres otro del que parescías; porque parescías cuerdo, y has salido vano; parescías recogido, y has salido profano; parescías devoto, y has salido remiso; parescías sufrido, y has salido furioso; de manera que no duró en ti más la bondad de cuanto llegaste a ser abad. Antes que fueses en abad elegido y antes que de mí fueses confirmado, según las apariencias de bondad que tenías y según las virtudes que de fuera mostrabas, nadie hubiera que no se engañara de ti ni cosa ardua hubiera que de ti no se fiara; mas después, ya que te conozco y sé lo que me sé de tu monesterio, no dejaré de tenerte como a prójimo, mas nunca te daré voto para perlado. Como no haya mal del que el bueno no saque para sí algún bien, será el caso que de ésta tu infame perlacía el monesterio quedará libertado, el superior quedará avisado, y yo quedaré desengañado, y tú quedarás conocido. Conforme a lo que dice este santo, muchos recogidos hay hoy en el mundo, los cuales, hasta alcanzar un obispado, o tener una abadía, o ganar un priorato, fingen ser devotos, visitan santuarios, esfuérzanse a ser castos, presumen de celosos y muéstranse ser limosneros; los cuales, después que alcanzaron la perlacia a que anhelaban, tórnanse a la mala inclinación que tenían. *Vix unius anni erat Saul cum regnare coepisset*[4]; es a saber: que el rey Saúl, cuando fué en rey elegido y por señor de Israel nom-

[1] I Reg. 13, 1.

brado, era de tanta simplicidad e inocencia como lo es un niño cuando los pechos de su madre mama; mas junto con esto se escribe también de él que en el primer año que comenzó a reinar se comenzó a empeorar y a los consejos de Samuel desobedescer. Lo contrario de esto aconteció en el apóstol San Pablo, el cual, antes que fuese al apostolado llamado, era caudillo de los perseguidores, y después que fué perlado, fué príncipe de defensores y fieles; de manera que el rey Saúl se empeoró con el reinado y el apóstol Pablo se mejoró con el apostolado.

San Hilario, sobre este paso, dice: Más discípulos tiene hoy Saulo que no tiene Paulo, habiendo de tener más Paulo que no Saulo; porque de cien perlados que hoy en la Iglesia de Dios se nombran, si en los diez acertamos, en los noventa nos engañamos. *Mutatus est in virum alterum* el perlado cuando piensa que no consiste la perlacía sino en que le llamen señoría, como antes le llamaban merced, o en que le llamen paternidad, como de antes le llamaban reverencia, o en que tenga aposento apartado, como lo tenía en el dormitorio, o en que se asiente arriba, como se asentaba de antes abajo, o en que le pidan licencia, como de antes él le pedía; las cuales cosas todas son más cerimonias de buena crianza que perfecciones de perlacía. San Gregorio, en el *Pastoral*, dice: Mire, pues, el perlado lo que hace y mire muy bien a lo que se obliga, porque si no hace lo que debe o a lo menos lo que puede, de tantos infiernos es digno de cuantas negligencias fuere acusado.

San Jerónimo, sobre aquellas palabras de Ezequiel: *Vae pastoribus Israel* [5], dice: En las divinas letras pocas veces amenaza Dios a los súbditos con este adverbio, *Vae*, y muchas veces amenaza a los perlados malos como paresce en los profetas para darnos a entender que los más males que hacen los súbditos suelen proceder del descuido de los perlados.

[5] Ez. 34, 2.

CAPITULO XVI

Que el oficio del perlado es muy penoso y muy peligroso y de cómo con muy recatadas palabras hizo Dios perlados a Moisén en la Sinagoga y a San Pedro en la Iglesia

Ego dispono vobis Regnum, sicut disposuit michi Pater (Luc. 22) [1], dijo Cristo a sus discípulos en el postrero día, en la postrera hora y en la postrera cena que hizo; y es como si dijera: Vosotros altercáis sobre quién me ha de suceder en la perlacía y sobre quién ha de mandar más en mi Iglesia, a lo cual yo os respondiendo digo que por el peso y medida que mi Padre me dió a mí el mayorazgo de las eternidades, por aquél, y no por otro, quiero yo daros el reino de los cielos; en que así como yo lo compré con inmensos tormentos, así vosotros le habéis de adquirir con grandes trabajos. Muy alta palabra y muy profunda sentencia es esta de Cristo, en la cual muy a la clara dice a los pastores de su Iglesia lo que les ha de costar el oficio de la perlacía, el cual han de comprar no con ruegos y dinero, sino con méritos y trabajos, porque los oficios y dignidades en la Iglesia de Dios no se han de dar a los que pueden más, sino a los que merescen más.

Decir Cristo a sus discípulos: *Ego dispono vobis Regnum,* es decirles que, pues su Padre le dió a él el principado y señorío sobre todos por ser bueno, que no le puede él dar la perlacía al que fuere malo; porque entre todos los oficios de la Iglesia, éste es en que él más se remira y aun del que más estrecha cuenta toma. San Crisóstomo, sobre este paso, dice: Decir Cristo *Ego dispono vobis Regnum* es decir que, pues a él le dió su Padre la perlacía a trueque de buena vida, no ha de presumir el que no fuere bueno y virtuoso que ha de ser en su Iglesia perlado; porque así como la pureza del ojo no sufre en sí ninguna paja, así el oficio de perlacía no sufre en sí a hombre de mala vida. San Gregorio, en el *Pastoral,* dice: Muchos años antes dijo Cristo a San Pedro: *Sequere me,* que no que le dijese: *Pasce oves meas;* en lo cual nos dió a entender que a nadie deben cometer la guarda de las ovejas que no haya primero seguido a Cristo en sus pisadas, porque el oficio de perlacía no se ha de dar al que

[1] Luc. 22, 29.

piensan que será bueno, sino al que por bueno está ya aprobado. ¡Oh cuántos hay hoy en la Iglesia de Dios que procuran de oír primero de Cristo el *Pasce oves meas* que no el *sequere me;* es a saber: que primero quieren ser hechos perlados que no ser aprobados ni tenidos por buenos, lo cual es gran vanidad pensarlo y muy gran temeridad aceptarlo, porque son tan pocos los que saben gozar de la libertad ni que tienen respeto a su dignidad, que de buenos se nos tornan malos, cuanto más que de malos acierten a ser buenos.

Decir Cristo a San Pedro *sequere me* era decirle: sé y manso, sé y humilde, sé y casto, sé y paciente, sé y abstinente y sé y obediente, como ves que yo soy, pues será excusado pensar que a nadie tengo yo de encomendar mis ovejas si no fuere al que sigue mis pisadas. Mucho es de ponderar que la primera palabra que a San Pedro dijo Cristo fué *sequere me* y la postrera que en la vida le dijo fué *pasce oves meas*, y desde que le dijo la una hasta que le dijo la otra, hizo Cristo en San Pedro muchas experiencias y San Pedro pasó con Cristo muy grandes trabajos, de lo cual podemos inferir que de buena razón a nadie debrían en la Iglesia de Dios hacer perlado si primero en actos muy heroicos no fuese muy experto.

San Jerónimo, sobre San Mateo, dice: Muchos son los que procuran suceder en la Silla a San Pedro, mas muy pocos son los que siguen con él a Cristo; y la causa de esto es porque el oficio de la perlacía toman no para en él trabajar, sino para mejor se holgar. San Bernardo, escribiendo al Papa Eugenio, dice: Créeme y no dudes, Santo Padre Eugenio, que si a los sucesores de Pedro no les diesen su Silla sino con condición que imitasen su vida, y en caso que no imitasen la vida les quitasen la Silla, yo juro a mí, pecador, que hubiese más hombres en el mundo para labradores que habría en la Iglesia para pastores. *Vade, et praecede populum, ut possideat terram, quam iuravi patribus eorum,* dijo Dios al santo Moisén en el capítulo 10 del Deuteronomio [2]; y es como si dijese: Yo capitulé en Egipto con los hijos de Israel que yo les daría la tierra de Israel por suya y que ellos se llamarían siempre míos; y pues yo te he señalado por caudillo y ellos te han elegido por su perlado, conviene a mi servicio y a la condición de tu oficio que vayas tú siempre delante de ellos y que ellos siempre te sigan a ti, para que les asegures los pasos más peligrosos y para que topen primero en ti sus enemigos. Orígenes, sobre este paso, dice: Entre seiscientos mil hombres que estaban en el desierto, de creer es

[2] Deut. 10, 11.

que había allí otros mayores en fuerzas, más ricos en hacienda y más expertos en la guerra que no era Moisén, y mandan a él y no lo mandan a otro que vaya siempre delante el pueblo, en lo cual se nos da a entender que es propio oficio de los buenos perlados hallarse los primeros en los trabajos y peligros.

Al tiempo que el Hijo de Dios quiso en el huerto comenzar su pasión y dar fin a nuestra redención, no sólo no mandó a sus discípulos que peleasen, mas aun ni les consintió que desenvainasen; antes, como buen perlado y pastor, quiso que se pusiesen ellos en salvo y ofrescerse él solo al peligro. De Alcibíades el griego cuenta Plutarco que en cuantas guerras emprehendió y en cuantos peligros se vió, nunca dijo *id*, sino *vamos;* ni dijo *pelead*, sino *peleemos;* ni dijo *haced*, sino *hagamos*, a cuya causa fué el príncipe más amado de todos los suyos y más temido de los extraños que hubo en la Grecia.

Conviene, pues, el buen perlado ir delante sus súbditos cuando oran, o rezan, trabajan, o velan, o ayunan, o se disciplinan, porque mucho más se mueve el corazón humano por lo que su perlado hace que no por todo cuanto cada día le dice.

Sobre aquellas palabras que dijo Cristo: *Venite post me*, dice el glorioso Anselmo: No vaca de misterio mandar Dios a Moisén que vaya delante y mandar a San Pedro que vaya detrás, en lo cual se nos da a entender que el buen pastor y padre de tal manera ha de ir delante sus ovejas para las guiar, que no deje de ir en pos de Cristo para no errar; de manera que, camino del cielo, el súbdito ha de tener los ojos en el perlado, y el perlado sólo en Cristo. Mas perlados hay hoy que imiten a Moisén en ir delante que no a San Pedro en quedarse atrás, y la delantera que toman es en entrar primero por las puertas, en beber los mejores vinos y en comer los más delicados manjares; en vestirse más curiosos, en frecuentar más los hospicios y en vivir muy más exentos; de manera que en los regalos son los primeros y en los trabajos los postreros.

Simon, dormis? [3] dijo Cristo a sólo San Pedro; y es como si dijera: Si quieres ser perlado de mi Colegio y quieres tener cargo de mi grey, has de orar cuando los otros reposan, sudar cuando los otros descansan, trabajar cuando los otros huelgan y velar cuando los otros duermen, pues debajo del pastor descuidado no puede estar el ganado seguro. No vaca de misterio que los otros apóstoles también estaban echados, y descuidados, y dormidos como San Pedro, y no reprehende Cristo a ellos, sino sólo

[3] Marc. 14, 27.

a él, en lo cual se nos da a entender a cuántos más trabajos son obligados los perlados que no son los súbditos, porque el súbdito no es obligado a morir más de por confesar su ley; mas el buen pastor no sólo es obligado a padescer por su ley, mas aun a morir por su grey. ¡Oh, a cuántos perlados podría decir hoy Cristo: *Simon, dormis?*, los cuales no tienen más cuenta con sus súbditos de cuanto ven que le son provechosos, y, lo que es peor de todo, que en cuanto en el súbdito halla algún servicio, no halla en él el perlado algún pecado! *Simon, dormis?*, podremos decir al perlado que ve a su súbdito ser quebrantado de la paz, ambicioso de la honra, propietario de pecunia, notado de lascivia, amigo de andar fuera y no muy cortés en su lengua; los cuales defectos todos le sufre y aun encubre el perlado, ora porque es su familiar amigo, ora porque le tiene por pechero. *Simon, dormis?*, podremos decir al perlado que no tiene cuidado de sus ovejas de visitarlas, sino de trasquilarlas; no de apacentarlas, sino de ordeñarlas; no de curarlas, sino de desollarlas; no de untarles la roña, sino de robarles la lana; no de defenderlas del lobo, sino de robarles el oro; de manera que toda su ansia es no cómo se salvarán las ánimas, sino cómo se pujarán más sus rentas. Si hablamos del sueño temporal, tanta necesidad tenía San Pedro de dormir como tenían los otros sus compañeros, pues estaba tan cansado y aun tan desvelado como estaban ellos; mas quiso Cristo a él solo reprehender, para todos los perlados después de él avisar a que velen mucho sobre su ganado, pues se desvela el demonio para comérselo todo.

El gran Basilio dice en su *Regla:* Gran confusión es decirlo, mas muy mayor es hacerlo; es a saber: que muchos monjes en el monesterio y muchos seglares en el mundo que ni tienen ciencia, ni conciencia, ni vergüenza, ni experiencia, tan sin empacho procuran en la Iglesia de Dios ser perlados como si en todas las asperezas del yermo estuviesen expertos. Si fueses elegido como Saúl, ungido como David, señalado como Moisén, consagrado como Aarón, aprobado como San Pedro, debrías, aun temiendo y temblando, tomar el oficio de perlacía; ¿cuánto más si tú fuiste en solicitarla y procurarla? El oficio de la perlacía no es para desear, sino para olvidar; no es para procurar, sino para menospreciar; no es para aceptar, sino para desechar; ni aun es para cargar, sino para descargar, porque si el perlado es hombre recto, no le han de faltar en su casa émulos; y si es malo, no le han de faltar en la conciencia escrúpulos. ¿Qué procura el que oficio de perlacía procura? Lo que procura el tal es envidia para sus vecinos, inquisición para sus deudos, peligro para su honra,

trabajo para su persona, escrúpulo para su conciencia, espuelas para sus enemigos, visitas de sus súbditos y castigos de sus perlados.

Si en los tiempos pasados fué penosa la perlacía, mucho más lo es hoy día, porque ya la caridad de los que gobiernan es acabada, la obediencia de los súbditos es perdida y la devoción de los del siglo es resfriada; de manera que no es otra cosa ser en estos tiempos perlado sino sufrir un género de martirio prolijo. San Crisóstomo, *De laudibus Pauli,* dice: Deja, hermano mío, con San Pedro el mar del mundo, deja el barco de las ocasiones, deja las redes de las trampas, y vete en pos de Cristo y sus pisadas, y si después te dijere Cristo: *Pasce oves meas,* bien podrás apascentarlas; mas guárdate de procurarlas, porque es tan escrupuloso el oficio de la perlacía, que a la hora que uno lo procura, luego para con Dios se inhabilita. San Agustín, en su *Regla,* dice: Gran peligro es vivir con el monje que desea ser perlado, a causa que nunca tendrá paz en el monesterio, porque el tal será en la perlacía ambicioso, y será, siendo súbdito, bullicioso. Gregorio Nacianceno, sobre aquella palabra de *Simon Ioannis, diligis me plus his* [4], dice así: No vaca de alto misterio que no preguntó Cristo a San Pedro, al tiempo que le quiso hacer su Vicario, si era manso, o si era piadoso, o si era casto, o si era sobrio, sino si era de él muy amado y que su amor sobrepujaba al amor que le tenían los de su Colegio, dándole en esto a entender que no había de fiar la perlacía de su Iglesia sino del discípulo que más que todos le ama. Si Cristo no dijera más de *Simon, diligis me?* y no añadiera la otra palabra de *plus his,* paresciera contentarse con el amor ordinario con que él suele de su criado ser amado; mas en decir el *plus his* obligó a San Pedro entonces, y a todos los perlados después de él, a que amen al Hijo de Dios más que a todos y le hagan muy mayores servicios; porque de otra manera no sería perlado, sino tirano el que no fuese mejor que su súbdito. *Plus his* conviene que sea el perlado; es a saber: más humilde y más manso que todos, porque jamás el siervo del Señor acertará a hacer como debe el oficio de perlado si piensa que por los sus méritos le fué dado aquel tan alto oficio. *Plus his* conviene al perlado que sea; es a saber: más piadoso y más caritativo que todos, porque no se puede presciar de ninguna bondad el perlado en quien falta la caridad. *Plus his* conviene al perlado que sea; es a saber: más paciente en los trabajos y más sufrido en los enojos que todos, porque, habiendo él de ser la yunque a do todos labren y el terre-

[4] Ioan. 21, 15.

no a do todos tiren, si el tal no sabe las flaquezas de sus monjes llevar y las injurias que le dijere disimular, él andará siempre acosado y aun habrá poca paz en el monesterio. *Plus his* conviene el perlado que sea; es a saber: más sobrio en el vivir y más templado en el comer que todos, porque no puede ser mayor escándalo en un monesterio como ver al perlado que ande regoldando de ahito y ver a los súbditos vocezando de hambrientos. *Plus his* conviene el perlado que sea; es a saber: más atinado en lo que dice y más cuerdo en lo que hiciere que todos, porque de la boca del buen perlado no sólo no ha de salir palabra maliciosa, mas aun ni ociosa. *Plus his* conviene al perlado que sea; es a saber: más recto en la conversación y más tierno en la condición que todos, porque tan gran crédito ha de tener cobrado con sus súbditos, que ni los virtuosos teman manifestarle sus necesidades ni los mal disciplinados le osen pedir cosas inhonestas. He aquí el *plus his* del amor que Cristo buscaba en San Pedro y aun el *plus his* de virtudes que se requiere en el perlado, de lo cual todo podemos inferir que al tiempo de dar a uno la perlacía se ha de tener respeto no a lo en que él se tiene, sino a lo que su vida merece.

CAPITULO XVII

DEL PELIGRO QUE TIENEN LOS QUE PROCURAN PERLACÍAS Y DE CÓMO TAMBIÉN PECAN LOS QUE NO QUIEREN ACEPTARLAS TENIENDO HABILIDAD PARA ELLAS. PRUÉBASE TODO ESTO CON NOTABLES FIGURAS

Tu pasces populum meum Israel, et Dux eius eris, dijo Dios al rey David en el segundo libro de los Reyes, en el capítulo 5 [1]; y es como si dijera: Bien sabes tú, David, que entre doce tribus eligí el tu tribu para que fuese tribu real, y entre siete hermanos eligí a ti solo para que fueses rey de Israel, y para lo que yo te elegí en el Señor y te señalé por pastor de mis ovejas es para que me las guardes, no me las coman los lobos. Lo que muchos en muchos escritos escribieron y lo que muchos en muchas palabras pusieron pone aquí en dos palabras la Escritura sacra: es a saber: que el oficio del buen perlado y pastor es administrar a sus ovejas lo necesario para vivir y apartarlas de los lu-

[1] II Reg. 5, 2.

gares a do puedan peligrar. Ante todas cosas es aquí de saber que para ser uno buen perlado y pastor le conviene tener buenas yerbas para las apascentar, saber bien el camino para las guiar, conocer muy bien los lobos para las guardar, tener muy buenas fuerzas para las defender y aun tener muy grande aviso para cuando han de venir. El que en alguna de estas cosas se hallare ser defectuoso, mire y no se engañe del pastoral oficio, pues sería gran liviandad obligarse a lo que no puede y aun sería gran temeridad encomendarlo al que no sabe. Mucho es de ponderar que no dijo Dios a Moisén: *Tu pasces te ipsum,* sino que le dijo: *Tu pasces populum meum,* en lo cual se nos da a entender cuán gran cuidado ha de tener el perlado de su familia y cuán no ninguno de su persona, porque siendo como es el oficio del perlado oficio tan público, menos él que los otros ha de tener parte en sí mismo.

San Bernardo, escribiendo a un abad regalado, dice: Conjúrote, padre abad Mauro, pues te encargaste de mí, no tengas tanto cargo de ti, porque yo, siendo súbdito, no soy sino sólo tuyo; mas tú, por ser perlado, eres de todo el convento. Sobre aquella palabra: *Simon, diligis me?,* dice San Crisóstomo: No dijo Cristo a San Pedro si deseaba el mejor obispado, o si procuraba la mejor abadía, o si solicitaba el más rico priorato, sino si le amaba más que todos, pues había de ser perlado de todos, porque Dios nunca da perlacía de su mano al que más presume, sino al que mejor vive. El glorioso San Bernardo, hablando a la larga sobre aquella palabra de *Pasce oves meas,* dice: ¿Cómo creeré yo que *pascit oves Christi* el que no quiere ser obispo sino de generoso obispado, y no quiere ser abad sino de algún monesterio rico, y no quiere residir sino en lugar muy populoso y aun no quiere por perlado sino al que es su familiar amigo? ¿Quién creerá que *pacit oves Christi* el que no quiere aceptar ninguna perlacía si no hay en el monesterio dineros que expender, provisiones que gastar, buenas bestias en que andar, ricos huertos en que pasear, mucho trigo que comer y buenos vinos que beber? ¿Quién podrá creer que *pascit oves Christi* el que no quiere la perlacía para más trabajar, sino para más se holgar; ni la quiere para ayudar a que los otros se salven, sino para buscar a do mejor se recree? ¿Quién podrá creer que *pascit oves Christi* el que de los bienes de los pobres hace él costosos convites, y el que a costa del monesterio cobra para sí amigos en el mundo, y el que quita a los monjes su ordinario por sustentar en honra algún sobrino? A semejantes bestias que éstas no quiere Cristo que encomienden sus ovejas, porque el fin del pastor y perlado ha de ser tener ocasión para salvar

más su ánima y de ayudar a los que están en su república. Lo de suso es de Bernardo.

El glorioso San Bernardo, sobre aquellas palabras del Apóstol que escribe a Tito en el quinto capítulo, es a saber: *Qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat* [2], dice así: Palabra es para aquellos tiempos y no para éstos decir el Apóstol que buen trabajo desea el que perlacía desea, porque, en la primitiva Iglesia, el que se asentaba en el lugar primero iba primero al martirio; de manera que el que deseaba ser entonces perlado deseaba ser martirizado. Desde que Cristo murió hasta que el gran Constantino imperó pasaron sobre más de trescientos y veinte años, en los cuales no hubo pontífice en la Iglesia de Dios que no fuese de algún malo perseguido o que con corona de martirio no fuese muerto; de manera que la más cierta renta que tenía el perlado era saber que había de morir a cuchillo. Como en la primitiva Iglesia no tenían los perlados otras haciendas que granjear sino eran sus ovejas de apacentar, ocupábanse en doctrinarlas y morían por defenderlas; mas, ¡ay dolor!, que desde la hora que Constantino comenzó a enriquescer a los perlados, luego se acabaron los mártires y cesaron los martirios. *Bonum opus desiderat, qui episcopatum desiderat*, es a saber, cuando toma la perlacía para trabajar y no para se libertar; mas si la toma para se libertar y no para trabajar, él, por cierto, vive muy engañado, pues vive más esclavo que todos los esclavos del mundo, porque muy mayor cautiverio es tener el corazón cargado de cuidados que no los pies llenos de hierros. *Opus* en latín quiere decir *trabajo* en romance, y decir el Apóstol que *bonum opus* desea el que perlacía desea es darnos a entender que toma sobre sí muy gran carga el que de gobernar ánimas se encarga, porque de tantas muertes es el perlado digno de cuantos pecados cometieren por su mal ejemplo. Por esta palabra de *bonum opus* desea el que perlacía desea; obliga el Apóstol al que quiere ser perlado de continuamente trabajar y no le da licencia para descansar, porque algunas recreaciones se permiten en los súbditos que sería grande escándalo si las tomasen los perlados. Así como el santo Moisén y el gran sacerdote Aarón no salían jamás fuera del tabernáculo, así el buen perlado ha de salir tarde o nunca de su monesterio; porque, si lo quiere él bien entender, el día que entra en la casa de la perlacía es como quien entra en una cárcel religiosa y honesta.

En la Iglesia de Dios, dos maneras hallo yo de perla-

[2] I Tim. 3, 1.

dos; unos que saben serlo y pueden serlo, mas no quieren serlo, de los cuales podemos decir que, si lo dejan por humildad, en ello merescen; y si lo dejan por sola pereza, también pecan, porque en la viña del Señor, como sean todos obligados a trabajar, no cumple con trabajar una hora el que tiene fuerzas para trabajar todo el día. Aquel a quien dió el Señor fuerzas para trabajar y talento para gobernar, no menos peca si le hacen perlado y no lo acepta que si, siendo inhábil para ello, lo procura; porque así como en el cuerpo humano no se sufre que los ojos sirvan de pies ni que los pies sirvan de ojos, así en la Iglesia de Cristo no se sufre que al que es para súbdito le hagan perlado, ni al que es para perlado le consientan ser súbdito. Ejemplo teníamos de todo esto en el capítulo 4 del Exodo [3], a do se cuenta muy por extenso en cómo Moisén se excusaba de la perlacía que Dios le daba sobre la Sinagoga diciendo que era inhábil y tartamudo y que ni sabría ni podría hacerlo; mas después de muchas altercaciones, como Dios vió en Moisén habilidad y Moisén conosció de Dios que era su voluntad, como se lo mandó, lo aceptó. San Gregorio, en el *Pastoral*, dice: Aquel a quien el Señor dió que fuese humilde de corazón, penitente en el cuerpo, paciente en los trabajos, sobrio en los manjares, cauto en los peligros, piadoso con los flacos y severo con los indómitos, y que con todas estas gracias no quiere aceptar perlacía por tener la vida holgada, tan culpado será en el divino juicio como el que tiene mucho trigo y deja morir de hambre a los de su pueblo. Y dice más este Doctor: Decir Cristo a San Pedro: *Si diligis me, pasce oves meas*, era como si le dijera: Dar yo gracia a uno que me tenga singular amor es obligarle a que sea mi vicario y pastor, y el que lo puede hacer y de ello no se quiere encargar, señal es que no me ama, pues holgando y no trabajando come el fruto de mi viña.

El el capítulo 25 del Deuteronomio [4], mandó Dios por su ley que, si un hermano quisiese casarse con la mujer de su hermano que quedó sin hijos y viuda, que en tal caso le descalzasen un zapato y llamasen a su casa la casa del descalzo. Bien acertaríamos en decir que Cristo es el nuestro hermano y que la viuda es la madre santa Iglesia, con la cual somos obligados a nos casar y de su gobernación nos encargar; y el que del tal trabajo se excusa no por escrúpulo de conciencia, sino porque no le dan otra mayor perlacía o por tener la vida más descan-

[3] Ex. 4, 1 ss.

[4] Deut. 25, 5.

sada, justamente trae el tal no más de un zapato calzado, pues no vive más de para sí solo. El pie izquierdo trae calzado el que no tiene cuidado más de sí mismo, y el pie derecho trae calzado el que procura la salvación de su prójimo; y por ello el Apóstol manda a los de Efeso que traigan ambos los pies calzados, para que procuremos la salvación de nuestros prójimos como procuramos la de nosotros mismos.

Otro género de hombres para perlados hay que, llegados a probar, ni pueden serlo ni saben serlo, mas querrían serlo; el cual apetito les viene de ser muy locos o sobradamente ambiciosos, pues emprenden con lo que no pueden salir y toman a cuestas carga que no pueden llevar. Que desee uno de pobre tornarse rico, de abatido verse honrado y de labrador subir a ser caballero, aun pasa; mas procurar de ser perlado el que no tiene habilidad para ello, ni abasta paciencia que lo sufra ni aun lengua que lo calle; pues de buena razón, todas las veces que se hubiese de elegir perlado habían de elegir el mejor hombre del mundo. Otra y otra vez tornamos a decir que el que han de elegir en perlado conviene que sea el mejor o de los mejores del mundo, porque siendo, como somos todos, un cuerpo místico de Cristo, nadie representa más de un miembro de este cuerpo, excepto el perlado, que representa a todo Cristo. A todo Cristo representa el perlado, pues que predica su ley, defiende su fe, manda en su nombre y se asienta en su cátedra, de la cual podemos inferir que, pues el perlado es el alcalde y teniente de Dios, no se debería fiar aquel oficio sino del mayor amigo de Dios.

Ego sum Pastor bonus, et bonus Pastor animam suam ponit pro ovibus suis [5], decía Cristo; y es como si dijera: Yo soy pastor, y soy buen pastor, y hago obras de buen pastor, y las obras que hago a mis ovejas son que no hay oveja en el mundo tan sarnosa por quien no ponga yo mi vida. San Crisóstomo, sobre estas palabras, dice: No dijo Cristo yo soy príncipe que mando, yo soy capitán que peleo, yo soy caballero que valgo, yo soy escudero que sirvo, yo soy oficial que labro, sino solamente dijo: yo soy pastor que guardo ganado; para darnos a entender que de todos los estados de la Iglesia de Dios, debe ser este estado el más alto, pues de él y no de otro echó Cristo la mano. Si Cristo no nos obligara a más de ser pastores, pasara; mas como nos obligó a conoscer las ovejas, y a ser conoscidos de ellas, y apascentarlas y a po-

[5] Ioan. 10, 11.

ner las vidas por ellas, verdaderamente él es oficio más para poner espanto que no para tomar de él deseo.

San Bernardo, en una epístola, dice: ¡Oh a cuánto se obliga el que a ser buen pastor se obliga, pues pone en condición su honra, pone en peligro su vida, pone en condición su ánima y aun pone a riesgo su hacienda; de manera que el día que acepta uno una perlacía pone en condición cuanto tiene en esta vida. Pone el tal en condición su honra, pues han de él de murmurar; pone en peligro su vida, pues la ha por sus súbditos de perder; pone a riesgo su hacienda, pues ha a los pobres de sustentar, y pone en condición su ánima, pues, si es malo, se ha de condenar; de manera que si el tal supiese bien lo que procura, aun dándoselo, no lo rescibiría. San Gregorio, en el *Pastoral*, dice así: Entonces el pastor pone por sus ovejas el alma, cuando las ama como a su alma, las defiende como a su vida, las trata como a su persona y que nunca las pierde de su vista. San Agustín, sobre San Juan, dice: Por sus ovejas pone con Cristo el ánima el que en los peligros es el primero, el que en los enojos es medianero, el que de lisonjas no hace caso, el que de los pobres tiene cuidado, el que de los buenos es un escudo y el que de los malos es un flagelo. Hugo, *De claustro monachorum*, dice: Por sus ovejas pone el ánima el perlado que esfuerza los tímidos, sobrelleva a los flacos, soporta a los furiosos, disimula con los elatos, ayuda a los laboriosos, trabaja por los enfermos, corrige a los indómitos y es humano con sus súbditos.

CAPITULO XVIII

DE CUÁNTA OBLIGACIÓN TIENE EL PERLADO DE MIRAR LO QUE SE HACE EN SU MONESTERIO Y DE CORREGIR CON CARIDAD LOS DEFECTOS DE SUS SÚBDITOS

Ecce constitui te super regnum, ut evellas, destruas, aedifices, et plantes, dijo al profeta Jeremías en el capítulo I [1]; y es como si dijera: Tú, Jeremías, eres profeta de doce reinos que hay en Israel y eres predicador del gran pueblo de Jerusalén, y el fin porque te di este oficio y te encargué este tan gran cargo fué para que de raíz arranques y destruyas todo lo que es malo, y en su

[1] Ier. 1, 10.

lugar edifiques y plantes todo lo que es bueno. Muy a la clara dice aquí Dios al perlado el fin para que le hizo perlado y qué tales son las condiciones del pastoral oficio y el pastor de Cristo, que esto quisiere entender y rumiar, ni tiene más que saber ni a nadie que preguntar, pues en estas palabras verá a la clara qué es lo que ha de hacer y qué es de lo que se ha de guardar. Mucho es de ponderar que, enviando Dios a Jeremías por arrancador, por destruidor, por disipador y por derramador, no le dice qué es lo que ha de arrancar, destruir, disipar y derramar; de manera que sin señalarle huerta le manda ser hortolano. Danos Dios en este mandato a entender que nascen cada día en este mundo tantos hombres malos y se levantan en la república tantos delitos, que apenas se pueden contar, cuánto más remediar, a cuya causa los deja al albedrío de los perlados; a que, como fueren nasciendo y cresciendo, los vayan ellos arrancando y disipando. *Hoc mare magnum, et spatiosum, reptilia quorum non est numerus*, decía el Salmista en sus Salmos [2]; y es como si dijera: Poniéndome a considerar las cosas de esta vida, vi que es más peligrosa la tierra que no la mar y que se pierden más de los que por ella andan que no de los que por los golfos navegan, y vi que en las aves del cielo había cuenta y las que rastreaban por la tierra no tenían número. Por las aves del cielo son significados los justos, y por los animales de la tierra, los pecadores; y decir el profeta que vió más animales que no aves es decirnos que, sin comparación, son muchos más los malos que por las cosas terrenales andan por el suelo que no los buenos que en el servicio del Señor andan volando.

Durante la Iglesia militante no se excusa de estar el salvado con la harina, y el oro que se tome del orín, y que la rosa esté cercada de las espinas, y que la caña esté encarcelada en el hueso, y que el vino esté dentro del hollejo, y que el hombre malo y perverso esté junto cabe el bueno y el virtuoso. No para más de para remediar estos daños, hizo Dios en su Iglesia perlados, es a saber, para que en el horno del castigo aparten el orín del oro, y para que con las disciplinas aparten las rosas de las espinas, y para que con su pastoral cuchillo saquen la caña del hueso, y para que con el cedazo de su buena vida aparten el salvado de la harina. El que en el remedio de estos daños no se ocupa, ¿para qué el tal se encarga de la perlacía? Al que hace Dios hortolano y él se torna mundano, y al que manda arrancar ortigas y él se ocupa en cosas profanas, y al que manda enjerir su huerta y él no cura sino de

[2] Ps. 103, 25.

desfrutarla, y al que manda que le guarden mucho su huerta y él no la ve más de cuanto coge su renta, ¿no llamaremos antes a este ladrón cosario que no pastor verdadero?

No vaca tampoco de misterio que no manda Dios a Jeremías simplemente que arranque, y disipe, y asuele de lo que es malo, sino que de tal manera lo arranque, que no quede rastro ni señal de ello; de manera que de aquellas hierbas malas no quede raíz para crescer ni queden semillas para sembrar. De este tan notable aviso pueden tomar aviso los perlados para que tan de veras castiguen los grandes delitos y de tan de raíz extirpen los enormes excesos, que todos los que los cometieren queden hostigados, y todos los que lo vieren vayan avisados, y todos los que lo oyeren queden espantados. Cuando los delitos son muchos y que por personas calificadas son cometidos, si de veras no se puede castigar y muy de raíz arrancar, más vale por entonces disimularlos que no castigarlos, porque si del castigo no se espera sacar fruto, no es justo que se levante escándalo. No es pastor, sino prevaricador, el perlado que gasta su hacienda y arrisca su persona no por remediar sus súbditos, sino por vengarse de sus enemigos; y lo que es peor de todo, que todas las injurias de Dios disimula y ninguna de las suyas perdona. Lo contrario de esto nos enseñó el Hijo de Dios, el cual con sus propias manos azotó a los que en el templo a su Padre ofendían y rogó en la cruz por los que le crucificaban, por el cual hecho tan heroico obligó a los perlados a que vengasen sus injurias; y atóles también las manos, a que no hagan caso de las suyas propias.

Como no sea otra cosa el oficio del perlado sino el fiel que iguala el peso y la regla que hace ir derecho el edificio, mucho sería el tal digno de culpar y no menos de castigar si sus súbditos conosciesen en él alguna sobrada pasión o alguna desordenada afección, porque no hay cosa con que más aína merezca ser un perlado de su perlacía depuesto que por ser en su convento banderizo. En el sacro Colegio de Cristo, los sus más familiares y amigos eran su discípulo San Pedro y su primo San Juan; mas al fin, como el uno le pidiese lo que no debía y el otro le dijese lo que no convenía, a San Juan llamó *nescio*, diciéndole: *Nescitis, quid petatis* [3], y a San Pedro llamó *demonio*, diciéndolo: *Vade retro, Sathana* [4]. Tomen, pues, aquí ejemplo todos los perlados de cómo se han de haber con los sus más familiares amigos; es a saber: que, en caso de osar hacer a Dios una ofensa o atreverse a quebrantar la

[3] Matth. 20, 22; Marc. 10, 38.
[4] Matth. 16, 23.

Regla, no han de guardar con ellos ninguna amicicia, sino que se han de tener por dicho que aquel han de tener por mayor amigo que fuere más virtuoso en todo el monesterio.

Conforme, pues, a lo que mandó Dios a Jeremías, debe el perlado arrancar de su corazón toda afección y toda pasión, porque, para decir la verdad y aun hablar con libertad, con más razón le llamarán tirano que no perlado al que quisiese ser de todos sus súbditos obedescido y de solos tres o cuatro ser amado. Como ninguno puede ser buen perlado si de pasiones y afecciones no está libertado; hase de tener el tal por dicho que a la hora que toma a uno por su familiar amigo se hace de él mancipio y esclavo, porque, sin comparación, es muy más recio el yugo que el amor nos echa que no el yugo que la obediencia nos carga. Ya que el perlado tiene su corazón corregido y que de toda afección y pasión está libertado, debe muy de veras entender en la corrección de su monesterio; es a saber: si guardan sus súbditos el Evangelio que en el bautismo juraron y si quebrantan la Regla que en la profesión prometieron, porque en estas dos cosas ningún delito deben disimular ni dejar de castigar. Otra vez tornamos a decir que de veras inquiran los delitos y muy de raíz arranquen los pecados, porque si lo supiesen y no lo remediasen, a la hora dirían todos que los aprobaba, pues no los castigaba. Así como con poca levadura se corrompe mucha masa, y con una gota de aceite se mancha toda una ropa, y con una pequeña centella se enciende toda una casa, así con una costumbre remisa o con una culpa solapada se echa a perder toda una familia. San Ambrosio, sobre los Salmos, dice: En mucha ha de tener el perlado lo que allá en el mundo tienen los mundanos en poco; es a saber: el perdimiento del tiempo, el parlar sin licencia, el comer demasiado, el vestir curioso y el andar disoluto, porque todas estas cosas tan necesarias son al siervo del Señor para ser perfecto como son los mandamientos para que sea uno cristiano. En la *Vida solitaria* están escritas estas palabras: Debe el buen pastor arrancar de su compaña toda costumbre nueva, toda pasión antigua, todo vicio envejescido y a todo monje incorregible, porque cualquiera de estas cosas abastan a asolar toda una Orden junta, cuanto más a un monesterio sólo.

In pectore Aaron erat rationale, et nomina duodecim tribuum scripta in eo, dice la sagrada Escritura en el Exodo, capítulo 28 [5]; y es como si dijese: Nunca el gran sacerdote Aarón osaba entrar en el tabernáculo a ofrescer

[5] Ex. 28, 12.

sacrificios sin que llevase el racional sobre sus pechos, y los nombres de los doce patriarcas allí escritos. San Gregorio en el *Pastoral*, sobre estas palabras, dice: Entonces el perlado pone el racional sobre su corazón, cuando todo lo que hace lo hace conforme a razón, y entonces tiene los nombres de los doce tribus escritos sobre sus pechos, cuando no se guía sino por las Reglas de sus antepasados, lo cual él haciendo así, ni se ahogará navegando ni se perderá caminando. El gran filósofo Licurgo, so graves penas, prohibió a los lacedemonios a no sólo que no admitiesen costumbres peregrinas, mas aun que ellos no osaren peregrinar por tierras extrañas, diciendo que nunca en las repúblicas se levantaban disensiones sino por los que intentaban en ellos de introducir algunas novedades. Ni porque sea uno en sangre generoso ni porque sea otro en edad anciano los debe consentir el perlado que se extremen en el vivir o se singularicen en el vestir; de manera que, pretendiendo libertad, se eximan de la comunidad, porque el generoso débese contentar con ser honrado, y el viejo sobrellevado.

Guárdese, pues, el perlado de dar poca ni mucha audiencia al que quiere poner alguna costumbre nueva en su familia, porque las tales novedades nunca las inventan sino el ambicioso por subir, el apasionado por se vengar, el bullicioso por más valer y el nescio por más no saber. Séneca, en una epístola a Lucilo, dice: No seas amigo de hombres bulliciosos, porque te levantarán; ni te aficiones a novedades, porque te alterarán; que, para decirte la verdad, nunca vi novedad en nuestra república que no engendrase escándalo o que no la inventase algún loco. Cuando uno viene a tomar el hábito a la Orden, no dice que viene a reformar el monesterio, sino a reformarse a sí mismo; ni cuando hace en la Orden profesión, no promete la Regla que él ha de hacer sino la que en la Orden halla hecha; de manera que, si el tal intenta de hacer después alguna novedad, no puede la tal proceder sino de mucha liviandad o de sobra de nescedad.

Cumque minasset Moises gregem ad interiora deserti, aparuit ei Dominus (Ex., c. 3)[6], dice la sagrada Escritura; y es como si dijese: Andando el santo Moisén apacentando el ganado de su suegro Jethró, como amenazase las ovejas a que entrasen a pascer a lo más secreto del desierto, aparescióle allí el Señor en un zarzal ardiendo, y como de antes era pastor aun no de mil ovejas, hízole pastor de seiscientas mil ánimas. Pues no hay en la Escritura sacra ninguna palabra escrita que no sea provechosa y mis-

---

[6] Ex. 3, 1.

teriosa, mucha razón será de ejemplo tan glorioso saquemos algún provecho. Mucho es de notar que no aparesció el Señor a Moisén sino cuando andaba solo, y cuando estaba en el desierto, y cuando apascentaba su ganado, en lo cual se nos da a entender que no se comunica el Señor con los que están acompañados de vicios ni con los que se andan vagamundos, ni con los que no apascientan a sus prójimos, porque Dios nunca comunica su gracia sino al ánima que con él y no con otro tiene cuenta. El perlado que no apascienta su ganado, y que se anda todo el día ocioso, y que se está zahondado en el mundo, nunca al tal aparescerá el Señor desde la zarza ni le hará pastor de su Iglesia, lo cual paresce claro en que al santo viejo Moisén nunca le fió la gobernación de su pueblo hasta que le halló solo, y partado, y ocupado. Guardando ovejas estaba David cuando le ungieron en rey de Israel, apascentando ovejas estaba Moisén cuando le hicieron príncipe de la Sinagoga, velando ovejas estaban los pastores cuando les aparesció el ángel, repastando estaba ovejas el buen Amós cuando le hizo Dios profeta; de lo cual podemos inferir que a hombres ociosos y vagamundos no quiere Dios que en su Iglesia se los haga perlados.

También es mucho de ponderar que no aparesció el Señor a Moisén en la zarza ni le hizo perlado de su Sinagoga al tiempo que del desierto sacaba el ganado, sino cuando a lo muy interior lo metía, de lo cual podemos inferir en que así como el labrador no fía del pastor que es dormilón y es perezoso sus ovejas, que tampoco se debe del que es flojo y remiso confiar las ánimas. No es la intención de Cristo que le saquen a sus ovejas del desierto, sino que se las apascienten en lo más secreto y guardado; queremos que por lo dicho decir que el oficio del buen pastor y perlado es celar y guardar a sus súbditos en el monesterio, y no enviarlos a vaguear y a perderse por el mundo, porque, según el mundo es halagüeño, y el demonio es malicioso, y la carne es apetitosa, mucho más pierde el siervo del Señor en un día que sale al mundo que gana en diez que está encerrado.

Hugo, *De claustro animae*, sobre estas palabras, dice así: A lo interior del desierto guía el perlado a su ganado cuando ocupa más tiempo en las consolaciones del espíritu que no en las recreaciones del cuerpo y que trabaja con sus súbditos más de aprovecharlos que no de contentarlos; porque los pastos secretos del ánima, cuanto son sabrosos de gustar, son muy más dificultosos de alcanzar. A lo interior del desierto guía el perlado a su ganado cuando trabaja de tener a su convento muy recogido y a su monesterio bien concertado, porque los siervos del Señor

no menos son obligados a relucir delante los hombres con buena fama que a parescer delante de Dios con buena conciencia. A lo interior del desierto guía el perlado a su ganado cuando a sus súbditos no los mete en cosa de hacienda, ni les manda cosa contra conciencia, ni les pone en ocasión de pecar, ni aun los consiente por el mundo vaguear, porque tanto más será el siervo del Señor más estimado cuanto de menos mundanos fuere conoscido. A lo interior del desierto guía el perlado a su ganado cuando enseña a sus súbditos cómo han de tener humildad en los oficios, paciencia en los trabajos, abstinencia en los manjares, resistencia en las tentaciones y constancia en las virtudes, sin las cuales cosas todas no se podrá el siervo del Señor con sus hermanos sustentar ni con el demonio apoderar. ¡Oh cuántos perlados hay hoy en la Iglesia de Dios, los cuales tienen harto ganado, mas no tienen cuidado de apacentarlo en lo secreto del desierto!: y si algún cuidado tienen, es de cómo les ordeñarán la leche, y de cómo les trasquilarán la lana, y aun de cómo desollarán el cuero; de manera que a la oveja que no les renta queso y lana no la cuentan por de su Iglesia. Todo lo sobredicho es de Hugo.

CAPITULO XIX

A DO SE COMIENZA A HABLAR DE LOS GRANDES MALES QUE HACE LA LENGUA, LO CUAL SE PRUEBA CON MUY GRANDES EJEMPLOS DE LA ESCRITURA SACRA

A, a, a, Domine, nescio loqui, dijo el profeta Jeremías en el capítulo 1 [1] hablando con Dios; y es como si dijera: ¡Oh Señor y gran Dios de Israel!, tú en el vientre de mi madre me santificaste para que no pudiese pecar y después que nascí me hiciste profeta para que hubiese de predicar; mas hágote saber, Señor, que tengo la lengua tan impedida, que no puedo predicar ni puedo palabra hablar. Habiendo Dios con Moisén hablado y sus secretos comunicado, cuando le aparesció en la zarza, como le mandase ir al rey Faraón para que le dejase su pueblo que le tenía cautivo, respondióle Moisén a Dios que era tartamudo y que no tenía lengua para ejercitar tal oficio; por eso, que lo encomendase a otro que tuviese más osadía

[1] Ier. 1, 6.

y mejor elocuencia. No vaca de muy alto misterio que, en haciendo de Dios a Jeremías su profeta, perdió la habla, y en hablando Moisén con Dios, no supo hablar más palabra; de lo cual podemos inferir cuánto va de tratar con Dios a tratar con los hombres, pues con ellos no hacemos sino hablar, y con Dios no aprendemos sino a callar. Muy diferente es el lenguaje de Dios del lenguaje del mundo, pues en ninguna cosa mostró Jeremías estar santificado si no fué en hacerse luego mudo, y Moisén en ninguna cosa mostró el haber con Dios hablado si no fué en tornarse luego tartamudo; y los santos apóstoles, en ninguna cosa tanto se les conosció haber recibido el Espíritu Santo como en no hablar de la manera que hablaban primero. Por estos ejemplos nos enseña muy a la clara la sagrada Escritura cuánta nescesidad tiene el que quiere enmendar su vida reformar primero su lengua, porque jamás se compadescieron en una persona mala lengua y buena conciencia.

Mors, et vita in manibus linguae, dice Salomón en el capítulo 18 de los Proverbios [2]; y es como si dijese: De lo deseado no hay cosa más deseada que es la vida, y de lo terrible no hay cosa más terrible que es la muerte, pues con el vivir, todo se remedia, y con el morir, todo se acaba. En decir Cristo: *Transeat a me calix iste* [3], mostró aborrescer la muerte; y en decir el Apóstol: *Nolumus expoliari* [4], mostró cuánto amaba la vida, de lo cual podemos coligir que no es mucho amar y aborrescer los pecadores lo que amaron y aborrescieron los justos. Decir, pues, Salomón que la muerte que tanto tememos y la vida que tanto amamos depende de la lengua con que hablamos, es por cierto gran dolor para sentir y muy gran lástima para oír, porque cosa en que tanto nos va, en mejores manos había de estar depositada. Sobre estas palabras, dice Olchor: El oficio que tiene la puerta en casa tiene la lengua en la boca, y decir el Sabio: *Quod mors, et vita est in manibus linguae,* es decir que cada hora está a la puerta la vida, para se nos ir, y está la muerte a la puerta llamando al aldaba, para entrar. En ninguna parte del cuerpo podíamos tener en más peligro la muerte y la vida que es en la boca y en la lengua, pues por ellas se nos puede salir la vida sin hablar y se puede entrar la muerte sin llamar.

Habemus thesaurum in vasis fictilibus [5], decía el divino Paulo como hombre muy lastimado; y es como si dijera: Muy gran trabajo tenemos los cristianos en tener

---

[2] Prov. 18, 21.
[3] Matth. 26, 39.
[4] II Cor. 5, 4.
[5] II Cor. 4, 7.

nuestros tesoros en vasos tan flacos y vidriados; conviene a saber: la fe en el entendimiento, la caridad en la voluntad, el conoscimiento en los ojos, el oír en las orejas, la piedad en las manos, la abstinencia en la garganta, la castidad en el cuerpo, el amor en el corazón y la vida en la lengua. Riquezas tan deseadas y virtudes tan abonadas como son éstas quisiéramos tener a do mejor las guardar o siquiera depositar, que no en estos vasos corruptibles y en estos miembros podridos, porque son muy peligrosos para tratar y muy ligeros de quebrar. En muy gran peligro está nuestra vida en estar como está depositada en nuestra lengua, la cual, como carezca de hueso a do se tenga y de nervio que la sostenga, ni sabe decir lo que le mandamos ni aun guardar lo que le confiamos. San Gregorio, a este propósito, dice decir el Sabio: *Quod mors, et vita est in manibus linguae;* es decir, que a unos fué ocasión de salvarle la vida la buena lengua y a otros fué ocasión de muerte alguna palabra fea, lo cual es bien fácil de creer, pues a un corazón generoso y valeroso, más le lastima una palabra lastimosa que no a un rústico una fiera cuchillada.

Como preguntase Dios a Caín que por qué había muerto a su buen hermano, en tal de se arrepentir de lo hecho y pedir perdón de lo pasado, dijo lo que no debiera: Mayor es, Señor, mi culpa que no lo es tu misericordia. San Agustín, sobre estas palabras, dice: Mientes, traidor Caín, mientes, que sin comparación es muy mayor su misericordia que no lo ha sido tu culpa, pues el perdonar es a Dios cosa propia, y el vengarse es cosa a él muy extraña. A la clara paresce aquí cuánto más pecó el triste de Caín en lo que dijo que no en lo que hizo, pues con la lanza quitó a su hermano la vida, y con la lengua quitó a sí mismo la vida. Pecar, cosa es muy fea, mas desesperar de la misericordia de Dios es cosa muy diabólica, porque más ofendemos al Señor en infamarle de riguroso que no en cometer contra él algún pecado. Un evangelista dice que crucificaron a Cristo a la hora de tercia, y otro dice que no, sino a la hora de sexta; y el secreto de esto es que a hora de tercia dijeron a Pilato: *Crucifícale,* y a la hora de sexta de hecho le crucificaron; de manera que a la tercia le crucificaron con las lenguas, y a la sexta con los clavos. Muy gran pecado debe ser el pecado de la lengua, pues se echa tanta culpa a los que con las lenguas le crucificaron como a los que en la cruz le pusieron; y aun según San Agustín dice sobre el Salmo: *Exaudi Deus orationem meam*[6]*: rei enim magis fuerunt crucifixores linguarum,*

[6] Ps. 63, 2.

quam crucifixores clavorum. Decir este santo que fueron más culpados los que pusieron en Cristo las lenguas que no los que pusieron en él las manos, paresce muy claro en que rogó por los sayones, a causa que no sabían lo que hacían, mas no rogó por los hebreos, que sabían bien lo que pedían. El rey Senacherib, sin haber talado la tierra de Israel ni muerto ninguna persona de ella, perdió la hueste, perdió la hacienda, perdió la honra y aun perdió la vida, no por lo que hizo, sino por lo que dijo. Muchos príncipes, antes del rey Senacherib, habían hecho más daños que hizo él y no fueron tan castigados como lo fué él, y la razón de ello fué porque, si peleaban con las armas, tenían quedas las lenguas; de manera que él, como más desbocado, fué más castigado. De este ejemplo pueden tomar ejemplo a que los reyes en sus reinos y los perlados en sus monesterios de cuánto es justo que sean justicieros; es cosa inhonesta que sean deslenguados, porque muchas veces se quejan más los súbditos de las lástimas que les dicen que no de las disciplinas que les dan. Nicia, capitán griego, decía que era propiedad de buen caballero ser temido por su espada y ser loado por su lengua.

Pater Abraham, miserere mei [7], dijo el rico avariento al patriarca Abraham, que estaba en el limbo. ¡Oh padre mío Abraham!, ha agora piedad de mí y manda a Lázaro, tu querido amigo, que moje el dedo meñique en un poco de agua fría y me refresque esta lengua, la cual tengo abrasada en esta llama. De notar es aquí cuán poco pedía y con cuán poco se contentaba aquel rico triste; es a saber: que con sola una gota de agua le refrescasen aquella lengua que le ardía; mas la recta justicia de Dios ni lo quiso oír ni a su ruego condescender, porque, habiendo él negado al pobre las migajas de su mesa, justa cosa era le negase a él el agua que pedía. No vaca de misterio que aquel malaventurado rico, de ninguna cosa tanto se quejaba ni en ningún miembro tanto dolor sentía como era la lengua, y la causa de esto fué porque eran muchos más los pecados que había cometido hablando que no obrando. Mucho nos ha de espantar el ver que no se queja el rico avariento de los ojos con que miró, ni de las orejas con que oyó, ni de la garganta con que comió, ni de las manos con que jugó, sino solamente de lo que con la lengua pecó, de lo cual podemos coligir cuánto nos hemos de guardar y apartar de este pecado, pues Dios le castiga tan cruelmente en el otro mundo.

Costumbre es ya muy antigua, después que los hombres han comido y bebido, ponerse a jugar, y burlar, y

---

[7] Luc. 16, 24.

aun a reír y mofar, enterrando a los vivos con testimonios y desenterrando a los muertos con infamias; de manera que a las veces no son tres los manjares que comen y son más de seis las personas que allí infaman. De la cofradía de aquel rico avariento son muchos ricos hoy en el mundo; es a saber: comedores, bebedores, parleros y testimonieros, al cual seguirán allá, pues le imitaron acá, porque muy cónsono es a razón que todos aquellos que fueron compañeros en la culpa lo sean también en el rescebir de la pena. San Agustín, hablando de la caída de Lucifer, dice: Porque dijiste, ¡oh Lucifer!, que subirías en lo más alto del cielo empíreo y que pondrías allí tu trono y serías semejante al Altísimo fué cosa muy justa que cayeses de lo que eras, pues quisiste ser lo que no eras. Y dice más San Agustín: De notar se debe que no cayó Lucifer del cielo por goloso ni por avaro, no por perezoso, sino por ambicioso y parlero; de manera que si de ángel se tornó demonio fué no tanto por lo que hizo cuanto por lo que dijo. Los idólatras de Babilonia dijeron que querían hacer una torre muy alta, la cual llegase hasta el cielo, a do se defendiese de otro diluvio, teniendo por cierto que en sus manos era el poder huir la muerte y no era en la de Dios el poderles quitar la vida. Es aquí de notar que no quiso el Señor castigarlos en las personas, ni tomarles las haciendas, ni asolarles las tierras, ni quitarles las vidas, sino que solamente los castigó en las lenguas, de lo cual podemos coligir que no se enojó tanto el Señor de la torre que edificaron cuanto de las palabras soberbias que dijeron. Antes que aquellos locos de Babilonia osaren fabricar lo que fabricaron ni decir lo que dijeron, todos tenían una lengua y todos hablaban de una manera; mas a la hora que comenzaron ellos a pecar, les quitó Dios la manera de hablar. A los de la torre de Babilonia bien pudiera Dios ahogarlos como a los egipcios, o cegarlos, como a los sodomitas; mas no quiso ni le plugo sino que, pues con las lenguas le habían desacatado, en ellas, más que en otra cosa, quiso mostrar su castigo. ¡Oh si pluguiese a Dios que a los que parlan mucho y murmuran mucho los castigase Dios en la lengua como castigó a los de la torre de Babilonia!; yo juro a mí pecador que más de tres se refrenasen de pecar y que no osasen tanto hablar.

Al mancebo amalecita que trujo las nuevas de la muerte del rey Saúl y de la destrucción de su campo, dijo el buen rey David: *Sanguis tuus sit super caput tuum: os enim tuum locutum est contra te: dicens, ego interfeci Christum Domini*[8]; y es como si dijera: Yo protesto a mi

[8] II Reg. 1, 16.

Dios que no me demande la vida que te mando quitar, pues tu boca dió contra ti la sentencia, diciendo: Yo maté al Cristo del Señor, al cual tú no habías de tocar en la ropa, cuanto más osarle quitar la vida. Es ahora de notar que si el buen rey David mandó matar a este mancebo amalecita no fué tanto por el homicidio que cometió cuanto porque de haberlo hecho se alabó; de manera que aquel pobre mozo, si mató al rey Saúl con la lanza, también mato a sí mismo con la lengua.

Epilogando, pues, todo lo dicho, decimos que si el envidioso de Caín, y el superbo Lucifer, y el vaníloco de Senacherib, y los de la torre de Babilonia, y el mancebo amalecita se contentaran con sus malas obras, sin que añadieran también a ellas malas palabras, pudiera ser que ni acá perdieran las vidas ni allá dañaran las ánimas.

CAPITULO XX

Cómo son muy peores las lenguas malas que hay en el mundo que no la plaga de ranas que envió Dios a Egipto; y de lo que los autores dijeron en este caso

Ego percutiam omnes terminos Aegypti, dijo Dios a Moisén en el capítulo 8 del Exodo [1]; y es como si dijera: Pues el rey Faraón se burla de mi mandato y no quiere dejar libre a mi pueblo, yo haré que todas las ranas que están en los charcos y en los ríos, todas se vayan a sus casas y pueblos; de manera que hallen llenas de ranas las mesas cuando quisieren comer y llenas las camas cuando se fueren a dormir.

No vaca de alto misterio que, pues las ranas no tienen ponzoña con que dañar, ni dientes con que morder, ni uñas con que arañar, ni cuernos con que matar, ¿por qué Dios las envió por plaga principal a los egipcios, pues no podían ser ellos de ellas damnificados? A esto respondiendo, decimos que, si las ranas no tienen armas con que dañarlos, tenían lenguas con que fatigarlos; porque siendo ellas, como son, tan parleras y tan gritadoras, allende que las casas y camas estaban llenas de ellas, teníanles las cabezas a poder de voces tan atormentadas, que ni se podían los egipcios oír, aunque se llamaban, ni entender, aunque se hablaban.

[1] Ex. 8, 2.

No creo desacertaríamos mucho en decir que la plaga de las ranas de Egipto es la plaga de las malas lenguas que hay hoy en el mundo, la cual no es tan pequeña que no es muy mayor que no era aquella suya, porque más fácil cosa es tolerar las voces de las ranas que no las infamias de las malas lenguas. La condición de la rana es la condición de la mala lengua, en que así como la rana no se cría en agua limpia ni canta sino en laguna sucia, así el hombre de mala lengua calla lo bueno que ve y no dice sino lo malo que sabe. Ya pluguiese a Dios que solamente lo dijese y no como rana a voces lo pregonase; mas, ¡ay dolor!, que el hombre deslenguado, ni lo que él hace sabe callar ni lo que ve en sus amigos disimular. Propiedad también es de rana vocear de noche como vocea de día, no dormiendo ella ni dejando a los otros dormir, la cual condición y aun maldición conviene a la mala lengua, la cual nunca para de hablar ni se cansa de murmurar. Séneca, escribiendo a Lucilo, dice: En llegándose la noche, descansan los pájaros en sus nidos, y se meten los animales en sus cuevas, y se retraen los hombres cuerdos a sus casas; sólo el hombre de mala lengua es el que nunca para ni descansa, el cual muchas veces se adormesce parlando y se desayuna murmurando. Y dice más Séneca: Con Aldibio, amigo tuyo y vecino mío, me acontesció un donaire, y fué que, como yo le viese muchas veces dejar de comer por parlar e irse a acostar muy tarde por murmurar, y sobre este caso yo le riñese y aun se lo afease, respondió él: Calla tú, Séneca, por mí, que yo hablaré por ti, pues no sabe qué cosa es un rato de buen placer el que no sabe qué cosa es murmurar. El gran Plutarco loa mucho a Pitágoras el griego, y a Eracleto el thebano, y a Silaro el escita, y a Sertorio el romano, y a Licurgo el lacedemonio, los cuales fueron tan amigos de brevedad y tan enemigos de prolijidad, que dijeron y enseñaron muy mayores cosas por señas que no otros por palabras. San Jerónimo, sobre Amós profeta, dice: Si miras bien en ello, no por más puso Dios a la lengua en lugar tan alto sino porque le daba muy alto oficio, y púsola debajo del celebro, a do está el entendimiento; y púsola encima del corazón, a do está el dictamen de la razón, para que no hablase sino lo que el entendimiento le dijese y no dijese sino lo que la razón le mandase.

También es de advertir en que naturaleza dió al hombre dos pies, dos orejas, dos ojos, dos manos y no más de una lengua, de lo cual podemos inferir que tenemos licencia para ver mucho, para oír mucho, para obrar mucho y para hablar muy poco. Sobre los ojos, sobre las orejas, sobre las manos y sobre los pies no puso naturaleza

ninguna guarda; mas a la triste de la lengua cercóla de quijadas, de encías, de labios, de dientes y de muelas, como cosa que tiene necesidad de estar muy encerrada, como lo suele estar una cosa muy loca. De los hombres muy cuerdos es primero pensar que no hablar, y de hombres locos es primero hablar que no pensar; y por eso dice Macrobio que cuando a la habla no precedía el pensamiento, que le sucedía arrepentimiento. Lo de suso es de Jerónimo. Los antiguos lacedemonios, cuyas virtudes vencieron todos los reinos y cuya memoria se celebrará por todos los siglos, aunque ellos eran de Grecia, no quisieron rescebir el arte de la retórica, diciendo que no se perderían las repúblicas por falta de bien hablar, sino por falta del bien obrar. Como al filósofo Licurgo le dijese un griego que quería a los de su república leer alguna sutil retórica, a causa que hablaban en ella muy rústica habla, respondióle él: Vete, hermano, a Licaonia, a do son todos amigos de hablar con arte compuesta, que yo y los de mi república, más amamos la prudencia rústica que no la elocuencia vana. Respuesta fué ésta digna por cierto de tal varón, porque siendo como es tan vecino del engaño lo que se hace por artificio, deben las palabras de los buenos varones ser simplemente dichas y no con alguna arte compuestas. El gran retórico Sofistes fué públicamente desterrado de Atenas, porque le fué acusado, y aun de su acusación convencido, que nunca en su academia dijo a sus discípulos cómo habían de bien vivir, sino cómo habían de elocuentemente hablar. Si aquella ley de los griegos llegara hasta estos nuestros tiempos, bien podríamos creer que serían hartos lectores desterrados, en cuyos estudios y academias tienen más cuidado de enseñar cómo se defenderá un pleito dudoso que no cómo se guardará la ley de Cristo. Como un embajador de los abderitas hiciese un razonamiento muy prolijo al buen rey Agidis el griego y después le pidiese respuesta de su gran embajada, respondióle el rey: Dirás de mi parte a los de tu república que por no haber tú acabado de hablar, no he tenido yo tiempo de responder. Como al filósofo Aristóteles dijese uno ciertas cosas que a su parescer eran cosas altas y delicadas, y quisiese saber de Aristóteles si las tenía en mucho o en poco, respondióle él: No nos maravillamos de esto que dices; de lo que nos maravillamos es cómo hombre que tiene pies para huir osa tus largas pláticas esperar. En una cena muy solemne que daba el Senado de Atenas a los embajadores de Licaonia, como todos con el regocijo hablasen y sólo el filósofo Zenón callase, dijéronle los embajadores: Di, Zenón, ¿qué diremos a nuestro rey de ti si nos pregunta por ti? Respondióles

él. Diréis a vuestro rey que vistes a un viejo en un convite regocijado, rodeado de jarros, y no beber, y acompañado de parleros, y no hablar.

Quinto Curcio cuenta que como un capitán del rey Darío murmurase del Magno Alejandro, no lo pudiendo sufrir Menon, privado que era del mismo rey Darío, hiriéndole con la lanza, le dijo: Calla, Messipo, calla, que yo no te doy sueldo para que de Alejandro murmures, sino para que con él pelees. Platón, en una comedia, dice que como en un solemne convite parlase mucho un cocinero, díjole el señor que le había allí traído: Por tu vida, Tirmo, que nos dejes aquí hablar y te vayas a cocinar, pues no te alquilamos la lengua para que hablases, sino las manos para que cocinases. Muchas veces dicen que decía Epaminondas el griego: Entre los inútiles, no hay en el mundo hombre más inútil que el que se aprovecha de la lengua al tiempo que son menester las manos, porque de hombres cuerdos es tomar en la paz el consejo y buscar en el peligro el remedio. Séneca, en los libros *De ira*, dice: De mi consejo, nadie debería atreverse a enojar con la lengua al que no es poderoso de resistirle con la lanza, porque de corazones muy apocados es osar nadie emprender con lo que sabe que no ha de salir. Como al capitán Alcibíades le diesen unos un consejo y, por el contrario, le diesen otros otro, y las cosas de la guerra estuviesen a la sazon en muy gran peligro, díjoles él: Si la victoria que deseamos consiste en el hablar y no en el pelear, no desesperemos, sino antes nos esforcemos, pues hay aquí muchos capitanes que aconsejen y pocos hombres que peleen; mas si el hecho de la guerra consiste en las armas y no en las palabras, comenzad de pelear y dejar de aconsejar. Plutarco dice de Tulio que, con ser tan gran orador y retórico como era, los amigos suyos, que loaban su elocuencia, no osaban confiar de su lengua ninguna cosa de gran importancia, diciendo que do hay sobra de elocuencia suele haber falta de prudencia y constancia.

Dice Platón que todos los hombres que eran determinados en lo que hacían y de mucha retórica en lo que decían nascían por mucho bien de sus tierras o por mucho mal de sus repúblicas, lo cual paresce bien claro en Alcibíades, y en Temístocles, y en Catilina, y en Dionisio, y en César, y en Alejandro, unos de los cuales fueron tan malos, que no debieran nascer, y otros tan buenos, que no se hubieran de morir. Decía Salomón en los Proverbios que el sabio tenía la lengua en el corazón y que el loco tenía el corazón en la lengua, en lo cual se nos da a entender que entonces tiene uno el corazón en la lengua, cuando no sabe lo que dice, y entonces tiene la lengua

en el corazón, cuando sabe lo que habla. San Agustín dice que no hay en el mundo veneno tan ponzoñoso que haya hallado contra ello algún remedio, excepto contra la lengua murmuradora, contra la cual nadie ha podido hasta hoy hallarle traza. San Bernardo también dice a este propósito: Muchas provincias hay que no saben qué cosa es veneno; mas de malas lenguas no hay rincón de que no esté lleno todo el mundo. San Isidoro, en sus *Etimologías*, dice: Ningún animal que tenga ponzoña muerde a otro animal que sea ponzoñoso, excepto el hombre parlero y malicioso, el cual huelga antes de perder un amigo que no un dicho. Bías el filósofo decía que todos los hombres viciosos gozaban de sus vicios, excepto los que eran maldicientes y parleros, de los cuales, como de pestilencia, huyen todos, porque, queriendo ellos saber todas las cosas, nadie de ellos confía ninguna. Como el rey Lisímacho amase mucho al poeta Filipes y le dijese que le pidiese alguna merced, que él se la otorgaría, respondióle él: No te pido otra merced en pago de mis servicios sino que no me descubras ninguno de tus secretos, porque en casa del príncipe nadie corre más peligro que el que sabe sus secretos. Muy alabado fué lo que Sócrates dijo a un mancebo muy hermoso, al cual, como se lo truiesen delante para que por la fisonomía del rostro conosciese a lo que se inclinaba su ingenio, le dijo: Habla porque te conozca, dando en esto a entender que más se conosce el hombre en la habla que no en la cara.

CAPITULO XXI

De cómo es muy gran peligro tratar con hombres parleros y maliciosos y que es cosa muy segura no entender con ellos

Ipsi de mundo sunt, et ideo de mundo loquuntur, decía Cristo a sus discípulos en el capítulo 4 de San Juan [1]: y es como si dijera: No os maravilléis que los del mundo hablen cosas del mundo, ni que los de Dios hablen cosas de Dios, porque la bondad o malicia del ánima en ninguna cosa se conosce más que en la lengua. Muy soberano aviso es éste que nos da aquí Cristo, pues nos dice en qué conosceremos a un bueno y a un malo; es a saber: en las

[1] I Ioan. 4, 5.

palabras que dice y no en las vestiduras que trae, porque así como las ropas son las que cubren el cuerpo, así las palabras son las que descubren el corazón. Decir Cristo: *Qui de mundo sunt, de mundo loquuntur*, es decir que el soberbio no puede hablar sino de ambiciones, y el envidioso, de malicias, y el iracundo, de venganzas, y el goloso, de glotonías; de manera que en lo que más cada uno ama, en aquello más que en otra cosa habla. Como no haga otra cosa la lengua sino lo que el corazón le manda, indicio es de mucha cordura el poco hablar y indicio es de mucha locura el mucho hablar. Plutarco dice del gran Catón Censorino que por más peso y medida daba él las palabras que daban en las tiendas de Roma las mercadurías; y lo que más es: que ni por corto dejaban de entender lo que proponía ni por largo era pesado en lo que decía. Por mucho que sea un hombre animoso, dadivoso, casto y limosnero, si junto con esto es boquirroto y deslenguado, más es por sólo aquel ocio infamado que por todas las otras virtudes loado, porque es tan perjudicial el vicio de la lengua, que a todas las virtudes escurece y asombra.

Preguntado el filósofo Pítaco que qué le parescía de la lengua, respondió: La lengua me paresce tener la hechura de hierro de lanza, mas muy más peligrosa es que no esa misma lanza, porque aquella arma no toca más de en la carne, mas la maldita lengua rompe el corazón. Bien me paresce lo que este filósofo dijo, pues no hay nadie en esta vida que no tenga por menos mal se cebe en sus carnes la espada que no en su fama la lengua, porque al fin, tarde o temprano, una herida o se cierra o se sana, mas la mácula de la infamia, ni tarde ni temprano no se suelda.

Bien es que se guarde el hombre de llegar al fuego por no se quemar y de entrar en la batalla por no morir, mas muy mejor es se guarde de la mala lengua que no le haya de infamar, porque el hombre vergonzoso y el corazón generoso, más caudal ha de hacer de una picadura de una mosca que le toque en la honra que de una cruel lanzada que le quite la vida. De esta opinión fué el gran Judas Macabeo, al cual, como aconsejasen sus capitanes que huyese de la batalla que le daba Alchimo, capitán de Demetrio, dijo: *Si venit tempus nostrum moriamur, ne imponamus crimen gloriae nostrae:* y es como si dijera: Nunca Dios quiera que yo huya ni que me retraiga, sino que, si es llegado el tiempo en que hemos de morir, muramos y peleemos como capitanes valerosos, porque menos mal es perder la vida que no poner crimen en nuestra fama. Fornio el filósofo, preguntado que por qué huía de los hombres y se andaba por las montañas con las bestias fieras.

respondió: Las bestias fieras no me ofenden más de con los dientes o cuernos, mas los hombres, con todos sus miembros; es a saber: con los ojos me mofan, con los pies me acocean, con las manos me lastiman, con el corazón me aborrescen y con la lengua me infaman; de manera que yo me hallo más seguro entre los animales brutos que no entre los hombres maliciosos.

No hay en esta vida vecindad tan peligrosa como tener por vecina una mala lengua, porque si la conversáis, ha os de enseñar a murmurar, y si de ella os extrañáis, ha os luego de infamar. San Gregorio, en los *Morales*, dice: No tengo por hombre de buena conciencia al hombre de mala lengua, porque si Cristo dice que hemos de dar cuenta de toda palabra ociosa, ¿no la daremos por ventura más estrecha de la palabra maliciosa? Como decía David *cum sancto sanctus eris* [2], dime, yo te ruego: ¿si con el santo serás santo, no serás también parlero con el parlero y malicioso con el malicioso? Cuando tú te pones muy despacio a oír a un maldiciente y malicioso, cuál de vosotros peca más: ¿tú, que oyes lo que dice, y crees lo que dice, y apruebas lo que dice, y defiendes lo que dice, o él, que solamente lo dice? Si quieres, pues, vivir bien, huye del que habla mal, porque muy fácilmente se corrompe la buena vida con la amistad de una lengua mala. Lo de suso es de Gregorio.

Ley fué entre los lidos muy guardada y muy usada que al hombre malicioso y parlero le mandasen en la mar remar o le mandasen en el pueblo por algún tiempo callar; y dice Plutarco que muchos de ellos elegían antes remar tres años en una galera que no callar un año en su república. Conforme a esta ley, mandó Tiberio el emperador a un senador muy parlero que no hablase sino por señas todo un año, y dice allí la historia que es verdad que no hablaba con la lengua, mas junto con esto hacía más mal él solo por señas que todos los otros con palabras. De estos dos ejemplos se puede colegir que, pues a los hombres parleros y boquirrotos no abasta mandarles callar ni aun echarlos a remar, sería bueno ir a la mano a sus malicias y no dar crédito a sus palabras, porque el día que un malsín o parlero está acreditado, aquel día se pone a fuego y a sangre el pueblo. El hombre sobrio no tiene pendencias sino con quien se le iguala, y el envidioso con el que tiene más, y el iracundo con el que le enoja, y el avariento con el que le gasta; mas el parlero y bullicioso a todos acusa, de todo se queja y con todos

[2] Ps. 17, 26.

se toma; de manera que no ha echado chica jornada el que se ve libre de su mala lengua.

El perlado en su cabildo, el rector en su colegio y el abad en su monesterio podrían sufrir a sus súbditos alguna flaqueza, excepto al hombre de mala lengua, al cual no debe perdonar ni una palabra sola, porque muy justa cosa es que, pues él tiene cuenta con todas las vidas ajenas, que todos la tengan con él de sus culpas propias. Demóstenes el filósofo tenía gran gravedad en las costumbres y gran eficacia en las palabras; mas junto con esto, como era tan osado en lo que quería y tan determinado en lo que decía, dióle el Senado de Atenas cierto salario de la república, diciéndole que no se lo daban porque leyese, sino porque callase y los dejase. El famoso Cicerón fué diestro en la guerra, fué amigo de la república y fué príncipe de la lengua latina; mas, al fin de sus días, le mandó matar Marco Antonio su amigo, no por lo que hizo, sino por lo que dijo. Plutarco dice que entre los lidos, no menos mataban al que robaba a otro la fama que al que quitaba a su vecino la vida, teniendo por igual culpa el infamar que el matar. San Ambrosio, escribiendo al emperador Teodosio, dice: ¡Oh cuán gran bien harías, serenísimo príncipe!, si como haces pregmáticas para quitar las armas hicieses también leyes para cortar las lenguas; pues en la corte y palacio, más pasiones se engendran por las palabras feas que se dicen, que no por las obras malas que se hacen. En un bueno, no hay igual maldad que ser en la condición bullicioso y en el habla malicioso; y de aquí es que como él dice mal de todos, todos también dicen mal de él. No sólo debes, pues, hermano, guardarte de decir mal de otro, mas aun de ser de tu habla largo y prolijo, porque a los hombres muy hablados, siempre los tienen por desacreditados. Del gran príncipe Pitias dice Plinio en una epístola que, habiendo sido muy cuerdo en gobernar repúblicas y muy virtuoso en dar batallas, todas sus esclarecidas victorias fueron escurecidas con sus muchas palabras.

Los hombres locuaces y parleros, de nadie son creídos, y menos acatados; porque todo el tiempo que están ellos hablando están los otros de ellos burlando. Burlando están todos del hombre parlero y chocarrero, pues por detrás de él unos a otros se guiñan los ojos, tuercen las bocas y les rebaten las palabras, no por cierto para se las alabar, sino para de él y de ellas mofar. Inútilmente burlan y mofan del hombre parlero y chocarrero, pues nadie delante de él osa hablar en materia tan peregrina y extraña que no diga él su voto y parescer en ella, y para en prueba de aquello, cuenta luego un ejemplo que ha visto y

leído, el cual fingió él allí para decir, o, por mejor decir, para mentir. Preguntado el filósofo Acático que por qué no hablaba en los convites y ayuntamientos, respondió: Más tiempo he gastado en saber a qué tiempo y hora he de hablar, que no en aprender a bien hablar; porque el hablar en alto estilo es oficio de retórico, mas el hablar a su tiempo y lugar no lo sabe sino el sabio. Así como en el acero se ha de guardar el temple y en el jarabe se ha de guardar con mucho tiento el punto, así el que propone una cosa ha de guardar sazón y tiempo para proponerla, porque todo aquello que no se negocia con oportunidad tienen por importunidad. Como los rhodos importunasen mucho al pintor Epiménides que les dijese algo de lo que por mar y por tierra había visto y leído, les respondió: Por la mar anduve dos años por me avezar a pescar, y en Asia estuve otros seis por aprender a pintar, y en Atenas residí ocho por me enseñar a callar, y pues con el callar he ahorrado más enojos que con el pintar he ganado dineros, por vida vuestra, rhodos, no vengáis a mi oficina a preguntarme nuevas, sino a comprarme pinturas. En años tan prolijos y en reinos tan extraños, no es menos sino que Epiménides había visto cosas dignas de contar y dulces de oír; mas él, como hombre cuerdo, ni las quiso relatar ni menos representar, por no perder su crédito y porque no pusiesen en lo que les dijese escrúpulo. De este ejemplo tan notable deben tomar ejemplo todos los que han ido a tierras extrañas: de no contar de ella muchas cosas peregrinas, porque pensará el que aquellas cosas cuenta que cuenta cosas muy nuevas, y ellos tenérselas han por novelas.

Debe, pues, el hombre cuerdo ser resoluto en lo que propone y muy breve en lo que dice; porque, si el tal tiene mala gracia en el hablar, con la brevedad lo remedia, y si la tiene buena, déjales el sabor en la boca para que le oigan de buena gana otro día. Condiciones de hombres hay que, si toman entre manos una plática, ni saben proseguirla ni quieren acabarla hasta que los oyentes se duermen de cansados o se van de aburridos. Por discurso de tiempo, vemos en un hombre que todas las cosas se le envejecen, excepto el corazón y la lengua, que cada día más y más se le reverdecen, y lo que es peor de todo, que cuanto mal el corazón piensa, a la hora la lengua lo pregona. Preguntado el filósofo Pitágoras que por qué en su academia por espacio de dos años guardaban sus discípulos silencio, respondió: No inmérito les avezo yo a mis discípulos a hablar y les enseño a callar, porque no hay en el mundo tan alta filosofía como saber el hombre refrenar su lengua. No sólo sabe filosofía, mas aun muy alta

teología, el que sabe refrenar su lengua; pues vemos por experiencia que los más trabajos que suceden a los hombres es no por lo que oyen ni ven, sino por lo que hablan.

CAPITULO XXII

De muchas maneras que llama Dios a sus siervos y de cómo el demonio también llama a los suyos y en qué se conoscerán los unos y los otros

Non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in iustificationem [1], dice el Apóstol escribiendo a la Iglesia de Thesalónica, en el capítulo 4; como si dijese: Hágoos saber los de Thesalónica que no os llamó el Señor a su Iglesia para que fuésedes malos, sino para que fuésedes buenos, porque debajo de la ley de Cristo, aunque algunos males se disimulan, no por esto se aprueban. Como quiera que estas palabras apostólicas se dirijan a todos los fieles cristianos, empero, más particularmente hablan con los varones recogidos y perfectos, los cuales no se han de contentar con no hacer cosas inmundas y escandalosas, sino que también han de resplandecer por obras muy heroicas y perfectas. San Bernardo, en una epístola, dice: Los que están en el mundo cumplen con guardar los mandamientos y llamarse cristianos, mas los que estamos en el monesterio no sólo hemos de guardar los mandamientos, mas aun también los consejos, para que seamos buenos religiosos, porque no se puede llamar Religión a do no hay perfección.

No vaca de misterio que no para el Apóstol en decir que somos de Dios llamados, sino que pasa adelante y dice también para qué somos llamados, es a saber: para que seamos limpios, mansos, justos y perfectos, como suelen ser los que de la mano de Dios son escogidos. Cassiano, en las *Colaciones de los Padres*, dice: De tres maneras son llamados los varones perfectos, es a saber: que los llama Dios a solas con santas inspiraciones, o los llaman los hombres con sus consejos, o son constreñidos a ser monjes por algunos desastrados casos; de manera que la perfección evangélica es una y los medios para venir a ella son muchos. La primera vocación es totalmente divina, y ésta es cuando el Señor toca al corazón del hombre

[1] Thess. 4, 7.

a que deje lo que hace y haga lo que debe; y de esta manera llamó Cristo a San Pedro, que estaba pescando, y a San Pablo, cuando iba caminando. La segunda vocación es humana, y ésta es cuando se torna a Dios algún hombre malo por consejo de algún varón santo, así como se tornó a la fe el glorioso San Hipólito por consejo de San Lorenzo. La tercera vocación se llama forzosa, y ésta es cuando por algún caso desastrado se mete alguno religioso, así como el santo abad Moisén, que por ocasiones de haber muerto a un hombre en el siglo se entró monje en un monesterio. De estas tres vocaciones se puede coligir que para más o menos servir al Señor, ni la primera aprovecha, ni la segunda estorba, ni la tercera daña, porque muchos de los que vinieron de su voluntad se condenaron, y muchos de los que fueron traídos por fuerza se salvaron. Al maldito de Judas, el bendito Señor le escogió, y al apóstol San Pablo la necesidad de verse caído del caballo le convirtió; de manera que a Judas el sublimarle le derrocó, y al buen apóstol el abatirle le sublimó. San Agustín, en un sermón a los ermitaños, dice: No hagáis gran caso ni tengáis en mucho de llamaros Dios a la Religión de su voluntad o haber venido a ella por alguna necesidad, porque no ha de mirar el monje cómo Dios le llamó, sino para qué le llamó.

Préscianse muchos religiosos de haber venido a la Religión siendo niños, otros de haber entrado en monesterios muy encerrados, y aun otros se prescian de haber sido discípulos de varones muy santos. Otra manera de monjes hay que hacen gran caudal de haber estado en la Orden cuarenta o cincuenta años, motejando a los otros de novicios y teniendo a sí solos por ancianos; y lo que no sin lágrimas se puede decir: que ponen su perfección en lo mucho que han estado en el monesterio, no haciendo cuenta de lo poco que allí han aprovechado. Entrar en la Religión niño, o entrar ya hombre, o entrar ya viejo, no es caso para que de ello se haga mucho caso; porque el siervo del Señor no se ha de parar a contar los pocos o muchos años que ha permanecido en el monesterio, sino lo poco o lo mucho que allí al Señor ha servido. Tres años estuvo el triste de Judas en el Colegio de Cristo y tres horas no más estuvo el buen ladrón en la cruz con Cristo, y al fin de la jornada, tenemos por fe que aprovecharon más al ladrón solas tres horas que creyó en Cristo que no a Judas tres años de su apostolado. En la parábola de Cristo no se mandó dar más dinero a los que cavaron la viña de sol a sol que a los que fueron a trabajar cuando ya se ponía el sol, para darnos a entender que nuestro mérito o desmérito no consiste en los servicios que allí hacemos,

sino en el fervor y caridad con que los hacemos. San Crisóstomo, *In laudibus Pauli*, dice: A todos los apóstoles llamó Cristo antes que muriese y a sólo San Pablo llamó después que murió; mas, junto con esto, no le podemos negar que, si fué el postrero en la vocación, que no fuese el primero en la perfección: *Quia plus omnibus laboravit.*

Entrar en la Religión siendo niño y llevar el yugo de Cristo siendo mozo, no sólo es de aprobar, mas aun de loar; mas esto se entiende no para que por ello le den la mejor ración en refectorio, sino para que sea más humilde en el monesterio; por manera que se prescie de ser el postrero en el comer y el primero en el orar y rezar. San Basilio, en su *Primera Regla*, dice: Guardaos mucho, hermanos míos, de las asechanzas del demonio, el cual, en pago de los muchos años que en la Religión habéis servido y de las grandes tentaciones que allí habéis sufrido, os quiere hacer pago con la mejor celda del dormitorio y con la primera voz del capítulo, de lo cual debéis huir y ningún caso de ello hacer, porque entre los siervos del Señor, cuanto uno tuviere menos de consolación, tendrá más de perfección. Tampoco debe el monje jactarse mucho de haber tomado el hábito en monesterio recogido o en monesterio derramado, teniendo a sí por observante y llamando a los otros claustrales, porque la perfección monacal no consiste en el monesterio a do entramos, sino en la buena o mala vida que hacemos. Los hijos de Israel a sólo Dios, estando en Egipto, adoraban, y después que los llevó a tierra de promisión le desconocían; de lo cual podemos colegir que a doquiera y como quiera que el Señor nos llamare, trabajemos; que el monesterio se prescie de habernos criado, y no nosotros de haber allí el hábito rescibido. Morando Joseph entre los egipcios, Abraham entre los caldeos, Daniel entre los babilonios y Tobías entre los asirios, fueron santos y bienaventurados, para darnos a entender que el varón perfecto y religioso, del mundo hace monesterio, y el que es malo y profano, del monesterio hace mundo. San Bernardo, escribiendo a un monje, dice: El monje que procura mudanza de un lugar a otro, ora porque el perlado es desabrido, ora porque el monesterio no es muy recogido, más procede esto de tentación qne no de perfección; porque no hay en el mundo lugar tan profano en el cual no pueda cada uno servir a Cristo.

Tampoco debe el siervo del Señor hacer gran caudal de haber tenido por maestro al monje que era santo o al que era pecador, porque en tal caso, cosa sería muy vergonzosa para él y aun no ejemplar para los otros habérsele olvidado lo que le enseñaron y presciarse mucho del

que se lo enseñó. Datán y Abirón fueron súbditos de Moisén, y el rey Achab tuvo por preceptor a Elías, y Ananías y Saphira al glorioso San Pedro, y el triste Judas a Cristo, de los cuales todos, aunque oyeron sus palabras, se aprovecharon muy poco de sus doctrinas. En las obras acá mecánicas, primero loamos la grandeza de la obra que no el ingenio del maestro; queremos decir que muy poco aprovecharía si, por una parte, se presciase el discípulo de haber tenido tan buen maestro, si, por otra, se quejase el maestro de haber sacado en él un mal discípulo. Tampoco debe el siervo del Señor alabarse ni jactarse de haberle llamado el Señor a una Religión más que a otra; porque después que es uno bautizado y se arrèa del nombre de Cristo, no hay estado en la Iglesia de Dios tan ocasionado en el cual el bueno no se puede salvar y el malo condenar. Muy poco hace al caso tomar el hábito de benitos, de agustinos, de dominicos, de franciscos, de trinitarios o de mercenarios, pues todos son hábitos santos y por varones santos constituídos, porque Dios nuestro Señor mucho más mira al corazón con que le servimos que no al hábito negro o blanco que traemos.

Ante todas cosas, esfuérzate tú, hermano mío, a ser buen cristiano y présciate de guardar el santo Evangelio, y esto hecho, puedes entrar en la Religión que quisieres y tomar el hábito que mandares; porque el inclinarse los hombres más a una Religión que a otra, más se ha de atribuir a devoción que no a perfección. No podemos negar que no haya unas Religiones más recogidas que otras, a do hay más ocasión para ser los unos buenos y tienen menos libertad los otros para ser malos; mas junto con esto, decimos que la perfección o imperfección del monesterio no consiste en el hábito que traen, sino en los monjes que lo traen. Mucho huele a vanidad y aun sabe a liviandad el competir unos religiosos con otros sobre los hábitos que traen y sobre los apellidos que tienen, como sea verdad que su competencia había de ser no sobre quién es de mejor Religión, sino sobre cuál de ellos guarda su profesión.

Tonso capite, et mutata veste obtulerunt Ioseph Pharaoni, dice la Escritura sacra (Gen., c. 41) [2]; y como si dijera: Cuando sacaron al santo Joseph de la cárcel en que estaba preso, trasquiláronle la cabeza y mudáronle la vestidura para llevarle a palacio y para que el rey Faraón le rescibiese por suyo. Los que salen de la cárcel del mundo y quieren servir al Señor en su palacio, que es el monesterio, conviéneles, ante todas cosas, mudar las vesti-

[2] Gen. 41, 14.

duras que traen y trasquilarse los cabellos que tienen; es a saber: que no sólo dejen al mundo de hecho, que significa la ropa, mas de pensamiento, que significa los cabellos. Ni muda la vestidura ni se trasquila los cabellos el monje que con las costumbres que tenía en el mundo y con los pensamientos que trajo en el siglo se está acá en el monesterio, y el tal debríase de acordar que el santo Joseph ninguna cosa de las que tenía cuando estaba encarcelado le consintieron llevar ni tener en palacio. En el *Libro de la vida solitaria* dice así: Tengamos siempre en la memoria el trueque y cambio real que hicimos con el mundo el día que nos rescibieron en el monesterio; es a saber: soberbia por humildad, ira por paciencia, envidia por amor, gula por abstinencia, abundancia por penuria, libertad por recogimiento, crueldad por caridad, parlería por silencio, regalo por aspereza e injurias por paciencia. San Jerónimo, en su *Antigua Regla*, dice: El monje que en la Religión quiere ser pobre y paciente, seguramente puede tomar el hábito y vivir en cualquier monesterio; mas el que quiere ser impaciente y incontinente, aconsejámosle que se quede en el mundo y no cure de venir al yermo, porque la vida monástica es muy áspera para el regalado, es muy encerrada para el disoluto, es muy justiciera para el atrevido, es muy escrupulosa para el desalmado y aun es muy callada para el parlero. En *De doctrina novitiorum* dice San Buenaventura: ¡Oh tú, que vienes del siglo al monesterio!, guárdate del mundo, pues va errado; mira, no le sirvas, pues es ingrato; guarte, no le creas, pues es fementido, y mira, no le ames, pues es mentiroso; porque te hago saber, hermano, que si ama, es para engañar, y si engaña, es para prender; y si prende, es para no soltar. Y dice este santo más: Al verdadero siervo del Señor, muy más áspero se le hace de sufrir un solo día del mundo que un año entero de monesterio, y el que otra cosa de esto siente, ni sabe lo que dejó ni siente lo que toma. San Agustín, *Ad eremitas*, dice: Los tristes que no conoscen al mundo, aquellos solos aman al mundo, sirven al mundo, desean al mundo y se pierden en el mundo; que los monjes avisados y los religiosos hostigados, por no verle se esconden y de sólo oírle se santiguan.

Quia occidisti fratrem tuum Abel eris vagus, et profugus super terram, dijo Dios a Caín en el Génesis [3]; como si dijera; Púsete, ¡oh Caín!, en mi particular paraíso, y tú, como malo, mataste allí a Abel tu hermano, a cuya causa andarás peregrinando, traerás la cabeza temblando

[3] Gen. 3, 12.

y vivirás siempre descontento. Conforme a esta figura, para el hombre bien ordenado, muy gran paraíso es el buen monesterio, y para el monje desordenado es otro infierno verse allí sujeto; de manera que la vida monástica es como la flor del campo, de la cual hace la abeja miel para comer y hace la araña ponzoña para matar. Si Caín no cometiera contra su hermano tan gran traición, nunca Dios echara sobre él tan grave maldición; quiero decir, que no permitiera el Señor andar ningún religioso desasosegado si el primero no hubiese cometido algún gran pecado en el monesterio. En las *Vidas de los Padres*, dijo un monje al abad Sifoy: ¿Qué haré, padre, que ando desconsolado y no quepo en todo el monesterio? A esto le respondió el santo viejo: Confiésate, hijo, si tienes algún pecado y reconcíliate con tu prójimo si has con él reñido, porque en la vida monástica no puede haber tristeza a do hay buena conciencia. San Jerónimo, *a Rústico monje*, dice: Por alcanzar la gracia del Señor venimos a la Orden y por estar en su desgracia andamos desgraciados en ella, y de aquí es que los monjes recogidos, siempre andan contentos, y los que son disolutos, siempre andan alterados.

Créeme, hermano, y no dudes que si con Caín cometes algún pecado, que con Caín serás maldito, y la maldición que te echará el Señor será que seas a todos los monjes enojoso y tú mismo de ti mismo vivas descontento. Sobre aquel cae la maldición de Caín que se anda por el monesterio de claustro en claustro, de dormitorio en dormitorio, de celda en celda y de monje en monje, buscando con quién parlar o quién le ayude a murmurar. Sobre aquel monje cae la maldición de Caín que cada capítulo muda lugares, cada año fabrica celdas, cada més solicita otros monesterios y que cada hora querría otros perlados, lo cual él hace no para ser más virtuoso, sino para vivir más libertado; de manera que no ve día bueno sino el que se ve sin sujeción de perlado. Sobre aquel monje cae la maldición de Caín que por fuerza entre en el coro a rezar, en el oratorio a orar, en la librería a leer y en la celda a recogerse, sino que como hombre arrepentido de lo que hizo y descontento de lo que hace se anda por los dormitorios suspirando y a todos cuantos topa quejando. Sobre aquel monje cae la maldición de Caín que ni puede asosegar en el monesterio ni quiere tener paz con su perlado, buscando ocasiones para ir al siglo y procurando negocios que negocie en el mundo; y si le niegan la licencia, pónese a murmurar, y si, por caso, se le dan, vase del todo a perder. En el *Libro de la vida solitaria* dice así: La perfección de la vida monástica no consiste tan-

to en tomar el hábito, salir del mundo y encerrarse en el monesterio cuanto en sufrir los trabajos, resistir los apetitos y permanescer con tus hermanos; porque venir a la Orden es cosa muy fácil, mas el permanescer en ella es cosa muy difícil.

Muchos vienen a la Religión llamados de Dios, y también vienen otros llamados del demonio; y la diferencia que de los unos a los otros hay es que los que son llamados de Dios perseveran hasta el cabo, y los que llama el demonio viven en mal en el monesterio o tórnanse otra vez al mundo. No se espante nadie en oír decir que no todos los que vienen al monesterio vienen guiados por la mano de Cristo, pues es cosa notoria a todos que el Espíritu Santo llevó a Cristo al desierto y el espíritu diabólico lo llevó también al templo; de manera que el uno le llevó para que ayunase y el otro para que se despeñase. Otros lugares había en Jerusalén más altos que no a do el demonio llevó a Cristo, mas no quiso el demonio sino despeñarle del pináculo del templo, para darnos a entender que más prescia el demonio derrocar a uno de los que están consagrados a Cristo que a ciento de los que quedaron allá en el mundo. No querer el demonio echar a rodar a Cristo desde el monte a do ayunó, sino quererle despeñar de lo alto del pináculo a do se sublimó, es darnos a entender que la caída que el monje da en el monesterio es más peligrosa para el ánima y es más escrupulosa para la conciencia que todas las caídas que se dan en la república. Dos hijos de Aarón fueron quemados y abrasados por un pequeño delito que cometieron en una ceremonia del templo, para darnos a entender que es nuestro estado de tan alta perfección, que lo que era en el mundo cerimonia es en la Religión perfección, y lo que allá era venial es en nosotros mortal.

CAPITULO XXIII

De dos profesiones que hace el monje, es a saber, una como cristiano y otra como religioso; que el que ha de hacer profesión ha de tener edad y habilidad

Quae vovisti Deo, ne moreris reddere, quia melius est non vovere, quam post votum, promissa non reddere, dice el sabio Salomón en el capítulo 5 del Eclesiastés [1]; y es

[1] Eccl. 5, 3.

como si dijera: El hombre o mujer que de su voluntad prometiere al Señor algún solemne voto, guárdese mucho de no poner dilación en cumplirlo, porque de otra manera más sano consejo le fuera a ningún voto se obligar que, habiéndose obligado, después no le cumplir. Es aquí de notar que cuando la madre santa Iglesia nos bautiza y en su gremio y casa nos incorpora, juramos y hacemos voto solemne de en toda nuestra vida no condescender a los apetitos de la carne y de no creer en los engaños del demonio, y aun de no seguir las pompas y vanidades del mundo; de manera que no sólo juramos de ser cristianos, mas aun votamos de ser cristianos virtuosos. La ley de los hebreos valía tan poco y extendíase a tan pocos, que nadie era obligado a guardarla, si no era el judío que la prometía; mas la sagrada ley de Cristo, todo el mundo es obligado a jurarla y aun a guardarla, porque para no creer en Cristo y para que no sea alguno cristiano, a nadie puede el príncipe dar privilegio. Los gentiles y paganos se condenan por no querer hacer voto de ser cristianos, y los cristianos se pierden porque lo votan y no lo guardan; porque, según dice el Apóstol hablando con los romanos, no se salvan los que la ley resciben, sino los que la guardan. Los moros y judíos, si se comparan con los malos y pérfidos cristianos, menos culpados serán en el juicio y aun menos punidos serán en el infierno que no ellos, porque los gentiles serán acusados que no juraron, empero los malos cristianos, que juraron y que se perjuraron.

En el Ezequiel amenazaron a todos que no estuviesen señalados del *tao* en las frentes y en el Exodo mataron a todos los que no tenían con sangre untados los postes de la casa; en lo cual se nos da a entender que el día del gran juicio, ninguno podrá ser salvo si el carácter de Cristo no tuviere en el ánima impreso. El abad y perlado de la Religión cristiana no es otro sino ese mismo Cristo, el cual no quiere ni admite en su orden a leones, que son los soberbios; ni a los tigres, que son los envidiosos; ni a las orzas, que son los voraces; ni a los jimios, que son los avaros; ni a los puercos, que son adúlteros, sino solamente quiere a las ovejas simples y mansas; es a saber, a las personas llanas y virtuosas. La causa por que Cristo se comparó a la oveja y dice que en su Orden no ha de admitir sino ovejas es porque así como aquel simple animal tiene leche, y carne, y cuero, y queso para servir a todos, y no tiene cuernos, ni uñas, ni dientes, ni veneno para dañar a nadie, por semejante manera, quiere que los de su Iglesia y estado tengan caridad para repartir con los pobres, y no osadía de robar a sus hermanos.

Los votos que prometemos en la religión cristiana son

creer en los catorce artículos de la fe, guardar los diez mandamientos, no cometer los siete pecados mortales, poner gran cobro en los cinco sentidos, emplear muy bien las tres potencias del ánima y ayudarse a cumplir las obras de misericordia. Aunque, al parescer, paresce prometer mucho el que promete de ser cristiano, sin comparación es muy mayor el premio que por serlo promete Cristo, pues a la hora que uno se torna cristiano es hecho hijo del Padre, hermano del Hijo, pupilo del Espíritu Santo, compañero de los ángeles, miembro de la Iglesia y heredero de la gloria. La más sagrada religión y la más alta perfección del mundo es ser uno cristiano y vivir debajo de la ley de Cristo, porque mediante ésta y no otra somos hechos hijos de Dios adoptivos y herederos del reino de los cielos. *Gaudete, et exultate, quia nomina vestra scripta sunt in caelis* [2], decía Cristo a sus discípulos; y es como si les dijera: Alegraos y regocijaos, no porque os saqué de pescadores, ni porque sois hebreos, ni porque os hice mis discípulos, sino porque os torné cristianos y porque están vuestros nombres escritos en el libro de los justos; la cual dignidad y merced son muy pocos los que la alcanzan y muchos menos los que la merescen. No todos los que se llaman cristianos son verdaderos cristianos; lo cual paresce claro en que no dijo Cristo que se alegrasen por estar escriptos en el libro de los cristianos, sino por estar registrados en el memorial de los justos; de lo cual podemos inferir que mucho va del estar asentados en el libro que tiene el cura de los que baptiza o en el libro que tiene Cristo de los que salva. ¿Qué tiene el que fe no tiene? ¿Qué le falta al que fe no le falta? ¿Para qué trabaja el que en la Iglesia de Dios no trabaja? En todas las Religiones pueden los hombres entrar por voluntad, excepto en la religión cristiana, que han de entrar de pura nescesidad, y es a todos tan obligatoria esta nescesidad, que nadie puede ser en otra Religión religioso si primero en la Iglesia no hace profesión de ser cristiano.

Paulus vinctus in Domino [3], decía el apóstol San Pablo; y es como si dijera: Yo soy Paulo el tarsense, doctor de la gentilidad y predicador de la verdad, el cual, estando como estoy preso aquí en esta cárcel, tengo para mí tanta gloria y presunción de verme por Cristo cargado de cadenas cuanta pueden tener todos los príncipes del mundo con cetros y coronas. Si San Pablo se prescia no más de por estar por Cristo preso, ¿no es más razón que estés tú alegre por llamarte cristiano? ¿Agora sabes que es más

[2] Luc. 10, 20.
[3] Eph. 4, 1.

excelencia tener en la frente la crisma que no al pie una cadena? *Fratres iam non estis hospites, et advenae, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei* [4], decía el mismo Apóstol escribiendo a los efesinos; y es como si dijera: ¡Oh hermanos míos los de Efeso!, dad gracias a Dios, que os crió, y a Cristo, que os redimió, pues por méritos de su sangre ni os llamarán ya huéspedes los de la Sinagoga ni os ternán por advenedizos en la Iglesia católica, porque sois vecinos y moradores de los cielos y familiares y domésticos ya con los santos. Los herejes pérfidos y los malos y obstinados cristianos son en la Iglesia de Dios huéspedes y advenedizos, pues quebrantaron lo que juraron y juraron lo que no guardaron, y lo que es peor de todo, que se meten en las Escrituras sacras a defender lo que no saben y exponer lo que no entienden. Huésped y advenedizo es el hombre que rescibió el santo crisma y se obligó de guardar los preceptos de la Iglesia católica, y esto no obstante, es tan absoluto en todo lo que emprende y tan disoluto en todo lo que hace, que justamente podemos decir del tal que tiene el apellido de cristiano y los hechos de pagano. Sea, pues, la resolución de todo lo sobredicho que, pues nos metemos cristianos y hicimos profesión de cristianos, nos guardemos de errar en lo que a Dios prometimos, porque sería caso de traición tomar el nombre de Cristo y servir al anticristo.

Dejados, pues, aparte los votos que hacemos como cristianos, razón es que hablemos un poco de los que prometen en las Religiones los religiosos, a la guarda de los cuales son no menos obligados que a los primeros, pues de su propia voluntad los votaron y sin que a ello nadie los forzase se obligaron. San Anselmo dice que así como da más el que da el árbol entero que no el que da de él el fruto sólo, así meresce más el que hace alguna buena obra por voto que el que la hace sin voto, pues el tal da a Dios no sólo la fruta de la voluntad, mas aun todo el árbol de su libertad. Mucho debe cada uno mirar lo que promete antes que lo prometa, pues si se determina una vez de lo prometer, no tiene ya lugar de se arrepentir, porque si en la policía humana tiene licencia uno de pedir a otro la palabra que le dió, ¿no es más razón que pida Dios al monje la profesión que le juró? Dios nuestro Señor no nos obliga a más de que seamos cristianos, mas junto con esto también nos aconseja que nos esforcemos a ser varones perfectos; y si tú, hermano mío, con codicia de ser mejor cristiano y con celo de llegar a ser varón perfecto quisiste eligir la estrechura de la vida monástica, ¿de qué

[4] Eph. 2, 19.

te quejas si te constriñen a la guarda de ella? Dime, yo te ruego: los perlados de tu Orden, ¿mándante más de a lo que te obligaste? ¿Constríñente a más de a lo que prometiste? ¿O pídente más de lo que a Dios juraste? Pues nadie a la Religión te llamó, sino que tú te veniste; ni nadie a la perfección te forzó, sino que tú la pediste, ¿por qué no cumples lo que con Dios capitulaste y por qué no guardas lo que en manos del perlado votaste? Entre los jueces del siglo, no pasa sin castigo el que jura la vida de su príncipe en vano, y ¿piensa el monje religioso quedarse sin ser punido habiendo sido a Dios perjuro?

Non enim mentitus es hominibus, sed Deo [5], dijo San Pedro a un vecino de Jerusalén que se llamaba Ananías; y es como si dijera; Dejaste de ser judío y obligástete de ser cristiano, vendiste para los pobres tu matrimonio y escondiste para ti la mayor y mejor parte del dinero, en el cual hecho tan maldito no mentiste a mí, que soy pecador, mas mentiste a Dios, que es santo y justo, el cual quiere que cumplan con él lo que le prometen, pues él nos da aun lo que no nos manda. ¡Oh a cuántos monjes y religiosos podríamos hoy decir: *Non es mentitus hominibus, sed Deo!*, pues tienen más vergüenza de quebrantar la palabra que dieron a los hombres que conciencia de traspasar lo que prometieron a Dios. Si el monje que está en la Religión se acordase que cuando hace profesión no dice: yo prometo a vos que sois mi abad, sino que dice: yo prometo a Dios, que es mi Salvador y Criador, de ser todos los días de mi vida obediente, y pobre, y casto, por ventura tendría más cuidado de guardar lo que promete y más vergüenza de quebrantar lo que jura; mas como teme más a su abad por lo que le riñe que no a Dios por lo que ofende, tiene en más que esté su perlado contento que no que esté su Dios ofendido.

A este propósito, decía el glorioso San Bernardo escribiendo a Roberto el abad: Si quieres en la Religión aprovechar y en ella algún contentamiento tener, acuérdate cada día, y aun si pudieres cada hora, cuán de buena voluntad dejaste el mundo, y con cuán buen celo entraste en la Religión y cuán contento hiciste profesión, y pues nadie te constriñó a estas tres cosas eligir, no es justo que haya nescesidad de te reñir para que las hayas de cumplir. Dice más San Bernardo: De que me acuerdo de cómo en el bautismo juré de ser buen cristiano, y de cómo en manos del perlado hice voto de ser buen religioso, y de cómo en el tremendo día del juicio me han de pedir cuenta del un voto y del otro, ni he gana de salir al mundo ni aun oso

[5] Act. 5, 4.

pasearme por mi monesterio. Preguntado el abad Serapio por un monje que en qué libros leería, respondióle el santo viejo y dijo: De mí te sé decir, hijo, que a la mañana leo en el santo Evangelio, por el cual soy cristiano, y a las tardes, la Regla de San Basilio, por la cual soy religioso, y en estos dos lectores tienen harto mis ojos que leer lo que en ellos se dice y aun también harto mis fuerzas que cumplir lo que en ellos se manda. El glorioso Jerónimo, escribiendo a un monje travieso y no bien disciplinado, dice: Si te acordares de la voz que dice levantaos, muertos, y venid al juicio, y te acordaras de la estrecha Regla y profesión que prometiste en tu monesterio, no creo que el Señor te desamparara de su piadosa mano ni fueras osado de apostatar de tu monesterio; mas como en perjuicio de la virtud saliste a buscar la libertad, merescieron tus pecados que negases tu Religión y quebrantases tu profesión.

El antiguo y bendito San Basilio decía en su Regla: Cumplidos los tres años de noviciado, si el novicio pidiere y quisiere ser profeso, declárenle primero lo que ha de prometer, y tenga suficiente edad para lo prometer, porque siendo como es la vida monacal un estado tan estrecho, no es justo que nadie se llame después a engaño por no ser primero desengañado. Y dice más en otro capítulo de su Regla: Antes que el novicio prometa y se obligue a guardar nuestra Regla, queremos que le sea no solamente toda ella leída, mas aun le declaren los grandes trabajos que ha de pasar en guardarla, trayéndole siempre a la memoria que no alcanzaron los santos tan inmenso premio si no fué a trueque de muy gran trabajo. Si bien queremos entender al glorioso Basilio, dice que no deben dar a ningún novicio la profesión sin qne primero sepa muy bien su Regla y tenga edad suficiente para votarla, la cual Regla y consejo, si en nuestros tiempos fuese guardada y aceptada, no es de creer que habría entre los monjes tantos descuidos ni vivirían en los monesterios tantos arrepentidos. Vergüenza por cierto es de lo decir; empero, más la han de haber los abades de lo hacer, y es que por algún interese que se les sigue o por alguna obligación que les tienen admiten la profesión a algunos niños y aun a algunas niñas de tan tierna edad, y aun de tan poca habilidad, que la Regla que prometen no sólo no saben entenderla, más aun ni leerla. Inhumanidad es rescebir niños y niñas a la Religión y muy gran crueldad es darles antes de tiempo la profesión, porque llegados después a la edad perfecta, a la hora que el demonio les comienza a tentar y la carne a desasosegar, burlan de lo que prometieron y quéjanse de los que se lo hicieron prome-

ter. El abad Cassiano, en las *Vidas de los Padres*, dice que como preguntasen a un santo viejo si se había alguna vez arrepentido por ser monje, respondió: Cincuenta y dos años ha que moro en este yermo de Tebas, en los cuales todos doy inmensas gracias al Señor que nunca fuí arrepentido de haber tomado el hábito, mas junto con esto digo que si como mi abad me hizo hacer profesión de niño me la hiciera hacer de viejo, nunca a tan grandes cosas me obligara ni tan gran carga sobre mí llevara.

Bonum est viro cum partaverit iugum ab adolescentia sua, decía Jeremías en sus Lamentaciones [6]; y es como si dijese: Cosa es muy santa y obra es muy provechosa avezarse el hombre a llevar sobre sí el yugo de Cristo desde que es mancebo, porque las buenas y malas costumbres que en la mocedad se aprenden, tarde o nunca después se olvidan. Es aquí de notar que las edades en el hombre se parten en esta manera; es a saber: que la infancia es hasta los siete años, la puericia hasta los catorce, la adolescencia hasta los veinticinco, la juventud hasta los cuarenta, la virilidad hasta los sesenta, la senectud hasta los ochenta y la edad decrépita hasta que la vida se acaba. Conforme, pues, a esta división de edades, es mucho de ponderar que no dijo el profeta ser bueno tomar el yugo a cuestas desde la infancia ni desde la puericia, sino desde la adolescencia, que es entre los catorce y veinticinco años, porque ya en aquella edad comienza el mancebo a tener fuerzas para trabajar y a tener discreción para saber lo que ha de eligir. Cuando el novicio tiene edad para hacer ya su profesión y tiene habilidad para sentir qué cosa es Religión, justa y justísimamente le pueden, y aun le deben constreñir a que guarde lo que prometió y cumplá lo que juró; porque con Dios nuestro Señor nadie se ha de osar burlar, y mucho menos se ha de tomar. De Dios burla el monje que su Regla no guarda, pues al tiempo que hace profesión y se incorpora en la Religión no dice: Yo prometo a mi abad y prior de ser religioso, sino dice que jura y promete a Dios y a todos los santos de guardar aquella Regla y de permanescer en la vida monástica. Bien osaremos decir que de Dios nuestro Señor burla el monje que su Regla no guarda. No es más profesar una Regla y obligarse uno a la Religión santa que hacer un pacto y contrato con Dios de que el monje se obliga de servirle todos los días de su vida, y Dios nuestro Señor le promete de le dar en galardón su reino y gloria. Este pacto y conveniencia has de pensar, hermano, que no sólo le prometes, sino que juntamente también

[6] Lam. 3, 27.

le juras, pues al tiempo de otorgarle en manos del perlado dices que haces voto y prometes a Dios, que es como si dijeses: Yo prometo y juro solemnemente a Dios, mi Criador y Redentor, de en todos los días de mi vida no quebrantar lo que con él tengo capitulado ni tornar atrás de lo que le tengo prometido.

El monje que tan alto juramento hace y el religioso que con tan recias palabras se obliga, ¿cómo es posible osar traspasar ni solamente una jota de su Regla? ¿Y tú no sabes que si mucho prometes, mucho te prometen, y sin comparación es más el galardón que esperas que no el trabajo que pasas? ¿Agora tienes por saber que en la misma hora que quebrantas algún voto, no sólo entre ti y Dios es deshecho el contrato, mas aun quedas condenado de perjuro? Si de tu Regla eres perjuro y a tu Dios y Señor eres fementido, ¿por qué te quejas si no tienen de ti los hombres buen crédito? El que a Dios quebranta la palabra, ¿por qué le han de creer por su palabra? ¿Qué no hará, qué no intentará, a qué no se atreverá el que a Dios se atreve y a su Regla es traidor y aleve? En el segundo libro de los Reyes se dice que por haber quebrantado el rey Saúl lo que tenía jurado y capitulado con los gabaonitas, que eran unas gentes bárbaras e infieles, mandó Dios al rey David que fuesen crucificados los infantes sus hijos por la culpa del rey su padre. De este tan terrible ejemplo deben tomar ejemplo todos los religiosos y siervos del Señor en que si Dios mandó castigar el juramento falso y el quebrantar lo capitulado con los gentiles, mucho más mandará castigar y punir a los monjes que quebrantan lo que a él juran y los votos que a él hacen. San Jerónimo decía que siempre sonaba en sus orejas la voz que decía: Levantaos, muertos, y venid a juicio, y por semejante manera debería siempre sonar en los oídos del siervo del Señor la voz de su profesión cuando dijo: *Voveo, et promitto,* pues que no menos le pedirán cuenta de la profesión que hizo como religioso que de los mandamientos que quebrantó como cristiano.

CAPITULO XXIV

Do se comienza a hablar de las grandes excelencias de la abstinencia y expónense muchas autoridades de la Escritura

Nabuzardam, princeps cocorum, *destruxit muros Hierusalem,* dice el profeta Jeremías [1]; y es como si dijese: Muchos príncipes ilustres, muchos reyes poderosos, vinieron a Palestina y se enseñorearon de toda la tierra de Asia; y, al fin de todos, Nabuzardán, príncipe de los cocineros, asoló en Jerusalén todos los muros. La historia de este caso es que Dios lo permitiendo y los pecados del pueblo lo meresciendo, vinieron los caldeos a conquistar a Jerusalén, y vino por capitán de ellos Nabuzardán, el cual se dió tan buena maña, que llevó al rey preso, cautivo a todo el pueblo, robó el templo santo, asolóles la muralla y metió a saco toda la tierra. A la sazón que esto pasó, estaba el gran profeta Jeremías preso en la cárcel pública, a causa que había públicamente profetizado la cautividad de aquel triste pueblo, y dado caso que los caldeos le mandaron soltar y en su libertad poner, quedóse solo en la asolada Jerusalén, llorando los pecados de los hebreos y la destrucción de los muros. Si profundamente se mira esta figura, hallaremos, por verdad, que por Jerusalén se entiende nuestra ánima; por los muros que la guardan, todas las virtudes que la defienden; por Nabuzardán, príncipe de los cocineros, el vientre y el estómago a do se deposita todo lo que comemos, y por Jeremías, que nunca fué creído, aunque les profetizó todo aquel daño, es entendida el sindéresis y la razón, que jamás de nosotros son creídas hasta que vemos a los enemigos entrar por las puertas.

Habéis de saber, hermanos míos, que todas las virtudes de nuestra ánima no son más que una congregación de gente que está en una república, y la muralla de esta república es la abstinencia, que la guarda; por manera que así como destruídos los muros quedan a merced de los enemigos todos los vecinos, así, si desechamos de nosotros la abstinencia, queda a merced de los vecinos nuestra ánima. La experiencia nos enseña que, en mondando

[1] Ier. 52, 12 ss.

una fructa, luego se marchita; en descortezando un árbol, luego se hiende, y en desmurando una ciudad, luego peligra: queremos por lo dicho decir que a la hora que el siervo de Dios apartare de su corazón la pureza y de su ánima la abstinencia, la dé totalmente por arruinada y perdida, porque así como el sumo deleite para el cuerpo es el comer, así el sumo regalo para el ánima es el ayunar. Entonces Nabuzardán destruye los muros de la ciudad santa, cuando de nuestra carne apartamos la abstinencia, porque en la batalla espiritual ningún varón cristiano alcanza la palma de la victoria si primero en su vientre no reformare la gula. El hueso duro conserva la caña tierna, la espina aguda cría la rosa fresca, la cáscara áspera defiende la nuez sabrosa, la concha fría guarda la perla preciosa; quiero decir que con la abstinencia áspera se regala el ánima pecadora. El traidor de Nabuzardán fué el más dañoso enemigo que tuvieron los hebreos y, por semejante manera, nuestro vientre y estómago es el que nos pone en mayores trabajos, porque todos los otros vicios no nos tientan sino de cuando en cuando, excepto la gula, que nos fatiga cada momento. Entonces Nabuzardán, príncipe de los cocineros, destruye a Jerusalén sus muros, cuando, después de hartos y ebrios, se agravian nuestros ojos, regüelda nuestro estómago, se acuesta nuestro cuerpo, se turba nuestra lengua y aun se altera nuestro juicio, sin sentir lo que hacemos ni saber cuáles estamos. Si queremos que Nabuzardán, es a saber, el traidor de nuestro vientre, no asuele nuestros muros, necesario es quitarle los bastimentos, porque es de tan mala condición nuestro cuerpo, que, cuanto más le tuviéremos regalado, le tendremos por mayor enemigo. Si el enemigo que tenemos de las puertas adentro no es primero destruído, ¿cómo osaremos salir a pelear con los que están en el campo? ¿Con qué cara ni con qué vergüenza osa dar a los otros vecinos la batalla el que dentro de su casa se deja vencer de una golosina? ¿Qué esperanza ternemos de ti que hayas de derrocar la alteza de la soberbia, los ímpetus de la ira, los incentivos de la concupiscencia, los descuidos de la acidia, la carcoma de la avaricia y el arca de la envidia, pues te vemos tan acoceado de la gula? Así como nadie puede llegar al puerto sin navegar, ni nadie puede alcanzar victoria sin pelear, ni nadie meresce jornal sin trabajar, así es imposible que nadie suba a la vida contemplativa, ni aun se conserve en la vida monástica, sin que ante todas cosas no desarraigue de sí el vicio de la gula. En mi monesterio y Orden conoscí a muchos varones buenos predicar al pueblo, rezar en el coro, orar en el oratorio, leer en la sacra Escritura y militar sobre la obediencia, a los cuales vi des

pués desamparar la vida monástica no por más de por tener en poco la virtud de la abstinencia. Todo lo sobre dicho es de San Gregorio.

Declina a malo, et fac bonum, inquire pacem, et persequere eam [2], dice el serenísimo rey David; y es como si dijese: Todo hombre que desea alcanzar paz para la vida y desea reposo para la conciencia debe apartarse de lo que es malo antes que toque en lo que es bueno, porque de otra manera, al tiempo que las virtudes echasen flores, retorcerían en los vicios las raíces. Es el corazón humano tan flaco y es en sí tan pequeño, que no hay en él más de para morar un vicio o depositar en él una virtud, a cuya causa dice el profeta: *Declina a malo, et fac bonum,* porque es en sí tan delicada el ánima, que, a la hora que llega a sus puertas un vicio, se despiden de ella todas las virtudes. Decir el profeta: *Declina a malo, et fac bonum,* es decirnos que no podemos tener humildad si no damos de mano a la soberbia, ni podemos tener caridad si no dejamos la avaricia, ni aun podemos tener abstinencia si no alanzamos de nosotros la gula, porque de sus males y pecados no puede convalescer el ánima si primero no se evacua el humor de la culpa. Debéis también de advertir en que no nos aconseja el santo David que oyamos el bien o hablemos bien, sino que hagamos bien, pues no dice: *Audi bonum,* sed *fac bonum.* En las cuales palabras se nos da a entender que, en caso de virtudes, no abasta que las veamos con los ojos, ni hablemos de ellas con las lenguas, ni las deseemos con el corazón, ni aun las toquemos con las manos, sino que es necesario buscarlas con grandes sudores y pedirlas al Señor con muchas lágrimas.

También es aquí de ponderar que no dice el profeta no hagas mal, sino dice que te desvíes del mal, ponderando la palabra de *declina a malo,* en lo cual se nos da a entender que es tan grande el mal, que no cumplimos con dejar de hacer males, sino que nos hemos de apartar de tener ocasión para hacerlos. Entonces declina el cristiano *a malo et facit bonum,* cuando se aparta de las malas compañías y se allega a personas buenas y virtuosas, en compañía de las cuales siempre trabaja de mejorarse y delante las cuales habría empacho de pecar. Todo esto decimos, hermanos míos, para que si por dejar el mundo y venir al yermo cumplistes la palabra de *declina a malo,* mirad que es necesario que cumpláis también la otra de *fac bonum,* porque de otra manera seríades como los homicianos y malhechores, que nunca entran en la iglesia sino por defenderse de la justicia.

[2] Ps. 36, 27.

Abstinete vos, ut facilius vacetis orationi, decía el Apóstol escribiendo a la Iglesia de Corinto [3]; y es como si dijera: Pues no podemos vivir sin hacer al Señor plegarias ni sin derramar delante de él muchas lágrimas, conviene que se abstengan los blasfemos de blasfemar, los incontinentes de adulterar y los golosos de comer, porque no puede hacer devotas oraciones el estómago que está repleto de muchos manjares. No inmérito dice el bienaventurado Apóstol que antes que oréis os abstengáis, pues el orar y el regoldar, mal se pueden bien compadescer. Y pues estamos ahora en la santa Cuadragésima, razón será hablemos un poco de la corporal abstinencia, aunque es verdad que me sería a mí más sano consejo el ayunarla que no el predicarla. Bien sabéis, hermanos míos, que todo el discurso de nuestra vida es una prolija vigilia de aquella gran fiesta que esperamos en la gloria, y pues es tan solemne la vigilia, no debe nadie excusarse de ayunar. pues cuanto más nos abstuviéremos de los manjares en esta vida, seremos más hartos y refocilados en la gloria.

La Madre de Dios y el Hijo de Dios no sólo guardaron la abstinencia; más aún, la encomendaron a la sacra Escritura, diciendo la Madre: *Esurientes implevit bonis* [4], y diciendo también el Hijo: *Beati qui esuriunt, et sitiunt iustitiam* [5]; y es como si más claro dijera: Si son bienaventurados los siervos de Dios que han hambre, no es por la hambre que padescen, sino por la refección que esperan, y el manjar que les darán será tal y tan bueno, que a todos hartará y nunca se acabará. ¡Oh si supiésedes, hermanos míos, cuán gran don es el de la abstinencia y cuánto es por todos los santos loada! En verdad os digo que tuviésedes envidia a los que ayunan y compasión a los que comen, porque la suma verdad del Hijo de Dios no hartó a los que en Jerusalén estaban hartos, sino a los que en el desierto estaban hambrientos. La santa abstinencia, juntamente con el mundo, fué criada y como tesoro precioso en el paraíso depositada; por manera que es la virtud primera que al hombre se dió y aun la primera que él erró, pues se abstuvo de lo que podía y comió de lo que no debía. La abstinencia. antes de la ley, en Moisén se halló; después de la ley, Elías la conservó; acabada la ley, Cristo la ejercitó; en principio del Evangelio, los apóstoles la predicaron, y después acá, todos los santos la guardaron; y pues así es, conviene que los imitemos en el ayuno, si queremos tener parte de su gozo. ¡Oh triste de ti, Eva! ¡Oh triste de ti, Esaú!, el uno de los cuales ven-

[3] I Cor. 7, 5.
[4] Luc. 1, 53.
[5] Matth. 5, 6.

dió a sí y a todo el mundo a trueque de una manzana. y el otro vendió su santo mayorazgo por una lenteja. ¡Oh cuán buena!, ¡oh cuán santa es la abstinencia!, pues por ella meresció Moisén ver a Dios cara a cara, por ella meresció Jerusalén de las manos de Senacherib ser librada, por ella meresció Nínive ser su sentencia revocada, por ella meresció Josué que le alargase Dios el día y que de sus enemigos alcanzase victoria; por manera que es bienaventurado el que la abstinencia ama, y mucho más el que la frecuenta. Lo de suso es de San Agustín.

CAPITULO XXV

Que entre todas las tentaciones es muy peligrosa la de la gula y qué es lo que siente San Jerónimo de ella

Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo [1], dice la madre santa Iglesia en la oración dominical, y es como si dijese: Lo que en esta oración pedimos, Señor, es que nos dejes loar tu nombre, que no seamos indignos de tu reino, que nos encamines a hacer tu voluntad, que no nos niegues el pan ordinario, que nos perdones en lo que te ofendemos, que en la tentación inicua no caigamos y que de un tan grande mal nos libremos. La tentación de que deseamos ser librados es de la tentación de la gula, del quebrantamiento de la abstinencia, del regalo de la persona y de la intemperancia ordinaria; y no inmérito la llamo a la tentación de la gula tentación ordinaria, pues no sólo nos tienta cada día, mas aun nos acomete cada hora.

Otras tentaciones hay mayores y otras hay menores que no la tentación de la gula, mas ninguna nos es tan pesada, ni nos es tan molesta, ni aun sentimos tan importuna como a ella, y por eso hace oración ordinaria contra ella la Iglesia como contra una pestilencia pública. Mucho es de ponderar que no pedimos a Dios ser libres de la tentación de la gula, sino que no permita el que caigamos en ella, porque en esta carne mortal no podemos excusar el comer, y después sobre mucho comer o poco comer está el pecar o no pecar; la causa por que pide la Iglesia ser amparada de la tentación, y no nombra qué tentación, es en que así como en decir Dios se ha de entender Cristo y

[1] Matth. 6, 13; Luc. 11, 4.

en decir Apóstol significa San Pablo, y en decir Filósofo se entiende Aristóteles, así en decir tentación sola, sin otra palabra, se ha de entender la tentación de la gula, la cual, por ser en cada reino, y en cada casa, y en cada persona tan doméstica, tiene el primado de las tentaciones ella sola. ¡Oh buen Jesús!, y si tú no nos libras de la tentación de la gula, ¿quién atinará a tener la moderación y temperancia que se requiere en ella? ¿Quién atinará a saber si come poco o come mucho y si come de lo vedado o de lo concedido, de manera que ni tu bondad sea ofendida ni la salud corporal sea perjudicada?

Sobre el amparo y defensa de las tentaciones debe el hombre velar, mas sobre la de la gula debe velar y aun se desvelar, porque, allende de ser importuna y enojosa, es sutil en lo que emprende y muy mañosa en lo que pide; de manera que son muchos los que la sienten, mas muy pocos los que la entienden. ¿Quién podrá del todo entenderla, pues muchas veces nos piden algunas cosas para sustentarse, y no son sino para regalarse? ¿Qué fuerzas bastan para defenderse nadie de esta tentación doméstica, pues no he mascado el bocado que tengo en la boca, y estoy hablando en lo que comeré otro día? ¿Qué haré a esta tentación maldita y a este vientre tan vorace, pues del manjar que ayer tenía apetito, me dice hoy está ya empalagado? *Et ne nos inducas in tentationem.* ¡Oh buen Jesús!, pues todas las veces que como mucho enfermo, y si como poco, me desmayo; si bebo agua, me opila; si bebo vino, me embriaga; si como manjar áspero, luego le aborrezco, y si delicado, luego pido otro; de manera que a esta importuna gula ni a poder de regalos la puedo contentar, ni porque me baño en lágrimas la puedo desechar.

Et ne nos inducas in tentationem. ¡Oh buen Señor!, pues este mi estómago antojadizo quiere, aunque yo no quiera, que le dé una vez carne, otra pescado, una vez legumbres, otra fruta, y una vez pan de panizo y otra de millo, una vez rostido, otra bullido, una vez tarde, otra temprano; por manera que para satisfacer a mi estómago no paso tanto trabajo en buscar lo que tengo de comer cuanto en habérselo conforme a los apetitos de aderezar. *Et ne nos inducas in tentationem*, pues esta maldita tentación de la gula no sólo es enojosa y penosa, mas aun es además muy prolija, pues no podemos trabajar sin comer, ni caminar sin comer, ni aun vivir sin comer; por manera que nunca nos deja la tentación de la gula hasta que de las entrañas se nos arranca el ánima. ¿Quién es el que osa amar esta vida, pues no puede sustentarse en ella si no es con perjuicio de tercera persona? Dime, yo te ruego: si del agua no sacasen los peces, si a la tierra no arrancasen el

pan, si a los animales no tomasen los hijos y si de los árboles no cogiesen la fruta, ¿cómo podrías tú vivir sobre la haz de la tierra? ¿Qué gusto puede nadie tomar en la vida, pues para que yo viva han de perder otros la vida? Si no pensase que lo quiere así la ordenación divina y que de esta manera sustentemos la vida, de mí digo y confieso que jamás vería a ningún animal matar que no me tomase de corazón a llorar. Digamos, pues, al Señor la oración de *et ne nos inducas in tentationem,* pues, si no nos socorre él con su gracia y si no nos tiene con su mano piadosa, tengo por dificultoso el sabernos abstener y tengo por imposible el no haber de caer, según andamos de esta tentación acosados y aun desatinados. Decid, hermanos míos, decid con la Iglesia: *Et ne nos inducas in tentationem,* pues por cumplir con la gula estamos opilados, nos tornamos tísicos, nos volvemos hidrópicos, andamos tras los médicos, amanescemos en las boticas, buscamos yerbas y aun rompemos las venas con sangrías.

La abstinencia no sólo es buena para alanzar los pecados del ánima, mas aun para no criar enfermedades en el cuerpo, porque los humores corruptos que en nosotros se engendran no provienen de los trabajos que tomamos, sino de los manjares que comemos. En los monesterios de Palestina me crié y en los desiertos de Egipto residí, en los cuales lugares vi a muchos monjes enfermar de mal reglados, y a nadie vi peligrar de los bien regidos. En aquellos tiempos vi también en Roma a muchos hombres ricos estar además muy gotosos, a los cuales ninguna cosa les aprovechó los muchos dineros que gastaron ni los grandes regalos que hicieron, hasta que vinieron a su miseria y pobreza, la cual les fué suma medicina para sanar su gota. ¡Oh temperencia sagrada y bendita!, ¿qué puedo yo de ti decir que no sea más lo que callare que todo lo que dijere? La abstinencia quita la temeridad, espanta los demonios, remedia los peligros, consume la salud, purga los pecados, aviva el juicio, esfuerza la memoria, liberta la lengua, gobierna la familia y aun aumenta la hacienda.

Algunos loan la abstinencia de muchos años, otros la de muchos meses y otros la de muchas semanas; mas yo para mí tengo creído que no hay otra tan grande abstinencia como la que se hace cada día; es a saber: mejorándonos siempre en las virtudes y cercenándonos algo de los manjares. ¿Qué servicio haces al Señor ayunando todo el día entero si a la noche te tornas borracho? ¿Por qué causa esperas tu galardón por el ayuno, pues comes más aquel día en una comida que los otros días en comida y media? ¿Cómo ha de aceptar el Señor tu abstinencia, pues no entiendes sino en buscar golosinas para aquel día y no te

acuerdas de derramar siquiera una lágrima? Testigo es el Señor que, morando yo en los bravos desiertos de Egipto, a do quemaba tanto el sol y ardía tanto la arena, que parescíamos los que allí morábamos no hombres blancos de Asia, sino esclavos negros de Etiopía; con toda esta sequedad de tierra y aspereza de montaña, vi a los monjes enfermos que allí moraban que les imputaban a culpa beber el agua fría; y si comían cosa cocha, era como si cometieran lujuria. Ni rey, ni profeta, ni santo, ni pecador hallarás en las divinas letras que al tiempo de su ayuno no se retrujese al templo, no se vistiese de cilicio, no se encenizase la cabeza, no se abstuviese de comer y que no se ocupase en llorar. Cuando el profeta Jonás predicó a los de Nínive que dende en cuarenta días se habían de perder, no sólo el rey y todos ellos ayunaron, mas aun quitaron a los animales lo que habían de comer y privaron a los niños de que no pudiesen mamar, el cual ayuno fué a Dios tan acepto, que no sólo merescieron ser perdonados, mas aun, por ejemplo de hombres abstinentes, de Cristo ser loados.

Los que el día del ayuno quitaban la cebada a los caballos y destetaban de la leche a los niños, ¿crees tú, hermano, que buscaban manjares delicados? Como naturalmente se tomen los niños a llorar en faltándoles el comer, quisieron los de Nínive presentar a Dios las lágrimas de los hijos, para que en mérito de ellas fuesen perdonados los padres. ¡Oh cómo sería bienaventurado el que imitase a los de Nínive en el ayuno!, no quitando la leche a los niños inocentes, sino destetando a nuestros miembros de los vicios enormes, a los cuales tantas veces les damos de mamar cuantas veces les dejamos pecar. Pues los de Nínive destetaron los niños, desteta tú, hermano, tus ojos, que no se derramen; a tus pensamientos, a que no se enloden; a tu lengua, a que calle; a tu vientre, que ayune, y a tu corazón, que se asosiegue, porque de esta manera serás con los de Nínive perdonado y con los cristianos justificado. Lo de suso es de Jerónimo.

CAPITULO XXVI

QUE POCO APROVECHA QUE AYUNE EL ESTÓMAGO, SI NO SE ABSTIENEN DEL PECADO, Y QUÉ ES LO QUE SAN AMBROSIO SIENTE EN ESTO

Hoc genus daemoniorum non eiicitur, nisi in ieiunio et oratione [1], decía Cristo a sus discípulos; y es como si les dijera: Son los demonios tan poderosos o están de los hombres malos tan apoderados, que si no os postráis a orar y no os dais a ayunar, ni los podréis alanzar ni de ellos os apoderar. Decir nuestro Cristo que sin ayunar y orar no quieren los demonios de los cuerpos salir, es decirnos que poco aprovecharía abstenerse el cuerpo de los manjares que Dios crió si no se abstuviese de los pecados que el vedó. El cristiano que hace gran caso de los ayunos y no se acuerda de dejar los pecados, no es por cierto el tal amigo de Cristo, sino discípulo del demonio, el cual nunca deja de ayunar ni cesa de pecar. ¿Qué aprovecha adelgazar el cuerpo con abstinencia, si está el corazón lleno de malicia? ¿Qué aprovecha abstenerse del vino que te pueda emborrachar, si no te abstienes de la ira que te hace pecar? Si sólo el vientre pecó, sólo el vientre ayune; mas si los otros miembros pecaron, ¿por qué también ellos no ayunan? Ayunen las manos si algo hurtaron, ayunen los pies las ramerías que anduvieron, ayunen los ojos si algo desearon, ayune el corazón si algo pensó y ayune la memoria si algo se le olvidó, porque de otra manera, muy gran injusticia harían al estómago si, habiendo con él otro pecado, diesen a él solo el castigo.

Tu autem, cum ieiunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava [2], decía Cristo cuando hablaba del ayuno; y es como si dijera: Cuando por tus pecados quisieres hacer alguna abstinencia, has de tener aviso que no te untes sin ayunar, ni ayunes sin te untar; ni tampoco has de untar la cabeza si primero no lavas la cara. Literalmente decía esto Cristo para confundir a los fariseos hipócritas, los cuales en los días de ayuno andaban tristes, descalzos, cabizbajos, amarillos, rotos, callando y llorando, lo cual hacían ellos no por hacer más áspera penitencia, sino porque los

[1] Matth. 17, 20.
[2] Matth. 6, 17.

tuviesen en reputación de santos los de la república. Es también de saber que en el reino de Palestina, en el cual caía Judea, tenían en costumbre los palestinos de vestirse buenas ropas, lavarse las caras y untarse las cabezas en los días de grandes fiestas; de manera que, haciendo estas cerimonias, celebraban la fiesta y regocijaban su casa. Queriendo, pues, Cristo desengañar a los que ayunaban a que no ayunasen por jactancia y vanagloria, sino solamente por hacer abstinencia y penitencia, mándales untar la cabeza y lavar la cara, lo cual en aquel tiempo era señal de mucha alegría.

Dejada aparte la corteza de la letra y tomando entre manos la medula del espíritu, el no se querer contentar Cristo con que ayunemos ni con que nos untemos, sino que también nos lavemos, no vaca por cierto de mucha profundidad ni aun de gran utilidad, pues en este misterio nos avisa Cristo de lo que hemos de hacer y aun de lo que nos hemos de guardar. El que unta la cabeza, pone algo en ella que antes no tenía; y el que se lava la cara, quita algo de ella; es a saber: la suciedad que primero tenía. Quiero por lo dicho decir que muy poco o no nada aprovecha el ayuno a secas y sin gracia si juntamente con él no untamos la cabeza haciendo alguna buena obra y si no nos lavamos la cara enmendándonos de alguna notable culpa.

Mucho es de ponderar que un día, en un lugar, en un sermón y so una palabra mandó Cristo que ayunasen, y se untasen, y se lavasen; en lo cual nos dió a entender que juntamente nos hemos de apartar de los vicios y aun nos hemos de dar a las virtudes, porque de otra manera fatigaríamos de balde al estómago y no sacaríamos del ayuno ningún provecho. ¿Piensas tú, hermano, que está la perfección del ayuno en las carnes que dejas y en las lentejas que comes? El ayuno verdadero es que unjas muy bien la cabeza y te laves del todo la cara; es a saber: que te avezes a ser virtuoso y dejes de ser vicioso, porque en la casa del verdadero abstinente, a la hora que ha hambre del cuerpo, se comienza a hartar el espíritu. No nos mandar Cristo que unjamos los pies, ni las manos, ni el cuerpo, sino la cabeza es decirnos y avisarnos que cuando el Señor nos diere alguna gracia, o se nos ofresciere de hacer alguna obra virtuosa, la fijemos en la memoria y la pongamos sobre nuestra cabeza, para que, si Cristo nos mandare algo, lo hagamos, y si nos hiciere alguna merced, no la olvidemos. Es también de advertir que en la cabeza del hombre están las tres potencias del ánima y los cinco sentidos del cuerpo; y entonces ungimos la cabeza, cuando el entendimiento no piensa sino en Dios, y la memoria no se acuerda sino de Dios, y la voluntad no ama sino a Dios.

Dime, yo te ruego: ¿para qué te afliges con abstinencia, pues no está tu cabeza untada? No piensas sino en el mundo, no te acuerdas sino del mundo, no amas sino al mundo, no sirves sino al mundo, ¿y piensas que con un día de ayuno mal ayunado has de alcanzar lo que quisieres de Cristo? Si Cristo no nos aconsejara más de que ayunásemos, y no que juntamente con el ayuno nos lavásemos y nos untásemos, hiciéramos gran hincapié en sólo el ayuno; mas, pues él nos mandó más, razón es que hagamos y nos esforcemos a más, porque el mérito de nuestra abstinencia no está en los malvaviscos soncochados ni en las lentejas desaceitadas que comemos, sino en las obras de piedad que aquel día hacemos. No vaca tampoco de alto misterio el mandarnos Cristo lavar el rostro, en el cual están los ojos con que miramos, las narices con que olemos, la boca con que comemos, la lengua con que hablamos y la vergüenza de que nos presciamos; de manera que todo esto has de lavar, si quieres cristianamente ayunar. ¿Qué aprovecha abstenerte del pescado, y no apartarte del pecado? ¿Qué aprovecha a tu ánima no comer sino yerbas crudas, si tu lengua no habla sino palabras maliciosas? ¿Qué hace al caso alanzar de ti en Cuaresma los arómatas que huelen, si no despides de ti los pecados que hieden? ¿Has empacho de no lavarte cada día el rostro, y no has vergüenza de perseverar tanto tiempo en el pecado? ¿Andaste alabando que ayunas toda la santa Cuadragésima, y, por otra parte, no pueden contigo a que perdones una sola injuria?

Lávate, pues, hermano mío, lávate, que el Redentor del mundo y Señor nuestro, primero le lavó San Juan en el río que comenzase en el desierto el ayuno; en lo cual nos dió a entender que la suma y verdadera abstinencia es cuando primero dejamos de pecar que dejemos de comer, lo cual no se hace así, pues ya se contentan los hombres con que cesen de comer y no paren de pecar. Como las cosas malas se curen las más veces con curas contrarias, sería yo de voto que, pues tú osaste cometer cosas ilícitas, que te abstuvieses de las lícitas, y que, pues traspasaste las a ti prohibidas, te refrenes agora de las a ti concedidas, y que hagas penitencia aun de las cosas pequeñas, pues has sido transgresor de las cosas grandes. Este tan delicado consejo no le damos a los hombres desalmados, sino a los varones muy perfectos, pues los malos tienen ya hechos callos de pecar en la conciencia y los buenos no se sueltan aun a decir una palabra ociosa. Todo lo sobredicho es de Ambrosio.

CAPITULO XXVII

De una carta que escribió San Basilio a Juliano Apóstata en favor de la abstinencia

Serenísimo príncipe y universal señor: *Beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum* [1], decía nuestro Cristo; y es como si más claro dijera: No tiene el mundo a hombres por más desdichados que a los que andan desterrados y están desfavorecidos; y, por el contrario, no hay hombres más bienaventurados que los que son de los tiranos castigados y de los malos perseguidos, con tal que su persecución sea por defender la justicia y por no querer hacer alguna cosa mala. Muy grande bien tenemos los cristianos en tener por Dios a Cristo, el cual muy por menudo mira lo que padescemos, y cómo lo padescemos, y por qué lo padescemos, y aun qué tanto padescemos, porque veamos después en el día de la cuenta que, sin comparación, es más un solo día que nos dará de gloria que cuantos servicios le hacemos en toda nuestra vida. En cuanto la red no se llega a la ribera, y el trigo se está en la era, y la rosa no se coge de la espina, y en el lagar no se aparta el hollejo de la uva, y la oveja no se despega de la compañía de la cabra, buenos y malos, todos andan revueltos y mezclados; mas la señal con que se conoscerán es que a los malos almagra el demonio con regalos y a los buenos señala Dios con trabajos. Como nuestro Cristo no tuvo otra hacienda si no fué miseria y pobreza, excepto de trabajos, que tuvo mucha abundancia, parte y reparte de estos sus tesoros con los que él tiene por sus familiares amigos; por manera que el más azotado es el más regalado. Bien paresce que no soy yo de los que él mucho ama ni de los que él en su casa regala, pues es mucho lo que me disimula y muy poco lo que me castiga, aunque es verdad que ya paresce quererme por suyo rescebir, pues con los suyos me consiente atribular. Todo esto te digo, universal señor, a causa que Amproniano, pretor de Capadocia y cuestor mayor de Asia, me dió una letra tuya y me explicó lo que querías por ella, y como mi Cristo sabe y Amproniano lo ve también que no puedo dar lo que él me pide ni cumplir lo que

[1] Matth. 5, 10.

tú me mandas, y esto no obstante me mandó prender y con hierros encarcelar. Mándasme, serenísimo príncipe, que te sirva con mil libras de oro de los réditos de mi obispado, y por cierto que de buena voluntad te las diera si yo las tuviera, porque Cristo nuestro Dios no nos manda que a los príncipes cristianos alcemos la obediencia ni aun que les neguemos la hacienda. La hacienda de mi obispado es una tierra sola, diez olivos, diez colmenas, un molino, una casa, cuarenta ovejas, ocho palmas, tres higueras y un pequeño huerto, de lo cual todo no me tengo por señor absoluto, sino por despensero apostólico, pues yo tengo cargo de granjearlo y los pobres de comerlo.

Como nuestro Cristo nació pobre, vivió pobre y murió pobre, dejónos mandado que todo lo que su Iglesia tuviese y lo que a él se ofresciese tuviésemos cargo sus ministros de repartirlo entre los huérfanos que lo han menester y entre los pobres que no lo pueden ganar. Bien veo que no soy apóstol, mas también confieso que soy sucesor de los apóstoles, y que, si no tengo mérito, tengo sobre mí el cargo, a cuya causa soy obligado a usos estrechos y a no tener tesoros, de lo cual estás tú, Juliano, bien seguro, pues no tengo licencia para tenerlos ni aun tengo hacienda para allegarlos. Es tan estrecho este nuestro estado apostólico, que si, por caso, alguno de nosotros los obispos se da a guardar o se desmanda en gastar, en igual damnación está el que mal lo gasta como el que del altar lo hurta. Del altar lo hurtamos todo lo que a los pobres no damos, porque en nuestra ley cometería sacrilegio y no sería siervo de Cristo el que dos veces topase un desnudo sin haberle dado la primera vez un sayo.

Yo, serenísimo príncipe, de ser monje me prescio, y no de ser obispo, y Dios perdone a quien me sacó del yermo y me tornó a los bullicios del mundo, porque siendo monje no tenía cargo sino de hacer espuertas, y agora tengo cargo de gobernar ánimas. El tiempo que no puedo morar en el yermo, siempre traigo acá monjes santos conmigo, los cuales me ayudan con sus consejos a gobernar y con sus oraciones a me salvar, y aun con sus manos a me mantener, pues lo más que todos comemos es de lo que todos trabajamos. A mi Dios y a mi Cristo te juro, alto príncipe, que, ni en el estado monacal ni en la dignidad episcopal, jamás mis manos tocaron dineros ni por mis puertas vi entrar oro, porque yo y todos los que conmigo están, en más tenemos una pila de lodo para cerrar las celdas que el oro de Nilo de que hacen las coronas. Si algunos ofrescen de limosna o algo se coge de nuestra hacienda, un santo monje tiene cargo de lo coger, y después entre los pobres y nosotros lo repartir, porque los ministros de nuestro Cristo

no se osan asentar a la mesa sin que primero hayan hecho alguna limosna. Si tú quieres algún panal de nuestras colmenas, o algunas aceitunas de nuestras olivas, o algunas cestillas de nuestras manos hechas, o algunas raíces de las que para comer sacamos, podrémoste con algo de esto servir y a tus oficiales lo entregar; mas oro ni plata, aun no lo sabemos conoscer. ¿Cómo te pueden dar oro ni plata los que no encienden lumbre si no es en domingo, no comen carne si no es la Pascua, ni beben agua dulce sino un día a la semana? ¿Cómo te pueden pagar tributos los que no se mantienen sino con lo que cogen en los campos? ¿Cómo es posible darte mil libras de oro los que por falta de un oratorio comulgan los sábados en el hueco de un castaño? ¿Qué, tan grande piensas que es nuestra despensa y comida, pues nunca hubo cocinero en nuestra casa? Aparejos de cocina, aparadores de mesa, provisiones de despensa, vino de Alejandría y todo lo demás que satisface a la gula, cosas son muy extrañas de la vida monástica y no muy seguras para la conciencia pura. ¿Cómo piensas que andarán a descubrir minas de oro los que tienen por sumo deleite comer verdolagas con vinagre acetoso? Imos en este yermo por el agua dulce a cuatro millas, y por la salobre a tres, y hacemos conciencia de guardar agua de hoy para mañana, ¿y hácente en creyente que atesoramos oro o plata? No nos pidas, serenísimo príncipe, no nos pidas plata ni oro, pues las riquezas que tú querrías, más nos presciamos mis monjes y yo de menospreciarlas que no de atesorarlas; mayormente que en estos bravos y arenosos desiertos ni consienten regalos, aunque los quieran, ni se hallan tesoros, aunque los busquen. Estamos tan avezados a tener pobreza y tenemos tanta enemistad al vicio de la avaricia, que acontesció a un monje mío hallar en un camino una pella de oro y no la osar levantar del suelo, porque, si se la hallaran después en la celda, le privaran de sepultura eclesiástica.

Todo esto te escribo, muy alto señor, para que veas cuán sin razón me prendió Amproniano, pretor tuyo, y fatigó a los monjes de mi monesterio, los cuales te envían en recompensa de mi rescate las cogullas con que se cubren y las espuertas que de sus manos tejen. Séte decir, Juliano, que en enviarte esas espuertas te envían todo el sudor de sus caras, y para mantenerse a sí y a mí se desvelan muchas horas, y porque me aflojes estos hierros, huelgan de quedar desnudos y sufren de andar hambrientos. Rescibe, señor, estas pocas espuertas de los que te las envían con buenas entrañas, pues los dones que se dan y los servicios que se hacen no son ricos por el valor que tienen, sino por el amor con que se envían. Si miras las

tú me mandas, y esto no obstante me mandó prender y con hierros encarcelar. Mándasme, serenísimo príncipe, que te sirva con mil libras de oro de los réditos de mi obispado, y por cierto que de buena voluntad te las diera si yo las tuviera, porque Cristo nuestro Dios no nos manda que a los príncipes cristianos alcemos la obediencia ni aun que les neguemos la hacienda. La hacienda de mi obispado es una tierra sola, diez olivos, diez colmenas, un molino, una casa, cuarenta ovejas, ocho palmas, tres higueras y un pequeño huerto, de lo cual todo no me tengo por señor absoluto, sino por despensero apostólico, pues yo tengo cargo de granjearlo y los pobres de comerlo.

Como nuestro Cristo nasció pobre, vivió pobre y murió pobre, dejónos mandado que todo lo que su Iglesia tuviese y lo que a él se ofresciese tuviésemos cargo sus ministros de repartirlo entre los huérfanos que lo han menester y entre los pobres que no lo pueden ganar. Bien veo que no soy apóstol, mas también confieso que soy sucesor de los apóstoles, y que, si no tengo mérito, tengo sobre mí el cargo, a cuya causa soy obligado a usos estrechos y a no tener tesoros, de lo cual estás tú, Juliano, bien seguro, pues no tengo licencia para tenerlos ni aun tengo hacienda para allegarlos. Es tan estrecho este nuestro estado apostólico, que si, por caso, alguno de nosotros los obispos se da a guardar o se desmanda en gastar, en igual damnación está el que mal lo gasta como el que del altar lo hurta. Del altar lo hurtamos todo lo que a los pobres no damos, porque en nuestra ley cometería sacrilegio y no sería siervo de Cristo el que dos veces topase un desnudo sin haberle dado la primera vez un sayo.

Yo, serenísimo príncipe, de ser monje me prescio, y no de ser obispo, y Dios perdone a quien me sacó del yermo y me tornó a los bullicios del mundo, porque siendo monje no tenía cargo sino de hacer espuertas, y agora tengo cargo de gobernar ánimas. El tiempo que no puedo morar en el yermo, siempre traigo acá monjes santos conmigo, los cuales me ayudan con sus consejos a gobernar y con sus oraciones a me salvar, y aun con sus manos a me mantener, pues lo más que todos comemos es de lo que todos trabajamos. A mi Dios y a mi Cristo te juro, alto príncipe, que, ni en el estado monacal ni en la dignidad episcopal, jamás mis manos tocaron dineros ni por mis puertas vi entrar oro, porque yo y todos los que conmigo están, en más tenemos una pila de lodo para cerrar las celdas que el oro de Nilo de que hacen las coronas. Si algunos ofrescen de limosna o algo se coge de nuestra hacienda, un santo monje tiene cargo de lo coger, y después entre los pobres y nosotros lo repartir, porque los ministros de nuestro Cristo

no se osan asentar a la mesa sin que primero hayan hecho alguna limosna. Si tú quieres algún panal de nuestras colmenas, o algunas aceitunas de nuestras olivas, o algunas cestillas de nuestras manos hechas, o algunas raíces de las que para comer sacamos, podrémoste con algo de esto servir y a tus oficiales lo entregar; mas oro ni plata, aun no lo sabemos conoscer. ¿Cómo te pueden dar oro ni plata los que no encienden lumbre si no es en domingo, no comen carne si no es la Pascua, ni beben agua dulce sino un día a la semana? ¿Cómo te pueden pagar tributos los que no se mantienen sino con lo que cogen en los campos? ¿Cómo es posible darte mil libras de oro los que por falta de un oratorio comulgan los sábados en el hueco de un castaño? ¿Qué, tan grande piensas que es nuestra despensa y comida, pues nunca hubo cocinero en nuestra casa? Aparejos de cocina, aparadores de mesa, provisiones de despensa, vino de Alejandría y todo lo demás que satisface a la gula, cosas son muy extrañas de la vida monástica y no muy seguras para la conciencia pura. ¿Cómo piensas que andarán a descubrir minas de oro los que tienen por sumo deleite comer verdolagas con vinagre acetoso? Imos en este yermo por el agua dulce a cuatro millas, y por la salobre a tres, y hacemos conciencia de guardar agua de hoy para mañana, ¿y hácente en creyente que atesoramos oro o plata? No nos pidas, serenísimo príncipe, no nos pidas plata ni oro, pues las riquezas que tú querrías, más nos presciamos mis monjes y yo de menospreciarlas que no de atesorarlas; mayormente que en estos bravos y arenosos desiertos ni consienten regalos, aunque los quieran, ni se hallan tesoros, aunque los busquen. Estamos tan avezados a tener pobreza y tenemos tanta enemistad al vicio de la avaricia, que acontesció a un monje mío hallar en un camino una pella de oro y no la osar levantar del suelo, porque, si se la hallaran después en la celda, le privaran de sepultura eclesiástica.

Todo esto te escribo, muy alto señor, para que veas cuán sin razón me prendió Amproniano, pretor tuyo, y fatigó a los monjes de mi monesterio, los cuales te envían en recompensa de mi rescate las cogullas con que se cubren y las espuertas que de sus manos tejen. Séte decir, Juliano, que en enviarte esas espuertas te envían todo el sudor de sus caras, y para mantenerse a sí y a mí se desvelan muchas horas, y porque me aflojes estos hierros, huelgan de quedar desnudos y sufren de andar hambrientos. Rescibe, señor, estas pocas espuertas de los que te las envían con buenas entrañas, pues los dones que se dan y los servicios que se hacen no son ricos por el valor que tienen, sino por el amor con que se envían. Si miras las

espuertas que enviamos, parescerte han poco; mas si consideras las lágrimas con que se tejieron, tenerlas has en mucho, porque el oficio de que más en estos desiertos usamos es tejer palmas para los pobres y llorar culpas de los pecadores. Séte decir, serenísimo príncipe, que Pilato tuvo preso a Cristo, Herodes a San Pedro, y Festo a San Pablo, y ahora tiene Amproniano a mí; y si el Señor no fuere servido que tú no quieras libertarme ni quiera tampoco tu pretor soltarme, podría ser que de un monje y obispo malo hiciésedes un mártir bueno. Todo lo sobredicho es del gran Basilio.

CAPITULO XXVIII

QUE EL SIERVO DEL SEÑOR DEBE HUIR DE LOS CONVITES MUNDANOS Y QUE EN LOS MÁS CONVITES DEL MUNDO SE HALLÓ SIEMPRE EL DEMONIO

Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii, decía el Sabio en el capítulo 7 del libro Eclesiastés [1]; y es como si dijera: Si vieres a unos llorar y vieres a otros comer, antes elige de irte a la casa de los que lloran que no al convite de los que comen, porque con los tristes llorarás lo que has pecado, mas con los convidados añadirás más el pecar. De este santo consejo podemos coligir cuán de mala gana nos hemos de dejar convidar, pues en el llorar nadie comete culpa, y del convite, apenas sale nadie sin ella. Preguntado Chilo el filósofo que qué haría uno si fuese de sus amigos convidado, respondió estas palabras: El que quisiere tener nombre de virtuoso y renombre de filósofo debe ir a los templos de buena voluntad y debe ir a las guerras de pura necesidad; mas a las casas del convite, ni ha de ir de voluntad ni aun constreñido de necesidad.

Preguntado el buen emperador Augusto por qué había prohibido los juegos y quitado los convites de Roma, respondió: Quité los juegos porque blasfeman allí de los dioses y quité los convites porque murmuran allí de los vecinos. El cónsul Marco Ancio, que hizo la ley Ancia, prohibió a los romanos, so graves penas, que nadie convidase a otro sin licencia del censor romano, sino que, si uno quisiese a otro hacer honra, le enviase la cena o comida

[1] Eccl. 7, 3.

a su casa. En las *Vidas de los Padres* se lee que como un noble de Alejandría se agraviase mucho porque no quería ir a comer con él el glorioso abad Arsenio, respondió el buen viejo: Ni oso contigo comer ni puedo dejarme de ti convidar, porque ninguno de los que moramos en estos yermos puede comer a mesa ajena sin que pierda mucho de su libertad y ponga en aventura su gravedad. Y dijo más el santo Arsenio: No salgo yo del yermo y vengo a Alejandría para haberme de recrear, sino para induciros a trabajar; ni vengo a que me convidéis a comer, sino a persuadiros a ayunar, de manera que con nuestra abstinencia desterremos de nuestras casas la gula. Los que curiosamente lo quisieren mirar y leer, hallarán por cierto y por verdad que apenas se hizo convite o banquete en el mundo en el cual no se hallase presente el demonio, y de hallarse allí el demonio, siempre acontesció algún desastrado caso.

Y porque no parezca que hablamos de gracia, contaremos aquí algunos convites o banquetes de la sagrada Escritura, en los cuales acontescieron y de los cuales sucedieron tales y tan enormes cosas, que son dignas de notar y no menos de llorar. El primero que inventó convites en el mundo fué el maldito del demonio, cuando convidó a nuestros primeros padres a comer del árbol vedado, y el fruto que de aquel convite se sacó fué la triste de Eva ser engañada, el pobre de Adán perder su inocencia y quedar todo el mundo obligado a la pena. Ya que el santo Isaac había cegado que no podía ver y de puro viejo había perdido el apetito que no podía comer, acordó la buena vieja de Rebeca, su mujer, de convidarle a unos manjares silvestres que eran muy sabrosos y muy poco costosos, el cual convite se hizo en tan buen punto para el un hijo y en tan malo para el otro, que de allí resultó perder el triste de Esaú el mayorazgo, y quedar el segundo hijo por primogénito, y hallarse el pobre viejo de todo ello burlado. El hermoso infante Absalón, hijo muy querido que era del gran rey David, acordó de convidar y hacer un solemne banquete a todos los otros infantes sus hermanos en un gran heredamiento suyo, a do a la sazón estaban sus pastores esquilando el ganado, y lo que de aquel triste convite sucedió fué quedar allí el infante Amón muerto, su hermana Thamar infamada, el mismo Absalón desterrado, su padre David lastimado y todo el reino revuelto. El gran rey Asuero, señor que fué de ciento y veinte provincias, queriendo mostrar la sobreabundancia de su riqueza y la grandeza de su potencia, acordó de hacer un superbo convite en los huertos reales de su casa, para el cual convidó

a todos los vecinos de la ciudad de Susis, a do él residía, y a todos los caballeros y cortesanos que en su corte traía.

No menos infeliz y desdichado fué este convite que los otros convites, pues lo que resultó de él fué ser la reina Vasti descompuesta, los más de los nobles degollados, todos los hebreos a muerte condenados, el rey Asuero airado, el su muy privado Amán ahorcado y todo el reino alterado. El hijo mayor y primogénito del santo Job determinóse de convidar a comer a siete hermanos y a tres hermanas que tenía, y, no obstante que su buen padre los bendecía cada mañana y rogaba a Dios por ellos cada día, en lo que paró aquel convite fué que en un día, y en una hora, y en una casa, antes que se les acabase la vianda y se levantasen de las mesas, perdieron todos catorce hermanos allí las vidas. El muy esforzado príncipe Baltasar, hijo que fué del gran rey Nabucodonosor, estando cercado de Cambises, rey de los persas, acordó de convidar a comer a los príncipes y capitanes de su ejército y a todas las enamoradas de su palacio, y en lo que paró aquel infelice convite fué que, en lo más sabroso de la cena, el rey fué muerto, las concubinas presas, los tesoros robados, el campo deshecho y el reino perdido. A todos estos que aquí hemos contado y a otros infinitos que dejamos aquí de contar, ¿por ventura no les fuera más sano consejo comer en sus casas solos y seguros que morir en los convites acompañados?

Viniendo, pues, al propósito, el fin para que relatamos estos ejemplos es para avisar y aun aconsejar al siervo del Señor no ose comer fuera de su monesterio ni que fácilmente acepte los convites del mundo, pues tan sospechoso ha de estar de él y de los que viven en él, que no sólo no ha de osar en él comer, mas aun ni quererle oír mentar. Entre los hijos del siglo, suelen tener costumbre, después que han reñido unos con otros, irse a comer juntos para tornarse a ser amigos; de manera que no valen nada las amistades que concertaron los vecinos si no se confirman después entre los vasos y jarros. Habiendo tú renegado del mundo cuando te hicieron cristiano y habiendo tú renunciado al mundo cuando entraste religioso, dime, yo te ruego: ¿qué otra cosa es ir a comer con los que están en el siglo sino que quieres tornar a hacer paces con el mundo de nuevo? Si la infelice mujer de Loth, de sólo volver a mirar a los de Sodoma, fué tan agramente castigada y deshecha, ¿qué será de ti, pobre monje, que, habiéndote el Señor librado de los incendios y peligros del mundo, te tornas a comer y beber en él como profano y fementido? Castigó Dios a los israelitas no más de por que deseaban tornar a comer ajos y cebollas a Egipto; ¿y pien-

sas que ha de perdonar a ti, que comes y bebes con los del mundo?

El monje que presume de buena conciencia y que se prescia de tener vergüenza, no es posible que con los del mundo tenga buena comida, porque si come poco, nótanle de hipócrita, y si come mucho, infámanle de vorace, y aun cuéntanle las veces que bebe y nótanle las palabras que habla. Ora nos conviden de veras, ora nos conviden de burla, creedme, hermanos, y no dudéis que, por más amigos y deudos que sean nuestros, todavía huelgan más de vernos en nuestros monesterios ayunar que no en sus casas y mesas comer. Por más que tu amigo te ruegue o que tu pariente te importune a que vayas a su casa o que comas a su mesa, tente por dicho que lo hace más por contigo cumplir que no porque lo hayas de hacer; pues, comúnmente, todos los seglares nos quieren más para que les ayudemos a llorar los pecados que han cometido que no para que les vamos a comer los manjares que han allegado. No quiso Cristo dar licencia a un mancebo que le quería servir para tornar a enterrar a su padre propio, ¿y piensas que la daría a ti para que fueses a comer y holgar con los que están en el mundo? Pecado por pecado y culpa por culpa, ¿no era, por ventura, menos culpa y pecado ir a enterrar los muertos que no irse a comer y beber con los vivos? Quiso, pues, Cristo aquel enterramiento prohibir para darnos en él entender que muchas cosas son lícitas a los que andan allá por el mundo las cuales son prohibidas y entredichas a los que están en el monesterio.

El monje que de su voluntad dejó los placeres del mundo y se ofresció a ser cristiano, paresce cosa de gran poquedad, y aun aína diría de gran liviandad, acevilarse a comer con alguna persona no por más de por gozar de una buena comida; como sea verdad que, aun entre los muy vanos y mundanos, se tenga por caso de menos valer el hacer cuenta del comer. Caso que te vengan a rogar y te envíen a importunar, mira no te dejes de nadie vencer, porque el verdadero siervo del Señor jamás sale por las puertas de su monesterio si no fuere a cosas que le constriña la conciencia o le mande la obediencia. Teme, pues, de ser convidado, teme de comer con los que están en el mundo, pues apenas hay convite mundano a do no se derrame la vista, a do no se desmanden en la gula, a do no se diga alguna palabra ociosa o no se hable en perjuicio de alguna persona honrada. ¿Para qué quieres ser convidado, pues no puedes tornar a tu monesterio sin traer contigo algún escrúpulo? ¿Y tú no sabes que a la hora que te asientas a mesa ajena te pones en obligación de

loar todo lo que comes, aunque sea malo, y de murmurar de todo lo que ellos murmuran, aunque sea de algún bueno? Si, por acaso, me quisieres, hermano, decir y argüir que no se quebrantan los mandamientos de Dios, ni los estatutos de la Orden en comer con los deudos y amigos, a esto te respondiendo digo: que tú dices verdad que no es pecado, mas no me negarás tú que no te pones en ocasión de pecar, pues debajo de los muchos regalos vienen enmascarados los vicios.

Ab omni specie mala abstinete vos[2], decía el Apóstol escribiendo a los de Thesalónica; y es como si dijese: Hágoos saber, hermanos míos los de Thesalónica, que pues ya recibistes el bautismo y prometistes de guardar el Evangelio, que no sólo sois obligados a guardaros del pecado, mas aun de toda especie y ocasión de poder pecar, mayormente que para caer somos ligeros, y para levantarnos, muy pesados. Muy alta doctrina y muy profunda palabra es esta del Apóstol, pues no se contenta con que no pequemos, sino que hemos de huir de los lugares a do nos pueden convidar a pecar, en lo cual tiene el Apóstol muy gran razón, pues en los lugares ocasionados es a do peligran aun los muy virtuosos. El jugar es pecado y el ir a do juegan es especie de pecado; el adulterar es pecado, y el conversar con adúlteros es especie de pecado; el comer demasiado es pecado, y el convidarse con voraces es especie de pecado; y de aquí es que los que toman el consejo del buen Apóstol, por no venir a caer en los pecados, huyen de la conversación de los pecadores. Los que están en el mundo conténtanse con no pecar, mas a los que están en la Religión no les abasta no pecar, sino que también deben huir de las ocasiones del pecar, lo cual no hace el monje regalado y goloso, pues él mismo se convida aunque no le conviden los del mundo; lo cual paresce claro en que no anda pensando en otra cosa sino adónde podrá haber una buena comida.

Pues ningún siervo del Señor debe dar paso que no sea por la obediencia, ni debe hablar palabra que no sea santa, ni debe tener pensamiento que no sea casto, ni debe hacer obra que no sea meritoria, dime, yo te ruego: ¿para qué vas al mundo a ser convidado, pues te pones en aventura de yendo sobrio y virtuoso, vuelvas malicioso y aun goloso? Si con los que te convidaron quieres hablar cosas de Dios, no te oirán; si les hablas cosas vanas, escandalizar se han; si le preguntas por nuevas, ternante por curioso, y si no respondes a lo que te preguntan, ternante por nescio; de manera que a la hora que te asientas en

[2] I Thess. 5, 22.

alguna mesa ajena, pones en examen a tu vida propia. Si de tu natural eres templado y comes poco, estáte en tu monesterio quedo, y si eres vorace y goloso, tampoco te aconsejo que aceptes el convite de ninguno, pues una buena comida más es para acrescentar el apetito que no para amatarte el deseo. Comiendo en tu monesterio, comes en compañía de santos, comes manjares benditos, comes a la hora congrua, comes vianda sana, comes en la regular disciplina, comes so el mérito de la obediencia y aun comes con lección de la Escritura sacra. Si comes en el mundo, has de comer tarde, has de comer de todo, has de comer hablando, has de comer con estrépito, has de estar regocijado, hasta de reír si burlaren, has de responder a lo que te preguntaren y aun has de disimular, si te motejaren. Comida tan achacosa para el cuerpo y tan sospechosa para el ánima, ni se había de aceptar ni aun en ella oír hablar, pues vale más el pobre ordinario del monesterio que todos los manjares que nos pueden dar en el mundo.

CAPITULO XXIX

De la honestidad y crianza que ha de tener el religioso cuando comiere fuera del monesterio

Si, movido de caridad o vencido de humanidad, quieres ir a comer fuera, hazlo por la obediencia y pide para ello licencia; porque si lo hicieses a excusas de la Orden y a hurtas del perlado, no sólo te sería imputado a culpa, mas aun a especie de apostasía. No te has de contentar con que el perlado te dé licencia, sino que te dé compañía, y aun compañía que sea honesta y religiosa; porque el monje que osa andar solo pierde el crédito con los suyos y da mal ejemplo a los otros. No inmérito decimos que elijas buena compañía para llevar contigo a comer fuera, porque si el compañero que llevas es desmandado en el comer y desordenado en el beber, darte ha mala comida y echarte ha a cada bocado en vergüenza. El día del convite, antes que vayas fuera, oye primero misa, reza hasta el cabo tus horas y no olvides tus devociones, y no vayas tan temprano que te hagan esperar, ni vayas tan tarde que les hagas desesperar, sino que de tal manera te hayas en el ir y en el estar y volver, que conozcan de ti a la clara que más vas allá por su devoción que por tu recreación. Llegada ya la hora, bendice ante todas cosas

la mesa, y porfía de asentarte en la postrera silla, porque en lo uno mostrarás gravedad, y en lo otro, humildad.

Avísote de una cosa, hermano mío, y es que cuanto más fueres religioso recogido, te muestres con todos ser bien criado, pues jamás estorbó la buena crianza de tener el monje buena conciencia. Asentado a la mesa, no comas hasta que todos coman, ni bebas hasta que todos beban, ni acabes el plato hasta qne no quede nada, ni des grandes sorbos en el potaje o cocina, ni pidas a la mesa cosa señalada, porque, dado caso que no quebrantes la Regla, quebrantas las leyes de buena crianza. Está sobre aviso de no acabar la taza cuando bebieres, ni derramarlo sobre ti cuando lo gustares; y ten cargo de aguar mucho el vino y de no te andar con la taza rogando, porque notar al monje de vorace no sería más de pecado, mas acusarle de ebrio sería gran sacrilegio. No te limpies las manos a los manteles, no lamas los dedos con la boca, no te suenes las narices con el pañizuelo, no te rasques el pescuezo a la mesa, no comas a dos carrillos como mona, no hagas almenas de sopas en la cocina, ni des golpes con los huesos por sacarles la caña, porque en todas estas cosas tomarás poco gusto y darás allí mal ejemplo. Guárdate de levantar a la mesa pláticas, ni de preguntar allí por nuevas, y si los convidados te convidaren a hablar, no te extrañes de les responder, con tal que no seas largo en lo que dijeres ni porfiado en lo que defendieres, porque el monje porfiado es primo del loco y hermano del nescio.

Suelen en los convites humanos, después que los estómagos se comienzan a escalentar y los convidados a se alegrar, hablar en vidas ajenas y poner mácula en algunas personas, y en tal materia como ésta guárdate de hablar ni de tu parescer allí les decir; porque a hacer lo contrario de esto, mucho más pornías tú de conciencia que no ellos de vianda. Si a la mesa do comes se asentaren dueñas o comieren doncellas, guárdate de tomar con ellas mucha plática ni de emplear en ellas la vista, porque allende del escrúpulo que se te puede recrescer y del buen ejemplo que eres obligado a dar, créeme, hermano, y no dudes que no tienes tú tanto cargo de comer cuanto ellos tienen de pies a cabeza te mirar.

Ten también aviso en que si el vino que dieren a la mesa fuere malo, disimúlalo, y si fuere bueno, no cures de loarlo; pues a la hora que lo has loado y vituperado, das señal de ti, que lo bebiste puro, lo cual es muy mal caso y muy mal ejemplo, porque entre los mundanos súfrese aguar el vino, mas entre los religiosos no se permite sino envinar el agua. No te pongas a los pechos babadero como viejo, no eches el pañizuelo sobre el hombro como corte-

sano, no despedaces la carne con las manos como despensero, no mordisques el pan como muchacho y no comas muy aprisa como loco, porque, según la gravedad que mostrares de fuera a la mesa, te juzgarán que es lo que tienes de dentro en el ánima. Si te pusieren delante muchos manjares, tienes licencia de probarlos y tienes obligación de loarlos, porque de otra manera quedaría el que te convidó muy corrido si no conosciese de ti que de la comida ibas contento. Entrar con tres dedos en el plato tiénese por villanía, no tomar la sal con cuchillo tiénese por grosería y hablar con el bocado en la boca tiénese por mala crianza, y aun pedir el vino más puro y el agua más fría, se tiene por muy gran desvergüenza. No te descuides de que, en acabando de comer, alimpies las migajas de la mesa, dobles muy bien el pañizuelo, quites la grasa que tiene el cuchillo, sacudas los pechos y mangas del hábito y recojas tus manos como buen religioso, porque, para ser el convite bueno, tú has de loar en ellos la opulenta comida, y ellos en ti la religiosa crianza. Si por caso, estando comiendo o después que hayas comido, vieres allí algún hombre o mujer que diga donaires o te provocare a risas, guárdate de dar en la silla de placer grandes palmadas, ni aun con la boca grandes risadas, porque no hay a do ganen honra los que presumen de cuerdos si no es entre las locuras que hacen los locos. Agua a manos después de comer no la pidas si no te la dan, ni aun la tomes si te la dieren, porque es ley y privilegio de crianza que solamente se dé al más principal de la comida y que se asentó a la cabecera de la mesa.

Así como no conviene al siervo del Señor asentarse a la mesa sin bendecir lo que ha de comer, así no conviene levantarse de ella sin dar al Señor gracias de lo que has comido, pues a él, más que a nadie, se ha de agradescer todo lo que tenemos y todo lo que comemos. Está muy sobre aviso a que, en pago de los manjares que te dieren los convidados, no te ofrezcas a negociar por ellos algunos negocios mundanos, con los cuales andes después distraído y tengas necesidad de molestar a tu perlado, porque de esta manera, menos mal te sería la comida que te dieron escotarla que no con tanto derramamiento pagarla. Los parientes y amigos de los monjes no todas veces los visitan y frecuentan por hacerles placer, sino por pensar que los habrán menester, lo cual paresce claro en que a los religiosos muy recogidos y poco entendidos, jamás de seglares son importunados. Después que hayas comido, de tus huéspedes despedido, no te desmandes a vaguear y andar por el pueblo, pues en ley de Religión y en caso de perfección no cabe que, habiendo tú dado licencia al estóma-

go y vientre para se holgar y comer, la des también a los ojos para mirar, y a los pies para andar, y a la lengua para parlar. Será, pues, al caso que una hora o dos después que hubieres comido, pide a los huéspedes licencia para tornar a tu monesterio, en el cual, si hallares a tu estómago agraviado de lo mucho que comió y a tu conciencia encargada de si en algo se derramó, no dejes luego de confesarte y aun muy bien disciplinarte, porque la carne quede castigada y la conciencia de todo limpia. Los monjes de poco espíritu que estas cosas oyeren o leyeren pornánse a de ellas burlar y del que las escribe a mofar; mas el que fuere virtuoso y recogido, tomarse ha a llorar; lo uno, por verse de los del mundo tan importunado, y lo otro, por no ser en los convites tan recatado, porque nadie en esta vida puede vivir tan sobre aviso, que en uno que en otro no resbale a cada paso. No te espanten, hermano, todas estas reglas ni el avisarte de tantas menudencias, pues eres obligado a guardarlas no sólo por ser monje, mas aun por ser hombre, porque a todos los del mundo, bien les aplace que seas humilde y llano, y mucho les desplace si te ven torpe y mal criado.

CAPITULO XXX

QUE EL SIERVO DEL SEÑOR DEBE SIEMPRE IR A COMER AL REFECTORIO Y HUIR DEL HOSPICIO

Quae autem sunt, a Deo ordinata sunt, decía el Apóstol escribiendo a los Romanos en el capítulo 13 [1]; y es como si dijese: Habéis de saber vosotros los romanos en cómo todo aquello que es de Dios y está dedicado a Dios, todo va con su eterna sabiduría medido y está con su infinita potencia anivelado; por manera que a do nuestro Dios pone la mano y en todo aquello que él toma a su cargo es imposible desnivelarse y mucho menos desconcertarse. En el capítulo 18 del Exodo mandó Dios a Moisén que en doce piedras muy preciosas y muy ricas pusiese los nombres de los doce hijos de Israel, y que los escribiese y esculpiese no como a Moisén se le antojase, sino como Dios se lo mandase; es a saber: que a los primeros que primero habían nascido, los pusiese en el principio, y a los que a la postre habían nascido, escribiese

[1] Rom. 13, 1.

al cabo. También se escribe en el capítulo 40 del mismo libro que, acabado el tabernáculo y el candelero que había de alumbrar en el santuario, puso en él el santo Moisén todas las velas y candelas por su orden y concierto; es a saber: que todas las gruesas puso en lo más alto y todas las más delgadas en lo más bajo; por manera que en aquel candelero era más de mirar la orden que tenía que no el prescio que valía. En el tercero libro de los Reyes se lee también que la curiosa reina de Saba, más se espantó del concierto y orden que tenía Salomón en el servicio de su mesa que de cuanto oro y plata vió en su casa.

De estos tan notables ejemplos podemos, padre mío, coligir cuán enemigo debe ser el Señor de las cosas mal ordenadas y cuán amigo de las que están concertadas, pues loa y aprueba la Escritura sacra no sólo las candelas que ardían en la Sinagoga, mas aun la orden y concierto que tenía Salomón en su despensa. ¿Qué otra cosa son las candelas puestas por orden en el tabernáculo sino los monjes y religiosos que viven por concierto en su monesterio? No quería el Señor que hubiese desorden en el escribir de los nombres en la antigua Sinanoga: ¿y ha de querer que haya desorden en el vivir de los religiosos en la Iglesia? Pues dice el santo apóstol que todo lo que es de Dios tiene en sí muy grande orden y concierto.

Dime, yo te ruego: ¿cúyo, por ventura, será lo mal ordenado o desconcertado sino del demonio? Poniendo el santo Job la diferencia que hay entre los siervos del Señor y los siervos del demonio y cuánto va de los que están en el cielo a los que están en el infierno, dice: *Ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat* [2]; y es como si dijese: En la casa de Satanás y en la familia de Barrabás, todos viven desordenados y todos andan descontentos, porque así como el Señor quiere que todas sus ovejas pazcan juntas, así el demonio quiere que todas sus cabras anden derramadas; así como Cristo es Padre de la verdad y el demonio padre de la mentira, así también Satanás es caudillo de la discordia, como lo es Dios de la concordia; y de aquí es que todo lo bien ordenado se llama y es Religión, y todo lo mal ordenado y desordenado no es Religión, sino confusión. Por lo que el santo Job ha dicho aquí y por lo que el santo apóstol ha dicho arriba puede cada uno conoscer de sí mismo si es de la congregación del demonio o si es de la sagrada familia de Cristo, pues Cristo a todos los que tiene por siervos trae ordenados y hermanados, y el demonio, a todos los que

---

[2] Iob 10, 22.

tiene por sus familiares amigos trae desordenados y enemistados.

Los sagrados apóstoles en su Colegio y los santos discípulos en la primitiva Iglesia, juntamente comían, juntamente andaban, juntamente moraban y juntamente oraban; y de aquí es que el malaventurado de Judas, como una vez se extrañase de la compañía de los de su Colegio, paró en negar y aun vender a su Maestro, Cristo. De este ejemplo nos hemos de espantar y en él nos conviene mucho avisar, para que nadie ose en la Religión exentarse del cuerpo de la comunidad ni ose procurar para sí alguna singularidad, porque el demonio es muy cobarde para tomarse con muchos y tiene muy grande ánimo para el que halla a solas. A nuestra madre Eva, a solas la tomó en el paraíso; al santo Job, a solas le lastimó en el muladar; y al bendito Jesús, a solas le tentó en el desierto; y al infelice Judas, a solas le engañó fuera de su Colegio; en los cuales ejemplos se nos da a entender que a la hora que el religioso se aparta de seguir con sus hermanos las comunidades, luego es con él el demonio y sus tentaciones. *Adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret* [3], dice el apóstol; y es como si dijese: Velad y orad, hermanos míos, de noche y de día, porque el demonio, vuestro mortal enemigo, [ni] hora ni momento no deja de seguir y acechar a alguno por ver si le podrá hacer caer en algún pecado. Mucho es aquí de ponderar que no dice el apóstol: *Circuit quaerens quos devoret,* sino en singular y en particular dice: *Circuit quaerens quem devoret;* es a saber: que anda el demonio buscando no a muchos que tiente, sino a uno que engañe. Muy bien dice en esto que dice aquí el apóstol, pues hemos firmemente de creer que el demonio, tarde o nunca, entra en el coro a do todos cantan ni asoma al oratorio a do todos oran, y que, por otra parte, no se aparta del monje que anda comiendo por los rincones y anda murmurando por los corredores.

Cuando el Profeta dice: *Ecce quam bonum, et quam iucundum* [4], es que ni loa ni alaba el andar, y el estar, y comer el monje solo, sino que loa y aprueba el ordenarse todos juntos en el convento, en lo cual se nos da a entender cuán amigo es el Señor de la comunidad y cuán enemigo de toda singularidad. Todo esto decimos, padres míos, para avisaros y amonestaros qne, pues el Señor os llamó a la perfección de la Religión y compañía de tan santa congregación, no se extrañe nadie de ir al coro, ni

[3] I Petr. 5, 8.
[4] Ps. 32, 1.

se aparte nadie de dormir en el dormitorio, ni ose comer nadie fuera del refitorio, pues nadie se puede llamar entero religioso sino el que sigue la vida común en el monesterio. De comer por los rincones, y aun de convidarte en los hospicios, te debes esquivar y mucho de ello huir, porque, allende que aquello todo sabe a irregularidad y a singularidad, darás a tus perlados materia de se enojar, y a tus hermanos, ocasión de murmurar.

Hablando más en particular, debe el siervo del Señor esforzarse de ir a comer y beber al refitorio todo el tiempo que se sintiere recio y sano, pues aquel lugar y no otro tiene dedicado la orden a do todos coman, como tiene el oratorio a do todos oren. Si es cosa monstruosa osar nadie fuera del altar celebrar, también es cosa escandalosa el monje fuera del refitorio comer, porque si lo uno es en desacato de la sacra comunión, también es lo otro en detrimento de la sacra Religión. Todo lo que los siervos del Señor comen en el refitorio, ya sabemos que todo está de Cristo bendito y que los perlados lo tienen para su consolación dedicado; de manera que allí todo lo que se come se come sin vergüenza y aun sin escrúpulo de conciencia.

Ante todas cosas te aviso que, por más oficios que tengas en el monesterio ni por más que te haya tenido tu perlado ocupado, no te asientes a comer en el refitorio sin que aquel día hayas primero entrado en el coro y que hayas rezado todo el oficio divino, porque el monje que va a la mesa sin rezar es como el ladrón que come lo ajeno sin trabajar. Para cumplir el monje con lo que debe, poco es que rece lo que le manda su ordinario, sino que más y allende ello ha de rezar por las ánimas del purgatorio, pues es obligación a condescender no sólo a la devoción que tienen con su orden los vivos, mas aun a las memorias que dejaron en su monesterio los muertos. Ten también aviso en que, si no te tuviere ocupado el perlado, te vayas a comer con tiempo al refitorio, porque haciéndolo así oirás la lección que leen, comerás más sazonado, darás a todos buen ejemplo y no darás pesadumbre al cillerero ni enojo al cocinero, los cuales nunca se acaban de quejar de los que entran tarde a comer. Trabaja mucho por hallarte a la bendición de la mesa cuando todo el convento la bendice, porque, si has parado mientes en ello, primero dicen en la bendición *Benedic, Domine, nos* que no *Benedic, Domine, dona tua;* es a saber: que antes bendicen a los religiosos que quieren comer que no a los manjares que han de comer, la cual bendición es de creer que la da el Señor de buena gana, pues por tantos buenos le es allí pedida.

Prosigue el autor la materia, y habla contra la soberbia y ambición maldita

Entrando, pues, en el refitorio, asiéntate a do te pusieren y come de lo que te dieren; y ora sea poco, ora sea mucho, guárdate de mostrar algún descontentamiento de ello, pues comes de lo que otros mejores que tú ganaron y no de lo que tú a la Orden trujiste. No tengas respeto a si te asientan más alto o más bajo que a otro monje del monesterio, mostrándote agraviado de que tomaste tú el hábito primero que no el otro; porque no puede ser en el mundo igual vanidad, ni aun liviandad, que, habiendo tú dejado toda tu reputación y honra por amor de Cristo, la vayas después a buscar en el refitorio. En los convites y regocijos del mundo se suelen, aun los muy vanos y mundanos, rogarse y convidarse con las sillas y asientos: ¿y quieres tú, siendo monje y retraído, sobre si te asentarás en el medio o en el cabo de un banco, dar pena a tu perlado y escandalizar a todo el monesterio? Los que en el mundo quieren ganar honra, gánanla trabajando, sudando, peleando o navegando, y no como tú, que la quieres ganar en el refitorio holgando y comiendo, la cual cosa es en sí tan mala, que aun de oírla paresce cosa escandalosa; porque hasta hoy, por leer y aun por oír está que algún hombre fuese muy honrado no más de por tener algún honroso asiento. Ya que quieras honra, mira que tú la has de llevar contigo y no buscarla en el poyo del refitorio, porque el lugar se ha de presciar de ti, que no tú del lugar.

Si te asientas bajo meresciendo estar en alto, lóante porque el lugar se ha de presciar de ti, que no tú del lugar. motéjante de soberbio; y de aquí es que la honra es muy más seguro merescerla y no tenerla que tenerla y no merescerla. Si procuras el mejor lugar del refitorio por pensar que por eso te eligirán en abad y perlado en el capítulo futuro, mucho vives engañado y muy fuera vas de camino, pues que en las Religiones bien ordenadas, en los monesterios bien concertados, no eligen en su caudillo y perlado al monje que más presume, sino al que más meresce; ni aun ponen los ojos en el que está más alto, sino en el que es más perfecto. No te aceviles en semejantes cevilidades ni te apoques en semejantes poquedades, porque, si presumes de hombre generoso y de rostro vergonzoso, no se te dará más comer arriba entre los padres ancianos que asentarte abajo entre los humildes novicios. *Amant enim primos accubitus in Sinagogis, et volunt ab omnibus salu-*

tari in foro [5], decía Cristo predicando contra los fariseos; y es como si dijese: Cuando habláredes y tratáredes con los escribanos y fariseos, haced lo que os aconsejaren y guardaos de imitar lo que hicieren; porque traen los hábitos de ovejas, y dentro tienen las condiciones de lobos, lo cual paresce claro en que se enojan y apasionan con todos si en sus sinagogas no les dan los mejores asientos y en las plazas no los llaman reverendos maestros.

Conforme a lo que aquí Cristo dice y a lo que a los ambiciosos también reprehende, bien osaremos decir que el religioso claustral que procura ser a todos los del monesterio antepuesto y que en todas las congregaciones quiere en el mejor lugar ser asentado, que el tal no es de la Iglesia, sino de la Sinagoga; ni es religioso, sino fariseo; ni aun es de Cristo, sino del anticristo, pues toma el camino de la ambición, habiéndole el Señor llamado al de la perfección. ¿Negar me has tú que no vas por el camino de la ambición maldita, pues te asientas el primero en el refitorio y entras el postrero en el oratorio? Dime, yo te ruego: pues no ven en ti los monjes ninguna particular abstinencia ni ningún rigor en la disciplina, ¿por qué quieres que no te llamen sin llamarte paternidad o reverencia y que tengan delante de ti la capilla quitada? Si eres ambicioso de honra y si quieres que te tengan reverencia, entra primero en el coro, sal el postrero del oratorio, haz lo que te manda tu perlado, sal pocas veces del monesterio, sirve con caridad a los enfermos, ten paz con tus hermanos, hállate con todos en todos los trabajos, y de esta manera serás de Dios amado y de los hombres reverenciado. Ya puede ser que alcances en la Orden algún oficio honroso y provechoso, ora con mañas que tengas, ora con dádivas que des, la cual honra y provecho podrás por algún tiempo entretener, mas sé y cierto que algún día tú y ello habéis de caer y aun os habéis de perder, porque todo lo que en la Religión no va fundado sobre verdad sabe el Señor disimularlo, mas no quiere sustentarlo. En las divinas letras y en el catálogo de los santos no se da el mejor lugar al que es más anciano, sino al que es más virtuoso, lo cual paresce claro en el gran patriarca Abraham, que es muy más antiguo que David; mas el sacro Evangelio no dice que Cristo es hijo de Abraham y de David, sino de David y de Abraham; de manera que al más nuevo nombra primero, y al más viejo nombra al cabo. Sé que Ismael primero nasció que no Isaac, y Esaú primero nasció que no Jacob, y Rubén primero nasció que no Judas, mas en el registro de los santos y en la preeminencia de los mayo-

[5] Matth. 23, 6; Luc. 20, 46.

razgos, los menores precedieron a los mayores y fueron príncipes y señores de ellos. Los gloriosos apóstoles Santiago y San Andrés, primero fueron llevados al apostolado de Cristo que no San Juan Evangelista, mas el evangelista San Lucas, al tiempo de contar sus nombres y darles en la Iglesia sus asientos, puso al glorioso San Juan en el lugar segundo, aunque por su vocación no le cabía sino el cuarto.

En aquella gran parábola de la viña que Cristo predicó y aun declaró por su divina boca fué determinado y sentido que los jornaleros que fueron a trabajar ya que se quería poner el sol fuesen primero pagados que no los que habían trabajado de sol a sol, y que en su Iglesia, muchas veces harían de los postreros primeros, y de los primeros postreros. De todos estos ejemplos podemos coligir que nadie en la Religión se debe espantar ni escandalizar si los perlados que la gobiernan dan más alto asiento al que tomó a la postre el hábito y confían algún oficio del que es en la Religión más nuevo; pues no es cosa nueva en la sagrada Escritura, y para poder hacerlo les da Cristo licencia. Desde los primeros discípulos de Cristo se comenzó sobre los asientos el pleito, entre los cuales se levantó no pequeño escándalo sobre cuál de ellos sería el perlado y se asentaría en el lugar más honroso; sobre la cual contienda y porfía dió Cristo por sentencia que aquel sería acerca de Dios más quisto y más honrado que con humildad sirviese y no con soberbia se asentase. Como Cristo maldiga y descomulgue al que en la Iglesia levantare algún escándalo, ¿no te paresce a ti, hermano mío, que con justo título meresces ser descomulgado y maldito, pues por la poquedad de un oficio y por la ambición de un asiento tienes a todo el monesterio escandalizado? O tú, hermano mío, eres bueno, o tú eres ambicioso y malo, si te tienes por bueno y pacífico y, por otra parte, pides algún oficio o algún asiento honroso. ¿Y tú no sabes qué por sola esa ambición lo has ya desmerescido? Si, por caso, eres malo y derramado, ¿por qué quieres ocupar el lugar de un bueno? ¿Y tú no sabes que desmientes a Cristo en procurar el lugar primero, aconsejando él en el Evangelio que nadie se asentase sino en el postrero? ¿No ves a la clara que el buen Jesús, contra ningún vicio tanto predicó ni ningún delito tanto reprehendió como fué el de la maldita presunción y el de la descomulgada ambición, y esto no obstante, apruebas tú lo que él condena y condenas lo que él aprueba? Querer, por una parte, ser tenido por perfecto y procurar, por otra parte, ser entre los hombres estimado y sublimado, no creas, hermano, que tales bestias como éstas sufra Cristo en su Colegio.

Charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, et non est ambitiosa [6], dice el Apóstol escribiendo a los de Corinto; y es como si dijese: El corazón cristiano y caritativo a nadie tiene envidia, a nadie hace daño, con ninguna cosa anda hinchado ni de ninguna honra es ambicioso; por manera que en la Religión cristiana nadie tiene caridad si no tiene humildad. Mucho son de ponderar las dos palabras del Apóstol, que dice: *Non inflatur, non est ambitiosa;* es a saber: que el verdadero religioso y aun el verdadero cristiano, do quiera se halla y con que quiera se contenta; mas el que es tocado de la vanagloria y es muy ambicioso de la honra, no sólo es a todos penoso, mas aun él mismo de sí mismo anda descontento. ¿Piensas tú, hermano, que no más de porque presumas mucho, hables mucho, reces mucho, te quejes mucho y andes muy hinchado y con el perlado muy amotinado que por eso has de ser el mejor del monesterio y ser entre todos el más libertado? Pues el perlado está en el lugar de Cristo y es de creer que en la gobernación de la Religión le alumbra el Espíritu Santo, debes, hermano mío, dejarte a su parescer y asentarte a do te quisiere asentar, teniéndote por dicho y creído que, si no te sube a lugar más alto, que no debe haber en ti más merescimiento. Debes también considerar que como los perlados son padres de todos, así tienen de cumplir con todos; a cuya causa y razón miran a los que en sangre son ilustres, tienen respeto a los que en letras son preeminentes y consideran a los que en oficio de la Orden han sido más trabajados y aun los viejos que de canas están más cargados, para que, conforme a la calidad de cada uno, se señale en el capítulo y en el refitorio el asiento. El monje que anda alterado y vive en el monesterio aborrido y descontento no más de porque le quitaron algún oficio o no le dan a su voluntad el asiento, no es menos sino que le trae muy a su mano el demonio y que le tiene por su muy familiar amigo y discípulo; porque así como la humildad es la llave que cierra en sí todas las virtudes, así la ambición es la puerta por do entran al corazón todos los vicios.

A este propósito, dice San Bernardo en una epístola: Así como de la raposa se ha de presumir toda ruindad y de la oveja toda simplicidad, así del monje ambicioso se ha de sospechar toda maldad y del monje humilde se ha de presumir toda bondad. También decía Basilio estas palabras: Al monje derramado recójanle, al monje incontinente enciérrenle, al monje parlero refrénenle, al monje vorace absténganle, al monje impaciente castíguenle, al mon-

[6] I Cor. 13, 4.

je perezoso anímenle; mas al monje presuntuoso y ambicioso aláncenle y despídanle; porque a un discípulo de los discípulos de Cristo oí yo decir que ningún vicio abastaba a perder la Religión si no era el vicio de la ambición. En el *Libro de la vida solitaria* están también escritas estas palabras: Cuando algún monje se desmesurare a pedir a su abad que le deje morar en alguna particular celda, o le pidiere alguna particular cogulla, o le importunare para salir del monesterio, o sintiere de que es ambicioso y codicioso, debe el tal monje apartarle luego del convento y alanzarle del oratorio, pues el tal, más está para llorar que no para orar. San Agustín, escribiendo a los monjes ermitaños, dice: Así como en la vieja ley no consentían en los reales y pueblos que estuviesen hombres leprosos, así en los yermos y monesterios no han de consentir que moren monjes ambiciosos y soberbios, porque, sin comparación, son más tolerables los que están heridos de lepra que no los que son muy ambiciosos de honra. Conforme, pues, a los dichos de estos santos, mucho nos hemos de guardar y muy poco hemos de confiar del monje sedicioso y del fraile ambicioso, porque del tal podemos y aun piadosamente creer que, por salir con un pundonor de honra, posporná a Dios y a su conciencia.

CAPITULO XXXI

Que el religioso no debe ser en su comer y vestir extremado, sino seguir la vida común del convento

Quare ieiunavimus, et non aspexisti, humiliavimus animas nostras, et nescisti? Quia in die ieiunii vestri invenitur voluntas vestra, decía Dios por Isaías en el capítulo 58 [1]; y es como si dijese: Dinos, buen Dios de Israel, ¿qué es la causa por que, siendo tú tan piadoso y que te prescias de ser clementísimo, ves que ayunamos muchos días y no nos lo agradesces, y afligimos nuestras ánimas y haces que no lo entiendes? A esta querella le respondió el Señor: Por eso yo no quiero premiar vuestros ayunos ni me son aceptas vuestras penitencias, porque las hacéis como queréis y no como debéis, teniendo más respeto a lo que vuestra voluntad os inclina que no a lo que mi ley os obliga. Mucho es de notar y gran caudal es de hacer de

[1] Is. 58, 3.

la querella que los hombres proponen y de la respuesta que Dios les da, por la cual se nos da a entender cuán injustamente de Dios nos quejamos y cuán nada es lo que merescemos, pues ninguna obra de ésta es meritoria si a Dios nuestro Señor no le es acepta. De por sí y a solas, cosa es a Dios muy grata ofrescerle el cuerpo quebrantado y el corazón humillado: *Quia cor contritum, et humiliatum, Deus non despicies* [2]; mas como los hebreos se lo presentaban con fingida santidad y no con verdadera humildad, no sólo no se lo quiso Dios aceptar, mas aun dice que de sus ojos no lo quiere ver. Osar decir Dios que no vió cuando ayunaban y que no supo cuando se humillaban, paresce palabra sospechosa y sentencia escrupulosa, siendo verdad que a él no se le absconde cosa alguna, lo cual se ha de entender en seso llano y en entendimiento sano; esto es, que en las divinas letras, entonces se dice que Dios no sabe ni ve alguna obra cuando a él no es acepta ni de su bondad aprobada. Pues obra tan santa como es el ayunar y virtud tan heroica como es la humildad, no quiere Dios tomársela a los hebreos en cuenta, y aun, por manera de escarnio, dice que aun no ha venido tal cosa a su noticia; muy a la clara se nos da a entender que no mira Dios tanto lo que hacemos como la intención y voluntad con que lo hacemos. Como los hebreos ayunaban los ayunos que querían y no los que debían, y ayunaban no cuando la ley se lo mandaba, sino cuando a ellos se les antojaba, y más allende de esto: si ayunaban, no era tanto por hacer abstinencia cuanto porque los tuviesen por hombres de santa vida, no sólo no nos muestra el Señor ser del tal ayuno servido, mas aun se queja estar de ellos ofendido.

Viniendo, pues, al propósito, ¡oh cuántos monjes y aun monjas serán con esta respuesta respondidos!; es a saber: *In die ieiunii vestri invenitur voluntas vestra,* a los cuales no tomará en cuenta las abstinencias que hicieron ni las disciplinas que se dieron, y esto no porque la obra que hacían no era en sí santa, sino porque la hacían por jactancia y vanagloria. De aquellos religiosos se puede con verdad decir: *In die ieiunii vestri invenitur voluntas vestra,* que huelgan más de la voluntad suya propia, que en el día del ayuno cumplen, que no del fruto que de allí esperan; y lo que es peor de todo, que el fin de sus abstinencias es no tanto por hacer abstinencia de sus pecados cuanto por cobrar renombre de muy virtuosos; decir Dios a los hebreos: *Quod in die ieiunii vestri invenitur voluntas vestra,* es avisarnos y desengañarnos que no hay al Señor

---

[2] Ps. 50, 19.

ayuno tan acepto como dejarse el monje al querer de su perlado, porque no está la perfección del religioso en la abstinencia que hace, sino en la obediencia que tiene. En el Génesis [3] dijo Dios a Noé en saliendo del arca: *Ecce dedi vobis omnem escam ad vescendum;* es a saber: yo os doy licencia para que podáis comer de todos los manjares que son de comer, lo cual, siendo así verdad como es verdad, dime, yo te ruego: ¿No será por ventura muy mayor abstinencia el no hacer lo que quieres hacer que no dejar de comer lo que puedes comer? El abstenerte de los manjares es cosa fácil, mas el irte a la mano a los apetitos es cosa difícil; y de aquí es que vale más tener el corazón hambriento y el cuerpo harto, que no tener el corazón harto y el cuerpo hambriento, porque no eres tú tan apetitoso de manjares como lo es el Señor de voluntades. Que se abstenga el monje de los manjares y trate ásperamente sus carnes y que se dé algunas recias disciplinas y que haga algunas particulares abstinencias, no sólo no lo condenamos y reprobamos, sino que lo aprobamos y loamos, con tal condición que no haya en ello alguna mezcla de vanagloria ni se atreva a hacerlo sin licencia, porque el siervo del Señor mucho más meresce en la licencia que pide que no en la abstinencia que hace. Por más áspera que sea la penitencia que quisieres hacer y por más secreta que sea la abstinencia que quisieres emprender, da parte a tu perlado o al monje que está en su lugar puesto, porque no hay en el mundo triaca que así desemponzoñe el veneno de la vanagloria como hacer todo lo que hicieres por el mérito de la obediencia.

Singularis ferus depastus est vineam tuam, Domine [4], decía David: El animal que anda solo y que es indómito, aquél, Señor, es el que ha asolado tu viña y el que en agraz ha comido la uva de ella. Mucho es aquí de ponderar que no dice el profeta que una cabaña de vacas, ni un hatajo de carneros, ni una piara de puercos, ni una manada de cabras asolaron la viña, sino que sólo un animal fué el que rompió el seto e hizo todo el daño, en lo cual se nos da a entender que en la Iglesia sagrada y en la Religión consagrada, de nadie nos hemos tanto de guardar como del que en su vivir hace extremidades y en su doctrina inventa novedades. Cuando los ganados andan juntos en una dehesa, y comen juntos de una yerba, y beben juntos de una agua, y se acuestan juntos a una hora, puédelos el pastor fácilmente guardar y aun del lobo los defender; quiero por lo dicho decir que en ningún género

[3] Gen. 9, 3.
[4] Ps. 79, 14.

de gente tiene el demonio tanta parte como es en los que, so color de más perfección, se eximen de la disciplina del perlado y se rigen por su seso propio. *Singularis ferus* han sido todos los herejes pasados, los cuales, por no querer creer lo que los otros creían, e ir por do los otros iban, y sentir lo que los otros sentían, sino que en todo se confiaron de su parescer y permanescieron en su querer, vinieron después a desviarse de la santa fe católica y que por malditos herejes los condenase la Iglesia. ¿No fueron, por ventura, *singularis ferus* los protervos de Ebión, Marción, Chorinto, Nestorio, Sipontino, Manicheo, Mahoma, Arrio y el Lutero, los cuales no con celo de reformar la Iglesia, sino de afamar cada uno a su persona, entre los fieles sembraron infinita cizaña y para sus ánimas procuraron damnación?

Curiosamente lo hemos mirado y muchos libros hemos revuelto, y al fin hemos hallado por verdad que, hasta hoy, ningún hereje se levantó en la Iglesia de Dios que no fuese por una de dos cosas; es a saber: de nescio, por poco saber, o de ambicioso, por más valer. Lo que en los tiempos pasados acontesció en la Iglesia con los herejes protervos, acontesce agora a las Religiones con algunos religiosos capitosos y aun ambiciosos, los cuales, por vengar algún enojo que se les ha hecho o porque en la Religión los tienen en poco, toman algunos extremos en el comer e inventan algunas novedades en el vestir, con las cuales dan a sus perlados mucha pena y aun siembran en la Religión mucha discordia. Que un monesterio difiera de otro en el comer y aun en la manera del vestir, súfrese; mas que de las puertas adentro alguno con sus hermanos no se conforme, esto condénase, porque a do todos son conformes en la manera del vivir llámase comunidad, mas a do uno se extrema de los otros llámase liviandad. En las Religiones bien ordenadas, todos se visten de un color, todos comen a una hora, todos se acuestan a un tiempo y aun todos obedescen a un perlado, porque, si se hiciese de otra manera, ya no sería Religión, sino confusión.

A este propósito, hablando con el religioso extremado y mal disciplinado, dice el glorioso Bernardo en el *Libro de los estados de los monjes:* Por vida tuya, monje, que me digas: ¿qué es la causa que, andando todos descalzos, osas tú andar calzado? A do todos andan calzados, ¿por qué tu andas descalzo? Pues todos hacen cogullas de paño áspero y roto, ¿por qué tú te vistes de lo que es fino y más costoso? El día que todos en el monesterio ayunan, ¿por qué tú comes? Y el día que todos comen, ¿por qué tú ayunas? Di, pues, di, hermano mío, con el

santo José: *Quaero fratres meos* [5]; es a saber: que buscas a tus hermanos y te andas tras ellos para que, conforme a ellos, te vistas, y al tiempo que ellos comen, comas, y cuando ellos velaren, que veles, y cuando ellos ayunaren, que ayunes, porque de esta manera ni serás a la Orden penoso ni te dirán que eres loco extremado. Lo de suso es de San Bernardo.

A este propósito, dice San Basilio en su *Regla:* Mandamos a los abades nuestros sucesores que veden y castiguen en sus monjes los extremos que suelen algunos de ellos hacer en las abstinencias demasiadas, en las disciplinas desaforadas, y cogullas no usadas, y en las cerimonias peregrinas, para que les vayan a la mano en lo que emprenden y no les dejen salir con lo que quieren. El monje que en semejantes extremos se extrema, sed ciertos que o tiene ramo de locura o está tentado de vanagloria. Así como el lobo pocas veces osa acometer el ganado cuando está junto, sino que solamente arremete y mata al animal que anda desmandado, por semejante manera, el demonio, nuestro enemigo, no osa tentar a los monjes que viven todos en conformidad, sino al que anda fuera de comunidad.

¡Oh cuánto peligro tiene el monje que con sus hermanos no vive, y no come, y no duerme!, porque al tal tiene licencia el demonio de tentarle, y no tiene él fuerza para resistirle. Son tantas las tentaciones del demonio, y son tantas las asperezas del yermo, y son tantas las miserias del cuerpo, y son tantos los peligros del mundo, que ha menester hallarse el monje no sólo acompañado de otros monjes, mas aun rodeado de muchos santos, para que, si está en pie, le ayuden a tenerse, y si está caído, le ayuden a levantarse. Todo lo sobredicho es de San Basilio.

CAPITULO XXXII

Que el siervo del Señor de tal manera se haya con su cuerpo, que le castigue, mas no que le mate

Ignis Domini consumpsit extremam partem castrorum, dice la sacra Escritura en el libro de los Jueces, en el capítulo 11 [1]; y es como si dijese: Murmuraron los hijos de

[5] Gen. 37, 16.

[1] Num. 11, 1.

Israel en el desierto de Achor a causa que les faltaban los manjares y les fatigaban los calores, y como el Señor de esto se enojase y airase, envió sobre ellos un fuego de súbito, el cual fuego no quemó ni abrasó a los que estaban en medio de los reales, sino a los que estaban en los extremos de los ejércitos. Mucho es aquí de ponderar y altamente considerar no querer el Señor quemar a los que estaban en medio del campo, sino a los que estaban en el extremo del ejército, en lo cual se nos da claramente a entender en cuánto el Señor tiene a los que con sus hermanos viven y residen y cómo hiere y castiga a los que de vivir con otros se extreman; y de aquí es que Cristo nuestro Dios nunca se asentaba a comer ni se ponía a platicar con sus discípulos al cabo del banco, sino en el asiento del medio. San Agustín, en un sermón a los ermitaños, dice: No debe el siervo del Señor apartarse de la compañía de sus hermanos ni vivir sino como vivieron los monjes antiguos, porque de otra manera, como es el demonio tan sutil, so color de llevarle por el camino de la perfección, le traerá a la desesperación.

Fratres, obsecro vos, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, et rationabile sit obsequium vestrum, decía el Apóstol escribiendo a los Romanos, en el capítulo 12, y es como si dijera: Mucho os ruego, hermanos míos romanos, que, pues ya por la gracia de Cristo sois bautizados y a la santa fe católica traídos, que tengáis vuestros corazones tan limpios y a vuestros cuerpos tan guardados, que los ofrezcáis con la hostia viva, digna de ser al Señor presentada, y esto ha de ser con que los trabajos y disciplinas que diéredes a vuestros cuerpos mortales los puedan buenamente llevar y no con ellos en el suelo caer. Mucho es aquí de ponderar que, hablando el Apóstol de la manera que nos habemos de haber con nuestro cuerpo, dice: *Hostiam viventem;* es a saber: que le ofrezcamos al Señor vivo y no muerto, en la cual palabra se nos da a entender que si, por caso, el triste de nuestro cuerpo es descomedido en lo que le rogamos y es atrevido en lo que le mandamos, tenemos licencia de disciplinarle, mas no del todo matarle. Decir el Apóstol [2]: *Quod rationabile sit obsequium vestrum,* y que nuestros sacrificios sean de hombres vivos y no de cristianos muertos, es querernos avisar y amonestar que todo lo que mandáremos hacer a nuestra carne flaca y a nuestra humanidad misera sea conforme a razón y no guiado por opinión, porque las fuerzas corporales que el Señor nos dió ha de pensar el siervo del Señor que

[2] Rom. 12, 1.

no consiste su perfección en debilitarlas, sino en cuerdamente emplearlas. *Hostiam viventem* ofresce el religioso a Dios cuando los deseos de su ánima y las fuerzas de su cuerpo las emplea todas en ir al coro, servir los enfermos, barrer la casa, hacer la cocina y cumplir lo que le manda la obediencia; ninguna de las cuales cosas puede hacer el que en abstinencias desaforadas se quiere andar. San Jerónimo, escribiendo a Rústico, monje, dice: Si de ti fuese yo creído, hermano mío Rústico, ni andarías tan enfermo ni aun serías a tu monesterio tan penoso, porque a un abad del yermo de Thebas oí decir que el verdadero monje había de tener el cuerpo vivo y el corazón muerto, pues de esta manera tendría fuerzas para trabajar y no apetitos para se perder. ¡Oh a cuántos monjes he yo conoscido así en Palestina como en Thebaida, los cuales, por querer inhumanamente debilitar sus fuerzas y por atreverse a hacer penitencias no acostumbradas, vinieron después a ser tan enfermos y a tener necesidad de tantos regalos, que no sólo no podían ayunar los ayunos de su devoción, mas aun ni los de su profesión! Lo de suso es de Jerónimo.

Tornando, pues, a la autoridad del Apóstol, entonces, padres míos, *est rationabile obsequium vestrum* y entonces ofrecéis al Señor *hostiam vivam* y no muerta, cuando de tal manera moderáis vuestros ayunos y tan cuerdamente hacéis vuestras disciplinas, que todos los que lo ven dicen que lo hacéis conforme a razón y aun a vuestra complexión. San Buenaventura, en el libro de la *Doctrina de los novicios*, dice: Ante todas cosas debe el buen religioso emplear sus fuerzas en los ayunos a que de Regla es obligado y después en los ayunos de que él es devoto, mayormente que no podemos decir que es fraile de poca abstinencia el que ayuna bien lo que su Regla le manda. Y dice más adelante: El demonio, como es enemigo nuestro mortal, de que no osa tentarlos a que no ayunen, engáñalos en la manera del ayunar; es a saber: a que tengan en más el menor ayuno de su devoción que todos los obligatorios de su Religión. ¿No es, por ventura, engaño del demonio que ose el religioso ayunar todo lo que a él se le antoja y se atreva a quebrantar lo que su Regla le manda? ¿Paréscete ora bien que en el día que ayunas por tu devoción no osas hacer colación aun con una pera y en el día que ayunas por tu Regla haces colación romana? El monje a quien el Señor diere más fuerzas para poder trabajar y más espíritu para orar debe detenerse un poco más en el oratorio, anticiparse en los maitines, madrugar con tiempo a prima, no dormir hasta hartar ni comer hasta regoldar; por manera que podamos del tal mon-

je decir que ejercita la virtud sin perjuicio de la salud y conserva la salud sin perjuicio de la virtud. A este propósito, dice Hugo de Sancto Victore: El monje que estando malo no se quiere acostar, y teniendo nescesidad no se quiere vestir, y estando debilitado no quiere comer, y hablándole su hermano no le quiere responder, y viviendo todos juntos a nadie se quiere allegar, no osaré yo decir del tal que hace de su persona sacrificio racional, sino bestial, pues condesciende a lo que le persuade de voluntad y no a lo que demanda su nescesidad. San Agustín, en su *Regla,* dice: Bien es que los monjes se abstengan alguna vez de no beber vino, y de que no coman carne en todo tiempo, y de no salir muchas veces fuera del monesterio, y de no tener su cuerpo muy regalado; mas esto ha de ser con mucho moderamiento y cordura; de manera que le castiguen, mas no le maten. También dice San Jerónimo, sobre Isaías: No hago caso que en poco tiempo o en mucho tiempo te acabes de consumir o de matar, porque te hago saber, hermano mío en Jesucristo, que todo hombre que con demasiada abstinencia y con inconsiderada penitencia se vino acabar o debilitar es como el ladrón y salteador que ofresce a Dios algún particular sacrificio de lo que a otros ha hurtado. Palabras son de mucho peso estas que dice aquí el glorioso San Jerónimo, pues en ellas se nos da a entender que esta nuestra mísera carne, si no es justo que la regalemos, tampoco es justo que la acabemos, porque todo monje que quita a su cuerpo lo nescesario ofrece sacrificio de lo que no es suyo.

Ni por esto que aquí decimos es nuestra intención de reprehender ni lastimar a los que en algún monesterio son más honestos, más recogidos, más devotos y mejor ocupados, porque así como en la gloria habrá unas sillas más altas que las otras, así acá en la Iglesia ha de haber unos varones más perfectos que otros. A los que aquí reprehendemos y contra los que nuestra pluma se encruelesce son los que en la Religión son muy voraces en el comer y muy destemplados en el beber y contra los que son inconsiderados en el ayunar y extremados en el vestir; de manera que ni a los unos hay quien pueda imitar ni a los otros hay quien pueda contentar. No obstante todo lo dicho, no deben los mancebos aflojar en sus ayunos ni resfriarse de sus santos propósitos, pues aquí no hablamos de los penitentes cuerdos, sino de los abstinentes locos.

Si en el monesterio hubiese algún monje que fuese además goloso y en extremo regalado, y, por el contrario, hubiese otro monje que fuese además abstinente y en extremo apartado, de manera que el uno no comiese aun apenas yerbas cocidas y el otro no viviese sino con golosinas

y delicadezas, todavía es más tolerable el que en la virtud se extrema que no el que en los vicios se ensancha. En las *Colaciones de los Padres* dijo el abad Serapio: Así como el animal que anda muy recio, muy presto se cansa, y el que está quedo muchas veces de holgar se manca, por semejante manera, el monje que mucho come se avicia y el que poco come se enflaquesce, a cuya causa debe el siervo del Señor de en ninguna cosa ser extremado y de no confiarse de su propio seso, porque tanto cuanto más se aparta la virtud del medio, tanta más se allega a vicio.

CAPITULO XXXIII

De cómo el siervo del Señor se ha de haber después que está a la mesa para que allí conserve la abstinencia y no pierda la crianza

Asentado, pues, a la mesa, no tomes luego el pañizuelo, ni saques luego los cuchillos, ni asgas luego del pan, ni comiences tampoco a comer hasta que el lector lea de la lección un poco y haga señal para comer el perlado, porque el siervo del Señor primero ha de recrear el ánima con la santa doctrina que oye que no apascentar el cuerpo con los manjares que come. A este propósito, dice San Basilio en su *Regla:* Cuando nuestros monjes comieren en las fiestas juntos, de tal manera tengan las manos en lo que comen, que también tengan el corazón en la lección que oyen, porque los siervos del Señor juntamente han de comer y juntamente han de merescer. Ya que quieras comenzar a comer, dobla ante todas cosas las mangas, descubre el pan que te han puesto, extiende en la mesa el pañizuelo y corta el pan con el cuchillo, lo cual todo debes hacer no de priesa, como hombre hambriento, sino muy despacio, como religioso cuerdo, porque el verdadero siervo del Señor ha de ir al altar con prudencia y asentarse a la mesa con gravedad. No se te olvide de aguar muy bien el vino, a causa que cuando quisieres beber esté ya desahumado y desbravado, porque, de otra manera, ya podría ser que, queriéndolo tú enviar al estómago, se te fuese ello a la cabeza. Para decirte la verdad y aun para lo que conviene a tu sanidad, antes te aconsejaría que envinases el agua que no que aguases el vino, porque la intemperancia en el comer y la desorden del beber acarrean al cuerpo poca salud y aun en el ánima poca virtud.

Conviene mucho a la honestidad monacal no echarse de codos sobre la mesa, no comer a dos carrillos juntos, no morder el pan con desaforados bocados, no dar en la cocina grandes sorbos ni lamer los dedos cuando están untados, porque son cosas que no se suelen consentir a los niños, cuánto más a los religiosos perfectos. A este propósito, dice Hugo de Sancto Victore estas palabras: A muchos de nuestros monjes y cenobitas hemos visto echarse sobre los manjares como animales en pesebres, y usar de los dedos en lugar de cucharas, y mascar como monas a dos carrillos, y sin partir el pan, comerlo todo a bocados, y aun sin gravedad alguna traer derramados los ojos, de manera que paresce que comen con todos los miembros, que querrían tragar todo lo que tienen los otros. Y dice más adelante el mismo Hugo: Todas estas cosas, excusado sería decirlas si los monjes tuviesen vergüenza de hacerlas; mas, pues no tuvieron disciplina en las hacer, hayan ora vergüenza de las oír. En la mesa conventual no tiene licencia de hablar palabra ni de traer por el refitorio derramada la vista, porque, según se dice en el *Libro de la vida solitaria*, conviene al novicio claustral tener allí el corazón con el Señor ocupado, debe los ojos tener en el suelo, debe los oídos tener en la lección que se lee, y las manos, en el manjar que allí come; por manera que ni por tomar su refección no pierda cosa de la honestidad y Religión.

En las *Vidas de los Padres* se lee de un santo monje que había nombre Mosín, al cual, como le enviase el abad Serapio por unos antojos que se le habían quedado en su ración a do comía en el refitorio, le respondió el monje: Por cierto, padre santo y bendito, que ha más de treinta años que como en el refitorio y que no sé el lugar a do tienes allí tu asiento, que, como tú bien sabes, allí tenemos licencia para comer, mas no la tenemos para mirar. ¡Oh cuántos de los que este dicho leyeren y oyeren loarán lo que aquel monje dijo y cuán pocos imitarán lo que él hizo!, porque en esta nuestra edad o, por mejor decir, en esta nuestra tempestad, cuando oímos algún hecho heroico y virtuoso, complimos con loarle y rehusamos de imitarle. En este derramamiento de la vista, más monjes hay que reprehender que no de loar, los cuales tan ahincadamente miran lo que al refitorio se trae y lo que allí se reparte, que parescen tomar más enojo y pesar de lo que a sus hermanos traen que no placer con lo que ellos allí comen.

Recoge, pues, allí la vista y no la traigas por el refitorio derramada, porque es el demonio tan astuto y tan malicioso, que por darte mala comida y por ponerte algún

escrúpulo de conciencia te persuadirá y te engañará en que vale más lo que a la otra mesa dan que todo cuanto ante ti ponen. Si guardas allí bien la vista, ni tendrás envidia a lo que los otros comen ni aun te pondrás a juzgar de la manera que comen; y si otra cosa haces, no es menos sino que, si miras, te mirarán, y si te quejas, te castigarán. El pan que te pusieren en la mesa para comer, no te quejes si es negro y no blanco, si es partido o entero, si es duro y no blando, si es poco o mucho y si es mal cocido y no hojaldrado; porque, si comes sin gana, aun de lo muy bueno ternás hastío, y si tienes hambre, ningún pan ternás por malo. San Bernardo, escribiendo a Eugenio Papa, el cual había sido primero monje suyo, dice: Tanta razón hay, Santo Padre Eugenio, para ternerme tú a mí envidia como para tenerte yo mancilla, pues me sabe a mí mejor el pan de millo que como las fiestas y los mendrugos negros que me ponen entre semana, que cuanto pan mantecado y sobado comes tú en Roma.—Los señores del siglo y los hombres muy ricos del mundo no comen a la contina pan blanco y sazonado: ¿y quiéreslo tú comer cada día tierno en el monesterio? ¡Oh cuántos en el mundo darían gracias al Señor por tener para comer el pan que a ti te sobra! ¿Y murmuras tú de lo que te ponen a la mesa? Si, como hombre mundano, quieres comer manjares delicados y sabrosos, vete a comer con el rey Baltasar a Babilonia y con el rey Asuero en la ciudad de Susa; mas si, como siervo del Señor, quieres ser convidado del Señor, sabe que no has de comer sino pan de cebada, como comieron los cinco mil que hartó en el desierto, o pan subcinericio, como dió a comer a Elías en el yermo.

El siervo del Señor ha de pensar que cuando vino a la Religión y cuando hizo profesión que no se obligó la Orden de darle de comer lo que él pidiese, sino que él se obligó de comer lo que la Orden le diese. Y de aquí es que todas las veces que muestra de lo que comen algún descontentamiento, se hace transgresor de lo que tiene con Dios capitulado y jurado. Sea, pues, el caso que, si no te agradare el pan que te pusieren delante en el refitorio, que eches la culpa al trigo ser mojado, o al molino estar agudo, o al horno estar frío, y no la eches al monje que de ello tiene cargo, pues has de tener por cierto que, si fuese más en su mano, él te lo daría aunque fuese de oro. A este propósito, se dice en el *Libro de la vida solitaria* estas palabras: El pan que os pusieren delante, guardaos, hermanos, no lo desperdiciéis, no lo desmigajéis, no lo descortecéis ni tampoco lo engraséis, pues manda nuestro padre San Basilio en su *Regla* que no os pongan ningún pan entero hasta que acabéis lo que dejastes ayer empezado. El

monje que ni ara ni cava, sino que se va cada día a mesa puesta y, por otra parte, se descontenta del pan que le dan y murmura del manjar que le ponen, no es menos, sino que el tal es falto de vergüenza y pobre de conciencia. Si, por caso, vieres en el refitorio dar a otro monje alguna cosa más aventajada o mejor adereszada que no a ti, ya que te desmandes a lo mirar, no te atrevas a de ello murmurar, imaginando entre ti que, pues lo consiente el perlado, debe ser o porque el tal monje está enfermo, o porque es flaco y nescesitado, o porque en la Orden es más anciano y viejo; dime, yo te ruego: si fueses más flaco, o más enfermo, o más quebrantado que los otros monjes tus hermanos, ¿por ventura no querrías que algo más te sobrellevasen y aun algo más te regalasen? Quiere, pues, para tu hermano lo que quieres para ti y huelga de lo que dan a él, como holgarías si lo diesen a ti; porque entre los religiosos y siervos del Señor no consiste la hermandad y fraternidad en que moréis en un monesterio juntos, sino en que os apiadéis unos a otros.

Si, por caso, te tentare el demonio diciendo que ni por flaco ni por anciano meresce más que tú ser el otro monje sobrellevado y regalado, a esto le respondes tú que ni tú ni él sois jueces de este pleito, sino solamente el perlado, que está en lugar de Cristo, porque a tomarlo de otra manera, más pecarías tú en lo que murmurases que no el otro en lo que comiese. Debes dar inmensas gracias al Señor por haberte dado lo que no dió al otro monje tu hermano; es a saber: competentes fuerzas y harta salud para poder de todo comer, el rigor de la Religión llevar, teniendo por cierto que, si te cupiera en suerte la flaca complexión que cupo a él, fueras tú de peor condición que no es él. A este propósito, dice San Agustín escribiendo a los monjes del yermo: Sobre todo, os guardad, hermanos míos, de que el monje que ayuna no juzgue al que no ayuna, y el que está flaco no escarnezca del enfermo, y el que es sano no burle del flaco, y el que es animoso no tenga en poco al que es tentado, porque así como David hizo iguales a los que quedaron a guardar la ropa con los que descendieron a dar la batalla, así merescen a las veces tanto los enfermos y flacos con tener paciencia como los sanos y recios con su abstinencia. Ya puede ser que un hombre flaco sirva más al Señor comiendo manjares delicados que no uno que está sano comiendo los ásperos y desabridos, lo cual suele acontescer cuando el que es delicado se asienta a comer no más de por se sustentar y el que es recio y fuerte no come por se sustentar, sino por se recrear y regalar.

Creedme, hermanos míos, y no dudéis que el mérito o desmérito del ayuno no consiste en los pocos o muchos

manjares que comemos, sino en la templanza o destemplanza con que los comemos. ¿Osarás tú decir que fué más abstinente Esaú en no comer sino unas lentejas desabridas que no lo fué Cristo en comer peces asados? ¿Son, por ventura, más dignos de loar los animales brutos, que no comen sino avena del campo o heno del prado, que no es el hombre racional, que ayuna con pan y vino? Todo esto decimos para que, si alguno de los que están en ese yermo no puede comer las bellotas secas ni las raíces crudas, si por caso le vierdes comer lechugas cocidas o bellotas asadas, no se lo vedéis ni aun se lo juzguéis, pues es de creer que lo hace más de pura flaqueza que no porque es vencido de gula. Todo lo sobredicho es de San Agustín. No tomes costumbre de entrar en el refitorio antes que los otros entren, ni aun quedarte comiendo después que los otros salgan, porque serás a los oficiales penoso y por todo el convento de particular notado. Si para irte a comer con tiempo o para quedarte en la mesa rezagado te diere el perlado para ello alguna vez licencia, no la tomes tú después cada día, porque si por tu enfermedad o por tu ancianidad alguna vez lo disimula, no por eso deja de rescebir de ello pena.

San Anselmo, escribiendo a un monje de su Orden, dice: Cata, hermano Rogerio, que por eso la Orden se llama Orden, porque todas las cosas están en ella bien ordenadas y concertadas, lo cual es así verdad cuando todos los monjes viven juntos, comen juntos, andan juntos y duermen juntos; de manera que pierde el nombre de religioso el que con sus hermanos no se asienta y se levanta juntamente del refitorio. Y dice más el mismo Doctor: Es cosa tan buena la orden y concierto, que aun los del mundo huyen de lo malo y desconcertado, lo cual paresce claro en que no quieren los despenseros de los señores dar de comer uno a uno, sino a todos juntos, negando la comida a los que de golosos la piden con tiempo y a los que de perezosos vienen a comer tarde. Pues si en el comer y beber abasta un despensero solo para que nadie ose desordenarse en palacio, ¿no será más justo que ponga el perlado orden en el monesterio? Al que es flaco o es anciano permítesele que coma tarde o temprano en el refitorio; mas el que, en levantándose de la mesa, se va por los hospicios o se va a pasear por los huertos, ¿no sería mejor que estuviese oyendo la lección con sus hermanos? De los manjares que te pusieren delante, toma lo que has menester y deja lo que te puede dañar; porque, si comes poco, no podrás trabajar, y si comes mucho, luego querrás dormir.

Los del mundo comen para se regalar, mas el siervo

del Señor no ha de comer sino para se sustentar, porque en las Religiones bien ordenadas permítese que el religioso mantenga el cuerpo, mas no se sufre que satisfaga al apetito. Ni del todo acabes la carne que te ponen ni del todo agotes el vino que te dan, sino que siempre dejes algo en el vaso y te sobre algo en el plato, y esto has de hacer no por satisfacer a tu conciencia, sino por cumplir con la buena crianza. Has de saber, hermano mío, que el comer apriesa es de loco, el acabar el plato es de vorace, el lamer los dedos es de goloso, el escurrir el vaso es de borracho, el mirar a todos es de inhonesto, el hablar allí mucho es de atrevido y el pedir a la mesa algo es de desvergonzado. No pidas a la mesa ninguna cosa si no fuere solamente pan y agua, y si te dieren carne, y vino, y fruta, inclina al que te lo diere un poco la cabeza; mas, si de esto no te dieren cosa, has de tener mucha paciencia, porque el verdadero siervo del Señor, mucho más meresce en el sufrimiento que tiene que no en la abstinencia que hace.

San Bernardo, en los documentos de los monjes, dice: Si, por caso, os dieren pescado que esté salado, y la cocina que no tenga aceite, y el pan que no esté blando, y el vino que sea acedo, ni os quejéis a otros ni murmuréis entre vosotros mesmos, pues muchas veces nuestros abades nos querrían dar más, y el monesterio no alcanza más; y dice allí más el mesmo Doctor: El monje que tiene gusto en el paladar no le debe por cierto detener en el orar, porque jamás vi a religioso que tuviese cuenta con el cocinero que no fuese enemigo del oratorio. Al cabo de la comida debes poner aparte las vasijas, plegar el pañizuelo, alimpiar todas las migajas, desplegar las manos y recoger los brazos; de manera que todos los que te miraren digan que más pareces venir de celebrar que no que acabas de comer.

CAPITULO XXXIV

A do se comienza a tratar del oficio divino y que el loar al Señor es oficio de ángeles del cielo

Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit, decía el serenísimo rey David en el salmo 97 [1]; y es como si dijese: ¡Oh hijos de Israel, oh descendientes de Abra-

[1] Ps. 97, 1.

ham!, por el amor que os tengo y por el deudo que os he, os aviso y amonesto no echéis atrás en olvido el haberos Dios sacado de Egipto y el haberos sacado del mar Bermejo, en cuya remuneración y servicio debríades de levantar y cantar al Señor algún cantar nuevo que otro ninguno no le hubiese cantado. Mucho es aquí de ponderar que cuando el rey David compuso este salmo y dió al pueblo este consejo, ya en la Sinagoga sabían cantar y aun quienes supiesen cantares componer, lo cual paresce claro en el cántico que compuso Moisén, y en el de Débora, y en el de la buena Ana, y en el del rey Ezequías, y aun en los Cantares de Cantares, que compuso Salomón, ninguno de los cuales quiere agora Dios que le canten, sino que de nuevo otros cantares le busquen. Gran turbación nos da y en gran confusión nos pone mandarnos el profeta que cantemos y no señalarnos lo que hemos de cantar, sino que solamente dice que lo que cantáremos sean cosas nuevas y no viejas. pues son nuevas las mercedes que él siempre nos concede y muy grandes las maravillas que nuestro Dios por nosotros hace. ¡Oh, cuánta razón nuestro Señor Dios tiene en querer que le inventemos algunos cantares nuevos, pues ha hecho por nosotros tantas novedades! Lo cual paresce claro, pues trocó al Criador por la criatura, al Hijo por el siervo, al Justo por el condenado, al Inocente por el culpado y al Redentor por el pecador.

Dime, yo te ruego: Tantas maravillas y tan ilustres mercedes como son éstas, ¿tú no ves que apenas hay lengua que las pueda contar, cuanto más servicios para poder se pagar? No vaca de alto misterio mandarnos nuestro Señor Dios que le loemos y no nos señalar las palabras con que le hemos de alabar, porque el beneficio de que usó en querernos criar, y la largueza que mostró en venirnos a redimir, y la providencia que tiene en tan bien nos gobernar, la misericordia de que usa en querernos sustentar, obras son tan altas y tan heroicas, que trascienden la capacidad humana y aun que sobrepujan a la natural angélica. ¡Oh, cómo fué obra muy nueva y aun obra nunca oída Dios tornarse hombre, la Virgen ser virgen y madre, ser Hijo y no tener Padre, la Sinagoga tornarse Iglesia, la circuncisión tornarse bautismo, a los profetas suceder apóstoles, los sacrificios tornarse en sacramentos y las figuras parar en verdades!; y por eso es mucha razón que tan nuevos misterios no se engrandezcan si no con nuevos cantares. Dejar Dios a nuestro libre albedrío lo que hemos de cantar y cuándo lo hemos de cantar es darnos a entender que, pues no somos bastantes para loarle y servir como debemos, a lo menos que hagamos por él lo

que podemos, porque es él tan bueno y de tan buen contentamiento, que nos toma también en cuenta el deseo que tenemos en servirle como si de hecho le sirviésemos. ¡Oh si supiésemos conoscer cuán buen Dios tenemos y cuán a buen Señor servimos! Por tantos bienes que cada día nos hace y por tantos pecados que cada hora nos disimula, no nos manda peregrinar a la Tierra Santa, ni nos pide nuestra hacienda, ni nos toma nuestra honra, ni aun nos roba nuestra vida, sino que solamente lo que de nosotros quiere es que con el corazón le creamos como buenos cristianos y con la lengua le alabemos como sus siervos.

Lo que Dios por nosotros hizo es cosa muy difícil, que fué querer morir, y lo que él a nosotros pide es cosa muy fácil, que es no más de que se lo hayamos de agradescer; y este agradecimiento no le pide él que sea de obras muy arduas, sino que le demos alabanzas muy continuas, el cual oficio es de poco trabajo y de gran merescimiento. Muy gran razón tiene el profeta en decir: *Cantate Domino canticum novum*, es a saber: que cantemos al Señor algunas alabanzas nuevas, pues por todo el bien que nos hace y por las mercedes que nos concede no nos pide y demanda que se lo paguemos, sino que se lo alabemos. ¡Oh cuán buena vida debe ser vivir con Dios, servir a Dios y seguir a Dios!, pues todos los que moran en su casa y todos los que andan en su compañía no los dejan llorar, sino que los avezan a cantar; que, como dice San Juan en el Apocalipsi, los santos que vió ir de acá allá, luego les enjugaban las lágrimas de los ojos y les enseñaban a cantar unos cantares nuevos. *Laudate Dominum de terra, dracones et omnes abissi, ignis, grando, nix, glacies, et spiritus procellarum* [2], decía el serenísimo rey David; y es como si más claro dijese: A todas las jerarquías celestiales cito y a todas las criaturas mortales convido se junten a loar al Señor conmigo; es a saber, a los dragones bravos, a los profundos abismos, al fuego que quema, al granizo que descalabra, a la nieve que se congela, al carámbano que enfría, a la mar que espanta, a las bestias que braman, a las serpientes que silban y aun a las aves que vuelan.

Para mí, creído tengo que por eso comete el profeta las alabanzas de Dios a los brutos animales, por motejar a los hombres de hombres bestiales, lo cual nosotros somos todas las veces que conforme a la razón no vivimos: porque, hablando la verdad y con libertad, si quitamos al hombre el conoscimiento que tiene de lo bueno y de lo malo, nadie le juzgará sino por un animal bruto. ¡Oh cuán

[2] Ps. 148, 7.

grande afrenta es a nuestra humanidad, y aun en gran perjuicio de nuestra libertad, ver que loan a su Dios y Criador el dragón, y el león, y el granizo, y el hielo, y que, por otra parte, se queja el Señor del hombre, que no sólo no es de él loado, sino que es de él injuriado y blasfemado!, lo cual paresce claro, pues apenas hace obra con que no le injurie ni dice palabra con que no le blasfeme.

A este propósito, dice el egregio Agustino en el libro de sus *Confesiones*: De todas las criaturas que Dios crió en la tierra y de todas las que él plasmó en el mundo, ninguna de ellas tiene menos razón de le blasfemar y más obligación de le loar que es el hombre, porque todas las otras criaturas deben a Dios la creación y la conservación, mas el hombre débele la creación, y la conservación, y la redención. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, ¿qué tengo yo que tú no me hayas dado? ¿Qué sé yo que tú no me hayas enseñado? ¿Qué puedo yo si tú no estás a mi lado? ¿Qué valgo yo si de mí quitas lo que es tuyo? ¿Qué merezco yo si a ti no soy acepto? Alúmbrame, Señor, si estoy engañado, enséñame el camino si voy perdido, tórname a tu gracia si te he errado, perdóname los yerros que contra ti he hecho, pues me criaste sin que te lo rogase y me redimiste sin que te lo meresciese. Mucho hiciste en criarme y mucho hiciste en redimirme, y no harás menos en perdonarme, pues tu acérrima muerte que padeciste y la mucha sangre que derramaste no fué por los ángeles que te loan, sino por mí y por los otros pecadores que te ofenden. Pues te he negado, déjame reconocerte; pues te he perdido, déjame buscarte; pues te he ofendido, déjame servirte, y pues te he blasfemado, déjame alabarte, pues es más muerte que vida la vida que en tu servicio no está empleada. Todo lo sobredicho es de San Agustín.

Lauda, anima mea, Dominum, laudabo Dominum in vita mea [3], decía el serenísimo rey David; y es como si dijera: A vos, ¡oh ánima mía!, conjuro y a vos, ¡oh cuerpo mío!, requiero y mando que no dejéis de al Señor loar y ni paréis de a mi Dios servir, y esto no ha de ser cada día, sino cada hora; ni aun ha de ser cada hora, sino cada momento, pues mi ser procede de su poder y mi valer depende de su querer. Mucho es de notar y aun a la memoria de encomendar que, siendo como era el santo profeta David rey de doce tribus, señor de muchos pueblos, caudillo de muchos ejércitos y ocupado en grandes negocios, protesta de siempre a su Dios servir y no pone excusa de

[3] Ps. 145, 2.

no le poder loar, del cual documento podemos coligir que todo cristiano que bien vive, siempre a su Dios alaba. Cuanto la araña come, torna ponzoña, y cuanto la abeja gusta, torna en miel; queremos por lo dicho decir que el malo y perverso cristiano, con todas sus obras, de Dios blasfema, y el que es bueno y virtuoso, con todos sus hechos le alaba; de manera que lo que obramos en gracia es a Dios todo grato y gracioso, y lo que hacemos sin gracia, le es desgraciado y enojoso.

Casiodoro, sobre los Salmos, dice: Todo lo que pensamos, y todo lo que hablamos, y todo lo que obramos, si con caridad lo hacemos y con humildad lo ofrecemos, con todo ello al Señor loamos y alabamos; y, por el contrario, todo lo que en pecado cometemos y todo lo que como malos inventamos, con todo ello del Señor blasfemamos y de él renegamos, porque si es mala la blasfemia de la lengua, muy peor es la de la obra. San Jerónimo, a este propósito, sobre la Epístola a los de Corinto, dice: No en vano y aun no sin alto misterio dice el Apóstol, escribiendo a la Iglesia de Corinto, que todo lo que comiere y todo lo que bebiere sea más para el Señor loar que no para a sí mesmos recrear; de las cuales palabras podemos coligir que nunca cesa de a su Dios loar el que nunca para de bien hacer.

Dicite iusto quoniam bene [4], decía Dios por Isaías; y es como si dijese: Decid de mi parte al justo que no esté triste ni alterado, pues todo lo que piensa es a mí grato, todo lo que hace es a mí acepto, todo lo que elige es conforme a mi gusto y todo lo que quiere es como yo lo quiero, porque desde la hora que a un hombre rescibo por mío, le tengo de mi mano para que no sea malo. ¡Oh qué palabra es ésta tan consolativa para los buenos y tan espantable para los malos!, porque si el hombre es justo, en ninguna cosa puede errar; y si es injusto, ninguna cosa puede acertar; la cual justificación y perfección son muchos los que por ella sospiran y muy poquitos los que del Señor la alcanzan. Acerca, pues, de alabar y loar al Señor, hay hombres que siempre callan, otros que continuo blasfeman, otros que cada día lloran, otros que cada momento ríen, otros que como viejos cantan, otros que cantares muchos inventan, otros que cantan con el corazón, otros que no, sino con la lengua, y otros que con la lengua y el corazón. Si decimos de cada uno de éstos una palabra, por ella se conoscerá cuánto va de una condición a otra, pues son entre sí las inclinaciones de los hombres tan diversas y aun tan adversas, que nadie se in-

[4] Is. 3, 10.

sino en loarle; de manera que al tal, si por ser de carne y sangre le llamaren hombre, por el oficio que tiene de alabar al Señor le llaman ángel. La diferencia que va de los infernales a los celestiales hombres es que en el infierno no saben sino blasfemar de nuestro Señor Dios y de su justicia, y en el cielo no saben sino loar al Señor y a su gran misericordia; y de aquí es que por el oficio de que usa cada uno en esta vida podrá ver si se salvará o se condenará en la otra.

CAPITULO XXXV

De cuán bienaventurados son los religiosos en estar ocupados en los divinos oficios

Beati qui habitant in domo tua, Domine; in saecula saeculorum laudabunt te [1], decía el serenísimo rey David; y es como si dijera: ¡Oh, cuán bienaventurados son los que merescen, Señor, morar en tu casa y los que de día y de noche residen en tu presencia!, porque en los siglos de los siglos te loarán y, en cuanto fueres Dios, contigo morarán. Es agora aquí de notar que los santos que residen en los cielos no son tan bienaventurados por el lugar que allí tienen cuanto por el oficio de que allí usan; es a saber: fruir de la Esencia divina y no se ocupar sino en su eterna alabanza. Añádeseles otro bien a este bien, y es que el don de fruir de Dios y el oficio de loar a Dios es de ellos tan ejercitado y por ellos tan continuado, que ni habrá tiempo que le acabe, ni vejez que le canse, ni noche que le escurezca, ni aun tristeza que le empezca. Cuan gloriosos y bienaventurados son los que están ya en el cielo, tan tristes y tan malaventurados son los que viven en el mundo, porque acá no hacemos sino llorar y allá no saben sino cantar.

Muy acertada palabra y muy verdadera sentencia dijo el Apóstol cuando dijo: *Quod omnis creatura ingemiscit* [2]; es a saber: que el oficio de todas las criaturas es llorar y sus infortunios plañir, pues todo lo más y mejor de la vida se nos pasa en quejarnos por lo que a otros sobra y en llorar por lo que a nosotros falta. Si al glorioso Gregorio queremos creer, no es vida nuestra vida, sino es una muer-

[1] Ps. 83, 5.
[2] Rom. 8, 22.

te prolija que a sí y a nosotros acaba, pues desde la hora que empezamos a nascer, desde entonces nos comenzamos a morir. Preguntado Anaxágoras el filósofo que qué hacía, respondió: Si queréis saber qué hago, es que me estoy muriendo. Muy gran verdad dijo este filósofo en decir que se estaba muriendo, pues si quisiésemos hablar al propósito, decir la verdad cuando nos preguntasen qué edad habíamos, mejor diríamos que ha cuarenta años que nos morimos que no ha otros tantos que nascimos. Si de algunos se puede decir que en esta triste vida tienen alguna manera de vida, son los religiosos de buena vida y que con sólo el Señor tienen cuenta, los cuales, retraídos en sus monesterios y puestos a disciplina de sus perlados, no se ocupan sino en loar al Señor en el coro y en cantar y rezar el oficio divino. La reina de Sabá dijo que eran bienaventurados los siervos del rey Salomón, pues merescían darle de comer y darle de vestir, y nosotros diremos que son muy más bienaventurados los religiosos y siervos del Señor, los cuales no dan a su Dios de comer ni de beber, sino que de día y de noche no se ocupan sino en su santísimo nombre loar. Es tan alto y es tan meritorio el oficio que los religiosos en sus coros tienen, que a hacerle los ángeles descenderían del cielo si se lo mandasen y los muertos saldrían de los sepulcros si los dejasen. Debe, pues, el siervo del Señor muy a la contina seguir el coro y pagar muy bien todo el Oficio divino, porque del coro al oratorio y del oratorio al coro es el paseadero que ha de tener y es el camino que mejor ha de saber. Dime, yo te ruego: cuando los trabajos de la Orden te fatigan y las tentaciones del demonio te molestan, ¿no las desecharás mejor en el coro cantando que no por el monesterio parlando? El religioso que se aveza a seguir el coro y que toma gusto en el oficio divino téngase por dicho que si el Señor permitiere que sea tentado, no será a lo menos vencido.

El glorioso San Bernardo, escribiendo a los monjes del Monte, dice: Mirad, hermanos, lo que hacéis y mirad mucho en lo que os ocupáis, que el monje que rehusa de ir al coro y se extraña de entrar en el oratorio no osaría yo decir que al tal le sacó el Señor del mundo, sino que le trajo el demonio de su mano al monesterio. Y dice más adelante: ¿No le tiene de su mano el demonio en el monesterio al que no quiere ir a la iglesia a cantar con sus hermanos los Salmos y se anda por el monesterio murmurando de sus prójimos? A este propósito, decía San Basilio en su *Regla*: Todos nuestros monjes concurran a la iglesia para que de noche canten los Salmos, y a la mañana digan las Laudes, y a mediodía entonen las Horas, y a la

tarde recen Completas; de manera que, pues el Señor los crió en cuerpo y en ánima, ellos le alaben de noche y de día. Y dice más en otro capítulo de la *Regla:* Solamente serán exentos del coro los monjes que sirven a los enfermos, y los que resciben a los peregrinos, y los que hacen espuertas para mantener a los pobres necesitados, y aun a éstos amonestamos y rogamos que, si no pudieren en el coro residir, a lo menos no dejen de allí se presentar. También en el *Libro de la vida solitaria* están escritas estas palabras: El monje que emperezare de entrar cada día en el coro y se descuidare de ir al oratorio, luego a la hora debe ser del perlado corregido y aun algo disciplinado, porque no es menos sino que el tal o anda del demonio tentado, o le tiene el Señor olvidado, o se quiere tornar a el mundo. En las *Vidas de los Padres,* dijo un monje al abad Panucio: Dime, padre honrado: ¿qué haré de mí, que ando por este monesterio vagamundo y tengo el espíritu resfriado? A esto le respondió el viejo: Hágote saber, hijo, que tener el monje el corazón tibio y el estar en el monesterio muy desconsolado, muchas veces procede de avezarse a entrar el primero en el refitorio y de ir con los postreros siempre al coro, porque la ordinaria tentación con que el demonio tienta a los monjes es que en el comer sean largos y en el rezar cortos. En las *Colaciones de los Padres,* dijo un monje al glorioso abad Arsenio: Pues soy mancebo y ha poco que salí del mundo, querría, padre santo, que me dijeses alguna palabra de corrección y de amonestación. A esta demanda le respondió el buen abad Arsenio: Cuarenta y dos años ha que estoy en este yermo, en los cuales nunca vez falté del oficio divino que osase comer aquel día bocado, porque el monje que come sin primero haber al Señor loado es como el ladrón, que come no de lo que ha ganado, sino de lo que ha hurtado. Y dijo más Arsenio: Sey, hijo, amigo de irte al oficio divino y sey amigo de gastar mucho tiempo en el coro, porque de mí te se decir que nunca estando allí el demonio me tentó y, salido de allí, ni un solo momento me dejó. En las palabras de aquel santo viejo se nos da a entender cuánta obligación tienen los buenos religiosos de seguir continamente el coro y de no excusarse del oficio divino, porque no lo haciendo así, falsamente usurpamos el nombre de religiosos y juntamente andamos siempre desconsolados.

No puede vivir sino muy desconsolado y no puede andar sino muy tentado el monje que no es amigo de ir al coro, porque si en tan santo ejercicio y alto oficio como es aquél, su cuerpo no ocupa y su corazón no se recrea, téngase por dicho que llevará la Orden con trabajo y será al

monesterio penoso. Pues dice el Apóstol: *Qui non laborat, non manducet* [3], dime: ¿con qué conciencia, ni aun con qué vergüenza, osas comer bocado, no habiendo aquel día entrado en el coro? ¿No te paresce que es poco escrupuloso y muy menos vergonzoso el que huelga cuando los otros trabajan y se va a comer lo que los otros sudan y ganan? ¿Cómo tiene cara para asentarse en el refitorio el que no tiene pies para entrar en el coro? No te cansas de andar todo el día por el pueblo, ¿y cánsaste de estar tan solamente una hora en el coro? ¿Qué paciencia abasta ni qué Religión lo sufre que tú comas en el refitorio como sano y te eximas del coro como enfermo? ¿No tienes fuerzas ni cabeza para ayudar a cantar los Salmos, y tienes lengua y cabeza para murmurar de tus prójimos? Pues en la Orden no te mandan arar, ni cavar, ni tejer, ni labrar, ¿qué cuenta darás al Señor de tanto tiempo como pierdes y de cuán sin provecho en la Orden vives? Los príncipes y grandes señores no comen lo que comen sino sudando y trabajando: ¿y quiérestelo tú comer holgando? Holgando, por cierto, lo come el monje que el coro no sigue. Muy grande vigilancia debe, pues, poner el perlado en que se haga muy bien el oficio divino, porque en los monesterios do no concurren todos al coro, con más razón podremos de los tales decir que hay desorden que no orden, y que hay confusión y no Religión. A do hay descuido en el rezar y negligencia en el orar, no es por cierto monesterio, sino casa de los mundanos del mundo, porque este nombre de monesterio o Religión no pertenesce a los que tienen más virtud de vivir juntos, sino a los que con vivir juntos se ocupan en ejercicios santos. So color de ir a las granjas o de granjear y entender en las haciendas, no deben consentir los abades y priores que anden sus monjes distraídos y que totalmente estén exentos y libertados de no seguir los coros y oficios divinos, porque muy gran falta de fe es no esperar ni creer que dará el Señor de comer a los que en los monesterios le loan, pues lo da a lo malos que en el mundo le blasfeman. Hay otro trabajo en ello, y es que el monje que una vez se aveza a entender en granjerías y en cosas mundanas y profanas, no sólo es enemigo de ir al coro, mas aun de estar en el monesterio, lo cual paresce claro en que muchas veces viene a él de noche y sale de él antes que amanesce.

Quaerite primum regnum Dei, et omnia adiicientur vobis [4], decía Cristo; y es como si dijese: Antes que entendáis en otros negocios, buscad primero el reino de los cie-

[3] II Thess. 3, 10.
[4] Matth. 6, 33; Luc. 12, 31.

los, porque a las cosas espirituales habéis de tener por el principal peso, y a las que son temporales, por contrapeso. El monje que de cuando en cuando entra en el coro y que, por otra parte, va todos los días al mundo y anda por allá distraído, podremos del tal decir que le da el demonio jarrete por pulpa y el contrapeso por peso. A este propósito, decía el serenísimo rey David: *Iacta cogitatum tuum in Domino, et ipse te enutriet* [5]; y es como si dijera: ¡Oh tú que veniste del mundo a servir al Señor en el monesterio!, no tengas otro cuidado sino de a tu Dios y Criador servir, que él tendrá cuidado de te sustentar. Pues Dios toma tus necesidades a cargo, ¿para qué de los bienes temporales estás tan cuidadoso? San Agustín, escribiendo a los monjes ermitaños, dice: Por más penuria que tengáis y por más hambre que paséis, no os relajéis de hacer bien el oficio divino ni de ir cada día al oratorio, porque el Señor, que se acordó de mantener a Daniel en Babilonia y de sustentar a Elías en el desierto, no es menos sino que socorra a vuestra necesidad y se compadescerá de vuestra humanidad.

El glorioso San Anselmo, respondiendo a un monje que le pedía consejo sobre saber que por qué deméritos merescía ser depuesto el perlado, le respondió: Al monje que fuere en la santa fe católica sospechoso, y el que con los religiosos enfermos no fuere caritativo, y el que no fuere amigo y celoso del coro, no permitas al tal que sea perlado. A este propósito, decía San Basilio en su *Regla:* Ningún monje sea osado de ir a negociar al mundo, ni de abrir a nadie la puerta del monesterio, ni de tejer espuertas para vender, ni de encender lumbre para aderezar de comer hasta que el oficio divino sea acabado y todos los monjes hayan ya salido del coro. En las *Vidas de los Padres*, preguntó un monje mancebo a un santo viejo que cómo repartiría el tiempo en el monesterio, a lo cual el viejo le respondió: Ante todas cosas, has de expender, hijo, siete horas en las siete horas canónicas, y otra hora en las Laudes, y otra hora con los peregrinos, y otra hora en visitar los enfermos, seis en el dormitorio, tres en el oratorio, una en el refitorio y todas las demás en el cotidiano trabajo. A este propósito, dice en el *Libro de la vida solitaria* estas palabras: Cuando los del siglo ven a los religiosos que se excusan de negocios mundanos, y que residen en sus monesterios, y que se ocupan en los divinos oficios, son tenidos de ellos en grande veneración, y donde no, piérdenles la devoción y tiénenlos en abominación. Sea, pues, la conclusión de todo que el abad o prior que

---

5 Ps. 54, 22.

fuere devoto y celoso a que se haga bien el oficio divino, de todas las otras flaquezas y negligencias debe ser comportado y soportado, y si en el seguimiento del coro se relajare y en el servicio del altar se descuidare, ni deben de él confiar ni aun culpa le perdonar.

CAPITULO XXXV (bis)

De cómo los siervos del Señor se han de aparejar para el oficio divino y de la manera que se han de haber en el coro

Praeparâte Domino corda vestra [1], dice Dios por el profeta; y es como si dijese: Si queréis que el Señor venga en vuestras ánimas y que sean a él aceptas vuestras buenas obras, alimpiad de vuestra conciencia los pecados y aparejadle los corazones a que estén limpios. Así como no puede entrar el sol en la cámara si primero no le abren la ventana que lo impidía, así nadie puede la gracia del Señor rescebir si primero algún aparejo en su ánima no quiere hacer, porque Dios nuestro Señor ni desecha al que quiere ni quiere al que le desecha.

Muy dichosos somos los cristianos, pues es nuestro Dios tan benigno y tan piadoso, que siempre nos responde cuando le llamamos y siempre nos rescibe cuando a él tornamos; de manera que si a nuestras ánimas algo les falta, no es porque no nos lo quiere dar, sino porque nosotros no nos aparejamos para lo rescibir. ¿Quién es el que a Dios llama y no le responde? ¿Quién es el que a Dios busca que no le halla? ¿Quién es el que a Dios algo pide y no se lo da? Y si pidió y no se lo dió, a ese negar le llamo yo conceder, porque muchas veces nos atrevemos a pedir aquello que nos estaría muy mal alcanzarlo. Muy poco aprovecha el rocío del cielo, la templanza del aire y el calor del sol a la tierra que está yerma y llena de grama; quiero por lo dicho decir que nadie debe esperar el consuelo divino si tiene en su corazón alguna grama de pecado. No vaca de alto misterio que no dice el profeta que aparejemos los pies para ir a alguna romería, ni las manos para hacer limosna, ni los ojos para ver su cara, ni las orejas para oír su palabra, sino solamente los corazones para rescibir su bendición y gracia, porque Dios nuestro Señor

[1] I Reg. 7, 3.

no mira lo poco que hacemos, sino lo mucho que si pudiésemos haríamos.

Entonces el cristiano tiene el corazón al Señor aparejado, cuando con igual ánimo rescibe la adversidad que la prosperidad, y la prosperidad que la adversidad, porque el corazón del varón perfecto sufre que sea tentado, mas no se permite que sea mudado. Aparejado tenía su corazón al Señor el santo Job cuando, después de muertos sus camellos, y sus bueyes, y sus asnos, y sus hijos, y sus ovejas y él lleno de sarna, decía: El Señor que me lo dió, ése me lo quitó, y el que me lo quitó, ése me lo puede tornar a dar. Sea, pues, por todo su santo nombre bendito, que yo con lo que él hiciere soy muy contento. Aparejado tenía su corazón el santo profeta cuando decía: *Paratum cor meum Deus, paratum cor meum; cantabo, et psallam Dominum* [2]; y es como si dijese: No una vez, sino mil, no para una cosa, sino para dos mil, está aparejado y dispuesto mi corazón; es a saber: para mandar y obedescer, para sanidad y adversidad, para riqueza y pobreza y aun para alegría y tristeza, con cada una de las cuales cosas te juro y protesto, Señor, de no llorar, sino de cantar. Aparejado tenía el Apóstol su corazón cuando, con muchas lágrimas y sospiros, decía: *Domine, quid me vis facere?*; y es como si dijera: Hasme, Señor, derrocado del caballo, hasme echado en este suelo, hasme quitado la vista de los ojos y hasme privado de las potencias de mis sentidos, con lo cual todo digo que soy contento con tal que tú de ello seas servido. Aparejado tenía su corazón San Agustín al Señor cuando decía: *Hic ure, hic seca, hic flagella, et nil parcas, ut in æternum parcas;* y es como si dijese: Aquí, Señor, me azota, aquí me quema, aquí me lastima, aquí me derrueca y arrastra; por manera que aquí no me perdones la pena, porque delante ti parezca allá sin culpa. ¡Oh cuán contrario de esto es lo que dicen y lo que hacen todos los vanos y mundanos de este siglo!, los cuales engordan sus carnes para adulterar, buscan buenos vinos para beber, hacen buenas ropas para vestir, aparejan buenos manjares para su comer, mas nunca aparejan sus corazones para al Señor servir; de manera que viven no como hombres racionales, sino como brutos animales.

No es por ventura animal bruto el que no tiene más de hombre de sólo llamarse hombre. San Bernardo dice en el *Libro de consideración:* El que no tiene cuenta con su corazón para lo alimpiar y aparejar, sino con su complexión para la sustentar y con su condición para la

---

[2] Ps. 107, 2; 56, 8.

seguir, más bestia que las bestias se puede bien llamar al tal, pues la bestia sigue a lo que la naturaleza le inclina, y el hombre no, sino a lo que su apetito le demanda. Viniendo, pues, al propósito, dado caso que todos en general sean obligados a vivir recatados y de tener sus corazones aparejados, mucho lo son los religiosos y siervos del Señor, los cuales, apartados de los tumultos dèl mundo, están a Dios ofrescidos y para los oficios divinos dedicados. Entonces el monje tiene aparejado su corazón al Señor, cuando en el monesterio trabaja, en la celda lee, en el oratorio ora, en el claustro calla y en el coro canta; de manera que ni le sobra tiempo para se regalar ni tampoco le falta para el Señor servir. Aparejado tiene su corazón al Señor el religioso que al primer toque de campana o al primer estruendo de la matraca deja el sueño que tenía o el negocio en que entendía, y se va a orar al oratorio o a loar a su Dios al coro. Para más su corazón aparejar y aun para su cuerpo desemperezar, debe, en saltando de la cama, hincar allí luego la rodilla y rezar alguna devoción a la imagen que tuviere a la cabecera, dando al Señor inmensas gracias así porque le despierta sano y vivo como porque le llaman a loar su nombre santo. San Lucas dice en los Actos de los Apóstoles: *Quod ibant apostoli gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati* [3]; y es como si dijese: Jamás ningún príncipe fué tan alegre a se coronar cuanto iban los apóstoles a morir y padescer, dando al Señor muchas gracias porque los hacía hábiles y dignos de que por su santo nombre padesciesen tantos tormentos.

Dime, yo te ruego: Si los apóstoles iban con tanta alegría al tormento, ¿no será cosa fea e inhonesta que vayas tú emperezado y gruñendo al coro? Para ir tarde, y emperezado, y gruñendo, más vale que te quedes en el dormitorio que no que vayas al coro, porque la suma bondad de nuestro Señor Dios compadéscese de nuestra flaqueza y desplácele nuestra pereza. Cuando te quitaren el dulce sueño y te mandaren ir al coro, imagina luego entre ti que no te llaman a cavar, ni arar, ni a navegar, ni a pelear, ni a caminar, sino a pie quedo al Señor loar; algunos de los cuales oficios hicieras si allá tú en el mundo quedaras, porque en el siglo quien no trabaja no come. Debes también, hermano mío, considerar que para ir al coro no has de atravesar barrios, ni has de pisar lodos, ni te has de mojar la ropa, ni aun te ha de dar el sol en la cabeza, sino que a la sombra y limpio y enjuto y a pie quedo puedes juntamente al Señor servir y ganar de comer. Los patrones y

[3] Act. 5, 41.

fundadores de los monesterios no los labraron ni dotaron sino para que las Religiones que en ellos morasen hiciesen en el coro los divinos oficios y rogasen a Dios por los vivos y muertos, porque de otra manera, o ellos lo gastaran en vida o lo mandaran a sus deudos en la muerte.

El monje que por la obediencia no está en algún oficio ocupado ni quiere sino por fuerza ir al coro, al tal, ni le osaría yo tener en la Religión ni aun asegurarle la salvación, pues no cumple con lo que los fundadores mandan y come lo que sus hermanos ganan; dime, yo te ruego: ¿A dó osarás ir de buena gana si tú al coro vas por fuerza? Sea, pues, el caso que para ir a loar a nuestro Señor no esperes que te vayan a llamar, ni aun tampoco aguardes a que tornen otra vez de nuevo la campana a tañer, porque para servir a Dios, ni ha de haber pereza ni faltar diligencias. El monje que no va al coro sino a la postrera señal de la campana o que le han de tornar a llamar a la celda, más paresce que va por fuerza que de grado, pues le lleva la campana y no la obediencia. Ya que vais al coro, guárdate de ir por los claustros hablando y mucho menos murmurando, porque en tal cosa, menos mal sería que te tornases a dormir que no que te levantases a murmurar. A la puerta del coro toma el agua bendita, besa la santa cruz y éntrate signando y diciendo el verso de *Introibo domum tuam* y el de *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*, porque en ellos invocas al Hijo de Dios y te encomiendas a su Madre bendita. En el punto que entrares en el coro, quita luego la capilla y haz al Sacramento una inclinación profunda, e hincadas las rodillas y juntas ambas las manos, di la oración dominical y la salutación angelical, y esto con la mayor atención y aun devoción que supieres y aun pudieres.

En cuanto los otros religiosos se acaban de juntar y cesan las campanas de tañer, recógete un poco en la silla y cúbrete con las mangas la cabeza, y allí comenzarás a contemplar y a rumiar el misterio que en tal hora nuestro Señor Jesucristo obró cuando vivía y aun obra agora cada día. En aquel recogimiento que tuvieres y en aquella oración que hicieres, no te descuides de decir al Señor que reciba tus buenos deseos y no pare mientes en tus muchos descuidos, y que si en el oficio divino tuvieres poca atención y no mucha devoción, será por flaqueza y no por malicia. Si vieres que tan presto no vienen al coro los monjes que entonan los cantos, toma tú trabajo de traer los atriles y de poner los libros y aun de registrar los Salmos, porque en caso de servir al Señor, nadie debe mirar a lo que allí es obligado, sino a lo que es más meritorio. Hecha, pues, señal por el perlado para comenzar las Horas,

levántate en pie y quita la capilla, e, inclinando todo el cuerpo, di el *Pater noster* y el *Ave Maria*, porque siendo como son estas dos las más altas oraciones de todas, con ellas comienza y con ellas acaba la Iglesia todas las otras. Comenzadas, pues, las Horas, guárdate de estar en la silla arrimado, ni menos recobdado, ni andar con la vista derramado, mirando de un coro a otro, pues allí has de pensar que estás loando al Señor no entre hombres humanos, sino en compañía de coros angélicos. Si se rezaren las Horas, pronuncia bien las palabras; y si se entonaren, dilas muy bien pensadas; y si se cantaren, no cantes cantos requebrados, porque Dios no dijo que le era acepta la voz requebrada, sino el corazón quebrantado. Has de estar en el coro desarrimado el cuerpo, juntos los pies, cogidas las manos, y bajos los ojos, y elevados en nuestro Señor los pensamientos; de manera que todos los monjes que allí están loen en Dios la bondad y en ti la gravedad.

Sobre si será bueno que las Horas se canten o se recen, o sobre si rezarán de un santo o de otro, o sobre si el canto va alto o bajo, con nadie te debes allí tomar ni barajar, porque menos mal es que se quebrante una cerimonia del ordinario que no porfiar y tomar contiendas en el coro. Los salmos que has de entonar, las lecciones que has de rezar, los oficios que has de cantar y todos los prefacios y evangelios que tú hubieres de decir, guárdate de decirlos en público sin que primero los proveas en secreto, porque es tan grande la culpa de decir una mentira en el altar o en el coro, que no se puede satisfacer con ningún castigo. Ya sabes que en el oficio divino, si no tienes licencia de a nadie mirar, que mucho menos la tienes para con nadie parlar, porque allende que en el dormitorio, y en el claustro, y en el coro es proveído en derecho el silencio, cometerías contra Dios muy gran sacrilegio si osares hacer parlatorio el lugar que está destinado al culto divino. Si no estás muy sobre aviso, en el coro y en el oratorio es a do el demonio más te tentará a que derrames más la vista y a que digas alguna palabra ociosa, porque naturalmente las cosas más prohibidas, siempre son más apetitosas. Aunque haya quien ponga los atriles, entone los salmos, alumbre a los maitines y quite los libros, no esperes que te lo hayan de mandar, sino que tú te ofrezcas a lo hacer, porque, allende que merescerás en ello mucho, darás a todos muy buen ejemplo. No abasta tener en el coro el cuerpo muy compuesto, sino que también has de tener el corazón con Dios muy elevado y en lo que allí cantares estar muy atento, porque, según dice el glorioso Bernardo, grandísima confusión del monje es tener el cuerpo en el coro y el corazón en el mercado. Como

el coro sea lugar a Dios consagrado y al culto divino solamente dedicado, nadie debe osar de traer allí el corazón desmandado ni ponerse a hacer torres de viento; porque para no estar el monje atento a lo que reza o canta, menos mal sería hacer algo en la celda. Porfiando y peleando con el corazón, aun no le podemos del todo hacer estar atento: ¿cuánto más si le dejamos andar suelto y vagamundo? Si me dices que aunque quieres no puedes, a esto te respondo que harto está atento el que sobre la atención pelea con su pensamiento. En cualquier coro que estuvieres, no seas el primero en asentarte ni el postrero en levantarte, y ni hagas gran estruendo con la silla al tiempo de levantarla o abajarla, porque, dado caso que por acá sean estas cosas muy pequeñas, en acontescer en el culto divino se han de tener por muy pesadas. En el templo de Salomón nunca sonó martillo, ¿y ha de osar nadie en la iglesia de Dios hacer ruido? No hagas caso de tener en el coro silla baja o silla alta, ni de que te pongan en lugar humilde o lugar honroso, pues te has de tener por dicho que no vas a buscar allí para ti honra, sino a loar y dar a tu Señor y Criador alabanza. Cuando tus hermanos estuvieren en el coro en pie, no estés tú asentado, y cuando salieren ellos al facistor, no te quedes tú en la silla, y cuando ellos estuvieren cantando, no estés tú callando; porque no sólo parescería esto singularidad, mas aun monstrosidad.

Si, por caso, vieres que algunos de tus hermanos no vienen tantas veces al coro como tú, ni por eso los debes juzgar ni aun de ellos murmurar, teniendo para ti creído que tu inhabilidad hace que no seas más de para orar, y que ellos son no sólo para orar, mas aun para trabajar. Tente, hermano mío, por dicho que desde el *Deus in adiutorium meum intende* hasta que digan el *Benedicamus Domino*, siempre estará allí cabe ti el enemigo tentándote y persuadiéndote a que te salgas del coro o a que tengas allí el corazón derramado; porque te hago saber que no hay ningunos religiosos más tentados que aquellos que los coros siguen y los oratorios frecuentan. Como el mérito de las buenas obras no consiste en comenzarlas, sino en acabarlas, guárdate de ir al coro no más de por cumplir y no por a tu ánima aprovechar y al Señor servir; porque en tal caso trabajarías sin alcanzar mérito y andarías siempre desconsolado.

Habiendo los antiguos padres ordenado el oficio divino para al Señor servir y el tiempo en ejercicios santos ocupar, ya podría ser que en lugar de tener el coro por refugio y consuelo, le tuvieses por tormento y enojo. Si quieres en la Orden vivir consolado, avézate a seguir y residir

en el oficio divino, porque todo monje que fuere enemigo del coro, o será a la Orden penoso o, al fin, desamparará el monesterio. Acabadas, pues, las Horas canónicas, aunque el perlado haga señal que se pueden todos ir, no te vayas tú luego, porque el verdadero siervo del Señor ha de entrar en el coro el primero y salir del coro el postrero. Acabadas las completas, que es al fin del día, y acabados los maitines, que es en lo profundo de la noche, suelen los varones perfectos y religiosos, acabados, quedarse postreros en el coro por algún tiempo y espacio a particularmente orar y a sus devociones rezar, porque aquellas dos horas son las más congruas para la contemplación y las que más nos provocan a devoción. Del glorioso Santo Domingo se lee que jamás después de los maitines se acostaba, ni aun del coro se salía, sino que orando y rezando le tomaba allí la mañana, y desde allí se iba a decir misa. En las *Vidas de los Padres* dijo el abad Serapio: Los lugares que el buen monje más ha de frecuentar y los homenajes a do en sus tentaciones se ha de acoger son la celda a do trabaje, el oratorio a do ore y el coro a do rece; fuera de los cuales lugares ha de andar muy sobre aviso y se ha de tener por muy extraño. El glorioso San Bernardo decía muchas veces que no querría que le tornase la muerte sino en el oratorio, cuando oraba con sus monjes, o en el coro, cuando en común se cantaban los Salmos.

CAPITULO XXXVI

De la antigüedad y excelencia de la oración y que muy poco aprovecha el mucho orar sin el bien obrar

Facies mihi sanctuarium, et habitabo in medio eius [1], dijo nuestro Dios hablando con Moisés; y es como si dijera: En mitad de mi pueblo y en el lugar más honroso y en el sitio más público fabricarás para mí un santuario a manera de oratorio, a do todos los que quisieren concurran a orar y sus sacrificios ofrescer. No vaca de misterio que Dios nuestro Señor, en sacando a los hijos de Israel de Egipto, la primera cosa que les mandó hacer fué una casa de oración y la primera cosa que les avezó fué la manera de orar y sacrificios ofrescer; de manera que en la oración le ofrescían la conciencia, y en los sacrificios, la hacienda.

[1] Ex. 25, 8.

Traían los hijos de Israel contienda con las aguas de Marath, que no se dejaban beber; con las serpientes del desierto, que los iban a morder; con los reyes de Moab, que los querían matar, y con los príncipes de Seón, que los querían engañar, y para resistir estos pueblos y para librarse de tantos peligros, primeramente los enseñó Dios a orar que no a pelear. Si curiosamente se mira, hallaremos por verdad que desde el primer hombre justo, que fué Abel, hasta Judas Macabeo, que fué casi de los de la vieja ley el postrero hombre bueno, ninguno de ellos hubo que no supiese orar y muchos de ellos hubo que no supieron pelear; de lo cual se puede inferir que este nombre de *bueno* y este nombre de *santo* no se alcanza con las armas, sino con las lágrimas.

Osaría yo decir que aquel hace santuario en medio de su pueblo que ofresce a su Dios lo más y mejor de su tiempo, porque en el día del juicio, tanta cuenta daremos a Dios del tiempo que perdemos como de las ofensas que hacemos. En medio de su pueblo hace santuario el que en el medio y en lo profundo de su corazón tiene a su Dios puesto, por cuyo amor y reverencia antes perderá la vida que cometer contra él una ofensa. No vaca de misterio el no mandar Dios que al principio o en el cabo, sino que en medio del pueblo, le hiciesen su santuario; en lo cual se nos da a entender cuánto nos conviene de las cosas extremadas huir; es a saber: que ni por mucho trabajar dejemos un poco de orar ni por mucho orar dejemos algo de trabajar. Aquel hace en medio y no en el cabo del pueblo el santuario que de tal manera mide y reparte su tiempo, que cumple con las cosas de su conciencia y no se descuida de las que pertenescen a la vida humana, porque al fin al fin, por más que el águila vuele y suba en alto, se ha de abatir cada día a comer y beber en el suelo. La suma verdad del Hijo de Dios, apenas cosa tanto nos enseñó ni encomendó como fué el ejercicio de la oración; lo cual paresce claro en que todo el tiempo que le vacaba de predicar y de los enfermos curar expendía en la oración y contemplación; por manera que el bendito Jesús de día curaba los enfermos y de noche rogaba al Padre por nuestros pecados. Muy particularmente nos enseñó Cristo no sólo que oremos, mas aun cómo oremos, y dónde oremos, y por qué fin oremos, y esto hizo él para que estuviésemos sobre aviso cuánto nos va en ser devotos y cuánto perdemos si somos tibios y remisos.

Enséñanos y aun convídanos el Señor a orar en el capítulo 11 de San Lucas[2], diciendo: *Petite, et accipietis,*

---

[2] Luc. 11, 9.

pulsate, et aperietur vobis; y es como si dijera: Pedid y daros han, llamad y abriros han, porque si algo queréis y de algo fallescéis, no es porque Dios no os lo quiere dar, sino porque vosotros no lo sabéis pedir. ¡Oh cuán buen Dios tenemos si le sabemos conoscer y a cuán buen Señor servimos si le queremos seguir!, pues nos convida a que le pidamos y nos da licencia para que a sus puertas llamemos, la cual licencia y autoridad no tienen por cierto los hijos de este siglo, pues creen y no les admiten, llaman y no les responden, piden y no les dan, y aun sirven y no les pagan. Si Cristo no dijera más de *petite et pulsate,* es a saber, pedid y llamad, tuviéramos alguna duda si nos abriera la puerta y si condescendiera a nuestra demanda; mas mira la suma bondad de Dios, y es que a la hora que convida a ti que le llames, se obliga él que te responderá, y a la hora que te dice que pidas, se obliga él a te dar lo que le pides; por manera que en estas tan altas palabras a ti convida y a sí mismo obliga. Dado caso que Cristo se obliga a darnos lo que le pidiéremos y de abrirnos cuando a sus puertas llamáremos, no se entiende que le hemos de pedir lo que él no tiene ni aun que le hemos de buscar a do él no mora, porque por muy averiguado tenemos que el Hijo de Dios no tiene vicios ni regalos que dar, ni entre malos y viciosos le han de buscar. Pues el Hijo de Dios, arrodillado delante Pilato, dijo y afirmó que su reino no era de este mundo; dime tú, mundano: ¿para qué le pides cosas del mundo? Pídele, pues, lo que él tiene, que es abstinencia, es penitencia, es caridad y es humildad; y búscale también a do él está, que es en el monte orando, en los hospitales curando y en la cruz padesciendo, porque de esta manera darte han lo que pidieres y responderte ha de que llamares. También se lee en San Mateo que dejó Cristo las campañas y se subió al monte a orar, y San Marcos dice que madrugaba muy de mañana a orar, y San Juan dice que oraba muy prolijo, y aun San Lucas dice que velaba y aun se desvelaba por mucho orar. Podemos de esto que hemos dicho inferir que lo más profundo de la noche y lo más dulce de la mañana, y aun lo más alegre del día, y la mayor y mejor parte de la vida, expendía y consumía el bendito Jesús no por cierto en la recreación de su persona, sino en la oración y contemplación divina. El verdadero siervo del Señor debe darse mucho a la oración y ocuparse algo de la contemplación, pues tanto Cristo nos la encomendó y tanto con su persona la ejercitó, porque muy gran vergüenza es al discípulo ser negligente y remiso en lo que su maestro fué cuidadoso.

Pues hemos dicho cuán bueno es orar, digamos aho-

ra qué es lo que hemos de orar y al Señor pedir, lo cual él nos enseña diciendo: *Primum quaerite regnum Dei et iustitiam eius* [3], y es como si dijese: Muchas cosas querrá vuestra voluntad y de mucha tendréis cada día necesidad; empero, ante todas y más que todas pediréis a Dios el reino de los cielos que os prometió y la justicia original en que os crió. No sin alto misterio dice aquí nuestro Señor Jesucristo que no sólo busquemos el reino de los cielos, sino que busquemos también su justicia, en lo cual nos da a entender que no abasta al cristiano el orar y pedir a Dios que nos dé el cielo, sino que es menester hagamos buenas obras para merescerlo; porque, según dice San Bernardo, el reino de los cielos está lleno de buenas obras, y el infierno, de buenos deseos. ¡Oh, cuántos son los que orando y rezando piden a Dios que les dé su gloria, mas no le piden con ella su justicia!; es a saber: que no hacen obras para alcanzarla ni se dan maña en merescerla, sino que quieren servir a Dios no más de con buenas palabras y, por otra parte, servir al mundo con todas sus fuerzas. Aquel pide a Dios su reino y no le pide su justicia que cada día dice que será bueno y nunca lo es, que cada día propone de se enmendar y nunca se enmienda, del cual podemos decir que es como la higuera que maldijo Cristo, la cual cargaba cada año de mucha hoja y nunca llevaba ninguna fruta; dime, yo te ruego: ¿Qué quieres del que no sigues y qué pides al que no sirves?

A este propósito, dice San Anselmo: Si quieres que Dios te perdone, ruégale; si quieres que te conozca, síguele; si quieres que te dé algo, sírvele, y si quieres que te ame, ámale, porque el sol en la tierra y Dios en el ánima, cual es la disposición que hallan, tales son las operaciones que hacen. Cuando Cristo dice que le pidamos su gloria y que le pidamos su justicia, es decirnos y amonestarnos que juntamente oremos y juntamente obremos, porque el verdadero siervo de Dios, aunque de rigor no es obligado a ser del todo perfecto, es a lo menos obligado a trabajar de serlo. San Agustín, exponiendo estas palabras de *primum quaerite regnum Dei et iustitiam eius*, dice: Aquel pide a Dios el reino de los cielos y le pide su justicia que nunca hizo a nadie injusticia ni osa cometer cosa contra su conciencia, porque, dado caso que cosa ninguna de las que Dios nos da merescemos, no quiere él tampoco que la desmerezcamos. A este propósito, dice San Jerónimo: El cristiano que no tiene caridad con los pobres, ni paciencia en los trabajos, ni resistencia en las tentaciones, ni humildad en las controversias, este tal pide a Dios que

---

[3] Matth. 6, 33; Luc. 12, 31.

le dé su gloria, mas no quiere asentarse con él a justicia, teniéndose por dicho que como de balde le quiso criar, de balde también le ha de salvar. San Ambrosio, exponiendo estas mismas palabras, dice: Si Cristo no dijera más de *buscad el reino de Dios,* y no dijera también *que buscásemos su justicia,* pudiéramos imaginar y pensar que abastaba para nos salvar el orar, sin que con el orar hubiésemos buenas obras de hacer; mas, pues no dijo lo uno sin añadir lo otro, podemos de ello coligir que no abasta pedir a Dios su gloria por palabra si con la palabra no le ofrecemos alguna buena obra. El siervo del Señor que sin escrúpulo de pecado tiene su conciencia, y sin mácula notable conserva su vida, y sin daño de su prójimo vive en la república, y que en todo y por todo guarda los mandamientos de la santa madre Iglesia, este tal no sólo pide a Dios su gloria, mas aun se la pide por justicia, porque el siervo que hace lo que por su Señor le es mandado puédele pedir por justicia lo que le ha prometido.

Cum anima obtulerit oblationem Domino, fundat super eam oleum, et ponat thus, dijo Dios en el capítulo 2 del Levítico [4]; y es como si dijera: Cuando alguno ofresciere en el templo algún sacrificio que sea de pan o harina, ponga en él incienso y amáselo con olio. Según la *Glosa* de Cirilo, por el incienso se entiende la oración santa y por el olio se entiende la obra virtuosa; de manera que entonces es acepto a Dios el incienso de nuestras oraciones, cuando mezclamos con el olio de las obras buenas. ¡Oh cuántos son los que ofrescen a Dios incienso solo y no llevan al templo olio ninguno!; es a saber: que piensan de se salvar con sólo orar sin hacer caso del bien obrar, lo cual puede Dios muy bien hacer, mas hasta agora no se lee que lo haya hecho; porque, dado caso que él nos dé su gloria de pura merced y gracia, no quiere ni le place que estemos en su desgracia. De aquel podemos decir que no está en su gracia el cual nunca se esfuerza a hacer alguna obra buena y piadosa; sino con decir que en Dios hay mucha misericordia y con rezar cada día alguna oración compuesta, se tiene por dicho y creído que, como el ladrón que fué con Cristo crucificado, se ha de ir derecho al cielo. A ese ladrón que tú dices que Dios perdonó no le perdonó tan a secas que no vió en él muy altas obras: es a saber: que le acompañó cuando todos le dejaban, le defendió cuando todos le acusaban, le confesó cuando todos le negaban y murió con él cuando todos los perseguían; de manera que oró poco y obró mucho.

---

[4] Lev. 2, 1.

En el capítulo 10 de los Hechos de los Apóstoles [5] dijo el ángel a Cornelio: *Audivit orationem tuam, et vidit eleemosynam tuam;* es a saber: que había el Señor oído sus oraciones y visto sus limosnas, y por eso le perdonaba sus pecados y le ponía en el número de sus escogidos. No vaca de alto misterio que no loa el ángel en Cornelio la limosna por sí ni la oración por sí, sino que juntamente le loa el ser devoto y le loa el ser limosnero; de manera que, conforme a la ley levítica, juntamente ofrescía el buen Cornelio el incienso con el olio y el olio con el incienso.

CAPITULO XXXVII

De cómo nos mandó Cristo orar y del consejo que el apóstol nos da acerca de la oración, y para esto se exponen dos muy altas autoridades

Oportet semper orare et non deficere, decía Cristo por San Lucas en el capítulo 18 [1]; como si muy más claro dijera: Mirad, mis discípulos, no desmayéis en las oraciones que comenzáredes ni aflojéis en las peticiones que a Dios hiciéredes, porque es él tal y tan bueno y tan bendito, en que así como de sus siervos quiere ser servido, así huelga de ser de ellos importunado. En mucho hemos de tener tan buena palabra como Cristo nos dice y muchas gracias le hemos de dar por tan alta licencia como nos da; es a saber: que siempre le roguemos, siempre le importunemos y siempre le pidamos, y esto sin por ello mostrar enojo ni darse de nosotros por importunado. Tan gran facultad y privilegio nunca se dió en el mundo ni jamás le alcanzó ningún mundano, porque allá en el mundo, después de muchos servicios hechos y después de muchos sudores pasados, sirven y no les pagan, ruegan y no les escuchan, llaman y no les responden y aun padescen y no los creen.

Dime, yo te ruego: ¿qué es la causa por qué no dijo Cristo que siempre diésemos limosna, siempre ayunásemos, siempre peregrinásemos y siempre nos disciplinásemos, como dijo que siempre orásemos? ¿Por ventura el ayuno, la limosna, la peregrinación y las disciplinas no son virtudes tales y tan buenas como lo es la oración para que

[5] Act. 10, 4.
[1] Luc. 18, 1.

sean siempre amadas y de los siervos del Señor ejercitadas? La causa, pues, por que el Señor manda lo uno y no manda lo otro es porque para ayunar alegarle hemos flaqueza, para dar limosna alegarle hemos pobreza, para ser peregrinos alegarle hemos que somos flacos y para ser abstinentes alegar hemos que somos enfermos; mas para no orar y contemplar, ninguna excusa podemos al Señor poner. Para orar y contemplar no has menester casa, ni ropa, ni zapatos, ni dineros, sino solamente altos y limpios pensamientos, los cuales, en todo lugar y en todo tiempo, tú puedes tener si de los bullicios y tráfagos del mundo te quieres apartar. Gran indicio es que tenemos muchos enemigos y que a cada paso somos de ellos tentados y de los vicios molestados, pues nos manda y amonesta Cristo que siempre oremos y que a cada paso y momento a él nos encomendemos.

Dime, hermano, yo te ruego: de los engaños del mundo, de las malicias del demonio, de las miserias de la carne, de las importunidades de los amigos, de las cavilaciones de los enemigos, ¿cómo será posible valernos, si de oración y lágrimas no somos amparados? Pues cada día y a cada hora que *cogitatione*, que *delectatione*, que *omissione*, que *consensu*, que *visu*, que *auditu*, que *verbo* y que *opere* pecamos y dilinquimos, ¿no es justo y muy justo que cada día y cada hora oremos y aun lloremos? Según somos para poco, podemos poco, valemos poco y tenemos poco, ¿qué valemos, ni qué tenemos, ni aun qué podemos si a la oración y devoción no nos damos? ¿No se quejan tus miembros de cuanto pecan, y quéjanse de sola una hora que oran? Mucha lástima es de haber y muy gran compasión es de tener a los hombres atribulados y a los que de tentaciones son combatidos, los cuales toman por su principal remedio el se quejar y no el orar, como sea verdad que a las veces las quejas sean causa de más a Dios indignar que no de le aplacar.

Ad Dominum cum tribularer clamavi, et exaudivit me, decía el santo David [2]; y es como si dijese: En las guerras que tuve con los filisteos y en las persecuciones que padescí de mis enemigos, como de nadie me quejé ni de nadie me vengué, no sólo el Señor me oyó, mas aun me remedió. Cuando el profeta Isaías llevó las tristes nuevas al rey Ezequías de que mandaba Dios que ordenase su ánima, porque en breve pasaría de esta vida, no hizo más el buen rey de comenzar a llorar y darse muy de corazón a orar; la cual oración fué tan en breve del Señor oída, que aun no era el profeta salido de casa, cuando Dios te-

[2] Ps. 119. 1.

nía ya a Ezequías concedida la vida. Sobre la palabra que dijo Cristo, es a saber, que conviene a todos siempre orar, dice San Jerónimo: A nadie manda Dios peregrinar sino a los recios, ni manda ayunar sino a los sanos, ni manda dar limosna sino a los ricos; mas el orar y contemplar, generalmente lo manda a todos; y de aquí es que nadie deja de orar por no poder, sino por no querer. Nadie puede ver si no tiene ojos, ni puede andar si no tiene pies, ni puede hablar palabras si no tiene lengua; mas para no darse uno a la oración y ocuparse en la contemplación será la que diere excusa fingida, mas no razón verdadera. ¿No pueden por ventura orar ni contemplar los que están ciegos y cojos como los que están recios y sanos de todos sus miembros? El santo profeta Jonás, ¿no estaba en lo profundo de los mares y en las entrañas de la ballena, a do sin poder hablar y apenas resollar pidió perdón de su yerro y fué del Señor oído? El honrado y piadoso Tobías, aunque le cegaron con su estiércol las golondrinas, ¿dejaba por eso Dios de oír sus oraciones y compadescerse de sus lágrimas? Aunque el gran Moisén era balbuciente y tartamudo, ¿dejaba por aquel defecto de orar y ser oído? Aunque era manco y cojo el santo patriarca Jacob, ¿dejaba por ventura de hacer a Dios sus peticiones y serle aceptas sus oraciones? El hombre que estaba cabe Jericó, ¿dejó de ser oído y alumbrado porque era ciego? El ladrón que estaba cabe Cristo en la cruz, ¿dejó de ser oído y perdonado aunque estaba atado y enclavado? La santa mujer Lía, ¿dejó de alcanzar de Dios lo que quería aunque era enferma y legañosa? El hombre que estaba enfermo cabe Cafarnaún, ¿dejó por ventura de ser curado y alimpiado aunque estaba sarnoso y leproso? He aquí, pues, hermano mío, en cómo igualmente oye Dios a los cojos, a los mancos, a los ciegos, a los sarnosos y leprosos que oye a los que de todos sus miembros están enteros y sanos; de lo cual podemos coligir cuán mayor cuenta tiene Dios con nuestros deseos que no con nuestros miembros. Muy gran razón tiene el Hijo de Dios en mandarnos orar a la contina y que de oración a oración no hagamos pausa, pues sola la oración es con que los buenos más se consuelan y con que los malos más se remedian.

El Apóstol, escribiendo a la Iglesia de Thesalónica, en el capítulo 5 [3], dice: *Orate sine intermissione;* y es como si dijese: Teneos por dicho los tesalonicenses que podéis poner entre ayuno y ayuno, y entre confesión y confesión, y entre comunión y comunión algún intervalo, excepto que a la oración y devoción os habéis de dar contino, por-

[3] I Thess. 5, 17.

que más fácilmente se sustentaría un cuerpo sin comer que la gracia en el ánima sin orar. A los no instructos en la disciplina parescerles ha muy recia esta palabra; mas a los de buena conciencia, parescerles ha muy ligera y mansa, porque las obras virtuosas más es el espanto que ponen que no el trabajo que dan. No pienses tú, hermano, que está toda la perfección del orar en recoger tu persona, en ir a la iglesia, en hincar las rodillas, en alzar las manos, en rezar tus devociones y rogar por tus finados, porque esa manera de orar, bien es que lo hagas cada día, mas no eres obligado a hacerlo sino el día de fiesta. Sin intervalo ora el que visita los hospitales, sirve a los enfermos, socorre a sus prójimos, guarda sus ayunos y no quebranta los mandamientos, porque, para decir verdad, no deja de orar el que no deja de bien hacer. Entonces el siervo del Señor ora sin intervalo, cuando ninguna hora ni momento le hallan ocioso, porque santamente ora el que santa y honestamente trabaja. Sin poner intervalo ora el que por pereza o escaseza no deja de hacer ninguna obra virtuosa, lo cual paresce claro en que da hasta más no tener y trabaja hasta más no poder, y en tal caso de creer es que le rescibe el Señor en cuenta el bien que hace y el que querría hacer, pues hace lo que puede y da de lo que tiene.

San Anselmo, sobre estas palabras del Apóstol, dice: Aquel ora sin intervalo que no se le pasa día sin hacer al Señor algún notable servicio; y aquel hace cada día algún notable servicio que vive en provecho de su prójimo y sin ofensa del Evangelio. No deja por cierto de orar el que no cesa de santos deseos tener, ni aun tampoco cesa de orar el que no deja de a su Dios amar, porque Dios nuestro Señor mucha más cuenta hace del amor que le tenemos que no de los servicios que le hacemos. Créeme y no dudes que el que siempre ama, siempre ora; y el que no cesa de amar, no cesa de orar; mas junto con esto te hago saber que muy poco le aprovecha lo que reza y ora al que a Dios de todo su corazón no ama, porque no mira tanto el Señor las palabras que en la oración le decimos cuanto mira las entrañas con que se las ofrescemos. No cesa continuamente de orar el que no cesa de a su Dios servir; y no cesa de inmensas gracias le dar, así por haberle redimido como porque le tiene y sustenta con su poderosa mano, porque más debemos al Señor por irnos a la mano en el pecar que no por perdonarnos lo que hemos pecado. Sin ningún intervalo ora el que igualmente da gracias al Señor en la prosperidad y en la adversidad, en la sanidad que en la enfermedad, en la alegría que en la tristeza y

en la pobreza que en la riqueza; por manera que siempre ora el que siempre está conforme con la voluntad divina. Todo lo sobredicho es de Anselmo.

CAPITULO XXXVIII

Que el siervo del Señor no puede ser virtuoso ni devoto si primero no deja de ser malo. Es capítulo muy notable

Quis volens turrim aedificare, prius sedens non computat sumptus necessarios ad perficiendam? Palabras son éstas de nuestro Redentor en el capítulo 14 de San Lucas [1], que quieren tanto decir: ¿Cuál es el hombre que quiere edificar una torre muy alta o una fortaleza muy superba que primero no tantea su hacienda y hace cuenta con su bolsa, para ver si podrá en perfección acabarlas y salir con tan gran empresa? El fin que tuvo Cristo en decir estas palabras fué a que en todas las cosas que quisiéremos hacer miremos primero mucho qué fin o salida les podemos dar, porque en los hechos inconsiderados piérdese el trabajo y aventúrase el crédito.

El fin del que da batalla es vencer el campo, y el fin del que navega es llegar a buen puerto, y el fin del que comienza algún negocio ha de ser por algún virtuoso respeto, porque todos los negocios que van a malos fines enderezados, aunque se empiecen bien, paran en el fin siempre en mal. Mucho es aquí de notar que no dice Cristo que solamente pensó, sino que se asentó despacio a pensar el que quería la torre hacer si la podía acabar o no, en lo cual se nos da a entender que en las cosas que tocan a la conciencia y aun a la honra las miremos y examinemos antes que pongamos en ellas las manos, porque el peligro de los negocios no está en no se osar comenzar, sino en no se poder acabar. En loar aquí Cristo al hombre que hace cuenta consigo mismo de lo que puede y de lo que tiene antes que haga lo que quiere es a *contrario sensu* reprehender y condenar al que hace lo que quiere sin que primero mire lo que puede; y de aquí es que muchos hombres cabezudos emprenden algunos negocios sin tomar primero consejo, y después, para salir de ellos, han menester consejo y aun remedio. Hase aquí también de notar la diferencia que hay del edificio espiritual al temporal,

[1] Luc. 14, 28.

porque para edificar yo mi casa esme necesario allegar riquezas, y para edificar en mi ánima esme necesario derramarlas; de manera que las cosas mundanas crescen allegándose, mas las espirituales no crescen sino repartiéndose.

Dispersit, dedit pauperibus; iustitia eius manet in saeculum saeculi, decía el santo rey David [2] hablando del hombre virtuoso y limosnero; y es como si dijera: Por eso permanescerá su justicia en los siglos de los siglos, porque repartió su hacienda entre pobres y mendigos. El que da algo en el mundo, quédase sin ello; mas el dar al mendigo es darlo a logro, porque es de tan alto mérito la limosna, que aprovecha más al que la da que no al que la rescibe. No vaca de misterio que no puso Cristo la comparación en pared, o en cámara, o en emplenta, que son cosas bajas y están cabe la tierra, sino en la torre y homenaje, que es cosa muy alta, en lo cual nos dió a entender que la ciencia y prudencia que Dios nos dió no la empleemos en cosas rateras del mundo, sino en cosas altas que las llevan al cielo. Si al glorioso Agustino creemos, no es otra cosa la torre alta de que Cristo aquí habla sino la alteza de la oración y la grandeza de la contemplación, mediante la cual virtud dejamos de ser humanos y nos subimos sobre los coros angélicos. En el capítulo 21 de San Mateo, el padre de las compañas plantó viña de que cogiese uva, e hizo lagar en que hiciese vendimia, y fabricó torre en que guardase su fruta. Muy bien acierta San Crisóstomo en decir que la viña es la Iglesia que creemos, y el lagar es la conciencia que tenemos, y la torre es la oración en que nos ejercitamos, tras cuyas almenas nos defendemos de las asechanzas del demonio y en cuyo homenaje depositamos todo nuestro tesoro.

Toda la bienaventuranza y todo el buen fin del siervo del Señor consiste en la mucha limpieza del corazón y en la gran constancia de la oración, porque la oración, que es la torre por do subimos al cielo, no se labra con piedras muertas, sino con lágrimas vivas. Nadie puede labrar en este tan alto edificio si no procurare de tener mansedumbre en las costumbres, paciencia en los trabajos, templanza en la lengua, modestia en la vida, castigo en el cuerpo y caridad con el próiimo; porque de tal manera están entre sí todas las virtudes hermanadas, que no se pueden poseer unas sin otras. De esta preeminencia y privilegio gozan solamente los hombres buenos, que no se extiende a los que son malos, porque para ser uno vicioso, con solo

[2] Ps. 111, 9; II Cor. 9, 9.

un vicio lo puede ser; mas para ser virtuoso, todas las virtudes ha menester.

Si vis ad vitam ingredi, serva mandata [3], dijo nuestro Señor Jesucristo a un mancebo; y es como si le dijera: Para que seas buen cristiano y te prescies de ser verdadero discípulo no abasta que guardes un mandamiento solo, si con él no guardas los otros del decálogo, porque es de tanta perfección la vida evangélica, que no se compadesce con ella ninguna culpa o mácula. En otra parte del Evangelio, dijo Cristo: *Qui in uno offenderit, factus est omnium reus* [4]; y es como si dijese: El cristiano que quebrantare un solo mandamiento, haga cuenta que no ha guardado ninguno, porque abasta la transgresión de sólo uno para ser de nuestro Señor castigado y entre los hombres infamado. He aquí, pues, probado por estas dos razones de Cristo cuán gran daño nos hace un solo vicio y cuán poco nos aprovecha una sola virtud, porque el demonio, nuestro adversario, conténtase con tener en nuestra ánima una sola entrada, mas el bendito Jesús no se contenta sino con toda ella. También es necesario, y aun muy necesario, para que esta torre espiritual suba y crezca, algunas cosas viejas de nuestras ánimas desarraigar y otras en su lugar enjerir y sembrar, porque de otra manera sería comenzar el edificio por el tejado y no hacer caso del cimiento. Aquel comienza el edificio por el tejado que, habiendo sido muchos años vicioso, quiere en breves días ser varón perfecto y contemplativo, lo cual no puede ser ni en la vida espiritual se puede sufrir; porque así como en el mundo cuesta mucho todo lo que vale mucho, así en las cosas espirituales nadie puede subir a la cumbre de la perfección si del todo no muda su condición. Así como el cirujano, para que salga la carne nueva, corta primero la que esta podrida, y también el hortelano para que crezcan las nuevas plantas entresaca de ella primero las ortigas, por semejante manera, el que quiere ser varón perfecto debe ante todas cosas desarraigarse y despojarse de las afecciones y pasiones que tenía en el mundo, porque hombre apasionado o en extremo afeccionado no puede ser contemplativo. El corazón en que reina afección o le enseñorea pasión, ya que el tal se ponga a pensar o contemplar, no pensará ni contemplará sino en cómo podrá holgarse con lo que ama o cómo podrá vengar alguna injuria; y para decirte la verdad, más querría verte trabajando en hacer ladrillos que en semejantes liviandades emplear tus pensamientos.

---

[3] Matth. 19, 17.
[4] Iac. 2, 10.

Perdam nomen Babilonis, et reliquias eius, et germen, et progeniem eius, et faciam eam paludes aquarum, dijo Dios nuestro Señor por el profeta Isaías en el capítulo 14 [5]; y es como si dijera: Días vendrán en que yo haré que no haya nombre de Babilonia ni tenga nadie memoria de ella, porque destruiré sus reliquias, arrancaré sus raíces, asolaré su parentela y haré de ella una laguna de agua. En las divinas letras, este nombre de Babilonia siempre es mal afamado y en mala parte tomado, a cuya causa se significa por él todo hombre desalmado y todo corazón obstinado, al cual ruega el Señor que se quiera convertir, y que donde no, sepa que le ha de castigar. Aquel retiene en sí el nombre de Babilonia que no quiere enmendarse de la vida pasada y que en todas las cosas hace y sigue su voluntad propia, y de este tal dice el Señor por el mismo profeta: Curamos a Babilonia y no consintió ser curada; dejémosla ya como cosa perdida. ¡Oh de cuántos se podrá hoy decir esta palabra y contra cuántos se podrá dar esta sentencia!, los cuales tan sin asco y tan sin vergüenza osan pecar como osan comer y dormir. Vecino es de Babilonia y en Babilonia tiene su casa y morada el indómito soberbio, el enconado envidioso, el impaciente iracundo y el insaciable avaro, los cuales tienen ya tan raída la vergüenza y hechos tantos callos en la conciencia, que ni sienten el crédito que con los hombres tienen perdido ni temen el infierno que con todos los demonios les está aparejado. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, y cuán bienaventurado yo sería si destruyeses en mí el infame nombre de Babilonia!, pues he venido a tal estado que, habiendo jurado de ser tuyo, ni soy tuyo ni aun soy mío, sino que, como de un muy perpetuo esclavo, se sirve de mí el mundo.

Hasta que yo vea quitada de mí toda la soberbia, desarraigada la envidia, apaciguada la ira, despegada la avaricia y mitigada toda la lujuria no pensaré que está destruído en mí el maldito nombre de Babilonia, porque todo el tiempo que fuere vecino de pueblo tan malo y descomulgado andaré, Señor, extraño de ti y enajenado de mí. No me puedo yo de Babilonia desavecindar si primero no me voy a la mano en el pecar, porque cuantas veces cometo contra Dios alguna culpa, tantas veces me hago vecino de Babilonia, y el privilegio de que más allí gozo es hacer todo lo que quiero y no nada de lo que debo. También jura el Señor de destruir en Babilonia todas cuantas reliquias en ella hallare; es a saber: las costumbres malas, los gestos seglares, los ejercicios inútiles, las palabras livianas y las conversaciones mundanas. las cuales cosas

[5] Is. 14, 22.

todas son reliquias que trujimos de Babilonia y muy contrarias a la vida monástica. Reliquias tiene de Babilonia el monje que en el hablar es malicioso, en el reír, incauto; en el mirar liviano; en el comer, vorace; en el vestir, curioso, y en la conversación, muy importuno. Reliquias trae de Babilonia el que es impaciente en los trabajos, inobediente a los perlados, orgulloso con los hermanos, remiso en los trabajos y amigo de livianos, y aun lo peor de todo, que es muy flaco en las tentaciones y muy tibio en las oraciones. Reliquias tiene de Babilonia el monje que no asosiega en el monesterio, el que anda siempre ocioso, el que es enemigo del oficio divino, el que se da al mundo, el que no reza lo que es santo y honesto y el que en la lección y oración no está ocupado. Reliquias tiene de Babilonia el que no tiene caridad con los enfermos, no tiene paz con sus hermanos, tiene todos los vestidos doblados, tiene para sí particulares dineros, no piensa sino en sus regalos y no se ocupa sino en murmurar de sus prójimos. Reliquias tiene de Babilonia el monje que quiere estar exento, quiere vivir regalado, quiere ser sobrellevado, quiere a todos ser preferido y que por ningún delito sufre aun ser reprehendido. Reliquias tiene de Babilonia el monje que no es medido en sus palabras, no es humilde en sus costumbres, no es sobrio en sus manjares, no es paciente en lo que hace, no es casto en lo que dice ni es constante en lo que promete, no teniendo en sí otra cosa de la vida monástica sino es el traer hábito y cogulla. Estas son, pues, hermanos míos, las reliquias malditas de Babilonia que manda el Señor que destruyamos y que de nuestros corazones desarraiguemos, porque de otra manera, ni aprovecharemos en la Religión ni aun hallaremos el camino de perfección. ¿No está por ventura escrito que a los hijos de Israel no les fué dado a comer el maná del cielo hasta que del todo se les acabó la harina de Egipto?

Al profeta Daniel, que estaba echado a los leones, ¿envióle por ventura de comer el Señor dende Samaria sino después que se le acabó el pan de Babilonia? ¿Por ventura a la viuda que vivía en Sarepta de Sidonia fué el profeta a proveer a ella y a su familia sino después que no había gota de aceite en su aceitera ni polvo de harina en su casa? A los cinco mil hombres que hartó el Señor en el desierto con cinco panes y cinco peces, ¿no dice el mismo Señor que por eso se lo daba, porque no tenían ya bocado de pan que comer ni aun de donde lo haber? Desecha, pues, hermano mío, todas las reliquias que sacaste de Babilonia y toda la harina de conversación mundana, porque es tan delicada la consolación divina, que no se compadesce con otra consolación ninguna. Dime, yo te

ruego: ¿qué es la causa porque muchas veces, aunque rezas tus Horas, lees en tus libros, obedesces a tus perlados, guardas tus ayunos y tienes paz con tus prójimos, y con todos estos tan santos ejercicios, vives siempre desconsolado y no te paresce que cabes en todo el monesterio? A esto te respondo, hermano mío, y digo que, como raigón de muela dañada, debes tener en el corazón alguna reliquia de Babilonia, es a saber, que aborresces el hábito que tomaste o te pesa por lo que en el mundo dejaste; y si esto es así, créeme y no dudes que hasta que del todo desarraigues de ti todo este deseo, siempre vivirás en la Orden desconsolado y tú mismo de ti mismo vivirás aborrido.

En el *Libro de la vida solitaria* están escritas estas palabras: Para que el siervo del Señor suba a la alteza de la contemplación y acierte el camino de la perfección, conviene desechar de sí no sólo el vano deseo, mas todo el liviano pensamiento de las cosas que dejó en el mundo, porque no es posible menos sino que alguna vez ha el corazón de desear aquello en que se huelga él de pensar. El abad Juan Clímaco dice: Cuando yo era novicio en el yermo de Tebaida, me aconsejaba el muy santo abad Macario que, si quería ser devoto y sustentarme en el monesterio, desarraigase de mí todas las burlas, y risas, y juegos, y todos los juveniles pasatiempos que los mozos solemos tomar y en ellos mucho tiempo expender, porque las cosas que tocan al ánima no se sufren tratarse de burla. San Bernardo, en el libro *De consideración*, dice: El que quiere ser contemplativo, ante todas cosas le conviene desarraigarse de las cosas del siglo, pues murmurar y contemplar, gravedad y liviandad, envidia y caridad, largueza y avaricia, pasión y devoción son entre sí tan contrarias y incompatibles, que, si fuere en mano de uno por algún tiempo fingirlas, no podrá a lo menos mucho tiempo conservarlas. San Anselmo, en sus *Meditaciones*, dice: Como no sea otra cosa la contemplación divina sino un heroico enajenamiento del ánima, necesario le es enajenarse de sí el monje que quiere subir sobre sí, porque cuanto más el siervo del Señor se extraña de lo que es, se halla subido a lo que no es. Palabras son éstas muy delicadas y que de solos los perfectos serán entendidas, porque yo y otros tibios como yo, cosas tan altas como éstas sabémoslas blasonar, mas no las merescemos gustar.

CAPITULO XXXIX

De cuatro diferencias de oraciones que pone el Apóstol, y expónese la autoridad del Apóstol y aléganse otras notables figuras

Obsecreo autem primo omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes et gratiarum actiones, decía el Apóstol escribiendo a su discípulo Timoteo en el capítulo 2[1]; y es como si dijera: Ruégote, hermano mío Timoteo, que ante todas cosas hagas cada día al Señor algunas observaciones, y algunas oraciones, y algunas postulaciones, y algún hacimiento de gracias, porque te hago saber que, si en el orar guardas esta orden y regla, no dejará tu oración de ser oída. No vaca de alto misterio avisarnos aquí el Apóstol que todas las cosas comencemos, y mediemos, y acabemos orando y rezando, y contemplando; de la cual doctrina podemos inferir que ninguna cosa puede tener buena salida si en el nombre del Señor no fuere comenzada. Alumbrada por el Espíritu Santo la santa madre Iglesia, dice en el principio de todas las Horas que reza y canta: *Deus in adiutorium meum intende; Domine, ad adiuvandum me, festina*[2]. Es como si dijese: Ayúdame, Señor, a lo que quiero hacer y está, Señor, atento a lo que te quiero decir y más, y allende de esto, te suplico y ruego que te des priesa en me ayudar, pues la dan mis enemigos en me perseguir. No sólo los santos de nuestra Iglesia, mas aun los padres de la antigua Sinagoga oraban y se postraban por tierra en tiempo de pestilencia o antes de dar alguna batalla; de manera que la alteza y perfección de la oración se comenzó en la Sinagoga y la continúa agora la Igiesia; dime, yo te ruego: el mareante cuando se ve en la tormenta, y el capitán al punto de dar la batalla, y el enfermo desafiuciado en la cama, y aun el ladrón al pie de la horca, ¿por ventura no ruega a Dios que le socorra de su mano antes que piense ningún otro remedio? El hombre perseguido y el corazón atribulado, ¿qué otra cosa más aína hace que es llorar, ni de qué echa más aína mano que es del orar y a Dios se encomendar?

---

1 I Tim. 2, 1.
2 Ps. 69, 2.

Muchas veces dicen que decía el santo abad Arsenio: El cristiano que en la prosperidad no ora y que en la adversidad luego a Dios no se encomienda no puede pasar la vida sin trabajo ni esperar la muerte sin peligro, porque sin llamar el nombre del Señor, no sólo no habíamos de osar hablar, mas aun ni resollar. La santa mujer Judit oró al Señor antes que saliese de Betulia, y lo mismo hizo antes que a Holofernes cortase la cabeza; y así es que, primero que echase mano a la espada, oró a su Criador puesta de rodillas en tierra. El santo rey David nunca guerra comenzó sin que primero no orase, ni nunca batalla venció que gracias al Señor por ella no diese, y como peleaba más con oraciones que no con armas, nunca pudieron los filisteos vencerle ni pudo el rey Saúl acabar de prenderle. Del gran Judas Macabeo también se lee de él que nunca derramó sangre de sus enemigos que primero no orase y derramase lágrimas de sus ojos, y dos veces que se descuidó de hacer oración, es a saber, yendo contra el rey Antíoco y otra contra el capitán Alchimo, en la una batalla fué vencido y en la otra quedó allí muerto. Josafat, rey de Judá, como viniese contra el inmenso número de bárbaros, acordó el buen rey de aprovecharse más de oraciones y lágrimas que no de escudos y lanzas; el cual hecho le sucedió tan bien, que las armas que traían contra él sus enemigos se convirtieron en matarse unos a otros. La suma bondad del Hijo de Dios, cuyas pisadas seguimos y so cuya doctrina militamos, ¿no es por ventura a todos notorio que la noche antes que eligiese los apóstoles en apóstoles oró solo en el monte, y después, en la muerte, con el *In manus tuas* [3], dió el ánima en la cruz? De creer es que si la virtud de la oración no fuese tan necesaria, que no nos mandara el Apóstol ante todas cosas orar, ni aun Cristo comenzara la Iglesia y acabara la vida orando; y dado caso que, aunque no le faltó virtud que no obrase y por palabras no nos la enseñase, la alteza de la oración es la que él más de contino usó y la que más nos encomendó.

Dime, yo te ruego: ¿Por qué el Apóstol no manda a su discípulo Timoteo que comience la vía de su perfección en hacer limosna, o en ayunar contino, o en peregrinar mucho, o en se disciplinar el cuerpo, sino que solamente le manda que ante todas cosas haga plegarias y no cese de hacer oraciones continuas? Respondiéndote a esto, digo que muchos hombres pueden ser buenos sin ayunar, y sin peregrinar, y sin se disciplinar, mas no lo pueden ser sin alguna oración vocal o mental hacer, porque la per-

[3] Luc. 23, 46

fecta oración es confesar a Dios Padre por único Señor y a su bendito Hijo por universal Redentor. Decirnos el Apóstol que ante todas cosas hagamos oraciones y postulaciones es decirnos con el *Per signum crucis* en la frente y con encomiéndome a Dios en la boca nos acostemos y levantemos, comamos y ayunemos, durmamos y velemos, y aun callemos y trabajemos, porque tantas veces al día oramos cuantas del Señor nos acordamos y a él nos encomendamos.

Es también aquí agora de saber por qué el Apóstol pone tantas maneras de oraciones, es a saber, *obsecrationes, orationes, postulationes* y *gratiarum actiones*, mayormente que tenemos por fe que no hay en las divinas letras una letra superflua ni una tilde demasiada. A esto respondiendo, decimos que, dado caso que el que ora es uno y a quien se ora también es uno, no por eso la oración es toda una, porque cual es el estado en que oramos, tales son las oraciones que hacemos. Sé que de una manera ora el justo y de otra el pecador, de una el triste y de otra el alegre, de una el sano y de otra el enfermo, y aun de una el próspero y de otra el atribulado, y por eso el divino Paulo, como hay varias condiciones, pone varias oraciones. Diremos, pues, de cada palabra una sola palabra, y por ello se verá qué fué el intento del Apóstol en darnos para orar esta regla, la cual creemos que es de muchos leída y de muy pocos entendida. Entonces hacemos a Dios *obsecraciones*, cuando le pedimos perdón de nuestros pecados, y conviénenos este perdón ante todas cosas pedir y trabajar y orar mucho por le alcanzar, porque, si no estamos con el Señor reconciliados, tarde o nunca seremos de él oídos. *Orationes* propiamente hacemos cuando al Señor alguna cosa le prometemos y con voto juramos, el cual voto y promesa cuan justo es hacerla, tan injusto sería no cumplirla, porque habiéndonos él dado todo cuanto en este mundo tenemos, si algo le damos, cierto es que de lo propio suyo se lo damos. San Agustín dice: Dime, yo te ruego: ¿qué tienes que él no te lo haya dado y que das que de su propia mano no lo hayas rescebido?

Da, pues te dieron; ofresce, pues te dotaron, y no seas corto con el que fué contigo largo, pues hay harto en lo que el Señor te da para que guardes para ti y aun para que des a él. Lo de suso es de San Agustín. *Postulationes* propiamente son cuando rogamos al Señor por amigos y enemigos, por parientes y por propincuos, por grandes y por pequeños, por vivos y por finados, a fin que perdone a los pecadores que le ofenden y confirme en su gracia a los justos que le sirven. De esta manera de orar se aprovechaba el apóstol Paulo con los romanos, con los corin-

tios, con los efesios y con los tesalónicos, por los cuales salvar y a conoscimiento de la fe traer, inmensas oraciones al Señor hacía y muchas lágrimas por ellos derramaba. *Gratiarum actiones* propiamente son cuando el siervo del Señor hace al su Dios inmensas gracias y de hecho le hace algunos servicios por haberle criado, por haberle redimido y por haberle en su amor y gracia reconciliado, el menor de los cuales beneficios es tan grande, que si tenemos lengua para blasonarle, no alcanzan nuestras fuerzas a del todo agradescerle.

No sin alto misterio puso el Apóstol estas cuatro maneras de orar y contemplar, pues de obsecración nasce la contrición, de la oración nasce la promesa, de la postulación nasce la caridad y del *gratiarum actiones* nasce el reagradescimiento, con el cual nos ofrescemos a Dios por sus obligados, ya que no le podemos pagar todo lo que le debemos. Mucho nos conviene guardar no sólo estas cuatro maneras de oraciones, mas aun no errar en el estilo y orden de ellas, porque el divino apóstol Paulo, como el oficio del orar aprendió en la escuela divina, quiso nos dar y dejar esta tan santa regla.

CAPITULO XL

De muy notables dichos que muchos santos dijeron y de muy altos gustos que en la oración alcanzaron

El abad Casiano cuenta del glorioso abad Antonio que tanto de noche velaba y tanto en la oración se desvelaba, que cuando veía la luz de la mañana, quejábase en grande manera del sol y decía: ¡Oh sol, oh sol!, ¿por qué me haces tan mala obra en aparescer en el mundo tan de mañana, pues con tu lumbre pequeña me quitas de la lumbre y me privas de la dulcedumbre de que yo gustaba? ¿Y tú no sabes, ¡oh sol!, que muy mayor es la luz de la oración, con que se alumbra el entendimiento, que no los rayos solares, con que tú ilustras al mundo? Déjame, pues, ¡oh sol!, déjame orar, déjame contemplar y déjame con mi Dios regalar, pues ve mucho más mi ánima cuando a la sombra contempla que no ven mis ojos cuando con tus rayos miran. Preguntado el mismo abad Antonio de un monje santo y viejo que qué era lo que sentía cuando oraba y contemplaba, pues tanto en la oración tardaba y tan de veras con el sol reñía, respondióle él: Pues tal cosa me

preguntas y en tal caso dudas, reliquias debes aún tener del mundo y muy poco debes haber aún aprovechado en este yermo, porque te hago, hermano mío, saber, si no lo sabes, que no se puede presciar de perfecto orador ni se puede llamar oración perfecta en la cual no siente el monje todo lo que ora. ¿Y tú no sabes que aquellos divinos gustos y aquellos celestiales arrobamientos no merescen alcanzarlos ni alcanzan a gustarlos si no son los varones muy perfectos y que de sí mismos están enajenados? ¿Agora tienes tú por saber que orar en perfección y tomar gusto en la contemplación es un gusto tan excesivo y es un oficio tan extraño, que nadie meresce subir allí si no es el corazón que no tiene parte en sí? Séte decir, hermano mío, que nunca supe qué cosa era ser contemplativo hasta que de mí no tuve ningún cuidado, y a la hora que a mí mismo despedí de mí mismo, luego comencé a tomar en la oración gusto. En mi natural juicio estoy yo cuando voy a orar y comienzo a contemplar, mas después que entro en la oración y me arrobo en la contemplación, son tan altos los misterios que allí el ánima alcanza y son tan inefables las consolaciones que alli rescibe, que si se dejan gustar, no se pueden contar. El apóstol San Pablo, cuando vió los secretos divinos v los misterios al mundo incógnitos, él mismo confiesa y jura que no sabe si estaba en sí o extraño de sí y si fué arrebatado en espíritu sólo o si los vió en ánima y cuerpo junto. Si me ves que yo riño con el sol porque madruga tan de mañana. la causa de esto es que, como la aspereza del yermo. la privación de la luz, el sosiego de la gente y el silencio de la noche no nos dejen derramar, sino qne antes convidan a contemplar, pésame mucho con la luz del día, porque me es forzado de dejar el contemplar y ocuparme en negociar. Lo de suso es del glorioso Antonio.

En las *Vidas de los Padres* dijo un monje al abad Panucio: ¿Qué haré, dime, padre bendito, que no puedo cuando oro estar en la oración atento? A esto le respondió el viejo: Has de saber, hijo, que todo lo que nuestro corazón concibiere antes que entremos en el oratorio, todo nos lo ha de representar allí el demonio, a fin que no hallemos lo que queremos ni alcancemos lo que buscamos; y por eso, cual te quisieres hallar orando, tal te apareja antes que comiences a orar. Si entrares en la oración con soberbia, pensarás en cómo has de subir; si entrares con ira, pensarás cómo te has de vengar; si entrares con gula, pensarás en lo que has de comer; si entrares con lujuria, pensarás en cómo te has de holgar: si entrares con envidia, pensarás en cómo al otro has de abatir; por manera que, si fueres al oratorio cargado de negocios, no estarás

allí pensando sino en el despacho de ellos. Muy poco hace al caso orar de noche que de día, ni orar en pie o de rodillas, ni orar en casa u orar fuera; lo que hace al caso es orar con humildad y tener el corazón en libertad, porque, si el corazón está de alguna vanidad prendado, serle ha gran tormento entrar en el oratorio. La suma bondad del Hijo de Dios primero se despojó de sus vestiduras y se bautizó en las jordanas aguas que no subiese en el monte a orar ni comenzase con el demonio a pelear; en lo cual nos dió a entender que, para subir a la cumbre de la perfección y gustar algo de la contemplación, nos conviene primero despojarnos de nuestra libertad y lavarnos de toda maldad.

El glorioso San Agustín, en un sermón que escribió a los monjes del yermo, dice: Para que la oración sea al Señor acepta, ha de proceder de corazón limpio y no malicioso; ha de ser grande, para que aproveche a todo el mundo; ha de ser constante, para que la lleve hasta el cabo; ha de ser herviente, para que sea meritoria, y aun ha de ser discreta, para que sepa lo que ora, porque todo aquello que injustamente se pide, justamente se niega. El glorioso San Jerónimo, sobre San Mateo, dice: Aunque te canses en la oración, mira no la dejes, y si no fueres luego oído, mira no te quejes, pues la cananea no fué oída hasta que derramó muchas lágrimas, y aun el profeta Daniel hasta los veinte y un días, porque Dios nuestro Señor no quiere que seamos cortos en las oraciones que le hacemos, pues él es largo en las mercedes que nos hace. Sobre aquella palabra del Salmo a do dice que el justo siempre es piadoso y dadivoso, dice allí la *Glosa:* Siempre tiene que dar el que no cesa de orar, porque no hay en el mundo tan alto género de limosna como es rogar a Dios por la salvación de alguna criatura. Y dijo más: Sin comparación, meresce más y aun le debo yo más al que me ayuda con sus oraciones a salvarme que no al que me ayuda con sus dineros a mantenerme. El glorioso San Gregorio, sobre aquella palabra del Salmo *Intret oratio mea in conspectu tuo* [1], dice así: Mucho es de ponderar que no pide el profeta que le resciba Dios lo que ayuna, sino solamente la oración que ora; y la causa de esto es porque la oración es más firme que la tierra, es más ligera que el aire, es más herviente que el fuego, es más resplandeciente que el sol, es más provechosa que el oro y aun es más alta que el cielo, pues sobrepuja a los entendimientos humanos y vuela sobre los coros angélicos. El glorioso San Basilio dice en su *Regla:* La virtud de la

[1] Ps. 87, 3.

oración no sólo es al ánima cosa provechosa, mas aun es para el cuerpo cosa muy honrosa, porque si a muchas personas nobles y generosas les es afrenta el arar y cavar, no les es, por cierto, afrenta el orar y contemplar. Preguntado el abad Isaac qué diferencia había entre la oración, y la limosna, y el ayuno, respondió: El dar limosna es cosa buena, el ejercicio del ayuno es cosa santa; mas el darse a la oración es cosa muy buena, santa y bendita. Digo que es cosa buena, pues nos abona; es santa, pues nos santifica, y es bendita, pues nos justifica. Dime, yo te ruego: Si primero no es tu ánima por la oración abonada, y no es con las lágrimas santificada, y no es con la contemplación justificada, ¿cómo puede mejorar la vida ni cómo espera gozar de la gloria? La limosna no trata sino con lo que está cerca de nosotros, que son los pobres; el ayuno no trata sino con nosotros, que es con nuestros cuerpos; mas la oración trata con lo que está sobre nosotros, que es nuestro soberano Dios, a cuya presencia allegan todas las oraciones que hacemos y todas las lágrimas que derramamos. Lo de suso es del abad Isaac.

Orígenes, sobre el libro de los Números, dice así: No se espante nadie de que venciese Israel cuando tenía las manos alzadas ni de que venciese Amalech cuando las tenía caídas, porque más puede un solo santo orando que no todo un ejército peleando. Y dice allí más Orígenes: ¿Por qué tienes en mucho que la oración del justo venza a muchos enemigos, pues es poderosa para traspasar todos los cielos? El glorioso San Ambrosio, a este propósito, dice: ¿Qué virtud hay más virtuosa que la oración, pues vale en todo tiempo, aprovecha en todo lugar, puédela ejercitar cada uno y tiene sazón en todo estado? ¿Quién te quita que no ores en el invierno como en el verano, en tiempo sereno y en tiempo mojado, estando sano y estando enfermo, siendo mozo y siendo viejo, yendo caminando, estando quedo? Dice más adelante: En mucho debe el cristiano tener este tan alto oficio, pues no tiene embargo para ejercitarlo; y si, por caso, se le hiciere de mal, por menos mal tendré decir que no quiere que no excusarse con que no puede.

CAPITULO XLI

De la gran excelencia de la obediencia y de cómo por autoridades y figuras se prueba ser ella la virtud más antigua

Ex omni ligno paradisi comede, de ligno autem scientiæ boni et mali, ne comedas, dijo Dios a nuestro padre Adán en el capítulo 2 del Génesis [1]; y es como si dijera: De todos los árboles que yo he criado y de todas las frutas que hay en el paraíso podrás libremente comer y a tu voluntad de ellas gozar, excepto de un árbol sólo, que tengo yo para mí plato vedado, porque en la misma hora que te atrevieres de aquel árbol comer, comenzarás a saber qué cosa es morir. Si Dios agravió tanto en Adán aquel delito fué porque el precepto que le había dado era muy pequeño, y para con Dios y aun para con los hombres, tanto más meresce uno de ser castigado cuanto menos ocasión tuvo de cometer algún delito. Si, como Dios le dió licencia para comer de todos y no le vedó más de uno, le mandara comer de uno y le vedara todos los otros, paresce que tuviera más ocasión, aunque no ninguna razón para hacer lo que hizo; mas, pues Dios le dió tanto de que comiese y tan poco de que se abstuviese, muy poca fué la pena a respecto de la que él merescía. Es aquí agora de ponderar que la primera palabra que Dios con el hombre habló y el primer precepto que de Dios rescibió fué que no llegase al árbol que estaba acotado y que no comiese del fruto que estaba vedado; de lo cual podemos inferir cuán alto precepto es el de la obediencia y cómo él es el más antiguo de la Sinagoga. En remuneración que había Dios criado al mundo para el hombre y el hombre para sí mismo, no le pidió otra cosa sino que le diese la obediencia y le reconosciese el vasallaje; y de aquí es que entró Dios en el mundo mandando y del hombre se enseñoreando, porque no hay para Dios igual injuria que mostrar contra él alguna desobediencia. San Agustín, sobre el Génesis, dice: El daño de aquella fruta que Dios vedó no estaba en ser gusanienta, ni ser podrida, ni ser agreste, ni aun ser añublada, sino que antes era muy hermosa para ver y muy sabrosa para gustar; sino solamente era ella

[1] Gen. 2, 16, 17.

mala no por más de porque estaba prohibida. Las obras que Dios hace y los mandamientos que él nos da tenemos obligación de guardarlos, mas no licencia de examinarlos, pues ninguna cosa se ha de tener por mala sino la que él condena, ni aun por buena sino lo que él aprueba. La prueba de esto puede cada uno ver en que a la hora que Dios crió al hombre, luego le bendijo, y al punto que pecó, luego le maldijo; por manera que con la bendición le habilitó para ser bienaventurado siendo bueno y con la maldición le condenó al infierno siendo malo. Mucho nos es nescesario a sólo Dios adorar, a él sólo servir y con él sólo cuenta tener, pues todo nuestro bien está en alcanzarnos su bendición, y todo nuestro mal está en cabernos parte de su maldición. Como Dios había dado al hombreel libre albedrío para que hiciese lo que quisiese y le había dotado de razón natural para que entre bueno y malo discerniese, quísole luego probar con el precepto de la obediencia para ver si sabría emplear en bien la libertad que le había dado y si sabría con el don de la razón eligir lo que fuese bueno.

Bien paresce que el primero padre fué formado de tierra seca, y su mujer Eva fué hecha de naturaleza flaca, pues en el punto que fueron probados, fueron quebrados y aun reprobados, para que más en el paraíso no estuviesen y para que después con grandes trabajos a él tornasen. Así como errar el camino en el principio es más peligroso que no errarle en el cabo, así el triste del hombre, como en el principio del mundo comenzó a Dios desobedescer y el precepto de la obediencia a quebrantar, nunca después acá a derechas ha caminado ni aun con el camino de la ignorancia topado. No vaca de alto misterio que no probó Dios al hombre en la humanidad, ni en la castidad, ni en la paciencia, ni en la abstinencia, sino solamente en la obediencia, de lo cual podemos coligir que al siervo del Señor que viéremos firme y sinceramente obedescer no curemos de en otra ninguna virtud le probar.

En el capítulo 28 del Deuteronomio [2], dijo Dios a Moisén: Todos los que fueren a mis mandamientos obedientes bendeciré a sus personas, a sus casas, a sus familias, a sus heredades y a sus viñas; y más: allende de esto, los libraré de las manos de sus enemigos y no permitiré que sean de nadie molestados. Acabados de bendecir los obedientes, luego allí comienza Dios a maldecir a los inobedientes, diciendo que malditos sean ellos, y sus campos, y sus hijos, y sus graneros, y sus ganados, y aun que morirían a manos de sus enemigos y que nunca acertarían en cosa que pusiesen las manos. En todas las divinas letras

[2] Deut. 28, 1 ss.

no se hallará que con tan terribles maldiciones haya sido maldita la envidia, ni la ira, ni la avaricia, ni la lujuria, ni la gula, sino solamente la desobediencia, a cuya causa debe el siervo del Señor vivir muy avisado y recatado para que debajo de tan áspera maldición no sea comprehendido. A este propósito, dice Orígenes en su *Pentateuco:* No nos echó del paraíso la soberbia, no la ira, no la acidia, no la lujuria, ni aun la gula, sino solamente la desobediencia, mediante la cual fuimos entonces a muerte condenados y andamos hasta hoy corridos y desterrados. La desobediencia hizo al primero padre caer en ignorancia; la ignorancia, en flaqueza; y la flaqueza, en la gula; y la gula, en la culpa; y la culpa, en la pena; y la pena, en tener mala vida; por manera que los ángeles cayeron por quererse con Dios igualar y los hombres se perdieron por no le querer obedescer. Dime, yo te ruego: ¿qué galardón esperas tú de tu desobediencia, pues ves que el ángel se tornó demonio por sola la soberbia? La desobediencia hizo al hombre sentir las pasiones de hombre; es a saber: que experimentase qué cosa era enfermedad, que sufriese frío, que sintiese calor, que padesciese tristeza, que supiese qué trabajo era la hambre y gustase a qué sabía la muerte. La desobediencia hizo que comiese el hombre del árbol que le fué vedado y no gustase del fruto que le fué concedido, por cuya causa fué del paraíso alanzado y a gravísimas penas, como malhechor, condenado; y lo que no sin muchas lágrimas puedo decir es que el primero padre comió la fruta, y en sus tristes hijos dura hasta hoy la dentera. Sea, pues, la conclusión que así como un contrario se cura con otro contrario, así la desobediencia se ha de remediar con la obediencia, y por esto tengo para mí creído que todo cristiano que rehusare de obedescer será imposible que se pueda salvar. Lo de suso es de Orígenes.

Scalam vidit Iacob cuius cacumen caelum tangebat, dice la sagrada Escritura en el capítulo 28 del Génesis [3]; y es como si dijera: Vió entre sueños el santo Jacob una tal altísima escalera que, fija los pies en el suelo, tocaba en lo más alto del cielo, y vió muchedumbre de ángeles que por la escalera subían y que de grandísimo resplandor la henchían, y lo que más de espanto fué: que el Señor estaba arrimado a la escalera para que no se trastornase a una parte ni a otra. Admirable cosa es la profecía, mas muy más admirables son los misterios de ella, pues no hay en ella palabra que no sea misteriosa y de quien no se saque alguna notable doctrina. La escalera que los pies

[3] Gen. 28, 12.

tenía en el suelo y con la cabeza tocaba en el cielo, ¿qué otra cosa es sino la obediencia santa y bendita, cuyas obras, aunque las obramos como hombres, nos encumbran encima de los ángeles? Entre las virtudes, no hay virtud más segura para eligir, ni hay consejo más sano para tomar, ni hay camino más seguro para ir, ni hay escalera más derecha para subir a la bienaventuranza que es el mérito de la obediencia, el privilegio de la cual es que, estando nosotros descuidados, negocia ella con Dios nuestros hechos. Dime, yo te ruego: el verdadero siervo del Señor, ¿en qué no meresce si siempre obedesce? Si negamos nuestra voluntad y nos damos a obedescer, estando solos y acompañados, tristes y alegres, hablando y callando, sanos y enfermos, y aun prósperos y abatidos, negocia con Dios la obediencia y suple si hay en nosotros alguna falta, porque no hay cosa que no sea meritoria a la hora que interviene en ella la obediencia. ¡Oh cuán santa, oh cuán bendita y oh cuán gloriosa es la virtud de la obediencia!, pues por muy pequeña que sea la obra que se hace en fe de ella, vale por un escalón de la escala por do subimos a la gloria; de manera que cuantas buenas obras hago, tantos escalones en mi salvación pongo. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, ¿y qué será de mí cuando me viere delante de ti a dar cuenta de mi vida y a esperar tu terrible sentencia? Lo que a mí me duele y lo que a mí espanta, Señor, es que el día de mi triste muerte, si me faltare escalera para al cielo subir, habrá sido mía la culpa de no la haber querido yo hacer, habiéndome dado tú, Señor, licencia para que con alguna escala escalase y subiese a tu gloria.

San Bernardo, en el libro de *Scala paradisi*, dice: Si eres buen obediente, no te doy licencia que andes triste, sino que vivas muy alegre, y come, y duerme, y vela, y habla, y calla, y trabaja, y descansa, con tal que todo esto hagas por sola la obediencia, pues jamás dejarás de merescer si no cesas de obedescer. Has también de notar en que así como no se puede llamar escalera la que no tiene más de un escalón, así no se puede llamar cumplida obediencia la que no se extiende a más de a una cosa, porque el siervo del Señor no puede en todo merescer si no quiere en todo obedescer. No vaca de alto misterio que no vió el santo Jacob subir por aquella escalera hombres, sino a solos los ángeles; de lo cual se puede coligir que el siervo del Señor que renuncia lo que tiene y no hace cosa que quiere, y más y allende de esto, obedesce a sus mayores en todo lo que debe y persevera en la obediencia hasta que muere, injuria le hacen en llamarle hombre terrenal, sino ángel celestial. ¿No te paresce que meresce

nombre de ángel, y aun de ángel muy seráfico, el que a cada paso niega su inclinación propia y se deja a lo que la santa obediencia le manda? Obedescer en algunas cosas y aun en muchas pertenesce a los hombres; mas obedescer a todos en todas pertenesce a oficio de ángeles, y entonces se puede llamar ángel la humana criatura, cuando el Señor la dota de su bendita gracia. Angel te has de tornar, si por la escala de Jacob quieres al cielo subir, lo cual veremos que haces cuando a tus mayores obedescieres.

Dice también más adelante la figura que, aunque era noche escura, estaba llena de resplandor la escalera, para darnos a entender que a la hora que el cristiano su voluntad propia niega y que se deja lo que la obediencia le manda, no puede el camino del cielo errar ni en cosa fea estropezar, porque a todos los que se esfuerzan a subir por la escalera de la obediencia los alumbra el Señor con su gracia. ¿Qué quiere decir que no menos eran alumbrados los que descendían que los que subían por aquella escala, sino que también da el Señor su gracia a los tristes como a los alegres, a los sanos como a los enfermos y a los que están abatidos como a los que viven honrados? Trabaja caminar por la escalera de la obediencia y no se te dé nada que te manden subir o que te manden descender; es a saber: que te hagan perlado o que te dejen súbdito, que seas acatado o que estés arrinconado, que te encomienden cosas justas o que te manden cosas ásperas, porque adoquiera y en que quiera que te pusiere la obediencia, sé y cierto que allí te alumbrará el Señor con su gracia. Mucho te debes, hermano mío, consolar en que en todos los otros lugares alrededor estaba escuro y a do estaba la escala de Jacob hacía claro, en el cual misterio se nos da a entender que en solos aquellos envía el Señor su gracia que suben o descienden por la escala de la obediencia. En el mismo sueño y visión vió el santo Jacob que el Señor estaba arrimado a la escalera y que la escalera no se movía, el cual hecho no vaca de misterio que decir ni aun de ejemplo que tomar.

¡Oh cuán seguro vive el que sobre el yugo de la obediencia vive!, pues a cada paso y en cada momento halla a Dios cabe sí junto, y esto para darle la mano cuando sube y para tenerle la escalera cuando desciende. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, ¿y por qué tengo yo de temer ni rehusar el subir por tu escalera, pues soy cierto que si subiere me has de ayudar y si me fuere a caer me has de tener? Estando tú, ¡oh mi buen Señor!, arrimado a la escalera, aunque la escalera fuese a la horca, subi-

ría yo por ella, pues muy más vil muerte moriste tú por mí en morir crucificado que moriría yo por ti en morir ahorcado.

CAPITULO XLII

Del gran ejemplo que nos dejó Cristo en obedescer y que en la virtud de la obediencia ninguno le igualó en esta vida

Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis, decía el Apóstol escribiendo a la Iglesia de los filipenses, en el capítulo 2 [1]; y es como si dijera: La obediencia del Hijo de Dios no sólo la conservó en cuanto vivió, mas aun hasta que murió, y la muerte no fué muerte ordinaria, sino muerte de cruz, que es muy infame y oprobiosa, a cuya causa le dió su Padre el nombre que es sobre todos los nombres; es a saber: que a boca llena se llamase Redentor de nuestras culpas y Remunerador de nuestras ánimas. No vaca de alto misterio poner el Apóstol el término «hasta» cuando Cristo obedesció y no hacer mención de en qué tiempo la obediencia comenzó; y la razón de esto es porque nosotros a lo más temprano comenzamos a obedescer cuando nascemos, mas el Hijo de Dios antes que nasciese y aun antes que encarnase. Antes que encarnase obedesció al Padre en venir al mundo, antes que nasciese obedesció al emperador Augusto, luego que nasció se sujetó a José su ayo, ya después que era grande pagaba a los arrendadores el tributo y en fin de sus días le mandó Pilato crucificar en un palo; por manera que en Cristo primero comenzó la obediencia que la vida. San Anselmo, sobre estas palabras, dice: Dime, yo te ruego: ¿quién a Cristo trujo al mundo sino la obediencia? ¿Quién le acompañó por el mundo sino la obediencia? ¿Quién le llevó a morir al palo sino la obediencia? Cuando tú, ¡oh buen Jesús!, dijiste orando al Padre que no se hiciese lo que tú querías, sino lo que él mandaba, ¿no nos diste a entender en esto que querías antes perder la vida que no poner mácula en tu obediencia? ¿Qué otra cosa nos quisiste enseñar en el árbol de la vera cruz cuando, inclinada la cabeza, diste a tu Padre el ánima sino que así como por la obediencia tomaste carne

[1] Phil. 2, 8.

humana, así por le obedescer perdiste tu vida? Dices tú, ¡oh buen Señor!, que no descendiste del cielo sino a hacer lo que tu Padre te manda que hagas por obediencia: ¿cómo osará nadie hacer su voluntad propia? En otra parte del Evangelio también te prescias que no comes cosa que tan bien te sepa como es hacer lo que tu Padre por obediencia te manda; ¿quién osará ir contra lo que él nos prohibe y veda? Mira, pues, ¡oh mi buen Jesús!, mira que abnegar para siempre mi voluntad propia y seguir los pasos de tu alta obediencia cosa es por cierto que yo podré comenzar; mas sin tu favor y gracia no la podré acabar; por eso te suplico y ruego que me des lo que mandas y después mándame lo que quisieres. Lo de suso es de Anselmo.

Prosiguiendo, pues, el intento del Apóstol, es de notar que no dice haber sublimado el Padre al Hijo por la humildad, ni por la penitencia, ni por la abstinencia que en él resplandecía, sino por la obediencia de que se presciaba, de lo cual podemos coligir que, cotejadas unas virtudes con otras, debe ser la obediencia una de las que él más acepta y aun de las que él mejor paga. Ayunado había Cristo cuarenta días, predicado había muchos sermones, resucitado había cuatro muertos, curado había algunos enfermos y aun sanado había a muchos endemoniados, mas no le da su Padre el nombre y sobrenombre por todo esto que ha hecho, sino por sola la obediencia que le ha tenido. De este tan alto misterio podemos coligir que de ninguna virtud hará el Señor más caudal en la otra vida que será de la caridad y obediencia que tuvimos en ésta. ¡Oh tú que militas debajo del yugo de Cristo!, vive en obediencia, guarda la obediencia y muere en la obediencia, porque para mí tengo creído que es imposible poderse nadie perder si de la obediencia no se osa apartar.

También has aquí de ponderar que no dice el Apóstol que Cristo solamente obedesció y que por eso sólo su Padre le honró y sublimó, antes dice que juntamente con el obedescer quiso también en la cruz morir, en lo cual nos dió a entender que cuando la obediencia no va con alguna caridad acompañada no puede ser muy meritoria. Sola la obediencia de Cristo fué mayor y mejor que la de todos los santos del cielo, porque ellos si aceptaron la muerte fué porque eran obligados a morir; mas en el Hijo de Dios, más extraño era el morir que no el vivir, y por eso fué su muerte tan meritoria, porque fué su obediencia tan caritativa. No pudo el Apóstol más encumbrar la obediencia de Cristo que decir y probar que por cumplir la obediencia consintió ser crucificado, y cuando con esta nuestra nos cotejáremos o con esta medida nos midiéremos, hallaremos

por verdad que no guardamos obediencia sino en aquello que nos inclina nuestra voluntad propia.

De tres cosas loa el Apóstol al Hijo de Dios; es a saber: de la obediencia, pues dice que obedesció, y de la perseverancia, pues dice que hasta la muerte, y de la caridad, porque dice que en la cruz; de manera que caridad, y obediencia, y perseverancia fueron las virtudes con que Cristo se halló en la muerte y las con que nosotros hemos de pasar la vida. No vaca tampoco de misterio en que primero dijo el Apóstol hablando de Cristo: *Quod exinanivit semetipsum formam servi accipiens,* que no que dijese: *Factus est obediens usque ad mortem;* es a saber: que primero se humilló que no que obedesció, en lo cual se nos da a entender que, si queremos bien obedescer, hemos primero de aprender a nos humillar, porque de hombre soberbio nunca sale buen súbdito. San Agustín, escribiendo a los monjes del yermo, dice: Nadie diga que no puede hacer lo que su perlado le manda, sino que lo deja de hacer por sola soberbia, pues que presunción y soberbia son los que echan a la obediencia de casa. Al fin al fin, de tenerme en mucho, vengo a desobedescer, y de tener a los otros en poco, me vengo a ensoberbecer. En el primero libro de los Reyes, capítulo 10 [2], se cuenta del rey Saúl que, como juntamente le viesen arar y reinar, decían burlando de él: *Num iste poterit salvare nos de inimicis nostris?*

Y es como si dijeran: Pues este Saúl es labrador como nosotros y ara y cava como sus vecinos, vive Dios que no le hemos de obedescer, ni los pechos ni alcabalas le dar, porque no es justo que sirvamos con nuestros dineros al que no podrá salvarnos de nuestros enemigos. También se escribe en el capítulo 12 del libro de los Números [3] que el sacerdote Aarón y María su hermana, burlando y murmurando de Moisén su hermano, dijeron: *Num per solum Moises locutus est Dominus? Nonne et nobis similiter est locutus?* Como si más claro dijeran: ¿Ha de pensar aquí Moisén de mandarnos y sujetarnos diciendo que habla en él el Señor y no en nosotros? Vive Dios que no le hemos de obedescer ni sus mandamientos cumplir, porque, allende que se casó con una mujer negra etiopiana y que él es tartamudo y que no puede hablar palabra, no le debemos sujeción alguna, pues él y nosotros nascimos en una casa y descendemos de una parentela. De estos y de otros muchos ejemplos se puede muy bien coligir en cómo nadie puede subir a la perfección de la obediencia santa si primero no destierra de sí la soberbia maldita, porque el co-

[2] I Reg. 10, 27.
[3] Num. 12, 2.

razón soberbio e indómito no sólo no quiere a su mayor obedescer, mas aun ni una palabra de reprehensión le oír. Las señales del verdadero obediente son que oye lo que le dicen, hace lo que le mandan, enmienda lo que le riñen, da lo que le piden, aprende lo que le enseñan, sufre lo que le castigan y guarda lo que le encomiendan. San Agustín dice en un sermón a los eremitas: Póneste en tan gran ventura en el obedescer o desobedescer, que si te vistes de saco, y duermes en el suelo, y ayunas todo el día, y velas toda la noche, y disciplinas cada hora tu cuerpo y andas siempre descalzo, ninguna cosa te puede todo ello aprovechar si a tus mayores no quieres obedescer, porque más vale una obediencia sola que cuantos trabajos padesces en esta vida.

No en vano dice el Apóstol que el Hijo de Dios fué obediente hasta la muerte, porque si él quisiera a su Padre alzar la obediencia, no procuraran los hebreos de quitarle la vida; mas el buen Señor y gran Redentor, en más tuvo la obediencia que no la vida, pues se dejó crucificar antes que no desobedescer.

CAPITULO XLIII

De las condiciones que ha de tener el buen obediente, en especial que ha de obedescer de buena voluntad, para en prueba de lo cual se exponen dos figuras

Ad imperium Domini erigebant tentoria et deponebant, ad imperium quoque Domini proficiscebantur, et quiescebant, dice en el libro de los Cuentos, capítulo 9 [1]; y es como si dijese: Cuando los hijos de Israel estaban en el desierto, no caminaban sino cuando el Señor se lo mandaba ni dejaban de caminar hasta que él se lo vedaba, ni aun tampoco armaban las tiendas sino a donde Dios les señalaba, ni las osaban desarmar sino cuando él se lo mandaba. Más de seiscientas mil ánimas salieron de Egipto, y todas ellas estaban en el desierto; y decir la Escritura sacra que no caminaban sin licencia, ni paraban sin licencia, ni tomaban posada sin licencia, ni salían de la posada sin licencia, en verdad que para hacer lo uno solo era mucho, cuanto más obligarse a hacerlo todo un ejército. Como los hebreos tenían a Dios por Señor, a Moisén por

[1] Num. 9, 20-21.

perlado, al desierto por morada y que no comunicaban con gente perversa, eran entonces muy fáciles de gobernar y muy buenos de mandar, de lo cual podemos coligir que cuales son las compañías que tomamos, tales son las costumbres que tenemos. Todavía me espanta mucho decir que no osaban sin licencia caminar; y ya que caminaban, no se osaban parar; y ya que paraban, no se osaban hospedar; y ya que se hospedaban, no osaban de la posada salir; en lo cual se nos da a entender cuán conformes viven los que a la voluntad del Señor se dejan.

Primo Esdrae, capítulo 3 [2], se dice que, estando los hijos de Israel derramados por todas las ciudades de su reino, a la hora que los llamaba el que los gobernaba, tan fácilmente se juntaban en uno como si todos fueran un hombre solo. Mucho y muy mucho va de lo que el mundo gobierna a lo que Dios manda y ordena, pues adoquiera que hay congregación, suele haber gran confusión; mas en la casa y congregación de Dios abasta uno para mil, y mil abastan para cien mil. Junto con esto, es de saber que todo el tiempo que los israelitas tuvieron a Dios en reverencia y a Moisén obediencia, nunca traspasaron la ley divina ni aun cayeron en el pecado de la idolatría; mas a la hora que comenzaron a suspirar por la hortaliza de Egipto y osaron poner la lengua en Moisén, su perlado, luego cayeron en grandes pecados y vinieron a manos de sus enemigos. Deben, pues, tomar ejemplo los buenos religiosos en aquellos tristes y desventurados de hebreos; es a saber: de cuán bien les fué en cuanto a su Dios obedescieron y de cuán mal les fué desde que contra su perlado se rebelaron, porque, conforme al proverbio antiguo, muy bien se puede llamar bienaventurado el que con castigo de otro fué él corregido.

Aunque era buena la obediencia que tenían los israelitas a su Sinagoga, sin comparación, es muy mayor la que tienen los cristianos a la madre santa Iglesia, porque si ellos tenían a Moisén por caudillo, tenemos nosotros al Hijo de Dios por perlado, a cuya causa, cuanto excedió Cristo a Moisén en la excelencia de la perlacía, tanto hemos de exceder nosotros a ellos en guardar la obediencia. Dime, yo te ruego: ¿puédese por ventura comparar, ni menos igualar, lo que Moisén enseñó con lo que el bendito Jesús doctrinó y obró? Torno a decir que ni se puede comparar, ni menos igualar, Moisén y su Sinagoga con Cristo y su Iglesia, porque Moisén, su ayo y caudillo, pudo muy bien errar y aun erró, mas Cristo, nuestro Señor y perlado, ni pudo pecar ni aun pecó. Pues Cristo te

[2] I Esdr. 3, 1, 9.

es tan diestro caudillo, tan cierto adalid, tan caudaloso ayo y tan piadoso perlado, injusta cosa sería que le fueses tú mal súbdito, mayormente que él no nos manda cosa que sea muy difícil de creer ni aun imposible de hacer.

San Jerónimo, escribiendo a Rústico, monje, dice: Justa cosa es, hermano Rústico, que tú e yo, e yo y tú obedezcamos a Cristo en lo que nos encomienda y a todos nuestros perlados en lo que nos mandan, porque es él tan buen Redentor y para con nosotros tan tierno Señor, que no menos rescibe en cuenta todo lo que nuestro perlado nos manda que si él mismo nos lo mandase. San Bernardo *Ad fratres de Monte Dei*, dice: La obediencia del siervo del Señor ha de ser pronta y no forzosa, simple y no maliciosa, y alegre y no triste, presta y no tardía, animosa y no flaca, mansa y no superba, perpetua y no caduca. Si estas siete condiciones del verdadero obediente fuesen tan fáciles de obrar como lo son de escribir, soy cierto que ahorrarían los perlados muchos enojos y aun los súbditos hartos trabajos; mas, ¡ay dolor!, que las obras virtuosas son muchos a loarlas y muy pocos en guardarlas. Es de tan altos quilates la virtud de la obediencia, que de siete condiciones que puso San Bernardo de ella, a faltarle sola una, no se podría llamar obediencia, porque las obras virtuosas súfrese que sean algo remisas, mas no se permite que sean defectuosas. Dice, pues, San Bernardo que la entera y perfecta obediencia ha de ser pronta, es a saber, en buena voluntad hecha; y de verdad que él dice muy gran verdad, porque delante de Dios nuestro Señor ninguna obra puede ser meritoria si de buena voluntad y con perfecta caridad no fuere cumplida.

Suelen allá en el mundo decir un mundano a otro que, quiera o no quiera, ha de hacer lo que él le manda, y con que de lo que le piden haga lo que le mandan, muy poco le da lo haga de grado o lo cumpla por fuerza. No es así, no es así en la casa de Dios, a do se hace poca cuenta de lo que hacemos a respecto de la voluntad con que lo hacemos; y de aquí es que todo nuestro bien o todo nuestro mal consiste en hacer lo que nos mandan con temor.

Multitudo filiorum Israel obtulit mente promptissima, atque devota primitias Domino, dice la sacra Escritura en el capítulo 35 del Exodo [3]; y es como si más claro dijera: Cuando Moisén quiso fabricar en el tabernáculo a do se habían de hacer los santos sacrificios y se habían de guardar las grandes reliquias de la Sinagoga, juntóse todo el pueblo israelítico y ofrescieron al Señor las primicias de

[3] Num. 35, 21.

todos los frutos que tenían y lo mejor y lo más rico de cuantas riquezas poseían, lo cual hicieron con una voluntad muy pronta y con una devoción muy entera. No se contenta la Escritura sacra con decir en general que todos ofrescieron, sino que también señala lo que en particular dieron; es a saber: oro, plata, grana, seda y encienso; piedra, madera, pellejos de carneros y pelos de cabras. Ante todas cosas, es aquí de notar y ponderar cuán buen Dios tenemos y a cuán benigno Señor servimos, pues para darnos lo que le pedimos y aun para perdonarnos lo que le ofendemos, tan en cuenta nos rescibe los pelos de las cabras como si le ofreciésemos todo el oro de las Indias. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, si tengo oro, quieres oro; y si tengo plata, quieres plata; y si tengo piedras, quieres piedras; y si no tengo más de pelos de cabras, con ellos tú, Señor, te contentas, porque así como el mundo quiere la hacienda para sí y el ánima para mí, así tú quieres el ánima para ti y la hacienda para mí. Dice, pues, la Escritura que ante todas cosas ofrescieron los israelitas al Señor sus primicias, en lo cual, si los queremos imitar y aun mejores primicias que no ellos ofrescer, podemos con verdad decir que entonces el siervo de Dios ofresce al Señor su primicia cuando, negada su voluntad propia, no hace más ni menos de lo que la obediencia le manda.

Nadie se debe maravillar de que osemos llamar primicia a nuestra voluntad propia, pues ella es la cosa que más amamos y lo que a todas las cosas anteponemos, lo cual paresce claro en que una por una trabajamos de hacer aquello a que nuestra voluntad nos inclina; y esto hecho, poco se nos da que lo otro vaya o venga. El hortolano que quiere enjerir en un árbol otro género de árbol que sea más precioso y más nuevo, primero corta la rama más dañada que ose enjerir en él ninguna otra fruta, porque en ramo que está podrido no se sufre hacer enjerto nuevo. Quiero, pues, por lo dicho decir que ante todas cosas escamondes del corazón tu voluntad propia que no que prometas el voto de la obediencia, porque entre el verdadero súbdito y honesto perlado no se sufre ser contrarios en la caridad y divisos en la voluntad. En el *Libro de la vida solitaria* se dice a este propósito: Así como jamás deja de doler la muela que está de neguijón tocada hasta que sea sacada, así nadie puede sujetarse a la obediencia de otra persona si primero no desarraiga de sí su voluntad propia, porque al corazón del hombre no hay cosa que le sea a él más grata y por que más aína ponga la vida que por hacer su voluntad y conservar su libertad. ¿Cómo es posible que nadie coja de una huerta buenas plantas si

ella está llena de ásperas ortigas? ¿Cómo es posible que nazca en la herida carne nueva, si del todo no cortas de ella la carne que está podrida? Quiero por lo dicho decir que nunca te amañarás a obedescer a tu perlado si primero no desobedesces a ti mismo, porque el trabajo de las Religiones no consiste en lo que el perlado manda, sino en que nadie ha gana de ir contra su voluntad propia. ¿Quieres ver que el trabajo de la Orden consiste más en tu resistencia que no en su obediencia? Mira que, a más mandar, él no te puede más mandar de que vayas al coro, frecuentes el oratorio, barras el sábado, ayunes el Adviento, guardes silencio, te retraigas con tiempo y vivas pacífico, las cuales cosas todas puedes tú muy bien hacer sin que te suden las espaldas ni aunque te nazcan en los pies ampollas. Quéjate, pues, hermano mío, de tu soberbia, que no hay quien te domeñar pueda; quéjate de tu condición mala, que no hay quien te la sufra; quéjate de tu voluntad propia, que no quieres en cosa forzarla, porque estas cosas son las que a ti te traen atribulado, que no lo que te manda el perlado.

Por mucho que ofrezcan los hebreos en ofrescer a Dios sus primicias, mucho más le ofrescen los religiosos que le ofrescen sus voluntades propias, porque, sin comparación, da más el que da lo que quiere que no el que da lo que tiene. ¿Hay en el mundo, por ventura, tan alta primacía como es el voto de la santa obediencia, por el cual damos al perlado todo nuestro querer, para que haga de él el nuestro no querer? El mi no querer hace todas las veces que a mis apetitos resiste y a mi sensualidad contradice, y si entonces yo tengo paciencia y no le hago resistencia, puedo con mucha verdad decir que cumplo con la obediencia y ofrezco a Dios mi primicia. La primicia de mi corazón es ese mismo de mi corazón, el cual yo deposité en mi perlado el día que juré de ser religioso y de estar obediente a su mandato; y de aquí es que a la hora que no condesciendo a su mandamiento le hurto el corazón que me había dado. Ladrón es cosario y religioso es fementido el monje que hace lo que quiere en su monesterio y no lo que le manda su perlado, pues hurta lo que no es suyo y se alza con el corazón que ya había dado. Si tú fueses tuyo, bien sería te rigieses por tu propio seso; mas pues ya por amor de Cristo prometiste obediencia a tu perlado, dime, yo te ruego: ¿que tienes que ver contigo? Con tal condición te da la Orden de comer, y de beber, y de vestir, y de calzar, y todo lo más que has menester: con que te dejes de ella gobernar y aun castigar, porque muy grande abusión sería que todas las cosas del monesterio fuesen a todos comunes y que sola tu voluntad

guardases por propia. Haces conciencia de tener una celda curiosa o un breviario sin licencia, y no la haces de perder a tu perlado la vergüenza y de resistirle a cada paso la obediencia. San Bernardo, a este propósito, dice: Malo es ser en la Religión el monje propietario, mas muy peor es que sea voluntarioso, porque tener algo en común suélese en las Religiones permitir, mas con la propia voluntad no se debe dispensar, porque no por más andan los monesterios desordenados de por dejar a los monjes que hagan a sus apetitos.

CAPITULO XLIV

Que el siervo del Señor no ha de poner ninguna excusa en todo lo que le mandare la obediencia, lo cual se prueba con muchas autoridades de la Escritura

Facies quodcumque dixerint, qui praesunt, in loco sancto, et sequeris sententiam eorum, dijo Dios en el Deuteronomio, en el capítulo 17 [1]; y es como si dijera: La cosa que tú, ¡oh Moisén!, has al pueblo de enseñar y a los chicos y a los grandes mandar es que en todas las cosas obedezcan a sus perlados y crean lo que les dijeren sus súbditos, porque se han de tener por dicho que, si obedescen, yo soy al que obedescen, y si no obedescen, yo soy al que contradicen. Esta sentencia de la ley vieja confirmó después Cristo en la ley nueva cuando dijo: *Super cathedram Moyses sederunt scribae et pharisaei, omnia quae dixerint vobis, facite* [2]; y es como si dijera: Doy os por consejo que cuando viéredes predicar a los fariseos y viéredes enseñar la ley a los escribanos, hagáis todo lo que ellos os dijeren y os guardéis de hacer lo que ellos hicieren, porque si sus obras son de hombres, sus palabras son de Dios. No vaca de alto misterio confirmar Cristo en el Evangelio lo que Moisén había mandado en el Deuteronomio; es a saber: que tengamos a nuestros perlados reverencia y que no les alcemos la obediencia, si nos enseñan buena doctrina, aunque sean ellos de mala vida, porque no se ha de mirar lo que ellos hacen, sino lo que representan. Si Cristo por su boca esto no mandara, apenas de nadie tal consejo se creyera ni aun se admitiera, es a saber, que nos dejásemos gobernar de preceptores abso-

[1] Deut. 17, 10-11.
[2] Matth. 23, 2-3.

lutos y obedesciésemos a los perlados, aunque fuesen disolutos, cuales eran los escribanos y fariseos, los cuales predicaban al pueblo muy buenas doctrinas y, por otra parte, hacían obras de muy grandes hipócritas. ¡Oh cómo debe el Señor tener en mucho la obediencia!, pues nos manda obedescer a carga cerrada, es a saber, que no nos da licencia de a nuestros padres resistir ni aun una palabra les responder, no obstante que sean en su gobernación ásperos y en su vivir flojos, pues a nosotros no pertenesce más de tomar la doctrina que nos enseñan, y a sólo Dios pertenesce juzgar la vida que hacen. El precepto de la obediencia, como es por una parte muy meritorio, también es por la otra muy áspero y estrecho, pues no dice la autoridad del Deuteronomio ni lo que Cristo manda en el Evangelio que hiciésemos algo, sino que dijo: *Facite omnia;* es a saber: obedesced en todo, sin tener en el corazón tristeza ni mostrar en el gesto saña.

No vaca también de misterio que la ley no mandaba obedescer sino al que estaba asentado *in loco sancto,* y Cristo tampoco manda creer sino al que presidía en la cátedra del templo, en lo cual se nos da a entender que a los perlados y preceptores que no sienten bien de la fe católica ni nos enseñan a las derechas la doctrina cristiana no hemos a los tales de imitar sus vidas ni dar fe y crédito a sus doctrinas. Al verdadero súbdito no le incumbe más de examinar muy bien si su perlado *est in loco sancto* y si está asentado en la cátedra santa del templo; es a saber: si es fiel cristiano y si enseña la verdadera doctrina de Cristo, y hallando ser así verdad, él es obligado a su perlado obedescer, mas no a su vida examinar. La diferencia que va del buen súbdito al malo es que el bueno guarda la doctrina que le enseñan y no se entremete en la vida del que se la enseña, y el malo, por el contrario, burla de la doctrina que le dan y condena al que se la da. En el desierto de Cades, viendo Datán y Abirón que la doctrina de Moisén era santa y bendita, acordaron de poner mácula en su persona sola diciendo que se había casado con una mujer negra y etiopiana, y que por eso era indigno de ser perlado de la Sinagoga; y porque se hicieron jueces de lo que no les pertenescía, los absorbió y tragó vivos la tierra. Con Datán y Abirón serán en el otro mundo punidos los que se hacen veedores y jueces de sus perlados, porque cosa es muy cónsona a razón que sean partícipes de la pena los que fueron compañeros en la culpa.

Qui resistit potestati, ordinationi Dei resistit, dice el Apóstol escribiendo a los Romanos en el capítulo 13 [3];

[3] Rom. 13, 2.

y es como si dijese: Todo súbdito que a la voluntad de su perlado resiste, a lo que tiene Dios ordenado resiste; porque si no cae una hoja del árbol sin que él lo consienta, no es de creer que será nadie perlado en la Iglesia sin que él lo permita. Terrible sentencia es esta del Apóstol, es a saber: que resiste el querer divino el que resiste a la voluntad de su perlado, porque a la hora que dice ser el que preside malo, es decir mal de Dios, que le permite tener tal oficio. Hase de advertir mucho en que no dice el Apóstal que quien resiste a la obediencia resiste a la voluntad divina, sino que resiste a la ordenación divina, porque ora sea el perlado santo, ora sea malo y perverso, siempre es en la perlacía por ordenación de Dios constituído, de lo cual se puede inferir que quien murmura de lo que el perlado hace, murmura de lo que Dios ordena. Torno otra vez a decir que quien del perlado murmura, no con otro sino con Dios se toma, porque si el tal es malo, solamente es para sí y no para ti, porque la deshonestidad de su vida y la aspereza de su doctrina, cuanto más fuere para su damnación, será más para tu salvación. Al propósito de esto, dijo el glorioso Padre San Francisco a un fraile perdido que había elegido en General Ministro estas muy notables palabras: El Señor me ha revelado; ¡oh fraile Elías!, que por tu mal ejemplo y vida ha de dar mi Orden muy gran caída, y esto no obstante quiere que te dé la obediencia y que sea la Orden toda por ti regida, a cuya causa he aquí a do de rodillas te beso la mano y renuncio en tus manos el sello. Conforme, pues, a lo que este tan glorioso santo hizo y a lo que arriba dijo el divino Paulo. nadie se debía hacer pesquisidor del perlado ni hacerse veedor del oculto juicio divino, porque si es el rector bueno, el Señor le puso; y si el tal es malo, él sabe por qué le permite. No hay en el mundo perlados tan escandalosos ni bulliciosos como lo eran en tiempo de Cristo los malditos de fariseos, y pues Cristo mandó públicamente que fuesen creídos y obedescidos, ¿por qué nos hemos de osar levantar contra nuestros perlados, que a lo menos son cristianos? Manda Cristo tolerar, y aun creer y obedescer, a los fariseos, que pusieron mácula en su doctrina, y a los escribanos, que procuraron asolar su fama, ¿y no quieres tú obedéscer al perlado, que te enseña la Religión y te pone en el camino de salvación?

En las *Colaciones de los Padres*, dijo el abad Serapio: No conviene al siervo del Señor disputar de la vida del perlado y si hace bien o mal su oficio, porque de esta manera mucho más pecaría el súbdito en hacerse juez de su vida que merescería en guardarle la obediencia. San Agustín, escribiendo a los monjes del yermo, dice: El que man-

daba obedescer a los fariseos de la Sinagoga, mejor mandara obedescer a los perlados de la Iglesia, y por eso os debéis guardar de poner en vuestros perlados la lengua ni ser inquisidores de su vida, porque si tenemos obligación de obedescerlos, no tenemos licencia de juzgarlos. San Bernardo, en una epístola, hablando de sí mesmo, dice: Fácilmente cumplo todo lo que me manda mi perlado cuando me acuerdo que no es él otra cosa sino un traslado de Cristo; mas cuando me descuido de poner entre él y mí a Cristo, sino que le contemplo ser él como yo soy, hombre humano, ni le puedo obedescer ni aun le he gana de reverenciar. San Basilio decía en su *Regla:* Guárdense mis monjes de examinar si deban hacer o no deban hacer lo que les mandan y si es bueno o si es malo el perlado que se lo manda, porque mucho más merescemos en la paciencia con que obedescemos que no en todos los trabajos que en los monesterios pasamos.

En decir el Señor: *Omnia quaecunque vobis dixerint, facite,* dió muy gran licencia a los perlados y ató y reató a los súbditos mucho las manos para que ninguna cosa dejen de hacer de cuantas los perlados les quieran mandar, ora sean difíciles de emprender, ora sean peligrosas de acabar; de manera que podemos afirmar y aun jurar que no hay obediencia a do hay resistencia. *In auditu auris obedivi te* [4], decía el profeta David; y es como si dijese: Bien sabes tú, Dios de Israel, cuán hijo soy yo de la obediencia y cuán sujeto estoy a lo que dice tu palabra, pues apenas es llegado a mis orejas tu precepto, cuando al pie de la letra le tengo yo ya cumplido. ¡Oh cómo sería bienaventurado el que con verdad pudiese a su perlado decir este verso!; mas ¡ay de ti y ay de mí!, que no abasta ya que el perlado nos llame ni nos mande ni nos ruegue, sino que es menester que nos regale o que nos fuerce; de manera que si algo hacemos es más por el miedo de la justicia que no por el mérito de la obediencia. Dime, yo te ruego: ¿Y tú qué meresces, si por temor obedesces? ¿Y tú no sabes que el bendito Jesús no quiere ser servido sino de hijos graciosos y no de esclavos forzosos? San Bernardo, en el *Libro de consideración,* dice: El súbdito que se pone en disputa y contienda con su perlado sobre decir quién sois vos que esto me mandáis y por qué lo mandáis, o por qué más a mí que a otro lo mandáis, al tal, ni le tengo por religioso ni aun apenas por cristiano, pues quebranta el juramento de la obediencia que hizo y es causa de disensiones en el monesterio. Muchas veces topamos un carro cargado, y va callando, y topamos a otro descargado, y va

[4] Ps. 17, 45.

gritando; así son los monjes en los monesterios, algunos de los cuales, aunque trabajan, callan; y otros hay que no quieren trabajar y no dejan de murmurar.

Cata, hermano, que dejar el mundo, entrar en el monesterio, tomar el hábito y hacerte profeso, todo es bueno y todo es santo, si junto con ello obedesces de buena voluntad a tu perlado, porque el día de la muerte, ninguna cosa te rescibirá Dios en cuenta sino lo que hubieres hecho con voluntad pronta y con alegre cara. Muy poca nescesidad tiene el Señor de lo que haces, ni de lo que rezas, ni de lo que piensas, ni aun de lo que trabajas, sino solamente de lo que amas y de aquello en que tu corazón empleas, porque al bendito Jesús muy más grato le es nuestro amor que no nuestro sudor. San Basilio, en su *Regla*, dice: El verdadero siervo del Señor, con un mesmo corazón y voluntad ha de ayunar que comer, velar que dormir, y trabajar que holgar, y callar que hablar, porque si en lo uno muestra descanso y de lo otro tómase resabio, no llamaremos al tal siervo de Cristo, sino hombre del siglo.

San Jerónimo, escribiendo a un monje, dice: Has de saber, hermano mío Rogerio, que tan prontas has de tener las orejas para creer lo que el perlado te dijere y tan aparejadas has de tener las manos para hacer lo que él te mandare, que no esperes a que te lo hayan de encomendar si tú antes lo puedes adevinar, porque así como la fruta cuanto es más temprana es más presciada, así la obediencia, cuanto es más apresurada, es más meritoria. A este propósito, se dicen en el *Libro de la vida solitaria* estas palabras: No sin lástima lo decimos esto que queremos decir, y es que el monje a quien su abad no osa mandar, sino rogar, ni osa reprehender, sino avisar, ni osa castigar, sino halagar, ni aun osa recoger, sino licenciar, más valiera que el tal se quedara en el mundo que no haber venido al monesterio, porque allá, si no aprovecha, a lo menos no daña; mas acá, a los otros daña y a sí mismo condena.

CAPITULO XLV

De cómo la obediencia ha de tener las condiciones de la oveja y de muchos ejemplos y dichos de los Padres antiguos

Qui regis Israel intende, qui deducis velut ovem Ioseph, decía el santo rey David hablando con Dios en el salmo 79 [1]; y es como si dijera: ¡Oh tú!, que riges en paz el pueblo de Israel; ¡oh tú!, que tienes en justicia la casa de Jacob, y ¡oh tú!, que con la facilidad que llevan adoquiera una oveja haces que Joseph haga todo lo que la obediencia le manda. Oye, mi Dios, lo que te digo y dame, Señor, lo que te pido. No vaca de misterio, y aun misterio muy alto, querer la Escritura sacra comparar la virtud de la obediencia a la condición de la oveja simplicísima; y la condición de la cual es ir adoquiera que la llevan y no resistir a cosa que le mandan. La oveja y la obediencia y la obediencia y la oveja, pareadas andan en la Escritura sacra y siempre se ponen por una misma cosa; y de aquí es que quien no tuviere las condiciones de la oveja no podrá tener las de la obediencia, porque así como en la condición de una oveja no hay más que pedir, así en un buen obediente no hay que reprehender. La oveja no acornea como toro, no emponzoña como culebra, no muerde como perro, no acocea como caballo, no araña como gato ni aun mata como oso, y lo que más en ella de loar es que, si para ofender le faltan armas, para obedescer no le faltan fuerzas. Mira, pues, cómo la simple obediencia se va en pos de la oveja santa, pues en casa del verdadero obediente no hay ojos con que desdeñen, no hay pies con que huyan, no hay manos con que resistan, no hay lengua con que respondan, ni aun hay corazón con que desamen, sino que adoquiera le llevan como a una oveja, sin mostrar tristeza aun en la cara. De las carnes de la oveja hacen cecinas, de la leche hacen quesos, de los cueros hacen zapatos, de las lanas hacen paños y de ellas se engendran corderos; de manera que la simplicísima oveja con ninguna cosa daña y con todo cuanto tiene aprovecha. La verdadera obediencia, a manera de oveja santa, con los ojos se apiada, con la hacienda da limosna, con las manos tra-

[1] Ps. 79, 1.

baja, con los pies peregrina, con la lengua consuela y con el corazón ama; de manera que en casa de la obediencia no hay cosa ociosa para ocuparla ni aun superflua para cercenarla. ¿Qué más diremos de la oveja sino que con tan buen semblante va a ser muerta a la carnicería, como va a la dehesa a ser apascentada? Mira cómo la obediencia santa se va todavía en pos de su simple oveja, pues el verdadero obediente no huye aunque le encierren, no se venga aunque le injurien, no se azora aunque le castiguen, no murmura aunque le infamen ni resiste aunque le maten, sino que todo lo que hace de una oveja el carnicero hace del buen súbdito su perlado.

San Gregorio, en el *Pastoral,* dice: Por eso ese nombre de oveja es tan nombrado en la sagrada Escritura, porque en él se representa la gran virtud de la obediencia, en que así como la oveja es el animal que menos al hombre daña y más a la república aprovecha, así la virtud de la obediencia es la que más aprovecha al que la tiene y que más daño hace al que le falta. ¿Qué se le da a Dios que seas humilde, limosnero, casto, sobrio, abstinente y paciente, si con todo esto eres a Dios rebelde y a tu perlado inobediente? Ya que tengas todas estas virtudes, podrás tú ser de los hombres loado, mas no serás de Dios remunerado, porque siendo como es aneja la soberbia a la inobediencia, ninguna obra puede ser meritoria a do entrevengan inobediencia o soberbia. Abel no guardaba sino ovejas, José no guardaba sino ovejas, Moisén no guardaba sino ovejas, a Cristo no comparan sino a las ovejas; de lo cual podemos inferir que Dios ni sus santos no se encargan de guardar cabrones rebeldes, sino de ovejas simples. Oveja es por cierto simple el que sinceramente obedesce, y al tal huélgase Cristo de comparar, y al tal plácele a Cristo de apascentar, y al tal oblígase Cristo de guardar, y aun al tal oblígase Cristo de premiar. Todo lo de suso es de Gregorio.

Non sum missus nisi ad oves quae perierunt domus Israel, decía Cristo a sus discípulos en el capítulo 15 de San Mateo [2]; y es como si dijese: No me importunéis por la madre cananea ni por su hija la endemoniada, pues yo no vine al mundo sino por las ovejas que perescieron de la casa de Israel y por las que están predestinadas de la casa de Jacob. ¡Oh cómo tiene mucha mala ventura el que en la casa de Dios no fuere oveja!, pues el Hijo de Dios jura y afirma que no vino al mundo sino a buscar ovejas, y que no guarda sino ovejas, y aun que no sana sino a las ovejas. En decir Cristo: *Non sum missus, nisi ad*

[2] Matth. 15, 24.

oves, excluye de fuera a los leones superbos, a los tigres ínvidos, a los rinocerontes furiosos, a los puercos inmundos, a los lobos voraces, a los topos avaros y a los erizos perezosos, sino que solamente admite a su rebaño y toma so su amparo a la simple oveja, que es la obediencia santa. Mucho es aquí de ponderar que a más pecar no puede una oveja en más a su pastor ofender de desmandarse algún poco del rebaño o a entrarse a comer de algún trigo; de manera que no peca sino en la acidia y no ofende sino en la gula. Pecar en la gula y pecar en la acidia es pecar por flaqueza y no pecar por malicia; quiero por lo dicho decir que decir Cristo: *Non sum missus nisi ad oves Israel*, es decir que no cura ni se entiende con los que por alguna flaqueza caen, porque en el riguroso juicio de Dios, mucho alivia o mucho agravia al pecado la poca o mucha ocasión de pecar. El que con extrema necesidad toma algo, peca como oveja; el que de pereza va tarde a misa, peca como oveja, y el que con hambre quebranta el ayuno, peca como oveja; mas el que del bien de su prójimo tiene envidia, y el que a su hermano roba la fama, y el que de puro maligno revuelve la república, este tal no peca de flaqueza, sino que peca de pura malicia, del cual pecado muy tarde el hombre se enmienda y muy más tarde Cristo le perdona. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, yo confieso que contra ti he errado, mas mira que *erravi sicut ovis, quae periit* [3]; y pues tú no buscas sino ovejas erradas, busca a mí, que soy tu oveja, y aun la oveja que más ha errado en esta vida. Pues es verdad que *erravi sicut ovis, quae periit, quaere*, ¡oh buen Jesús!, *quaere servum tuum;* pues buscaste a David cuando adulteró, y buscaste a San Pedro cuando te negó, y buscaste al ladrón cuando te ofendió, los cuales pecados, si estaban en ellos derramados, hallarse han en mí agora todos juntos.

Mire, pues, cada uno por sí, para ver si es oveja o si es cabra; es a saber, si es obediente o si es rebelde; porque si es rebelde, ponerle han a la mano izquierda con las cabras, y si es obediente, ponerle han a la mano derecha con las ovejas, porque en la casa de Dios no se dan los asientos según lo que presumimos, sino conforme a lo que merescemos. En cuánto tenga Dios a la obediencia santa, que es la significada en la oveja simplicísima, podémoslo muy claramente ver en la obediencia estrecha que muchos santos tuvieron y cómo de ella, más que de otra virtud, se presciaron, y por cierto ellos tuvieron muy gran razón, porque es tan heroica la virtud de la obediencia, que nadie sin ella puede en esta vida ser santo ni aun

[3] Ps. 118, 176.

en la otra ser salvo. Del abad Juan, dice Casiano que sirvió a un viejo treinta años sin traspasar ninguno de sus consejos, y al fin, para probarle el viejo si aquella obediencia era ficta o era verdadera, mandole regar un árbol seco y que trujese a cuestas el agua bien media legua; lo cual el santo monje hizo por espacio de un año, sin poner en ello ninguna excusa y aun sin preguntar que por qué se lo mandaba.

En las *Vidas de los Padres*, dijo el abad pastor: Cuando yo era novicio en el yermo de Tebaida, nunca me mandaron cosas a derechas, sino torcidas; ni cosas que llevaban razón, sino opinión; ni cosas que me aplaciesen, sino que me contristasen; ni aun agibles, sino imposibles, porque era ley muy usada en el monesterio que no rescibiesen para monjes a los que en las cosas ásperas no fuesen obedientes. Como en un monesterio de Tebas no hubiese más de una aceitera de aceite, de que todos comían y con que de noche todos se alumbraran, mandó el abad Simeón al santo monje Juan que la trastornase y de una ventana abajo la echase; el cual mandamiento, apenas le fué puesto, cuando fué cumplido, y esto sin decir que no había otro aceite en casa y sin alegar que el derramarla era conciencia. De un monje llamado Mucio, dice Casiano que, viniéndole a ver un hijo suyo que había habido en el mundo, queriendo su abad probar qué tanta era su paciencia y a qué se extendía su obediencia, díjole medio burlando que aquel hijo suyo daba mucha turbación en el monesterio y que por quitarse de aquel trabajo sería bueno que le echase en el río; la cual cosa apenas le fué dicha, cuando da con su hijo dentro del agua. Luego, aquella noche fué revelado al abad del monesterio que tan acepto había sido a Dios aquel sacrificio del monje Mucio como el que Abraham había hecho, porque tanto sintió el buen monje llevar a su hijo a ahogar como sintió Abraham en llevar a Isaac a degollar. En el yermo de Palestina tomó el hábito otro monje que en el siglo era en hacienda rico, en sangre generoso y en ciencia asaz docto. Queriendo, pues, su abad probarle de paciencia y avezarle a la obediencia, mandóle que tomase diez espuertas a cuestas y se fuese por toda Tebas una a una a venderlas, y que no las vendiese todas juntas, porque, tardándose más la venta, se alargase más su afrenta y vergüenza; lo cual él luego hizo sin poner en ello impedimento. Como el abad Sifoy tuviese muchos discípulos y en uno que había nombre Malcho pusiese más los ojos que en todos los otros, dijo un día uno de ellos: Dime, padre bendito: ¿por qué, en tanto perjuicio nuestro, amas más que a todos a nuestro compañero Malcho? Oídas Sifoy estas palabras, callando, se va a las celdas de todos

los monjes, y como llamase a las puertas de ellas, unos callaron, otros respondieron, otros salían, y otros no salían ni respondían; y como llamase a la puerta de Malcho y saliese muy presto, hallaron que a la sazón él estaba escribiendo en un libro, y que por cumplir con la obediencia había dejado una letra empezada. A este propósito, dice el glorioso Bernardo: Si te riñere el perlado, calla; si te pidiere algo, dáselo; si te castigare, súfrelo; si te mandare algo, hazlo, y si te llamare, ven luego, porque entonces es la obediencia acabada, cuando dejas lo que haces por acabar. De estos tan notables ejemplos podemos coligir cuán grande excelencia es el obedescer y cómo del obedescer viene el merescer, porque de otra manera, habiendo de ir cada día más aprovechando, tanto torna atrás el camino cuanto no anda a la voluntad de su perlado.

Confundantur omnes qui repugnant ei[4], dijo Dios por Isaías; y es como si más claramente dijera: Todos los que contradijeren serán confundidos, y todos los que resistieren serán castigados, y aun todos los que se les amotinaren serán afrontados, pues hombre soberbio no puede quedar sin castigo. Decir Isaías que el que resistiere al perlado será de Dios castigado y de los hombres confundido es decir que todo aquello que el súbdito procurare para su consolación se le tornará en desconsolación y confusión, porque muchas veces acontesce que las consolaciones y recreaciones que se otorgan a los obedientes súbditos las niegan los perlados a los monjes mal domados. San Bernardo, a este propósito, dice: ¿Cómo quieres tú, hermano, que tu abad te deje ir al pueblo a negociar, ni al huerto a pasear, ni al hospicio a recrear, pues ni haces lo que te manda ni aun condesciendes a lo que te ruega? Si murmuras porque consuela a otros más que a ti, mira que los otros le obedescen mejor que tú, y no puede ser cosa más justa que, si el perlado halla en el súbdito toda sujeción, que el súbdito halle en su perlado alguna recreación. El monje que hace lo que quiere y no lo que debe ha de tenerse por dicho que será de todos sus hermanos notado, será de los perlados perseguido, vivirá desconsolado, andará como corrido, no será como los otros reverenciado y aun será más que todos castigado.

En otra epístola, dice también San Bernardo: Cosa es muy cierta que el monje rebelde e inobediente ha de andar afrontado y ha de ser confundido más que todos en el monesterio, porque el perlado le habla de mala gana, huyen todos de su compañía, él mismo trae consigo tristeza y aun en él más que en todos se emplea la disciplina.

---

[4] Is. 45, 25.

Entre los príncipes del mundo, ninguna cosa tanto se castiga como es el desacato que se hace a su justicia, y así, en la Religión ninguna cosa debe ser tan agramente castigada como es el delito de la obediencia, porque no hay tan gran señal de irse la Religión a perder como es cuando los monjes osan en público desobedescer. San Basilio, en su *Regla*, dice: Podrán los abades de nuestra Orden condescender y dispensar en algunas flaquezas según la calidad de las personas y según las pocas y muchas fuerzas, excepto en caso de obedescer o desobedescer, en lo cual no queremos que nadie ose dispensar. Casiano, en las *Instituciones de los monjes*, dice que era tan grande la obediencia que tenían a sus abades los monjes de Tebaida, que si había necesidad de mandar al monje dos veces una cosa, le echaban luego de su compañía. En las *Colaciones de los Padres*, dijo el abad Sifoy: No se excuse nadie del cumplimiento de la obediencia diciendo que nadie puede perfectamente cumplirla, porque si lo que te mandan es cosa ligera, puedes la cumplir, y si es cosa recia, cumples con la probar; mayormente que en tal caso no menos rescibe el Señor lo que el buen obediente comienza que lo que comienza y acaba.

Y porque concluyamos en una palabra todo lo que arriba hemos dicho de la obediencia, decimos que el término del obedescer no ha de tener tiempo, sino que se ha de acabar con el mismo tiempo; por manera que entonces ha de ser el fin de la obediencia, cuando fuere el fin de tu vida.

CAPITULO XLVI

QUE LAS COSAS TEMPORALES LAS HA DE TENER EL SIERVO DEL SEÑOR EN POCO, PORQUE SON MUY PELIGROSAS Y POCO PROVECHOSAS

Omnis qui non renuntiaverit omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus [1], dijo Cristo predicando a las compañas que le seguían; y es como si dijera: Bien me paresce que me sigáis, y que me oigáis, y que me creáis, como hombres buenos; mas si queréis ser buenos cristianos y llamaros mis discípulos, conviéneos primero renunciar todas vuestras riquezas y después iros en pos de mis

[1] Luc. 14, 33.

pisadas. Para entender estas tan altas palabras de Cristo es de notar que los romanos traían por armas una águila, los argivos un buey, los persas un gallo, los medos una culebra, los pennos una palma, mas los discípulos de Cristo no pueden traer ninguna cosa ; de manera que los que militan sobre su bandera, ni se han de mantener con riquezas ni aun pelear con armas. Cosa es mucho de admirar que nadie envía lanas a Flandes sin las marcar, nadie lleva ovejas a extremo sin las almagrar, nadie trae paños a la feria sin los sellar, ni nadie compra esclavo sin le herrar ; mas en la bendita tienda y ley de Cristo, no hay mayor marca que no estar marcado, ni hay mayor señal que no estar señalado. En la casa de Cristo no hay necesidad de probar el oro, ni de almagrar el ganado, ni de listar el brocado, ni de guardar el trigo, ni aun de añejar el vino, pues no lo hay ni puede haber ; lo que en casa de sus discípulos hay es que la más estrecha pobreza es la mayor riqueza, y el que vive más necesitado, aquél es tenido por más perfecto. Discípulos tiene el mundo y discípulos tiene Cristo, y en lo que se diferencian es que los del mundo son los más ricos, los mejores vestidos, los más poderosos, los más acatados y aun más regalados ; mas los de Cristo no son así, sino que son los más pobres, los más rotos, los más abatidos y los más perseguidos ; de manera que la casa del mundo es mundanal, y la casa de Dios es un hospital. Mucho es de ponderar que no dijo Cristo los que renunciaren, sino el que renunciare todas las cosas, ése será mi discípulo, porque, dado caso que sean muchos los que han rescebido el bautismo, cuál o cuál es el que allega a ser perfecto.

Vias tuas, Domine, demonstra mihi, et semitas tuas edoce me [2], decía el profeta David ; y es como si dijese : Enséñame, ¡oh buen Señor!, enséñame los caminos que van derechos a ti y las sendas por do llevas los justos a ti, porque no me va más de errar o acertar, de anochescer en el infierno o de amanescer en el paraíso. No puede ser en el mundo demanda tan justa, ni petición tan necesaria, ni aun ruego tan bienaventurado como es pedir a Dios que nos enseñe el camino del cielo ; porque es aquel camino tan fragoso de andar y tan malo de acertar, que de los muertos lo saben pocos, y de los vivos, ninguno. El camino del demonio son malicias ; el de la carne, placeres ; el del mundo, vanidades ; el de la soberbia, honras ; el de la gula, manjares ; el de la ira, venganza ; el de la acidia, holganza ; mas el de Dios no es sino pobreza, lo cual paresce claro en que a ninguno de su casa consiente que tenga

[2] Ps. 24, 4.

un real en la bolsa. Cuando él nasció en un pesebre desnudo, no debía de tener él casa de su patrimonio, y cuando sus discípulos comían de hambre las espigas, no debían de tener llenas de trigos las trojes, y cuando en Cafarnaúm no tenía blanca ni cornado con que pagar el tributo, no debía de tener dineros en cambio, y cuando se enterró en sepulcro ajeno, tampoco debía tener hecho mayorazgo. San Agustín, a este propósito, dice: Es el camino por do Cristo caminó tan estrecho y es el postigo por do entró tan angosto, que no puede caber por él hombre vestido; y de aquí es que el que quisiere perfectamente a Cristo seguir, de todas las cosas mundanas le conviene despojar.

Pone me, ut signaculum supra cor tuum [3], decía Cristo en los Cantares; y es como si dijera: ¡Oh tú que vienes a servirme y a seguirme!, ponme por blanco sobre el terrero de tu corazón, a do asesten las saetas de tus pensamientos, porque jamás se perdió hombre que me siguió. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, y cómo en tus dulces palabras paresce bien que me amas de todo corazón, pues me mandas ponerte sobre mi corazón; en lo cual te muestras ser verdadero enamorado, pues no pides por tu amor sino el mi amor. No dice Cristo que le pongas en la lengua para hablarle, ni en los ojos para mirarle, ni en las orejas para oírle, sino que le pongamos en el corazón para amarle y servirle, porque así como él nos amó con el corazón y nos redimió con la sangre, así quiere él que en las entrañas le amemos y que con las obras le sirvamos. Tampoco dice Cristo ponme cabe tu corazón o ponme debajo de tu corazón, sino que te dice le pongas encima de tu corazón, porque así como el bendito Jesús tan perfectamente te ama como si ninguna cosa más de a ti amase, así quiere él de ti ser a solas amado que no le des en el amor ningún compañero. Aquel da en el amor compañero que juntamente ama otra cosa con Cristo, lo cual él no quiere admitir ni menos sufrir, porque en un corazón no ha de caber más de otro corazón. Aquel pone a Cristo sobre el corazón que sobre todas las cosas le ama, y aquel le pone cabe su corazón que otra cosa con él ama, y aquel le pone debajo de su corazón que a otra cosa más que a él ama; del cual pecado dice San Agustín que menos le ama el que con él algo ama, que no el que de él no se acuerda.

También es de notar que no se contenta Cristo con que le pongamos en el corazón en el lugar más alto, sino que le pongamos delante nuestros ojos, como se suele poner el blanco en el terrero, en lo cual nos dió a entender

[3] Cant. 8, 6.

que todo lo que pensáremos y todo lo que hiciéremos no sea tanto en nuestro provecho, que no sea más en su santo servicio. Aquel pone sobre su corazón a Cristo que le sirve de puro amor y no por ningún temor y que antes perderá mil veces la vida que no cometer contra él ni sola una ofensa, porque según la sentencia divina dice: El que en uno solo mandamiento no fuere fiel, le contarán los otros como de infiel. Decirnos tu, ¡oh mi buen Jesús!, *Pone me, ut signaculum supra cor tuum* es decirnos que sigamos desnudos al desnudo, descalzos al descalzo, pobres al pobre y crucificados al crucificado, porque toda obra que no se hace conforme a la traza y muestra, indigna es por cierto de ser pagada. ¿Qué otra cosa quiso el Hijo de Dios decir cuando dijo: *Pone me, ut signaculum supra cor tuum*, sino que para ser varones evangélicos nos conviene que tengamos tan grande envidia a los que ahora viéremos más pobres que nosotros como la teníamos allá en el mundo a los que eran más ricos?

Si quieres ver la diferencia que va de los perfectos a los imperfectos, verlo has en los discípulos de Cristo, que debatieron en la cena sobre cuál de ellos sería mayor, y en el Hijo de Dios y en San Pedro, que porfiaron sobre cuál sería el menor; mas como en Cristo estaba la humildad más arraigada, en él y no en Pedro quedó la victoria. Entonces *ut signaculum* pones sobre tu corazón a Cristo, cuando en caso de menoridad y humildad compites con tu hermano, y entonces con los discípulos pones sobre tu corazón al demonio, cuando a todos y en todo quieres ser preferido y honrado; por manera que cual es el dueño que en tu corazón tienes, tal es el lugar que para ti y para él procuras. Torno, pues, al primero intento de *nisi quis renunciaverit omnibus, quae possidet, non potest meus esse discipulus*. A los imperfectos no manda aquí Cristo que las riquezas desechen, sino que las desamen, porque las cosas temporales no nos las da Dios para que las amemos, sino para que las poseamos y con ellas le sirvamos. No entran en esta cuenta los religiosos y varones perfectos, los cuales se han de enemistar tanto con las riquezas, que no sólo las han de desamar, mas aun del todo dejar, así como hacían los apóstoles en la primitiva Iglesia, y aun lo hacían en la ley de naturaleza, a do no hubiera *mío* ni *tuyo* si del mundo se enseñoreara el pecado.

San Agustín, sobre estas palabras de Cristo, dice: Si no fuera porque hubiese en la Iglesia ricos que hiciesen caridad y no fuera porque se cumpliera el número de los escogidos para la gloria, estaba Cristo tan bien con la alteza de la pobreza y con la limpieza de la castidad, que como estas dos virtudes puso en el número de los conse-

jos evangélicos, él las pusiera en el canon de los mandamientos divinos. El Venerable Beda también dice: ¿Qué otra cosa es decir Cristo vende todo lo que tienes y sígueme, sino decir sé y pobre como yo soy, deja el mundo como yo le dejo, ámame tú a mí como yo te amo a ti, cambia tu hacienda por mi alta pobreza y confía de mis manos las necesidades todas, pues tengo el querer y el poder para remediártelas? Orígenes también dice: Decir Cristo al varón perfecto que venda las riquezas y le siga es como si le dijese: No sigas las riquezas, que van huyendo, sino sígueme a mí, que te voy esperando, porque siendo como somos tan grandes enemigos ellas y yo, no puedes a ellas seguir sin a mí perseguir, y para a mí seguir has primero a ellas de perseguir. El glorioso Crisóstomo dice: Decir Cristo *Vende omnia quae habes et sequere me*[4] es decir: Sigue a mí, que soy pobre de voluntad y no de necesidad, y que no pido para guardar, sino para dar, y que mi pobreza no es pena de pecado, sino que en lugar de merced la doy yo al justo; porque en mi casa y Colegio, el que es más hambriento y desnudo, aquél es de mí más privado. San Jerónimo, sobre San Lucas, dice: Mandarnos Cristo que renunciemos la plata y el oro no es porque ello es en sí malo, sino porque para seguirle los buenos les es muy grande estorbo; y de aquí es que cuando Cristo en su testamento dijo a los suyos: *Ego dispono vobis regnum, sicut disposuit michi Pater*[5], privólos de tener dineros y heredólos en muchos trabajos. San Hilario, a este propósito, dice: Decir Cristo a los varones perfectos que vendan lo que tienen y le sigan no fué consejo áspero, sino dulce; no peligroso, sino seguro; no de contrario, sino de amigo; no de hombre avaro, sino de muy largo; porque ninguna cosa se puede en esta vida llamar grande sino es el corazón que menosprecia cosas grandes. San Gregorio, en una homilía, dice: Mandar Cristo que vendamos lo que tenemos y le sigamos, más le es de agradescer que no de él nos quejar; pues las riquezas temporales nos causan trabajo en allegarlas, cuidado en guardarlas, peligro en defenderlas, enojo en repartirlas y contradicciones en conservarlas; de manera que en dejarlas dejamos muy pocos dineros y ahorramos de inmensos enojos.

Sicut spinae ad invicem complectuntur, et ideo consumentur, sicut stipula ariditate plena, dijo Dios por el profeta Nahum en el capítulo 1[6]; y es como si dijera: Así como en los zarzales no hay quien pueda a las espinas

[4] Matth. 19, 21.
[5] Luc. 22, 29.
[6] Nah. 1, 10.

allegar ni unas de otras despegar ni desarrebujar, así son los ricos de Damasco y los mercaderes de Tiro, los cuales están en sus mercaderías tan azahondados y en sus contrataciones son tan delicados, que ni unos de otros se pueden apartar ni aun ellos mismos se pueden entender. No vaca de alto misterio llamar el profeta espinas a las riquezas y zarzales a los hombres ricos, porque así como las espinas no se dejan tocar ni tratar, así los hombres ricos no se dejan comunicar ni con los menores quieren conversar a causa que la soberbia y la riqueza siempre traen entre sí trato y compañía; zarzas y zarzales son las casas y personas de los hombres ricos, cuyas trampas y cautelas son peores de desenzarzar que no son las riquezas de desarrebujar; y lo que es peor de todo, que ni se consienten apartar ni se quieren corregir por ejemplos que vean ni por amenazas que les hagan. En los zarzales y espinas, ni se coge fruta, ni se labra nada, ni aun se halla sombra; de lo que ellos aprovechan es para que se acojan allí los lagartos, para que se rompan allí las ropas y para que rasguen allí las carnes. Peores que zarzas y espinas son las cosas de los ricos avarientos, en cuya compañía tiene su trono la soberbia, tiene su nido la envidia, tiene su casa la ira, tiene su cueva la lujuria, tiene su asiento la gula y tiene su estado la avaricia.

Dime, yo te ruego: ¿no son zarzas espesas y espinas lastimosas las personas y casas de los malos ricos, pues sin ninguna comparación son más los vicios que tienen que no las gentes que mantienen? A las veces, son peores los ricos y sus compañías que no son las zarzas y las espinas, porque con las zarzas suelen bardar y cubrir las paredes, mas la compañía de los ricos roba y despoja las repúblicas; por manera que si las espinas nos rompen las ropas, los ricos nos beben la sangre. Peores que zarzas son los bienes temporales, pues se dejan allegar y no se consienten gozar; porque si son heredados tiénense en poco, y si son ganados, cuestan al dueño mucho; de manera que cuando se acaban de allegar es ya tiempo de nos morir. Bravos zarzales son las riquezas, pues causa soberbia el tenerlas, codicia el allegarlas, avaricia el guardarlas y pecado el mal gozarlas; de manera que nos carga a los cuerpos de vicios y los corazones de cuidados. Malas espinas son las riquezas, pues nos causan tantos sudores por los caminos, tantos peligros por los mares, tantas pérdidas en los tratos, tantos gastos por las posadas y tantos enojos por las ferias, que a las veces querría hombre más pedirlo de puerta en puerta que no ganarlo de feria en feria. Flacas espinas son las riquezas y aun los ricos, porque si tienen industria para ganarlas, no tienen potencia

para guardarlas; porque si son moliendas, llévalas el agua; si son casas, quémalas el fuego; si son ropas, róelas la polilla; si son paneras, cómelas el gorgojo; si son ganados, mátalos el muermo, y si son metales, húrtanlos los ladrones; de manera que pierden en una hora cuanto allegaron en toda su vida.

Espinas enojosas son las riquezas, pues al tiempo que los ricos las allegan, andan solos, y al tiempo de gozarlas, andan muy acompañados, diciéndoles unos que son sus criados, otros que son sus deudos, otros que son amigos y otros que son sus aliados; de manera que todos se llaman suyos al repartir los dineros y ninguno halla cabe sí al tiempo de los trabajos. Zarzales peligrosos son las riquezas, pues nadie que las tenga puede escapar de ser malquisto, ser envidiado, ser murmurado, ser maltratado y aun ser infamado, no sólo de sus vecinos, mas aun de sus propios deudos y amigos, y esto no por las injurias que les han hecho, sino por las riquezas que les han negado.

Séneca, a este propósito, dice: Tanta piedad se ha de tener del rico cuando le sobra como del pobre cuando le falta, pues jamás le faltan amigos que le pidan y enemigos que le persigan. Y en otro lugar dice: Ten, hermano mío, las riquezas en poco, si quieres que la virtud y virtuosos te tengan en algo, porque nadie puede ser tenido en mucho sino el que tuviere todas las cosas en poco.

CAPITULO XLVII

Que conforme a la doctrina del Apóstol, no sólo es peligro las cosas mundanas procurarlas, mas aun nos es prohibido el desearlas

Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, dice el Apóstol escribiendo a Timoteo, en el capítulo 6 [1]; y es como si dijese: El peligro de los que quieren ser ricos es que caen en una grave tentación, y en el lazo del demonio, y en muchos deseos inútiles los cuales traen a los hombres agora en perdición y después en damnación. Muy a la clara pone aquí el Apóstol el poco provecho que traen los ricos y el mucho daño que nos hacen las riquezas, pues podemos muy bien pasar sin ellas, lo cual paresce claro en que naturaleza no te pide

[1] I Tim. 3, 7.

cuando has sed pajes, ni toallas, ni plata, sólo un jarro de agua, porque todo lo demás sirve a la vanidad y no a la necesidad. A la vanidad y no a la necesidad sirven muchas ropas, pues no se visten más de una; y lo mismo diremos de muchos sayos, pues basta uno, y de muchos zapatos, pues abastan dos, y de muchos libros, pues abastan pocos, y de muchas casas, pues no moramos más de en una; de manera que sin comparación son más las cosas que buscamos que no las de que nos servimos. Séneca, a este propósito, dice: Si quieres creerme, ¡oh Lucilo amigo mío!, de dos extremos en que caen los hombres, antes elige que te falte algo que te sobre mucho, porque las riquezas que no sirven han de ser ellas por fuerza servidas y el que no las sujetare ha de estar él sujeto a ellas. Sócrates el filósofo, yendo de Sicilia a Atenas, echó en la mar del archipiélago una barra de oro que le había dado Dionisio siracusano diciendo: Allá irás, malvado oro, que más quiero yo ahogarte a ti que no que tú me ahogues a mí.

Mucho es aquí de ponderar y aun nos ha de espantar en no condenar el Apóstol a los que las riquezas tienen, sino a los que las desean; y la causa de esto es porque tales somos nosotros cuales son nuestros deseos, y tales son nuestros deseos cuales son las cosas que deseamos. Así como los buenos deseos acarrean la salvación, así los malos deseos son fundamento de nuestra perdición, porque el premio que esperamos o el castigo que tememos no depende por cierto de lo que las manos hacen, sino de lo que el corazón piensa. Decir el Apóstol que en la codicia estaba la culpa, díjolo por salvar a muchos ricos, los cuales hacen muchos bienes con sus riquezas, y por mostrar que el pecado está en el que las codicia para mal y no en el que las consume bien, como fueron Abraham y Loth, y Job, los cuales fueron más santos siendo ricos que no lo fueron otros siendo pobres. San Agustín, a este propósito, dice: El corazón del que quiere ser rico con dos deseos es atormentado; es a saber: con un querer y con un no querer querríase él mucho enriquescer y no querría para ser rico trabajar, y en tal caso, menos condenamos lo uno que condenamos lo otro, porque de mucho holgar vienen los hombres a hurtar.

Quia vir disideriorum es, ego ostendam tibi, quae futura sunt, dijo el ángel santo a Daniel en el capítulo 9 [2], como si dijera: Porque eres varón de muy buenos deseos y veo en ti muy santos propósitos, yo te enseñaré como agora has de vivir y te mostraré lo que de ti ha de acontescer.

[2] Dan. 9, 23.

No vaca de alto misterio no hacer cuenta el ángel de que era Daniel hebreo, mancebo, casto, abstinente, docto, profeta, celoso y contemplativo, sino solamente le loa que tenía los deseos de varón santo, para darnos a entender que, sin comparación, se sirve más el Señor de los santos deseos que tenemos que no de las flacas obras con que le servimos. No condenar, pues, el Apóstol las riquezas, sino los deseos de ellas, y no loar el ángel en Daniel las obras que hacía, sino los deseos que tenía, es un aviso muy notable, para que si el siervo del Señor no tiene fuerzas para hacer siempre buenas obras, tenga a lo menos las entrañas para su servicio aparejadas. No dice el profeta David: Tengo, Señor, los pies aparejados para ir a la iglesia, y tengo las manos abiertas para dar limosna, y tengo las orejas atentas para oír tu palabra, sino que solamente dice: *Paratum cor meum Deus, paratum cor meum* [3]; es a saber: que tengo, Señor, mi corazón aparejado y aun reaparejado para tu servicio, pues todas las obras que hago no son de ningún caudal ni peso.

Pues dice el Apóstol que con sólo el querer ser rico se pierden los hombres malos, razón será que pongamos recaudo en ese desordenado querer, a causa que después no haga el demonio de nuestro querer riquezas un no querer virtudes, porque, si los deseos desordenados no tenemos muy encerrados, nunca las manos ni los pies andarán quedos. *David erat robustior se ipso* (I Reg., c. 30) [4], dice la sagrada Escritura; y es como si dijera: Entre los fuertes era el más fuerte David, y el mismo David era más fuerte que no David. ¡Oh alto misterio, oh profundo secreto decir que David era más fuerte que David!; lo cual se averiguó ser así de hecho cuando el buen David vencía a sí mismo perdonando al rey Saúl las injurias que le hacía y no dando a su carne los apetitos que le pedía. Gran gloria alcanzó David en vencer al gigante Goliat en el campo, mas muy mayor la alcanzó cuando venció a sí mismo, porque venciendo a sí mismo venció al que venció al tirano. Cuando el invencible César venció en la Farsalia al gran Pompeyo y luego perdonó a los que se hallaron en aquella batalla, díjole un capitán suyo: Mayor gloria te ha dado hoy la clemencia que te dió ayer la lanza, porque con la lanza venciste a tu enemigo, mas con la clemencia venciste a ti mismo. Lo que este capitán dijo fué cosa notable; mas lo que el gran César hizo fué cosa heroica, porque más ánimo ha menester el hombre para reprimir los vicios que no fuerzas para vencer los enemigos. Cuando Cristo

[3] Ps. 56, 8; 107, 2.
[4] I Reg. 30, 9-12?

dijo al que quería ser perfecto: *Abneget semetipsum* [5], no le mandaba vencer al moro, ni al judío, ni tampoco al pagano, sino solamente a sí mismo, como a enemigo más poderoso; porque mucho más es irse hombre a la mano en lo que quiere que no tomar a otro lo que tiene. Amenazar el Apóstol al que desea ser rico como al que lo es de hecho es darnos a entender que a las veces se salva mejor el que es pobre de deseos y rico de dineros que no el que es pobre de dineros y rico de deseos. Con los dineros allegados se suelen hacer muchas cosas buenas; mas los deseos desordenados nunca paran sino en cosas malas; y de aquí es que nadie puede vivir conforme a razón si primero no se sujeta a la razón. Su corazón sujeta el que no le consiente desear cosa mala, porque es tan antojadizo y aun tan mal contentadizo, que si una vez toma gusto en lo que piensa, él muere hasta que lo alcanza.

Dice también el Apóstol que el hombre que deseare ser rico caerá en tentación, y Cristo, por otra parte, dijo: *Et ne nos inducas in tentationem* [6]; de manera que una es la tentación que hemos mucho de temer y una es la tentación por que hemos siempre de rogar. No diremos, por cierto, que desacierta el que dijere que esta tentación es la tentación de la avaricia, porque, a la verdad, ella sola es la que más ordinariamente nos tienta y aun en la que en más trabajos nos pone. Bien dice Cristo: *Et ne nos inducas in tentationem,* pues la codicia de tener levanta la guerra entre los príncipes, trae a los salteadores por los montes, lleva a los mareantes por los mares, pone a los labradores en muchos trabajos, causa a los letrados abogar en pleitos, mete a los arrendadores en mil trátagos y aun quita el sueño a los muy codiciosos. San Crisóstomo, sobre estas palabras, dice: *Et ne nos inducas in tentationem;* es a saber: en codicia de hacienda, pues si es cosa penosa el allegarla, es muy más enojosa el repartirla, porque son tantos los que nos la piden y los que nos la toman y aun los que nos la hurtan, que si se allega sudando, se reparte llorando. El día que acierta uno a ser rico, aquel día se tienen todos sus deudos por ricos y se tratan como ricos, y si para sustentar aquel fausto no les da de su dinero, hase de tener por dicho que han de comer sobre su honra, pues no comen de su hacienda. No hay rico que no diga y jure ser más lo que otros le llevan que no lo que a su placer gasta; de manera que le sobran siempre los enojos y le faltan algunas veces los dineros. Séneca, a

5 Matth. 16, 24; Luc. 9, 23.
6 Matth. 6, 13; Luc. 11, 4.

Lucilo, dice: Díganme los ricos de este siglo: ¿cuál les será más fácil de contar, los trabajos que tienen o los dineros que poseen? Por muchos dineros que tengan, tienen que contar para un día; mas en los trabajos que padescen, tienen que llorar toda su vida. ¿Qué mayor venganza quieres tú de un rico que verle arrodeado de factores, cargado de alhajas, citado para pleitos, envidiado de los pobres y enemistado con otros ricos, quiebras en sus tratos, hurtos de sus criados, testimonios de sus vecinos y aun persecuciones de sus dueños? La costa ordinaria de la despensa, el acompañamiento de su persona, la frecuentación de los huéspedes y la muchedumbre de los negocios, aunque le pese, lo ha el rico de sustentar, o sobre eso ha de reventar y morir, porque es de tal calidad este mundo, que quieren más los hombres cumplir con la opinión que no seguir la razón. Todo el trabajo de los hombres está en que después que su fortuna o su locura le puso en estado de algo tener o de algo valer, aunque después la fortuna dé vuelta, ellos no quieren descaer de su locura, y lo que más de espantar es, que a las veces no vale cien ducados su hacienda y tienen más de mil de locura. Todo lo de suso es de Séneca. ¡Oh qué trabajos y oh qué afrentas pasan los ricos con los dineros, con los alcabaleros, con los renteros, con los portazgueros, con los factores y con los acreedores, que a las veces querría más un rico sufrir una pobreza honesta que no su locura desvergonzada!

Hay otro trabajo en los bienes temporales, y es que, por mucho que tenga uno en el mundo, le faltan hartas cosas al mejor tiempo, mayormente que, si tiene para sus necesidades, le falta para sus mocedades. San Anselmo dice: Si los mortales moderasen su renta con su despensa y que el gasto no excediese al rescibo, hallarían por verdad que todo el trabajo que pasan es no tanto para satisfacer a la necesidad que tienen cuanto para cumplir con la vanidad en que viven. Aun hay otro peligro en las riquezas, y es que cuanto más en los tratos van entendiendo, tanto más se va cada día enzarzando y entrampando; es a saber, en darse a contar, a buscar que vender, atreverse a fiar, ocuparse en trocar y no dejar de mohatrar; de manera que, al tiempo que pensaban todos se apartarían del trato, se meten más cada día en lo hondo. San Jerónimo, sobre San Mateo, dice: El que fuere amigo o vecino de algún hombre rico, si le quiere ayudar a salvar, no le aumenta la hacienda, sino disminúyele la codicia, porque la condición de los tales es lo mucho suyo parescerles poco, y lo poco ajeno parescerles mucho. San Gregorio, en una homilía dice: El mal de los bienes tempora-

les es que antes de alcanzarlos tenemos de ellos muy grandes apetitos y después de alcanzados nos ponen luego hastío; de manera que se ganan con peligro y se gozan sin apetito. Siendo, pues, verdad lo que hemos dicho, falso testimonio levanta el que a las riquezas llama bienes, pues de todo en todo son ellas malas, porque si males hoy hay en el mundo, los avaros ricos los causan y los tristes pobres los padescen. ¿Cómo se puede llamar bienes las riquezas temporales, pues sin comparación son más los que con ellas se tornan malos que no los que de malos se tornan buenos? Males y muy grandes males son los bienes de este siglo, pues son a tan vedriados de sustentar y tan peligrosos de allegar; lo cual paresce claro en que, si la riqueza está en poder de alguno que es viejo, no tiene ya fuerzas para gozarla, y si está en poder de algún mozo, caresce de seso para sustentarla.

Séneca, a este propósito, dice: Yo te confieso, mi Lucilo, que sabe el rico lo que deja, y sabe cuándo lo deja, y sabe a quién lo deja, mas no sabe por cuánto tiempo lo deja, porque pensando que deja hacienda para hijos, y nietos, y vecinos, se la desperdician todos sus herederos en pocos años. ¡Oh cuántos hombres hay muertos y sepultados, los cuales, si tornasen ahora a esta vida y viesen la destrucción que han hecho los herederos de su hacienda, piadosamente es de creer que maldicirían todo cuanto allegaron y desheredarían al que lo dejaron! ¿Cómo osarás tú, Lucilo, decir que las riquezas son bienes, pues nos ponen en peligro los cuerpos, nos remotan los juicios, nos privan de los amigos, nos alteran los corazones, nos acarrean enemigos y nos meten en tantos pleitos? Lo peor de todo que me parece a mí es que los debates que entre sí los ricos traen y los muchos trabajos que padescen no es sobre enmendar la vida que hacen, sino sobre mejorar la hacienda que tienen. ¿Qué otra cosa son las riquezas mundanales sino un deseo de vanos, un resbaladero de malos, un atolladero de buenos y un reventón a do revientan todos? Todo lo sobredicho es de Séneca.

Sea, pues, la conclusión de todo esto que nadie debe seguir al mundo, pues va errado; nadie debe servirle, pues es ingrato; nadie debe creerle, pues es fementido, ni nadie debe amarle, pues es peligroso; porque si halaga, es para prender, y si prende, es para no soltar. Los que no conoscen los engaños del mundo, aquellos son los que sirven al mundo y se pierden en el mundo, porque los hombres hostigados y los que viven avisados, de sólo oírle se santiguan y por no verle se absconden.

CAPITULO XLVIII

De cómo es cosa en el religioso escandalosa tener en su poder alguna cosa de su perlado abscondida o en su celda sobrada

Omnia arbitratus sum ut stercora, ut Christum lucrifacerem, dice el Apóstol escribiendo a los filipenses en el capítulo 3 [1]; y es como si dijera: Todas las cosas de este mundo menosprecié como un poco de estiércol hediondo por servir y ganar a Cristo. En mucho debía tener el Apóstol a Cristo, pues por su amor sólo menospreciaba todas las cosas del mundo, porque nadie suele dar muchas cosas por una si aquella sola una no vale más que todas ellas juntas. ¡Oh palabra digna de notar y a la memoria de encomendar!, tener en tan poco los bienes temporales, que no dice el Apóstol que los dejó, sino que los menospreció; ni dice tampoco que guardó para sí de ellos, sino que de hecho los menospreció todos juntos, teniendo en más un labrador el estiércol del establo que tenía él a todos los tesoros del mundo. San Anselmo, sobre estas palabras dice: Como nadie eche a los muladares sino las cosas que son inútiles para servir o que están podridas para oler, argumento infalible es no haber cosa en el mundo que no hieda de podrida o que no sea dañosa para el ánima. Dime, yo te ruego; ¿qué otra cosa es el mundo y cuanto hay en el mundo sino un muladar antiguo y viejo? ¿No sabes, hermano mío, que los manjares que comemos, las ropas que vestimos, las casas en que moramos y las riquezas que tenemos, que después de envejescidas y podridas paran todas en los muladares? ¿Qué cosa puede ser en el mundo mejor dicha que decir el Apóstol que menospreciaba todas las cosas del mundo como un poco de estiércol, pues todas ellas al fin paran en ser estiércol? Si el divino Paulo otra cosa más vil que no el estiércol hallara, a ella y no a ésta el mundo comparara; porque por vil que sea el estiércol aprovecha para engrasar la tierra, mas la plata y el oro del mundo son los que pierden la república. Lo de suso es de Anselmo.

No vaca de alto misterio decir a grandes voces el Apóstol que para seguir y servir a Cristo le fué necesario echar al muladar todas las cosas del mundo, porque en la vía de

---

[1] Phil. 3, 8.

perfección, aquellos llamaremos mejor librados que fueron allí más perdidosos. ¡Oh azar dichoso!, ¡oh daño felice!, ¡oh pérdida bienaventurada!, cuando por ganar el ánima perdemos toda nuestra hacienda, que, a la verdad, no es pérdida, sino ganancia; no es ponzoña, sino triaca; no es robo, sino hallazgo; ni aun es desgracia, sino gracia. ¡Oh alto misterio!, ¡oh inaudito secreto!, en que para comprar el mundo hemos menester riquezas y para comprar el cielo hemos de menospreciarlas; de manera que las cosas transitorias se compran a prescio, y las del cielo, a menosprecio. ¡Oh buen Jesús!, ¡oh amores de mi alma!, ¿quién pudiera llamarse tuyo y quién tuviera para comprarte el cielo si, como nos mandas echar al muladar todas las cosas, nos pidieras por tu reino oro de las Indias? Séneca dice: No te fatigues por lo que no tienes ni te acodicies de lo que ves, pues ningún príncipe de esta vida puede todas las cosas juntas alcanzar y, por otra parte, las puede el más pobre del mundo menospreciar; y, en tal caso, sería yo de parescer que antes las menospreciásemos con los pobres que no que las buscásemos con los ricos. En muy estrecha Religión estaba, y de este voto y parescer era el Apóstol cuando decía: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus* (I Tim., c. 6)[2]; como si más claro dijera: Los que moramos en el monesterio de Cristo y los que hicimos profesión del santo Evangelio, estamos muy contentos y aun recontentos con solamente tener que comer y algunos viejos trapos con que nos vestir. ¡Oh trono de sabiduría!, ¡oh vaso de escogimiento!, si se mirasen los azotes que te dieron los gentiles y los trabajos en que te pusieron los hebreos, habíante de buena razón las gentes de servir y los serafines de acompañar; mas tú, como eres Apóstol santo y religioso bendito, no pides más de un mendrugo de pan para matar la hambre y alguna ropilla rota para cubrir el cuerpo. Contentándose el Apóstol con mendrugos y con trapos rotos, ¿cuál es el monje desalmado que osa pedir en el monesterio hábitos nuevos y manjares delicados?

Debe en este caso el siervo del Señor también notar que no dice el Apóstol: *Habentes vestimenta, quibus operiamur, sed quibus tegamur,* es a saber; que no pide que se vestir, sino solamente con qué se cubrir, porque para vestirse uno ha menester mucha ropa, mas para cubrirse abasta una capa vieja. De esta tan alta doctrina se puede coligir que el religioso que tiene dobladas cogullas, doblados escapularios, dobladas túnicas y doblados hábitos lo ha de tener con mucha necesidad y con poca curiosidad,

---

[2] I Tim. 6, 8.

porque el verdadero religioso tan gran vergüenza ha de haber de lo que en el monesterio le sobra como la había en el mundo de lo que allá le faltaba. Ya que Dios nos llama al estado monacal, razón es de tener las cosas del mundo en poco y contentarnos con poco, que, pues el santo Apóstol no osa tener con qué se vestir, sino sólo con qué se cubrir, muy ajeno ha de ser del siervo del Señor el comprar y vender, el dar y tomar y el prestar y mohatrar, porque cualquiera de estas cosas sabe a liviandad y aun huele a propiedad. Si a los que compraban y vendían echó Cristo del templo, ¿no será también justo que al monje baratón y mohatrón, ya que el perlado no le eche del monesterio, le vaya a lo menos siempre a la mano?

Casiano, en las *Colaciones de lòs Padres,* dice: Pues el Señor nos alumbró a dejar a los padres que nos engendraron, y a los parientes que nos criaron, y a las riquezas que poseíamos, y a los amigos que teníamos, tengamos aviso a que no nos presciemos de curiosos ni nos noten de propietarios, porque las cosas de la Religión son tan delicadas y peligrosas, que a las veces no merescemos tanto por las riquezas que en el mundo dejamos cuanto perdemos por los apetitos que en la Orden tenemos. San Bernardo, escribiendo a Guillermo monje, dice: Decir Cristo: si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y sígueme, es decirnos y avisarnos que ninguna cosa debemos los monjes guardar en las entrañas ni aun osar absconder en las celdas, porque todo lo que el monje tiene de su perlado abscondido haga cuenta que lo tiene hurtado. Si quieres, pues, hermano Guillermo, en la Religión aprovechar y toda tu vida en el monesterio permanescer, guarte de la ociosidad y evita la curiosidad, porque el oficio del demonio es cargar al corazón ocioso de pensamientos, y al monje curioso, henchirle la celda de apetitos. Guarte Guillermo, guarte, y no hinches la celda de niñerías ni ocupes las arcas con bujerías, porque hasta hoy no vi monje en mi Orden notado de curioso que no parase después en propietario. Si tú, monje, te prescias de imitar a Cristo, ¿cómo osas tú procurar celda ancha, padesciendo Cristo en cruz estrecha? ¿Cómo osas tú enriquescer y cerrar las ventanas con vedrieras, teniendo Cristo por ti rasgadas las entrañas y abiertas tantas llagas? ¿Cómo quieres tú solar la celda de azulejos, no pisando Cristo en la cruz sino sobre clavos? ¿Con qué vergüenza tienes tú hecha una botica de golosinas tu celda, no teniendo Cristo en la cruz aun un jarro de agua? ¿Con qué conciencia tienes tú en las arcas las ropas apolilladas, estando Cristo en la cruz con las espaldas desnudas? ¿Cómo eres tú impor-

tuno al perlado para salir cada día del monesterio, no queriendo Cristo descender de la cruz aun rogándoselo? Créeme y no dudes, Guillermo, que para ser monje de San Benito has de seguir desnudo al desnudo, pobre al pobre, hambriento al hambriento, crucificado al crucificado y aun solo al solo, porque, si de otra manera presumes en la Orden vivir, bien puedes tornarte al mundo, porque acá no sufrimos tales bestias en el monesterio.

Fur erat, et loculos habebat, dice San Juan del malvado de Judas en el capítulo 12 [3]; y es como si dijera: Las limosnas que enviaban las buenas personas a Cristo, tenía cargo Judas de recogerlas y de entre los pobres repartirlas; mas él era tal y tan malo, que tenía una bolsa pública, de que gastaba, y tenía unos bolsicos secretos, en que echaba lo que hurtaba. No vaca de alto misterio en que, habiendo el triste de Judas dejado el mundo, andando descalzo siguiendo a Cristo y aun comiendo de hambre las espigas por el campo, le llamaba el Evangelio ladrón cosario, y esto no porque salteaba caminos, sino porque tenía para hurtar bolsicos y no se contentaba con lo que se contentaban los otros sus compañeros. Este tan terrible ejemplo y este tan desastrado caso debrían tener los siervos del Señor escrito en sus corazones y sellado en sus entrañas, pues no es otra cosa el monje con apetitos sino Judas con bolsicos. El mundo consiente tener a sus mundanos cosas superfluas, mas al verdadero religioso no se le permiten aun las necesarias: y por eso, dijo San Bernardo que todo lo que tenía el monje superfluo lo tenía como robado.

A este propósito, se dice en el *Libro de la vida solitaria:* La diferencia que hay del monje propietario al monje curioso es que el curioso tiene lo que tiene manifiesto, mas el propietario trabaja de tenerlo todo abscondido; de manera que, a mejor librar, el uno peca en la vanagloria y el otro cae en la avaricia. Con Judas tiene, por cierto, bolsicos no sólo el que lo que tiene lo tiene abscondido, mas aun el que, si se lo piden, no lo quiere prestar a su hermano, porque allende que en la Religión han de ser todas las cosas comunes, téngase por dicho que el día que osaren los religiosos decir esto es mío y esto es tuyo, aquel día se va su Religión a lo hondo. Pues no tienes licencia de ser tuyo desde la hora que hiciste profesión en las manos de tu perlado, ¿con qué conciencia o con qué vergüenza osas tú decir que esto es tuyo o esto es mío? Bolsicos tiene con Judas el monje que, so color de comprar algún vestuario o con color de remediar algún sobrino,

[3] Ioan. 12, 6.

granjea de allegar dinero o hurta de lo que le fían del monesterio, porque por más que su intención sea buena y la obra sea virtuosa, a la hora que lo hace sin licencia lo hace con mala conciencia. El siervo del Señor que deja todo lo que tenía en el mundo y que se quiere ensuciar en cosas de poco prescio ha de pensar que es más tentación que no recreación, porque es tan sutil el demonio, que como a su despesar dejamos lo que con buena conciencia podíamos en el mundo tener, hácenos procurar lo que en la Religión no habíamos aún de tocar.

En las *Vidas de los Padres* dijo el abad Serapio: Nadie debe hacer cuenta si lo que tiene en el yermo es cosa vil o es cosa presciosa, porque en la vida monacal no está el daño en lo mucho o en lo poco que tenemos sino en el amor o desamor con que lo poseemos. No podía ser cosa más vil para comer ni de menos valor para gustar que eran los pepinos y cohombros que los hijos de Israel comían en Egipto; y no por más de porque por ellos suspiraban y los pedían en el desierto, fueron de la Escritura sacra condenados y de la justicia de Dios castigados. Por este castigo puede ver el siervo del Señor cuán estrecha es su Religión y a cuánto se obliga su profesión, pues en el mundo podía comer gallinas y capones, y acá en la Religión no puede aun sospirar por pepinos y melones.

Melior est dies una in atriis tuis, super millia, decía el santo rey David en el salmo 83[4]; y es como si dijera: Eres tú agradescido a los que te aman y eres tan dadivoso a los que te sirven, ¡oh gran Dios y Señor de Israel!, que vale más un solo día de tu casa que cuantos días de placer hay en esta vida. A este propósito, dice también San Bernardo: «Vident cruces nostras, et non unctiones nostras»; y es como si dijera: Los que no saben qué cosa es Religión ni tienen parte de devoción, como no gustan de lo que gustamos, tienen gran compasión de lo que padescemos, porque al religioso que ha comenzado a gustar de Dios, más trabajo le es un día del siglo que diez años del monesterio. Los que en la vida monástica se quejan de las tentaciones que sufren y del encerramiento que tienen, si meresciesen ellos alcanzar los bienes que hay en la Religión y los gustos que se hallan en la perfección, no llorarían los trabajos que allí pasan, sino las consolaciones que de Dios pierden. En la *Vidas de los Padres* dijo un viejo: Allá en el mundo más son las cosas que dañan que no las que espantan; mas acá en el yermo, más son las que nos espantan que no las que nos dañan, porque si el

[4] Ps. 83, 11.

monje comienza y se aveza a ser virtuoso, en ninguna otra cosa podrá tomar gusto.

El bendito Jesús, antes que entrase en el monte Calvario, de puro temor sudó y agonizó; mas después que supo a qué sabía la cruz, aunque le otorgaban los enemigos la vida, no quiso descender ni apartarse de ella. El santo profeta Elías, cuando iba huyendo de la maldita de Jezabel y hambriento por aquellas montañas, con sólo un poco de pan ceniciento y un poco de agua del arroyo que le dió el ángel caminó sin descansar cuarenta días y olvidó todas las angustias pasadas. ¡Oh cuánto va a comer de la mano de Dios o a comer de la mano de la criatura!, pues vemos que el buen Elías, con un solo regojo de pan ceniciento, no sólo se hartó, mas aun se recreó; de lo cual podemos inferir que al siervo del Señor le vale más le ceniza de Dios que no la harina del mundo. Daniel profeta, más gordo y hermoso se paró comiendo manjares ásperos y desabridos que no sus compañeros teniéndolos en cebo como capones; de lo cual podemos coligir que los varones santos y perfectos, más caudal han de hacer de la gracia de Dios que tienen que no de los buenos o malos manjares que comen. Así como el grano de trigo que cayó entre las espinas se perdió y se ahogó, así se ahogará y perderá el monje que en la Religión osare ser propietario y quisiere ser regalado, porque, debajo del hábito de religioso, ninguna cosa se sufre querer ni mucho menos retener.

San Buenaventura, en su *Doctrina*, dice: El siervo del Señor que tiene puestos los ojos y empleado su corazón más en se salvar que no en se regalar, no sólo se abstiene de las cosas ilícitas y dañosas, mas aun de las lícitas y provechosas. En la parábola de Cristo, dice que no quisieron ir a las bodas los que habían comprado una hacienda y los que habían plantado una viña; en lo cual nos quiso Cristo dar a entender que, aunque son muchos los que llama Dios a ser religiosos, son muy pocos y aun muy poquitos los que llegan a ser perfectos. Seiscientas mil ánimas sacó Dios del cautiverio de Egipto y las puso en salvo en el desierto, de los cuales todos sólo Josué y Caleph merescieron pasar el famoso río Jordán y entrar en la tierra de promisión. Mediante esta figura, se nos da a entender, hermanos míos, que no abasta sacarnos Dios del mundo, tomar el hábito religioso, traer sobre la cabeza cogulla y hacer voto de guardar la Regla, si de todo corazón no aborrescemos a Egipto y si no nos contentamos con lo poco o mucho que hay en el monesterio. ¿Qué mayor ingratitud podía ser que olvidasen los israelitas las aguas dulces de Marath, el maná que les llovió del cielo, las co-

dornices que les vinieron por el aire y la nube que les hacía sombra, y se acordasen de las ollas que en Egipto comían, y de los cohombros que allí merendaban, y de las muchas cebollas que allá tenían? Bien podré yo decir que hace del cielo cebolla el monje que no se halla con tan santa compañía ni se puede hallar ni asosegar en su celda; lo cual todo le proviene de andar como huésped en el monesterio y suspirar por lo que dejó allá en el mundo.

En el *Libro de la vida solitaria*, dice así: El monje que habiendo hambre dice lo que en el mundo comía, y que habiendo frío sospira por lo que allá se vestía, y que estando pobre cuenta lo que allá tenía, y que estando solo blasona de lo que allá podía, no sólo vivirá el tal aborrido, mas aun será a todos en el monesterio penoso. San Basilio en su *Regla* dice a este propósito: Sed ciertos, hermanos, que tan bien se acuerda el Señor de los que están en el yermo como de los que están en el mundo; mas, junto con esto, habéis de saber que, si queréis que os harte, habéis de estar hambrientos; si queréis que os vista, habéis de estar desnudos; si queréis que os visite, habéis de estar solos, y si queréis que os consuele, habéis de estar desconsolados, porque es tan delicada la consolación divina, que no se compadesce con otra que sea humana.

CAPITULO XLIX

Del trabajo que pasan los siervos del Señor en ser castos y de cómo son en este vicio muy tentados. Es capítulo muy notable

Quid tu vides? Ollam succensam ego video, dijo Dios a Jeremías en el capítulo I [1]; y es como si dijera: A lo que me preguntas, Señor, que qué es lo que veo, digo que veo una olla a borbollones hirviendo, que ni se deja espumar ni quiere parar de hervir. La olla que vió el profeta siempre hervir y nunca se resfriar es el vicio de la carne, que no cesa de nos tentar ni se harta de pecar, porque tanto cuanto más es ejercitado, tanto más despierta el apetito. Olla es que siempre hierve el vicio de la lujuria, porque tantos son los tizones cuantas las ocasiones. Olla es que siempre hierve el pecado de la carne, porque las ollas de los otros vicios atízanse solamente *cogitatione, et opere;*

[1] Ier. 1, 13.

mas este infame vicio, *cogitatione, et delectatione, consensu, visu, verbo, et opere* es atizado y encendido; de manera que nunca la olla deja de hervir hasta que la carne de nuestro cuerpo se acabe de cocer. Olla es que siempre hierve el infame vicio de la carne, pues la leña de aquel fuego en el vientre de nuestras madres se cría, en la infancia se corta, en la puericia se enciende, en la juventud se sopla y hasta la muerte arde. ¿No te paresce, hermano, que es olla que siempre hierve este maldito vicio, pues primero nos echan la tierra sobre los ojos que se acaben de desarraigar de nuestros corazones los torpes deseos? Olla es que siempre hierve este bestial vicio; pues para librarse de sus brasas no le valió a David su cordura, ni a Salomón su ciencia, ni a Absalón su hermosura, ni a Creso su riqueza, ni a Aníbal su fortaleza, ni a César su grandeza; de manera que la fama que en otras obras ganaban, con este vicio la perdían.

Plutarco dice que tenían los romanos en tanta veneración a las que llamaban vírgenes vestales porque guardaban castidad, que las subieron en los carros triunfales, repartían con ellas sus haciendas, se encomendaban en sus oraciones y las adoraban casi por diosas; porque les parescía a ellos que el guardar la castidad, más era obra divina que no humana. Filostrato dice de Apolonio Thianeo que hablaba con sus dioses, resuscitaba a los muertos, sanaba a los enfermos y aun conoscía los pensamientos, mas con ninguna de estas cosas se espantó tanto como de que no fué casado ni con mujer infamado. Tito Livio, sin comparación, loa más al gran Escipión africano porque no tocó a una doncella cautiva que no de la gran victoria que hubo de Africa, porque en la guerra de Cartago peleaba con sus enemigos, mas en el hecho de la carne peleaba contra sí mismo.

Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, dice el Apóstol a los Romanos, capítulo 7 [2]; como si dijera: Ley está dada a mi corazón de lo que ha de amar y ley está dada a mis miembros de lo que han de hacer; mas veo tanta discordia entre estas dos leyes, que ni el corazón ama lo que los miembros obran ni los miembros obran lo que el corazón ama. Pues Dios no dió más de una ley a Moisén en el monte Sinaí, y David no se obliga a guardar más de una ley, diciendo: *Legem pone mihi, Domine*, y Cristo no nos carga más de un yugo, diciendo: *Iugum meum suave est* [3], ¿cómo el santo Apóstol consiente que en su casa haya ley divina y haya ley hu-

[2] Rom. 7, 23.
[3] Matth. 11, 30.

mana, pues es tan contraria la una de la otra? La ley que dice el Apóstol estar en sus miembros no la alega él para aprobarla, sino para condenarla; no para la admitir, sino para de ella se quejar; no para que la guarden, sino para que de ella se guarden; porque si no se quebranta la ley del cuerpo, nunca bien se guarda la ley de Cristo. Cuando el Apóstol, con grandes sollozos y lágrimas, decía: *Infelix ego, quis me liberabit de corpore mortis huius?* [4], no es de creer que deseara él tanto el morir si no fuera porque no se podía con aquella maldita ley apoderar.

La ley que está en nuestros miembros y que repugna a nuestros buenos deseos es la soberbia, que contradice a la humildad; es la ira, que riñe con la paciencia; es la gula, que traga a la abstinencia; es la envidia, que infama a la caridad; es la avaricia, que roba la limosna; es la opinión, que impugna a la razón, y es la impudicia, que ensucia la castidad. Cosa es tan terrible y tan terribilísima morar debajo de un tejado y estar de una puerta adentro la razón y la opinión, la verdad y la mentira, la cordura y la locura, la vanidad y la gravedad y la lujuria y la castidad, a que, si el Señor no nos socorre con su bendita gracia, es imposible que hagamos de esta carne victoria. Séneca, en una epístola, dice: Muy gran cordura han menester los hombres para en el vicio de la carne se saber tener y se poder valer; porque te hago saber, mi Lucilo, que el apetito que tenemos de comer cada día, aquél mismo tenemos de adulterar cada hora. Bien dice el Apóstol: *Video aliam legem in membris meis,* pues no se puede esta batalla vencer sino es huyendo las ocasiones, refrenando los deseos, castigando muy bien las carnes, disminuyendo los bastimentos, çresciendo en las disciplinas, bañándose todo en lágrimas y cerrando a los deleites las puertas.

Hugo, *De arra animae,* dice: Ojalá fuese el vicio de la carne descalabradura, que tomarle híamos la sangre, o fuese mal de corazón, que aplicarle híamos una pítima, o fuese mal de bazo, que untarle híamos, o fuese mal de cólera, que purgarle híamos; mas ¡ay de mí, ay de mí!, que es una tentación tan sin caridad y es un mal tan sin piedad, que ni sufre que llamen médicos ni conviene que le hagan regalos. San Bernardo en el libro *De consideratione* dice: ¡Oh buen Jesús!, ¡oh amores de mi alma!, bien veo yo que es grave la guerra que hay de república a república y la que los casados tienen en su casa, mas muy más gravísima es la que yo tengo con mi persona propia, porque a ningunos tengo yo por tan crueles ene-

[4] Rom. 7, 24.

migos como son a mis deseos propios. Muy grave palabra y muy notable sentencia es esta que aquí nos ha dicho San Bernardo, porque de sus enemigos puédese hombre ausentar, mas yo mismo de mí mismo es imposible huir.

Mortificate membra vestra, quae sunt super terram, dice el Apóstol escribiendo a los colosenses en el capítulo 3 [5]; como si dijera: Mortificad los miembros de vuestro cuerpo si queréis que estén bien sujetos al espíritu. No vaca de misterio que no dice el Apóstol que nos cortemos las manos, ni nos descepemos los pies, ni nos saquemos los ojos, sino que mortifiquemos los miembros; es a saber, que de tal manera nos hayamos con las penitencias que hacemos y asperezas que emprendemos, que queden nuestros miembros castigados, mas no del todo acabados. Entonces el siervo del Señor mortifica sus miembros propios, cuando cierra los ojos a que no vean vanidades, atapa sus pies que no busquen liviandades, detiene a sus miembros que no toquen inmundicias, cierra su boca que no hable falsedades y encierra su corazón a que no piense torpedades. También es de notar que no paró el Apóstol en solamente decir mortificad los miembros, sino que también añadió: vuestros, para darnos a entender que la enmienda de la vida ha de comenzar en la propia persona, porque de otra manera, cosa sería ridiculosa andar yo muy cojo y reírme del que no echa el pie derecho. De ponderar también es que no dice el Apóstol a carga cerrada mortificad todos los miembros, sino limítase en decir que mortifiquen los que están sobre la tierra; para darnos a entender que en aquella parte del cuerpo y del corazón hemos de poner mayor recaudo por lo cual nos combate más el demonio y en lo cual se nos enseñorea más algún vicio.

Dime, yo te ruego; ¿de qué vicio es más guerreada nuestra ánima a la contina que de la carne y lascivia? ¿Y tú no ves, hermano, que ningún vicio entra por nuestras puertas que no nos deje siquiera algún rato descansar si no es el de la carne, que no nos deja descansar ni aun un poco resollar? San Bernardo, sobre el *Missus est,* dice: Si para todos los vicios resistir hemos de estar apercebidos, conviene que contra el de la carne estemos siempre armados, porque no hay vicio tan aviciado de quien no escapen muchos si no es de la carne, a do atollan todos. San Jerónimo, sobre Amós profeta, dice: La soberbia no reina sino en los poderosos, la envidia entre los iguales, la ira entre los mal sufridos, la gula entre los golosos, la avaricia entre los ricos, la acidia entre los regalados, mas el infame pecado de la carne, generalmente combate a to-

[5] Col. 3, 5.

dos. Por tener poca constancia y menos prudencia, vimos a los reyes perder sus reinos, a los grandes sus estados, a las casadas su fidelidad y aun a las religiosas su integridad; de manera que es este maldito vicio como la chinche, la cual, estando viva, muerde, y estando muerta, hiede.

San Agustín, en sus *Confesiones*, dice: Ni porque se acoja el hombre a sagrado, ni porque se asa del Sacramento, ni porque se meta en un monesterio, ni porque tome nuevo estado, ni porque ayune todo el año, ni aun porque abra a azotes su cuerpo, se podrá ninguno escapar de este bestial vicio, sino que cuanto usáremos con la carne de piedad, usa ella con nosotros de crueldad. San Crisóstomo dice: A Holofernes, a Aníbal, a Tolomeo, a Pirro, a Julio César, a Augusto, a Marco Antonio, a Severo, a Diocleciano y a Juliano, ¿por ventura no vimos estar en su presencia muchos reyes sin coronas, y después vimos a ellos estar puestos de rodillas delante algunas mujeres profanas? *Amavit autem rex Salomon, mulieres alienigenas, quae averterunt cor eius a Domino,* dice la sagrada Escritura en el libro 3 de los Reyes, capítulo 11 [6]; como si dijera: Amó el rey Salomón a muchas mujeres, que eran de tierras extrañas y en sus condiciones muy profanas, las cuales le trastornaron el seso que tenía y le apartaron del Dios que adoraba. Gran lástima es de oír lo que la Escritura sacra dice allí del rey Salomón; es a saber, que se enamoró de las mujeres moabíditas, y de las amonítidas, y de las idumeas y de las sidonias, y que vino a tanta infidelidad y demencia, que hizo templos y adoró al ídolo Asterbete, y al ídolo Chamos, y al ídolo Moloth; de manera que tantos dioses adoraba cuantas enamoradas en su palacio tenía. Si la historia de los godos no nos engaña, todos los que vieron al rey Atanarico vencer a Italia, le dieron a él vencido de una mujer llamada Pincia, y llegó el caso a tanto desorden, que si ella peinaba a él los cabellos, majolaba el rey a ella los zapatos. Grandes autoridades dicen de Pirro, rey de los epirotas, que amó tan desordenadamente a una mujer en Capua, que como una vez ella enfermase de unas fiebres recias, todas las veces que ella se purgaba, también él se purgaba, y todas las veces que ella se sangraba, se sangraba también él; y lo que es más de todo: que con la sangre que sacaban a ella del brazo se lavaba el rey Pirro el rostro. Tito Livio dice que nunca fuera Aníbal vencido de los capitanes de Roma si primero no fuera vencido de una mujer en Capua, y de verdad más fueron para él aquellos crueles dolores que no dulces amores, pues de allí se sucedió que, ha-

[6] III Reg. 11, 1-3.

biendo sido diecisiete años señor de Italia, vino a ser vencido en su propia tierra.

De todos estos ejemplos podemos coligir cuán peligrosa cosa es al siervo del Señor tratar mucho con mujeres ni tener con ellas muchas familiaridades, porque la mujer es como la liga o la cola, que es fácil de tocar y muy difícil de despegar.

CAPITULO L

En el cual prosigue el autor la materia, y aconseja que todos huyan las ocasiones de la lascivia

Fornicatio, et omnis immunditia non nominetur in vobis, dice el Apóstol escribiendo a los de Efeso, capítulo 5 [1]; como si dijese: Hágoos saber, hermanos míos los de Efeso, que es tan grande la pureza del Evangelio que os predico y de la ley que os enseño, que el pecado de fornicio, o de incesto, o de adulterio, no sólo no le habéis de cometer, mas ni en la boca le tomar, porque las palabras torpes siempre arguyen conciencias no limpias. El santo Job también dice en el capítulo 31 [2]: *Pepigi foedus cum oculis meis, ne cogitarem quidem de virgine;* como si dijera: Hice pacto con mis ojos y capitulé con mi corazón que, en caso de hablar con vírgenes y casadas, que ni los ojos las mirasen ni el corazón las desease. *Bonum est homini mulierem non tangere* [3], dice el Apóstol; como si dijera: Si es peligrosa cosa a la mujer mirarla, muy más peligrosa cosa es tocarla. A su discípulo Timoteo, también dice el Apóstol, capítulo 5 [4]: *Adolescentiores viduas devita;* como si dijera: El peligro que tienen las brasas entre las pajas tienen los hombres con las viudas mozas. De estas cuatro autoridades de la Escritura podemos coligir qué gran peligro tienen los siervos de Dios que con las mujeres osan tratar, pues en la primera nos manda el Apóstol que no las hablemos, en la segunda manda Job que no las miremos, en la tercera manda San Pablo que no las toquemos y en la cuarta manda el mismo Apóstol que no las conversemos. Y porque no quedase alguna puerta abierta para que el varón perfecto se pudiese perder y en alguna manera

---

[1] Eph. 5, 3.
[2] Iob 31, 3.
[3] I Cor. 7, 1.
[4] I Tim. 5, 11.

con la mujer tratar, dijo Cristo: *Qui viderit mulierem ad concupiscendum eam, iam moechatus est cum ea*[5]; como si dijera: El hombre que en alguna mujer echare de mala parte los ojos y que después en su corazón reinaren algunos torpes pensamientos, no menos será el tal delante de Dios condenado que si hubiese con ella adulterado.

Mucho es aquí de ponderar que, en toda la sacra Escritura, ningún vicio nos es con tantas circunstancias vedado como lo es el vicio del fornicio y adulterio, y a mi ver, la causa de esto es porque en todos los otros vicios no se pierde más de la conciencia, mas en éste piérdese la conciencia y aventúrase la honra. En el vicio de la ira no me es prohibido reñir lo malo ni aun castigar lo malo, y en el vicio de la avaricia no me es prohibido el desear las riquezas ni aun el tocarlas, y en el vicio de la gula no me es vedado los manjares desearlos ni aun comerlos; mas en caso de mujeres esme de todo en todo vedado que ni las hable, ni las vea, ni las toque, ni las converse, ni aun que en ellas piense. No inmérito dice el santo Job que hizo pacto y conveniencia con sus ojos para que no fuesen en el mirar a mujeres desmandados, porque del mirar viene el hombre a desear, y del desear al pensar, y del pensar a se deleitar, y del se deleitar a se determinar, y del se determinar al pecar, y del pecar a se condenar.

San Agustín, a este propósito, dice: La orden que en hacer una cadena tiene el herrero, aquélla tiene en el vicio de la carne el demonio, comenzando el primer eslabón en la vista y acabándola en la obra. Génesis, capítulo 33[6], dice que Sichén, hijo del rey Enor, de sólo ver a la doncella Dina, hija de Jacob, se enamoró, y la robó y la forzó; del cual infame hecho resultó tanto daño, que la moza perdió la fama, el mozo perdió la vida, el padre perdió la tierra. En el libro de los Jueces, capítulo 20[7], se cuenta en cómo unos mozos traviesos del tribu de Benjamín vieron a una mujer casada, y hermosa, y peregrina, la cual tomaron, y forzaron, y aun mataron, cuya muerte y pecado fué tan bien vengado, que aína no quedara del tribu de Benjamín hombre vivo. En el libro de los Reyes, capítulo 11[8], se dice que de sólo ver el rey David a la hermosa Bersabé, mujer de Urías, que se estaba en una azotea peinando y lavando, se enamoró tan recio de ella, que luego la solicitó y la engañó y con ella adulteró; del cual enorme hecho resultó ella quedar preñada, el marido perder la vida, David macular su fama y escandali-

[5] Matth. 5, 28.
[6] Gen. 33, 2 ss.
[7] Iud. 19, 22 ss.
II Reg. 11, 2 ss.

zarse toda la república. En el segundo libro de los Reyes, en el capítulo 16 [9], se dice que estando malo en la cama el infante Amón, hijo del rey David, como su hermana la infanta Tamar le diese a cenar una almendrada, enamoróse tan excesivamente de ella, que allí luego la forzó, y estupró, y deshonró; del cual hecho sucedió tanto mal, que al malvado de Amón hubieron de matar, la triste quedó por casar y el viejo de David tuvo bien que llorar. En el capítulo 19 del Génesis [10], dice de cómo Loth, sobrino de Abraham, habiendo escapado de Sodoma y Gomorra y estando escondido en una cueva, estupró y corrompió a dos sus propias hijas en dos noches arreo, del cual enorme delito e infame incesto descendieron los dos infames pueblos; es a saber, de los amonitas y de los moabitas, contra los cuales tuvieron después los hijos de Israel grandes guerras. De todos estos ejemplos puede el siervo del Señor coligir cuán grande peligro le es con las mujeres tratar y conversar, pues, puesto en la ocasión, Loth no perdonó a sus hijas, Sichén a la infanta Dina, David a Bersabé su vecina, los de Benjamín a su conjunta parienta, ni aun Amón a su propia hermana.

Depraedatus est oculus meus animam meam in cunctis filiabus urbis, dijo Jeremías en el capítulo 3 de sus Lamentaciones [11]; como si dijera: Andando ruando por las plazas y mirando las damas que estaban a las ventanas en Jerusalén, en aquella que puse la vista, de aquélla quedó presa mi ánima. Habla aquí Jeremías no en su nombre, que era santo, sino en nombre del que es incauto y mal recatado, el cual con poca conciencia y menos vergüenza, por doquiera que va, mira, con cualquier mujer que topa, habla, y a la que más le aplace, sirve; de manera que de buscar él la ocasión nasció su total perdición. No vaca de alto misterio quejarse más el profeta de sus ojos que de ninguno de los otros sentidos, porque del vaguear viene el mirar, y del mirar el desear, y del desear el hablar, y del hablar el concertar, y del concertar a se perder; de manera que si no tuviésemos ojos, por ventura ahorraríamos de muchos enojos y aun de no tener tan torpes pensamientos. San Bernardo, en una epístola, dice: Si quieres, hermano mío, guardar la inocencia que veniste a buscar y la castidad que te vimos prometer, guarda la vista que no vea cosa liviana, refresca la lengua que no hable palabra ociosa, ten quedas las manos que no te den alguna presea rica y cierra tu corazón a que no piense en cosa vana, porque, de otra manera, todo cuanto vieres, y ha-

[9] II Reg. 13, 8 ss.
[10] Gen. 19, 30 ss.
[11] Lam 3, 51.

blares, y dieres a mujeres en el mundo te traerá a la memoria el demonio en lo secreto de tu monesterio. Si de estas cuatro cosas, como de cuatro landres, queremos huir y nos determinamos de apartar, soy cierto que tendremos delante el Señor mejor conciencia y viviremos con los hombres más sin vergüenza. Conviene, pues, ante todas cosas, al siervo y aun a la sierva del Señor poner gran recaudo en la vista, para que no la traiga derramada, que como el corazón no puede ver, ni sabe hablar, ni alcanza a oír, en sólo aquello él piensa de dentro que los ojos le alcahuetan acá de fuera.

Si la perdición de todo el linaje humano vino de abrir nuestra madre Eva los ojos en el paraíso para ver el madero vedado, ¿qué piensas será de ti, hermano, si los traes vagueando por el mundo? San Bernardo, a este propósito, dice: Así como no se puede conservar la caña sino encerrada en el hueso, ni está viva la rosa sino cercada de espinas, ni tiene fuerzas el árbol sino entre su corteza, así nadie puede tener los pensamientos limpios si sus ojos no fueren castos. San Agustín, en sus *Confesiones*, dice: Antes que a la fe el Señor me llamase y antes que mi madre con tantas lágrimas me convertiese, cuan disolutos traía yo mis ojos, tan derramados andaban mis pensamientos, y cuanta priesa se daban ellos en el mirar, tanto se daba mi corazón a desear; v lo que entonces deseaba no era cosa que a mí me cumplía, porque era torpe de cumplir y aun vergonzosa de hablar. En las *Colaciones de los Padres*, dijo un monje al abad Arsenio: ¿Qué haré, padre Arsenio, que no me puedo valer con el espíritu del fornicio? A esto le respondió el viejo: ¿Cómo no has de ser tentado del pecado del fornicio, yéndote y viniéndote cada día al mundo? Si quieres, hijo, ser casto, estáte quedo en el monesterio, aflige tu cuerpo con ayunos, haz al Señor algunos particulares sacrificios y, sobre todo, pon gran recaudo en tus ojos, porque al siervo del Señor no le conviene por ninguna manera mirar lo que no le es lícito desear.

Mirabantur discipuli, quia cum muliere loquebatur, dice San Juan en el capítulo 4 de su Evangelio [12]; como si dijera: Mucho se espantó todo el Apostólico Colegio de que vieron que con la samaritana hablaba Cristo cuando ella estaba sacando agua del pozo. No vaca de alto misterio el no se admirar los apóstoles de ver a Cristo resuscitar a los muertos, sanar a los sordos, alumbrar a los ciegos, alanzar a los demonios, imperar a los vientos, y espántanse y admíranse de verle hablar con una mujer sola y a solas; en

[12] Ioan. 4, 27.

lo cual se nos da a entender cuán honesto y recatado debía ser Cristo, pues nunca con mujer le habían visto hablar otro tanto. Permitió Cristo que le levantasen sus enemigos que era espurio, que era endemoniado, que era sedicioso y aun que era borracho, mas no consintió ser infamado de inhonesto y adúltero; para darnos a entender que no hay vicio que tanto quite el crédito al que predica la palabra divina como es en el pecado de la carne tener alguna mala fama. Como de un diácono letrado y predicador pariese una doncella en Roma y él preguntase al glorioso San Bernardino que por qué no hacía fruto, respondióle el varón de Dios: Por eso, hermano diácono, no haces en el pueblo fruto, porque saben todos que hiciste fruto, no de bendición, sino de maldición. Y díjole más: Créeme, hermano, y no dudes que como las palabras de Cristo son todas castas, quiere él que se las prediquen hombres castos, y el predicador que vieres de este vicio notado, aunque sea otro San Pablo, dado caso que estudia y predica, ninguna cosa en el pueblo aprovecha.

San Buenaventura, en su *Doctrina,* dice: Debe el siervo del Señor mirar mucho a do va, a do entra, con quién habla y a quién se allega, porque este vicio de la carne, aunque no es el más grave en la culpa, es el más peligroso para la fama. No se debe, pues, nadie fiar en pensar que, si algo cometiere o hiciere, no lo sabrá su perlado y que no se barruntará en el pueblo, porque es de tal calidad este maldito vicio, que, si se puede cubrir con las cortinas, no se puede encubrir a las lenguas. Estaba Cristo hablando con la samaritana en un campo raso y cabe un pozo público, y que de cansado estaba asentado, y, con todo esto, se espantan los discípulos de ver que solo y a solas la estaba predicando; ¿y no quieres tú, hermano, que se escandalicen de ti si te toman con alguna mujer en secreto hablando? Cipriano, en una epístola, dice: Ora por pereza, ora por escaseza, ora por flaqueza, no sería el hombre a las veces tan malo si no hallase pecado tan presto y tan a la mano; y de aquí es que no habría tantos hombres viciosos si no hubiese tantos vicios aparejados. En el *Libro de la vida solitaria* dice así: El monje que va muchas veces al mundo, y que se anda ocioso por el monesterio, y que anda vagueando con su pensamiento, y que tiene familiaridades con mujeres del mundo, nunca el tal dejará de ser tentado o de andar alterado, porque todos los vicios de esta vida se pueden vencer esperando, excepto el de la carne, que se ha de vencer huyendo. Séneca, en una epístola, dice: A muchos cónsules y senadores vi en Roma del todo perderse, no por la soberbia que mostraron, ni por la envidia que tuvieron, ni por las ri-

quezas que robaron, ni aun por las traiciones que cometieron, sino por la mala fama que con mujeres malas tuvieron, las cuales son como el erizo, que, sin verle lo que tienen en las entrañas, nos saca la sangre con las espinas. San Agustín, en sus *Confesiones*, dice: A la hora que dejé de ser maniqueo y vine a ser cristiano, me mandaste, Señor, que fuese casto y limpio, al cual mandamiento te respondo y digo que me des lo que mandas, y después manda lo que quisieres. Decir San Agustín a Dios da lo que mandas y manda lo que quisieres es decirle que, sin su ayuda y gracia, nadie puede guardar la castidad y limpieza.

CAPITULO LI

Que el siervo del Señor no debe andarse mudando de un monesterio a otro ni salir muchas veces para ir al mundo. Y este capítulo debe mucho notar el hombre religioso

Intrate per angustam portam, quia lata est via, quae ducit ad perditionem, dijo Cristo a sus discípulos en el capítulo 7 de San Mateo [1]; y es como si dijera: La puerta que es baja y angosta es la por do entran los que se salvan, y la puerta que es alta y ancha es la por do entran los que se pierden; y por eso vosotros, mis discípulos, guardaos de entrar por la más ancha, sino por la más angosta, porque la casa del cielo tiene mala portada y buena morada, y la casa del infierno tiene buena portada y mala morada. Nadie puede pretender ignorancia para decir que no sabe las sendas de la salvación y el camino de la perdición, pues tan a la clara dice Cristo que la puerta del infierno es muy ancha y la del cielo es muy angosta; y lo que nos ha de espantar; es decir, que son muchos más los que por la puerta ancha se pierden que no los que por la angosta se salvan. La puerta ancha es la vida ancha y viciosa, y la puerta angosta es la vida estrecha y virtuosa; de manera que poco más o menos en la vida que cada uno hace, podemos conoscer el paradero que cada uno tiene. El siervo del Señor que vive encogido, y recogido, y estrecho, este tal entra por la puerta estrecha; mas el que vive vicioso, libertado y regalado, este tal entra por la

[1] Matth. 7, 13.

puerta ancha; de manera que los absolutos y disolutos se pierden, y los encogidos y recogidos se salvan.

A este propósito, dice San Bernardo: El fundamento de todos los males es dejar al cuerpo vaguear por do pudiere y dar licencia al corazón a que piense en lo que quisiere; de la cual licencia se nos sigue que cada día nos pide el cuerpo nuevos vicios y cada hora atormenta el corazón con nuevos cuidados. Tan estrecha es la puerta del cielo, que no cabe por ella sino sólo Cristo y algún su siervo, y aun éste ha de entrar ladeado, y descalzo y desnudo; y el que presumiere ir de otra manera, no sólo no le abrirán, mas aun ni le responderán. No teniendo Cristo pecado, nasció en casa estrecha, y eligió vida estrecha, y enseñó doctrina estrecha, y murió en cruz estrecha; ¿y piensas tú de entrar en la gloria por la puerta ancha? *Estote parati, quia nescitis qua hora Dominus venturus est*, dijo Cristo a sus discípulos en el capítulo 12 de San Lucas [2]; y es como si les dijera: No os vais de casa, para si yo quisiere venir, y estad proveídos para darme de cenar; y mirad no os durmáis cuando viniere a llamar, porque podrá ser que venga cuando no pensáredes y llame a la puerta cuando mejor durmiéredes. No quiere el Señor señalarnos la hora que ha de venir a nuestra casa porque cada hora y momento estemos en vela, y para decir la verdad, no tarde él más en venir de cuanto nosotros acabamos de nos aparejar; de manera que de nuestra pereza y diligencia depende su tardanza y venida. Sobre estas palabras, dice Hugo. *De arra animae:* Cuando el ladrón quiere ir a hurtar, no quiere que esté el dueño en casa, sino fuera; no quiere que vele, sino que duerma, ni quiere tomarle apercibido, sino descuidado; ni aun quiere que sepa la hora, sino que duerma sin sospecha, porque evidente señal es de no entrar con buen propósito el que en casa ajena no quiere ser sentido. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi alma!, no tenéis vos condición de ladrón cosario, sino del mayor enamorado y requebrado del mundo, pues queréis que os guarden en casa, os tengan abierta la puerta, nadie os huya la cara y que estén todos en vela; porque vos, mi Dios y mi Señor, no venís a robar, sino a dar; ni entráis a espantar, sino a asosegar; ni aun subís a escalar paredes, sino a buscar entrañas. Pues Cristo no duda en su venida, justa cosa es que nos halle en casa, y aun que halle la posada desembarazada y apercibida, porque a hallarnos fuera, le habríamos de dar cuenta de la ingratitud que con él usamos en no le rescebir y de la apostasía en que caemos por nos absentar.

---

[2] Luc. 12, 40.

Puer Iosue non recedebat de tabernaculo, dice la sacra Escritura en el capítulo 33 del Exodo [3]; y es como si dijese: Tenía el santo Moisén a un mancebo que se llamaba Josué por criado, el cual era tan honesto y recogido, que jamás salía fuera del santo tabernáculo. El no salir Josué del tabernáculo, figura tiene del religioso que reside a la contina en el monesterio, y en decir que Josué era mancebo, es decir que al mancebo, más que al viejo, le conviene estar retraído y recogido, porque es la edad juvenil tan peligrosa. que cuanto un mancebo resplandeciere con más virtudes, le han de poner en menores ocasiones. No vaca de alto misterio decir la sacra Escritura que desde que Josué era muy mochacho se habituó a ser retraído y a no salir del santo tabernáculo, en lo cual se nos da a entender que a la virtud del encerramiento se ha de avezar el monje desde muy mozo, porque tanto cuanto más está un árbol de tierra cubierto, tanto menos los hielos le secan y los aires le derruecan. El glorioso San Anselmo dice: Desde la hora que el Señor me llamó al monesterio, me determiné de residir en él como en un treintanario cerrado, del cual yo no quiero salir hasta que el Señor para sí me quiera llevar, porque harta guerra tengo en mi celda con la carne y el demonio, sin que me vaya a meter en los grandes peligros del mundo. En estas palabras tan santas nos da a entender este santo que el siervo del Señor debe tomar el rigor de la clausura como quien está en una cárcel perpetua, de la cual no espera salir hasta que el cuerpo salga para la sepultura y el ánima salga para la gloria.

Al glorioso Santo Tomás no quiso Cristo parescer ni consolar hasta que se tornó al Colegio Apostólico, donde él había salido, y las cinco vírgenes locas, de que hace mención Cristo, por irse y venirse a la plaza a comprar olio, perdieron la vista del esposo deseado; de lo cual podemos inferir que las inútiles vagueaciones del cuerpo quitan las grandes consolaciones del espíritu. El que se está quedo en su monesterio, muchos aparejos tiene para servir a Cristo, pues, dado caso que allí la soberbia le combata, la envidia le inquiete, la gule le retiente y la lascivia le moleste, solamente le podrán estos vicios alterar, mas no derrocar, lo cual no es así fuera del monesterio, a do apenas será tentado, cuando se halle en el lodo caído. ¿Y tú no sabes que el edificio destejado luego se cae, la caña fuera del hueso luego se seca, el pez fuera del agua luego se muere, y el árbol descortezado luego se hiende, y que el monje fuera de casa luego se pierde? La doncella Dina, hija de Jacob, si no saliera fuera de su casa a ver y ser

[3] Ex. 33, 11.

vista, ni el príncipe Amón perdiera la vida ni ella quedara infamada y corrupta. Si el triste Judas no se apartara de la compañía de Cristo ni se saliera de su sacro Colegio, nunca él cometiera tan enorme delito ni muriera después tan desesperado. Si Esaú se estuviera con su padre en casa y no se anduviera por los campos a caza, nunca él perdiera el mayorazgo ni fuera Jacob primero que no él bendito.

Si el atrevido de Simey tuviera a su casa por morada y a Jerusalén por cárcel perpetua, como le fué mandado por sentencia, nunca él perdiera la vida ni le confiscaran la hacienda. Avisos son éstos muy notables y ejemplos muy espantables para que nadie ose salir del monesterio a do Dios le llamó ni se aparte de la compañía con que Dios le ayuntó, porque si lo haces así, mucho le aprovecharán los ejemplos buenos que tomará de los unos y los consejos santos que le darán los otros. El religioso que va muchas veces al mundo, siempre vuelve a su monesterio más envidioso, más codicioso, más alterado, más pensativo y menos devoto que cuando salió de él; de manera que por algunos días tiene bien en el corazón qué asosegar y aun en la conciencia qué confesar. San Bernardo dice: Guardaos, hermanos míos, de las acechanzas del demonio, a que no os saque de vuestro monesterio so color de hacer algún bien o de atajar algún mal, porque si una vez os saca de la compañía de los buenos, él os hará poco a poco de los malos. ¿No sabéis que a la oveja desmandada degüella el lobo, en la paloma desmandada se ceba el halcón, al caminante solo roba el ladrón, el río que sale de madre hace todo el daño y que el monje que sale de su monesterio va del todo perdido?

Peccatum peccavit Hierusalem, propterea instabilis facta est, decía Dios en los Trenos de Jeremías, capítulo 1 [4]; y es como si dijera: Pecado sobre pecado pecó Jerusalén, y dióle Dios en penitencia que anduviese desasosegada toda su vida. Entonces comete el monje pecado sobre pecado, cuando, olvidada la profesión que a Dios hizo, se torna otra vez a los bullicios y peligros del mundo, y la pena del tal apóstata es que ande allá de todos corrido y que él de sí mismo esté descontento. *Peccatum peccavit* el monje retraído cuando quebranta la obediencia y procura la libertad, y cuando huye de la compañía de los buenos y se acompaña con los malos, y cuando pospone la vergüenza y se atreve a su conciencia, y aun cuando había de orar se pone a murmurar. Pecado sobre pecado peca el monje que no se contenta de andar alterado, sino que también altera a los otros, y que no contento él de murmurar

[4] Lam. 1, 8.

convida a los otros a que murmuren, y no harto de parlar hazca los otros quebrantar el silencio; y lo que es peor de todo, que no tiene por bueno sino lo que él aprueba y ni por malo sino lo que él condena. San Basilio, en su *Regla*, dice: No debe el siervo del Señor olvidar el estado tan santo que tomó ni olvidar la profesión tan alta a que se obligó, porque la paloma de Noé, hasta que halló qué traer en la boca y a do asentase segura sus pies en la tierra, no salió del arca a do estaba ni se apartó de la compañía que tenía. Por flaco y remiso que sea un monje en el yermo, todavía está más seguro en el monesterio que no lo estaría allá en el mundo; porque allá hay tanta libertad para pecar y tantas ocasiones para en más y más tropiezos caer, que, con tal que sirváis al rey, se les da poco que quebrantéis la ley. Si el patriarca Abraham anduviera vagueando fuera de su tienda, no meresciera que los ángeles entraran en su casa y le dieran el parabién del hijo que deseaba; y si Gedeón no estuviera también ahechando el trigo en su casa, nunca el ángel le pidiera albricias de la victoria. Cuando Cristo predicó a las compañas de quien era el gran Bautista, no le alabó de esta solo, de andar descalzo, de comer langostas, ni de morar entre las bestias, sino que solamente le loó y aprobó el haber ido al yermo, sino de nunca se haber tornado al mundo. Lo de suso es de Basilio.

In quamcumque domum intraveritis, ibi manete, et inde non exeatis, dijo Cristo a sus discípulos en el capítulo 10 de San Lucas [5]; y es como si dijese: Yo no os constriño a que moréis más en un lugar que en otro; lo que yo os mando es que, después que tomáredes asiento de morar en una casa, no os salgáis ni mudéis de ella, porque la frecuente mudanza arguye en el hombre poca prudencia. Mucho es aquí de ponderar que cuando Cristo dijo estas tan altas palabras, no las dijo a los del pueblo en público, sino a solos los de su Colegio en secreto; para darnos a entender que a más altas cosas son obligados los que tienen este nombre de religiosos que no los que allá en el mundo llaman mundanos. Nunca Cristo predicó en público ni mandó al pueblo, como mandó a los de su Colegio que yendo camino no hiciesen mochila, no llevasen bordones en las manos, ni pan en las alforjas, ni dineros en las bolsas, ni dobladas las camisas, porque aquéllos eran consejos para solos sus amigos y para los que pretendían ser perfectos. San Bernardo, sobre estas palabras, dice: Al hombre que es vano y mundano no le prohibe Cristo morar hogaño en una casa y alquilar para el año venidero

[5] Luc. 10, 5.

otra; mas al que es varón perfecto y religioso, vale a la mano y pónele entredicho a que del hábito que una vez toma y del monesterio a do una vez se encierra no se ose salir ni el estado mudar.

Mira, hermano, mira que no te obliga Cristo a que seas religioso ni te obliga a que te encierres en el monesterio; a lo que él te obliga es que, pues eligiste aquella manera de vivir, la conserves, y que, pues por tu voluntad prometiste la clausura, la guardes; porque gran señal es de perfección procurar el monesterio más recogido y huir del lugar más ocasionado. También es de notar que no dijo Cristo permanesced en la casa que escogiéredes, sino dijo no salgáis de la casa a do moráredes; en lo cual nos dió a entender que el siervo del Señor no ha de elegir el monesterio más rico y huir el más pobre, ni debe procurar al perlado más manso y rehusar de vivir con el que es celoso, sino rogar al Señor que le alumbre el estado que ha de elegir y le deje hasta el fin en él perseverar.

Quia dilexit movere pedes suos, et non quievit, Domino non placuit, dijo Dios por Jeremías en el capítulo 14 [6]; y es como si dijera: Porque no quiere Israel tener quedos los pies, ni tampoco quiere tener asosegados los pensamientos, anda Israel desconsolado y el Señor se tiene de él por ofendido. No vaca de alto misterio decir primero que no tenía quedos los pies, y luego dice que no holgaban sus pensamientos, y a la postre dice que estaba el Señor enojado; en lo cual nos da el profeta a entender que el principio por do el monje se pierde es irse y venirse al mundo y no poder asosegar en el monesterio. El siervo del Señor que nunca está asosegado en su Religión, sino que está de camino, como quien está en mesón, él vivirá desasosegado y dará bien que hacer a su perlado, porque el día que para ir fuera no le diere licencia, ha de andar murmurando por la casa. No se queja el Señor por Jeremías de lo que Israel miraba con los ojos, ni de lo que tocaba con las manos, ni de lo que hablaba con la lengua, ni de lo que oía con las orejas, sino de lo que andaba con los pies es darnos a entender que más peca en una salida que hace el monje al mundo que en un mes que está encerrado en su monesterio. San Anselmo a este propósito dice: Decir Cristo *qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet* [7], es decir que no basta al siervo del Señor alabarse de la castidad, y de la paciencia, y de la abstinencia, si por otra parte quiere asosegarse en casa, porque, a mi parescer, entonces el monje tiene los pies limpios, cuando

[6] Ier. 14, 10.
[7] Ioan. 13, 10.

ya tiene atajados los profanos discursos». El religioso que procura ir cada día al siglo, de necesidad ha de aborrescer el coro, ha de rezar sin atención las horas, ha de decir corrida la misa, ha de extrañarse de visitar la enfermería y aun le ha de pesar cuando la noche venga, porque si el día durase un año, tanto tardaría él en tornar al monesterio. Los pies que nos sacan del monesterio y nos llevan a que nos perdamos en el mundo, no abasta que los lavemos, sino que los cortemos, porque hasta hoy nadie subió al cielo andando, sino contemplando. Licencia tenemos de Cristo para cortarnos los pies y aun para sacarnos los ojos si nos escandalizan; y entonces el siervo del Señor corta los pies con que anda, cuando desarraiga de su corazón lo que le altera y desasosiega, porque es imposible que tenga nadie los pies quedos si sus pensamientos andan alterados. Deja, pues, los negocios de tu hermano, deja los de tu amigo, deja los de tu sobrino y aun deja los de ti mismo, y está quedo en tu monesterio, porque allí tienes hartos enemigos con quien combatir, sin que vayas al siglo a otros de nuevo a buscar.

El abad Casiano dice que de tres mil monjes que moraban en un monesterio de Tebaida, jamás ninguno de ellos pedía licencia para ir fuera, sino que solamente iban fuera los que compraban las palmas para tejer y vendían las espuertas ya tejidas. Hugo, *De arra animae,* dice: Si te paresciere, hermano, que el monesterio a do moras es pobre, y el perlado que allí tienes es áspero, y el lugar a do resides es enfermo, y el trabajo que allí pasas es mucho, conviénete sufrirlo por amor de Cristo, pues no veniste a la Religión para te regalar, sino para te salvar. O tú eres bueno o tú eres malo. Si eres bueno, dime, ¿qué te puede hacer el perlado? Y si eres malo y mal disciplinado, ¿piensas que ha de faltar otro perlado que sea de tus travesuras verdugo? Así como no hay cirujano cruel y carnicero sino es el que topa con alguno que está desaforadamente herido, así, por semejante manera, no puede ser el perlado bravo y riguroso sino cuando su subdito es disoluto y perdido; y si al tal viéremos murmurar o decir que se quiere mudar, echen a sí mismo la culpa y no al que gobierna la casa.

En las *Colaciones de los Padres,* dijo el abad Abraham: La más secreta y más sutil tentación con que el demonio tienta a los siervos de Dios es cuando, so color de algun bien, los saca del cuerpo de la comunidad para que vivan en más libertad, porque ya sabe él muy bien que, a la hora que un monje fuere libertado, le ha de tener por del todo perdido. San Basilio, en una antigua *Regla,* dice: El siervo del Señor no debe hacer caso del

monesterio a do mora si es bien sano, sino si es poco ocasionado; ni ha de elegir perlado que le dé muchas consolaciones, sino quien le ayude a remediar sus tentaciones; ni ha de procurar en la Orden de tener familiares amigos, sino conservarse con los que son más santos; ni aun le ha de dar pena lo mucho que trabaja, sino lo poco que aprovecha. San Bernardo, escribiendo a Ruberto monje, dice: No pienses, Ruberto, que por mudarte de Roán a París, y de París a Borgoña, o de Borgoña a Normandía, has de vivir más consolado y has de andar menos tentado, porque el bien o el mal que padecemos no depende del lugar a do moramos, sino del contento o descontento que en el corazón tenemos. Sea, pues, la conclusión de todo que el siervo del Señor debe ser como árbol que a todos vientos se defiende y como pilar que jamás tuerce, porque de otra manera diremos que es como los peregrinos que saben muchos hospicios y tienen pocos amigos, y que así como la veleta del campanario se muda a cada viento, así él se muda a cada capítulo.

CAPITULO LII

DE EN CUÁN GRAN ESTIMA ES TENIDO EL HOMBRE VERDADERO Y DE CUÁN GRAN MAL ES SER TENIDO POR MENTIROSO. Y TÓCANSE AQUÍ MUY BUENAS FIGURAS

Perdes omnes qui loquuntur mendacium, decía el serenísimo rey David en el salmo 5 [1]; como si dijera: ¡Oh gran Dios de Israel! Naturalmente conozco de ti que aborresces a los que obran maldades y destruyes a los que hablan mentiras. Gran pecado debe ser la mentira, pues tan terrible sentencia da Dios contra ella; es a saber, que a todo hombre mentiroso ha de poner el Señor a cuchillo. Mucho es de ponderar que en el general diluvio perdonó Dios a Noé, en la perdición de Sodoma libró a Loth, en la destrucción de Jericó reservó a Raab, en la cautividad de Babilonia dispensó con Jeremías; de manera que nunca Dios usa tanto de su justicia que no vaya mezclada con su clemencia, excepto con los hombres tramposos y mentirosos, que jura y perjura de no perdonar a ninguno de ellos.

Séneca, en el primer libro *De ira*, dice: No hay vir-

[1] Ps. 5, 7.

tud que de mejor gana premien los dioses que es la verdad, y ni hay vicio que ellos más aína castiguen que es la mentira; y de aquí es que al hombre mentiroso, ni la verdad le creen ni la mentira le sufren. Epiménides, filósofo, preguntado qué cosa era verdad, dijo: La verdad es la que rige los cielos, alumbra la tierra, sustenta la justicia, gobierna la república, confirma lo que es claro y aclara lo que es dudoso. Chilo el filósofo, hablando de la verdad, dijo: La verdad es un homenaje que nunca cae, un escudo que no se pasa, un tiempo que no se turba, una flota que no peresce, una flor que no se marchita, una mar que no se altera y un puerto en que nadie peligra. Anaxarcho, filósofo, preguntado qué le parescía de la verdad, dijo: La verdad es una salud que nunca enferma, una vida que nunca muere, un socrocio que a todos sana, un sol que nunca se pone, una luna que jamás se aclipsa, una puerta que a nadie se cierra y un camino que a nadie cansa. Eschines, filósofo, en una inventiva contra Demóstenes, dice: Tiene en sí tan gran fuerza la verdad, que sin ella la fortaleza es flaca, la prudencia es malicia, la temperancia es miseria, la justicia es sanguinolenta, la humildad traidora, la paciencia es fingida, la castidad es vana, la riqueza es perdida y la piedad es superflua. Platón, en su *Timeo*, decía: Si queréis, ¡oh atenienses!, saber qué cosa es verdad, dígoos que es un centro a do todas las cosas reposan, es el norte por do el mundo se rige, es el antídoto con que todos se curan, es la sombra a do todos descansan, es el terrero a do todos tiran y aun es el blanco a do pocos aciertan. Muy amigos debían ser de la verdad estos tan grandes filósofos, pues la ensalzaron con tantos y tan honrados títulos, porque tarde o nunca engrandesce la lengua si no es aquello que su corazón ama.

Cuando el Hijo de Dios y mayorazgo de las eternidades dijo un día predicando: *Ego sum veritas*, y cuando dijo arrodillado delante Pilato: *Ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritate* [2], más ensalzó la verdad que nadie y más se obligó a hacer por ella que todos, pues por predicarla fué de los hebreos perseguido y por defenderla fué a muerte condenado. San Agustín, sobre San Juan, dice: En esta palabra de Cristo: *Ego sum veritas*, más alto habla que piensas y más misteriosa es que tú alcanzas, porque de todas las criaturas podemos decir que hablan verdad, tratan verdad, aman verdad y tienen parte en la verdad; mas del Hijo de Dios sería muy gran mentira decir que tiene parte en la verdad, sino que

[2] Ioan. 18, 37; 14, 6.

de todo en todo es la suma verdad. El que no tiene más de una parte de verdad, cierto es que ha de tener la otra parte de maldad o de nescedad, y como en Cristo no quepa culpa ni se sufra ignorancia, síguese que de nescesidad ha de ser el Dios de la verdad y el Príncipe de la bondad. Si el Hijo de Dios quisiera consentir en las mentiras de los sacerdotes y en las hipocresías de los fariseos, nunca fuera delante Pilato acusado ni fuera por Pilato a muerte condenado; mas como el bendito Jesús era la suma verdad y era la eterna bondad, eligió antes morir que no mentir y perder antes la vida que no favorescer mentira. San Crisóstomo, sobre San Mateo, dice: En esto verás cuanto Dios ama la verdad, en que admitió a su compañía a la Magdalena profana, a la samaritana amancebada, a la mujer adúltera, a Mateo usurero, a Zacheo el rico, al ladrón cosario, a Pedro el pérfido, a Paulo el blasfemo, mas nunca recibió en su Colegio a ningún tramposo y mentiroso; de manera que no puede ser discípulo de Cristo el que no es hombre verdadero.

Ne auferas de ore meo verbum veritatis, decía el santo David en el salmo 118 [3]; como si dijera: Pues yo, Señor, me prescio de ser tu siervo y estoy dedicado a tu servicio, no permitas que mi corazón piense alguna maldad ni des licencia a mi lengua, sino que diga verdad, pues hombre mentiroso no puede ser a ti acepto. Mucho es aquí de ponderar que no ruega a Dios el profeta que le guarde la vida, ni le conserve la honra, ni le defienda el reino, ni le ensalce los hijos, ni le aumente la hacienda, ni aun le dé más fama, sino que no le deje decir ninguna mentira, teniéndose por dicho que, si no hay en el ánima ninguna bondad, nunca habrá en la boca alguna verdad. Oración es ésta que todos habían de hacer y petición es ésta que todos habíamos de pedir; es a saber, que nos conserve el Señor en los corazones la bondad y no quite de nuestras bocas la palabra de verdad, porque hombre mentiroso nunca puede ser buen cristiano.

Nequaquam moriemini, sed eritis sicut dii scientes bonum, et malum (Gen., c. 3) [4], dijo la serpiente a nuestra madre Eva en el paraíso; como si dijera: En ninguna manera moriréis, aunque de ese árbol vedado comáis, antes se os abrirán los ojos del entendimiento para que a manera de dioses sepáis lo bueno que habéis de eligir y lo malo de que os habéis de guardar. He aquí la primera mentira del mundo, he aquí el primer mentiroso, que fué el demonio; he aquí la primera mujer engañada, que

[3] Ps. 118, 43.
[4] Gen. 3, 4-5.

fué Eva, y he aquí donde procedió toda la perdición humana; porque si Eva no creyera aquella mentira, ni ella jamás muriera ni el mundo se perdiera. San Agustín, sobre el Génesis, dice: Mientes, demonio, mientes, que pues tú caíste del cielo por quererte con Dios igualar, también morirá Eva si no quiere a Dios obesdecer. ¡Oh cuán gravísimo pecado debe ser la mentira!, mayormente cuando es perniciosa; que pues Eva fué alanzada del paraíso no más de por creerla, ¿qué pena merescerá el que osare decirla? Como todas las cosas tomen denominación de sus primeros principios, y el principio de la verdad sea Cristo y el principio de la mentira sea el demonio, podremos con verdad decir que así como todos los que hablan verdad tienen por Señor a Cristo, así todos los mentirosos tienen por su patrón al demonio.

Cuando el Hijo de Dios dijo a los hebreos: *Vos ex patre diabolo estis* [5], no los llamó hijos del demonio porque los había criado, sino porque los había engañado, y el engaño era que, como hijos de su padre, defendían las mentiras que él les había enseñado y impugnaban las verdades que les predicaba Cristo. Cirilo, sobre el Levítico, dice: Si el demonio es padre de la mentira, ¿no será también hijo del demonio el hombre mentiroso? San Anselmo también dice: Como sea el Señor Señor de todo el mundo, bien puede él dispensar en el delito del hurto, para que el hurto no sea pecado, lo cual él no puede hacer en el pecado del mentiroso, que, como él sea suma y perfecta verdad, no se puede apartar de la verdad, porque repugna a su divina potencia caber en Cristo alguna mentira. Mucho es de ponderar y aun nos debe de espantar que a ningún soberbio, ni envidioso, ni goloso, ni avaro, ni lujurioso, ni ladrón, ni aun furioso llamó Cristo hijo del demonio, si no fué al hombre mentiroso, de lo cual podemos inferir que al hombre mentiroso le podemos llamar endemoniado. San Agustín, en el décimo de sus *Confesiones*, dice: A muchos he visto procurar de engañar a otros y al primero tengo por ver que quiera ser engañado, y también he visto a muchos mentir, mas a ninguno he visto querer que le mientan; de manera que la condición del mentiroso es que todos traten con él verdad y él solo trate con todos mentira.

Mendaces filii hominum in stateris suis, ut decipiant ipsi de vanitate in idipsum [6], dice el Salmista hablando de los mentirosos, como si dijera: Aunque los hijos de los hombres son mentirosos en las palabras que dicen,

[5] Ioan. 8, 44.
[6] Ps. 61, 10.

mucho más lo son en los pesos y pesas que tienen, porque ni en el fiel guardan fidelidad ni en el peso lealtad. En estas palabras toca aquí el profeta otro género de mentirosos y otra manera de mentiras; es a saber, de los que hacen fingidas obras y se arrean de hipocresías; de manera que como otros mienten con la boca, mienten ellos con la obra. Cuanto es de menores quilates el cuerpo que no el ánima, tanto es mayor la mentira que se comete con la obra que no la que se dice con la boca; porque la palabra mentirosa solamente engaña, mas la obra del hipócrita no sólo engaña, mas aun daña. Peso falso y en peso falto se pesa el que presume mucho y meresce poco, tiene a sí por justo y a los otros por pecadores, loa mucho sus obras y condena las ajenas, es otro del que paresce y paresce otro del que es, cela la bondad y finge la verdad; finalmente, ama que le loen todos y no sufre que le resista nadie. San Ambrosio, en el *Exámeron*, dice: Peso falso tiene y aun gran mentira dice el que siendo rey hace obras de tirano, y el que siendo cristiano vive como gentil, y el que es intitulado perlado y anda como publicano, y el que es religioso y tiene resabios del mundo, y aun el que es hipócrita y quiere ser tenido por santo. Todos éstos son engañadores, todos son mentirosos, todos son bulliciosos y fementidos, de cuya conversación nos hemos de guardar y apartar, porque en la Iglesia de Dios mayor daño hacen los que andan con obras fingidas que no los que dicen palabras falsas. San Anselmo, a este propósito, dice: Ora sea para bien, ora sea para mal, más habla el hombre obrando que no hablando, porque mucho más se mueven los corazones de los hombres con lo que ven hacer que no con lo que oyen decir. Los privilegios del hombre verdadero son que por doquiera puede andar, con todos puede tratar, a nadie debe temer, ninguno le puede acusar, todos pueden de él confiar y aun con su cara descubierta por doquiera ir. El trabajo del hombre mentiroso es que, si dice una mentira, la ha de sustentar con otras mentiras, y más y allende de esto, ha de jurar y perjurar por Dios, y por las vidas de sus santos, y por los sacros Evangelios, y por las vidas de sus más propincuos deudos, y aun por los siglos de sus pasados.

Preguntado el filósofo Demóstenes que qué tal había de ser el amigo que el hombre había de tomar, respondió: Para tomar uno por amigo no han de hacer caso si es sabio, o prudente, o justo, o esforzado, o solícito, sino si es amigo de bondad y que trata con todos verdad, porque del hombre verdadero, muy poco es confiar de él todo el mundo. Helio Esparciano dice que como una vez dijese el emperador Trajano que nunca había errado en

eligir algún amigo, y preguntándole todos la razón de ello, respondió: La causa porque he sido en esto fortunado es es porque jamás tomé por amigo a hombre que fuese codicioso o notado de mentiroso, porque en el hombre que reina la codicia y prevalesce la mentira, nadie puede tener amistad verdadera. San Gregorio, en el *Pastoral,* dice: Debe el siervo del Señor tratar verdad y decir verdad, y si a ello no le constriñere la conciencia, hágalo por la vergüenza, pues no se puede hacer a un hombre mayor afrenta que averiguarle una mentira. Grandes son los trabajos que pasa un mercader porque no le tengan por mentiroso ni pierda con los que trata su crédito, y ojalá lo hiciesen así todos los hombres que presumen ser en mucho tenidos y en todo creídos, algunos de los cuales no se les da más arrojar una mentira que comer una haba. Séneca, en una epístola, dice: Como no estén en más todas las cosas de la costumbre que tomamos en ellas, si nos avezamos a comer poco, con ello permanescemos; si a dormir poco, con ello nos salimos, y si a mentir mucho, con ello nos quedamos; por manera que hay muchos hombres que como están acostumbrados a comer cada día, así están avezados a mentir cada hora.

A todos es notorio que la mejor pieza de nuestro arnés y la más rica joya de nuestro tesoro no sea la parentela, ni la privanza, ni la riqueza, sino solamente la honra, la cual nunca tuvo ni tendrá el hombre mentiroso, pues con nadie tiene crédito y en ninguna cosa es creído. Aníbal, príncipe de los cartagineses, fué muy animoso en emprender guerras, muy esforzado en seguirlas y muy venturoso en acabarlas; mas Tito Livio, mucho le nota de pérfido, y perjuro, y mentiroso, porque jamás daba a sus amigos lo que les prometía ni tampoco guardaba lo que con sus enemigos capitulaba. No lo hizo así Gneo, hijo del gran Pompeyo, con el cual, como cenasen en la mar Mesana Octavio y Marco Antonio, sus mortales enemigos, y le dijese a la oreja Menodoro, capitán de su flota, que, si quería consentir en ello, él echaría aquellos dos sus enemigos al hondo, respondióle él: Si yo fuera Menodoro, como tú, ya lo hubiera hecho; mas pues soy Gneo Pompeyo, no lo tengo de hacer, porque en tal caso morirían ellos con honra y viviría yo con infamia. Palabras fueron éstas dignas, por cierto, de tal varón e hijo de tan alto príncipe como fué el gran Pompeyo. Herodoto dice que los egipcios, cuando hacían amistades o confederaciones con otros, ataban los pulgares de los unos con los pulgares de los otros, y dábanse luego sendas lancetadas en ellos, y la sangre que de ellos salía se lamían los unos a los otros con la lengua; en lo cual daban a entender

que primero habían toda su sangre de derramar que los unos a los otros mentir. Jura un mentiroso por nuestra Señora de Monserrate, por el sepulcro de San Vicente, por los corporales de Daroca y aun por la cruz de Caravaca no por más de porque le crean una muy gran mentira, la cual tanto ha de ser menos creída cuanto es con más juramentos jurada. Infalible regla es que cuando alguno afirma alguna cosa con gran juramento es señal que miente más sobre pensado. El padre al hijo, y el amigo al amigo, y el señor al criado, por menos inconveniente tendría yo les perdonar algunas flaquezas que no que les disimulasen algunas mentiras, porque no hay vicio a quien el tiempo no le corte las alas, excepto al mentir, que con la vejez toma más fuerza. No abasta a uno que del vicio del mentir sea limpio, sino que aun también se aparte del que es en este vicio vicioso, porque, cuando quiere mentir uno muy recio, luego alega a su amigo por testigo, y todos los que aquella mentira oyen, tanta culpa echan al amigo que la aprueba como al mentiroso que la dice.

Miento si estando yo en palacio no dijo un amigo mío que él y yo habíamos navegado en una poderosa galera, la cual era toda de corteza de canela, y no fué nada decirlo, sino luego conmigo aprobarlo, y como yo le osé desmentir, húbeme de quedar por mentiroso. Como otra vez yo fuese a predicar a César a palacio y llevase en la mano una caña por el mal de mi gota, dijo aquel mismo delante de muchos que él me había dado un tan honrado junco, que de ñudo a ñudo cabían dos cántaras de vino. Muy gran afrenta es al hombre virtuoso tener por amigo al que no es verdadero, que de mí digo que ya yo no sabía qué me hacer con aquel amigo mentiroso, sino huir de do se allegaba y apartarme de do hablaba, y todo cuanto él aprobaba conmigo en público me iba yo a desdecir después en secreto. Muy ajeno, pues, debe ser de la boca del siervo del Señor el vicio del mentir, porque en la boca del seglar, el decir una cosa por otra no es más de mentira, mas en la boca del religioso es sacrilegio.

CAPITULO LIII

QUE LAS ENFERMEDADES QUE EL SEÑOR DA A SUS SIERVOS, MÁS POR LES DAR A MERESCER QUE NO POR LES CASTIGAR

Cum infirmor, tunc fortior sum, dice el Apóstol (I Cor. c. 4)[1]; y es como si dijera: Nunca me hallo tan sano como cuando estoy enfermo, nunca me siento tan recio como cuando estoy flaco, nunca tengo tantas fuerzas como cuando estoy con calenturas, ni nunca mejor me hallo como cuando estoy manco y tollido. Palabra muy alta, sentencia muy nueva y aun cosa nunca oída nos dice aquí el Apóstol, pues admite lo que desechamos, aprueba lo que condenamos, defiende lo que reprobamos, alaba lo que desalabamos y aun huelga con lo que aborrescemos. ¿Qué hombre hay hoy en el mundo tan insensato y tonto que no huelgue más de estar bueno que no malo, de verse sano que no enfermo y de estar recio que no flaco? Decir, pues, el Apóstol que cuanto más enflaquesce tanto más convalesce, y que cuanto más la enfermedad le aqueja tanto más aliviado se halla, paresce ir contra lo que nuestra naturaleza demanda y contra lo que todo el mundo afirma. No vaca de misterio el no decir el Apóstol que cuando él predicaba o caminaba, o ayunaba, entonces estaba más sano y se sentía más contento, sino que solamente habla de que cuando estaba en la cama malo, entonces tenía más esfuerzo y gozaba de más reposo. Para entender bien al Apóstol es aquí de notar que una de las cosas que en esta vida más los hombres desean y aun que más procuran es la conservación de la vida y la salud de la persona, y a la verdad ellos tienen razón, porque con la salud no hay persecución que no se sufra ni aun hay pobreza que no se pase. Que esto sea verdad muy a la clara paresce en que si con algún amigo hablamos o algo de importancia le rogamos, luego le decimos que por vida suya, y así Dios le dé salud, nos dé lo que le pedimos y condescienda a lo que le rogamos; de manera que el mayor torcedor de esta vida es conjurar a uno por su vida.

El santo Joseph en Egipto nunca juraba sino *per salutem Pharaonis;* y cuando el rey Ciro dió libertad a los he-

[1] II Cor. 12, 10.

breos para que se tornasen a sus tierras, no les dijeron ni pidieron otra cosa los del palacio de Ciro sino decirles: *Orate pro salute regis;* por manera que entre los bienes de fortuna es el mayor la salud de la persona. *Non erat in tribubus eorum infirmus*, dice el Salmista, salmo 104 [2], hablando de los previlegios que dió Dios a los hebreos; y es como si dijera: Sacólos de Egipto, librólos del captiverio, púsolos en libertad, mató a sus enemigos, abrióles el mar Bermejo, dióles maná del cielo y aun caudillo muy valeroso; y lo que no es razón de callar ni disimular, que nunca hubo entre ellos enfermos ni tuvieron necesidad de médicos. ¿Qué le falta al que salud no le falta? ¿Qué tiene el que salud no tiene? Con la salud, tolerable es todo trabajo; mas con la enfermedad nadie tiene placer verdadero, porque para mí tengo por imposible que ose el corazón reírse si por otra parte oye al cuerpo quejarse. ¿Qué aprovecha a nadie tener buena cama si no puede tomar el sueño en ella? ¿Qué aprovecha tener vino añejo que huela si le mandan beber agua de cebada? ¿Qué gusto puede nadie tomar en tener muchos dineros si gasta los más de ellos en físicos y boticarios? Séneca, a este propósito, decía: Es tan gran cosa la salud, que por guardarla y conservarla, no sólo habíamos de velar, mas aun nos desvelar; mas, ¡ay dolor!, que nunca la salud es conoscida hasta que del todo es perdida. Todo esto no obstante, dice el Apóstol: *Cum infirmor, tunc fortior sum;* es a saber, que cuando está enfermo, se siente más virtuoso, y que cuando está flaco, se siente más esforzado; lo cual paresce ser verdad, pues en todas las oraciones que hacía, aunque rogaba al Señor le librase de las tentaciones, nunca le rogó que le quitase las enfermedades.

Virtus in infirmitate perficitur (II Cor., c. 12) [3], dice en otro lugar el Apóstol; y es como si dijera: Así como se prueba el animoso en el peligro, el oro en el fuego, el compañero en el camino y el trigo en el molino, así se prueba el hombre virtuoso en la enfermedad de que está malo. Sobre estas palabras, dice San Agustín: No sólo se prueba, mas aun se aprueba la grandeza de la virtud en el que está enfermo, pues allí ha lugar la abstinencia por el poco comer, allí se ejercita en la caridad en el enfermo servir, allí tiene la paciencia lugar en la enfermedad sufrir, allí se halla el amor de Dios en al Señor se tornar y allí está también el amor del prójimo en lo perdonar; porque no hay enfermo tan insensato que no tenga más

---

[2] Ps. 104, 37.
[3] II Cor. 12, 9.

cuidado de curarse que no de vengarse. Plinio, escribiendo a Fabato, dice: Créeme, Fabato, y no dudes que de la manera que nos conviene vivir en este mundo, nunca yo lo leí en ningún libro como nos lo enseña el hombre que está enfermo, porque al enfermo ni le levanta soberbia, ni le combate lujuria, ni le derrueca avaricia, ni le molesta envidia, ni le altera ira, ni le sojuzga gula, ni le descuida pereza, ni aun se desvela por la honra. Ojalá, Fabato, amigo, cayese sobre mí tan buen hado y fortuna, que fuese yo tal y tan bueno cual juré y prometí en el tiempo que estaba malo; mas ¡ay dolor!, que cuanto en la enfermedad prometo, luego, en estando sano, lo olvido. De mí te digo y juro que en los días que estoy malo, ni me acuerdo de afección, ni de pasión, ni de amistad, ni de enemistad ni de riqueza, ni de pobreza, ni de honra, ni de infamia, sino que por ahorrar de un dolor de cabeza daría todo cuanto hay en mi casa. Lo de suso es de Plinio.

San Bernardo, escribiendo a Donato, monje, dice: Acá he sabido en cómo estás enfermo y cuartanario, y si yo de ello tengo pesar, es de sólo tu pesar, porque me dicen que estás tan aborrido y desabrido, que ni quieres hablar ni te consientes visitar. Para conoscer yo a uno si es hombre cuerdo, y aun si es varón católico, no he más menester de verle enfermo y malo, porque el hombre que de las enfermedades que pasa no saca ningún provecho no osaría yo decir que el tal va camino del paraíso. Cicerón, en una epístola a Atico, dice: Muy gran bien sería, amigo Atico, si pudiesen los hombres vivir sin comer y sin beber, mas mucho mejor les sería si pudiesen pasar sin se enojar, porque los manjares que comemos no corrompen más de los humores, mas los traidores de los enojos consúmennos hasta los huesos. Los huesos consumen y las entrañas abrasan los enojos que nos dan y los sobresaltos que nos vienen; lo cual paresce claro en que de sólo un enojo o desacato viene un hombre a enfermar, y de enfermar para después en morir. Créeme, Atico, y no dudes que a solas las bestias y a solos los hombres bestiales mata el mucho comer y el desordenado beber, porque los hombres que son sabios y discretos jamás mueren sino de enojos. ¿Y tú no sabes ya por experiencia que, de dos verdugos que justician la vida humana, es muy más cruel verdugo el de la tristeza que no el de la gula? Si quieres ver cómo esto es verdad, mira con atención en cómo los hombres que son bobos, y tontos, y locos, y nescios viven siempre muy más recios y sanos que todos los otros; y la causa de esto es porque un bobo o un nescio ni se fatiga por tener honra ni siente qué cosa es afrenta. No

es así, por cierto, de los hombres que son cuerdos, y sabios, y discretos, los cuales se entristescen y aun se amortescen no sólo de lo que de ellos dicen, mas de lo que otros sospechan, porque todo hombre que es generoso y vergonzoso, mucho más siente que piensen de él algún mal que el hacerle mal.

De mí te digo y confieso que la enfermedad grande que tuve antaño y aun me dura hasta hogaño no fué de las frutas que comí en Capua, sino de un solemne enojo que me dieron entonces en Roma, el cual yo rescibí no por defender cosas de mi casa, sino por tomar por la triste república. Todo lo de suso es de Cicerón.

Prosiguiendo, pues, nuestro primero intento, debe penser el siervo de Dios quién es el que le dió la enfermedad, es a saber, si se la dió el Señor como Padre de misericordia, el cual no es de creer que se la diera, sino le cumpliera, pues es cosa muy cierta que es muy mayor el amor que el Señor nos tiene que no el que nosotros mismos nos tenemos. No hay hoy en el mundo enfermedad tan recia de sufrir que no fuese muy mayor el cálice de la pasión de beber; del cual, como enojado, dijo Cristo a San Pedro: *Calicem quem dedit mihi Pater, non vis, ut bibam illum* (18) [4]. Quiso, pues, Cristo en estas palabras decir: El cálice de amargura, y enfermedad, y tristeza que me dió mi Padre, como a Hijo más regalado para beberlo, ¿por qué tú, Pedro, no quieres que le beba? ¿Y tú no sabes que yo no hago tanto caso de la amargura que el cálice en sí tiene cuanto del provecho que a todo el mundo hace? ¿Qué otra cosa, pues, son las tercianas y cuartanas, y la gota y la ijada, la piedra y los riñones, la opilación del hígado y el escalentamiento del bazo sino unas escurreduras y heces del vaso que Cristo en su pasión bebió y en reliquias nos dejó? Como el bendito Jesús era el Hijo que más Dios amaba y el Hijo con que más él se holgaba, dióle de aquel cálice más a beber, dejándole más tormentos y trabajos que todos pasar; de lo cual se puede coligir que al que más enfermedades y miserias viéremos padescer es señal que debe más que todos los otros con Dios privar.

San Bernardo, a un abad enfermo, dice: Allá te envío a fray Rogerio, no para que te consuele, sino para que te sirva, que pues el Señor, movido de misericordia, te quiso dar esa enfermedad de gota artética, o fué por darte más a merescer si eras bueno o por castigar en ti algún delito, si estaba oculto. Cirilo, sobre el Levítico, dice: Así como no estamos mal con el médico que nos

---

[4] Ioan. 18, 11.

da la purga amarga para purgar los malos humores, así no hemos de estar mal con el Señor, que nos da las enfermedades para limpiarnos los pecados, pues hemos de hacer muy mayor caudal de alimpiar el ánima que no de alimpiar el cuerpo. Debe asimismo pensar el enfermo para qué le fué dada la enfermedad y qué fué la causa por que el Señor le quitó la salud; el cual mal suele muchas veces proceder no de los manjares que comemos, sino de los pecados que cometemos, así como acontesció a la hermana de Moisén, la cual se tornó toda sarnosa y bubosa porque murmuró de su cuñada la negra etiopiana. San Ambrosio, en una homilía, dice: Cuando te sintieres por una parte cargado de culpas y por otra rodeado de calenturas, primero te conviene llamar al confesor que te confiese que no al médico que te cure, porque, teniendo a tu Dios ofendido, muy mal te podrá curar Esculapio. Sobre aquellas palabras del Salmista que dice: *Si via iniquitatis in me est*[5], dice el gran doctor Rabano: Así como el hombre no hiere a su animal sino porque va fuera de camino o porque en el caminar es muy lerdo, así el Señor no nos castiga con enfermedades ni nos da tribulaciones sino porque tenemos algunos pecados contra él cometidos o porque somos en su servicio muy descuidados y lerdos. San Gregorio, sobre los Salmos, dice: Cuando el siervo del Señor se sintiere enfermo, primero debe hacer cuenta de su conciencia que no irse a echar en la cama ni enviar por medicinas a la botica, y si viere que el ánima está algo escrupulosa y que la conciencia no está muy limpia, débese dar priesa a confesar y no tardarse en comulgar, porque, si una vez con el Señor se reconcilia, no se le dará nada de cuanto después le suceda.

Debe asimismo de considerar el enfermo cuán gran provecho se le sigue de estar en la cama malo, ca en la enfermedad recia y trabajosa, cuanto se esfuerza el corazón del hombre generoso y virtuoso, tanto se enflaquesce el cuerpo, que es nuestro mortal enemigo; de manera que en la enfermedad no sólo no padesces algún mal, sino que antes te vengas del que te hacía mal. Orígenes, sobre Job, dice: Nunca el santo Job dijo tan altas palabras ni aun hizo tan heroicas obras como después que el demonio le quitó todo cuanto tenía y le cargó todo su cuerpo de sarna; de lo cual podemos inferir de cómo en las tribulaciones y enfermedades se muestran los malos lo poco que son y se señalan los buenos para cuánto son. San Bernardo, a este propósito, dice: ¿De qué te maravillas, hermano mío, si eres agora más fuerte contra el pecado, tenien-

---

[5] Ps. 138, 24.

do como tienes a tu mortal enemigo malo y enfermo en lecho? Llama aquí San Bernardo nuestro enemigo a nuestro bestial cuerpo, el cual, cuanto está más gordo, tanto se hace más soberbio, y cuanto está más flaco, tanto le tenemos más sujeto; de lo cual se sigue que entonces nos hemos de tener por más libres, cuando él estuviere más cargado de enfermedades. Como el abad Sifoy preguntase a un monje viejo por qué lloraba, respondióle él: Muy gran razón tengo de llorar, pues ha ya dos años continuos que el Señor no se acuerda de darme alguna enfermedad, sino que cada día siento en mí más salud, a cuya causa se me atreve más el demonio, me convida más el mundo y aun se rebela contra mí más el cuerpo, al cual no puedo tener sujeto sino cuando le tengo en la cama malo.

Multiplicatae sunt infirmitates eorum, et postea acceleraverunt, dice el salmo 15 [6]; y es como si dijera: A la hora que cargaste a los hebreos de enfermedades, luego se dieron priesa a correr tras las virtudes; de manera que nunca vi en ellos señales de virtuosos sino cuando estaban malos y tollidos. Casiodoro, sobre estas palabras, dice: A los hombres malos y obstinados, muy poco les suelen aprovechar palabras buenas que les digan, ni sermones grandes que les hagan, ni consejos buenos que les den, ni aun penitencias grandes que les impongan; lo que más les suele aprovechar es un desastre de fortuna o una enfermedad muy larga, porque no hay en el mundo hombre tan malo que en una enfermedad no proponga de ser bueno. Cuando se vieron agraviados de grandes enfermedades el rey Jeroboam, el hijo de la viuda de Samaria, el rey Ochosías, el rey Benadad, el rey Assa y el rey Ezequías, entonces y no antes hicieron al Señor muchas oraciones y enviaron al templo muy ricos dones, para que el Señor se quisiese aplacar y de aquellas enfermedades los quisiese librar; de manera que de estar primero enfermos vinieron a ser devotos.

---

[6] Ps. 15, 4.

CAPITULO LIV

QUE LOS PERLADOS DEBEN TENER MUY GRAN CUIDADO DE LOS MONJES ENFERMOS, EN ESPECIAL DE LOS QUE EN LA RELIGIÓN SON VIEJOS, Y FLACOS, Y TULLIDOS

Imbecilles et infirmos sustinete, dice el Apóstol escribiendo a los romanos en el cuadragésimo capítulo [1]; y es como si dijera: En esto sólo veré, hermanos míos los romanos, si sois verdaderos caritativos o si sois fingidos cristianos, en que si los flacos y enfermos son entre vosotros sobrellevados y remediados; de manera que ni les falte quien en sus enfermedades los sirva ni quien en sus necesidades los socorra. No vaca de alto misterio que no manda aquí el Apóstol sustentar al padre, ni a la madre, ni al amigo, ni al enemigo, sino solamente al hombre que es flaco y enfermo, porque, según dice San Bernardo, no hay cosa en que más se parezca la caridad que uno tiene que en el servicio que a un enfermo hace. De todas las miserias de esta vida, que son hambre, frío, sed, calor, cansancio y enfermedad, la mayor de todas es tener siempre poca salud y estar fatigado de enfermedad; y de aquí es que como en ella está el mayor trabajo, así depende de ella el mayor merescimiento. En las *Vidas de los Padres*, dijo un monje a un viejo: Dime, padre bendito, ¿cuál meresce más delante del Señor, el monje que ayuna toda la semana o el que sirve a los enfermos en la enfermería? A esto le respondió el viejo: Como la virtud de la caridad sea la mayor de todas las virtudes, créeme, hermano, y no dudes que vale más y meresce más el que sólo un día sirve al que está enfermo que el otro que ayuna todo el año arreo. Sobre aquellas palabras de *infirmus fui, et non visitastis me* [2], dice la *Glosa* de Aymón:—En el tremendo juicio no nos pedirá cuenta nuestro Señor Jesucristo por qué no anduvimos estaciones, o no oímos sermones, o no hicimos milagros, o no ayunamos muchos tiempos; lo que allí nos pedirá será por qué no visitamos los enfermos y no sobrellevamos a los que eran flacos y míseros; pues en el mismo grado se obliga Cristo de asentar a su cuenta lo que se hiciere por cualquiera enfermo que

---

[1] Rom. 15, 1; 14, 1.
[2] Matth. 25, 36.

lo que se hiciese por sí mismo. A ser piadosos con los enfermos nos debe convidar ver que visitó Cristo a muy pocos de los que estaban sanos y, por otra parte, visitó y aun curó a infinitos de los que estaban enfermos; de lo cual podemos inferir que como todas las obras de Cristo no sean sino un dechado de cristiano, ninguna debía ser tan frecuentada ni visitada como el hospital y enfermería. San Jerónimo, sobre las mismas palabras de *infirmus fui et non visitastis me*, dice: Cuando Cristo dice que nos pedirá cuenta de que al enfermo no visitamos, ¿no nos la pedirá mejor por qué no le servimos? Y si hemos de dar cuenta por qué no le servimos, ¿no la daremos más estrecha si no le socorrimos?

Al enfermo, cristiano, obligado eres a visitarle como querrías ser visitado, y servirle como querrías ser servido, y socorrerle como querrías ser socorrido; porque, en caso de caridad y piedad, ni ha de haber pereza ni mostrar escaseza. El que a su hermano o a su vecino o a su amigo no visita cuando le ve que está malo, ¿qué espera que hará por él cuando le viere sano? Séneca, en una epístola, dice: No tengo yo otra mayor prueba para conoscer quién es el mi verdadero amigo como es cuando yo estoy enfermo, porque el amigo luego viene a visitarme con su persona, y a socorreme con su hacienda, y a consolarme con su palabra; de manera que en la larga enfermedad se prueba la verdadera amistad. Hablando, pues, más en particular, como quiera que en todas partes deban ser visitados y recreados los que están enfermos y son flacos, mucho más lo debían ser entre los religiosos perfectos y en los monesterios bien ordenados; porque habiendo ellos dejado el mundo, al padre y a la madre por amor de Cristo, si por caso no fuesen en sus enfermedades socorridos, con mucha razón estarían en los monesterios aborridos y aun andarían de sus perlados muy quejosos. No hay cosa tan justa porque el súbdito se pueda quejar de su perlado como es por no le querer curar cuando está enfermo; porque teniendo el hombre salud, no hay trabajo que no se sufra ni aun necesidad que no se supla. San Basilio, en su antigua *Regla*, decía: La orden que tendrán los abades con los monjes que estuvieren sanos y con los que estuvieren enfermos será que a los sanos les den a comer lo que buenamente se pudiere adquirir; mas a los que estuvieren enfermos, dárseles ha todo lo que hubieren menester; de manera que de las palmas que se tejieren y de las espuertas que se vendieren provéanse primero los enfermos, y coman de lo que sobrare los sanos. También decía el glorioso San Benito en su *Regla:* Ante todas cosas y más que todas las cosas deben los abades tener de-

lante sus ojos el remedio de los enfermos y el servicio de los que están flacos, porque si la abstinencia huelga que en los refitorios falte, no quiere la caridad sino que en las enfermerías sobre.

Hugo, *De institutione monachorum,* dice: Aunque al monje le falte cogulla que se ponga, hábito que vista, zapatos que se calce y aun celda en que more, ni debe entristecerse ni de su perlado quejarse; lo que a él le ha de fatigar y de lo que él se puede quejar es no le consolar en sus tentaciones ni le curar en sus enfermedades, porque no hay en el mundo monesterios más perdidos que a do los enfermos no son curados y los flacos sobrellevados. Muy gran razón tiene este buen Doctor en decir que es monesterio perdido en el cual no se tiene cuidado de curar al monje que está enfermo, pues en el perlado no hay caridad ni puede haber perfecta bondad. ¿Qué tiene el que caridad no tiene? ¿De qué se prescia el que de apiadar a su hermano no se prescia? En el *Libro de la vida solitaria,* dice así: Cuando algún monesterio se fundaba de nuevo en Egipto o en Tebaida, primero se hacía la enfermería a do los monjes se curaban que no la iglesia do los cristianos concurrían, y la causa de esto era porque el glorioso San Basilio primero mandó a sus monjes que fuesen a curar los enfermos que no se ocupasen en rezar los Salmos. Suetonio Tranquilo, en el primero *De Caesaribus,* dice: Caminando por los Alpes el gran Julio César, como se albergase una noche a do no había más de una choza pequeña y estuviese nevada toda aquella serranía, salióse el piadoso príncipe a dormir en la nieve fría, dejando para un enfermo toda la choza. Pues el príncipe, que era pagano y aun tirano, tuvo tal piedad con su hombre de armas que estaba enfermo, ¿por qué tú no la tienes con el que es cristiano, y aun cristiano próximo?

Quis infirmatur, et ego non infirmor? Palabras son éstas del divino Paulo, escritas a los corintios en el capítulo 11 [3]; y es como si dijera: ¿Cuál de vosotros los de Corinto enferma que con él yo no enferme? ¿A quién duele ni sola una uña que no me duela a mí toda la cabeza? ¿Quién es el que está tan tullido y flaco que no sea muy mayor la compasión que de él yo tengo que no toda la pasión que él pasa? ¿A quién de vosotros sacan sangre de las venas que no la saquen a mí primero de las entrañas? ¿Qué enfermo hay de un día arriba en la cama que no me halle a mí cada hora a su cabecera? ¿Qué me ha pedido algún enfermo que no se lo diese ni qué ha habido menester que no se lo buscase? ¡Oh cuán bienaventurado se-

[3] II Cor. 11, 29.

ría el perlado que con el Apóstol estas palabras dijese y oh cuán más bienaventurado sería el que de hecho las cumpliese!, porque no hay para Dios otro más grato servicio que socorrer al necesitado y consolar y servir al que está enfermo. Conforme a lo que San Basilio, y San Benito, y San Agustín, y San Francisco, y Santo Domingo quieren en sus *Reglas*, conviene que ante todas cosas sean proveídas las enfermerías y que sean muy bien curadas las personas enfermas, porque injustamente se llama cristiano e indignamente le hacen perlado al que es enemigo del monje enfermo. San Agustín, *Ad eremitas*, dice: Para los monjes que enfermaren en el yermo tendréis cargo de encenderles lumbre, molerles las abellotas, cocerles algunas hierbas, darles alguna agua fría y buscarles para que se echen alguna paja; de manera que resplandezca en ellos la paciencia, y en vosotros la clemencia. A este propósito, dice San Gregorio en el *Registro:* Muy engañado vives, padre abad, en pensar y decir que la guerra de los longobardos ha de asolar todos los monesterios, porque si la Religión de San Basilio ha caído y la Orden de nuestro padre San Benito se va a caer, es no por los daños que hacen los enemigos ni por la pobreza de los monesterios, sino por la mucha ambición que hay en los perlados y por la poca caridad que se hace a los enfermos. En las *Vidas de los Padres*, dijo un monje al glorioso abad Arsenio: En este yermo de Tebaida hay dos abades que yo conozco, el uno de los cuales es casto y no caritativo, y el otro es caritativo, mas no es casto; dime, yo te ruego: ¿cuál de estos dos es más tolerable y cuál de ellos es más incorregible?

A esta pregunta le respondió el buen Arsenio: Indigno es de ser monje cualquiera de estos dos monjes e indigno es de ser abad cualquiera de estos dos abades; mas al fin, por menos mal tengo al que es caritativo y no casto que no al que es casto y no caritativo, porque de hombre piadoso dudo que pueda ser condenado. San Bernardo, escribiendo a un abad, dice: En lo que dices por tu carta que está ese tu monesterio muy viejo y que hay necesidad muy grande de repararlo, yo te doy licencia que lo hagas y que de los réditos del monesterio te aproveches, con tal condición que comiences a reparar por do residen los enfermos y no por do duermen los sanos, porque menos mal es que todo el dormitorio se caiga que no que en la enfermería haya una gotera. Deben, pues, los perlados tener muy gran solicitud en que se curen muy bien los monjes enfermos y no hacer cuenta si se gasta poco o mucho con ellos, porque se han de tener por dicho que mucho más bien les trae el Señor a sus monesterios por la caridad que

hacen a los enfermos que no por la solicitud que ponen los sanos.

De los perlados que no quieren en su compañía a monjes viejos ni a los que están flacos y enfermos podemos muy bien decir: *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt* [4]; porque en los monesterios a do hay muchos mancebos y pocos viejos suelen nascer muchos escándalos y aun recrescérseles a los perlados muchos enojos. *Nesciunt quid faciunt* los perlados que no quieren cabe sí sino a monjes mancebos y recios y dan de mano a los que son mancos y cojos, porque, allende que les está muy mal el usar de tal crueldad e inhumanidad, en los monesterios que carescen de viejos no puede haber autoridad ni aun en quien se ejercite la caridad. Creedme, padres, y no dudéis que aun para proveer las cosas necesarias a vuestros monesterios no podéis hallar mejor granjería que llevar a ellos monjes que sean cojos y mancos, porque es nuestro Señor tan caritativo con los enfermos y tan piadoso con los viejos y flacos, que jamás permite, ni permitirá, que nadie venga a extrema necesidad si es amigo de hacer caridad. Herodiano y Eutropio y Valerio Máximo dicen que era ley inviolable entre los romanos que a los viejos pobres y enfermos que habían seguido la guerra y servido a la república les diesen casas en que morasen y algún tanto con que se sustentasen; de manera que holgaban de expender su mocedad en virtuosos trabajos con la esperanza que tenían de ser en la vejez socorridos. Pues si esto hacían en Roma los romanos, ¿por qué no lo harán los perlados en sus monesterios? *Utere modico vino propter tuas continuas infirmitates*, escribió el Apóstol a su discípulo Timoteo en el capítulo 5 [5]; y es como si dijera: Porque eres flaco del estómago y andas a la contina muy enfermo, yo te doy licencia para que bebas de aquí adelante un poco de vino. Mucho es aquí de ponderar la palabra de *continuas infirmitates tuas;* es a saber, que dispensó el Apóstol con Timoteo por causa que era de su propio natural muy flaco y que andaba siempre de enfermedades cargado, en lo cual nos dió a entender que mucha más piedad se ha de tener con los viejos que están siempre tullidos y cojos que no con los mozos que de cuando en cuando caen enfermos.

Plinio, en una epístola, dice: Al viejo no le hemos de decir que está enfermo, porque no es otra cosa la vejez sino una sanidad imperfecta y una enfermedad no acabada. Séneca, en el libro *De ira*, dice: La diferencia que

---

[4] Luc. 23, 34.
[5] I Tim. 5. 23.

siento en mí de cuando era mozo a lo que siento ahora que soy viejo es que entonces si caí malo no me dolían más de uno o dos miembros, y ahora, aunque estoy sano, me duelen todos ellos juntos; de manera que muy más tolerable es la mocedad con enfermedad que no la vejez con sanidad. Los perlados que desechan de su compañía a los monjes que son flacos y enfermos so color que no son provechosos y que son para los monesterios pesados, *nesciunt quid faciunt* los tales, pues no sienten el mal que hacen ni aun alcanzan el bien que pierden, pues toda la caridad que se hace a cualquier enfermo la asienta a su cuenta Cristo. Por viejo y por cojo, y por manco que sea un religioso, puede aprovechar a su perlado de orar por los bienhechores y de darle consejos en los negocios arduos, los cuales dos oficios son muy más anejos a los viejos que no a los mozos; porque, en caso de consejo, al viejo pertenesce darle y al mancebo rescebirle. Muy mayor necesidad tiene el perlado de tener cabe sí monjes viejos que le aconsejen que no mancebos recios que le sirvan, porque todo hombre que es cuerdo y sabio, en mucho más tiene al amigo que le quita de enojos que no al criado que le procura dineros. No deben pensar los perlados que comen el pan de balde los monjes que son flacos y tollidos, porque ya podría ser que les valiese más el consejo que los viejos les diesen algún día que cuanto les sirviesen los que son mancebos en un año, mayormente que nadie puede ser buen perlado si es enemigo de tomar consejo. No podemos negar que el monje flaco, viejo y tollido no sea ocasión de dar a merescer a todos los del monesterio, pues meresce el perlado en tenerle, meresce el enfermero en servirle, merescen los monjes en visitarle y aun que meresce él en la paciencia que tiene; de manera que es una indulgencia plenaria que se gana cada día.

CAPITULO LV

De cuán necesaria nos es la perseverancia y que ninguna virtud vale cosa sin ella

Vide in te bonitaten Dei, si perseveraveris in bonitate, dice el apóstol San Pablo escribiendo a los romanos en el capítulo 11 [1]; y es como si dijera: En esto verás, cris-

[1] Rom. 11, 22.

tiano, si se tiene la bondad de Dios con su piadosa mano, en si perseveras en la virtud hasta el cabo. Cristo nuestro redentor dice: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*[2]; como si más claro dijese: El que se esforzare a ser virtuoso hasta el fin de la jornada, aquél y no otro entrará en mi gloria. San Agustín dice: Mucho nos debe espantar, hermanos, no decir Cristo los que perseveraren, sino el que perseverare hasta el fin será salvo; porque nos quiere dar a entender que aunque son muchos los que prometen de guardar su Evangelio, cuál o cuál es el que perseverará hasta el cabo en su servicio. Mucho también es de ponderar que a carga cerrada dijo nuestro Señor Jesucristo el que no perseverare hasta el fin no será salvo, sin señalar la virtud o virtudes en que habíamos de tener la perseverancia; para darnos a entender que de todas las virtudes nos hemos de presciar y en todas ellas nos conviene hasta la fin perseverar. San Jerónimo también dice: Ten ojo y nota que no puso Cristo la salvación en la inocencia, o en la abstinencia, o en la paciencia, sino solamente en la constancia y perseverancia, pues dijo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit;* de lo cual podemos inferir que ninguna obra nuestra será en el cielo galardonada si con la virtud de la perseverancia no fuere guarnescida. Para mejor entender estas palabras de Cristo, hase de presuponer que así como muchos vicios se fingen ser virtudes, así muchas virtudes se fingen también ser otras virtudes, y sabida la verdad y propiedad de todas ellas, cada uno por sí tiene su definición y aun tira a su condición. La paciencia, la firmeza, la magnanimidad, la longanimidad, la benignidad, la mansedumbre y la fortaleza, todas ellas parescen ser sola una cosa; y en la verdad, hay de lo que suenan a lo que son muy gran diferencia; y porque no parezca que hablamos de gracia, tocaremos la definición de quién es cada una.

La virtud de la paciencia no es otra cosa sino un cuerpo cargado de dolores y un corazón martirizado con pasiones, el cual con un mesmo rostro sufre la adversidad y espera la prosperidad, como fueron el virtuoso Tobías y el santo Job, los cuales no sólo fueron pacientes, mas aun ejemplo de paciencia. La virtud de la constancia es cuando el corazón no se mueve de su buen propósito por trabajos que le vengan ni por infortunios que le sucedan, cuales fueron el santo José en Egipto y el buen Moisén en el desierto. La virtud de la magnanimidad es cuando un solo corazón osa emprender cosas que son muy graves de comenzar y muy peligrosas de acabar, como hizo David

[2] Matth. 10, 22; 24, 13.

con Goliat y Elías con Jezabel. La virtud de la longanimidad es cuando un corazón no se enoja ni aun desespera por mucho que los trabajos se le acrecienten y por más que los remedios se le alarguen, cuales fueron Judas Macabeo en la Sinagoga y el glorioso San Pablo en la Iglesia, a los cuales cada día se les disminuían los amigos y les crescían más los trabajos. La virtud de la fortaleza y perseverancia es cuando un corazón es tan esforzado y denodado, que ni en las tentaciones desmaya ni en hacer bien se cansa, cuales fueron el glorioso abad Antonio y el primer ermitaño Paulo, cuyas vidas parescían ser de ángeles y cuyos corazones no parescían ser de hombres. Y porque nuestro principal intento es decir las grandes excelencias de la perseverancia y de cuán necesaria nos es la fortaleza, diremos aquí qué es lo que los filósofos de esta virtud dijeron y qué es lo que los santos doctores sintieron.

San Agustín, *In De verbis apostoli,* dice: A mi ver, no es otra cosa la virtud de la fortaleza sino un amor intenso de que se prescia el corazón enamorado, con el cual intenso amor todas las cosas ásperas tolera hasta que alcanza aquello porque pena. Tulio, hablando de esta virtud, dice: Osaría yo decir que no es otra cosa la constancia y firmeza sino una heroica determinación con la cual el varón muy poderoso y fuerte sufre lo que le sucede y disimula lo que quiere. Lucio Séneca decía que tanta era la excelencia del hombre fuerte y animoso, que más fácilmente se tomaría una ciudad cercada que no un corazón esforzado. A este propósito, dijo el divino Platón: Los previlegios de la constancia son moderar la ira con mansedumbre, la envidia con el amor, la tristeza con la perseverancia y el temor con la paciencia. El glorioso Gregorio, sobre el Ezequiel, dice: La fortaleza del justo consiste en vencer la carne, en refrenar los apetitos, en resistir al demonio, en no creer al mundo, en menospreciar los deleites, en amar las cosas ásperas y en no huir de las que son peligrosas. San Crisóstomo, sobre San Mateo, dice: Es tan necesaria la virtud de la fortaleza, en que si a la justicia, y a la temperancia, y a la castidad, y a la prudencia hasta el cabo ella no las ayuda, en muy breve espacio las verán derrocadas por el suelo y aun puestas a todas del lodo.

Para comenzar alguna buena obra abasta tener cordura, para obrarla es menester prudencia, para seguirla requiérese potencia, mas para acabarla es menester gran constancia, porque la felicidad del buen piloto no consiste en saber regir el navío, sino en llegar con salud al puerto.

Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit [3], decía el Apóstol, y es como si dijese: En las batallas del Señor y de los siervos del Señor, ninguno será de sus manos coronado sino el que peleare legítimamente en el campo. Legítimamente pelea el que hasta el fin de la vida pelea, y bastardamente pelea el que desde el medio del camino se torna, y espuriamente pelea el que de miedo no entra en la batalla, e infamemente pelea el que a ninguna tentación hace resistencia; de manera que apenas le ha acometido, cuando se da ya por vencido. No promete el Señor la corona a los que de legítimo matrimonio nascieron, sino a los que legítimamente pelearon, y en tal caso diremos que legítimamente pelea el que en las virtudes tiene constancia y a las tentaciones hace resistencia; por manera que, como a hijo legítimo, le pertenesce la corona y mayorazgo. Damasceno, sobre estas palabras, dice: No promete Cristo su reino al que toma no más del bautismo, ni aun al que hace algunas obras de cristiano, sino al que permanesce en su servicio hasta el cabo, porque la corona del triunfo no la dan al que va a la guerra, sino al que alcanza la victoria. Poco aprovecha al labrador que are ni siembre la tierra si después no la siega y trilla de pereza; como sea verdad que el corazón del labrador no descansa cuando derrama el pan por el campo, sino cuando lo encierra en su silo. El caminante que deja el camino que comenzó y se torna a la posada de do salió pierde el tal lo que ha gastado y no le agradescen lo que ha sudado, porque al jornalero no le pagan el llevar la azada a la viña sino porque cavó de sol a sol en ella. La mujer de Loth tornóse en estatua de sal a causa que volvió a mirar a Sodoma, habiendo sido avisada que no volviese atrás la cabeza; en lo cual se nos da a entender que es tan malo el mundo de do salimos, que no sólo no quiere el Señor que le toquemos, mas aun ni que le miremos. Moisén y Aarón, muy constantes estuvieron en no condescender a los dones que les daba y a las amenazas que les hacía Faraón para que se quedasen en Egipto y no sacasen de allí al pueblo; de lo cual podemos inferir que, en caso de tornarnos al mundo y apartarnos de algún bien que hemos comenzado, no han de abastar ruegos de amigos ni tentaciones de enemigos. José, hijo de Jacob, gran constancia tuvo en no querer pecar con la mujer de su amo ella se lo rogando y él lo resistiendo; para darnos a entender que es menester muy mayor corazón para resistir a los vicios aparejados que no a los enemigos aparcebidos.

Al santo rey David, harto le desaconsejaban y aun le

---

[3] II Tim. 2, 5.

reprehendían todos sus hermanos para que se tornase a casa y no anduviese más en la guerra; mas el animoso mancebo no sólo no dejó las armas, mas aun hizo con el gigante Goliat armas, de lo cual podemos coligir que antes hemos de perder las vidas que tenemos que tornar atrás del bien que comenzamos. Nehemías y Esdras muy gran constancia tuvieron en la reedificación del templo que hacían; acerca de la cual obra, unos los amenazaban, otros los deshonraban, otros los contradecían y aun otros los estorbaban; para darnos a entender que se ha de tener por dichoso el siervo del Señor, que es muy gran señal de hacer alguna buena obra cuando topa con algún mal hombre que se la contradiga. Muy gran constancia tuvo el tío de la reina Esther, Mardoqueo, en no se querer humillar ni amistar con el superbo Amán a causa que era cultor de los ídolos y gran enemigo de los hebreos; en lo cual se nos da a entender que nos conviene mucho apartar y huir de los hombres que nos convidan a pecar y nos estorban a salvar. La excelente mujer Susana, muy constante fué en no querer consentir a los jueces de Babilonia a que violase el matrimonio y les consintiese el adulterio; en lo cual nos dió ejemplo que por miedo de la pena nadie cometa ninguna culpa, pues Dios nuestro Señor se tiene cargo de guardarnos la vida y aun de conservarnos la honra, como lo hizo a la bendita Susana.

Hemos, pues, querido contar todas estas historias para que en el servicio de nuestro Señor se esfuercen los buenos a ir adelante y teman los malos de tornar atrás. pues jamás el Señor desampara a los que le sirven ni se olvida de los que le siguen. Quien se acordó de enviar a consolar a Daniel que estaba en el lago de los leones encarcelado, ¿no se acordará, por ventura, de su siervo cuando le vea de los demonios tentado? San Anselmo, a este propósito, dice: Muy bien sabe el Señor lo poco que sabemos y aun lo poco que podemos, y pues esto es así, no desmayemos en servirle ni aflojemos en seguirle, pues tiene él capitulado con sus siervos que, haciendo ellos lo que pueden, hará él lo que quieren.

Non sumus sufficientes cogitare aliquid ex nobis tanquam ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est [4], dice el Apóstol; y es como si dijese: No tenemos licencia de pensar, ni menos de nos alabar, que por sola nuestra industria podemos hacer alguna buena obra, porque hemos en tal caso fielmente de creer que si en algo acertamos, es porque Dios nos alumbra, y si en algo erramos, es porque él nos desampara. Nadie debe comenzar alguna obra

---

[4] II Cor. 3, 5.

en confianza de las fuerzas que tiene o lo mucho que puede, porque si es en mano de los hombres el dar las batallas, en sola la de Dios es dar las victorias. Hugo, *De arra animae*, dice: Si quieres servir al Señor, no tienes razón de estar temeroso y mucho menos de andar asombrado, porque tiene él tan gran cuenta con sus siervos, que si permite que sean tentados, no consiente que sean vencidos. Licencia sacó de Dios el demonio para tentar al santo Job, y con tal condición le fué dada, que si le lastimase en la persona, no le tocase en el ánima; de manera que no muestra el Señor el amor que tiene a sus siervos en quitarlos de trabajos, sino en apartarlos de pecados. Pidió también licencia el demonio a Dios para ir a engañar al rey Acab, y de la manera que se la pidió así se la concedió; para darnos a entender que lo que va de los amigos a los enemigos de Dios es que a los que le sirven permite que sean tentados, y a los que le ofenden, consiente que sean engañados. ¡Oh buen Jesús, oh amores de mi alma!, yo, Señor, consiento en que tú consientas sea yo tentado, atribulado y abatido con el santo Job con tal que no sea engañado y vencido con el rey Acab, porque no hay igual indicio de ir nosotros perdidos que consentir tú que seamos del demonio engañados.

Qui tangit vos, tangit pupillam oculi mei [5], dijo Dios por el profeta Zacarías; y es como si dijera: El que me tocare en uno de mis escogidos, ha de pensar que me toca en las niñetas de mis ojos. ¿Qué requiebro más delicado ni qué palabras más encarescidas se podrían hoy decir unos enamorados a otros que la que dice Cristo a sus escogidos? La cosa más estimada del cuerpo es la cabeza, y de la cabeza son los ojos, y de los ojos son las niñetas; de manera que como el amor de Cristo es excesivo, quiso Dios excesivamente compararlo. No vaca de alto misterio que no comparó Dios a sus escogidos a los pies ni a las manos, sino solamente a las niñetas de los ojos, porque en los pies y en las manos súfrese tener polvo y lodo, mas en las niñetas de los ojos no se sufre ni aun un solo tamo; de manera que el que quisiere de Dios ser guardado, ha de estar limpio como lo está el ojo. Como hijos regalados, pedimos cada noche al Señor en las completas: *Custodi nos, Domine, ut pupillam oculi* [6]; es a saber, que nos guarde como a las niñetas de los ojos y que nos abrigue debajo de sus alas; lo cual él hace y cumple cuando no nos deja en los pecados caer y que después de caídos nos ayuda a levantar. San Bernardo, a este propósito, dice:

[5] Zach. 2, 8.
[6] Ps. 16, 8.

No se debe presciar de cristiano ni aun de ser perfecto religioso el que deja de servir al Señor por miedo de no ser tentado o por miedo de no ser socorrido, porque quiere Dios tanto a sus escogidos, que siempre los mira para ver lo que le dicen. ¡Oh cuántas gracias han de dar al Señor los buenos cristianos!, pues por aquellas palabras de *Oculi Domini super iustos, et aures eius ad preces eorum* [7] se les prefiere y obliga de mirar los trabajos que padescen y de oír los ruegos que le hacen.

«Debilis est hostis, et non vincit nisi volentem», dice el glorioso Agustino, y es como si dijera: Es el demonio tan flaco y dejóle el Señor tan inhabilitado, que a nadie puede vencer sino al que no le osa resistir. A las puertas del corazón está llamando Cristo y está llamando el demonio, y en nuestra mano está el rescebir al uno y el no abrir al otro; de lo cual podemos inferir que ni el demonio puede entrar en nuestra ánima si no le admitimos ni Dios se sabe ir del corazón si no le despedimos. ¡Oh triste de mí!, ¿y qué será de mí cuando tú, mi buen Jesús, me pidieres cuenta de que me guiaste y no te seguí, y me avisaste y no te creí, y me llamaste y no te respondí, y me hablaste y no te conoscí, y aun me tocaste y no lo sentí? San Ambrosio, sobre aquella palabra del Salmista *Cum ipso sum in tribulatione* [8], dice así: No sólo se halla el Señor con los suyos cuando comen y cuando duermen, mas aun, si le quisieren llamar y un poco esperar, cuando están atribulados, no sólo los sacará de allí consolados, mas aun muy honrados. San Jerónimo dice: En esto verás, cristiano, que te quiere Dios más que a todos, pues se obliga a hacer por ti más que por todos; lo cual paresce claro en que los amigos nos ayudan a gastar los dineros que allegamos y Dios nos ayuda a sufrir los trabajos que padescemos. El glorioso Gregorio, sobre el Ezequiel, dice: Cuando Cristo dijo: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur* [9], no puso la bienaventuranza en lo que los hombres lloraban, sino en la consolación que por el llorar esperaban; de manera que el siervo del Señor no ha de mirar la tentación que del demonio sufre, sino el premio que de Cristo espera. Si, estando el cielo sereno y el tiempo seco, osa el labrador arrojar su trigo en el puro polvo, ¿cómo no osas tú, cristiano, ponerte en las manos de tu Cristo? *Ecce venio cito, tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam,* dijo Dios al obispo de Filadelfia en el capítulo 3 del Apocalipsi [10]; y es como si dijera: Mira que ven-

[7] Ps. 33, 16; I Petr. 3, 12.
[8] Ps. 90, 15.
[9] Matth. 5, 5.
[10] Apoc. 3, 11.

dré muy presto, y por eso aprieta y guarda lo que tienes en la mano, porque de otra manera tomarte ha otro la corona y cetro, y quedarte has tú del todo burlado. ¿Qué otra cosa es aconsejarnos Cristo que guardemos lo que tenemos en la mano sino avisarnos y amonestarnos a que perseveremos en las buenas obras que hemos comenzado?

Dime, yo te ruego: el beneficio de haberte Dios criado de no nada, y el haberte redimido con su preciosa sanbre, y el haberte sacado del mundo y traído al monesterio, ¿no son por ventura mercedes éstas para que las guardes y aun para que las agradezcas? Terrible sentencia y gravísima amenaza es la que el Señor nos pone aquí; es a saber, que si no tuviéremos en las buenas obras perseverancia, que perderemos la corona de la gloria; de manera que si no quisiéremos ser buenos por amor, lo seamos siquiera por temor. No vaca de misterio que primero dijo: *Ecce venio cito*, que no *ut nemo tollat a te coronam;* para darnos a entender que está el Señor aparejado de venir en nuestra ayuda si nos esforzamos a perseverar en la buena obra. Teniendo, pues, a tan buen Señor a tu lado y en tu ayuda, ¿por qué temes de emprender alguna buena obra? *Ego sum alpha, et omega,* dijo Dios (Apocalipsi, c. 1)[11]; como si dijera: Yo soy el principio y yo soy el fin; es a saber, yo sólo soy el que doy gracia para que las buenas obras se comiencen y yo sólo soy el que me hallo allí con ellas para que del todo se acaben. El mundo y sus mundanos, la carne y sus vicios, el demonio y sus engaños son los que nos meten en los trabajos y después nos desamparan en ellos, que Cristo nuestro Dios a nadie encamina en hacer alguna buena obra que no le dé gracia para que al fin salga con ella. San Bernardo, sobre los Cánticos, dice: ¡Oh cuán gloriosa eres, oh perseverancia!, pues de ti sola se puede decir que eres amparo de las virtudes, vigor de las fuerzas, ñudo de las amistades, lazo de la vanidad, defensión de la santidad, hija de la constancia, amiga de la paz, medianera del premio y corona del trabajo.

---

[11] Apoc. 1, 8.

FRAY MIGUEL DE MEDINA

INFANCIA ESPIRITUAL

EXERCICIO de la verdadera y Christiana humildad: donde se da forma al hombre Christiano, de qualquier estado que sea, como desterrado todo genero de soberuia y altiuez deste mundo, pueda no solamente aprouechar en esta virtud, pero venir a la cumbre y alteza de su perfection.

Compuesto por el Maestro Fray Miguel de Medina dela orden de sant Francisco, Guardian de sant Iuan delos Reyes de Toledo, a peticion de vna persona religiosa y generosa.

¶Va este tratado diuidido en siete libros, cuya materia y summa contiene vna breue tabla de libros y capitulos, que el autor pone al principio dela obra. Declaranse en ellos muchos lugares dela diuina escritura: tratanse muchas materias, assi de doctrina Christiana, comomo quasi de todas las disciplinas y sciencias, tan llana y familiarmente, q̃ no solo seran prouechosas, pero gustosas a todo genero de gente.

Discite a me quia mitis sum & humilis corde. Math. 11.

¶En Toledo en casa de Iuan de Ayala. Año. 1570.
¶Con priuilegio.
¶Esta tassado en quatro reales y medio en papel.

INTRODUCCION

FRAY MIGUEL DE MEDINA
(1489-1578)

Este *Nuevo Hércules de la Teología*, como Sixto Senense le llamó [1], y *Coloso Minorita Sabio* [2], fué uno de los hombres más extraordinarios de su siglo, no sólo en España, sino del mundo entero. Fué grande siempre, en los tiempos adversos y en los prósperos.

De familia noble, vino al mundo en Benalcázar, estudiando humanidades en Córdoba. Ingresó en la familia franciscana a los veinte mayos, y pasó a cursar en Alcalá. Se doctoró en Toledo. «Era su memoria rara y admirable; su entendimiento, claro, sutil y comprehensivo; y como la divina Providencia le había dotado de afabilidad y humildad grande, hizo que todos pusieran en él sus afectos y sus cariños» [3]. Cuando los vientos rebramen en contra suya, su *humildad grande* le será necesaria para salir triunfante, con el divino auxilio. Como inspirado por Dios, escribió tres pulquérrimos libros sobre la humildad, como luego diremos, para que la consideración profunda sobre la misma le sirviese más adelante de tabla de salvación.

Las lenguas latina, griega, hebrea y caldea poseíalas «con tal perfección que la[s] hablaba como la suya nativa castellana» [4].

Felipe II pidió informes a la Universidad de Alcalá para enviar al concilio de Trento a uno de sus doctores, y «por parte de la Universidad se le propuso en primer lugar a

---

[1] *Bibliotheca*, l. 4, ubi de Ioanne Fero agit.

[2] Fr. Diego Alvarez, *Memorial ilustre de los famosos hijos del real, grave y religioso convento de Santa Maria de Jesús (vulgo San Diego de Alcalá)*, l. 2, c. 13 y 7, p. 190.

[3] Ibíd., l. 2, c. 3 y 4, p. 183.

[4] Ibíd., l. 13, p. 184.

nuestro venerable Fr. Miguel de Medina, como sujeto el más versado en Sagrada Escritura y en varias lenguas»[5]. Antes (1558), habíase granjeado el aplauso y admiración del claustro de profesores concurriendo a la cátedra de Sagrada Escritura, cátedra que ganó, considerándosele *sujeto único*. Su lección fué impresa en 1560 en Alcalá.

En el concilio demostró sus hercúleas fuerzas teológicas, escribiendo como el que más y con asombrosa profundidad y erudición. Granjeóse, como no podía menos, el aprecio y amistad del cardenal Juan Gallo, de la ínclita Orden dominicana, el cual dió testimonio del P. Medina, diciendo: «Que el Rvmo. P. Medina, él solo podía ilustrar el concilio, y que tenía en él la Iglesia católica gran defensor de la fe contra sus enemigos»[6]. De vuelta a Toledo, decoráronle con el título de *Defensor y Padre de las Religiones*[7].

En el Capítulo general de su Orden celebrado en Roma el año 1571 fué candidato para ministro general y consiguió 34 votos, no saliendo electo por la oposición que le hicieron algunos, los Descalzos. Promovió y defendió la cuestión de que en todas las Provincias hubiera, a lo menos, tres conventos de *gramática, artes y teología*. San Pío V ordena que se quede en Roma para que tome parte en la reunión de los cardenales, a fin de que contribuya con su saber y erudición a la impugnación de las *Centurias* de Magdeburgo. Se le mandó que escribiese contra las mismas. Cuando regresaba a España, se le comunicó al nuncio que, tanto si lo pedía el P. Medina como si no lo pedía, se le exonerase de todo cargo, para que emplease sus talentos en defensa de la fe y de la Iglesia.

Pero sus enemigos se la tenían bien preparada (había escrito contra Domingo de Soto en defensa de Juan Wild (Ferus), y en 1572 fué detenido por el Tribunal de la Inquisición. Seis años duró el proceso, que tuvo en suspenso y en expectativa al mundo entero. Decididamente estuvo de su parte el P. Fr. Francisco Ortiz.

El trabajo del Maestro Fr. Miguel de Medina en defensa de Fr. Juan Fero (Wild) habíalo emprendido por encargo del inquisidor general de España, Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla, y salió «con la aprobación de Fr. Luis de León, ilustre agustiniano, y de otros doctores»[8]. Pero como sus enemigos eran grandes y poderosos, sucumbió. Menos mal que el Sacro Tribunal, aunque tarde, hízole

[5] Ibíd., p. 186.
[6] Ibíd.
[7] Ibíd., p. 187.
[8] Ibíd., p. 188.

justicia, declarando su inocencia después de haber fallecido.

Sintiéndose morir, solicitó que se le trasladase al convento de San Juan de los Reyes (Toledo), solicitud que fué atendida. A la sazón contaba ochenta y nueve años. El cedro se había inclinado; la humillación y el sufrimiento habían sido grandes. La humildad, sobre la que tanto y tan bien había escrito, fué su refugio y su consuelo.

El traslado de la cárcel al convento fué un acontecimiento memorable y de singular emoción: «No cabe en el hipérbole el regocijo de los ciudadanos de Toledo: las hachas en puertas y ventanas, su acompañamiento de multitud de gentes con antorchas en las manos; el grito, ruido y clamor con que le aclamaban *el inocente y el sufrido*. Bendecían y alababan al Señor por haber declarado su inocencia; y al día siguiente todas las Religiones hicieron procesiones por sus claustros, entonando con júbilos, en acción de gracias, el *Te Deum laudamus*» [9].

Finalmente, el día primero de mayo de 1578, confortado y consolado, pidió, y fuéronle administrados, los Santos Sacramentos, que recibió con devoción suma, y, recogido en espíritu, dijo animosamente aquellas palabras del Salmo: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum* [10], entregando a Dios su alma plácidamente. «Aquella nobilísima imperial ciudad de Toledo expresó mucho su sentimiento en su muerte; asistió constante a sus exequias» [11].

Muchas obras escribió este atleta del espíritu, publicándose unas y quedando otras inéditas, que tantos sudores y dispendios costaron. En castellano escribió tres obras, que reunió en un volumen el año 1572: *Exercicio de la verdadera y christiana humildad; carta en la cual se declara aquel dicho de Christo en el cap. XVIII de sant Matheo: si no os volviéredes en niños, no entrareys en el reyno de los cielos;* y *Tratado de la christiana y verdadera humildad*. La primera es un estudio en siete libros, en los cuales se da forma para que el hombre cristiano, de cualquier estado que sea, destierre la soberbia y altivez de este mundo y alcance la alteza y cumbre de su perfección. En la segunda expónese la doctrina de la infancia espiritual, por vía de humildad, que supone virilidad grande de espíritu. En la tercera «se habla de la naturaleza, exce-

[9] Ibíd., p. 188.
[10] Ibíd., p. 189.
[11] Ibíd.—Para los más recientes datos biográficos sobre el P. Medina, cf. FR. BUENAVENTURA OROMÍ, *Los franciscanos españoles en el concilio de Trento*, en *Verdad y Vida*, n. 15 (1946), pp. 492-505. Madrid.

lencias, propiedades y fructos desta santa virtud, y se descubre la fealdad y malicia de la soberbia». En la fuerza del discurso, en la profundidad de las ideas, en el modo de recurrir a las Sagradas Escrituras y de interpretarlas, en la sobriedad con que recurre a los Santos Padres y Doctores, así como a las ciencias profanas, nos recuerda al gran maestro y singularísimo escritor Fr. Luis de León.

Reproducimos, como muestra de tan soberano ingenio, la *Carta*, joyel de oro, en el que el P. Medina vacía su saber sobre un delicado pasaje evangélico. Véase:

[INFANCIA ESPIRITUAL]

A la muy ilustre señora la señora doña Antonia Pacheco y de San Francisco, etc., abadesa del monesterio de la Concepción, de Escalona, fray Miguel de Medina, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Declárase aquel lugar de San Mateo en el capítulo 18, 3-4: Nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum. Itaque, quicunque se humiliaverit, sicut parvulus iste, hic maior est in regno caelorum: *Si no os convirtiéredes y fuéredes hechos pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos. Así que el que se humillare como este niño, éste será mayor en el reino de los cielos* *.

Muchas veces, muy ilustre señora, me ha pedido y mandado vuestra señoría le escribiese en lengua vulgar algunas cosas espirituales, en que ocupase algo del tiempo que de los demás ejercicios religiosos le sobra. No porque carezca vuestra señoría de noticias de lengua latina, con la cual se pueda espaciar bastantemente por los escritos y libros de los santos, sino según creo por ejercitarme en nuestra propia lengua española, de cuya pobreza de libros y lición espiritual suele hacer muchas veces gran sentimiento, quejándose, y no sin mucha razón, del poco caso que de ella hacemos los mismos españoles; tiniendo todas las demás naciones sus lenguas tan enriquecidas no solamente de libros nuevos que cada día hacen, así en cosas espirituales como casi en todas las disciplinas, pero habiendo de latín, griego y otras lenguas traducido en ella lo mejor de la antigüedad. Heme excusado siempre por mis continuas ocupaciones en escribir cosas de latín, a parecer

---

* En *Tratado de la cristiana y verdadera humildad*, fols. 1-55 (Toledo 1570).

de algunos necesarias en estos tiempos, no sólo para nuestra nación, pero para las demás católicas, que hoy, por el secreto juicio de Dios, padecen el ímpetu y furor de las herejías luteranas; y también porque hay otros que pueden hacer y hagan esto mejor que yo en estos reinos, por el ejercicio que de este género de escritura tienen. Y lo que es más principal, porque jamás me he persuadido que podría hacer cosa digna del juicio de vuestra señoría y que le satisfaciese. Y esto no es lisonja, sino certísima persuasión mía, concluída y colegida de diversas pláticas que con vuestra señoría en cosas de Dios he tenido; donde fuera de la agudeza de ingenio que Dios le dió, fácilmente he visto cuánto vale el ejercicio de la oración y cōntinuo estudio de las cosas espirituales en que siempre se ejercita. Como quiera que ello sea, ya no es razón de dilatar más el deseo de vuestra señoría, sino hacer sencillamente lo que me pide y manda, y si no aprovechare mi trabajo de algo, a lo menos recibirse ha mi voluntad y deseo.

Pregunta vuestra señoría qué quiere decir Cristo en el capítulo 18 de San Mateo cuando, habiéndole preguntado sus discípulos quién fuese el mayor del reino de los cielos, llamando a un niño pequeñito, les responde: Dígoos en verdad que si no os volviereis niños, no entraréis en el reino de los cielos [1]. Parece que quiere vuestra señoría con esta pregunta necesitarme a que escriba algún largo tratado en que se trate de toda la vida cristiana y de sus partes, pues comienza del fundamento y cimiento de toda ella qué es de aquello que juzga Cristo nuestro Señor por necesario para entrar en el reino de los cielos. Porque antes de esta pregunta, ninguna se puede hacer, y ésta es el fundamento de todas las que en todo el negocio de la vida cristiana pueden formarse. Los santos apóstoles y discípulos de Cristo, aun no purgados de la escoria de la carne y sus afectos, habiendo visto que Cristo nuestro Señor había dado algunos favores, a su parecer demasiados, al bienaventurado apóstol San Pedro, como haberle poco antes dado las llaves del reino de los cielos [2], y mandado que por sí y por el mismo Cristo pagase cierta moneda milagrosamente hallada en la boca de un pece a los cogedores del tributo de César [3], y viendo que el mismo Cristo, queriendo mostrar su gloria en la transfiguración, había llamado a solos tres apóstoles: San Pedro, Santiago y San Juan. Comenzaron a contender entre sí del primado y mayoría de aquel reino de los cielos que el Hijo de Dios les predicaba, y pór quien habían dejado sus haciendas; sospechando que,

[1] Matth. 18, 2.
[2] Matth. 16, 27.
[3] Matth. 17, 27.

pues aquellos favores no se hacían a todos, San Pedro o alguno de aquéllos había de ser el mayor y más privado de Cristo. San Lucas dice que primero lo trataron y revolvieron en su pensamiento. Entró, dice, un pensamiento en ellos, cuál de ellos fuese el mayor [4]. San Marcos escribe que no paró aquí, sino que vino este pensamiento ambicioso a tratarse y altercarse entre ellos. Dice que, llegando a la ciudad de Cafarnaún, habiéndoles visto Cristo venir entre sí altercando en el camino, les preguntó: ¿Qué tratábades en el camino? Pero ellos, habiendo vergüenza de Cristo, callaron, y la razón fué (dice el evangelista) porque en el camino habían tratado y disputado cuál de ellos fuese el mayor [5].

Debe de ser este negocio de gran importancia, pues con tanta diligencia tres evangelistas le cuentan. Y así es cierto que en toda la doctrina evangélica y en todo lo que el Espíritu Santo reveló para la salvación de los hombres, ninguna cosa hay de mayor importancia como la que en este lugar se enseña, que es la santa humildad, fundamento de toda la vida cristiana y sin la cual nada puede agradar a Dios en los hombres. A esta causa, el Hijo de Dios nuestro Señor, en el principio de su doctrina evangélica, en aquel sermón del monte, en el cual copiló y abrevió toda la suma de la vida cristiana, como exordio y principio de toda ella, en el principio beatificó los pobres de espíritu; como si claramente nos diera a entender que, sin esta santa virtud, todo lo demás de la vida cristiana ninguna cosa valía ni aprovechaba a los hombres. Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos [6]. Pobres de espíritu, conforme al común sentido y entendimiento de los Santos Padres, son los humildes y vacíos de vanos pensamientos, viento e hinchazón de este mundo. Espíritu allí donde no quiere decir el Espíritu Santo, sino viento; como en el capítulo tercero de San Juan, donde hablando Cristo con Nicodemo, le dice el Espíritu donde quiere espira, y oyes sus voces y no sabes dónde vaya ni dónde venga. Maravíllase Nicodemo de una general sentencia que Cristo había pronunciado, diciendo que el que no fuese reengendrado y renacido de agua de Espíritu Santo no entraría en el reino de los cielos: y parecíale que quería Cristo sentir que era necesario que los hombres tornasen a entrar en los vientres de las madres y nacer de nuevo. Respóndele Cristo: No te maravilles de lo que te digo, que el viento donde quiere sopla, y oyes su ruido, y no sabes dónde va ni de dónde viene; así, ni más

[4] Luc. 9, 46.
[5] Marc. 9, 33-34.
[6] Matth. 5, 3; Luc. 6, 20.

ni menos, es todo aquel que nace de espíritu [7]. Como si dijese: Ninguna cosa hay que más se sienta que el viento, que nace de donde quiere; porque no nace siempre de una parte, y oyendo su voz y ruido, no sabes determinadamente de qué lugar se levanta, aunque en general sepas que viene de oriente o de occidente. Pues si esta cosa tan palpable no alcanzas, tampoco alcanzarás qué cosa sea este nacimiento espiritual, que en el estado evangélico es necesario a los hombres. De manera que pobres de espíritu no son otros que los humildes, vacíos del viento e hinchazón de este mundo y de sí mismos.

Hay aquí, en este lugar evangélico, muchas cosas que notar. Lo primero, el proceso y discurso de la miseria y caída del hombre y cómo vienen, finalmente, los pecados a ponerse por obra. San Lucas dice que pensaron solamente este negocio de la mayoría. San Marcos, que pasaron adelante y que lo trataron y disputaron. San Mateo, que no pararon aquí, sino que *accesserunt ad Iesum*, que se llegaron a Cristo a preguntárselo, diciendo: ¿Quién piensas que es el mayor en el reino de los cielos? Son éstos los tres grados y estados del pecado, que primero se celebra dentro del corazón del hombre, después brota y sale por la boca en pláticas desordenadas y malas y, finalmente, viene a ponerse por obra. Así, aquel malaventurado discípulo Judas, que vendió a Cristo, primero aposentó al diablo dentro de sus entrañas; como dice el bienaventurado San Juan Evangelista: Habiendo el diablo puesto en su corazón que lo vendiese y entregase [8]. Y después fué a los príncipes de los sacerdotes y les dijo: ¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré? [9] Y después, finalmente, los guió al huerto y entregó a Cristo en manos de sus enemigos. Sacamos de aquí dónde hayan de esperarse los pecados y dónde se les haya de cortar la cabeza, que es en el pensamiento y en la imaginación. Dichoso (dice el bienaventurado San Jerónimo escribiendo a la virgen Eustochio) el que arroja sus pensamientos cuando son pequeñuelos y los quebranta en la piedra que es Cristo [10]. Ningún remedio hay en toda la vida cristiana tan eficaz y de tanta fuerza para atajar los pecados como quebrantarlos luego, cuando comienzan a crecer en el alma, con el golpe de esta santa piedra, divirtiendo la imaginación y pensamiento con algún ejercicio espiritual a la vida de Cristo. Del que esto no hace, David dice que concibe dolor y pare maldad [11]. Porque el pensamiento del

---

[7] Ioan. 3. 3-8.
[8] Ioan. 13. 2.
[9] Matth. 26. 14-15; Marc. 14. 10; Luc. 22, 4.
[10] Hieron. *Lit. ad custod. virg.*
[11] Ps. 7, 15.

hombre es la fragua donde se forjan todos los pecados.

Luego el verdadero y buen cristiano, si le acometiere la soberbia, ocurra con la meditación de la propia miseria y de la humildad de Cristo; el cual, como estuviese en forma de Dios (dice el bienaventurado San Pablo), se vació de sí mesmo, tomando forma de siervo, y humillóse a sí mesmo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz [12]. Si le apretare la avaricia, arroje luego este pensamiento a la piedra que es Cristo, el cual, como fuese rico, se hizo necesitado y pobre por nosotros, como dice el mesmo apóstol [13]. Si le combate el enemigo doméstico de la carne, arroje luego y quebrante este pensamiento en Cristo antes que crezca, pensando su pureza y limpieza, y ponga delante su cruz y tormentos, que son espantosos a la misma carne. Si le acomete la ira y furor desordenado, mire la mansedumbre y paciencia de Cristo, el cual (como dice el bienaventurado San Pedro), siendo blasfemado, no maldecía, y padeciendo, no amenazaba con la venganza [14]. Y así de los demás pecados que suelen combatir la vida cristiana. Y porque pienso escrebir a vuestra señoría un tratado de la razón y manera de atajar los pecados, no quiero ser en esto más largo.

Lo segundo que aquí es razón de considerar es la dulce y suave providencia de Dios, que para nuestra edificación y consuelo permite que gente tan fundada en santidad, tan llena de la noticia y conocimiento de Dios, elegidos de Cristo para príncipes y caudillos de la doctrina cristiana y de su Iglesia, y lo que es más que todo, tan puestos por el mismo Cristo por palabra y por ejemplo en el menosprecio de las honras del mundo, caigan en una flaqueza como ésta; y no una vez, sino muchas. Porque aunque San Mateo, en este capítulo 18, y San Marcos, en el noveno, y San Lucas, en el mesmo, parezca que refieren una mesma historia y hecho, pero lo que trataron estando Cristo propincuo a la muerte (lo cual cuenta San Lucas a los 22 capítulos) no puede ser una misma historia con ésta, sino diversa. Allí llegó el negocio a más que duda o pregunta, como en este lugar hicieron; y claramente dice el evangelista que *facta est contentio inter eos* [15], levantóse un alboroto entre ellos, quién como mayor había de suceder en el gobierno de la Iglesia después de la muerte de Cristo; y allí no se llamó niño para rebatir su ambición y soberbia, sino llanamente Cristo les declara cuán engañados estaban en medir su reino por el reino de los hom-

12 Phil. 2, 6-8.
13 II Cor. 8, 9.
14 I Petr. 2, 23.
15 Luc. 22, 24.

bres, donde sólo vale la potencia y grandeza del mundo. Los reyes (dice) de los gentiles, que carecen de verdadero conocimiento de Dios, enseñoréanse de sus vasallos y criados; y los que tienen esta dignidad y poderío, haciéndoles mercedes, son llamados magníficos y bienhechores.

Pero vosotros no así, antes el que es mayor entre vosotros, sea como siervo vuestro y ministro [16]; y a esto los exhorta con su ejemplo. También otra vez San Marcos, en el décimo capítulo, y San Mateo, en el 20, cuentan aquella historia, donde los hijos del Zebedeo, habiendo Cristo denunciado su muerte, o por mejor decir, yéndola ya a rescebir, pusieron por intercesora a su madre que les diese al uno la diestra y al otro la siniestra. De manera que en toda la historia evangélica no leemos algún vicio haber acometido tanto como esta maldita polilla de las virtudes y vida cristiana a los santos apóstoles. Y es así cierto que éste es el vicio más familiar a la gente religiosa y dedicada a Dios, conviene a saber, la ambición y soberbia. ¡Oh, cuántos he visto que casi sin trabajo reprimen la gula, castigan su carne y la ponen debajo de los pies del espíritu; no sólo dan limosnas largamente de lo que tienen, pero dejándolo todo, se ponen debajo del yugo de la vida religiosa; enflaquecen sus cuerpos con espantables y prodigiosas abstinencias, y al fin triunfa de ellos un vano deseo de mandar a los otros y de ser en todo a ellos preferidos. Críase este maldito vicio entre la hambre y desnudez, y no le espanta el andar descalzo, ni el ayunar, ni el repartir ni dar su hacienda a los pobres, ni aun el hacer milagros; antes, donde hay estas cosas, más fuerzas cobra para derribar al hombre. Este es el último vicio con que los siervos de Dios pelean, y son pocos y muy perfectos y valerosos los que una vez u otra no derriba. Este es el que, vencidos los demás, acomete de nuevo, y tan escondida y maliciosamente, que algunas veces aun de los muy santos y muy perfectos no se siente hasta que ha degollado la triste del alma. De aquí es que, habiendo Cristo vencido la tentación de la gula y habiendo ayunado cuarenta días, le acomete el tentador con la vanagloria y apetito de alabanza humana, diciendo que, si era Hijo de Dios, se arrojase del pináculo del templo, para que todos le viesen y le tuviesen por más que hombre [17]. San Juan Bautista, después del triunfo de todos los vicios, después de la aspereza de la vida, le tienta por los legados de los sacerdotes el mismo, preguntándole si es Cristo o si es profeta, etc. [18] Que frecuente y ordinaria cosa es los muy santos y perfectos ser tocados de ambición, de un de-

16 Matth. 20, 25-27; Marc. 10, 42-44.
17 Matth. 4, 5-7; Luc. 4, 9-12.
18 Ioan. 1, 19-21.

seo de ser alabados, de una complacencia y agrado de sí mesmos y, finalmente, de una arrogancia y soberbia espiritual, con que vienen a persuadirse que viven muy bien y casi a decir con San Pablo: *Buena pelea he peleado, acabado he mi curso, guardado he la fe; de lo demás, guardada me está la corona, la cual me dará el justo juez* [19]. Que ordinaria cosa es ver muchos que después de muchos trabajos y buenas obras vienen a desvanecerse con aquel loco fariseo que decía: *Hágote gracias, Señor, que no soy como los demás hombres, usurpadores de la hacienda ajena, injustos y adúlteros, como este publicano; ayuno dos veces en la semana y doy décimas de todo lo que poseo* [20].

Y es la santidad de éstos de tan poco valor acerca de los ojos de Dios, que el pobre publicano, que por su pobreza de buenas obras y mala conciencia no osaba alzar los ojos al cielo, le lleva y gana la corona de la gloria. De estos tales se dice en el libro de la revelación del bienaventurado San Juan Evangelista: *Dices: rico soy de bienes espirituales y no me falta nada, como sea verdad que eres pobre y miserable* [21]. Luego deja Cristo caer en este vicio de la ambición y soberbia sus santos apóstoles y discípulos para instrucción y consolación nuestra. Instrucción, viendo que en ningún estado, por perfecto que sea, hay seguridad. Consolación, porque pues Cristo toleró en los suyos estas miserias, también las tolera en nosotros, que somos más flacos y quebradizos; y mucho más las que fueren de su género y naturaleza menos dañosas y ofensivas al alma que la ambición y soberbia. Advierta cada uno, mientras más espiritual y perfecto, que tiene más necesidad de guardarse de la traición de este vicio y que aquí se verifica lo que dice San Pablo: *No tenemos pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y poderíos, contra los regidores del mundo de estas tinieblas, contra las cosas espirituales de maldad* [22]; por los cuales nombres entiende la muchedumbre de enemigos espirituales del alma, que suelen atizar en ella esta peligrosa tentación. La carne y la sangre fácilmente se vencen, mas esta tentación no se vence antes que el hombre perfectamente triunfe del demonio, que es el autor de ella. Las tentaciones humanas fácilmente se sienten, y si alguna vez el hombre cayere, ellas se traen consigo por su bajeza el pesar y dolor; mas éstas, por ser tan espirituales y subtiles, como quien las levanta, ni cuando vienen se sienten ni después de que han herido el alma, aun de los muy ejercitados, se alcanzan. Las tentaciones

19 II Tim. 4, 7-8.
20 Luc. 18, 11-12.
21 Apoc. 3, 17.
22 Eph. 6, 12.

humanas, con las virtudes se destierran; éstas, a las mesmas virtudes toman por instrumento. ¡Oh, cuántos vemos cada día que sólo se conservan en el ejercicio de la penitencia por no caer acerca del mundo de su opinión y porque no los tengan en menos de lo que los han tenido!

Cuántos vemos que andan casi desnudos y descalzos, muertos de hambre y de sed, y que casi en la cuantidad y cualidad de los trabajos nos parece que podián competir con San Pablo; y esto sólo por una extraña vanidad y deseo de ser estimados del mundo loco, que fácilmente se dejan engañar de cualquier apariencia de santidad. Cuántos hay que se van al infierno por vías difíciles y ásperas, pudiéndose ir por lo llano holgándose. A esta causa, nos amonesta tan cuidadosamente Cristo que, haciendo buenas obras de aquellas que los hombres pueden alabar, nos escondamos y huyamos de lo público. *Cuando haces limosna,* dice, *no sepa tu siniestra lo que hace tu diestra* [23]. Cuando ayunas, lava tu rostro y unge tu cabeza, porque parezcas más que estás de fiesta que de ayuno [24]. Cuando orares, no vayas a las plazas públicas para que te vean y alaben los hombres, sino éntrate en tu palacio y allí ora a tu Padre celestial, y él en escondido te concederá tu petición [25]. Quiere Cristo guardar nuestras buenas obras de esta maldita carcoma de la vanidad y soberbia, y no quiere que se nos desvanezcan entre las manos. Por esta causa, habiendo él de ayunar, se fué al desierto, para instruirnos que en nuestras buenas obras sólo queramos a Dios por testigo, pues le queremos sólo por pagador. Eligió Cristo lugar desierto (dice San Cipriano) [26], porque los ayunos sólo han de tener a Dios por juez. Y este género de ejercicios y peleas espirituales a sólo Dios han de tener por padrino y ayudador. En ningún género de pelea se pelea más peligrosamente. A ningún ejercicio cristiano lisonjea la vanagloria tanto como al ayuno. A ninguna virtud halaga tanto el favor de los hombres. A los sudores de los ayunos, luego se ofrece la importuna alabanza y penetra el ánima con puntas agudas, y ensalzándola, la ablanda, y untándola, la punza y penetra. Vuelve la virtud en hipocresía y pervierte y asuela la buena obra que se había comenzado sencillamente. Roe como polilla lo que estaba entero. Arranca los fundamentos de la santidad y destrúyelos. Subtilísimo mal, que ahoga al hipócrita con su propio lazo y acomete la santidad con sus propias armas. Las armas de la santidad son los ayunos y penitencias, y con éstos el diablo la acomete y derriba,

23 Matth. 6, 3.
24 Matth. 6, 16-18.
25 Matth. 6, 5-6.
26 S. Cipriano, *In ser. de ieiunio Christi.*

convirtiéndolo todo en hipocresía y vanidad farisaica. El castigo de la carne hincha y ensoberbece el espíritu, y la amarillez del rostro engorda al soberbio y desvanecido con ayunos. El menosprecio de sí mismo anda a caza de honra y la hambre y desventura se harta con alabanzas. La desventurada ánima que está ya ocupada con esta ponzoña, en la miseria halla deleites, y ocupada con esta sarna, se deleita en las llagas; finalmente, lo que era religión se hace superstición, y tras esto viene la ambición afeitada. Porque es propio de los tales pechos vacíos de Dios, en pago de su desventura y miseria, desear luego honras.

Acabado y muerto el espíritu con la ambición, queda a los tales una imagen y forma sin ánima. Es tanta la locura de los que con este proceso se vienen a hacer hipócritas, que tienen el hedor por olor, las cosas preciosas por viles y las ásperas por suaves. Todo esto es de San Cipriano. Y lo mismo que dice del ayuno, entienda vuestra señoría de cualquier obra de santidad y virtud que pueda roer la arrogancia y vanagloria. Ser este vicio el más dañoso y pernicioso para el ánima y que más peligrosamente impide la salvación del hombre, dánoslo a entender Cristo en todo el discurso de su predicación evangélica, pues contra ningún género de gente tanto se ensañó e indignó como contra fariseos, saduceos, sacerdotes, etc., los cuales, aunque se preciaban de la observancia de la ley mosaica, en tanta manera que la traían en la cabeza y vestidos, etc., eran pero tocados de la enfermedad de la vanidad y arrogancia; y a éstos antepuso siempre los publicanos y rameras, etc. Porque ama Dios más, o a lo menos aborrece menos, un corazón humilde y sencillo, aunque pecador, que no un soberbio y altivo justo en sus ojos propios.

De aquí es oue muchas veces Dios nuestro Señor permite que sus electos sean tentados en la vida presente de algunos vicios menores, y aun que caigan en ellos algunas veces, porque con presumir de sí poco no caigan en este abominable vicio de la altivez, vanidad y soberbia espiritual. San Pablo dice de sí que porque la grandeza de las revelaciones no le desvanitase, le dió Dios un ángel de Satanás, que fuese estímulo de su carne, que le abofetease, y que rogó al Señor con grandísima instancia tres veces que se le quitase, y no lo pudo alcanzar: respondiéndole Cristo: Bástate, Paulo, mi gracia [27]. David no sólo es tentado, mas cae en el pecado del adulterio de Bethsabé y homicidio de Urías, por donde fué reducido a

[27] II Cor. 12, 7-9.

la humildad y poco crédito de sí mesmo [28]. San Pedro es permitido negar a la voz de una esclava porque entendiese cuán poco valían sus bríos con que poco antes hacía fieros, diciendo: *Si conviniere que yo muera contigo, no te negaré* [29]. Los cuerpos muy sanos, y que sienten en sí muy buena disposición y se sienten muy llenos de virtud y de carne, que llaman los médicos *plectóricos*, dice Hipócrates [30] y todos los médicos que son peligrosos y están propincuos a gravísimas enfermedades. Y por esto tienen por mejor y más seguro tener alguna enfermedadilla que tenga remedio. Así los espíritus llenos de virtudes y méritos, y que no sienten en sí ninguna imperfición y flaqueza, propincuos están al vicio irremediable de la soberbia y altivez espiritual, y por eso le parece a Dios que es bien humillarlos con algunas flaquezas, para que no caigan en mayores y más peligrosos pecados. De aquí es que los santos ningún vicio tanto temieron como éste y para ninguno con tanto cuidado demandaron a Dios socorro. David: *No me venga*, dice, *Señor, el pie de la soberbia* [31]. Y su hijo Salomón, entre las peticiones que a Dios hace, dice: *No me des soberbia y alzamiento de mis ojos* [32].

Lo tercero que en este paso es bien consideremos es la diferencia que hay en las tentaciones de los justos y siervos de Dios a los otros pecadores, desamparados de la verdadera lumbre de su conocimiento. Y es que los unos, aunque son tentados, pero consultan a Cristo en sus tentaciones y están a lo que él les aconseja; los otros no curan de consultar más de su interés y parecer de su carne. Dícese en el Evangelio, como hemos dicho, que los santos apóstoles, no una, sino muchas veces fueron tentados y cayeron en este vicio de la ambición, mas siempre iban a Cristo con sus pensamientos. Y así dice aquí que, habiendo pensado y hablado de esta mayoría y primado, *acceserunt*, se llegaron a Jesucristo y le preguntaron quién sería el mayor en el reino de los cielos [33]. Quien en sus tentaciones toma consejo con Cristo, cerca tiene el remedio; el que sólo sigue el sabor de su carne y lo que su codicia demanda, cierta tiene la caída.

Pero vamos ya a la respuesta de Cristo, que es lo que vuestra señoría principalmente pregunta. Llamando (dice

[28] II Reg. 11, 3 ss.
[29] Matth. 26, 35; Marc. 14, 66-69; Luc. 22, 56-58; Ioan. 18, 16-18.
[30] Sect. 1, apho. 3.
[31] Ps. 35, 12.
[32] Eccl. 23, 5.
[33] Matth. 18, 1.

el santo evangelista) un niño, púsole en medio de ellos y díjoles: *Dígoos en verdad que si no os convirtierdes y fuerdes hechos como niños, no entraréis en el reino de los cielos; y cualquiera que se humillare como este niño, éste será el mayor en el reino de los cielos* [34]. Quiere reprimir con estas palabras y hecho Cristo el humillo de la soberbia y ambición levantada en los pechos de sus santos discípulos, y respóndeles muy de aquel cabo de lo que ellos habían preguntado. Ellos no preguntaban sino cuál sería el medio para conseguir el primado del reino de los cielos, más Cristo, dándoles a entender que no sólo estaban lejos de la mayoría,. pero aun de la entrada, respóndeles que, aun para tener derecho de entrar en el reino de los cielos, les falta la condición necesaria, y era que se habían de convertir en niños; y luego suéltales la cuestión que preguntan, diciendo: *Y cualquiera que se humillare como este niño pequeñito, éste será mayor en el reino de los cielos*. Como si en todo esto dijese que para entrar en el reino de los cielos, como condición necesaria es menester hacernos niños, y que cuanto más en esta santa niñez aprovecháremos, tanto seremos mayores en el reino de los cielos.

Veamos ya qué género de niñez sea éste, al cual, así para la entrada del reino de los cielos como para la mayoría de la gloria, Cristo nos necesita. Nicodemo, hombre docto en la ley de Moisén, habiéndole dicho Cristo que el que no tornase a nacer de nuevo de agua y de Espíritu Santo no entraría en el reino de Dios, espantado de una cosa a su parecer tan fuera de camino, preguntó a Cristo: *¿Cómo puede el hombre nacer siendo ya viejo?* [35] También podríamos nosotros, con la misma razón, preguntar a Cristo: ¿Cómo podemos los hombres que ya salimos de la edad de la infancia volvernos a ella? Parece al sentido de la carne querernos Cristo en este lugar hacer imposible no solamente la mayoría del reino de los cielos, pero aun la entrada, diciéndonos que, si no nos volviéremos niños, no entraremos en él. Porque si es posible, sin milagro divino, el hombre salido ya de la edad de la infancia tornarse a ella, imposible será el mismo entrar en el reino de los cielos. Hallamos en la divina Escritura varias y diversas maneras de niños, las cuales entendidas y notadas será fácil entender en esta parte el verdadero y legítimo sentido de las palabras y sentencia de Cristo. Llámanse niños en la Escritura, o como aquí dice, párvulos, los que verdaderamente lo son por edad y tiempo de su nacimiento, y así se toma aquí cuando dice el santo evangelista que llamó

[34] Matth. 18, 3-4.
[35] Ioan. 3, 4.

Cristo un niño. Este tal, niño verdadero era por edad y sin ninguna metáfora o figura. En el capítulo 19, siguiente después de éste, también se dice que ofrecieron a Cristo unos niños para que los bendijese [36], y en otros infinitos lugares del Nuevo y Viejo Testamento se vía de esta significación; y, por tanto, no hay para qué ocupar papel trayendo los mismos lugares, sino que llanamente entendamos que cuando Cristo para entrar en el reino de los cielos nos necesita a ser niños, no entiende de esta niñez, porque esto sería, como antes decíamos, hacernos el reino de los cielos imposible, pues es imposible, salidos de esta edad, volvernos a ella. Llama algunas veces la Escritura *párvulos* los abatidos y tenidos en poco. Así da en cara Dios a Saúl habiéndole reprochado y privado del reino: Por ventura, como tú fueses párvulo y pequeñuelo en tus ojos, ¿no te hice cabeza sobre las tribus de Israel? [37] A Idumea dice por Jeremías: *¿Por ventura no te puse pequeñuelo entre las gentes?* [38] Lo mismo dice por el profeta Abdías contra el mismo pueblo [39]. De esta manera de *párvulos* tampoco entiende aquí Cristo. Porque esta niñez (así como la primera viene de la edad) nace de la fortuna y estado de cada uno, y para conseguir o perder el reino de los cielos es impertinente; pues pobres y ricos, poderosos y menospreciados, todos igualmente son llamados al reino de los cielos. También se dicen en la divina Escritura *párvulos* los que, siendo oprimidos de la verdadera ignorancia, carecen de verdadero entendimiento y sentido de las cosas de Dios, y a manera de párvulos y niños sin tiento y juicio no saben evitar y guardarse de los verdaderos peligros, que son los del alma. Reprehende la divina sabiduría a los pecadores obstinados. ¿Hasta cuándo, dice, los niños amaréis la infancia, y los necios y tontos desearán las cosas dañosas y nocivas, y los imprudentes e indiscretos aborrecerán la ciencia? [40]

Los que primero llamó *párvulos,* después los llama *tontos* y *imprudentes,* y lo que llamó infancia, luego lo llama *locura* y *tontería.* En otra parte introduce el deleite de la vida presente debajo de especie y figura de una mujer vocinglera, y necia, y afeitada, diciendo: *Si hay algún pequeñuelo, venga, véngase a mí* [41]. *Pequeñuelo* o *párvulo* llama allí al hombre desamparado del verdadero conocimiento y noticia de Dios, que, no curando de las cosas futuras, pospone los gozos espirituales al deleite y halago de la vida

36 Matth. 19, 13.
37 I Reg. 15, 17.
38 Ier. 49, 15.
39 Abd. 1, 2.
40 Prov. 1, 22.
41 Prov. 9, 4.

presente. En el mesmo libro dice la mesma divina sabiduría que *los párvulos y niños poseerán la locura y tontería, y los astutos y discretos esperarán la ciencia* [42]. Así, finalmente, en el libro de la Sabiduría dice el Espíritu Santo de los idólatras y adoradores de los falsos dioses que *erraron mucho tiempo en el camino del error, pensando que fuesen dioses aquellas cosas que aun en los animales son ociosas, viviendo, a manera de infantes* o *niños, sin seso y juicio* [43]. Estos *párvulos* solamente tienen de niños la ignorancia y rudeza en las cosas que les importan y que tocan a Dios o a la salvación de sus ánimas; en las demás, algunas veces son demasiado de agudos. Hay esta parvulez y ignorancia en todo género de edades. Y de aquí es que hay niños de cien años. El mochacho de cien años (dice Isaías) morirá, y el pecador de cien años será maldito [44]. Lo mesmo llama el santo profeta: *mochacho de cien años* y *pecador de cien años*. Es natural a los niños la ignorancia, y apenas después de muchos trabajos se destierra de algunos, conforme a lo que dice Salomón: *Atada está la necedad y ignorancia en el corazón del niño, y la vara de la disciplina la echará fuera* [45]. Y así los pecadores son llamados en todos estos lugares *niños* o *párvulos*, porque tienen atada en el corazón la verdadera ignorancia y apenas el castigo de Dios en la vida presente o en la futura les hace entender lo que les cumple. De aquí es que casi en toda la divina Escritura son llamados los pecadores *necios* y *ignorantes*, aunque sean en las cosas del mundo sapientísimos. Porque como *párvulos* carecen del verdadero conocimiento y sabiduría. *No supieron* (dice David de los pecadores) *ni entendieron; en tinieblas andan* [46]. *Sean* (dice otra vez hablando de los mismos) *obscurecidos sus ojos y haz, Señor, que siempre miren al suelo* [47].

No que el santo profeta tuviese deseo de que esta mocedad o ignorancia se conservase en los pechos de los pecadores ni que lo pidiese a Dios, porque esto es contra toda caridad, sino dícelo como por vía o manera de profecía, declarando que así pasa en los pecadores y desamparados del conocimiento de Dios y temor suyo. Grande necedad, a la verdad, y ignorancia es trocar los bienes eternos por los temporales, los incorruptibles por los corruptibles, la vida por la muerte, la riqueza verdadera por la pobreza. Grande ignorancia y parvulez es, a manera de

42 Prov. 14, 18.
43 Sap. 12, 24.
44 Is. 65, 20.
45 Prov. 22, 15.
46 Ps. 81, 5.
47 Ps. 68, 24.

mochachos rezongueros y tontos, irse de pecado en pecado despeñando a la verdadera muerte y al profundo del infierno. Suelen los niños todo aquello que les dan en las manos, aunque sea un cuchillo muy agudo, llevarlo a la boca y matarse con él; y lo mismo hacen si es un poco de tóxico o de ponzoña. Así el desventurado del hombre, ignorante de las cosas de Dios y obstinado en pecados sin discreción ni juicio alguno, usando mal de todo, con todo se mata y destruye, y aun con aquellas cosas que son clara y manifiestamente dones de Dios, como salud, nobleza, riqueza, ingenio, etc., porque usa mal de ellas. De estos niños locos dice la divina sabiduría en un lugar de los arriba citados: ¿Hasta cuándo los niños amarán la infancia, y los locos desearán las cosas nocivas, y los imprudentes aborrecerán la ciencia? Convertíos a mi corrección y reprehensión; mira que os convido con mi espíritu y os enseñaré mis palabras. Llaméos y disteis de cabeza, no queriendo venir a mí; extendí mis manos, como la madre que llama a su chiquito con halagos, y aun no quisisteis mirarme; despreciasteis todos mis consejos. Pues yo también me reiré y haré escarnio de vosotros cuando os viniere lo que teméis; cuando haga ímpetu en vosotros el trabajo y desventura de repente, cuando viniere sobre vosotros la tribulación y angustia; entonces me llamarán, y yo me haré sordo. Levantarse han por la mañana y no me hallarán, porque aborrecieron la disciplina, y no recibieron el temor de Dios ni se allegaron ni consintieron a mis consejos, y murmuraron de todas mis reprehensiones y correcciones. Comerán entonces los frutos de sus caminos y serán hartos de sus propios consejos. Y luego, para darnos a entender quién fuese la causa de toda esta perdición y trabajo que ha de venir a los malos, añade: *El apartamiento de estos párvulos les matará, y la prosperidad de los locos y tontos los destruirá* [48]. Como si dijese claro que la causa legítima de la perdición de los malos es el haberse apartado de la sabiduría de Dios y de su temor y conocimiento, y esto por haberse cebado en la prosperidad y dulzura del mundo. Tampoco entiende Cristo de estos *párvulos* cuando dice que, si no nos convirtiéremos y hiciéremos párvulos, no entraremos en el reino de los cielos, antes éstos no son admitidos en él, pues no son otra cosa que los tontos y locos, desamparados del conocimiento de Dios.

Antes en el cielo no son admitidos sino los que, desterrada esta maldita niñez e ignorancia, fueren hallados varones perfectos, y esto en cualquier edad y sexo que

[48] Prov. 1, 22-32.

sea. Así dice el bienaventurado San Pablo escribiendo a los de Efeso: *Dió Cristo en su Iglesia unos que fuesen apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y doctores, para la perfición del número de los justos, y santos, para la edificación del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, hasta que en unidad de fe y conocimiento del Hijo de Dios le salgamos al encuentro como un varón perfecto a medida de la edad perfecta de Cristo; para que ya de aquí en adelante no seamos párvulos y niños ni inconstantes, como ondas del mar, que no tienen sosiego ni constancia, y seamos meneados y movidos de cualquier viento de doctrina en maldad de algunos hombres para ser engañados en error* [49]. De suerte que no admite Dios en su gloria niños inconstantes y tontos, sino gente perfecta y varones a medida de la edad perfecta de Cristo. De aquí vinieron a enseñar los santos que todos habíamos de resucitar el día del juicio en la edad que Cristo pasó de esta vida, así niños como viejos, etc. Y no es mucho que Dios de aquella Iglesia triunfante y perfecta excluya y destierre los *párvulos*, pues en ésta todos quiere que seamos varones, sin diferencia de edad ni de sexo. En Cristo Jesús (dice San Pablo) no hay varón ni hembra [50]; no porque en aquella ciudad bienaventurada no haya de haber diferencia de sexos, como algunos herejes pensaron, sino porque no hay diferencia ni distinción en las obras con que merecieron el cielo, que todos fueron más que varoniles. Tampoco hay en Cristo *niño ni viejo*. Porque todos son varones perfectos y que de cualquier sexo o condición que sean espantaron con su vida y triunfaron del mundo, de la carne y del diablo.

Miremos los justos desde el principio del mundo, principalmente después que Cristo nuestro Señor predicó el Evangelio, y veremos en ellos, así hombres como mujeres, así niños como viejos, obras que en sí solas tomadas fueron asombro del mundo y merecieron ser más celebradas que las victorias de los Alejandros, Césares, Pompeyos, Camilos y todos los demás que el mundo celebró por varones verdaderos. ¿Qué obra más varonil que las flacas y delicadas mujeres, criadas en todo el regalo del mundo, nobles, ricas, etc., dejados sus gustos y pompa del mundo, así y todas sus haciendas, edad, hermosura y libertad y contento, y al fin la vida, consagrasen a Cristo, algunas de ellas muriendo alegremente por él y otras teniéndolo en deseo cada día? ¿Podránse llamar estas obras femeniles? No por cierto, sino más que de varones. Celebran los au-

---

49 Eph. 4, 11-14.
50 Gal. 3, 28.

tores profanos a Publio Scipión Africano porque, habiendo tomado la ciudad de Cartagena en España, sabiendo que una doncella que le habían traído presa estaba desposada, no quiso tocar a ella, venciendo en esto la sensualidad y apetito [51]. Y dicen que fué este hecho el más ilustre y más varonil que hizo. Pues ¿qué dijeran éstos de las que, consagrado su cuerpo y su alma a Dios, no por un día, sino para siempre, debajo de voluntad ajena, triunfan cada día del mundo y diablo y de sí mismas? Así que estas obras, aunque de mujeres y flacas, premio merecen de más que varones y son más ilustres y heroicas que las que hicieron aquellos que suele celebrar y magnificar el mundo por grandes varones. Vaya, pues, esta niñez tan perjudicial y dañosa de nuestros corazones y almas y vistámonos de la santa virilidad que Cristo ama y desea, y con ella entraremos en el reino de los cielos. Y es tan necesario desnudarnos este género de parvulez y infancia, que así como Cristo sentencia que el que no se hiciere párvulo no entrará en el reino de los cielos, así podemos jurar de su parte que, si no dejáremos esta maldita niñez y nos hiciéremos y convirtiéremos en varones perfectos, no entraremos en el reino de los cielos.

Hallamos en San Pablo otro género de niñez metafórica, no culpable como esta de que acabamos de hablar, pero que diga imperfición, no de tiempo, como la primera; ni de autoridad, como la segunda; ni de sexo y conocimiento, como la tercera, sino de estado y manera de vivir que Dios en diversos tiempos y siglos ha dado a los hombres. Frecuente y común cosa es en la sagrada Escritura del Viejo Testamento llamar Dios a su pueblo *niño y hijo*. Niño es Israel, dice por el profeta Oseas, y amélo, de Egipto llamé mi hijo Israel [52]. Usa Dios de diversas metáforas y maneras de hablar con los hombres, con que los regale y halague, y así unas veces llama aquel pueblo *mujer*, y le pide celos del trato que tiene con otros falsos dioses y de los adulterios que le ha cometido. Otras veces le llama *esposa;* otras, *niño* y *hijo*. Vulgarmente se dice (dice Dios por Jeremías, quejándose de su pueblo): *Si dejare el marido su mujer, y ella, apartándose de él, se casare con otro, ¿por ventura tornarla ha a tomar y recebir? ¿Por ventura no está contaminada aquella mujer inmaculada con otro? Tú has fornicado y adulterado con muchos enamorados tuyos; pero aunque esto sea así, vuélvete a mí, que yo te recibiré* [53]. En Ezequiel se queja Dios del

[51] Valerio Máximo.
[52] Os. 11, 1.
[53] Ier. 3, 1.

mismo pueblo debajo de forma de un marido sentido e injuriado de una mujer vil y de baja suerte a quien hubiese hechos muchos beneficios y ella le hubiese sido ingrata y adúltera [54]. En Oseas llama al mesmo pueblo *mujer adúltera y fornicaria* [55]. Y de esta manera de hablar está llena la sagrada Escritura. Y de aquí viene aquella frasis y modo de hablar con que la idolatría es llamada *fornicación y adulterio,* de la cual está llena la mesma Escritura: porque el pueblo de Dios y sus partes, que son los fieles, parece que en la adoración de otros dioses quebrantan la fe dada a Dios verdadero, a quien habían sido desposados primero y habían jurado primero de amarle y servirle, conforme aquello que dice al mesmo pueblo y a todas sus partes: *Desposaréte a mí en fe y sabrás que yo soy el Señor* [56].

Y, finalmente, San Pablo dice a los de Corintio que *los había desposado con Cristo como una virgen casta* [57]. Y a los de Efeso *ruega que amen a sus mujeres como Cristo ama su Iglesia* [58]. Y nadie ignora ser frecuentísimo y comunísimo lenguaje de todo el pueblo cristiano llamar esta *Iglesia,* que es la congregación de los fieles o el mismo pueblo cristiano, *esposa de Cristo* y decir que la regala y favorece como el esposo a la esposa. Son éstas maneras de hablar metafóricas y no propias, porque es cosa llana que ni el pueblo judaico, compuesto de hombres y mujeres, niños y viejos, en realidad de verdad fué mujer de Dios, y ni la congregación de los cristianos que hoy somos es esposa de Cristo, en la forma que lo son de sus esposos las mujeres. Significa esta manera de hablar cierta blandura y regalo, con que Dios, a nuestro modo y manera y a fuer de nuestra aldea, nos quiere significar cuánto nos ama. ¿Quién ignora que el amor de los casados que nuevamente se tratan, y que no han gustado de las hieles del matrimonio y sus cargas, suele ser más regalado y tierno que el de los que ya por el continuo trato se han descuidado de sí mesmos? ¿Quién ignora que hay natural inclinación y peso de naturaleza mayor en el hombre para amar a la mujer que no a otro hombre? Proveyó en esto la naturaleza a la flaqueza de la hembra y puso este censo y tributo al sexo más fuerte y robusto para que se encargase del menos fuerte y tomase sobre sí amorosamente su carga y cuidado. Pues decir Dios que ama su pueblo como el marido a su mujer o el esposo a la esposa es darnos a

---

54 Ez. 6, 9; 16, 17-19.
55 Os. 2, 7-8; 3, 3.
56 Os. 2, 20.
57 II Cor. 11, 2.
58 Eph. 5, 25.

entender una extraña dulcedumbre, con que lleva nuestra flaqueza y miseria. Y la diferencia que hay del estado mosaico al evangélico es que, porque en éste nuestro tiene Dios más prendas de amor nuestro, ama su pueblo cristiano, que es su Iglesia, como decía San Pablo, como esposa; en el otro, porque no había entre Dios y aquel pueblo más que unión y conjunción de espíritu, bastaba amarlo como a mujer adúltera y falta y defectuosa en la fe prometida, o como a niño párvulo, o hijuelo suyo. Que nadie hay que dude ser mayor el amor de la mujer querida que de los hijos. Luego a este propósito llama Dios en aquel Viejo Testamento a su pueblo *hijo y pequeñuelo*, para darnos a entender el género y manera de amor que le tuvo, principalmente antes que le hubiese quebrantado la fe, yéndose con otros falsos dioses, que fué antes de la salida de Egipto. Y por ello dice Oseas en el lugar que citamos: *Llamé mi hijo de Egipto* [59], porque estando en Egipto fué hijo, y después, apartándose de él en idolatrías y pecados, fué adúltera y mujer fornicaria. A este hijo dice San Pablo que, *llegando a la puericia, le puso Dios el ayo de la ley mosaica* [60], duro y riguroso.

La ley, dice, *fué ayo nuestro en Cristo*. Para entender esto es de notar que así como este lenguaje con que el pueblo de Dios se llama *hijo suyo* no es propio, sino metafórico y figurativo, así las edades de él han de ser a esta medida y talle. Siempre Dios nuestro Señor tuvo pueblo en el mundo y desde el principio de él acá jamás estuvo sin servidores y hombres que le acatasen y reverenciasen. Pues aquel pueblo de Dios (digo aquel número de los fieles que hubo desde Adán hasta Moisén, que dió la ley al pueblo judaico) convenientemente le llamaremos *infante y párvulo*, y su edad, *infancia o niñez*. Porque así como el infantico, por todo el tiempo que dura aquella edad necesitada más de regalo que de disciplina, no se le pone ley más de la que él saca injerta en sí mismo del vientre de su madre, así por todo aquel estado, el pueblo de Dios no fué apremiado con leyes y disciplina más de aquellas que la naturaleza mesma nos puso en el alma. Y por esta causa llamamos todo aquel estado estado de naturaleza. Con todo esto, suelen las madres castigar a los niños en la infancia y ponerles ciertas leyes de niños, mandándoles cuando ya son capaces que no coman esto o lo otro. Así Dios en aquella anchura de aquel estado natural les puso después del diluvio ciertos mandatos. *Todos los peces del mar*, dice, *son dados en vuestras manos y todo aquello que se mueve y*

[59] Os. 11, 1.
[60] Gal. 3, 24-25.

vive en la tierra tendréis por manjar. Todas las cosas os he dado que uséis de ellas, como de las hierbas del campo, excepto que no comeréis carne con sangre, porque yo buscaré vuestra sangre de la mano de todas las bestias, y de mano del hombre, de mano del varón, y de mano de su hermano buscaré el ánima del hombre. Cualquiera que derramare la sangre humana será derramada la suya [61].

Llamamos después puericia del pueblo de Dios aquella edad donde comenzó a crecer en malicia y comenzaron a ponérsele leyes que reprimiesen su lozanía y soltura, que fué todo el tiempo que duró, desde la data de la ley mosaica hasta el tiempo de la venida de Cristo. Porque así como pasada la infancia, en la cual todo el cuidado es de las amas, viniendo el tiempo de la puericia, que es cuando el niño comienza a crecer en malicia y comienzan a brotar las malas costumbres, suelen los cuidadosos padres sujetarlos al duro yugo de la disciplina debajo del gobierno y cuidado del ayo, que los refrene y reprima, así Dios en aquel tiempo, cuando comenzó a faltar aquella santa simpleza infantil de la ley natural, en la cual le aplacieron y agradaron Noé, Abraham, Isaac, Jacob, porque no fuese adelante el ímpetu de los vicios que en el mismo pueblo se levantaba, le puso el freno duro de la ley, como a mochacho roncero de mala inclinación y travieso. Viniendo, finalmente, el tiempo de la perfecta edad y juventud, que es el del estado evangélico, quitándole el riguroso ayo de la ley mosaica, le dió el dulce y sabroso gobierno de la ley evangélica, que es ley de amor y de gracia, conforme aquello que dice San Juan: *La ley fué dada por Moisén, y la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo* [62]. Todo esto nos lo declara muy bien el bienaventurado San Pablo escribiendo a los de Galacia, diciendo: *En todo el tiempo que el heredero es pequeñuelo no hay diferencia de él a un esclavo (porque el uno y el otro están sujetos a la disciplina y castigo), pero está debajo del cuidado de los tutores hasta que se cumpla el tiempo definido y determinado por su padre, aunque verdaderamente sea señor de la herencia. Así nosotros* (habla San Pablo del pueblo judaico), *como fuésemos chiquillos y pequeñuelos, servíamos debajo de los elementos de este mundo* (llama elementos de este mundo la ley mosaica, llena de sacrificios carnales); *pero cuando vino el cumplimiento del tiempo y de la edad perfecta envió Dios su Hijo, hecho de mujer y hecho debajo de ley, para que redimiese de esta servidumbre aquellos que estaban debajo del yugo servil de la*

---

61 Gen. 9, 3-4.
62 Ioan. 1, 17.

ley, para que todos recibiésemos adopción de hijos [63]. Todo esto es de San Pablo. Ahora veamos ya si esta cuarta manera de niñez explica y declara nuestro lugar evangélico de que vamos hablando. Cristo dice y determina que no entrarán en el reino de los cielos sino los *párvulos* o *niños*.

Y en esta cuarta manera de *párvulos*, solos los que fueron en aquel pueblo judaico sujetos a la ley mosaica fueron *párvulos*, y nosotros somos *varones;* luego si de éstos habla Cristo en el estado evangélico, nadie se podría salvar; y sería necesario que para este fin, desterrando el Evangelio, revocásemos y tornásemos a introducir en la Iglesia la ley mosaica y toda su circuncisión y ciremonias.

Luego si esto es falso, como cualquier cristiano puede entender fácilmente, no debe Cristo entender y hablar de estos *párvulos*, antes podemos decir que con el mismo rigor que Cristo excluyó del reino de los cielos los que no fuesen *párvulos*, son excluídos estos *párvulos mosaicos* después de la muerte de Cristo y venida de la ley evangélica, y admitidos solos a él los que arrojaron de su cerviz el duro yugo de la ley mosaica y que fueron admitidos al paternal tratamiento de la ley evangélica.

Ahora, pues, busquemos adelante qué párvulos son éstos, a quien solos Cristo promete el reino de los cielos. Hallamos otro quinto género de *párvulos*, que ni son en edad como los primeros, ni en autoridad y estimación como los segundos, ni en seso como los terceros, ni en estado como los cuartos, sino en doctrina y conocimiento de las cosas de Dios. Escribiendo San Pablo a los de Corinto y excusándose que no les había predicado estando con ellos sutilezas: *Yo, hermanos*, dice, *no pude hablaros estando entre vosotros como a espirituales, sino como a carnales. Como a párvulos y niños pequeños, os di leche a beber y no manjar* [64]. Reprehende en otra parte a los hebreos, que, teniendo ya razón de ser maestros en la ley de Cristo por el mucho tiempo que había que la habían recibido, aun no eran discípulos buenos. Como quiera que habíades, dice, de ser ya maestros por el tiempo que ha que vinisteis a la vida y religión cristiana, aun tenéis todavía necesidad de ser enseñados cuáles sean los principios y fundamentos de la palabra de Dios, y sois hechos tales, que tenéis necesidad de leche y no de manjar sólido. Y todo aquel que aun se está en la leche no ha de ser admitido a la doctrina de la justicia, porque es pequeñuelo, y el manjar sólido y macizo sólo es de los perfectos y de aque-

---

[63] Gal. 4, 1-5.
[64] I Cor. 3, 1-2.

llos que tienen ejercitados los sentidos espirituales por el continuo ejercicio para hacer diferencia del bien y del mal.

Llama *párvulos* o *niños* aquí San Pablo los que habían aprovechado poco en la noticia y conocimiento de la ley evangélica. *Perfectos varones* llama en este sentido aquellos que han aprovechado y tienen ya de ella perfecto conocimiento y sentido. *Leche* llama el manjar de estos párvulos porque, careciendo de dientes y muelas para mascar y desmenuzar los misterios de la fe, sólo maman y tragan aquella lechecica de los primeros principios de la religión evangélica y vida cristiana. El niño simplemente mama el pecho de su madre y no ve lo que mama; mas el varón perfecto, con sus manos toma el manjar, y con los ojos gusta de su color, y con los dientes saca desmenuzando la substancia y jugo que allí estaba escondido. Así, el que viene a la religión cristiana, o el cristiano simple y plebeyo, simplemente pasa en el estómago de su alma la leche de la fe y doctrina que de su pecho materno le infunde la Iglesia; y no cura de más disputas, y sin mascarlo y sin verlo (quiero decir sin entenderlo y sin gustarlo) lo traga. El varón perfecto, que es a quien Dios dió suficiencia y alumbró para ello, no sólo recibe los misterios de la fe en su ánima, pero en aquella forma que a la humana flaqueza se concede, los entiende y los gusta. Un ejemplo. El párvulo de la Iglesia, digo el hombre plebeyo e ignorante, cuando le proponen este artículo de fe, que Dios tomó carne de nuestra naturaleza, o que murió, o que resucitó, etc. Simplemente lo mama, quiero decir, que ni lo ve ni lo gusta. El varón perfecto en conocimiento de Dios gústalo y velo; y hay tanta diferencia en el provecho que al uno o al otro hace cuanta hay entre el manjar que el niño sin dientes o viejo come y el que come el que los tiene; porque en el uno no se digere y en el otro se digere y aplica a la substancia del cuerpo. De aquí es que los santos varones y perfectos en el conocimiento de Dios, sin ninguna comparación aprovechan más que todos los otros párvulos en la vida cristiana. A este propósito, dice San Pablo escribiendo a los de Corinto, que le habían notado de ignorante en el tiempo que no les había predicado misterios altos: *Hablamos sabiduría entre los perfectos, y no sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este siglo, sino hablamos sabiduría en misterio, la cual estaba escondida y la cual predestinó Dios para nuestra gloria, y no la alcanzó ni conoció alguno de los príncipes de este mundo* [65].

Y llama aquí *sabiduría escondida en misterio* el santo apóstol el verdadero conocimiento del misterio de la

[65] I Cor. 2, 6.

pasión de Cristo. De lo cual los años pasados, estando por teólogo del rey nuestro señor en el concilio de Trento, compuse un libro a instancia de los legados de aquel santo concilio, que me mandaron que declarase aquellas palabras del símbolo apostólico *passus sub Pontio Pilato*, el cual podrá vuestra señoría ver si le diere gusto [66]. Así que *párvulos* se llaman aquí en esta significación los principiantes en la doctrina de la vida cristiana, o los simples cristianos que carecen del conocimiento profundo de las cosas de Dios; y perfectos varones se dicen, por el contrario, a los que Dios hizo merced de infundirles su lumbre y darles noticia entrañable y perfecta de sus santos misterios. Y si es así, aunque estos *párvulos* no sean excluídos del reino de los cielos, pero no es necesario que nos tornemos párvulos de este género para entrar en él, que de ahí se siguiría que ningún sabio se podría salvar en el estado evangélico, que es grande blasfemia. También aquí los discípulos preguntaron a Cristo cuál era mayor en el reino de los cielos, y si entiende de estos *párvulos;* está claro que no sería otra cosa que decir que a peso de la ignorancia y poco conocimiento de Dios y aprovechamiento en su doctrina se ha de dar la gloria; lo cual es cosa absurda y ajena de razón; pues de esta manera San Pablo y los demás apóstoles que entendieron la ley de Cristo y sus misterios serían menores en la gloria que los ignorantes pastores que hoy se salvan. Y David, que decía: *Señor, revela y aclara mis ojos y consideraré cosas maravillosas de vuestra ley* [67], mal pidiera a Dios, pues pidiera disminución de su gloria.

Vengamos ya al verdadero entendimiento de nuestro paso evangélico y declaremos qué *párvulos* son éstos a los cuales solos dedica Cristo el reino de los cielos y qué *niñez* es ésta a peso de la cual reparte a los hombres la gloria. Esta es, señora, aquella santa y admirable virtud que los cristianos llamamos *humildad*, y estos párvulos y niños dichosos son los poseedores de ella. Esta es aquella celestial margarita con que los negociadores evangélicos compran el reino de los cielos [68]. Esta es la que agrada a Dios, y sin ella ninguna cosa le agrada. Esta es la que pudo tanto, que trajo al mismo Dios a la tierra. Así lo canta la sacratísima Virgen: porque *miró la humildad de su sierva*,

---

[66] He aquí el título de la obra: «*Explicutiones* | *in quartum Symboli apostolici* | *articulum.* | F. Michaeli Medina Hispano | Ordinis Minorum Observantiae theologo regio auctore. | Venetiis. | Ex officina Jordani Zileti MDLXIIII, ps. 15. En 4.º.»

[67] Ps. 118, 18.

[68] Matth. 13, 45-46.

de donde me llamarán bienaventurada todas las generaciones [69]. Dice Cristo que el sagaz negociador vende todas sus cosas y compra la margarita. Compre y adquiera el siervo de Dios la virtud de la humildad, que con ella entrará en el reino de los cielos y procurará de tener todas las demás. Déme las demás virtudes y riquezas espirituales sin ella, que todo vale nada. Déme ésta, que por sí vale mucho. Dice Cristo que *es semejante el reino de los cielos al tesoro escondido en el campo, el cual, hallándolo un hombre, fué y vendió toda su hacienda y compró aquel campo donde estaba aquel tesoro* [70]. Este campo donde se halla el tesoro de la gloria es la santa virtud de la humildad, en la cual está disimulado y escondido todo aquel número de virtudes que Dios pide a los hombres para la entrada de la vida eterna. En el reino de los cielos no entran sino solos los que llevan la librea de Cristo. Del cual dice San Pablo que *siendo Dios se vació de sí mesmo, tomando forma de siervo*, y fué humilde hasta en el género de la muerte, que fué en cruz [71] y entre dos ladrones.

Todos los predestinados hemos de ser semejantes a Cristo y nos hemos de parecer a él; y si no nos pareciéremos a él, no lo somos ni entraremos en la gloria. Así lo dice San Pablo escribiendo a los Romanos: *Los que Dios vió desde su eternidad que habían de ser salvos, éstos determinó que fuesen semejantes a su Hijo, para que él sea como primogénito entre muchos hermanos* [72]. Cuando son en una casa o familia muchos hermanos hijos de un padre, siempre se parecen unos a otros, aunque uno sea más principal en autoridad y mayorazgo; así, entre los hijos de Dios y herederos del cielo, Cristo es el primogénito y el natural, cuyo es el reino; los demás son adoptivos, y adoptados solamente en cuanto se parecen a él. El que a él no se pareciere, no alcanzará parte ni se le comunicará el mayorazgo del cielo. No se puede sufrir que Cristo nuestro capitán entre por humildad en el cielo y nosotros queramos ir por otro camino. San Pablo dice en el lugar que arriba citamos que por aquella humildad de ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, su Padre lo ensalzó y dió nombre tan glorioso, que en oyéndole se doble toda rodilla, no sólo de los que habiten en el cielo y la tierra, mas aun en el infierno [73]. Luego razón es que a solos los párvulos y humildes se abra la puerta del cielo. No hallarás,

---

[69] Luc. 1, 48.
[70] Matth. 13, 44.
[71] Phil. 2, 7-8.
[72] Rom. 8, 29
[73] Phil. 2, 9-11.

dice San Agustín escribiendo a Dióscoro [74], otro camino del cielo sino aquel que halló el que como Dios sabe la enfermedad de nuestros pasos. Este, si me preguntares cuál es, diréte la primera vez que humildad; la segunda, que humildad, y la tercera, que humildad; y todas las veces que lo preguntares te diré lo mesmo. Los que han de entrar por una puerta estrecha y baja, menester es que se abajen y estrechen. La puerta del cielo es pequeña y angosta; y tanto, que parece compararla Cristo al suelo u ojo de una aguja, cuando dice en el Evangelio que es tan imposible entrar el rico y soberbio en el cielo, como un camello por el ojo de una aguja [75]. Luego el soberbio y hinchado, si no se inclinare y desembarazare y hiciere pequeñuelo, no sólo no entrará, mas caerá hacia atrás en el profundo del infierno. No ha de ser la puerta del cielo más ancha que su camino. El camino del cielo dice Cristo que es estrecho y angosto [76]; luego la puerta también lo será.

El que quiere hacer una torre, tanto más profundas hace las zanjas y cimientos cuanto más alta pretende subirla. En la vida presente no hacemos otra cosa los cristianos sino edificar una torre de merecimientos, con que el día de la muerte lleguemos y subamos al cielo. Luego cuanto es más alto el edificio, tanto más profundo ha de ser el fundamento y tanto más bajos hemos de descendir. Alta es la patria, dice el bienaventurado San Agustín [77], y bajo y humilde el camino. Caminamos al cielo los cristianos por una cueva estrechísima; encima está el mundo; a los lados, la carne y el demonio. ¿Quién podrá pasar por ella sin estrecharse y humillarse? Inclinación es natural de los hombres en la elección del matrimonio elegir aquella que más les parece en costumbres, porque sólo con las tales es la vida agradable. Todas las ánimas que han de entrar en el reino de los cielos no tienen otro derecho para él que ser desde el baptismo esposas elegidas de Cristo, cuya es propia la vida eterna, como la mujer no tiene más derecho en la hacienda del marido que por ser su mujer. Luego la que quisiere ser de Cristo elegida para aquellas celestiales bodas, menester es que se parezca a Cristo en aquella costumbre de que él más se precia, que es la santa humildad.

Es tan propia esta virtud de Cristo, que sólo él la enseñó en este mundo. Léanse y revuélvanse los escritos de los antiguos filósofos y sabios del mundo, y no hallaremos en todos ellos rastro de ella. No la conoció Platón, Sócrates no la supo, de todo punto la ignoró Aristóteles, sólo el

---

74 August.
75 Matth. 19, 24; Marc. 10, 25.
76 Matth. 7, 13-14; Luc. 13, 24.
77 *Super Ioan.*

Hijo de Dios la trajo del cielo. *Aprended,* dice, *de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas* [78]. No dijo, dice San Agustín [79], aprended de mí a fabricar el cielo, no dijo aprended de mí a criar todas las cosas visibles, no dijo aprended de mí a hacer milagros y resucitar muertos, sino aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Aquel siervo de Abraham a quien él había dado comisión para tomar mujer para su hijo Isaac traía ya a Rebeca a la casa de su amo y señor para darla y entregarla a su hijo, el cual se había salido sobre tarde a pasear al campo; el cual, como le viese Rebeca aviada del criado que la traía, apeándose del camello, se fué para él; y él, viéndola hermosa y de buen donaire, aficionóse a ella mucho y llevóla a su casa [80]. El criado de Abraham, señora, es el santo Evangelio de Cristo, enviado de él mismo en las bocas de los santos predicadores a buscarle por el mundo esposas y traerlas a él cuando las palabras evangélicas, metidas en el pecho de las almas, las hacen venir a él, que es el verdadero Isaac, que quiere decir *risa y regocijo del mundo*. Ve el alma a su esposo Isaac andarse paseando por el campo a pie cuando considera la humildad del Hijo de Dios nuestro Señor, que es alegría de los ángeles y de los hombres, el cual, como dice San Pablo, *siendo rico, se hizo pobre por nosotros en este mundo* [81]; y tanto y tan humilde, que, teniendo las raposas cuevas y las aves del cielo nidos, él no tuvo sobre qué reclinar su cabeza [82]. Viendo el alma, esposa de Cristo, y considerando a su esposo humillado, desciende de su camello, que es de todo aquello que la levantaba en alto sobre sí mesma, y vase para Cristo; el cual, viéndola con este santo afeite y matiz adornada, la ama luego y la mete en su casa, que es el reino del cielo. Cristo dice San Agustín [83], por ti, ¡oh alma!, descendió de la silla del cielo; tú por él huye la cosas de la tierra y desea las del cielo. Si es dulce el mundo, más dulce es Cristo, y si es amargo el mundo, Cristo sufrió por ti todas las cosas. Luego camina segura, que después de la pelea se da la victoria, y después de la muerte, la vida y gloria sempiterna.

Entre los hombres, el zapatero elige por mujer, si puede, la hija del zapatero, y el sastre, la del sastre, y así en los demás oficios, porque saben su oficio; pues ¿por qué Cristo, humilde, elegirá la esposa soberbia y altiva? Y

[78] Matth. 11, 29.
[79] San Agustín.
[80] Gen. 24, 4 ss.
[81] II Cor. 8, 9.
[82] Luc. 9, 58; Matth. 8, 20.
[83] *In quod. sermo.*

si esto es general a las almas que sólo por razón del espíritu se llaman esposas, ¿que será, señora, de las que no menos en cuerpo que en espíritu hacen profesión de esposas de Cristo? Vergonzosa cosa es la monja y esposa de Cristo soberbia y altiva. Este es el afeite y arreo con que las verdaderas esposas se le hacen amables. El que sin humildad allega y recoge virtudes, dice San Gregorio [84], no hace más que esparcir polvo por el viento. Vana cosa es la virginidad, castidad, ayuno perpetuo, seguimiento de coro, disciplinas, hambre, desnudez, vigilias, pobreza y lo demás que en las Religiones se vende, si con esta santa virtud no fuere perfumado. *Estando el rey en su reposo, le dió suave olor mi nardo* [85], dice la esposa en los Cantares. El nardo asírico y verdadero que llama el Evangelio *pístico* o *fiel,* de que aquella santa mujer evangélica María Magdalena hizo su ungüento para ungir a Cristo [86], es hierba pequeñuela, fea y despreciada al parecer de la vista, mas olorosa y preciosa, como dicen Plinio, Dioscórides [87] y Teofrasto. Pues luego decir la esposa que, estando el rey del cielo en su reposo, el olor de su nardo llegó hasta él, es decir claramente que lo que a Dios enamora en sus esposas es la santa humildad y modesto sentimiento de sí mesmas. La religión no es otra cosa que una escuela de humildad donde las santas esposas de Cristo, todo el tiempo de la vida presente, se están afeitando y adornando con esta santa virtud para agradar y parecer bien en los ojos de su esposo; y la que no lo hiciere no será contada con las discretas y prudentes, sino con las necias y tontas [88], pues tan en balde dejaron de gozar del mundo y de sus contentos y se privaron de todos sus gustos.

Mas volvamos ya a nuestro lugar evangélico y veamos por qué llama Cristo *niños* o *párvulos* a los humildes. Aquí había harto más que decir que la brevedad de una carta, por larga que sea, permite; mas diremos aquello sólo que hace al caso de este dicho de Cristo. Pienso yo que por tres causas les pone Cristo este nombre. La primera, para darnos a entender un extraño regalo y dulcedumbre con que Dios trata los tales. Suelen los hombres que tiernamente aman alguna persona llamarla su niño o su niña, o como dicen en la lengua catalana, su *miñón* o *miñona,* porque el amor tierno propiamente es para niños; y así, cuando en algunos se halla, aunque la edad no lo permita,

84 Homil. 6.
85 Cant. 1, 11.
86 Ioan. 12, 3.
87 *Dioscorid.*, lib. 1.
88 Matth. 25, 2.

el mismo amor y ternura lo finge. De esta arte, Dios, aquellos que más tiernamente ama y regala, que son los humildes, los llama sus *niños* o sus *miñones*. De esta manera, David, amado de Dios, es llamado *niño*. Levantó, dice Zacarías, padre del Baptista, el cuerno (quiere decir la fuerza) de nuestra salud en la familia de David, su niño [89].

Así lo llama también aquella bienaventurada compañía apostólica en la oración que hacen a Dios después de haber confesado a Cristo delante de los príncipes de los sacerdotes y sabios del pueblo judaico: *Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todas las cosas que hay en él, que dijiste por la boca de David, nuestro padre y tu niño: ¿Por qué braman las gentes?*, etc. [90] En el mismo lugar llama *niño de Dios* a Cristo en el tiempo que fué muerto y crucificado de aquel pueblo judaico. Juntáronse, dicen, en esta ciudad, conviene a saber, en Jerusalén, contra tu santo *niño* Jesús, el cual ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con las gentes y con los pueblos de Israel, a hacer aquellas cosas que tu consejo y manos tenían ya determinado que se hiciese [91]. San Pablo, en la carta que escribió a los hebreos [92], llama a los escogidos de Dios, y que eficazmente consiguieron el fruto de la muerte de Cristo, *niños de Cristo*. Porque los *niños*, dice, tenían carne y sangre, por esto él también participó de lo mesmo. Da en estas palabras San Pablo a entender que una de las causas principalísimas de hacerse Dios hombre fué que los electos lo eran; y llámalos *niños* por el tierno amor con que siempre los amó allá desde su eternidad. Baste esto de la primera razón.

La segunda causa de llamarse *párvulos* esta bienaventurada gente que ha de entrar por verdadera humildad en el reino de los cielos es por la niñez y novedad de la vida que tenemos en Cristo. ¿Quién duda que nadie entrará en el reino de los cielos sino el que, dejada la vida vieja, fuere otra vez reengendrado en Cristo? Los que han de gozar de los gozos del cielo, necesario es que tengan título de hijos de Dios; porque, como dice el mesmo Cristo [93], el siervo no estará en la casa de Dios, y el hijo quedará para siempre; pues luego, naciendo nosotros hijos de Adán y de ira [94], como dice San Pablo, menester es que desterremos el ser que teníamos viejo y antiguo, para que re-

[89] Luc. 1, 69.
[90] Act. 4, 24-25.
[91] Act. 4, 27-28.
[92] Hebr. 2, 14.
[93] Ioan. 8, 35.
[94] Eph. 2, 3.

cibamos el nuevo que Cristo nos comunica [95]. En probar esto gasta San Pablo todo el capítulo quinto de la carta que escribió a los romanos, haciendo dos Adanes, el uno terrestre y viejo, en quien somos condenados, y el otro celestial y nuevo, en quien alcanzamos justicia. *Como por la inobediencia de uno*, dice, *fueron muchos constituídos pecadores, así por la obediencia de uno*, que es Cristo, *serán muchos constituídos* y hechos *justos* [96]. En la primera que escribió a los de Corinto: *el primer hombre*, dice, *fué hecho*, como dice la Escritura, *en ánima viviente; el* segundo, *en espíritu vivificante* [97]; que quiere decir que del primer hombre recibimos la vida mortal y corruptible del cuerpo; del segundo, que es Cristo, la inmortal incorruptible del alma. El primer hombre (dice luego), de tierra, fué terreno, y el segundo, del cielo, fué celestial [98].

Cual el terreno, tales los terrenos que de él nacen; cual el celestial, tales los celestiales que de él proceden. Como si dijese: el primer hombre, siendo de tierra, no nos pudo dar sino muerte y tierra; el segundo, que es Cristo, como era celestial, diónos el cielo. De manera que de Adán heredamos la muerte y el infierno, de Cristo heredamos la vida eterna y el cielo. Luego si desterrando aquella vida vieja no nos enjiriéremos en la nueva de Cristo, no entraremos en el reino de los cielos. Luego bien llama Cristo a los electos para el cielo (que, como dijimos, son los verdaderos humildes) *niños o párvulos;* pues desterrada aquella vieja generación de Adán y totalmente muertos a ella, somos otra vez reengendrados en Cristo. De aquí es que el sacramento del bautismo, que es instrumento de enjerirnos en Cristo, lo llamó el mismo Cristo regeneración. Dígote en verdad, dice a Nicodemo, oue el que no fuere reengendrado de agua y de Espíritu Santo no entrará en el reino de los cielos [99]. De aquí es que este enjerirnos en Cristo por el santo bautismo se llama en la mesma Escritura *nueva criatura. En Cristo Jesús*, dice San Pablo, *ni la circuncisión vale algo ni el no ser circuncidado, sino la nueva criatura* [100]. *Nueva criatura* llama el nuevo ser que de Cristo recibimos. Y en otra parte: *si hay en Cristo alguna nueva criatura, porque las cosas viejas ya pasaron* [101].

De aquí es que el traernos a Cristo los predicadores por la predicación del Evangelio se dice *engendrarnos*. Del mes-

[95] Col. 3, 9-10.
[96] Rom. 5, 19.
[97] I Cor. 15, 45.
[98] I Cor. 15. 47.
[99] Ioan. 3, 5.
[100] Gal. 6, 15.
[101] II Cor. 5, 17.

mo Cristo dice Santiago que voluntaria y libremente los engendró a él y a los de aquel tiempo con la palabra de su verdad, que es con su Evangelio, para que fuesen algún principio de su criatura [102], que es la nueva generación que había venido ha hacer en los hombres. Y San Pablo dice que *nos engendró a Cristo por el Evangelio* [103]. De aquí es que el santo bautismo se llama *sepultura y muerte del viejo Adán* [104]. Porque allí se destruye y asuela todo el ser que de él recibimos, que llama el mesmo San Pablo *cuerpo de pecado* [105], y resucitamos en la santa niñez y nuevo ser de Cristo. *¿Estaremos en el pecado,* dice San Pablo, *para que la gracia de Dios abunde y sea mayor?* (perdonando más pecadores). *Ajeno sea de nosotros tal pensamiento, porque si somos muertos al pecado, ¿cómo aun ahora viviremos en él? Por ventura ignoráis, hermanos, que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte y fuimos sepultados con él en la muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de los muertos para gloria de su Padre, así nosotros andemos en novedad de vida? Porque si hemos sido plantados con él en la semejanza de la muerte, también lo seremos de la resurrección. Sepamos que nuestro viejo hombre ha sido juntamente crucificado con Cristo, para que sea destruído el cuerpo del pecado, para que de aquí adelante no sirvamos al pecado. Y si somos muertos con Cristo, creemos que juntamente también viviremos con Cristo, teniendo por cierto que Cristo ya no morirá más, ni la muerte se le enseñoreará más. Porque su morir fué para que muriésemos nosotros al pecado, y lo que vive ahora es para que nosotros vivamos a Dios* [106]; hasta aquí es de San Pablo. Luego bien llama Cristo a los verdaderos cristianos reengendrados por su sangre *niños y párvulos,* pues desterrado el viejo hombre, tornan a nacer y vivir a él mesmo, y quien de esta manera no se tornare *párvulo* no entrará en el reino de los cielos. La soberbia y las demás malas costumbres, del viejo Adán y terreno eran. La humildad, del mismo Cristo es propia, como dijimos arriba; luego menester es que los nuevamente engendrados en Cristo le conserven y guarden; si quieren, como hijos legítimos, entrar en el reino de los cielos, menester es que destierren el cuerpo de pecado, que es el montón de malas inclinaciones y vicios contrarios a la vida cristiana, y planten las buenas que Cristo enseñó. *Dejad,* dice San Pa-

102 Iac. 1, 18.
103 I Cor. 4, 15.
104 Rom. 6, 4; Col. 2, 12.
105 Rom. 8, 3.
106 Rom. 6, 1-11.

blo a los de Efeso, *el viejo hombre según la antigua conversación, el cual se corrompe según los deseos del error, y sed renovados en el espíritu de vuestro entendimiento; y vestíos del hombre nuevo, que fué criado según Dios en el bautismo en justicia y santidad de verdad. Por lo cual, dejando mentira y falsedad, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros unos de otros. Si tuvierdes ira, no llegue a pecado; el sol no se ponga sobre vuestra ira, no deis lugar al diablo. El que hurtaba, ya no hurte, pero trabaje con sus manos para mantenerse del trabajo que basta para sí y para socorrer al necesitado. Todo género de malas palabras no salga de vuestra boca, sino las que fueren buenas para la edificación de la fe que sean graciosas y suaves a los oyentes. Toda amargura, ira, indignación, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros, y con estas cosas todo género de malicia. Sed unos con otros benignos, misericordiosos, perdonándoos unos a otros como Dios perdonó a vosotros en Cristo* [107].

Lo mesmo dice a los de Coloso: *Mirad que en el santo bautismo según el hombre viejo moristeis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Pues que así es, mortificad vuestros miembros terrenos* (quiere decir los del hombre viejo y terreno). Y declara luego cuáles sean los miembros de este hombre viejo que se han de mortificar: *Fornicación, inmundicia, deleite, mal deseo, avaricia, que es servidumbre de ídolos, por las cuales cosas vino la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad, en las cuales cosas andábades algún tiempo cuando viviades en estos miembros. Ahora, ya renovados por Cristo, desechad y desterrad de vosotros todas estas cosas: ira, indignación, malicia, blasfemia, lenguaje de hablar torpe de vuestra boca. No queráis mentir uno a otro; despojaos el viejo hombre con sus obras, vistiéndoos el nuevo, que se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo crió.* Y declara luego el santo apóstol cuál sea el hombre nuevo y *niño* que nos hemos de vestir. *Vestíos*, dice, *como electos de Dios, santos y amados de él, entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia, sufriéndoos unos a otros y perdonándoos unos a otros; si alguno contra otro tuviera querella, como el Señor os perdonó a vosotros. Y, sobre todo, tened caridad, que en ella se encierra toda la perfición de la vida cristiana* [108]. En la primera carta que escribió a los de Corinto llama a los verdaderos cristianos *nueva masa*, y al hombre viejo llama *levadura*, y quiere que desterremos la vieja levadura y nos quede-

[107] Eph. 4, 22-32.
[108] Col. 3, 4-14.

mos con la nueva masa. *Purgaos,* dice, *de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, así como sois panecillos sin levadura, conviene a saber, sin vejez de pecado. Porque nuestro cordero pascual ha sido Cristo. Y si así es, de aquí en adelante no celebremos nuestras comidas y banquetes espirituales en levadura vieja ni en levadura de malicia, sino en panes sin levadura de sinceridad y de verdad* [109]. Quiere decir el santo apóstol en estas palabras que toda la vida cristiana es una Pascua perpetua, en la cual, así como en la Pascua judaica se comía el cordero pascual con panes cenceños o sin levadura, que llamaban azimos, así hemos de comer el verdadero cordero Cristo, que quita los pecados del mundo, con panes de vida nueva y sin malicia, desterrada la vieja masa o levadura del pecado.

De aquí dice Dios por el profeta Ezequiel que en este santo tiempo evangélico daría a los hombres espíritu nuevo y corazón nuevo [110]. De aquí que exhorta y persuade David muchas veces a los hombres de este estado evangélico, quiero decir, a estos santos niños de Cristo, que canten a Dios cántico nuevo y dejen ya el viejo [111]. Y lo mismo nos manda el santo profeta Isaías: *Cantad,* dice el Señor, *cántico nuevo y su alabanza desde los extremos de la tierra* [112]. Este nuevo cántico, como dice Clemente Alejandrino [113], varón doctísimo y casi del tiempo de los apóstoles, es la nueva ley evangélica, que a estos nuevos hombres o *niños* había de ser dada, desterrada toda la ley vieja. Y llámase cántico, como él mesmo dice, porque fué tanta la suavidad y melodía con que se entonó del celestial cantor Cristo y se cantó de sus santos apóstoles y predicadores evangélicos, que atrajo a sí todo el mundo. Suelen los que gustan de la música procurar cosas nuevas y tenerlas porque lo viejo en este género deleita menos y da menos gusto. Viejos cánticos fueron la ley natural y mosaica; estaban ya los hombres hartos y fastidiados de oírlos. Vino el cantor del cielo con su nuevo cántico, y engolosinó de tal suerte los hombres, que todos, dejando sus haciendas, hijos, mujer, casa, parientes, padres y madres, y lo que es más que todo, a sí mesmos, determinaron de irse tras él y seguirle. De Amfión Thebano se cuenta que edificó a Thebas, ciudad famosa de la Grecia, haciendo con la melodía de su música que las piedras se pusiesen en su lugar cada una. Arión Methineo se dice que atraía los peces de la mar con la suavidad de su arpa. Orfeo se

[109] I Cor. 5, 6-8.
[110] Ez. 18, 31.
[111] Ps. 32, 3; 39, 4; 95, 1; 97, 1; 143, 9; 149, 1.
[112] Is. 42, 10.
[113] *In Orat. ad hor. ad Ge.*

dice haber amansado los animales fieros con dulces cánticos. Todas estas cosas fueron fabulosas invenciones de poetas; mas nuestro celestial Amfión edificó con el dulce cántico nuevo y nunca oído de los hombres la santa ciudad de Jerusalén, la del cielo, haciendo a las piedras de ella, que son los justos, cada uno ponerse en el lugar que sus méritos le dan y conceden. Nuestro divino Arión, con la suavidad de la música evangélica, saca los peces de este mar impetuoso del mundo, lleno de tempestades y tentaciones. Y, finalmente, nuestro Orfeo atrajo a sí con el mesmo nuevo cántico las fieras del mundo, que eran los hombres brutos y desamparados del conocimiento de Dios, y que vivían a manera de bestias y animales fieros.

Cántico nuevo es el santo Evangelio, y hízome tan nuevo a los hombres, que los gentiles lo tenían por locura, y los judíos por escándalo. *Predicamos,* dice San Pablo, *a Cristo crucificado, el cual es la suma del Evangelio, y los gentiles tienen esta predicación por locura, y los judíos por escándalo* [114]. Y es cántico y dulce y suave, porque es ley de amor y de caridad. En los cantares, aquellos suelen ser sabrosos que tratan cosas de amores. Mira qué cántico tan suave: *Este es mi precepto,* dice Cristo, *que os améis unos a otros como yo os amé; ninguno puede tener mayor amor que poner la vida por sus amigos* [115]. Suma Cristo toda la ley evangélica en este santo mandato de amor. Como si dijese: Moisén os dió muchos mandamientos, yo no os doy más que uno, y es que os améis, porque en éste se encierra todo lo demás. *El que ama al prójimo,* dice San Pablo, *cumple toda la ley; porque el mandamiento de no adulterar, no matar, no hurtar, no decir falso testimonio, no desear la mujer y cosas del prójimo, y si hay otro mandamiento, en este mandato se encierra: Amarás a tu prójimo como a ti mesmo. El amor del prójimo no obra mal* [116] (quiere decir: el que ama al prójimo no puede hacer mal alguno). Luego el perfecto cumplimiento de la ley es el amor. Todo esto es de San Pablo. ¿Por ventura no es éste suave cántico, pues en las cosas de este mundo y en los afectos del hombre no hay cosa más dulce que el amor?

Y que éste sea cántico nuevo, el mismo Cristo, propincuo a la muerte, lo dice: *Mandato nuevo os doy: que os améis unos a otros como yo os amé* [117]. Y San Juan, secretario de este nuevo mandato, en su primera carta a todos los fieles, dice: *Otra vez os escribo «mandato nuevo»: que os*

---

[114] I Cor. 1, 23-24.
[115] Ioan. 15, 12-13.
[116] Rom. 13, 8-9.
[117] Ioan. 13, 34.

améis unos a otros [118]. Y si él dice allí otra vez que éste no es mandato nuevo, sino viejo [119], dícelo porque en la ley mosaica también en alguna forma, a lo menos cuanto a la intención de Dios, se había dado. Como Cristo dice en el capítulo 22 de San Mateo, respondiendo a los fariseos, que le vinieron a preguntar cuál era el mayor mandamiento de la ley mosaica: *Amarás*, dice, *a tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma y de todo tu entendimiento; éste es el mayor y sumo mandato de la ley, y tras éste, amarás a tu prójimo como a ti mesmo* [120]. Declara aquí Cristo qué fuese el fin y paradero de toda aquella ley; mas este mandato fué propio de la ley evangélica, y en ella expresamente mandado, y así es nuevo y viejo: nuevo, porque así en forma y claro sólo en la ley evangélica se pone; viejo, porque por rodeos de todos los mandamientos mosaicos esto pretendía Dios. Y va entre un estado y otro la diferencia que hay entre declarar por rodeos el amor y manifestarlo claro. Sirve un hombre a una mujer, y regálala por diversas vías, pero no osa manifestarle su amor; viene después, y manifiéstalo claramente, y pídele que le responda a su amor. Lo primero es semejante a la ley mosaica, lo segundo a la ley evangélica; en entrambas cosas se pretende amor, mas en la primera secreta y implicadamente; en la segunda, clara y abiertamente. De esta manera, San Juan escribe a la electa en su segunda carta: *Ruégote, señora, no como quien te quiere dar nuevo mandato, sino por virtud del que tuvimos desde el principio, que nos amemos unos a otros* [121]. Luego *suave cántico* es el santo Evangelio de Cristo, porque es ley de amor; y *nuevo*, porque anuncia nuevas cosas al mundo. ¿Qué cosa más nueva que decir: Bienaventurados los pobres de espíritu, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, bienaventurados los misericordiosos y, finalmente, bienaventurados los que padecen persecución por la justicia y los que sufren pacientemente maldiciones y blasfemias por Cristo [122], pues todo lo contrario beatifica el mundo y tiene por felicidad? ¿Qué cosa más extraña al sentido de los hombres que decir que hemos de amar nuestros enemigos, rogar por los que nos persiguen y acusan [123]; que si nos quitaren la capa, que demos el sayo; que si nos dieren un bofetón en un carrillo, que volvamos el otro [124];

[118] I Ioan. 2, 8.
[119] I Ioan. 2, 7.
[120] Matth. 22, 37-39.
[121] II Ioan. 1, 5.
[122] Matth. 5, 3-11.
[123] Matth. 5, 43-44; Luc. 6, 26-27.
[124] Matth. 5, 39-40; Luc. 6, 29.

que perdonemos las injurias, y, finalmente, que dejemos padres y madres, hermanos, parientes, mujer, hijos, hacienda y a nosotros mesmos [125]; que aborrezcamos nuestra alma, si queremos ganarla? [126] ¿No es *cántico nuevo* éste? ¿No se espanta nuestra naturaleza y flaqueza de oírlo?

Pero todo es dulce, porque va envuelto en amor y va envuelto en la extraña y espantosa caridad del que nos lo manda, que es Cristo, que siendo Dios se hizo por nuestro amor hombre, y va envuelto en su sacratísimo ejemplo, y él mesmo antes, con hacerlo primero, le quitó la hiel y el mal sabor, y lo hizo dulcísimo y sabrosísimo al mundo; y tanto, que lo contrario de esto sea ya desgustoso y desabrido. Ve aquí, vuestra señoría, el cántico que estos sagrados niños evangélicos han de cantar toda la vida; éste es el himno que a Cristo cada día dulcemente ofrecen. Por esta misma causa, el mismo Cristo llama su Evangelio vino nuevo y quiere que se eche en cueros nuevos y no viejos [127]. Vino nuevo es la nueva doctrina evangélica, que embriaga los hombres; de la cual decía la esposa en los Cantares: *Mejores son tus pechos que el vino* [128]. Con los pechos se da la leche a los niños. Los pechos de Cristo son sus predicadores y doctores evangélicos, que dan leche a los párvulos. Estos son mejores que el vino, porque la palabra evangélica, instilada en el estómago del verdadero párvulo de Cristo, le saca de tiento, digo de la sabiduría de este mundo, y con una extraña y bienaventurada embriaguez le hace hacer obras que parecen locuras al mundo. Los que el vino material saca de sí, ni curan de hacienda, ni curan de honra, ni curan de interese otro de este mundo. ¿Por ventura no es obra de embriago evangélico dar su hacienda a los pobres, y desnudo, seguir a Cristo desnudo? No es obra de embriago, pudiendo gozar de este mundo y de sus contentos, meterse en una cárcel perpetua, dejando su voluntad propia y su ser, y autoridad, gallardía de edad y todo lo demás de que suele el mundo admirarse? ¿Qué mayor desatino acerca del mundo que trocar el brocado por sayal, la riqueza por pobreza, la libertad por cárcel, la blanda cama por la dura, los manjares delicados por los viles y groseros y, al fin, el ser servido por el servir? Cosa de gran embriaguez y locura parecería en los tiempos pasados, dejada mujer, marido, hijos, padre, madre, hacienda, fama, honra, autoridad, crédito, hermosura y edad, correr a la muerte por Cristo. Cosa de locos parecía creer en un crucificado que les parecía que

[125] Matth. 19, 29; Marc. 10, 29.
[126] Matth. 16, 25; Marc. 8, 35; Luc. 9, 24.
[127] Matth. 9, 17; Marc. 2, 22.
[128] Cant. 4, 10.

aun a sí no se había podido valer en la cruz. Y así, el día de Pentecostés juzgaban los que carecían del conocimiento de Dios que los apóstoles estaban embriagos, y no de vino añejo, sino de nuevo o de mosto [129].

Y al fin, *toda la vida cristiana*, como arriba dijimos, dice San Pablo que *parecía al mundo locura* [130]. Y es así cierto que toda es locura y embriaguez de este santo vino evangélico; que, quitando a los hombres el humano sentido, les da el divino, conforme aquello que dice el santo apóstol San Pablo: *Nosotros no recibimos el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que Dios nos ha dado.* Y luego dice: *El hombre animal no entiende las cosas que son del espíritu de Dios, porque le son locura y no puede entender que es examinado espiritualmente. El hombre espiritual juzga todas las cosas, «et ipse a nemine iudicatur»* [131], *conforme a lo que está escrito* [132]: *¿Quién conoció el espíritu del Señor o quién le instruyó? Nosotros tenemos el sentido de Cristo; el mundo por locura y embriaguez tiene todo aquello que el Evangelio predica* [133]. La palabra de la cruz, dice San Pablo, a los que perecen es locura, pero a los que se salvan, conviene a saber, a nosotros, virtud de Dios [134]. A esta causa fué menester que el Hijo de Dios nuestro Señor descendiese de los cielos a la tierra y autorizase con su presencia y milagros esta santa doctrina. Para la ley mosaica no fué menester venir Dios, porque no excedía los límites de la razón humana; para ésta fué menester, porque era muy de aquel cabo de lo que pueden entender los hombres y el humano sentido. Mas doctrina tan soberana y tan alta no la pueden recibir sino los humildes valles, conviene a saber, estos *parvulitos* evangélicos de quien vamos hablando. A éstos solos la comunica Dios y con éstos son sus secretos coloquios. En los montes encumbrados y altos no se detiene ni recoge la pluvia, a los valles desciende. Los soberbios no son capaces de la pluvia del cielo ni pueden recogerla ni detenerla. De aquí es que Cristo se llama en la Escritura doctor de los *párvulos y niños*. Y él mismo, en la sinagoga de Nazaret, donde había sido criado, declaró aquel lugar de Isaías: *El espíritu del Señor sobre mí, porque me ungió y me envió a predicar a los pobres y a sanar los contritos de corazón*, etc. [135] Diciendo que aque-

---

[129] Act. 2, 13.
[130] I Cor. 1, 23.
[131] I Cor. 2, 12-15.
[132] Is. 40, 13.
[133] Rom. 11, 34.
[134] I Cor. 1, 24.
[135] Luc. 4, 18.

lla profecía ya había sido cumplida en él. *Pobres* llama en este lugar los que aquí llama *párvulos y pequeñitos*. A este propósito, dijo David hablando con Cristo, doctor y apóstol verdadero de la ley evangélica, la declaración de tus palabras: *Señor, alumbra y da entendimiento a los pequeñuelos* [136]. En el libro de los Proverbios, dice Salomón, hablando en espíritu de profecía de Cristo, que *es sabiduría de Dios. La sabiduría edificó para sí una casa de siete columnas, ofreció sus sacrificios, mezcló vino y puso la mesa; envió sus criadas para que llamasen a su palacio y dijesen: Si hay alguno pequeñuelo, véngase a mí* [137]. La casa que Cristo, sabiduría de Dios, edificó fué su santa Iglesia, edificada de piedras vivas, que son los fieles. Escríbote estas cosas, dice San Pablo a su discípulo Timoteo, *para que sepas cómo has de conversar en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y firmamento de la verdad* [138]. Y a los de Corinto: *¿No sabéis*, dice, *que sois templo de Dios y el espíritu de Dios mora en vosotros? El que profanare este templo, destruirlo ha nuestro Señor Dios* [139]. *El templo de Dios, santo es, el cual sois vosotros.*

Y en el mesmo lugar dice que todos somos edificio de Dios y que él puso el fundamento de la fe. Las siete columnas de esta casa de la divina sabiduría son siete dones del Espíritu Santo o siete sacramentos de la Iglesia, en que la misma Iglesia estriba: bautismo, confirmación, eucaristía, penitencia, extremaunción, orden y matrimonio. Los sacrificios que ofreció fueron su santísimo cuerpo y sangre, no sólo en el ara de la cruz, pero en la última cena, y por ello dice que los convida a pan y vino. Las criadas son los santos apóstoles, y los demás predicadores evangélicos, enfermos y flacos, desamparados de la sabiduría del mundo y de su crédito; y tales y tan enfermos y flacos, que dice San Pablo de sí y de los demás: *Pienso yo que a nosotros los apóstoles nos haya Dios puesto en este mundo como a hombres abatidos y sentenciados a muerte, porque somos hechos juego y farsa del mundo, de los ángeles y de los hombres. Nosotros somos tenidos por tontos por Cristo, vosotros por prudentes en Cristo; nosotros enfermos, vosotros fuertes, vosotros nobles, nosotros viles y sin nobleza. Hasta esta hora padecemos hambre, y tenemos sed, y andamos desnudos, y somos abofeteados, y andamos de tierra en tierra, y trabajamos obrando con nuestras manos. Somos maldecidos y bendecimos. Padecemos persecución y tenemos paciencia. Somos blasfema-*

136 Ps. 118, 130.
137 Prov. 9, 1-4.
138 I Tim. 3, 15.
139 I Cor. 3, 16-17.

dos y rogamos. Somos hechos como basura de este mundo y como las cáscaras y mondaduras que se echan al muladar [140]. Hasta aquí es de San Pablo. Y, finalmente, Cristo les dice: *Mirad que os envío como ovejas en medio de los lobos* [141]. Luego envió la divina sabiduría sus criadas a llamar a los *párvulos,* porque envió a los santos apóstoles, flacos y enfermos en la opinión del mundo, a llamar a los humildes a su santa Iglesia. *Id,* dice después de su resurrección, *y predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere será salvo, el que no creyere será condenado* [142]. Convidólos, finalmente, a su pan y vino, porque a todos convida al sacratísimo banquete de su cuerpo y sangre, diciendo: *Dígoos en verdad que si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis vida en vosotros* [143].

De manera que Cristo es el que enseña a los párvulos y humildes, y no solamente los enseña proponiendo exteriormente esta doctrina nueva del cielo por sí o por sus predicadores, mas plantándola e injiriéndola en los corazones y entrañas de los mismos. Y ésta es la causa por qué éstos gustan cuán suave es Dios y con gozo y extraño contento reciben y cumplen los mandamientos y consejos de la vida cristiana. *Bienaventurado,* dice David, *el que tú, Señor, enseñares y de tu mano lo doctrinares* [144]. Da Cristo gracias a su Padre porque, habiendo escondido los secretos del Evangelio y el gusto de ellos a los sabios, los reveló a los *pequeñuelos* y humildes. *Confiésote, Padre, Señor de los cielos y de la tierra,* dice, *porque escondiste estas cosas de los sabios y las revelaste a los «pequeñuelos»; así se hizo, Padre, porque así te plació* [145]. Dichoso el que Dios llama a este magisterio de Cristo y bienaventurado el que dentro en sus entrañas le lee este celestial maestro la lición de su doctrina y se la pone y escribe en lo más profundo del corazón. El que de este magisterio goza, ¡cuán cierto es paracerle todo lo que el mundo tiene por bueno, malo; por fuerte, enfermo; por bienaventuranza, infelicidad y miseria; por riqueza, pobreza; por gusto, disgusto, y por sabiduría, necedad y locura.

Así le parecía a San Pablo cuando decía que *la sabiduría de este mundo era locura acerca de Dios* [146] y cuan-

[140] I Cor. 4, 8-13.
[141] Matth. 10, 16; Luc. 10, 3.
[142] Marc. 16, 15-16.
[143] Ioan. 6, 54.
[144] Ps. 93, 12.
[145] Matth. 11, 25.
[146] I Cor. 4, 19.

do decía *que fuese ajena de él otra gloria que la cruz de su Señor Jesucristo* [147]. Y, finalmente, cuando se gloriaba en las enfermedades, en los azotes, en haber sido apedreado, en haber padecido naufragios, en haber pasado sed, hambre, desnudez, cadenas, etc. [148] La causa principalísima porque yo entiendo que se nos hace duro este yugo de la vida cristiana, siendo él suave y liviano, es porque no entendemos esta santa doctrina. El discípulo de bajo ingenio y corto natural siempre es negligente en la disciplina que oye; la causa es porque no gusta de ella. El cristiano que no tiene más que el nombre de discípulo de Cristo y que Dios no le alumbra para entender su doctrina, no es maravilla si no gustando de ella la desprecia. El que la gusta, imposible es que deje de decir con David: *¡Cuán dulces son, Señor, tus palabras a mi gusto; más suaves son que la miel a mi boca!* [149] Gustado había de este interior magisterio San Pedro cuando, diciéndole Cristo que si quería él y los demás apóstoles dejarle, respondió: *¿Señor, dónde iremos, que tienes palabras de vida?* [150] Pero entendamos que Cristo no enseña de esta manera sino a los *párvulos y pequeñuelos;* aborrece el magisterio de los altivos y soberbios. Luego si queremos ser enseñados, humillémonos, como dice San Pablo, debajo de la mano poderosa de Dios [151] y entendamos lo que dice el mesmo Dios por Isaías: *¿A quién enseñará el Señor la ciencia* o *a quién hará entender su palabra? A los destetados de la leche, a los arrancados de los pechos* [152]. Quiere decir a los *pequeñuelos* que ya van fuera de los rudimentos y principios de la fe y, habiendo ya en ella aprovechado, conservan su humildad. *Niño destetado* decimos a quien se le ha quitado poco ha la leche. Pues luego aquellos serán de Dios enseñados interiormente la virtud de la ley evangélica que por humildad fueren *niños* y por erudición cristiana vinieren ya aprovechados en la misma doctrina. Y de estos se entiende lo que el Sabio, hablando de este estado evangélico, dice en el capítulo 22 de los Proverbios: que *será más sabio el pequeñuelo si siguiere al sabio* [153]; conviene a saber, a Cristo, que es divina sabiduría del Padre. A este propósito, el santísimo y doctísimo varón Clemente Alejandrino, de quien arriba hicimos memoria, escribió tres libros, que llamó *Ayo* o *Pedagogo*, donde hace a Cristo

---

147 Gal. 6, 14.
148 II Cor. 11, 27.
149 Ps. 18, 11.
150 Ioan. 6, 69.
151 I Petr. 5, 6.
152 Is. 28, 9.
153 Prov. 21, 11.

ayo y maestro de los tales *niños;* y llama toda la doctrina del Evangelio *Pedagogía o doctrina de niños.*

Harto creo hemos hablado de la segunda causa por qué los humildes y verdaderos cristianos son llamados de Cristo *párvulos.* Pongamos ya la tercera y última, que es a mi parecer por las costumbres de *niños* que en esta santa gente se halla. Aquellas cuatros maneras de *párvulos o niños metafóricos* que antes de ésta pusimos llamábanse *niños* porque tenían de los niños verdaderos naturales lo malo y defectuoso. Los primeros, por la poca autoridad y precio; los segundos, por la ignorancia y poco sentido; los terceros, porque eran tratados de Dios a manera de mochachos, pues les puso y dió el freno y ayo de la ley; los cuartos, porque habían aprovechado poco en la doctrina cristiana. Estos nuestros de que ahora hablamos no se llaman *párvulos* sino por imitación de las cosas amables y dulces que hay en los niños. Hallamos en los niños una sencillez, pureza y simplicidad agradable, con la cual jamás pensaron cosa qne no dijesen ni dijeron que no pensasen, un destierro de toda astucia y doblez, ninguna hipocresía, ningún engaño, porque no saben engañar a nadie ni jamás sospechan de alguno que los engañe. Finalmente, de nadie piensan mal. Los verdaderos humildes y párvulos de Cristo, con una extraña sencillez y pureza, de nadie piensan mal, a nadie engañan ni saben engañar, de todos piensan y presumen bien y de nadie se persuaden mal. Proviene esta santa llaneza de la continua consideración de sus pecados. ¿Cómo pensará mal de otro el que tiene harto que pensar en los suyos? ¿Cómo dirá mal de su prójimo el que tiene por cierto que todos son mejores que él? No hay cosa en toda la vida cristiana que sea tan cierto indicio de haber Dios tocado de veras en el corazón de alguno como cuando le trae al estado de la santa pureza y sencillez. *El doblado de corazón,* dice Santiago, *inconstante es en todos sus caminos* [154]. Aconséjanos la divina sabiduría *que no nos lleguemos a Dios con doblado corazón, ni seamos hipócritas, ni doblados con los hombres* [155]. *¡Ay,* dice en otra parte, *de los que son doblados de corazón y del pecador que entra en la tierra por dos caminos!* [156] Entrar en la tierra por dos caminos es querer ir al cielo, que es la tierra de los vivientes, con doblez de vida y de camino. *Purificad,* dice el bienaventurado Santiago, *vuestros corazones los doblados de corazón* [157].

[154] Iac. 1, 8.
[155] Eccl. 1, 36-37.
[156] Eccl. 2, 14.
[157] Iac. 4, 8.

Dejando, dice al apóstol San Pedro, *toda malicia y todo engaño, y simulación, y invidias, y murmuraciones; como niños ahora nuevamente engendrados, razonables y sin engaño, desead la leche de la doctrina cristiana, para que en ella crezcáis para vuestra salud, si empero habéis gustado cuán suave es el Señor* [158]. Admirable lugar de tan excelente apóstol y que en suma nos enseña las condiciones y costumbres de los verdaderos siervos de Dios, que son los humildes y párvulos de Cristo. Todas estas cosas que aquí nos manda dejar el santo apóstol son reliquias del viejo Adán, el cual, pecando antiguamente, hoy también engendra sus desventurados descendientes semejantes a sí mesmo. Con estos vicios y malas inclinaciones dejó la serpiente antigua del demonio inficionado todo el género humano, y éstas son las malas y ponzoñosas plantas que, arrancando las que Dios había plantado, sembró en el miserable huerto de nuestra alma; de donde cada día brotan frutos tan ponzoñosos y abominables a Dios y a los hombres como son los pecados, pues el mal árbol, como dice Cristo, si no fuere purgado de su malicia, no puede hacer buena fruta [159]. Había sembrado Dios en el pecho del hombre esta santa simplicidad y llaneza; arrancóla el diablo, y puso en su lugar engaño, malicia, simulación, doblez, envidia, de la cual mana la detracción, el odio, el mal ánimo y todos los demás monstruos bestiales de vicios que en nosotros hallamos [160]. Estos vicios y malas inclinaciones es menester que los niños de Dios de nuevo engendrados por Cristo las destierren y asuelen en sí mesmos, y no se parezcan más a aquel de cuya generación y paternidad no se precian. Manda el santo apóstol que deseemos solamente la leche de la doctrina evangélica, y que con ella vamos creciendo y aumentando nuestros méritos.

Aquí no toma *leche* por lo que arriba en la quinta manera de niños dijimos que la tomaba San Pablo, conviene a saber, por los principios y rudimentos de la vida cristiana, sino por toda ella, aludiendo y tiniendo cuenta con lo que arriba dijimos: que se ha de mamar dulce y sabrosamente, sin curiosidad alguna, del pecho de la Iglesia, como los niños, que, no viendo lo que maman con los ojos, simplemente lo pasan a su estómago, y crecen con ella con un bienaventurado descuido y llaneza. Y dice el santo apóstol que de tal manera seamos párvulos y niños, que seamos razonables; quiere decir que usemos de razón. No quiere que imitemos a los niños en la ignorancia

---

158 I Petr. 2, 1-2.
159 Matth. 7, 19; Lc. 3, 9.
160 Gal. 5, 20-21.

que manó del pecado, sino la sencillez y pureza. Así nos lo mandó también Cristo: *Sed prudentes como serpientes y simples y sencillos como palomas* [161]. No quiere Dios que seamos todos palomas, en las cuales hay su buena parte de necedad, con que no saben guardarse del gavilán que las sigue, sino que tengamos astucia de culebras, que, quiriéndolas encantar, meten el cabo de la cola en el oído, porque no oyan, como dice David [162], las palabras del que las encanta sabiamente. No quiere Dios que seamos tan simples en todo que tras cada paso nos cace el demonio y nos haga despojo suyo, sino que a manera de discretas serpientes, cuando la prosperidad de la vida nos quiere encantar, pongamos nuestro último y postrimero día, que es de la muerte, en los oídos del alma, y que con esto nos escapemos de los pecados y vicios que encantan el alma.

Acuérdate, dice el Sabio, *de tus postrimerías, y para siempre no pecarás* [163]. Lo mismo que Cristo y San Pedro, nos aconseja San Pablo: *Hermano*, dice, *no queráis ser hechos niños en el sentido, sino sed niños en la malicia, y en los sentidos sed hombres perfectos* [164]. Esta, pues, es la primera condición de los *niños*, que los párvulos evangélicos, que son los verdaderos humildes, imitan. Y de ésta, por consiguiente, carecen aquellos que no han venido a este punto. Hallamos algunas veces unos santos que se usan ahora que toda su santidad tienen puesta en celar a los otros y en evitar sus pecados, tiniendo por artículo de fe que solos ellos son buenos, y los demás, pecadores. Esta no es santidad, sino maldita y luciferina soberbia, aunque más la afeiten y maticen con ayunos, disciplinas, asperezas de vida y ejercicios que engañen el mundo. Los verdaderos *párvulos* evangélicos sólo tienen cuidado de crecer con la leche de la doctrina cristiana, y de tal manera, como dice San Pablo, *obrar su salud, que puedan ocurrir el día del juicio en varón perfecto a medida de la perfición del cumplimiento de Cristo* [165]. *La caridad*, dice el mesmo apóstol, *no piensa mal* [166]. Estos, aunque hipócritamente parezcan *párvulos* a los ojos del mundo, porque de fuera andan despreciados y viles, dentro, empero, de su imaginación y ánimo son mayores que los ángeles y descienden legítimamente de aquel hinchado fariseo que decía: *Gracias te hago, Señor, que no soy como los*

[161] Matth. 10, 16.
[162] Ps. 57, 56.
[163] Eccl. 7, 40.
[164] I Cor. 14, 20.
[165] Eph. 4, 13.
[166] I Cor. 13, 5.

otros [167]. No que no se haya de tener cuenta con el prójimo en corregirle y enmendarle, pues a cada uno de nosotros mandó Dios (como dice el Sabio [168]) de su prójimo, sino porque a estas cosas los siervos de Dios y verdaderos humildes nunca vienen sino forzados y de mala gana y cuando la fuerza del oficio les aprieta y compele.

La segunda condición que los *párvulos* de Cristo imitan en los niños es un fastidio de las honras del mundo y poco cuidado de ellas. Nunca niño apeteció honra ni aun la pensó, ni se dió nada por ella; aunque tenga el padre poderoso y rico, no se ensoberbece en la nobleza de su linaje o con sus riquezas, ni aun se alegra con estas cosas, sino, como dice San Pablo, no difieren en nada de un hijo de un esclavo, siendo señor de todo [169]. El siervo de Dios verdadero y legítimo, así como las honras no le ensalzan, así las afrentas y deshonras del mundo no le abaten y confunden. Su honra sólo es servir a Dios; de lo demás vía cómo la voluntad de Dios lo ofrece. *En todas las cosas,* dice San Pablo escribiendo a los de Corinto, *nos demostremos como ministros y siervos de Dios; en mucha paciencia, en tribulaciones, en angustias, en necesidades, en plagas, en cárceles, en alborotos que se levantan contra nosotros, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en suavidad de trato, en Espíritu Santo, en caridad no fingida, en virtud y milagros de Dios. Por las armas de la justicia, a diestras y a siniestras, por gloria e ignobilidad* o *bajeza de linaje, por fama y honra,* o *infamia y deshonra* [170]. Quiere el santo apóstol que, atendiendo nosotros al servicio de Dios, no se nos dé mucho si el mundo no nos honrare o nos tuviere por nobles. De aquí los santos varones se venían a gloriar de aquello que el mundo tenía por deshonra. Alábase San Pablo de que estuvo muchas veces en cárceles, de muchos golpes y plagas que le dieron por Cristo, de que estuvo muchas veces sentenciado a la muerte, de que le azotaron cinco veces los judíos, y otras tres los gentiles con varas a uso de los romanos; de que fué apedreado una vez, de que padeció tres naufragios; de que de día y de noche, navegando por la salud de sus hermanos, se vió muchas veces en el profundo de la mar; de que padeció muchos peligros de ríos, de ladrones, de sus parientes y de los gentiles en las ciudades, en el yermo, en el mar, y de falsos hermanos; que estuvo en trabajo, en fatiga, en vigilias muchas, en

[167] Luc. 18. 15
[168] Eccl. 17. 12.
[169] Gal. 4, 1.
[170] II Cor. 6, 4-8.

hambre, en sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez [171].

Quien de estas cosas se gloriaba, poco cuidado le daban las honras del mundo. Extraña consolación es del siervo de Dios entender lo que dice San Pablo: que sólo el que Dios alaba es aprobado y merece honra. El que se gloría, dice, gloríese en Dios; porque no el que se alaba y jacta, sino el que Dios alaba, es aprobado [172]. Amonéstanos San Pablo que no seamos codiciosos de la vanagloria de este mundo [173] y mándanos que cada uno prevenga al otro, honrándolo y haciendo cuenta que es superior [174]. Este punto es muy de notar para discernir y apartar los hipócritas de los verdaderos siervos de Dios. Y de los que el celestial Maestro ha enseñado de veras en el alma. Muchos vemos cada día penitentes, descalzos, desnudos, secos de ayunar y, al parecer del vulgo ignorante, santísimos, que, si les tocásemos en lo vivo y aun en lo muerto de la honra, darían a entender quién son éstos: son hartos de los que debajo de sombra de santidad y de celo de las almas se van a las públicas congregaciones de los hombres, cortes y ciudades famosas, casas de señores, etc., y no se les da dos maravedís de todo lo demás del mundo. Estos compran vanísima gloria del mundo necio y tonto, que piensa que aquellas solas apariencias de santidad exterior son las infalibles, por azotes públicos (porque por secretos que sean, ellos tienen buena maña para que lo sepan en las plazas), por hambre, por desnudez y por suciedad; y si les quitasen algo de la opinión en que el mundo los tiene canonizados y puestos, se ahorcarían. No hay poca gente de ésta hoy en el mundo, sino mucha, y casi tanta como en tiempo de Cristo. Esté vuestra señoría segura y adviértalo bien, y verá que es regla general y certísima que ningún hombre amigo de honra y vano, aunque le vea hacer milagros, le ha tocado Dios en lo vivo del alma ni ha gustado del celestial e interior magisterio de Cristo. *El que quiere ser amigo de este mundo,* dice Santiago, *es constituído al punto enemigo de Dios* [175]. El primer toque de veras que da Dios al hombre es echarle de aquel cabo del mundo.

Reniegue vuestra señoría del santo cortesano y de palacios; y de los que aun compelidos por la necesidad y obediencia vienen a estos lugares de buena gana. Dios a los suyos, al punto que los toca, da con ellos en los yermos, donde ni aun con los hombres tengan trato o comer-

[171] II Cor. 11, 23-27.
[172] II Cor. 10, 17-18.
[173] Gal. 6, 3.
[174] Phil. 2, 3.
[175] Iac. 4, 4.

cio. Así hizo a Moisén, Elías, Eliseo y el Baptista; y él, para información y ejemplo nuestro, en recibiendo el baptismo, se transportó en el desierto, para darnos a entender que el verdadero cristiano lo primero que ha de hacer es dejar el mundo y sus pompas y sus honras.

La tercera condición de los *niños* es que no tienen solicitud de cosa de este mundo, digo de sus riquezas y haberes. Todo su cuidado tienen puesto en el pecho de las madres o de las amas y no tienen en nada los tesoros de Creso; a sus padres solos dan este cuidado, a quien también la naturaleza lo cargó. No hacen tesoro para el tiempo futuro ni buscan más que un poquito de leche, que en el pecho materno la naturaleza les guisa. En esto son iguales todos, los que nacen de ricos y los que nacen de pobres. El humilde y verdadero cristiano y siervo de Dios, ¡qué echado tiene a la espaldas todo cuidado de las cosas que tocan al cuerpo! ¡Qué poco solícito y cuidadoso anda aun del manjar y vestido que necesariamente naturaleza nos pide! ¡Con cuán poco se contenta! *Tiniendo,* dice San Pablo, *lo necesario para sustentar el cuerpo y lo necesario para cubrirnos, con esto estamos contentos* [176]. *No queráis,* dice Cristo, *ser solícitos de lo que comeréis o vestiréis mañana, porque sabe vuestro Padre celestial que tenéis la necesidad de estas cosas. Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. No queráis ser solícitos de mañana, porque el día de mañana será cuidadoso para sí y basta al día su malicia* [177]. Esfuerza y acrecienta nuestra fe con la providencia que Dios guarda con las aves del cielo. Las cuales, no sembrando ni cogiendo, no les falta de comer. Con los lirios y flores del campo, que, habiendo de ser echados otro día al fuego, las viste Dios tan hermosamente, que exceden a Salomón en toda su gloria y apostura [178]. *Arroja,* dice David, *tu cuidado en el Señor y él te sustentará* [179]. El verdadero siervo de Dios no sólo no tiene cuidado de llegar hacienda y tesoros, pero con un bienaventurado descuido, aun las cosas que tiene las deja al momento. Y esta fué y es la causa por qué los tales, dejando grandes patrimonios, haciendas y dotes, y que bastaran para hacer a otros bienaventurados, los truecan graciosamente por la pobreza de Cristo.

Exhorta San Pablo a los cristianos libres y sueltos del vínculo del matrimonio que no se casen por quitarles la solicitud de este mundo. *El tiempo,* dice, *es breve: resta*

176 I Tim. 6, 8.
177 Matth. 6, 25; 31. 34.
178 Matth. 6, 28-29.
179 Ps. 54, 23.

que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo y sus tratos, como si no usasen. Porque se pasa la figura e imagen de este mundo, y yo quiero que estéis sin solicitud y cuidado. El que no tiene mujer, piensa y está solícito de las cosas de Dios, cómo agrade a Dios. Pero el que está atado a su mujer está solícito y cuidadoso de las cosas del mundo, cómo agradará a su mujer, y está dividido y partido. La mujer por casar o virgen piensa las cosas del Señor, para que sea santa en el cuerpo y en el espíritu. Pero la casada piensa las cosas del mundo y cómo agradará a su marido [180]. Si el matrimonio, que la naturaleza ordenó como medio necesario para la conservación de los hombres, aconseja San Pablo que se deje por evitar la solicitud y cuidado, ¿qué sentirá del demasiado cuidado de las superfluas riquezas? Si desea que el hombre no se case, porque no se ocupe en agradar a su mujer, y que la mujer no tome marido, porque no parta el cuidado de Dios y de su servicio con él, ¿cómo sufrirá el desasosiego y alboroto de los que de día y de noche no piensan otra cosa sino en allegar hacienda?

La cuarta condición de los *niños* es una cierta igualdad y común afecto acerca de todos: pobres, ricos, grandes, pequeños, nobles y de baja suerte. No hace diferencia el niño entre el pobre y el rico, entre el amigo y enemigo; no sabe amar a éste y aborrecer a aquél, sino un mismo afecto y ánimo guarda con todos; y si es hijo de pobres, en más tiene su madre por pobre que sea que las grandes princesas y reinas. ¡Cuán propio es esto de los verdaderos siervos de Dios y párvulos de Cristo! A todos aman, a todos acarician y regalan igualmente. Porque todos son criaturas de Dios. *El hizo*, dice el Sabio, *el pequeño y el grande* [181]. Porque todos son capaces de la vida eterna y criados para ella, porque todos son redimidos por la sangre de Cristo. Porque ve en Cristo igualmente la naturaleza de todos. Porque todos son miembros de una Iglesia. Porque todos son lavados con un bautismo. Porque todos son llamados a Dios Padre. Y, finalmente, porque todos descendimos de una madre y de un padre sin diferencia alguna. La causa del amor es igual en todos, por fuerza ha de ser el amor también igual. La nobleza, el linaje, la hacienda, los principados, los reinos y todo lo demás que el mundo

[180] I Cor. 7, 29-34.
[181] I Sap. 6, 8.

tiene en algo, impertinente cosa es para el amor caritativo y cristiano. Y así, no aman ni honran los verdaderos siervos de Dios a peso de estas cosas, sino a peso y medida de aquéllas. *Hermanos míos*, dice el apóstol Santiago, *no queráis tener la fe de nuestro Señor Jesucristo en acepción de personas. Porque si en vuestro ayuntamiento entrase un hombre vestido preciosamente y con anillo de oro* (que era señal de nobleza), *y entrare otro pobre vestido pobremente, y ponéis vuestros ojos en el que está bien vestido y le dijerdes que se siente en lugar honrado, y al otro le dijerdes que se siente en algún lugar humilde o a vuestros pies, ¿por ventura no juzgáis acerca de vosotros mesmos y sois hechos jueces de los pensamientos? Oídme, hermanos muy amados: por ventura Dios no escogió en este mundo los pobres, ricos en la fe y herederos del reino, el cual prometió Dios a los que le aman? Y vosotros deshonráis el pobre* [182]. De manera que no quiere el santo apóstol que, pues Dios no es aceptador de personas, sino el mundo, que nosotros lo seamos en el amor y beneficios caritativos. Dios hace salir su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores [183]. Así, el cristiano no ha de hacer diferencia entre buenos y malos, altos y bajos. Mándanos Cristo que amemos nuestros enemigos y que roguemos por los que nos persiguen y acusan y hagamos bien a los que nos aborrecen, para que seamos hijos de nuestro Padre celestial [184] y nos parezcamos a aquel cuyos hijos pequeñuelos somos y de quien tenemos esta segunda generación. Quien manda amar al enemigo no quiere que se haga diferencia en el amor.

Costumbre es de los niños perdonar fácilmente las injurias recibidas. Así, el siervo de Cristo no tiene licencia para dormir en desgracia de su prójimo. *El sol no se ponga*, dice San Pablo, *sobre vuestra ira* [185]. *Perdonaos unos a otros y haceos gracia de las ofensas, como Cristo os hizo gracia a vosotros de las vuestras* [186]. *No te acordarás*, decía Dios en el Levítico, *de las injurias de tus ciudadanos* [187]. Todos somos ciudadanos de esta santa Iglesia militante y deseamos serlo de la triunfante, y así no nos hemos de acordar de las injurias recibidas de ellos. En ninguna manera quiere Dios aceptar el sacrificio que se le hace en desgracia del prójimo. Si ofrecieres tu sacrificio al altar y

182 Iac. 2, 1-6.
183 Matth. 5, 45.
184 Matth. 5, 45; Luc. 6, 28.
185 Eph. 4, 26.
186 Col. 3, 13.
187 Lev. 19, 18.

te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu sacrificio ante el altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y después ven y ofrece tu sacrificio [188]. El trato con Dios ha de ser continuo y tan frecuente y ordinario como las necesidades del hombre. Pues ¿qué es mandarnos Dios que no le ofrezcamos sacrificios estando en desgracia de nuestro hermano sino necesitarnos a que jamás lo estemos? Esto se ve claro en la forma de orar que nos dió, donde una de las peticiones que nos enseña a demandar es que perdone nuestros pecados, así como nosotros los perdonamos a los que nos ofenden [189]. Continua necesidad tenemos de orar a Dios y continua necesidad tenemos de perdonar nuestras injurias y de no detenerlas.

El *niño* libremente y sin diferencia da lo que tiene en las manos, y no mira lo que es ni a quién lo da, no advierte si es cosa vil o preciosa, no mira si a quien lo da es digno o indigno, si lo merece o no lo merece. El siervo de Dios, sin ninguna diferencia, a todos socorre y hace bien. *A todo aquel que te pide algo,* dice San Pablo, *dáselo* [190]. Y en otra parte: El que da y hace bien, dé en simplicidad, sin hacer diferencia; y no dé por especial afecto o amor que tenga respecto del mundo [191]. El *niño* no sólo es puro en el ánimo, pero también en el cuerpo, porque así como no hace mal, así tampoco lo piensa. El siervo de Dios entrambas a dos purezas ha de conservar.

El *niño* a nadie hace mal, porque no tiene manos para ello. El buen cristiano no sólo hace bien a sus amigos, pero a sus enemigos. *Haced bien,* dice Cristo, *a los que os aborrecen* [192].

El *niño*, habiendo recibido el agravio, no procura por sí mesmo la venganza, sino como puede, por palabras o señales, dícelo a sus padres. El cristiano maltratado y afligido sólo tiene a Dios por recurso, el cual sabe que dice: *Dejad a mí la venganza, que yo les pagaré* [193].

El *niño,* como no hace mal ninguno, así no sabe tener vergüenza de nada. El siervo de Dios no ha de cometer algo de que haya de tener vergüenza acerca de Dios o de los hombres. *Hijos sois de luz,* dice San Pablo; *andad como hijos de luz, de suerte que todos os vean* [194].

---

[188] Matth. 5, 23-24.
[189] Matth. 6, 12; Marc. 11, 25-26.
[190] Matth. 5, 42; Luc. 6, 30.
[191] Rom. 12, 20.
[192] Matth. 5, 44; Luc. 6, 27.
[193] Deut. 32, 35; Rom. 12, 19.
[194] Eph. 5, 8.

El *niño* a todos es gracioso y de todos es amado, porque se ve en él sola la inocencia y no ha comenzado a brotar la malicia. El verdadero cristiano de tal suerte ha de vivir, que a todos sea amable. *Sea,* dice San Pedro, *vuestra conversación buena entre las gentes, para que en aquello de que murmuran de vosotros como de malhechores, considerándoos, de vuestras buenas obras glorifiquen a Dios en el día de la visitación*[195]. Hay cierta gente tan bienaventurada y tan amable a todos, que muestran bien en la vida presente pertenecer a aquella ciudad de los cielos donde todo es paz, amor y caridad; como al contrario, hay otra tan aborrecible y en sus palabras tan amarga, que se ve casi claro tener en sí la simiente del demonio enemigo de toda paz y concordia.

Estas son las costumbres, señora, que el siervo de Cristo ha de imitar en los *párvulos* o *niños.* Y porque todas ellas son esenciales a la vida cristiana, o por mejor decir, son la mesma vida, por esto dice el hijo de Dios nuestro Señor que, *si no fuéremos de esta manera párvulos, no entraremos en el reino de los cielos.* Y no solamente esta parvulez o niñez es necesaria para entrar en el reino de los cielos, pero a medida de ella se da el premio de la gloria. Y así, Cristo, habiendo pronunciado esta sentencia, viene luego a soltar la cuestión propuesta de sus discípulos, que era cuál era mayor en el reino de los cielos. *Cualquiera,* dice, *que se humillare así como este niño, éste será mayor en el reino de los cielos*[196]. Como si dijese claro: Ya yo os he dicho cuál es el camino del cielo, sin el cual no podéis ir allá, que es la humildad, virtud contraria a la turbación y pensamientos que vosotros traéis, que es contender de la primacía o mayoría de mi reino. De aquí sacaréis ahora fácilmente quién será el mayor del reino de los cielos. Porque si el reino de los cielos se da y distribuye a todos los párvulos y humildes, y es necesario que, aunque seáis grandes, os tornéis tales, para entrar en él, bien se sigue que el que fuere más humilde y más semejante a este *párvulo* será mayor en el reino de los cielos. Y así, si con artificio y estudio de virtud alguno llegase a la pureza y humildad de este niño que tengo entre las manos, éste podríamos afirmar que sería el mayor del reino de los cielos.

Bien sé que la curiosidad de vuestra señoría no dejará pasar esta duda: ¿Por qué Cristo reprehende a sus discípulos aquí y en otros lugares por querer ser mayores en el

---

[195] I Petr. 2, 12.
[196] Matth. 18, 2.

reino de los cielos, pues es lícito a cualquier cristiano desear exceder en gloria todos los bienaventurados? En sola esta parte la ambición no es culpable, sino santa y buena; pues ¿por qué como a gente soberbia los rebate y reprime, proponiéndoles delante la humildad? El desear ser mayor en el reino de los cielos es desear tener más gloria, es desear gozar más de Dios; pues desear gozar más de Dios arguye mayor amor de Dios, porque lo que no amamos no deseamos gozarlo. Y el amor no es otra cosa sino el descanso y paradero del deseo, como dice agudamente Escoto [197]. Pues luego si el amor de Dios es bueno, y tan bueno que sólo él es el que hace las otras cosas buenas, ¿por qué el deseo será malo? Dice el mismo Doctor subtil, y no sin grandísimo favor de toda la teología cristiana, que la bienaventuranza consiste en amar a Dios o gozar de él por aquel acto del alma que los teólogos llaman *fruición*, que no es otra cosa que aquel aferrar de la voluntad con la cosa amada, conviene a saber, el mesmo amor. Pues si la gloria y bienaventuranza del hombre es amar a Dios, y en amar a Dios podemos desear exceder a los serafines, ¿por qué serán de reprehender los santos apóstoles por desear la mayoría o precedencia del reino de los cielos?

A esta duda, dejados los pareceres de algunos teólogos antiguos y de nuestros tiempos, digo que no reprehendió Cristo en sus discípulos el desear ser mayores en el reino de los cielos, sino el medio con que querían ganar esta primacía, que era con ser mayores en esta vida en honra y dignidad. Porque les parecía a ellos que quien acá lo fuese, lo sería allá. Y a esto les responde que el camino del cielo no es el que ellos piensan, conviene a saber, honras y dignidades de la vida presente, sino humildad y abatimiento voluntario de la propia persona.

La segunda respuesta que se puede dar a esto es que los santos apóstoles, aun no harto informados del camino de la vida cristiana, pensaban que el reino de los cielos que el hijo de Dios predicaba había de ser temporal y en esta vida. En el cual error estuvieron por todo el tiempo de la predicación de Cristo y después hasta la venida del Espíritu Santo, que, purgando de la escoria de la ignorancia sus corazones, les enseñó y hizo entender la doctrina de Cristo, conforme a lo que el mismo Cristo les había dicho: *El Espíritu Santo consolador, el cual enviará mi Padre en mi nombre, os enseñará y traerá la memoria de todas las cosas que yo os he dicho* [198]. Y en otra parte dice: *Aun os tengo muchas cosas que decir, pero no las*

[197] IV *Sent.*, d. 46, q. 3.
[198] Ioan. 14, 26.

podéis llevar ahora ni sois capaces de ellas. Cuando viniere aquel Espíritu de verdad os enseñará toda verdad [199]. Puso Cristo en los estómagos de las almas de sus santos apóstoles el manjar de la doctrina del cielo; mas no la pudieron digerir hasta que vino el calor divino, que es el Espíritu Santo, y ayudó su flaqueza; entonces acabaron de entender que el reino de Cristo no era de este mundo, y hasta entonces habían siempre creído que toda aquella felicidad y gloria que Cristo predicaba se había de cumplir en este mundo. Y de aquí es lo que fueron a pedir los hijos del Zebedeo por medio de su madre: que les diese en su reino al uno la diestra y al otro la siniestra. Y que en este lugar estos santos apóstoles entendiesen del reino temporal de Cristo es cosa clara por la invidia y indignación que causaron a los otros. *Oyendo esta petición los demás,* dice el evangelista, *indignáronse contra ellos* [200].

Y también por la doctrina de humildad que Cristo les dió. *Los príncipes,* dice, *de las gentes se enseñorean de ellos, y los que son entre los tales mayores tienen poder sobre ellos. No será así entre vosotros, sino cualquier que quisiere ser el mayor, sea vuestro siervo. Así como el Hijo del hombre vino a servir y no a ser servido. Y a dar su ánima en redención por muchos* [201]. Reprime aquí Cristo la ambición y soberbia y no el deseo de tener mayor bienaventuranza en el cielo. Aquellos discípulos que iban a Emaús, una de las cosas por que se habían persuadido que Cristo no era el Mesías prometido era porque no había redemido el pueblo de Israel del cautiverio de los romanos, tornando a hacer cabeza de reino temporal a Jerusalén, conforme a como antes era. Nosotros, dicen a Cristo en figura de peregrino, esperábamos que había de redimir el pueblo de Israel [202]. Y después de resucitado, el día de su ascensión, viéndole que partía para el cielo y que no dejaba hecha esta redención temporal del pueblo judaico del cautiverio de los romanos, le piden: *¿Señor, si en este tiempo redimiréis el pueblo de Israel?* [203] No entendiendo que la redención del género humano a que había venido el Hijo de Dios ya estaba hecha por su sacratísima muerte. Así que Cristo no reprehende el querer ser mayor en el reino verdadero de los cielos, sino en el reino que sus discípulos pensaban que había de tener en este mundo, que era temporal y caduco. Y así, les aconseja que, si a este reino quisieren entrar, dejen aquella altivez

199 Ioan. 16, 12-13.
200 Matth. 20, 24.
201 Matth. 20, 25-28.
202 Luc. 24, 21.
203 Act. 1, 6.

y ambición y se vuelvan *niños*, y que tanto serán mayores en el verdadero reino de los cielos cuanto más por humildad y pureza se acercaren a aquel niño.

Ahora veamos últimamente: ¿qué es la causa que Dios ama tanto esta virtud de humildad en los hombres, y qué es la causa que quiere que nos hagamos niños y pequeñuelos para entrar en el reino de los cielos, y por qué da los grados de su gloria a medida de esta santa virtud, habiendo otras muchas? Porque no dijo el que hiciere más penitencia, el que diere más limosnas, el que ayunare más, el que orare más, etc., será mayor en el reino de los cielos, sino el que se humillare y llegare más cerca de la humildad de este *niño*. También es ésta cuestión curiosa, y podríamos presto responder a ella lo que dice Cristo al mismo propósito: *Doyte gracias, Padre, Señor de los cielos y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y las revelaste a los pequeñuelos. Así se hizo, Padre, porque así te plació a ti* [204]. Las cosas que Dios escondió de los sabios y reveló a los pequeñuelos fueron la gloria y camino de ella, que los sabios de este mundo Aristóteles, Platón, Sócrates, Pitágoras y los demás que en la gentilidad tuvieron nombre no las alcanzaron, y reveláronse a los santos apóstoles, hombres simples y humildes. Pero la causa de entrambas cosas, dice Cristo que fué sola la voluntad de su Padre: *Ita, Pater,* dice, *quoniam sic fuit placitum ante te* [205]. Podríamos aquí también decir que el haber Dios querido con tanto rigor poner esta santa virtud de humildad por camino y medio de la gloria no tuvo otra razón que sola su voluntad, porque así le agradó y plació. Pero no será ajeno de propósito dar aquí algunas razones con las cuales tuvo cuenta la divina voluntad. No es pequeña ni mal fundada en Escritura decir que lo hizo por el antiguo aborrecimiento que tiene con los altivos y soberbios. *A los soberbios,* dice Santiago y San Pedro, *resiste Dios, y a los humildes da su gracia* [206]. Es extraña la oposición y contrariedad que Dios hace a los soberbios y encaramados sobre sí mesmos. Y no en balde ni sin razón, porque ningún vicio ni pecado hay que de su cosecha desee, si pudiese, quitar el ser a Dios sino la soberbia. Los soberbios nadie querrían sobre sí, y los que no desean quitar a Dios su ser es porque saben que es imposible; mas si fuese posible, tampoco le querrían por superior como los demás. *La soberbia,* dice David, *de*

[204] Matth. 11, 26.
[205] Matth. 11, 26.
[206] Iac. 4, 6; II Petr. 5, 5; Prov. 3, 34.

aquellos que te aborrecieron sube siempre [207]. Quien aborrece a Dios, si pudiese, quitarle-ía que no fuese o a lo menos que no mandase, que es lo mesmo, pues siendo Dios ha de ser Señor universal de todas las criaturas.

También porque la grandeza verdadera naturalmente aborrece la grandeza sofística y fingida. Dios es grande con verdad, todo lo demás es falso y fingido. Porque como dice Isaías: *Toda carne es heno y toda su gloria y autoridad es como la flor del campo* [208], *que*, como dice Cristo, *hoy es y mañana se echa en el fuego* [209]. Qué insuave trato y conversación es la de un hinchado, soberbio y jactancioso y qué mal se puede llevar de los hombres que tienen alguna verdadera grandeza. Yo nunca vi soberbio que no fuese hombre ignorante y necio. Y si bien se mira, la soberbia no es otra cosa que una necedad. Pues todo aquello de que se puede ensoberbecer el hombre es miseria y flaqueza. Así que, aunque Dios no hiciese más que como discreto, aborrecería naturalmente y excluiría de su casa y reino toda la gente vana y hinchada como intolerable y aborrecible. Los señores y grandes, cuya nobleza es conocida en el mundo, no pueden sufrir en sus casas un género de escuderos hambrientos que juran y afirman que son tan buenos como el rey, sin tener para esto más fundamento que su intolerable y odiosa jactancia. ¿Por qué Dios sufrirá en su casa y reino los soberbios y altivos, que, si hubiese alguna apariencia para que los creyésemos, dirían lo mesmo? Extrañamente se huelgan los señores y grandes con la gente llana y humilde, y su conversación de éstos les es más agradable y sabrosa que la de aquellos que repiten ya para condes o duques, y a su parecer, como ellos suelen decir, no les falta sino la renta para ello, como si esto no fuese nada. ¿Por qué Dios no se holgará con los humildes y puros y por qué no los meterá en su casa y reino, excluyendo a los soberbios, pues puede? Dios no tiene necesidad de nadie; así lo dice David: *Dije al Señor: tú eres mi Dios, porque siendo yo rey y rico no tienes necesidad de mí* [210]. Todos los hombres tenemos necesidad de él para ser bienaventurados, pero es menester que reconozcamos esta necesidad, porque a nadie hace merced sino a quien reconoce delante de él su miseria y su flaqueza y se rinde a él. Los soberbios a nadie se rinden ni a su parecer han menester al mesmo Dios para ser bienaventurados, porque en sí mesmos lo son. *Bienaventurado*, dice San Agustín, *es el que*

[207] Ps. 73, 23.
[208] Is. 40, 6.
[209] Matth. 6, 30.
[210] Ps. 15, 2.

tiene todo lo que quiere. Estos, sin ir a Dios, a su parecer tienen todo lo que quieren y pueden desear en sí mesmos. Luego a su parecer en sí mesmos son bienaventurados.

Si a un soberbio le preguntáis si querría más nobleza, más entendimiento, más ciencia y todo lo demás que suele ser materia de altivez y vanidad, dirá que no, porque tiene para él y para todo género humano, y primero que le hagáis entender que le falta algo os moleréis y al cabo no haréis nada. Está muy junto el contento de sí mesmo con la soberbia; y lo uno y lo otro mana de pura bajeza de juicio, que, como dije, está junta siempre con la soberbia. Pues luego si éstos son en sí bienaventurados y nunca reconocen otra bienaventuranza ni al autor de ella, que es Dios, ¿por qué razón Dios les dará la suya y los traerá a su reino? Es no sólo a Dios, pero a los hombres y ángeles, como después diremos, amable la humildad y llaneza, y al contrario, la altivez y vanidad, aborrecible y insuave, particularmente cuando se conoce su flaco fundamento. Que mal se puede llevar aun en común conversación un hombre que a dos por tres, como dicen, os da con una docena de abuelos de las montañas en los ojos, aunque la plática no venga a propósito, y os muestra un escudo con más armas que toda el arte heráldica ha inventado. Pues que sí trae un rosario de sobrenombres o apellidos ensartados, como en nuestros tiempos usan algunos. Así que Dios por la misma causa podemos decir que no quiere los soberbios en su reino, por la cual nosotros no los queremos en nuestras cosas, conviene a saber, por ser gente de su cosecha no sólo enemiga de Dios o a lo menos inclinada a serlo, pero por ser su trato y conversación aborrecible y insuave. Y porque, conociendo él lo que somos y valemos, conforme aquello de David: *El conoce nuestra hechura y se acuerda que somos polvo* [211], nos queremos subir a mayores.

La segunda causa que podemos pensar que Dios tiene para esto es su divina justicia. Justa cosa es que Dios con todos los hombres se haya igualmente y no sea aceptador de personas y que parta los bienes y los males con todos. Tiene Dios hecho estatuto eterno muy conforme a razón y naturaleza que *todo aquel que se humillare, sea ensalzado, y todo aquel que se ensalzare sea, por el contrario, humillado* [212]. Pues luego si los soberbios en la vida presente quieren ensalzarse y tomar la parte de gloria que

[211] Ps. 102, 14.
[212] Matth 23, 12; Luc, 14, 11, 18, 14,

les cabe, ¿por qué en la venidera no han de ser humillados? Y si los humildes, por el contrario, en la vida presente escogieron ser humillados y abatidos, ¿por qué no será justo sean ensalzados en la otra? *Humillaos*, dice el apóstol Santiago, *debajo de la mano poderosa de Dios, para que os ensalce en el día de la visitación*[213]. Así lo dice la Reina del cielo en su Cántico: *Derribó los soberbios de su silla y ensalzó los humildes*[214]. Dar Dios dos honras y dos glorias a los hombres no es justo; y humillarlos dos veces, tampoco no conviene a su bondad y justicia.

La tercera causa es ser Dios celoso de nuestras almas en el trato del demonio. *Yo soy Dios celoso*, dice en el Exodo[215]. Trató el demonio antes del bautismo amores con nuestras almas. Dios, por quitarnos del todo la memoria de ellos, nos muda el ser que tenemos, matando en nosotros, como arriba dijimos, el viejo hombre; y de cualquier edad que seamos, nos vuelve en *niños y párvulos* por el santo bautismo y quiere que, tiniendo ser nuevo, hagamos también vida nueva y de *niños*.

La cuarta causa es porque ansí lo demanda el orden de nuestra redención y reparación. El primer hombre cayó por soberbia. Luego justo es nosotros nos levantemos por humildad. *El principio de todo el pecado*, dice la sabiduría, *fué la soberbia*[216]. Quiso la primera mujer subirse, sobre aquella bienaventurada vida y naturaleza que Dios les había dado, a la alteza y cumbre de la divinidad y tener tanta ciencia como Dios. *Seréis*, le dice Satanás en figura de serpiente, *como dioses y sabréis todo el bien y el mal*[217]. Luego razón fué que sus hijos fuésemos restituídos por humildad en el reino de los cielos que perdimos, perdiendo aun de aquello que somos y disminuyéndonos y haciéndonos, de grandes, *pequeñuelos y niños*.

La quinta fué porque el primer pecado del ángel fué soberbia. Y los hombres no somos llamados para aquel bienaventurado reino, sino para restituir y reformar aquellas sillas que perdieron los ángeles. Pues luego si ellos cayeron por soberbia y por querer ser mayores de lo que Dios les había criado, justo fué que nosotros conquistásemos aquellas sillas, humillándonos y haciéndonos menores aún de lo que somos y Dios nos crió. Crió Dios el primer ángel, que fué caudillo de todos los malos, lleno de aquellas perficiones que una pura criatura podía tener, más

---

213 Iac. 4, 6; I Petr. 5, 5.
214 Luc. 1, 52.
215 Ex. 20, 5.
216 Eccl. 10, 15.
217 Gen. 3, 5.

antiguo que los demás en aquella antigüedad que entre las criaturas espirituales puede haber. Así lo llama Job *principio de los caminos de Dios* [218]. Dios no hace caminos, porque nunca se muda. Sus caminos no son por donde él viene a nosotros, sino por donde nosotros vamos a él, conviene a saber, las criaturas, por la consideración de las cuales vamos y caminamos a su conocimiento, como en otra parte diré a vuestra señoría. Pues luego llamarlo Job *principio de los caminos de Dios* es llamarlo la primera criatura de Dios y la más antigua en aquel género de tiempo que los ángeles tienen que llaman los teólogos *evo*.

De esto se podía sacar la perfición de este desventurado y infelice ángel, pues la Escritura lo llama primogénita criatura de Dios. Los hombres no hacen sus primogénitos como quieren, sino como Dios se los da y lo ordena. Y ansí, algunas veces son los más tontos y faltos de la casa. Dios puede dar a sus criaturas el ser y perficiones que quiere. Luego a éste, que fué la criatura primogénita suya, más perficiones y excelencias le había de dar que a todas las demás puras criaturas. Pero muy más en particular nos debuja la Escritura este ángel y sus excelencias debajo de diversas figuras. Ezequiel, debajo de figura del rey de Tiro, nos pinta más en particular su hermosura y riqueza: *Tú eres semejanza y estampa de Dios, lleno de sabiduría. perfecto en hermosura, fuiste en los regalos del paraíso espiritual de Dios, que fué toda aquella innumerable muchedumbre de ángeles antes que cayesen. Tu vestido era lleno de todo género de piedras preciosas, como sordios, topacios, jaspes, crisólitos, ónices, berilos, zafiros, carbúnculos y esmeraldas. El oro daba gracia a tu hermosura, y los agujeros de tus orejas, donde se había de colgar, fueron preparados el día que fuiste hecho. Tú fuiste querubín, cuyo imperio se extendía y amparaba todos los demás ángeles. Púsete en el monte santo de Dios, en medio de las piedras encendidas, que eran los demás ángeles. Anduviste y te paseaste como prelado de ellos todos* [219].

Adelante luego, debajo de figura de Faraón, rey de Egipto, dice: *Ningún árbol del paraíso de Dios* (que es como dije toda la congregación de los ángeles) *tuvo comparación con él en hermosura; porque aposta lo hizo Dios hermoso* [220]. Isaías lo llama *Lucero de la mañana* [221], para darnos a entender su excelencia y hermosura entre todos los ángeles. Es tan resplandeciente aquella estrella que llaman *Lucero del alba*, que, como dicen los astrólogos,

---

[218] Iob 40, 14.
[219] Ez. 28, 12-16.
[220] Ez. 31, 8-9.
[221] Is. 14, 12.

sola entre todas hace sombra en la tierra a manera del sol y de la luna. Es tan hermosa, que los gentiles la dedicaron a Venus, diosa de la hermosura y gracia, y así entre los siete planetas se llama hoy entre astrólogos *Venus*. Pues luego llamándolo el santo profeta *Lucífero* o *Lucero del alba* da a entender una extraña hermosura y exceso en lumbre natural sobre todos los otros ángeles que Dios había criado. De manera que, si bien lo consideramos y advertimos, tenía este desventurado en excelencia y exceso sobre todos los otros todas aquellas cosas que suelen ser tenidas por parte de la felicidad y bienaventuranza, que sin ver a Dios se puede alcanzar de las criaturas. Tenía honra mayor que todos por ser principio de los caminos de Dios y la más antigua criatura de todas, a la cual antigüedad se debe propiamente, y conforme a estilo de naturaleza, la honra. Tenía muchas inestimables riquezas, que son significadas por aquella muchedumbre de piedras preciosas y de oro con que se vestía. No que usase de vestido o de estas piedras y oro que allí dice, porque el ángel, por su espiritual naturaleza, ni hace caso ni tiene necesidad de esto, sino que, simbólica y figurativamente, por estas piedras y oro y vestidos preciosos se nos dan a entender otras riquezas espirituales, que fuesen tan excesivas entre las riquezas comunes de los ángeles cuanto éstas suelen serlo entre las de los hombres; aunque el bienaventurado San Gregorio quiera que estas piedras signifiquen los nueve coros de los ángeles, cuyo prelado era.

Tenía hermosura, y tal, que en lo que la criatura puede imitar la divinidad era estampa de la hermosura de Dios y ninguna de aquellas espirituales criaturas se le podía comparar con muchos grados. Tenía dignidad y universal imperio sobre todos los ángeles, la cual es la mayor autoridad y dignidad que Dios a pura criatura, o por respeto de pura criatura, puede comunicar. Veamos ya cómo cayó de tan alta y soberana cumbre de honra, riquezas hermosura y imperio. *¿Cómo caíste del cielo, Lucifer*, dice Isaías, *que salías por la mañana? Caíste en tierra con ímpetu*[222] *el que llagabas* en aquella espiritual guerra y recuentro que tuviste con San Miguel, las gentes, conviene a saber, los santos ángeles que con San Miguel defendían la honra de Dios[223]. Caíste *el que decías en tu corazón: Subiré al cielo; ensalzaré mi silla sobre las estrellas de Dios, sentarme he en el monte del Testamento, en los lados de aquilón. Subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al muy alto*[224]. De suerte que nos da claramente a enten-

222 Is. 14, 12.
223 Apoc. 12, 7-9.
224 Is. 14, 13-14.

der el santo profeta que la causa de la caída de este infelice ángel fué la maldita y descomulgada soberbia, con que, aun viéndose en tanta bienaventuranza natural y que no faltaba ya sino mostrársele Dios, para también tener la divina, no quiso contenerse en sí mesmo, sino subir sobre lo que Dios le había dado y igualarse al mesmo Dios. Nunca la soberbia y ambición se hartan; luego se envilecen y parece poco en poder del soberbio lo que ha alcanzado. Alejandro el Grande, que conquistó toda la mayor parte de Asia, Europa y Africa, oyendo disputar una opinión de ciertos filósofos que decían que había infinitos mundos, dió un gran sospiro, porque le parecía que estaba apocado y abatido en tener él no más de uno. Es propio de los soberbios no poner paradero ni límite a sus deseos y pensamientos. Y por esto los aborrece Dios tanto. Porque, como arriba dije, si a Dios pudiesen echar de su silla, lo harían. Pero mira qué poco puede toda la soberbia de las criaturas con el autor de ellas; pues a ésta, que era la más perfecta de todas, faltó de tal suerte sus pensamientos y devaneos.

Detracta est ad inferos [225], dice Isaías hablando con el mesmo Lucifer, *superbia tua: Tu soberbia ha sido traída por fuerza al profundo del infierno*. Alude el santo profeta a lo que dice el apóstol San Pedro tratando del castigo de los ángeles malos, que fueron traídos por fuerza con cadenas y maromas de fuego; y puestos en el profundo del infierno, para que allí los atormenten [226]. *Fué elevado tu corazón* [227] (dice Dios por Ezequiel hablando con el mesmo Lucifer) por la grandeza de tu hermosura, y por eso te arrojé en la tierra. Como si dijera. Tú quisiste subirte a lo más alto del cielo y ser tan bueno como yo; pues en pena de esto te arrojo yo en la tierra, y no en cualquier parte de ella, sino en el tártaro [228], como dice San Pedro que es lo más profundo de ella y del infierno. Luego si este ángel y todos los demás que lo siguieron perdieron sus sillas y gloria por soberbia y por querer ser más de lo que eran y Dios les había dado, justo es que nosotros, que hemos de ir a ocuparlas, las ganemos con humildad y abatimiento aun de aquello que somos.

La sexta causa es porque no es justo que los hombres, que son inferiores en perficiones y naturaleza a los ángeles, conforme a aquello que dice David del hombre: *Hi-*

---

225 Is. 14, 11.
226 II Petr. 2, 4.
227 Ez. 28, 2. 5. 6.
228 II Petr. 2, 4.

cístelo, Señor, un poco menor que los ángeles[229], etc.; ganasen el reino de los cielos por otra vía que por la que ellos la ganaron, pues todos hemos de ser ciudadanos de una mesma ciudad y gozar una misma gloria; y haber los ángeles ganado su gloria por humildad y verdadero sentimiento de lo que eran, bien claro se puede ver de lo dicho. Porque si el primer ángel cayó de su gloria y excelencia y, finalmente, del cielo por soberbia, de creer es que los santos y bienaventurados espíritus ganaron su gloria por humildad y modestia. Así como la Escritura nos pinta un ángel capitán de los malos y soberbios ángeles, así nos pinta otro capitán y caudillo de los humildes y buenos, que es el bienaventurado príncipe San Miguel; y así como los demonios se llaman ángeles de Lucifer, así los ángeles buenos se llaman ángeles de San Miguel. *Fué hecho,* dice San Juan en su revelación, *un recuentro grande en el cielo; Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y con sus ángeles, y no prevalecieron contra Miguel y sus ángeles ni se halló más lugar de ellos en todo el cielo*[230]. Pues luego de creer es que así como los ángeles del dragón se dicen suyos porque siguieron su opinión, así los de San Miguel se digan suyos porque siguieron la suya.

Ahora veamos cuál fué la opinión de este bienaventurado príncipe. La Escritura no nos lo dice claro, pero de su propio nombre lo podemos sacar. Los romanos solían tomar sus nombres de los hechos ilustres que hacían. Así, Escipión se llamó *Africano,* porque conquistó a Africa. Otros se llamaron *párticos* por haber conquistado aquella nación belicosa y tan temerosa al pueblo romano. Otros *germánicos,* de haber conquistado a Alemania. Otros de otras provincias y reinos que sujetaron al Imperio. Y no solamente entre gentiles se vió el tomar nombres de los hechos ilustres. Pero en el pueblo de Dios, Jacob, que quiere decir suplantador o luchador, tomó este nombre de haber suplantado y oprimido a su hermano Esaú[231]; y después se llamó *Israel,* que quiere decir *varón que ve a Dios,* cuando luchó con el ángel, y le dijo: *Vi al Señor y ha sido hecha salva mi ánima*[232]. Su abuelo, primero se llamó *Abram,* que quiere decir *padre alto,* y después de que Dios le dió a su hijo Isaac y le prometió que en él serían benditas todas las generaciones, le llamó Dios *Abraham,* que quiere decir *padre de muchos pueblos*[233]. De esta manera hay muchos en la historia sagrada que de sus hechos

229 Ps. 8, 9.
230 Apoc. 13, 7-8.
231 Gen. 27, 36.
232 Gen. 32, 30.
233 Gen. 17, 5.

ilustres tomaron nombres. Y lo mesmo hallamos en todas las demás gentes y naciones del mundo. Ahora vengamos al nombre de este santo príncipe, que se opuso a Lucifer en aquel reencuentro del cielo con que fué derribado. *Míchael* es un nombre compuesto de tres dicciones o nombres hebraicos. *Mi* quiere decir *quien*, *Cha* quiere decir *como*, *El* quiere decir *Dios*, y juntos todos estos tres nombres quieren decir *¿Quién como Dios?* Había dicho Lucifer, levantado sobre sí mesmo, que subiría al cielo, y se pondría su silla sobre la altura de las nubes, y sería semejante al Altísimo, que fué pensamiento de extraña soberbia. A este pensamiento y atrevimiento se opone este santo príncipe y todas sus huestes, diciendo: *¿Quién como Dios?*; como si dijeran que nadie, por perfecta criatura que fuese, se le había de igualar. Es esta palabra voz de humildad y modesto sentimiento de sí mesmo, como aquella de Lucifer fué de soberbia y altivez. Luego si por esta pelea que este bienaventurado príncipe hizo en el cielo, él y los demás alcanzaron la gloria que tienen, síguese que la alcanzaron por humildad, así como los otros la perdieron por soberbia. Pues luego nosotros, que pertenecemos a su santa compañía y ciudad, razón es que vamos por el mesmo camino y entendamos que no sólo guardó Dios esta regla de humillar a los soberbios y ensalzar a los *párvulos* y humildes con los hombres, pero aun también en los ángeles. Y ésta es la causa principal por qué la Iglesia canta este evangelio de los *párvulos* en el día de este santo príncipe y de los demás ángeles, para que entendamos que es eterno decreto de Dios no llevar a nadie a la gloria que ellos ahora poseen sino por el camino de humildad que ellos llevaron.

La postrera razón y más principal que todas las dichas es porque el Hijo de Dios nuestro Señor ganó por humildad su gloria, y, por tanto, convenía que aquellos que por sus méritos habíamos de entrar en el reino de los cielos fuésemos por el mesmo camino. *Humillóse*, dice San Pablo de Cristo, *hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual su Padre le ensalzó y le dió nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, no sólo de los que moran sobre la tierra, sino aun de los que están sobre los cielos y abajo en el profundo del infierno, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de su Padre* [234]. De manera que la humildad hasta la muerte, y muerte de cruz, fué causa de darle Dios no sólo la gloria de su sacratísimo cuerpo, pero el nombre sobre todo nombre, etc. Todos los cristianos somos miem-

[234] Phil. 2, 8-11.

bros por el bautismo de esta santa Iglesia militante, y Cristo es nuestra cabeza; de suerte que de él y de nosotros se hace y entera un cuerpo místico. *Dióle*, dice San Pablo hablando de Cristo, *cabeza sobre toda la Iglesia, que es su cuerpo* [235]. Y en la misma Carta a los de Efeso, habiendo dicho que Cristo había dado en su Iglesia pastores, doctores, profetas, evangelistas, etc., para que toda esta Iglesia ocurriese el día del juicio en un varón perfecto, etc., dice [236]: *haciendo siempre verdad en caridad, crezcamos en el que es la cabeza, que es Cristo* [237]. *Ninguno*, dice en la mesma Carta, *aborreció naturalmente su carne, antes la mantiene y la regala, como Cristo hace a su Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos* [238].

Al mesmo propósito, escribiendo a los colosenses, dice que *él*, conviene a saber, *Cristo, es ante todos* [239], y todas las cosas tienen ser en él, y él es cabeza del cuerpo de la Iglesia. Luego si Cristo es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo, por la mesma vía hemos de entrar en la bienaventuranza que él. Porque monstruosa cosa sería entrar el cuerpo por otra parte que la cabeza. *Yo*, dice Cristo propincuo a la muerte, *os dispongo el reino de los cielos, como mi Padre me lo dispuso a mí* [240]. Pues si Cristo entró por humildad, luego nosotros también hemos de entrar por humildad, so pena de no ser sus miembros. *Ninguno subió al cielo*, dice el hijo de Dios, *sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo* [241]. Este es un enigma evangélico dificulto de entender, si las palabras se toman superficialmente, pues parece excluir y desterrar del cielo a todos los hombres, fuera de Cristo. mas claro y llano si se busca el verdadero sentido con alguna diligencia. El *Hijo del hombre*, que aquí se dice subir al cielo y estar en el cielo, es el mismo Cristo. que antes de la encarnación estaba en el seno de su padre, y después, vestido de nuestra carne, subió a los cielos. Pero no sube solo, sino con todo su cuerpo, que es su santa Iglesia, cuya cabeza es. Y que este nombre, *Cristo*, signifique no sola la persona del Hijo de Dios, sino todo este cuerpo místico de la Iglesia, junto con su cabeza. del lenguaje de San Pablo se puede colegir, el cual, escribiendo a los de Corinto, habiendo hablado de los miembros de este cuerpo ecle-

[235] Eph. 4, 15-16.
[236] Eph. 4, 11-13.
[237] Eph. 4, 15.
[238] Eph. 5, 29-30.
[239] Col. 1. 18.
[240] Luc. 22, 29.
[241] Ioan. 3, 13.

siástico, dice que *así como el cuerpo natural es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo* [242]. No se toma aquí *Cristo* por sola la persona de Cristo, sino por ella junta con la Iglesia, como cabeza con su cuerpo. Ahora se verá claro el verdadero sentido de aquel enigma que a muchos santos teólogos antiguos y a muchos autores de nuestros tiempos ha hecho no pequeña dificultad: *Ninguno sube al cielo,* dice Cristo, *sino el Hijo del hombre, que está en el cielo* [243]. El que subió y sube cada día en sus miembros al cielo es el mismo Hijo del hombre, que, cuanto a la naturaleza divina, se estaba en el cielo; mas no sube solo en su persona, sino con su cuerpo, que es su santa Iglesia, y así es verdad que ninguno que no fuere parte de este cuerpo eclesiástico y estuviere ayuntado a Cristo, cabeza de la Iglesia, como miembro vivo por el betún de fe y caridad subirá al cielo. Pues luego si es tanta la conjunción de Cristo con su Iglesia, que somos nosotros, que todo se llame *Cristo*, habiendo él ganado su gloria haciéndose de grande párvulo y humillándose hasta la muerte más vil e ignominiosa del mundo, no hay razón que permita que el que de nosotros no se humillare y hiciere *párvulo* entre en el reino de los cielos, aunque hay gran diferencia de nosotros a Cristo, que la suya es verdadera humildad, y la nuestra no.

Cristo, dice San Pablo, *siendo Dios, y no haciendo hurto de este nombre, porque era Dios verdadero, apocóse y vacióse de sí mesmo, tomando forma de siervo, y hecho en semejanza de los hombres y hallado en hábito de hombre, humillóse hasta la muerte*, etc. [244]. Esta se puede llamar verdadera humildad, pues siendo Dios, no falso, sino verdadero, como dice San Pablo, disimulando y escondiendo su gloria, se hizo hombre mortal, sujeto a las leyes y hombres mortales. Nosotros y toda nuestra grandeza somos tan nada, que no sé por qué el bajarnos de ella se ha de llamar humildad verdadera. A este propósito, creo que Cristo nos manda que aprendamos de él esta virtud, porque él es el que verdaderamente la tiene: *Aprended de mí,* dice, *porque soy manso y humilde de corazón* [245].

Esto es, señora, lo que me ha ofrecido, entre mis ocupaciones y necesarios estudios, acerca de este paso evangélico. Bien sé que se pueden decir muy mejores y más sabrosas cosas de otros y con mejor lenguaje y estilo. Mas también creo no le dejarán éstas de dar algún contento, por ser materia de humildad, a la cual virtud naturalmente

[242] I Cor. 12, 12.
[243] Ioan. 3, 13.
[244] Col. 2, 6-8.
[245] Matth. 11, 29.

es tan inclinada vuestra señoría, que cualquier plática de ella, como de muchas tengo experiencia, se le hace dulce y gustosa. Mejor sería que los que nos hallamos tan faltos y desamparados de ella la aprendiésemos de la continua vida y ejercicio de vuestra señoría, que no parlar de ella, mas hago lo que se me manda sencillamente. Dios dé a vuestra señoría la grandeza que su humildad y niñez en Cristo merece y a todos nos ayude, para que andemos de veras en este santo y solo camino del cielo.

BEATO NICOLAS FACTOR

LAS TRES VIAS

I N T R O D U C C I O N

BEATO NICOLAS FACTOR

(1520-1583)

Vino a la luz del mundo, precisamente el día 29 de junio año 1520, en el mismo día en que desbordó la idea y apasionamiento de las germanías, que no era de unión, sino de disensión.

Desde su más tierna infancia declaróse mortal enemigo del ocio y consagróse plenamente a la virtud y al estudio. Tenía notable ingenio para todo cuanto se proponía. Fué «gramático excelente y poeta latino y castellano». «En la aritmética fué diestrísimo» y en pintura fué alabado por Palomino [1].

Naturalmente suave y afectuoso, vistió el sayal franciscano en el convento de Santa María de Jesús, extramuros de Valencia, en 1538, a los dieciocho años de edad. Cursó Artes y Teología en la casa de estudios que su Orden tenía en la villa de Oliva, floreciente por aquellos años. Los superiores le confiaron repetidamente cargos de responsabilidad: predicador conventual, guardián de Chelva, de Santo Espíritu del Monte y de Val de Jesús, maestro de novicios (Valencia), definidor, confesor de las Descalzas Reales, a petición de doña Juana de Austria, princesa viuda de Portugal. Cuando el General de la Orden, P. Francisco Zamora, teólogo que fué del concilio de Trento, le conoció y trató en Valencia, quiso hacerle su secretario; pero de tal suerte puso en juego su humildad, que desistió el P. Reverendísimo, admirando la virtud del varón de Dios.

En Madrid, cuando ejerció el honroso cargo de confesor de las Descalzas Reales, trabó amistad con otro varón espiritual de mucho prestigio, el angelical fray Juan de los

---

1 *Museo pictórico*, t. III, p. 256, n. 19.

Angeles, quien túvole en aprecio sumo. San Luis Beltrán teníale por lo que era, por un gran santo. El famoso teólogo y obispo fray José Anglés, viéndole arrobado en éxtasis, exclamó: *Vere hic homo sanctus est.* Y el preclarísimo hombre de letras y sabio doctísimo Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona y lumbrera de Trento, túvole por hombre de santidad extraordinaria y por varón extático, por lo que hízole retratar e hizo inscribir en el retrato estos versos latinos, inspirados por la admiración que le tenía:

Dum gestas Factor Domini dulcissima verba, | *Raptus est in caelum, perfruerisque Deo.* | *Inde redis laetus caelisti nectare plenus,* | *atque doces caelum scandere qua liceat.*

Menéndez y Pelayo, en sus *Heterodoxos*, escribió que el Beato Nicolás Factor fué «gran maestro de espíritu» [2].

Tuvo un biógrafo digno de su grandeza y de su santidad, el sabio y erudito P. Cristóbal Moreno, que en Alcalá, 1596, publicó su *Libro de la vida y obras maravillosas del siervo de Dios y bienaventurado padre fray Nicolás Factor, de la Orden de nuestro Padre San Francisco, de la Regular Observancia de Valencia.* Ampliada por fray José Eximeno, fué reimpresa en Barcelona, 1618.

De entre sus *Opúsculos* entresacamos la *Carta a una religiosa, en que declara con símiles todo lo que pertenece a las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva*, que trae fray Antonio Ferrer en su *Arte de conocer y agradar a Jesús* [3], y que Mayáns reproduce en *Cartas morales* [4], diciendo que declara su intento «con símiles maravillosos».

Escribió, además, *Algunos tratados espirituales, Sermones de santos* y *Cartas*. Su nombre es glorioso y muy venerado en el antiguo reino de Valencia. Fray Juan de los Angeles, que conversó con él y le trató, recuérdale con elogio en sus *Triunfos del Amor de Dios* y le llama *santo* [5].

---

2 Libro V, *Epílogo*, p. 397 (Madrid 1928).
3 Lit. R., pp. 1020-29.
4 Tomo II, carta 5, pp. 11-23.
5 Parte 2.ª, c. 1, fol. 161 v.º (Medina 1598-99).

LAS TRES VIAS[1]

El día muy regocijado de Todos los Santos, al tiempo que en el santo oficio divino canté la capítula, se levantó en un alto vuelo un águila caudal, y trepando y volteando por ese cielo se remontó tanto, que vine a perderla de vista, porque se metió en medio de aquella inmensa rueda que es Dios y allí se encerró. Y ella es el sacro Evangelista. Pero yo, como bobo, tras ella me iba; cuando bajé mis ojos, me hallé emboscado en un desierto llamado Olvido del Mundo y de todas las Criaturas, y me acordé del verso del Salmo: *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam?* [2] Luego, sin detenimiento, con presteza, dije: *Ecce elongavi fugiens et mansi in solitudine* [3]. Y con esta presteza me asenté sobre una piedra llamada Quietud deseable. Y estando mirando y contemplando la serenidad de aquel claro cielo, vi venir un pastor llamado Cudicioso, y según la pasión le tenía cercado, él, sin duda, era enamorado de Dios; el camino que traía es llamado Menosprecio de sí mismo y los pasos que daban eran Aborrecimiento de sí mismo. Venía tañendo un suave rabelete, llamado Despertador del alma adormida, con las consonancias de los suaves requiebros del amor. El Arquillo era el solicitador del espíritu con frecuentados gemidos; las tres Cuerdas son un Velar continuo, Recato discreto y Andar sobre sí. La Flor del rabelete es el derramamiento del alma dentro de sí misma. Las tres Clavijas son un continuo despertamiento y miramiento ocultísimo del alma dentro de sí misma. El Puentecillo es un mirar a Dios continuamente con simple y sencilla fe. El Cayado de este pastor es un virtuoso aprovechamiento en las virtudes, habituándose a ellas con actos y continuos ejercicios. El Zurrón se llama un

[1] Tomada de GREGORIO MAYÁNS: *Cartas morales, militares, civiles y literarias*, t. II, p. 11 (Valencia 1773).
[2] Ps. 54, 7.
[3] Ps. 54, 8.

sustento limitado, y el Pan, templanza prudente y discreta. Las Abarcas son mortificación de los afectos y sentimientos. El Sayo, de pellejos de carneros muertos, es la negación de sí mismo. Las Ovejas que delante traía con mucho cuidado y celo son las potencias del alma. Los Cabritillos son los cinco sentidos corporales inquietos, pero bien regidos del discreto pastor. El Perro que andaba alrededor guardando este ganado es el pensamiento y memoria de los juicios divinos.

Venía tras el Pastor una hermosa Zagala, de los pastores pastora y amada esposa de este pastor, llamada Imitación de la Vida de Cristo y de sus Santos. Venía hilando con su rueca, llamada Conformidad de Vida con la Vida de Jesús. La estopa o lino es la áspera penitencia; el hilo muy delgado es la confesión clara y verdadera que se ha de hacer sin engaño al padre confesor; el huso es la rectitud que se ha de guardar con todos y en todas las cosas. La mazorca es la consideración de

cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando [4].

Procuremos que no salga embarazada. El Aspa es un continuo examen de nuestra vida, pensando cómo vivimos. El Pastor viene con su greña descaperuzada, y ella, sin sombrero; los cabellos rubios echados por la espalda, pero muy peinados y compuestos, para mostrar que debemos descubrir nuestros pensamientos a Dios, presentándole los buenos, pero los malos y mundanos echados atrás, teniendo a nuestro buen Jesús por objeto y blanco en quien ha de estar fijada la vista del alma. Llevaba este buen pastor por aquel desierto (porque era muy barrancoso, áspero y peligroso el camino) una guía muy cierta, que se llama Vía purgativa, con un compañero muy provechoso, llamado Vía activa, con tres guardas muy valientes, que son la humildad de los ángeles, el temor reverencial de los arcángeles y la obediencia de los principados, y llegando a una fuente llamada Oración continua (significando que el alma ha de ir continuamente transportada en Dios, cuyo manantial nace en Dios, y por sus secretos viene a nacer por la oración; y de ahí corre como un río el alma a Dios, donde nació, y allí muere al mundo y a todo lo que no es Dios), se echó el Pastor de pechos a esta fuente, y se le representó una linda y hermosa ninfa llamada Clara Fe,

[4] Versos tomados de las *Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre*, elegía verdaderamente admirable.

con una cruz en la mano y en la otra un cáliz con una hostia, acompañada de una criada llamada Doctrina Cristiana. Y la ninfa, sacando de su pecho un rico joyel, llamado Secreto de Dios, hecho a manera de corazón de oro, con un letrero alrededor que decía: *Secretum meum mihi* [5], lo presentó al Pastor y dióle una llavecita, llamada Revelación divina, y díjole: *Pues tú eres buen pastor, toma ese corazón y ábrelo con esa llavecita, y verás los secretos de Dios.* Y abriendo el Pastor el corazón, salió otra ninfa muy hermosa (como la vió y pintó una santa llamada Santa Hildegardis en sus *Revelaciones);* venía vestida de azul color de cielo, y su ropa toda sembrada de ojos, que significan el santo y casto temor de Dios, y que en cuanto más aprovecha el alma, más prudente y remirada ha de ser. No tenía ojos esta dama en la cara, porque el alma se ha de olvidar de sí misma y que tanto se le da que la loen y amen como que la vituperen y aborrezcan. No tenía manos, porque ninguna cosa buena se ha de atribuir el alma a sí misma.

Como el Pastor se viese tan prosperado con estas hermosas doncellas llenas de tantos misterios, como Cudicioso, procuraba pasar adelante, aunque se le recrecían en este desierto nuevos trabajos e inconvenientes, porque así lo permite Dios, como se dice en el salmo 93: *Qui fingis laborem in praecepto* [6]. *Quasi dicat (aït Sap.): Qui praecipis difficilia.* Apenas levantó el pie, cuando vió que se le dió otra guía, llamada Iluminativa, con una compañía, llamada Pobreza de Espíritu, con tres guardas fortísimas, que son la osadía y poder de las Potestades, el aliento y el ánimo de las Virtudes y el aspirar a cosas mayores con las Dominaciones. Subieron por un recuesto asperosísimo, llamado Sequedad desabrida. Llegó el buen pastor con su zagala muy cansados; pero la buena guía, mostrándoles el claro lucero de la luz divina, cobraron grande ánimo, y pensando ya gozar de la verdadera Quietud espiritual, porque dieron con un verde y florido prado, llamado Consolación divina, cantaba el buen pastor Cudicioso y decía: *Renuit consolari Anima mea: memor fui Dei, et delectatus sum, et exercitatus sum, et defecit Spiritus meus* [7]. A lo mejor que cantaba Cudicioso, le tiró del halda la Guía iluminativa, y con el dedo le mostró un alto monte que llegaba al cielo, llamado Contemplación especulativa, diciendo:

En la más alta cumbre de aquel monte
hallarás lo que codicias.

---

[5] Is. 24, 16.
[6] Ps. 93, 20.
[7] Ps. 76, 3-4.

Ora vamos en nombre del Señor, y, llegando al pie de aquella montaña, hallaron una cueva, llamada Secreto Silencio, y entrando en ella a reposar un poco, de lo íntimo y más hondo de ella salió una doncella muy honesta, llamada Imitación Cristiana, y presentóle a Cudicioso un libro de oro, llamado Sabiduría Divina, con una manecica de plata, llamada Visión no fantástica, y, tomándole el Pastor y abriéndole, salió de él una hermosa ninfa con otro traje que la primera, cubierta con un vestido amarillo y sin cabeza, las dos manos levantadas en alto, y ésta y la otra descalzas, los pies desnudos; en lugar de cabeza, un pedazo de oro, dando a entender por esto la clara Lumbre Divina cómo el alma ha de ser simple en su conversación, que esto significa el vestido amarillo. Las manos levantadas en alto significan que sea pronta el alma y muy aparejada para hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, así prósperas como adversas. Carecer de cabeza y en su lugar haber un pedazo de oro significa que la cabeza del alma es la Divinidad, que es incomprehensible. Tener esta y la otra los pies desnudos da a entender la desnuda y simple imitación de la Vida de Cristo y desnudar todos nuestros afectos de todos afectos sensuales y carnales.

Con estas piezas y joyas tan ricas subía el buen pastor el Monte de la Contemplación Arriba, y puesto sobre un alto cerro llamado Contemplación Admirativa, iba siempre descubriendo lo que él tanto deseaba y cudiciaba. Y subiendo poco a poco, llegó a la más alta cumbre de aquel monte llamado Inteligencia Divina. Llegando allí, hallaron una ermita muy devota, llamada Fruición Divina, cuyo oratorio se llamaba Deleitación Quieta, y un estrado para reposar, llamado Enajenamiento de toda el alma en Dios. El retablo y el altar eran tan ricamente labrados, que cuanto más miraban en él, más había que mirar y jamás llegaban al cabo, porque ésta es la infinidad de la Divina esencia. El ermitaño de esta ermita se llamaba No hay más que codiciar ni desear. Pero porque la puerta estaba cerrada (que el ermitaño no todas horas se deja hallar, y así se hace desear, hasta morirse el alma en sus propias pasiones), sentóse el Pastor sobre un poyo que estaba junto a la puerta, llamado Padecer Meritorio. Y luego vino otra dama o guía, que le dijo: *Yo soy la vía unitiva, ya no hay más que andar; vengo a dar asiento a tu reposo y descanso a tus trabajos con estas tres doncellas, que son: limpieza del alma con los tronos, conocimiento de sí mismo y de Dios con los querubines, amor seráfico con los serafines, y con esta pastora te unirás con Dios sin medio y le amarás sin modo y sobre todo modo.*

Y diciendo esto la Unitiva a Cudicioso, veis aquí nues-

tro ermitaño que venía muy despacio, y pesábale a Cudicioso cómo tanto tardaba en llegar. Pero así lo hace con todos, aunque con unos más que con otros. En fin, llegado el santo ermitaño, abrazáronle apretadamente. Y abriendo la puerta con la llave, llamada Extasis o Levantamiento del alma sobre sí misma, entraron en la ermita, y, hecha oración, hablaron de Dios algo despacio, y al mejor tiempo que trataban de Dios cosas muy altas entró por la ermita una hermosa dama vestida del sol, llamada Caridad, con dos niños mamando de sus pechos leche de amor del prójimo, del amigo y del enemigo, en quien consiste toda angélica perfección. Venía tras ella una doncella, llamada Transformación Cristiana, y presentóle una esfera, llamada Deiformidad del alma en Dios, con una llavecita, llamada Simple Intención o Atención atentísima en Dios.

Y abriendo el Pastor aquel divinal artificio, salió una dama vestida sin ropa, desnuda, sin cuerpo, todo lo ocupa sin ser vista, todo lo ve y no tiene ojos, todo lo anda y no tiene pies, todo lo hace y no tiene manos, todo lo mueve sin ella moverse, está dentro y fuera de todas las cosas, es todas las cosas y ninguna de ellas, todas las cosas están en ella y ella en todas ellas; de sus pechos cuelgan todos los ángeles y santos; de ella nacieron todas las cosas, no perdiendo algo ella y en ella quedaron; antes que fuesen, en ella tenían vida, y ésta es la Divinidad y es la Esencia Divina, es nuestro Señor Dios, Ultimo Fin y Bien nuestro. Y súbitamente, Cudicioso Pastor se vió encerrado en aquella esfera, pues Dios es, cuyo centro está en todo lugar y la circunferencia no se halla. Y allí el alma, cercada de otra muy diferente luz que ésta, se ve alumbrada y hecha una misma cosa con Dios, que no sólo es cosa, mas es origen de toda cosa; y es una cosa sobre toda cosa, y ninguna cosa tiene ser sin aquella cosa; y nadie sabe decir de aquella cosa sino la misma cosa, y es cosa de las cosas, sin principio ni fin; y es fin y principio de todas las cosas; y volviendo más sobre mí, al fin me vino ser cosa siendo nada, y en aquella soy el que soy.

Ruegue por este perdido esa santa comunidad. Por esta semejanza o parábola he querido pintar el discurso que ha de hacer un alma para llegar a Dios según las tres *vías: purgativa, iluminativa* y *unitiva,* guardando esta brevedad, dejando los demás arrequives y puntos a la sabiduría de vuestra caridad. Para otra ocasión le enviaré un tabernáculo de contemplación, para que, ocupándonos estos días con tales ejercicios, preparemos la morada para el divino Esposo que viene.—Vuestra caridad ruegue por este pecador, FRAY NICOLÁS FACTOR.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE SEGUNDO VOLUMEN
DE «MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES», DE
LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS,
EL DÍA 23 DE DICIEMBRE DE 1948, FES-
TIVIDAD DEL BEATO NICOLÁS FAC-
TOR, EN LOS TALLERES DE
GRÁFICAS NEBRIJA, S. A.
IBIZA, 11, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1. SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga, 2.ª ed. (Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)
2. SUMA POETICA, por José María Pemán y M. Herrero García. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)
3. OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)
4. SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos Completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)
5. HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. Ribadeneyra, S. I. 40 pesetas tela, 75 piel.
6. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las Ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo.*—30 pesetas tela, 60 piel. (Publicados los tomos II, III, IV y V.)
7. CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los doctores D. Lorenzo Miguélez, Fr. Sabino Alonso Morán, O. P., y P. Marcelino Cabreros de Anta, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca; 2.ª ed. (Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)
8. TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de Alastruey, 2.ª ed.—40 pepesetas tela, 75 piel.
9. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.*—30 pesetas tela, 65 piel. (Publicados los tomos III, IV y V.)
10. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín,* por Posidio. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.—Publicados los tomos II, III, IV y V.)
11. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Introducción a la filosofía de San Agustín. Confesiones* (en latín y castellano). (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.—Publicados los tomos III, IV y V.)

12-13. OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes).—En tela, cada tomo, 35 pesetas; en piel, 70.

14. BIBLIA VULGATA LATINA.—60 pesetas en tela, ed. a una tinta; 80 pesetas en tela, a dos tintas. En piel, 100.
15. VIDA Y OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía,* por el Padre Crisógono de Jesús, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)
16. TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. José María Bover, S. I.—40 pesetas tela, 75 piel.

17-18. TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de Nicolás González Ruiz. Tomo I: *Autos sacramentales.* Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.*—Cada tomo, 35 pesetas tela y 70 piel.

19. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.*—35 pesetas tela, 70 piel. (Publicados los tomos IV y V.)
20. OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.*—45 pesetas tela, 80 piel.
21. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.*—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicados los tomos IV y V.)
22. SANTO DOMINGO DE GUZMAN: *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la*

Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.—40 pesetas tela, 75 piel.

23. OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. Germán Prado, O. S. B.—50 pesetas tela, 85 piel.

24. OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía* y *Diario espiritual*. Introducciones y notas del P. Victoriano Larrañaga, S. I.—35 pesetas tela, 70 piel.

25-26. SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego (dos volúmenes).—En tela, los dos tomos, 80 pesetas; en piel, 125.

27. LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. José María Bover, S. I.—30 pesetas tela, 65 piel.

28. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.*—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo V.)

29. SUMA TEOLOGICA, de Santo Tomás de Aquino. Tomo I: *Introducción general*, por el P. Santiago Ramírez, O. P., y *Tratado de Dios Uno.*—50 pesetas tela, 85 piel.

30. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.*—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo V.)

31. OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL. Contiene las siguientes obras del Doctor Iluminado: *Libro de Caballería, Libro de Evast y Blanquerna, Félix de las Maravillas* y *Poesías.*—55 pesetas tela, 90 piel.

32. VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. Andrés Fernández, S. I.—40 pesetas tela, 75 piel.

33. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía* y *Epistolario.*—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicados los tomos II y III.)

34. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Prof. Francisco Javier Sánchez Cantón.—60 pesetas tela, 95 piel.

35. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. Francisco Suárez, S. I. Versión castellana, por el P. Galdos, S. I. Volumen 1.°: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.*—45 pesetas tela, 80 piel.

36. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.*—40 pesetas tela, 75 piel.

37. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.*—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo III.)

38. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: *Fray Alonso de Madrid:* «Arte para servir a Dios» y «Espejo de ilustres personas». *Fray Francisco de Osuna:* «Ley de amor santo».—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo II.)

39. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.*—45 pesetas tela, 80 piel.

40. NUEVO TESTAMENTO, de Nácar-Colunga. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.)—25 pesetas tela, 60 piel.

41. SUMA TEOLOGICA, de Santo Tomás de Aquino. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad* y *Tratado de la creación en general.*—50 pesetas tela, 85 piel.

42. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio.*—50 pesetas tela, 85 piel.

43. NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. José María Bover, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 30 pesetas tela, 65 piel.

44. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: *Fray Bernardino de Laredo:* «Subida del monte Sión»; *Fray Antonio de Guevara*: «Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos»; *Fray Miguel de Medina:* «Infancia espiritual»: *Beato Nicolás Factor:* «Las tres vías».—50 pesetas tela, 85 piel.

B.A.C.